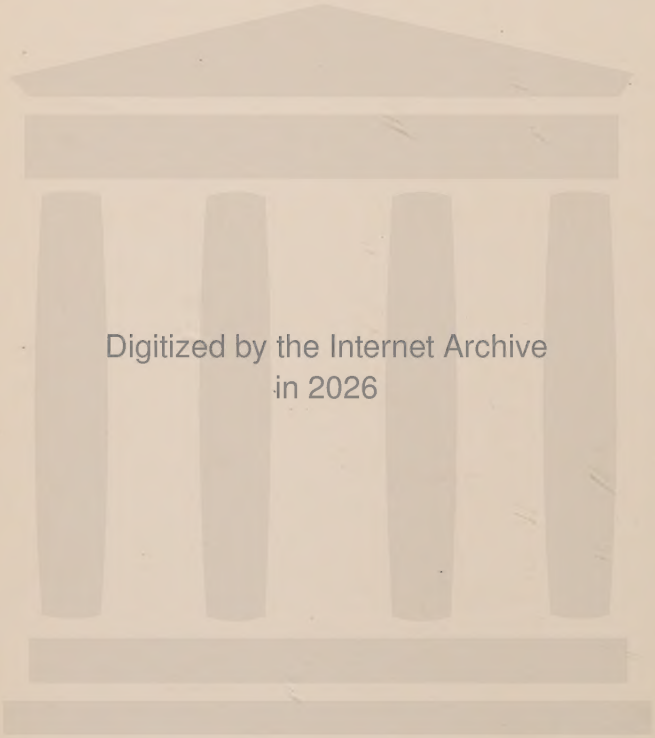
UNIVERSITY OF ARIZONA
39001008092457


Digitized by the Internet Archive
in 2026

https://archive.org/details/historiadelalite0003rica

LA LITERATURA ARGENTINA

—

III

LOS PROSCRIPTOS

SPANISH and FRENCH BOOKS
ZABALA AND MAURIN
5 WEST 47th ST. NEW YORK CITY

OBRAS DEL AUTOR

VERSOS

La victoria del hombre (agotada).
Los lises del blasón (agotada).
La sangre del sol (agotada).
Los cantos de Perséphone.

PROSA

El país de la selva (Garnier, París).
Cosmópolis (Garnier, París).
El alma española (agotada).
Cartas de Europa (segunda edición).
Blasón de plata (segunda edición).
La restauración nacionalista (agotada).
La universidad de Tucumán (agotada).
La argentinidad (agotada).
La ronda de la muerte (cuentos).
Caliope (discursos y conferencias).

LA LITERATURA ARGENTINA :

I. *Los gauchescos* (en venta).
II. *Los coloniales* (en venta).
III. *Los proscriptos* (en venta).
IV. *Los modernos* (en preparación).

OBRAS DIRIGIDAS

Archivo capitular de Jujuy (tres volúmenes).
Bibliografía de Sarmiento (un volumen).
Poesías de Cervantes (un volumen).
Biblioteca Argentina (veinte volúmenes).

RICARDO ROJAS

LA LITERATURA ARGENTINA

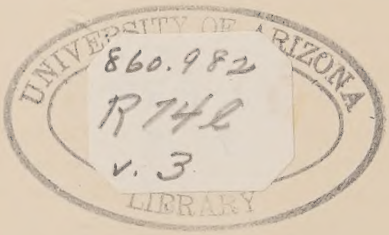
ENSAYO FILOSÓFICO SOBRE LA EVOLUCIÓN DE LA CULTURA EN EL PLATA

III

LOS PROSCRIPTOS

BUENOS AIRES
IMPRENTA Y CASA EDITORA «CONI»
684 — PERÚ — 684
1920

Es propiedad.



860.982
R74l
v. 3

ADVERTENCIA

El presente volumen — penúltimo de la Historia *en cuatro tomos, que hace tiempo anuncié — debió salir a luz el año pasado. El primero,* Los gauchescos, *apareció en 1917; el segundo,* Los coloniales, *apareció en 1918; el tercero,* Los proscriptos, *entró en prensa el año 1919, con el propósito de que el cuarto y último de la serie, intitulado* Los modernos, *pudiera salir a luz en este año actual de 1920. Causas fortuitas han demorado ese proyecto, y a mis lectores — único sostén de esta costosa edición — debo explicarles la involuntaria demora.*

El tiempo que destinaba a la publicación de este volumen, ha sido sacrificado por la huelga universitaria de La Plata, donde mi cargo en el Consejo Superior me impuso ingratos deberes que no podía declinar. Entiendo haber servido allí a la cultura patria tanto como pudiera servirla con este libro; pero es lamentable que la función universitaria — donde esta obra tuvo en parte su origen — se haya tornado ocasión adversa para tareas de esta índole, a causa de la reventazón de odios que, en nombre de un fingido ideal, está agrietando el suelo donde necesitamos asentar nuestra educación.

Toma su nombre este volumen de los escritores que en él estudio, pues casi todos ellos sufrieron proscripción, durante el siglo XIX, *a consecuencia de nuestras convulsiones políticas. En tierra extraña escribieron sus mejores libros; en el destierro se formó su ideario; del exilio vinieron los que después de derrocar a Rosas echaron las bases de la cultura argentina. En la prosecución de esa empresa seguimos empeñados, y el ideal de* Los proscriptos *ha de servir de talismán para continuar luchando con toda nueva forma de barbarie. Por mi parte, confieso que en la familiaridad de aquellos inmortales maestros se ha fortalecido la vocación con que, desde hace años, voy realizando mi tarea.*

Y a fe que de todas mis empresas, esta de escribir la Historia de la literatura argentina *ha sido la más abnegada, no sólo por su espontaneidad generosa y su árida labor, sino porque el azar ha querido que el esfuerzo en varios años acumulado saliese a luz, para elocuente contraste, en una de las épocas más turbias porque la sociedad argentina haya pasado desde los días de la organización nacional. En otras épocas, siquiera el mal tuvo grandeza, mientras en esta de hoy, vulgar como la demagogia, todo es anónimo y mezquino como ella. Por eso digo que el aliento de esta obra ardua y costosa, me viene casi todo del propio asunto que la inspira.*

Los autores aquí reunidos pudieron haberse agrupado bajo el nombre de «los patricios», definiendo así el móvil de sus vidas como ciudadanos y el tema de sus obras como escritores; mas he preferido el título de Los proscriptos *por ser ya familiar entre nosotros, y porque tal accidente biográfico sugiere el rasgo heroico de sus almas y el sentimiento romántico de sus obras. Este otro nombre despierta además mi simpatía, porque artistas, poetas y pensadores continuamos siendo los desterrados de cada generación, en esta incipiente sociedad nuestra, donde la ganadería y el plebiscito son los parnasos de la muchedumbre.*

A lo largo del siglo XIX *conviene distinguir nuestras diversas emigraciones: las hubo en la década de Mayo; las hubo a la caída de Rivadavia; las hubo durante la tiranía de Rosas; las hubo en la época de la organización nacional. El reflujo de los partidos, la turbulencia demagógica, el despotismo semigaucho, obligaron a muchos ciudadanos eminentes a abandonar la patria o a recogerse en sí mismos para salvar el propio ideal o la propia vida. Pero « los proscriptos » por excelencia son los de la tiranía de Rosas, que continúan el ideal de Mayo y preparan el triunfo de Caseros. La obra de sus escritores — Echeverría, Sarmiento, Mármol, Alberdi, Mitre, López, Gutiérrez — constituye el núcleo principal de este volumen, que así resulta una nueva historia de la tiranía de Rosas.*

Por razones de método en la exposición, todo el ciclo hállase dividido en cuatro partes: 1ª El ideal de Mayo *(bibliografía y expresión del pensamiento democrático por los publicistas y oradores de la independencia, desde 1810 hasta 1830);* 2ª La iniciación romántica *(magisterio de Echeverría y advenimiento de la nueva generación que reanudó el liberalismo de la independencia frente a la demagogia y la tradicion colonial, desde 1830 hasta 1840); 3ª* La expatriación liberal *(propaganda de los emigrados en contra de Rosas y formulación de sus ideales civiles, desde 1840 hasta 1852; 4ª* La tierra prometida *(retorno de los emigrados, y obra de cultura que realizaron con sus discípulos en la reorganización del país, desde 1852*

hasta 1880). Claro es que esta división obedece a una simple razón de método en el complicado discurso, y si me atengo a fechas políticas, tratándose de historia literaria, es porque facilitan la orientación del lector, y porque la política fué, durante el heroico ciclo, tema dominante de la literatura.

Ambas cronologías marchan aquí muy paralelas, y ello es verdad tan evidente, que si suprimimos la revolución de Mayo, la tiranía de Rosas, la constituyente que siguió a Caseros y el triunfo de la civilización en Buenos Aires, los escritores de este período pierden su grandeza como ciudadanos, y como escritores pierden el tema de su inspiración. Sin «Mayo», no tendríamos el Dogma *de Echeverría; sin Rosas, no tendríamos el* Facundo *de Sarmiento; sin Caseros, no tendríamos las* Bases *de Alberdi; sin el triunfo de la nacionalidad en Buenos Aires, no tendríamos el* San Martín *de Mitre. Así también careceríamos de* La Cautiva, El Peregrino *y la* Atlántida, *tres poemas sucesivos inspirados por el soplo de americanismo y libertad que orea el ambiente político de esa época, la más emocionante de nuestra historia. A través de aquellos setenta años, veréis que vidas y obras son, en las páginas del presente volumen, un solo espíritu que se desenvuelve plasmando nuestra nacionalidad y su cultura.*

La documentación de manuscritos e impresos que he consultado para escribir esta parte de mi Historia, *guárdase hoy en el Museo Mitre, en la Biblioteca Nacional, en la Biblioteca del Congreso, en la Facultad de filosofía y letras de Buenos Aires, en la Universidad nacional de La Plata. A estos valiosos fondos bibliográficos y paleográficos, podría agregar, para la iconografía, el Museo histórico, y para los impresos mi propia biblioteca, que, sin ser valiosa, me ha servido de mucho por la comodidad de las consultas en ciertos pasajes de esta labor. Mis citas marginales y los catálogos de las nombradas instituciones servirán de guía a quien desee recorrer en sus fuentes el camino que yo recorrí. El Museo Mitre es importante para lo que se refiere al fundador, su obra y su tiempo; la biblioteca del Congreso Nacional, lo es por el archivo de Juan María Gutiérrez, que el estado adquirió; la Biblioteca central de la Universidad de La Plata (antigua biblioteca pública de la provincia de Buenos Aires), lo es por su origen, y porque a ella se incorporaron librerías particulares como la de Nicolás Avellaneda, y porque se enriqueció con las adquisiciones de Zinny en la época de su dirección: allí se encuentran raros impresos, olvidados folletos de provincias, ediciones príncipes, periódicos de Montevideo, Buenos Aires y el interior, dados a luz en la época azarosa de la guerra civil, la dictadura, la organización nacional. En cuanto a la Biblioteca Nacional, fundada por Moreno y dirigida más tarde por Segurola, de Angelis, Quesada y otros bibliófilos,*

se recomienda por sí sola para el período intelectual que estudiamos, aunque adolezca de lagunas su depósito y de errores su catálogo, según ocurre a todas las instituciones de su género en nuestro país. Lástima es que los archivos de Sarmiento, Alberdi, Lamas, Carranza, Casavalle y otros autores o estudiosos de su linaje, se hayan dispersado; pero lo que de ellos se ha publicado o lo que de ellos ha pasado a alguna de las nombradas instituciones, me han permitido aprovechar, siquiera fragmentariamente, buena copia de sugestiones y noticias, como lo verá el lector en diversos pasajes de este volumen. Gracias a tal empeño, surgen a nueva luz figuras de escritores casi olvidados como Zuviría, Fragueiro, Echagüe, Villafañe, y muchos otros. Puedo aquí asegurar que no he omitido esfuerzo para completar mis fuentes, sin rehuir ni la tradición oral de familias y ancianos que podían auxiliarme en esta empresa de reconstrucción y evocación.

Las condiciones azarosas en las cuales salieron a luz las obras de « los proscriptos » (entre revoluciones, sitios, destierros); la forma empírica como esa labor fué recogida por particulares (Lamas, Zinny, Gutiérrez); la poca atención que nuestras bibliotecas han prestado a la literatura argentina, son motivos que escusan las deficiencias de que pueda adolecer mi trabajo, a pesar del empeño con que he pretendido agotar la información. Pero vuelvo a decir lo que ya dije en volúmenes anteriores : no es mi obra un catálogo bibliográfico ni un diccionario biográfico. La información sobre libros y autores es simplemente materia de que me sirvo para organizar series, definir jerarquías, fundar ideas generales, con lo cual explico la evolución social de nuestra cultura y tiendo a descubrir una norma filosófica para nuestro ideal estético. Esto se verá más claro en el próximo volumen, último de la colección.

Tengo ya puesta la pluma en esa parte final de mi tarea, y espero darle cima en el corriente año, si los demagogos me lo permiten. Cuando la obra concluya, verá el lector que ésta no es sólo una historia, sino una estética literaria fundada en la experiencia de nuestra historia ; estética que no aspira a cerrarse en dogma sino a abrirse en ideales. Tiendo a fijar al pensamiento argentino más bien un rumbo que un sendero, para que sea no como la carta del nauta sino como el instinto del ave, cuyo secreto está en el ala voladora y en el infinito azul.

I

EL IDEAL DE MAYO

(1810-1830)

Oid mortales el grito sagrado:
Libertad, libertad, libertad!

HIMNO NACIONAL

POR DECRETO SOBERANO DE ONCE DEL CORRIENTE

SE HA ORDENADO QUE LA SIGUIENTE CANCION

SEA EN LAS PROVINCIAS UNIDAS LA ÚNICA

MARCHA PATRIOTICA.

Oid, mortales el grito sagrado
Libertad, libertad, libertad:
Oid el ruido de rotas cadenas:
Ved en trono à la noble igualdad.
Se levanta en la faz de la tierra
Una nueva gloriosa nacion
Coronada su cien de laureles,
Y á sus plantas rendido un Leon.

CORO

Sean eternos los laureles,
Que supimos conseguir:
Coronados de gloria vivamos,
O juremos con gloria morir.

De los nuevos campeones los rostros
Marte mismo parece animar:
La grandeza se anida en sus pechos:
A su marcha todo hacen temblar.
Se commueven del Inca las tumbas,
Y en sus huecos revive el ardor,
Lo que vé renovando á sus hijos
De la Patria el antiguo esplendor.

Sean eternos los laureles &c.

Pero sierras y muros se sienten
Retumbar con horrible fragor:
Todo el pais se conturba por gritos
De venganza, de guerra, y furor.
En los fieros tiranos la envídia
Escupió su pestífera hiel,
Su estandarte sangriento levantan
Provocando á la lid mas cruel.

Sean eternos los laureles &c.

¿No los veis sobre Mèxico, y Quito
Arrojarse con saña tenaz?
¿Y qual lloran bañados en sangre
Potosí, Cochabamba, y la Paz?
¿No los veis sobre el triste Caracas
Luto, y llantos, y muerte esparcir?
¿No los veis devorando qual fieras
Todo pueblo, que logran rendir?

Sean eternos los laureles &c.

A vosotros se atreve Argentinos
El orgullo del vil imbasor:
Vuestros campos yá pisa contando
Tantas glorias hollar vencedor.
Mas los bravos, que unidos juraron
Su feliz libertad sostener,
A estos tigres sedientos de sangre
Fuertes pechos sabrán oponer.

Sean eternos los laureles &c.

El valiente Argentino á las armas
Corre ardiendo con brío y valor:
El clarin de la guerra, qual trueno
En los campos del Sud resonó.
Buenos--Ayres se opone á la frente
De los pueblos de la ínclita union,
Y con brazos robustos desgarran
Al ibérico altivo Leon.

Sean eternos los laureles &c.

San Josè, San Lorenzo, Suipacha,
Ambas Piedras, Salta, y Tucumán,
La Colonia y las mismas murallas
Del tirano en la banda Oriental,
Son letreros eternos que dicen:
Aquí el brazo argentino triunfó:
Aquí el fiero opresor de la Patria
Su cerviz orgullosa dobló.

Sean eternos los laureles &c.

La victoria al guerrero argentino
Con sus álas brillantes cubrió,
Y azorado á su vista el tirano
Con infamia à la fuga se dió;
Sus banderas, sus armas se rinden
por trofeos à la libertad,
Y sobre alas de gloria alza el pueblo
Trono digno á su gran magestad.

Sean eternos los laureles &c.

Desde un polo hasta el otro resuena
De la fama el sonóro clarin,
Y de América el nombre enseñando
Les repite, mortales oid:
Ya su trono dignísimo abrieron
Las provincias unidas del Sud.
Y los libres del mundo responden
Al gran pueblo argentino salud.

Sean eternos los laureles &c.

Es copia = *Dr. Bernardo Velez*, Secretario del Gobierno de Intendencia.

Buenos-Ayres mayo 14 de 1813. Imprenta de Niños Expósitos.

Fig. 1. — Facsímil de la edición de la Asamblea

CAPÍTULO PRELIMINAR

I

FACTORES SOCIALES DE NUESTRA REVOLUCIÓN

Un viejo símil parangona las revoluciones sociales con los bruscos trastornos de la naturaleza. Encendida la primera chispa que genera el incendio, o roto el dique donde se contenían las aguas, suelen propagarse los elementos en formas dramáticas e imprevistas, hasta que el fuego se extingue, o reaparecen las tierras. Nuestra revolución, que empezó el 25 de mayo a nombre de Fernando VII, se desarrolló en una tragedia de medio siglo, convirtiendo en víctimas sucesivas de su propia fuerza fatal, a los mismos héroes que la habían desencadenado. Hasta después de la organización nacional, las cosas trastornadas por la enorme revuelta no volvieron a hallar su nuevo quicio. Es el destino de todas las grandes revoluciones; y la nuestra lo fué, porque no se redujo al cambio de gobernantes de las asonadas políticas, sino que trascendió a toda la estructura civil, hasta convertirse en una verdadera reorganización de las sociedades americanas y en una renovación total de su cultura.

En la revolución de Mayo, adviértese, de una parte, el ideal de la historia que iba a realizarse, creando una nueva nación, y de otra parte, la realidad de la historia que ya se había consumado, creando en el régimen colonial un nuevo pueblo. Durante años, los héroes pugnarían por remoldear esa realidad, según el arquetipo que los filósofos de la revolución propusieron en libros, arengas y constituciones. La acción militar de la independencia, victoriosa y rotunda, ha sido hasta

hoy contada como una epopeya: pero este proceso civil de la democracia argentina, lento y doloroso, debe, más bien, ser concebido como una tragedia.

Y a fin de comprender ese antagonismo trágico de nuestro ideal y de nuestra realidad, paréceme necesario compendiar aquí la formación colonial del pueblo argentino, lo que éste era en 1810, o sea el medio histórico donde el pensamiento de Mayo iba a encarnarse.

Cuando los españoles colonizaron nuestro país, habitaban el territorio argentino numerosos pueblos que hablaban diversos idiomas indígenas, según el cuadro lingüístico que he presentado en el mapa del primer volumen (pág. 85). Los cronistas militares del siglo XVI y los evangelizadores del siguiente siglo, mencionan dichos pueblos y sus lenguas, con profusa nomenclatura. Sólo del grupo chaqueño nombra Jolis 19 «naciones», que son a saber: los chiriguanos, matacos, mataguayos, tobas, vilelas, mocovíes, abipones, lules, matarás, yapitalagas, urbayas (o guaycurúes), guanas (o chanás), payaguás, y podría agregarse a los llamados malbalaes. Éstos a su vez se subdividen en variadas familias, social y filológicamente considerados. Algunos de dichos pueblos, por estar en la periferia de esa región, fueron absorbidos por la colonización de las regiones contiguas: así en la parte mediterránea los matarás, asimilados a la colonización quichua de Santiago, y los chanás a la colonización guaranítica del litoral. Filológicamente, el abipón, el lule, el tonocote y quizá el perdido cacana, formaban un solo grupo dialectal, y fueron hablados o estudiados juntos por algunos gramáticos coloniales, como el padre Barzana (t. I, c. V). En la región mediterránea y andina, los cronistas mencionan a los ocloyas, los palpalás, los cochinocas, los casavindos, los humahuacas, los diaguitas, los famatinas, los sanavironas, los comechingones y los huarpes, acerca de cuyos perdidos idiomas sólo caben imprecisas conjeturas. Sobre sus hablas regionales, que abarcaban las actuales provincias de Córdoba, San Juan, La Rioja, Catamarca, Santiago, Tucumán, Salta y Jujuy, se extendió el quichua, adoptado como lengua general de la colonización por el Concilio limense de 1583. En el litoral guaranítico habitaban los querandíes, los charrúas, los tapes, los chanás, los timbúes, los begoas, los corondas, los quiloazas, los mocoretás, los mepenes, los minuanes, los caínguás y los chorotis. A casi todos estos pueblos y sus dialectos — algunos perdidos — los absorbió la colonización guaraní de los jesuítas, dilatándose esta lengua indígena por el actual territorio de Misiones, las provincias

de Corrientes y Entre Ríos, parte de Buenos Aires y Santa Fe, y las repúblicas del Uruguay y el Paraguay. En la Patagonia erraban puelches, pehuenches, picunches, ranquelches (o ranqueles), tehuelches, tzónecas, onas y yaganes, más los restos difusos del siglo XIX, llamados «pampas» por la zona geográfica de sus malones. En la región limítrofe del litoral, o sea el actual Brasil, hablábase el tupí, gemelo del guaraní; en la región limítrofe del noroeste, o sea la actual Bolivia, hablábase el aymará, pariente del quichua; en la región limítrofe de Cuyo, o sea el Chile actual, hablábase el araucano, entendido también por los indios de Mendoza y San Juan, cuyas lenguas locales eran el millcayac y el alentiac. Todos estos dialectos regionales, que pasan de cincuenta, fueron suplantados por el quichua, el guaraní y el araucano, las tres lenguas generales, adoptadas por sínodos y concilios, estudiadas por misioneros y arraigadas por obra lenta de las doctrinas. El castellano partió de las ciudades, que eran fortines de conquista; convivió en ellas con las lenguas indígenas durante un tiempo, y fué paulatinamente suplantando, no sólo a los pequeños dialectos sino a las lenguas generales ya nombradas (véase t. I y II).

Al producirse la emancipación, estos pueblos presentaban cierta homogeneidad de cultura, dentro de nuestro país y dentro de todo el continente; pero el imperio del idioma castellano distaba de ser absoluto. No había entrado en el Chaco ni en la Patagonia, donde la colonización no dejó fundaciones estables; y en otras, como el Paraguay y Corrientes, coexistía con el guaraní, con el quichua en Santiago, con el aymará en el alto Perú, con el araucano en Chile, para no citar sino a las naciones vecinas y a las provincias nuestras donde aún hoy persisten las lenguas precolombianas. Hemos visto en el tomo II cómo los próceres de la emancipación — Moreno, Castelli, Belgrano, San Martín — tuvieron que difundir sus proclamas traducidas al quichua, al aymará, al guaraní y al araucano, para que fuesen entendidas en ciertas populosas regiones donde esas lenguas indígenas subsistían.

La homogeneidad étnica no era tampoco absoluta. Sobre el fondo aborigen casi idéntico de esos pueblos, en su tipo físico y mental, habíanse formado algo así como «castas» o clases en el mestizamiento de la colonia: primero, el blanco, europeo español que hablaba su lengua y la cuidaba; luego el criollo, hijo americano del colonizador; después el mestizo de blanco y de indio; más abajo el indio convertido a la cristiandad; y por fin, el esclavo negro, con sus variantes el zambo

y el mulato, sin contar al aborigen rebelde del Chaco y la Patagonia.

La clase blanca era muy reducida, y formábase con los magistrados del clero, la milicia, la magistratura, la burocracia, el comercio. Se decía a sí propia «la gente decente», y desdeñaba con cierto empaque aristocrático a las clases inferiores, llamada «la gente baja» o la plebe: artesanos, peones, cholos, huasos, chinos, rotos, gauchos y gauderios. En la masa popular de las ciudades hablábase un castellano incorrecto, barbarizado por regionalismos peninsulares o por contaminaciones indígenas. En las masas rurales de la selva y de la montaña, subsistieron el quichua, el aymará, el araucano o el guaraní, y era frecuente el caso, hasta después de 1810, de que muchos habitantes ignorasen el castellano. Esto creaba en ciertas ciudades la necesidad de conocer el idioma indígena que se hablara en la comarca. Soldados, comerciantes, clérigos y propietarios de estancias, poseían alguna lengua americana, y la enseñaban a sus hijos, aun cuando fuesen blancos y blasonasen hidalguía española. Así, el castellano adquirió en la América colonial tres matices: uno, el gramatical, de las gentes decentes, que se perpetuaba en las familias puras, con tratamiento de *tu* y de *os*, lengua culta que se aprendía en las escuelas y se escribía en los libros; otro, el popular, que venía de España en boca de soldados y gentes de la hampa o de la gleba, pululante de arcaísmos y regionalismos; y por último, el que se hibridaba al contacto de las masas indígenas, asimilando vocablos o giros que lo corrompían. Este último fenómeno puede aún notarse en las campañas guaranizadas de Corrientes o en las quichuizadas de Santiago. De los otros dos, uno dió origen al lenguaje gauchesco, ya estudiado en el volumen primero de esta historia, cuyos arquetipos son la obra de Ascasubi y Hernández; y el otro generó la literatura escolástica de los siglos XVII y XVIII, cuyas representaciones más características — Tejeda y Varela, por ejemplo — he comentado en el segundo volumen.

La colonia había formado, por consiguiente, una clase culta, inferior en número pero superior en inteligencia, con relación a las clases rurales, más fuertes y populosas. Claro es que el ideal democrático de la revolución habría de ser diversamente comprendido o sentido en una y otra clase. De ahí provino esa desarmonía de ambas entidades, que Sarmiento creyó explicar con su afortunada antinomia *Civilización y barbarie*, aunque, en mi sentir, ella no explica toda la íntima fecundidad de aquel conflicto, como lo tengo ya indicado en *Los gauchescos*, y lo ratificaré en el presente volumen. Las ciudades represen-

taban la civilización, sin duda alguna; pero la civilización española, que era la que se deseaba destruir, para crear una nueva civilización.

A fin de comprender bien el fenómeno espiritual de la colonia, conviene separar la evolución estrictamente psicológica de la filológica. Los indios, al convertirse al cristianismo y ser bautizados, adoptaban un apellido español, generalmente el de sus encomenderos o señores: Aguirre, Castillo, Argañaraz, y esto ha extraviado el juicio de muchos sociólogos porteños; pero cuando el indio pertenecía a una tribu relativamente civilizada, entonces conservaba su patronímico americano: así en Corrientes y Entre Ríos: los Yapuguay, los Añegara, los Asiyú, los Zuiriri, los Chirima, y en el noroeste andino: los Taritolay, los Zumbaine, los Zulaba, los Quispe, apellidos que aún subsisten entre los actuales conscriptos de Salta y Jujuy. No siempre la posesión de una lengua indígena significó linaje indio en quien la hablaba; ni el nombre español de quien lo llevara significó origen europeo. Más bien ocurrió lo contrario: las tribus, al reducirse, aprendían el castellano y se bautizaban; mientras los amos españoles aprendían las lenguas americanas. El proceso de aptitud vital, consistió, para los escasos colonizadores, en adaptarse al *medio natural* que encontraron densamente poblado; y para los numerosos indios consistió en adaptarse al *medio social* que los colonizadores creaban en América. El indio aventajaba al europeo en número y conocimiento del país: tenía de su parte las mujeres y los instintos. El europeo aventajaba al indio en inteligencia y conocimiento de la civilización: tenía de su parte las armas y la técnica. El éxito de la colonización estribó en el progresivo acuerdo de ambas entidades, hasta que, al estallar la guerra de emancipación, el nativo había indianizado al castellano, y éste había castellanizado al indígena. Claro es que ese proceso de tres siglos tuvo reveses y alternativas de sangre: pueblos indios exterminados por el conquistador: pueblos españoles destruídos por el indio.

Sobre todo ello se formó la estructura religiosa, militar y económica del régimen colonial, que era un sistema de coacciones y privilegios. Al romperse dicha estructura, la realidad recobró su beligerancia. Los instintos gregarios del indio y el individualismo fanático del conquistador, reaparecieron en la superficie histórica, como aguas surgidas de capas profundas del pasado, cuya formación expliqué en el tomo de *Los Coloniales*. La montonera y el caudillo tienen su precedente en los siglos XVI y XVII, como también lo tienen la mazorca y el despotismo. Del siglo XVIII provenía el privilegio virreinal de Buenos Aires, que

Rivadavia intentó conservar, y esa cultura universitaria de Funes, representante también de la civilización, pero de la civilización española. Eso explica la división de las clases cultas, a partir de 1810, en dos bandos políticos y en dos bandos intelectuales, según que se fuera más o menos radical en la reforma iniciada.

Hay, en el proceso de raza y lengua coloniales, otro aspecto que conviene resumir, y es el de sus relaciones con el territorio. Suele el geólogo descorar a la tierra de su manto aluviónico — piel de ese cuerpo — para estudiar los suelos genésicos — tegumento y hueso de esa anatomía prodigiosa. Pues así quisiera yo despojar en el mapa, a esta parte de América, del manto actual que la divide en naciones y provincias, a fin de penetrar en esa constitución espiritual más profunda, que es el subsuelo de su historia. Por eso he borrado en mi mapa (t. I, p. 85) los límites de Chile, Bolivia, Paraguay, Uruguay y Brasil, porque la línea convencional que nos separa políticamente, no penetra más allá de la superficie cartográfica. En lo hondo del tiempo y de la tierra, hay íntimas comunidades que nos crean, no como partes « unidas » por la geología, la etnografía o la historia, sino como una real y verdadera « unidad ». Por la misma razón, dentro de nuestro mapa administrativo, he debido borrar también los límites interprovinciales y los « accidentes » que no sirvieran a lo « esencial » de mi propósito. Así, al tratar en el volumen de *Los Gauchescos* de nuestra formación nacional, señalé dos zonas aún pasivas en la creación de nuestra cultura (Patagonia y Chaco); dos zonas de intensa coloración indígena (el noroeste quichuizado y el litoral guaranizado); y una zona núcleo, la platense o gauchesca, activísima en su función de asimilar lo que traen las foráneas corrientes del mar y las vernáculas corrientes de la tierra.

Contrasta con las dos zonas pasivas, la actividad creadora de las otras regiones, y entre todas descuella la platense, sobre ambas riberas del río epónimo, donde el indio desapareció absorbido por el español, y el español refundido en el tipo del gaucho, que dió a la patria, con aquella zona, el crisol de nuestra nacionalidad. No en vano, si en el tomo de *Los Gauchescos* hemos visto que aquí se formó ese tipo característico, y en el de *Los Coloniales*, que aquí se radicó un nuevo virreinato, en *Los Proscriptos* vamos a ver que aquí se elaboró el ideal democrático. En el Plata se halla el núcleo vital de la nacionalidad argentina.

Contiguas al Plata, dilátanse estas otras regiones: la *guaranítica* (riberas del Uruguay, Paraná y Paraguay), la *quichua* (el Salado, los Andes y una línea que une los ríos Diamante, Quinto y Salado del

sur), la *araucana*, (línea anterior, el río Negro, los Andes y el Atlántico). Las tres regiones nombradas convergen por un extremo al crisol gauchesco del Plata y por el otro se dilatan: la quichua o andina del noroeste hasta Bolivia y el Perú por la Puna; la guaranítica o litoral del noroeste, por las Misiones, hasta el Paraguay y Brasil; la araucana o pampeana del sur, hasta Chile por la región de Cuyo y del Arauco, — acentuando la identidad de todos estos pueblos por la común tradición indígena de sus respectivas fronteras, pues trátase, en realidad, de varios *estados* pero de una sola *nación*, si hemos de dar a estas palabras su verdadero sentido gramatical y político. De Salta y Jujuy en el norte, se pasa a Bolivia sin transición de ambiente geográfico ni tipo popular, pudiendo oirse, a uno y otro lado de la frontera, la lengua indígena común, el quichua, o el castellano influído por una misma cadencia regional de semitonos y eses sibilantes. De Mendoza y Neuquén, en el oeste, se pasa a Chile, también sin cambio notable de ambiente y tipo popular, pudiendo oírse a uno y otro lado de esa frontera, la lengua indígena común, el araucano, o el castellano influído por una misma cadencia regional, de vocales muy claras e inflexiones muy dulces. Asimismo, de Corrientes y Misiones, en el este, se pasa al Paraguay, también sin cambio perceptible de ambiente y tipo popular, pudiendo oirse a uno y otro lado de esa frontera, la lengua indígena común, el guaraní, o el castellano influído por una misma cadencia regional, de leves articulaciones y eses resonantes. Y es que en el corazón de todos nuestros pueblos, queda ese resabio de tres siglos coloniales, que está en la sangre de la vieja América como el zumo en su pulpa, y en el labio de todos sus hijos la unánime lengua de Castilla, como en cada una de las olas el rumor de un río. Porque, según ya dije anteriormente, constituímos varios estados, pero somos esencialmente una sola nación todos los pueblos de nuestra América.

Las reflexiones que preceden ofrecen a la imaginación la perspectiva real del medio geográfico en que iba a moverse nuestro ideal revolucionario: primero Buenos Aires, con sus tradiciones del virreinato y su comercio fluvial, que la vinculaba al gran mar de la civilización atlántica; luego la pampa desierta, con su llanura fácil a las correrías; después, varias misérrimas aldeas rodeadas de campañas primitivas; más allá el Chaco y la Patagonia, con sus fronteras salvajes, en pleno siglo XVI; y por fin la América maternal, patria común de todos los americanos, y plasma difuso de nacientes estados que aspiraban a definir sus respectivas jurisdicciones políticas.

No puede un historiador decir que ha comprendido una época, si omite los rasgos propios de esa época, pretendiendo imaginarla según valores modernos que entonces no existían. Por eso he buscado, en este parágrafo, sugerir al lector moderno cómo era la realidad social de nuestros pueblos al concluir la colonización española y al comenzar la emancipación argentina. Los orígenes de la sociedad hispanoamericana quedan documentados en los dos volúmenes anteriores de esta obra: pero necesitaba reavivar su recuerdo en breves líneas, porque fué con el barro de esa realidad con el que hubieron de modelar su ensueño los próceres de la emancipación y de la proscripción.

La historia de nuestros sucesos políticos — única que hasta hoy hemos tenido — simplificó el árduo proceso, olvidando una parte de la verdad, que yacía en la historia interna de nuestra cultura. Todo era rotundo en ella, como los actos mismos de que trataba — cronologías y caracteres, — buena para inspirar el bajo relieve de las estatuas o los episodios del canto heroico. Pero ha habido una cosa menos simple en las profundas corrientes del pensamiento argentino: y eso es lo que vamos a estudiar en los pensadores de la revolución, a partir de Mariano Moreno, primero que encendió las antorchas del ideal revolucionario.

II

«DOCTRINA DEMOCRÁTICA» DE MARIANO MORENO

La personalidad de don Mariano Moreno se nos aparece tan unida a los sucesos de Mayo, como a su fondo el modelado de los alto relieves. Tiene volumen y contorno propios, pero hay que verla sobre su bloque para valorizar sus calidades. Se le considera el numen de nuestra revolución, y así lo fué realmente: de ahí que sea imposible separarlo de aquel magno episodio. Entre los numerosos hombres de acción que lo acompañan, Moreno escribe, y hace de su palabra un arma tan eficaz como los sables de la milicia. Su pensamiento pone un móvil cívico en el valeroso pecho de los ciudadanos, y un lampo de ideal en los aceros de los combatientes. Sin los escritos de Mariano Moreno, la revolución quedaría muda en su primer instante, o nos alcanzaría como un clamor sin palabras: pero así también sin la revolución, que les da su grandeza, perderían estos escritos la trascendencia que todos los ar-

gentinos reconocen en ellos. Tienen sus doctrinas valor y nobleza, aunque no originalidad: tiene su prosa diafanidad y corrección, aunque no vigorosos rasgos de estilo. Mas por encima de esa endeblez, visible al análisis de la crítica filosófica o literaria, la historia política del Plata considera las páginas de Moreno como la palabra más inspirada y más alta de la emancipación, en la hora de nuestra epifanía revolucionaria.

Pero antes de estudiar la doctrina de Moreno, bueno es que apunte aquí alguna noticia sobre su vida, que no será muy extensa, por tratarse de una biografía divulgadísima entre cuantos conocen la historia política de la emancipación.

Fig. 2. — Mariano Moreno (Edición de su hermano Manuel)

Mariano Moreno nació en Buenos Aires el 23 de septiembre de 1778, hijo de doña Ana María Valle, porteña, y de don Manuel Moreno Argumosa, santanderino, establecido desde 1776 en nuestra capital. Primogénito de aquel matrimonio, costeóle estudios su familia, y tuvo por afectuoso hermano a Manuel, que debía contar la vida del prócer después de su muerte, y publicar sus escritos. Mariano estudió primero en la «Escuela del Rey», después en el Colegio de San Carlos, y finalmente en Chuquisaca, donde se graduó de doctor en leyes. Mentor de su adolescencia en Buenos Aires fué fray Cayetano Rodríguez, y protector de su juventud, en Chuquisaca, el canónigo doctor don Matías Terrazas, quien le franqueó los libros «prohibidos» de su biblioteca. En la ciudad universitaria contrajo enlace con la joven altoperuana doña María Guadalupe Cuenca, y ya formada su familia, volvió a la ciudad natal, donde abrió bufete de abogado. Moreno fué de carácter neurótico y de precaria salud. Su humor fué reconcentrado: contraído a los goces y deberes del hogar. No entró en la conspiración de Mayo hasta el 24, pero el 25 entró de lleno y, como secretario de la Primera Junta, se convirtió en su conductor. Ejerció la suma del poder público durante seis meses: chocó dentro de ella con el presidente Saavedra y

el diputado Funes: ordenó el fusilamiento de un ex virrey en Córdoba e inspiró represiones sangrientas contra los realistas del Alto Perú. Resistió la incorporación de los diputados provinciales en la Junta, mas no por centralismo o tiranía, sino porque entendió, acertadamente, que la Junta debía seguir con la dirección revolucionaria y los diputados reunirse en asamblea constituyente. La confusión de ideas, las pasiones heridas, el temor que inspiraba su arrebato, precipitaron su caída. Representaba ideales antagónicos a Saavedra, vanidoso militar, y a Funes, clérigo discursivo; pero contagió de su fuego a Castelli, formando escuela en la juventud que se organizó, tras de su muerte, en el Club patriótico de 1811 y en la Sociedad Literaria de 1812. Depués de su renuncia, fué enviado en misión diplomática a Londres, quizá para alejarlo del país. En ese viaje murió sin llegar a su destino, a los 33 años de edad, el 4 de marzo de 1811. En alta mar, envuelto en la bandera británica del barco que lo conducía, su cadáver fué arrojado al océano.

Esta silueta, breve como su vida, carece sin embargo de su ardor, y no podrá comprender a Moreno en su grandeza cívica sino quien lea a nuestros historiadores de la independencia — Mitre y López — o quien lea sus escritos, que son la obra de un verdadero revolucionario. El solo contraste entre su educación y su pensamiento, bastaría para señalar su grandeza. Hijo de español, educado bajo la tutela de buenos clérigos, álzase el 25 de mayo contra España y contra el régimen colonial. En él se «quiebra» — esa es la palabra, — el molde secular de la colonia.

Los escritos de Moreno han aparecido por primera vez en la siguiente forma: 1° *Representación que el apoderado de los hacendados de las campañas del Río de la Plata dirigió al Exmo. Señor Virrey don Baltasar Hidalgo de Cisneros en el expediente promovido sobre proporcionar ingresos al erario por medio de un franco comercio con la Nación inglesa. Con superior permiso. Buenos Aires. 1810*; 2° En *La Gaceta*, que el mismo fundara, salieron en 1810 casi todos los trabajos de su acción revolucionaria. Allí se encuentran los antecedentes del fusilamiento de Liniers, que él ordenara, y de la fundación de la Biblioteca Nacional, obra suya también: 3° *Colección de arengas en el foro y escritos*, Londres, 1836, 8°, con retrato de Moreno; 4° *Escritos de Mariano Moreno*, Buenos Aires, 1896, edición del Ateneo, con prólogo del doctor Norberto Piñero. Estas ediciones pueden verse en la Biblioteca Nacional y en el Museo Mitre.

Tal era el estado de rareza o dispersión de los escritos de Mariano Moreno, cuando en 1915 ocurrióseme seleccionarlos, clasificarlos y ofrecerlos reunidos en un volumen de la *Biblioteca Argentina*, que se publica bajo mi dirección. A esta edición, titulada *Doctrina democrática de Mariano Moreno*, voy a referirme, por ser fácilmente accesible a mis lectores.

El volumen de Moreno, con el cual la *Biblioteca Argentina* dió comienzo a sus publicaciones, no comprende la totalidad de los escritos que pertenecen o se le atribuyen al vibrante patricio de la revolución; pero contiene sus tres documentos más notables, o, para decirlo mejor, la obra de sus tres momentos más decisivos: 1° *La representación de los hacendados*, en vísperas de la revolución; 2° *La propaganda de La Gaceta*, en medio del frenesí revolucionario; 3° *Las miras del Congreso*, a la llegada de los diputados capitulares que debían organizar el gobierno de la nueva nación (1). Moreno escribió la *Representación* en 1809, cuando aún pesaban las preocupaciones y las tiranías del régimen colonial, aunque ya se presentían las inquietudes del próximo estallido; pero como esa pieza fué en sus orígenes un alegato forense, participa de todas las características del género: habla en ella el Moreno abogado, y aunque traza desde su punto de vista ocasional la crítica de la economía española, lo hace con suficiente amplitud como para que el cuadro y las ideas puedan interesarnos todavía. A esto le siguen las páginas principales que publicó en *La Gaceta*, después de mayo de 1810, obra febril y fragmentaria del publicista que debía a un mismo tiempo, en misión casi absurda, ejercer el despotismo y sembrar la libertad. Sus escritos de abogado y de publicista complétanse con *Las miras del Congreso*, labor de hombre de estado, escrita en la inminencia de la dimisión y de la muerte, o sea en la azarosa transición de 1810 a 1811, lo cual agrega a su serenidad esencial, cierto prestigio solemne que la convierte en una especie de testamento político.

Todo el resto de los «escritos» de Mariano Moreno, carece de la importancia que he señalado a cada uno de esos tres documentos. Ni por el tema, ni por la forma, ni por el género, ni por la ocasión, ni por

(1) El verdadero título de este ensayo es: *Sobre las miras del Congreso que acaba de convocarse, y constitución del Estado*. Se publicó primeramente en *La Gaceta*, los días 28 de octubre, 2, 13, 15 y 28 de noviembre de 1810. Dichos fragmentos, reunidos en la edición de 1836, integran el ensayo. La edición del Ateneo lo reprodujo también, pero cambiando el título de *Miras* por el de *Misión*, y otras variantes.

los puntos de vista en que el autor se coloca, ni siquiera por la extensión material o la influencia o la fama, podrían aventajarlos las otras páginas que nos dejó. Quiere decir que ha presidido la formación de ese volumen un criterio de selección y no de compilación documental más o menos definitiva, como las que realizaron, la familia del prócer en 1836, y el doctor Norberto Piñero en 1896, por encargo del Ateneo de Buenos Aires (1). Yo seleccioné, pues, los tres opúsculos más importantes: de ahí que no llamara a ese volumen: *Escritos de Mariano Moreno*, sino *Doctrina democrática de Mariano Moreno*, porque en él expone su autor la crítica de la sociedad colonial (lib. I), después la derrumba con su prédica revolucionaria (lib. II), y, por fin, da las bases para reconstruirla (lib. III), de acuerdo con un ideal de libertad democrática. Está demás decir que cada uno de esos trabajos ha conservado la integridad de su texto originario, según las ediciones príncipes de que nos hemos servido (2). El director de dicha *Biblioteca* sólo se ha permitido bautizar el volumen, poniéndole por nombre el tema que da unidad a sus páginas y gloria duradera al pensamiento de su titánico autor (3).

Los diversos escritos de Moreno pueden, según su tema y su cronología, dividirse en *Escritos forenses*, datados casi todos entre su graduación de Chuquisaca (1802) y su incorporación a la Junta revolucionaria de Buenos Aires (1810); y en *Escritos políticos*, datados casi todos entre su secretaría de la Junta (25 de mayo) y el inmediato desenlace de su carrera. La compilación de esos trabajos, impresa por Pickburn después de la muerte de Moreno, fué ampliada en la ya referida edi-

(1) El tomo de las *Arengas y Escritos* (1836) va precedido de un extenso prólogo del editor (pág. CLXXVI) sobre la vida y obras de Moreno. La edición se halla dedicada al hijo de Moreno. Esta edición sólo contiene la *Representación*, las *Memorias* y los trabajos sobre *La ley 14 de Toro*, un *Alegato*, su *Impugnación a un bando del virrey de Lima*, su *Decreto* sobre los honores del presidente de la Junta, y su obra titulada *Sobre las miras del Congreso que acaba de convocarse*, y *Constitución del Estado*.

(2) Para el libro primero hemos seguido la *Representación* editada por don Mariano Moreno en Buenos Aires (1810); para el libro segundo, *La Gaceta;* para el libro tercero y para el apéndice, la edición de Londres (1836). Nos hemos valido en la corrección de pruebas de los ejemplares existentes en el Museo Mitre.

(3) Si algún abuso hubiera en ese bautismo, queda justificado, bibliográficamente, con esta sola explicación. He pensado, además, que no es más auténtico el de *Memorias*, *Escritos* o *Arengas*, usado por Manuel Moreno y por Pickburn en sus ediciones, y adoptado en casos sucesivos.

ción del Ateneo (1). Con el título de *Escritos de Mariano Moreno*, incluye esta última las piezas escolares, forenses, periodísticas, ya conocidas por la edición anterior, y otra nueva, titulada «*Plan de las operaciones que el gobierno provisional de las Provincias Unidas del Río de la Plata debe poner en práctica para consolidar la grande obra de nuestra libertad e independencia*. La autenticidad de este documento fué negada por el señor Pablo Groussac, originándose sobre esta cuestión una polémica acerba con el doctor Piñero, prologuista de la edición del Ateneo. Los pormenores de la agria disputa no caben en los breves términos de esta noticia, ni tampoco se avienen con mis propósitos en este sitio, sobre todo no habiendo sido incluído por nosotros el *Plan*. Entre tanto, debo solamente decir que si las inferencias críticas arrojan dudas sobre el origen de esa obra, la procedencia paleográfica del mismo deja también perplejo el ánimo en favor de la paternidad atribuída, o explican y atenúan, si la hubiere, la equivocación del editor (2).

Excluído el *Plan*, no sólo por ser improbable su autenticidad, cuanto por ser extraño al criterio de nuestra selección, hemos debido excluir también los trabajos menores de Mariano Moreno, tales como su disertación escolar sobre *La ley 11 de Toro* o cierto alegato sobre *Lanzamiento de un inquilino*, etc. Lo impersonal del fondo y de la forma, lo breve de la composición, el género escolar o forense de tales escritos, los hace apenas tolerables en una compilación de carácter documental; pero resueltamente los excluye de una selección como la que ahora comentamos. No diré lo mismo de unas *Memorias* sobre las invasiones inglesas de

(1) El Ateneo de 1896 inició con ese volumen una *Biblioteca* de autores argentinos, que fracasó. A Moreno debieron seguirle Gutiérrez y otros autores anunciados.

(2) Los términos de la cuestión se reducen a esto: el *Plan* fué extraído del Archivo de Indias, de una matriz que lo atribuye a Moreno, aunque no es original ni copia autenticada; Groussac los rechaza por no haber ningún indicio sobre esta obra en la bibliografía de Moreno; por no corresponder su texto a la ideación ni al estilo de su presunto autor y por haber imposibilidad material de que Moreno lo escribiese, dadas ciertas incompatibilidades de fechas. Como se ve, si no hay plena prueba en favor, tampoco la hay en contra. La acritud con que el señor Groussac consideró esta cuestión, nos parece excesiva, dado que no se trataba de una supercheria voluntaria del editor, ni de una arbitrariedad bibliográfica. La parte negativa del trabajo del señor Groussac nos parece, en cambio, excelente; pero nadie sabe mejor que su autor lo peligroso del método allí seguido, que no es — *mutatis mutandi* — sino el mismo de *Une énigme litteraire*, al buscar la paternidad del falso *Quijote*... En *La Biblioteca*, revista que el crítico dirigía, puede verse (t. I y VIII) los pormenores de tan interesante cuestión. El doctor Piñero replicó en un folleto, defendiéndose.

1806, que Moreno compuso por entonces, y que he agregado como «Apéndice» al final de dicho volumen. No diserta en ellas sobre la «doctrina democrática» que debía inmortalizarlo, pero en sus páginas tempranas despunta ya su vigoroso sentimiento patriótico y su confianza en el instinto del pueblo. Páginas breves y fragmentarias, como las de otros trabajos menores, en éstas, sin embargo, se asiste a la palpitación de su carne viviente: «Yo he visto en la plaza llorar muchos hombres por la infamia con que se les entregaba; y yo mismo he llorado más que otro alguno, cuando, a las tres de la tarde del 27 de junio de 1806, vi entrar 1560 hombres ingleses que, apoderados de mi patria, se alojaron en el fuerte y demás cuarteles de esta ciudad...» Es posible que estas *Memorias* hayan sido arregladas por Manuel Moreno, cuando la editó por vez primera en 1812; pero aun así, tendrían sitio indicado en nuestro «Apéndice», porque son la única en que no aparece el pensador austero que diserta, sino el hombre sensible que describe y narra lo que pasó ante sus ojos. Ellas descubren, en fin, algo del fuego interno que le animaría en 1810, fragua encendida de sensibilidad civil, calor de pasión humana en la luz del pensar doctrinario (1).

Ambas cosas — la pasión y el pensar emancipadores de Mariano Moreno — arden en las obras selectas reunidas en el compendio de su *Doctrina democrática*. Dicho volumen explica su acción y da a la revolución un pensamiento de justicia y de libertad. Laten ahí muchas ideas cuya fuerza aún nos impulsa y cuyo resplandor aún nos guía. Quienes lean el primer libro al favor de recientes investigaciones, podrán demostrar que la *Representación* no influyó en la política económica del virrey a quien fué dirigida, y que no podrá contársela ya entre las «causas» del alzamiento revolucionario (2). Quienes lean el libro segundo bajo la sugestión de historiadores modernos, hallarán excesivo el jacobinismo de algunos decretos y proclamaciones que se

(1) Estas *Memorias* fueron publicadas primeramente por Manuel Moreno (1812) en la *Vida* (pág. 84–100), y transcritas de allí en las *Arengas* (pág. 20–41), edición de Pickburn (1836).

(2) Recomendamos leer el meritorio trabajo del señor Diego Luis Molinari *(La representación de los hacendados)*, valioso por la novedad de la información y la minucia del método. Su tesis sugestiva representa la extrema izquierda de esta cuestión, después de las informaciones tradicionales en favor de ese escrito. (Véase *Anales de la Facultad de derecho*, t. IV, pág. 765. Hay tirada aparte.) Y para conocer la tesis contraria, véase la *Vida y memorias*, de Manuel Moreno.

publicaban en *La Gaceta* (1). Quienes lean el libro tercero bajo el torcedor de nuestras ulteriores banderías unitarias o federales, encontrarán que su misión carece de videncia, porque no plantea con nitidez los problemas constitucionales que a raíz de su muerte dividieron sangrientamente a los argentinos (2). Pero después de leer esos tres libros, nadie podrá negar la fe de Moreno en las fuerzas de la tierra y del trabajo libres, que expone en el primero ; ni la necesidad de la austeridad republicana que preconiza constantemente en el segundo ; ni la urgencia de organizar un gobierno propio por el ejercicio normal de la soberanía en cada uno de los pueblos que se habían plegado a la revolución. « La tierra », « la educación » y « el pueblo » : he ahí las tres ideas concéntricas de los libros que forman este volumen, o sea las ideas madres de su *Doctrina democrática*, en oposición al « monopolio », « la inquisición » y « la teocracia », que fueron los resortes del antiguo sistema.

Unas breves palabras de aclaración debo decir aún sobre los materiales que constituyen el libro segundo, o sea la propaganda revolucionaria de *La Gaceta*. Publicáronse en este periódico casi todos los decretos y órdenes del día o manifiestos de la Junta, que Moreno ciertamente redactaba y que además llevan su firma como secretario. Publicábanse también comentarios suyos sobre los diversos episodios de la revolución, que al salir anónimos, no podemos sino reconocerlos, cautelosamente, por el tema o el estilo. La primera *Colección de arengas en el foro y escritos de don Mariano Moreno*, dedicada a su hijo, y publicada por Pickburn en Londres el año 1836, no incluyó todas las obras de Moreno, sin duda porque tan sólo se imprimió el primer tomo. La parte más débil de esa *Colección* es, desde luego, la correspondiente a los documentos de *La Gaceta*, quizá porque siendo difícil entonces, y riesgosa siempre, tal compilación, la retardaban para un probable tomo segundo que no apareció. Sin duda por eso intentó el Ateneo suplir esta falta, ampliando la serie hasta reunir más de veinte piezas que incluyó

(1) Véase el *Liniers* del señor Groussac, donde el amor por el nuevo héroe hace olvidar al autor mucha de su simpatía por el héroe viejo. La necesidad de justificar a la víctima, aconsejó encontrar excesivo al victimario.

(2) Es posible que no fuera Moreno federal ni unitario. En el primer instante de 1810 era prematuro serlo. Algunas palabras banderizas de las *Miras*, en la edición de 1836, pueden haber sido interpoladas por Manuel. Piñero *(op. cit.*, pág. 6) y Groussac en *La Biblioteca*, han tocado esta cuestión. Moreno habló desde la Junta en nombre de Fernándo VII, pero al leer *La Gaceta* se ve que eso era una máscara de oportunidad. Moreno buscaba la independencia y quería que América se organizase en democracia.

en su edición de 1896. Pero entonces fué cuando se lanzó, como halcón sobre su presa, el señor Groussac, a señalar las omisiones. Tenía buena parte de razón el eminente crítico, pero la exageraba. Calcula Groussac en cuarenta y seis los artículos de *La Gaceta* que pertenecen a Moreno, aunque acertadamente reconoce que los omitidos no son superiores a los publicados en la colección ateneana (1). En 1896, los documentos a que se refiere eran casi inhallables, por ser escasos los ejemplares de *La Gaceta;* pero la reedición facsimilar de ese periódico, ordenada en celebración del Centenario, ha venido a poner dichos artículos al alcance de los estudiosos, quitándole toda urgencia a la necesidad de una compilación completa de los escritos menores de Moreno. De ahí que yo, al formar ese volumen, haya creído más conveniente prescindir, en esta parte de mi tarea, de la edición de Pickburn (1836), deficientísima en cuanto al material de *La Gaceta*, y de la edición del Ateneo (1896), que tampoco agota ese material, para ir directamente al acervo originario de 1810, o sea el periódico mismo, no con el objeto de formar la compilación completa, como el señor Groussac lo indicara en su valioso trabajo, sino con el fin de seleccionar las piezas más características, según la naturaleza del mencionado volumen. Una compilación total no es ya indispensable, según lo dije, después de reeditada *La Gaceta*, y en caso de hacerla, su lugar indicado estaría en una serie de documentos completos sobre la historia externa de la Revolución. Debo, no obstante, reconocer que el minucioso trabajo del señor Groussac ha facilitado mi tarea; no siendo éste el único bien que la nueva generación argentina tenga que agradecer a tan alto y fecundo obrero de nuestra cultura (2).

Pero aún restan otras aclaraciones que apuntar sobre mi edición: una se refiere a cierta *Circular* reservada, extraída por mí del Archivo Ca-

(1) Hay, sin embargo, alguna contradicción en esta parte de su interesante estudio. En la página 127 (*Biblioteca*, t. I) dice: «No cometeré la inexactitud de exagerar la falta, hasta pretender que los escritos olvidados *sean más importantes que los incluídos*, etc.» Y más adelante (*Biblioteca*, t. I, pág. 129), hablando del *Manifiesto de la Junta* sobre la ejecución de Liniers — documento omitido en la edición de 1896 (incluído en la nuestra) — dice: «Es, sin duda alguna, la producción capital de Moreno y de la Revolución: *muy superior por el pensamiento y el estilo a la tan celebrada «Representación de los hacendados»*, y *la única que pueda parangonarse con las más altas arengas de la tribuna europea o americana*». El juicio del ilustre biógrafo de Liniers exagera el elogio, según lo verá en aquel volumen quien analice la pieza aludida; — todo esto sin contar la contradicción ya señalada.

(2) Si se coteja el índice de la edición de 1836, y el de la edición de 1896, con el

pitular de Jujuy; la segunda, al prólogo del *Contrato social*, editado por Mariano Moreno; y la tercera a su ensayo universitario sobre el servicio de los indios.

La primera de esas piezas, cuyo original autógrafo tengo a la vista, es un pliego reservado dirigido al Cabildo jujeño, y si no fué escrito por Moreno, que lo firma, fué con toda probabilidad redactado por él. Al margen, con la misma letra del texto, dice *Reservado*, y traduce las inquietudes de aquella hora, y trasunta la psicología del inflexible secretario; me ha parecido conveniente agregarlo como «nota» al *Manifiesto de la Junta*, publicado después de la ejecución de Liniers y sus cómplices, nombrados en ese pliego como objetivos de su persecución.

En cuanto al prólogo del *Contrato*, que clausura el tomo en el «Apéndice», me parece que no sólo comprueba por sí solo la influencia de Rousseau sobre Moreno, sino que tiene significativo lugar en ese primer volumen de la *Biblioteca Argentina*. Sabido es que Moreno, al reimprimir aquel libro y prologarlo, entendió comenzar una serie de publicaciones análogas, con el objeto de servir a la cultura democrática: «En críticas circunstancias — dice aludiendo a aquel momento de 1810, cuyas vísperas fueron no muy distintas del momento actual, — en tan críticas circunstancias, todo ciudadano está obligado a comunicar sus luces y sus conocimientos; y el soldado que opone su pecho a las balas de los enemigos exteriores, no hace mayor servicio que el sabio que abandona su retiro y ataca con frente serena la ambición, la ignorancia, el egoísmo y demás pasiones, enemigos interiores del Estado, y tanto más terribles, cuanto ejercen una guerra oculta y logran frecuentemente de sus rivales una venganza segura. Me lisonjeo de no haber mirado con indiferencia una obligación tan sagrada, de que ningún ciudadano está exceptuado, y en esta materia creo haber merecido más bien la censura de temerario que la de insensible o indiferente; pero el fruto de mis tareas es muy pequeño, para que pueda llenar la grandeza de mis deseos; y siendo mis conocimientos muy inferiores a mi celo, no he encontrado otro medio de satisfacer éste, que reimprimir aquellos libros de política que se han mirado siempre como el catecismo de los pueblos libres, y que por su rareza en estos países, son acreedores a

nuestro del libro segundo, se verá que he agregado: 1° Una *Orden del día* del 13 de agosto; 2° El manifiesto sobre los ajusticiados de Córdoba (11 de octubre); 3° Otro sobre los *Derechos de los extranjeros* (3 de diciembre); todo ello extraído de *La Gaceta*.

igual consideración que los pensamientos nuevos y originales. Entre varias obras que deben formar este precioso presente, que ofrezco a mis conciudadanos, he dado el primer lugar al *Contrato social*, escrito por el ciudadano de Ginebra, Juan Jacobo Rousseau. Este hombre inmortal, que formó la admiración de su siglo, y será el asombro de todas las edades, fué quizá, el primero que disipando completamente las tinieblas con que el despotismo envolvía sus usurpaciones, puso en clara luz los derechos de los pueblos, y enseñándoles el verdadero origen de sus obligaciones, demostró las que correlativamente contraían los depositarios del Gobierno.»

Aquí pudiera dar por terminada esta «noticia», destinada, simplemente, a explicar la estructura del volumen que formé para la *Biblioteca Argentina*, y el valor de su contenido. Pero no quiero, sin embargo, concluir estas páginas preliminares sin llamar la atención de los lectores que fueran novicios en estudios de esta índole, sobre el fondo clásico que se advierte en la cultura filosófica y literaria de Mariano Moreno. La tradición greco-latina fluye de su pluma como algo consubstancial con su pensamiento. Esto lo debía a San Carlos y a Chuquisaca, escuelas coloniales donde estudiara, y donde la historia de Grecia y la lengua de Roma eran familiares. A esos lingotes de oro se unen a veces, en aleación resistente, metales más duros; y son las teorías de Adam Smith o los economistas españoles, en la *Representación de los hacendados;* Rousseau y los enciclopedistas franceses, en *Las miras del Congreso*. Buena parte de ese pensamiento revolucionario llegábale a través de escritores españoles como Jovellanos, y fuera injusticia no recordar que a muchos de tales «herejes» había podido leerlos en Chuquisaca, por merced de su amigo el canónigo doctor Terrazas (1).

La actitud de Mariano Moreno, durante los meses fugaces de su actuación, nos revela que sentía de un modo apostólico la democracia, pero que la sabía impracticable sin la difusión de la cultura, que esclarece la razón popular, y hace del sufragio, no mero acto exterior, sino consciente deliberación de cada ciudadano. Por eso funda periódicos y bibliotecas, traduce libros y pone a sus decretos introducciones docentes, en medio del afán revolucionario. Si la democracia ha de consistir en elección de gobernantes obtusos por mayoría volubles, o sea en igno-

(1) A la época de Chuquisaca pertenece una breve *Disertación sobre el servicio de los indios*, que no se halla en mi compilación ni en las anteriores. Puede vérsela en la *Revista de derecho, historia y letras* (t. 38), del doctor Estanislao S. Zeballos, o en los *Anales*

miniosa tiranía de la mediocridad exaltada y del número irresponsable, valiera más renunciar a la democracia; pero ésta no consistió jamás, según el acendrado ideal de sus filósofos, ni en esas tómbolas del sufragio, ni en esas algazaras del parlamento, sino en la realización de la libertad de cada uno por la justicia de todos. La democracia es, por consiguiente, el método más perfecto de cultura social que los hombres hayan practicado hasta hoy, para la realización de la belleza y el bien. Así lo comprendió también don Mariano Moreno, según se verá por ese libro. Los procedimientos electorales son tan sólo una parte del vivir democrático, y acaso la menos importante. El fin de la democracia es la libertad, la cultura su método; y sírvela mejor, en realidad, quien así la practica.

Mariano Moreno fué el precursor de esa doctrina, y si bien no le dió en sus escritos sino formulación fragmentaria, debemos esclarecer del todo el móvil que lo anima, por sus actos de gobernante. Él fundó *La Gaceta*, para que la obra del gobierno fuese públicamente discutida, y para que la inspiración popular pudiese llegar al gobierno, según lo proclama su manifiesto, con palabras que no tenían precedente en la América colonial ni en la España teocrática. Él fundó la Biblioteca Pública, que aún subsiste bajo el nombre de Biblioteca Nacional, con ese mismo propósito de educación democrática, enunciado en el artículo de *La Gaceta* que da noticia de la fundación, y cuyo primer párrafo, de ciceroniana elocuencia, va seguido de graves citas clásicas. Él suprimió los honores del presidente, que habían tentado a Saavedra, como persistencia del boato virreinal. Él abrió camino a la liberación económica de los indios, consecuente con ideas sustentadas por él desde sus tiempos de Chuquisaca. Él castigó la sublevación realista de Liniers, bautizando la revolución de Mayo con un signo de sangre que habría de persistir, pero salvando con el sacrificio de esa vida, y acaso con el de su propio prestigio inmediato, la suerte misma de la revolución.

La vida breve de Moreno, y su paso tan fugaz por el gobierno, han dejado trunco su pensamiento. Inútil es conjeturar qué hubiera sido de sus convicciones en el azar de la lucha interna que sobrevino a su muerte; pero es indudable que, al aparecer en el horizonte de la revo-

de la Facultad de Derecho (t. III, serie 3ª), donde acaba de reeditarla y comentarla el doctor Ricardo Levene. Moreno escribió ese trabajo cerca de las minas donde los indios padecían, y dijérase la voz augural del destino, por ser su autor el joven que, en 1810, habría de decretar la libertad de los indígenas.

lución, y desaparecer en seguida, su figura mental tiene la luz de un primer lampo en el alba, cuando la nube del arrebol parece de oro y de sangre.

Después de Moreno, otros publicistas expresarían a su modo el mismo ideal, siendo Bernardo Monteagudo el más característico de sus continuadores.

III

« OBRAS POLÍTICAS » DE BERNARDO MONTEAGUDO

Si me pareció justo iniciar la *Biblioteca Argentina* con los escritos de Moreno, creí asimismo necesario incluir en ella los de Monteagudo, que reunidos bajo el título de *Obras políticas*, forman el volumen séptimo de aquella colección, al cual voy a referirme.

Las *obras políticas* de Bernardo Monteagudo se hallaban dispersas en archivos particulares, en gacetas efímeras de su tiempo, o en algunos folletos de oportunidad, hoy sumamente raros (1). Faltaba compilarlas en un solo volumen, como se ha realizado ya con las obras de Mariano Moreno, haciendo lo propio con este otro publicista que representó en el continente, desde Buenos Aires hasta Panamá, en prodigiosa aventura de demagogo andante, el espíritu vehemente de la revolución argentina. Digo que esa tarea quedaba por realizarse, sin olvidar las reediciones facsimilares del Museo Mitre, durante la dirección del meritorio señor Rosa, ni los apéndices de « escritos » de Monteagudo, que el laborioso señor Pelliza puso a ambos tomos de su biografía del prócer (2). Mucho me han servido dichas publicaciones para mi edición, y aunque ésta no contuviera sus *obras completas* desde

(1) Por ejemplo : algunas cartas estaban en los archivos de O'Leary ; sus artículos y discursos en *La Gaceta*, el *Mártir o Libre*, el *Censor de la Revolución*, etc. ; su *Memoria* y su *Exposición de tareas*, en opúsculos especiales.

(2) La obra de Pelliza, *Vida y escritos de Monteagudo*, se publicó en Buenos Aires, el año 1880 (2 volúmenes). El Museo Mitre, por su parte, ha publicado una reproducción facsimilar del *Mártir o Libre* (fototipia Coni, Buenos Aires, 1910, 64 págs.), y otra de mayor formato, titulada *La prensa independiente del Perú*, donde se incluyen el *Censor de la Revolución* y el *Diario de la Campaña del Pacífico*, que Monteagudo redactaba como boletinero bajo las órdenes de San Martín. En folleto aparte (facsimilar), el Museo ha publicado también la *Exposición de las tareas administrativas*.

el punto de vista material, valdría desde el punto de vista psicológico y doctrinario, pues el lector encontrará en esas páginas todos los escritos de Monteagudo que puedan ser la definición de sus propios ideales, tal como su autor los concibiera, expresara y sirviese, desde 1809, año de su iniciación revolucionaria, hasta el 28 de enero de 1825, hora inolvidable de su trágica muerte (1).

Dada la índole de mi edición, he creído que podía apartarme del orden cronológico, para seguir, en la serie de los materiales, el de su im-

(1) La biografía del doctor Bernardo Monteagudo está implícita en sus propios escritos. El resto es mal conocido o se reduce a algunas fechas y algunos cargos. Se acepta generalmente que nació en San Miguel de Tucumán hacia 1785. Hasta 1809 nada se sabe de él, pues aparece mezclado a la revolución de La Paz, bruscamente, y con sus estudios de abogado concluídos en Chuquisaca. Jujuy también se disputa su cuna, por haber vivido allí su padre y haber costeado el Cabildo local sus primeros estudios, según se asegura. En 1810, apoya a Castelli en el Alto Perú; baja a Buenos Aires para defenderle después de Huaqui; interviene con Rivadavia en la ejecución de Alzaga; continúa la obra de Moreno en la *Gaceta;* inaugura la Sociedad patriótica que recoge la tradición «morenista»; funda el *Mártir o Libre*; es elegido miembro de la asamblea en 1813, como diputado por Mendoza; es desterrado con Alvear en 1815; fúgase del barco en que estaba preso, y va al Brasil y a Burdeos; reaparece en 1817 con San Martín en los Andes; interviene en el fusilamiento de los Carrera y en el castigo de los prisioneros españoles confinados en San Luis; secunda en Chile la política de O'Higgins; redacta el acta de independencia de aquel país; pasa con San Martín al Perú como secretario y boletinero del ejército; funda el *Censor de la Revolución* y el *Pacificador del Perú;* se le nombra ministro de Estado en Lima; es perseguido después de la expatriación de San Martín; le deponen el cargo en una revuelta popular; es desterrado del Perú; se refugia en el Ecuador; traba amistad con Bolívar; escribe en Quito su *Memoria;* secunda en el norte del continente la obra de Bolívar; el Congreso del Perú lo declara fuera de la ley, y al volver a Lima es asesinado una noche por orden de sus enemigos. — Los detalles de esta vida pueden verse en las biografías de Iñiguez Vicuña (1865), de Mariano Pelliza (1880), y sobre todo en la de Clemente L. Fregeiro (1879). Sus obras han sido fragmentariamente publicadas repetidas veces. Su iconografía se reduce al retrato que aparece en la citada obra de Pelliza, pero se ha averiguado que carece de autenticidad. Últimamente se inició en Buenos Aires la erección de una estatua en honor de Monteagudo, pero como un hado maligno había de perseguirlo hasta en la gloria, su monumento fué encargado a cierto marmolero alemán, con fama de escultor cortesano, quien ha plasmado una especie de bailarín elegante, sin carácter de raza, de fuerza, ni de belleza. Tocóme inaugurar ese monumento (que hoy se alza en el Parque de los Patricios) en representación de la Junta de Historia y Numismática que lo había iniciado, y aunque allí nada dije de la pésima estatua, consta mi protesta por ella en las actas de la Junta. En *La Nación* puede verse mi discurso inaugural, que es una silueta henchida de simpatía por el gran demagogo. Con motivo de su estatua han publicado trabajos especiales don Clemente Fregeiro y don Carlos Salas, sobre «la cuna» y «la muerte» de Monteagudo.

portancia intrínseca; y he ponderado esta última por la madurez de las ideas contenidas en cada pieza, o por su carácter más permanente, explícito en la ocasión del documento y en la forma visiblemente más serena de su estilo. Con sujeción a ese criterio, he distribuído las «memorias», «artículos», «discursos», «ensayos» y «cartas» que constituyen la producción de Monteagudo, en cinco libros, que son: 1° *Memoria política* (1822), «sobre los principios que siguió en la administración del Perú, y acontecimientos posteriores a su separación»; 2° *Ensayo sobre una federación americana* (1824) o sea su trabajo «sobre la necesidad de una federación general de los Estados hispano-americanos y plan de su organización»; 3° *Propaganda revolucionaria* (1812-1821), formada por sus artículos de combate o doctrina, en diversos periódicos donde colaboró; 4° *Exposición de tareas*, opúsculo sobre la administración del Perú, desde su instalación hasta el 15 de julio de 1822; 5° *Discursos patrióticos*, pronunciados todos en las asociaciones de la juventud liberal que fueron sembradas por la iniciación «lautarina» en el Plata y el Pacífico; 6° *Epistolario* (1809-1823), constituído por las principales cartas dirigidas a hombres como Bolívar, con quienes colaboró eficazmente en la obra de la libertad americana (1).

La subversión del orden histórico sacrificado a ese plan más lógico, es, por otra parte, muy leve, desde que el libro III, el más extenso y complejo por sus numerosos trabajos menores, va desde 1812 hasta 1821, y a éste le sucede el libro IV con su *Exposición* de 1822. Si he puesto delante de ellos la *Memoria* de 1823 (libro I) y el *Ensayo* de 1824 (libro II), lo he hecho porque esos dos trabajos escapan a la mera cronología exterior de su data, para abarcar, en su texto retrospectivo, más amplio lapso de historia; y sobre todo porque son verdaderas confesiones de Monteagudo acerca de su conducta o sus ideales en la revolución. Lógicamente, esos trabajos debían preceder a los otros, como síntesis de tan dramático espíritu, y como norma ofrecida al lector para la exacta crítica de los otros documentos, más vo-

(1) Ha de sorprender el no hallar cartas de Monteagudo a San Martín, con quien estuvo íntimamente y por más largo tiempo unido en sus campañas. Pero a eso se debe precisamente el no haberlas hallado: como estuvo siempre cerca de él (1817-1822), poco debieron escribirse, y el período más fecundo del Epistolario de San Martín corresponde, como se sabe, a la época de su ostracismo, que siguió a la temprana muerte de Monteagudo.

landeros y ocasionales. Análoga observación es dable hacer sobre sus *Discursos* y *Epistolario*, que son los últimos libros, pues aparte de haber conservado la cronología dentro de cada serie, sus piezas debían, por su género literario, constituir libros aparte, y ser los últimos esos libros, porque ellos no estuvieron destinados a la publicidad, o porque traducen en su tono íntimo, las más recónditas pasiones y virtudes de su discutido autor.

A propósito de ese libro VI, que acentúa del todo el carácter novedoso de dicho volumen, debo recordar aquí el nombre del historiador don Clemente L. Fregeiro, que ha tenido la gentileza de facilitar con sus noticias esta parte de mi engorrosa tarea. El señor Fregeiro es, como se sabe, uno de nuestros más concienzudos historiadores, y en este caso particular, su colaboración se encarece por la circunstancia de haber escrito, hace ya muchos años, una excelente biografía de Monteagudo. Han corrido más de seis lustros desde la publicación de esa obra, sin que su autor haya cesado de interesarse sobre el viejo tema, allegando nuevos informes sobre su personaje, con el objeto de reeditar, mejorada, la biografía de 1879. A esa loable coincidencia, y a la amistad que me liga con investigador tan generoso, debo el haber enriquecido el volumen con algunas interesantes piezas que completan mi compilación (1).

Informado ya el lector sobre el contenido de la obra, le informaré sobre la autenticidad de sus diversos documentos. Los escritos de Monteagudo se dividen: entre los que fueron suscritos por él o impresos en vida suya bajo su nombre, y los que aparecieron en periódicos suyos, que en virtud de esa razón le han sido atribuídos, según inferencias autorizadas por el estilo, las ideas o vida del autor. A la primera clase pertenecen la *Memoria* (libro I), el *Ensayo* (libro II), la *Exposición* (libro IV), los *Discursos* (libro V) y el *Epistolario* (libro VI), o sea sus trabajos más personales. No se tiene tan explícita certidumbre respecto a los artículos o proclamas que aparecieron en la prensa revolucionaria de Buenos Aires y el Pacífico. De ahí que a la numerosa serie de sus artículos, haya debido separarlas en dos secciones, poniendo bajo el título de *Propaganda revolucionaria* (libro III) los que todos sus biógrafos han aceptado hasta hoy como producción auténtica de Monteagudo, y

(1) En cada pieza se indica por medio de notas, la procedencia del documento. Las cartas que yo publico no son todas las de Monteagudo. Se tiene noticia de otras, aunque no he podido conseguir su texto auténtico.

destinado al *Apéndice* los que han sido objeto de dudas en tal sentido, o resueltamente impugnados como apócrifos.

A la sección de los reconocidos por auténticos pertenecen los que se editaron en *La Gaceta*, durante la época en que Monteagudo fué su redactor oficial: en el *Mártir o Libre*, nuevo periódico que fundara en Buenos Aires al morir aquel otro; y en el *Censor de la Revolución* y en *El Pacificador del Perú*, las hojas que notoriamente fundó y redactó durante sus campañas libertadoras del Pacífico. En cambio, destínanse al «Apéndice» los artículos de *El Independiente* (1815), que fueron atribuídos a Monteagudo en la obra de Pelliza (1880), y que Fregeiro desautorizó con muy valederas razones, aunque no con pruebas de valor absoluto.

En este caso particular de Monteagudo, los fundamentos de Pelliza en su atribución, se reducen a dos fuertes indicios de carácter «biográfico» y a una débil conjetura sobre la forma de dichos artículos. 1° En 1815, *El Independiente* sostuvo la política de Alvear, y Monteagudo fué del primitivo grupo «alvearista»; 2° Cuando el dictador cayó, sus amigos fueron desterrados — entre ellos Monteagudo, — y la expatriación de éste coincidió con la muerte del periódico (1). Esa es la sugerente coincidencia biográfica invocada por Pelliza; pero tal cosa no basta para probar su atribución, sobre todo si se advierte que el resto de su prueba, la que se afinca en presuntas analogías de estilo, es la parte atacable de su tesis. Al cotejar al Monteagudo auténtico y al autor de esos artículos, sólo señala Pelliza meras coincidencias de «palabras», pero no de maneras ni de timbre mental, a no ser las que son comunes a una época y a una generación de escritores. La diferencia de matiz «literario» — o de «estilo», si de tal cosa puede hablarse en este caso — es tan sutil entre Monteagudo y sus coetáneos — Agrelo, Moreno, Funes, Gorriti y otros, — que por sí sola no constituye prueba definitiva.

La tesis negativa de Fregeiro se apoya en que, desde 1818, tales artículos eran atribuídos a Manuel Moreno, y que en la colección de periódicos perteneciente a don Florencio Varela (después vendida a Casavalle), Fregeiro vió que Varela, en breves notas marginales, daba los nombres del autor de cada artículo anónimo, y estos del *Independiente* aparecen atribuídos a Manuel Moreno. Florencio Varela pudo tener esta noticia del propio autor, o más probablemente de don Bernardino

(1) Manuel Moreno se encontraba en idéntico caso que Bernardo Monteagudo.

Rivadavia, su confidente en este género de tradiciones. La fuente es buena, según se ve, pero ella sola no basta sino como prueba de autoridad y tradiciones orales (1).

Tanto los « hechos » aducidos por Pelliza como los aducidos por Fregeiro, establecen la posibilidad material y moral de que Manuel Moreno o Bernardo Monteagudo hayan podido redactar esas páginas del *Independiente;* y mientras no aparezcan pruebas documentales que resuelvan la cuestión, no queda al crítico sino la inferencia personal hecha sobre los temas, ideas y formas literarias de uno y otro autor.

Se trata de cuatro artículos solamente, de los cuales uno es el prospecto del editor ; los restantes se titulan : *Aristócratas en camisa*, *Libertad política y civil*, *Federación*. A juzgar por los temas, Monteagudo pudo escribir el primero, si era suyo el periódico ; y los otros tres, porque corresponden a su repertorio habitual. Pero no se substancia tan fácilmente la cuestión, si de los temas pasamos a las ideas y el estilo. El primero de esos trabajos es parsimonioso y opaco, atributos que si no prueban que es de Manuel Moreno, demuestran a la evidencia subjetiva del crítico avezado que eso no puede ser de Monteagudo. Menos segura es mi « impresión » en los restantes, porque, ciertamente, Monteagudo, zaherido de « mulato », pudo poner a los *Aristócratas en camisa*, sobre todo a los *aristócratas* porteños : pero eso pudo hacerlo cualquier otro demócrata entusiasta de aquellos días en que se continuaba hablando de una monarquía americana. Así también vacilo ante el artículo titulado *Federación*, que ataca el federalismo — cosa más probable en Monteagudo que en Manuel Moreno, — sin contar otros indicios en favor y en contra de ambas tesis.

Lo que en esta vacilación me tranquiliza es que, verdaderamente, esos cuatro artículos — más bien triviales como fondo y como forma — nada agregan ni quitan a la reputación intelectual de Monteagudo. Si fueran de él, redundarían monótonamente sobre lo que había predicado con vehemencia y estilo más eficaz, desde el *Mártir o Libre* hasta el *Ensayo*. Si se probara que no le pertenecen, dejarían más neta la figura cívica y literaria que de los otros surge con caracteres tan inconfundibles. He ahí la causa que me ha detenido en la tentación de dar mis horas escasas a la solución de este problema, cuyo resultado no vale el

(1) Los pormenores de esta cuestión pueden verse en los respectivos apéndices del *Monteagudo* de Pelliza y del *Monteagudo* de Fregeiro. No me detengo en ellos, porque no resuelven la cuestión, aunque la plantean y abren el camino para resolverla.

esfuerzo de investigación que eso pudiera demandar, si se ha de optar — como debe hacerse en casos mejores — por las pruebas documentales, y no por inferencias subjetivas, tan peligrosas como esas de reconocer al « hombre » en su « estilo », valederas sólo para quien las hace como un mero ejercicio de sensibilidad estética y de sutil imaginación literaria.

No son esos artículos los únicos trabajos que le han sido atribuídos a Monteagudo. Otros hay más importantes y que más probablemente le pertenecen. Tal, por ejemplo, algunos en el *Redactor* de la Asamblea de 1813 y en el *Grito del Sud;* el *Acta de la Independencia chilena*, más la « crónica » de las fiestas que en tal ocasión se realizaron, y numerosas proclamas o noticias de « zapa » — como se llamaban — en el boletín del Ejército libertador del Perú. Algo de esto, y otros documentos de ese carácter, hubieran podido venir a engrosar el apéndice de dicho volumen, pero he preferido no hacerlo, porque tales escritos no tienen un valor intelectual o literario, como las obras genuinas de Monteagudo, sino un valor político o civil, pues sólo eran redacciones de encargo, labores de boletinero y secretario, donde otros, como San Martín, mandaban o visaban lo que aquél escribía. Grande es su acción en la campaña de Chile y del Perú : esos papeles la documentan gloriosamente : pero tal cosa interesa más a su « biografía », ya contada por numerosos historiadores, que a su « bibliografía », no aquilatada hasta la presente publicación.

Aun cuando hubiera incluído todos esos bandos, actas, notas y proclamas, no quedaría completa la obra intelectual de Monteagudo. Faltaría su tesis de doctor, su traducción de un drama portugués titulado *El triunfo de la naturaleza* (1), y sus innumerables cartas, entre las que supongo habría no pocas esquelas amorosas, dadas las aficiones del autor... Pero he dicho ya que ésa no es una edición de las *Obras completas* de Monteagudo en su sentido paleográfico, sino en sus *Obras políticas* más selectas, y sobre todo de las que bastan a dar una exposición de su doctrina, de su carrera y de su vigosora personalidad intelectual.

Cualesquiera que sean las deficiencias de mi compilación, puedo asegurar que en ella he resumido todas sus páginas más importantes y originales, y en ellas encontrará el lector americano, no sólo el rastro de esa agitada vida, sino el reflejo de su pensamiento agitador. Desde

(1) La traducción de este drama, de tesis contra la vida monacal, le ha sido atribuída por casi todos sus biógrafos; pero no conozco la obra, ni pruebas de dicha atribución.

la vaga vislumbre de su iniciación revolucionaria en La Paz, con la carta a su pariente el doctor Medina (1809), hasta sus sueños de confederación americana con su *Ensayo*, escrito en vísperas del Congreso de Panamá, que precede a su muerte (1824), todo está en aquel volumen; y la cronología de su acción libertadora se sucede en sus artículos de la *Gaceta*, en sus panfletos del *Mártir o Libre*, en sus discursos de la *Sociedad patriótica*, en sus páginas del *Censor de la Revolución*, en sus admoniciones del *Pacificador del Perú*, en sus trabajos de la *Exposición de tareas*, en sus meditaciones de la *Memoria*, en sus esperanzas del *Ensayo* sobre una federación hispanoamericana, en sus *Cartas a O'Higgins* durante las campañas de los Andes, y en sus *Cartas a Bolívar* durante sus últimos esfuerzos por la emancipación, consagrando su heroica personalidad, con una gloria que abarca la duración de toda la epopeya, la magnitud de todo el continente. Si Mariano Moreno enciende en el Plata la hoguera de la revolución, y la esclarece con su doctrina en la *Gaceta*, Bernardo Monteagudo recoge para su tea una chispa de esa misma hoguera, y apenas muerto el prócer inicial, este otro es quien renueva esa luz en Buenos Aires, y quien la lleva a Santiago de Chile, a Lima, a Guayaquil, a Panamá, a Guatemala, en proyección paralela a la acción armada de la revolución. Así le cabe a Monteagudo en las letras, respecto a Moreno, la posición que en las armas le ha sido reconocida a San Martín, caballero andante de la emancipación, respecto a Belgrano cuando enasta la bandera novísima dentro del territorio nacional que defiende y liberta. Bernardo Monteagudo es por estos escritos el caballero andante de la revolución argentina, y así va por el continente con su clarividencia y sus caídas, pero sin amenguarse nunca en su ardor. Fué menester que lo asesinaran, para que su mente dejara de convulsionar muchedumbres y de seducir héroes invictos que él conquistaba con su palabra. Y esa gloria se agranda, cuando se piensa que tales muchedumbres pelearon en Maipú y en Ayacucho, comprometiendo la vida; y que tales héroes se llamaron San Martín en Lima y Bolívar en Panamá, nunca tan unidos en la empresa común como en las páginas vibrantes de este gran demagogo... Por eso escribió sobre él Echeverría los versos que dicen, glorificando a Tucumán:

> Y allí vino a la vida Monteagudo,
> El de gran corazón e ingenio agudo,
> Del porvenir apóstol elocuente,
> Que entre las pompas del marcial estruendo,

Fué desde el Plata hasta el Rimac vertiendo
La fe viva y la lumbre de su mente (1).

Pero no es la personalidad política de Monteagudo la que yo debo hacer resaltar en las páginas de esta *Historia*, sino su personalidad intelectual. Por grande que haya sido en la acción, resulta siempre inferior a los paladines a quienes sirviera o acompañara. Él comenta la proeza, pero hay una cosa más alta que su palabra en tal ocasión, y ello es la proeza misma, que otros concebían y realizaban. Mas no ocurre lo mismo si se considera sus escritos en sí. Por ellos nadie le excede en América, desde 1811 hasta 1824. Ni su airada vehemencia, ni su contagioso ardor, ni su fe libertaria, ni su prodigiosa ubicuidad, ni su perentoria convicción, ni su prosa viviente de sinceridad — ya frenética en el *Mártir o Libre*, ya solemne en la *Memoria política*, ya seductora de familiar elegancia en las *Cartas a Bolívar*, — fueron atributos superados por los otros publicistas de la revolución. Sus contradicciones de doctrina, son, por otra parte, las contradicciones propias de aquella enorme guerra; y no me atrevería a exigir a su primer escritor una virtud que ella no tuvo, en su mismo carácter de convulsión plutónica (2).

Más que un expositor de doctrinas, Monteagudo es un escritor que utiliza las doctrinas como temas de agitación popular. No se aviene a su idiosincrasia de verdadero demagogo, ni el estudio objetivo ni la abstracta divagación. Funde su propio sér en su discurso, y derrámase hirviente de pasión personal en el corazón de los pueblos o de los héroes a quienes habla. He aquí su rasgo más saliente como pensador, si tal puede llamarse a un publicista de su índole. La vez que habló más serenamente fué en su *Memoria* de 1823, desde el ostracismo, y casi en vísperas de la muerte, acaso presentida... «Yo no escribo para infla-

(1) Son del poema titulado *Avellaneda*, versos más bien ramplones, pero que cito por el significado de la síntesis y del juicio. Esa estrofa ha sido también citada por Iñiguez Vicuña en 1865 *(Monteagudo,* pág. 31), y antes, por Juan María Gutiérrez en 1860 *(Apuntes biográficos*, pág. 144).

(2) Monteagudo ha escrito estas palabras en su *Memoria* (núm. 59): «Un gobierno formado a retaguardia del ejército enemigo, y rodeado por todas partes de peligros, casi no tenía elección sobre el plan que debía seguir. Salvar la tierra y vencer todas las resistencias que se encontrasen: esta era la única norma de su conducta, y esta es la que yo he seguido como miembro del gobierno». Esta necesidad, impuesta por el tumulto de la acción, explica las contradicciones de los próceres, incluso Monteagudo. Si por eso hubiéramos de declararlo un «histérico», lo serían también San Martín y Bolívar. Cambiaron en los medios, nunca en el fin, que lo fué la emancipación americana.

mar pasiones ajenas, ni para desahogar las mías : un sentimiento de respeto a la opinión de los hombres, me obliga a interrumpir el silencio con el cual he contestado siempre a las declamaciones del espíritu de partido y a los argumentos del odio. » Así comienza la *Memoria*, pero a poco andar, la personalidad se le desborda, y movido de una nueva pasión, el desprecio, dice a sus enemigos en el parágrafo 63 : « Yo le doy las gracias por el empeño que han tomado en hablar de mí : en la revolución lo que importa es no sobrevivir uno a sí mismo : el que cae en olvido, queda ya fuera de combate. Las injurias y los elogios hechos con justicia o sin ella, producen en estos tiempos la utilidad de conservar la memoria de aquel a quien se dirigen. Cada uno entra después a formar su propia opinión, y al fin prevalece la verdad, por más que se la desfigure. *El mérito y el demérito son las cosas más reales que hay en el mundo* : ambas han sido siempre independientes de los libelos o de las apologías, que en general no son sino el diálogo de un escritor con sus pasiones. »

Certidumbre del propio valer vibra en tales páginas, y en ellas dice de las injurias a que alude: «... por lo demás, yo sé el valor que tienen en las épocas de revolución, *y nunca me afano en disminuir lo que es en sí pequeño...* ». Y sobre esa pequeñez de los enemigos a quienes desdeña, empínase de nuevo su orgullo, para recobrar la aparente serenidad de los soberbios, que esconde, como la de los dioses, una profunda agitación interior (1).

Pertenécele, pues, a Monteagudo, esa sentencia que dice : « *El méri-*

(1) Su *Memoria* estudia la formación social del Perú, y contribuyó a exasperar a sus enemigos, aunque le ha valido elogios de la posteridad, y aun de la crítica extranjera, ya que en su patria no encontró oportuna justicia. M. Charles de Mazade, en un ensayo que se titula *Le socialisme dans l'Amérique du Sud,* comentó a Monteagudo en estos términos : « Dejà dès 1823, ces questions se presentaient à l'esprit d'un des hommes les plus éminents du Pérou — Monteagudo, — qui, banni au lendemain de l'independence, publiait à Quito un rare et curieux *Mémoire.* Monteagudo avait à se defendre d'avoir peu favorisé, comme ministre péruvien, le progrès des idées démocratiques, et il se fondait sur l'incompatibilité de ces idées avec le degré de civilisation et l'état moral du pays, aussi bien qu'avec sa situation économique. Le ministre disgracié du Pérou, dans ces pages peu connues et dignes de rester présentes aux inteligences politiques de l'Amérique du Sud, touchait à la racine même du problème des destinées du Nouveau Monde. C'est le problème qui s'agite encore aujourd'hui dans des conditions aggravées par l'effervescence croissante des esprits et par le retentissement des récentes révolutions européennes. » M. de Mazade escribía estas páginas en 1852, y puede leerse su ensayo en la *Revue des Deux Mondes* (livraison du 15 maï 1852).

to y el demérito son las cosas más reales que hay en el mundo: ambas han sido siempre independientes de los libelos o de las apologías. » La serena verdad de esta sentencia, ha tardado en realizarse con el propio calumniado que la formuló. Cayeron sobre él injurias de españoles, y también de « patriotas », enemigos suyos, como lo habían sido de Moreno, de San Martín, de O'Higgins, de Bolívar. Se le acusó de mulato, de sibarita, de sanguinario, de ladrón : y la horrible leyenda fraguada por el odio de contemporáneos, a quienes humillaba con su propia hombría, ha venido renovándose hasta nuestro tiempo, repetida por escritores que consideraron verdad « científica » el dicterio de enconados adversarios, y que nunca se detuvieron a meditar sobre las obras que hoy reaparecen, — única prueba auténtica de lo que fué aquel agitado espíritu (1).

Por ser muy hombre lo asesinaron enemigos anónimos, validos de manos mercenarias, y todavía cuando estaba muerto, compusieron en Lima este *Epitafio* macabro, que tomo de Iñiguez Vicuña :

A DON BERNARDO MONTEAGUDO

Yace aquí para siempre, compatriotas,
El honorable inquisidor de estado,
Protector de serviles y de idiotas
Y opresor de los buenos declarado.
Él pretendió tratarnos como ilotas,
Y con no iluminarnos se ha vengado ;
Ideas liberales le acabaron ;
Ideas liberales le enterraron.

Así lo lapidaban en la honra hasta después de haberle muerto, los menguados que le abrieron esa tumba mojada con la sangre de un crimen...

En la parte final de su *Memoria* (núm. 64), Monteagudo escribe en su destierro de Quito esta reflexión estoica : « A los que deseen saber

(1) Conviene recordar que la procacidad empleada contra Monteagudo en el Plata y en el Pacífico, se apareja con la dirigida a San Martín — igualmente adobada de los mismos dicterios, — y ya sabemos con cuánta injusticia. En el Perú colmaron la medida ciertas calumnias atribuidas a Riva Agüero, pero el argentino, Cornelio Saavedra, en sus *Memorias*, lo llama el « malvado Monteagudo », y « alma negra como la madre que lo parió ». Posadas, en cambio, lo elogia en las suyas.

mi situación, después de las vicisitudes que he sufrido, yo tengo el placer de asegurarles que vivo suelto de cuidados e inquietudes, libre de rivales, pues que a nada aspiro, y lleno de gratitud por la hospitalidad que he recibido en este país, célebre por su patriotismo, y por la sobreabundancia de buenas cualidades que distinguen a sus habitantes. Su memoria aumentará en mí el número de aquellas reflexiones que sirven de descanso al alma, cuando se fatiga de recordar las calamidades incesantes de la vida. Con respecto al porvenir, estoy también tranquilo, cualquiera que sea el plan que las circunstancias me obliguen a seguir. Yo no renuncio a la esperanza de servir a mi país, que es toda la extensión de América: mi edad me permite todavía formar cálculos, que aunque necesiten algunos años para realizarse, me dejan entrever a la distancia la satisfacción de salir de este mundo sin haber vivido en vano.» Pocos meses más tarde le asesinaron en Lima... Monteagudo contaba apenas 39 años cuando escribía esta meditación. Semejante serenidad ante la desgracia, y esa confianza en su juventud batalladora, debieron irritar a sus adversarios. No le dejaron realizar su esperanza. El puñal mercenario del negro Candelario Espinosa le anticipó la muerte en plena juventud. Salió de esta vida con el dolor de creer *que había vivido en vano*, sin comprender que su corta existencia había labrado surco imborrable en la tierra fecunda de varias naciones. La Argentina, Uruguay, Brasil, Francia, Inglaterra, los Estados Unidos, Chile, Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia, Guatemala, viéronle como proscripto en la desgracia o como magistrado en la buena fortuna, y seis naciones le recuerdan como paladín de su propia historia.

Personalidad tan extensa y tan compleja no ha podido ser fácilmente comprendida hasta hoy. Con la publicación de sus escritos realicé un esfuerzo en favor de su nombre, y entendí reabrir el proceso de este gran argentino calumniado. Su vida ha sido contada extensamente por numerosos biógrafos, entre ellos Iñíguez Vicuña, que por haber sido de los primeros, compensa con su anticipación los muchos errores y lagunas de su libro; más tarde, entre nosotros, por Pelliza y Fregeiro (1). Pero la calificación de Monteagudo como escritor debía surgir espontáneamente de sus *obras* y no tardó en seguirles una rectificación del juicio ligero que numerosos comentaristas habían formulado so-

(1) Todo esto para no mencionar a los autores de pequeñas biografías, como Juan María Gutiérrez, o a los historiadores generales, como López, Mitre, etc., que hablan de nuestro héroe en sus obras sobre la emancipación.

bre su personalidad y su pensamiento, deformando la imagen real. Cábele grande responsabilidad en ese error, al doctor José M. Ramos Mejía, que en sus *Neurosis* nos ha presentado un Monteagudo histérico y trivial, muy distinto por cierto del pensador altivo y del enérgico revolucionario que surge de estas páginas. Extraviado por las novedades europeas de su especialidad, el ilustre médico escribió su silueta con pluma de novelista y criterio de psiquiatra y, a fin de que la preconcebida historia clínica fundamentara el diagnóstico juvenil, recogió como verdad cuanta leyenda había acumulado sobre su personaje la imaginación vengativa de los adversarios (1).

Ningún documento ha demostrado hasta hoy que Monteagudo fuese mulato, ni enfermizo, ni libidinoso. Le dijeron primero «hijo de negra», y después le dijeron «hijo de fraile», a favor del inexplicable misterio que rodeaba su cuna; pero los mejores documentos han esclarecido más bien, que sus progenitores han sido gentes honradas del Tucumán, y por de pronto, su padre, un oficial calificado de la milicia española (2). Le dijeron también sibarita, porque se bañaba diaria-

(1) Sabido es que el doctor Ramos Mejías escribió las *Neurosis* en su mocedad, y esto mitiga un tanto sus errores. Fundar las ciencias naturales en el testimonio tradicional, o hacer de la historia un documento clínico, es procedimiento peligroso ya denunciado por Toulouse. Yo me honré con la amistad del doctor Ramos, y admiro su obra en otros libros; pero no cumpliría con mi deber si no previniese a la juventud contra ese capítulo de su obra ciertamente vigorosa. Estas advertencias, que acompañaban la edición de la *Biblioteca Argentina*, han sido ya oídas en valiosas monografías de los doctores Alfonso Corti *(Revista de la Universidad)* y Jorge M. Rohde *(Verbum*, revista de filosofía y letras).

(2) Su padre se llamaba Miguel de Monteagudo, natural de Cuenca, en España. Era a su vez hijo legítimo de don Pedro Monteagudo y de doña María Alejandro, españoles también, según su testamento fechado en Tucumán el 20 de mayo de 1825. Don Miguel asistió a la defensa de Buenos Aires en las invasiones inglesas; fué capitán del ejército patrio en 1811, según sus biógrafos. Residió en Tucumán antes y después de la revolución, y en Jujuy antes de 1792. He visto, en el Archivo de Jujuy, documentos a él pertinentes. En cuanto a la madre de Bernardo, unos dicen que fué doña María Hasmaya, otros doña Catalina Cáceres — criolla del Tucumán, — y la confusión proviene de que el padre se casó dos veces y de que en el primer matrimonio el primogénito habría sido legitimado. Todo induce a pensar que Monteagudo haya sido hijo natural, y que por haber muerto su madre, y por ocultar ese hecho, dejara en el misterio su cuna, dimanando de ahí las leyendas sobre su origen, hoy disipadas en parte por los documentos. Cuando murmuraban sobre su origen, él mismo pudo escribir en Buenos Aires: «*Yo no hago alarde de tener entre mis mayores títulos de nobleza adquiridos por la intriga y, acaso, por el crimen; pero me lisonjeo de tener unos padres penetrados de honor y decentes sin ser nobles*» (carta a Pueyrredón). Estas palabras encierran probablemente la

mente, se pulía las uñas, gustaba del buen vestir y los perfumes, y esto causaba espanto en un continente donde la incuria de la propia higiene y decoro, constituían la tradición colonial (1). En cuanto a su salud física, ahí está su biografía para certificarla: sano en campañas duras, cuando hasta San Martín y Bolívar ciclópeos se enfermaban; recio de cuerpo a todos los climas y labores; recio de mente y voluntad a todas las vicisitudes de su cruel destino. Necesitaron matarle para verle flaquear (2). Se le acusó también de sanguinario, porque intervino en ejecuciones como la de los Carrera o los sublevados de San Luis, cuando entonces obraba como órgano visible y valiente de comités secretos, a la manera de la Logia Lautaro, cuya intimidad nadie conoce; y cuando habría que formular un cargo idéntico contra Moreno que ejecuta a Liniers, contra Castelli que ejecuta a Sanz, contra Rivadavia que ejecuta a Alzaga o contra San Martín y Belgrano y Bolívar que erizaron su paso de necesarios patíbulos y promulgaron bandos amenazantes para sembrar el terror (3). El cargo de que fuera libidinoso,

verdad; pero años más tarde, el odio y la distancia en países lejanos y que se pagaban de su aristocracia, como Lima, deformaron todo eso en rencorosas leyendas en que había su poco de sentimiento antiargentino. La última información sobre el origen de Monteagudo ha sido publicada por don Clemente Fregeiro en *La Nación*, el año 1917.

(1) A estos pormenores dedica Ramos Mejía en sus *Neurosis* numerosos párrafos, con absurdos como el de que se bañaba en la nieve de la cordillera para calmar sus ardores... La única *prueba* que conozco sobre su vida íntima, es el inventario de 1815 (Fregeiro, *op. cit.*, apéndice). No puede darse mobiliario más sobrio: dos mesas, sillas de paja, un catre de lona, una cómoda de cuatro cajones, vajilla de loza, etcétera. Y así se ha escrito su historia... ¿Que usó de escolta y boato como ministro del Perú? También lo han usado Sarmiento y Sáenz Peña en nuestro país, con ambiente menos propicio que el de Lima, y con no sospechada austeridad democrática. Me complace transcribir aquí la etopeya de Monteagudo, por Posadas en sus *Memorias*, para que se la coteje con lo que dejamos dicho en otro lugar de este capítulo: «*Buen fondo: siempre con los suyos. No carecía de conocimientos: era estudioso y muy medido. Los cargos y comisiones a que fué destinado los desempeñó con la mayor delicadeza. Es uno de los proscriptos. Ignoro en qué parte del mundo se encuentra. Para separarse de ésta, a virtud de su conducta, fué preciso abrir una subscripción, pues no tenía un peso. Y también fué tratado de ladrón!!*» En vez de este justo retrato, hubo entre nosotros quien prefirió las interesadas calumnias de Cochrane y Pruvonema...

(2) Sabemos, por la correspondencia de San Martín y de Bolívar, que ambos enfermaron repetidas veces en plena campaña, sin contar igualmente las enfermedades de Castelli, Moreno, Pueyrredón, Belgrano y otros. Monteagudo tuvo más salud física que todos ellos.

(3) Los fusilamientos que se ejecutaron por orden de Belgrano en Santiago, Tucu-

no merece siquiera recogerse, pues sus galanteos con la señorita Pringles en San Luis o con la señorita Serrano en Lima, tan sólo prueban que se trataba de un hombre, y de un hombre normal... (1).

Todo eso me interesa aquí, no tanto porque ha servido para tejer la leyenda de esta vida, sino porque con ello se ha deformado su alma y su mente. Pero ya sabe el lector cómo de esos escritos se alza una personalidad vigorosa, dotada de vasta cultura para su tiempo, de profunda sensibilidad varonil, de voluntad heroica y dinámica, forjada en las fraguas de la revolución; y cómo ese «nuevo» Monteagudo viene armado de un pensamiento doctrinario y una capacidad de expresión, que conmovieron igualmente a los héroes y a los pueblos. Muchos lo odiaban: algunos lo temían; pero los grandes lo retuvieron a su lado. Primero es San Martín quien lo atrae; después Bolívar: y ambos lo hacen el confidente, el consejero, el heraldo de su acción. No lo atraían porque adulase. Muy al contrario, más bien los sobresaltaba su presencia; pero lo preferían cerca y no lejos. Así le ocurrió con Alvear, con Pueyrredón, con O'Higgins, y muchísimos otros de la gran generación. Algo de esto se ve en las cartas de aquellos días, y de todo ello, tanto como de su obra escrita, surge una personalidad extraordinaria, pero no anormal en sentido subalterno. Y el volumen de sus *Obras* reálzale en pedestal de granito andino, entre las dos más altas figuras continentales de la emancipación.

Uno de los argumentos que el doctor Ramos Mejía ha hecho valer en favor de su «diagnóstico» contra Monteagudo, es la supuesta versatilidad de sus ideas; pero hay diferencia profunda entre la efímera volubilidad de un histérico y el cambio de doctrina de nuestro personaje, paralelo al de San Martín, al de Rivadavia, al de Bolívar, al de Funes, al de todos los próceres; y sincrónico a los cambios de la política europea y a los tumbos de la revolución americana. Aun esa variación es

mán y Jujuy, sin forma de proceso, y sus bandos terroristas, como el del 23 de agosto cuando el éxodo jujeño de 1812, exceden a toda la leyenda del Monteagudo sanguinario. Pero la historia tiene sus predilectos —y en ella, como en la murmuración contemporánea, — se da en la bondad o el vituperio caprichosamente a veces. Se habla de la bondad de Belgrano, y sin duda era bueno, a pesar de esas ejecuciones y bandos. Monteagudo hizo menos, y para él ha sido la leyenda siniestra... En verdad, unos y otros no hacían sino cumplir como héroes con sus deberes de tales.

(1) Lo de la Pringles es un presunto martelo, en rivalidad con un jefe español confinado en San Luis, a quien desplaza; y lo de la Serrano se reduce a decir que iba a visitarla en su casa, la noche que fué asesinado en Lima.

relativa en Monteagudo, como se lo ve en sus escritos. Hay una línea lógica en su propaganda, que tiene una tesis central, continua, desde su iniciación hasta su muerte. Predica en todo momento la necesidad de abolir la herencia « colonial » de los españoles y de emancipar el continente. En torno de este principio se agitan las ideas sobre la nueva organización constitucional que debía darse al continente emancipado, y en esto fluctúa, como todos los héroes de la independencia. Su alternativa en favor de los ejecutivos unipersonales se debe a la experiencia interna de la anarquía que ya comenzaba y al vuelco que las ideas de la revolución europea tuvieron en 1814 y 1815, con motivo de la caída de Napoleón y las restauraciones de la Santa Alianza, que el desterrado de 1815 vió de cerca en Europa. Sus vacilaciones sobre unitarismo y federalismo, tienen también su matiz, pues para Monteagudo, como para San Martín y Bolívar, la « patria » era la América toda, y las ideas se presentaban en general muy confusas al respecto, pues unas veces se hablaba de « los pueblos » en el sentido de las « regiones » unidas dentro de cada nación federal, como las provincias en la Argentina ; y otras de « los pueblos » en el sentido de las « naciones » unidas dentro de la federación continental, como lo entrevió en sus panfletos de Buenos Aires y lo concretó en su *Ensayo* sobre el Congreso de Panamá. Su fe republicana sufrió también un leve eclipse, pero esto ocurrió en el Perú, ante la formación étnica y social de aquel estado, cuya estructura analiza objetiva y severamente en su *Memoria*, hablando de sus indios numerosos, de sus esclavos seculares, de sus zambos abyectos, de sus vanidosos señores. Sus limitaciones sobre la democracia romántica deseada en la primera hora, provienen de diez años de experiencia revolucionaria, y habla entonces de la democracia « posible » en países ignorantes, pobres, tiranizados durante tres siglos. Pero hay tanta lógica en esto, que fomenta desde su gobierno peruano la cultura pública, fundando sociedades educacionales, bibliotecas, escuelas, como Moreno en Buenos Aires, sin que descubra en todo ello nada más que la adaptación « objetiva » del estadista y hombre de

Fig. 3. — Doctor Agrelo

acción a las condiciones de su medio. Quien lea con estas advertencias sus trabajos, verá que Monteagudo nos da en germen las ideas que Gorriti, Echeverría, Alberdi, Sarmiento o Mitre desarrollaron. Si esto es «histerismo», séalo en buena hora, pero demos a las cosas su verdadero valor y no nos dejemos extraviar por palabras de un tecnicismo falsamente científico. Y si en el brillo o variedad de ideas de Monteagudo finca, asimismo, su condición de «mulato», convengamos en que también lo habrían sido Bolívar, ese vasco de alcurnia, y San Martín, ese caucásico improbable... (1).

La cultura de Monteagudo pasó por dos etapas, renovando sus ideas y acrecentando su capacidad literaria. El fondo de su educación está constituído por el residuo clásico de la Universidad de Chuquisaca, más algún sedimento del enciclopedismo francés. Con ese bagaje muévese hasta 1815, fecha de su primera expatriación. Su viaje de exilado le llevó a la corte del Janeiro, a París, a Londres, y parece que a los Estados Unidos, y así pudo en dos años de lectura, experiencia y meditación, completar su lectura. El fondo clásico, donde eran sus predilectos Tácito y Polibio, se enriqueció con la lectura de Burke y de Bentham (2). Otros autores modernos lo interesaron, y fuese influjo intelectual de sus nuevas lecturas o natural madurez de los años y del silencio, volvió de Europa con un nuevo estilo, o más bien, con el viejo ya serenado en formas y en ideas. Los documentos extremos de esa transición, pudieron ser: sus discursos de la primera Sociedad patriótica antes de 1815, más algunos artículos del *Mártir o libre;* y después de 1815, su *Memoria* o su *Ensayo*. Es en estos dos últimos trabajos en los que llega Monteagudo a su plenitud, como hombre, como pensa-

(1) Ignacio Centeno (citado por Fregeiro, *op. cit.*, pág. 149) refiere que en una fiesta, después de Chacabuco y Maipo, San Martín presentó a Monteagudo ante cierta dama chilena. Como después el libertador le preguntara su impresión sobre el recién presentado, la dama contestó: *Parece un hombre de talento y hasta cierto punto distinguido, pero tiene una mirada de salteador.* Monteagudo tenía los ojos negros y ardientes, en su faz morena y pálida de hombre del Tucumán. Quizá fuese audaz al mirarla; mas a pesar de ello, esa dama le encontraba talento y distinción personal. La sensibilidad femenina es en ello infalible, y por su fe, éste a lo menos era un mulato diverso de los otros...

(2) Cito esos autores, porque en 1815 al inventariar sus bienes para la confiscación, figuran esos libros como sus lecturas de aquel momento; pero, desde luego, su erudición era más extensa, si nos atenemos a las reminiscencias, citas o alusiones de sus escritos. La fuente principal de su ideario político fué el *Espíritu de las leyes* de Montesquieu. Sobre esto puede verse la tesis del doctor Alfonso Corti. *(Revista de la Universidad*, op. cit.)

dor, como escritor. El hombre asume en ellos la actitud moral de los más altos espíritus, volviéndose estoico a fuerza de orgullo y de dolor: el pensador abarca un horizonte de ideas políticas más extensas, que interesan a toda la América, tales como su crítica de la democracia posible en pueblos incultos, y su credo en favor de la confederación hispanoamericana; el escritor, en fin, alcanza el dón difícil de la sobriedad, que es espontánea sencillez por fuera, y vigorosa precisión por dentro, dando a la vez, en su desnuda palabra didáctica, la certidumbre de la propia fuerza y del destino de América, vibrantes en el acorde de una sola emoción.

Al comenzar su carrera de publicista, Monteagudo exclamaba en la *Gaceta:* «Escriba con belleza o con desaire, pronuncie errores o sentencias, declame con celo o con furor, hable con franqueza o con parcialidad, sé que mi intención será siempre un problema para unos, mi conducta un escándalo para otros, y mis esfuerzos una prueba de heroísmo en el concepto de algunos: *me importa todo eso muy poco*, y no me olvidaré lo que decía Sócrates: «los que sirven a la patria deben contarse felices si antes de elevarles estatuas no les levantan cadalsos...» Mas a pesar de esos desplantes — frecuentes en él — que rayaban en la soberbia y el coraje, Monteagudo amaba la gloria. «Desde la infancia de los tiempos — dijo en la asamblea de 1813 — ha justificado la experiencia que las virtudes redentoras de la humanidad, no son sino modificaciones del amor a la gloria.» Cadalsos, túvolos en su vida, y al fin ha tenido estatua. Le hubieran llevado al patíbulo en 1809 cuando la revolución de La Paz; le desterraron y confiscaron sus muebles en 1815, cuando la caída de Alvear; lo confinaron a San Luis por intrigas en 1817; lo exilaron del Perú en 1823, poniéndolo fuera de la ley; y al fin, en premio de su vida heroica, lo asesinaron en 1825. Su vida fué un largo martirio, mitigado sólo por su fe demagógica; su posteridad, una injusta expiación de crímenes y vicios que no cometió. Los enemigos de Monteagudo han podido, con sus calumnias, más que él con sus sacrificios. Pero ha llegado ya el momento de la verdadera gloria, con la divulgación de esas páginas suyas. Dejará Monteagudo de ser un mito grotesco para convertirse en un héroe intelectual. Y si he dilatado esta «noticia», es porque necesitaba no solamente explicar la estructura del volumen que titulé *Obras políticas*, sino prevenir al joven lector que ha de estudiarlo, contra la leyenda de Monteagudo. Léalo con benevolencia y sin prejuicio, mi joven lector, pues tal es el mejor documento donde pueda estudiar a tal personaje, y

conocer muchos secretos de nuestra revolución y de su historia. Hallará en esas páginas, no sólo la revelación del más hábil prosista de la independencia americana, sino el testimonio de una vida ejemplar, por su inteligencia, su actividad, su coraje, su estoicismo, su espíritu de sacrificio. Y con sólo verlo así al héroe nuevo, nuestra generación habrá cumplido su deuda de solidaridad y justicia con el patricio errabundo, cuya tempestuosa vida se dilató entre el misterio que obscurece su cuna y la tragedia que sombrea su muerte. Su posteridad de un siglo ha sido el eco, apenas entrecortado, de sus murmurantes o aullantes calumniadores — pues tal hablaban los miserables en el contragolpe de su genial agresión; — y hora es ya de que tras las reparaciones comenzadas por algunos historiadores vayamos más lejos aún, oponiendo sus propias obras a la calumniosa leyenda, porque ellas son, para Monteagudo, su mejor monumento, su verdad y su gloria.

IV

« REFLEXIONES » DE JUAN IGNACIO GORRITI

Hace ya cuatro años, la comisión nombrada por el gobierno de la Nación para celebrar el Centenario de la Bandera en Jujuy me llamó a estudiar los archivos de aquella provincia, cuyo expurgo y publicación a mí confiados fué una de las formas establecidas para la conmemoración. Entonces pude conocer íntimamente el austero carácter de Juan Ignacio de Gorriti, al descubrir los documentos de su gestión revolucionaria, que después edité con los comentarios pertinentes (1). Formé desde entonces la convicción de que en el olvidado autor de cierto libro titulado *Reflexiones*, hubo no sólo un pensador estimable para su tiempo, sino un gran ciudadano, cuya personalidad reclamaba

(1) *Archivo capitular de Jujuy* (Buenos Aires, Coni, 1912-1913). Tres tomos. Véase especialmente mi prólogo titulado *Orígenes del federalismo* y el libro II del tomo III. Estos documentos prueban que debemos considerar a Gorriti como el defensor de la democracia federal, por su actuación de 1810-1812 y por las *Instrucciones* jujeñas a su diputado de 1813. Suyo es dicho puesto en nuestra historia, aunque recientes historiadores uruguayos lo han reclamado para Artigas.

ser conocida por las nuevas generaciones (1). Junto a Moreno y Monteagudo, Gorriti esclarece el grupo intelectual de la Revolución.

¿Cómo la vida y obra del glorioso jujeño pudo caer en olvido, o al menos ser pospuesta a la de otros contemporáneos suyos que no le aventajaron ni en ciencia, ni en patriotismo, ni en letras, ni en coraje, ni en abnegación? La respuesta es sencilla, cuando se rememora el azaroso curso de su existencia personal y de nuestra propia historia.

La publicación de *Reflexiones* en la *Biblioteca Argentina*, da de pronto al lector la mejor prueba de los atributos que dicierno a la mente y carácter del doctor Gorriti. No son estos atributos, por otra parte, sino el reverdecimiento tardío de los que ya reconocieron en nuestro prócer sus contemporáneos de 1810. Cuando el Cabildo abierto de Jujuy nombró diputado a Gorriti, dicho Cabildo comunicó el suceso a la Junta de Buenos Aires, celebrando al elegido con las siguientes palabras: «sujeto adornado de carácter, conocimientos literarios, políticos y de estado, bellas luces y todas las cualidades que se requieren para el desempeño de los dignos objetos que se ha propuesto la excelentísima Junta»; palabras que adquieren todo su valor si se recuerda que la Junta rechazó algunas otras elecciones como la de Catamarca, por ejemplo, y que Gorriti confirmó después, íntegramente, la justicia de aquella opinión (2). Eso es lo que se podrá ver en el volumen por mí reeditado, que contiene, además de su libro *Reflexiones*, un *Apéndice* donde he reunido algunas obras menores de Gorriti, que documentan su conducta pública desde 1810 hasta 1827, como diputado por Jujuy primero, en la Junta emancipadora, y finalmente como diputado por Salta, en el Congreso unitario (3).

(1) El verdadero título de esta obra es: «*Reflexiones* | *sobre las causas morales de las convulsiones inte* | *riores de los nuevos estados americanos* | *y* | *Examen de los medios eficaces para* | *reprimirlas* | *precedidas* | *de un compendio de la vida pública* | *del autor.* | Por Juan Ignacio de Gorriti | Arcediano de la Santa Iglesia Catedral de Salta | 1836 | Valparaíso. | Imprenta del Mercurio.» Puede verse un ejemplar de ella en la Biblioteca Nacional y otro en el Museo Mitre (número 19 — 9257 del Catálogo), un volumen de 269 páginas. No se lo había reeditado desde entonces, ni había sido impreso nunca en el país, cuando yo lo incluí en la *Biblioteca Argentina* (tomo 11) con el objeto de ponerlo al alcance del pueblo

(2) Bernardo Frías, *Historia de Güemes y de Salta*, tomo I, página 436.

(3) El volumen de la *Biblioteca Argentina*, a diferencia de otros anteriores, no lleva la breve noticia biográfica y bibliográfica sobre el autor, ni su retrato. Esta omisión se debe a que no hay retrato de Juan Ignacio de Gorriti, y a que su biografía y bibliografía van

Gorriti gozaba de prestigio en ambas ciudades septentrionales: Salta y Jujuy; los miembros de su familia, en aquel tiempo o después, habían residido indistintamente en ésta o aquélla; ambas ciudades constituían además una sola provincia, con el nombre de la primera, así como en tiempos coloniales más remotos, vivieron refundidas con Catamarca y Santiago en una más amplia provincia, que se llamó «del Tucumán». De aquí provino que dieran muchos en considerar a Gorriti como salteño. Lo era, sin duda alguna, como cualquier nativo de Jujuy o de Orán: además, él había fijado su residencia en Salta cuando, siendo su nombre más notorio, fué en Salta gobernador y arcediano de la Catedral — dos altos títulos que usó en su vejez con satisfacción de clérigo y de ciudadano. Pero su alta personalidad es ante todo gloria jujeña, y por eso sus paisanos van a levantarle una estatua en la pequeña y armoniosa ciudad del norte, donde naciera y viviera, y cuya representación le tocó traer a la Junta revolucionaria de 1810. Yo he comprobado que Gorriti nació en Jujuy, leyendo su fe de bautismo y la de sus numerosos hermanos, en los viejos libros becerros de la iglesia Matriz de aquella ciudad, donde el propio Gorriti, siendo capellán del ejército de Belgrano, bendijo, cuarenta y dos años después de su propio bautizo, la bandera de nuestra naciente democracia (1).

La vida de Gorriti, que así comienza en la silenciosa Jujuy, se dilata durante setenta y cuatro años de pensamiento y acción, y puede dividirse en cuatro períodos o jornadas: 1° Su educación y juventud (1766

implícitas en el prólogo, pues ambas se confunden con el comentario de sus propios escritos. En cuanto a la iconografía de nuestro autor, no se tiene más indicio que el de un retrato suyo que el Liceo de Sucre mandó colocar en sus oficinas, como recuerdo de su eminente rector. Yo he intentado por diversos medios obtener una copia o al menos el informe de que existe aún, sin haberlo conseguido. Acaso el actual director de nuestro Museo histórico, doctor Dellepiane, pudiera conseguirlo, si se empeñara por la vía diplomática. Una descripción de Gorriti en verso he publicado en una nota de mi *Archivo capitular de Jujuy* (t. III, pág. LV-LVI); pero es una caricatura, hecha por sus enemigos de 1826 en Buenos Aires, y López la atribuye a Medrano. El Gorriti que nos describe es un viejo de sesenta años, grueso, deforme y feo. Sábese de él que no era un hombre hermoso, pero sí corpulento y de una imponente fiereza varonil, que pudiéramos llamar «sarmientesca».

(1) Puedo ahora documentar este aserto, gracias a una gentileza de mi distinguido amigo don José de la Iglesia, vicario de la Matriz en Jujuy, quien me ha remitido copia del respectivo documento, cuyo original queda en los libros parraquiales a su cargo. La fe de bautismo de Gorriti — que considero inédita — dice así: «*En la Iglesia Matriz de Jujuy en diez de Abril de mil setecientos sesenta y siete fué traido un párvulo de edad*

a 1790), o sea los veinticuatro años que corren desde su nacimiento en Jujuy hasta su graduación en Córdoba; 2° Su profesión colonial (1790 a 1810), o sea los veinte años que van desde su graduación de doctor hasta su elección de diputado; 3° Su actuación revolucionaria (1810 a 1831), o sea los veintiún años que se dilatan desde su incorporación a la Junta de Buenos Aires, como diputado por Jujuy, hasta su caída del gobierno en Salta; 4° Su expatriación voluntaria (1831-1842), o sea los once años que corren desde su vencimiento por la montonera y su destierro a Bolivia, hasta la fecha de su muerte en Sucre.

Trátase, como se ve, de una vida larga, movida, pintoresca y fecunda. Hay en ella períodos totalmente desconocidos, capaces de tentar con su misterio la curiosidad de nuestros más pacientes investigadores: y hay momentos en ella de tal modo complejos, que los juzgo dignos de nuestros historiadores más brillantes.

Por ejemplo: de sus dos primeras jornadas, casi nada sabemos; pero algo más puedo anticipar — como lo he hecho con el lugar y data de su cuna — sobre su procedencia de familia, su carrera en Córdoba, su graduación, su curato en Jujuy.

Hacia fines del siglo XVIII, habíase radicado en la provincia salteña, con casa en Jujuy, su padre el vasco don Ignacio de Gorriti, quien se casó, según se ha visto, con doña Feliciana de Cueto. Como el santanderino Moreno o el gallego Varela, éste era uno de los inmigrantes españoles que, en vísperas de la revolución, mandaron sus hijos nativos a las universidades, fundando, con ello, casas patricias en América. Esta prole de don Ignacio, lució toda en la revolución (1). Francisco fué

de dies meses, hijo legítimo de D. Ignacio de Gorriti, mariscal de campo, y de D^a^ Feliciana de Cueto, a quien yo el Cura Rector Dr. D. Pedro José de Urtubey bauticé de socorro y le puse por nombre JUAN IGNACIO *y suplí las preses y ceremonias que previene el Ritual Romano. Fueron padrinos D. Pedro de Hereña y D^a^ María Rubianes.*» (Registrase en el libro n° 5 de bautismos, folio 85, del Archivo de la Iglesia Matriz.)

(1) Aún alcanzó a brillar en la generación siguiente con la famosa doña Juana Manuela Gorriti, sobrina de nuestro autor, y escritora ella misma, a la vez que romántico y singular personaje por su carácter. En cuanto a «Francisco» debe ser el mismo que en algunos documentos militares de la guerra de las Quebradas (1815) — cuyos autógrafos del archivo de Jujuy tengo a la vista — se firma *José Francisco*, y ambos, el que en Salta familiarmente llamaban *Pachi Gorriti*, o «Pache», como en su libro *La tierra natal* escribe doña Juana Manuela Cabe también aquí dejar de paso la siguiente observación: *José Ignacio* no es *Juan Ignacio*. Esto se juzgará perogrullesco, pero lo aclaro porque alguno de nuestros improvisados y más recientes *eruditos* los ha confundido, creyéndolos uno solo. Así se explica que atribuya al autor de estas *Reflexiones* las fechas biográficas

guerrillero de las quebradas; José Ignacio estudió jurisprudencia en Chuquisaca y alcanzo grado de general, después de haber servido en los ejércitos de Belgrano y Güemes; Juan Ignacio graduóse en la Universidad de Córdoba y disfrutaba desde hacía veinte años su grado de doctor en ambos derechos, cuando la revolución de Buenos Aires lo despertó en Jujuy, llamándolo a militar con lustre heroico en su primera falange.

Los estudios del doctor Gorriti en la Universidad de Córdoba tienen para nosotros harta importancia, pues ellos nos explican la filiación filosófica de sus *Reflexiones*. De las dos altas escuelas coloniales que dan su timbre mental a nuestra revolución, surgen Moreno y Monteagudo como representantes de Chuquisaca en sus escritos; Funes y Gorriti como representantes de Córdoba en los suyos; pero si dentro de la común tendencia enciclopedista, Monteagudo excede a Moreno en frenesí demagógico, así dentro de la común procedencia teológica, Gorriti excede a Funes en capacidad liberal. Nuestro autor se graduó de doctor en teología, derecho civil y canónico el año 1790, en la misma colación que don Mariano de la Bárzena, paisano suyo (1). Si como vemos en la fe de bautismo nació en 1766, quiere decir que se recibió de veinticuatro años. Tenía, pues, diez años cuando los jesuítas fueron expulsados y las cátedras de la Universidad pasaron a cargo de los franciscanos. Sabemos bien que entonces penetró con ellos un espíritu liberal, fomentado por los ministros de España y más tarde por los virreyes. Con el revoltoso rectorado del padre Guitián, coincidieron los estudios de Gorriti, quien cursó sus aulas cuando ya Funes era canónigo de la Merced, pues Funes le aventajaba en más de veinte años y había estudiado en plena colonia, bajo la regencia severa de los jesuítas. Esto podría explicarnos, quizá, la índole más liberal del pensamiento de Gorriti, aunque, como Funes, se mantuvo siempre dentro de los principios católicos en materias pertinentes al dogma (2). Todo esto sin olvidar las

del militar, y que al autor de este libro le llame *el canónigo José Ignacio*, a quien da por muerto en 1835. En algunos autógrafos de ambos se halla la firma abreviada *(J. I. Gorriti)* y hasta precedida de la abreviatura *Dr.* en las del militar (pues era doctor de Chuquisaca), pero ni entonces puede confundirlos el que no hable de oídas sobre tales asuntos, porque la letra del autor de estas *Reflexiones* es ondulada, suelta y continua, mientras la del militar es casi gótica, por su trazo anguloso, alto, cortado.

(1) Garro, *Universidad de Córdoba*, Apéndice, página 521. Lista de graduados.

(2) Se mantuvo dentro del dogma, pero con algunas limitaciones que el lector descu-

diferencias de idiosincrasia entre ambos hijos de la Universidad cordobesa — pues rayan en contraste, cuando se comprueba, en la biografía de Gorriti : valor temerario, serena altivez, soberbia abnegación, claridad, por fin, en las ideas, los actos y las palabras.

He ahí, sin duda alguna, las cualidades que hacen simpático a Gorriti, como hombre y como escritor. El lector moderno que medite sus *Reflexiones* podrá disentir con sus principios teológicos — y yo mismo disiento con ellos, — pero no podrá negar que sus ideas sociales sobre democracia y educación convergen a los mismos fines de regeneración americana por la ciencia, el trabajo y la paz, que, años más tarde, constituyeron el ideal de Echeverría, de Sarmiento, de Alberdi, de Mitre. De aquí proviene otra característica de su obra como pensador, y es que siendo Gorriti un hombre del viejo régimen por sus principios filosóficos, es un hombre de la revolución democrática por su moral, así en sus ideales, que las *Reflexiones* sistematizan, como en su conducta, que el *Apéndice* documenta (1). Hombres del viejo régimen colonial por sus principios filosóficos, fueron también el cura Castro Barros y el deán Funes, pero Castro se muestra en sus escritos franco reaccionario, y Funes aparece como un revolucionario vacilante. En cambio Gorriti no sólo apoya la revolución democrática, sino que la crea a partir del año 10, y, después de consumada, busca la causa de sus extravíos y tienta sus remedios por la educación. Tal es la síntesis de su pensamiento, contenida en dicho volumen titulado *Reflexiones*. Desde la primera pa-

brirá en diversos pasajes de las *Reflexiones*. Por ejemplo, en el párrafo 16, critica a fondo el sistema escolástico, tanto como en el párrafo 15 ha encarecido el estudio directo de la naturaleza, realizado hasta entonces — incluso la de América — por sabios extranjeros. Ese estudio de ciencias naturales lo preconiza con toda libertad, dándole en las escuelas muchas horas que se perdían en materias teológicas, de las cuales dice Gorriti en el párrafo 21 : « *Yo soy un doctor teólogo, y mi principal estudio fué el dogma, porque las sutilezas escolásticas me causaban asco* ». Y asimismo, refiriéndose a la moral y educación doméstica hispanoamericana — o sea católica en su tiempo, — la critica, y agrega desembarazadamente en el párrafo 5° : « Es preciso confesar con ingenuidad, para nuestra propia confusión, y recordarlo para que nos sirva de ejemplo, *que los protestantes tienen en esta parte una moral más ajustada a la razón y al Evangelio* ». Como se ve, Gorriti rayaba a veces en la herejía...

(1) La tendencia « cristiana » de Gorriti no debe ser mirada como signo de reacción por los sectarios de la tendencia opuesta, sobre todo si recordamos que subsistió « explícitamente » en Echeverría, Sarmiento, Alberdi y Mitre. Bástenos recordar el parágrafo IV del *Dogma*, que se titula « *Dios, centro y periferia de nuestra creencia religiosa, y el cristianismo su ley* ».

labra de su obra se descubre al teólogo, que acepta el origen monogenésico de la humanidad, que ve en la pareja edénica el principio de las sociedades humanas, y que adopta la verdad revelada de la biblia para refutar a Rousseau en su doctrina sobre el origen de la asociación política. Pero una vez salvadas estas premisas necesarias al método deductivo de su educación colonial y a la conciliación del dogma con la vida — indispensable a su fe, — el pensador vigoroso penetra desembarazadamente en la realidad americana, para explicarnos los fines de su independencia, buscando la causa de sus desórdenes intestinos y proponiendo el sistema de la nueva educación. Eso acrece a su vez el interés de esta obra en la historia del pensamiento argentino, pues no sólo es un tipo de transición entre la colonia teocrática y la América revolucionaria, sino que es el manifiesto democrático de la Iglesia argentina, en cuanto una parte de su clero sirvió a la emancipación americana.

Las *Reflexiones* se hallan formadas por tres órdenes de ideas: 1° La metafísica cristiana, como premisa filosófica; 2° La organización republicana, como medio político; 3° La educación popular, como fin de todo el sistema. Pero sobre los dos primeros pasa rápidamente el autor, destinándoles pocas páginas, apenas las necesarias para definir su posición religiosa y su posición constitucional. Es lo que hace en el parágrafo primero, *Origen de las sociedades*, y en el segundo y tercero, *Del pacto social y de la formación de las leyes*. De ahí que debamos considerar estas pocas páginas sólo como « introducción » a la verdadera materia del libro, cuya índole de tratado pedagógico o sistema de educación democrática se define desde el parágrafo cuarto, con el título que dice: *De la necesidad de instruir y morigerar a los pueblos*, y desde ahí hasta la postrera página del libro. Por esto, sin duda, la obra se halla exteriormente dividida en dos partes, que son: 1ª Los tres parágrafos anteindicados; 2ª Los veinticuatro restantes.

Colocado Gorriti como pensador en esa posición dogmática, propia del tiempo en que labró su cultura, y siendo este libro un tratado de educación, combatió, necesaria y lógicamente, las escuelas de Condillac y Destut de Tracy, que cundían por entonces en las aulas y prensas hispanoamericanas. Casi al propio tiempo que Diego Alcorta importaba a su cátedra de Buenos Aires las flamantes doctrinas del sensualismo, Gorriti escribía estas palabras en su triste destierro de Bolivia: « Me parece haber hecho un servicio a Bolivia advirtiendo a sus legisladores que la enseñanza de Destut de Tracy y de Holbach está haciendo beber a la juventud boliviana el veneno del materialismo, des-

tructor de todos los vínculos sociales y corruptor de las costumbres; y por lo mismo incompatible con la firmeza y estabilidad de las buenas leyes y tranquilidad pública» (1).

Recomiendo a quien lea ese volumen, los razonamientos que formula contra esa doctrina: citaré por vía de ejemplo, para estimular su curiosidad, una observación suya contra la *Ideología* de Destut de Tracy: «Aunque lo he leído con toda la atención de que soy capaz, no he podido comprender qué es lo que se ha propuesto enseñar, si no es que bajo ese título de *Ideología* haya querido dogmatizar el materialismo. Ideología tanto quiere decir como ciencia de las ideas; pero, ¿qué es esa ciencia de las ideas? ¿Qué quiere enseñar M. de Tracy? ¿A formar las ideas, o lo que es lo mismo, el conocimiento de las cosas? Trabajo inútil; en el sistema de M. de Tracy, nuestra facultad cognoscitiva es meramente pasiva, efecto de las impresiones externas que recibimos por los sentidos; los conocimientos se adquirirán según los objetos vayan afectando nuestros sentidos. A nadie le ha ocurrido enseñar a los niños el orden con que han de ver los objetos que se les presentan: porque los verán según los mismos objetos vayan afectando su sentido. ¿Pretende enseñar acaso cómo se han de coordinar las ideas recibidas? Pero esta coordinación no es obra de la mera impresión sino de la comparación, y M. de Tracy debiera enseñar de dónde saca nuestra potencia cognoscitiva esta facultad de comparar, *porque la comparación produce una idea distinta de las recibidas por los sentidos y el efecto de la aproximación de dos o más percepciones, lo que supone en el hombre una facultad activa para crearse ideas,* con lo que el sistema de Tracy cae por tierra» (2).

Son de esta sutileza los argumentos de nuestro autor como filósofo. Según se ve, opónese Gorriti al materialismo, como premisa filosófica; pero, según se verá por su obra, no se opone al estudio racionalista del universo natural y social. Para convencerse de ello basta recorrer en ese mismo libro las páginas destinadas a exponer su plan pedagógico y su proyecto de reforma a la organización universitaria de Bolivia, para ver cómo pretendía distribuir las diversas actividades universitarias en diversas ciudades del país, según las condiciones del medio físico, más o menos como ahora se preconiza en la Argentina la ventaja de

(1) Véase el último capítulo de las *Reflexiones*.

(2) Véase párrafo 17, *De la dialéctica, o lo que es lo mismo, lógica*. El subrayado ha sido puesto por mí.

cierta variedad regional en el tipo de nuestras varias universidades. Así destinaba Gorriti a Potosí la mineralogía: a Chuquisaca, la ciencia de la legislación política, economía, derecho público, natural y de gentes, jurisprudencia civil y canónica: a La Paz, las matemáticas: a Cochabamba, la física experimental, medicina, anatomía, química, geología y demás ciencias naturales (1). Abarcaba Gorriti el campo de las realidades, así en la naturaleza como en la sociedad, con el más amplio sentido práctico y democrático. Puesto en ese terreno, combate entonces los absurdos teológicos en pugna con esa realidad. Sus palabras son entonces más severas que las empleadas contra el materialismo, como éstas del parágrafo veintidós: « Pero es digno de compasión el descuido que hay en la enseñanza de esta importantísima ciencia (la teología). La suma que le cae en sus manos al estudiante es su guía, y *ordinariamente estas sumas están llenas de errores muy crasos y de disparates. La ignorancia de la física, del derecho público y de la antigua disciplina de la iglesia, la inexactitud de las definiciones y de las pretensiones de los curiales, han sido otros tantos manantiales fecundos que han llenado la teología moral de desvaríos lamentables* » (2). He ahí la prueba mejor de su espíritu crítico, de su capacidad filosófica. En nuestros tiempos Gorriti hubiera sido lo que se llama un « modernista » dentro del catolicismo, pues no debemos olvidar, para juzgarle como pensador, que se trataba de un miembro del clero, graduado cuatro lustros antes de que empezara la revolución americana.

Tal libertad de pensamiento no viene toda del claustro cordobés, a pesar de los relajamientos disciplinarios del rectorado de Guitián y de las reformas didácticas de Funes, que Gorriti elogia con entusiasmo en sus *Reflexiones*. Nuestro autor se nos aparece más bien como un caso

(1) Gorriti prestó en su libro especial atención al problema boliviano y lo justificó en las siguientes nobles palabras: « En Bolivia he encontrado una acogida la más cordial, no sólo de parte de todos los ciudadanos distinguidos, sino de parte de su excelencia el Presidente de la República. Era, pues, un deber mío el que en mi escrito dirigido todo al servicio de los americanos del sud, diese alguna muestra de gratitud a mis bienhechores. »

(2) Recomiendo al lector que relacione este párrafo con otras opiniones análogas o concordantes, dispersas en todo el libro. Así, por ejemplo, en el párrafo 15 lo que dice sobre la necesidad de estudiar las lenguas vivas europeas, como medio de conocer el pensamiento científico moderno, y en el párrafo 16 su enérgica protesta contra el régimen colonial que obstaculizaba la libre investigación científica y la lectura de libros extranjeros. Y es que Gorriti combate el materialismo en cuanto invade los dominios de la metafísica para explicar la esencia del Universo, pero no ataca el método experimental ni la ciencia.

personal, que reacciona por la fuerza de su propio espíritu contra las ideas oficiales de la educación que recibiera en las aulas. Pero todo esto no podremos comprobarlo, sino cuando conozcamos mejor la historia de su tiempo y de su vida. Los años que en su biografía se dilatan desde 1790, fecha de su graduación, hasta 1810, data de su ingreso en la carrera política, nos son desconocidos casi por completo, y trátase nada menos que de veinte años, durante los cuales la colonial monotonía de su curato en Cochinoca y Jujuy no bastan para calmar la inquietud de un gran espíritu, en la época más vibrante de su vida: de los veinticuatro a los cuarenta años. Yo supongo que durante esos años debió de leer extraordinariamente, pues su erudición era universal, como lo revela este libro. Entregado más tarde a la acción revolucionaria (1810-1831) y después a la educación de la niñez (1831-1842) es de suponer que no fué en estos años frenéticos o generosos de continuo vivir para afuera, ni en la cansada vejez, cuando labró su cultura intelectual. Seguramente su espíritu maduró en tan ruda experiencia, y sus *Reflexiones* son el fruto de esa madurez espiritual; pero la ocasión de sus más meditadas lecturas debió de ser aquella quietud jujeña de 1790 a 1810, casi desconocida, — sin olvidar los años escolares de Córdoba, conocidos apenas (1).

La historia de la Universidad de Córdoba, donde Gorriti estudiara, ha sido escrita por diversos autores, así el doctor Garro, en un libro útil, pero que atiende casi exclusivamente a la historia externa de la institución. Sus constituciones, planes, disciplinas y rectorados (2), son la materia que por ellos conocemos; pero nos falta averiguar aún — para completar su evolución disciplinaria y oficial — cómo se desenvolvió la vida del pensamiento en la intimidad de sus aulas, restau-

(1) La vida de Gorriti anterior a 1810 es apenas conocida. En sus *Reflexiones*, sin embargo, hay una que otra alusión autobiográfica — así, por ejemplo, la siguiente: — « Dije que soy un doctor teólogo: añado que soy un eclesiástico que he sido siempre contraído al servicio de la Iglesia: por el espacio de once años consecutivos residí la mayor parte del tiempo en el campo, donde, en parte por amistad con el cura territorial, parte por caridad, servía al cura en cuanto ocurría: después serví los curatos de Cochinoca y el rectoral de Jujuy con toda la solicitud que acostumbro poner en los asuntos de que me encargo; pero ni antes de ser cura, ni siéndolo, ni en veinte años que han corrido después que me promovieron a dignidad de la Catedral de Salta, me ha ocurrido una sola vez el hacer uso de mi teología para desempeñar mi ministerio» (§ 21, pág. 201 de la primera edición).

(2) Precisamente el rectorado del padre Guitián — época de los estudios de Gorriti — ha sido estudiado por Garro con poca simpatía.

rando la bibliografía de sus maestros, de sus lecciones, de sus « actos literarios » y sus tesis. Me inclino a creer que desde entonces debió demostrar Gorriti alguna afición a las letras, y a esto me autorizan su prosa sobria de la madurez y el juicio de la junta sobre su persona, al conocer en 1810 su elección : « Sujeto adornado de carácter, *conocimientos literarios*, políticos y de estado », etc. Tales conocimientos literarios pudo probarlos, desde luego en su tesis doctoral (1790), cuya búsqueda sería fácil en los archivos universitarios de Córdoba, y un opúsculo titulado *Antídoto contra el veneno de la seducción* (1810). Ignoro si este último trabajo se publicó, pero sé que gestionó su publicación. El Cabildo de Jujuy tomó bajo sus auspicios el opúsculo, iniciando en el vecindario una subscripción para costear los gastos de imprenta. Esto hace suponer que se trataba de algún trabajo extenso. Parece que la colecta se realizó con buenos resultados, y si a pesar de ello la edición quedó frustada, pudo ser porque la revolución de Buenos Aires, con la caída del último virrey español, no tardó en producirse (1).

Dicha revolución separa la vida de Gorriti en dos etapas diversas y

(1) Llégame esta noticia en un documento inédito fechado el 12 de mayo de 1810, pocos días antes de la revolución por consiguiente. Trátase de un acta del Cabildo jujeño, donde el solemne cuerpo declara : « Copia. Sala capitular de Jujuy, mayo 12 de 1810. Consultando este Cabildo a la distinción y honor que le resulta de hacer correr por medio de la imprenta la solemne demostración que hizo el año próximo pasado en obsequio de nuestro amado monarca el señor don Fernando Séptimo (que Dios guarde) el día de su augusto nombre treinta del corriente, como también el digno papel que le ha presentado el señor Cura escusador doctor don Juan Ignacio de Gorriti, intitulado *Antídoto contra el veneno de la seducción*, cuyo designio es combatir y atacar las detestables miras de un anónimo libertino dirigido a perturbar la confiada seguridad de la nación española en sus actuales circunstancias, con el que se dió cuenta al excelentísimo señor virrey de estas provincias. Para facilitar la impresión de ambos, ha acordado que se abra una subscripción voluntaria de todos los vecinos que quieran concurrir con las sumas que les pareciese ; para recolectarlas, comisiona en bastante forma a don Andrés Mangudo, esperando el bien acreditado patriotismo del vecindario, que accederá gustoso al llemo de unos objetos tan recomendables en el concepto de la superioridad.— Firmado : *Juan Calderón. — Pedro de la Torre y Varela. — Manuel del Mármol y Tapia. — Pedro José del Portal. — Juan Antonio Rodrigo.* — Ante mí : *Francisco Andrés Llanos*, escribano público y de Cabildo. » Hay al pie una nota que dice : « El señor Andrés Mangudo cumpliendo con la misión que antecede inició en seguida la colecta con buenos resultados, reuniéndose buenas sumas para el fin indicado ». Es copia del vicario de Jujuy don José de la Iglesia, quien la tomó de otra copia anterior perteneciente a la familia Gorriti. Aunque se trata de una « acta particular », este documento no existe autógrafo entre los originales del archivo de aquella ciudad.

hasta contradictorias, como ocurrió a casi todos los próceres que la realizaron, antes adictos a la majestad del rey de España. Síntoma de su credo colonial, pudieran ser su *Tesis* cordobesa y su *Antídoto* jujeño: síntomas de su credo revolucionario, son las obras que publiqué en la *Biblioteca Argentina*. Así se pierden para él, antes de 1810, los cuarenta años de su infancia, sus estudios, su curato aldeano: mientras después florecen los treinta y dos años de sus diputaciones, su gobierno, sus *Reflexiones* del destierro. Son estos últimos seis lustros los que mejor conocemos de la biografía de Gorriti, gracias a mis recientes investigaciones en el Archivo de Jujuy. Tales descubrimientos han esclarecido o documentado especialmente la parte más gloriosa de su tercera jornada, o sea sus gestiones como paladín de la democracia argentina y de la autonomía jujeña (1810-1815), en actos hasta hoy desconocidos u olvidados (1).

Tales gestiones se puntúan por la siguiente cronología: 1810, Gorriti es elegido diputado por Jujuy a la Junta; 1811, su valiente actitud en la «Junta Grande» y en la «Junta de Observación», frente a la demagogia porteña y el despotismo de Rivadavia; 1812, nueva radicación de Gorriti en Jujuy, al volver de Buenos Aires desterrado por el Triunvirato, después del primer ensayo de Constitución sancionado con la colaboración del jujeño y rechazado por el Poder ejecutivo. Todos estos hechos se hallan ampliamente documentados, en el *Apéndice* de mi edición, por las epístolas de Gorriti a sus electores. No insistiré sobre ellos, por haberlos comentado en mi *Archivo capitular de Jujuy*, donde podrán ampliar su información los que deseen estudiar al autor de las *Reflexiones*.

Fueron sin duda aquellos años de la revolución los que cimentaron las convicciones republicanas de Gorriti y le llevaron a palpar, como actor, las calamidades de la demagogia o el despotismo — peligro de la democrocia en pueblos sin educación. Gorriti surge, imprevisto, en 1810, con una segura conciencia de nuestra revolución y su destino republicano, — tan segura que no se le vió vacilar jamás, ni entre la

(1) El único autor que antes de mis trabajos había escrito sobre aquellas gestiones con información excelente, era el doctor don Joaquín Carrillo, en su *Historia civil de Jujuy*; pero su libro es de 1877, y las nuevas generaciones no lo han frecuentado. Mi *Archivo capitular de Jujuy* publica todos los documentos inéditos de Gorriti, utilizados, además, en una nueva interpretación de nuestros orígenes federales, asignándole a Gorriti figuración inspirada y descollante.

acción incierta de los otros (1810-1831), ni en el destierro de sus meditaciones (1831-1842). Esto me hace inferir que su aprendizaje teórico de la democracia, en variadas y libres lecturas, era anterior a 1810. Puede que espontáneamente formara esa convicción en el estudio de las historias griega y latina, cuyos ejemplos vuelven con frecuencia bajo su pluma. Pero una vez en la acción, él no se dejó seducir por la diplomacia europea como Rivadavia, ni amedrentar por la demagogia americana como Pueyrredón. Desterrado de Buenos Aires por defender la libertad de los pueblos (1811) o desterrado de Salta por defender la organización de los estados (1831), víctima aquella vez de Rivadavia y esta otra de Quiroga, salió de su país para salvar su conciencia y murió sin claudicar de sus ideales democráticos. Buscó, por lo contrario, en el retiro propicio de la proscripción, las causas de los desórdenes americanos, y la halló, como Sarmiento la rehallaría diez años después, en la incultura material y moral de nuestros pueblos. Desde aquel momento, el remedio consistió para él, no en renunciar a la independencia o a la democracia, como algunos pensaron, sino en educar al pueblo para hacerle capaz de la democracia y la independencia. He ahí cómo ese libro de sus *Reflexiones*, después de plantear sus discutibles premisas filosóficas (primera parte), entra de lleno en el problema social (segunda parte), convirtiéndose en el primer tratado de educacion popular que se haya escrito entre nosotros.

Pero antes de insistir sobre el carácter de la obra, daré algunos pormenores sobre este volumen de nuestra edición. Ya informado el lector, siquiera a grandes rasgos, sobre la personalidad y vida de Gorriti hasta la revolución de la independencia, podremos relacionar mejor su biografía y su obra, cuando el lector conozca la materia de que ese volumen ha sido formado.

El volumen editado por la *Biblioteca Argentina* se halla constituído, según antes lo he dicho: 1° por las *Reflexiones* de Gorriti; 2° por un *Apéndice* con trabajos menores del propio autor.

El libro que con nombre abreviado llamo *Reflexiones*, reproduce literalmente la edición príncipe impresa en Valparaíso el año 1836, cuando aun vivía su autor. Los escasos ejemplares de esa edición chilena que han llegado a nosotros, yacen olvidados en el fondo de algunas viejas bibliotecas americanas, como la Nacional y el Museo Mitre. No diré que sea una joya de bibliófilos, pues muchos estudiosos hasta ignoraban la existencia de esta obra, que por primera vez se edita en nuestro país y que sólo había tenido anteriormente la edición chilena de 1836.

En cuanto al *Apéndice*, que pudiera haber sido más extenso, lo he reducido a lo más indispensable para mostrar otros aspectos de la personalidad moral e intelectual de Gorriti.

He dividido ese *Apéndice* en las siguientes secciones: 1ª El «Prefacio» de la edición príncipe de las *Reflexiones* (probablemente escrito en 1836 por el mismo Gorriti, auuque habla como si fuese el editor, dando detalles sobre su carrera, su destierro y sus obras); 2ª Papeles de Gorriti sobre su actuación en la Junta revolucionaria de Buenos Aires, desde su elección en 1810 hasta su regreso a Jujuy en 1812; 3ª La elección del diputado jujeño para la Asamblea de 1813, cuyas «Instrucciones» fueron, quizá, redactadas por Gorriti, pues las encontré en Jujuy entre sus papeles y transpiran recuerdos de su frustrada diputación anterior; 4ª Documentos redactados por Gorriti, y extraídos por mí de sus autógrafos o copias autenticadas, sobre una gestión de competencia democrática entre Jujuy y Salta, capital regional de aquélla, con cuyo motivo Gorriti, como embajador de Jujuy y mentor de su Cabildo, continúa desenvolviendo sus principios de autonomía y democracia; 5ª El *Informe* que da Gorriti en 1827 al Congreso constituyente, del que fué diputado, sobre el fracaso de su comisión ante las autoridades federales de Córdoba; 6ª *Discurso* de Gorriti en el Congreso del año 26, sobre los verdaderos autores de la Revolución de Mayo, oponiéndose a la erección de un monumento en su honor, porque lo consideraba prematuro y porque sus autores habían sido el *pueblo* de Buenos Aires y todos los otros *pueblos* de la República.

Según la noticia preliminar de las *Reflexiones*, Gorriti escribió también unas *Memorias* sobre su actuación en la revolución argentina, desde 1810 hasta 1831. El editor de Valparaíso tuvo en sus manos el original y transcribe de ellas algunos párrafos pertinentes a la gestión política de Gorriti en Córdoba, cuando el fracaso de la Constitución unitaria; párrafos pertenecientes a las susodichas *Memorias*, que supongo inédita, y acaso perdida, pues a pesar de mis investigaciones, nada he podido adelantar al respecto (1).

No así sobre el *Informe* de la misión unitaria, al cual el mismo prefacio alude con estas palabras: «Informe escrito que será un documento para la historia». Lo es, en efecto, y como se imprimió por entonces, he podido conseguir un ejemplar que me ha servido de fuente

(1) «De una memoria que tenemos a la vista», dice (pág. v), como se puede ver en el *Apéndice* de nuestra edición (*Biblioteca Argentina*, núm. 1).

para la reedición que hago de él en la parte final del volumen (1).

La actuación de Gorriti en el Congreso del año 26, donde se sentó como diputado por Salta, hubiera podido suministrarme numerosas piezas, pues intervino con sus *discursos* en casi todas las cuestiones fundamentales de aquella gran asamblea, mal estudiada todavía, pero en la cual lucieron ministros y legisladores eminentes, dignos de compartir, con más justicia, la gloria que se discierne a Rivadavia. Uno de aquellos legisladores fué el autor de ese libro, quien por apoyar las ideas de orden y reforma social representadas por el ejecutivo rivadaviano, se había hecho impopular entre los federales porteños que públicamente lo zaherían, siguiendo Gorriti en esto, como en 1810, la norma de su conciencia austera de solitario, pues tal cosa no significaba un acercamiento a Rivadavia, su adversario de 1811, pues nunca lo visitó, ni votó por él para la presidencia, según confiesa en el fragmento que conocemos de sus *Memorias* (2). Pudiera considerarse que por haber gestionado la Constitución de 1826, el autonomista de 1810 a 1815, había evolucionado hacia el unitarismo; pero al leer su *Informe* de 1827, se ve que el prócer anciano, avergonzado de la demagogia, apoyaba cualquier tentativa de orden y de cultura. Después de 1820, ya no se trató, en efecto, de los principios teóricos del estado, sino de las necesidades elementales del orden social.

Pero cualquiera que haya sido la filiación política de Gorriti en 1826, diré que sus *Discursos* del Diario de Sesiones, aunque incompletos en su versión, muestran al pensador de luces y al ciudadano austero. De esos discursos, sólo he extraído uno — que va en el *Apéndice* — sobre el monumento a «los autores de la Revolución», al cual se opone aunque hoy le contamos a él entre sus verdaderos «autores». Con ese *Discurso* y el *Informe*, podrá el lector formarse una idea de lo que fueron su conducta y su elocuencia en el último Congreso de la Revolución. No me he propuesto editar «las obras completas» de Go-

(1) Fué presentado al Congreso el 8 de febrero de 1827. Tengo a la vista, al escribir estas páginas, el ejemplar que fué de Mitre (Museo, 19, 9, 258). Trátase de un folleto de 14 páginas infolio (Imprenta Argentina, calle Potosí, 135, Buenos Aires, 1827). Véase su texto integro en el *Apéndice* del volumen VII de la *Biblioteca Argentina*.

(2) Véase dicho fragmento en una transcripción dentro del *Prefacio* de la edición primera de estas *Reflexiones*, reproducido literalmente en el *Apéndice* (núm. 1). Esa confesión y lo que dice en su *Informe* de 1827, sobre la constitución federal propuesta por Salta (proyecto suyo), esclarecen mucho sobre la última fase de las ideas constitucionales de Gorriti.

rriti, sino sus *Reflexiones*. Lo demás del *Apéndice* lo doy en añadidura. Queden las obras allí no incluídas para cosecha de otro labrador...

Después de la caída de Rivadavia, Gorriti volvió a su arcedianato de Salta (1). Las responsabilidades de un hombre que había sido iniciador de la Revolución de Mayo, eran demasiado grandes para que pudiera substraerse, en la vida privada, a los deberes de aquel momento, cuando la revolución entraba en su crisis nacional, para caer en el aislamiento regionalista (2). Como el otro jujeño Bustamante, signatario del acta de nuestra independencia, Gorriti había contribuído a recientes reformas civiles en Salta, donde ambos residían, gozando la ciudadanía de esa provincia, común entonces a jujeños y salteños. Preparábanse ya, sin embargo, las montoneras que desgarrarían ambos organismos y malograrían los progresos civiles de la administración de Arenales, cuando bajo el ministerio de Bustamante se vió instalar la primera imprenta a cargo del poeta Ascasubi, y promulgar el año 1824, en inglés, leyes para el fomento de la inmigración y las empresas mineras en aquel estado (3).

La revolución americana de independencia había hecho crisis en el encuentro de Bolívar con San Martín: la revolución argentina de organización interior, hizo también su crisis en el encuentro de Rivadavia y Dorrego. Degenerada la acción popular en montonera y la oficial en despotismo, fueron víctimas del desorden algunos hombres selectos como Juan Cruz Varela en el Plata, Laprida en Cuyo, Gorriti en el Norte. Ya habíamos tenido un «extrañamiento» en 1811, otro en 1815, otro en 1829; el mayor sobrevino en 1839, y alcanzó a la joven generación, que se llama por antonomasia de «los proscriptos». Pero

(1) El señor obispo de Tucumán doctor don Pablo de Padilla y Bárcena, ex obispo de Salta, y jujeño él mismo, me ha comunicado verbalmente — durante días en que fuí huésped suyo en su fundo hereditario de Juan Galán (Jujuy) — que los aspirantes a arcedianatos y otras magistraturas de la Iglesia presentaban en los concursos su hoja de servicios, biografía y trabajos, y que esto fué observado en nuestras ciudades del interior. En tal caso, quizá fuera posible hallar en los archivos eclesiásticos de Salta, excelentes noticias sobre Gorriti, indicio que cedemos a sus futuros biógrafos.

(2) Véase sobre este período la *Historia de Jujuy* por el doctor Joaquín Carrillo y la *Historia de Güemes y de Salta* por el doctor Bernardo Frías. Gorriti debió aceptar el gobierno de Salta en 1829, tocándole afrontar el desastre de los alzamientos victoriosos de Latorre y Quiroga (1831).

(3) Véase el texto de esa ley (diciembre de 1825) en mi *Archivo capitular de Jujuy* (t. I, pág. LXXIV, nota).

las proscripciones eran viejas en nuestra revolución. Gorriti fué víctima de la de 1811, cuando el Triunvirato lo obligó, siendo diputado, a salir de la capital en el término de veinticuatro horas! Lo fué después —definitivamente, — cuando las montoneras de Latorre y Facundo, siguiendo el ejemplo del primer triunvirato, lo obligaron a abandonar su provincia, refugiándose en el país vecino, donde lo sorprendió la muerte. Allí ejerció, de 1831 a 1842, su ministerio docente; allí encontró la benevolencia del presidente boliviano; allí dedicó sus últimos años a la enseñanza de la juventud, como rector del Liceo nacional de Sucre. Pero todo esto no era sino leve consuelo para el patricio que perdió su patria, y que ya en el ocaso de una vida heroica, la recordaba con estas palabras de su libro, sin duda llenas de una varonil y contenida amargura: «Aunque el designio que me he propuesto cuando escribo esto, es el de hacer un servicio a todas las nuevas repúblicas de Sud América, escribo en Bolivia, tengo particulares obligaciones a esta república y he devido (1) naturalmente dirigirme a ella con especialidad. En el naufragio que han padecido las instituciones liberales en la República Argentina, yo he abandonado una patria cuyo gobierno sigue en la práctica principios contrarios a mis opiniones políticas; que para establecer su dominación ha hecho liga y adiestrado en las armas a los enemigos implacables del nombre cristiano en América; que ha tomado por auxiliares a todos los americanos traidores a su patria, que nada han omitido para sujetarla al yugo español, y aun a los europeos que se hallaban en las provincias Argentinas, de los que habían combatido contra nuestra libertad, hasta que la victoria de Ayacucho les arrancó las armas de la mano. Ellos viven y gobiernan como verdaderos tiranos; yo no podía servirles porque habría participado de sus crímenes; yo no debía vivir donde ellos dominaban, dando ejemplo de mi descontento e improbación; porque esto no es compatible con mi carácter y con la comportación que siempre he tenido. *El partido que me quedaba era dejar el país que no podía defender: lo hice, y en este paso perdí mi patria.* Me faltaron medios para sacar mis propiedades mobiliarias; quedaron allá, y me han despojado de todas, sin deber cosa alguna ni a particulares ni al Estado ni a las leyes.»

Menos duro el suyo, y más noble, que el destierro de Ovidio, no hubiera podido el jujeño decir, como el latino en la segunda de sus *Pón-*

(1) Conservo en estas citas la ortografía de la edición chilena.

ticas, que « *al perder su patria había perdido su tranquilidad* » (1). Muy al contrario, quizá volvió a recobrar, después de veinticinco años de acción revolucionaria, la tranquilidad que perdiera en su patria a partir de 1810, pero la afabilidad del presidente y de la juventud boliviana, no bastaban a consolarle, porque no sólo « había perdido él su patria », según su frase y la de Ovidio, sino que veía a su patria caída en la tragedia de sus guerras civiles, que no eran, ciertamente, la tranquilidad para el ánimo de un patricio, ni para el suelo donde naciera.

Y henos otra vez, lector, en aquellos años del destierro, posteriores a 1831, cuando las *Reflexiones* fueron escritas. Quizá venían elaborándose en el ánimo apesadumbrado del patricio, desde el lapso revolucionario que el *Apéndice* de mi edición esclarece (1810-1827). Pero si hemos de creer al prologuista de la primera edición, no escribió Gorriti estas páginas sino algunos años más tarde. « Retirado en 1834 — dice — a un pequeño pueblo de Cochabamba, en donde ejercía el ministerio pastoral, se encontraba destituído de todos los medios familiares que habían sostenido su actividad mental, para neutralizar el efecto del triste recuerdo que le ofrecían sus pasados infortunios, y el fúnebre prospecto *(sic)* de una patria perdida, se redujo a apuntar algunas ideas que él reputaba muy distantes de ver la luz pública : pero personas respetables que casualmente tuvieron noticia de esto, le empeñaron a coordinarlas, aunque en medio de una carencia completa de libros que creía indispensables para rectificar algunas y dar mayor extensión a otras. A este incidente afortunado se debe la composición del siguiente opúsculo. » Si como aquí se dice — y debemos creerle, — las *Reflexiones* fueron escritas en el aislamiento de aquel curato cochabambino, sin libros ni fuentes a la mano, se valorizan más las frecuentes citas que Gorriti hace de cosas bíblicas y latinas, mostrándose erudito, a la vez, en ciencia y filosofía, en historia sagrada y profana, en patrística y educación (2).

Ese mismo « prefacio » declara más adelante : « El objeto que se pro-

(1) Pónticas. Epístola II. — *Tanquam cum patria pax sit ademta mihi ; — Qui, mortis Sœvo geminent ut vulnere causas. — Omnia vipereo Spicula felle linunt,* etc. (Ed. Nizard, pág. 753).

(2) Debemos creerles, porque la ya transcripta declaración del Prefacio, coincide con cierto pasaje del texto. Al olvidar el nombre de un autor, en el párrafo 15 dice : « Ni tengo medios de recordar, por hallarme cuando escribo esto, enteramente destituído de mis libros, y sin medios para suplir su falta ».

pone el autor de este opúsculo es el más importante que puede someterse al ecsamen *(sic)* de todos aquellos que apetecen con ardor una paz durable, y garantías eficaces a las instituciones libres sancionadas y reconocidas por las sociedades americanas. Indagando las verdaderas causas de esa agitación casi perenne, que en muchas de ellas ha venido a formar su manera de ecsistir, imprimiendo un carácter tan monstruoso a su constitución social como contradictorio con el espíritu de aquellas mismas instituciones, designa los remedios radicales que deben adoptarse para preparar un cambio favorable de su presente situación. »

Tal propósito cívico podrá confirmarse por la simple lectura de su obra. Por eso concluye el prefacio encareciendo la necesidad de divulgar las ideas de dicho libro, y de dirigirse al pueblo para convencerlo de la situación social, de sus causas y sus remedios, creando la posibilidad democrática de cualquier reforma política en tal sentido. Gorriti es el primer argentino que inició este género de propaganda durante la guerra social. Es el primero que ostensiblemente se apartó de unitarios y federales, patrocinando *cualquier reforma en el sentido de la organización*. No sé si su libro fué suficientemente conocido por los otros proscriptos, después de su edición en Valparaíso. Es muy probable que lo fuera, a lo menos por los emigrados que entonces comenzaron a radicarse en dicha ciudad y en otras de Chile, conspirando desde ellas, con las armas como Lamadrid, o con la pluma como Sarmiento, contra el orden de cosas sociales que Gorriti combatiera desde Bolivia, donde el joven Mitre se refugiara más tarde y hacia donde iban Lavalle y Marco Avellaneda cuando los mataron. Pero éste no es un libro que se encuentre citado en las gacetas y opúsculos de aquel tiempo. Ignoro también si los emigrados del Atlántico lo conocieron, aunque era menos accesible para ellos que para los emigrados del Pacífico.

Hemos visto ya que la posición filosófica de Gorriti se halla definida, con pequeñas variantes, por la metafísica, la teología moral y la lógica, tal como las había estudiado en la Universidad colonial. Por esa posición, Gorriti es un hombre del viejo régimen ; pero lo es del nuevo en la parte esencial de sus *Reflexiones*, o sea sus doctrinas de reforma democrática por la educación. Por eso su obra es una declinación del pensamiento colonial anterior a 1810, en las corrientes revolucionarias posteriores a 1810 ; y por eso he llamado a ese libro el manifiesto de la Iglesia Argentina, en cuanto ella asumió durante aquel período una actitud independiente del pontificado, o sea una actitud más bien « nacionalista » que « romana ». Mas, a pesar de su procedencia colonial,

creo que podemos descubrir en Gorriti a un verdadero precursor de la generación siguiente, la que llegó con Esteban Echeverría.

Para caracterizar las doctrinas políticas de nuestro autor, voy a transcribir, entresacados de su propio libro, algunos aforismos esenciales. Gorriti dice en el párrafo 2° : « Lo que se ha llamado *leyes fundamentales, gran carta, pacto social*, y modernamente *constituciones de los estados*, no es otra cosa que las precauciones que en cada país se ha tomado, para evitar que la autoridad constituída para defenderlos sea la primera en invadirlos. » Y luego agrega en el párrafo 4° : « Las nuevas repúblicas tienen intereses muy opuestos a los de sus tiranos, y los gobiernos no pueden tenerlos diferentes de los pueblos que presiden. » Y en el párrafo 25 declara : « Los pueblos que fueron colonias españolas tienen todos necesidad de ser corregidos de los vicios que engendró una administración viciosa ella misma. » « Debe ser el objeto principal de los gobernantes hispanoamericanos — dice luego — el desarraigar esas tradiciones en cuanto puedan ser viciosas a la democracia. » « Obrar en sentido contrario, es prolongar las desgracias de la patria, edificando sobre terrenos movedizos, que cualquier viento hace sacudir y desplomarse. » Y dice en el párrafo 4° : « La política de los gobiernos opresores es mantener a los pueblos en una ignorancia estúpida, y fomentar los vicios que más favorecen su sistema tiránico, la aversión a los negocios públicos, la indiferencia por la suerte de la patria, la incoherencia de los súbditos entre sí y otros semejantes. » Y como pónese en otro lugar a encarecer las ventajas del derecho público inglés y los discursos del parlamento británico, establece, al juzgar dichas obras, estas dos importantes opiniones : « Obras que pueden considerarse como biblioteca de los hombres de estado ; y en un gobierno representativo, todos los ciudadanos lo son. »

Fig. 4. — Doctor Pedro Ignacio de Castro Barros

He ahí la espina dorsal del sistema de sus *Reflexiones*, cuya medula Gorriti mismo resume de la siguiente manera en el párrafo 4° : « En los gobiernos republicanos hay tres causas a que atribuir las convulsiones y sacudimientos intestinos : 1° A leyes contrarias al bien de la co-

munidad ; 2ª A seducciones que padece el pueblo a quien se le hace obrar en sentido opuesto a sus intereses y en perjuicio propio ; 3ª A la indocilidad del pueblo, que no sufre paciente el yugo de las leyes que reprimen sus vicios. *Pues todas estas causas son efectos de la ignorancia y desarreglos de las costumbres.* »

Presiéntese ya en todo eso la futura actitud de Echeverría en el *Dogma*, de Sarmiento en la *Educación popular*, de Alberdi en *Las Bases*. Necesidad de organizar en América una democracia : necesidad de abolir las tradiciones políticas de la colonia para poder organizarla ; necesidad de crear, por medio de la educación, los nuevos hábitos populares propicios al funcionamiento normal de la democracia : tales son las conclusiones de Gorriti. Pero donde reside para mí la fuerza y novedad de su trabajo es en el plan de educación que propone. Gorriti creía más en los maestros que en los legisladores. Había visto el mal en sus raíces : el fracaso de los congresos teóricos, el alzamiento de las multitudes famélicas e ignorantes. El centro del problema residía para él en el ciudadano mismo, cuya independencia material y moral debía fundarle la escuela. De ahí que se mostrara severo con el antiguo maestro y entusiasta del maestro futuro, más que Sarmiento y antes que Sarmiento. Básteme recordar estas palabras suyas del párrafo 6º : « Si la consideración que se dispensa en la sociedad a los funcionarios públicos está en proporción directa a la importancia de sus funciones, *no trepido en afirmar que en una república bien ordenada los maestros de escuela deberían ser, después de los individuos que ejercen los tres poderes supremos, los primeros personajes y los más bien dotados de la República ;* pues están encargados de funciones cuyo buen o mal desempeño se hará sentir desde la cabaña del labrador hasta la silla del supremo magistrado de la República. » Así también preconizaba la puntualidad y preferencia en el pago de su sueldo a los maestros. Reformar al hombre americano por la escuela, y honrar a su reformador — el maestro, — tal es la síntesis práctica de su política pedagógica (1).

(1) No se reduce a eso naturalmente, como lo verá el lector, la teoría del libro. Su plan de organización escolar toca no sólo a los programas sino a los métodos. Recomiendo especialmente sus ideas sobre la enseñanza de la mujer (§ 9), muy semejantes a las de Alberdi en *Las Bases ;* su método personal para la enseñanza del latín (§ 15), y sus críticas a la disciplina de fuerza de las viejas escuelas (§ 7). Merece transcribirse el siguiente párrafo de ese capítulo : « Nada más torpe que el uso favorito de las escuelas antiguas de azotar a los discípulos, y repartir los palmetazos por cuanta friolera ocurriera : esto era indudablemente cómodo para los maestros sin talento : ellos encontraban un arbitrio

Haya o no ejercido influencia directa sobre «la joven generación», la prioridad cronológica de Gorriti no podrá discutirse. Las *Reflexiones* son el primer esfuerzo argentino para comprender las guerras civiles americanas; primera síntesis filosófica de nuestros problemaa sociales, primer plan orgánico para buscar su remedio en la educación. Sólo al año siguiente, «la joven generación» de Buenos Aires, por iniciativa de Echeverría, comenzó a intentar un esfuerzo análogo, bien que desde un punto de vista más positivo y moderno. Sólo en 1837 las «palabras simbólicas» de la Asociación de Mayo, en las cuales colaboraron Alberdi, Gutiérrez y otros, aparecieron en un periódico de Montevideo; y hasta 1845, Echeverría, su autor, no publicó en volumen la síntesis completa de su *Dogma*. Téngase en cuenta, además, que las *Reflexiones* son un tratado de educación hispanoamericana, con un plan pedagógico diluído en su propia doctrina, y que, hasta 1849, Sarmiento no publicó en Chile su *Educación Popular*, y ésta como resultado de estudios en países tan adelantados como Francia, Prusia o los Estados Unidos. Yo no pretendo establecer comparación de méritos entre este libro de Gorriti y el de Echeverría o Sarmiento: doy simplemente la información cronológica indispensable a quien desee compararlos. La diferencia esencial que existe entre las *Reflexiones* y las otras obras nombradas, es que éstas se alzan contra la tradición colonial, mientras la otra es un producto progresista de ella; pero téngase en cuenta que Gorriti era treinta años mayor que los adalides de la generación siguiente; que él nació en pleno siglo XVIII, antes del virreinato, y se educó en la Universidad teológica; que él debió romper en sí mismo esos moldes mentales, mientras los otros crecieron en libertad y se educaron entre las más variadas influencias de la Europa romántica; que Gorriti, en fin, realizó ese esfuerzo titánico por sí sólo, sin libros y en el retiro de una aldea cochabambina, entre burgueses rancios e indios que hablaban quichua; y viendo naufragar en América la libertad republicana de que había sido su creador él mismo, no se desilusionó de su obra,

fácil de ejercitar su humor, y hacerse temer, ya que ni sabían hacerse amar, ni merecían ser respetados; pero para el fin de la educación es perniciosísimo. *El temer hace a los niños disimulados, embusteros e hipócritas; el que sólo cumple con sus deberes por temor del castigo, no dejará de ultrajarlos cuando pueda hacerlo con seguridad: lo peor es que los amilana, envilece, y les hace perder la estimación que deben tener de sí mismos: lo que vale tanto como inutilizar sus facultades intelectuales y morales.*» Tales son las teorías aceptadas por la pedagogía actual; pero no olvidemos que hace un siglo un pedagogo argentino las preconizaba con tan fuertes razones psicológicas.

sino que aun sabiéndose víctima de ella, deseó explicarla, conducirla, justificarla, y escribió a los setenta años de edad ese libro, que es el manifiesto de un pensador leal y el testamento de un patricio austero, buscando la misma regeneración americana que, por otros caminos filosóficos, realizaría la época siguiente. Por eso el libro de Gorriti concluye con esta confesión: «*Habiendo llenado con esto el plan que me propuse, cierro este escrito dirigiendo mis votos al cielo por la tranquilidad y prosperidad de todos los nuevos Estados americanos; y que las generaciones futuras, más afortunadas que la presente, libres de enemigos externos y del azote de la guerra civil, al abrigo de instituciones justas y liberales, logren en paz y tranquilidad la libertad que con nuestros sacrificios les hemos conquistado, tomando lecciones de nuestros desaciertos para preservarse de ellos.*»

Gorriti pensaba en nosotros al escribir estas páginas, y el solo acto de escribirlas, después de haber sufrido por ese ideal, era una ofrenda de fe rendida al porvenir de las democracias americanas. Nosotros estamos realizando su sueño, aunque en divergencia con muchas de sus ideas: pero la Argentina, su patria, no ha cumplido con él la deuda de gloria ya dispensada a otros coetáneos suyos, que la sirvieron con menos sacrificios o la ilustraron con menor talento (1). Baste decir que la alta y compleja personalidad de Juan Ignacio de Gorriti no ha sido hasta ahora íntegramente estudiada, mientras otros «héroes» equívocos se han encaramado ya, irremediablemente, a los pedestales de la póstuma consagración. Entretanto, el nombre del gran jujeño estaba en la penumbra; su libro en el olvido. Con mis trabajos en el *Archivo capitular de Jujuy*, creo haber revelado la importancia de su acción cívica en 1810. Con otras investigaciones sobre su progresista gobierno de Salta y su diputación independiente y sabia en el Congreso de 1826, espero completar la silueta del estadista. Lagunas quedan en su biografía, sobre sus estudios coloniales en Córdoba, sobre sus vísperas revolucionarias en Jujuy, sobre su vejez de educacionista en Bolivia. A pesar de mis esfuerzos, resta mucho por saberse sobre este ciudadano, pero una vez abierto el camino, me placería que algún joven historiador — por ejemplo algún joven historiador jujeño, paisano suyo para más interés, — completara la restauración de tan insigne memoria. Mientras eso lle-

(1) La prosa de Gorriti es vulgar, pero clara, como toda la de su tiempo y el siguiente. Aún así, resiste a un parangón con Echeverría y Alberdi en sus páginas habituales — ya que no en las mejores.

gaba, creí mostrar a los argentinos la importancia de tal pensador, con el libro de sus *Reflexiones*, por primera vez editado en la patria que el héroe llamó a la vida en 1810, que perdió el ciudadano por su destierro de 1831, y que el escritor ha de reconquistar para su gloria, con la sola reedición de su libro, escrito durante el abnegado destierro que afrontó en la vejez, por defender en su conciencia los ideales de una civilización americana.

V

EL DEÁN FUNES Y LA EDUCACIÓN COLONIAL

La Revolución de Mayo significaba la conciencia de una nueva nacionalidad y el anhelo de una nueva cultura. Mariano Moreno da en sus escritos la primera formulación de ese ideal; Bernardo Monteagudo lo propaga por otras regiones del continente; Juan Ignacio Gorriti nos ofrece en su libro lo que de ese ideal persistía en su alma, después de la experiencia revolucionaria. A esos tres índices del pensamiento de Mayo, debemos agregar el de otros publicistas que fueron arrastrados por la revolución; pero sin mostrarse avanzados en sus actos o su doctrina. Vamos a considerar, para el caso, los escritos de don Gregorio Funes, tipo representativo en su género.

Funes, elegido diputado por Córdoba en 1810, formó parte del gobierno revolucionario, y esto ha dado a alguno de sus panegiristas la ilusión de que entró en la gloria por la misma puerta que Moreno o Gorriti. Fué también redactor de *La Gaceta*, miembro de la Junta de observación y del Congreso de 1819, donde colaboró en nuestros primeros ensayos constitucionales. A pesar de ello, el espíritu crítico que va cundiendo en nuestros estudios históricos, ha quitado a este personaje, sin duda eminente, una parte de su póstumo renombre. Esto no importa negarlo, sino discernirlo mejor.

No me detendré en la actuación política de Funes, porque nuestros historiadores y sus biógrafos la han estudiado y discutido repetidamente; pero sí advertiré que el espíritu español sobrevive en todos sus escritos, según lo anuncié en el último capítulo de *Los Coloniales*. Sus géneros predilectos fueron la historia, el derecho canónico, el sermón y el dictamen dialéctico, de tan profundas raíces coloniales los cuatro; su

prosa es impersonal, correcta, enfática a veces; su pensamiento lleno de distingos y de reservas mentales. Formó parte de los gobiernos revolucionarios, pero su doctrina fué «conservadora» dentro de la revolución.

Lástima es que hasta ahora nadie haya editado sus *Obras completas*, ni haya divulgado sus mejores páginas en ediciones populares. Además de la *Historia civil de las Provincias Unidas del Río de la Plata* y del *Examen crítico sobre los discursos de una constitución religiosa como parte de la civil* — sus dos libros de mayor aliento, — Funes ha dejado numerosos artículos, discursos, ensayos, cartas, monografías y dictámenes, que requerirían varios tomos en la compilación de sus *Obras completas*. Hace ya tiempo que tiene prometida su publicación, la Universidad de Córdoba, cuya tardanza en este deber, contrasta con la diligencia que puso en la erección de su estatua, la cual desde hace años levántase en aquella casa secular, donde Funes estudió y enseñó.

Gregorio Funes, famosamente conocido por «el deán Funes» en nuestra historia política, merece ocupar, en nuestra historia literaria, rango significativo entre los postreros prosistas coloniales. Funes clausura, cronológicamente con su vida, e ideológicamente con su *Historia civil*, ese largo período de tres siglos, que comienza con el trasplante de la mente y el habla de los españoles al Nuevo mundo, y concluye con el advenimiento de un nuevo espíritu, de cuna local, suscitado en las letras por la seducción de otras culturas europeas (1). Si al seudoclásico Juan Cruz Varela he señalado análogo valer entre los poetas, por las normas y fuentes de su producción, tal debo hacerlo con Gregorio Funes, cuya obra literaria es, por su asunto y por su forma, un eco tardío de otra voz más potente del siglo anterior. Así Varela y Funes se levantan, sobre esta linde próxima del campo colonial, significativos e inmóviles, como dos dioses términos, sobre la linde de un predio clásico.

Parecerá sin duda extraño que, pasada la revolución emancipadora, Funes — que la sirvió en la acción — represente, en las letras, el anacrónico y persistente modelo del régimen que se demolía. Pero es que en la política se crean o destruyen las formas del progreso histórico; mientras en la literatura se anticipan o se retardan las formas de la cultura espiritual. Funes está muy lejos de ser un revolucionario en

(1) Me refiero a la obra romántica de Echeverría y su generación, que comenzó a emanciparnos de España, pero que nos entregó en colonia a Francia, Italia e Inglaterra.

literatura, aunque lo haya sido, siquiera vacilante, en política. Piensa, habla y siente como un hombre del antiguo régimen: y si el movimiento de Mayo lo contó en la acción como un hacedor del régimen nuevo, resta por averiguar lo que hubo en ello de pasiva adhesión a las circunstancias, de oportunismo heroico o de grandeza ocasional.

Que Funes represente en las letras el tipo literario de la educación colonial, no debe en modo alguno sorprendernos. Ni por su cuna, ni por su sangre, ni por su medio, ni por su tiempo, ni por sus lecturas, podía ser otra cosa que representante de la oligarquía teocrática que gobernó la colonia. Hubiera necesitado de genio para poder sacar de una imprevista fuerza interior la energía individual y recóndita que rompe los cánones recibidos por herencia o por sugestión del ambiente. Su propia biografía antes de Mayo, va a indicarnos el desenvolvimiento lógico de una personalidad representativa, sin duda alguna, pero plasmada en los moldes del siglo XVIII.

Funes nació en la ciudad de Córdoba, el 25 de mayo de 1749. Su pueblo natal — ya lo hemos visto — era la metrópoli del imperio jesuítico; y en 1749, muchos años faltaban para la expulsión: acaso nada hiciera presentirla aún. En cambio, corren desde entonces hasta el inesperado destierro de sus maestros en 1767, los primeros diez y ocho años del joven cordobés. A la plenitud del sistema teocrático — que fracasó por exceso de desarrollo — correspondieron en dicho lapso los años de ingenua impresionabilidad: la infancia locuaz, la pubertad curiosa, la adolescencia imaginadora. Durante esos diez y ocho primeros años, pasa Gregorio, desde el hogar con el padre hidalgo y la madre cristiana, al Colegio de Monserrat con sus estudios latinos, y de allí a la Universidad con sus maestros de filosofía y teología, según el régimen escolástico más estéril: « Es preciso confesar que estos estudios se hallaban corrompidos por todos los vicios de su siglo» — ha escrito el propio Funes en su vejez, recordando la escuela donde se educó. « La lógica o el arte de raciocinar — agrega — padecía notables faltas. Obscurecidas las ideas de Aristóteles con los comentos bárbaros de los árabes, no se procuraba averiguar el camino verdadero que conduce a la evidencia del raciocinio. La dialéctica era una ciencia de nociones vagas y términos insignificantes, más propia para formar sofismas que para discurrir con acierto. La metafísica presentaba fantasmas que pasaban por entes verdaderos. La física, llena de formalidades, accidentes, quídades, formas y calidades ocultas, explicaba por estos medios los fenómenos más misteriosos de la Naturaleza. La teología no gozaba de me-

jor suerte. Lo mismo que la filosofía, experimentaba su corrupción. Aplicada la filosofía de Aristóteles a la teología, formaba una mezcla lo profano y lo espiritual. Se había abandonado el estudio de los padres por dar lugar a cuestiones frívolas e impertinentes. Razonamientos puramente humanos, sutilezas, sofismas engañosos, esto fué lo que vino a formar el gusto dominante de estas escuelas. Allegábase a esto, que habiéndose introducido el espíritu de facción, así en la filosofía como en la teología, vino en su compañía el furor de las disputas. Era cosa lastimosa ver arder estas aulas en disputas inútiles, donde desatendido el provecho sólo se buscaba la gloria estéril de un triunfo vano. Para esto era preciso inventar sutilezas y distinciones con qué eludir las dificultades, y así se hacía » (1). Estas palabras del deán Funes, tantas veces citadas, muestran la natural agudeza de su ingenio, y el vicio de aquella escuela jesuítica donde su ingenio se educó. Durante los tres años de latinidad, le enseñaron a substituir la lengua propia por la de Roma, subordinándolo a la tutela de Virgilio y Horacio, de Quintiliano y Cicerón. Durante los tres años de filosofía le enseñaron a mecanizar el pensamiento en fórmulas dogmáticas, subordinándolo a la tutela de Aristóteles, de Santo Tomás, de Lombardo y de Suárez. Durante los cinco años de teología le enseñaron los secretos de la formidable máquina teocrática en que iba a servir, subordinándolo a la tutela del papa y del rey, de Loyola y del general de su milicia. Bajo la formidable presión de semejante sistema, todo resto de personalidad se anulaba. A tan hermética fábrica de ideas, por si fallara, la apuntalaban además, desde adentro, la voluntad con sus hábitos de obediencia y el sentimiento con la certidumbre de su fe. Si después, en la vida real, el hombre así formado encontraba dificultades, tenía para « eludirlas », según Funes lo dice, las sutilezas del razonamiento escolástico y las habilidades de la conducta cortesana. ¡ Acaso fuera el influjo de semejante sistema, lo que hizo al Dean tan sinuoso en los años activos y atribulados de la Revolución !

Antes y después de sus años universitarios, todo había concurrido para hacer de Funes una mente representativa de la educación colonial. Su padre, don Juan José Funes y Ludeña, entroncaba con la oligarquía fundadora del tiempo de Cabrera ; su madre, doña María Josefa Bustos de Lara, preciábase de hidalga, por estar emparentada con los

(1) Funes, *Ensayo de historia civil etc.*, *op. cit.*, tomo I, capítulo XVI.

Bustos que se radicaron en el reino de Chile (1). De ambos progenitores le venía la presunción aristocrática, el culto de la jerarquía hereditaria que la Revolución de Mayo iba a destruir. El ambiente social de la ciudad universitaria donde naciera, descollante en el país desierto y bárbaro, estimulaba en un joven como él las presunciones domésticas de hidalguía. Muerto el progenitor cuando Gregorio era niño, la madre viuda dirigió su educación, aconsejada por su confesor el padre Juárez, jesuíta expulso de quien he dado noticia en *Los Coloniales*. Aquella falta de la autoridad paterna en la infancia, pudiera haber exaltado su personalidad en otro tiempo y casa más liberales: pero en aquéllos de obediencia piadosa, la voluntad se lubrificaba en la blandicie materna y en el consejo espiritual del padre Juárez. Así me explico que de las dos profesiones que entonces podían alucinar a un hidalgo — la milicia y la Iglesia, — prefiriese Gregorio la más blanda, y aceptara desde niño la sotanilla negra de una profesión clerical.

La influencia de los jesuítas en la casa paterna de Funes era tan grande, que subsistió después del extrañamiento. El día de la partida, en Córdoba dramatizada por las escenas del apresamiento (que en *Los Coloniales* he descrito) varios jóvenes quisieron seguir a los expulsos; Gregorio Funes, que aún no había concluído sus estudios, fué uno de aquellos jóvenes (2). Cierto que en su convoy de carretas, Fabro se llevaba, entre los padres de la orden, a maestros, a amigos, a confesores; pero aun así, el destino de ese convoy era incierto, y al desear compartir la suerte de los desterrados, jóvenes como Funes mostraban lo profundo de la influencia jesuítica, visible en el arranque de aquella adhesión suprema. En algunas casas, la salida de la orden fué como un desgarramiento. Radicados los padres de esta provincia en Faenza y en Roma, desde allí se comunicaban con un hermano de Gregorio, llamado don Ambrosio, que fué corresponsal adicto y noticioso del padre Juárez, su antiguo profesor, y de otros padres de la Compañía (3). Cuando la Beata Antula organizó en Córdoba los Ejercicios espirituales de San Ignacio, se apoyó en los Funes, y fué el propio deán

(1) Véase toda la genealogía de Funes en la obra de J. Francisco V. Silva, *El libertador de Bolívar y el Deán Funes* (Editorial América. Madrid, pág. 262. Según M. S. de la Biblioteca Nacional.)

(2) Hernández, *El Extrañamiento etc., op. cit.*, y *Los Coloniales*, caps. VIII y XVI.

(3) Archivo nacional de Roma, *Fondo jesuítico*, tomo 1228, 19 (3357). Véase noticia de V. Duchesqui en la *Revista de la Universidad de Córdoba*, nº 1, página 69.

quien dirigió los Ejercicios de enero, en 1778, acto que significaba una profesión de fe «colonial», pues según he dicho en el tomo II, era la reavivación del fuego doméstico en el hogar desierto de la Compañía. Cuando en 1810, el gobernador Concha, el obispo Orellana y el virrey Liniers en Córdoba, avecindado, se reunieron para resistir la revolución de Buenos Aires, llamaron a los Funes para sus primeros conciliábulos, honrando con ello su tradición doméstica y sus repetidos votos de fidelidad colonial (1). Es sabido que los Funes se retiraron inmediatamente de esa conspiración, al acercarse el ejército de Ocampo y la misión de Castelli; pero en la reunión del primer cabildo adicto a Buenos Aires, en el cual ya Ambrosio figuraba, y en la elección de Gregorio como diputado de Córdoba al gobierno central, fué Ambrosio quien propuso entre las instrucciones urgentes del diputado electo (¡en tales circunstancias!), que propendiera al restablecimiento de la Compañía de Jesús (2). Pero antes de pasar este límite de 1810, volvamos atrás para reanudar el hilo interrumpido de la educación de Gregorio Funes, y completar el núcleo de influencias que plasmaron su tipo de personaje colonial, visible en todos sus escritos.

Funes estaba en segundo año de física universal y particular cuando los jesuítas fueron expulsados. A partir de 1768 dirigieron su educación los franciscanos, que eran otros frailes, pero con las mismas alforjas teológicas de sus predecesores. Las disposiciones de Carlos III mandaban suspender todos los libros que hubieran sido escritos por los maestros jesuítas, pero el siguiente documento dará el verdadero carácter de tal medida, desde el punto de vista filosófico y pedagógico: «Conviene que en Córdoba del Tucumán se establezca la Universidad que V. E. propone — dice el consejo de S. M. al gobernador Bucarelli, — desterrando enteramente la doctrina de los Regulares expulsos, y sustituyendo la de San Agustín y Santo Tomás, colocando de acuerdo con los reverendos Obispos, clérigos seculares de probada doctrina, y en su defecto, religiosos, por ahora, que enseñen por la letra de Santo Tomás la Teología, el Cano, de *Locis Thelogicis*, y la Teología moral de Natal Alejandro y de Daniel Concina, para desterrar la laxitud de las opiniones morales, recomendando lo mismo a los reverendos Obispos y a los provinciales de las órdenes de Santo Domingo, la Merced y San Francisco, para que se restablezca la moral cristiana y su pureza, y lo advier-

(1) Groussac, en su *Liniers*, alude a esta ambigüedad de Funes en el conflicto.

(2) Garzón, *Crónica de Córdoba*, tomo I, página 134.

tan con sus cartas pastorales a sus respectivos diocesanos y súbditos para que fe y verdad sean guardados como es justo. Por esta razón — agrega esta comunicación — los libros de todos los autores de los Regulares expulsos deben quedar suspendidos y no enseñarse por ellos en la Universidad ni en los estudios particulares, estableciendo V. E. las reglas convenientes para la enseñanza, con acuerdo de los Prelados y de varones doctos, etc. » (1) Según se ve por estas palabras, no debemos dar a la expulsión de los jesuítas el carácter de la expulsión moderna de religiosos en Francia. La medida española del siglo XVIII no obedeció, según se ve, a motivos del todo filosóficos o didácticos. Fué quizá un simple acto político, originado por causas complejas no del todo visibles ; un simple choque de la milicia regalista con la milicia ignaciana. La aparición de los franciscanos en el claustro de la Universidad no modificaba ni la autoridad de la cátedra, ni el valor literal de los textos, ni el memorismo pasivo de los estudios, ni el régimen conventual de la disciplina, ni la integridad de los dogmas católicos y aristocráticos que la Universidad sustentaba. De ahí que Gregorio Funes, alumno sobresaliente en tiempos del rector Rospigliosi, según los anales de la casa, reaparece como alumno igualmente grato a sus maestros y superiores, varios años después, en tiempo del franciscano Barrientos (2). Este éxito escolar de Funes prueba su aptitud de complacer, en la vida difícil del internado ; y su blandura de cera para ceder al molde.

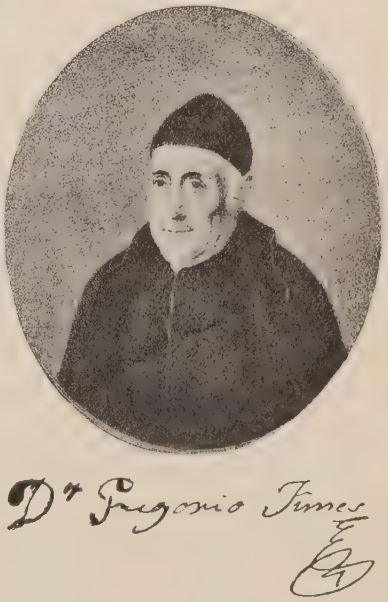


Fig. 5. — Doctor Gregorio Funes

(1) Bravo, *Documentos sobre la expulsión de los Jesuitas*, op. cit., página 99.

(2) Véase la biografía de Funes que aparece en la 2ª edición de la *Historia Civil* escrita por el doctor Mariano Lozano, amigo íntimo de Funes.

Tenía inteligencia natural, y éste era otro motivo de su éxito; pero se ha visto que, ya gobernaran los jesuítas, o esos regalistas de Carlos III, aquella escuela no ganó en libertad, pues simplemente substituyó unas cadenas por otras, unos libros por otros, limitando el horizonte que podía abarcarse y designando la letra que debía aprender a salmodiar el alumno, como cifra inconcusa de la verdad.

Aquella educación escolástica tenía su sitio de esparcimiento: eran las letras clásicas, escondidas en lo árido del sistema como esos bellos jardines interiores de los colegios de Oxford, entre los negros paredones de sus casas medievales, o como su claustro florido entre los muros de algunos conventos de la vieja Toscana.

Funes aprovechó, desde luego, sus juveniles estudios de latinidad. Se recordará que el latín ocupaba el primer trienio del sistema, de suerte que coincidía con la mejor edad de los alumnos. No tenían aún muy firme discernimiento, pero leían con placer a Virgilio y a Horacio en esa edad oportuna. El propósito principal de tales estudios no era propiamente la delectación literaria en temas a veces peligrosos, como tal égloga de Virgilio o cual oda de Horacio, sino el adiestramiento en la lengua de la Iglesia y de la Universidad. Dicho aprendizaje iba a concluir en el latín de las lecciones, de los exámenes, de las tesis: y perduraba después en la misa o en la glosa frecuente de los sermones. Funes se mantuvo fiel a estas disciplinas, y gracias a ellas penetró en la patrística y en los cánones (1). Él mismo ha narrado, en su *Historia*, cómo se practicaban dichos estudios literarios, a los cuales eran aficionados los discípulos: « Los autores de la más culta latinidad y los mejores poetas se hicieron familiares a los alumnos, quienes se emulaban en imitarlos por sus composiciones prosaicas y en verso (2). » *Emulaban en imitarlos:* he aquí la falla de aquella enseñanza. No imitaba, el retórico novel, de su maestro latino, la sincera confesión de la vida y su amor pagano por la naturaleza: imitaba tan sólo sus formas gramaticales, erigiendo en canon eterno de la expresión humana, lo que había sido hallazgo fugitivo y ocasional de un alma de otro clima, de otro tiempo, de otra religión, de otra sensibilidad y de otro idioma. En eso consistía el aspecto característico del viejo régimen intelectual. Si habían « colo-

(1) Así lo dice el informe del rector Fr. Pedro Nolasco Barrientos, según su biógrafo y amigo Lozano. Es sabido también que Funes fué consultado por la Primera Junta, en 1810, sobre asuntos de derecho canónico.

(2) *Historia Civil*, op. cit., libro I, capítulo XVI.

nizado » económicamente la tierra indígena, por los adelantazgos, encomiendas, mitas, mercedes y monopolios ; también habían « colonizado » la mente americana por el acatamiento a la autoridad monárquica, a la desigualdad política, al dogma católico y a la retórica fundada en la servil imitación de los modelos latinos. Funes, como Varela y todos los hombres educados en semejante régimen, presentan esos caracteres intelectuales, tanto más evidentes cuanto es más representativa su personalidad, y tanto más duraderos cuanto más prolongada fué la vida de tan insigne varón.

La disciplina de los estudios latinos, aun así practicada, redundaba, sin embargo, en ventaja para la mente de los alumnos : quiero decir, que les dejaba un cierto sentimiento de claridad, de concisión, y de número, cuyo resabio trascendía a la lengua nativa, hija de la otra, cuando escribían en español. No tratándose de escritores vigorosos al modo de Mariana o Quevedo, esas cualidades salvan la prosa correcta de un historiador como Funes. Si sus páginas grises son legibles, es por ese concepto de proporción, de sencillez, de elegancia : afán impuesto al antiguo alumno de latinidad y aprendido a la fuerza en los *Anales* de Tácito o en el *Arte Poética* de Horacio.

Sin alcanzar a sus modelos, algo de ellos debió quedar en la prosa de Funes el historiador, como quedó en el verso retórico de Varela.

Otra poderosa influencia que Gregorio Funes recibió en su mocedad, fué la de su viaje a España. Ese viaje se realizó en 1775 : y no volvió a su patria hasta el año 1780. Ya recibido de doctor en derecho canónico, Gregorio Funes pasó a España con el objeto de seguir estudios en derecho civil. Sabido es que la Universidad de Córdoba (un simple seminario en sus orígenes) no organizó estudios jurídicos hasta 1781. Fué exclusivamente una facultad teológica. Los aspirantes al título de abogados o doctores en leyes debieron cursar en Chuquisaca, según lo hicieron Moreno, Monteagudo, Castelli y otros. Funes debió vacilar entre aquella Universidad americana, que empezaba a teñirse de cierto viso liberal, o una facultad española, donde tenía además las ventajas de vincularse en la corte. Siendo grande el culto de Funes por las jerarquías, y dada su ambición a una alta dignidad eclesiástica, resulta explicable que prefiriese el viaje a la Península...

Gregorio Funes se matriculó en Alcalá de Henares, donde se graduó de bachiller en derecho civil, el año 1778. De allí pasó a Madrid para continuar su carrera forense en la Academia teórica, civil y canónica,

de San Agustín, casa de San Felipe Neri, y en la junta de jurisprudencia teórico-práctica, de los clérigos menores del Espíritu Santo. Debía tener buenas influencias en la corte, pues no había concluído su carrera cuando el rey le hizo dar una canongía en la Catedral de Córdoba. Le anticiparon su título de abogado en 1779, abreviándole exámenes (1). Ya graduado, regresó con fray José Antonio de San Alberto, que venía electo obispo del Tucumán y se dirigía a la ciudad natal de Funes, capital de aquel obispado.

José Antonio de San Alberto aventajaba a Funes en jerarquía y en edad. Durante el largo viaje por el Atlántico, el ilustre prelado, sabio y locuaz, debió confirmar en el joven prebendado de Córdoba las tradicionales sugestiones que lo habían formado. Quizás llegó a esbozarle, durante sus días de a bordo, el programa de la acción pastoral que realizó en los años sucesivos, sobre su grey americana; y acaso Funes, que apenas contaba entonces sus treinta años, ante al otro, que ya tenía cincuenta y tres, que ya era obispo, que ostentaba la aureola de la corte, donde había sido predicador de Carlos III, debió mirarle como al ideal que se desea ser, como al hombre que se desea igualar: simpatía del discípulo por el maestro, ansia del italiote frente el romano, ingenuidad del colono de Indias ante el hombre de España. A la vera de San Alberto, en Córdoba, Funes continuó largos años, asimilando su influencia. Después de haber sido Rector del Colegio Conciliar de Loreto, colector general de rentas eclesiásticas, cura escusador del beneficio de la Punilla, cuando partió para España, fué, a su regreso juez mayor de diezmos y examinador sinodal y por fin deán de Córdoba, vicario general y provisor de los beneficios vacantes. La carrera colonial que su madre había soñado venía realizándose a maravilla, en la gloriola colonial de esa burocracia eclesiástica. En 1785, San Alberto pasó de Córdoba al arzobispado de Chuquisaca; poco después falleció Carlos III, y ambos amigos, San Alberto en La Plata y Funes en Córdoba, por deber de prelados o gratitud de súbditos, pronunciaron en sus respectivas catedrales sendas oraciones fúnebres, que corren impresas, y que pueden ser comparadas, no sólo como documento en que Funes llega a la madurez de su inteligencia colonial, sino en que ambos persiguen iguales formas literarias. La oratoria sagrada es durante la colonia, entre el fárrago de nuestra vaga producción, un género

(1) Estas liberalidades, y la relajación de los estudios, eran la regla en la Universidad española del siglo XVIII, según lo cuenta Torres Villarroel en sus *Memorias*.

« español » por excelencia : es el dechado de la Caliope colonial (1).

En la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional, se conserva los originales de otra obra que atribuye a Funes el catálogo. Se trata de una *Memoria sobre la agricultura*, registrada bajo el número 7956. Ocupa, fuera de los borradores autógrafos, 12 cuadernillos de 8 páginas in 8° cada uno. Una nota marginal, escrita con lápiz en el primer pliego, por Segurola, según me parece, dice: « *Discurso que trabajó el Dor Dn Grio. Funes en cierta ocasion siendo Dean de Cord*a y *Ciudadano de este Estado* ». Esta memoria considera la agricultura bajo tres as-

(1) No se halla fuera de lugar en este capítulo una brev nota sobre el modelo de Funes, ella nos ayudará a comprender al discípulo. Fray José Antonio de San Alberto Campos y Julián nació de distinguido linaje en el Fresno el 17 de febrero de 1727. Abrazó el instituto del Carmen reformado en su colegio de Calatayud, y profesó en el convento de San Juan de Zaragoza en 1744. Siguió los estudios propios de su estado y leyó artes y teología. Fué prior del convento de Santa Teresa en Tarazona (1766); procurador general de su orden en la corte de Madrid; predicador de S. M. y examinador sinodal del arzobispado de Toledo, durante cuyo último tiempo dos veces lo distinguió el voto de los electores para el generalato de su congregación de España ; y fueron frecuentes sus empleos y funciones en la oratoria cristiana tanto en Aragón como en Navarra y Castilla. En 1778 lo presentó Carlos III para el obispado de Córdoba del Tucumán y el 20 de septiembre de 1784 para el de Charcas o de La Plata. En 1784 fué electo obispo de Almería. El 20 de abril de 1782 fundó y dotó la nueva casa de huérfanas nobles en el local del colegio de Monserrat. Escribió este prelado :

1° Oración fúnebre de doña Isabel Farnesio, esposa de Felipe V y madre de Carlos III, que dijo en las reales exequias celebradas en su iglesia de Tarazona el día 23 de octubre de 1766. (Publicada en Zaragoza por don Francisco Moreno, en 4ª, 1766) ;

2° Carta pastoral a los párrocos, sacerdotes y demás fieles de su diócesis del Tucumán. (En Madrid, por W. Joaquín de Ibarra, en 4ª, 107 páginas, 1778);

3° Panegírico de Santa Teresa de Jesús, obra del padre de Chapelain, que tradujo del francés, dedicó a la santa y ofreció a sus hijos los carmelitas descalzos. (En Madrid, por W. J. de Ibarra, en 4ª, 105 páginas, 1779);

4° Segunda carta pastoral a los fieles del obispado de Córdoba del Tucumán en la entrada y principio de su gobierno, 1791;

5° Constituciones para las casas de niños huérfanos y huérfanas fundadas por su celo (1783). Se imprimieron con aprobación del supremo Consejo de Indias;

6° Carta pastoral a todos sus diocesanos acompañando las referidas constituciones. (En Madrid, en la imprenta real en 4ª mayor, 72 páginas, 1784);

7° Estatutos para la administración y gobierno de la Universidad de Córdoba (formulados el 24 de marzo de 1784, en cuyo año fué nombrado visitador de la misma por el virrey Vertiz) ;

8° Catecismo real para enseñanza de los seminarios de niños y niñas de su diócesis, donde en 20 lecciones se enseñan catequísticamente las obligaciones que un vasallo debe a su rey y señor. (En Madrid, por don José Doblado, en 8°, 102 páginas, 1786) ;

9° Cartas pastorales : 1ª A sus diocesanos por motivo del escrito que antecede ; 2ª A

pectos: 1° Como arte, o sea la historia de los instrumentos de labranza, y la evolución de su técnica industrial; 2° Como origen de la riqueza, o sea en sus relaciones con el comercio y los consumos; 3° «Como objeto de policía» (según la expresión del autor), o sea la influencia que tiene en la transformación social de las campañas y las relaciones que la vinculan con el gobierno de los estados. Por su carácter y su tema, esta obra pertenece al género que cultivaron los economistas españoles del siglo XVIII, aunque, a juzgar por sus propias alusiones a la revolución americana, fué escrita con posterioridad al movimiento de Mayo. Su erudición oscila entre los nombres de Ceres y Triptolemo, como númenes de la agricultura griega, y «el ciudadano de Ginebra», Juan

todos sus curas, exhortándolos a la lección y enseñanza de su catecismo real habiendo sabido que un autor extranjero pensaba impugnar sus verdades santas; 3ª A N. S. S. P. Pío VI con motivo de los acaecimientos de Francia. (En Madrid, en la imprenta real, en 4ª, 290 páginas, 1793);

10° Reloj espiritual para llevar a Dios presente en toda hora, con siete meditaciones. (En Madrid, imprenta real, en 8ª, 1786);

11° Colección de instrucciones pastorales publicadas en diferentes ocasiones. (En Madrid, imprenta real, 2 tomos en 4ª mayor, con su retrato, 1786; contiene el tomo I las tres cartas pastorales 2ª, 4ª y 6ª; el tomo II contiene: I. Primera pastoral á sus diocesanos de Tucumán con ocasión de publicarse el catecismo real, 1781; II. Carta pastoral, siendo obispo de Tucumán y arzobispo electo de Chuquisaca, a sus diocesanos con motivo de la expedición contra los indios infieles, 1784; III. Carta pastoral, siendo arzobispo de La Plata, a la entrada en el gobierno del arzobispado, 1784; IV. Sermón de gracias predicado, siendo arzobispo de Charcas, con motivo del nacimiento de los infantes don Carlos y Felipe de Borbón, el 6 de enero de 1784; V. Sacro septenario de los dolores de María S. S. siendo obispo de Tucumán; VI. Reloj espiritual (ya citado), siendo arzobispo de Charcas;

12° Carta latina a N. S. S. P. Pío VI sobre los alborotos de Francia el año 1790. Imprimióse en Roma, en latín; vertióse al castellano por orden del S. pontífice y reimprimióse en Málaga en la imprenta de los herederos de F. Martínez de Aguilar, en 8° mayor, 25 páginas, 1792;

13° Diferentes cuaresmas y oraciones panegíricas y morales. Se hallan vertidas al italiano en 4 tomos en folio (y se espera el 5°), impresos en Roma.

14° Voces del pastor en su retiro. Despertador y ejercicio espiritual para vivir y morir bien con la asistencia del glorioso patriarca San José, a todos sus feligreses. (En Madrid por don José Doblado, en 8ª, 1791;

15° Otros exhortos y papeles propios de su ministerio pastoral.

El retrato del prelado se halla en el convento de San José de Zaragoza, en la sala, entre otros varones notables de su religión. Un retrato de San Alberto y facsímiles de sus pastorales y sermones, impresos en Buenos Aires durante la época de la residencia del obispo en nuestro país, se hallan en la *Bibliografía de la imprenta en el Río de la Plata*, por José Toribio Medina. (Véase pág. 122ª y el índice de nombres.)

Santiago (sic) «que deseaba haber nacido en un país donde el gobierno y el público no pudieran tener sino un sólo interés, a fin de que todos los movimientos de la máquina no pudiesen dirigirse a otro blanco que a la felicidad común», etc. Por su forma, esta obra tiene los caracteres de la prosa de Funes; claridad en las ideas y en el método, y cierta sencillez traicionada a veces por una vaga solemnidad eclesiástica. Lo más interesante de ella, es que, a pesar de sus tendencias ostensiblemente «modernas», concluye aconsejando que se constituya a los párrocos de campaña en monitores de agricultura. Esta idea sorprende en nuestro tiempo, pero en la época colonial los párrocos rurales eran el único punto en que la cultura de las ciudades podía apoyarse para extenderse sobre las campañas semibárbaras o desiertas. Era el propósito del autor, transformar los hábitos de los indios y gauchos por la divulgación de la técnica agropecuaria, más o menos como hoy lo realizan los especialistas del ministerio de agricultura, hasta en las escuelas ambulantes improvisadas sobre los vagones de ferrocarril. Los habitantes campesinos debían reunirse en «conferencias familiares» — como las llama Funes — «en casa del Párroco», después de evacuadas las funciones del culto relativas a su profesión y las de una escuela en que aprenderían, siempre bajo la dirección del mismo párroco, por medio de cierto *Catecismo agrario*, los elementos de este arte. Se encarece en seguida las ventajas que el párroco tendría, por su ascendiente moral, para abrir más rápido camino a esa enseñanza y transformar las campañas con beneficio de la riqueza pública, del poder del estado y de la cultura general. Vemos a Funes, en este singular proyecto, coincidir nuevamente con San Alberto, pues cuando este prelado ocupaba la silla episcopal de Córdoba, había, en una de sus pastorales, pocos años antes, encarecido la necesidad de «moralizar» nuestras campañas, reuniendo la diseminada población rural en pequeños centros cuyo núcleo serían las capillas, a fin de mejorar la cultura pública por medio de caminos, escuelas y chacras, y por la creación de una vida social que no existía entonces para los habitadores del desierto.

Dos libros de Funes — valiosos ambos como esfuerzo intelectual — nos presentan la silueta definitiva de su autor como filósofo de la revolución americana : uno es su *Historia civil*, otro su *Constitución del clero*. La *Historia civil* es en su fondo y en su estilo, una rapsodia de la obra de Lozano y Guevara, los cronistas jesuítas de la colonia, y el poco espacio que en ella concede a los sucesos de Mayo prueba que no los comprendió o que no se atrevió a juzgarlos públicamente. En cuanto

á su *Constitución del clero*, es una obra erudita y hábil, escrita para combatir la reforma eclesiástica, y al oponerse a la creación de una «iglesia argentina», democrática y militante, para salvar la disciplina católica, debemos considerarla como el último alegato de la teocracia colonial, por boca de un argentino. Todo esto no implica negar talento, habilidad, erudición ni dialéctica a Funes, sino definir el linaje de su espíritu. Es uno de los hombres más complejos, interesantes y significativos de la independencia americana, pero que, ante el llamado de su pueblo, siente nostalgías de su oligarquía eclesiástica, y ante el llamado de su patria, siente nostalgías de su metrópoli española. Los sucesos lo condujeron hasta donde no hubiera llegado por sí sola su inteligencia.

Con estos antecedentes, podemos comprender la sinuosa actuación de Funes durante la independencia y su pensamiento reaccionario después de 1810. Ni su origen, ni su edad, ni su cultura, ni su profesión lo habilitaban para ser un verdadero revolucionario. Cuando la junta le pidió su dictamen sobre el patronato real y sobre el derecho del gobierno de Mayo a intervenir en la iglesia, su opinión fué más ambigua que la de su comprovinciano y colega el doctor Aguirre, de tal suerte que no le asiste ni la escusa de su posición dentro de la iglesia. Cuando en la *Gaceta* dictaminó sobre la libertad de la prensa, que la Junta acababa de fundar, hizo de modo que pareciese partidario de la libertad, pero enemigo de la licencia periodística, equívoco oportuno que en su ambigüedad permitiría el ejercicio de la censura, o sea el restablecimiento de la tiranía colonial. Cuando en la Junta pudo ejercer su influencia como diputado, conspiró contra Moreno, aterrorizado por la reciente inmolación de Liniers, y fraternizó con Saavedra en sucesos tan turbios como la asonada del 6 de abril, y colaboró en la creación de instituciones antiliberales como fueron las «Juntas subalternas», que llevaron la anarquía al interior, en rivalidad con los cabildos revolucionarios. Y así continuó su carrera política, hasta concluirla como diputado del Congreso oligárquico caído en 1820, y como oficioso corresponsal de Bolívar, en ese abundante epistolario donde se le ve ofrecerse al libertador en contra de la influencia argentina; renunciar a la ciudadanía de nuestro país; brindarse como agente colombiano o bolivarista a cambio de una embajada o de un deanato siquiera. (1)

(1) Véase el copioso epistolario de Funes a Bolívar en el apéndice del libro *El libertador Bolívar y el Dean Funes*, de F. V. Silva, argentino residente en España y panegirista

Sesenta y un años de edad contaba Funes cuando estalló la Revolución de Mayo. Su madurez y el tipo de su educación colonial no lo habilitaban para transformarse de pronto en demagogo. Al conocer en Córdoba las primeras noticias del alzamiento porteño, fué su primer impulso entenderse con Liniers para la contrarevolución. En compañía de un ex virrey, de un gobernador español y de un obispo, cómplices de aquella malhadada intriga, Funes mostrábase consecuente con su educación y su carácter. Si alguien llevaba dentro de sí el espíritu de la colonia española, ese era Gregorio Funes. Vencida la conspiración de Liniers, y bajo el escarmiento de la sangre, apoyó al partido emancipador, pero sin temeridad apostólica. Dado su justo prestigio social, desearon su adhesión los revolucionarios, y él la prestó inmediata, no sabemos si por timidez o porque la junta obraba en nombre de Fernando VII, buscando atraerse el apoyo del clero. Que fuesen revolucionarios un Moreno, un Castelli, un Monteagudo, es ya prodigioso: pero su vocación se explica más fácilmente que la de Funes, nacido en la antigua capital de la teocracia jesuítica, miembro de la oligarquía colonial, educado en la península, clérigo docto y manso en perpetua ambición de canongías.

Su caso es, en grande, el mismo de Castro Barros y de Achega, más leales a la iglesia católica que a la revolución argentina.

VI

PRIMERAS ASAMBLEAS LEGISLATIVAS

El ideal democrático, tan noblemente expresado por los publicistas de la revolución, pudo ser en ellos un sueño personal; pero comenzó a

de ambos próceres. (Ed. cit. págs. 265-330.) Conviene no olvidar que Funes se veía viejo, enfermo y pobre. Por entonces tuvo que abrir en Buenos Aires bufete de abogado.

En nuestra Biblioteca Nacional, bajo el nº 3583, se registra un «Informe del obispo Moscoso al rey sobre su obispado» (60 páginas más o menos), abundante en noticias históricas. Se halla incluído en un tomo de la colección Segurola, y una nota original de su letra dice: «*Trabajado por Funes, cuyos originales vi*». Se trataría, pues, de una obra más, que bajo el testimonio de Segurola, podríamos agregar a la bibliografía de Gregorio Funes, cuyas *Obras completas* comprenderían varios volúmenes. Funes tradujo y publicó en 1822 el «ensayo» de Daunon sobre *Las garantías individuales*.

ser impulso colectivo y a penetrar la realidad política, primero en la deliberación de los Cabildos, luego en las Juntas, y por fin en los Congresos constituyentes. Dichas asambleas deliberativas, aunque creadas por la revolución, conservaban de la época colonial el sentido oligárquico de las viejas instituciones y el sentido clásico de la vieja cultura. Fueron asambleas de « doctores », de ahí que abundaran los clérigos en ellas, pues ya hemos visto en el tomo de *Los coloniales* cuál era la preeminencia de su casta en el antiguo régimen. Asambleas de doctores, o al menos de varones « virtuosos », pues la palabra *virtud*, aprendida en la *República* de Platón y en la *Política* de Aristóteles, fué a la sazón muy usada, como requisito para ser elegido y ejercer el gobierno. « Virtud » quería decir entonces « idoneidad », y comprendía tanto las aptitudes del carácter como las de la inteligencia, aún no empañadas por esta igualitaria mediocridad de la cual se ha querido hacer más tarde la ley de las democracias. Resabio de aristocracia o germen de oligarquía, tal cosa significaba la supremacía de lo que se llamaba « la gente decente » y el respeto a la capacidad intelectual. Así, dichas asambleas vinieron a ser verdaderos areópagos de civismo, elegidos sus miembros entre los que fuesen considerados más capaces para realizar el « pro de la república », no por voto del gaucho o del indio, sino por el sufragio de « la parte sana » de los vecindarios urbanos.

Bueno o malo el sistema, él surgía de la propia estructura social de aquel momento, y su mejor fruto fueron esas primeras asambleas de la revolución; asambleas deliberantes o legislativas, cuyo ambiente moral y estilo literario denuncia a cada instante la filiación del modelo clásico. Los más avanzados propósitos de la revolución democrática triunfaron en ellas, con reformas económicas en favor del gaucho misérrimo, del indio mitayo y del esclavo negro, o con reformas morales en contra de la aristócracia hereditaria o de la teocracia católica.

Tres monumentos cívicos — tres libros — han quedado como recuerdo de las tres legislaturas que convocó la revolución, y que se designan por la fecha de su año más significativo : el *Redactor de la asamblea de 1813*, el *Redactor del congreso de 1816*, el *Redactor de la constituyente de 1826* (1). Quien desee conocer en sus fuentes el pensa-

(1) El verdadero nombre del tercer *Redactor*, es como sigue : *Diario de Sesiones del Congreso Nacional de las Provincias Unidas del Río de la Plata* (Buenos Aires, 1825–1826, 11 volúmenes in 8°). Puede verse un ejemplar en el museo Mitre, número 25, 1, 1 del catálogo). Esta colección es hoy costosa y rara. No conozco otra reproducción

miento de nuestra independencia; quien desee saber cómo nuestra revolución política de 1810 implicaba una revolución social; quien desee comprobar la capacidad de nuestros primeros legisladores y ver cómo se primatizaba la luz de un mismo ideal según la diversa cultura de los diputados, necesita leer esos libros donde intereses, pasiones e ideas de la época revolucionaria, chocan en los debates concretándose en nuevas leyes. Estamos con ellas en la realidad colectiva, pero en su zona superior, y todavía en contacto con los espíritus esclarecidos que fueron primeros maestros de nuestra democracia.

El volumen que contiene las actas de la asamblea (1813-1815), publicado por entonces, se ha hecho hoy muy raro; pero reediciones facsimilares de nuestro tiempo, reproducen a la letra el texto príncipe de los fascículos que entonces diera a luz la secretaría, bajo el nombre genérico de *El Redactor*. Privados de taquígrafos, lo que publicábase no era versión estricta de los debates, sino resumen de ellos, más el articulado de las leyes y algunas arengas o proclamas que por ser escritas, pudieron conservarse en la compilación. Los veinticuatro números aparecidos desde febrero de 1813 hasta enero de 1815, llegaron a constituir un valioso volumen, donde se contiene casi toda la doctrina liberal de nuestra revolución.

La asamblea de 1813 ha sido reconocida por nuestros historiadores como uno de los parlamentos más gloriosos que se hayan reunido en nuestro país; y acaso pocos pueblos de la tierra pudieran ofrecer con relación a su ambiente, otra que en menos tiempo realizara una revolución más profunda en la estructura civil de la sociedad. Ella, en el término de un año, proclamó la soberanía de una nueva nación; la corporizó en sus símbolos, tales como la bandera y el escudo, iluminados por el sol de los cultos griegos y americanos; le dió voz a la patria en su himno todavía vibrante; asumió la representación de toda la América frente al rey y el papa; afrontó, con un puñado de hombres y otro puñado de dinero, una guerra cruenta en tierras lejanas para emancipar un mundo; levantó el primer censo de una república naciente en el desierto y organizó su ejército, su escuadra, su enseñanza, su higiene, su moneda, su clero, su justicia; coronó su acción militar con el rendimiento de trofeos que no logró rendir Napoleón, y de ciudades que son hoy metrópolis de otras naciones; coronó su acción civil

que la dirigida por don Uladislao Frías, intitulada *Colección de trabajos de las Asambleas legislativas*, edición de pesados infolios, también sumamente escasa en nuestros días.

con audaces reformas que substituían un régimen secular de despotismo por otro de emancipación y de igualdad: aquella asamblea, en fin, derogó el monopolio comercial, la esclavitud negrera, la servidumbre indígena; abrió la tierra a la inmigración y el puerto al tráfico del mundo; declaró la igualdad jurídica del blanco de Europa con el negro de África y el indio de América; otorgó carta de ciudadanía a los extranjeros meritorios; consagró la supremacía del poder civil sobre la iglesia católica, independizando al estado de la autoridad pontificia y de la soberanía monárquica.

Toda esa obra orgánica y trascendental, tiene en las páginas de ese libro auténtica documentación. Manifiestos, arengas, leyes, sucédense desplegando ante el espíritu maravillado la visión heroica de aquellos días; y los nombres de quienes prohijaban la obra imperecedera, tachona, con profusión y brillo sideral, las lejanías de aquel tiempo. La empresa que esos varones realizaron anda en las lenguas de la fama, y hasta sus propias figuras, reencarnadas en bronce, alzan su efigie de penates sobre las aras de las ciudades nativas. Predilectos de las musas, refiere sus vidas la historia y canta sus virtudes la poesía. Las muchedumbres, infantiles, oyen de año en año, narrar la proeza secular a sus padres o a sus maestros, como en la tribu antigua el niño escuchaba la rapsodia tradicional en labios del patriarca. Mas, a pesar de todo ello, la conciencia del pueblo no se ha identificado aún con la verdadera conciencia de aquellos próceres, y para dar la clave de su hazaña, nada mejor que las palabras prístinas con que acompañaron sus grandes actos.

Para comprender a la asamblea en su actitud liberal, conviene recordar que la Revolución de Mayo comenzó en nombre de Fernando VII, y éste fué su máscara en 1810; a la sombra del fernandismo, una regresión oligárquica pareció malograrla cuando el triunvirato de 1811. La contrarrevolución no se hizo esperar, y tal fué el alzamiento demagógico de octubre de 1812, que trajo la primera caída de Rivadavia y el triunfo de Monteagudo con su Sociedad Patriótica y de San Martín con sus Granaderos a caballo. Esta segunda revolución, la de 1812, fué el precedente de la Asamblea. El gobierno liberal constituído entonces comprometióse a convocar un congreso, pues el convocado por el Cabildo de mayo en 1810 había sido disuelto por el triunvirato «rivadaviano» en 1811. Así, los diputados venidos a la capital para esta nueva asamblea reconstituyeron el pacto civil de las «provincias unidas»; restauraron la representación democrática de los pueblos; y procla-

maron claramente el ideal de nuestra revolución, emancipadora en cuanto a la antigua metrópoli, republicana en cuanto a sus desligadas colonias (1).

La profesión de fe liberal de la revolución argentina, es lo que se contiene en dicho volumen. Las « instrucciones » de los pueblos a sus diputados y el voto de éstos en su difícil mandato, coinciden aquí admirablemente. El anhelo expreso de las multitudes anónimas y el discurso vibrante de sus caudillos se organizan allí en las mismas palabras. El sentimiento de la patria natural en cada una de las ciudades nativas; de la patria política en la confederación nacional; de la patria americana en el solidario esfuerzo de la guerra, erige allí sus torres concéntricas, en armoniosa arquitectura. El soplo del humanitarismo jacobino — libertad, igualdad, fraternidad — circula por todas sus palabras. La claridad de la idea doctrinaria enciéndese en el fuego de la pasión heroica. Las instituciones pedestres y los alados símbolos -tales, por ejemplo, la primera moneda nacional y el primer himno nacional — salen de aquellas deliberaciones como augurales muestras de la patria naciente. La abolición de la esclavitud y de la mita, salen también de ahí como afirmaciones decisivas de nuestro voto libertador, extensivo a los pueblos y a los hombres. Libertar a la América para esclavizar de nuevo al hombre, hubiera sido una traición de sus héroes.

Formaron la Asamblea de 1813 los siguientes diputados: Nicolás Laguna y Juan Ramón Balcarce por Tucumán, Tomás Antonio Valle por San Juan, Francisco Ortiz por Corrientes, Ramón Eduardo Anchoris por Entre Ríos, Bernardo Monteagudo por Mendoza, José Fermín Sarmiento por Catamarca, Mariano Perdriel por Santiago del Estero, Gregorio Baigorri y Agustín de Elía por Córdoba, Pedro Ignacio de Castro Barros por La Rioja, Agustín José Donado por San Luis,

(1) Los primeros diputados elegidos por los cabildos provinciales fueron: José Simón de Cossio por Corrientes, Francisco de Gurruchaga por Salta, Marcelino Poblet por San Luis, Manuel Ignacio Molina por Mendoza, José Julián Pérez por Tarija, Juan Ignacio de Gorriti por Jujuy, Gregorio Funes por Córdoba, Juan José Lami por Santiago del Estero, José Ignacio Maradona por San Juan, José Antonio Olmos de Aguilera por Catamarca, Francisco Tarragona por Santa Fe. De los nombrados, conocemos como escritores a Gorriti y Funes. Como éstos, la mayoría de los restantes eran clérigos y doctores teólogos. Nuestros libros de historia política y nuestros diccionarios biográficos dan noticia de sus vidas. Los otros personajes, fuera de su actuación ocasional, carecen de relieve propio, si se exceptúa al salteño Gurruchaga y a algún otro. Eran, con todo, los más eminentes vecinos de cada localidad; y vinieron a Buenos Aires en 1810 para constituir la llamada Junta Grande.

José Amenábar por Santa Fe, Pedro José Agrelo y José Moldes por Salta, Pedro Pablo Vidal por Jujuy, José Valentín Gómez, Vicente López, Hipólito Vieytes y Manuel Luzuriaga por Buenos Aires. Muchos de los nombrados no eran nativos ni vecinos de las provincias que los eligieron ; por ejemplo, Monteagudo por Mendoza y Agrelo por Salta. Estos dos, lo mismo que Castro Barros, Vicente López y Vieytes, nos son ya cónocidos como escritores. Interesan también a la historia intelectual de la república : Gómez, Baigorri y Laguna, clérigos los tres. Posteriormente entraron Francisco Argerich por Luján, Pedro Fabián Pérez por Montevideo, Ángel Toro y Mariano Serrano por La Plata, Simón de Ramila por Potosí.

Menos trascendental que la asamblea reunida en Buenos Aires el año 1813, fué, desde ese punto de vista, el congreso reunido en Tucumán el año 1816. Este congreso se ha hecho para nosotros justamente célebre, porque en momentos de revés militar para la guerra libertadora, proclamó la independencia de las Provincias Unidas de Sud América, jurándola cada miembro bajo la garantía de su honor y su vida. Pero el libro donde se consignaron sus sesiones deja ver cómo, a medida que el tiempo pasaba, el ideal de Mayo iba perdiendo su primitiva claridad porque otra cosa nueva — la realidad social por la revolución fecundada — iba echando sus monstruos desde el abismo.

El libro que contiene estas sesiones llámase *El Redactor del Congreso nacional*, y comprende desde el 1° de mayo de 1816, hasta el 28 de enero de 1820 (52 números). Las sesiones comenzaron en Tucumán, porque la asamblea anterior había concluído con la revolución de 1815, que trajo la caída del director Alvear, la ruina de su partido y el destierro de casi todos los asambleistas. Quiso el gobierno que el nuevo congreso se reuniese fuera de Buenos Aires, caldeado por las recientes agitaciones, y se eligió para ello una ciudad mediterránea que equidistara de las otras provincias, facilitando así la difícil traslación de los diputados y acallando los recelos contra la capital, cada día más agrios en el naciente federalismo. La demagogia, sin embargo, propagábase por todo el país, en sublevaciones castrenses, que luego asumieron forma de montonera, y el congreso, cercado en su sede provincial por el circundante peligro, se trasladó a Buenos Aires en febrero de 1817. Pero *El Redactor* publicóse siempre en Buenos Aires, acaso por falta de imprenta en Tucumán (1).

(1) Imprimióse primero, como *El Redactor* de 1813 y *La Gaceta* de 1810, en la anti-

Subscriben el acta de independencia, como miembros de este congreso (1816), los siguientes diputados: doctor Antonio Sáenz, doctor José Darragueira, fray Cayetano Rodríguez, doctor Pedro Medrano, por Buenos Aires; Francisco Narciso de Laprida, por San Juan; Mariano Boedo, por Salta; Manuel Antonio Acevedo, por Catamarca; doctor José Ignacio de Gorriti, por Salta; doctor José Andrés Pacheco de Melo, por Chilcas; doctor Teodoro Sánchez de Bustamante, por Jujuy; Eduardo Pérez Bulnes, por Córdoba; Tomás Godoy Cruz, por Mendoza; doctor Pedro Miguel Aráoz, por Tucumán; doctor Esteban Agustín Gazcón, por Buenos Aires; Pedro León Gallo, por Santiago del Estero; Pedro Ignacio Rivera, por Mizque; doctor José Severo Malabia y Mariano Sánchez de Loria, por Charcas; Pedro Ignacio de Castro Barros, por La Rioja; licenciado Jerónimo Salguero de Cabrera, por Córdoba; doctor José Colombres, por Tucumán; fray Justo de Santa María de Oro, por San Juan; José Antonio Cabrera, por Córdoba; doctor Juan Agustín Maza, por Mendoza; doctor Tomás Manuel de Anchorena, por Buenos Aires; José Máximo Serrano, por Charcas; Juan José Paso, por Buenos Aires. El 10 de diciembre de 1819, ya trasladado el Congreso de Tucumán a Buenos Aires, se incorporaron los nuevos diputados doctor Gregorio Funes y doctor José Miguel Díaz Vélez, en reemplazo de Thames y Aráoz, ex diputados por Tucumán. La mayoría de los miembros de este congreso eran clérigos. El Gorriti que en él figura, militar y doctor en derecho civil, era hermano de Juan Ignacio, el autor de las ya estudiadas *Reflexiones*. El deán Funes, miembro de la Junta de 1810, reaparecerá en el Congreso de 1826. (1) Faltan en este Congreso de 1816 los representantes de las provincias litorales y están los del Alto Perú. Algunos de sus miembros — como Paso, Serrano, Castro Barros, etc. — figuran en otras de las primeras asambleas. Bustamante era uno de los más doctos miembros de este Congreso. Sáenz fué, en 1821, el primer rector de la Universidad de Buenos Aires.

El Redactor del Congreso es más voluminoso que el de la Asamblea,

gua imprenta de los Niños Expósitos, que continuaba prestando estos servicios revolucionarios; después en la de Gandarillas, y más tarde en la imprenta Argentina que habían venido a relevar a los ya gastados tipos que usaron los virreyes y los jesuítas.

(1) Por haber sido Funes miembro de la Junta de Diputados que adoptó el *Reglamento* orgánico de 1811, y del Congreso de 1819, que votó la efímera *Constitución* de esa fecha, se le ha atribuido la redacción de ambas cartas, en las cuales apenas si fué colaborador.

porque comprende más sesiones, porque detalla más los debates y porque contiene editoriales que servían de introducción o de propaganda. Este volumen se había hecho tan raro como el anterior, y a fin de facilitar su consulta a los estudiosos, el Museo Mitre lo ha reeditado en edición facsimilar sobre el raro ejemplar de su excelente fondo bibliográfico (1).

La labor literaria del segundo *Redactor* es más prolija, pero su tono moral menos elevado que el primero. Las ideas liberales han perdido su rotundidad, el esfuerzo constructivo es más vacilante, el debate político más contradictorio. El clérigo Castro Barros, diputado por La Rioja, formula ideas netamente reaccionarias. El general Belgrano, jefe del ejército que tiene allí su cuartel, entra al recinto a hablar de la restauración incaica. Las facciones traen con frecuencia su querella al seno de las sesiones, como en la sublevación del santiagueño Borges. Se entrevé la gestión monarquista del gobierno, que ha quedado secreta y que fué, en 1820, causa principal del alzamiento federalista de Ramírez. Con él concluye este congreso, y con el enjuiciamiento de sus miembros por «traición a la patria», más o menos como había concluído la asamblea anterior.

No habría de tocarle mejor suerte al tercer congreso constituyente, el que abarca de 1824 a 1827, pues ya por aquel tiempo el choque de la nueva realidad social, cada vez más vigorosa, con el ideal doctrinario, cada vez más débil, se hizo violento; la constitución unitaria que ese congreso promulgó fué rechazada por las provincias federales y, roto el gobierno central, los caudillos conquistaron la plenitud de su imperio. Rivadavia renunciaba a la presidencia y alejábase del país. Rosas surgiría con la suma del poder público, personificando la realidad ambiente. La realidad había triunfado sobre el ideal, como en todas las revoluciones sociales.

Hay, sin embargo, en aquel congreso unitario que precede al triunfo de la dictadura, un ambiente de cultura intelectual que pocas veces se ha repetido en nuestras legislaturas posteriores. Graves patricios ocupan las bancas; el taquígrafo anota los discursos; remédase en las sesiones

(1) Es de formato análogo al de 1813. Publicólo el Museo en celebración del centenario de nuestra independencia (Buenos Aires, Coni, 1916). Lo precede una introducción de don Diego Luis Molinari, en la cual puede verse la bibliografía histórica más pertinente al punto en cuestión. El *Redactor de la Asamblea* (1813) ha sido también reeditado en facsímile por *La Nación* y por la Junta de historia y numismática.

el ceremonial europeo; se hace gala de erudición; las constituyentes francesas, el parlamento inglés, el congreso norteamericano, son recordados con frecuencia; los nuevos nombres de los tratadistas de derecho político mézclanse a las reminiscencias griegas y romanas de la vieja aula colonial. Un soplo de elevación mental, de nobleza cívica, de austero patriotismo, de hábil dialéctica y de decoro personal, dignifica el ambiente de los debates. ¡Lástima que erraran tanto en la política constitucional; que no supieran acomodarse a las exigencias del momento; que irritaran los instintos de los caudillos! Pero, a pesar de ese error político, el tercer *Redactor*, o sea el libro de sus sesiones, que son varios volúmenes, es un documento que rescata al congreso de aquel error. Algo de los grandes días patricios vuelve a iluminar sus páginas, junto con la palabra de próceres de la primera hora, que en ese areópago reaparecen, como Passo y Gorriti, para hundirse después en la sombra de la época ingrata que iba a comenzar. Dijérase el fulgor de la antorcha, que parpadea con intensa luz, precisamente cuando en su agonía va a extinguirse.

Constituían el Congreso de 1826 los siguientes diputados: Por la Capital: José María Rojas, Manuel Antonio Castro, Juan José Passo, Pedro Somellera, Joaquín Belgrano, Ildefonso Ramos Mejía, Valentín San Martín, Juan Alagón, Cornelio Zelaya, Miguel Riglos; por la Campaña bonaerense: Mariano Andrade, Diego Estanislao Zavaleta, Valentín Gómez, Manuel Bonifacio Gallardo, Alejo Castex, José Luis Bustamante, Francisco Piñeiro, Manuel de Arroyo y Pinedo; por Córdoba: Eduardo Pérez Bulnes, Elías Bedoya, Mariano Lozano, Salvador Maldonado, Miguel Villanueva, José Eugenio del Portillo; por Corrientes: Francisco Acosta, Pedro Cavia y Carides, Francisco Igarzábal, Pedro Feliciano Cavia, José Ocantos; por Catamarca: Inocencio González Espeche, Miguel Díaz de la Peña, Nicolás de Avellaneda y Tula, José Antonio Barros; por Entre Ríos: Evaristo Carriego, Casiano Calderón, Cipriano Urquiza, Enrique Núñez; por Mendoza: Pedro Nolasco Videla, Juan de Vargas, José Cabero, Manuel Corvalán; por Misiones: Manuel Pinto, Vicente Ignacio Martínez; por Montevideo: Manuel Moreno, Mateo Vidal, Silvestre Blanco, Cayetano Campana; por La Rioja: Santiago Vásquez, Eusebio Gregorio Ruso; por Salta y Jujuy: Juan Ignacio de Gorriti, Francisco Remigio Castellano, José Arenales, Alejandro Heredia, José Miguel Zegada, Manuel de Tezanos Pinto; por Santiago del Estero: Félix Ignacio Frías, Vicente Mena, Manuel Dorrego, Antonio María Taboada, José Francisco Ugarteche,

Juan Antonio Neirot; por Santa Fe: Francisco de la Torre, Pedro Pablo Vidal; por San Juan: Narciso Laprida; por San Luis: Dalmacio Vélez, Calixto González, Santiago Funes; por Tucumán: José Ignacio Garmendia, Jerónimo Helguera, José Antonio Medina, Juan Bautista Paz; por Tarija: José Felipe Echazú, Alejo Videla. Fué secretario del Congreso el poeta Juan Cruz Varela, de quien extensamente he tratado en el tomo de *Los Coloniales*. Como puede observarse en dicha lista, aparecen con representación Montevideo y Tarija, provincias que después se separaron de la jurisdicción argentina: Montevideo para ser capital del Uruguay independiente, y Tarija para integrar a Bolivia, que por entonces fundara el prócer venezolano. Misiones, provincia también representada, es hoy un territorio federal. La Asamblea de 1824-1827 es la más numerosa del período revolucionario. La mayoría de sus miembros eran hombres nuevos, salvo algunos como Moreno y Paso, ilustres desde 1810. Contábanse en su seno algunos militares (Arenales, Zelaya), y numerosos clérigos. El más joven de los diputados era Dalmacio Vélez, futuro autor del *Código civil*.

Los tres libros que acabo de mencionar (y cuyo análisis requeriría páginas numerosas de que aquí no dispongo), necesitarían completarse con la copiosa documentación histórica, que explicaría al lector su ambiente, sus actores y su obra legislativa. En historia política y constitucional, estos congresos han sido ya estudiados; y los lectores hallarán al respecto abundante bibliografía (1). Básteme, entretanto, decir que entiendo señalar con ellos tres momentos capitales en la evolución de las ideas políticas que preceden a la tiranía, y que necesita conocerlos (como lo hicieron Echeverría y los proscriptos de su generación) cuantos argentinos quieran comprender la Revolución de Mayo y el contraste de sus ideales con la realidad nativa.

Llevar estos libros al corazón de las nuevas generaciones, es iniciar-

(1) Para estudiar los documentos que más directamente atañen a nuestra organización democrática en sus primeros ensayos, véase la *Historia constitucional de la República Argentina* por don Luis V. Varela (tomo IV, *Documentos justificativos*, edición de 1910). Un resumen didáctico de dichos ensayos se hallará en el *Manual de la Constitución* por Joaquín V. González. Recomendamos también las obras de *Derecho constitucional* escritas por Aristóbulo del Valle, Manuel A. Montes de Oca, J. A. González Calderón y Adolfo Saldías, que resumen las doctrinas enseñadas en la Universidad de Buenos Aires sobre tales sucesos y el comentario de los manifiestos, debates, reglamentos y constituciones del período revolucionario. Me permito indicar también mi libro *La Argentinidad* (Buenos Aires, Roldán, 1916), que reune la génesis del estado argentino (1810-1816).

las en la doctrina de los héroes fundadores. Libros sin autor, ellos han sido creados por el alma colectiva de todo un pueblo, y escritos con su sangre. Los altos nombres — patria, democracia, libertad, fraternidad, América — tienen allí un acento nada retórico y un sentido profundo, cargado de realidad misteriosa, como de divinas palabras. Fulgura en su espíritu la primitiva llama de nuestro hogar patricio. En su inextinto fuego encendieron nuestros padres la antorcha del culto cívico, y en él habrán de reanimarla los argentinos de hoy y de mañana — *cursores lampada tradunt* — cuando esa antorcha vaya a través de los tiempos, de generación en generación, siempre llameante, como en las lampadarias del rito antiguo.

VII

PERIODISMO DE LA ÉPOCA REVOLUCIONARIA

El *Redactor* de los primeros congresos fué una publicación periódica a la manera de nuestro moderno *Diario de sesiones:* editaba las actas o páginas doctrinarias que se relacionaban con el problema legislativo. Órgano más vivaz del pensamiento político fueron, en cambio, los periódicos de la revolución,

En el tomo de *Los coloniales* he hablado (cap. XII y XIV) de los tres ensayos de periodismo que precedieron a la independencia. Después del *Telégrafo Mercantil,* después del *Semanario de agricultura,* después del *Correo del Comercio,* impresos los tres en la primitiva imprenta de los jesuítas, ya trasladada a la Casa de Expósitos, la misma imprenta editó *La Gaceta de Buenos Aires,* el periódico fundado por Mariano Moreno desde su secretaría, para divulgar las resoluciones de la Junta y propagar los ideales de la emancipación.

Ya hemos visto, en este mismo *Capítulo preliminar* (§ II) cuánta era la vehemencia de Moreno, y por cierto que no la disimuló en la redacción de sus decretos y de aquellos artículos que eran verdaderas proclamas. Al fundar el periódico, por acto gubernamental, enunciaba sus propósitos con estas palabras: «El pueblo tiene derecho a saber la conducta de sus representantes, y el honor de éstos se interesa en que todos conozcan la execración con que miran aquellas reservas y misterios

inventados por el poder para cubrir sus delitos (1)». Publicábase aún el *Correo del Comercio*, al cual se alude en el mismo documento, dejándole las materias que eran de su interés. Conservaba el *Correo* el ritmo lento de los periódicos coloniales, y ahora se necesitaba una hoja de combate a la vez que de información sobre las alternativas de la guerra. Siendo la *Gaceta* órgano de un gobierno revolucionario, e inspirada por tan sincero apóstol de la democracia, la orden de fundación solicitaba también la colaboración de los ciudadanos, promoviendo el debate público de las urgencias militares y de los problemas civiles que acababan de plantearse en el país.

La *Gaceta* se publicó desde junio de 1810 hasta diciembre de 1821, diez años, en cuyo curso varió alguna vez de nombre y de formato. Sus redactores, conocidos con el nombre de editores, fueron después de Moreno, los doctores Gregorio Funes, Pedro José Agrelo, Vicente Pozos Silva, Bernardo Monteagudo, Nicolás Herrera, Julián Álvarez, Bernardo Vélez, Manuel Antonio Castro y Camilo Henríquez, liberal fraile chileno, que en la solidaridad americana de aquellos días corrió entre nosotros los riesgos de la revolución. Tales nombres bastan para indicar el carácter de aquella hoja, en cuyas páginas perora siempre el amor cívico, ya asuma el tono grave de Funes o el tono frenético de Monteagudo. La *Gaceta* inició con ellos el verdadero periodismo argentino, dentro del cual las hojas coloniales sólo tienen valor de ensayo.

La Junta, o sea Moreno, que así salía en busca de la discusión pública, sin la cual no puede existir la democracia, habría dejado su obra a medio hacer, si no completa la fundación del órgano oficial con la libertad de prensa. Para ello dióse el reglamento del caso, ilustrado por un dictamen de Funes, que publicó la *Gaceta*, y por un artículo de Moreno sobre *La libertad de pensar*, editado en junio de 1810. En ese artículo protesta contra «los absurdos que consagraron nuestros padres»; sobre la necesidad de remover la conciencia de las masas, combatiendo el error, y sobre el interés que para el pueblo tiene la libertad de pensamiento. Los nombres de Sócrates y Galileo, a la par de otros mártires de la razón emancipada, pasan en su evocación al señalar la rutinaria tiranía que necesitaban abatir.

Consagrada así la publicidad de los actos como obligación del gobierno, y la libertad de discusión como derecho del pueblo, acestábase

(1) Orden de la Junta, *Gaceta*, junio 7 de 1810.

golpe de muerte al despotismo teocrático del régimen español, entregando la prensa a la razón del pueblo, como ineludible instrumento de democracia. No olvidamos que, para los hombres de Mayo, la democracia era el gobierno de *la razón popular*. En la inteligencia y no en el número buscaban ellos el fundamento del nuevo régimen.

Dado lo peligroso del momento, el reglamento creaba una comisión censora; pero la aparición sucesiva de dos periódicos particulares, el *Mártir o libre*, de Monteagudo, y el *El grito del sur*, del doctor Planes, da hasta en sus nombres, la impresión dramática del estallido de libertad que siguió al reglamento. La *Gaceta* había adoptado por lema estas palabras de Tácito: « *Rara temporum felicitate, ubi sentire quæ velis et quæ sentias, dicere licet.* » (*Hist.* lib. I). Y el *Mártir o libre* había puesto de epígrafe estas palabras de Cicerón: « *Consulite vobis, prospicite patriæ, conservate vos, conjuges, liberos, fortunasque vestras: populi nomem, salutemque defendite.* » (*Cat.* IV, 2). El solemne latín de San Carlos y de Chuquisaca perduraba en la memoria de esos publicistas, pero el oculto sentido clásico parecía recobrar su robusta vida en medio de la nueva realidad, o cobrar un sentido nuevo en la exultación del porvenir.

Ambos periódicos — el *Mártir o libre* y *El grito del sur* — se editaban en la prensa de los Expósitos, que pertenecía al gobierno. No había otra imprenta en Buenos Aires, y huelga decir que tal dependencia cohibía un poco la libertad, sobre todo cuando, en 1812, asomó la reacción conservadora del primer triunvirato. Moreno había muerto ya, y el ideal democrático empezaba a enturbiarse en la lucha de las facciones. El nuevo impulso liberal dado por la revolución de octubre en aquel mismo año de 1812, organizado por la Asamblea y mantenido por el Directorio hasta 1815, debió favorecer la iniciativa de traer nuevas imprentas a Buenos Aires. La libertad de comercio facilitaba la empresa. Naves mercantes de bandera inglesa o norteamericana venían a nuestro puerto, portando manufactura a cambio de carnes y de cueros.

En 1815, fundaron su imprenta Gandarillas y socios; y más tarde se abrieron la del Sol, la Independencia, la de Álvarez, cuyos nombres aparecen al pie de los impresos de la época, hasta el año 20 (1).

(1) El señor S. A. Pillado, en el prólogo de la obra *Papeles viejos* (obsequio de la librería Roldán) menciona las siguientes: En 1820, Phoción; en 1823, Hallet y Compañía; en 1825, Argentina; en 1826, Torres y Compañía; en 1827, Atalaya republicana y Río de la Plata; en 1829, Imprenta litográfica; en 1831, La libertad y la de Arzac.

Después de 1814, varios periódicos surgieron, a partir de *El Independiente*, segunda tentativa de Monteagudo, cuya hoja, a pesar de su nombre, sostenía la política de la Asamblea y del Directorio. Este periódico murió con la caída del gobierno y el destierro de su redactor.

Por aquella turbulenta época empieza nuestro periodismo de oposición, cuando, dentro del común ideal americano, los patricios comenzaron a dividirse por cuestiones constitucionales o por simples disidencias de ocasión, ya sobre la marcha de la guerra, ya sobre los hombres que la conducían. A ese período de polémicas internas pertenecen, junto con *El Independiente*, donde escribían también Agrelo y Manuel Moreno, *Los amigos de la patria*, de Felipe Senillosa, *El Censor*, de Pazos Silva, *La Crónica Argentina*, de Agrelo, Pazos Silva y Moreno, *Observaciones*, de José Camilo Henríquez, *El Observador Americano*, de Manuel Antonio Castro (1). En todas aquellas hojas, efímeras por lo común, nacidas o muertas en la alternativa de los motines sincrónicos, alienta aún el generoso espíritu de los días heroicos. El tema doctrinario, el propósito cívico, el lenguaje solemne, y hasta la no olvidada cita clásica, los emparenta con la *Gaceta*, como que sus redactores eran, casi todos, antiguos compañeros de Mariano Moreno, el amigo y maestro inolvidado.

Otros hombres vinieron a la prensa después de 1820, y con ellos otros temas y lenguaje, de modo que ese año, tan importante en nuestra política, tuvo su equivalente en nuestro periodismo, como que se trataba de un periodismo esencialmente político. Desde aquella data hasta el año 30 se irá haciendo más brusco el antagonismo de unitarios y federales. Los gobiernos de Martín Rodríguez y de Bernardino Rivadavia, dan, de pronto, amparo a la cultura, fomentando iniciativas intelectuales que tienen sus reflejos en la prensa : tales fueron, por ejemplo, *La Abeja Argentina* (1822), órgano de la Sociedad literaria, lo mismo que *El Argos de Buenos Aires* (1821-1825), que fué nuestra primera revista ; periódico de cultura general, cuya colección consta de 212 nú-

en 1832, Comercio; en 1833, de los Dos Amigos; en 1834, El Censor; en 1837, La litografía de Ibarra ; en 1838, la República; en 1851, la Imprenta Americana, sin contar otras como la de Blacle, que editó *El Recopilador* en 1836, aunque el señor Pillado dice que no editó periódicos. Véaselo en el Museo Mitre, n° 21, 5, 21 del catálogo.

(1) Este Pazos Silva, redactor de la *Gaceta* primero, y *El Censor* y *La Crónica* más tarde, es el mismo a quien suele llamarse Pazos Kanki. Siendo peruano, adoptó este nombre indígena al combatir, en 1816, la tentativa de Belgrano para restaurar a los Incas. Con ese nombre publicó en Londres sus *Memorias histórico-políticas*, en 1834, in 4°. (Museo Mitre, 18, 5, 47.)

meros (5 volúmenes in 4°), redactado en 1821 por don Santiago Wilde, en 1822 por el deán Funes, en 1824 por don Ignacio Núñez, con la asidua colaboración de otros consocios. Pero frente a la serenidad de estos publicistas, contrasta, en toda esa década terrible, la prensa batalladora, donde se polemizó sobre la cuestión religiosa, con motivo de la célebre reforma rivadaviana, y sobre la cuestión política, con motivo de la tenaz resistencia federalista contra el régimen unitario.

Frailes alzados, como Francisco Castañeda, salen a vociferar en pasquines que bautizan con nombres de una jerga bárbara : *Desengañador gauchipolítico* (1820), *Despertador teofilantrópico místico, Paralipómenon,* así se llaman esos nuevos periódicos. Funda Juan Cruz Varela *El Centinela,* para defender al gobierno o para injuriar a sus adversarios; fray Cayetano Rodríguez funda *El oficial del día,* para replicarle en igual tono, defendiendo los conventos; y el padre Castañeda vuelve a la pedana con un nuevo pasquín, que alude a aquellas hojas en su título : *La guardia vendida por el centinela y la traición descubierta por el oficial de día.* Este fraile gustaba de títulos interminables o enrevesados, y cuando los abreviaba, como en la otra hoja, suya también, que se llama *La verdad desnuda,* tanto la desnudó, que fué acusado por el fiscal y condenado a reclusión en un convento con prohibición de la libertad de escribir (1).

Fig. 6. — Fray Francisco Castañeda

La gresca de federales y unitarios, librábase también con ruidosa algazara. Manuel Dorrego, Pedro Feliciano de Cavia, Baldomero García y Francisco Ugarteche, defensores del federalismo, escribían en *El Argentino* (1824-1825), y en *El Mensajero* (1825-1827) replicaban Juan Cruz Varela, Agustín Delgado, Valentín Alsina y Francisco Pico, defensores del unitarismo. Otros periódicos hubo, tales *El Nacional* de Valentín Alsina, *El Tribuno* de Pedro Feliciano Cavia, *El Tiempo* de Florencio Varela, que corresponden a las postrimerías del gobierno unitario.

(1) Pillado, *Op. cit.*, Prólogo.

Los días de la dictadura estaban próximos. El fermento de sombrías pasiones donde nació, trasúntase en una suerte de periodismo plebeyo que la precede. Tanto se ha electrizado de odios el ambiente y tanto ha menguado la luz, que en ese crepúsculo aparecen hojas que se llaman *El Pampero, El Granizo, El Relámpago, El Rayo;* o bien : *El Duende, El Gaucho, El Látigo, La Bruja...* Pero todo eso es posterior a 1830, a la caída de Rivadavia, al fusilamiento de Dorrego, a la expatriación de los unitarios. Todo eso forma ya la tempestuosa atmósfera de la tiranía.

En el cuerpo de esta obra he de estudiar los periódicos que a esta nueva época corresponden, ya se trate de la prensa rosista de Buenos Aires o de la prensa liberal que fué a buscar refugio, o sea ambiente de libertad y cultura, en Montevideo y en Chile, donde los periodistas de la nueva generación ilustraron el nombre argentino. Es allí donde habremos de encontrar, con Varela, Alberdi, Gutiérrez, Mitre, López o Sarmiento, la verdadera tradición de Mayo, mientras aquí, en Buenos Aires, europeos ladinos como don Pedro de Angelis, multiplicaba sus hojas políglotas para defender al tirano.

Cuando Esteban Echeverría, que regresara al país después del advenimiento de Rosas, proyectó, en 1837, su plan de trabajos para la nueva generación, entre los temas que la Asociación de Mayo hubo de conocer, incluyó el estudio de la Revolución de Mayo, según la documentación de sus periódicos. «Desentrañar el espíritu de la prensa periódica durante la revolución — decía, — seguir el hilo del pensamiento revolucionario al través de los sucesos, para poder apreciar el estado de nuestra cultura intelectual, el mérito intrínseco de los pensadores y escritores que se pusieron al frente de la opinión (1)». Asignaba a esa prensa tanta importancia como a la documentación de la guerra y a los ensayos constitucionales de las primeras asambleas, a las cuales me he referido en el párrafo anterior. Y tal podríamos repetir ahora, para quienes deseen saber qué ideas se debatieron en la revolución, y en qué medida esas ideas inspiraron a la generación de «los proscriptos».

La prensa argentina de aquellos años se guarda hoy, para quien desee estudiarla, en la Biblioteca Nacional, en el Museo Mitre, en la Universidad de La Plata, aunque no completa en ninguno de esos tres depósitos bibliográficos (2). Pero hay en ellos suficiente material para ver

(1) *Dogma*, edición de la *Biblioteca Argentina*, página 35.

(2) Véase a Zinny en sus diversos índices sobre la prensa argentina, y los catálogos de dichas bibliotecas.

cómo es ella documento más teñido de realidad que las constituciones y actas legislativas. Decretos, leyes, proclamas, arengas, sermones, bandos, cartas, listas, solicitadas, noticias, de todo eso hay junto al editorial de la doctrina y el panfleto del debate. Desciende el pensamiento de Mayo a las páginas de la *Gaceta*, vibrante como la flecha del Sagitario: tiembla al cruzar su primera nube, en el *Mártir o Libre;* desvíase al resbalar por la polémica de partido, en *El Tiempo;* y cae, por fin, rota en el barro de *El Gaucho*.

Vais a recoger la celeste flecha, y es ya una moharra en la lanza del montonero...

VIII

ORADORES DE LA REVOLUCIÓN

El ambiente de la colonia no fué propicio al desarrollo de la oratoria popular, según lo he dicho en el tomo II; pero la revolución de 1810, por su propio origen demagógico, hizo nacer el nuevo género en el Cabildo de Mayo. A partir de entonces las tribunas se multiplicaron y la oratoria, como expresión de vida democrática, continúa vibrando en las ágoras de la república.

Los cabildos, instituciones coloniales, transformáronse de pronto en asambleas revolucionarias, por obra de la emancipación. Cautivo y desacatado el rey de España, depuesto el virrey que lo representaba, rota la antigua jerarquía institucional, permanecieron en pie los cabildos, como órganos de soberanías locales. El Cabildo de Buenos Aires, eligió la primera Junta; los del interior eligieron los primeros diputados provinciales. Cuerpos electorales en la democracia naciente, fueron también autoridad militar en la guerra que empezaba y germen de autonomía regional en el federalismo que habría de nacer con la independencia. Los cabildos ordinarios, de renovación anual, eran un cuerpo oligárquico: pero los *cabildos abiertos* franqueaban el paso al vecindario. La asamblea del pueblo y la representación parlamentaria asomaron con dichas instituciones, y si bien cabildos de ciudad virreinal, como Buenos Aires, menguaron por la presencia del virrey o el gobierno central, los de ciudades menores tuvieron fundamental importancia en la política de las provincias.

Las *Actas capitulares* dan un pálido cuadro del nuevo ambiente (1). Los actuarios eran minuciosos escribanos: pero la falta de anotación taquigráfica impone a la versión notarial un laconismo forzoso. A veces, la sesión, como las de mayo de 1810 en Buenos Aires, es tan acalorada o tumultuosa, que el acta sólo menciona las líneas generales del debate o su resultado final. Tal cosa ocurre con la primera polémica del 23, del 24 y del 25, entre peninsulares y criollos; aunque valiéndose de las actas y otros testimonios tradicionales más o menos fidedignos, Mitre y López han procurado, en su obra histórica, reconstituir la discusión y los discursos de Luc, Villota, Paso y Castelli (2). En los cabildos del interior ocurrió lo propio, aunque por excepción, puedo citar alguna arenga completa como la que el doctor Portal pronunció en el cabildo de Jujuy en 1815.

El debate capitular de 1810, tal como ha sido reconstituído por Mitre, muestra hasta qué punto el ingenio dialéctico y la palabra oportuna, obrando de un modo dramático sobre el alma de la muchedumbre, pueden influir en los sucesos históricos. Si eran doctos los abogados de la causa española, Luc y Villota, por ejemplo, educados en la península y peninsulares ellos mismos, no se mostraron inferiores a ellos los criollos Passo y Castelli, que tan hábilmente abogaron en aquella ocasión, ante el pueblo reunido, por la causa americana. Cierto que tenían detrás la fuerza de una asociación secreta, de una muchedumbre nerviosa y de una tropa lista para entrar en acción: pero su elocuencia evitó la efusión de sangre y con ella vencieron al virrey y al Cabildo.

No fué menos feliz el ensayo de la elocuencia política en los cabildos del interior, y de ello es un acabado ejemplo la arenga del doctor Manuel del Portal en el cabildo jujeño. Corría el mes de septiembre de 1815; Güemes, caudillo prepotente ya en el norte, había sido elegido gobernador de la provincia por el vecindario de Salta, pero sin el voto de Jujuy, que formaba parte de su jurisdicción; esta ciudad, depen-

(1) Véase en *Los Coloniales*, el origen de los cabildos (pág. 99) y la bibliografía de sus *Actas* (pág. 100–104).

(2) Sobre estos debates de mayo, véase: Mitre, *Historia de Belgrano* (t. I, cap. IX) y López, *Historia de la Revolución argentina*. Ambos maestros polemizaron al respecto, según puede verse en el *Debate histórico* de López y en las *Comprobaciones históricas* de Mitre. Allí invocan los dos sus respectivas fuentes: *Memorias*, de Saavedra, Moreno y Rodríguez, testimonios de Planes, Rodríguez Peña, Vedia, más el informe del virrey Cisneros, las *Actas capitulares*, *La dominación española*, por Francisco Seguí. Las *Actas* fueron editadas por De Angelis, *Documentos*, tomo III, 1836.

diente de aquélla, agitábase anhelosa de su propia autonomía federal y reclamaba para sus habitantes todos los derechos de soberanía democrática que había proclamado la revolución; Güemes, entre tanto, ungido por la guerra, prescindía de fórmulas y, como todos los jefes militares de su generación, resbalaba hacia el gobierno personal, quizá sin advertirlo ni quererlo. Fué entonces cuando en presencia de Güemes, que había venido con su tropa a Jujuy, y ante el cabildo abierto del vecindario jujeño, el doctor Portal, vicario del pueblo, doctor en ambos derechos, hombre de luces y virtudes, pronunció su arenga, una de las más rotundas que esa generación haya escuchado sobre la libertad de sufragio y el poder de la conciencia civil frente a la fuerza militar.

« Aunque el último de los Ciudadanos — dijo Portal — me tomo la libertad de hablar, y tengo el honor de hacerlo a presencia de mi Compatriota, de mi conciudadano, digno por su mérito, de presidir este congreso municipal de *hombres libres*. El celo inflamado, el interés decidido que ha desplegado V. S. constantemente por la libertad de este País, me dan derecho a esperar que protegerá los votos de estos virtuosos ciudadanos reunidos para consolidar las bases de la unión, que harán la felicidad de la Provincia. Todo ciudadano tiene su opinión y un derecho incontestable a ser oído, convocado de orden del Muy Ilustre Cabildo. Formamos una sociedad que debe presidir la libertad de ideas, de dictámenes y sufragios. No comparecemos a oir el espantoso trueno de un déspota tirano, que entre amenazas fulminantes dicta leyes, declara su voluntad, e intima órdenes a un conjunto de esclavos, como por desgracia lo hemos escuchado más de una vez de los visires del antiguo gobierno. Somos citados para tratar, conferenciar y combinar nuestros asuntos políticos de un modo digno a una reunión de *hombres libres*. Vuestra Señoría sabe muy bien que esta libertad es el alma, la esencia y el principio constitutivo de las deliberaciones y tratados de los pueblos » (1).

Después de tal exordio, el tribuno jujeño desarrolló su doctrina sobre el caso particular, y concluyó pidiendo a Güemes que retirase la fuerza armada, a fin de garantizar la libertad de sufragios; cosa a que el

(1) Puede verse la arenga íntegra en el acta respectiva, publicada por mí en la obra *Archivo capitular de Jujuy* (t. II, pág. 149 y siguientes, Buenos Aires, 1913). La publiqué también con breves palabras de introducción en la revista *Atlántida* (Buenos Aires, 1913). La ha comentado el doctor Joaquín Carrillo en su *Historia civil de Jujuy*, edición de 1877, página 233. Véase también mi libro *La Argentinidad*.

gobernador accedió. Jujuy contaba entonces con veinte doctores, graduados en Córdoba, como Gorriti, o en Chuquisaca, como Bustamante. Muchos más tenía Salta, que una ciudad culta, rica y populosa. Otro tanto ocurría con varias ciudades mediterráneas, pues se hacía verdadera vida « continental ». El desnivel entre algunas de ellas y Buenos Aires no era tan grande como lo es hoy, y lo prueba esa misma arenga de Portal en 1815, en el modesto cabildo jujeño, no menos glorioso que el de Buenos Aires en la obra de la independencia.

La oratoria política, nacida en los cabildos, no tardó en pasar a los congresos, de los cuales ya he tratado, y a los clubs revolucionarios o las plazas públicas, donde encontró un ambiente de más calurosa espontaneidad. El primero de esos clubs fué el de los amigos de Moreno, en 1810, y más tarde la sociedad patriótica de Monteagudo. Sobre estas reuniones y sus arengas orales, ha quedado una descripción muy colorida en las *memorias* de Ignacio Núñez, que fué testigo de las mismas (1). En cuanto a la Sociedad Patriótica, se sabe que casi siempre sus oraciones fueron leídas, o bien recitadas de acuerdo con el manuscrito del autor, lo cual ha hecho llegar hasta nosotros algunas de esas proclamas civiles. El 23 de marzo de 1811 leyó el doctor Julián Álvarez un discurso sobre el estado de la opinión revolucionaria, haciendo un llamado a los españoles europeos en favor de la causa americana. El 24 de septiembre de 1812, el doctor Félix Ignacio Frías, secretario de la sociedad, disertó sobre la unión de las provincias, como precio de la victoria. El 2 de octubre, el doctor Francisco José Planes, presidente de la sociedad, habló sobre los males que empezaban a debilitar la revolución, concretándolos en la arbitrariedad de los primeros gobiernos patrios, por falta de una doctrina y de una ley para la república naciente. El 29 de ese mismo mes, arengó Monteagudo sobre la victoria de Tucumán, y en enero siguiente lamentó el terremoto de Caracas y los reveses de la revolución venezolana.

Todos los antedichos discursos pueden ser leídos en la obra intitulada *Oratoria Argentina*, cuatro voluminosos tomos que, en 1910, publicó don Neptalí Carranza. « Recopilación de proclamas, discursos, manifiestos y documentos importantes », nos ofrece esta obra una completa unidad de género literario, según la definición de su propio título; pero si hay algo que en ella falta y es mucho lo que en ella sobra, no puedo abstenerme de citarla, porque carecemos de otra compilación

(1) Véase el parágrafo IX del presente capítulo, sobre « Memorias de los próceres ».

que la substituya con ventaja. Su cronología abarca desde 1810 hasta 1904, no siendo interesante al propósito de este capítulo, nada más que el tomo I (1810-1831). Formada esta obra con criterio más bien histórico que literario, es un esbozo de lo que otro colector más afortunado podría lograr en tal materia, conciliando ambos criterios, con beneficio de nuestra bibliografía.

En *Oratoria Argentina* puede verse: una *Alocución* de don Antonio Luis Beruti, ante el Cabildo, el 25 de mayo de 1810, siendo comisionado por la Junta revolucionaria «para hacerle intimación de su renuncia incondicional» (pág. 11); un *Diálogo* de Leiva, Planes, Chiclana, Romero y otros, en el Cabildo abierto del 25 de mayo, según el extracto de cierta reseña histórica (pág. 12); un *Discurso* pronunciado por Chiclana como presidente en turno de la Junta, en la audiencia dada el 5 de octubre de 1811 al cacique Kintaleau y su sobrino Ebinguaur, hijo del cacique Epunnur, con numeroso cortejo de indios pertenecientes a diversas tribus (pág. 75); documento este último interesantísimo, porque el revolucionario blanco dice en él a los indios revolucionarios, sus oyentes: «Amigos compatriotas y hermanos, unámonos para constituir una sola familia».

La vibración del ideal americano fué tan intensa, que si refundió a las castas, antes separadas, para crear un pueblo, unió a las potestades, antes diferentes, para crear una patria. El clero argentino y las juntas demagógicas se unieron en la empresa civil. Y si clamaban por la libertad de América las nuevas tribunas de la oratoria popular, no clamaron menos por ella las viejas tribunas de la oratoria sagrada.

En 1907, el Museo histórico nacional publicó en dos volúmenes los sermones de la revolución, que su director don Adolfo P. Carranza había compilado. La obra se titula *El clero argentino de 1810 a 1830*, y se divide en *Oraciones patrióticas* (vol. I), *Alocuciones y panegíricos* (vol. II). Trabajo empírico, según los usos de la escuela a que el señor Carranza pertenecía, no indica la procedencia de los documentos ni los ilustra con otro comentario que el de simples generalidades, más los retratos y breves noticias biográficas de los oradores. A pesar de sus defectos, es, en su género, la colección más completa que poseemos, a la vez que la más accesible y manuable para los estudiosos (1). En ella

(1) Hay otra colección titulada *Oratoria sagrada en la República Argentina, antes y después de la revolución* (Buenos Aires, 1864, in 8°). Puede verse un ejemplar en el Museo Mitre; pero su título indica que no es una antología de la oratoria revolucionaria

encontrará el curioso oraciones de los clérigos José Zambrana, Francisco de Paula Castañeda, Julián Navarro, Juan Ignacio de Gorriti, Pantaleón García, Julián Segundo de Agüero, José Valentín Gómez, Cayetano José Rodríguez, Ignacio Grela, Ramón Olavarrieta, Santiago Figuerero, Bartolomé Muñoz, Diego Estanislao Zavaleta, Juan Antonio Neirot, José Agustín Molina, Domingo Victorio Achega, Gregorio Funes, Juan Esteban Soto, Pedro Ignacio de Castro Barros, Felipe Antonio de Iriarte, Pedro Luis Pacheco, Miguel Calixto del Corro, Cayetano González. De éstos, algunos eran simples frailes, como Castañeda; otros, doctores, en uno o ambos derechos, como Funes; y los había simples curas de provincia, como el santiagueño Neirot, o magistrados de la Capital, como el porteño Agüero. Y lo que toda esa lista revela, es, desde luego, la importancia que alcanzó el movimiento revolucionario dentro de la iglesia argentina.

De la iglesia argentina, he dicho; pero debiéramos decir « del clero argentino » ; para no confundir esa entidad con la iglesia católica, apostólica, romana, que no fué revolucianaria en ningún momento, aunque lo fueran en disidencia tácita con ella algunos sacerdotes, y desde luego los sacerdotes criollos que aquí la representaban. El sentimiento natural del amor a la patria, la evidencia de la justicia americana en aquel movimiento, el privilegio de los peninsulares dentro de las propias jerarquías eclesiásticas, y quizá, también, la coacción demagógica, explican esa actitud insurgente del clero nativo, en países donde iba triunfando, por las armas y las ideas, la causa de la emancipación. Pero no debemos olvidar que la Primera Junta proclamó su derecho al gobierno de la iglesia local; que la asamblea de 1813, declaró cortadas sus relaciones con el Papa ; que la Santa Sede apoyó la causa de la monarquía española; y que la mayoría de los obispos y altos dignatarios de la iglesia en América no fueron revolucionarios. No lo fué Luc en

simplemente. Al contener también piezas de la Colonia, puede en ella verse lo poco que el género había variado en sus atributos retóricos al cambiar de tema en 1810. Algunas de las piezas incluídas por Carranza, habían sido publicadas anteriormente, v. gr. : Fray Pedro Luis Pacheco pronunció en Catamarca un *sermón de acción de gracias al Todopoderoso por el solemne aniversario del 25 de mayo*, en la efeméride de 1817, y el mismo año fué impreso en Buenos Aires. (Museo Mitre, Catálogo, 19, 9, 82.) Así también Fray Pantaleón García, que editó sus sermones en España el año 1802. Falta en la colección Carranza, el discurso del doctor Juan Manuel Castellanos, pronunciado en la Catedral de Salta en 1810. (Véase Bernardo Frías, *Historia de Güemes y de Salta*, t. I, pág. 404.)

Buenos Aires, ni Orellana en Córdoba, ni Videla en Salta; obispos los tres, realistas procesados o encarcelados por el gobierno. El espionaje y delación antiamericana en los conventos o curatos fué una de las preocupaciones de la revolución. Todo ello sin desconocer el mérito de los sacerdotes rebeldes, y antes encareciéndolo, por lo mismo que la iglesia no fué revolucionaria por el órgano de sus autoridades superiores.

Estudiados los discursos del clero argentino, vemos que podrían dividirse en sermones propiamento dicho, o sea en oraciones de la cátedra sagrada puesta al servicio de la revolución, y en alocuciones civiles, pronunciadas por clérigos pero en academias o congresos donde hablaban como ciudadanos. Fácilmente se percibe la fundamental diferencia de actitud moral y género literario que tal división implica.

Fray José Zambrano, hablando en la apertura de la Academia de matemáticas; fray Francisco de Paula Castañeda, disertando en la inauguración de la Academia de dibujo; el deán Gregorio Funes, dirigiéndose al pueblo en celebración de la victoria de Ayacucho; o los discursos del canónigo Gorriti en el Congreso constituyente de 1824, no pertenecen a la oratoria sagrada. Pertenecen a ella, en cambio, los numerosos sermones de acción de gracias, o panegíricos, pronunciados por nuestros valientes clérigos, desde 1810, en los *tedeum* de los fastos y funerales de los héroes, y aun en las homilías de las misas castrenses. Tal es el material más interesante de la susodicha compilación de Carranza — *El clero argentino*, — que sirve tanto para fijar la doctrina de la iglesia en el fatal momento, como la actitud personal de los frailes patricios, en su condición de clérigos y de ciudadanos.

Desde el punto de vista literario, la oratoria sagrada de la independencia difiere poco de la que oyó la colonia. Ésta ha sido siempre una de las especies menos libres, en ideas y formas. La revolución impuso una solución de continuidad en los temas; pero no en su retórica. Como la poesía de la época, que cantó a la patria en liras de España, la oratoria eclesiástica saludó a la emancipación en púlpitos de Roma. La misma invocación solemne en el exordio, el mismo plan escolástico en el desarrollo, la misma resonancia en la peroración, pero ahora dicen «la patria» donde antes decían «el rey», o dicen «independencia» donde antes decían «lealtad». Las imágenes bíblicas sirven ya para el tropo revolucionario; y es de ver cómo torturan la vieja doctrina para acomodarla al nuevo ideal, ocultando su esfuerzo bajo las citas truncas, los impresionantes latines, los ornamentos de la imaginación. No escapan al jadeante esfuerzo ni los más grandes, como ese fray Pan-

taleón García, que tanto ha hablado antes de la revolución, y tanto después de ella.

Pantaleón García es el orador sagrado más típico de su época. Lo es por no haber desempeñado importantes magistraturas civiles, por haber sido casi exclusivamente maestro y predicador, y por haber salvado, con la edición de sus *Sermones*, la abundancia de su obra en varios tomos. Nacido en Buenos Aires, el año 1757, vivió hasta 1827, y en su larga vida llegó a ser rector de la Universidad de Córdoba, cuando, expulsados los jesuítas, la Universidad fué entregada a los franciscanos, orden en que García se había formado desde la infancia. Doctor en teología, graduado en Córdoba (1786), profesó su enseñanza y la de cánones en las cátedras coloniales de aquella escuela. Sus sermones fueron impresos en Madrid el año 1805 (2 volumenes) y reeditados en 1810 (6 volúmenes). El último de sus trabajos impresos fué el discurso fúnebre pronunciado en la tumba de fray Cayetano Rodríguez, según don Juan María Gutiérrez, que, en una brevísima noticia de sus *Apuntes biográficos* (pág. 124), asegura que tenía una voz sonora y potente, viva expresión, presencia grave y circunspecta.

Pero ya hemos dicho que Pantaleón García no es el verdadero tipo del clérigo revolucionario. Entre los muchos que lo son, varían hasta lo más sutil los matices individuales, ya por el temperamento, ya por la doctrina, que se concretan en la fuerza y el rumbo de la actitud. Los hubo tan doctos como Funes y Gorriti, a quienes ya conocemos; pero si se los compara por su valentía y su pensamiento, son muy diversos entre sí. Hubo los que colgaron sus hábitos, por comodidad militar como Luis Beltrán y el fraile Aldao, o por escrúpulos filosóficos, como don Julián Segundo de Agüero y don José Fernández de Agüero, interesante apóstata que concluyó negando la divinidad de Jesucristo. Hubo los que apoyaron la reforma eclesiástica de Rivadavia, como Valentín Gómez, y los que a ella se opusieron, como Cayetano Rodríguez. Hubo los que bajaron a la arena de la polémica periodística, sin reparo alguno en su lenguaje, como Castañeda y Grela. Hubo los que hubieran querido que la revolución se realizara en plena democracia, como Oro y Portal; pero hubo también los que deseaban salvar de la colonia la cultura teocrática, como Castro Barros y Achega.

Achega, porteño nacido a fines del siglo XVIII, estudió en el San Carlos, graduóse en 1810, desempeñó la cátedra de filosofía, fué rector del Colegio de la Unión del Sud, y mereció varias representaciones en las asambleas revolucionarias. A pesar de esos títulos, se caracterizó como

un reaccionario. Siendo provisor del obispado bonaerense, protestó en 1817 contra la representación de *Cornelia Bororquia*, drama de tendencia anclerical, y pidió el restablecimiento de la censura teatral, tal como se había practicado durante la Colonia. Poco antes, habíase dirigido también al gobierno protestando de cierto opúsculo que circulaba en tonces, titulado *Inconvenientes del celibato de los clérigos*, y abogó también contra la libertad de imprenta. Juan María Gutiérrez ha trazado una firme silueta de Achega en su libro sobre *La enseñanza pública* (pág. 757): en él dice que « el provisor era un verdadero Levita », y que, bajo el lema *zelus domus meæ comedit me*, defendió los antiguos privilegios del clero y hostilizó la libertad filosófica que cundía en el país. A pesar de ello, fué varias veces diputado, según he dicho, y tocóle celebrar el tercer aniversario del 25 de Mayo, en el *tedeum* de 1813, con un sermón pronunciado en la catedral de Buenos Aires, con tanto éxito que la *Relación de las fiestas Mayas*, publicada en hoja suelta por la imprenta de los Niños Expósitos, asegura que « el doctor Achega dijo su oración con tanta sabiduría, elocuencia y belleza, que tuvo tantos admiradores como oyentes, porque hablando más con su corazón que con sus labios, le fué más fácil inspirar los sentimientos de que estaba penetrado ». Buen corazón, teníalo sin duda, y lo demostró más de una vez, en la enseñanza y en la vida, pero fué solamente uno de esos clérigos que hubieran querido la emancipación política, por aversión a España o amor a América y a sí mismas, pero sin apoyar cambios notables en la estructura social, que es lo que buscaba la revolución, sublime aventura que ellos nunca comprendieron del todo. Extraviado el virtuoso Achega entre los sucesos de esa revolución social que seguía su curso bajo las adversidades de la guerra civil, se le sorprendió comprometido en conspiraciones reaccionarias, y recayó sobre él sentencia de destierro. Vuelto a Buenos Aires, falleció en esta ciudad el año 1859, viendo en su ancianidad la nación constituída sobre principios liberales que él no propagó.

Fig. 7. — Pantaleón García

Pero no son Achega, ni Funes, ni Castañeda, los más representativos de esa tendencia reaccionaria. El arquetipo del clérigo revoluciona-

rio, que está con la patria libre pero no con el pueblo libre, es el doctor don Pedro Ignacio de Castro Barros. No sin razón se ha librado en torno de su nombre algunas polémicas, y el clero argentino ve en él al patricio de sotana, que firma el acta de nuestra independencia en Tucumán, pero que allá mismo, en pleno congreso libertador, combate el enciclopedismo y pide se extirpen, en una nueva inquisición, los libros de Montesquieu, Rousseau y Raynal.

Castro Barros nació en Chuquis, una aldehuela de La Rioja, el 30 de julio de 1777 (1). Quien desee conocer en menores episodios la vida de este ilustre varón, debe leer el libro que lleva su nombre, escrito por Jacinto Ríos y premiado por la Academia literaria del Plata, institución patrocinada por la Compañía de Jesús. Lo cito porque es una minuciosa biografía, de 240 páginas y, además, porque se trata de un panegírico, donde el autor polemiza con los historiadores argentinos que han censurado el fanatismo religioso de Castro Barros. Mitre, en su *Belgrano*, llámale «fanático en religión y en política»; Sarmiento, en sus *Recuerdos de provincia*, le juzga con mayor severidad. De esas y otras opiniones análogas se hace cargo el señor Ríos para registrarlas (pág. 48 y 142). Su réplica es tendenciosa; pero entre el panegírico y la diatriba — ambas injustas, — el sereno lector sabrá buscar el justo medio donde se esconde la verdad. Escrito el *Castro Barros* de Ríos en tiempos de lucha religiosa — cuando Roca, Wilde y Juárez laicizaban el matrimonio y la enseñanza, frente a Estrada, Goyena y monseñor Matera, que defendían la tradición, — ese libro, impreso en 1886, hállase agitado en todas sus páginas por las inquietudes de una época en que el liberalismo triunfaba, sin que bastara a detenerlo la gloria hábilmente exhumada del anacrónico patricio que en otro tiempo habíalo combatido, con virtuoso celo profesional, pero sin videncia cabal de nuestro destino.

La bibliografía de Castro Barros es muy numerosa, tanto como su biografía es larga y accidentada. Educóse en Santiago del Estero hasta los 14 años, bajo la tutela de su pariente don Ignacio Arias; pasó después a Córdoba, donde cursó las disciplinas de Monserrrat y de la Universidad, hasta graduarse de doctor en ambos derechos.

Después entró en la revolución: sufrió destierros y persecuciones;

(1) Castro Barros fué hijo unigénito y tardío de Pedro Nolasco Castro y de Francisca Barros. La madre dió a luz este hijo a los 66 años de su edad, caso singular en las estadísticas del género. Castro Barros murió a los 72 años, después de una vida vigorosa, activa y apasionada.

murió emigrado en Chile el 17 de abril de 1849. El rasgo saliente de su apostolado, es su adhesión a la iglesia católica, y lo mismo en el curato de aldeanos que en la asamblea de próceres, se destacó por su vehemencia ortodoxa. De ahí provino su desacuerdo con el ideal civil de nuestra revolución, mas no de que le faltara patriotismo. Su patriotismo fué, no la doctrina nueva de los héroes laicos, sino una forma de su viejo fanatismo religioso. Por esa fe corrió las aventuras de la lucha con coraje admirable, y para comprenderlo en toda su intensidad bastaría recordar su discurso de Tucumán en 1815, incitando a la continuación de la guerra y a la reunión del Congreso. Hace en él la historia de la conquista española ; abre proceso a la violencia imperial con cita de autores peninsulares ; defiende jurídicamente la reivindicación americana ; y exalta el patriotismo tucumano con el recuerdo de su famosa batalla : « En fuerza de este convencimiento — dice, — continuad en unión vuestra defensa con el más heroico denuedo, hasta coronarlo con una gloriosa victoria, cuyo precioso fruto sea la instalación de un sabio gobierno nacional que nos provea todas las posibles ventajas de cuerpo y alma ; y los medios necesarios para encender la linterna de la fe católica sobre tantas naciones idólatras, que en nuestro suelo yacen sepultadas en las tinieblas y en las sombras de la muerte. No penséis en transacción o capitulación alguna bajo de ninguna garantía; ciertos que nada cumplirán los reyes de España... ; en adelante sólo nos tratarían como a esclavos y rebeldes. En esta virtud, a pesar de la lenidad de mi carácter, me avanzo a deciros lo que un célebre polaco al congreso de sus conciudadanos en circunstancias semejantes : si está decretado de Dios que nuestra patria ha de tornar nuevamente por nuestros pecados al furor de nuestros tiranos, que se cumplan en buena hora los divinos decretos ; *pero vaya la presa empapada en nuestra sangre y exhalando los vapores de nuestro valor, constancia y patriotismo* » (1).

Cuando se lee este discurso de Castro Barros, caluroso de combativa vehemencia, compréndese que un puro sentimiento patriótico lo animaba. Sus palabras, en tal ocasión, hubieran podido ser pronunciadas por Moreno y por Monteagudo, esos dos demagogos, esos dos jacobinos, a quienes la causa de la emancipación americana inspiró expresiones

(1) *Oración patriótica que en el solemne dia aniversario del 25 de Mayo de 1815 celebrado en la ciudad de Tucumán, dijo el doctor don Pedro Ignacio de Castro Barros, y publica su ayuntamiento.* Buenos Aires, imprenta de Expósitos. (Véase Carranza y Rios, op. cit.)

tan ardientes. Y si se piensa que ese discurso fué pronunciado en un templo, desde la cátedra sagrada y en pleno desastre de las armas libertadoras, su quilate moral se encarece del todo. No hablaban con mayor patriotismo los tribunos de los cabildos, de los clubs y congresos contemporáneos. Pero el patriotismo es un sentimiento, y puede ser funesto a la patria, si no lo esclarece una doctrina propicia. El patriotismo es una pasión de amor, y hay amores fatales. En el amor de América, es Castro Barros un verdadero patricio; pero no lo es en su doctrina política. Sintió el ideal de la independencia, pero no el de la democracia que aquí fundábamos. En eso reside el error de su destino incompleto; pero debemos reconocer que no fué Castro Barros el único extraviado, pues que, siguiendo otros caminos, Rivadavia también se extravió.

IX

EPISTOLARIOS Y MEMORIAS DE LOS PRÓCERES

Los documentos públicos sólo pueden mostrarnos una faz del pensamiento argentino durante la época revolucionaria. Periódicos, leyes, proclamas, libros y sermones, sólo contienen lo que era dable decir al pueblo y a los contemporáneos. Pero necesitamos recurrir a los *epistolarios* y *memorias* de los próceres, si deseamos conocer lo que ellos se confesaban a sí mismos o querían confiar a la posteridad. La voz del héroe desciende al semitono de la plática doméstica. El fiero icono se ablanda y vierte a veces lágrimas; el alto semidios se humaniza y nos pide perdón por sus errores; el que fué conductor de pueblos, explica el sentido de su propaganda o de su acción. Lo que esos documentos privados guardan, no es ya la doctrina de la revolución, sino la conciencia de sus actores, la faz más íntima de su pensamiento, o por decirlo así: los secretos del santuario.

Las «cartas» fueron generalmente dirigidas por los próceres a sus colaboradores y amigos; las «memorias», escritas como una confesión para los hijos o como un mensaje a la historia. Documentos privados por su propia naturaleza, han ido saliendo a luz paulatinamente, en las exhumaciones de la crítica histórica o de la justicia póstuma. Puedo

asegurar que de tales documentos, pocos son los que permanecen inéditos. Compilados en ediciones especiales, o impresos como apéndices de trabajos biográficos, o reunidos con otras piezas en el acervo general de los archivos, forman ya una copiosa bibliografía, que no puedo analizar aquí íntegramente, pero que voy a caracterizar por el comentario de las publicaciones más significativas.

El Museo histórico Nacional publicó en 1910, para celebrar el centenario de la independencia, tres tomos intitulados *Memorias y Autobiografías*, donde su director, don Adolfo P. Carranza, reunió numerosas piezas de diverso mérito por su tema, extensión y nombre de autor. Si alguna clasificación pudiera introducirse en ellas, sería : 1° las *autobiografías*, propiamente dichas ; 2° las *memorias sobre sucesos especiales ;* 3° las *vidas de próceres* escritas por contemporáneos. Las « memorias sobre sucesos especiales » podrán, a su vez, subdividirse : *a)* las que tratan de acontecimientos militares : *b)* las que tratan de acontecimientos civiles (1).

El índice de esta compilación no agota los documentos de la misma especie, pues en caso de incluír breves piezas descriptivas de batallas, o anotaciones ocasionales y simples « fojas de servicio », como en ella lo hizo su director, la obra requeriría numerosos tomos para completarse, dado el copioso material que guardan nuestros archivos, según puede verse por sus catálogos y las citas de nuestra bibliografía histórica (2).

(1) El tomo I contiene : de Tomás Guido, *Reseña histórica de los sucesos de Mayo ;* Cornelio Saavedra, *Memoria autobiográfica ;* Manuel Belgrano, *Autobiografía ;* Martín Rodríguez, *Memorias ;* Gervasio Antonio Posadas, *Memorias ;* el tomo II : Manuel Moreno, *Vida y memorias del doctor Mariano Moreno ;* Pedro José Agrelo, *Autobiografía ;* el tomo III : Manuel Belgrano, *Memoria sobre la Expedición al Paraguay* (1810-1811) ; Manuel Belgrano, *Fragmento de memoria sobre la batalla de Tucumán ;* Nicolás Villanueva, *Memorias ;* Rufino Zado, *Noticias biográficas sobre el general Juan Lavalle ;* Rufino Guido, *La empresa del Tejar ;* Antonio Quintanilla, *Antecedentes de la batalla de Chacabuco ;* Juan Gregorio de Las Heras, *Memorias sobre Cancha Rayada ;* Juan Gregorio de Las Heras, *Relación de la batalla de Maypú ;* José de San Martín, *Exposición de la conducta del general Brayer en América del Sud ;* José Melián, *Memorias ;* Rudecindo Alvarado, *Autobiografía*.

(2) Por ejemplo, para la *Historia de San Martín*, Mitre utilizó la *Memoria* presentada al gobierno de las Provincias Unidas en 1816 por el general Tomás Guido sobre la reconquista de Chile ; las *Memorias* sobre las batallas de Chacabuco, Cancha Rayada y Maipú, por el general Gregorio de Las Heras ; la *Memoria* con documentos históricos y explicaciones sobre los sucesos de Cuyo en 1820 y campañas del Perú y de Guayaquil en 1820 y 1821, por el general Toribio Luzuriaga ; la *Memoria histórico-biográfica* del general

Es imposible analizar aquí todas las memorias que dejo citadas en las dos notas precedentes. Algunas de ellas son tan breves, y de tan escaso interés psicológico o literario, que se confunden con el resto de la simple documentación histórica. Juzgo, pues, oportuno entresacar de ese copioso párrafo paleográfico, las que por su extensión han sido publicadas como libros, en edición especial, y las que por su argumento o su tono, pueden servirnos para descubrir la sensibilidad o el ideario de la revolución. En tal sentido, empezaré el comentario por el famoso libro de Manuel Moreno, impreso en Londres el año 1812, bajo el título de *Vida y memorias de Mariano Moreno*, en el cual refiere la biografía de su ilustre hermano, desde el hogar y la infancia hasta su actuación en la Junta y su muerte en el mar, a comienzos de 1811. Aunque el autor intercala fragmentados algunos documentos de su héroe, como citas que abrevian o abonan su argumento, la composición ofrece, en general, el carácter narrativo de las « memorias ».

Este Manuel Moreno, cuyos padres y hogar fueron los propios de Mariano, había nacido en Buenos Aires, el año 1790. Su libro describe el ambiente de la casa paterna, de la ciudad natal, y del colegio de San Carlos, donde se educó. No fué Manuel a Chuquisaca ni a Córdoba en procura de un título doctoral, ya por falta de recursos, ya por las inquietudes sociales que dejaron las invasiones inglesas, y que fueron agravadas por la revolución. Al salir Mariano Moreno de la Junta, y

Rudecindo Alvarado sobre sus campañas en el Alto Perú, Chile y Bajo Perú ; el *Compendio* de las campañas del ejército de los Andes (publicado anónimo en 1825), por el coronel José María Aguirre, con notas del general Jerónimo Espejo. En su *Historia de Belgrano*, Mitre cita las *Memorias* de Ignacio Álvarez Thomas (M.S. t. I, pág. xvii), de Belgrano (t. I, pág. viii) ; de Manuel Antonio Castro (M.S. t. I, prólogo) ; de Echeverría V. A. (t. I, pág. xxxii) ; de Lorenzo Lugones (t. I, pág. xxxiv) ; de José Milá de la Roca (t. I, pág. xxx) ; del general Guillermo Müller (t. I, pág. xiv) ; de Martín Rodríguez (t. I, pág. xxv) ; sin omitir, naturalmente, los trabajos análogos de Saavedra, Posadas, Núñez, Moreno, Paz y Lamadrid, y apuntes de recuerdos que Mitre solicitó de algunos ancianos, como su suegro el general de Vedia, sobreviviente de la generación de Mayo. En la biblioteca de Mitre, que hoy forma parte del Museo, he visto otras *Memorias* impresas ; así las de Vicente Pazos Kanki, *Memorias histórico-políticas*, publicadas en Londres el año 1834 (Cat. 18, 5, 47) ; la del general Hilarión de la Quintana, autor de una *Relación de las campañas militares y funciones de guerra en que se halló*, título con que se imprimieron sus memorias en Buenos Aires, el año 1833 (Cat. 20, 5, 62) ; y, por fin, la *Relación de los viajes de la Fragata « Argentina » contra los españoles en la India y en otros puntos* (Buenos Aires, 1819, in 4° v.), por Vicente Anastasio de Echeverría. Las *Memorias* de Lugones y de Luzuriaga, impresas también, pueden verse en la misma biblioteca.

partir en misión diplomática para Inglaterra, pidió llevar como secretario a su hermano, y a esta circunstancia debemos el relato del viaje y de la muerte, que por el libro de Manuel conocemos. El fallecimiento del ministro dejó solo al secretario, quien al llegar a Londres, sobreponiéndose a su pena casi filial por la muerte del héroe que era su hermano, se dispuso a escribir la *Vida*. Sin duda llevaban los viajeros la colección de *La Gaceta*, el folleto de la *Representación de los hacendados* y otros documentos que Manuel transcribe en sus páginas, supliendo lo demás con los recursos de su excelente memoria. Proponíase Manuel, en su obra, no sólo justificar la revolución americana, sino justificar también la conducta de su hermano en ella. Todo eso préstale a su libro un carácter complejo. Panfleto de propaganda política, explica la revolución de Buenos Aires tal como debió concebirla Mariano, dentro del cuadro general de las otras revoluciones americanas y de las causas universales que prepararon aquel acontecimiento. Alegato en favor de un ministro discutido, explica su devoción al santo ideal, para desvanecer los rencores que despertó la rivalidad de Saavedra, o el fusilamiento de Liniers, o la incorporación de los diputados provinciales, motivo inmediato de su renuncia. Pero el protagonista de la *Vida* es un hermano del autor, amado y admirado por él, de modo que sus páginas, casi siempre sencillas, tiemblan con una auténtica emoción personal, lo mismo cuando describe la común casa paterna que cuando recoge de labios del agonizante, sus últimas palabras, que han pasado a la historia: «*Viva mi patria aunque yo perezca*». Detalles familiares, que para otro biógrafo hubieran parecido insignificantes, son consignados con ingenua dilectación: la figura castiza del padre, don Manuel Moreno y Argumosa; la disciplina del hogar colonial; el régimen de los estudios carolinos, que ambos hermanos siguieron; el viaje de Buenos Aires al Alto Perú; el noviazgo de Chuquisaca; la iniciación profesional; la salud quebrantada por ese ministerio breve y voraz como una combustión; alguna frase, en fin, como aquella que le oyó cuando iban a embarcarse a bordo de *La Fama*, para el viaje fatal: «*No sé qué cosa*

Fig. 8. — Manuel Moreno

funesta se anuncia en mi viaje »; y otros pormenores sobre la figura física y el carácter moral del hermano ilustre.

La *Vida* de Moreno es una « biografía », pero dada la posición fraternal de quien la escribe, es una « memoria » : y dada la figuración del prócer, es una « crónica » de la revolución. Por eso describe las invasiones inglesas ; el sistema de castas de la sociedad colonial ; las ideas económicas y políticas de Mariano ; sus reformas durante el fecundo ministerio. Y como este libro había sido escrito en el extranjero, sin tener a la mano todas las fuentes, ocupóse Manuel, más tarde, cuando regresó a su país, de compilar las *Arengas en el foro y escritos del doctor don Mariano Moreno*, volumen que, bajo ese título, imprimióse en Londres, el año 1836. Juan María Gutiérrez ha dicho con razón que « estos dos libros harán eterna entre nosotros la hermandad en la sangre como en el ingenio, vinculada en las personas de don Mariano y don Manuel Moreno » (1). La gloria del gran revolucionario debe a estos libros la sanción histórica, y por ellos el hermano del patricio — patricio él mismo, — fué mantenedor del grupo sagrado que su héroe encendió.

Patricio él mismo, he dicho de Manuel, porque él también tuvo en nuestro país carrera pública, si bien menos gloriosa que la de su hermano.

Vuelto a su país en 1812, vinculóse al grupo de los que continuaban en la Sociedad Patriótica de Monteagudo la tradición « morenista ». El ex secretario de Mariano Moreno fué nombrado secretario del segundo triunvirato en 1813, una vez depuesto el primer triunvirato, de tendencias conservadoras. En 1814, caído Montevideo bajo el asedio de Alvear, pasó como delegado del gobierno a la ribera uruguaya, para arreglar la administración de esa provincia. En 1817, víctima de las facciones, fué extrañado del país y se refugió en los Estados Unidos, de donde regresó en 1821, con sus convicciones federales bien cimentadas por la doctrina y el ejemplo de aquella nación. Desempeñó mandatos en la legislatura de Buenos Aires, desde 1821 hasta 1826, en que fué elegido diputado por la provincia Oriental ante el congreso Unitario, en cuyo seno defendió sus ideas federalistas. Caído Rivadavia, y advenido al gobierno el vencedor Dorrego, jefe de los federales, nombróle su ministro. En 1828, fué encargado de la legación argentina en Londres. De su gestión en Inglaterra, ha quedado su defensa del derecho argentino a la posesión de las Malvinas y un libro impreso en español

(1) Gutiérrez, *Apuntes biográficos*, página 40.

e inglés, que se titula *Reclamaciones examinadas y juzgadas por la comisión mixta, reunida en Londres por parte del gobierno de su magestad Británica y el de las Provincias Unidas del Río de la Plata, en virtud de la convención del 19 de julio de 1830 sobre indemnización de súbditos británicos por actos de corsarios de la República en la última guerra con el Brasil, que comprende varias cuestiones de derecho público naval*. Volumen de documentos oficiales más que de doctrina personal, es, sin embargo, uno de los que inicia nuestra bibliografía diplomática.

Fuera de sus cargos políticos, en los cuales logró más sinsabores que laureles, Manuel Moreno prestó importantes servicios a la educación pública. Fué director de nuestra Biblioteca Nacional, cargo que debió amar porque era una fundación de su hermano, y que desempeñó con ilustración, según el juicio de uno de sus sucesores. Fué miembro de la Sociedad Literaria y redactor de *La Abeja Argentina*. Pero el rasgo más imprevisto de este personaje nos lo ofrece, sin duda, la noticia con que el *Argos* (11 de septiembre de 1821) lo saludaba al regresar de los Estados Unidos a donde fuera desterrado : «Allí ha estudiado la facultad médica». No parece que se hubiera recibido de doctor, pero sí es seguro que estudió ciencias naturales y fué uno de los primeros que preconizaron su enseñanza en nuestro país. Él fundó y tuvo a su cargo la primera cátedra de química en nuestra Universidad, y puede verse una noticia sobre su programa y su discurso de apertura en el libro de Gutiérrez sobre *La enseñanza pública* (págs. 517, 536, 539). En esta especialidad, fué miembro de la academia de Medicina y colaboró en los *Anales* de la misma, — formas de actividad y de ciencia tan nuevas en nuestro país y tan raras en un político de partido, que de ahí provino el apodo de *doctor Oxide* (quizá invención de Cavia o los Varela), con que *El Granizo* lo motejaba desde las trincheras del bando opuesto.

La vida variada y fecunda de Manuel Moreno concluyó el 18 de diciembre de 1857, a la edad de 77 años, después de medio siglo de acción pública. Precursor de las letras, la política, la educación y la ciencia en nuestro país, su nombre no merece por cierto el desdén con que un escritor gruñón ha pretendido alguna vez adjetivarlo. Su figura palidece al lado de Mariano, si se los compara como hombres de acción, pero no desmerece el patronímico quien fué en las letras y en la política un fiel intérprete de su doctrina. Como escritor, también aventájale Mariano, de quien él dice en la *Vida*, que, cuando cursó latinidad en el San Carlos, había llegado a hablar el latín con tanta facilidad y perfección como su propia lengua, «*demostrando su destreza en algunas*

tolerables piezas de verso latino ». El también cursó esos mismos estudios, y los de filosofía escolástica ; pero no se mantuvo fiel a esas tradiciones carolinas, ni en el canon retórico ni en el canon teológico. Aprendió, sin embargo, en los azares de su vida, a pensar con libertad y a escribir con una correcta soltura, que deja transparente el interés de los argumentos que movieron su pluma.

Si la dirección del Museo histórico acertó al reeditar el libro de Manuel Moreno, fué sensible que omitiera los *Entretenimientos* de don Ignacio Núñez, libro de amenos recuerdos, hoy muy raro, y en todo tiempo citadísimo por nuestros historiadores (1).

Ignacio Núñez nació el 30 de julio de 1792, en Buenos Aires, y en 1804 inició estudios en las escuelas de su ciudad natal. Como casi todos los porteños de su generación, prestó servicios militares, con motivo de las invasiones inglesas primero y de la guerra libertadora más tarde. Por los combates urbanos de 1806 y 1807 fué ascendido a portaestandarte (1808) y a capitán de infantería (1809). No parece que haya lucido en acciones de guerra durante la independencia, aunque en 1812 revista como capitán del regimiento de Dragones de la patria y en 1829 como capitán de artillería en un batallón de la reserva. A los veintiún años de edad inició su carrera política y civil, empleado en la secretaría de la Asamblea (1813). Secretario del congreso en 1817, oficial de ministerios en 1823, secretario de la legación en Londres en 1825, comisionado a la Banda Oriental en 1826, ministro interino de gobierno en 1827, representante a la legislatura de Buenos Aires en 1828. A partir de entonces, su nombre no figura en los anales administrativos, ni siquiera en los modestos cargos que antes habrá desempeñado. Núñez no es un militar glorioso ni un magistrado ilustre ; pero hay sin embargo en él una buena parte de ciudadano inteligente, de que son testimonio sus « memorias ». En ocasiones, estos funcionarios que sólo han prestado servicios casi burocráticos en secretarías de ministerios, legaciones o parlamentos, y cuyo nombre, por lo común, no pasa a la historia, suelen pasar a ella, como Núñez, con sólo escribir familiarmente el testimonio de lo que vieron o de lo que oyeron a quienes

(1) En el museo Mitre puede verse la primera edición de *Noticias históricas* (que incluye los *Entretenimientos)*, impresa en 1857, y su reedición de 1898. También se guarda, del mismo autor, la obra *Exquisses historiques politiques et statistiques de Buenos Aires, des autres Provinces Unies du Rio de la Plata et de la republique de Bolivar, avec un appendice sur l'usurpation de Montevideo par le gouvernement Portugais et Brazilien et sur la guerre que l'a suivie.* Traducción de M. Vardique, París, 1826.

eran protagonistas del drama donde ellos no desempeñaban sino papeles secundarios.

Ya en el Club patriótico de 1810, que se reunía en el café de Marcos, Núñez solía concurrir, y fué de los primeros que usaron la escarapela azul y blanca. En 1817, formó en la sociedad del Buen gusto en el teatro, lo cual descubre un primer signo de sus aficiones literarias. Desde 1821 redactó el *Argos*, periódico de la sociedad literaria, de la cual fué miembro fundador, en compañía de patricios eminentes. Durante la época de Rosas, o sea después de su paso por la legislatura y del año terrible de 1829, Núñez se mantuvo alejado de la política, pero esto no le salvó de persecuciones, porque daba muestras públicas de adhesión federal. Él mismo refiere cómo el 3 de noviembre de 1837, encontrándose enfermo, fué violentamente arrancado de entre su mujer y sus hijos y conducido a la cárcel y engrillado en la policía, de la cual era jefe don Bernardo Victorica. Puesto en libertad varios días más tarde, supo que su prisión obedeció a no haber usado el cintillo rojo de la divisa federal. El 9 de octubre de 1840 fué asaltada su casa por la mazorca, y se guareció en la casa de un vecino extranjero, amigo suyo. El 23 del mismo mes repitióse el asalto; rompieron algunos vidrios y pusieron pasquines en la puerta de su casa. No dice Núñez por qué lo perseguían; pero ha de ser verdad cuanto dice, porque asegura que el 1° de noviembre se refugió en la goleta *Relámpago*, de la armada francesa, que estaba en las balizas interiores. Aunque abrigaba el propósito de emigrar, regresó a su casa, por instancias del consul francés, en vista del mal estado de su salud. El 22 de enero de 1846, Ignacio Núñez falleció en Buenos Aires y fué inhumado en el cementerio del norte.

Núñez gozó durante su vida de algún aprecio como publicista, según bastaría para probarlo su puesto de la redacción del *Argos*, y en la Sociedad literaria, donde se reunían las más eminentes figuras intelectuales del país (1). Fuera de sus colaboraciones en aquel periódico y de otras en la *Revista europea* (revista políglota donde se ocupara «en el ramo de literatura argentina», como él mismo lo dice), no sé que haya publicado en vida nada más que unas *Noticias históricas, políticas y estadísticas de las Provincias del Río de la Plata*, obra impresa en castellano, inglés, francés y alemán, editada en Londres el año 1825, acaso durante su residencia diplomática. No sabría identificar aquellas

(1) Puede verse los nombres en el capítulo sobre las «Asociaciones intelectuales» del presente volumen.

colaboraciones, ni he visto la edición londinense, aunque el título de *Noticias históricas*, reaparece después en la edición póstuma de sus obras, realizada en Buenos Aires por su hijo don Julio Núñez, bajo los auspicios del gobernador don Valentín Alsina, a quien hállase dedicada. Dicho volumen, publicado por la Imprenta de Mayo, consta de unas 500 páginas, más o menos, numeradas por series en los diversos trabajos que contiene, y que son a saber: 1° una breve *Introducción* y el texto de las memorias conocidas bajo el nombre de *Entretenimientos*; 2° *Efemérides históricas*; 3° algunos trabajos menores, entre los que cabe citar las *Biografías*, o apuntes biográficos de Belgrano, Mariano Moreno, su hermano Manuel y Cornelio Saavedra. De todos estos trabajos son los *Entretenimientos* los que presentan un carácter literario y un interés histórico que justifica la frecuente cita de su nombre en autores que, como Mitre, López y Groussac, han escrito sobre las invasiones inglesas y la revolución de Mayo. Núñez empieza su relato con las invasiones y pasa a la revolución siguiendo el hilo de sus recuerdos, con unidad que señalan ciertos nombres como los de Saavedra, Liniers y Pueyrredón, que figuran en ambos sucesos. Su narración, dividida en capítulos, a los cuales llama «entretenimientos», hállase escrita en el tono familiar de las «memorias», y aunque las suyas, como todas las obras del género, han sido rectificadas en algunos detalles por la crítica histórica, nadie les ha negado el interés de colorido y sinceridad que ellas ofrecen como testimonio de una época vista y vivida por el autor, en días de ferviente idealismo y dramáticas agitaciones.

Menos extensas y valiosas que las dos anteriores, pero tan interesantes como ellas, son las ya citadas *Memorias* de Saavedra y Posadas, incluídas en la compilación del Museo histórico nacional.

Cornelio Saavedra (1760-1819), coronel de patricios, factor decisivo del triunfo criollo el 25 de mayo, presidente de la primera Junta revolucionaria, fué rival de Moreno en el gobierno de Mayo, y si al principio lo mimó la fortuna, cayó después víctima de su ambición, de su vanidad, de su impericia, o de la inevitable demagogía, que él mismo contribuyó a desencadenar. Complicado con Funes en la asonada del 6 de abril (que provocó más tarde una reacción liberal o «morenista»), y privado del mando, conoció la expatriación, la pobreza, el desprestigio, trocándose en víctima el victimario de la víspera, por esa alternativa fatal que es gaje ineludible del heroísmo en las revoluciones populares. Por lo mismo que su vanidosa ambición había saboreado el goce del encumbramiento en sus días felices, le fué dado sentir, con honda con-

ciencia humana, el sabor de la adversidad en los días funestos. Sus *Memorias*, escritas en la vejez, son el clamor de esa conciencia, confesándose ante sus propios hijos, defendiéndose de las calumnias contemporáneas, apelando a la historia, para justificar su conducta en las horas inciertas de la revolución, cuando las ideas en choque y las pasiones en libertad hicieron perder el rumbo a los varones más esclarecidos. No era Saavedra un literato, pero su breve libro guárdanos esa lección de cosa humana que es la experiencia del dolor. Áspero vino confortante en un vaso de roble patriarcal, eso es, en su prosa dura, el dolorido sentimiento de sus confesiones.

Fig. 9. — Doctor Gervasio Posadas

Cosa análoga a las memorias de Saavedra, son las de Posadas, que empiezan con este encabezamiento : *Manifiesto de cuanto sé y me consta de la revolución de Buenos Aires ; o más bien confesión ingenua y verídica de cuanto por mí ha pasado, para que sirva a mis hijos en su defensa después de mi muerte, ya que en mi vida no he tenido juez imparcial ante quien entablarla ; o para que les sirva siempre de simple consuelo y desahogo, contra las solemnes imposturas y mentiras que se han entablado en los papeles públicos.* Pero hay entre este libro y el de Saavedra, la diferencia profunda que media entre sus respectivos autores. Posadas, aludiendo a la revolución, inicia su libro con estas ingenuas palabras : « No tuve de ella la menor idea ni noticia previa. Yo vivía tranquilo en mi casa con mi dilatada familia, disfrutando una mediana fortuna, y ejerciendo el oficio de notario mayor de este obispado desde el año 1789. Me hallaba ocupado y entretenido en las actas del concurso a la vacante Silla Magistral de esta Santa Iglesia Catedral, en el mes de mayo de 1810, cuando recibí el convite a un cabildo abierto que, con anuencia del Virrey, se había anunciado para la mañana del día 22. No concurrí por hallarme legítimamente ocupado... » Hé ahí el hombre. Y, sin embargo, el buen notario fué arrastrado después por la ola revolucionaria, llegando en 1814 a la función de Director Supremo, cuando, descepcionada de las juntas, triunviratos y gobiernos colegiales, la asamblea prefirió la creación del poder ejecutivo unipersonal. Así to-

cóle desenvolver su acción en la atmósfera jacobina creada por la asamblea de 1813, en medio de la turbulencia interior y exterior, lidiar con Artigas, sostener el sitio de Montevideo, apoyar la resistencia gaucha de Güemes en el norte. El núcleo de su relato, lo constituyen los sucesos del año 15, que es uno de los más difíciles de nuestra historia, y de ahí proviene el interés de su testimonio. Pero como ese año volvió a irrumpir la demagogia y se sublevaron las tropas, y cayó el gobierno, y Alvear con los asambleistas fueron desterrados, tocóle a don Gervasio Antonio de Posadas, correr las aventuras dramáticas de esos días. Preso, engrillado, vejado, exilado después, vió caer sobre su casa la pobreza y el odio. De todo ello nos hablan sus *Memorias*, rebatiendo en algunas alusiones de *El Ambigú*, desdorosas para su persona; replicando asertos de Funes en su *Bosquejo histórico*; fundando su alegato en numerosos documentos, que transcribe; completando su obra con notas ilustrativas o pintorescas etopeyas de sus contemporáneos: Monteagudo, López, Moldes, Vieytes, Alvear y muchos otros. Pero lo mejor de su libro es el relato mismo: la descripción de sus prisiones y del viaje al destierro, por ejemplo; su presencia, como desconcertada, en medio de trágicos acontecimientos que él no había creado; el tono ingenuo de sus confesiones, matizadas, aquí y allá, de frases vehementes contra sus enemigos (« hombres ridículos, mezquinos hasta para castigar »), o contra la demagogia (« el despotismo de la multitud es aún más insoportable que la absoluta autoridad de uno solo »); o contra « las facciones » que fueron, desde el 6 de abril de 1811, derribando gobiernos, en una serie de « sacudimientos volcánicos », hasta precipitar el país en el abismo de una sangrienta anarquía (pág. 83). Quéjase de los amigos que lo abandonaron el día que dejó el directorio; duélese de Luis Dorrego, que mandó remacharle una barra de grillos, y que vió después morir a su hermano Manuel, víctima de otras « facciones »; véngase de su sucesor, el director suplente don Ignacio Álvarez Thomas, que dejó el cargo en otra asonada, « llorando como un niño », y pidiendo garantías para su vida; y concluye su relato con estas palabras: « Ahora es que conozco a los hombres; no obstante, no los aborrezco, pero no sabría estimarlos: yo los quiero y les haré bien si puedo, sin esperar recompensa. Escribo al fin estas apuntaciones o manifiestos que juro y firmo en esta ciudad de Buenos Aires, mi patria, hoy viernes 19 de junio de 1829, en que cumplo los 72 años de edad. » Fuese por la época turbulenta en que tocóle actuar o por la altura de la vida en que escribiera, o por su temperamento, más identificado con su notaría

profesional que con su accidental directorio, Posadas nos ha dejado, en esta confesión para sus hijos, una de las visiones más pesimistas sobre los hombres y cosas de la revolución, notable sobre todo en el resumen de las páginas 7 y 8. La serenidad senil del autor, su minucioso realismo, su vindicativa sinceridad, le han quitado a la revolución toda grandeza épica ; pero en eso reside el interés humano de estas memorias.

Varias son las que se escribieron por entonces, y es lástima que algunas se hayan perdido, como las que se dice dejaron don Juan Ignacio de Gorriti y don Teodoro Sánchez de Bustamante, dos jujeños ilustres, sabios y austeros, cuyo testimonio sobre la hazaña que les tuvo por principales actores, nos sería grato conocer.

En caso análogo se hallan las *Memorias* del doctor Pedro José Agrelo, de las cuales sólo un fragmento ha sido publicado, y otro, inédito, se sabe que pasó a manos de don Andrés Lamas, en cuya colección fué después encontrado.

Nació el doctor Agrelo en Buenos Aires el 28 de junio de 1776. Pertenece, por consiguiente, a la generación patricia que se formó en las postrimerías virreinales. Educado en el colegio de San Carlos, como Mariano Moreno, graduóse como él en la universidad de Chuquisaca. En el Alto Perú se hizo amigo de Monteagudo y fraternizó con él en la fracasada revolución de La Paz, el año 1809, y de allá vino a Buenos Aires en 1811, entregándose de lleno a la causa de la emancipación. Redactor de *La Gaceta* desde su llegada, inicióse en el periodismo revolucionario, al cual, en 1815, continuaba sirviendo desde las páginas de *El Independiente*, que con Manuel Moreno y Bernardo Monteagudo redactaban. Miembro de la Sociedad Patriótica, mostróse poseído de implacable ardor jacobino cuando en 1812 fué nombrado fiscal acusador en el proceso de la conspiración de Álzaga, que costó la vida al promotor y sus cómplices. Triunfante en 1813 el grupo liberal a que pertenecía, eligiéronle miembro de la asamblea, y colaboró en los debates y en el proyecto de constitución. Jurista lleno de recursos, dentro de la ciencia de su época ; escritor claro al servicio de un ideal bien definido ; orador eficaz y ciudadano valiente, promovió o sufrió la crisis política de esos años terribles, hasta caer con el directorio en 1815. Data sin duda de aquella época la etopeya lacónica que de él traza el ex director Posadas : « Imaginación fecunda de ocurrencias prontas, propias y de chiste. Orador de acción y articulación muy graciosa. Yo gustaba mucho de él. Fué uno de los fuertes azotes que tuvieron los españoles europeos. Los cargos y comisiones que obtuvo los desempeñó con probidad

y conocimientos. Claudicó el 15 de abril... » (1) Si prescindimos de este rasgo final, simple desahogo del ex director fracasado en un cargo para el cual no había nacido, vemos que en los restantes se destaca el ingenio y la experiencia de un hombre capaz de escribir « memorias » interesantes sobre los sucesos de su época.

Después de 1815, la figura de Agrelo se obscurece un tanto en nuestra historia. Vésele en 1820 complicado en el alzamiento de Ramírez contra Buenos Aires; y en la dictadura de Rosas figura como juez. Anciano ya, destituyóle Rosas, por « no merecer la confianza del gobierno » y como tantos ancianos de la gran generación, que habían sobrevivido a la proeza juvenil, se expatrió a Montevideo, donde murió el 23 de julio de 1846. Su hijo, el coronel don Martín Avelino Agrelo, escribió unos *Rasgos biográficos* de su padre, corregidos por el doctor Ángel J. Carranza y publicados por la imprenta de *El Porvenir*, en Buenos Aires, el año 1864, opúsculo que puede verse en la biblioteca de la universidad de La Plata. El fragmento publicado de sus *Memorias* hállase en la compilación ya citada del Museo histórico nacional, y es oportuno encarecer, a quien posea actualmente los fragmentos inéditos, la conveniencia de acelerar su edición.

Además de esas memorias civiles, hay en nuestra bibliografía otras escritas por militares, en las cuales refieren su vida, narran sus campañas, o describen, simplemente, algunas de las acciones de guerra en que intervinieron. Entre las piezas menores de este género, se cuentan las ya mencionadas de la colección impresa por Carranza, o las que Mitre cita en sus historias de San Martín y de Belgrano. De todas ellas, la más notable por su extensión y su estilo, es la famosa obra del general José María Paz. Comienza Paz sus recuerdos con la expedición del Alto Perú, donde empezó siendo muy joven su carrera, pero lo más de su obra está dedicado a la época de nuestras guerras civiles; de modo que por esto, y por haber sido jefe de uno de los alzamientos contra Rosas, y por haber sufrido él también los azares del destierro junto con la generación de « los proscriptos », y por haberse editado su libro después de Caseros, lo dejaré aparte para estudiarlo en capítulo especial del presente volumen. Igual cosa debo decir de las *Memorias* del general Gregorio Aráoz de Lamadrid, escritor flúido y ameno, cuya posición es análoga a la de Paz, tanto en nuestra historia literaria como en nuestra historia política. A la par de ambos, será estudiado el general Je-

(1) Posadas, *Memorias*, página 125.

rónimo Espejo, autor de *El Paso de los Andes*, obra monumental sobre San Martín y sus campañas, el cual, con ese libro y con los otros opúsculos o memorias sobre la campaña del Pacífico, completa la trinidad de nuestros grandes cronistas militares. Paz, Lamadrid y Espejo, se iniciaron muy jóvenes en la carrera de las armas; sobrevivieron a la guerra de la independencia; alcanzaron en plena madurez la época de nuestras guerras civiles; fraternizaron con «los proscriptos» y lograron ver la patria constituída. Los tres murieron después del derrocamiento de Rosas, y algunos de ellos, como Espejo, publicaron después de 1860 sus trabajos históricos. A propósito de ellos, he de insistir sobre las otras memorias militares — las de Belgrano, Guido, Luzurriaga, Alvarado, Lugones, Iriarte, — pues todas se relacionan y complementan, formando una sola serie bibliográfica, interesante por la actitud humana en que héroes como San Martín y Güemes aparecen, o por el movimiento romancesco de las aventuras, el color de los cuadros, la vivacidad de los diálagos (1).

Para concluir este ya largo parágrafo, no me resta decir sino breves palabras sobre las *cartas* de los próceres; género literario que, en razón de su misma intimidad, descubre como las *memorias*, una visión auténtica de la vida y el pensamiento revolucionarios.

En el tomo de *Los Coloniales* aconsejaba la formación de un *Epistolario de conquistadores*, a la manera de las *Cartas de Indias*, que sobre toda América publicó Jiménez de la Espada. Tócame dar consejo semejante sobre un *Epistolario de la revolución*, tomando la época en su conjunto, o bien separándolo en pequeños volúmenes, con las cartas de sus principales actores. Es deplorable que no poseamos una colección semejante, a no ser que esta demora haya sido la espera de un colector inteligente, capaz de realizar, entre el fárrago de los archivos y la abun-

(1) Además de las memorias escritas por argentinos de la época revolucionaria, conviene mencionar aquí la extensa bibliografía coetánea de obras americanas y españolas que podrán incluirse dentro del mismo género. Se han hecho célebres las *Memorias* del general García Camba y las de Torrente, que dan la visión realista de la guerra de independencia, según el testimonio de sus actores peninsulares. A estos dos libros, podemos agregar las tan citadas *Memorias* del general O'Leary, de O'Connor, del general José Antonio Páez, de Graham, de lord Cochrane, de Bennet, Stevenson, Miller, todas las cuales giran en torno de las campañas de Bolívar y San Martín. Las de Cochrane y O'Leary son especialmente pintorescas. Casi todas las mencionadas acaban de merecer reedición a precios populares en la *Biblioteca Ayacucho*, de la Editorial América, Madrid, bajo la dirección de don Rufino Blanco Fombona. Recordemos, por fin, *La dominación española*, por Francisco Seguí.

dancia del género, la difícil selección de las piezas que reflejan mejor el carácter de los corresponsales y el panorama de la época.

El museo Mitre ha publicado el *Archivo de San Martín* (12 volúmenes), constituído principalmente por donaciones que hicieron al biógrafo los nietos y compañeros sobrevivientes del héroe. Entre sus documentos se hallan numerosísimas cartas, ya de San Martín a sus conmilitones durante la campaña libertadora, ya a sus pocos amigos fieles durante el largo ostracismo, — piezas autógrafas algunas de ellas. Completan el Epistolario las contestaciones de sus corresponsales, entre los cuales figuran O'Higgins, Godoy Cruz, Miller, Cochrane, Tomás Guido y otros. Los estudiosos que deseen conocer dichos autógrafos pueden consultarlos en el museo Mitre y en el Archivo histórico nacional. Esta última institución publicó, bajo la dirección de Carranza, un volumen de 350 páginas, intitulado *San Martín, su correspondencia: 1823-1850;* libro que, en 1911, había alcanzado tres ediciones. Recoge esta obra las cartas de San Martín durante el ostracismo, y mezcla, sin mayor selección, las del libertador y las de sus amigos. San Martín no era un hombre de letras, sino un hombre de acción, de escasa sensibilidad estética y elemental cultura literaria, de modo que el epistolario de Carranza no podría ser comparado con las *Cartas de Bolívar*, últimamente publicadas por un escritor venezolano.

Fuera de la deficiente edición de Carranza, no conozco otro epistolario que el de Funes, publicado en Córdoba el año 1877, bajo el título *Extracto de la correspondencia de Gregorio Funes y Ambrosio Funes siendo residente el primero en Buenos Aires y el segundo en Córdoba, durante varios años consecutivos.* (Ejemplar del museo Mitre, catálogo 18, 5, 48). Un copioso epistolario de Funes con Bolívar y Sucre ha sido agregado como apéndice a la obra de J. Francisco V. Silva, *El libertador Bolívar y el Deán Funes* (Editorial América. Madrid), cartas tomadas de las memorias de O'Leary (t. XI), tan numerosas, que, por sí solas, constituirían un valioso volumen, por cierto no muy favorable a la evasiva figura del ilustre prelado.

El museo Mitre ha publicado el *Archivo de Belgrano* (5 vols.), el *Archivo de Pueyrredón* (3 vols.) y la compilación titulada *Contribución documental para la historia del Río de la Plata.* En ellos, como en el *Archivo de San Martín*, y en otras colecciones análogas, impresas por el Museo histórico, se encuentran cartas de Belgrano, Pueyrredón, Guido, Alvear, Artigas, Güemes y demás protagonistas de la independencia; abundante documentación que, junto con las proclamas, partes, roles,

actas y periódicos, han sido aprovechadas por nuestros historiadores para conocer la realidad de la época revolucionaria (1).

Pues para conocer la triste realidad, nada mejor que la historia de nuestra revolución contada por sus propios actores. Ha quedado aquel testimonio en dichos *Epistolarios* y *Memorias*. Allá se ve la confidencia del pensamiento íntimo y la anotación del minucioso detalle. Menos solemnes que en las proclamas militares y las arengas parlamentarias, el alma se les desnuda en el mensaje familiar. Y puesto que hablan de sus contemporáneos, el prohombre, agrandado para nosotros por la visión de la epopeya, se empequeñece en aquel relato por la observación de la crónica. Imposibilitados de ver la revolución en sus grandes masas, como nosotros la vemos, falta en aquellos cronistas la perspectiva profunda y la amplitud panorámica de los acontecimientos, reduciéndose tales papeles a anécdotas no exentas de picantes epigramas. Sus etopeyas no son moldes de estatuas, sino retratos familiares, y a veces perfiles caricaturescos. Sin saberlo, el propio autor da ingenuamente su propia imagen, hasta cuando exagera o disimula. Confrontados los varios testimonios, se ve quiénes fueron grandes de verdad, y quiénes se engrandecieron en la aventura; quiénes crearon el acontecimiento, y quiénes fueron creados por él; quiénes lo orientaron hacia su verdadero ideal, y quiénes no supieron ni comprenderlo, ni servirlo. Yo he leído muchas veces con amor de meditación aquellas cartas y memorias de la independencia, y no hay manera de que confunda ya a los verdaderos próceres con los buenos burgueses coloniales, a quienes la ola de la revolución arrebató en su impulso terrible. Aquéllos tienen relieve de metopa y acento de verso homérico; estos otros son los malos actores de una inmensa tragedia, calzados con el coturno de ocasión para recitar un discurso que no siempre comprenden.

Diré con orgullo el nombre de mis héroes predilectos, tal como yo los veo en esas *Memorias* y esas *Cartas:* se llaman San Martín, Belgrano, Güemes, entre los militares; Moreno, Monteagudo y Gorriti, entre

(1) Por otros documentos de la época revolucionaria, véase *Registro Nacional*, Buenos Aires, 1879, publicación oficial. Esta obra contiene, en su primer tomo, todos los documentos expedidos por el gobierno, desde 1810 hasta 1821. La serie cronológica se continúa en los siguientes tomos hasta 1873. En la página 115 del tomo I, se halla el texto castellano y la versión quichua del decreto de la Junta suprimiendo el tributo de los indios. Véase también el *Registro Oficial de la República Argentina* y las ediciones del *Archivo Nacional*, publicadas por Carranza y por Biedma. En las obras históricas de Mitre y López hallará el lector el resumen y la interpretación de los sucesos.

los civiles. Quiero dejar a los otros en la penumbra equívoca donde los veo, bien que alumbrados, a ratos, por la luz inconstante del éxito o por la claridad intermitente del escenario en que actuaron. Pero estoy seguro de que si las cartas y memorias de la independencia fuesen más leídas, muchas estatuas «personales» no hubieran sido levantadas. Habría bastado, para los nombres menores, la gloria colectiva del monumento a la emancipación americana, en que tantos ciudadanos colaboraron, comandando tropas o pueblos, con la misma abnegación que los indios y gauchos anónimos inmolados en la magna hecatombe.

X

LA TRAGEDIA DE NUESTRO IDEAL DEMOCRÁTICO

Cuando señalamos el 25 de mayo como glorioso momento inicial de esa revolución, lo hacemos de acuerdo con la verdad histórica y la filosofía política, puesto que, desde ese momento, no volvieron a gobernar virreyes nuestro país, ni a pisar nuestra capital ejércitos españoles, ni a dictar nuestras leyes soberanos extranjeros. Después fueron cayendo la inquisición, el yanconazgo, la mita, la esclavatura, y todas las antiguas formas del privilegio colonial. Tendían estos pueblos, instintivamente, hacia la igualdad, la fraternidad, la libertad. En medio de confusos acontecimientos, la visión del futuro se esclarecía en la mente de sus principales actores y fórmulas de nueva organización iban definiéndose en la palabra de sus maestros, como hallazgo del ideal o del dolor. Pero la realidad hispanoindígena ponía en rudo choque sus fuerzas antagónicas, liberadas por las asambleas y las guerras. Fué primero la reversión de los europeos americanos contra los europeos españoles, de los hijos contra los padres, en nombre de la igualdad: fué más tarde la subversión de los gauchos y los indios contra los amos criollos de las ciudades, en nombre de la libertad. Los revolucionarios de Buenos Aires, que rompieron los lazos coloniales con la metrópoli peninsular, vieron con sorpresa que, en los pueblos, otros revolucionarios rompían los lazos internos de la dependencia virreinal. Autoritarios y parlamentaristas, o sea triunviros y diputados, aparecieron en la Junta de 1810. Oligarcas y demagogos, o sea conservadores y liberales, aparecieron en 1812, al preparar la asamblea constituyente.

Monarquistas y republicanos a la par de europeizantes y americanizantes, aparecieron en el Congreso de 1816. Centralistas y autonomistas, o sea unitarios y federales, definiéronse en el Congreso de 1826. Hubo quienes después de libertados los indios, quisieron restaurar a los Incas en su trono de América. Hubo quienes, después de vencida la democracia en Europa, quisieron traer un monarca europeo a Buenos Aires. Hubo quienes, después de vencer a los oligarcas de los Consejos españoles quisieron vencer a los oligarcas de las Juntas revolucionarias. Indios y gauchos, clérigos y soldados, comerciantes y universitarios, fueron realizando la emancipación a su modo, como cada uno la sentía o comprendía, desde el punto de vista de sus instintos, sus intereses, sus pasiones, sus creencias o sus ideas. En la clase blanca surgieron ambiciones personales de héroes y caudillos, que encabezaban esas confusas tendencias, a veces con egoísmo, a veces con abnegación. Y éstas fueron las que en el lenguaje de la época se llamaron «las facciones», factores de la guerra civil, o mejor dicho de la revolución social, que no empezó en 1820, sino en 1810, como que la independencia traíala implícita en la necesidad de su propio desenvolvimiento.

Fig. 10. — José de San Martín

Destierros, prisiones, confiscaciones, asesinatos o ejecuciones bajo formas legales, empezaron con la Revolución de Mayo, y con la expulsión del virrey Cisneros y el sacrificio de Liniers y sus cómplices en Córdoba, de Nieto y los suyos en Potosí, de Álzaga y los suyos en Buenos Aires. Después se vió el fusilamiento de Borges en Santiago, bajo el ejército del Norte, y el de Carrera en Cuyo, bajo el ejército de los Andes. El gobierno de Buenos Aires llegó a poner a precio la cabeza de Artigas. Luego vino la muerte trágica de Dorrego, la de Lavalle, la de Quiroga, la de Reinafé, la de Castelli, la de Avellaneda, la de Heredia, la de Maza, la de Cubas, la de Varela, y toda la sucesión de cabezas cortadas que ponen su gesto macabro en el cuadro sangriento de nuestras guerras civiles. Sólo se diferencian unas de otras en la justicia de cada bando, que no puede medirse sino por el ideal

que realizaron: sumario peligroso, puesto que así pospone la substanciación del juicio irreparable al acto vengador de la sentencia.

Con la renuncia de Moreno y su viaje al extranjero, que era un destierro encubierto, comienzan las expatriaciones, y éstas agravadas aún por el fallecimiento casual del peligroso revolucionario, muerto en el Océano, antes de haber llegado a su destino. Luego, a partir de la Sonada del 6 de abril, fueron cayendo todos nuestros gobernantes, víctimas de «las facciones» internas, sin cuidarse del enemigo realista que nos asediaba en las remotas fronteras. A partir de mayo, conocieron la cárcel, bajo golpes de estado o de motines, los diputados de 1811, los asambleistas de 1813, los congresales de 1816, — acusados todos de «traición a la patria», unas veces por el ejecutivo, otras por la montonera, los dos resortes del despotismo y la demagogia. Prisión, confiscación y expatriación, hicieron sucesivamente sus víctimas en hombres que hoy glorificamos, y que se llamaron Alvear, Monteagudo, Posadas, Saavedra, Agrelo, Gómez, Herrera, Larrea, Azcuénaga, Vieytes, Gorriti. Los jefes militares eran degradados por simples sospechas demagógicas, como le ocurrió al general Belgrano en 1811, y después a muchos jefes ilustres. Una atmósfera de violencias personales y de injusticias colectivas envuelve la gesta heroica de nuestra emancipación, gloriosa en su ideal prometeano y en su esfuerzo hercúleo, pero trágica, y mezquina a veces, en la historia interna de sus partidos. Los próceres debieron luchar contra enemigos exteriores que defendían a España, y contra internos enemigos que, movidos por sordidez, ignorancia o envidia, sembraron anarquía y despotismo, desde el motín del 6 de abril, en que intervinieron, con el gobierno, Funes y Saavedra. Unos meses más, y tendríamos el golpe de estado de 1811 contra la Junta de diputados, obra de Rivadavia. Unos años más, y todo aquello iría a parar en la montonera de Quiroga y en el despotismo de Rosas. Yo no culpo a estos héroes ni a aquellos otros. Es muy difícil discernir responsabilidades en la convulsión de sociedades que pugnan por crear las formas de un nuevo orden jurídico, entre peligros de la guerra, acechanzas de la diplomacia, exigencias de la demagogia. Trátase, por otra parte, de una fatalidad que nuestra revolución traía desde sus orígenes coloniales, con sus campos desiertos, sus masas incultas, sus ciudades rudimentarias. La minoría letrada que promovió el alzamiento fué la primera víctima de su propia obra, y ese es su mayor acto de abnegación en aquella gesta memorable. Mostrar el lado sombrío de la revolución, no es opacar sus luces, sino abrillantarlas por

contraste. Esa es la liga feble de la gloria, que muestra la posibilidad humana del heroísmo, sin amenguar su condición divina. Heroicas fueron aquellas vidas, por su clarividencia y su sacrificio ; pero fueron humanas por sus fracasos y sus errores.

No es aquí mi propósito, sin embargo, calificar las glorias individuales de la revolución, sino glosar su pensamiento, en cuanto los escritos que ellos nos dejaron pueden servir de documento humano sobre la conciencia argentina en ese tormentoso período de nuestra historia. Trato de conducir a mi lector hacia aquel ciclo de la cultura argentina en el cual las ideas de la Revolución de Mayo se amortiguaron dentro del país bajo la dictadura de Rosas, mientras un grupo selecto de la nueva generación, la generación de 1837, procuraba revivirlas en sus cantos y panfletos. Formaban esa generación Echeverría, Gutiérrez, Mitre, Sarmiento, Alberdi, Mármol, López y otros poetas y prosistas de quienes hablaré en el curso de este volumen. Todos habían nacido al comenzar el siglo XIX o al comenzar la revolución. Una vez llegados a la edad varonil, se encontraron en un país bárbaro, semidesierto, pobre, sin industrias, tiranizado por déspotas sombríos o por muchedumbres analfabetas. No comprendieron bien la lucha de los partidos contemporáneos y desearon saber lo que había sido la emancipación y lo que había sido la colonia. En el contraste de su credo filosófico y la realidad, conspiraron, sufrieron cárceles, se expatriaron, y como aún vivían, ancianos ya, muchos de los próceres de 1810, quisieron conocer, de sus labios o sus plumas, el testimonio del pasado, para comprender el porvenir de su país. Mitre oyó aquella tradición a los generales Rondeau y Las Heras, según nos dice en su *Historia de Belgrano*. Florencio Varela recogió el testimonio oral y escrito de Rivadavia. Sarmiento y Alberdi, cuando estuvieron en Francia, fueron a visitar a San Martín, voluntariamente expatriado, y ambos han descrito la entrevista con el anciano estoico. Mármol trató al general Guido en Río de Janeiro. Casi todos conocieron a Lavalle, Paz y La Madrid, en las guerras de la federación, que aquellos jóvenes oficiales del Alto Perú alcanzaron como generales. Así, la onda moral de la generación de Mayo que declinaba vencida alcanzó a los jóvenes de la generación de Caseros, al empezar su jornada. Y como esta nueva generación inició su obra formando una escuela que se llamó *Asociación de Mayo*, y formuló su doctrina en un credo que se llamó *Dogma de Mayo*, ha de verse ahí el nexo de unión de ambos momentos, el de 1810 y el de 1837, capitales ambos en la evolución de la cultura argentina.

Ellos oyeron hablar a la esfinge, y debemos creerles cuando dicen lo que nos dijeron. Siendo jóvenes, alcanzaron ellos a los héroes máximos, cuando aún eran hombres de carne, y no de bronce como para nosotros. La aureola de la gloria no envolvía aún sus pensativas cabezas, sino la aureola del sacrificio. Vivían los más en el destierro, y todos en la miseria; ancianos recordadores que hablaban con igual serenidad de sus hazañas y de las calumnias con que los habían herido sus contemporáneos, en lo agrio de las luchas fratricidas. Algunos de ellos legaban a este o a aquel joven de la nueva generación, junto con sus recuerdos orales, sus papeles, o bien una reliquia, como la espada que el viejo Rondeau le regaló a su ahijado el joven Bartolomé Mitre. Sentían la patria como un hogar; sabíanse prolongados en la nueva generación como en una familia; y tenían el culto de la historia, como hombres que se habían educado en las escuelas clásicas del siglo XVIII, y que creían haber sido actores en uno de los más gloriosos dramas de la humanidad.

Y si ellos habían tenido modelo de caracteres en las páginas de Plutarco o de Salustio, los jóvenes de 1837 los encontraban en la propia vida de aquellos ancianos, y aprendían, de sus labios todavía vivientes, la lección confortadora.

Esa confidencia oral pudo darles estímulo en la lucha; pero a fin de conocer el pensamiento de Mayo en su pureza pristina, se remontaron, Echeverría y los jóvenes de su tiempo, a las fuentes escritas de la emancipación, tal como en este capítulo las he presentado.

Tenemos, pues, una *prosa de la independencia*, en la cual nos legó el ideal de Mayo su expresión más genuina. Dispersa hasta hoy, o aprovechada por los historiadores políticos tan sólo como fuente documental o testimonio de los hechos, toda esa bibliografía constituye, sin embargo, una serie literaria digna de figurar junto a los himnos y las odas que forman la poesía de nuestra revolución. Por el heroísmo de sus autores y por la gesta que realizaban, su obra escrita adquiere extraordinaria significación psicológica o social, como reflejo de intimidades y realidades, superando el escaso valor estético de su propia forma. Encontramos en esa bibliografía toda la gama del espíritu revolucionario, desde la patriarcal sencillez de San Martín hasta la complicada erudición de Funes; desde la vaga ideación de Rivadavia hasta la diáfana expresión de Moreno; desde la serenidad dialéctica de Gorriti hasta el ardor profético de Monteagudo; y encontramos, además, en cuanto a la gama literaria, desde la tropezona ortografía del soldado

hasta el atildamiento clásico del retórico, y desde la simple carta o proclama del jefe iletrado pero genial, hasta el discurso, el panfleto o la ley del publicista docto. Pero todo eso yacía en el desorden de los archivos. Era menester reunir las piezas y clasificarlas por sus géneros; destacar a los autores representativos, fijando su perfil intelectual; ver bullir en todo ello la disolución de la cultura colonial y el nacimiento de la nueva cultura, interpretando toda la serie literaria que va de 1810 a 1830, como primera expresión de la argentinidad en las letras, y como clave del ideal patricio que inspira toda la producción intelectual del siglo XIX, a partir de Echeverría y la pléyade romántica.

Por sobre la realidad militante que en esa prosa se refleja, óyese el verso de los poetas civiles, en la misma generación de 1810: ritmo, color y canto de las olas, por sobre las tempestuosas aguas de aquel mar agitado de nuestra historia. Son los cantos de López, de Luca, de Varela, de todos los rapsodas de la *Lira Argentina*, cuyo comentario anticipé en el tomo II, finalizando con ellos la formación colonial, porque si bien su sentimiento cívico era de América, sus musas eran de España, al persistir en sus versos la escuela retórica del siglo anterior. Hay, sin embargo, entre los numerosos cantos de la época, uno que a todos les sobrevive, y que ha pasado de generación en generación, como el mensaje de la edad heroica, resonando en las mil lenguas del pueblo. Ya se habrá comprendido que me refiero a nuestra *Canción nacional*, escrita por Vicente López y Planes, pero, en realidad, prohijada por la asamblea liberal de 1813, adoptada por ella en una sesión memorablemente dramática, y entregada por ella al fervor de las muchedumbres, de quienes ha recibido aquella emoción religiosa que lo consagra como el salmo litúrgico de la argentinidad.

A lo largo del siglo XIX, el triple grito del himno — *libertad, libertad, libertad!* — pasa en la sombra estremeciendo las almas, y él inspira lo mismo la prosa de los moralistas que el verso de los cantores, dando su entonación civil y romántica a todo el ciclo literario que vamos a estudiar.

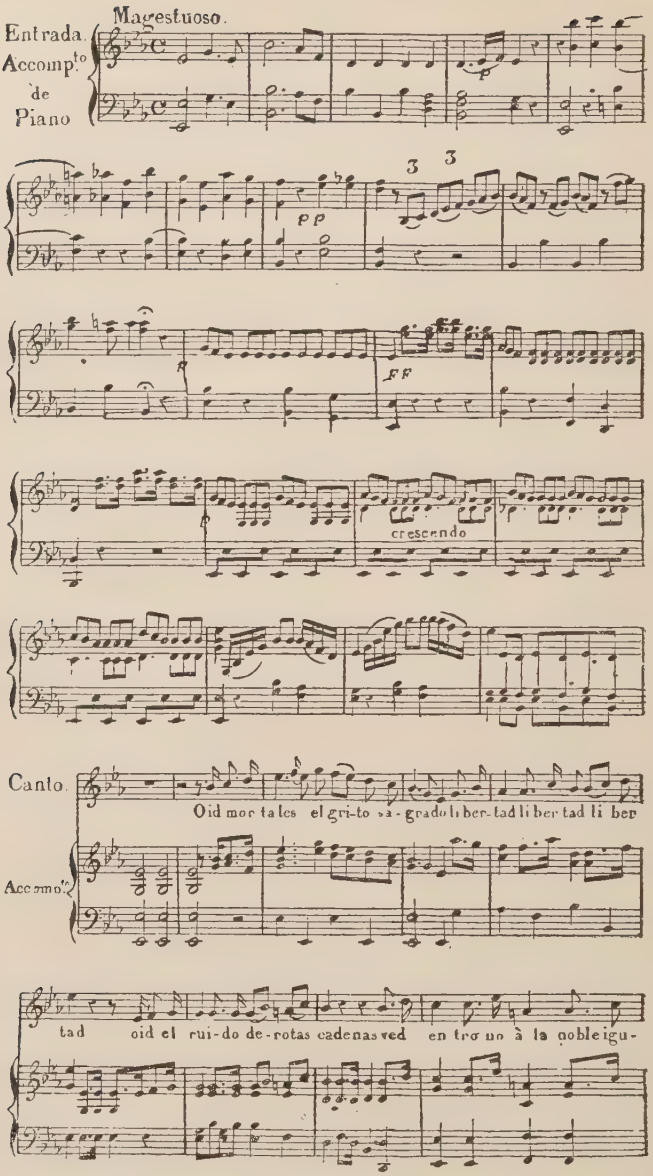
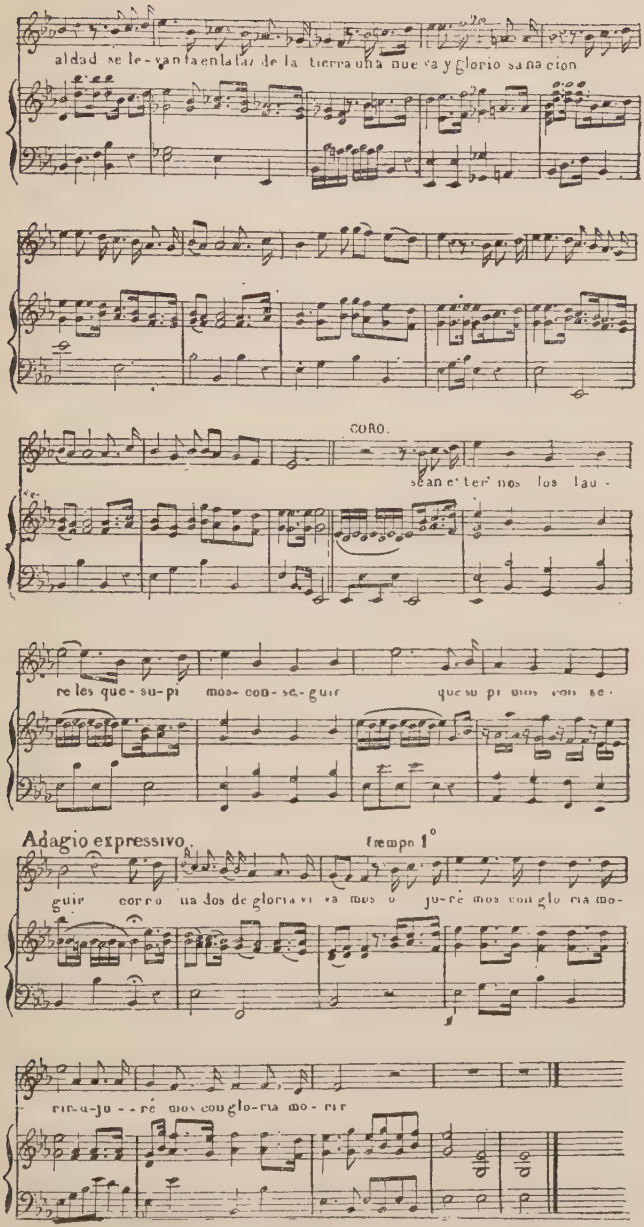


Fig. 11. — *Marcha patriótica*, música del maestro Blás Parera (Véase fig. 1)


aldad se le-vanta en la faz de la tierra una nue-va y glorio-sa nacion
CORO.
sean e-ter-nos los lau-
re-les que-su-pi-mos con-se-guir que-su-pi-mos con se-
Adagio expressivo.
tiempo 1°
guir corro-na-dos de gloria ve-re-mos o ju-re-mos con glo-ria mo-
rir-o-ju--ré-mos con glo-ria mo-rir

II

LA INICIACIÓN ROMÁNTICA

(1830-1840)

Se conmueven del Inca las tumbas
Y en sus huecos revive el ardor.

HIMNO NACIONAL.

Fig. 12. — Salón porteño en 1830 (C. E. Pellegrini

CAPÍTULO I

VIDA DE ESTEBAN ECHEVERRÍA

I. La sociedad porteña en 1830: aparición de Echeverría. II. Significación de su personalidad en la iniciación de este período literario. Su nacimiento en Buenos Aires. Primera etapa de su vida (1805-1825): Origen, educación, primera juventud. — III. Segunda etapa (1825-1830). El viaje a Francia. Labor de autodidacto; formación intelectual; sus maestros; su ambiente. — IV. Tercera etapa (1830-1840): el regreso a Buenos Aires: Publicación de sus primeros versos; fundación de la Asociación de Mayo; redacción del «dogma socialista». Fracaso de la revolución contra Rosas; la expatriación. — V. Cuarta etapa (1840-1851). Echeverría en la Colonia; sus primeros cantos del destierro. Echeverría en Montevideo: sus últimos ensayos y poemas. Labor intelectual y política. Su enfermedad; su muerte; su gloria.

I

Si Córdoba del Tucumán fué capital verdadera de la sociedad argentina en la formación teocrática del siglo XVII, la fundación del virreinato rioplatense, al finalizar el siglo XVIII, dió a Buenos Aires una hegemonía que la Revolución de Mayo consolidó, y que, durante el siglo XIX, habría de perdurar incontrastable en la vida política y literaria de nuestro país.

Algo había progresado Buenos Aires bajo la administración de sus virreyes, pero en 1830 continuaba siendo, por su arquitectura y sus costumbres, una modesta villa colonial. La reforma edilicia de Vértiz sólo había sido el perentorio esfuerzo por adaptar la antigua ciudad pastora al decoro local de la nueva corte. Reforma justamente alabada por todas nuestras historias, tiene valor en sí: pero tiénela sobre todo en relación a lo que Buenos Aires era cuando, confinada en este límite remoto del virreinato peruano, yacía entre el Plata, cerrado al comercio libre, y la pampa, abierta a la correría de los indios rebeldes.

La nivelación y alumbrado de las calles, el relleno de los pantanos, el paseo de la Alameda y algún nuevo edificio burgués, como la casa de la Virreina, habían modificado muy poco los lineamientos generales de la ciudad, que si aventajaba a las otras aldeas provincianas, distaba mucho de la grandeza de Lima o de Méjico, legendarias metrópolis de la primera conquista.

Buenos Aires, ciudad de ganaderos y comerciantes, había crecido por su propio esfuerzo, sin tradición de reyes indios ni de aristocracia española, sin colinas o bosques para belleza del suburbio ni piedra para los ornamentos del cuadro urbano. La plaza humilde con la recoba de los regatones y el río sucio con las chalupas del desembarco, resumían el único espectáculo de su comercio. A la vera de la Plaza Mayor, la Fortaleza con alema y fosos, el Cabildo con arquería y torres, eran los dos únicos monumentos civiles : símbolo aquél de la majestad virreinal, y este otro, símbolo de los intereses comunales. El resto de la arquitectura, sin decorados valiosos, reducíase a casas de ladrillo y teja, de un solo piso, con labrado portal y rejas voladas en el frente, y en lo interior con su ancho patio luminoso que cuadraban los desmantelados salones. La planta urbana no alcanzaba a mil metros en torno de la plaza única, rodeada de matorrales y baches fangosos donde se atascaban las carretas. Constituía el suburbio una misérrima ranchería donde moraban indios y esclavos en el más sórdido abandono. En lo que es hoy el Parque Lezama y el Retiro, empezaban « las quintas », como llamaban a pobres huertas sin flores ni frutos, habitadas por algunos señores que venían hasta el pueblo a caballo, por entre silvestres callejones. En los días caliginosos del verano, las familias pudientes se refugiaban en la ribera, frente a lo que hoy es el puerto, en donde Vértiz plantó su « Alameda », ya en las chacras, de la Recoleta a San Isidro, desde entonces frecuentadas por el doble halago de la brisa costeña y de las cabalgatas galantes. En los días de invierno, la vida era dura bajo el azote de la sudestada en las calles y las casas indefensas. Sobre la cándida alquería, levantaban sus campanarios las cinco iglesias, amontonadas en el área sucinta ; y desde el río o la pampa se solía reconocer, en los días claros, el arabesco de las cruces y el timbre de las campanas. El panorama circundante era también ingrato, pues si la corte no tenía palacios ni aristocracia, la campaña tampoco poseía esos rincones de gozo, propicios a la contemplación del ocio estético. El ancho río, de una sola ribera como el mar, sin la glauca belleza marina, derramaba sobre la playa toscosa su

agua broncínea, en tanto que la llanura cercana, sin árboles ni collados, abríase hasta el nubloso horizonte, esparciendo en esa arcadia de los gauchos, las melancolías del desierto...

Cuando hoy evocamos el cuadro y la vida porteña de aquel tiempo lejano, el pensamiento adquiere esa música del recuerdo que se trasmite al estilo, envolviendo las cosas en un velo romántico; pero si logramos libertar de tal sugestión a la fantasía evocadora, y descendemos al análisis documental, entonces llégase a ver que la existencia, para los hombres de esa época, debió de ser dura y mezquina. Un porteño de raza y de educación, Juan Agustín García, siguiendo los métodos de Fustel de Coulanges, ha trazado en su libro *La ciudad indiana*, un cuadro muy completo de lo que fué la Buenos Aires colonial. En ella vino a infundir su soplo de heroísmo la explosión revolucionaria de 1810 a 1820; luego, su hálito de cultura la reforma rivadaviana de 1820 a 1830; por fin, su aliento de libertad la iniciación romántica de 1830 a 1840. Pero no debemos imaginar que por ello la Capital hubiera dejado de ser una aldea. Aldea es la ciudad que José Antonio Wilde ha pintado en su *Buenos Aires setenta años atrás*, libro de memorias donde la fidelidad del recuerdo y la sinceridad del dibujo substituyen al arte del estilo ausente. En las páginas de ese libro es donde el lector puede adquirir una noción de lo que era la sociedad porteña en 1830, entre los resabios de la vieja tradición colonial, rota por las guerras de independencia, y los conatos de la nueva civilización que pugnaba por venir a la vida. El Colegio de San Carlos, ya habilitado para cuartel en 1812, había desaparecido; la Universidad, recién fundada, apenas si insinuaba intentos de cultura superior. Las clases, abolidas por la ley democrática, persistían en las costumbres, y el gaucho entraba en las calles con su arria y sus carretas, a mercar en las pulperías, o a platicar con los esclavos, que ponían su toque de color en el ambiente urbano. El puerto iniciaba su comercio cosmopolita, y los primeros europeos comerciantes llegaban con nuevas costumbres a radicarse en la tierra libre. Algunos de ellos entraban en la buena sociedad, como Bompland, Pellegrini o Thompson, y eran la única nota exótica del salón tradicional, donde las viejas patricias tomaban mate en el estrado, servidas por un negrillo, mientras sus hijas, doncellas de ojos negros, danzaban ciclos al blando són del clavecino, tocadas de grandes peinetones y vestidas de vaporosas faldas blancas...

Tal era el ambiente de la ciudad patricia cuando Echeverría apareció, y quien desee imaginar la figura prócer del poeta romántico, debe-

rá dar a su silueta aquel fondo porteño que la esclarece del todo, como los intencionados artistas del renacimiento italiano desvanecían allá lejos, a espaldas del gentilhombre retratado, algún paisaje de la tierra natal...

II

En la evolución del pensamiento argentino, Esteban Echeverría señala el comienzo de una nueva jornada. Las doctrinas políticas y literarias se renovaron al influjo de su obra. Se rebeló contra las tradiciones coloniales, como los hombres de Mayo, pero fecundando el ideal de Mayo con un nuevo sentido de la libertad, propicio al arte y a la democracia americanas. Cualquiera que sea el juicio definitivo sobre sus teorías y sus poemas, Echeverría se nos aparece como una figura prócer a partir de 1837, y tanto por su revisión del pasado como por su anticipación del porvenir, podemos asegurar que con él asume carácter y nombre el ciclo de ideas que siguió a *los coloniales*, o sea el ciclo de *los proscriptos* que estudiamos en el presente volumen.

Tres obras principales autorizan el magisterio de Echeverría en su generación: el *Dogma de Mayo*, manifiesto en el cual expuso una nueva doctrina civil; *La Cautiva*, poema de nuestras pampas, donde ensayó la aplicación de su nueva estética a un tema americano; y la *Asociación de Mayo*, corporación de jóvenes, donde alcanzó forma de escuela el cuerpo de sus doctrinas. Pero antes de estudiar sus obras, bueno será que refiramos la vida del poeta, porque ella nos explicará, mejor que nada, lo que hay de original o de importado en sus disidencias con las tradiciones de su país y con las ideas de su tiempo.

Echeverría no fué lo que se llama un hombre de acción, de suerte que su biografía carece de movimiento poemático. Fué un puro hombre de letras: cronológicamente, el segundo de su especie en el Plata, donde Juan Cruz Varela había anticipado un primer ejemplo en la literatura argentina. A pesar de las vicisitudes políticas y militares que dan color dramático al ambiente de su época, nuestro personaje pasa entre medio de ellas, sin mostrarse indiferente, pero sin asumir actitud de protagonista. Echeverría no ha sido magistrado ni militar, excepción importante en su generación, pues todos sus camaradas o discípulos llegaron a serlo. Así, su biografía hállase toda implícita en la historia de su pensamiento, proviniendo de ahí que cuanto pierde en relie-

ve plástico, gana en profundidad psicológica, el estudio de su vida (1).

Hijo de José Domingo Echeverría, vizcaíno, y de María Espinosa, porteña, Esteban Echeverría nació en Buenos Aires el 2 de septiembre de 1805. Descendiente inmediato de padre español, como Ventura de la Vega; nacidos ambos antes de la independencia y aun antes de las

Fig. 13. — Esteban Echeverría
(El original al óleo en la Facultad de filosofía y letras)

invasiones inglesas, los dos tuvieron muy diverso destino: el uno marchóse a España para ser secundaria figura con su arte de imitación, y el otro quedó fiel a su patria, a servirla con obra personal, sin duda imperfecta, pero llena de vida como un germen fecundo.

Después de su curso de primeras letras, aprendidas quizá en algún

(1) La vida del poeta ha sido documentada por él mismo en ciertos «apuntes autobiográficos», que Juan María Gutiérrez utilizó para escribir la noticia que publicó en la

convento que era escuela del barrio, Echeverría ingresó en el Colegio de ciencias morales, donde tuvo a Mariano Guerra y a Juan Manuel Fernández de Agüero por profesores. De 1820 a 1822, aprobó idealogía, lógica, metafísica y latín, dando prueba de talento, juicio y aplicación, según el testimonio de sus profesores. Motivos ajenos a su voluntad alejáronle de las aulas, y trabajó en la casa comercial de Sebastián Lezica como dependiente de aduana. Huérfano, libre de toda disciplina doméstica o escolar, presa de todas las inquietudes propias de la adolescencia en su raza, vagó por los peores barrios de la ciudad, en aventuras viciosas que él mismo ha confesado en sus memorias: «Hasta la edad de 18 años — dice — fué mi vida casi toda externa: absorbiéronla sensaciones, amoríos, devaneos, pasiones de la sangre, y alguna vez la reflexión... Entonces, como caballo desbocado, yo pasaba las horas ignorando dónde iba, quién era, cómo vivía. Devorábame la saciedad y yo devoraba al tiempo» (*Rev. del Río de la Plata*, t. I, pág. 7).

Gutiérrez, que fué su íntimo amigo en años de juventud, debió conocer el motivo de aquella crisis moral, y él ha descorrido la punta del velo, cuando nos dice que, idealizado, el motivo se trasparenta en el poema *Gualpo*, en las *Cartas a un amigo* y en el *Ángel caído*. Para Gutiérrez todo ello es sensual turbulencia de una pubertad neurótica, superada al fin por el anhelo y la voluntad de un alma pura. Si se tiene en cuenta que algo análogo sugieren las confidencias de otros poemas líricos de Echeverría, tales como *Ruego*, *Mi estado*, *El poeta enfermo*, *Contestación* o *Estancias*, y tantos otros donde el verso vela apenas la sinceridad autobiográfica. Pero observemos que esa neurosis persistió en Echeverría durante toda su existencia, y que cambió simplemente de forma, para ser abulia, misantropía, o desesperación, estados románticos que pudieran ser sospechados de literatura, si no tuviésemos sobre su veracidad la prueba de sus cartas y el testimonio de sus contemporáneos. El poeta era enfermo del corazón, según confesión propia, — y

Revista del Río de la Plata (t. I) y que se incluye en el quinto tomo de sus *Obras completas* (edición Casavalle, B. Aires, 1870-74). Numerosas «biografías» y «estudios» han aparecido más tarde sobre el mismo tema: entre ellos el *Ensayo sobre Echeverría*, de Martín García Merou (Peuser, B. Aires, 1894) y el *Esteban Echeverría*, de Carlos M. Urien, (Cabaut, B. Aires, 1905); pero es dado asegurar que esos libros agregan pocos datos esenciales a lo que por Gutiérrez ya conocíamos. Cartas, juicios o noticias referentes al poeta se hallan también en las obras de Sarmiento, Alberdi, López, Groussac, y otros que citaré cuando sea pertinente. En cuanto a la información de fondo, en lo meramente biográfico, preferiré valerme de las fuentes originales.

de ahí su muerte prematura; pero esa lesión cardíaca pudo ser consecuencia de su juventud desordenada, y acaso de una causa específica más secreta. Lo cierto es que de aquella crisis juvenil, como un ángel que recobra las alas para alzarse del lodo en que ha caído, se libró por ese esfuerzo de voluntad y de ascensión espiritual, que fué su viaje a Europa, en 1825. Y cuando volvió de Europa, en 1830, compuso un breve canto que se titula *Recuerdo*, y que en la frialdad de un mal remedado metro clásico, oculta, quizá, la clave del enigma:

En vano busco la mujer hermosa,
Imán de mi alma que llenó mis días
De tiernas ansias, deliciosos sueños,
De amor y dichas.

La busco en vano, que doliente siempre,
Voz ominosa de la negra tumba
Burla mi anhelo, y me responde triste,
Aquí se oculta.

— Se oculta sí... ¿mas sempiterna noche
Cubrirá el lecho do mi amor descansa?
¿No verá un ángel que moró en la tierra
La luz de otra alba?

¿Pero qué importa, si su imagen bella
Mientras yo aliente, vivirá en mi pecho,
Do el aura aspira que a los serafines
Destina el cielo.

Hasta que airada la insaciable muerte
Corte la trama de mi frágil vida,
Una mis restos a los suyos caros,
Y todo extinga!

Estos sencillos versos, más interesantes por la sugestión biográfica que por la emoción poética, yacen perdidos entre el fárrago de la copiosa obra del autor, y llevan una fecha — 17 de enero — y un epígrafe no menos significativo: *In vain, alas! in vain.* Este sepulcralismo, que tanto ensombreció la lírica de aquel tiempo, y ese dejo de fatalidad, que también es rasgo de escuela, no asume en otro poema de Echeverría carácter tan concreto y personal. Esto nos autoriza a presumir,

sin abusar de agudeza en enigmas de amor, que hubo un revés de amor en la juventud del poeta; que su temperamento sensible agravó el dolor de algún sueño truncado por la muerte; que la irreflexión de los pocos años y de la orfandad prematura lo lanzaron al libertinaje; y que el afán de saber y de gloria — noble resorte de su voluntad — salvóle a tiempo, y fuése a Europa a encontrar en el ahinco de la labor mental una forma de anonadamiento, de anestesia, de olvido, menos siniestra que el alcohol o que el furor de la orgía.

III

El 17 de octubre de 1825, a bordo del bergantín francés *La Joven Matilde*, embarcábase Echeverría en Buenos Aires, rumbo a Burdeos. Contaba ya treinta años, edad en que escribió sus primeras *confesiones* (*Obras completas*, t. V, pág. 441), y toda su juventud, así evocada, debió pasar por su memoria, preñándole de sangre el corazón y de lágrimas los ojos, cuando vió perderse en el horizonte del Plata, allá a la popa de la nave en marcha, las torres coloniales de la aldea natal, que tanto amaba, no sé si por aquellos dolorosos recuerdos de su juventud, o por el ideal cívico que fué sublime vocación de su madurez.

El viaje, como todos los de aquel tiempo, fué muy accidentado. Los barcos eran frágiles y las tempestades sobresaltaban a bordo, detenían las marchas, torcían los rumbos: Donolf, el capitán de la *Matilde*, resolvió recalar en Bahía, porque hacía agua la nave. Veinte días se demoró el viajero en Bahía, y tuvo que pagar 160.000 reis para continuar por Pernambuco en la fragata *Aquiles*, que partía para el Havre. Era ya el 22 de enero de 1826, y hasta el 27 de febrero no llegó a su destino. Impresiones del mar en calma o encrespado por la tormenta, dan su visión decorativa a algunos poemas suyos, como se lo ve en el *Ángel caído*, y si hubo en ello un poco de sugestión byroniana, se ha de aceptar que el recuerdo de aquel viaje marino pudo ser la fuente sincera de su creación, dado, además, el evidente carácter autobiográfico de dichos poemas.

Cuatro años permaneció Echeverría en Europa, desde febrero de 1826 hasta mayo de 1830. Radicado en París, tuvo por camaradas a sus compatriotas Portela, Rodríguez, Ribera y Fonseca, becados del gobierno de Buenos Aires, que seguían allá estudios de medicina o de

otras materias prácticas, muy distintas de las que atraían la atención del autodidacto. Pero no se redujo a esas amistades, sino que alternó con los estudiantes cosmopolitas del Barrio Latino y se acercó a eminentes maestros de las escuelas superiores. Aquellos cuatro años fueron los de la propicia siembra, la cual, cuando él volviera a su patria, habría de fructificar en mies abundante.

Sus cuadernos de estudiante quedaron entre sus papeles y, con los manuscritos de sus obras, fueron a manos de Gutiérrez, que los ha resumido para dar una idea de lo que entonces estudió; pero mejor que ese resumen, ha de servirnos para la exégesis la confrontación, que luego haremos, entre sus teorías políticas y estéticas, tal como Echeverría la expuso después de 1837, y el ambiente general de la cultura europea durante la época del romanticismo. Realizó casi todos sus estudios en francés, del cual poseía rudimentos al partir de Buenos Aires, pero que más acabadamente llegó a poseer en Francia. Dice Gutiérrez que, a pesar de ello, no se contaminó de galicismos su lengua nativa; pero no comparto yo esta opinión, como he de probarlo cuando estudie en otro capítulo las condiciones de su estilo.

Los años de estudio en Europa, tan admirables en Echeverría, no sólo por la fuerza de disciplinada voluntad que revelan, sino por el contraste que ofrecen con los años de disipada holganza porteña que los precedieron. Su curiosidad era enciclopédica, y su labor, prolija. Hay entre sus cuadernos de estudiante uno de geometría sobre las esferas: otro de química, donde hasta ha pintado los aparatos de cada experimento; un tercero de álgebra, tatuado de fórmulas. En el verano de 1829 visitó Londres, y en sus anotaciones no se escaparon ni algunas lápidas de la capilla de Westminster. Tuvo en París un amigo suizo que le reveló las bellezas de la literatura alemana y, con él por guía, entró en el conocimiento de Goethe y de Schiller. Todo esto sin descuidar el eclecticismo de Cusin y el progresismo de Leroux, y todo ese fermento de libertad que por entonces conmovía el arte y la política, ya se tratara del teatro huguesco o de las asociaciones carbonarias, — espectáculo nuevo para ese joven salido de una aldea hispanoamericana, y fecunda iniciación para el futuro apóstol del romanticismo argentino.

Con semejante caudal de ciencia nueva regresó Echeverría a su patria en 1830. Embarcóse por mayo en el Havre, y llegó por junio a Montevideo, esta vez en viaje más directo y feliz que el de la partida. En Montevideo, reembarcóse para Buenos Aires y, entre las últimas nieblas de aquel invierno, volvió a pisar las playas de su tierra natal.

Harto cambiado tornaba el peregrino: volvía poeta y filósofo por dentro, el antiguo empleado de Lezica en la aduana; volvía elegante y caballero el antiguo guitarrista de los barrios del Alto. Sus treinta y cinco años bien vividos en el dolor, el amor y el estudio, parecían serenar ya las fibras de su pasada turbulencia; anhelos de glorificar su nombre y de servir a su país, le henchían el alma de generosos alientos.

Mucho más que el viajero, había cambiado su patria en la breve ausencia. La progresista administración de Martín Rodríguez había pasado; en el horizonte de las provincias había aparecido Quiroga, vencedor del general Paz, y en el horizonte de Buenos Aires, Rosas, vencedor del general Lavalle. Concluída la guerra con el Brasil, fracasada la Constitución de 1826, expatriado el ex presidente Rivadavia, la ola negra de la demagogia se había dilatado sobre todo el país. Las escuelas empezaban a clausurarse; los periódicos iban aplebeyando de más en más su lenguaje; las últimas luces de la cultura virreinal y unitaria, parpadeaban ya, como lámparas agonizantes en la sombra... Y no cabe duda de que es una confidencia del viajero ante el cuadro real este fragmento de *El Ángel caído*, que el poeta habría de atribuir, años más tarde, al protagonista autobiográfico de su poema:

Volvió a su patria, joven todavía,
Llena el alma de bellas ilusiones,
La patria de su amor ya no existía,
Y encontró en lugar suyo horrenda orgía,
De feroces y estúpidas pasiones.
Sus sueños de idealista, ¿qué se hicieron?
¿Dónde tan pronto, sí, dónde se fueron
Las esperanzas suyas tan vivaces,
Su aspiración al bien y a la grandeza,
Las ambiciones de su mente audaces,
Tanto afán y labor de su cabeza?
¡Lloró el tiempo perdido! Vió desunidas
Mil verdades entonces harto amargas,
Brotaron de su mente horribles dudas,
Pasó en tribulación vigilias largas!... (1).

Estos prosaicos versos — eco, sin arte, de la verdad — descubren el estado de alma de Echeverría, al regresar a su país. Para un idealista co-

(1) Véase *Revista del Río de la Plata*, tomo I, página 32. Igual pasaje en prosa.

mo él, «la patria de su amor, ya no existia», en efecto. La patria era para él, no el territorio, húmedo de sangre; no la bandera, próxima a desaparecer; no su gobierno, convertido en perseguidor de argentinos; la patria era para él más que todo eso: el patrimonio ideal de sus libertades perdidas.

Así el antiguo dolor del peregrino revivía en su corazón destinado a la angustia; pero ya no era por el amor de la carne, sino por el amor del espíritu.

IV

Cinco años de estudiosa residencia en Europa le habían hecho soñar con un bello destino, que, desgraciadamente, no habría de realizarse como él lo concibiera. La edad y la meditación nos lo devolvían ya madurado para la obra de reformas intelectuales que Rivadavia, Lafinur, Fernández de Agüero, Alcorta, Varela y tantos otros iniciaron; pero que sólo él debía definir y consumar en las especulaciones de su audaz inteligencia. Acababa de dejar la Francia del romanticismo y de la restauración, y el contraste con esta Buenos Aires de la mazorca y del rosismo naciente debieron abatirle al primer repunte de su coraje. Además, después de tan larga ausencia y de tan brusca mutación de escena y actores, hallaríase solo, pues ni había ya mecenas para el esfuerzo intelectual, ni conocía a los hombres jóvenes que habrían de ser más tarde sus camaradas. De 1830 a 1837, nótase por eso una especie de laxitud en su biografía. Dijérase que ese argentino es un extranjero en su patria y que busca de hallar su quicio en el nuevo ambiente, quicio que nunca habría de encontrar.

Malograda la revolución en anarquía; caído Rivadavia, triunfante Rosas, emigrado Varela; la patria no existía, ciertamente. Con todo, se resignó a tentar el camino de su vocación literaria, en el medio indiferente. Publicó en la *Gaceta mercantil* sus primeras poesías: *Regreso* y *Celebridad de Mayo*, que pasaron inadvertidas. En 1832, se atrevió a publicar su primera *plaquette*, el poema *Elvira* (32 págs.), que editó anónimamente, como por vía de tímido ensayo (1). El *Lucero* y el *British Packet*, fueron los únicos periódicos que prestaron alguna atención

(1) *Revista del Río de la Plata*, tomo I, página 35.

su poema, aunque para criticarlo. En general, *Elvira* obtuvo muy poco éxito, bien que no fuese la primera tentativa poética de Echeverría, pues en París había compuesto un cuaderno de versos bajo el título de *Ilusiones*, que no se editó. Por entonces publicó, también anónima, su *Profecía del Plata*. En 1834 publicó un segundo folleto, titulado *Consuelos*, en el cual incluyó las dos primeras poesías de la *Gaceta mercantil*. Por fin, en 1837, dió a luz sus *Rimas*, en las cuales se definieron del todo sus tendencias románticas, y logró mayor éxito, no sólo porque en ese volumen iba incluído su poema *La Cautiva*, sino porque tanto el regionalismo de esta obra, como el romanticismo de las otras composiciones de carácter lírico, significaron una ruidosa novedad en favor de su nombre, revelado por fin al público ríoplatense como la promesa de un verdadero poeta nacional. Luego veremos, en capítulo especial, el valor de esos poemas ; pero, entretanto, necesito seguir la línea cronológica de su vida en su ambiente, para entrar después, con paso más seguro, en el análisis de sus ideas.

En 1832, los achaques del poeta, que ya lo aquejaban antes de su viaje de 1825, volvieron a recrudecer, y tuvo, para atender su salud, que alejarse, en compañía de un amigo, a Mercedes del Uruguay. El propio Echeverría ha descrito su enfermedad en las siguientes palabras : « Dolores insoportables y palpitaciones irregulares y violentas desgarraban mi corazón. El más leve ruído, la menor emoción hacían latir fuertemente mi pecho y todas mis arterias. Mi cerebro hervía y suzurraba como un torrente impetuoso. ¿ Era los nervios o la sangre la causa de este tumulto ? Los médicos han hecho jigote en mi cuerpo, y han verificado en él este aforismo de Hipócrates : *Quæ medicamentum non sanat, ferrum sanat ; quæ ferram non sanat, ignis sanat ; quæ ignis non sanat, insanabile est.* Medicina, hierro, fuego, han probado en mí, y estoy estenuado, sin salud y sin esperanza. Si no he sucumbido es sin duda porque hay un robusto y generoso germen de vida en mi organización, que maravillosamente la sostiene y el cual siento que se agota cada día. Una *irritación* tan larga, tan tenaz, que no han podido desalojar las medicinas más activas, debe necesariamente haber enervado las fibras musculares, reduciéndolo a un estado de atonía o debilidad preteriatural. Se hace esto evidente para mí, al observar que una sensación inesperada, la sorpresa, o cualquier ejercicio muscular algo violento me sofoca : me producen tirantés, dolor y latidos en la región precordial, y sacudiendo todas las fibras de mi máquina, la desacuerdan y relajan. No pudiendo entonces mi corazón débil, repeler con energía

la sangre que lo atosija, ceja, se dilata, lucha turbulento con ella, y al fin triunfa, pero quedando más dolorido y quebrantado (1). »

Vese a las claras, por esa minuciosa descripción, cuál era el mal de que Echeverría padeció, agravado, en su temperamento de poeta, por esa anómala irritabilidad de los cardíacos. A pesar de ello, en 1836 lo encontramos otra vez en Buenos Aires lleno de actividad civil y de inquietudes intelectuales, que no dejan sospechar los pasados y los venideros quebrantos. Era ya el maestro de la nueva generación, y aunque algunos le miraban con hostilidad y muchos con indiferencia, no faltaban jóvenes — futuras glorias de su país — que lo amaban por su bondad, lo estimaban por su gentileza, lo admiraban por su obra y su doctrina.

Habíase fundado en Buenos Aires, por iniciativa de don Marcos Sastre — simpático personaje a quien estudiaremos en otro lugar, — una institución denominada « Salón literario », especie de Ateneo donde se reunía la juventud intelectual, para leer, disertar y debatir sobre temas diversos, y a donde el poeta concurría asiduamente. Contaba ya treinta y dos años, y allá entre jóvenes como José Mármol y Vicente López, que apenas contaban veinte, empezó su enseñanza oral. En mayo de 1837, el Salón fué clausurado por orden de Rosas, porque ya el país había entrado en plena dictadura y la policía mazorquera sospechaba o temía de aquel conciliábulo donde se hablaba demasiado de libertad.

Publicábase, también por entonces, un cuaderno llamado *Cancionero argentino*, con versos para cantar en los salones, y es Esteban Echeverría uno de sus colaboradores más asiduos. La letra era generalmente suya o del afamado y ya proscripto Juan Cruz Varela, sin olvidar a los poetas menores. Allí se publicaron *El Desamor*, *La Diamela*, *La Ausencia*, y otras. La música era de los maestros Esteban Massini, Esnaola, Caravagli, y del joven Juan Bautista Alberdi, tan músico, entonces, que hasta compuso un método para la enseñanza del piano. Dada la intimidad de Echeverría con Alberdi, su análoga edad, y la afición del futuro autor de *Las Bases* por la vida social y la danza, esparcimientos que Echeverría frecuentara en su primera mocedad, no es aventurado suponer que el autor de la letra acompañaría alguna vez al de la música en sus fiestas galantes. Por aquel mismo año de 1836, Echeverría, asociado a un hermano suyo, habíase entregado a las tareas agrícolas, en su estancia de Los Talas, entre los pagos de Luján y Giles, a algunas leguas de Buenos Aires. Tuvo en aquella estancia su retiro, y cual-

(1) *Revista del Río de la Plata*, tomo I, páginas 32 y 33.

quiera que haya sido la contribución de trabajo que dió al establecimiento, sabemos que fomentó sus progresos agropecuarios y que allá escribió, en ratos de holganza, su elegía a la muerte de Juan Cruz Varela (1839), el poema la *Insurrección del Sud* (1839), y, acaso, dos años antes, algunas páginas del *Dogma* y algunas estrofas de *La Cautiva*. En el tomo de *Los Gauchescos* he dado un breve cuadro de aquella estancia y he hablado de las sugestiones que su ambiente de pampa primitiva debió ejercer sobre la concepción de ese poema, que narra la aventura de los malones.

Clausurado el Salón Literario, algunos de los jóvenes que lo frecuentaban, y otros nuevos, en número de treinta y cinco, se reunieron sigilosamente, el 23 de junio de 1837, bajo el magisterio de Echeverría, para organizar un nuevo centro, que se llamó Asociación de Mayo, y que tendría por objeto el trabajar por la regeneración de la patria, la caída de la dictadura y la organización constitucional de la república. Aquel es el momento culminante de la vida de Echeverría. Entre el aplauso de sus amigos, leyó para la Asociación, las *Palabras simbólicas* que eran la profesión de fe de la nueva generación argentina. De todo ello salió después el *Dogma socialista*; la complicidad de Echeverría en la fracasada Revolución del sur, y su fuga, que implicaba el destierro después del fracaso; sucesos todos de que he de tratar en un capítulo posterior, al estudiar las « ideas políticas de Echeverría » y la « Asociación de Mayo » como repercución social de sus ideas políticas.

Eran ya los días de 1840, los días de la sangre y del terror. Desde diez años atrás, Rosas había venido deslizándose, con su silencioso paso felino, como una fiera sobre su presa, que era la libertad de su pueblo. Avance oblicuo en la sombra, el éxito lo coronaba, y allí habría de permanecer otros diez años, hartándose en la sangre de su víctima. Caía Pedro Castelli, degollado en Dolores; caía Marco Avellaneda, degollado en Tucumán, los dos jóvenes héroes del fracasado alzamiento que Echeverría engrandeció con sus doctrinas y sus cantos antes y después del año terrible.

V

Hemos seguido hasta aquí el desarrollo cronológico de la vida de Echeverría, hasta el momento en que, como tantos argentinos ilustres

de su generación, tuvo que expatriarse, buscando refugio en tierra más hospitalaria. La vida del poeta puede así dividirse, para mayor claridad didáctica, en cuatro períodos, que corresponden a cuatro parágrafos del presente capítulo : el primero, desde su nacimiento hasta su viaje a Francia (1805-1825) ; el segundo, desde su llegada a París hasta su regreso al Plata (1826-1830) ; el tercero su residencia en Buenos Aires, que es la etapa fecunda de su vida (1830-1840) ; y el cuarto ese destierro de once años, hasta su muerte en Montevideo (1840-1851). Con este último período, que clausura su vida, voy a finalizar este capítulo.

Fué propósito de Echeverría, cuando organizó la Asociación de Mayo, que la juventud se desvinculase de los dos partidos que venían ensangrentando la república sin constituirla. Ni unitarios, ni federales, aquellos ciudadanos iniciarían el estudio de nuestro problema social y divulgarían su doctrina en el pueblo, preparándolo para la obra civil que se proponían. Tan noble ideal no pudo realizarse, porque las pasiones de los bandos precipitaron los acontecimientos. Mientras Rosas fomentaba en la sociedad el alzamiento plebeyo y en el gobierno la dictadura, los unitarios se obstinaban en un desquite imposible, con la misma bandera vencida en tiempos de Rivadavia. Pero los acontecimientos se precipitaron, movidos por el anhelo de hacer abortar la tiranía, cuyo signo fatal ya no era un enigma. Así estalló la Revolución del Sur y así se produjo la invasión de Lavalle. Uno y otro alzamiento fracasaron, en la forma que nuestros historiadores políticos han minuciosamente referido. Echeverría no hubiera podido excusar su solidaridad con ambos acontecimientos ; y aunque antes había sostenido que « emigrar era inutilizarse para la patria », no tuvo más camino que el de la expatriación, ante el general desbande y la sangrienta reacción que comenzaba.

En el pago de Giles, con gentes del lugar y de las estancias vecinas, entre las cuales se contaba Juan Antonio Gutiérrez (hermano de Juan María), subscribió un manifiesto contra Rosas que puede verse en la *Revista del Río de la Plata* (t. I, pág. 59), fugando después al extranjero por la costa de Buenos Aires. Merodeaban por allí algunos barcos del bloqueo francés, que habían favorecido el desembarco de Lavalle y la fuga de los vencidos. El poeta rebelde fué recogido por la fragata *Expeditive*, sin más avío que sus ropas, en las márgenes del Guazú, y a bordo de ella pasó a la Colonia del Sacramento. Esto ocurría a fines de 1840. Muchos argentinos, desde tiempo atrás, vivían refugiados en aquel pueblo uruguayo. A mediados de 1841 se trasladó a Montevideo,

y allá permaneció, durante el sitio largo, soportando miserias y dolores hasta el año de su muerte.

Los primeros versos de Echeverría en la expatriación fueron escritos en la Colonia, para celebrar el 25 de mayo, pero no ya como lo habían hecho los poetas de la revolución, cuando la libertad naciente henchía los corazones con su heroica esperanza. Los himnos a la patria surgían en la nueva época mezclados al grito de la desesperación o de la cólera, hasta alcanzar su nota más aguda en la lira de Mármol. No fué menos valiente la musa civil de Echeverría, y él fué de los primeros que hizo de la poesía un arma contra el tirano, sobre todo a partir de la proclamación en verso que se titula *A la juventud argentina* (1). Otras imprecaciones análogas habrían de reaparecer en poemas ulteriores. A ese mismo período de la expatriación pertenecen estos sencillos versos escritos para el album de una porteña que regresaba a Buenos Aires, y en los cuales el poeta se hace intérprete de las nostalgías que aquejaban a todos sus compañeros del exilio :

Huérfanos de la patria, proscriptos caminamos,
Sin saber si mañana la luz veremos de hoy,
Si tendremos almohada do reclinar la frente,
O si del Plata oiremos el mágico rumor.

Felices si encontramos en la penosa marcha
Quien nos haga una ofrenda de amistad o de amor,
Quien cambie con nosotros simpática mirada
O nos dé al despedirnos un generoso adiós.

Dichosa tú que vuelves a respirar la vida
Del aura embalsamada que tu cuna arulló,
Y llevas para alivio de congojosas horas,
Tesoro de recuerdos como el que yo te doy.

No fué Echeverría un militante asiduo del periodismo ni de la defensa armada durante el sitio de Montevideo. Sus dolencias físicas, y cierta

(1) Puede verse esta composición en las *Obras completas*. Menéndez y Pelayo, en su *Antología hispanoamericana*, la incluye también (t. IV, pág. 238). Consta de seis partes, en diverso metro, según la moda romántica. Forma primitiva de este poema debió ser la que, con el mismo título, ha publicado Urien en autógrafo *(op. cit.*, pág. 1). Esta lleva la fecha de 1837 en Buenos Aires. Escrita quizá para los jóvenes de la Asociación, la amplió en extensión y espíritu después de 1840. (Véase fig. 14, página 153).

misantropía neurótica que invadió su ánimo entonces, fueron, quizá, la causa de su apartamiento en esas labores activas del servicio, donde el periodista Varela y el artillero Mitre descollaron. Colaboraba, sin embargo, tal cual vez en la prensa, y en alguna, al toque de peligro común, hubo de presentarse con sus armas en la murallas, por Oribe cercados y por Pacheco y Obes defendidas. Tiempo será de verlo en aquel ambiente militar, cuando estudiemos en el capítulo que se llama *La nueva Troya*, la suerte de nuestros emigrados en la ciudad uruguaya que fué, durante nueve años, baluarte de las libertades argentinas.

Y como todo no fué rumor de guerra en aquel castro, y como también se hacía labor intelectual entre las murallas del sitio, el poeta prefirió estas otras formas de servicio en la resistencia. Datan de aquella década terrible sus ensayos sobre estética, moral, educación, economía e historia, que completaron su doctrina del *Dogma*, y sus poemas *Avellaneda*, *El Angel caído* y *La Guitarra*, que en ingenuo esfuerzo renuevan las teorías estéticas de *La Cautiva*. Todo ello alternado por sus labores en el *Instituto histórico*, que Andrés Lamas fundó ; por sus discursos en alguna fiesta cívica ; por sus colaboraciones en algún periódico ; y por sus cartas y propaganda oral en las tertulias (1).

Pasaban los años, y la melancolía que lo abrumaba iba creciendo junto con el desgaste de su salud y con el quebranto de sus ilusiones políticas. Rosas parecía cada año más seguro en la posesión de su despotismo ; las campañas de Paz y de Lavalle habían fracasado : habían fracasado también las intervenciones armadas de Francia y de Inglaterra ; las catorce provincias yacían inermes bajo sus catorce déspotas sombríos. Una fe inquebrantable mantenía a los sitiados ; una obstinación siniestra a los sitiadores. Sus dos amigos fraternales de la primera época, Gutiérrez y Alberdi, se habían trasladado a Chile, dejándole más solo con sus querellas. Fruto de esos tristes años fueron el *Don Juan* y el *Ramiro* de sus poemas, protagonistas que trasuntan las propias desesperaciones y desabrimientos del autor. Escribíale a Sarmiento, que estaba en Chile, enviándole su *Manual de educación cívica* para ver si los diarios se lo hacían aceptar en las escuelas (2). Escribíale

(1) Colaboró en periódicos tan serios como el *Comercio del Plata*, de Florencio Varela, o tan agresivos como el *Muera Rosas* y *El Nacional*. Publicó versos y artículos, no siempre de carácter polémico. Entonces aparecieron sus *Cartas* a Angelis sobre el *Dogma*. Sobre sus colaboraciones, véase : Zinny, *Historia de la prensa periódica en el Uruguay* Tiene. índice alfabético por nombre de autores.

(2) Véase la carta en Urien, *op. cit.*, página 94.

a Félix Frias, que estaba en París, enviándole los originales de *El Angel caído* y su retrato, para que los hiciera imprimir en el *Correo de Ultramar* (1). Escribíale a Alberdi, quejoso porque Sarmiento había dicho mal de él, y porque Gutiérrez no contestaba a sus cartas, y porque sus émulos no reconocían su parte de mérito en el movimiento de ideas políticas y literarias que iniciaron en 1837 (2). Soñaba aún con la gloria el pobre desterrado, y al verse sin honores, sin patria, sin mando, sin fortuna, sin salud, debatíase en la soledad quejosa, clamando a la amistad ausente o apelando a la posteridad, que fué su única esperanza, en alguna hora de fugaz y no errado optimismo. Una carta a Alberdi *(Póstumas*, t. XV, pág. 78), fechada en 1844, recomendábale que no dejaran de insistir sobre las ideas del *Dogma* y los propósitos de la disuelta *Asociación de Mayo*, « porque es el único título que podrá recomendarnos en el porvenir y que no podrán, por más que hagan, arrancarnos nuestros antagonistas ».

Por fin, después de tantas agonías físicas y morales, la vida del poeta se extinguió « a consecuencia de una afección pulmonar », que acaso no era sino la crisis de su vieja dolencia. Era el 19 de febrero de 1851, a las diez de la mañana. Su cadáver fué velado en otra casa que la suya mortuoria, acaso porque viviera entonces muy pobremente (3). Si he de atenerme a datos que publicó *La Razón* de Montevideo, el 12 de septiembre de 1905, con motivo del centenario de Echeverría, la casa del velorio, en la calle Misiones, pudo ser la del antiguo *Comercio del Plata*, donde a la sazón habitaran Valentín Alsina o los herederos de Florencio Varela. A los funerales, celebrados en la catedral, quizá a expensas del gobierno, asistieron los prohombres de la defensa, entre ellos el presidente Suárez. En el entierro hablaron el poeta uruguayo Acuña de Figueroa, en nombre del instituto de Instrucción Pública, y el poeta argentino José Mármol, en representación de los emigrados. Extinguíase así, en la pobreza y en la emigración, el iniciador del romanticismo literario y del liberalismo democrático.

El alba de Caseros no despuntaba aún. Rosas seguía en el poder ; el pueblo argentino en su envilecimiento. La generación que el maestro adoctrinara quince años atrás, había sido dispersada por aquella fatalidad de hierro y sangre que fué la tiranía. Moría como un fracasado el

(1) Véase la carta en Urien, *op. cit.*, página 119.

(2) Véase las cartas en Alberdi, *Obras póstumas*, tomo XV, página 772 y siguientes.

(3) Véase *Obras completas*, t. V, p. LXXI. Testimonio de Mitre.

gran proscrito, tal vez sin presentir que dos años más tarde el déspota caído estaría desterrado, y su patria encaminada hacia el luminoso oriente que el poeta anunció.

Los restos de Esteban Echeverría se han perdido. Depositados en el panteón de Montevideo, que estaba junto a las murallas y que utilizaban como campamento los defensores. La injuria del tiempo en tantos años, el trajín de la soldadesca, el fuego de los cañones enemigos, rompieron las tumbas, quebraron las lápidas, aventaron las gloriosas cenizas. En vano fué buscarlas en 1905, con motivo de su centenario, cuando aquí en Buenos Aires inaugurábase su estatua erigida en Palermo por subscripción popular a iniciativa de la juventud.

Y ese percance póstumo, ha sido el último de su dolor y de su gloria.

CAPÍTULO II

EL ROMANTICISMO AMERICANO

I. El ambiente colonial : tradición monacal en la vida y en el arte. Nueva posición filosófica de Echeverría. Su « ensayo sobre el arte », intitulado : *Forma y fondo de las obras de imaginación.* — II. Análisis de las ideas contenidas en este opúsculo. « El argumento y la expresión en la obra de arte. » Valor de la belleza como espíritu : función del arte como técnica de la expresión. — III. Clasicismo y romanticismo. Situación de estas ideas. Fecundidad del nuevo credo. Aplicación de esta doctrina en América. — IV. Influencia de Víctor Hugo y de Víctor Cousin. Valor personal de tales ideas en la obra de Echeverría. Su significación en la literatura argentina. Caracteres peculiares del romanticismo americano.

I

El pensamiento argentino, durante la era colonial, se caracterizó por su obediencia a los dogmas. La duda era un pecado, la discusión era una falta, la acción en libertad era un delito. Acataron nuestros antepasados los dogmas filosóficos cristalizados en la teología ; los dogmas políticos personificados en el monarca ; los dogmas literarios reglamentados en el aula de latinidad o de retórica. En tal ambiente de quietud mental o de disciplina colectiva, quedaban descartados los problemas del arte. No existía el teatro, y cuando Vértiz lo fundó provocó la protesta del clero atribulado. Libros de imaginación no circulaban, y hasta el *Paraíso* de Milton era poema prohibido. Las artes plásticas se reducían, también, a la precaria imaginería de los oratorios. Estampas de asunto mundano eran destruídas por los agentes del Santo Oficio. En carta del 31 de diciembre de 1796, decíale don Juan Ortiz al doctor don Joaquín Castellot, en Buenos Aires, a propósito de unos papeles para envolver efectos de comercio, que acaba de descubrir : « He tenido que hacerlos menudos pedazos, pues, a juicio de más de un sujeto docto, no podían tolerarse, ya por sus alusiones, ya por su desnudez : particular-

mente una, al parecer Venus, estaba intolerable»... «En otros papeles pintados que han venido de Barcelona (añadía) he visto y recogido horror de figurillas y alusiones que me parece pueden causar ruina espiritual. Tal es uno, donde, al parecer, se representa el globo terráqueo rodeado de flores y una figura, al parecer Cupido, que vuela sobre él con un mechón encendido, que, según parece, va a abrasarlo en su impuro fuego... (1). » ¿Cómo hubiera podido en tal ambiente florecer, para nuestros padres coloniales, una verdadera filosofía del arte? Y suerte análoga a esas estampas de Cupido y Venus, tocábale a otras formas de belleza. La arquitectura no había podido ni siquiera nacer en una sociedad pobre, que formaba una heterogénea colonia sobre una pampa sin piedra. La música era casi inconsciente, pues yacía, embrionaria, en el ritmo lascivo de bailes populares, o en la tonadilla ligera de farsas y mojigangas, o en el gangoseo de los cantos eclesiásticos, con su pobre liturgia de aldea. La poesía lírica, a su vez, se ahogaba en el silencio del amor, igualmente prohibido, o en la prosa difícil de los confesonarios. Y así, privado el hombre de nuestra edad colonial de casi todas las experiencias en que se funda la estética, nuestra filosofía del arte debió reducirse a la enseñanza que daba el profesor de escolástica, ya disertando sobre la belleza en sí misma, como atributo metafísico de la divinidad, o ya dogmatizando sobre la belleza como expresión poética, según la tradición retórica que a nosotros llegaba en duras reglas, eslabonando, desde Aristóteles hasta Luzán, la cadena de nuestra esclavitud literaria.

Esa dogmática influencia se prolongó hasta más acá de la revolución de 1810, y no llegó el momento de comenzar nuestra emancipación intelectual hasta la aparición de Esteban Echeverría. Educado en París, Echeverría trae al Plata la corriente que pone a la juventud argentina en contacto directo con el pensamiento europeo, sin mediación de España y hasta con mengua de la tradición española. Él abre para la juventud de su tiempo los hontanares que colmó de agua fecunda la Grecia de Platón y la Italia del renacimiento y la Alemania del romanticismo. Sembrador de doctrinas políticas, económicas, literarias, su siembra espigará en la obra de Mitre, de Sarmiento, de Mármol y especialmente de Alberdi, López y Gutiérrez, que se confesaban sus discípulos. Pero si esta acción general del pensamiento de Echeverría ha sido ya consagrada hasta en las formas de la estatua pública, no sé que se haya

(1) Medina, *La inquisición en el Plata*, página 256. Véase también *Los Coloniales*.

caracterizado suficientemente, dentro del cuadro cíclico de sus doctrinas, el valor revolucionario de sus ideas estéticas.

Esteban Echeverría tuvo no sólo un ideal literario, concorde con las fórmulas ya entonces consagradas del romanticismo francés, sino que tuvo una doctrina estética, de índole filosófica más general. No me refiero a principios tácitos, que él hubiera implicado en la realización de una obra poética como *La Cautiva*, por ejemplo; no tampoco a apostillas de una propia obra, como ese prólogo del *Cromwell*, donde la escuela de Hugo tuvo su manifiesto de guerra; no tampoco a opiniones ocasionales que, recogidas más tarde, pueden esclarecer lo que un poeta o filósofo fragmentario pensaron acerca de los principales temas de la cultura (1). La doctrina estética de Echeverría fué expresada por él en un breve opúsculo, cuyo mérito no reside en su extensión, pues apenas si alcanza el límite de lo que llaman los ingleses un «ensayo». Pero aun así, dentro de las 35 páginas en que lo editó su fiel amigo Juan María Gutiérrez, este pequeño *tratado de estética* vale por su coherencia, por su claridad, por su método. Pudiera citar las circunstancias del momento y del medio que aquilatan del todo su valor: tales, por ejemplo, la novedad del tema entre nosotros; la desinteresada posición filosófica que en esas páginas asume; la audacia revolucionaria de sus ideas, mensurable por los tres siglos de retórica colonial contra las cuales reaccionaba y por la trascendencia de esa liberación, cuyo eco aún sentimos en la esfera de nuestras letras. Mas, a pesar de ser todo eso muy importante, prefiero reducir este comentario a las cualidades intrínsecas de esa obra por el valor filosófico de su pensamiento y la estructura orgánica de su propia exposición.

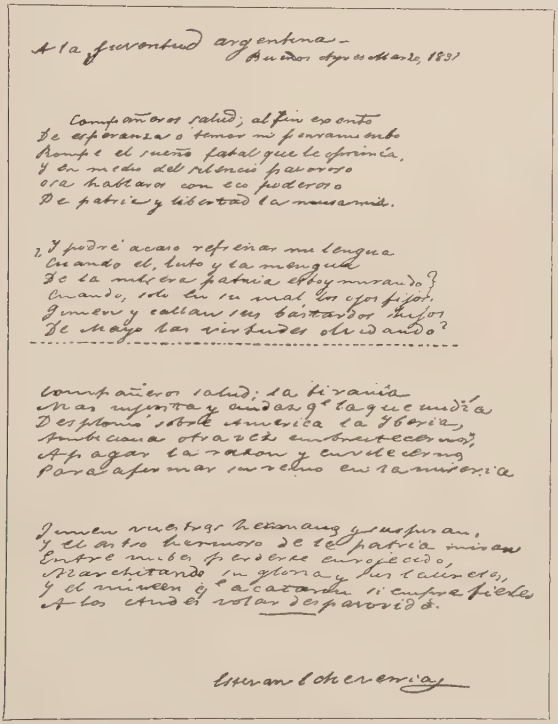
II

Al comentar este ensayo de Echeverría, no creo hacer el descubrimiento paleográfico de la obra, puesto que está ya publicada (2), sino esclarecer sus ideas y vitalizar un texto muerto, por el desdén con que los argentinos miramos los humildes orígenes de nuestra propia cul-

(1) Véase en la parte histórica de la *Estética*, de B. Croce, algunas opiniones fragmentarias de escritores que no han sido propiamente estetas.

(2) Véase *Obras* de Echeverría tomo V, página 74, y *Revista del Río de la Plata*, tomo V, página 360.

tura. Con todos sus desmayos como poeta y sus caídas como pensador, Echeverría ha sido uno de los libertadores del pensamiento argentino; uno de los precursores de la filosofía nacional; y en estética y en política, un maestro de nuestros maestros. Aun cuando más no fuese por esa posición privilegiada que le concedió la historia, merecerían sus páginas ser releídas por las nuevas generaciones. Los jóvenes artistas



A la juventud argentina —
Buenos Aires, 1837

Compañeros salud; al fin es cierto
De esperanza o temor mi pensamiento
Rompe el sueño fatal que le oprimía,
Y en medio del silencio pavoroso
Ora hablarme con voz poderosa
De patria y libertad la musa amada.

¿Y podré acaso refrenar mi lengua
Cuando el luto y la mengua
De la infeliz patria estoy mirando?
Cuando, ¡oh tú en tu mal! en ocio infame,
Gimen y callan los bastardos hijos
De mayo las virtudes olvidando?

Compañeros salud; la tiranía
Mas injusta y cruda que la que ayer vestía
Desplomó sobre América la gloria,
Sumiéndola otra vez en la abyección más
Apagar la razón y envilecernos
Para aherrojar mejor en la miseria

Gimen vuestros hermanos y suspiran,
Y el santo hermoso de la patria miran
Entre nubes, preso de ese oprobio,
Maldiciendo su gloria y sus laureles,
Y el nombre y la cadena de sus fieles
A los crudos rotar despavoridos.

Esteban Echeverría

Fig. 14. — Autógrafo de Echeverría (según C. M. Urien, *op. cit.*)

nacionales y profesores de retórica deben volver a ellas, seguros de que hallarán, sugeridas por el esteta romántico del Plata, muchas de las más « recientes » doctrinas, desde el « instrumentalismo » de Rimbaud hasta el misticismo de Bergson. Echeverría no es quien las inventa, desde luego; no es tampoco Echeverría quien las lleva a una altura ni a una amplitud geniales. Defino, al apuntar esa filiación de doctrinas, su posición cronológica y su valor en la cultura de nuestro país.

Trata primero Echeverría en su ensayo, sobre el « fondo y la forma en las obras de imaginación »; luego diserta sobre la « esencia de la poesía »; plantea más adelante la oposición, entonces actual, « entre clasicismo y romanticismo »; escribe después algunas « reflexiones sobre el arte »; y clausura el opúsculo con sus opiniones sobre « estilo, lenguaje, ritmo y método expositivo ». Hay en el desarrollo de estos capítulos un encadenamiento lógico. Las ideas que en cada uno de ellos se apunta, sírvenle de premisa a las siguientes. Lo que en una página se dice, parece surgir, como espontánea consecuencia, de las páginas anteriores. Si partiendo de hipótesis generales sobre la belleza y el arte sus ideas van a concluir en temas relacionados con la retórica, nada está, sin embargo, más lejos de la fosilizada ciencia de Boileau. Rehuye como a designio toda regla; simplemente sugiere. Un hálito de espiritualismo infunde vida a su discurso, apartándolo de toda triste pedagogía. Promueve ideas en el artista adulto; pero también pudiera despertar la vocación de un neófito adolescente. Erige hacia un extremo al hombre con la libertad de su conciencia; hacia otro, a la naturaleza con el misterio de sus formas: entre una y otra antena, teje la red de su teoría del arte, formada toda de hebras tenues, hilos de ensueño, pensamientos sutiles que resplandecen a la luz del ideal.

Yo exagero, quizá, el valor de esas páginas, atribuyéndoles lo que ellas me sugieren; pero lo que nadie podría negar en ellas, es la libertad revolucionaria de las teorías, la audacia cortante de la síntesis, el fecundo espiritualismo de la intención. Para Echeverría, la belleza está en el alma; es una idea, como para Platón. « El estatuario, como el poeta, conciben una idea; pero esa idea está en germen en el cerebro, mientras no la representan al sentido: el uno revistiéndola de mármol, el otro en las formas de la palabra. » Se advierte aquí la concepción dualista del cosmos, que es espíritu animador y materia animada por aquél, o sea lo que llamamos la divinidad y la naturaleza, en el universo; el alma y el cuerpo, en el hombre; la belleza y la forma, en el arte. El arte, el cuerpo y la materia quedan, por consiguiente, del lado de los sentidos; la belleza, el alma y la divinidad, del lado de las ideas madres. « La forma de toda obra de arte — agrega nuestro filósofo — comprende la armazón o estructura orgánica, el método expositivo, el estilo o la fisonomía del pensamiento, el lenguaje o el colorido, el ritmo o la consonancia silábica y onomatopéyica de los sonidos, y el fondo son los pensamientos o la idea generatriz que, bajo esa forma, se trasluce y da a ella completo y característico ser. Así es que puede decirse que el

fondo es el alma, y la forma el cuerpo u organismo de las creaciones artísticas. » En esa dualidad espiritualista estriba la doctrina, y por ello pasa a considerar la obra de arte como ser viviente, acercándose a los estetas vitalistas y biólogos, cuando dice: « En toda obra verdaderamente artística el fondo y la forma se identifican y completan y de su íntima unión brota el ser, la vida y hermosura que admiramos en los partos del ingenio. » Pero las formas externas de la obra de arte realizada entran en un dominio filosófico distinto de los problemas metafísicos inherentes a la belleza en sí. De ahí que los estetas sensualistas o materialistas sólo afrontan una faz del problema, mientras los otros, los de la familia de Platón y Plotino, entre los cuales Echeverría se contara, ven el problema en su integridad. El plantear por intuición la cuestión esotérica de la belleza inmanente, no les impide conocer por experimentación la cuestión exotérica de la belleza manifestada en el arte. Por eso, si Echeverría se acerca a los biólogos, porque considera la sinfonía o el poema como un ser vital, también se les acerca porque considera la influencia del ambiente en el modelo, del individuo en el estilo, de la raza en cierta fisonomía que emparenta las obras de un arte nacional. Y halla tal semejanza, no sólo en tipos de un solo arte, sino entre artes diversos de una sola nación. « Las formas de la poesía indostánica son colosales — dice, — monstruosas como sus ídolos y pagodas; las de la poesía árabe, aéreas y maravillosas como los arcos y columnas de sus mezquitas; las de la griega, regulares y sencillas como sus templos; las de la moderna, pintorescas, multiformes, confusas como las catedrales góticas, pero profundamente simbólicas (1) ». Insiste Echeverría en varios capítulos sobre el carácter nacional del arte: « Así obrando incesantemente, la humanidad progresa y convierte en hechos *visibles* todas las ideas que la contemplación del externo mundo le inspira », escribe en cierto pasaje, para concluir en seguida, de un modo más imperioso y concreto: « claro está que el arte debe ser el vivo reflejo de la civilización, revestir en las diversas épocas de su desarrollo forma distinta y aparecer con caracteres especiales en cada sociedad, en cada pueblo, en las diferentes edades que constituyen la vida de la humanidad, y así como cada nación tiene su religión, sus leyes, sus ciencias, sus costumbres, su civilización, en fin, debe tener su arte ». Es bien sabido cómo Echeverría procuró realizar estas mismas ideas en el arte que cultivaba.

(1) Estamos con ello, según se ve, en el mismo campo en que Taine se colocara más tarde al estudiar el arte como una flora espiritual, aunque con otro criterio.

Si entre sus varios poemas, inspirados por igual intención nacionalista, no logró sino con *La Cautiva* acercarse un poco a su ensueño, esa tentativa sola bastaría para demostrarnos el arraigo de su convicción por el arrojo de su doctrina revolucionaria. Es sabido asimismo que, como otros escritos suyos, el *Dogma* incluyó, entre los fines de su ideal político, la actividad del arte dentro la nacionalidad.

Cuando una idea de arte, cuando una de esas superiores entidades de belleza, misteriosamente reveladas al alma del artista, llega a encarnarse en su forma genuina, entonces nace la obra maestra, la creación genial, el nuevo sér de vida duradera. Este sér, ajeno a la utilidad de la industria y a la moral de la religión, participa de la índole de ambas sin confundirse con ellas. Por eso dice Echeverría : « Divina, por cierto, es la misión del arte : y si bien no aparece a primera vista tan palpable su objeto y tan manifiesta su importancia a las sociedades poco ilustradas o embebidas aún en el arduo empeño de mejorar su condición civil y política, su bienestar e interés ; él, sin embargo, a la par de los elementos de la civilización, ejerce secretamente una poderosa influencia y va recobrándola con el progreso de la cultura y el tiempo. » Con tales palabras, nuestro buen filósofo afirma la acción civilizadora del arte, sin caer en la bagatela burguesa (o socialista) del arte docente. La belleza educa por sola acción de presencia, y la verdadera obra de arte purifica al hombre por influjo místico — o pragmático, si queréis, — independientemente de su contenido conceptual.

Planteada la cuestión estética en la amplitud de esa perspectiva mística, la división de las artes, de los géneros y de las escuelas, pierde toda importancia desde el punto de vista filosófico, pues se convierte en mera cuestión de técnica. Así lo comprende Echevarría, quien, si no lo dice, sugiere la unidad esencial de las artes y simplifica la división retórica de los géneros literarios, reduciéndolos a tres, como otros maestros clásicos : la *lírica*, que canta ; la *épica*, que narra ; la *dramática*, que presenta la acción con sus personajes. Pero esta división es esencial, no formal. A diferencia del criterio retórico en la división de los llamados « géneros », estos tres se refieren a la índole misma de la concepción estética, o de la idea bella que se ha de manifestar. Y esa idea madre, a fin de cumplir su destino místico, requiere una absoluta libertad de manifestación, ya sea que engendre la *Iliada* o el *Quijote*, el *Promoteo* o el *Cuervo*. Si esa idea, al encarnarse, traiciona la belleza que es su origen divino, morirá fatalmente en el mundo de las formas ; pero no se tiene derecho a mutilarla o torcerla en nombre de la retó-

rica, obligándola a encarnarse dentro de formas convencionales. Tal cosa significa trocar en proceso mecánico lo que debiera ser proceso biológico. Por eso la « retórica » es absurda, si no queréis llamarla también inmoral: de ahí que hayan sido justas y necesarias a la cultura, las tres reacciones de libertad que el dogma estético ha soportado bajo los nombres sucesivos de Renacimiento, en tiempos de Shakespeare y de Lope; de Romanticismo, en tiempos de Hugo y Echeverría; de Simbolismo, con Wagner y Verlaine, en nuestro propio tiempo.

III

Con propósito más combativo, Echeverría desciende de esos principios de libertad a la cuestión concreta del romanticismo que entonces debatíase. « El romanticismo — dice — no reconoce forma ninguna absoluta; todas son buenas, con tal que represente viva y característicamente la concepción del artista. » Concibe, pues, el romanticismo, desde el punto de vista filosófico, como una necesidad vital de la belleza, y desde el punto de vista práctico, como un ejercicio de la libertad. En virtud de ese postulado, formula una asociación del problema estético y del problema político. « El espíritu del siglo — afirma — lleva hoy a todas las naciones a emanciparse, a gozar la independencia no sólo política, sino filosófica y literaria; a vincular su gloria no sólo en libertad, en riqueza y en poder, sino en el libre y espontáneo ejercicio de sus facultades morales, y, de consiguiente, en la originalidad de sus artistas. Nosotros tenemos derecho para ambicionar lo mismo y nos hallamos en la mejor condición para hacerlo. Nuestra cultura empieza, hemos sentido de rechazo el influjo del clasicismo; quizá algunos lo profesan pero sin séquito (1); porque no puede existir opinión pública racional sobre materia de gusto en donde la literatura está en embrión y no es ella una potencia social. Sin embargo, debemos antes de poner manos a la obra, saber a qué atenernos en materia de doctrinas literarias y profesar aquellas que sean más conformes a nuestra condición y

(1) Se refiere, quizá, a su contemporáneo Juan Cruz Varela, autor de las tragedias *Dido* y *Argia* — de argumento clásico — y traductor de algunas odas de Horacio; o bien a su hermano don Florencio, que representaba al clasicismo en la crítica, después de la muerte de Juan Cruz.

estén a la altura de la ilustración del siglo y nos trillen el camino de una literatura fecunda y original, pues, en suma, como dice Hugo, el romanticismo no es más que el liberalismo en literatura. » Fiel a la huella de Hugo, cuyo alto nombre invoca, Echeverría planteaba para nosotros el problema del romanticismo, no como una querella escolástica, sino como un aspecto del más amplio problema de la libertad. Clamaba el maestro francés en vísperas de la dictadura napoleónica, y el maestro argentino disertaba en vísperas de la dictadura rosista, pero uno y otro bien sabían que formulaban su doctrina en países predestinados a ser hogares de la libertad.

Enhiesto ya en en la arena de la polémica, es en esta parte de su ensayo donde Echeverría lanza, breves y agresivos como proyectiles, sus juicios lapidarios contra la falange conservadora. « El pedantismo de las reglas logró formar sectas en Francia y dictar sus fallos desde los sillones de la academia... » « Él se encarnó en Boileau, escritor agudo y correcto a quien debe mucho la lengua francesa, pero mal poeta y peor crítico... » Bien se reconoce, en todo esto, la fuente huguesca de sus opiniones; pero más adelante, viniendo al campo de nuestra lengua, dice de un poeta entonces admirado : « Lástima da ver a Quintana, ingenio independiente y robusto, amoldando la colosal figura de Don Pelayo a las mezquinas proporciones del teatro francés, cuando por otra parte en sus poesías habla con tanta energía el espíritu nacional y se muestra tan español... » Pero todo esto escríbelo Echeverría, no por frívola pasión escolástica, sino por más honda inquietud filosófica; defiende el ideal de la libertad estética como poeta, del mismo modo que en el *Dogma* había defendido el ideal de la libertad política como ciudadano. Y así prorrumpe, al fin, arrancando a la mano del adversario el cetro de papel dorado con el cual se envanecía : « Los poetas modernos, que se han arrogado el título de clásicos porque, según dicen, siguen los preceptos de Aristóteles, Horacio y Boileau, y embuten en sus obras centones griegos, latinos y franceses, no han advertido que en el mero hecho de declararse imitadores dejan de ser clásicos, porque esta voz indica lo acabado y perfecto, y por consiguiente, inimitable. » Él comprendió que en los románticos reaparecía la verdadera actitud clásica; por eso dijo también que el poeta no reconocía otras leyes que la naturaleza, fuente viva de la belleza, y que en todo caso el poeta, desde que es un creador y un soberano, está llamado, no a recibirlas, sino a dictarlas.

Hay en este breve trabajo de Echeverría, otras páginas, igualmente

henchidas de nobles sugestiones filosóficas, destinadas a esquematizar la evolución histórica en culminantes obras de poesía. Alude, entonces, al contenido de la poesía moderna, y reconoce en la incorporación del cristianismo a la cultura, una nueva fuente de inspiración trágica para el hombre moderno. Lástima es que Echeverría no señale asimismo la incorporación del método experimental, del racionalismo científico y de la mecánica que fortalecieron el sentido de la realidad, sobre todo a partir del Renacimiento; pues en el conflicto de este nuevo elemento y del mito cristiano, reside la profunda tragedia moderna que se esboza en la *Comedia* de Dante, en el *Hamlet* de Shakespeare, en la *Vida es sueño* de Calderón, en el *Fausto* de Goete, en la *Bovary* de Flaubert, en *El cuervo* de Poe, pero que no aparece en toda su integridad sino en El *Quijote* de Cervantes.

Completa Echeverría su ensayo estético con algunas reflexiones sobre los atributos externos de la obra literaria. « El estilo — dícenos — es la fisonomía del pensamiento. » Eso estaría muy bien, si no se viese que, más adelante, confunde el estilo con la entonación. Eso es una confusión frecuente en los tratados de retórica. El estilo es, en realidad, una ecuación que resulta de nuestro más recóndito temperamento personal y la índole del asunto tratado. De ambos factores, el temperamento es invariable, cuando se tiene personalidad; mientras el asunto, en cambio, varía. Ese cambio del asunto da la entonación seria o cómica, grandilocuente o familiar, lírica o trágica, de nuestra composición. Esto varía como la luz ambiente y la emoción interior sobre nuestra fisonomía invariable en su tipo esencial. « Eso » que permite reconocer nuestro rostro a través de la claridad y la sombra, de la risa y el llanto, de la juventud y la vejez, de la salud y la enfermedad, es lo equivalente de la fisonomía espiritual que llamamos « estilo »; lo otro es elemento variable en la obra de arte — luz ambiente o emoción interior de la criatura imaginaria — todo cuanto se traduce en el tema, en el « género » o en la intención. Si estableciésemos un paralelo entre el discurso oral y el discurso mental, yo diría que como la voz — ya baja, ya alta, ya triste, ya alegre — tiene un *timbre* individual que permite reconocer a su dueño en la obscuridad o a la distancia, así el pensamiento poético tiene también su timbre individual. El estilo es el timbre del discurso mental, y gracias a él reconocemos a nuestros autores. Por él se revelan los poetas verdaderos, cuando, a través de la entonación variable, logran salvar en la palabra propia el eco auténtico de ese timbre interior.

Fuera de esa disidencia, me place ahora señalar algunas otras sentencias de Echeverría, que desde luego atraen la atención por su laconismo, por su profundidad, por su valentía. Él es quien dice en este mismo ensayo sobre las formas exteriores del discurso : « Quevedo es el escritor español más rico en formas de estilo... » (¿Necesitaré apostillar que nunca fué Quevedo autor muy leído, ni debidamente estimado como escuela de vigorosa prosa castellana?) « Imitar estilos es como hablar sin pensar... » — dice más adelante Echeverría. Y luego : « El estilo es inimitable puesto que nace como asido a la forma del pensamiento, al cual caracteriza y completa... » Y luego : « Distínguese principalmente por el ritmo, el estilo poético del prosaico ...» Y luego : « Sin ritmo no hay poesía completa ...» Y luego : « En la lírica es donde el ritmo campea con más soltura, porque entonces puede propiamente decirse que el poeta canta ... » ¿No es todo esto, en verdad, la teoría de la versificación moderna, y la justificación de casi toda la reforma métrica del simbolismo contemporáneo?

Pudiera, tal vez, juzgarse que, escritas estas páginas con simpatía cívica por la personalidad de su autor y con simpatía filosófica por su estética espiritualista, doy a frases ocasionales una trascendencia desmesurada. Pero es el propio Echeverría quien justifica mi glosa, cuando en este mismo ensayo habla de las infinitas posibilidades musicales del castellano : « Los afijos simples y dobles, los esdrújulos, las terminaciones agudas, la variedad de metros no sujetos, como los alejandrinos, a cesura fija y el libre uso y combinación de la rima en la estrofa, dan a la lengua castellana una ventaja incontestable sobre la italiana y francesa para los efectos rítmicos. » Habla también Echeverría sobre la posibilidad de sugerir el contenido nacional del poema, y hasta el paisaje que se desea describir, y ejemplifica entonces con Víctor Hugo : « Hugo pinta igualmente por medio del ritmo y los sonidos, la silenciosa majestad del desierto, y el ruido, confusión y lamentos del incendio de Sodoma y Gomorra» (1). Comenta después, Echeverría, una balada de Coleridge, en la cual descubre también una concordancia del ritmo, ya acelerado, ya solemne, con el asunto de la composición, y por fin dice : « Hasta *las faltas de medida en la versificación parecen calculadas*, y sus versos son como una música en la cual las reglas de la composición se

(1) En el Hugo de las *Orientales* y de la *Légende des siècles*, son frecuentes otros ejemplos análogos a los que alude Echeverría. La influencia del verso de Hugo en los reformadores modernistas, por otra parte, es evidente.

han violado, pero para hablar con más eficacia al corazón, al sentido y la fantasía. » Todo esto es, ni más ni menos, « la teoría del poema » de Edgard Poe, y lo que cincuenta años más tarde repetían Mallarmé, Baudelaire, Verlaine, y salmodiaban aquí los coribantes del modernismo. Pero aún va más lejos en su teoría del verso nuestro, Echeverría, cuando explica el uso de palabras sin sentido aparente o de simples sonidos de sugestión misteriosa: « *Las brujas de Macbeth*, dice, *cantan palabras misteriosas cuyos extraños y discordes sonidos auguran maleficio...* » Y todo esto, nos lo revela sin perder de vista la lengua castellana, « mina rica » y mal explotada por « incultura filosófica », según asegura; y torna a elogiar a Quevedo, a Calderón, a Herrera, a León, a Lope; y lamenta el olvido en que los españoles de entonces tenían los tesoros medioevales y del siglo de oro. Y como si deseara serlo él (o presintiera a los que han venido más tarde), lamenta que no « aparezca en el seno de nuestro idioma ningún escritor de genio regenerando su lengua y su cultura intelectual ».

A la teoría del verso hizo converger, según lo vemos, los principios generales que sobre la belleza y el arte formuló en su ensayo. Pocas veces una teoría de la composición literaria ha sido formulada tan breve y claramente, y sobre todo con mayor libertad. Nada se parece menos a las reglas de un retórico que esas normas clásticas, sugerentes, que pregonaba Echeverría. Lástima fué que el poeta no pudiese llegar a las resplandecientes cimas de belleza platónica entrevistas por el amable filósofo. Cualquiera que haya sido su éxito en la realidad, su mérito queda en pie, por *La cautiva* como poeta, por el *Dogma* como político, por *El Matadero* como prosista y por este *Ensayo* como filósofo. Es, como esteta, un iniciador y un iniciador revolucionario. Su brazo titánico removía con él trescientos años de pseudoclasicismo autoritario, de presuntuosa retórica, de dogmatismo estéril. Alzábase no sólo contra el Luzán de las escuelas, sino contra Aristóteles y Boileau, borbones de la Bastilla literaria. La influencia de Echeverría, en su tiempo, fué justamente poderosa. Justa es, asimismo, la fama que lo acoge en la posteridad.

IV

Sólo me restaría, para concluir este capítulo, fijar en qué medida fueron originales las ideas de nuestro autor. Hijo de un almacenero vasco,

dado a parrandas del suburbio porteño en su primera juventud, enamorado y melancólico, nacido en una pequeña aldea de mercaderes contrabandistas y tímidos burgueses, vivió entre clérigos mestizos y soldados gauchos, hasta que partió de Buenos Aires para educarse en Europa. Debíale muy poco al medio nativo, a no ser la reacción a que lo obligaba nuestro pasado colonial. Su pensamiento nace en París y crece bajo la influencia de las ideas filosóficas que agitaron el alma francesa durante la primera mitad del siglo XIX. Fuera de las influencias difusas del romanticismo, desde Rousseau y Chateaubriand hasta Byron, y el Hugo del *Cromwell*, podría señalar otros maestros que influyeron concretamente en la orientación de su pensamiento filosófico. Debo citar, en primer término, al noble y casi olvidado Víctor Cousin (1). Echeverría, durante su residencia en París, frecuentó los cursos de la Sorbona y de l'École normale; tomó anotaciones de las conferencias que escuchaba; estudió varios idiomas; leyó a casi todos los filósofos entonces en boga. Cuando volvió a Buenos Aires, vulgarizó entre sus amigos de la «Asociación de Mayo» la bibliografía de eclécticos y románticos. Lammenais, Lerminier, Leroux, le eran familiares. Conocía a Vico, a Kant, a Schlegel. Había leído a los modernos y a los antiguos. De modo que habiendo formado su cultura en un medio tan cosmopolita como París, en el «barrio latino» del romanticismo, y habiendo sido tan generales sus lecturas, las influencias filosóficas se me aparecen tan difusas en Echeverría como las influencias literarias. Si ha sido fácil clasificarle, en letras, dentro del romanticismo de Hugo, no sería difícil clasificarlo en estética dentro del eclecticismo de Cousin; dando así, en los dos «Víctor», el nombre de sus maestros más inmediatos y visibles. Pero así como *La Cautiva* no se parece a las *Orientales* sino en la doctrina, así el ensayo que he comentado no se parece a la filosofía de Cousin sino en la orientación espiritualista. Creo, en realidad, que hay en Esteban Echeverría el caso raro de un autodidacto que asimiló las más varias ideas, y que pensó después por cuenta propia, para su arte, para su tiempo, para su país. La estética que triunfaba en Europa, cuando él pasó su juventud en París, armonizábase de modo cabal con la propensión de su carácter, pues él pertenecía a esa progenie de almas elegidas que comienza en el inefable Platón y que sigue renovándose en la estética espiritualista de nuestros días.

El ensayo que acabo de comentar, salió a luz en 1874 (*Obras*, t. V).

(1) Véase: *Du Vrai, du Beau, du Bien*, y la *Histoire de la philosophie*, principalmente.

editado por Gutiérrez, que lo encontró manuscrito en el archivo del poeta. Considera Gutiérrez (nota de la pág. 74) que se trataba de primeros apuntes, para una obra más vasta, que probablemente Echeverría proponíase completar, aparejando al *Dogma*, que era programa de nuestra libertad democrática, este ensayo de estética: que habría de ser programa de nuestra emancipación intelectual. Trátase, como se ve, de una obra que no fué publicada en vida del autor, que acaso ni siquiera fué escrita en Buenos Aires, y que, posiblemente, no fué conocida de sus discípulos. Pero si la comparamos con las teorías literarias que Echeverría expuso en el prólogo de las *Rimas (Obras*, t. V, pág. 143) y con las ideas que sobre la poesía nacional formuló en el *Dogma (Obras*, t. IV, pág. 1), especialmente en la nota final de la *Ojeada*, en el número 11 de las *Palabras simbólicas*, y en diversos pasajes de sus *Cartas al Archivo*, comprobaremos que el ideario romántico circulaba ya, desde 1835, en la realización de su obra poética y en la prédica de su enseñanza filosófica. Encontramos, pues, lógico el considerar a Echeverría como el promovedor del romanticismo en América, según lo han considerado hasta hoy sus biógrafos y comentaristas. Así, el ensayo póstumo que aquí glosamos adquiere un valor restrospectivo, puesto que aclara, define y organiza la doctrina del maestro en los años anteriores.

Conviene, sin embargo, advertir que el romanticismo de Echeverría vino directamente de Francia al Plata, sin mediación de España; que alcanzó en América expresión completa antes que en España, o por lo menos independientemente del romanticismo español; y, por fin que el romanticismo americano se distingue del romanticismo español y del francés por caracteres que le son peculiares. Dichos caracteres, (por *La Cautiva*, el *Dogma* y el *Ensayo)*, son: 1° la alianza de la estética romántica con el liberalismo político de nuestra revolución emancipadora; 2° la entonación nacionalista que el arte, por su color local, y las ciencias sociales, por su método histórico, cobraron en nuestro medio; 3° el tono antiespañol de la prédica liberal de Echeverría y su escuela, al combatir no sólo contra la tradición clásica en letras sino contra la escolástica y toda forma de cultura hispanocolonial.

Tal es la verdadera posición del romanticismo americano que Echeverría fundara. De él se derivó una doctrina política que ha triunfado en el país, y una teoría literaria que más adelante debatiremos. Dejo, entretanto, fijado con este capítulo el punto de partida de una corriente intelectual que luego veremos continuada por los jóvenes escritores de aquella generación.

CAPÍTULO III

OBRAS EN VERSO DE ECHEVERRÍA

I. Vocación poética de Echeverría : su origen y su carácter. Iniciación reflexiva · su dificultad para versificar. Primeros ensayos : *Ilusiones* (París, 1829). Copiosa obra ulterior : *Elvira o La novia del Plata* (1832) ; *Consuelos* (1834) ; *Rimas* (1837). Otros poemas. Edición de sus obras completas por Juan María Gutiérrez (Buenos Aires, 1870). Totalidad de su obra versificada : más de 10.000 versos. — II. El poema *La Cautiva*. Estudio que se ha hecho de este poema en el tomo de *Los Gauchescos*. Superioridad de este poema comparado con *La guitarra*, *El ángel caído*, y otros. Juicio de Echeverría como poeta. Opinión de sus contemporáneos. Opinión de García Merou. Opinión de Menéndez y Pelayo. Opinión del autor. — III. Diverso criterio con que se puede juzgarlo : la crítica universal y la crítica local. Imperfección y fecundidad de su obra poética.

I

Refiere Echeverría en sus *Memorias* — esas notas autobiográficas utilizadas por Gutiérrez — que en París, después de 1830, se le despertó el sentimiento del verso, al estudiar la poesía europea. Por lo que ella revela sobre su psicología de escritor, bien vale trascribir la confidencia : « Durante mi residencia en París — dice — y como desahogo de estudios más serios, me dediqué a leer algunos libros de literatura : Shakespeare, Schiller, y especialmente Byron, me conmovieron profundamente, y me revelaron un nuevo mundo. *Entonces me sentí inclinado a poetizar ; pero no conocía el idioma ni el mecanismo de la metrificación española.* Era necesario leer los clásicos de esta nación. Empecé : me dormía con el libro en la mano, pero haciendo esfuerzos sobre mí mismo, al cabo manejaba medianamente la lengua castellana y el verso. »

El comentario de ese breve pasaje, publicado en las *Obras* y en la *Revista del Río de la Plata* (tomo I, página 16), nos plantea tres intere-

santes cuestiones: el manejo del verso, el dominio del idioma y los autores preferidos, en la cultura poética de Echeverría.

Cabe afirmar, después de su propia confesión, que no fué el verso en él un dón nativo, sino aprendida habilidad; que no poseía tampoco el verdadero genio de su idioma, sino el caudal lexicográfico; y que sus maestros fueron grandes poetas, pero poetas extranjeros a quienes hubo de leer, no pocas veces, en simples traducciones. Por más fecundo que haya sido su ingenio natural, su poder de asimilación, su fuerza de voluntad, su afán de gloria, siempre debió escapársele el secreto de la verdadera poesía. Secreto indescifrable: Echeverría es de nuestros poetas el que ha dejado mayor número de versos (¡tres volúmenes copiosos!) y, sin embargo, no ha conseguido modelar una sola estrofa perfecta, ni cincelar un solo poema digno de la antología, ni refundir, en un todo orgánico y viviente, el fondo y la forma de sus laboriosas creaciones. Siéntese, lo mismo en sus largos relatos que en sus breves confidencias líricas, la ingénita desarmonía que hay entre el indudable fervor humano que las inspira y la vacilante habilidad artística que las expresa. Lo más de sus obras versificadas padecen de excesiva reflexión en sus propósitos y de locuacidad o balbuceo en su lenguaje. A pesar de ello, su obra poética trajo un germen de renovación y de vida que fecundó las letras americanas: accidente histórico que confiere a sus versos (como ocurrió también a su prosa) una gloria superior a su mérito intrínseco, mas no por eso menos innegable.

Veinte años contaba cuando dejó su patria para ir a Francia, y no hay pruebas de que antes hubiera versificado en Buenos Aires, ni alcanzado otra iniciación lírica que la del canto al són de la guitarra, en los bailes populares, que fueron, por entonces, su goce estético preferido. Casi a los veinticinco años se le despertó el deseo de versificar, por iniciación reflexiva, llegando a componer un tomito intitulado *Ilusiones*, que quedó inédito y que a él mismo, no muy exigente de suyo, debió parecerle mediocre, como simple ensayo que era de su primera afición y de sus estudios en París. Al volver a Buenos Aires, después de 1830, empieza la cronología de sus obras poéticas, con breves poemas dados a la estampa en los periódicos, y de un cuadernillo — *Elvira* — que publicó anónimos, sucediéndose su obra por esta cronología: en 1832, *Elvira;* en 1834, *Consuelos;* en 1837, *Rimas*, tomito elegante que contiene el poema *La Cautiva* y que señaló el afianzamiento de su reputación. Después de su destierro, escribió en Montevideo varios poemas extensos: *La guitarra*, *El ángel caído*, *Avellaneda*, *Peregrinación de*

Gualpo, Insurrección del Sud, y preparaba, cuando lo sorprendió la muerte: *Pandemonium* y dos dramas de asunto americano: *Mangora* y *La Pola*. Hacia 1840 había empezado en Los Talas su *Insurrección del Sud*, y es posible que a la misma época pertenezca el cuadro en prosa intitulado *El matadero*, especie de cuento realista, que es su único trabajo en ese género. A dicha enumeración hay que agregar algunas canciones escritas en Montevideo, publicadas las más, y recogidas todas por el fiel Gutiérrez, en la edición de las *Obras completas*, donde tres gruesos volúmenes contienen más de 10.000 de versos (1).

La obra no puede ser más copiosa, como se ve; pero, a fin de facilitar la crítica, diremos que sus dramas fueron simples conatos, y el *Pandemonium* mero proyecto que tampoco llegó a realizarse. *Mangora* hubo

(1) La edición de Casavalle, dirigida por Gutiérrez, contiene: tomo I, *Elvira o la novia del Plata* (pág. 1–31), *La Cautiva* (pág. 33–135), *La guitarra o primera página de un libro* (pág. 137–225), *Insurrección del Sud de la provincia de Buenos Aires, en octubre de 1839* (pág. 227-273), *Avellaneda* (pág. 283-431); tomo II, *El ángel caído* (pág. 5-545); tomo III, *Los consuelos* (pág. 11-143), *Rimas* (pág. 158–185), *Poesías varias* (pág. 187–475). Los tomos tercero y cuarto de la colección contienen las obras de prosa, y del material en ellas publicado interesan al estudio de Echeverría como poeta, las siguientes piezas del tomo V: *Noticia biográfica de Echeverría* J. M. Gutiérrez (pág. 1–CI), *Juicios críticos* (pág. 1–CLVII, con la numeración romana así repetida), entre los cuales se transcribe uno de Pedro Goyena sobre la edición de las *Obras completas* (1870), otro de Florencio Varela sobre *Los Consuelos* (carta inédita de 1835); *Breves apuntamientos biográficos*, de J. M. Gutiérrez, publicados primeramente en la *Nación Argentina* (1862); *Bibliografía*, también sobre las *Obras completas*, por Bartolomé Mitre; *Esteban Echeverría*, por J. M. Torres Caicedo (París, 1863); *Necrología*, por Juan B. Alberdi (Valparaíso, 1851; *Esteban Echeverría*, por Miguel Luis y Gregorio Amunátegui (Santiago de Chile, 1861); *Exequias de Echeverría* (Del *Comercio del Plata*, dirigido por Valentín Alsina, Montevideo, 1851), y finalmente dos *Poesías*, una de Adolfo Berro, joven poeta uruguayo (1840) y la segunda de A. Magariños Cervantes, uruguayo también, con motivo de la muerte del poeta argentino (1851). El texto de Echeverría correspondiente al cuarto tomo está formado por artículos y fragmentos (pág. 1–430), de las cuales convienen al esclarecimiento de su obra poética las siguientes: *Peregrinaje de Gualpo* (pág. 1), *Cartas a un amigo* (pág. 20), *Fondo y forma de las obras de imaginación* (pág. 74-122, varios capítulos de su ensayo sobre estética literaria), *Advertencia de «La Cautiva»* (pág. 143), *Carta al doctor J. M. Fonseca* (pág. 152), *Dedicatoria de «Elvira»* (pág. 150), *La leyenda de don Juan* (pág. 410), *Rasgos autobiográficos* (pág. 430). En los tomos I, II y III hay algunas introducciones en prosa a los poemas, y notas a los mismos, que contribuyen a explicar su origen y carácter. Si esto se ha hecho con la *Insurrección del Sud* y el *Avellaneda*, debió hacerse lo propio con la dedicatoria de *Elvira* y el importante prólogo de *La Cautiva*. Pero esta compilación carece de todo plan lógico o cronológico. Si algún editor moderno quisiera publicar nuevamente las *Obras completas*, le aconsejamos revisar la ordenación seguida por Casavalle (o por Gutiérrez), que no es acertada.

de inspirarse en la tradición de Lucía Miranda, la heroína del Paraná, ya presentada en escena por Labardén; y *La Pola* hubo de inspirarse en la tradición de Policarpa Salavarrieta, la heroína de Bogotá, posteriormente presentada por Mitre en un juvenil ensayo teatral. Ambas nacían quizá de la emulación con Varela, que había compuesto la *Dido* y la *Argía,* dos tragedias clásicas, o con Mármol, que había compuesto *El Poeta* y *El Cruzado,* dos dramas románticos. Conocida es, además, la predilección que el romanticismo mostró por el teatro y por los temas legendarios, coincidentes, en este caso, con el ideal de Echeverría a favor de un arte americano. En cuanto al *Pandemonium,* poema narrativo cuyo solo título indica su carácter, hubiera sido el compendio de todos los defectos del *Gualpo,* o la *Guitarra* o *El ángel caído,* con su protagonista autobiográfico, veraz hasta en sus reminiscencias de Hugo, Espronceda, Byron y Goethe. Podemos asegurar que nada perdió la fama del autor con no haber realizado esos proyectos, pues había dado ya cuanto podía dar, y en tales rapsodias no hubiera superado lo que escribió en tiempos de mejor salud, de más esperanza, de mayor inspiración.

Todas las obras poéticas de Echeverría, las ya conocidas y las inéditas, fueron reunidas por Gutiérrez y editadas el año 1870, en las prensas de Carlos Casavalle. A partir de entonces, la crítica ha debido considerar este asunto en nueva perspectiva. El monumento demasiado vasto con que su amigo quiso favorecerlo, no lo ha favorecido. La figura casi legendaria del poeta, embellecida por la desgracia y el patriotismo, flotaba antes entre las emociones de la tradición oral: pero la generación que no lo conoció personalmente, más culta, más libre, más severa en cuestiones de arte, con erudición y método objetivos, en presencia del documento impreso, de las fuentes cosmopolitas y de la crítica extranjera, ha debido formular un nuevo juicio muy diverso del antiguo ditirambo. La fama de Echeverría ciudadano ha crecido en la posteridad, al par que la de Echeverría poeta declinaba. Hacer la historia de su fama, es hoy la mejor manera de hacer la crítica de sus versos.

II

La reputación de Echeverría como poeta habíase consolidado con *La cautiva* — que es su mejor poema — a partir de 1837. Ella lo impuso al elogio de sus contemporáneos más eminentes; ella popularizó su

nombre: ella continúa defendiéndolo en la posteridad. Para completar su impresión del ambiente pampeano, Sarmiento cita una estrofa del poema en el *Facundo*, y dijo lo siguiente: «Nuestro joven poeta Echeverría ha logrado llamar la atención del mundo literario español con su poema titulado *La cautiva*. Este bardo argentino dejó a un lado a *Dido* y *Argía*, que sus predecesores los Varela trataron con maestría clásica y estro poético, pero sin suceso ni consecuencia, porque nada agregaban al caudal de nociones europeas, y volvió sus miradas al desierto, y allá, en la inmensidad sin límites, en las soledades en que vaga el salvaje, en la lejana zona de fuego que el viajero ve acercarse cuando los campos se incendian, halló las inspiraciones que proporcionan a la imaginación el espectáculo de una naturaleza solemne, grandiosa, inconmensurable, callada, y entonces el eco de sus versos pudo hacerse oír con aprobación aun por la península española» (cap. II). Sarmiento no sabía versificar y era poco sensible a las sutilezas de la rima; pero en ese breve juicio fijó los tres caracteres que dan valor a dicho poema: reacción contra el clasicismo colonial, cuyo último representante fué Varela; novedad del tema, por sus elementos de color local; interés que sus descripciones pampeanas hubieron de merecer en la metrópoli del idioma.

No me detendré a estudiar *La cautiva*, porque yo la tengo analizada y juzgada en el capítulo XV de *Los gauchescos*. Al incluirla en aquel ciclo de nuestra poesía nativa he dado mis razones, señalando la singular preeminencia que le atribuyo dentro de la obra de su autor y dentro de la evolución del arte patrio. Ello no me ha impedido señalar allí mismo sus defectos de técnica, diciendo qué cosa falta a la psicología de sus personajes, al movimiento de su acción, al colorido de su escenario y a la fluidez de sus estrofas, para ser, de verdad, una obra maestra. Repetirlo en este sitio fuera una redundancia; pero ruego al paciente lector revea ese capítulo, por ser ese el mejor poema de Echeverría, y por ser sus defectos los mismos que reaparecen agravados en el resto de su obra, sin le compensación de otras calidades.

Veinte años después de muerto Echeverría, un crítico más apto que Sarmiento en materia de versos, don Juan María Gutiérrez, conocedor y amante de la poesía, poeta él mismo, y mejor amigo del autor que Sarmiento, divaga en su extenso juicio de las *Obras completas* — por él exhumadas — sin detenerse en la técnica de los versos, sin sutilizar en el análisis, sin profundizar en la emoción, destacándolo como poeta filósofo, en quien encarece sus doctrinas estéticas, su influjo docente, su ac-

ción social en la cultura argentina. Dentro de esa misma vaguedad se ha movido, por lo común, el juicio póstumo, sin señalar las fallas de *La cautiva*, ni discernir la varia jerarquía de los otros poemas, sin ponderar el valor de la obra en sí, fuera de lo simplemente histórico y dentro de lo puramente estético. Categorías, no anécdotas, buscamos ahora.

Y han sido sólo anécdotas, y no categorías, lo que hasta hoy dieron casi todos los glosadores de este poeta paradojal, inquieto y múltiple. Nada de lo que buscamos se hallará en los juicios pertinentes de Torres Caicedo, Mitre, Alberdi, Goyena, Florencio Varela y Amunátegui, que corren en la edición de las *Obras completas* (t. V); nada tampoco en otras rapsodias posteriores, como no sea el panegírico frenético o la evasiva innocua. Es menester llegar a críticos de nuestra época para encontrar un principio de discernimiento: críticos españoles como Menéndez y Pelayo o Valera; críticos argentinos como Oyuela o García Merou, que, sin compromisos de patria ni amistad o con aptitudes de gusto y cultura, han podido hablar más libremente.

El año 1894 publicó García Merou, en Buenos Aires, editado por Peuser, su ya citado *Ensayo sobre Echeverría*, libro de 250 páginas que, aunque dedicadas la mitad a los poetas de la revolución, dan testimonio explícito del alto aprecio que el autor sentía por su personaje, considerado como hombre, como ciudadano y como escritor. Pero García Merou era poeta, de gusto indudable y mansa inspiración. Educado en la vida diplomática y en el aprendizaje de ilustres literaturas, cuyos idiomas conocía, no pudieron escapar a semejante crítico, ni las reminiscencias y modelos de Echeverría, ni sus caídas como versificador. Aconsejo consultar esas páginas, porque ellas me eximen de repetir aquí la prueba de cuantas frases, recursos y « maneras » tomó Echeverría a Víctor Hugo, Musset, Chateaubriand, Lamartine, Goethe, Leopardi, Schiller, Byron; y cuantas tentativas de grandes poemas narrativos al modo de *Childe Harold*, o cuantos cantos al modo de las *Lamentaciones*, se malograron en la producción de nuestro poeta (1). No eludiré, sin embargo, la transcripción del pasaje que concreta el juicio que recordamos: « ¡Cuántas tentativas infantiles, malogradas por una incon-

(1) Algunos ejemplos abreviarán el comentario: « Gualpo se había cansado de todas las cosas, aun de la esperanza » (Echeverría); « *Mon cœur lassé de tout, même de l'espérance* » (Lamartine). « Eternidad, nada, abismos, horrorosos » (Echeverría); « *Eternité, néant, passé, sombres abîmes* » (Lamartine).

cebible pereza intelectual! ¡Qué abundancia de versos disonantes, flojos, cascados, sin timbre y sin elegancia, pululan en las páginas de *Elvira*, de *La guitarra*, de *El ángel caído!* Por una estrofa valiente, rotunda y armoniosa, nos vemos obligados a soportar largas tiradas de prosa rimada, sin brillo y sin color. La facilidad aparente de la versificación traiciona constantemente al poeta. Falta concentración en sus ideas, relieve y cinceladura en sus imágenes, pureza y nitidez en su lenguaje. Su forma es, a cada paso, floja y descuidada, y en poesía, como en todos los géneros literarios, sólo son dignas de vivir las obras de estilo irreprochable. No busquemos una disculpa en la generalidad del mismo mal difundido en los contemporáneos de Echeverría. La mayoría de ellos han muerto más o menos como poetas. Echeverría subsiste, porque, a despecho de esas deficiencias lamentables, su inspiración ingenua y nativa lo salva, deteniéndolo y alzándolo cuando roza los bordes del abismo. Sus versos, en general, son musicales, más por el ritmo que por el dominio de una armonía sabia, variada e inefable. La verdad es que ignora los secretos del arte, las sutilezas y perfecciones del verso sencillo y al mismo tiempo infinitamente labrado, en que se unen la fortaleza y la gracia, en que la precisión de la imagen se completa con el tono grave de la reflexión filosófica, maravillas de ejecución indispensable para dar su verdadero carácter a la poesía, que despojada de estos atractivos, se reduce a un vago sonsonete de palabras destituídas del hondo prestigio de la forma en su mayor grado de esplendor y de encanto.» (Página 171.)

Nada necesito agregar a esa sentencia, ni sabría enunciar en menos líneas los vicios de arte que le dan fundamento. García Merou confiesa a renglón seguido el dolor con que formula dichos reparos contra un nombre amado y una obra gloriosa. Yo habría sufrido igualmente, a ser yo el primero en formularlos, y me alivia el hacerlo con palabras ajenas, sin que tal cosa implique la cobardía de buscar una complicidad o de arrojar el proyectil por mano ajena. García Merou estuvo en aptitud de decirlo porque versificaba mejor que Echeverría, como lo habría estado Juan María Gutiérrez, que era también mejor artista en verso que su amigo, y conocía mejor su idioma y no ignoraba la perfección externa de los inmortales modelos. Luego veremos hasta dónde esa imperfección de Echeverría fué ineptitud congénita en el manejo del verso y del idioma, o bien fruto de ese desordenado abandono a que se creyeron autorizados nuestros románticos. Porque éste no fué caso esporádico, y tal epidemia plagó el lenguaje y la literatura en todo

este ciclo, hasta justificar la resistencia casticista de Oyuela y la reacción técnica de Guido, que vinieron más tarde.

Escritor de más autoridad y ciencia que García Merou, fué Menéndez y Pelayo, quien casi al propio tiempo que el argentino, formulaba en España juicio severo sobre el arte de Echeverría como versificador. Menéndez dice de *La cautiva :* « Los versos corren con cierta facilidad *acuosa,* que es lo contrario de la facilidad rítmica. » « Aun en sus mejores momentos, Echeverría es un artista negligente y amanerado, que piensa con altcza, pero que no tiene bastante aliento para infundir vida inmortal a sus creaciones » (pág. CLXXI). Y sobre el protagonista de *El ángel caído,* dice : « El Don Juan de Echeverría no es nadie, por el mismo loco empeño de que lo sea todo », pues trátase, en efecto, no de un tipo, sino de una abstracción, especie fantasmal ajena al arte. Juicios tan severos podrían espantar a quienes tienen el oído habituado al impreciso ditirambo, o creen que el patriotismo obliga a sacrificar las jerarquías de la belleza. Yo me precio de no pertenecer a estos últimos, y en cuanto a mis sentimientos patrióticos, da fe este mismo libro, que es abnegado esfuerzo sin materiales retribuciones y sin gloria. Pero ni mi admiración por Echeverría, ni mi gratitud a los que como él trabajaron por fundar en el Plata una cultura, ni mi solidaridad argentina, me impiden reconocer que Menéndez ha acertado en su juicio, lo mismo cuando en su *Antología* « documental » de poetas americanos incluye de él varias composiciones, aunque lo censura en el prólogo, que cuando en otra *Antología* «estética», de lengua castellana, prescinde de él, aunque entran a hombrearse con Garcilaso y León, otros americanos como Heredia y Bello. Es que, según ya lo he dicho, no hay en la copiosa producción de Echeverría un solo canto que merezca entrar en un florilegio del idioma, donde se atienda sólo a la belleza pura y se prescinda de todo propósito histórico, civil, didáctico o documental. Echeverría es un gran poeta, cuya poesía es incorrecta y pobre. He ahí todo. Así debemos juzgarle, si no queremos pervertir el gusto de la juventud en las aulas.

III

Otra muy distinta es mi opinión sobre Echeverría, si en vez de exponerlo a esa intemperie de la crítica universal, lo recogemos amorosamente en la penumbra de nuestra propia historia literaria. Enton-

ces los valores de su arte cobran nueva ley en la armonía de su personalidad y de su medio. Sus poemas se ennoblecen de una belleza moral con el aliento de su propia vida, y asumen extraordinaria significación en la precaria cultura artística de su tiempo. Hay en el arte una relación de valores, cuya secreta ley también reside en el ambiente: y el crítico no sería leal con la verdad y la justicia, si prescindiera de ella.

Bástenos recordar que cuando Echeverría apareció en Buenos Aires con su *Elvira*, el año 1832, él era el único poeta de la ciudad. Llegó tímidamente, aunque volvía de Europa, lleno de ciencia nueva y de ambiciones; tan tímidamente, que se guareció en el anónimo al imprimir sus primeros versos, o se contentó con llamarse «Un hijo de Buenos Aires». Vivía López, el autor del *Himno Nacional*, pero el noble anciano habíase retirado de la labor literaria. Luca, Rojas, Lafinur, habían muerto ya. Juan Cruz Varela, el clásico de la era rivadaviana, hallábase emigrado en Montevideo, con su lira ya destemplada y próxima a enmudecer para siempre. Tradiciones literarias no teníamos; altas escuelas tampoco; y lo que pudo sobrevivir de la cultura del virreinato, del directorio, de la presidencia unitaria, iba anegándose bajo la ola turbia de la barbarie, que ya cundía por el país. ¿Cómo no comprender que al publicar Echeverría las *Rimas*, descubierto ya su nombre, la juventud admirase al maestro que le revelaba en sus canciones la historia íntima del sabroso amor, y en sus poemas, el cuadro animado de la pampa natal? Todo eso era nuevo, alto, puro en su tiempo: y hasta donde llegue la diferencia de su obra con el ambiente argentino y la tradición colonial, hasta ahí llegará su grandeza.

Antes de la *Elvira* (1832), que es una historia de amor impregnada de melancolía nórdica, ningún poema de tal especie y sentimientos había aparecido en el Plata. Antes de *Los Consuelos* (1834), que es una confidencia lírica de las propias angustias personales, ningún poema de tanta intimidad psicológica habían producido nuestros poetas. Antes de *La Cautiva* (1835), que es un poema de la pampa, con sus indios y sus malones, ningún poema de color local habían leído los argentinos. El autor de esa nueva poesía introdujo, además, nuevas costumbres literarias: fué el primero que en Buenos Aires, y quizá en América, publicó un tomito de versos; el primero que varió los metros dentro de una sola composición, que dignificó el octosílabo, que prescindió de la mitología clásica, que se burló de la retórica, que se inspiró en asuntos nacionales, que introdujo voces indígenas en el lenguaje poético, que dió rienda suelta a sus emociones, que propuso modelos cosmopolitas, que

formó escuela personal, justificando su obra con una doctrina estética, formulada en prólogos, manifiestos y ensayos. Cuando el nombre de un poeta puede ir acompañado de tales predicamentos y ocupar ese puesto de precursor en la cronología literaria, su nombre tiene asegurada la gratitud en la cultura de su patria.

Como si todo ello no bastara, digamos que, en añadidura, Echeverría hizo nacer en el país la crítica literaria, no sólo porque la practicó, sino porque sus libros fueron los primeros que la prensa argentina comentó en artículos. Para imaginar la impresión que el nuevo poeta causó en Buenos Aires, quiero trascribir algunos párrafos del extenso juicio que *La Gaceta Mercantil* (quizá la pluma de Angelis) publicó al aparecer el tomo de las *Rimas*. Evoca el articulista la carrera del poeta, su anónimo esfuerzo inicial, la impresión que causaron sus primeras obras. Critica de la *Elvira* el calor exótico de las visiones, pero elogia el estremecimiento de pasión que la inspira; y cuando habla de *Los Consuelos*, que fué el segundo librito de Echeverría, dice con admiración : «*Los Consuelos* son la biografía moral de su autor y todos nos manifestamos curiosísimos de conocer al hombre que sobrepasa el nivel común de la generalidad. Como obra de poesía se presentaba trayéndonos novedades : interpretaciones de la naturaleza no conocidas por nosotros, imágenes de colorido desusado; pasiones hondas y sentidas; una dicción armoniosa y noble, pero más humana — digámoslo así — que la empleada por el mayor número de los hijos de Apolo en la península española y en la corte de Luis XIV. Cansados estábamos ya de la Arcadia y de sus pastores, fatigados con el uso absurdo de una mitología a que los últimos romanos ya no daban crédito. Buscábamos una poesía que no existiera sólo en las palabras y una filosofía sin afectación ni pedantismo. Hallamos todo ello en *Los Consuelos*, y los elogios resonaron en la prensa y en la boca de todos.» Y después, aquel deslumbramiento fué, según el articulista, superado por *Las Rimas* (o sea por *La Cautiva*), cuyo argumento elogia como una audaz tentativa de arte americano y cuyos

Fig. 15. — Carlos Casavalle, editor de Echeverría, Gutiérrez, López, Mitre y otros escritores de esta generación.

octosílabos defiende, invocando al Romancero, a Castillejo y a Manrique, en evidente alusión a algunos murmuradores que recordaban aún los tremendos endecasílabos de la poesía colonial.

Confrontado ese documento con el juicio de García Merou, o el elogio de todos los grandes contemporáneos de Echeverría con el juicio de Menéndez, podemos hallar la solución de tal antagonismo, diciendo que si a Echeverría poco le deben la lengua castellana y la belleza universal, en cambio la cultura argentina y la poesía americana le deben su renovación del siglo XIX, sus inquietudes más fecundas, sus gérmenes de progreso y de libertad. Admirarlo como poeta puede ser excesivo, pero sería injusto olvidarlo del todo, o negarle el ponderado elogio que aquí le tributamos.

IV

No me detendré a referir el argumento de *La Cautiva*, porque ya lo he resumido en el tomo de *Los Gauchescos;* tampoco el de sus otros poemas narrativos, porque nada agregaría con ello a la gloria de su autor, que fracasó en ellos, ni al conocimiento de su obra, que en la lectura de los mismos ha de formarlo quien desee conocer aquellos documentos versificados. Ellos certifican la poca inspiración de su autor, lo mismo cuando ponía en verso la política de su tiempo, que cuando a través de su temperamento permeable se filtraban todas sus lecturas de la poesía romántica.

La insurrección del sud narra el alzamiento de los estancieros contra Rosas y el sacrificio de Castelli después del desastre de Chascomús; el *Avellaneda* refiere el alzamiento del norte contra el mismo tirano y el sacrificio del héroe que da su nombre al poema, después del desastre de Metán. Demasiado cerca de los sucesos, y casi protagonista de ellos, Echeverría no pudo idealizar suficientemente la materia; faltóle perspectiva de tiempo para ver el modelo en ambiente legendario, y su imaginación, más inquieta que poderosa, cayó en el romanceo pedestre de las crónicas, sin alcanzar la ruda sobriedad de las canciones de gesta o de los romances históricos. Por lo contrario, tiende a «lo sublime», y dentro de esa tendencia — que ha sido también achaque de sus admiradores — se han hecho célebres algunos pasajes que no son de los mejores. Consecuente con el gusto romántico, varió los metros, pero es lástima que abusara de sus flojos endecasílabos, y no usara más

el romance, que había manejado bien en *La Cautiva* y que hubiera convenido a ambos asuntos. Ambos eran épicos de por sí; y para alcanzar en el arte la emoción del hecho real, se necesitaban facultades creadoras superiores a las suyas. Avellaneda era un joven tucumano, afiliado a la Asociación de Mayo; se alzó contra Rosas en el norte, lo degollaron, y su cabeza, clavada en una pica, fué expuesta en la plaza de Tucumán. Castelli era un joven porteño, también correligionario del poeta: se alzó contra Rosas en Buenos Aires, lo degollaron, y su cabeza, clavada en una pica, fué expuesta en la plaza de Dolores. Cualquiera de estos dos hechos era sublime en su horror trágico, por la abnegación del ideal heroico y la venganza brutal de la realidad. Echeverría describe el degollamiento de Castelli, pero no puede contener el énfasis declamatorio:

... Sobre el palo de afrenta
Destinado otro tiempo al asesino,
La cabeza sangrienta
De Castelli inmortal! Quién tu destino
Patriota infortunado no lamenta!

Cuesta, sin duda, hacer estos reparos, porque el propio poema de Echeverría era un acto de propaganda peligrosa, visible en sus imprecaciones contra Rosas, no menos ásperas que las de Mármol. Tiene todo ello una belleza moral, y lamentaríamos profanarla. Pero esos poemas, como actos, pertenecen a su época y a la historia política; como poesía, pertenecen a la nuestra y a la historia literaria. Sólo quien perciba esa dualidad podrá juzgarlos. Acallar las reacciones de simpatía cívica ante el hombre y recobrar la libertad estética ante la obra, tal debe ser mi fórmula para los autores de este volumen, como lo ha sido en los anteriores. De otro modo, seguiremos haciendo una confusión lamentable, que sólo podrá redundar en perjuicio de la alta cultura, por cuya realización venidera me he impuesto el esfuerzo de esta obra.

Del poema *Avellaneda* ha pasado a las antologías (incluso a la de Menéndez y Pelayo) el trozo descriptivo de Tucumán, que se recita en las escuelas de Buenos Aires y de aquella provincia:

¿Conocéis esa tierra bendecida
Por la fecunda mano del Creador?

Este es, sin duda, uno de los mejores trozos del poema, y sólo por tales fragmentos pueden salvarse, prácticamente hablando, sus largas

narraciones en verso. Tales son, por ejemplo, la descripción del sabbat en *Elvira (Del espeso bosque y prado)*, aunque es una reminiscencia de Hugo; el himno al Plata en *El ángel caído (Salve, ¡oh Plata! En tu presencia)*; la descripción del ejército en la *Insurrección del Sud*:

El Sol de noviembre asoma
Sol para la patria infausto,
Y halla alegre como nunca
De los patriotas el campo, etc.

Pero del poema *Avellaneda*, yo preferiría citar aquella canción irónica y salvaje que la mazorca de Oribe canta pregustando el degüello del joven gobernador que ha caído ya en sus garras; espíritu valeroso, vibrante y gentil, cuya luz torna más siniestra la sombra de aquella ensoberbecida horda de bárbaros:

¿Cuál será el gobernador?
¿El más viejo o más muchacho?
¿El de la barba sin flor?
Lástima es: parece un *guacho*
Con los aires de señor! (1)
Y oyen cantar en derror
¡Salud al gobernador
Del rebelde Tucumán;
No quiere ya ser traidor
Y se aparece en Metán
Sin bonete de Doctor!
Le jugaron una treta
Los de la federación;
Y perdiendo la chaveta,
Como perdiera el bastón,
Viene en desnudez completa.
Y oyen cantar en redor:
¡Salud al gobernador!
Buena acogida le harán
Los federales aquí;
Otro bastón le darán;
Camiseta le pondrán,
Con bonete carmesí!
Y a zapatear con primor
Aprenderá fácilmente
La *resbalosa* de amor,
Que hace federal ardiente
Al salvaje más traidor (2).
Y oyen cantar en redor:
¡Salud al gobernador!

Hay en ese cantar un ritmo zumbón de danza criolla, en su rima un bordoneo de guitarra nativa, en su estribillo una monotonía de triste pampeano, y en todo él un eco de esa militante poesía de los gauchos que Ascasubi ilustró.

(1) *Guacho* es palabra quichua que significa huérfano o niño abandonado. Se aplicaba a Avellaneda, joven de 27 años, con su cara lampiña, casi pueril. Otras palabras indígenas o criollas — *gringo*, *quirillapí*, etc., empleó Echeverría en sus versos.

(2) Sobre la *resbalosa* véase la descripción de Ascasubi en el tomo de *Los gauchescos* (Cap. IX) y la del propio Echeverría en su cuadro *El Matadero*

Pero estos simples fragmentos no autorizan la gloria de un gran poeta civil, como tampoco autorizan la de un gran poeta romántico, sus breves canciones: *El poeta enfermo*, *Ruego*, *Estancias*, *Él y ella*, y otras que apenas si van más allá de Varela. ¿Para qué citar, entonces, *La guitarra* y *El ángel caído*, farragosos novelones rimados? Sus personajes eran el reflejo sin calor ni relieve de su propia alma inquieta, y los hacía agitarse en aventuras diversas y declamaciones sin término, en el ambiente del Río de la Plata, con todo el resabio de sus lecturas byronianas. Si para algo deben recordarse en nuestras aulas tales esfuerzos malogrados, es para hacer ver que una cultura no se improvisa, ni en un hombre ni en un pueblo, y que de nada vale el ambicioso esfuerzo sin normas intelectuales más seguras, porque el arte no es sólo expresión sino creación, y el verso no es sólo armonía externa sino melodía interior.

Hay, no obstante, en Esteban Echeverría, una cosa contradictoria y misteriosa, que nos turba como si fuese la grandeza. El soplo de su inspiración penetró la sociedad argentina, movió los más bellos espíritus de su generación, engendró émulos y discípulos, y todavía, a fines del siglo XIX, su nombre era divisa de combate entre Rafael Obligado y Calixto Oyuela, que polemizaron sobre la obra poética del no olvidado maestro y sobre los rumbos que él señaló a las letras argentinas. Que fué un poeta, no cabe dudarlo: su obra, su verso, su inspiración, como tal lo señalan. Gutiérrez, Domínguez y Mármol en él se inspiraron al comenzar su carrera. Mitre, Alberdi y López también le deben su iniciación. Su influencia ha sido menos intensa y visible que la de Sarmiento; pero más elevada y múltiple. En cuanto a su obra docente, como inquietador de almas y renovador de la poesía americana, solamente la de Rubén Darío, medio siglo después, podría comparársele.

Su espíritu es un caos, informe y fecundo, pero es el caos de un génesis en la poesía nacional.

CAPÍTULO IV

PRIMERAS ASOCIACIONES LITERARIAS

I. Precursores de la «Asociación de Mayo». Carácter clerical de las primeras asociaciones intelectuales antes del 1800. Asociaciones laicas. La Sociedad patriótica, literaria y económica de Cabello (1801). El «Club» de Moreno (1810); la «Sociedad patriótica» descrita por Núñez en sus *Entretenimientos* (1811); la «Sociedad patriótica» de Monteagudo (1812). Las asociaciones del Directorio: «Sociedad del buen gusto en el Teatro» (1817). — II. El espíritu de asociación bajo el gobierno de Martín Rodríguez (1821). Primeras academias científicas y corporaciones económicas. La «Sociedad Literaria»; sus publicaciones: el *Argos* y la *Abeja Argentina*. Su programa y sus socios fundadores. — III. La «Asociación de estudios históricos y sociales» (1832), según la *Autobiografía* de V. F. López. El «Salón Literario» de Marcos Sastre como continuación de aquélla (1835). Inauguración del «Salón»; su clausura; su transformación en la «Asociación de Mayo» de Echeverría (1837) y los escritores de la nueva generación.

I

El espíritu de libre asociación con fines intelectuales no pudo desenvolverse en la colonia, dado el encogimiento general de la vida y el carácter tutelar de aquel régimen, que excluía de suyo la iniciativa privada. Las órdenes religiosas fueron, durante siglos, las únicas corporaciones intelectuales de nuestro país; y fué menester que la revolución viniese a emancipar los espíritus para que nacieran asociaciones libres con propósitos laicos. La «Asociación de Mayo», fundada en 1837, fué típica en la nueva especie; pero, antes de estudiarla, conviene recordar a otras que la habían antecedido, preparando el ambiente.

Comenzaba el siglo XIX y entrábamos en la década de la revolución, cuando se organizó en Buenos Aires la primera corporación laica, por iniciativa del español Cabello. De ella he tratado en el tomo *Los colo-*

niales, mencionando los nombres de sus socios y describiendo su obra más memorable — *El Telégrafo*, — que fué nuestro primer ensayo periodístico. Se la conoce bajo el nombre de «Sociedad patriótica, literaria y económica», pues abarcaba su interés todo asunto que pudiese interesar al progreso general del comercio y de la cultura. Era ya el año 1801, las inquietudes de libertad alboreaban en todo el Nuevo Mundo, y el propio virrey la patrocinó, pues encuadraba dentro de las tendencias reformistas de la dinastía borbónica, tan diversa de la austriaca, según ya lo sabemos. Concebida según el modelo de otras sociedades análogas que Cabello había visto en España y en el Perú, de donde venía, halló buena acogida en la juventud porteña, desde entonces fácil al entusiasmo y a la novedad. En las páginas del *Telégrafo* puede verse cómo fué el primer surco de esa labranza en la tierra virgen, y cuál la simiente que esparció; pero quiero, al respecto, mencionar dos formas de estímulo que adoptó la sociedad: premios en dinero a «toda persona que le presentase en su despacho, con calidad de reintegro, algunos legajos de papeles inéditos que contuviesen antiguas fundaciones de ciudades, pueblos, conventos, seminarios», etc.; y otros premios análogos al pensador que presentase una «memoria» sobre alguno de los temas siguientes: «¿Cómo progresarán más las provincias argentinas: 1° en comercio, 2° en agricultura, 3° en industria, 4° en población, 5° en navegación, 6° en policía?» *Policía* significaba en aquel tiempo lo que ahora *cultura*, de suerte que ese plan abarcaba tanto la parte moral como la parte material de los intereses públicos, comprendiendo a la vez la historia y el progreso. Actitud a la vez retrospectiva y prospectiva en presencia de los problemas locales, ella debía persistir en las asociaciones posteriores.

No persistió, en cambio, el tipo aristocrático de aquella asociación. Un artículo aparecido en *El Telégrafo* (n° 2), sobre el *Origen de las academias literarias y sociedades patrióticas*, estableció la filiación de la suya, remontándose hasta las *academias* del Renacimiento en Italia, y al fijar el carácter de la que aquí se fundaba, dice: «Todos los que entren en esta Sociedad, han de ser Españoles nacidos en estos Reynos, o en los de España, christianos viejos, y limpios de toda mala raza; pues no se ha de poder admitir en ella ningún Extranjero, Negro, Mulato, Chino, Zambo, Quarterón, o Mestizo, ni aquel que haya sido reconciliado por el delito de Heregía, y Apostasía, ni los hijos ni nietos de quemados y condenados por dicho delito hasta la segunda generación por línea masculina y hasta la primera por línea femenina; porque se ha de procurar que esta Sociedad Argentina se componga de hombres de honrados na-

cimientos, y buenos procederes, como que se ilustran mas con entrar, y ser del Cuerpo de ella. Los principales objetos de esta Sociedad serán la ilustración de este Pais, en todas las Ciencias y ramos de Literatura », etc. Tales requisitos, aunque hoy nos asombren, eran los mismos que vedaban el ingreso en las universidades coloniales, y tan arraigados hallábanse dichos prejuicios en la sociedad, que en 1813 anduvo Pueyrredón murmurando sobre la sangre de Monteagudo en las antesalas de la primera asamblea revolucionaria...

A pesar de ello, todas las ideas sociales dieron un vuelco en 1810, y así lo descubrimos en la Sociedad Patriótica de 1811, fundada por jóvenes fervientes, no muy gratos a la moderación de Funes y Saavedra en la Junta.

Uno de los autores de « memorias » que he citado en el Capítulo Preliminar de este volumen — don Ignacio Núñez, — miembro de aquella Sociedad, ha dejado en sus *Entretenimientos* (XX), un cuadro muy pintoresco de las reuniones que celebraban en el café de Marcos: « En el último tercio del mes de marzo — dice — la asistencia a la Sociedad parecía completamente garantida en el concepto público, y aun en el de la misma autoridad: los socios se reunían noche a noche, y la concurrencia era enteramente libre: empezaron a leerse en la tribuna disertaciones que se llevaban escritas, y a discutirse desde los bancos las cuestiones de orden social que en ellas se suscitaban. En cuanto se leía y en cuanto se hablaba resaltaban el candor y la efervescencia propias de la primera edad: las declamaciones eran animadas contra la injusticia de la conquista emprendida sobre estos países por los españoles, sobre los derechos primitivos de los indios, la codicia y la crueldad de los españoles, los trescientos años de esclavitud bajo la tiranía de los Reyes, invocándose los nombres del obispo español Las Casas, del viajero escocés Robertson y del abate francés Raynal, que habían trazado y lamentado el deplorable sistema de la España y de los Conquistadores; se sostenía el principio de que el pueblo había reasumido la soberanía, desde que el Emperador de los franceses había cautivado la de los Reyes; que el pueblo tenía derecho para darse la Constitución que mejor asegurase su existencia y que la mejor Constitución era la que garantía a todos los ciudadanos, sin excepción, sus derechos de libertad, de igualdad y de propiedad, invocándose en apoyo el Contrato Social del genovés Rousseau *(sic)*, el sentido común del inglés Payne, la cavilación solitaria del francés Volney; en cuanto a formas de gobierno, se examinaban las divisiones principalmente conocidas, monárquica, aris-

tocrática, así como la que de ellas conducía a la libertad, a la esclavitud, a la república o al despotismo. Cuando se citaban ejemplos en apoyo de las doctrinas, siempre era en Grecia y Roma donde se encontraban : Catón en cuanto a la moral, Brutus en el coraje, Phoción en el amor a la patria; se nombraban como maestros de la elocuencia a Demóstenes y Cicerón, como legisladores a Solón y Licurgo, a Nerón y Tiberio como tiranos, poniéndose en continuo movimiento la nomenclatura que desde aquellos lejanos tiempos ha figurado en estas grandes

Fig. 16. — Playa de Buenos Aires al comenzar el siglo XIX. (Apunte de la época)

convulsiones: « Muerte o libertad », « salud del Pueblo », « corona cívica », « padres conscriptos », « hijos de la patria », y en suma, estos dos graves axiomas que se repetían sin cesar : *El pueblo que consiente que otro sea esclavo, consiente él mismo en serlo; — El pueblo que quiere ser libre, lo es, cualesquiera que sean las resistencias de los tiranos.* » (Pág. 299.)

Podrá discutirse la participación de Núñez en aquellas agitadas reuniones; podrá discutirse cómo se mezclaron sus miembros en las asonadas del año 11 o en la revolución del año 12 : lo que nadie negará es el acierto compendioso del cuadro por Núñez trazado y la verdad de sus grandes líneas, que otros documentos corroboran.

Como se ve, tratábase de un club « jacobino ». La Sociedad Patriótica de 1811 era la forma pública de las primeras asociaciones secretas que prepararon la Revolución de Mayo; pero es la menos documentada de las « sociedades patrióticas », sin duda por el cariz tumultuoso de sus reuniones. Todo parece indicar, sin embargo, que se trataba más bien de un club político.

No he logrado establecer la transición entre esta Sociedad Patriótica (o club de 1811), de que habla Núñez, y la homónima de 1812, en la que aparece Monteagudo como principal agitador, modelo esta última de la que el tribuno fundó en Lima diez años más tarde, al entrar con el ejército libertador (1).

Entre las obras de Monteagudo cuéntase bajo el título de *Oración inaugural*, la conferencia que leyó « en la apertura de la Sociedad Patriótica », el 13 de enero de 1812. Esto parece indicar que no es la misma asociación pintada por Núñez, pues la anterior corresponde al gobierno de la Junta y ésta al del Triunvirato. Pero si se compara el ambiente demagógico del primitivo club del café de Marcos, y el tono de la oración inaugural de Monteagudo, se ve que hay entre ambas una gran identidad. La *Oración* comienza con una cita de Lépido sobre la esclavitud, y desarrolla el tema siguiente: « no habría tiranos si no hubiera esclavos, y no habría esclavos si los pueblos tuviesen conciencia de lo que es la libertad ».

Es evidente que la Sociedad Patriótica de 1812 reunía el entusiasmo a la meditación, y que en ella, como en la homónima, el patriotismo activo se hermanaba con el estudio, propagados, el uno y el otro — color y luz de una misma llama juvenil, — en el fuego de las arengas.

A la par de estas asociaciones públicas, que el patriotismo organizaba, otras « asociaciones patrióticas », de carácter secreto, eran urdidas sigilosamente por hombres más cautos. La masonería, introducida en el país por los regalistas borbónicos que expulsaron a los jesuítas en 1767 y por los prisioneros ingleses de las invasiones (1807), había tomado forma revolucionaria con americanos como Borges, Moldes, Guruchaga,

(1) Manuel Moreno en la *Vida* de su hermano (*op. cit.*, pág. 231), habla de un «Club» fundado por Mariano Moreno y disuelto por la ausencia de su fundador. La Sociedad de 1821, en la introducción a sus actas, transcrita por la *Revista del Río de la Plata* (t. XIII, pág. 187), alude a ensayos análogos desde 1810 y a un «Club de 1811», que es probablemente el mismo aludido por Núñez en otro pasaje de sus *Entretenimientos*. Don José Antonio Wilde, en su libro *Buenos Aires setenta años atrás* (ed. de 1881, pág. 262, cap. XXXVI) también menciona un « Club de 1810 ».

Rodríguez Peña, que vinieron « iniciados » desde Europa. Desde los tiempos de Miranda, la masonería trabajaba por la emancipación de América, y, en conexión con « hermanos » de Norte América y de Inglaterra, minaba el ejército español, de donde salieron, como neófitos suyos, San Martín y Alvear, que tanto sirvieron en la empresa. Al llegar éstos a Buenos Aires, en 1812, formaron la primera « logia » ; y el impulso de fraternidad oculta asumió forma definitiva en la Logia Lautaro, célebre por el apoyo que prestó a Pueyrredón en medio de la anarquía y a la campaña de emancipación continental. El regimiento de Granaderos, con su inteligente disciplina y su gallarda oficialidad, con su moral severa, han demostrado lo que podía lograrse con el peligroso sistema, a condición de que lo animara un genio del bien como San Martín. Es posible que la organización masónica actuara después en las reformas eclesiásticas de Rivadavia; y es bien sabido que, más tarde, en época de Rosas, el mote de « logista » sirvió en los documentos del tirano para designar a los patriotas que, animados de un mismo ideal, conspiraban contra el despotismo (1).

Otro tipo del espíritu de asociación se nos presenta en 1817 con la « Sociedad del buen gusto en el teatro ». Formaron esta corporación don Vicente López y Planes, Esteban de Luca, Camilo Henríquez, Bernardo Vélez, Juan Ramón Rojas, publicistas y poetas que nos son ya conocidos, y otros menos famosos pero igualmente bien intencionados, hasta completar el número de veintiocho miembros. Rojas y Henríquez fueron sus promotores más entusiastas: Rojas que redactó su programa, y Henríquez que lo prohijó en las páginas de *El Censor*. Como su nombre lo indica, la Sociedad de 1817 proponíase mejorar el gusto dramático, haciendo del teatro un centro de cultura social y literaria. Desterró el antiguo repertorio colonial, tradujo obras extranjeras, fomentó la producción argentina, y no le faltó para su objeto ni el mecenazgo del director Pueyrredón, ni el apoyo de las familias y de los jóvenes escritores. Cuando estudie en otro capítulo la evolución del teatro después de la colonia, será el momento de considerar la obra de la Sociedad del buen gusto en el teatro, dentro del género. Por ahora bástame señalar el movimiento de cultura que promovió y su carácter de primera rebelión literaria contra las tradiciones españolas.

(1) Sobre las « logias » libertadoras véase Mitre y López (diversos pasajes) y el papel de L. N. de L., citado y transcrito por Zinny en su *Bibliografía histórica* (ed. de 1875, Apéndice, pág. 411-419), documento polémico del año 1820, con datos muy pintorescos.

Efímera fué la Sociedad del buen gusto; pero no estéril. El espíritu de asociación con fines intelectuales seguía fecundando nuestra incipiente cultura. En 1822, bajo la influencia política de Rivadavia, las asociaciones, ya especializadas, habíanse multiplicado asombrosamente, siendo éste uno de los signos de aquella época fugaz, artificiosa y brillante.

II

Sabido es que en 1821 notóse en el país un « renacimiento » intelectual, inspirado por el fervor cívico de Mayo y modelado en las solemnes formas virreinales. Especie de reacción contra la reciente crisis « federal » de 1820, que se personifica en Ramírez, su impulso duró, con leves alternativas, hasta 1829, con el segundo reflujo « federal » que se personifica en Dorrego. Rivadavia ha dado nombre a esa época, porque fué primero ministro en la administración provincial de Buenos Aires y más tarde presidente de la República, destacándose en ambos cargos por su afán de cultura.

El año 1822 se caracteriza por su gran número de asociaciones. Sin contar las de empresas comerciales, las de beneficencia y la filarmónica, todas nuevas en el país, patrocinadas directa o indirectamente por el gobierno, contábanse la de Ciencias físico-matemáticas, con 21 miembros; la de Jurisprudencia, con 10; la de Medicina, con 21; formadas por elementos que iniciaron la vida académica en el país (1). Pero de todas las de aquel tiempo, la que tuvo influencia más extensa fué la Sociedad Literaria, cuyo renombre se divulgó en las páginas de *La abeja argentina* y del *Argos*, los dos órganos públicos de la institución.

Esta Sociedad Literaria, iniciada en diciembre de 1821 por don Julián Segundo de Agüero, comenzó con una reunión privada de « amigos de la provincia », celebrada en casa de Agüero. En ella, el huésped y don Ignacio Núñez expusieron el objeto de la institución que se proponían fundar.

Para conocer el origen y los trabajos de esta sociedad, nada mejor

(1) Wilde, *Buenos Aires setenta años atrás*, capítulo XXXVI; Gutiérrez, *Enseñanza pública*. En el Museo Mitre hállase, por ejemplo, de Juan José Cristóbal de Anchorena, un *Dictamen sobre el establecimiento de una Compañía general de comercio en las Provincias Unidas*, y data de 1818 (Catálogo, 19, 9, 93, folleto). Podría mencionar también la Asociación de minas, en tiempos de Rivadavia.

que recurrir a las dos publicaciones que ella mantuvo : el *Argos de Buenos Aires*, que fué un periódico de información general, y *La abeja argentina*, que fué una revista literaria, la primera en su género que, atendiendo al orden cronológico, se haya publicado en nuestro país. Ateniéndose a dichas fuentes, compuso una breve historia de la corporación don Juan María Gutiérrez, cuyo artículo puede verse en la *Revista del Río de la Plata* (t. XIII, pág. 185). Ofrece la ventaja de que resume y ordena los datos más interesantes a la vida de ese ateneo y sus órganos de difusión intelectual.

Constituyeron la Sociedad literaria, como fundadores y socios de número : el doctor Antonio Sáenz, uno de los organizadores de la Universidad : el doctor Cosme Argerich, uno de los primeros profesores en la escuela de medicina ; Esteban de Luca, a quien ya conocemos como poeta de la revolución ; Felipe Senillosa, marino español al servicio de nuestro país ; Ignacio Núñez, periodista, diplomático, autor de los *Entretenimientos* ya citados y de otros trabajos históricos ; Julián Segundo Agüero, ministro de Rivadavia durante la presidencia ; Juan Antonio Fernández, salteño, organizador de la Facultad de medicina ; Manuel Moreno, autor de la *Vida* de su hermano Mariano, y Vicente López, autor del *Himno*, figura consular en las letras y la política de su tiempo ; y otros menos célebres, como José Bernabé y Madero, José Severo Malabia y Santiago Wilde. El primitivo número de doce miembros fué ampliado después a veinticinco, y fueron entonces elegidos Gregorio Funes, Valentín Gómez, José María Rojas, Fray Valentín San Martín, Juan Manuel Agüero, y varios corresponsales : Carlos Pie de Monte, en el Perú ; José Sanz, en París ; Manuel Torres, en los Estados Unidos. Propuestas las candidaturas de Juan Cruz Varela y de los hermanos Díaz — don Ramón y don Avelino — fueron rechazadas.

Los tiempos, como he dicho, eran propicios a iniciativas de este género. El gobierno las fomentaba, y de ahí que pudieron proclamar sus ideales en órganos de publicidad. La ciencia, el arte, la libertad, programa que la sociedad auspiciaba, era también el del gobierno. La cultura civil no asumió carácter de cosa subversiva y temible, sino cuando hombres brutales como Rosas llegaron a las magistraturas de la ciudad.

Redactaron los fundadores una exposición de motivos que precede a las actas, y en ella se invoca el precedente de otras asociaciones similares — las de 1812 y 1818, entre ellas, — que había muerto por falta de espíritu de asociación en nuestro pueblo ; y aunque dicha introducción no menciona la Sociedad colonial de Cabello, bien se ve

que el influjo venía desde entonces, por la analogía del plan y por estas palabras que lo descubren : « La España misma no ha conocido época más adecuada para hacerse próspera e ilustrada, que aquella en que su rey, Carlos III, promovió por toda la monarquía la creación de sociedades patrióticas y económicas que fomentaban la agricultura, las artes, el comercio, y difundían la educación. » Dice esto el relator, al ponderar los bienes que las sociedades habían obrado en el progreso de Inglaterra y los Estados Unidos.

En aquel tiempo, Buenos Aires, acobardada en su lucha con las provincias, se había encerrado en su propia jurisdicción, con el objeto de ensayar un tipo de organización local, y de ahí, sin duda, el nombre de « amigos de la Provincia » con que se habían reunido ; pero no se ha de inferir de ahí que no hicieran obra argentina, como lo revela el hecho de haber nombrado corresponsales fuera de la capital y el celo con que atendieron, en sus periódicos, temas interesantes a la historia y progreso de las provincias hermanas. Uno de los propósitos de la asociación fué precisamente el de crear un ambiente de preocupaciones superiores, donde la solidaridad de la patria y de la civilización, tuviese más valor que el odio estéril de los partidos.

Preocuparon a la Sociedad literaria nuestros problemas sociales más urgentes, como ser los de población. A fin de celebrar el 25 de mayo de 1823, creó un premio para el trabajo que mejor dilucidase los tópicos siguientes, sobre nuestras razas indígenas : « Determinar por los acontecimientos históricos el número de pueblos indígenas que habitaron el territorio del Río de la Plata de tiempo de su descubrimiento, i qué influencia tuvo este acontecimiento sobre su civilización i estado. — ¿ Se puede designar con probabilidad sus costumbres i la organización i fuerza en que al presente se hallan constituídas ? ¿ Cuál es la forma de su sociedad interna i externa ? ¿ Podrán nuestros pueblos civilizados sacar algún partido de ellos, sea su punto a comercio, rentas o acumulación de población, o sería posible algún jénero de cultura, i por qué medio ? ¿ Se han de tratar como naciones separadas o han de ser reconocidas como enemigos a quienes es preciso destruir ? »

El problema así planteado era de la mayor importancia económica y moral, dentro de nuestro país y de toda América. El problema sigue en pie, y los gobiernos posteriores a la independencia, con su laicismo y su liberalismo tan pregonados, han sido en este punto inferiores a los jesuítas y a los conquistadores, a quienes tanto han criticado nuestros publicistas. Los ejércitos de la nación emancipada no han sido me-

nos crueles con el indio que el soldado español del siglo XVI ; los gobiernos americanos tampoco han sido superiores, en previsión legislativa, a los consejos de Indias ; y en cuanto a la colonización religiosa, que era un censurable domesticamiento, no fué substituído por ningún otro sistema. El despojo, el abandono o el exterminio, han sido el azar funesto del indio durante el siglo XIX. La « patria » no ha sabido ser más benigna que la « metrópoli » a su misérrima suerte : y ante el éxito de los que se civilizaron cabe creer que los otros no han sucumbido por ineptitud para la civilización, sino por motivos más complejos, que no es del caso examinar aquí.

También, para celebrar un fasto cívico de ese mismo año 23 — el 9 de julio, — la Sociedad creó otro premio sobre temas análogos : « 1° ¿ Cuáles son los medios prácticos de promover la población en nuestro país ? 2° ¿ Cuáles son las causas que detienen los progresos de la agricultura en esta provincia, i cuáles los medios de removerlas ? »

La Sociedad literaria duró hasta el 24 de junio de 1824. Diezmado el grupo iniciador por las contigencias de la vida, fatigados los más en sus tareas, resolvieron disolver la institución. De ella ha quedado, como su obra más duradera, *La Abeja*, que inició el tipo de la revista ; y *El Argos*, que inició el tipo del periodismo culto y de información general. La siembra de ideas que ellos hicieron, no podríamos decir que se malogró del todo, a pesar de los años fatales que sobrevinieron.

Disuelta la Sociedad literaria, no tardaron otras en aparecer, y fueron las de López y Sastre, que precedieron de inmediato a la Asociación de Mayo.

III

Cuenta Vicente Fidel López, en su *Autobiografía*, que en 1832, siendo él estudiante de derecho, reunióse con otros compañeros en casa de Miguel Cané y organizaron un centro que se llamó Asociación de estudios históricos y sociales. Proponíanse poner en común sus lecturas, inspirándose en las tendencias « de la nueva escuela francesa ». Rosas se había marchado a la expedición de la pampa ; Juan Ramón Balcarce quedaba en el gobierno, y aunque era federal, renacieron durante su breve interregno las tentativas liberales.

Los miembros de la nueva institución eran todos muchachos, estudiantes con vocación de escritores, inquietados por la literatura román-

tica que empezaba a cundir en el país. « No sé cómo se produjo — dice López — una entrada torrencial de libros y autores que no se había oído mencionar hasta entonces. Las obras de Cousin, de Villemain, de Quinet, de Michelet, Jules Janain, Merimée, Nisard, etc., andaban en nuestras manos produciendo una novelería fantástica de ideas y de prédicas sobre escuelas y autores : románticos, clásicos, eclécticos, San Simonianos. Nos arrebatábamos las obras de Víctor Hugo, de Sainte-Beuve, las tragedias de Casimir Delavigne, los dramas de Dumas y de Víctor Ducange, Georges Sand, etc. Fué entonces que pudimos estudiar a Niebuhr y que nuestro espíritu tomó alas hacia lo que creíamos las alturas. La *Revue de Paris*, donde lo nuevo y trascendental de la literatura francesa de 1830 ensayó sus fuerzas, era buscada como lo más palpitante de nuestros deseos » (pág. 336). Estas palabras nos revelan cuáles eran ahora los nuevos maestros de la juventud ; cómo, a la dictadura española, que había concluído, se substituía la tutela francesa que iba a empezar. He de decir más adelante de dónde provenían esos libros, y de qué modo lo que llamaré « la inquietud nueva » estaba preparando el ambiente para la obra de Echeverría.

Los jóvenes amigos de López y Cané, reunidos para esta asociación, alquilaron una casa en la calle Venezuela, entre Perú y Bolívar, — barrio que continuaba siendo el más típico de la tradición virreinal. Imponía el reglamento la obligación de presentar cada sábado una disertación sobre tema previamente señalado por la mesa, y que uno de los consocios encargábase de criticar. Tócale a Félix Frías disertar sobre Mirabeau y Martínez de la Rosa, y como a éste lo enaltecía sobre el tribuno francés, le cayeron todos los presentes, criticándole aquella predilección. Martínez de la Rosa, cuya fama acababa de llegar, fué autor que preocupó a los jóvenes argentinos de esa época, y tuvo entre ellos críticos implacables, según hemos de verlo. El parangón de aquel « manteo » literario, caído sobre las espaldas del novato Frías, no fué el único signo de ingenuidad ; y si López ha pintado, en las memorias que cito, las inquietudes intelectuales de su época, no es menos oportuno copiar otro pasaje de la *Autobiografía*, donde nos descubre su propia ingenuidad, como disertante de aquel ateneo estudiantil. « Recuerdo que me tocó disertar sobre la época de Alejandro — dice en la página 339. — Yo lo flagelé en grande por haber tiranizado a la Grecia y maltratado « la interesante familia de Dario », cual Pizarro y Cortés habían hecho con Atahualpa y Moctezuma. Me serví para mi trabajo de mi *Quinto Curcio* latino y de un romance francés titulado *La Casandra*, que después he

sabido es una mascarada del reinado de Luis XIV con nombres griegos y persas. La princesa Estatira, hija de Dario y presa de Alejandro, que me había sugerido algunas páginas de noble indignación, es en el romance francés una figuración persa de *Mademoiselle...* » « Fué mi crítico don Laureano Costa — agrega — (primo hermano de Eduardo, pero mucho más hombre y más competente que el primo) : pero como era un amigo íntimo con el que nunca discrepábamos, hizo en su crítica mucho elogio de mi estilo. »

Es la *Autobiografía* de López excelente documento sobre la inquietud intelectual que precede a la Asociación de Mayo, pero no me propongo en este lugar aprovecharla en tal sentido, sino como testimonio de lo que fué aquella corporación de estudios históricos y sociales, a la cual no asignaría importancia si no fuese la presencia de nombres que después se hicieron ilustres, y por la influencia que se le atribuye en la organización del Salón Literario, precedente inmediato, si no germen, de la famosa Asociación de Mayo. « Don Marcos Sastre — asegura López — tomó la idea y el plantel de la primera Asociación para estudios literarios e históricos de que he hablado antes, y se puso a organizar el Salón Literario, con mayores elementos de accion y de vida propia. » No creo que López afirme por vanidad que de sus reuniones con Cané, Frías y otros muchachos nació el Salón de Sastre, como nadie pone en duda que de estas reuniones surgió después la Asociación de Echeverría. Escritas sus memorias en la vejez, cuando ya tenía más altos títulos de qué enorgullecerse, la verdad resplandece en estas familiares confidencias. Las condiciones del ambiente corroboran también esa filiación. Las instituciones y las ideas, como los seres vivos, tienen antecesores. Solamente la adolescencia, que no tiene memoria porque no tiene pasado, suele creer, cuando algo piensa o realiza, que su obra fué la primera. En este encadenamiento de la obra intelectual, el mérito puede residir no tanto en ser el primero, porque siempre alguien lo es, sino en ser el último de una serie, o sea el que sabe dar a una fugaz iniciativa anterior, formas definitivas y durables. Tal fué la obra de Echeverría en 1837, y López se contó entre sus entusiastas colaboradores. En cuanto a don Marcos Sastre, tampoco fuera justo negarle el puesto que en esta serie genealógica de las asociaciones intelectuales le corresponde.

Sobre cómo se produjo esta cópula fecunda entre la primitiva asociación de estudiantes y el Salón literario, en casa de un librero que contaba a aquellos muchachos entre su clientela, nada mejor que oír,

con su peculiar acento de remembranza doméstica, el testimonio de López : « Sastre era muy conocido y popular entre los estudiantes. Era bastante erudito y el primer bibliógrafo en aquellos días. Había abierto, desde años atrás, una librería en la calle de la Defensa, entre Belgrano y Moreno, frente a la casa de Plomer, donde hemos vivido, y por consiguiente a la vuelta inmediata de la Universidad. A poco tiempo su librería se hizo para nosotros un lugar de visita diaria. Allí vendía y cambalachaba toda clase de libros, y sobre todo buscaba los muy viejos, sobre cualquiera materia que fuese. Se extendió bastante su crédito ; y no sólo estudiantes, sino gentes de mayor entidad concurrían : porque no sólo tenía abundancia de mercancía sino que daba noticias, de dónde, de cómo, de qué forma, etc., podía hallarse o pedirse la obra que se buscaba. Era un consejero siempre dispuesto a indicar lo que sabía : con un laconismo y una seriedad en la que no transpiraba mercantilismo : mostraba lo que tenía si se lo pedían o se lo indicaban. Sin ser educacionista practicante, había hecho del ramo, en teoría, la principal preocupación de su espíritu. Era bibliógrafo, sin ser ni pretender ser literato. En el trato frecuente que nos abrió su negocio de libros adoptó, como he dicho, la idea de reunir su negocio de librería a la de un salón o club de discusión, de conversación y de lectura : y cuando tuvo los elementos con la adhesión de Gutiérrez, Thompson, Echeverría y cuarenta o cincuenta socios más, tomó la casa en que hoy está Joly, en la calle Victoria ; puso la librería de venta y cambalache en las piezas con puerta a la calle, e instaló el salón en dos largas piezas que seguían hacia adentro » (ed. de *La Biblioteca*, pág. 346).

Este don Marcos Sastre de quien se habla, librero en 1835, es el mismo que, muchos años más tarde, habría de hacerse nuevamente famoso, con el libro *El Tempe argentino*, que escribió en su edad madura. Para no anticipar la cronología, presentando a Sastre en su segunda postura, que fué la de pedagogo y escritor (ya en germen dentro de la primera), he preferido no trazar aquí un resumen biográfico.

Sastre fué también un perseguido de la tiranía, y, como hemos de encontrarlo el año 40 emigrado en Montevideo, tendré ocasión de juzgar sus obras. Dejemos, pues, su bibliografía para más adelante, a fin de no alejarnos de ese año 1835, cuando el librero de Buenos Aires, que ya había sido maestro de primeras letras y de latín, aparece con cierto aire de maestro o mecenas de la juventud en el *Salón literario*.

Cerraré este capítulo con el acto en que el *Salón* se inaugura, porque en la ceremonia veremos surgir entre el grupo estudiantil una figura

patriarcal de nuestras letras — don Vicente López y Planes — cuya sola presencia evoca todos los recuerdos de la época revolucionaria y virreinal.

La fiesta, amenizada de música, se realizó en el patio de la calle Victoria, dispuesto a modo de teatro. El programa literario consistió en tres discursos leídos : uno de Sastre, otro de Alberdi (que contaba entonces veinticuatro años) y el tercero de Juan María Gutiérrez, cuyo trabajo fué el mejor, según confidencia de López a su hijo (1). Después habló don Vicente, cuyo medio siglo de edad habría bastado para hacerlo venerable en el juvenil cenáculo, si no lo ungieran de gloria el *Himno Nacional*, cantado por la concurrencia, y la aureola patricia que le daban su acción en las invasiones inglesas y en las primeras campañas de la emancipación. Su hijo Vicente, el unigénito amado, asistía también a la ceremonia ; y el celo que el padre siempre puso en su formación intelectual era, tal vez, uno de los motivos que le habían llevado al inquieto areópago. No recordaba el autor de la *Autobiografía*, al escribir sus memorias en la vejez, lo que el padre dijo en su plática, que duró media hora. Pero nosotros podemos imaginarla, porque es seguro que debió recordar sus días coloniales del San Carlos, la rígida disciplina del antiguo colegio en contraste con estas iniciativas de libertad, el nuevo espíritu que surgía, como mies de la siembra de Mayo ; y acaso recordó la primera Sociedad literaria de Cabello, en 1801, cuando él era muy jóven ; y la Sociedad literaria de Monteagudo, en 1812, iluminada por la hoguera revolucionaria que él mismo ayudó a encender ; y la Sociedad literaria de Rojas, para el fomento del buen gusto en el teatro, que le contó entre sus miembros ; y por fin el precedente inmediato, la Sociedad literaria de Agüero, la de *La Abeja* y del *Argos*, en cuyo seno trabajó, contribuyendo él también, bajo la alegoría de esos nombres, con los ojos que tuvo y la flor que pudo, a dar la visión de patria y la miel de poesía que todos anhelaban...

Aquel Salón de Sastre fué tan efímero como los anteriores, y como el siguiente, que fundó Echeverría. El ambiente político estaba ensombrecido de aciagos presentimientos, bajo la tiranía que empezaba ; pero esto mismo, unido a otras inquietudes intelectuales de la generación de 1837, señalaba el instante de arrojar, aunque fuese a voleo, en el suelo fecundo, la semilla del nuevo ideal romántico.

(1) El discurso de Sastre y los otros de la imaginación se imprimieron en 1837, y se menciona un ejemplar en el Catálogo del Museo Mitre (n° 19, 9, 75).

A los pocos días de inaugurado el Salón literario en casa de Marcos Sastre, ceremonia a la cual asistiera don Vicente López, encontróse éste en el tribunal de justicia, del cual formaba parte, con su colega el doctor Maza, amigo entonces y futura víctima de Rosas. Al hablar del Salón, Maza, en són de broma, le avisó a López:

— Juan Manuel Rosas dice que usted es demasiado bueno y débil; que ese no era su lugar.

Bajo este signo siniestro empezaba su vida el Salón literario. Tal cosa ocurría en 1835. Las reuniones fueron muy animadas en 1836; pero ya en 1838 el malestar político era intenso: las conspiraciones antifederales que fracasaban, el bloqueo francés, la emigración que crecía, destemplaron el ambiente. No tardó la mazorca en avisar al dueño de casa y a algunos socios, el desagrado con que miraba esas reuniones, y se decidió la clausura. «Al hacerlo — dice Vicente López en la *Autobiografía*, — teníamos ya el propósito de formar una asociación secreta con el nombre de *Asociación de Mayo*. Echeverría se comprometió a elaborar el programa, las bases, los objetos y el *Dogma* por el cual íbamos a trabajar. Todo lo que hicimos en este sentido y con este fin está impreso, y se redujo a simple propaganda de ideas y de fines, sin que hubiéramos tenido tiempo ni medios de entrar en acción hasta la desgraciada tentativa de la conspiración de Ramón Maza, que abortó, y de la Revolución del Sud, sucesos históricos muy cónocidos sobre los que no tengo nada nuevo que decir, pues todo, con sus menores detalles, está publicado y documentado.»

Todo está, en efecto, impreso y documentado. Yo mismo poco nuevo tendría que decir. La historia literaria roza aquí sucesos de la historia política. Lugar será, más adelante, para retocar con otros testimonios de la época, el cuadro de la nueva generación que allí se congregara.

CAPÍTULO V

OBRAS EN PROSA DE ECHEVERRÍA

I. La generación de 1837. La «Asociación de Mayo» y las *Palabras simbólicas* de Echeverría. El lema de la nueva doctrina: *Mayo, Progreso, Democracia*. Sentido genuino de estas palabras. — II. El *Dogma socialista*. Formación paulatina de esta obra: las *Palabras simbólicas* (1837), la *Ojeada retrospectiva* (1846), las *Cartas al Archivo* (1847). Cuestiones bibliográficas referentes al título y las ediciones del *Dogma*. Mi edición de la «Biblioteca Argentina». — III. Obras menores en prosa. Su ordenación en las *Obras completas* de Echeverría. Trabajos descriptivos: *El Matadero*. Trabajos doctrinarios: *Manual de moral cívica; La revolución de febrero;* otros ensayos. Echeverría como prosista y como pensador. Resumen de sus ideas sobre democracia, arte y libertad; su influencia social en el Plata.

I

Los trabajos en prosa de Echeverría ocupan dos volúmenes de sus *Obras completas*, mientras ha requerido tres el copioso material de sus poesías. Menos abundante que Sarmiento y Alberdi, los cuales fueron tan sólo prosistas, o que Gutiérrez y Mitre, también poetas como él, aquellos dos volúmenes podrían todavía reducirse más, si nos concretáramos a sus páginas fundamentales, separándolas de las que sólo son comentario o insistencia ocasional de las otras. Las *Palabras simbólicas* de 1837 son el germen de toda su prosa de años sucesivos. El *Dogma socialista*, que comprende a aquéllas, es la forma definitiva de su doctrina. El resto, como luego lo veremos, se reduce a algún ensayo donde amplía temas de estética o política ya tratados en el *Dogma*, y a alguna composición descriptiva, como *El Matadero*, no exenta de alusión a su doctrina social.

La reacción argentina contra las tradiciones coloniales había comenzado en el movimiento emancipador de 1810, pero sólo se caracterizó como una doctrina en 1837, gracias a la obra de Echeverría, indis-

cutible maestro — también en eso — de aquella nueva generación. Núcleos de ese apostolado fueron el *Dogma socialista* en la teoría política — «la Asociación de Mayo» en la propaganda democrática; — escuela y libro suyos, que van a mostrarnos una nueva forma de su inquietud espiritual.

Guiados por Echeverría, los jóvenes de 1837 intentaron, en visión retrospectiva, comprender la Revolución de Mayo, y adoptaron ese nombre «Mayo» como divisa de sus nuevos ideales, que no eran sino el renacimiento de los antiguos transitoriamente eclipsados por la demagogia y el terror. Ellos veían, en torno suyo, malograrse la revolución en una continua guerra civil. Veían sucederse, desde 1810, motines, destierros, asesinatos, despotismos brutales y montoneras rebeldes. No sólo había caído la arquitectura virreinal, sino que en sus grietas habían venido a anidar las alimañas de los peores instintos. Resurgían las formas regresivas del indio y del soldado, con sus violencias medievales y bárbaras, haciendo peligrar la patria, la libertad, la civilización. Los primeros héroes habían muerto: Moreno, Belgrano, Castelli, Pueyrredón; otros vagaban expatriados: San Martín, Alvear, Rivadavia, Las Heras. Obscuros oficiales de la guerra inicial habían llegado a generales de gauchos: Güemes, La Madrid, Lavalle, Paz; o a tiranos de pueblos: Ibarra, López, Aráoz, Heredia. Y sobre aquella convulsión de las masas embriagadas de libertad o ciegas de ignorancia, surgía, como tipo representativo de la hora terrible, la dominante figura de don Juan Manuel de Rosas, un antiguo comandante de frontera, crecido al contacto de indios y gauchos, en las aventuras de la pampa semivirgen.

Ante la incomprendida catástrofe, la nueva generación patricia dióse a pensar en el destino futuro de nuestra patria, a estudiar su historia, a proyectar su organización civil según las necesidades de la realidad social, a crear un ideario americano que substituyese al abolido ideario del régimen español. Titánica labor de pensamiento, admirable aun en sus deformidades y fracasos, por ella lograron, Echeverría y sus compañeros, sobreponerse a los bandos del momento, creando una filosofía de la acción civil.

Tal es el nuevo ideal por ellos resumido en las quince *Palabras simbólicas*, que decían: 1ª *Asociación*. 2ª *Progreso*. 3ª *Fraternidad*. 4ª *Igualdad*. 5ª *Libertad*. 6ª *Dios, centro y periferia de nuestras creencias religiosas; el cristianismo, su ley*. 7ª *Honor y sacrificio, móvil y norma de nuestra conducta social*. 8ª *Adopción de todas las glorias legítimas, tanto individuales como colectivas de la revolución; menosprecio de toda reputa-*

ción usurpada e ilegítima. 9ª *Continuación de las tradiciones progresivas de la Revolución de Mayo.* 10ª *Independencia de las tradiciones retrógradas que nos subordinan al antiguo régimen.* 11ª *Emancipación del antiguo espíritu americano.* 12ª *Organización de la patria sobre la base democrática.* 13ª *Confraternidad de principios.* 14ª *Fusión de todas las doctrinas en un centro unitario.* 15ª *Abnegación de las simpatías que pueden ligarnos a las dos grandes fracciones que se han disputado el poderío durante la Revolución.*

Fué Echeverría quien formuló ese programa, y el desarrollo teórico de sus quince temas constituyó, en sendos capítulos, la doctrina del *Dogma socialista*. A su invocación se congregaron los jóvenes de la Asociación de Mayo, y su espíritu animó la vida de varones ilustres, hasta vencer en la Constituyente de 1853, cuando cayó la tiranía.

Tratábase, pues, de un programa que surgía de nuestra propia tradición revolucionaria, en la cual habían encontrado, como verdad por todos olvidada, la vocación de la democracia. La revolución de Mayo, en efecto, habíase propuesto emanciparnos de España, y este fué el impulso de su acción militar: pero también se había propuesto organizar el estado en América sobre bases de libertad y de justicia, y éste fué el anhelo de su acción civil. Fué una revolución política, pero fué también una revolución social. La primera parte de su programa habíase consumado ya en las victorias marciales de Bolívar y San Martín, pero la segunda parte quedaba por realizarse. Reencender la gloriosa antorcha de los días iniciales y levantarla frente a los doctores unitarios o a los caudillos federales para que volviesen a ver cuál era el camino de la verdadera *democracia*, tal fué el propósito de Echeverría, y así lo compendió en el duodécimo capítulo del dogma:

«Nuestro punto de arranque y de reunión será la democracia. Política, filosofía, religión, arte, ciencia, industria: toda labor inteligente y material deberá encaminarse a fundar el imperio de la democracia. Política que tenga otra mira, no la queremos. Filosofía que no coopere a su desarrollo, la desechamos. Religión que no la sancione y la predique, no es la nuestra. Arte que no se anime de su espíritu y no sea la expresión de la vida del individuo y de la sociedad, será infecundo. Industria que no tienda a emancipar las masas y a elevarlas a la igualdad, sino a concentrar la riqueza en pocas manos, la abominamos. Al cobarde, al egoísta, al perjuro, anatema! Al que mire atrás y sonría cuando suene la trompeta de la regeneración de la patria, anatema!»

Un cuarto de siglo había pasado desde que se inició el esfuerzo de

reconstrucción. Los próceres que la tornaron heroica, habían desaparecido de la escena: Moreno muerto al comenzar la epopeya; Belgrano, al comenzar la anarquía; mientras San Martín y Rivadavia, expulsados con sus tenientes y ministros, erraban por las playas extranjeras en donde fueron a morir. El militarismo, engendrado por la necesidad del alzamiento en 1810, abortaba, hacia 1830, en terror, despotismo y demagogia. Destruída bruscamente la cultura de la época colonial, tardaba en organizarse la nueva cultura con que soñaron los autores de la revolución. El ideal de mayo, al abatir el estandarte español, al emancipar a los esclavos y a los indios, al suprimir la inquisición, al promover la libertad del comercio en el Plata, al otorgar la ciudadanía a los extranjeros, al entregar el gobierno a los americanos, al conocer al pueblo para la deliberación parlamentaria, al armar a los gauchos, al fomentar la discusión por la prensa, llamó a la vida el alma de la nueva nación; mas, cuando ésta quiso encarnarse en organización democrática, trabóse en lucha con las formas indígenas de la realidad y con los mil resabios de la colonia destruída. La transición tornóse trágica, y es frente a la tragedia de aquella hora incierta cuando aparece, coronada de luz, la figura romántica de Echeverría. En el contraste de su pensamiento con su medio social, es donde ha de buscarse la medida de su grandeza y el valor liminar que, entre dos épocas históricas, asignamos a su nombre en la literatura argentina.

Desde 1810 hasta 1837, muchos conductores del acontecimiento, mientras obraban como ciudadanos de acción, habían hablado como maestros de democracia, para explicar al pueblo el verdadero ideal que los movía. Eran Moreno en la prensa o Monteagudo en la tribuna, Funes en la asamblea o Gorriti en el libro, los precursores que hemos estudiado en el capítulo preliminar de este volumen. Poseían conciencia de verdadera argentinidad, pero no pudieron hacerla penetrar en muchedumbres incapaces, las mismas que después, seducidas por jefes que se les parecían, anegaron en su onda negra todo cuanto los sobrepasaba en cultura. Como dispersas voces humanas en una noche de naufragio, sonaban a lo lejos las palabras de aquellos primeros publicistas de la revolución. Ecos desacordes y confusos de un bello ideal, pasaban en las alas del viento trágico. Y entonces fué cuando Echeverría y los jóvenes de la «Asociación de Mayo» — que por eso se llamó así — pusieron el oído hacia el pasado, para reconocerlos y recoger su lección.

Juan María Gutiérrez, que estuvo por entonces en la intimidad de Echeverría, ha dado testimonio del enorme esfuerzo que el maestro

realizó para llegar al conocimento histórico de la revolución. Mas no volvió al pasado para crear el fetichismo de los héroes militares, sino para buscar las ideas que pudiesen fecundar el porvenir. El rumbo de la marcha en el tiempo se determina, como en el mar, por el trayecto andado y por el norte guiador de las estrellas. Eso es lo que él buscó, y por eso abreviaba las quince « palabras simbólicas » en solo tres, que en todo momento repetía : *mayo, progreso, democracia*. « Mayo » es el pasado de la nacionalidad, su tradición fecunda, la conciencia de nuestra personalidad en la historia ; « Progreso » es anhelo de lo mejor, cambio necesario a toda vida, esperanza y acción en actividades creadoras ; « Democracia » es libertad para el individuo, bienestar para el pueblo, gobierno de la razón popular, no de la mayoría popular, justicia y cultura en una palabra. « No os echéis a dormir bajo la tienda que levantaron vuestros padres », dice en el prólogo del *Dogma:* « El mundo marcha : marchad con él, si queréis elevaros a la dignidad de hombres libres... »

Y como tocados de un verbo mágico, las más bellas almas de su generación así lo comprendieron.

II

Cuando se habla del *Dogma socialista* de Esteban Echeverría, unos entienden referirse tan sólo a las *Palabras simbólicas* y a su comentario de 1837, en que la Asociación de Mayo concretó los ideales de la nueva generación argentina ; otros entienden referirse a la reedición de ese documento, que Echeverría hizo en Montevideo el año 1846, precediéndolo de una *Ojeada retrospectiva* sobre el movimiento intelectual ocurrido en el Plata desde el manifiesto de la mencionada asociación ; y otros — los menos — parecen comprender bajo ese mismo título todas las páginas que, antes y después de 1846, escribió Echeverría para propagar o aclarar o defender lo que su escuela dió en llamar el *Dogma socialista*. Cuando yo publiqué este libro en la *Biblioteca argentina* (t. 2) me decidí por este último criterio, completando las breves páginas del manifiesto inicial con las otras que le sirven de comentario, como el propio autor lo indicara en la edición de Montevideo, uno de cuyos raros ejemplares tengo sobre mi mesa de trabajo al escribir esta noticia.

Echeverría mismo nos refiere cómo el 23 de junio de 1837 se reu-

nieron de noche, en un vasto local, más de treinta jóvenes que deseaban concordar su pensamiento en un ideal democrático y argentino, independientemente de unitarios y federales, ya ensangrentados por la guerra civil. Ante aquel grupo ansioso, Echeverría leyó las *Palabras Simbólicas* que había redactado como síntesis de ideales, y que aclamadas esa noche, se convirtieron en credo dogmático de la nueva escuela que se llamó «Asociación de Mayo», y en germen inspirador de aquellas páginas de azarosa propaganda o de violenta polémica, que publiqué en un solo volumen, con estructura de libro orgánico. El nombre de *Dogma socialista* que más tarde se adoptara, que la tradición ha recogido y que he debido conservar al frente de ese volumen en la *Biblioteca argentina*, designó por consiguiente, un cuerpo doctrinario extremadamente diverso del socialismo contemporáneo. Si en el nombre de esa obra hay un equívoco bibliográfico, dadas las diferentes ediciones de 1838 y 1846 o glosas posteriores, hay también un equívoco doctrinario para quienes, sin haber leído el libro, puedan confundir el «socialismo» de Echeverría, anterior a 1846, con el socialismo actual, posterior a 1848, ya se lo considere en su primitiva forma romántica o en las formas científicas y políticas que siguieron al trágico estallido europeo de 1848.

El lector hallará ese volumen dividido en tres partes. La primera — «Antecedentes del dogma» — es la *Ojeada retrospectiva* sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 37, que Echeverría puso como introducción al texto del *Dogma* dado a luz en Montevideo por la imprenta de *El Nacional*, en 1846. La segunda — «Exposición del dogma» — es el texto del *Dogma socialista* de la Asociación de Mayo tal como aparece en esa misma edición clásica del 46, apenas variada sobre la príncipe de 1838. La tercera parte — «Defensa del dogma» — es el texto de las cartas que Echeverría dirigió a don Pedro de Angelis en 1847, desde su destierro uruguayo, cuando a raíz de la aparición de este libro el año anterior, Angelis publicara en el *Archivo americano*, para servir a Rosas, la crítica del *Dogma* y de esos jóvenes, a las cuales el periodista mercenario llamó «estudiantes de derecho presumidos y holgazanes». Las cartas de Echeverría vieron la luz por la imprenta uruguaya «*18 de julio*», en 1847; pero no habiendo podido conseguir esta edición para nuestra copia, me valí de la que Juan María Gutiérrez publicó en las *Obras completas* de Echeverría, versión que, por por notorios motivos, bien puede substituirla como fehaciente.

Esos tres opúsculos integran, en mi sentir, el pensamiento del *Dogma*,

tal como Echeverría lo viera en tres varios momentos de la historia nacional, en tres diferentes situaciones de su propia vida, en tres diversas actitudes de su ánimo apasionado. Escribió en 1837 las *Palabras simbólicas* (segunda parte) entre las ilusiones de la nueva generación, cuando recién vuelto a su patria, después de su estudiosa residencia en Europa, la juventud argentina le reconocía por maestro, y cuando él y los miembros de la Asociación de Mayo creían posible, frente a la tiranía naciente, desprenderse de unitarios y federales y remontarse a las puras y liberales tradiciones de la emancipación. Escribió en 1846 la *Ojeada retrospectiva* (primera parte) cuando la juventud dispersa se había refugiado en las naciones vecinas, movida en gran parte por los ideales de que este libro fuera iniciador, pero cuando ya fracasada la última tentativa de reacción unitaria (1839) y degenerada la primitiva forma federalista en régimen de terror (1840), no se mostraban a la mente de los jóvenes emigrados sino recuerdos y previsiones de tragedia. Escribió por fin, en 1847, las *Cartas al Archivo* (tercera parte) para defender en el *Dogma* el ensueño por el cual habían abandonado la patria y el hogar, sin que hallaran otro premio a la aventura que ver escarnecido su ideal por el sarcasmo o la injuria del crítico extranjero, guarecido a la sombra de los tiranos de su patria.

A esas tres situaciones de la historia argentina y de la vida pública de nuestro autor corresponden variantes de entonación en el estilo. El comentario de las *Palabras simbólicas*, o sea el *Dogma* propiamente dicho, se caracteriza por el estilo sentencioso, enfático, que había puesto por entonces de moda la influencia literaria de los románticos, con Hugo y Lamennais principalmente; se advierte asimismo el aparato de las logias civiles que a la sazón pululaban en la Europa republicana de Mazzini, de donde él venía; y casi todo su fraseo se mueve en una atmósfera de emoción juvenil, de fantasía desbordante, de fe ingenua, de suerte que si la obra es endeble como filosofía política, nadie podrá negar la elevación de su ideal cívico, generoso y romántico en extremo. Las otras dos partes, en cambio, difieren en su tema y en su tono: la *Ojeada* es melancólica, puesto que recuerda tentativas fracasadas y camaradas muertos en aras del *Dogma*; mientras las *Cartas* son viriles, con la áspera virilidad del que siente su hombría y su ideal escarnecidos por un adversario a quien personalmente desdeña, pero a quien reconoce venal y procaz vocero de la misma fatalidad que su libro combate.

Con tales elementos formé mi reedición del *Dogma*, y creo haber pro-

cedido con la más estricta probidad bibliográfica. No ha hecho la *Biblioteca argentina* sino lo mismo que hubiera hecho el autor; pues, en efecto, la primera y segunda parte del volumen son la reproducción *literal* de lo que Echeverría publicó en 1846 con este mismo título de *Dogma socialista*, y la tercera no es sino lo que el propio Echeverría publicó al año siguiente para defender su libro y esclarecer del todo su pensamiento. La tercera parte es sólo un apéndice ilustrativo de las dos primeras que, juntamente y solas, formaban el *Dogma* según su edición clásica de *El Nacional*. Y digo haber interpretado el pensamiento del autor con ese apéndice de la tercera parte, porque en realidad esa edición de *El Nacional*, que es la de 1846, era a su vez una ampliación de la primitiva de 1838. Ésta, que fué la de *El Iniciador*, no contenía sino las *Palabras simbólicas*, o sea nuestra segunda parte, y al reeditarla ocho años después, Echeverría le agregó la *Ojeada* y una advertencia en la cual decía: « Damos todas las piezas de este escrito, porque sin ellas no se comprendería bien su origen ni su primitiva tendencia ». Y aun declaraba más adelante: « Conserva por lo mismo este escrito su carácter de *provisorio*, en todo aquello que no es fundamental como principio ». Dadas estas palabras del autor, he creído no sólo que podía, sino que debía agregarle las *Cartas* escritas posteriormente sobre este libro, puesto que sin ellas no se comprendería bien su origen ni su primitiva tendencia.

Es su origen y su primitiva tendencia, además, lo que define el verdadero valor doctrinario de su nombre: *Dogma socialista*, que no fué tampoco el primitivo título de la obra. La edición de 1838 que hiciera Alberdi en *El Iniciador*, periódico de Montevideo, donde escribían él y otros emigrados argentinos, se llamaba *Dogma de la joven generación*. En la siguiente edición, Echeverría le designa indistintamente, en la *Ojeada*, como *Dogma de Mayo*, puesto que lo era de la asociación así llamada, y tal es el punto de mira en que el lector moderno deberá colocarse para comprender el pensamiento de este libro. « Socialista » quiere decir aquí « credo social », y ellas no formulan ningún problema obrero de carácter internacional, ni reforma alguna del capital o del trabajo. Su « socialismo » se levanta contra el « individualismo » de los déspotas o la « oligarquía » de los partidos intransigentes que entonces ensangrentaban la República. « Mucho tiempo hace que andamos como todos en busca de una luz de criterio socialista y mientras no nos hagan otros esa revelación, debe sernos permitido tomar por guía la que hemos columbrado y decir nuestro pensamiento en

voz alta. » Y contra los que dicen « La libertad soy yo », los jóvenes contestaban « Mayo, progreso, democracia ». « Si hay bandera más alta y legítima que la nuestra — exclama Echeverría, — que se levante y flamee ufana; la saludaremos y aclamaremos como la bandera regeneradora de la patria. »

Todo el ideal que se formula en el *Dogma socialista*, es un programa nacional, circunscrito a los límites de la patria argentina, y un programa democrático, ligado a la tradición de la revolución argentina. A eso se reducen sus fórmulas oraculares: *Mayo, progreso, democracia*, y demás « palabras simbólicas ». No se habla del internacionalismo, sino de la fraternidad en el sentido del humanismo cristiano; no se habla tampoco de la posesión en común de la tierra, sino de la comunidad moral de todos los habitantes dentro de la solidaridad nacional. Quien lea las páginas de ese volumen con desinterés filosófico verá que si explícitamente la joven generación de 1837 se declaraba ajena a los partidos en lucha, tampoco el *Dogma*, que es fruto duradero de su pensamiento, puede servir de patrimonio exclusivo a no importa cuál de nuestros partidos actuales. En cambio, todos hallarán en él potente levadura de argentinidad, capaz de fundirlos a unos y a otros en los ideales progresivos de la democracia.

III

Las prosas menores de Echeverría no son sino el desarrollo de las doctrinas expuestas en el *Dogma*. Hay en todas ellas una idea núcleo, « la libertad », en el sentido americano que le dieron los héroes de la emancipación y en el sentido universal que le dieron los filósofos del romanticismo, ambos refundidos en la actitud local de Echeverría. Esa idea de la libertad se prismatiza en las quince *Palabras simbólicas*, definiéndose del todo con los antecedentes históricos de la *Ojeada* y con los argumentos polémicos de las *Cartas*, piezas que ya conocemos. De ahí arrancan las páginas ocasionales de otros « ensayos », donde persiste, abriéndose en haz, la doctrina de 1837. Tal es el significado de los artículos que forman los tomos IV y V de sus *Obras completas* (1).

(1) En las *Obras completas* de Echeverría, sus trabajos en prosa ocupan los tomos IV y V de la ya mencionada colección. El editor, en una advertencia del tomo IV, dice que

La doctrina de 1837 era susceptible de desenvolverse en dos sentidos, o sea el de su aplicación a la política, por la organización democrática de la libertad en América, y el de su aplicación a la cultura, por la liberación estética del arte en el Plata. El ensayo sobre el *Fondo y forma de las obras de imaginación*, ya estudiado en el capítulo II, y los artículos que se intitulan *Proyecto y prospecto de una colección de canciones nacionales*, *Literatura mashorquera*, *Advertencia de « La Cautiva »*, *Dedicatoria de Elvira*, *Carta al doctor D. J. M. Fonseca*, *Locuciones y modismos tomados de hablistas castellanos*, *Proyecto o prospecto de una obra periódica*, *La leyenda de don Juan*, *Pensamientos, ideas y opiniones*, etc. (todas del tomo V), son la insistencia sobre el tema del romanticismo y la emancipación de la literatura americana, ya planteado en términos de franca rebelión contra España en diversos pasajes del *Dogma*. A su vez, los artículos del tomo V que se intitulan, *Antecedentes y primeros pasos de la Revolución de Mayo*, *Origen y naturaleza de los poderes extraordinarios acordados a Rosas*, *Las revoluciones*, *Discurso de introducción a una serie de lecturas*, *Exposiciones hechas en el seno de la Asociación de Mayo*, *Sistemas*, *Revolución de febrero en Francia*, *Discurso para la festividad*

ha reunido en él sus trabajos más extensos, reservando para el volumen siguiente los escritos menores. La distribución, según veremos, se ha realizado en esta parte, con la misma falta de cronología o de lógica que he criticado al hablar de las obras en verso. Las prosas así reunidas son, por su orden, en el tomo IV: 1° *Dogma socialista de la Asociación de Mayo precedido de una ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata* desde el año 1837 (pág. 1-204), reproducción del libro impreso en Montevideo (1846); 2° *Mayo y la enseñanza popular en el Plata* (pág. 205-228), discurso preparado para las fiestas mayas de 1844 en Montevideo, al cual acompañan otras piezas explicativas; 3° *Cartas a don Pedro de Angelis* (pág. 229-327), dos réplicas a las críticas del *Archivo Americano*, en defensa del *Dogma*, publicadas por primera vez en Montevideo el año 1847; 4° *Manual de enseñanza moral para las escuelas primarias* (pág. 327-411), publicado en la «Imprenta de la Caridad» (Montevideo, 1846); 5° *Discurso para la festividad del 25 de Mayo de 1844 en Montevideo* (pág. 412-432), repetición del número 2, sin los documentos explicativos, cosa que nos revela el descuido con que se realizó la edición, ya fuera por culpa de Gutiérrez (que acaso diese los originales sin leerlos) o de Casavalle, que los imprimió sin cautela; 6° *Revolución de febrero en Francia* (pág. 431-461), excelente «ensayo» sobre la convulsión social de Europa en 1848 y las ideas que la produjeron, dado a luz en *El Conservador* de Montevideo ese mismo año de 1848. El tomo V se abre con la biografía del autor por Gutiérrez (100 páginas) y juicios críticos de otros autores (157 páginas). Contiene, además, el texto de Echeverría, formado por artículos, ensayos y notas, que ascienden a 430 páginas. De este material, son puramente literarios *Peregrinaje de Gualpo*, *Cartas a un amigo*, *Advertencia* de *« La Cautiva »*, Dedicatoria de *« Elvira »*, *Carta al doctor J. M. Fonseca*, *Mefistófeles* (drama jocoserio), *Apología del matambre*, *La leyenda de Don Juan*, etc., piezas ya aludidas al estu-

del 25 de Mayo de 1844 en Montevideo, *La contribución territorial*, etc., son la insistencia sobre el problema de la democracia y sus medios de organización en nuestros países, tema ampliamente debatido también en el *Dogma*. Aplicación práctica de su doctrina estética fueron *La Cautiva* y otros poemas, en verso; *El Matadero* y otros cuadros, en prosa. La aplicación práctica de su doctrina política, o sea la redención del pueblo por la cultura, fué su *Manual de enseñanza moral para las escuelas primarias* y otros trabajos sobre educación, por ejemplo: *Objetos y fines de la instrucción pública*. No olvidemos, además, que Echeverría fué prácticamente un educador, primero en Buenos Aires, como maestro de la Asociación de Mayo, y luego en Montevideo, como colaborador del «Instituto de instrucción pública», que Lamas organizara. Digamos, finalmente, que Echeverría proyectó, con fines de educación popular, la fundación de una «enciclopedia» y de una publicación periódica; generosas iniciativas que las penurias de la expatriación impidiéronle realizar.

Hay en la prosa de Echeverría tres «tonos», que varían de acuerdo con los asuntos tratados: uno es el *romántico* de las *Palabras simbólicas*, henchido de frenesí declamatorio, según el gusto lamenesiano; otro, el *didáctico* del *Manual de enseñanza moral*, donde la frase breve co-

diar las obras poéticas de Echeverría. De carácter filosófico más general, es su ensayo sobre estética intitulado *Fondo y forma de las obras de imaginación*, cuyo comentario constituye la médula de nuestro capítulo sobre «el romanticismo americano»; y lo es el otro titulado *Manual de enseñanza moral*, que más adelante comentaré. No restan ya por mencionar, entre las piezas nuevas del tomo V, *El Matadero*, cuento realista o cuadro de color local, y varios artículos que interesan a la historia de la «Asociación de Mayo» y del *Dogma*, o a la biografía de su autor. En el conjunto de las piezas mencionadas, se destacan dos artículos en francés, que, reunidos, no pasan de diez páginas (t. V, pág. 413-421). El primero es una carta *A Mr. F. Stapher*, datada en París, el 20 de junio de 1827 y dirigida a Berlín. El segundo se titula *Argument que j'ai posé a un spiritualiste partisan outrè des doctrines de Laromignière*, fechado en París, 1827. Dice Gutiérrez, en una nota marginal (pág. 413), que los encontró autógrafos entre los papeles del poeta, y que Echeverría poseyó muy bien el francés y el inglés, aunque nunca hizo gala de estos conocimientos en su conversación. Trátase en este caso, de dos piezas de secundario valor, y solamente lo tienen como testimonio de las aptitudes del maestro, y por ser, acaso, las primeras páginas escritas en lengua extranjera por un argentino. Documento biográfico sobre sus preocupaciones filosóficas, lo es también sobre sus amistades cosmopolitas durante la época de París. Asimismo ofrecen valor puramente documental otros fragmentos y notas que el editor incluye en el tomo V (págs. 138, 155, 175, 180, 200, 374, 382, 422, etc.), los cuales son de más interés para el biógrafo o el crítico, aunque no para el lector corriente. Páginas de imaginación en prosa, son *Peregrinaje de Gualpo* (pág. 1), *Cartas a un amigo* (pág. 20), *El Matadero* (pág. 209), en los cuales se revela un escritor de más sentimiento que colorido y técnica reflexiva.

rre mansa, ciñéndose estrictamente a la claridad del pensamiento, con una manera de sencillez no muy diversa de la prosa alberdiana : el tercero es el tono *descriptivo* de *El Matadero*, donde la palabra es objetiva en la pintura de tipos, diálogos y escenas, tan ajustada a la veracidad del modelo, que el escritor romántico se torna crudamente *realista*, sin rehuir lo asqueroso de la visión en ciertos cuadros, ni lo procaz del lenguaje en ciertos coloquios. La estética romántica traía en sí los gérmenes del realismo, puesto que la misma exaltación espiritual que lo caracterizaba necesitó de la antítesis para contrastar, en claroscuro, esa luz de la fantasía con las sombras de la realidad. Por otra parte, el romanticismo significaba, como su nombre lo indica, una vuelta al origen «románico» de las nuevas culturas, con detrimento de las antiguas, y eso comportaba el color local en el arte, por el sentido histórico de la nacionalidad y la emoción territorial de su ambiente. Para realizar ese ideal, escribió Echeverría *La Cautiva*, que se emparenta con el Romancero español y la poesía gauchesca ; y para eso escribió *El Matadero*, que es, cronológicamente, el primer cuento realmente «argentino», precursor, como ciertos pasajes del *Facundo*, de la prosa descriptiva de que son ejemplo algunos cuadros de Fray Mocho, Joaquín González, Martiniano Leguizamón, Roberto Payró y otros prosistas descriptivos de la época contemporánea.

El cuento que se intitula *El Matadero*, describe en treinta páginas el ambiente brutal de «los Corrales» en tiempo de Rosas, y tiene por argumento el episodio — imaginario o real, aunque en todo caso verosímil — de la presencia de un joven culto, en quien la chuzma del lugar reconoce por su apostura al unitario, sometiéndolo primero a la befa y después a un simulacro de degüello para deporte de esa hampa. Comienza con escenas de equitación gauchesca y tauromaquías salvajes para el enlazamiento de la res que van a inmolar ; se oyen ternos y voces que harían ruborizar al Arcipreste ; hambrientas negras del suburbio andan pedigüeñas tras de machos soeces que les arrojan achuras embadurnadas en un lodo de sangre. Aquello es la cancha donde se carnea para la provisión de Buenos Aires en 1840, y es, al propio tiempo, el sitio de mayor popularidad de Rosas, légamo donde pululan los secuaces de la mazorca, que así aprenden la técnica del degüello federal, insensibilizados por el oficio diario y alentados por la protección del tirano. Cuando aquella muchedumbre sanguinolenta y festiva ve pasar al joven que cabalga en silla inglesa y usa la barba en U, descubren al enemigo que la mazorca les enseña a odiar. Atropéllalo Ma-

tasiete, gaucho bravucón, montado a caballo, y desarzona al otro jinete de una pechada. Vienen los demás a burlarlo ; lo atan de pies y manos en presencia del juez de la cancha, que pertenece a aquella misma ralea : lo fuerzan a vivar al tirano y a la federación ; lo injurian porque no trae cintillo colorado : le cortan la barba según la moda rosina : y empiezan a tocar *La resbalosa*, que era la música del degüello mientras los diestros afilan sus puñales simulando que va a empezar el castigo. Entretanto, el joven se retuerce entre sus ataduras, como un titán encadenado ; forcejea, injuria, protesta, y al fin congestionado de furor,

Fig. 17. — Soldados « rosines » en el sitio de Montevideo
según Demaría (*op. cit.*, t. I, pág. 60)

calla la palabra en sus labios, enmudecida por el chorro de sangre de las arterias estalladas. Así la escena que para esos bárbaros comenzara como un pasatiempo jovial, finaliza trágicamente...

Si la personalidad de Echeverría no ha de ser olvidada en la historia de la poesía nacional porque escribió *La Cautiva*, así, en la tradición de nuestros géneros narrativos en prosa, *El Matadero* queda como el punto de arranque de un tipo y de una tendencia, tanto más valioso en su vigor descriptivo cuanto que solamente lo conocemos según la forma, provisoria o improvisada, de los borradores que encontró Gutiérrez entre los papeles póstumos del poeta (1)...

(1) Véase al respecto la nota marginal con que Juan María Gutiérrez ilustra este artículo en el tomo V, página 209, de las *Obras completas*.

Pocos escritores hay en la literatura americana tan difíciles para la crítica imparcial como Echeverría, pues ninguno presenta más íntima contradicción entre sus posibilidades y sus sueños, ni más rara complejidad de aptitudes condenadas a tentar las varias vías de la acción y del arte. Vais a considerarlo como un talento especulativo, y se os aparece como hombre de acción; vais a considerarlo como político, y es el poeta el que se os presenta; vais a considerarlo como escritor, y él mismo se adelanta para deciros: «Si yo hubiera podido realizar lo que proyecté hace tiempo, *y sin cuyas miras jamás me hubiera ocupado de poesía...*» (t. V, pág. 432), o bien: «Sólo la deplorable situación de nuestro país ha podido compelerme a malgastar en rimas estériles la substancia del cráneo» [*sic*] (t. V, pág. 431). Quien recorre sus desahogos íntimos y sus confidencias epistolares, profusas en ese tomo V de las *Obras completas*, lo ve contradecirse, ondular, metamorfosearse como una ola o como una nube. Si tuviéramos que definirle en una sola palabra, diríamos que es «una inquietud», la inquietud del alma argentina en su tiempo sin leyes y sin cultura. Por eso el juicio de sus contemporáneos y sucesores lo ha glorificado, aunque pudiera a veces no admirarlo. Se ve que en Echeverría el profeta es más grande que el artista; el ciudadano, más grande que el escritor. Su ideal vale más que su obra, y su vida más que su ideal. Con todo, su doctrina ha sido de una gran fecundidad en la civilización argentina, si nos atenemos para definirlo a su ensayo sobre la *Revolución de febrero*, donde, sin ser socialista, muéstrase partidario de una revolución que tendía a la emancipación económica del hombre; a su ensayo sobre la *Forma y fondo en las obras de imaginación*, donde, partiendo del romanticismo europeo, llega a la emancipación estética de los escritores americanos; a su *Manual de enseñanza moral para las escuelas primarias*, donde, sin abandonar su constante liberalismo, preconiza la necesidad de una norma ética estatuída por la sociedad sobre el individuo; — en una palabra, todo lo que, al empezar su carrera, expuso en el *Dogma*, libro genuinamente suyo y esencialmente nuestro, libro argentino por la filiación de su sentimiento civil que arranca de 1810, y por el destino de su influencia social, en arte, en educación y en política americanas.

Pues, desde luego, nadie negará que así como el *Dogma* es libro esencialmente argentino por su procedencia, es también libro orgánicamente revolucionario por su vocación. Lo fué en su tiempo, y puede aún serlo en lo porvenir. En sus páginas entró, por colaboración ostensible o velada, el pensamiento de jóvenes como Alberdi, López y Gutiérrez, o en él to-

maron inspiración, más tarde, jóvenes como Sarmiento, Mármol y Mitre.

La generación de los proscriptos formuló en esas páginas su credo antes de 1839, y lo realizó después de 1852. Contra los resabios de ignorancia y sectarismo de la colonia española, sobreviviente en la época de Rosas, levantaron un ideal que convocaba a todos los argentinos a trabajar unidos por la raza, la ciencia y la libertad. Los que invocan a la patria como nodriza del capitalismo, del militarismo o del catolicismo, tampoco hallarán el alegato que buscan para su causa. Ese libro está por encima de ellos y de sus adversarios, porque, según lo tengo ya dicho, no es, a pesar de su nombre, un alegato «socialista» sino, en todo caso y simplemente, un voto de espiritualismo republicano. A pesar de su énfasis anacrónico, de sus generalizaciones ingenuas, de sus caídas de mal gusto literario, el *Dogma socialista* es una de las diez o veinte obras que está en necesidad de leer todo argentino, porque en sus páginas alienta el alto espíritu que condujo toda una generación al noble holocausto de desterrarse de la patria indigna, o a morir dentro de ella por la libertad.

¡VIVA LA CONFEDERACION ARGENTINA!

¡Mueran los salvages Unitarios!!

Coro.

Odio eterno y muerte al que quiera
Humillar nuestra Pátria querida,
Que juramos ser libres por siempre
Y jamas, el mirarle abatida

El salvage traidor unitario
Decembrista, inhumano y feróz,
Nuestra Historia gloriosa ha manchado
Con perfidia inaudita y atróz:
Insaciable en su sed de venganza
Una marcha de muerte siguió,
Y la sangre del Héroe Argentino
A raudales inmensos vertió.

Coro.

La República toda atestigua
Con su justo y tremendo rencor,
Odio eterno á ese bando protervo
Que á la Pátria ha sumido en dolor;
La impiedad, latrocinio y desorden
Por do quiera este monstruo dejó,
Que obscecado por siempre en el crímen
Ni los Templos de Dios respetó.

Coro.

La virtuosa doncella se mira
Calumniada con rabia y furor,
Nada, nada respeta el vandído
Unitario sin Pátria ni honor:
Exterminio, es el lema que lleva
En su negro y sangriento pendon,
Que vendido al inmundo estrangero
Se ha cubierto de infame baldon.

Coro.

Los injustos ingleses que un dia
Nuestro suelo le vimos morder,
Nos consitan á lid sanguinaria
Ostentando su vano poder:
Pero sepan los Pueblos de Europa
Que vencer ó morir, ya juramos,
Y que ruinas y sangre queremos
Si la Pátria feliz; no salvamos.

Coro.

En los hijos de América corre
Por sus venas la sangre Española,
No de inícuos gavachos é ingleses
Pestilente, maldita y traidora:
Si en España encontrasteis ¡Franceses!
Vuestra tumba y mil clases de muerte,
Estos Paises tambien os preparan
Una foza, odio eterno, igual suerte.

Coro.

Estándartes tenemos, qué gloria!!
Adquiridos por nuestro valor,
Con Hazañas sublimes, heróicas
Combatiendo en el campo de honor:
Observad miserables ingleses
Las banderas de vuestra Nacion,
Que se miran de adorno en los Templos
De la ilustre Confederacion.

Coro.

Estos son unos timbres eternos
Y elocuentes de nuestro Poder
Porque siempre estuvimos resueltos
Por la Pátria morir ó vencer:
No cual viles, cobardes, villanos,
Atacamos á Jóven Nacion....
Pero sí, ultrajados sabemos
Castigar la insolente agresion

Coro.

Del Gran ROSAS y ORIBE el ilustre
La señal del combate esperamos,
La señal....y á lavar las afrentas!!...
O con gloria inmortal sucumbamos:
Suene la hora de justa venganza
Que provocan Piratas Ingleses,
Que humillar ese orgullo sabremos
A la par que á los crueles Franceses.

Coro.

Odio eterno y muerte al que quiera
Humillar nuestra Pátria querida,
Que juramos ser libres por siempre
Y jamas, el mirarle abatida,

Fig. 18. — Himno rosista (impreso de la época, hoja suelta, en la Biblioteca del autor)

CAPÍTULO VI

LA PLÉYADE DE LOS PROSCRIPTOS

I. La juventud argentina y los viejos partidos ante la doctrina de Echeverría. Ambiente político de la época y actitud disidente de los que fundaron la « Asociación de Mayo » — II. Primeros colaboradores de Echeverría en 1837. Carácter ocasional y militante de la doctrina del *Dogma*. Su propagación de Buenos Aires a las provincias. Agentes de la predicación del nuevo credo en todo el país. — III. Diversas emigraciones argentinas : la de la revolución ; la del despotismo. Diversos núcleos de resistencia : el Litoral, el Norte, Cuyo. Las repúblicas vecinas, refugio de la emigración. Nómina de los proscriptos. El ambiente moral del destierro.

I

Cuando en 1837 Echeverría formuló en su *Dogma* lo que con verdad se considera como ideal de una nueva generación, su pensamiento no hizo sino definir inquietudes colectivas, que latían, sin concretarse, en toda la sociedad argentina de su tiempo. Si él interpretó la convicción de muchos, o sólo la del selecto grupo juvenil de quienes eran sus amigos ; si su obra fué combatida por unitarios y federales, por clásicos y por bárbaros, ello no amengua la virtud de su doctrina, por cuanto planteó nuestro problema social en toda su latitud. El *Dogma* versaba sobre política, filosofía, arte y moral ; adaptaba a necesidades de nuestra democracia conceptos actuales de la cultura europea ; sometía nuestra historia al criterio personal que había sabido formarse con ideas de Leroux, Lerminier, Cousin, Hugo, Mazzini ; realizaba lo que hoy se llama « una revisión de valores », respecto de España y también respecto de la revolución ; pero como su doctrina era militante, ofrecía soluciones de educación y gobierno, muchas de las cuales han venido — gracias a sus discípulos — por el camino que él indicó. El ambiente

hallábase preparado para una obra de ese género, pues había en la sociedad porteña de 1837 una inquietud política, una inquietud filosófica, una inquietud literaria, que Echeverría vino a fecundar, dándoles la afirmación, la esperanza y la fórmula de que carecían.

Describiré en este y otros capítulos aquellas inquietudes del ambiente local, empezando por el problema político, que, a partir de la emancipación, era el más importante de todos, puesto que de su solución dependían, para estas convulsionadas colonias semibárbaras, la paz y, por consiguiente, la cultura.

He dicho en un capítulo anterior, que Echeverría presentó a sus compañeros las *Palabras simbólicas*, médula del *Dogma*, y que sólo varios años más tarde, ya emigrado en Montevideo, escribió la *Ojeada retrospectiva*, donde refiere la iniciación de sus trabajos. Voy a transcribir todo el principio de la *Ojeada*, pues aunque trátase de un trozo extenso, abrevia y autoriza esta parte de mi reconstrucción :

« A fines de mayo del año 1837 se propuso el que subscribe promover el establecimiento de una *Asociación de jóvenes*, que quisieran congregarse a trabajar por la patria.

« La sociedad argentina entonces estaba dividida en dos facciones (1) irreconciliables por sus odios como por sus tendencias, que se habían largo tiempo despedazado en los campos de batalla : — la facción federal vencedora, que se apoyaba en las masas populares y era la expresión genuina de sus instintos semibárbaros, y la facción unitaria, minoría vencida, con buenas tendencias, pero sin bases locales de *criterio* socialista, y algo antipática por sus arranques soberbios de exclusivismo y supremacía.

« Había, entretanto, crecido, sin mezclarse en esas guerras fratricidas ni participar de esos odios, en el seno de esa sociedad una *generación nueva*, que por su edad, su educación, su posición debía aspirar y aspiraba a ocuparse de la cosa pública.

« La situación de esa generación nueva en medio de ambas facciones era singular. Los federales la miraban con desconfianza y ojeriza, porque la hallaban poco dispuesta a aceptar su librea de vasallaje, la veían

(1) « Políticamente hablando, un partido es el que representa alguna idea o interés social ; una facción, personas ; nada más. Como entre nosotros no se puede exigir tanto, ni ser tan severo en el lenguaje, llamamos indistintamente partidos y facciones a las nuestras. Entiéndase también, una vez por todas, que hablamos de unitarios y federales como partidos políticos. Conocemos entre unos y otros, algunos proscriptos muy capaces, estimables y patriotas, cuya amistad nos sería grata. » *(Nota de Echeverría.)*

ojear libros y vestir frac, — traje unitario ridiculizado y proscripto oficialmente por su *jefe*, en las bacanales inmundas con que solemnizó su elevación al mando supremo. Los corifeos del partido unitario, aislados en Montevideo, con lástima y menosprecio, porque la creían federalizada, u ocupada solamente de frivolidades.

« Esa generación nueva, empero, que unitarizaban los federales, y federalizaban los unitarios, y era rechazada a un tiempo del gremio de ambas facciones, no podía pertenecerles. Heredera legítima de la religión de la Patria, buscaba en vano en esas banderas enemigas el símbolo elocuente de esa religión. Su corazón virginal tuvo desde la cuna presentimientos y vagas revelaciones de ella. Su inteligencia joven, ávida de saber, ansiaba ver realizadas esas revelaciones para caer en la Patria y en su grandioso porvenir.

« Los unitarios, sin embargo, habían dejado el rastro de una tradición progresista estampado en algunas instituciones benéficas, el recuerdo de una época, más fecunda en esperanzas efímeras que en realidades útiles : sofistas brillantes, habían aparecido en el horizonte de la Patria, eran los vencidos, los proscriptos, los liberales, los que querían, en suma, un régimen constitucional para el país. La generación nueva, educada la mayor parte en escuelas fundadas por ellos, acostumbrada a mirarlos con veneración en su infancia, debía tenerles simpatía, o ser menos federal que unitaria. Así era : Rosas lo conocía bien, y procuraba humillarla marcándola con su estigma de sangre. No hay ejemplo que haya patrocinado a joven alguno de valor y esperanzas. Esa simpatía, empero, movimiento espontáneo del corazón, no tenía raíz alguna en la razón y el convencimiento.

« La situación moral de esa juventud viril debía ser por lo mismo desesperante, inaudita. Los federales, satisfechos con el poder, habían llegado al colmo de sus ambiciones. Los unitarios en el destierro, fraguando intrigas obscuras, se alimentaban con esperanzas de una restauración imposible. La juventud aislada, desconocida en su país, débil, sin vínculo alguno que la uniese y le diese fuerza, se consumía en impotentes votos, y nada podía para sí ni para la Patria. Tal era la situación.

« El que subscribe, desconociendo la juventud de Buenos Aires por no haber estudiado en sus escuelas, comunicó el pensamiento de asociación que lo preocupaba, a sus jóvenes amigos D. Juan Bautista Alberdi y D. Juan María Guiérrez, quienes lo adoptaron al punto y se comprometieron a invitar lo más notable y mejor dispuesto de entre ella.

« En efecto, el 23 de junio de 1837 por la noche, se reunieron en un vasto local, casi espontáneamente, de treinta a treinta y cinco jóvenes, manifestando en sus rostros curiosidad inquieta y regocijo entrañable (1). El que subscribe, después de bosquejar la situación moral de la juventud argentina, representada allí por sus órganos legítimos, manifestó la necesidad que tenía de asociarse para reconocerse y ser fuerte, fraternizando en pensamiento y acción. Leyó después las *palabras simbólicas* que encabezaban nuestro credo. Una explosión eléctrica de entusiasmo y regocijo saludó aquellas palabras de asociación y fraternidad : parecía que ellas eran la revelación elocuente de un pensamiento común, y resumían en un símbolo los deseos y esperanzas de aquella juventud varonil.

« Inmediatamente se trató de instalar la Asociación. Por unánime voto cupo al que subscribe el honor de presidirla, y nos separamos dándonos un abrazo de fraternidad indisoluble.

« Ahora, después de tantas decepciones y trabajos, nos gozamos en recordar aquella noche, la más bella de nuestra vida, porque ni antes ni después hemos sentido tan puras y entrañables emociones de Patria.

« La noche 8 de julio volvimos a reunirnos. El que subscribe presentó una fórmula de juramento parecida a la de la Joven Italia ; fué aprobada y quedó juramentada e instalada definitivamente la Asociación. Al otro día, 9 de julio, celebramos en un banquete su instalación, y la fiesta de la independencia patria.

« Pero se trataba de ensanchar el círculo de la asociación, de ramificarla por la campaña, dondequiera que hubiese patriotas; de reunir bajo una bandera de fraternidad y de patria, todas las opiniones, de trabajar, si era posible, en la fusión de los partidos, de promover la formación en las provincias de asociaciones motrices que obrasen de mancomún con la central de Buenos Aires, y de hacer todo esto con

(1) Ignoro si alguien podría dar la lista completa de los 35 jóvenes a quienes Echeverría se refiere No conozco *actas* de la « Asociación » ; pero ateniéndome a los colaboradores que nombran la *Ojeada* y otras *memorias* de contemporáneos, los primeros correligionarios fueron : Alberdi, Gutiérrez (J. M.), Tejedor, Frías (F.), Peña (Jacinto), Irigoyen (Miguel), López (V. F.), Carrasco (Benito), Lafuente (Enrique), y supongo que Mitre (B.), Thompson, Bermúdez, Quiroga Rosas, Costa, Cané, Peña (Demetrio), Marmol, Wright (Francisco). Todo esto si se ha de mencionar solamente a los iniciadores en Buenos Aires, porque es sabido que el *Dogma* se propagó a otras ciudades. En esa obra de proselitismo trabajaron algunos de los ya nombrados y otros que luego mencionaré.

el sigilo y la prudencia que exigía la vigilancia de los esbirros de Rosas y de sus procónsules del interior.

« Considerábamos que el país no estaba maduro para una revolución material, y que ésta, lejos de darnos Patria, nos traería o una restauración (la peor de todas las revoluciones) o la anarquía, o el predominio de nuevos caudillos.

« Creíamos que sólo sería útil una revolución moral que marcase un progreso en la regeneración de nuestra Patria.

« Creíamos que antes de apelar a las armas para conseguir ese fin, era preciso difundir, por medio de una propaganda lenta pero incesante, las creencias fraternizadoras, reanimar en los corazones el sentimiento de la Patria amortiguado por el desenfreno de la guerra civil y por los atentados de la tiranía, y que sólo de ese modo se lograría derribarla sin derramamiento de sangre.

Fig. 19. — Marco Avellaneda. El mártir de Metán, poeta y caudillo.

« Creíamos indispensable, cuando llamábamos a todos los patriotas a alistarse bajo una bandera de fraternidad, igualdad y libertad para formar un partido nacional, hacerles comprender que no se trataba de personas, sino de patria y regeneración por medio de un dogma que conciliase todas las opiniones, todos los intereses, y los abrazase en su vasta y fraternal unidad.

« Contábamos con resortes materiales y morales para establecer nuestra propaganda de un modo eficaz. En el ejército de Rosas había muchos jóvenes oficiales patriotas, ligados con vínculos de amistad a miembros de la asociación. Estábamos seguros que gran número de hacendados ricos y de prestigio en la campaña de Buenos Aires abrazarían nuestra causa. En las provincias del interior pululaba una juventud bien dispuesta a confraternizar con nosotros. Todo nos prometía un éxito feliz ; y a fe que la revolución del Sud, la de Maza, los sucesos de las provincias, probaron que nuestra previsión era fundada, y que existían inmensos elementos para realizar sin sangre, en momento oportuno, una revolución radical y regeneradora, tal cual la necesitaba el país. Todo eso se ha perdido : la historia dirá por qué : no queremos nosotros decirlo. »

«Todo eso se ha perdido», afirmaba Echeverría en el escepticismo de su destierro, y así podía creerlo en 1846, desde Montevideo sitiado por Oribe; pero, medio siglo después, pudo verse que aquello no se había perdido del todo. «La historia dirá por qué», agregaba; y aunque parece aludir a Rosas, yo me inclino a creer que, en su reticencia, aludía, más bien, a la incultura de nuestros pueblos. Como al sembrador de la parábola, ocurrióle que muchas de las simientes por él sembradas cayeron en tierra estéril, y que a otras se las llevaron las aves del cielo. No cabe duda, sin embargo, de que algunas cayeron en surco propicio, y bajo el riego de sangre de las guerras civiles, fructificaron en la cosecha que sus discípulos recogieron, cuando ya había muerto el sembrador.

II

Ya hemos visto en una nota de este capítulo, la nómina de los principales colaboradores de Echeverría en 1837. Acabamos de ver qué causas sociales favorecieron esa inquietud espiritual, así fecundada por su doctrina. Vamos ahora a ver cómo se propagó el dogma nuevo por otras ciudades, después que la luz de Mayo volvió a encenderse en la juventud de Buenos Aires. Iniciación fundada más en el sentimiento que en la inteligencia, cundió con celeridad y llevó algunas almas al sacrificio.

El propio maestro, en el comienzo de la *Ojeada*, casi diez años después de la iniciativa de 1837, y ya desterrado él mismo, dedicaba la edición del *Dogma* a Avellaneda, Álvarez, Acha, Maza, Varela, Berón de Astrada, y otros caídos por la libertad en los fracasados alzamientos contra la tiranía, y consideraba que eran mártires de la idea que la Asociación de Mayo preconizó. En el caso de Marco Avellaneda (el valiente gobernador de Tucumán, jefe de la Liga del norte, sacrificado por Oribe en Metán), así como en el de Maza, asesinado por los sicarios de Rosas, no podría discutirse la filiación, pues eran jóvenes y habían abrazado, según consta, los principios de la nueva escuela. No podría establecerse con igual claridad la convicción filosófica de Berón de Astrada o Acha en el movimiento; pero, como Echeverría lo indica y podría probarse, la nueva generación se alió a los unitarios en el alzamiento de Lavalle en 1839, pues no en vano fueron Alberdi y Frías sus secretarios. En tal caso, no es aventurado afirmar que los ideales de 1837 se habían hecho militantes, y que ellos servían la política liberal de los que resistían a

Rosas, ya se inspirasen directamente en el *Dogma* o ya respiraran la atmósfera de su época, asimilando ideas cuya procedencia no conocían.

En el orden puramente intelectual o civil, la propagación de la doctrina primitiva puede ser más fácilmente documentada.

Alberdi había redactado un capítulo del *Dogma* y fué el primero de los jóvenes que emigró, pasando a Montevideo. Allí fundó una asociación igual a la de Buenos Aires, con Cané, Mitre, Somellera, Bermúdez y Lamas. En abril de 1838 editaron *El Iniciador*, y desde él propagaron las nuevas ideas en literatura y ciencias sociales. Al núcleo primitivo se unieron después Gutiérrez, Frías, Mármol y Matías Irigoyen. La propaganda continuó en la *Revista del Plata*, *El Porvenir*, *El Nacional*, con molestia para algunos viejos unitarios, como Varela, allí refugiados desde 1829.

Vicente Fidel López, precursor de la Asociación en el «Salón» de Sastre, uno de los más jóvenes en el grupo de Echeverría, pero también de los más precoces e ilustrados, vióse en el caso de emigrar a Córdoba en 1840, después del asesinato de Maza, según él mismo lo refiere en su *Autobiografía*. Una vez en Córdoba, estableció allí una asociación compuesta de los doctores Paulino Paz, Enrique Rodríguez, Avelino y Ramón Ferreira, presidida por don Francisco Álvarez, juez de comercio entonces y gobernador poco después.

Fig. 20. — Don Tomás Guido, escritor, diplomático de Rosas

Otro miembro de la Asociación de Mayo, Manuel Quiroga Rosas, sanjuanino que residía como estudiante en Buenos Aires, se vió en el caso de volver a su provincia, y allí formó un centro análogo, con Sarmiento, Rodríguez, Aberastain, Cortínez y el tucumano Benjamín Villafañe, accidentalmente en Cuyo. Quiroga Rosas era vehemente, tanto que trocó su apellido por este otro: *Quirogarrosas*, para no llevar el del tirano en su nombre. Sus cartas a Alberdi (*Póstumas*, t. XV), donde él habla de sus proyectos antes de partir al interior, revelan hasta donde llegaba su proselitismo.

Iniciado Benjamín Villafañe en San Juan, regresó por entonces a su provincia, y allá se encontró con Marco Avellaneda, íntimo amigo de Alberdi, y juntos formaron la Asociación en el norte, alma del movimiento que terminó con la trágica muerte del joven gobernador. Villa-

fañe dice en sus *Reminiscencias históricas:* « A partir de aquella época la escuela de Echeverría se siente donde quiera » (1).

Así el pequeño grupo iniciador fué creciendo hasta formar esa fraternidad de los proscriptos, en cuyo seno se acendró con el tiempo la primitiva doctrina y hasta cambió de nombre en alguno de sus adeptos, pero sin destruir el vínculo moral de los días juveniles. Fué aquello como una iglesia laica, y pláceme recordar ahora la nómina de quienes la fundaron o contribuyeron a su primera difusión: Esteban Echeverría, el maestro en esos días augurales; Juan Bautista Alberdi y Juan María Gutiérrez, los dos primeros colaboradores del noble apostolado; Vicente Fidel López, Bartolomé Mitre y José Mármol, los tres iniciados más jóvenes de la naciente iglesia; Domingo Faustino Sarmiento, el san Pablo tonante de esa predicación; Maza, Castelli, Bermúdez, Avellaneda, Álvarez, Cubas, sus mártires inolvidables; y luego los profesos del 37 y del 40, evangelistas entre los infieles: Félix Frías, Carlos Tejedor, Andrés Lamas, Luis Domínguez, Rivera Indarte, Juan Carlos Gómez, Benjamín Villafañe, y otros menos ilustres, Eguía, Somellera, Wright, Peña, Lafuente, Carrasco y Thompson, aquí en el litoral; Aberastain, Cortínez, Silva, Rodríguez, Paz, Ferreira, Quiroga Rosas allá en el interior, hasta exceder la treintena de nombres que Echeverría mencionaba. Todos ellos han padecido por la patria, la civilización, la libertad o el arte, a la par del maestro ilustre. Unos dieron a esos ideales su vida, otros su pensamiento y su tranquilidad. Los más cayeron en las ásperas cuestas, durante la terrible ascensión; los menos llegaron a la gloria; pero todos juntos forman esa *pléyade de los proscriptos*, tan grande como la otra de 1810.

III

En el tomo XIV de las *Obras* de Sarmiento, que contiene la *Campaña del ejército grande*, hállase, bajo el título de *Los emigrados*, una serie de brevísimos apuntes biográficos, sobre los principales ciudadanos que, durante la proscripción, combatieron la dictadura de Rosas y

(1) Edición de la *Revista Nacional*, página 130. Hago esta referencia sobre un ejemplar que perteneció al propio señor Villafañe, y que me ha sido facilitado por su hijo don Benjamín. Sobre Villafañe y Avellaneda hallará el lector noticias especiales en otro pasaje de este mismo volumen.

lucharon por el triunfo de la democracia en esta parte de América. El nieto del autor, editor de las *Obras*, ha precedido esas « páginas póstumas » de esta oportuna advertencia: « Los bocetos que siguen son rápidas reminiscencias arrojadas al papel por Sarmiento en los últimos años de su vida, sin pretensión de hacer biografías, y, sin duda, queriendo formar un cuadro que hiciese resaltar el valor moral e intelectual de los hombres que pelearon a muerte contra don Juan Manuel de Rosas. Estos rasgos biográficos, que han quedado tan incompletos en los papeles del autor, los publicamos sin alteración, para no desfigurar el noble empeño que resalta de ellos de no hacer vàler sino lo más recomendable en los caracteres hasta de los más caracterizados enemigos de Sarmiento. » Tales palabras definen bien el noble intento moral del autor, y el relativo mérito literario de esos apuntes; y aunque trátase de notas provisorias y de recuerdos truncos, hay en ellas, a pesar de sus omisiones y errores, el interés de que nos presenta reunidos los nombres de casi todos los emigrados.

Fig. 21. — Pedro de Angelis, publicista, defensor de Rosas y adversario de los proscriptos.

Aunque las notas en cuestión son muy lacónicas, la silueta de algunos personajes no deja de ser completa y animada en su brevedad (la de Alberdi, por ejemplo); pero en no pocos casos el índice se reduce al apellido, sin individualizarlos por el nombre siquiera (v. gr.: Thompson, Suárez, Castelli, Rico, Baltar, Sotelo, Balcarce, Paz) o al nombre completo, pero sin definirlo por sus rasgos biográficos. Así pasa por alto a un tal Saavedra (?), que quizá sea don Cornelio, quien vivió en Chile y dejó sucesión en aquel país.

Recuerda también a algunos europeos embanderados en nuestras luchas, tales el francés Ambrosio Cramer, que militó en el ejército de los Andes y murió en la revolución de Chascomús: el general Vega, español, teniente de la Esmeralda, que se adhirió a la causa americana y combatió en la Tablada y Niquivil; José Garibaldi, el paladín de la unidad italiana, cuyo aprendizaje de guerra y de política empezó en nuestras luchas del Río de la Plata. La lista así formada no es completa, pues si menciona a algunos emigrados de la generación de Mayo, como Cornelio Saavedra y Bernardino Rivadavia, pudo mencionar a los gene-

rales San Martín y Alvear, omitidos quizá por ciertas veleidades de simpatía a Rosas; y debió mencionar, entre los de la generación siguiente, al escritor Pedro Echagüe y al clérigo Juan José Lavaisse, de quienes luego hablaremos. Puesto que cita a uruguayos como Andrés Lamas y Juan Carlos Gómez, falta junto a ellos Marcos Sastre; y puesto que cita a mujeres como la Gorriti y la Manso, falta junto a ellas, doña María Sánchez, figura no menos interesante que aquéllas. Omite, asimismo, a personajes tan ilustres como Castro Barros y Justo Santa María de Oro.

A pesar de estas omisiones, la nómina que a Sarmiento debemos es valiosa, por cuanto al ver tantos nombres reunidos, comprendemos la latitud e importancia de la oposición a Rosas y de la expatriación liberal.

Aberastain, Antonino.
Agote, Pedro.
Albarracín, Santiago R.
Agüero, Julián S. de.
Alberdi, Juan B.
Almando, Lino.
Alsina, Valentín.
Alsina, Adolfo.
Alvarado, Rudecindo.
Alvarado, Ramón.
Alvarado, Roque.
Álvarez, Zacarías.
Álvarez de Arenales, J. A.
Alvarez, Crisóstomo.
Álvarez Condarco, S. A.
Aquino (Pedro León ?).
Arana, Diego.
Ascasubi, Hilario.
Álvarez, Francisco.
Álvarez, Ignacio.
Álvarez Jonte, J.
Álvarez Jonte, Antonio.
Álvarez Thomas, Pascual.
Aldao, Francisco.
Anchoris, Ramón Eduardo.
Andrade, Telésforo.

Baigorria (Bautista ?).
Balcarce (Marcos ?).
Baltar.
Barañao, Manuel.
Barcala (Lorenzo ?).
Barros Pazos, José.
Beeche (Gregorio).
Berdía, Manuel.
Bustillo, José M.

Cáceres, Luis.
Calle, José.
Campos, Martín.
Cané, Miguel.
Cantilo, José María.
Carrasco, Benito.
Carril, Salvador Mª del.
Casacuberta (Juan C.).
Castelli, Pedro.
Castex, Eusebio.
Castex, Rufino.
Chenaut, Indalecio.
Cobo, Manuel José.
Colombres, José.
Córdoba, Lucas A.
Cortínez, Santiago.
Cramer, Ambrosio.

Deheza, Ramón A.
Delgado, Agustín.
Delgado, Francisco.
Díaz de la Peña, Miguel.
Domínguez, Luis.

Echeverría, Esteban.
Eguía, Manuel.
Elías, Juan.
Espejo, Jerónimo.

Fragueiro, Mariano.
Frías, Félix.
Frías, José.
Frías, Uladislao.

Gainza, Martín de.
Galván, Cándido.
García, Rafael.
Garmendia, José Ignacio de.
Garmendia, Pedro de.
Gelly y Obes, Juan Andrés.
Godoy, Juan Gualberto.
Godoy Cruz, Tomás.
Gómez, Juan Carlos.
Gorriti, Juan Ignacio de.
Gorriti, José Ignacio de,
Gorriti, Juana Manuela de,
Guerrico, Manuel.
Gutiérrez, Juan María,

Helguera, Federico.
Hornos.

Lacasa, Pedro.
Lafuente, Enrique.
Lamás, Andrés.
Lavalle, Juan.
Lavalle, Rafael.
Las Heras, Gregorio.
López, Vicente Fidel.
López, Bernabé.

Madariaga.
Madero, Juan.
Madero Francisco (Bernabé ?).
Manso, Juana.
Mármol, José.
Martínez, Juan A.
Martínez, Ventura.
Mitre, Bartolomé.
Moldes, Juan Antonio.
Montes de Oca, M. A.
Moreno, Vicente.
Moreno, Francisco.
Moreno, José María.

Navarro.
Navarro, Julián.
Necochea, Mariano.

Ocampo, Gabriel.
Olazábal, Félix.
Olavarría, José de.
Oro, Domingo.

Pacheco, Manuel.
Paunero, Wenceslao.
Paz, José María.
Paz, Carlos.
Pedernera, Juan.
Pico, Francisco.
Piñero, Martín (Miguel ?).
Pirán.
Plaza, Pedro R. de la.
Portal, Pedro José.
Portela, Ireneo.
Posse, José.
Posse, Wenceslao.
Pringles.

Quintana, José de la.
Quiroga, Isidro.

Ramos Mejía (Matías ?).
Rodríguez Machado, Eduardo.
Rico, Pedro.
Rivera Indarte, José.
Rivadavia, Bernardino.
Roca, José Segundo.
Rocha, Juan José.
Rodríguez, Enrique.

Rodríguez, Fermín.
Rodríguez, Martín.
Rodríguez Peña, N.
Rojo, Posidio.
Rojo, Anselmo.

Saa, Juan.
Saavedra.
Salvadores.
Sánchez de Bustamante, T. de.
Santiváñez, Mariano.
Saravia, Domingo.
Sardinas.
Sarmiento, Domingo F.
Sarratea, Mariano de.
Solá, Manuel.
Suárez.

Thompson (Juan ?).
Tood, José María.
Tejedor, Carlos.
Uriburu, Dámaso.

Varela, Juan Cruz.
Varela, Florencio.
Viamonte, Juan José.
Vedia, Julio de.
Vega, Niceto.
Videla (Pablito ?).
Villegas, Jacinto.
Videla Castillo, José.
Villafañe, Benjamín.

Wilde.
Wright.

Ygarzábal, Rafael M.

Zapata, Martín.
Zavaleta, E. Diego.
Zavalía, Salustiano.
Zorrilla, Marcos S.
Zuviría, Facundo (1).

La primera reflexión importante que esta lista sugiere, es que la resistencia contra el despotismo tuvo carácter nacional, y que hubo tres focos regionales en esa resistencia: uno era el Litoral, de donde se expatriaron Echeverría, Mármol, Gutiérrez, Mitre, Agüero, Alsina, Lavalle, Alberdi, Cané, Madariaga, López, Martínez, y otros: Cuyo, de donde fueron exilados Sarmiento, Oro, Aberastain, Godoy, Carril, Laprida, Videla, Zapata, Cortínez y otros; el Norte, de donde emigraron Bustamante, Arenales, Gorriti, Zorrilla, Zuviría, Wilde, Colombres, Álvarez, Frías, Zavalía, Villafañe y otros. Los de las provincias litorales se asilaron en Montevideo; los de las provincias cuyanas en Chile; los de las provincias septentrionales en Bolivia: después, unos y otros se confundieron en el azar de la vida aventurera que debieron llevar, navegando en las costas del Pacífico o del Atlántico, hasta dar algunos en Guayaquil, Río y ciudades europeas.

Otra reflexión importante que dicha nómina me sugiere, es la igual-

(1) Los nombres de pila puestos entre paréntesis, procuran salvar omisiones de Sarmiento. Para otros personajes olvidados, cotéjese esta lista con la de Figueroa que he transcripto en nota más adelante (Capítulo IX), sobre los emigrados en Chile.

dad con que bajo el nombre de « emigrados », se agrupan en la memoria de Sarmiento, sus conmilitones del destierro, sin atender a diferencias de profesión o de edad. Es que en la vida real así se confundieron todos los emigrados, unidos en la expatriación por los lazos del ideal y del dolor. Los que habían actuado en la época de « las facciones », cuando empezaba la revolución, como Saavedra, Las Heras, Bustamante, Agrelo, Gorriti, Oro, Rodríguez Peña, Rivadavia : los que habían militado en los ejércitos de la emancipación y continuaron actuando en los de la guerra civil, como Paz, Arenales, La Madrid, Lavalle, Espejo, Hornos, Pringles; los militares de la nueva generación, como Gainza, Paunero, Gelly y Obes, Madariaga, Álvarez; y sus publicistas : Alberdi, Sarmiento, Villafañe, Posse : y sus poetas : Echeverría, Mitre, Gutiérrez, Mármol, Ascasubi; y sus políticos : Portal, Alvarado, Aberastain, Fragueiro, Cortínez, Carril, Zuviría, Frías, todos se confunden en aquella cruzada de la proscripción.

La vida de penurias que los emigrados debieron a veces sobrellevar, alcanzó extremos dolorosos y pintorescos. He dicho en otro lugar que los ya instalados hacían a los recién venidos la caridad de su ropa escasa y de su habitación estrecha. Tejedor fué almacenero en Río : Lamadrid, panadero en Chile : Sarmiento capataz de una mina. Echeverría, durante un tiempo, recibía para comer, en Montevideo sitiado, su ración de soldado. El dolor los unía, por encima de las rivalidades personales que a veces los separaron.

Cuando pasó Sarmiento para Europa, en viaje desde el Pacífico, conoció a Echeverría en Montevideo. En una de sus cartas le juzgó despectivamente, parece que herido en su vanidad por desatenciones de este último. Sabedor Echeverría, escribíale el 12 de junio de 1850 a su amigo Alberdi, que a la sazón estaba en Chile : « Hago muy poco caso de los elogios de Sarmiento, porque ni entiende de poesía ni de crítica literaria; pero han debido herirme sus injurias, *porque soy proscripto como él y le creía mi amigo*. Me ha dicho en letra gorda lo que la *Gaceta* y el *Archivo* no se han atrevido a decirme, calificando mis escritos políticos de *lucubraciones*, y me ha declarado *ex cátedra*, cual otro Hipócrates, *enfermo de espíritu y de cuerpo*, lo que equivale a decir que valgo como hombre y como inteligencia poco menos que nada (1). » El arbitrario Sarmiento había, en efecto, considerado al *lucubrador* Echeverría casi como *un tonto*, y éste se vengaba diciendo en esa misma carta :

(1) Alberdi, *Obras póstumas*, tomo XV.

« Sarmiento camina para loco », anticipándose con ello a la fama que alcanzaría diez años después. Y agregaba : « Sólo extraño una cosa, y es que no haya yo tenido en Chile un amigo que me defienda: y que estando Juan María al lado de Sarmiento, haya permitido que se escriba de ese modo contra un hombre que fué su amigo y que vive en la proscripción por patriota, sufriendo como pocos. » Pero tales incidentes eran excepción: y el genio blando y receloso del enfermizo Echeverría también lo era en aquella titánica falange de los emigrados. Aun siendo así, la razón que hacía valer, era la de ser un proscripto. En efecto, la proscripción los unía. Se hacían la caridad de sus vestidos, de su mesa, de su vivienda. Autodidactos como eran, se corregían sus trabajos, se prestaban sus libros, se instruían recíprocamente. Alberdi dice en sus *Memorias :* « En este tiempo contraje relación estrecha con dos ilustradísimos jóvenes que influyeron mucho en el curso ulterior de mis estudios y aficiones literarias : don Juan María Gutiérrez y don Esteban Echeverría. Ejercieron en mí ese profesorado indirecto, más eficaz que el de las escuelas, que es el de la simple amistad entre iguales. Por Echeverría, que se había educado en Francia durante la restauración, tuve las primeras noticias de Lerminier, de Villemain, de Víctor Hugo, etc... » Tal era la hermandad de la proscripción. Los 25 de mayo y 9 de julio se reunían, presididos por el general Las Heras, a conmemorar la fecha los proscriptos de Chile. Alberdi era entonces amigo de Sarmiento y de Mitre. Las rivalidades y los odios de partido vinieron más tarde, después de Caseros. He dicho en la introducción de esta obra : Mientras el dolor de la patria los unió en el destierro, todos formaron una sola familia... Pocos sucesos hay más hermosos que la proscripción del tiempo de Rosas, ni tan eficaces como enseñanza para edificar a la juventud de las aulas en el culto de la patria concebida como una forma de la civilización y de la libertad.

CAPÍTULO VII

INQUIETUDES DE LA NUEVA GENERACIÓN

I. La sensibilidad romántica. La revolución francesa en Europa y la revolución argentina en América. Organización jerárquica y cultura dogmática de la sociedad anterior a ambas revoluciones. Disolución social que acompaña a los grandes cataclismos históricos. Espíritu de aventura y de heroismo ; dramaticidad y neurosis de la vida revolucionaria. La sociedad de normas clásicas. Rotura de esas normas. Factores reales y factores intelectuales del romanticismo. Inquietudes argentinas anteriores a 1837. — II. *La inquietud política :* Rivadavia y la reforma social (1821-1826). La tradición colonial : el ideal de Mayo y la nueva esperanza. — III. *La inquietud filosófica :* la vieja enseñanza confesional : Bruno Morales ; el doctor Chorroarín. Secularización de la cátedra ; renovación iniciada por Lafinur, Agüero y Diego Alcorta — IV. *La inquietud literaria* : el teatro ; los libros ; las escuelas. El romanticismo europeo ; el romanticismo argentino.

I

Los períodos revolucionarios — como el que empezara en 1810 para nosotros — crean en las sociedades un ambiente electrizado de emociones, y la vida adquiere tal carácter, que podríamos llamarle « romántico » sin vacilación. Si « lo clásico » es en estética lo acabado y definitivo, como quien dice jerarquía, precisión, estabilidad, parece que a la idea de lo romántico se uniera la de contraste, aventura y exaltación. Por eso es dable afirmar que el romanticismo argentino estaba creado en la vida real por las emociones de la independencia, cuando Echeverría vino a formularlo como doctrina en la vida literaria. Su éxito filosófico provino, precisamente, de esa preparación anterior.

En el lapso que va de 1810 a 1837, la vida era ya romántica, por obra de la revolución, aunque la poesía de la revolución continuara

siendo clásica, por persistencia de la educación colonial. Ya he definido esa dualidad de nuestras letras al estudiar, en el tomo segundo, a Juan Cruz Varela y demás poetas de *La lira argentina*; pero conviene advertir que por debajo de esa poesía, cuyas formas eran coloniales, palpitaban, en concordancia con sus temas revolucionarios, las pasiones de la época, en cuyo ardor venía elaborándose, como acero templado en la fragua, una nueva sensibilidad. Aquellas conspiraciones, que empezaban en el secreto de las logias y concluían en la sangre de los cadalsos, como ocurrió a las de Liniers, Alzaga o Carreras; aquellos imprevistos motines, que lo mismo sacaban de su casa a un buen burgués, como Posadas, para elevarlo al directorio, o que, en idéntica mutación dramática, deponían al director para arrojarlo, como a Alvear, a las angustias del destierro; aquella vida en los campamentos, al contacto de la naturaleza, donde la visión de la selva y la montaña mezclábase a las ambiciones del heroísmo victorioso o a las fugas de la fuerza derrotada; aquellas cárceles, proscripciones, asesinatos y batallas, que truncaban idilios nacientes o demolían viejos hogares, poniendo en las antes tranquilas casas solariegas el espanto de los hados fatales; aquella confusión del patriciado y la plebe en los campamentos y las asambleas; aquel indio libre, aquel gaucho caudillo, aquel clérigo soldado, aquel maestro apóstata, aquel señor hambriento, aquel jovenzuelo general, aquella mujer heroína por el sér amado, constituían tal espectáculo de viviente romanticismo, que la sensibilidad humana se renovaba por sí sola en tal ambiente. Familiarizábase el alma con el sentido trágico de la vida. El ritmo de la existencia acelerábase como las palabras y gestos en los momentos culminantes del drama. La voluntad heroica distendía sus brazos. La inteligencia soñadora abría sus alas. El hombre se acercaba a los dioses. Parecían descorrerse ante los ojos absortos los velos del destino. Renovábanse las jerarquías; relajábanse los dogmas; vigorizábase la personalidad; y dijérase que por entre los quebrados hierros de su jaula colonial, el cóndor de América salía, tendiendo el vuelo horizontal sobre la pampa, o remontándolo hasta la cresta sideral de la cordillera nativa. Una generación educada desde la niñez en tal escuela, debió venir preparada para la múltiple vocación de la libertad, y ser muy diferente de sus padres. No en vano los profetas del gran acontecimiento habían substituido en los antiguos escudos los leones y castillos de la heráldica colonial, por el sencillo sol, en cuyo símbolo refundieron la tradición incaica de nuestra tierra y la tradición apolínea de nuestra propia experiencia en las alternativas del proceso revoluciona-

rio. Así a veces los nervios suelen afinarse y la mente esclarecerse, tras de la combustión de una alta fiebre.

En el romanticismo europeo, las emociones de la revolución francesa parecen haber tenido una importancia creadora, ya fuese preparando la nueva sensibilidad, como ambiente de esa doctrina, o sugiriendo la doctrina misma, que acaso no fué sino corolario o flor de aquélla, en el alma iluminada de poetas y pensadores. Tal ocurrió también entre nosotros, y parece que estas renovaciones cíclicas de la cultura, dondequiera que nazcan, se propagan en ondas espirituales y recorren la humanidad fecundando las almas allí donde se encuentran preparadas para recibirlas y, como ondas hertzianas que recorren invisibles la atmósfera de la tierra, dejan su signo allá donde hallan la sensible antena. El romanticismo que se inició en Alemania, pasó a Francia por obra de madama Staël, y de Francia vino al Plata por obra de Echeverría, pero éste nada significaría en nuestra historia si no hubiera logrado repercución social, ni ésta se hubiera producido a no ser la preparación anterior del alma argentina. Quiero creer que la nueva sensibilidad, ya existente en la vida real, hubiérase manifestado con ese u otro maestro, bajo ese u otro nombre, cualquiera que fuese la explicación doctrinaria que se hubiera dado a la actitud ingénita. En todo caso, lo importante en la evolución de nuestra cultura es aquella actitud social, no su doctrina libresca; es decir, la sensibilidad del hombre nuevo y no el adjetivo con que hayamos de calificarla. Por otra parte, los tres elementos característicos de la doctrina romántica hallábanse implícitos en nuestra obra revolucionaria, o sea la vocación de la libertad, la emoción de la naturaleza y el sentimiento de la historia. Rota la fórmula colonial, que era ortodoxa en filosofía, monárquica en política, teocrática en religión, pseudoclásica en arte, la emancipación resultó de por sí creadora de la atmósfera que el romanticismo necesitaba.

Fig. 22. — J. M. Torres Caicedo, publicista residente en París, cronista del romanticismo hispanoamericano.

Algunos historiadores de la literatura francesa han señalado a Chenier como el postrer representante del clasicismo; pero a la vez como un alma agitada, en la atmósfera de la revolución, por inquietudes que

dejan presentir el romanticismo del ciclo siguiente. Es casi seguro que, a no haber muerto tan joven, la evolución hacia la libertad estética se hubiera producido en el poeta francés. De análoga manera en nuestra revolución, Juan Cruz Varela, en quien he señalado al último representante del pseudoclasicismo colonial, alcanzó en sus postreros días, después de la *Dido*, después de la *Argia*, después de sus traducciones de la *Eneida*, a escribir esa *Oda al 25 de mayo de 1839*, que es una de sus mejores producciones y que revela en su metro, en sus ritmos, en sus tropos y en sus pasiones, que la vibrante onda social de la nueva poesía había penetrado en el templo de sus musas horacianas.

Pero Varela era un hombre demasiado identificado en su cultura con los modelos de la vieja escuela para que pueda ser el índice que necesitamos. Además, lo que me interesa mostrar es que ya éramos románticos antes de Echeverría, y que lo éramos en la vida real antes de haberlo sido en la doctrina estética. Para ello bastaríame citar la vida tempestuosa de Bernardo Monteagudo y la de Facundo Quiroga, que son de por sí héroes de teatro huguesco, aunque prefiero recordar la figura de un poeta, José Antonio Miralla, cuyas andanzas por América y cuyos versos bien distintos de los del parnaso colonial, hállanse vibrados por el estremecimiento nuevo, de la estética que más tarde habría de formularse.

II

Según las palabras del *Dogma*, transcritas en el capítulo anterior, Echeverría dice de la nueva generación y de la religión cívica que en 1837 fué por él concretada: «Su corazón virginal tuvo desde la cuna presentimientos y vagas revelaciones de ella...» Así fué, ciertamente. Cada una de esas almas destinadas a la nueva empresa, velaba llena de inquietudes, con su lámpara encendida, como la novia que espera al amado. Y no hubiera logrado Echeverría el éxito de seducción que logró sobre jóvenes como Gutiérrez, Alberdi, López, Mármol, Mitre, Frías, Avellaneda, Villafañe y el mismo Sarmiento, si no hubieran estado los espíritus dispuestos a la anunciación de la buena nueva que él traía como el mensaje de una nueva generación. Pero esa disposición espiritual — justo es reconocerlo — veníales del formidable aliento heroico de Mayo, que el maestro se cuidó de avivar, y de la orientación que a la política acababa de darle Rivadavia con su plan de reformas

liberales. Censuró Echeverría las banderías del jefe unitario; proclamó abiertamente la abdicación a toda simpatía que pudiera solidarizarlo con ese bando: no quiso ser unitario ni en la acción ni en la doctrina constitucional; pero es indudable que su actitud no pudo ser hostil a la obra del antiguo ministro de Martín Rodríguez, que tanto se había destacado por su afán de cultura.

Francia, decepcionada de su sangrienta revolución, acababa de consolidar un gobierno de monarquía constitucional, que era una transacción entre el espíritu aristocrático del viejo régimen y el espíritu democrático de la revolución. Rivadavia, que había residido en Francia durante el arduo proceso, simpatizaba acaso con esa transacción, y el ex monarquista de años anteriores, apoyado por sus secuaces de entonces, convertidos ya en unitarios, ensayó algo análogo entre nosotros. Bajo formas republicanas, buscaba salvar la estructura virreinal en lo político, aunque infundiendo en la vida civil ese moderado liberalismo y esa acción de cultura que ya habían aceptado las monarquías seculares. Pero nuestra revolución no era por cierto como la de Francia: las fuerzas conservadoras de la tradición urbana eran débiles y nuevas; en cambio era poderosa la vitalidad que el pueblo había adquirido en la guerra democrática. Este último resultó el factor imprevisto; pero tal era la realidad americana, que se personifica en Rosas, y mientras esa levadura no cesara en su fermento vital, resultarían utópicas las tentativas de organización. Por eso cayó de la presidencia don Bernardino Rivadavia, y no porque representara la civilización, como tanto se ha repetido. Cayó como habían caído todos los gobiernos anteriores, desde Moreno hasta Balcarce. Era la fatalidad del nuevo orden naciente, la misma que venció a Artigas, y después a Rivera, el rival de Artigas: la misma que venció a Quiroga, y después a Rosas, el rival de Quiroga. Y éstos eran representantes de la barbarie, no de la civilización, si se recuerda la manoseada fórmula sarmientesca... Contra unos y otros se alzó la doctrina de la «Asociación de Mayo» (1).

La generación de Echeverría concretó desde 1830 a 1840 un ideal que rectificó los extravíos y salvó las omisiones del plan que premiosamente

(1) Se dice que el gobierno de Rosas fué una *restauración* al modo borbónico de Francia o de España. La sola enunciación de esos términos hace ver lo absurdo de esa interpretación libresca, que se obstina en imponer a nuestra genuina evolución las fórmulas europeas. Cerca de la «restauración» y de la «Santa Alianza» estuvieron los hombres de Rivadavia, y así lo dice Echeverría mismo, según lo veremos más adelante. Rivadavia nunca entendió el genio de América, ni simpatizó con las provincias como

habían elaborado los hombres de la revolución, desde 1810 a 1830. Éstos habían atendido principalmente al problema de independencia; los otros al de organización nacional. El ideal que aparece en 1810 debió obrar por la diplomacia y las armas, para vencer al soberano exterior, contra el cual sublevó las pasiones populares. El ideal que aparece en 1837 debió obrar por la prensa y la política, para crear el soberano interior, cuyas pasiones enfrenaría la cultura. Los unos se movían más contra el pasado de España; los otros más hacia el porvenir de América.

El extenso *Capítulo preliminar* con que se abre el presente volumen estudia «el ideal de Mayo» según la palabra de sus publicistas, o sea la fuente misma en que se inspiraron los jóvenes de 1837, reunidos por la advocación de ese nombre en la asociación que por eso se llamó «de Mayo». Entre el pensamiento de Mariano Moreno y el de Esteban Echeverría, hay un eslabón roto: don Bernardino Rivadavia. Y digo un eslabón roto, no por su reciente fracaso presidencial (1827), sino porque la nueva generación se apartó del grupo rivadaviano, tanto en política como en filosofía y en letras. Frecuentemente se los ha confundido a unos y a otros, porque a ambos los acercó en la realidad el común odio a Rosas y la común fatalidad del destierro y el común anhelo de civilización. Pero, desde el punto de vista espiritual, nadie que los estudie podrá confundirlos, porque los llamados «unitarios» eran centralistas y oligárquicos en política, pseudoclásicos en literatura, ideologistas en filosofía; en tanto que los llamados «románticos», lo fueron en estética, combatieron el clasicismo representado por los Varela, estudiaron con simpatía la realidad americana, adoptaron el método histórico en ciencias sociales, fueron realistas en la acción, pactaron con los caudillos después de la caída de Rosas y promulgaron la constitución federal. No puede darse una mayor divergencia, y a quien desee pruebas más concretas, le aconsejamos leer las propias confesiones de los que fundaron la nueva escuela.

Echeverría en una carta dirigida a «sus amigos en Chile», fechada el 1° de octubre de 1846, dice lo siguiente: «La prensa de Montevideo, representada hoy día exclusivamente por V..., ha enmudecido; no ha

entidades institucionales. Rivadavia es el hombre que en 1811 disolvió la Junta de diputados; el que gestionó después de 1812 la monarquía para el Río de la Plata; el que aisló a Buenos Aires en su ensayo de 1821 y el que suprimió los cabildos y quiso suprimir los estados federales. Por todo ello, la nueva generación no se solidarizó con la obra «rivadaviana», aunque aprovechó de las inquietudes civiles por él despertadas.

querido o más bien ha tenido miedo de recoger el guante.» (Alude a Florencio Varela y se refiere al *Dogma socialista*, que acababa de aparecer, y que es, sin duda, el guante de la metáfora.) «Sin embargo han desahogado, como antaño, su impotente despecho en los corrillos de bufete. Bien lo preveía yo, y se lo dije, como ustedes habrán visto al fin de mi *Ojeada* retrospectiva.» (Recrimina a los unitarios, efectivamente, en los capítulos IX y XI de la *Ojeada*, sin contar con que una de las *Palabras simbólicas*, base de la primitiva asociación, exigía a los jóvenes la renuncia de toda solidaridad, tanto con los llamados «federales», como con los llamados «unitarios», o sea Rosas y Rivadavia.) «Es preciso concluir de una vez con esta gente — agrega, — y yo me encargo de hacerles por aquí el proceso definitivo. Uno de nuestros grandes errores políticos y también de todos los patriotas, ha sido aceptar la responsabilidad de los actos del partido unitario y hacer solidaria su causa con la nuestra.» (Refiérese esto, sobre todo, a la alianza que significó el fracasado alzamiento de Lavalle en 1839, segunda tentativa de reacción unitaria apoyada por la juventud.) «Ellos no han pensado nunca sino en *una restauración*, nosotros queremos una regeneración. Ellos no tienen doctrina alguna, nosotros pretendemos tener una: *un abismo nos separa*.» (*Obras*, t. V, pág. 456.)

Fig. 23. — Bernardino Rivadavia

Un abismo los separaba ciertamente, no sólo en política, según lo asegura Echeverría, sino en todo el sistema de la nueva doctrina, sin excluir el método filosófico y la actitud estética, divergentes también.

Oigamos al respecto lo que nos dice por su parte Alberdi en sus *Memorias*, al referir su llegada a Montevideo en 1838 y su encuentro con los emigrados unitarios de la década anterior: «El primer hombre político que ví, después de mi amigo Cané, a quien encontré siempre entusiasta y emprendedor, fué don Florencio Varela. Me saludó con un abrazo, que contesté de corazón. Varela es un hombre en quien hay algo que quiero, *a pesar de la invencible antipatía (perfectamente correspondida, eso sí) que divide sus opiniones de las mías*.» (*Obras póstumas*, t. XV, pág. 442.) Más adelante amplía la explicación de esa divergencia, así como la de gustos literarios, que lo separaba de Juan Cruz Va-

rela, hermano de Florencio, y la de métodos políticos que lo separaba de los otros unitarios refugiados en Montevideo. Cuando Alberdi publicó en Buenos Aires su *Preliminar del Derecho*, Florencio Varela había preguntado con sorna, a otros emigrados, si su joven autor estaba loco. Por su parte Juan Cruz, redactor de la *Revista Oficial*, órgano del ministerio uruguayo, había llegado a pedir a don Santiago Vásquez, ministro de gobierno, que mandase callar a *El Nacional*, periódico donde Alberdi, Lamas y Cané escribían. Sus ideas y su forma literaria lo irritaban. Si no logró su intento, fué porque Andrés Lamas, subsecretario del ministerio, defendió a los jóvenes románticos contra el viejo unitario.

Declaraciones tan explícitas como las anteriores, podríamos transcribir de Sarmiento y de otros publicistas políticos de esa generación, a quienes Rosas motejó de unitarios. Pero ya se ve que no lo eran; y si para probarlo basta, como ya dije, recordar que ellos fundaron nuestro federalismo institucional después de Rosas, no está demás afirmarlo con el propio testimonio de los emigrados. No eran, pues, unitarios, ni en el sentido de la doctrina extranjera ni en el de la tradición local. Por eso la inquietud política de los proscriptos resultó fecunda. Fué una revisión de todos los valores constitucionales del pasado, y la inspiración de una doctrina fundada en la realidad social, como punto de partida de la patria nueva.

III

Si la revolución emancipadora planteó un problema de política constitucional, ella comportó forzosamente un problema de política social; y como todo sistema político se funda en un sistema de educación, ambos problemas vinieron a resolverse en una cuestión filosófica.

A la organización formal de la colonia había correspondido una armónica concepción de la divinidad, de la naturaleza, del orden social y de la vida. Con la monarquía de derecho divino, el monopolio peninsular, la oligarquía española, la servidumbre indígena, corrían parejas la teocracia católica, la educación dogmática, la moral inquisitorial. Alzada América contra el dogma político, no tardó en alzarse contra el dogma filosófico. A los cambios en el gobierno, sucedieron cambios en la enseñanza. Se laicizaron las cátedras, se substituyeron las doctrinas, se modificaron los métodos; se abrió el país al comercio

de las ideas, como se había abierto al comercio de la producción económica. Roto el antiguo enclaustramiento intelectual, penetraron hombres y libros extranjeros, perseguidos antes como agentes de la herejía. Así nos vino, con la inquietud política, la inquietud filosófica, ambas hostiles a la tradición hispanocolonial.

La inquietud filosófica empezó, dentro de las escuelas, con la enseñanza de Juan Crisóstomo Lafinur, en 1820. Poeta de mérito muy relativo, su figura destácase con mayores relieves como profesor de filosofía, no porque fuese pensador de doctrina original, sino porque con él empieza la reacción contra la escolástica de nuestro siglo XVIII. Él laicizó la cátedra, desde el traje del maestro que antes fué clerical, hasta en las ideas, que también lo fueron. Su obra, continuada por Manuel Fernández de Agüero, se consolidó con Diego Alcorta, maestro de jóvenes que, como López, Alberdi y Gutiérrez, abrazaron la causa de la Asociación de Mayo. Encontramos, pues, en la enseñanza filosófica anterior a 1837, una de las causas que prepararon el ambiente para el movimiento mental de la nueva generación.

Fig. 24. — Diego Alcorta

La incipiente doctrina de Lafinur, que pareció más subversiva por ser nueva, se inicia como una simple reacción contra el escolasticismo, y concluye en la enseñanza de Alcorta bajo formas definidas del sensualismo de Condillac y el ideologismo de Destutt de Tracy. Si hubo quienes reaccionaron en política contra la tradición colonial, también hubo quienes lo hicieron en filosofía, en cuyos dominios entraban la física, la moral y la retórica. Conviene, pues, a fin de comprender este movimiento de ideas, cómo era la doctrina filosófica de « los coloniales ».

No me remontaré a las cátedras de Córdoba, porque en el tomo II he descrito las líneas generales del sistema jesuítico, y en ello va implícito el carácter de su cultura universitaria. Un libro acaba de publicar la Universidad de Córdoba, sobre los manuscritos de las lecciones que allí daba el padre Bruno Morales en 1734. Me refiero al *Tratado acerca de Dios óptimo y máximo*. El padre Morales, de la Compañía de Jesús, fué prefecto de estudios y profesor de sagrada teología. Apuntes de sus lecciones son las páginas que constituyen ese tratado.

El profesor — o lector, mejor dicho — estudia en varias « disputaciones » primero « la existencia de Dios » ; luego « la esencia de Dios » ; más adelante « los atributos y diferencias » ; después « la ciencia de Dios y sus divisiones » ; y por fin, « el objeto y perfecciones de la ciencia divina » en general. Hay una disputa (la sexta) sobre si Dios conoce las criaturas posibles en sí mismas. No es menos interesante la parte que se dedica en la obra al estudio de las perfecciones de Jesucristo, en cuanto es verbo encarnado y hombre divinizado en razón de su unidad con el padre, concluyendo todo ello en la naturaleza de la unión hipostática, puesto que engendra santidad formal y humanidad impecable.

Recomiendo ese libro al curioso lector, no por su tema, sino por su manera de razonar, siendo ese uno de los pocos documentos de la enseñanza en Córdoba, que hayan salido a luz.

No menos significativas que las lecciones de Morales, son las de *Física* por el padre Elías, y las de *Moral*, de autor anónimo (atribuídas a Fr. Pantaleón García), lecciones profesadas también en Córdoba al finalizar el siglo XVIII, y editadas por la universidad de La Plata, sobre manuscritos pertenecientes al doctor Joaquín V. González.

Pero la de Córdoba era una escuela de tipo jesuítico, facultad de teología con seminario y convento hasta fines del siglo XVIII. Por ello será mejor que hablemos de la enseñanza filosófica en Buenos Aires.

Esta disciplina empezó para los porteños en 1771, y dábase sin sujeción a sistemas determinados : ni el de Aristóteles, ni el de Gasendo, ni el de Newton, en materias de física ; pero sin experimentos, pues tampoco se hacían en Salamanca. En 1773, cursaban 31 alumnos entre Santo Domingo y San Francisco, conventos donde se impartía la enseñanza. Luego se sucedieron en la cátedra del Carolino, Carlos José Montero, Juanzaras (1775-1777), García Posse, Pantaleón Rivarola, Juan José Paso, Luis Chorroarin (1783-1785), Pedro Miguel Arcos, Juan José Andrade, Melchor Fernández, Francisco Sebastiani, Mariano Medrano y Diego E. Zabaleta. Conocemos de estos profesores, un discurso de Montero y entiendo que el texto de Zabaleta existe manuscrito en la Biblioteca del Consejo de Educación. También se ha encontrado el de Chorroarin, y voy a detenerme en él, porque habiendo sido impreso por la Universidad de La Plata, puede hoy ser fácilmente consultado (1).

(1) *Apuntes de lógica y física general*, dictados en latín por el doctor Chorroarín en el real colegio de San Carlos de Buenos Aires. Estos apuntes fueron tomados por sus

Don Luis J. Chorroarín, canónigo como casi todos sus colegas de cátedra, y doctor teólogo, había nacido en Buenos Aires el año 1757 y murió en julio de 1823. Fué rector del San Carlos, diputado del Congreso (1813) y director de la Biblioteca nacional. En 1810 figuró en el Cabildo abierto, y en 1812 formó en la comisión de libertad de imprenta. Representó a Buenos Aires en el congreso de 1816, con Funes y Castro. Presentó, con Agrelo, Gómez, Vieytes, un proyecto de constitución. Donó sus libros, casi todos clásicos, a la Biblioteca de la cual fué director; y en 1821 el gobierno ordenó, como homenaje póstumo, que su retrato fuese colocado en la sala de lectura de dicho establecimiento.

A pesar de estos rasgos de su biografía, Chorroarín es uno de los tantos clérigos criollos a quienes arrastró la revolución: su tipo intelectual pertenece de lleno a la colonia, en la cual fué maestro prestigioso. A la colonia pertenece toda su obra filosófica y docente. La enseñanza fundábase entonces en la más estricta disciplina. Conventual era la vida en las escuelas y en las ciudades, autoritaria era la doctrina. El estudio de la naturaleza y del hombre subordinábase al concepto teológico de la divinidad. La tradición, desde Aristóteles, era deformada al servicio de esa concepción. Deformábase también la naturaleza y la historia, mal conocidas. Postuladas ciertas verdades abstractas de ellas se deducían las verdades concretas, aplicadas lo mismo a la física que a la

alumnos; verdadero hallazgo del curso que, según el doctor Juan María Gutiérrez, el doctor Chorroarín inauguró en 1783 en el colegio de San Carlos, y cuyo original manuscrito no pudo encontrarse. (*La instrucción pública superior en Buenos Aires*, pág. 729 y 733.) Precédela un prólogo sobre *La enseñanza de la filosofía en la época colonial*, del doctor Juan Chiabra (profesor en la sección de filosofía, historia y letras de la Facultad de ciencias jurídicas y sociales, Buenos Aires, imprenta de Coni hermanos, calle Perú 684, año 1911). Esta obra contiene la versión castellana de los apuntes de *Lógica* dictados por el doctor Luis J. Chorroarín, y su prólogo trae una nota que justifica la autenticidad de esos apuntes: «La coincidencia de los datos contenidos en la erudita obra de Gutiérrez con los que rodean el ejemplar manuscrito que esta universidad ofrece publicar, son tales que, en cuanto es humano, no cabe dudar de que se trata del libro auténtico del célebre catedrático. Un hermano suyo, don Juan Nepomuceno Chorroarín, lo había adquirido a la muerte del autor, cuya identidad se halla, además, atestiguada por una nota subscrita por don Julián Gregorio Espinosa, cuyo texto es así: «Digo yo, el abajo firmado, confieso el haber sido mi rector y superior el autor de este curso y también que le he debido muchas atenciones y favores. *Julián Gregorio Espinosa.*» — J. V. González. *Memoria de la Universidad de La Plata*, agosto 1909-1910, publicación oficial, pág. 62. Completan el volumen, la *Física* del Padre Elías, y la *Moral* (anónimo), obras antes mencionadas.

moral. El razonamiento era dogmático : el método, deductivo ; el discurso, silogístico. Así llegó a crearse una política y una estética, fundadas en la autoridad y en la obediencia.

La reforma filosófica y didáctica posterior a la emancipación, fué una reacción contra esos principios. En sus comienzos, la obra nueva ofrece meros caracteres de destrucción y negación. Nadie acierta con el nuevo camino. Pululan las inquietudes individuales. Tarda la iniciativa personal en hacerse conciencia colectiva. Las influencias renovadoras se multiplican en el ambiente de libertad. Se comienza el aprendizaje del francés y del inglés. Se introduce el método lancasteriano en la enseñanza común ; se introduce la ideología en la enseñanza superior. Va realizándose, si no la revisión de los valores filosóficos del siglo anterior, al menos la substitución de esos valores. El método va tornándose inductivo ; la autoridad dogmática, perdiendo su prestigio ; el hombre, adquiriendo una mayor importancia como protagonista consciente de la vida y de la historia.

Tal es la reforma filosófica que señalan los nombres de Lafinur, Fernández de Agüero, Diego Alcorta, maestros de la nueva generación y abonadores del terreno espiritual donde fructificó la siembra de Echeverría. Pero conviene decir que Echeverría es algo menos y algo más que un ideólogo ; algo menos, porque no se plantea problemas universales, y algo más porque su método histórico y su sentimiento americano, lo llevan a las cuestiones locales, y se tiñen con ese color del ambiente, su moral, su política, su estética, según lo hemos demostrado ya.

En materias de religión, la generación nueva se proclamó cristiana, pero fué anticlerical ; en política, confesó su fe democrática, pero dijo claramente cuál era su ideal y su método, ante nuestra población semibárbara ; en estética, preconizó su desobediencia al canon clásico, buscando un arte que fuese expresión de la vida individual y colectiva de los hombres americanos. Por todo ello, sus adversarios la llamaron atea, romántica y socialista. *Ateos*, no lo eran ; antes se mantuvieron más bien deístas fervientes. *Románticos*, lo fueron con las salvedades que a su tiempo veremos. Y en cuanto al mote de *socialistas*, a que dió lugar el título del *Dogma*, oigamos al propio maestro : — Cuando don Pedro de Angelis, en sus críticas del *Archivo*, quiso desacreditar a Echeverría y su escuela, aprovechó el equívoco del nombre en el *Dogma socialista*, y pretendió hacer creer que se trataba de un proyecto comunista y de un trasplante de Fourier y Saint-Simon. Protestó Echeverría

airadamente en sus *Cartas (op. cit.)*: «¿Dónde – dice, — en qué página de mi libro, ha podido hallar usted rastro de las doctrinas de Fourier, Saint-Simon, Considerant y Enfantin? ¿por qué no me la cita?»... «¿Qué otra cosa revela sino la más completa ignorancia de la doctrina de esos filósofos, el charlatanismo más descarado y la falta absoluta de sentido crítico en usted para comprender la doctrina de mi libro, ni lo que queríamos para nuestro país en cuanto a organización, tanto el año 37, como ahora (1846)?» «Entretanto usted, señor editor, en su impotencia para producir nada noble, útil u original, echa a rodar en el pueblo las palabras *Sansimonismo* y *Falansterismo*, que aprendió de memoria y cuyo sentido no comprende, como lo hizo con la palabra *romántico*, para reaccionar contra las ideas nuevas y de progreso que han tenido la gloria de proclamar los hijos de este país, que no es el suyo, y que debe de envanecerse de no deber, en materia de ideas, nada, absolutamente nada, de un advenedizo *tan sin pudor* y charlatán como usted» (1).

En su opúsculo sobre *La revolución de Febrero* (1848), Echeverría ha hablado con alguna simpatía de ese movimiento, que fué socialista, pero que es anterior a las formas científicas y políticas que el socialismo había de adquirir en la segunda mitad del siglo XIX, con *El Capital* de Marx y las asociaciones gremiales y la guerra de clases y el internacionalismo materialista. Echeverría, Alberdi, Sarmiento y Mitre han sido sostenedores teóricos y prácticos de la propiedad privada. El único economista argentino con tendencias hacia el socialismo estadual, pero sin atacar la propiedad privada, ha sido Mariano Fragueiro, cuya doctrina estudiaré más adelante. Pero aun este, hállase como los otros, en la tradición del jacobinismo republicano.

De toda esa inquietud filosófica no quedó sino una conquista, por cierto valiosa: la libertad de pensar. Caídos ya los dogmas y autoridades del viejo régimen intelectual, vigorosas individualidades se manifestaron. Ninguno de los pensadores de esa época llegó a ser un filósofo en el alto sentido de la palabra. Ni el enigma del mundo ni el enigma del hombre les preocupó en sus escritos. La devoradora esfinge que ellos tuvieron delante, fué la barbarie argentina, su desierto, su tiranía, su incultura: según era la esfinge, tal era el enigma que ellos debieron descifrar. Y a fe que lo descifraron, como puede verse en el

(1) *Dogma socialista*, edición de la *Biblioteca Argentina*, página 235. Puede verse también en el tomo IV de las *Obras completas de Echeverría*, edición Casavalle.

Dogma, en el *Facundo*, en las *Bases*, y en tantos otros libros menos célebres, pero no menos valiosos en la historia de la civilización argentina.

IV

Desde largo tiempo atrás, la inquietud literaria existía en nuestro medio incipiente, y múltiples sugestiones venían preparando los espíritus para la reforma poética. La muda de almas habíase realizado desde 1810, y se ansiaba una nueva expresión, para sentimientos e ideas locales que no eran ya las de la vieja cultura.

Indice temprano de esa inquietud fué la *Asociación del buen gusto en el teatro*, y otras de que he hablado en el capítulo sobre nuestras « Primeras asociaciones literarias ». En ellas se descubre un eco tardío de los afrancesados españoles del 1800, o una desorientación de pobres criollos libertados, tanteando su camino entre las contradictorias ideas cosmopolitas que empezaban a entrar en el país. Lo que Juan Ramón Rojas y sus consocios del « buen gusto en el teatro » dijeron contra el teatro clásico español, no era sino repetición de lo que veinte años antes habían dicho contra ese teatro los censores de la dinastía borbónica, que preconizaban en Madrid la mesura y el canon del teatro francés. Y cuando Juan Cruz Varela, nuestro último clásico, buscó las altas formas de la poesía dramática, volvióse fatalmente hacia esos modelos de la cultura borbónica. Era más un sentimiento político que una doctrina estética lo que los sublevaba contra las letras españolas, como ocurrió también a la generación siguiente.

No hubieran bastado el ambiente revolucionario ni la sensibilidad exaltada, para que el romanticismo llegase a ser consciente. Las librerías habíanse multiplicado y los autodidactos encontraban sus fuentes en el azar de su propio camino. López, en su *Autobiografía*, refiere algunos incidentes de esa iniciación intelectual (1).

(1) En 1835, había en Buenos Aires, además de la de Marcos Sastre, las siguientes librerías: « de la Independencia » (calle de los Representantes [Perú], nº 60), « Argentina, de Mompie e Isaac » (calle de la Reconquista, nº 72), « de Ortiz » (calle de Potosí, nº 53), « Nueva » (calle Cangallo, nº 82) y otras, que, como éstas figuran en la plana de avisos de los diarios contemporáneos, así una en Victoria 59; otra en Cangallo 212. Fuera de las nuestras, servían también las de Montevideo; por ejemplo: la de don Jaime Hernández (« En lo de Varela », dice un aviso). Los avisos de libros en los

Se ha dicho — y yo mismo lo he repetido en esta obra — que el romanticismo fué traído por Echeverría de Francia al Plata, pero este es modo esquemático de aludir a un fenómeno más complejo, y no se ha de interpretar literalmente esa afirmación.

¿Cuál romanticismo fué traído de Francia? — El de Echeverría.

¿Y el romanticismo francés o europeo, pudo reflejarse en el alma de Echeverría como en Byron o en Hugo? — No, ciertamente.

¿Y ese romanticismo europeo, que era en Europa una reacción fecunda contra el glorioso clasicismo de un medio secular y culto y que era un retorno a las fuentes románticas o románicas de la Europa moderna, pudo mantenerse idéntico a su modelo de origen, una vez trasplantado a América? — No, tampoco.

¿Y una vez trasplantado a la Argentina, no influyeron sobre él nues-

diarios, son también interesantes. Entresaco de *La Gaceta Mercantil* (periódico de Rosas) los siguientes: «Obras a propósito para los niños y jóvenes de ambos sexos», etc. «Obras de doctrina cristiana», etc. «Libros en español, francés, inglés, italiano», etc. «Libros de medicina y novelas de Marmontel, de Cooper, de Cottin», etc. (18 de noviembre de 1835). «Libros llegados por el bergantín francés *Clara*, a la librería de la Independencia, calle del Perú, nº 60, Marmontel, Byron», etc. (4 de julio de 1835). En compraventa se ofrece: Gerardo Lobos, Cienfuegos, Arriaza, Quevedo, Walter Scott, Chateaubriand, Herrera, Garcilaso, Filangieri, Cervantes, Chesterfield, y junto a dichos autores un *Fasti Novi Orbis* de Morelli; un *Locis Theologicis* de Cano; un *Diccionario, de los Pintores españoles*, otro *Diccionario de los Concilios* y *Principios generales de paisaje*; todo ello en la librería Argentina ya citada. La oferta de libros en lenguas europeas suelen menudear, indicándose a veces el nombre del vapor a cuyo bordo acaban de venir, reclamos entreverados con algún verso en loor de Rosas, o una crónica de «fiestas federales» en el Monte, o la venta de un queso de Tafí, o de una momia de lance, o de un esclavo de los aún no manumitidos, como en el texto siguiente: «Criado en venta: Se vende uno sano y robusto sin vicio alguno conocido; es propio para el servicio interior de una casa y al mismo tiempo cocina regularmente. Para tratar, puede recurrir al número 44 calle de las Piedras.» Así la prensa de la época nos ofrece el abigarrado cuadro de la sociedad porteña, juntando en sus notas casuales lo que perduraba del régimen destruído y lo que se anunciaba del régimen futuro. Además de estos libros que los mercaderes introducían, empezaban a formarse bibliotecas particulares, y entre éstas puedo citar la de Santiago Viola, de quien Vicente F. López habla en los siguientes términos:

«Era uno de los jóvenes dorados del tiempo, un Santiago Viola, que había heredado una gran fortuna. Tenía talento, pero era *amateur* y flamante en todo: en modas, en caballos, en amores de teatro, etc. En su vivacidad se preocupó también del movimiento literario; para él eso fué una moda elegante, como las demás. Era un reproductor fácil, enfático y audaz de lo que oía o leía a la ligera, poquísimo fondo, pero con talento de exhibición. Al sentir nuestro movimiento, empleó unos 20 ó 25.000 francos de su fortuna en mandar venir todos los libros de fama corriente en París, franceses,

tro medio geográfico, nuestro ambiente social, nuestra tradición histórica, convirtiéndolo en cosa muy distinta del romanticismo europeo? — Si influyeron, desde luego.

¿Y la interpretación de la doctrina romántica, no fué distinta en Echeverría, en Sarmiento, en Alberdi, en Mitre, en Mármol, en Gutiérrez y en Ascasubi? — Sí, fué distinta.

¿Y no varió la posición de ese problema estético desde el trasplante de 1830, hasta después de la crisis sangrienta de 1840 y la reorganización de 1853? — Sí, varió hasta contradecirse a sí mismo en ocasiones.

¿Y después de Echeverría, no llegaron otras influencias románticas, de la Europa traspirenaica, después de 1848, y de la misma España con Espronceda, Larra y Zorrilla, o de la propia América, con Sarmiento

italianos, alemanes traducidos, la *Revista de París*, la *Británica*, completas, una subscripción subsiguiente; y a su colección hizo agregar un número considerable de retratos litografiados de los autores en boga. Vivía en la calle de la Florida, en casa propia, que era la que hoy está frente a lo de Pirovano, ocupada por una talabartería o bazar. Su padre, del mismo nombre que él, había muerto un año o dos antes. Hacía de la madre lo que quería, pues ésta lo tenía por un astro; ocupaba un salón escritorio y dos piezas. Cuando recibió sus colecciones, sus bibliotecas y sus retratos en bonitos cuadros los arregló en sus piezas e hizo correr la voz de los tesoros que había recibido. No se puede decir que fuera estudiante, pero frecuentaba las aulas, por no tener nada que hacer y darse una personalidad. Nunca dió exámenes ni hizo cursos regulares. Como las moscas al rededor de un manjar, corrimos en tropel al incentivo de las grandes novedades que había recibido, y nos extraviábamos contemplando aquellos retratos de tan admirados desconocidos. Le daba entonces a Alberdi por la frenología de Gael y de Speerzheim y nos daba largos solos llamándonos la atención a las protuberancias y compartimentos frontales, ya de Balzac, ya de Jorge Sand, etc. Pero nos permitíamos no hacer caso de sus elucubraciones; y Juan María se burlaba de esas pretensiones. Viola gustaba de que lo rodearan; era bastante tarambana y petulante; nos prestaba sus libros, haciendo gala de generoso, y él mismo aprendía más con lo que nos oía que leyendo, cosa que nunca hacía; pero tenía talento fácil, superficial, frase espontánea y buena exhibición. Este desgraciado tuvo un fin trágico, horrible. En 1839, emigró de Buenos Aires, por nada, por flujo de movimiento y porque, según se decía, había comenzado a tener deudas» (t. I, p. 337). Luego refiere sus peregrinaciones, cárceles y muerte en Guayaquil. Hablando López del Salón literario en su *Autobiografía*, dice: «Leíamos de día, conversábamos y discutíamos de noche. El célebre prefacio de *Cromwell*, de Víctor Hugo, llamado entonces el *Nuevo arte poético*, el nuevo dogma literario, regía como constitución sobre las ideas. Las *Palabras de un creyente*, de Lamennais, los discursos parlamentarios de Guizot, Thiers, Berryer; la *Roma subterránea*, de Ch. Didier, la Pléyade de los mártires italianos, amigos nuestros por la desgracia y por los fines que interesaban nuestras más vivas simpatías. Entre ellos había tres que eran los que más nos arrastraban. Lerminier, Pedro Leroux y Sainte Beuve.» (Edición *La Biblioteca*, t. I, p. 347.)

después de su viaje por el viejo mundo? — Obraron, sin duda, múltiples influencias.

Las antedichas preguntas muestran de por sí la complejidad de eso que se llama « el romanticismo » en nuestra historia literaria, ya se lo considere en sus causas locales, en sus caracteres genuinos o en su influencia nacional.

La primera rectificación que se me ocurre, para esclarecer la verdad en los conceptos usuales sobre esta cuestión, es la siguiente: El romanticismo fué en Europa una reacción contra el clasicismo oficial, pero no destruyó, ni en la enseñanza ni en el arte, las sólidas disciplinas del magisterio clásico, y así resultó una fuerza de regeneración de las letras europeas, por el triple sentimiento de la libertad individual, la tradición histórica y la naturaleza siempre fecunda. En América — y sobre todo en la Argentina — este problema se resolvió de otro modo muy diverso, según lo veremos,

La segunda rectificación que se ocurre, es como sigue: El romanticismo europeo pudo, a medida que triunfaba, apartarse del problema político, y, organizándose como un puro problema estético, dió su teoría del drama, la narración y el canto, según lo vemos en las obras de imaginación que ha producido. En la Argentina, por lo contrario, el problema político era tan violento que absorbió al romanticismo teórico hasta desvirtuarlo, y sus escasas obras de imaginación fueron endebles y casi siempre el engendro de una nueva retórica no menos artificiosa y peligrosa que la del pseudoclasicismo contra la cual se protestaba.

Conviene finalmente advertir que el nombre de *románticos*, con el cual se suele hoy designar a los proscriptos, no fué apellido que ellos ellos mismos se dieron, sino mote arrojado por de Angelis, con protesta de Echeverría. Basta para comprobarlo, señalar en el *Dogma* aquellas palabras ya citadas del maestro proscripto en su polémica con el periodista de Rosas: « Usted, señor editor, en su impotencia para producir nada noble, útil u original, echa a rodar entre el pueblo las palabras *sansimoniano*, y *falansteriano*, que aprendió de memoria y cuyo sentido no comprende, como lo hizo con la palabra *romántico*, para reaccionar contra las ideas nuevas y de progreso que han tenido la gloria de proclamar los hijos de ese país que no es el suyo, etc. ».

Echeverría había tratado de nuestro problema estético en el prólogo de las *Rimas* (1835), justificando el asunto y la técnica de *La Cautiva*, su primer poema de color local americano. Volvió en 1837 a proclamar, de un modo más enérgico y general, sus principios literarios en el *Dog-*

ma (§ IX): insistió sobre ellos en la *Ojeada* (1846), dándoles carácter subversivo contra la tradición española, especialmente en la nota final de réplica al señor Alcalá Galiano; defendió, por fin, sus ideas en las *Cartas* (1847), cuando el romanticismo y el americanismo de la nueva generación fueron maliciosamente atacados por De Angelis. Tales son los « manifiestos », por decirlo así, del maestro en su propaganda pública, donde se halla en tono simple y militante lo que expuso en forma didáctica y serena cuando escribió el « ensayo » póstumo que he analizado en el capítulo II, y que por ello titúlase *El romanticismo americano*. Tales ideas flotaban ya en el espíritu de la juventud desde 1830 pero el mérito de Echeverría consiste en haberlas dado coherencia y autoridad : coherencia, porque las organizó en sistema; autoridad, porque se la dieron su educación europea y las obras que publicó.

Quédanme todavía muchas páginas por delante para volver sobre los temas que aquí dejo planteados. Ya veremos, en sucesivos capítulos, lo que el romanticismo significaba para Alberdi y Sarmiento : lo que inspiró a Mármol y a Mitre : lo que fué para Gutiérrez y López. Sólo después de haberlo visto, podremos definir las nuevas tendencias literarias, lo que ellas deben a la cultura europea y lo que ellas crearon de propicio o de adverso para la cultura americana.

Todo cuanto precede en este capítulo explica el estado de fiebre, de fecundidad y de esperanza que caracteriza al alma argentina en las dos primeras décadas de la emancipación. La nueva sensibilidad traducíase para el pueblo en un ideal mesiánico de regeneración política, y para la oligarquía en un ideal de regeneración filosófica. En ese tronco vital prendió el injerto del romanticismo europeo : pero de todo ello resultó esta cosa nueva : el romanticismo americano, que no se parece al otro sino por su fondo común de sensibilidad literaria y aventurera. La analogía de ambos fué más bien psicológica que estética. Tal es el proceso de inquietud literaria que se enuncia en este parágrafo, pero que se dilata en todo este volumen, formando la atmósfera intelectual de los proscriptos.

III

LA EXPATRIACIÓN LIBERAL

(1840-1852)

Coronados de gloria vivamos,
O juremos con gloria morir.

HIMNO NACIONAL.

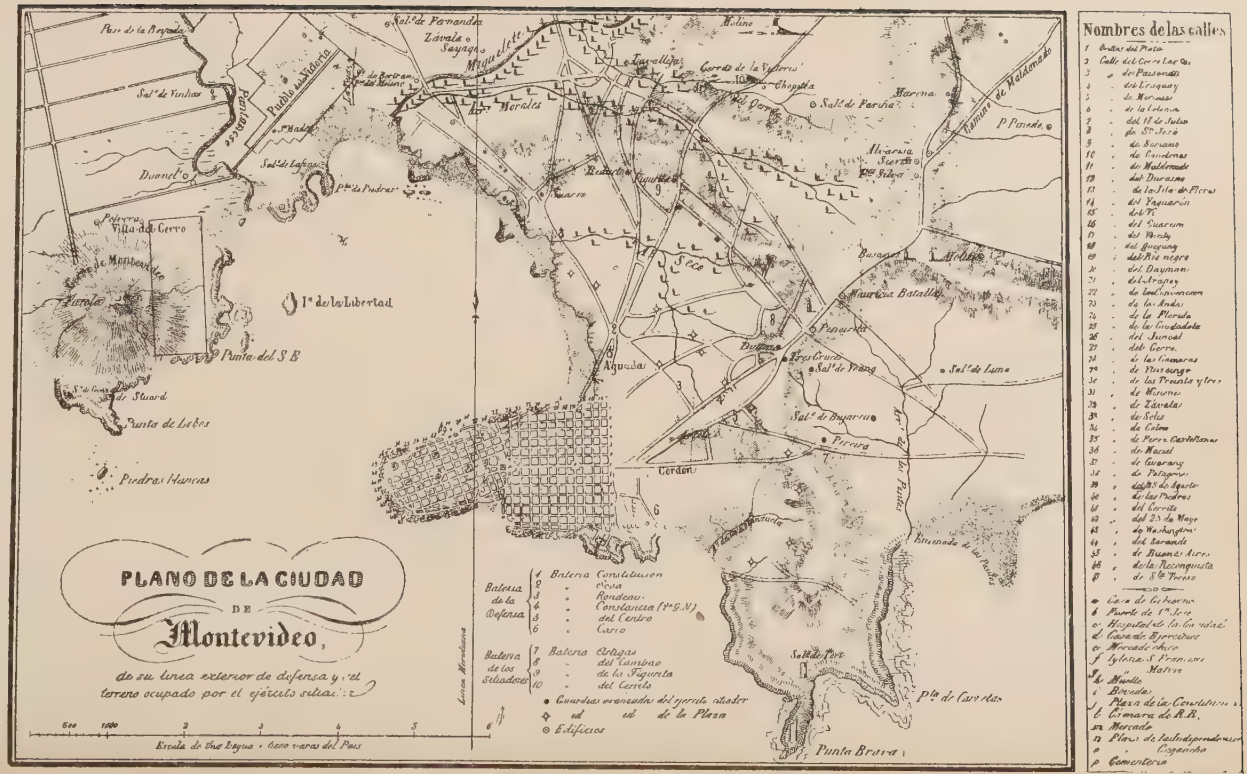


Fig. 25. — Plano de Montevideo, en la época del sitio (según Demaría, *Anales de la Defensa*, 1842-1851)

CAPÍTULO VIII

LA TIRANÍA DE ROSAS

I. El ideal de 1810; su eclipse parcial durante la tiranía de Rosas. El ideal de 1837: su triunfo después de la caída del tirano (1852). Enigma de Rosas en la historia argentina. Las fuentes documentales y las polémicas banderizas. Pasiones que impiden comprender a Rosas. Los conceptos equívocos: «revolución y restauración», «civilización y barbarie». Los conceptos parciales: el crimen, el heroísmo y la locura en la historia. — II. La personalidad de Rosas. Sus tres retratos físicos: Rosas gaucho; Rosas brigadier; Rosas proscripto. Antes del terror: impresión de don Santiago Vázquez. Rosas y Darwin. Después del terror: impresión de Alberdi en Londres. Panegíricos y denuestos. El Rosas real; el Rosas histórico. — III. Rosas en la literatura argentina. La mazorca sin letras y las letras de la emigración. El despotismo y el ideal argentino.

I

El ideal de Mayo, cuyo símbolo es el sol de la bandera, dijérase una luz que, como el haz del símil sideral, fué refrangiéndose al atravesar las varias capas de la cultura colectiva. Así refránjese también la luz del sol, al atravesar las capas de la atmósfera, cambiando de dirección y de color, según la condición prismatizadora de su propio ambiente.

Hemos visto esa luz, rojiza en el pensamiento de Mariano Moreno y de Bernardo Monteagudo, dos demagogos, dos jacobinos, dos juristas de Chuquisaca, puestos al frente de la revolución como vanguardias de la nueva idea. Hemos visto esa misma luz, con matiz más suave, como de rayo más oblicuo, en el pensamiento de Gregorio Funes y de Juan Ignacio Gorriti, dos dialécticos, dos maestros, dos teólogos de Córdoba. Pero estos son casos individuales, aunque representativos de dos tipos de educación, o sea de dos diversas capas de la cultura colonial.

Gobernantes doctrinarios, publicistas ilustrados, legisladores austeros, dieron sentido filosófico a la acción militar, y comenzaron la obra

colectiva del pensamiento revolucionario en decretos, periódicos, leyes y proclamas. El haz del pensamiento inicial fué tornándose más difuso al entrar en la nebulosa conciencia del pueblo, y fué aquí celaje matinal, allá arrebol vespertino, más lejos nube de tormenta, mientras al calentar la baja tierra, hacía germinar lo mismo la buena mies en el sembrado que el mal insecto en el légamo palustre.

En la llamada clase dirigente chocaron en la revolución interna dos culturas, la colonial que iba a morir (Funes, Castro Barros, Achega), y la argentina que iba a nacer (Moreno, Monteagudo, Gorriti), y del choque de ambos, como de dos astros despedazados, surgieron «las facciones», especie de negro caos preñado de moles ardientes que serían estrellas.

En la obscura conciencia de la clase popular, hecha de instintos y de ignorancia, germinó, entretanto, esa cosa siniestra, especie de monstruo tenaz, que se llama la dictadura de Rosas. Así, la libertad mal comprendida nos daba el fruto que siempre da cuando el pueblo no sabe comprenderla : el despotismo.

Sin el ideal de Mayo al cual volvieron en sus horas de angustia «los proscriptos», su obra literaria carecería de explicación ; pero tampoco la tendría sin la presencia de Rosas. Éste enardeció por contraste el sentimiento de la libertad, que se enuncia en 1810 al comenzar la epopeya ; que en 1840 se exalta en conflicto trágico ; y que en 1880 encuentra su desenlace en la nacionalidad y la democracia constituídas.

Para definir la posición de «los proscriptos», es necesario fijar su filiación en el pasado reciente, que ellos decían *Mayo*, fuente gloriosa de la nacionalidad ; y su actitud ante el presente sombrío, que ellos decían *Democracia*, en reacción contra el gobierno personal del tirano ; y su esperanza ante el porvenir, que ellos decían *Progreso*, o sea certidumbre de realizar la libertad. Ya hemos visto en el «capítulo preliminar» de este volumen cuál fué el ideal de nuestra revolución, en cuya tradición se inspiraron los jóvenes de la Asociación de Mayo, según acabo de estudiarlo. Ahora vamos a ver lo que Rosas significaba para ellos, y por qué la literatura por ellos creada fué, durante quince años, una continua agresión en prosa y en verso contra el personaje que centralizaba en sus manos el gobierno de la república.

Desde aquel tiempo hasta nuestros días, Rosas continúa siendo el mayor enigma de nuestra historia. Todo el pensamiento de la proscripción gira en torno de esa personalidad compleja y terrible. Durante los años de la organización nacional, que siguieron a su caída, su recuerdo

continúa pesando como una obsesión en la conciencia nacional. La claridad que se hace después de Caseros, no es sino la deserción de aquella sombra. La dictadura de Rosas se prolongó durante cuatro lustros; sus adversarios lo combatieron desde fuera del país; el dictador emigró a Inglaterra cuando sus adversarios vinieron a substituirlo en el gobierno; tuvo panegiristas y detractores que han escrito su nombre más veces que el de cualesquier otro gobernante argentino; casi todo el acervo documental de su gestión pública ha sido ya dado a luz; la bibliografía, inspirada por su personalidad o su época, es tan copiosa como la del mismo período emancipador, y, sin embargo, Rosas continúa siendo un enigma de nuestra historia. Esfinge de las pampas, sus ojos azules miran la línea horizontal del desierto, y su cuerpo tiene alas, pero de ave de presa, y garras, pero de fiera. A medida que se le estudia, más parece velársenos su secreto. Para unos fué un monstruo; para otros un ídolo. Cuando se lo examina en sus detalles, cada uno de los dispares elementos que lo constituyen, dijérase que cobra sentido propio, no exento a veces de grandeza; pero si se lo reconstituye en su totalidad, el enigma trágico reaparece. Los unos dicen: « ha sido el crimen »; los otros: « ha sido la locura »; algunos: « ha sido el heroísmo ». Y no falta quien osa decir: « ha sido la realidad », — la realidad de nuestros pueblos libertados, que, en pos de la independencia, hallan en tal figura su espontánea expresión, después del viejo ideal español, ya abolido por la independencia, y antes del nuevo ideal americano, no constituído aún en norma de la naciente democracia.

Fig. 26. — El « Rosas » de Monvoisin (óleo original, en el Museo de Bellas Artes).

Hay quienes ven en Rosas el agente de « una restauración », sincrónica de la restauración monárquica de Europa, después de haber fracasado la revolución democrática; pero esto es obedecer al error de asimilar nuestra historia a los términos de la historia europea, y no advertir que, más en lo íntimo de su federalismo gaucho y de su resistencia americana, el sistema de Rosas es un fruto de los dos sentimientos más fecundos creados por la revolución de Mayo: el americanismo y la democracia. No es una restauración. No es una contrarrevolución.

Más cerca de estos términos se hallaban los monarquistas y los unitarios, contra los cuales se alzaron las fuerzas populares que crearon más tarde a Rosas. Su sistema es, más bien, el desarrollo de la revolución en una tierra desierta y en un pueblo antes no educado para las prácticas de la libertad institucional.

Hay, asimismo, quienes dicen que Rosas era la barbarie, frente a la civilización representada por sus selectos enemigos: pero esto es dar a una frase de valor polémico en su tiempo, un alcance de verdad científica que sus propios autores no pretendieron para ellos cuando la lucha había pasado. Que Rosas representaba el sentimiento del país, no puede negarse, porque tuvo la adhesión de Buenos Aires y de las provincias, de los caudillos y de los pueblos, de la burguesía y de la plebe, de los indios y de los gauchos, de los negros libertos y de muchos blancos europeos. En veinte años sus enemigos no consiguieron derrocarlo: antes lo consolidaron con sus errores. Si Rosas era la barbarie, barbarie era todo su país. ¿Cómo es entonces que mientras unitarios refugiados en Montevideo se aliaban con el rey de Francia y recibían dinero de su cancillería, republicanos como Lamartine censuraban esa alianza y esa política de agresión a una república independiente? San Martín envíale entonces a Rosas la espada de Maipú. Agentes diplomáticos de Rosas fueron Alvear y Guido, héroes de la independencia. López, autor del Himno Nacional, y Anchorena, signatario del Acta de Tucumán, fueron amigos suyos. De la entraña del rosismo salió Urquiza, el vencedor de Caseros. De ella salieron los caudillos que firman el Acuerdo de San Nicolás, y hombres como Irigoyen y Vélez Sarsfield, que habían frecuentado la corte de Palermo y que después colaboraron con sus luces en la organización constitucional. Luego, pues, en aquel sistema, sin duda bárbaro, de Rosas, había algunos gérmenes de civilización. ¿De cuál civilización? De la civilización argentina, no de la francesa, no de la británica, que pretendieron imponerse por el bloqueo o la guerrilla de mercenarias legiones cosmopolitas, ni tampoco de la otra, que los utopistas unitarios habían soñado crear por medio de constituciones imaginarias.

Concibo la historia, no como una lucha entre la civilización y la barbarie, abstracciones mitológicas que no tienen realidad separadamente: sino como una transformación paulatina de la realidad animada y moldeada por el ideal. Antes de 1810 teníamos una civilización: la civilización española trasplantada a América: un nuevo ideal se infundió en ella, rompiendo el viejo molde, y la realidad libertada en el desierto

entró en período de renovación. La naturaleza misma del movimiento emancipador trajo la abolición de las viejas normas, normas insuficientes y caducas, que nadie podría restaurar. Entonces los elementos desplazados comenzaron a buscar su nuevo quicio, hasta que ciudades, pueblos, gobiernos, caudillos y muchedumbres, lo hallaron instintivamente en el orden pragmático de lo que se llama la dictadura y el federalismo gaucho, dentro de nuestra incipiente vida pastoril. Eso era *la realidad*, en una democracia sin industrias, sin caminos, sin densidad demográfica, sin educación técnica o liberal. El pueblo se había exacerbado en la guerra emancipadora, pero salió de ella preparado para sentir su fuerza, y comprender lo que eran el americanismo y el jefe por selección natural. Tal era el resultado forzoso de la revolución, en la índole social de las antiguas colonias. Pero tal como los héroes de 1810 no aceptaron la realidad colonial y rompieron esa forma de civilización, así los héroes de 1837 no aceptaron la realidad que Rosas personifica, y procuraron transformar esa civilización rudimentaria elevándola a un nivel de cultura más elevado, y *eso era el ideal*. Claro es que el ideal fué comprendido sólo por algunas almas selectas, y que su heroísmo consistió en bregar porque su estado de conciencia individual se convirtiese en estado de conciencia colectiva, tarea que debió herir intereses, instintos y pasiones de la mayoría. Esa nueva formación de un ideal colectivo fué primero « la Asociación de Mayo », después « la escuela cuyana en Chile » y « la Nueva Troya », más tarde el Acuerdo de San Nicolás, después la Constituyente, y, por fin, las instituciones liberales triunfantes en la República.

El conflicto trágico de 1810, entre su ideal argentino y la realidad española, renovóse para los hombres de 1837, al convertirse en ideal de cultura democrática frente a la nueva realidad consolidada por el despotismo. El pueblo, que rara vez comprende a sus profetas, pagó con el martirio el ansia idealista de los próceres, en una y otra generación. Rosas, que representa esa realidad, no podía comprender el ideal de los proscriptos, y por eso fué su fanático perseguidor (1).

(1) Al estudiante novel o al estudioso extranjero que desee conocer a Rosas, le aconsejamos empezar por el estudio de su época y su medio, en Vicente F. López, *Manual de Historia Argentina* e *Historia de la República Argentina*, y Zinny, *Historia de los gobernadores* (diversos pasajes). Después de bocetar, mediante esos libros, el ambiente nacional y provincial, podría leer las obras siguientes, especialmente dedicadas al tirano y su tiempo: Adolfo Saldías, *Historia de la Confederación Argentina* (Rosas y su época, 1820–1852, 5 volúmenes); José M. Ramos Mejía, *Rosas y su tiempo* (3 vol.);

II

Tales reflexiones en modo alguno significan bajo mi pluma la justificación de Rosas, figura que repudio como tipo de hombre y de gobernante. Siento por él y por su sistema una profunda aversion cívica: pero ello no me inhibe de percibir la complejidad de factores contradictorios que lo hacen más inexplicable, acentuando en él, con ese rasgo, los otros caracteres de fatalidad que su figura trágica representa en nuestra historia. Necesitamos estudiarlo, en razón de su misma complejidad, pero sin hacer de su estudio un eco de fórmulas extranjeras que en nuestra genuina evolución carecen de sentido, y sin convertir

Mariano Pelliza, *La dictadura de Rosas* (1 vol.); Ernesto Quesada, *La época de Rosas* (1 vol.); Lucio V. Mansilla, *Rozas* (1 vol.); Manuel Solá (hijo), *La liga del Norte contra Rosas* (1 vol.); A. J. Carranza, *La revolución del Sud* (1 vol.); José Manuel Estrada, *La política liberal bajo la tiranía de Rosas* (1 vol.). Dichas obras juzgan o presentan a Rosas desde diversos puntos de vista: con propósitos de defensa, Saldías; con afecto familiar, Mansilla; con presunción científica, Ramos Mejía; con sencillez periodística, Pelliza; pero ninguno logra ocultar la pasión banderiza. Otros libros han quedado de la oposición contemporánea, así, de F. Frías, *La gloria del tirano Rosas;* de Rivera Indarte, *Rosas y sus opositores* y *Es acción santa matar a Rosas;* de Andrés Lamas, *Las agresiones de Rosas*. Bajo la inspiración de tradiciones análogas, se han escrito después libros de intención novelesca o folletinesca, como *Las diabluras de Rosas*, por Barbará, y *El puñal del tirano*, por Eduardo Gutiérrez, autor de varios «folletines» sobre el asunto (véase *Los Gauchescos*). A fin de confrontar la leyenda con la historia, conviene conocer otras fuentes documentales: así la prensa de la época, los archivos y memorias. De la prensa rosista recomendamos *El Archivo Americano* y *La Gaceta Mercantil*, sobre la cual hay un resumen de Zinny (1823–1852, 3 tomos); de la prensa antirrosista *El Progreso* y *El Mercurio* de Chile, *El Nacional* y *El Comercio del Plata* de Montevideo. En Sarmiento, Alberdi, Echeverría, Félix Frías y demás emigrados, cuyas obras corren impresas, se han recogido muchos de sus artículos de oposición al tirano. No son menos interesantes las *Memorias* de César Díaz, José María Paz, Gregorio Aráoz de Lamadrid, Lucio V. Mansilla, Antonino Reyes, y otros, también publicadas, cuyos índices señalan los pasajes respectivos. De la documentación primitiva, mucha de ella proveniente de la pluma del mismo Rosas, debo recordar la siguiente: *Archivo de Policía* (varios tomos), *Archivo Nacional* (documentos manuscritos, varios legajos), *Gaceta Mercantil* (periódico de Rosas), *Registro Oficial* (años de su gobierno), y por fin los *Papeles de Rosas*, editados por Adolfo Saldías en facsímil (varias entregas, 1 vol.). En el extranjero ha aparecido *Rosas y Thiers* (La diplomacia europea en el Río de la Plata, 1838–1850) por Carlos Pereyra. La lista que precede no es un índice bibliográfico completo, pero sí una guía segura para quien desee iniciarse con estos estudios.

esa labor póstuma, en anacrónico alegato de panegiristas y detractores. Entrar en sus archivos con el propósito de justificarlo o de condenarlo, es convertir la historia en foro de maliciosos alegatos o en cátedra de ingenuos apólogos. Rosas, como hombre, es un problema. Rosas, como gobernante, es otro problema; otro aún, Rosas como expresión vigorosa de la realidad social y como símbolo maldito del dolor que los emigrados fustigaron.

En la profusa iconografía de Rosas, tres retratos han llamado mi atención: uno es el que le presenta vestido con todos sus entorchados de brigadier general; otro el oleo de Monvoisin, con su estampa de gaucho vigoroso; el tercero una miniatura de la vejez, durante el destierro en Southampton, en el cual la gorrita inglesa acentúa el perfil magro, de nariz y mandíbula agudas. Doy en este capítulo sendas reproducciones de esos tres retratos característicos, por ser trasunto físico de tres siluetas morales que la literatura sobre Rosas me ha dejado entrever (1).

Fig. 27. — El general Rosas. Óleo anónimo, original en el Museo histórico (véase Pradère, *op. cit.*).

A esos tres retratos gráficos corresponden tres siluetas literarias, por decirlo así, o sea tres testimonios de interlocutores fehacientes que vieron a Rosas en diversos momentos reveladores de su verdadera personalidad: el primero pertenece a don Santiago Vázquez que habló con Rosas cuando, después del fusilamiento de Dorrego, surgía como gobernador de Buenos Aires y jefe del partido federal; el segundo, al natu-

(1) Sobre la iconografía de Rosas puede verse la rica documentación de nuestro Museo histórico (Parque Lezama), y lo que sobre ella han publicado Antonio Pillado (*La Nación*, 5 de marzo de 1905) y el doctor Pradère, libro de estampas, titulado *Rosas, su iconografía* (1914). Trata asimismo de la materia, Ramos Mejía, en *Rosas y su tiempo*. Schiaffino, en *La Nación* (mayo de 1915), ha escrito sobre el retrato de Monvoisin, cuyo original se halla hoy en el Museo de Bellas Artes (Plaza San Martín). Rosas era sensible al homenaje, y practicaba a su modo la pasión de la gloria. A pesar de nuestros escasos medios iconográficos en aquella época, su galería de retratos asombra por su variedad y abundancia. Todos conocen la tradición de que su imagen llegó a ponerse en los altares del culto religioso y de que su retrato fué paseado en carros de triunfo que tiraban y cortejaban damas de abolengo, (ver Pradère, *op. cit.*, y Lamas, *op. cit.*).

ralista Carlos Darwin, cuando el azar lo puso frente al «conquistador del desierto», que preparaba la caída de su personero Balcarce y su propio definitivo encumbramiento; la tercera es de Alberdi, cuando siendo él ministro de la Confederación y Rosas desterrado, se encontraron ambos en una tertulia londinense. Dichos testimonios muestran, sucesivamente, al gaucho astuto, al militar voluntarioso y al burgués mediocre que hubo en aquel caudillo fatal.

En diciembre de 1829, hallábase en Buenos Aires como agente del Estado Oriental (su patria), don Santiago Vázquez. El 8 de aquel mes, ocupó el gobierno por vez primera don Juan Manuel de Rosas; y el mismo día se presentó el agente a hablar con el nuevo gobernador, para desvanecer ciertos rumores según los cuales gente armada del bando unitario se preparaba en territorio oriental, comandada por jefes argentinos, para invadir el país, donde acababan de ser derrocados. Presentó Vázquez sus explicaciones a Rosas, oyóle éste con interés, y reteniéndolo cuando hubieron agotado aquel tema, púsose a hablarle sobre lo que él llamaba «su sistema». He aquí, literalmente anotada por Vázquez, la confidencia de Rosas:

«Aquí me tiene usted, señor Vázquez, en el puesto de que me he creído siempre más distante; las circunstancias me han conducido; trataremos de hacer lo mejor que se pueda; de evitar nuevos males; yo nunca creí que llegase este caso, ni lo deseaba, porque no soy para ello; pero así lo han querido, y han acercado una época que yo temía, hace mucho tiempo, porque yo, señor Vázquez, he tenido siempre mi sistema particular, y voy a manifestarlo a usted francamente, cómo lo he seguido desde que empecé a figurar: conozco y respeto mucho los talentos de muchos de los señores que han gobernado el país, y especialmente de los señores Rivadavia, Agüero y otros de su tiempo; pero, a mi parecer, todos cometían un grande error, porque yo considero en los hombres de este país, dos cosas, lo físico y lo moral: los gobiernos cuidaban mucho de esto, pero descuidaban aquello, quiero decir, que se conducían muy bien para la gente ilustrada, que es lo que yo llamo moral, pero despreciaban lo físico, pues, los hombres de las clases bajas, los de la campaña, que son la gente de acción. Yo noté esto desde el principio, y me pareció que en los lances de la revolución, los mismos partidos habían de dar lugar a que esa clase se sobrepusiese y causase los mayores males, porque usted sabe la disposición que hay siempre en el que no tiene contra los ricos y superiores: me pareció, pues, desde entonces muy importante conseguir una influencia grande sobre

esa clase para contenerla, o para dirigirla; y me propuse adquirir esa influencia a toda costa: para esto me fué preciso trabajar con mucha constancia, con muchos sacrificios de comodidades y de dinero, hacerme gaucho como ellos, hablar como ellos y hacer cuanto ellos hacían: protegerlos, hacerme su apoderado, cuidar de sus intereses, en fin, no ahorrar trabajo ni medios para adquirir más su concepto. Esta conducta me trajo los celos y las persecuciones de los gobiernos, en lo que no sabían lo que se hacían, porque mis principios han sido siempre, obediencia a las autoridades y a las leyes; así es que, para seguir este sistema, he sufrido muchos riesgos, y conocía que hasta mi vida peligraba muchas veces, pero no era fácil que Juan Manuel Rosas retrogradase de lo que se había propuesto. Yo he observado en medio de estos riesgos la exactitud de mis ideas, porque he visto asomar por tres veces esa época que calculaba; una el año 15, otra el año 20, y otra ahora; en el año 20 nada se hubiera hecho sin mis esfuerzos: después aumenté mi influencia hasta donde puede aumentarse, porque usted no tendrá idea de que los indios se nos hayan unido nunca para hacer la guerra a los mismos indios, pues yo hice que acompañasen a Rauch 600 indios de pelea. ¿Quién hizo eso sino Rosas? Sin embargo, fuí perseguido el año 20; lo fuí por la presidencia de todos modos; lo fuí en tiempo de Dorrego, que tenía la misma desconfianza que los otros: en tiempo de éste renuncié la comandancia de campaña, pero no me admitió la renuncia; mi conducta siempre ha sido la misma; muchos creen que soy federal, se equivocan: yo no soy federal, no señor, no soy de partido ninguno sino de la Patria, ni tampoco he deseado estas cosas, muy al contrario. Es verdad que no podía gustarme ese movimiento del 1° de diciembre, porque era un borrón en nuestra historia; yo no podía sufrir semejante escándalo por las instituciones, pero he hecho cuanto he podido por evitar la guerra civil, y sino vea usted mi conducta. Dorrego sale a campaña y me manda que reuna las milicias. ¿Qué había yo de hacer sino obedecer? Él era la autoridad legítima, yo era comandante general. ¿Qué remedio tenía sino obedecer? Después de eso, aquí los señores que dirigieron eso, no se quisieron entender con Rosas. En fin, sale Lavalle a campaña y envía a nuestro campo a mi compadre Lamadrid, que traía una carta (que parecía papelito de pulpería) en que se nos ofrecía que nos iríamos a nuestras casas: me habló con un tono fuerte, yo le respondí con mucha calma: «Compadre, ustedes «no saben en lo que se han metido, ustedes se pierden, sus tropas son «buenas, pero nosotros no les hemos de dar batalla y aunque les dié-

« ramos muchas, y todas las perdiésemos nada habían ustedes de ade-
« lantar; la campaña es toda nuestra, los hemos de fatigar y concluir. »
En fin, le hice muchas explicaciones que lo convencieron, y entonces,
ya en otro tono, me preguntó qué podía hacer para evitar tantos males.
Yo respondí: « Diré a usted lo que me ocurre de pronto; mire, com-
« padre, yo no tengo interés ninguno en que mande Dorrego, que
« mande cualquiera, lo único que quiero es que quitemos el borrón
« que se ha echado a nuestras instituciones y a nuestra historia, y estoy
« pronto a todo, en salvando el honor del país y de las leyes: podemos
« convenir en que nosotros ocupemos la parte exterior del Salado, y
« ustedes, la interior del río Matanza, y nombraremos cinco ciudada-
« nos de talento de cada parte, para que arreglen este negocio, y nos
« propongan el modo de reparar el ultraje de las leyes, y si esto se
« hace, prometo bajo mi palabra de honor, que todos nos retiraremos
« a nuestras casas y que mande cualquiera. » ¿Sabe usted cuál fué la
contestación de Lavalle? Atacarnos al día siguiente. Yo le había dicho
desde el principio a Dorrego el plan que debíamos seguir. « Si usted
« quiere, le dije, destruir el ejército de Lavalle, esto es muy sencillo.
« Usted sublevará en masa la campaña por el Norte, yo haré lo mismo
« por el Sur, y dejaremos a Izquierdo en el centro, de observación. Si
« Lavalle va al Norte, Izquierdo le sigue a retaguardia y yo me vengo
« sobre la ciudad. Si Lavalle se va al Sur, Izquierdo le sigue del mis-
« mo modo y usted se viene sobre la ciudad. » Éste era mi plan, en
que Dorrego convino: quedamos en que mandase un destacamento a
observar al enemigo, mientras yo reunía alguna más gente. Cuando
volví, me incomodó que no había salido tal destacamento, monté cien
hombres y salí con ellos. A las tres leguas y media encontré al ejército,
le hice mis escaramusas para probarlo, y ví que las tropas eran buenas,
pero que el general no lo entendía para esta guerra. Él, no salía de su
formación, y sus maniobras eran todas de veteranos, por consiguiente,
ví que nada tenía que temer. Despaché un chasque a Dorrego diciéndole
que había llegado el momento de realizar el plan, y que él se preparase
a marchar para el Norte: mas cuál fué mi asombro, cuando al llegar
al campo me encuentro a nuestra gente formada, y en línea de batalla,
y esperando al enemigo! Éste, estaba ya encima, y como Dorrego te-
nía aquella cabeza, yo no debía de pelear con él, y ya no había tiempo
para reflexiones, aunque conocía qué disparate era dar acción, porque
era preciso, señor Vázquez, que viese usted nuestra línea, por partes
con armas blancas, por otras, sin arma ninguna, por otras las pocas

de fuego casi todas descompuestas. Vaya, era un desatino pelear. Sin embargo, si Dorrego no fuera tan loco... si con tiempo, me hubiera consultado para esto, siquiera hubiéramos formado la línea de gente armada y escogida, y los indios nos hubieran servido, porque ellos, sepa usted que se batieron bien. En fin, usted sabe el resultado y mire que allí quedó todo concluído, porque fué una derrota completa; luego Dorrego se fué a meter con la tropa de línea. En fin, en tales circunstancias, todavía yo me propuse hacer lo posible por cortar la guerra, y mi conducta fué en este sentido, porque ¿qué hice yo? Marchar para Santa Fe, y que diga alguno si convidé a nadie para que me siguiese. A nadie escribí a la ciudad, ni a mi mujer, porque no quería comprometer a mis amigos. Lo único que hice, señor Vázquez, fué escribir tres cartas al Sur, porque yo sabía que era preciso conservar mi nombre por lo que pudiera suceder; luego que llegué a Santa Fe, dí muchos pasos para evitar la guerra, no por mí mismo, pero por medio de otras personas, y crea usted, señor Vázquez, que yo me hubiera convenido por evitarla, hasta en salir del país y pasar a la Banda Oriental o al Entre Ríos; me hubiera bastado salvar a las personas que se habían comprometido por mí, las de la campaña se entiende, porque las de la ciudad ¿qué me importaba a mí? Pero no quisieron nada con Rosas: ya dije a usted que los señores de aquí no querían nada conmigo, cuando podían conseguir todo; se entiende, con decencia, porque Juan Manuel Rosas es incapaz de bajezas; sin embargo, todavía me contuve quieto a pesar que de la campaña me llamaban con instancia; y yo, nada; despues me pedían que les mandase un general, pero tampoco no quise hacer nada, y me propuse también que conociesen que sin mí, nada podían, porque yo sabía lo que les había de suceder, que no se habían de entender, como sucedió, que no se entendían unos con otros; por fin, Lavalle cometió el último desatino, metiéndose en la provincia de Santa Fe hasta el Carcarañá, para hacer, nada, como usted sabe, y luego retirarse; ya entonces no podía yo contener a López, y viniendo él era preciso que yo estuviese también; bastante lo sentía y bastante hice por evitar males; por fin, llegaron las cosas al estado que usted ve, y aquí me tiene usted empeñado en este lugar en circunstancias tan difíciles. Todos dicen que soy federal, y yo me río. Ya dije a usted que yo no soy federal, nunca he pertenecido a semejante partido, si hubiera pertenecido, le hubiera dado dirección, porque, como usted sabe, nunca la ha tenido: ese Dorrego... ¡Mire usted qué cabeza! nadie lo conocía mejor que yo. En fin, todo lo que yo quiero es evitar

males y restablecer las instituciones, pero siento que me hayan traído a este puesto, porque no soy para gobernar (1). »

En esta conversación, el gaucho taimado aparece de cuerpo entero. Las palabras del diálogo revelador han sido anotadas con fidelidad. Vázquez era un hombre inteligente y honrado, y nada autoriza a creer que haya usado aquí de artificios literarios ni que haya querido engañar a la posteridad.

Pero ese es el Rosas del año 29. En la década siguiente aparecerá el general, « el héroe del desierto », como se hizo llamar, y sobre esta otra faz del complejo personaje, poseemos el testimonio que va a verse.

El naturalista Darwin refiere, en el Diario de su viaje por el mundo, cómo llegó a las márgenes del Colorado, donde Rosas tenía su campamento, en la expedición contra los indios. Describe el castro, la mesnada mestiza, la vida del desierto y su entrevista casual con « el Conquistador ». « *He is a man of an extraordinary character, and has a most predominant influence in the country, vhich it seems probable he will use to ist prosperity and advancement.* » (pág. 69). « Hombre de un carácter extraordinario, goza de influencia poderosa en el país, y probablemente llegará a usarla para prosperidad del mismo ». — dice el naturalista inglés en el capítulo IV : pero ya en el capítulo VII, después de haber pasado por Buenos Aires y Santa Fe, al alejarse del país, caído Balcarce y alcanzada por el astuto mandón la suma del poder público, pone esta última reflexión sobre el personaje : « *From these proceeding, it was clear that Rosas ultimately would become the dictator : to the term King the people in this, as in others republics, have a particular dislike. Since leaving South America, we have heard that Rosas has been elected, with the powers and for a time altogether apposed to the constitutional principles of the republics.* » « Por estos procedimimientos, parece evidente que Rosas se propone ser dictador : el nombre de rey desagrada en ésta como en otras repúblicas. Al dejar Sud América, he oído que Rosas ha sido elegido por tiempo y con poderes opuestos a los principios constitucionales republicanos » (pág. 134). Y en la edición de 1845, el mismo pone a su *Viaje* cierta nota que señala el error de su primera optimista profecía; pero de su testimonio queda esa impresión de « extraordinario carácter » que produjo en un hombre de genio, y las

(1) Tomado de la *Revista del Río de la Plata*, tomo V, página 596. Confróntese con el Capítulo preliminar de este volumen y con el *Manual de Historia Argentina*, de López, para las alusiones de este documento.

observaciones que hace sobre el origen de su prestigio campesino, sobre sus hábitos de ginete, y tal cual rasgo de su psicología, que ha persistido en otros testimonios: así, por ejemplo, aquel que dice: « *In conversation he is enthousiastic, sensyble, and very grave* » (pág. 70). « En la conversación es entusiasta, sensible y grave... (1).

No es menos revelador el testimonio de Alberdi sobre Rosas. El autor de las *Bases* había combatido al tirano desde el destierro, y no lo conoció personalmente durante la época de su gobierno. Caído Rosas, emigrado él en Inglaterra y Alberdi con credenciales diplomáticas en aquel país, ambos personajes se encontraron en Londres el 17 de octubre de 1857. Buenos Aires hallábase entonces separada de la Federación: Alberdi representaba al gobierno del Paraná, cuyo jefe, Urquiza, había asistido a Rosas en su miseria, mientras en Buenos Aires se lo enjuiciaba. Mucho habían cambiado las cosas y los hombres, según se ve. De ahí que tengan un acento inusitado las palabras de Alberdi en su diario íntimo, que son sus « memorias » de aquella época.

« *18 de octubre de 1857*. Anoche conocí a Rosas — dice Alberdi en sus *Escritos póstumos*. — Consentí en encontrarme con él en casa de Mr. Dickson, por sus actuales circunstancias. Procesado sin discernimiento, ni derecho, quise protestar en cierto modo contra eso, tratándole. La actitud respecto a la nación y a su gobierno nacional, me han hecho menos receloso hacia él.

« Hablaba en inglés con las damas cuando yo entré. El señor Dickson me presentó y me dió la mano con palabras corteses. Poco después me habló aparte, sentándonos en sillas puestas por él ambas. Me encargó de asegurar al general Urquiza la verdad de lo que me decía como a su representante en estas Cortes: « que estaba intensamente reconocido por su conducta recta y justa hacia él: que si algo poseía hoy para vivir, a él se lo debía ». Me renovó a mí sus palabras de respeto y sumisión al gobierno nacional.

« Al verle le hallé más viejo que lo que creía, y se lo dije. Me observó que no era para menos, pues tenía 64 años.

« Al ver su figura toda, le hallé menos culpable a él que a Buenos Aires por su dominación, por ser la de uno de esos locos y medianos hombres en que abunda Buenos Aires, deliberados, audaces en la ac-

(1) Véase las páginas citadas en la edición J. M. Dent & C°, *Everyman's Library*, dirigida por Ernest Rhys: *Journal... during the Vayage of H. M. S. Beagle round the World*, by Charles Darwin.

ción y poco juiciosos. Buenos Aires es el que pierde de concepto a los ojos del que ve a Rosas de cerca. ¿Cómo ha podido este hombre dominar ese pueblo a tanto extremo?, es lo que uno se repite dentro de sí al conocerle.

« Habló mucho.

« Habla inglés, mal, pero sin detenerse, con facilidad.

« Es jovial y atento en sociedad.

« Después de la mesa, cuando se alejaron las señoras, habló mucho de política: casi siempre se dirigió a mí, y varias veces vino a mi lado. Me llamaba *señor ministro*, y otras veces *paisano*, otras por mi nombre.

« Acababa de leer, él, todo lo que trajo el vapor de antes de ayer sobre su proceso. No por eso estaba menos jovial y alegre.

— « Me llaman por edictos, decía. ¿Pues estoy loco para ir a entregarme para que me maten?

« Niega a Buenos Aires el derecho de juzgarlo.

« Repite como de memoria las palabras de su *protesta*.

« Dice que el *gobierno*, la *autoridad soberana* o *superior*, a que en ella se alude, es el *gobierno de la Nación o Confederación*; no el de Buenos Aires.

« Le oí que Anchorena es el exclusivo autor y partidario del aislamiento de Buenos Aires, como ciudad escéptica.

« Se quejó de Anchorena: le calificó de ingrato.

« Recordó que al acercarse Urquiza a Buenos Aires, Anchorena le dijo a él (a Rosas), que si triunfaba Urquiza, « no le quedaba más medio que agarrarse de los faldones de la casaca de Urquiza y correr su suerte aunque fuese al infierno », y que en seguida lo abandonó.

« Recordó que toda su fortuna la había hecho bajo su influencia.

« Habló con moderación y respeto de todos sus adversarios, incluso de Alsina.

« Recordó que el que ordenó la ejecución de los de San Nicolás, está legalizado por Maza (?). Él no niega el hecho de esa ejecución: lo califica de hecho político de la guerra civil de esa época.

« Habló mucho de caballos, de perros, de sus simpatías por la vida inglesa, de su pobreza actual, de sus economías, de su caballo y de los caballos ingleses.

« No es ordinario. Está bien en sociedad. Tiene la fácil y suelta expedición de un hombre acostumbrado a ver desde lo alto el mundo. Y sin embargo, no es fanfarrón, ni arrogante, tal vez por eso mismo, como sucede con los lores de Inglaterra, las más suaves y amables gentes de este país.

« Su fisonomía no es mala. Se parece poco a sus retratos. La cabeza

es chica, y la frente, echada atrás, es bien formada, más bien que alta. Los ojos son chicos. Está cano. No tiene bigotes, ni patilla. No estaba bien vestido. No tenía ropa en Londres. Ha venido por quince días a imprimir y publicar su protesta.

« Me dijo que no había sacado plata de Buenos Aires, pero sí, todos sus papeles históricos, en cuya autoridad descansaba. Él dice que guarda sus opiniones, sin perjuicio de su respeto por la autoridad de la nación.

« Recordó que él no había echado a Rivadavia, ni hubiera rehusado recibirlo. Fué bajo Viamonte, según dijo, el destierro de aquél.

« Después de Balcarce, ningún porteño, en Europa, me ha tratado mejor que Rosas, anoche, como a representante de la Confederación Argentina. (1) ».

Tal es la silueta de Rosas en el destierro, trazada por Alberdi sin el odio de los días en que Rosas tiranizaba a Buenos Aires y sin el cálculo de las páginas destinadas a la publicidad militante.

Hay un Rosas de la literatura, cuya silueta sombría, manchada de sangre, queda indeleble como las criaturas del arte en los panfletos de Indarte y en las odas de Mármol; pero es evidente que esa creación emocional no es todo el Rosas de la historia, en cuyas múltiples realidades el personaje varía en actitudes, significados y perspectivas. Algo hay en él del crimen, algo de la locura, algo del heroísmo, algo de la barbarie; pero hay en él otros factores, personales y sociales, que tornan más compleja su siniestra figura. Lo que no se puede negar en el conjunto de su psicología, es la fuerza como carácter dominante de su individualidad, y como carácter expresivo de su ambiente histórico. Ha dado nombre a una época; haya sido un genio (siquiera un genio del mal) que infunde su espíritu en un pueblo, o bien se trate de un pueblo que en él se personifica y le hace el mito de sus instintos viriles y de sus bajezas morales.

III

En la literatura argentina que aquí estudiamos, Rosas asume una significación extraordinaria, tan grande como la que inviste en nuestra historia política. Su gestión administrativa, diplomática y militar, queda fuera de mi dominio literario; pero, como antes dije, sin él carece-

(1) Alberdi, *Escritos póstumos*, tomo XVI, página 555. Para las alusiones históricas, consúltese el resto del mismo tomo XVI, ya citado.

ría de explicación este ciclo de «los proscriptos». En la bibliografía argentina, él explica por qué se escribieron en tierra extranjera los libros de tantos argentinos ilustres: *El peregrino*, de Mármol; *El ángel caído*, de Echeverría; el *Facundo*, de Sarmiento: él explica por qué la vida intelectual argentina pereció en el territorio que él gobernaba, mientras los espíritus más esclarecidos de esa generación íbanse al destierro para combatirlo: él explica por qué de 1830 a 1860, la literatura argentina adquiere ese carácter combativo en sus temas y sus sentimientos, hasta convertirse él mismo, Rosas, en protagonista de poemas y novelas; él explica, en fin, por qué la pléyade romántica hizo del odio una fuente de inspiración, alistando de una parte a los sicarios del despotismo y de la otra a los misioneros de la libertad, en un violento contraste de luces y de sombras.

Rosas tuvo adoradores y panegiristas numerosos. Primero se apoyó en los gauchos y en la plebe de Buenos Aires, fascinándolos con su belleza, con su vigor, su rusticidad, su astucia y su indiscutible magnetismo de verdadero caudillo. Después logró el apoyo de las gentes conservadoras, entre ellas la burguesía y la extranjería mercantil, que vieron llegar con él a ese gobernante fuerte que sus medros necesitaban tras tantos años de anarquía. Más tarde concertó su voluntad con la de sus similares del interior, o sea los caudillos federales, pues en cada ciudad argentina el fenómeno del caudillismo se había reproducido, formando cada pueblo un amo propio, hecho con resabios espíreos del conquistador español y del cacique americano. Prototipo de tales fuerzas era Rosas, pero aún necesitó sobreponerse a la minoría intelectual que protestaba, y cuando ésta quiso derrocarlo, ahogó a los rebeldes bajo la sangre del terror. Así, aquel joven nacido en una casa hidalga, rama del patriciado colonial, comenzó su señorío alzándose contra sus padres: abandonó el hogar paterno; se refugió en la pampa; adquirió los hábitos gauchescos; se acercó a los indios de la frontera; descubrió los misterios del desierto, y resurgió con él, transfigurado por el medio, el genio voluntarioso del antiguo conquistador feudal. Algo de los caudillos militares del siglo XVI tiene su fuerza, velada por la astucia que perfeccionó en el medio indígena. Cacique o capataz en sus primeros ensayos: comandante y gobernador en su estreno político, se hará, de 1820 a 1830, caudillo necesario: de 1830 a 1836, mandón omnipotente; de 1836 a 1840, tirano sangriento; de 1840 a 1852, déspota sombrío. Después vinieron la caída y la fuga, la ancianidad en el destierro, la muerte sin gloria, la posteridad con infamia.

El año de peligro para la tiranía fué el de 1839-1840. Esa crisis, que pudo ser la caída de Rosas, significó su afianzamiento por la victoria y el terror. El suceso central de aquella crisis es la llamada Revolución del Sur, que Echeverría cantara en un poema y que Ángel Justiniano Carranza ha historiado en un libro. Esta revolución debió realizarse por el concierto de estas fuerzas: los estancieros de la campaña bonaerense, los jóvenes liberales de la capital y los emigrados unitarios de Montevideo, las naves del bloqueo francés, las tropas reunidas por Lavalle en el litoral y los elementos antirrosistas que aguardaban en el interior la hora del alzamiento. Constituían el núcleo de la acción militar las tropas de Lavalle, cuyos consejeros y secretarios habían sido Varela, Alberdi, Frías y otros. Lavalle, favorecido por las naves francesas, debió desembarcar por el Atlántico en las cercanías del Tuyú, e invadir la provincia de Buenos Aires, dirigiéndose hacia Dolores y Chascomús, centro del alzamiento que preparaban los estancieros. Lavalle cometió el error de venir por el lado opuesto, entrando por la frontera de Entre Ríos y Santa Fe. Sentido por Rosas, la revolución abortó en la capital, donde su presunto jefe, Maza, fué asesinado. Comprometidos ya los estancieros, no tuvieron más que afrontar la lucha, con una improvisada montonera de 1300 gauchos, y fueron derrotados en las cercanías de Chascomús por las tropas que mandaba don Prudencio Rosas, hermano del tirano. Quedaron en el campo más de 200 caídos entre heridos y muertos. Entre éstos sucumbió el coronel Crámer, uno de sus jefes militares. Pocos días después fué apresado en la dispersión Pedro Castelli, caudillo del alzamiento e hijo del héroe de 1810. Degollado cerca del Tuyú, su cabeza fué enviada a Dolores y puesta en una pica para escarmiento, en la plaza del pueblo, como después se hizo con la cabeza de Avellaneda en Tucumán. Junto con Castelli y Crámer, habían preparado esta revolución, con los gauchos de sus estancias, los hermanos Ramos Mejía (Francisco, Matías y Ezequiel), Francisco Bernabé Madero, Apolinario Barragán, José Ferrari, Leonardo Domingo de la Gándara y Marcelino Martínez Castro. Este último sirvió de mediador entre su grupo, el de

Fig. 28. — Rosas en el destierro (de *La ilustración histórica*; ver también Pradère, *op. cit.*)

los jóvenes de la ciudad y los de Lavalle, para concertar el plan. Benita Sánchez Calvento y Melchora Valdivieso, con sus hijas Marta y Laureana y su nieta Isabel, tiñeron y cosieron la bandera azul y blanca del pronunciamiento, a cuya sombra murió Crámer. En el derruído cementerio de Chascomús, junto a la laguna, quedan recuerdos lapidarios de aquella hecatombe. Y la estancia de Gándara, donde hoy habita su nieto, mi querido amigo el doctor Federico Gándara, guarda las memorias de aquella terrible conspiración.

Si la guerra emancipadora trajo en sus entrañas la guerra civil, ésta fué, a su vez, la matriz del despotismo, y el despotismo fué la experiencia dolorosa que necesitábamos sufrir para que el ideal de los proscriptos fuera concebido y comprendido. La epopeya argentina tiene su protagonista simbólico: se llama San Martín. La tragedia argentina tiene el suyo: se llama Rosas. Sin este Dyonisios silencioso, que es su mito fatal, no se comprende a Echeverría, ni a Sarmiento, ni a Alberdi, ni a Mármol, ni a Mitre, ni a ninguno de los otros inspirados cuyas palabras constituyen la canción del coro, comentario fatídico de esa tragedia que duró treinta años.

En los periódicos de la tiranía se leen editoriales que presentan a Rosas como «Libertador y organizador», en contra del bando «protervo y anarquista», que eran los unitarios. La «Santa Federación» no es un partido, según *La Gaceta;* no lo es porque constituye la unanimidad del país y porque expresa el ideal de las provincias, unidas en autonomía y libertad. Y si tal es la tesis de la prosa que lo defiende, veamos cuál es el tema del verso que lo glorifica:

Wáshington era un labrador honrado,
En su estancia tranquilo y placentero:
De labrador se convirtió en guerrero
Luego que por su patria fué llamado.

Con el mismo placer dejó el arado
Con que después sobre el bruñido acero
Salvó de la Nación el sacro fuero;
Y en seguida tornó a su antiguo estado.

Tal es la marcha de los grandes hombres,
Envidia de la edad que vió su gloria;
Más de estos Héroes pocos son los nombres

Que honran del mundo la veraz historia:
De la América sólo en las hermosas
Páginas hay un Wáshington, y un Rosas (1).

Frente al ditirambo de los cortesanos, que así esfuerzan la hipérbole para encarecer la virtud de su héroe, suena la maldición de los proscriptos, que alcanza a veces la terrible elocuencia de Mármol, cuyos versos viven aún en la memoria de todos los argentinos:

¡ Sí, Rosas, te maldigo ! Jamás dentro mis venas
La hiel de la venganza mis horas agitó :
Como hombre te perdono mi cárcel y cadenas ;
Pero como argentino, las de mi patria, nó !

Compleja es la personalidad de Rosas, apenas estudiada, a pesar de su copiosa bibliografía. Las pasiones de su tiempo lo han sobrevivido en más de medio siglo. Aún tiene panegiristas y detractores. Viven aún los hijos y los nietos de quienes fueron actores en el drama cruento. La tersura de la razón justiciera y veraz, empáñase todavía al con-

(1) Estos versos (anónimos, como casi toda la poesía rosista) los he tomado de una hoja suelta, de tamaño mayor, impresa en la « Imprenta del Estado ». Llevan por título esta fecha : *Cinco de octubre*, y ostentan en lo alto el lema inevitable : « ¡ Viva la Confederación Argentina ! ¡ Mueran los salvajes unitarios ! » La hoja que cito pertenece al Museo Mitre (Papeles sin catálogar), y poseo otras del género en mi Biblioteca.

Los versos en loor de Rosas fueron realmente numerosos. No ya coplas y décimas al modo plebeyo, como las citadas en el tomo de *Los Gauchescos*, sino sonetos y odas endecasilábicas, como las que antes se habían compuesto en loor de los virreyes españoles y de los primeros gobiernos patrios. Abundaba desde aquel tiempo en esa especie de poesía oficial, una detestable retórica, que ni siquiera se excusaba en una fácil versificación. Tales piezas eran, por lo común, desahogo de empleados del gobierno o de aspirantes aduladores. Carecería de interés literario la compilación o el índice de esa mala literatura, pero tiene interés histórico el conocerla, porque muestra de qué laya eran los « poetas » que cantaban al tirano, frente a la musa de Mármol que lo estigmatizaba en verso desde el destierro. Trátase casi siempre de obra anónima, o firmada por iniciales de serviles con algún resto de pudor que se disfrazaba de modestia. Sólo por excepción aparecen nombres al pie de esa poesía rosina, pero son nombres obscuros, equivalentes al anónimo en nuestro parnaso. En el Museo Mitre hay numerosos documentos del género, papeles sin catalogar, generalmente editados en hoja suelta por la Imprenta del Estado. Los homenajes alcanzaban no sólo a Rosas, sino a su mujer (sobre todo después de su muerte) y a Manuelita, su hija influyente. Entre estos últimos uno está firmado por *J. M. Z. y L.* (?), otro por *Francisco Baraja* (?). Los hay en nombre de « los empleados de la policía », letra de P. R., música de A. Lorenzana ; he visto también un *Himno patriótico del Colegio Republicano federal*. El *Himno de los Restauradores* (de Rivera Indarte) y el que doy en facsímile (fig. 18) son de los más famosos. Véase también Pradère, *op. cit.*, y *La ilustración histórica*.

tacto de aquellas pasiones, resabio de aversiones y complicidades aún no extintas. Acaso generaciones futuras alcancen a descifrar el enigma. Pero cualquiera que sea la complejidad de este personaje en nuestra historia política, paréceme evidente que, en nuestra historia literaria, simplifícase el problema en los términos enunciados: de una parte Rosas y su sistema; de la otra, nuestros poetas y prosistas, elaborando en el azar del destierro, el ideario de la democracia argentina.

Ese ideario, de cuyas raíces aún nos nutrimos, era, según ya lo sabemos, el desenvolvimiento estético y moral de la libertad proclamada en mayo de 1810, reafirmada en julio de 1837, triunfante en febrero de 1852 y coronada en septiembre de 1880. Frente a los autores que creaban esa poesía y esa filosofía nacionales, es Rosas el adversario; y eso no admite contestación. No importa si del acervo documental salen pruebas de que los proscriptos se equivocaron a veces en política, según ocurrió a Florencio Varela con el bloqueo; o que algunos de ellos, como Rivera Indarte, habían sido en su mocedad cortesanos del déspota y recibido sus favores. Tal cosa puede regocijar a los abogados de Rosas; pero sólo son accidentes políticos o biográficos, que en nada desvirtúan el movimiento general de las ideas en su época, en todo lo cual persisten: de una parte Rosas, con veinte años de dominio personal y absoluto, durante los cuales no quiso o no pudo constituir las instituciones democráticas; y de la otra, los proscriptos que vinieron a su caída para constituirlas de acuerdo con aquel ideario; de una parte, la tiranía con su mazorca sin letras; de otra, la proscripción con libros de que hoy nos enorgullecemos porque fueron generosas primicias del pensamiento argentino.

Luego — se me objetará — ¿aquello era la civilización contra la barbarie?... No, me apresuro a responder; aquello era la civilización y la barbarie, todo junto. Aquello era el nacimiento titánico de una democracia y de una cultura. Aquello era la gruta del cíclope, con las hornallas encendidas, labrando en el fuego y en el yunque la liga de un metal nuevo: era la llama cósmica proyectando sobre todos los forjadores tinieblas y claridades: era el objeto de la forja lanzando chispas al golpe de los martillos violentos. Forjadores de una patria libre eran los proscriptos: la tiranía, el yunque donde martillaban: el pueblo argentino, el metal que batían: el odio y el amor de la lucha, las llamas rojas o azules del hogar que encendió la revolución.

CAPÍTULO IX

LA ESCUELA CUYANA EN CHILE

I. Los emigrados argentinos en Chile. El nombre de «cuyanos» con que allí se los designaba. Sobrevivientes argentinos de las campañas libertadoras. Los jóvenes proscriptos de la nueva expatriación liberal. Tareas de cultura a que se dedicaron. Comunidad de los orígenes chileno-argentinos. Fraternidad de ambos pueblos. Recelos y simpatías. — II. Contribución de «la escuela cuyana» a la cultura de Chile. Trabajos chilenos de Alberdi, López, Sarmiento, Gutiérrez, Mitre. Intensidad y extensión de su influencia renovadora en el derecho, las letras, el periodismo y la enseñanza. — III. El ambiente intelectual y social de Chile en la época de los proscriptos. Don Manuel Montt, don Andrés Bello. Casacuberta, Blanco Encalada, Beeche, Real de Azúa, Piñero y otros argentinos. Gratitud de los argentinos para con Chile. Oposición a Rosas. Propósitos de retorno a la patria.

I

Las guerras civiles argentinas, con sus alternativas de reveses demagógicos y de sangrientos despotismos, fueron causa de que la juventud liberal emigrara a otras naciones americanas, donde por razones de historia y de vecindad fuéles fácil hallar segunda patria, o al menos refugio hospitalario mientras durase la tormenta. Lógico fué que, en tal dispersión, los proscriptos de Cuyo buscaran asilo en la tierra más cercana, trasponiendo la cordillera, y así llegaron a formar en Chile el núcleo de una bulliciosa «colonia» intelectual, que llamaré *la escuela cuyana*. Por uso tradicional, decíanles «cuyanos» a los argentinos en Chile, y «escuela» fué la que allí formaron, por la fraternidad de credo y de dolor que a todos los unía, así como por el influjo que ejercieron en la cultura chilena.

La emigración de nuestras provincias andinas tiene gran importancia en nuestra historia política, por haber sido esa región cuna de fa-

cundo y teatro de sus primeras aventuras. Separadas del Pacífico por el muro de la cordillera y del Atlántico por la travesía de la pampa, aquellos pueblos habían conservado muy pura la tradición española, y con ella el recuerdo de sus orígenes chilenos. De Chile vinieron en tiempo de Hurtado de Mendoza, los Aguirre, los Castillo, los Jofré, fundadores de aquellas ciudades. La comunidad indígena en ambas vertientes de los Andes, reforzada por la genealogía de sus más viejas familias de origen español, habían creado en ambas comarcas una semejanza de ambiente. Cuyo había sido una dependencia de Chile hasta la creación del virreinato rioplatense que lo vinculó a Buenos Aires, obedeciendo a razones económicas y geográficas. Por eso cuando Facundo venció en La Rioja, Mendoza y San Juan, o cuando en ellas se consolidaron los tenientes de Rosas, los vencidos huyeron hacia Chile, por ser el país más cercano, donde, a pesar de superficiales encontronazos, hallaron motivo de arraigo en ese intenso « chilenismo » de sus propios orígenes. Dijérase que los vástagos argentinos del conquistador volvían al Arauco de sus padres, no como refugiados « extranjeros », sino como hijos pródigos de la libertad.

Los recuerdos comunes de la colonia se reforzaban, además, para ambos países, por las impresiones recientes de la común campaña emancipadora, cuyos protagonistas aún vivían. Allí estaban frescas todavía las huellas de San Martín, Monteagudo, Guido ; allí estaba la casa de Cornelio Saavedra, de Juan Crisóstomo Lafinur, de Juan Gregorio Las Heras, que formaron hogar en Chile ; allí andaban también el prócer Nicolás Rodríguez Peña, Pedro Ignacio de Castro Barros, Justo Santa María de Oro, patricios de la gran generación. Los nuevos argentinos que llegaban pasando furtivamente los Andes tenían, para guiarse en la sombra, el rastro glorioso de conquistadores y libertadores, familiares senderos que conducen, como a una puerta paternal, a los dinteles del viejo hogar americano.

Pero la emigración de Cuyo es importante en nuestra historia literaria, porque en ella figura el sanjuanino Sarmiento desde el primer instante, y porque fueron a reunírsele después algunos emigrados de otras regiones, atraídos desde lejos por la seguridad política y la cultura de Chile. En 1840 llegaba a Santiago, directamente desde Buenos Aires, el joven Vicente Fidel López, recomendado por su padre ilustre, que, ya viejo, quedaba en la ciudad tiranizada por Rosas, pero que no quería para su hijo ni la vergüenza de Buenos Aires ni los peligros de Montevideo sitiado por el déspota. De aquí partieron también, siguien-

do otros caminos azarosos, con reposorios de aventura en el Uruguay o en Bolivia, los porteños Bartolomé Mitre, Carlos Tejedor y Félix Frías. En Montevideo estaban, desde 1838, Juan Bautista Alberdi y Juan María Gutiérrez, que abandonaron la plaza en 1846, huyeron a Europa y regresaron por Magallanes a radicarse también en Chile. Menos ilustres que ellos y con residencia más fugaz, llegaron por entonces los tucumanos Benjamín Villafañe, José Posse, Salustiano Zavalía y otros que, unidos a los Aberastain, los Beeche, los Casacuberta, formaron esa bulliciosa pléyade argentina de los emigrados en Chile, que de 1839 a 1852 constituyó una familia cívica bajo el patriarcado heroico de ancianos como Rodríguez Peña y Las Heras, o bajo el magisterio romántico de jóvenes como Sarmiento y López. Si grande fué la acción intelectual de «la escuela cuyana» sobre el ambiente chileno, justo es reconocer que no ha sido menor la influencia de la cultura chilena sobre nuestros proscriptos, puesto que nos los devolvió estadistas y escritores, a esos que de aquí partieron como simples aventureros de un sueño juvenil (1).

(1) El *Diccionario biográfico de extranjeros en Chile*, obra de don Pedro Pablo Figueroa (Santiago, imprenta Moderna, 1900) trata con especial y confesada complacencia de los argentinos que han residido en aquel país y contribuído a su cultura. Claro es que, en tal caso, correspóndele la preferencia a «los proscriptos» de la época que aquí estudiamos; y recorriendo sus sobrias páginas he encontrado, además de los muy notorios, otros nombres casi olvidados. Daré aquí la lista de los personajes argentinos a quienes dedica sus medallones biográficos el señor Figueroa:

1, Aberastain Antonio (Antonino). 2, Agote Pedro. 3, Albarracín Santiago Rufino. 4, Alberdi Juan Bautista. 5, Aldao Francisco. 6, Aldao Juan Francisco. 7, Alvarado Rudecindo. 8, Álvarez Francisco. 9, Alvarez Ignacio. 10, Álvarez Condarco José Antonio. 11, Álvarez de Arenales José Ildefonso. 12, Álvarez de Arena José Antonio. 13, Álvarez Jonte Antonio. 14, Álvarez Thomas Ignacio. 15, Álvarez Thomas Pascual. 16, Anchoris Ramón Eduardo de. 17, Andrada Telésforo. 18, Aquino Pedro León. 19, Arredondo José Miguel. 20, Arriola José Nicolás. 21, Ávalos José Domingo. 22, Báez Santiago. 23, Balcarce Antonio González. 24, Balcarce Marcos González. 25, Beeche Gregorio. 26, Blanco Encalada Ventura. 27, Blanco Encalada Manuel. 28, Boneo Martín E. 29, Bueras Santiago. 30, Cabezón de Córdoba Damasa. 31, Cabezón de Jordán Manuela. 32, Cabezón Peña José María. 33, Cabezón de Villarino María Josefa. 34, Casacuberta Juan C. 35, Castro Barros Pedro Ignacio. 36, Cavero Telésforo. 37, Conde Pedro. 38, Correa de Saa José Félix. 39, Deheza Ramón Antonio. 40, Díaz Pedro José. 41, Díaz Pedro. 42, Espejo Jerónimo. 43, Frías Félix. 44, Gómez Juan Carlos. 45, Gutiérrez Juan María. 46, Guzmán Fernando. 47, Heras Juan Gregorio de las. 48, Lafinur Juan Crisóstomo. 49, López Vicente Fidel. 50, Mitre Bartolomé. 51, Moreno Hilarión María. 52, Oro Justo Santa María de. 53, Ortiz Vélez Pedro. 54, Ortiz José Antonio. 55, Pereyra José Luis. 56, Piñero Miguel. 57, Prieto Oro Ramón. 58, Real de

Para comprender el carácter de esa recíproca influencia, tórnase indispensable recordar la cultura chilena en la época de esta emigración. No podría caber mayor estudio en el breve marco de este capítulo, y nunca tal resumen podría superar a lo que han escrito sobre el mismo tema prestigiosos escritores de la nación hermana. El más documentado biógrafo de Sarmiento, don J. Guillermo Guerra, es un chileno, y su libro, premiado por la Universidad de su país, abunda en noticias pertinentes a aquel período. Pero si la biografía publicada por Guerra se particulariza en su información con Sarmiento, hay otro libro, venido también de Chile, y es aquel de *Recuerdos literarios*, donde J. Victoriano Lastarria describe todo el panorama, presentando a todos sus protagonistas, los nativos y los foráneos, en visión luminosa de justicia, vibrante de simpatía para unos y otros paladines, durante las agitadas polémicas que los nuestros promovieron. Ambos libros, el de Lastarria y el de Guerra, han comprometido la gratitud de la cultura argentina, y casi diría que este

Azúa Gabriel Alejandro. 59, Nicolás Rodríguez Peña. 60, Sarmiento Domingo Faustino. 61, Sarmiento Procesa. 62, Sarmiento Bienvenida. 63, Sarratea Mariano E. 64, Tejedor Carlos. 65, Torres Gregorio. 66, Villarino Francisco. 67, Zapata Manuel. 68, Bustos José Dolores. 69, Gaete José Luis. 70, Ocampo Gabriel.

La lista que precede, por mí formada sobre la obra del señor Figueroa, repite nombres ya indicados en el presente volumen, pero aquí la doy por su procedencia, desde que, a propósito de tales emigrados, consigna el autor chileno el reconocimiento de su país. Este *Diccionario* trata también de otros argentinos que sólo de paso han estado en Chile, ya en tiempos de la independencia (San Martín, Lucio Mansilla, Bernardo Monteagudo, Manuel Olascoaga, Manuel Dorrego, Mariano Necochea, Toribio Luzurriaga, Manuel Olascoaga, José Olavarría, Ángel Pacheco, Juan José de Quesada) o de otros que en la época moderna lo han visitado como periodistas o residido en Chile como diplomáticos (Norberto Piñero, Bernardo de Irigoyen, Francisco Moreno, Adolfo Carranza, Gabriel Carrasco, Epifanio Portela, José E. Uriburu, Héctor Florencio Varela, Santiago Estrada, Emilio Coni). Hay en la obra de Figueroa otras siluetas de extranjeros cuya vida interesa también a nuestro país, tales como los impresores Rivadeneira y Belin, o el artista Ambrosio Morante, o el educador José Joaquín de Mora, etc. En la lista numerada he omitido los nombres de Prudencio Lazcano, jurista argentino del siglo XVIII; de Bernardo de Irigoyen, porque fué a Chile en tiempo de la proscripción como oficial de la legación argentina; de Bernardo Vera y Pintado, porque ya había muerto cuando empezó la emigración de los románticos. El Chacho y Lamadrid también hallaron en Chile refugio transitorio, después de algún desastre militar, según puede verse en la biografía del Chacho por Sarmiento y en las *Memorias* de Lamadrid. Faltan, en cambio, argentinos como Pedro Echagüe y europeos como Dauxión Lavaisse, que después se radicó en Santiago del Estero, vinculándose a nuestra historia por su linaje y su pensamiento. Véase sobre Lavaisse la obra de Barros Arana sobre *Gay*, y sobre Echagüe el índice del presente volumen.

capítulo es una débil retribución a su ofrenda, pues si la vida de los escritores argentinos es en aquel lapso un episodio de la historia chilena, aquel momento de la cultura chilena es parte integrante de nuestra propia historia literaria. Así, la tradición de ambas repúblicas viene de trecho en trecho anudándose en apretada intimidad, primero con la comunidad araucana de los indios andinos, después con la comunidad española de los fundadores coloniales, luego con la comunidad patricia de los héroes libertadores, más tarde con la comunidad intelectual de los emigrados argentinos, y por fin con la comunidad política de los que dirimieron nuestros litigios en paz, bajo la gravitación definitiva de aquellas tradiciones comunes que nos auguran la fraternidad del porvenir.

II

De entre los argentinos que vivieron en Chile, cinco se destacan igualmente gloriosos en la cultura de aquel país y del nuestro: Sarmiento, Alberdi, Gutiérrez, López y Mitre, entonces jóvenes periodistas «chilenos», y después maestros de civilización en toda América. Cuando regresaron a su país, el primero y el último fueron presidentes de la república; los otros tres pudieron haberlo sido. Siguen a éstos, como publicistas, Frías, Gómez y Tejedor, de quienes trataré más adelante. Figuras menos gloriosas, pero que han dejado buen recuerdo en Chile, porque sirvieron, en la prensa, la educación o el arte, son Casacuberta, actor dramático; Cavero y Guzmán, músicos; Real de Azúa, poeta allí admirado; Ocampo, decano de la facultad de leyes; las señoras Cabezón y las señoritas Sarmiento, educacionistas; y finalmente Álvarez, Andrada, Ávalos, Bonco, Bueras, Díaz, Moreno, Ortiz, Piñero, Prieto Oro, Torres, Villarino, Bustos, Calle y Zapata, Conde, Fragueiro, Agote, y otros que, como ellos, trabajaron en función de cultura intelectual, o que, como Aberastain, Castro y Dávila, trabajaron en las minas y el comercio para sobrellevar las necesidades del destierro.

Durante sus años de residencia chilena, Alberdi trabajó principalmente como abogado, o como publicista en cuestiones jurídicas. Llegado a Chile en 1844, fijó su residencia en Valparaíso, ciudad pintoresca y puerto cosmopolita, donde encontró el ambiente de trabajo e independencia que necesitaba. Alternó su vida entre aquella ciudad y San-

tiago, capital de la república; alternó su labor entre la prensa y el foro; procuró servir al país que lo hospedaba sin olvidar al propio país: vinculóse con gran sentido práctico a hombres y cosas de la vida chilena, sin abandonar el estudio de las ciencias sociales, que orientaron su definitiva vocación. Al poco tiempo de llegar obtuvo título de abogado en la Facultad de leyes, con la tesis que se titula *Memoria sobre la conveniencia y objeto de un congreso general americano*, que consolidó su nombre en la Universidad; luego tocóle defender a *El Mercurio*, el más antiguo diario de Chile, en un juicio por calumnia, del cual salió triunfante, y que consolidó su reputación en el foro; por entonces escribió una *Biografía de don Manuel Bulnes*, presidente a la sazón, yerno del general Pinto, antiguo huésped de Tucumán y amigo de don Salvador Alberdi, padre del biógrafo. Con esos tres trabajos iniciales, emprendió bajo buena estrella su carrera chilena. Data de aquel entonces la publicación de sus opúsculos *Veinte días en Génova* y el *Tobías*, impresiones de viajes en que persiste el dejo de su primera afición romántica, abandonada después para siempre por otros temas y formas literarias más afines con su medio y su temperamento. Sin olvidar algún otro escrito forense — tal nuevo alegato en favor de *El Mercurio* o su *Defensa de José Pastor Peña* — y en el deseo de citar otras obras de mayor aliento con que contribuyó a la cultura jurídica de aquella nación, debo mencionar: *La legislación de la prensa en Chile*, *De la magistratura y sus atribuciones en Chile*, *Índice alfabético del Boletín de las leyes, órdenes y decretos del gobierno de Chile*, *Manual de ejecuciones y quiebras*; obras que fueron aplaudidas por sus colegas o auspiciadas por el gobierno, como de reconocida utilidad pública y profesional. Al mismo género pertenece su *Carta sobre los estudios convenientes para formar un abogado con arreglo a las necesidades de la sociedad actual en Sud América* (dirigida al joven argentino don Lucas González, que estudiaba derecho en la Universidad de Turín), y debiéramos citar asimismo su *Diccionario razonado de legislación civil, penal, comercial, etc.*, especie de «Escrich» americano, que proyectaba y no pudo llevar a término como lo hubiera deseado.

No fué menos valiosa que la contribución de Alberdi, la de Vicente Fidel López en el acervo de la cultura de Chile. Si aquél destácase como legista, este otro se destaca como educador.

López llegó a Chile en 1840, ya recibido de abogado en su país. Contaba a la sazón 25 años, un apellido ilustre, una vasta cultura para su tiempo, facilidad de ingenio y vehemencia de carácter. Con tales atri-

butos, no tardó en fraternizar con Sarmiento, que acababa de llegar de San Juan. Más que a la abogacía, sentíase López inclinado a la enseñanza y al periodismo. Redactó *El Heraldo* y *El Progreso* en Santiago: *El Comercio* y *La Gaceta* en Valparaíso; colaboró en la *Crónica contemporánea de Sud América*. Trató en estos órganos de la prensa temas de religión, enseñanza y democracia, directa o indirectamente relacionados con las costumbres de Chile. Fué, como publicista, de los más briosos agitadores de aquel ambiente conservador, y uno de los que más acentuaron el carácter revolucionario que señaló a «la escuela cuyana». Pero más revolucionaria que en la prensa, aunque menos ruidosa, fué la acción de López en la educación chilena. Fundó, con Sarmiento, un colegio particular llamado «El Liceo», que gozó de prestigio, pero que se cerró a raíz de cierta polémica sobre cuestiones religiosas. El año 1845 publicó tres libros que definen la índole de su vocación: uno se titula *Memoria sobre los resultados generales con que los pueblos antiguos han contribuído a la civilización de la humanidad*, obra presentada a la Facultad de humanidades para recibir un grado profesional; las otras dos fueron textos para las escuelas: *Manual de la historia de Chile* y *Curso de bellas letras*. Son los primeros pasos del educador que será, en la madurez, profesor de derecho romano y rector en la Universidad de Buenos Aires; son, además, los frutos de su reciente aprendizaje porteño cerca de su padre y de sus maestros, Cabezón, Alcorta, Echeverría; son, finalmente, las primicias de su ingenio asimilador, que, entre copiosas lecturas nuevas y quizá bajo el acicate de necesidades materiales, improvisa libros donde quiere enseñar lo que él mismo acaba de aprender. Su obra más personal vendrá más tarde; pero aun así, valen aquellos tres ensayos juveniles por la capacidad que revelan y por la función que llenaron en la cultura de Chile. Fué hacia la génesis espiritual de la civilización en su *Memoria;* narró a los niños chilenos la formación de su pueblo en el *Manual*, y abrió a la juventud, con el *Curso de bellas letras*, nuevos horizontes estéticos en el arte de la palabra. El éxito de estos libros, que el gobierno y la Universidad de Chile acogieron con aplauso, y el uso que de los dos últimos se hizo por varios años en sus escuelas, revelan que López en la enseñanza, como Alberdi lo hiciera en el derecho, supo pagar a Chile la deuda de su generosa hospitalidad.

Pero sobre ambos argentinos, destácase entre los maestros de la escuela cuyana, el terrible Sarmiento. Él no era abogado como los otros dos compañeros, ni conoció disciplinas universitarias. Halló su cauce natural en el periodismo, y practicó también la enseñanza. Su entrada

en Chile señalóse con un escándalo de polémicas, y aún su paso resuena en aquel país con un eco de asombro y de simpatía.

Treinta años de edad contaba Sarmiento cuando se avecindó en el país hermano, y con decir que en él residió desde 1839 hasta 1852, habremos indicado la época más fecunda de su vida literaria. En Chile escribió el *Facundo*, los *Recuerdos de provincia*, *Argirópolis* y el tratado de *Educación popular*. Esos cuatro nombres bastan para anudar la historia chilena y la argentina con un lazo moral indestructible. Pero no es de esto de lo que necesito ahora hablar, sino del aporte personal que el genio de Sarmiento llevó a la cultura chilena. Y entonces vienen corriendo a la memoria los recuerdos de su colaboración en *El Mercurio*, en *El Nacional*, en *El Progreso*, en *La Crónica*, en la *Tribuna*, en el *Sud América*, en *La Gaceta del Comercio*, copiosa producción que llena casi sola los diez primeros tomos de sus *Obras completas* y ocupa algunas páginas de los tomos siguientes. Antes de hacerse periodista chileno, Sarmiento había redactado *El Zonda* en San Juan; y, al expatriarse, había sido minero en Chile y maestro de escuela en una aldea de los Andes. Logró de pronto imponerse a la atención de Santiago, con un artículo sobre Chacabuco, el día del aniversario, en el cual reivindicaba la gloria de San Martín y de la acción argentina en la empresa libertadora. Trató más tarde temas de enseñanza, de historia, de folklore, de literatura; criticó las costumbres y las ideas coloniales; preconizó la necesidad de una renovación estética y política en América, bajo la sugestión de las doctrinas románticas y progresistas de Europa. Así llegó a fraternizar con Lastarria, a alternar con Bello, a conquistar el afecto de don Manuel Montt, ministro de Instrucción pública primero y presidente más tarde. Montt fué su protector en los comienzos y su amigo entusiasta hasta la hora de la vejez y de la muerte. Fué Montt quien le facilitó el viaje a Europa y los Estados Unidos, en misión oficial, para estudiar sistemas de educación. De ese viaje nació su informe sobre *Educación popular*, y otros opúsculos pedagógicos. A ese viaje y a Montt debió el ser llevado, posteriormente, a la dirección de la Escuela normal. Brotaban de su pluma silabarios, manuales, memorias, enderezados a mejorar la enseñanza, como habían brotado artículos, cartas y crónicas, dirigidas a reformar las costumbres, o simplemente a inquietar los espíritus. Abundan en los dos primeros tomos de sus obras sus críticas de teatros y bibliografía, a la par de otras sobre el problema chileno y americano, en materias de idioma o de cultura. Esos tomos abren un panorama sobre la vida moral y material de aquel país en la

década del 40 al 50, y no en vano fué el gobierno chileno, antes que el argentino, quien empezó la compilación y edición. Escribe todo aquello Sarmiento con el espíritu jovial de Larra, pero se mezclan a su propaganda otras influencias, francesas y sajonas, injertadas en el fuerte tronco castizo. Campea en toda su obra periodística el ingenio y la libertad, a veces insolente, de la crítica. Lidió en rudas polémicas, hirió intereses, atacó supersticiones, provocó rencores, y no se vió exento de algunas agresiones personales. A cambio de todo ello, echó las bases de la educación popular y despertó el anhelo de un nuevo ideal literario en la juventud chilena. Así pagó también Sarmiento, como Alberdi y López, su deuda de hospitalidad, y el recuerdo de Chile perduró en su vejez como un amor de patria, personificado en las nobles figuras patriarcales de la señora de Toro y de don Manuel Montt.

Figuras tan ilustres como Sarmiento Alberdi y López, con Gutiérrez y Mitre, sobre todo si se atiende a la labor intelectual que estos dos últimos realizaron después de Caseros, que es cuando ambos llegan a la plenitud de su obra literaria. Los años de Chile no tienen para ellos tanto brillo. Fuese en Mitre la edad temprana (23 años), la fugaz residencia, o el peso de las armas; fuese en Gutiérrez el temperamento escasamente combativo; fuese en ambos el reato de la pobreza, los dos dejaron en Chile menos obra escrita.

Juan María Gutiérrez se trasladó a aquel país el 44; residió en Copiapó, Valparaíso y Santiago; dedicó una oda *A las copiapanas;* editó la *América poética*, las *Poesías* de Olmedo y el *Arauco domado* de Pedro de Oña; publicó textos para las escuelas, entre ellos *El lector americano* y *Elementos de geometría;* escribió las biografías de *Oña* y de *Franklin;* redactó la *Tribuna;* fué director de la Escuela naval en Valparaíso.

Bartolomé Mitre se avecindó en Chile el año 1847. Había sido ya militar, poeta y periodista en Montevideo y en Bolivia. Continuó en Chile esta última función, redactando *El Comercio* en 1847, *El Mercurio* en 1848 y *El Progreso* en 1849. Complicado en la revolución de 1851, salió ese año de Chile, dirigiéndose al Perú, donde residió hasta el 52. Sus campañas periodísticas chilenas sellaron, siendo él entonces muy joven, su amistad con los chilenos Lastarria, Vicuña Mackena y Barros Arana, con quienes mantuvo relaciones intelectuales hasta la vejez; relaciones útiles al progreso de los estudios históricos americanos y al acercamiento de nuestros países.

III

Cuando se contempla el ambiente chileno en la época de los proscriptos, dos figuras destacan para nosotros su perfil: don Manuel Montt en la vida política; don Andrés Bello en la vida intelectual. Son dos altos prestigios, que sirvieron como ejes de rotación a la fuerza en un comienzo desorbitada de los proscriptos argentinos (1).

Desde el año inicial de la revolución hasta 1840, más o menos, Chile sufrió las perturbaciones que en toda América forman el ciclo de independencia y consolidación de sus diversos estados nacionales. La anarquía no caló allí tan hondo como en las dos riberas del Plata; antes de 1840, Chile tuvo su restauración realista, su tiranía y su reacción clerical. La contigüidad marítima con el virreinato del Perú; la índole de su organización oligárquica; el sentido práctico y militar de su clase dirigente, en la cual abundaban atavismos vascos y sajones; la separación, no suprimida por la guerra, entre el caballero y el roto; su constitución geográfica de montañas, minas, valles y puertos; su

(1) Las *Obras completas* de don Andrés Bello fueron publicadas en 1872 por ley del Congreso chileno. Votó para ello 15.000 pesos, puso a cargo de la Universidad la dirección de la obra, y dispuso que la tirada montase por lo menos a 2000 ejemplares y que el texto de la respectiva ley fuese impreso en todos los volúmenes. La obra así ordenada, tiene, según el texto expreso de dicha ley, el carácter de un monumento elevado por la gratitud nacional de Chile, a la gloria de quien fué su hijo adoptivo y prócer de su cultura como profesor, escritor y codificador.

El material, en los quince volúmenes que esa colección comprende, se distribuye de la siguiente manera: tomo I, *Filosofía del entendimiento;* II, *Poema del Cid;* III, *Poesías completas;* IV, *Gramática castellana*; V, *Opúsculos gramaticales* (entre ellos una gramática elemental); VI, VII, VIII, *Opúsculos literarios y críticos* (entre los cuales se incluye una obra sobre historia de la literatura castellana y otra sobre teorías métricas); IX, *Opúsculos jurídicos;* X, *Derecho internacional;* XII y XIII, *Proyecto de Código civil;* XIV, *Opúsculos científicos* (tratado de cosmografía y notas sobre geografía y ciencias naturales); XV, *Miscelánea* (ensayos sobre filosofía, educación, crítica, historia y viajes; algunos de simple carácter periodístico). Esta obra monumental terminó de imprimirse en 1893, y puede considerarse como complemento de ella, por su formato y asunto, la *Vida de don Andrés Bello*, que, por encargo del Consejo de instrucción pública de Chile, escribió su secretario don Miguel Luis Amunátegui, antiguo discípulo y amigo del maestro glorificado.

Sobre las relaciones de Bello, así como sobre las de Montt, con los proscriptos argentinos, puede verse las obras de Sarmiento (t. I y II), y las ya citadas de Lastarria, Amunátegui y Guerra.

menor contacto con las inquietudes de la civilización del Atlántico en los comienzos del siglo, atenuaron allí la subversión que el ambiente pampeano y el genio gaucho exasperaron entre nosotros hasta el delirio de la demagogia campesina, el liberalismo literario, el despotismo sangriento. Con tal ambiente, no pudieron armonizar los emigrados argentinos, quienes por tal desarmonía, llegaron a ser los inquietadores del alma chilena.

Con pequeñas variantes, la política de Chile había seguido proceso análogo al de otras repúblicas americanas: fracaso de la minoría liberal: afianzamiento de la dictadura, con la milicia delante y el clero detrás; formación de dos partidos: uno que conspiraba para la rebelión sangrienta, otro que creía haber fundado, por el orden coercitivo, «la república modelo» (1). Entre estos dos partidos, meramente políticos, Echeverría y sus secuaces, habían creado en el Plata, una tercera posición, que ya conocemos. En Chile, Sarmiento y los suyos contribuyeron a crear una posición análoga para la nueva generación. Como los nuestros eran allá «extranjeros», colóronse de rondón en la disputa, considerando que tales problemas de cultura y de democracia, a todos les incumbía, por ser americanos todos.

Fig. 29. — Don Andrés Bello

Nadie ha pintado aquel momento con mayor riqueza anecdótica ni más simpatía por los argentinos, que el citado Lastarria, quien, por ser chileno, tiene aquí autoridad de juez imparcial: «La juventud distinguida — dice, — que poco antes estaba reducida al estrecho círculo de los retoños y de las criaturas de la oligarquía dominante, había recibido un refuerzo numeroso con la nueva generación que se había educado por nosotros con otros principios y distintas aspiraciones, y que sentía estimulada su actividad con el roce de la ilustrada y bulliciosa emigración argentina. El teatro, las tertulias, los paseos cobraban animación, y en todas partes, principalmente en las reuniones priva-

(1) Esta expresión es de Lastarria, *Recuerdos literarios*, página 61.

das de hombres, que se mantenían en los salones particulares, se hablaba de letras, de política, de progresos industriales. Pero en este comercio de francas y cordiales relaciones, resaltaba siempre el elegante despejo y la notable ilustración de los hijos del Plata, causando no pocos celos, que ellas provocaban y excitaban, haciendo notar la estrechez de nuestros conocimientos literarios y el apocado espíritu que los más distinguidos de nuestros jóvenes debían a su rutinaria educación» (1). Mas no todo fué cordial disputa en los salones. Se llegó a la polémica pública y a la agresión personal. Los temas de cultura degeneraron a su vez en cuestiones de nacionalidad (según el propio Lastarria lo ha señalado, *op. cit.*, pág. 167), hiriendo la sensibilidad local en forma lamentable pero fecunda.

Sarmiento se había dado a conocer en Chile con un artículo sobre el aniversario de Chacabuco, en el cual reivindicaba la gloria de San Martín; y poco a poco, llegó tal vez a creerse un nuevo San Martín que había traspuesto los Andes para libertar a Chile de la tradición colonial. Era Sarmiento a la sazón crítico teatral, y veía desfilar por los escenarios de Santiago todo el repertorio de Hugo y los románticos, entonces en boga. Cada artículo dábale ocasión para censurar las costumbres gazmoñas o los cánones retóricos del siglo anterior. Otras veces irritaba los ánimos disertando sobre teorías gramaticales, reformas ortográficas, doctrinas religiosas, métodos pedagógicos o ideales políticos. España era casi siempre la piedra de golpear, pero bien se ve que ella no era sino un pretexto para sacar al golpe de su eslabón la chispa de luz que necesitaba.

Por ese mismo camino, otros argentinos lo acompañaban, y no tardaron en aparecer secuaces chilenos. Así fueron mitigando su violencia los primeros embates, y la obra se hizo más constructiva y más serena. La señora de Toro en la vida social, Montt en la política, Lastarria en las letras, se mostraron generosos amigos de los emigrados. Las puertas de salones y escuelas se abrieron para ellos. Los argentinos fueron perdiendo su aspereza, los chilenos la suya; y hacia 1845, el ambiente hallábase renovado. Otras ideas y otros métodos caracterizaban la prensa y la enseñanza del país. Claro es que en esa ardua empresa, no colaboraron solamente los cinco grandes proscriptos que antes he citado: argentinos menos ilustres descubre el historiador en los anales de la enseñanza y de la prensa.

(1) Lastarria, *Recuerdos literarios*, página 99 y Sarmiento, *Obras*, t. I, sobre «Polémicas literarias», páginas 208-245, 283-320, 329-337.

Representantes de la emigración argentina, según lo he dicho ya, trabajaban en todos los campos de la vida chilena. Sin detenernos en los militares — los Alvarado, los Álvarez, los Aldao, los Balcarce, — muchos de los cuales habían combatido en Chile bajo la bandera de la común independencia, pululaban los nuestros en el comercio y la industria, ya fuese impulsando nuevas empresas, o ya acogiéndose al salario de los oficios más humildes, como el sanjuanino Sarmiento, que fué capataz de la Colorada, una mina de Atacama, o como el catamarqueño don Pedro Agote, que durante años tuvo una panadería en Copiapó. Desde la obscuridad de esos modestos oficios levantáronse algunos a la notoriedad intelectual, así Sarmiento, y así aquel mismo «panadero» Agote, que fué más tarde, en su Argentina reorganizada, legislador y economista prestigioso. Junto a Sarmiento y Agote, en Atacama, trabajaron Antonino Aberastain, secretario de la intendencia copiapina; Carlos Tejedor, abogado; Domingo de Oro, comerciante; y otros a quienes Sarmiento alude varias veces en diversos tomos de sus *Obras*. Durante mucho tiempo, después de 1840, el comercio de Copiapó, antes casi exclusivamente atendido por españoles, lo fué también por argentinos. De entre éstos, algunos permanecieron en Chile hasta después de 1860, como Agote, y otros quedaron en aquel país hasta su muerte, como Telésforo Andrada, riojano, que explotó las minas de Puquios y los Condes, estudió metalurgia en los Estados Unidos, y publicó en periódicos de Copiapó, Valparaíso y Santiago, numerosos artículos sobre minería y progresos industriales de Chile. Como el riojano Andrada, otros argentinos asimiláronse a la vida chilena, y son allí más recordados que en su patria de origen. Citaré algunos nombres:

Telésforo Cavero, músico, virtuoso, profesor de su arte; Fernando Guzmán, mendocino, llamado el «Juan Bach de América», porque sus hijos Francisco y Eustaquio fueron también compositores; Ignacio Álvarez, mendocino, violinista y pianista, compositor influído por la escuela alemana, autor de unas *Serenatas* y colaborador de *El Semanario musical*, primer periódico del género en Chile; Procesa Sarmiento, pintora, hermana del autor del *Facundo*, discípula de Monvoisin, profesora de su arte en Chile; Gregorio Torres, mendocino, educado en la Escuela de Bellas Artes de la Universidad de Santiago, pintor, autor de cuadros históricos: *El Tigre de los Llanos*, *La despedida de Rivadavia*, *Facundo Quiroga*, *El gobernador Sarmiento*; y finalmente, el porteño Juan C. Casacuberta, insigne actor dramático, que murió en las

tablas de un teatro santiaguino, y que ha sido glorificado por numerosas crónicas y elogios póstumos de Sarmiento.

No es menos simpática la lista de los educadores argentinos que trabajaron en Chile: Francisco Álvarez, nacido el año 1790 en Mendoza, fraile dominico, autor de un texto de *Filosofía y Teología*; Pedro Díaz, cordobés, latinista que llegó a profesar su enseñanza en las aulas de San Felipe; José Dolores Bustos, sanjuanino, que pasó a Chile en 1840, graduóse de preceptor en la Escuela Normal (1842), publicó unas *Lecciones de Aritmética*, tradujo el *Curso normal de institutores primarios* del Barón de Gerando, y fué visitador de las escuelas públicas; Francisco Villarino, porteño, «autor de varias obras», según Figueroa, redactor de *El Mercurio* de Valparaíso, fundador en esta ciudad de un acreditado colegio y tronco de una familia que se dedicó a la enseñanza: Manuel Zapata, fundador de una escuela que llevó su nombre, donde se educó la más granada juventud de Chile y el Perú, iniciador, además, de progresos pedagógicos, justamente mencionados por Lastarria en sus *Recuerdos literarios* (1); Procesa y Bienvenida Sarmiento, hermanas del prócer, fundadora de un colegio que fué célebre, pintora la una y premiada la otra por su labor didáctica, que duró doce años; Dámasa, Manuela y María Josefa Cabezón, que empezaron su carrera en Buenos Aires (1820) y la continuaron en Valparaíso (1832), La Paz (1845), La Serena (1848), Coquimbo (1850); José Antonio Ortiz, compañero de Sarmiento en la dirección del Liceo (1843) y director también, con el presbítero Salustiano Nevares, de otro colegio en Santiago.

Así podríamos prolongar la lista hasta llegar a otros argentinos que no han alcanzado renombre público en su patria, tales Pedro Ortiz Vélez y J. M. Cabezón Peña, médicos, o Ramón Prieto Oro y Gabriel Ocampo, abogados; riojano éste último, que redactó el *Código de comercio* chileno, y en 1840 fué decano de la Facultad de leyes de Santiago. Entre estos argentinos, poetas menores de la proscripción, hay los que se «chilenizaron» por completo (Blanco Escalada, Real de Azúa, Beeche, Piñero) y otros que volvieron al país (Tejedor, Frías, Godoy, Fragueiro, Echagüe) a reunirse con los maestros de la reorganización nacional.

Ventura Blanco Encalada, nació en Buenos Aires el 4 de junio de 1782. Educado en España, sirvió en las campañas antinapoleónicas

(1) Zapata volvió a la Argentina en tiempos de la presidencia Mitre, y fué rector del Colegio Nacional.

(1807-1810), y frecuentó los centros literarios de Madrid y París. Regresó a su patria en 1816, pasó a Chile en 1820, fué ministro del Interior en la administración de Freyre (1827) y de Hacienda en la de Pinto (1828), para no mencionar sino sus cargos políticos más salientes. Aficionado desde su mocedad a las letras y con una seria cultura europea, llegó a ser decano de la Facultad de humanidades. Publicó entre otros opúsculos, *El grito del patriotismo;* tradujo el *Mérope* de Voltaire, colaboró en *La Clave de Chile*, en *El Liberal* y en *El Mercurio*. Como poeta, cultivó la musa festiva. Perteneció a la Sociedad Patriótica. Murió en Santiago el 14 de octubre de 1856. En la *Revista de Santiago*, publicó su biografía Miguel Luis Anumátegui, y en *El Mercurio* de Valparaíso publicó una noticia sobre sus relaciones intelectuales en Europa, su hijo don Manuel Blanco Curtin. Da también noticias suyas, y ha sido mi fuente en este caso, el señor Pedro Pablo Figueroa, en su *Diccionario* ya citado (pág. 44). Incluyo aquí el nombre de Blanco Encalada por haber sido uno de los tres o cuatro decanos que la emigración argentina dió a la Universidad chilena, pero confieso no haber visto ninguna obra de este escritor. El catálogo del Museo Mitre, tan rico en bibliografía chilena, no consigna ningún trabajo suyo.

Gabriel Alejandro Real de Azúa, nació en Buenos Aires (1803) y falleció en Europa en fecha que ignoro. Viajó por ambos mundos; volvió a su país muy joven y pasó a Chile, radicándose en Copiapó. Enriquecido como minero, construyó en Santiago un palacio de mármol, que fué centro de lujo y esparcimiento intelectual. Se lo considera precursor del teatro chileno, porque en 1836 publicó su comedia *Los Aspirantes*, bien juzgada por Andrés Bello en El *Araucano*. Cultivó, como poeta, la poesía doctrinal, género al cual se inclinaba también como prosista, según lo revela esta mención de sus obras, editadas en varios volúmenes: *Poesías diversas* (1 vol., París, 1839), *Fábulas* (1 vol., París, 1839), *Comedias* (1 vol., París, 1840). A esta primera serie de tres volúmenes, cuya edición atendió el filólogo don Vicente Salvá, siguióla una segunda, impresa en Chile, y que es, en parte, reedición de obras anteriores: *Fábulas* (1 vol., Valparaíso, 1854, 2ª edición aumentada) y *Máximas y pensamientos diversos* (1 vol., prosa y verso, Valparaíso, 1856). Figueroa da noticia de este escritor en su *Diccionario*, y versos suyos, de mérito muy relativo, se incluyen en la *América poética* de Gutiérrez y en la *Antología* de Puig. De Real de Azúa dice Menéndez y Pelayo: «argentino, que fué chileno por adopción», «poeta correcto de la escuela de nuestro siglo XVIII, conocido

principalmente por sus fábulas, entre las cuales hay algunas ingeniosas y bien versificadas» (1). Real de Azúa es así, cronológicamente considerado, el segundo fabulista argentino, habiendo Fernández de Agüero sido el primero en nuestro país (2). Esto no quiere decir que sólo ese género poético haya cultivado. Ha dejado varios sonetos, romances y canciones sobre temas eróticos, plausibles — como el resto — sólo dentro de esa convencional retórica del siglo XVIII. Obras suyas habiánse publicado en *El Nacional* de Montevideo, después de 1840, cuando ya cantaban Echeverría y Mármol: por Chile andaban a la sazón Sarmiento y Gutiérrez: Espronceda y Larra por España; pero él se mantuvo fiel a los gustos de su juventud, sin que el romanticismo lo modificara.

Gregorio Beeche, salteño (1801-1875): comisionado de Arenales ante Olañeta (1824): vecino de Chuquisaca, donde fundó su hogar (1830): capitán de guardias nacionales, juez de comercio, síndico procurador y prefecto del litoral de Cobija: viajero por primera vez en Chile el año 1828 y vecino de Valparaíso en 1841, dióse, a partir de entonces, al comercio y a la bibliografía americana. Formó una valiosa colección de 4600 libros, adquirida a su muerte en 50.000 pesos por la Biblioteca Nacional de Chile (incorporada a su fondo con el nombre de *Biblioteca Beeche*), don Benjamín Vicuña Mackena publicó el catálogo de dicha colección formada en 35 años de esfuerzos. Beeche dejó una obra inédita, *Efemérides americanas*, que ignoro si ha sido posteriormente editada. (Véase: Museo Mitre, Catálogo, 13, 7, 5.)

Miguel Piñero, que hacia el año 1840 aparece en Chile, fraterniza con López y Sarmiento, redacta *El Mercurio* en Valparaíso y publica numerosos trabajos que se estimaron entonces: *La marina nacional*, *La política y la prensa en las sociedades americanas*, *Cuestiones ortográficas*, *Venezuela*, *Organización de la enseñanza pública*, *Intervención de Europa en el Río de la Plata*. Piñero fué también educador, y polemista desde *El Progreso* de Santiago y *El Telégrafo* de Concepción, según datos de la ya citada obra de Figueroa. En esta obra se hallarán datos biográficos sobre otros escritores argentinos, cuyos nombres he dado en una nota de este capítulo.

A la par de los anteriores, y más nuestros por su obra, fueron Juan Gualberto Godoy, poeta de quien extensamente he tratado en el último

(1) *Antología de poetas líricos hispanoamericanos*, tomo IV, página LXXXIV. Menéndez y Pelayo no incluye a Real de Azúa en su *Antología*.

(2) Véase: *Los Coloniales* (índice) y la *Antología de poetas argentinos (op. cit.)*.

capítulo de *Los gauchescos*; y Mariano Fragueiro el economista, Carlos Tejedor el jurista, Félix Frías el publicista, y otros emigrados como Echagüe y Villafañe, de quienes trataré especialmente en capítulo especial, porque si dieron mucho de su pensamiento a la cultura chilena, allá vivieron como refugiados políticos, trabajando en la obra común de aquella tierra hospitalaria, pero sin olvidarse de la suya, por cuya redención erraban proscriptos.

Entre los que así se entregaron del todo a la vida chilena y los que sólo trabajaron en la obra serena del estudio, hervían de pasión patriótica los militantes de la prensa, que no cesaban de combatir desde lejos a Rosas y de soñar en el retorno a la tierra nativa.

Su labor de abogado, por ejemplo, no alejó a Alberdi de sus preocupaciones argentinas; y fruto de la pasión con que proseguía su campaña liberal contra Rosas, empezada en Montevideo, son los trabajos de Chile que se intitulan: *Los americanos ligados al extranjero; Acción de la Europa en América; Si y no; La República Argentina treinta y siete años después de la Revolución de Mayo* (1847); *Estudios Políticos* (1851); serie que finaliza gloriosamente con las *Bases*, escritas tambien en Chile.

Análoga preocupación militante enardeció el ánimo de López, de Mitre, de Tejedor, de Frías, de todos los jóvenes emigrados. Es difícil hoy indicar los títulos de su predicación liberal, por haberse tratado casi siempre de obra anónima o dispersa, no recogida siempre en compilaciones como las de Alberdi y Sarmiento. Este último fué, sobre todos, el más intrépido y fecundo en la diatriba contra el tirano, y baste para el caso recordar lo que significan en su época el *Facundo*, los *Viajes*, *Argirópolis*, y las mil páginas menores de sus *Obras completas*.

Como se ve, si « la escuela cuyana » fué gloriosa por el nombre de sus figuras principales – Sarmiento, Mitre, López, Alberdi, Gutiérrez, jóvenes entonces, — no lo fué menos por el prestigio que les daba el nombre de su patria, allí representada por sobrevivientes de las campañas libertadoras: Las Heras, Rodríguez Peña, Lamadrid. Fué gloriosa también por el ideal que los arrojó de su patria, y por el número de sus adeptos, y por la extensión de su influencia, y por el género de sus trabajos, y por la orientación de sus ideas. Dieron un gran impulso moderno al derecho, las letras, la prensa y la enseñanza chilenas; y adquirieron, en cambio, una experiencia política que habría de servirles cuando volvieran a su patria de origen, para realizar el ensueño de organización, tan dolorosamente perseguido durante esos años de la expatriación liberal.

CAPÍTULO X

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

I. Complejidad del carácter de Sarmiento: su linaje y su psicología. Atavismo indígena, temperamento gauchesco, inteligencia ibérica, ideales europeos. Originalidad genial que de todo ello resulta. Ubicación de Sarmiento en los diversos ciclos de la cultura argentina. Su puesto en la generación de « los proscriptos ». — II. Vida de Sarmiento: su extensión y variedad. Esquema biográfico. Iconografía. La obra escrita de Sarmiento y su carácter autobiográfico. Extensión y variedad de su obra escrita; necesidad de un índice bibliográfico y de una edición de sus « obras selectas ». — III. Las *Obras completas* editadas bajo los auspicios del gobierno argentino. La *Bibliografía de Sarmiento* editada bajo los auspicios de la Universidad de La Plata. — IV. Necesidad de un plan en el estudio de este personaje.

I

Tentado estuve, cuando escribía *Los gauchescos*, de incluir a Sarmiento en aquella serie, aunque desdeñó tanto a los gauchos. Pero su *Facundo* es una descripción de la pampa y de la vida pastora, y tal habría sido la justificación, para hablar de él en el mismo tomo donde he hablado de Mitre por su *Santos Vega*, el payador legendario, y de Echeverría por *La Cautiva*, el poema del desierto argentino.

Sarmiento reapareció nuevamente en el tomo de *Los Coloniales* a los ojos del historiador, mientras reconstruía la tradición española, contra la cual se alzó agresivo en casi todos sus escritos, aunque el autor de *Recuerdos de provincia* ha dejado en esas páginas el rastro de su linaje castizo, la visión de su familia cristiana y de la aldea nativa, donde flotaba aún, cuando él era niño, el aroma de las tradiciones coloniales.

En este volúmen de *Los proscriptos*, ya no es posible prescindir de él, porque él es « el proscripto » por excelencia: pues en tierra extranjera escribió sus mejores libros y fué durante la emigración el más locuaz adversario de la tiranía.

Yo sé que a la fuerza ha de volver bajo mi pluma el nombre de Sarmiento, cuando escriba el tomo de *Los modernos*, porque su libro *Conflictos y armonías de las razas en América* remueve la tradición indígena, que a ratos desdeñó malhumorado, y en su prédica de inmigración y educación, buscaba un arquetipo de nacionalidad que los argentinos no estamos ciertos de haber realizado en medio de nuestro mercantilismo sin bandera.

Hombre asombroso y contradictorio : desdeñaba a los gauchos, y « gaucho » le ha llamado admirativamente su amigo Lastarria que lo conoció en Chile, con todo el pelo de su dehesa ; y « gaucho de las letras » lo ha llamado Menéndez y Pelayo ; y Groussac « montonero de la batalla intelectual », a ése que daba la batalla intelectual para combatir al montonero ; y lo es todavía más, porque el mismo Sarmiento, en la vejez, reconoció que era la suya la misma estirpe de Facundo.

Desdeñaba también a los españoles, y en su furor llegó hasta alzar bandera de insurgente contra la ortografía tradicional ; y sin embargo nadie tiene, de nuestros escritores, temperamento más bravío de castellano viejo, ni ha puesto en su prosa mayor acierto en el empleo de voces rancias, ni ha dado a la frase periodicidad más espontánea, ni al juego general de la sintaxis un dejo más castizo, como Unamuno y otros críticos peninsulares se han complacido en señalarlo.

Desdeñaba finalmente a los indios, y él lo era, no ya por parecerse en lo físico a muy recios caciques del Arauco, sino porque de indios descendía, según confesión propia. El mismo lo ha dicho, quizá sin advertirlo, en sus escritos, con ese bello arrojo de sinceridad, que fué virtud viril de su carácter y rasgo pintoresco de su estilo.

Cuenta en sus *Recuerdos de provincia* cómo se pobló la región de Cuyo, donde él naciera, por inmigración venida de Chile en el siglo XVI, y cómo entroncó la progenie de los conquistadores en la casta de los indios cuyanos. Entre los capitanes más valientes venía don Juan Eugenio de Mallea, quien había servido veinte años a su majestad, especialmente en Chile, con armas y caballos, a sus expensas. Tocóle a Mallea señorear en los valles de Tulum, Mogna, Jachal y las llanuras de Guanacache, « muy poblada de naturales », según dice una probanza de sus servicios. Sarmiento asegura que descendía de ese capitán, prestando crédito a una tradición de su familia, pero vamos a ver, según el propio testimonio, cómo explicaba su genealogía.

Mallea, dice, « *casado con la hija del cacique de Angaco*, que se llamó doña Teresa de Ascensio, y le trajo en dote muchos pesos de oro y

dióle varios hijos » (1). Y luego agrega : « Las familias españolas, venidas posteriormente a establecerse en San Juan, se vengaron del hijodalgo Mallea en los hijos de la reina de Angaco. ¡ Decíanles mulatos ! y yo los he alcanzado luchando todavía contra esa calumnia que se trasmitió de padres a hijos. Mi madre, que no sabe que don Juan Eugenio

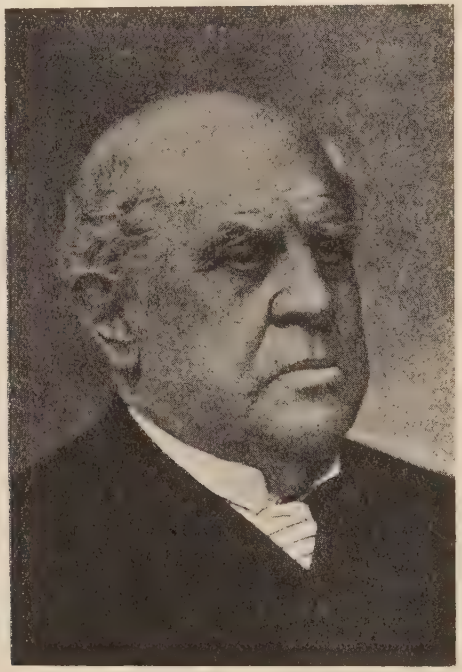


Fig. 30. — Sarmiento

de Mallea servía a sus expensas, con sus propias armas y caballos, me cuenta que don Luciano Mallea, a quien decía mi tio Luciano Mallea, era muy conocedor en genealogías, y sostenía que *eran ellos mestizos de pura y noble sangre* » (2). Y por si nos quedara alguna duda, confiesa que los descendientes del alférez real entraron también en su familia por casamiento de doña Ángela Salcedo con don Domingo Soriano

(1) *Recuerdos de provincia*, capítulo intitulado « Juan Eugenio de Mallea ».

(2) *Recuerdos de provincia*, capítulo intitulado « Los hijos de Mallea ».

Sarmiento. Sin duda por todo ello, el gran sanjuanino, después de enorgullecerse por el antepasado español, se enorgullece de sus otros antepasados cuando dice : « Los huarpes tenían ciudades. Consérvanse sus ruinas en los valles de la cordillera. Cerca de Calingasta, en una llanura espaciosa, subsisten más de quinientas casas de forma circular, con atrios diseminados hacia el oriente... » Y cuando pinta las costumbres rurales de su provincia, sus cacerías y rastreos, finaliza con profunda intuición sobre la fuerza asimiladora de la tierra : « Los blancos se vuelven huarpes. » Y como ha de lanzar su reto a los federales de Rosas, dice aún : « Es ya grande título para la consideración pública, saber tirar las bolas, llevar chiripá, o rastrear una mula ! »

Traigo al recuerdo esos trozos de su obra, porque ello nos explica la compleja personalidad de Sarmiento, presentándole como un arquetipo de su raza mestiza, evolucionada hacia una meta de alta civilización. Desdeñó la bola, el chiripá y el gaucho, pero describiendo el ambiente de la vida gauchesca realizó su libro más duradero, porque la sentía dentro de sí, según lo confesó en los últimos días de su fecunda existencia, y porque en la literatura del Plata, esa influencia de la tierra llegó tan poderosa a las ciudades, que atrajo a sus vírgenes castalias hasta a los mismos que, en política, aspiraban a suplantar la rudimentaria vida indígena por una civilización más elevada.

II

Difícil es, con un hombre como Sarmiento, que ofrece tan íntima complejidad de espíritu, y que ha vivido casi ochenta años entre aventuras y trabajos enormes, contar su biografía en un capítulo. Guillermo Guerra la ha contado en un libro. Las proporciones del presente volumen me autorizan a resumirla en un párrafo.

Antes de ahora tuve una vez que trazar en breves líneas la vida de Sarmiento, y entonces me reduje a decir : « Nació en la ciudad de San Juan el 15 de febrero de 1811, al año siguiente de la revolución argentina, cuyas agitaciones impresionaron su primera infancia. Fué hijo de José Clemente Sarmiento y de doña Paula Albarracín, ambos sanjuaninos, y de antiguas familias coloniales de Cuyo. En sus *Recuerdos de provincia*, Sarmiento ha pintado el ambiente doméstico de su infancia, su casa, su pueblo, su familia, su educación, y trazado una reticente silueta de su padre, y una muy conmovida de su madre, que influyó

poderosamente en su imaginación y su carácter. Los azares de nuestras guerras civiles lo lanzaron a la acción, y fué montonero unitario, conspirador de la Asociación de Mayo, periodista de oposición, emigrado, adversario periodístico de Rosas; y, después de Caseros, diputado, senador, ministro, gobernador, presidente, general. Pero su verdadera grandeza no reside en ello, sino en la fiereza indomable de su carácter, en la abundancia de su sensibilidad, en el poder de su inteligencia, en la sugestión de su obra escrita, todo lo cual ha hecho que, con motivo de su centenario (1911), los argentinos le proclamáramos por un genio. Desde 1840 hasta 1852 residió en Chile, primero como desterrado de Benavides, tirano de San Juan, después como adversario de Rosas, tirano de Buenos Aires. Asistió con Urquiza a la batalla de Caseros, y fué más tarde, con Mitre, adversario de la política del caudillo entrerriano. Después de ser ministro argentino en Wáshington, desempeñó la presidencia de la república (1868-1874). Como director de enseñanza, ministro, legislador, periodista, fomentó casi todos nuestros progresos morales y materiales, desde 1853 hasta su muerte, ocurrida el 11 de septiembre de 1888, en la Asunción del Paraguay, a donde había ido en busca de alivio para su vejez ya fatigada. La fecha de su muerte es efeméride que se rememora todos los años en las escuelas nacionales (1).»

Tal resumen cronológico, se puede dividir en cuatro jornadas biográficas: la primera de 1811 a 1839, que abarca su vida provinciana, la génesis del personaje, su hogar, su pueblo, su aprendizaje azaroso; la segunda, de 1839 a 1852, su destierro, sus viajes, sus estudios, sus principales libros, su vocación intelectual; la tercera de 1852 a 1874, sus polémicas por la organización argentina, su acción de estadista, su madurez como jefe cívico; la cuarta y última, de 1874 a 1888, su vejez, su gloria, su muerte.

Dada la egolatría de Sarmiento, su actuación cívica y los temas de su propaganda, que se confunden en su pasión apostólica, puédese decir que sus libros son su mejor biografía, o que, al menos, con los numerosos fragmentos autobiográficos de su obra, se lograría formar una pintoresca autobiografía. Comenzaríase para ello por *Recuerdos de provincia*, donde describe su origen, su hogar, su educación y los comien-

(1) La biografía más extensa de Sarmiento es la publicada en 1901 por J. Guillermo Guerra, en Santiago de Chile. Una sinopsis de la misma fué hecha por A. B. S. y repartida en Buenos Aires por la comisión nacional del primer centenario de Sarmiento. También data de entonces el libro *Sarmiento*, de que es autor don Leopoldo Lugones.

zos de su carrera pública. Pasaríase después a la época de su emigración en Chile, con el opúsculo *Mi defensa* y los artículos de sus polémicas sobre romanticismo, teatro y reforma de las costumbres (t. I y II), período evocado posteriormente en sus *Recuerdos de la vida literaria*, escritos en la vejez.

Paréntesis fecundo en sus diez años de residencia chilena, fueron sus andanzas por Europa, África y los Estados Unidos, descritas en su libro *Viajes*, donde anotó con profusión de detalles íntimos, sus aventuras y reflexiones. Fruto sazonado de aquella peregrinación de estudioso, es su tratado sobre *Educación popular*. En los tomos I, II, IV, VI, X y XIII de sus *Obras* abundan las páginas de interés sobre su actuación en la cultura del país que lo hospedaba, a los cuales sirve de núcleo su libro *Educación común* (t. VII), y otras páginas de prédica sobre nuestras guerras civiles bajo la tiranía de Rosas, a los cuales sirve de núcleo el *Facundo*, o más bien dicho *Civilización y barbarie* (t. VII). En 1852 vino a ponerse a las órdenes de Urquiza, a quien acompañó desde Entre Ríos a Buenos Aires, aunque riñó con él después de Caseros; y el relato personalísimo de su actuación en el derrocamiento de Rosas, hállase minuciosamente contado en la *Campaña del Ejército Grande* (t. XIV). Sus sueños de reconstrucción nacional los escribió en *Argirópolis* (t. XIII); sus pasiones de entonces por el prestigio personal, las confesó cuando su tremenda polémica con Alberdi, en *Las ciento y una* (t. XV); sus inquietudes en la segregación de Buenos Aires, han quedado documentadas en los tomos que se titulan: *Provinciano en Buenos Aires, porteño en las provincias* (t. XVI), *La unión nacional* (t. XVII), *Discursos parlamentarios* (t. XVIII y XIX), *Organización del estado de Buenos Aires* (t. XXIV), *Política del estado de Buenos Aires* (XXV), *El camino del Lacio* (t. XXVI). Como por entonces constituyóse el país, y él intervino en la empresa, siendo legislador o publicista, produjo entonces las páginas que forman sus tres tomos de *Práctica constitucional* (t. XXXI, XXXII, XXXIII). Pasó más tarde a los Estados Unidos a desempeñar nuestra representación diplomática, y consecuente con su doctrina de educación y con su admiración por la grandeza yanqui, envió sus informes amenizados de notas personales, y con dichos artículos su editor ha formado los tomos que se titulan *Ideas pedagógicas* (t. XXVIII), *Ambas Américas* (t. XXIX), *Las escuelas, base de la prosperidad y de la república en los Estados Unidos* (t. XXX). De Wáshington vino Sarmiento a Buenos Aires en 1868 para hacerse cargo de la presidencia, y a tal período corresponden los *Papeles del presidente* (t. L y LI), formados especialmente con el episto-

lario y la documentación oficial. Su actuación en la época final de su vida, cuando aún intervenía como autor o contemplador en los progresos argentinos que siguieron a la constitución definitiva del país, se refleja en *Condiciones del extranjero en América* (t. XXXVI), *Las doctrinas revolucionarias* (t. XXXIX), *Los desfallecimientos y los desvíos* (t. XL), *Progresos generales*, *Vistas económicas* (t. XLI), *Costumbres*, *Progresos* (t. XLII), *Informes sobre educación* (t. XLIV), *Educar al soberano* (t. XLVII), *Escuela ultrapampeana* (t. XLVIII), donde vuelven muchos de sus viejos temas o de sus recuerdos personales, sobre asuntos de educación, política, civilización y gobierno. La confidencia de los hombres que él admiró o amó, queda en su *Vida de Dominguito* (t. XLV), hijo adoptivo de Sarmiento; y en las biografías extensas de *Antonino Aberastain* (t. XLV), *Francisco J. Muñiz* (t. XLIII), *Horacio Maun* (t. XLIII), *Abraham Lincoln* (t. XXVII), *Dalmacio Vélez Sarsfield* (t. XXVII), y otras menores, dispersas en los tomos III, VII y XLV de sus *Obras*. Sus postreras meditaciones civiles sobre el éxito de la democracia en el Nuevo Mundo, hállanse en su informe ensayo sociológico *Conflictos y armonías de las razas en América* (t. XXXVII y XXXVIII); y sus postreras confidencias, en el tomo de *Memorias* (t. XLIX) y en los tomos XLVI y LII. Quien recorra los cincuenta y dos volúmenes de sus obras en el orden que los dejo mencionados, ateniéndose por lo menos a sus índices, descubrirá una imagen de Sarmiento y hallará su vida contada por él mismo, como él desearía que sus biógrafos póstumos la hubiesen contado. Su verba narrativa, su gusto por el género biográfico, su franqueza infantil y su egocentrismo a ratos paranoico, hacen de su obra literaria una de las confesiones más impregnadas de sabor humano, y si no se ha hecho célebre como tal, es por la dispersión y abundancia de los materiales.

Si tal es el valor autobiográfico de la obra sarmientesca, según la ordenación cronológica que dejo mencionada, no es menor su valor histórico, según la estrecha relación con los problemas de la civilización argentina. Entre ambas faces, que llamaré « externas », se hace difícil definir al pensador y al escritor, concretando su doctrina y su estilo bajo tan desordenada variedad y tan espontánea abundancia. Para facilitar esa tarea crítica, publiqué en 1911 el voluminoso libro *Bibliografía de Sarmiento*, del cual paso a ocuparme (1).

(1) Dicha *Bibliografía* se halla dividida en 52 capítulos correspondientes, por su orden, a cada uno de los tomos de la edición oficial de Sarmiento. El índice de los tomos por su título va al final del volumen. En dicho índice ha sido salvado el error que,

Es del propio Sarmiento aquella máxima de gran varón que dice: Las cosas, hay que hacerlas; aunque sea mal, pero hacerlas.

Llevóla como desafiante divisa de su vida, y todo él movido por el aliento de hacedor optimismo que el duro lema transpiraba, halló en la misma fatalidad creadora del arranque, excusa necesaria para los múltiples errores de que abundaron su jornada cruenta y su obra presurosa.

Ese libro, nacido de sus libros, necesitaba, en la primera página, rememorar la varonil sentencia, para excusar sus propias imperfecciones por las virtudes mismas de la labor fructificada en obra. Necesitábamos rememorarla, mas no para los manes de aquel héroe, que harto supo la dicha y el dolor del trabajo, sino para esa hueste siempre renovada que a él mismo en vida lo angustió, censores de la crítica negativa, que sólo aciertan a amenguar en la obra ajena el esfuerzo que no acertaron a poner en la propia.

III

Una bibliografía de Sarmiento era menester, por la vastedad y desorden que son la característica de su obra escrita, y que convierten aquellos cincuenta y dos volúmenes de la edición oficial, en imponente

en la página 91 del volumen, ha titulado *Educación común* al tomo XI, cuyo verdadero título es *Educación popular*.

Se ha adoptado en la composición tres tipos diferentes: la egipcia para la indicación de los acápites; la itálica para los subtítulos pertenecientes a un mismo capítulo o acápite general, y la redonda para las explicaciones del texto.

Dado el desorden de la obra de Sarmiento y el criterio un poco empírico con que han sido reunidos sus materiales por el editor, era imposible dar a la composición de los tomos una simetría constante. Se ha adoptado, pues, el criterio de considerar piezas independientes a las que fueron escritas con tal criterio por Sarmiento, o a las que han sido así consideradas por el editor. Los artículos de periódico se consideran generalmente como piezas aparte, y el nombre va con letra negra, como el de los libros o secciones de libros; y dentro de éstos, el de los capítulos va en letra itálica.

La premura del tiempo y la necesidad de alcanzar con la publicación las fiestas oficiales del centenario de Sarmiento, impidieron confrontar algunos datos, o suplir una que otra omisión de página en que hubieron incurrido los autores: estas últimas son tan pocas, o tan insignificantes, que al lector le será fácil guiarse por las paginaciones inmediatas, posterior y anterior. En cuanto a las otras, esperamos que, en gracia al gran trabajo que ese libro representa, cada lector querrá colaborar en él, salvando los errores que en él encontrare.

En la explicación concerniente a cada pieza, se ha indicado, cuando era posible, su procedencia y su fecha. A veces dicha explicación falta, pero es porque el título in-

archivo de día en día menos frecuentado por la juventud. El *Índice* general que la completa, del señor Belín Sarmiento, llenaba en parte esa necesidad. Guía alfabética de nombres — propios en su mayoría — facilita el manejo de la obra: pero, dado su laconismo y su plan, es insuficiente como indicación de materias. No abarca tampoco las opiniones ni las circunstancias en que fueron emitidas, cosa que hace de mi *Bibliografía* un trabajo diverso y en todo caso complementario de aquél. Complementario, digo, tanto porque realmente lo es, cuanto porque quiero señalar con esa palabra, cómo esa *Bibliografía* satisface una necesidad, pero no contradice o niega, sino que continúa, en solidaridad de patria y de cultura, la jornada del laborioso editor que, al revelarnos la obra de su ilustre abuelo, abría el camino de estos estudios y resucitaba el numen cuyo secreto fué una providencial armonía entre el instinto territorial de la patria y el ideal humano de la civilización.

Tiene ese libro, entre sus méritos, el de haber sido realizado por estudiantes cuya nómina encontrará el lector en página pertinente. Ofren-

dica suficientemente la materia de que se trata. Cuando la explicación ha sido dada, quizás a veces el lector no esté de acuerdo con el criterio o la forma del lacónico resumen. Pero esperamos que el lector será benévolo, por ser estudiantes sus autores, y porque son arduas siempre la precisión y el laconismo, en tan breves líneas, mucho más tratándose de Sarmiento que, sobre todo en los artículos de diario, rara vez se concreta a un solo tema, y es con frecuencia desordenado.

El retrato que acompaña dicho volumen es reproducción de una fotografía perteneciente a mi biblioteca, por tradición de familia. Como libro que ha de ser remitido a las Bibliotecas y Universidades del extranjero, convenía completarlo con la imagen del héroe, que entre nosotros es popular. La iconografía de Sarmiento es tan variada como su obra o su vida, y en ello fincaba la dificultad de la elección. Sarmiento en Chile usó la barba en U de los unitarios y aún no había encalvecido del todo : es entonces el autor del *Facundo* y los *Recuerdos,* pero apenas si se parece al tipo definitivo. En la guerra contra Rosas usó el bigote y la patilla unidos como un barbijo de su propio kepi. En la época de la gobernación de San Juan, la calva es ya completa, pero usa entonces un poblado mentón. La rasura total con que volvió de los Estados Unidos, y las arrugas de la madurez, acentuaron y terminaron el tipo. A partir de esa época debíamos buscar la imagen que reprodujéramos, y prefirió el prologuista y director de ese trabajo, excluir los que le presentan de militar, porque Sarmiento fué un combatiente, pero no un guerrero ; y excluir asimismo aquellos en que la adiposidad senil y las excesivas canas, recuerdan al buen viejo familiar y gruñón, con detrimento del luchador abnegado, encendido en el fuego del espíritu. Son estas razones las que han hecho preferir la copia que en la *Bibliografía* dimos, poco divulgada, donde se ve un Sarmiento que ha recorrido ya todos los honores y todas las fatigas. Después tomó el aspecto de la figura 3o, o sea la fotografía que aquí reproducimos.

da tan genuina de la escuela, que Sarmiento preconizara y amara: empresa útil y argentina, como toda la vida del varón prodigioso: y concreción del pensamiento que nos dejó disperso en la obra enorme que ese libro pretende esclarecer: pocos tributos se le habrán rendido más dignos de su gloria que aquel trabajo necesario y modesto, por lo que él representa de iniciativa espontánea, de esfuerzo desinteresado, de solidaridad patriótica, de disciplina escolar y de gratitud humana, cosecha de esa siembra de idealidad que fué larga proeza de su vida.

Yo podría, sin duda, reclamar la parte que pudiera corresponder al profesor, en la iniciativa de la idea, el plan de la obra, la dirección del trabajo y la coordinación final de los parciales apuntes, por mí reunidos en el copioso manuscrito que remití al impresor. Quizá un poco de mi espíritu se haya también incorporado a la obra en el esfuerzo ajeno, pues, en repetidas conferencias previas, procuré comunicar a los alumnos colaboradores mi admiración por la obra de Sarmiento, y esclarecer, según el alto significado de aquélla, la importancia del propósito que iban a realizar. Mas, en presencia de la obra concluída, pláceme recordar que pesquisas, lecturas, resúmenes y redacción les pertenecen, a fin de que este elogio de la obra por ellos realizada, parezca en mí justicia y no vanidad. El recuerdo de mi intervención tiende sólo a fijar el carácter de homenaje universitario que el libro tiene, al definirlo como contribución que mis alumnos de letras han realizado en favor de la gloria del héroe y de la cultura del país.

Vitalizar en la obra de Sarmiento el fenómeno incomparable de su genio, esclarecerlo, popularizarlo, es prolongar en esas páginas la vida del espíritu que las alentó, y reabrir ante las generaciones que no oyeron al maestro formidable, el libro de sus inspiradas enseñanzas (1).

(1) Tal fué el propósito que me guiara, cuando al inaugurarse en la Universidad los cursos de 1910, expuse a nuestro presidente, el doctor Joaquín V. González, y a nuestro decano, el doctor Rodolfo Rivarola, mi proyecto de que los alumnos inscriptos en la cátedra de letras, compusiesen dicha *Bibliografía*. Debía su labor consumarse como experimento de seminario, fuera de reglamentos y programas, para garantizar en ella la espontaneidad, que ya traía desde su iniciativa, y el desinterés, que era como la flor de su propósito. Ambas autoridades aceptaron sin limitación alguna mi proyecto: y por la liberalidad inteligente de su franquicia, y por el fruto logrado, verá el lector cómo se practican en aquella combatida casa, las funciones democráticas y racionales de la moderna vida universitaria.

IV

Los que han frecuentado, como alumnos o como maestros, nuestros institutos de enseñanza, saben con qué linaje de tropiezos debía chocar una tentativa de este género, nueva en nuestro país. El individualismo anárquico del carácter argentino, pasa por nuestros colegios, que suelen ser meras casas de enciclopedia, sin educarse en disciplina alguna que lo conduzca hacia la solidaridad de la ciencia, de la patria, de la civilización. A la obra de alma que en Inglaterra o Alemania realizan la familia y el internado escolar, aquí la substituímos por la coacción externa del examen o por el aliciente del diploma final, patente, a veces, de notorias y lucrativas simulaciones. Puede inferirse de ahí que mi proyecto de Bibliografía no llevaba, por sí mismo, ningún estímulo de esa índole, pues tratábase de un trabajo impuesto fuera de los reglamentos y planes de estudio, sin utilidad inmediata ni individual, puesto que no sería materia de examen para el estudiante, ni de granjería para el futuro profesional. A todo ello agregábase, en este caso particular, la circunstancia de que, aun amándose y respetándose mucho en nuestro país la gloria de Sarmiento, su obra escrita es generalmente ignorada, incluso por nuestras clases universitarias. En efecto, una encuesta por mí practicada entre aquellos mismos estudiantes, me reveló, como otra practicada en el curso de 1909, que sobre un término de cien alumnos, entre los que figuraban maestros ya diplomados y próximos doctores, no montaban a cinco los que conocían el *Facundo*; otros tantos habían leído, de éste y de los *Recuerdos de provincia*, tan sólo fragmentos como «El Rastreador» y «La Casa Paterna», divulgados por antologías o periódicos; y el resto, en su totalidad, ignoraba los demás trabajos, hasta el extremo de confesarme algunos, que oían de mis labios, por la primera vez, el nombre de *Argirópolis*. Y conste que entiendo no formular con esto una censura, sino comprobar un hecho. No puede imputarse a los estudiantes lo que es defecto de nuestro sistema pedagógico, que otras veces he censurado ante la Universidad y ante el Ministerio. Si se dedica la escuela primaria a leer el *Cuore* de D'Amicis, y la secundaria, a aprender la nomenclatura de todos los autores que han florecido en el mundo, desde Homero hasta Hugo, es lógico que se llegue a la Universidad en tales condiciones, sobre los escritores del país. La prueba de que el mal radica en el sistema, presén-

tanla estos mismos estudiantes de la encuesta, que al comenzar el curso de 1910 ignoraban del todo a Sarmiento, y que al concluirlo habían dado cima a esa Bibliografía en que procuran hacerlo conocer mejor del país, que lo ignora tanto como ellos mismos lo ignoraban cuando emprendieron su tarea.

En tales condiciones, mi primer esfuerzo debió ser, en las diversas conferencias previas a que antes aludí, presentarles un resumen de la labor de Sarmiento, y despertar, por ella, en las fuentes siempre generosas de la juventud, sentimientos de admiración humana, de gratitud cívica y de curiosidad intelectual, resortes morales en que me proponía apoyar el entusiasmo y el interés de tal esfuerzo. Librados a su propia inteligencia; pero siendo aquél un trabajo de colaboración, la espontaneidad hubiera degenerado en desorden. Debía, pues, crear, mediante una laboriosa sugestión de ideas, cierta armonía de método y exposición, entre espíritus desemejantes por su capacidad y cultura. Proponíame, en una palabra, conducirlos, por disciplina intelectual, hacia la unidad y arquitectura de la obra en la cual cada uno labraría su piedra; pero cuidando a la vez de que cuanto fuese método en la inteligencia no malograse la fuerza ya suscitada, que era espontaneidad juvenil en los sentimientos.

No fué difícil despertar en los jóvenes aquel entusiasmo, por la simpatía que el genio suscita, y por el esfuerzo congénere de una vida entregada heroica y generosamente al bien de la patria.

Conseguir la deseada disciplina para el trabajo, hubiera sido fácil también, a haber dispuesto de un libro análogo, que nos sirviese de modelo. Pero es de esto, precisamente, de lo que nosotros carecíamos.

El libro de Howard Collins, resumen de la filosofía de Spencer, no podía serlo, pues se diferencia del que yo proyectaba, por todos sus caracteres: es obra individual, a pesar de que el autor agradece en el prólogo la colaboración de la señorita Patter y del señor Henry Tedder, «por sus consejos durante la preparación de su libro»: es la labor de un hombre que conoce y ama la obra de su maestro, pues desde hace muchos años, era él quien preparaba, con gratitud del filósofo, los índices analíticos de sus libros; es trabajo realizado en vida de Spencer, quien, después de haberlo revisado, lo autorizó en el prefacio que acompaña sus ediciones; constituye, en fin, el resumen metódico de una obra vasta pero sistemática, como lo es la filosofía evolucionista, de tal modo que su explicación sintética de los fenómenos naturales,

en cuya ley quedan incluídas la sociedad y la conciencia, ha sido resumida, por el mismo Spencer, en diez y seis apotegmas cíclicos.

Otro libro pudo tentarme como modelo : el *Victor Hugo* que los alumnos de segundo año de letras de la *École normale supérieure*, de París, compusieron, durante el curso de 1900-1901, de acuerdo con el plan y la dirección de su catedrático, M. Ferdinand Brunetière. Pero las analogías de aquel libro con el nuestro, son meramente circunstanciales. Espontánea colaboración de estudiantes, bajo las inspiraciones del profesor que lo prologa, resume la obra de un espíritu representativo en la historia de las letras francesas, como tributo de la juventud en su primer centenario ; pero aquélla es una «biografía crítica», resultado del curso anual y de las lecciones de clase. Nosotros no podíamos, por razones que atañen a nuestro sistema, dictar un curso sobre Sarmiento, ni los alumnos se hallaban preparados para el trabajo de crítica y redacción que puede ser practicado en una escuela superior francesa, después de varios años de humanidades clásicas, en cursos de sólida correlación.

No un resumen de ideas, ni una crítica de sus obras, sino una *Bibliografía*, era lo que yo deseaba realizar, pues considerábala tarea previa a todo estudio documentado y completo sobre el espíritu de Sarmiento ; bibliografía de tal carácter que, siendo índice de sus obras, fuese la descripción de su pensamiento y de su vida. Tal tipo de libro surgía de los caracteres mismos de tan compleja y extraña personalidad (1).

(1) Sería necesario hacer una segunda edición abreviada de los escritos de Sarmiento. La de 52 volúmenes, más los papeles todavía inéditos, deben quedar como documentación. La nueva edición consistiría en lo que restara de la otra, después de haberla separado de todo lo que en ella es broza y redundancia, o sea unas cuatro quintas partes de su total. Semejante cosa se advierte con sólo hojear nuestra *Bibliografía*. En una edición selecta, popular, literaria, no podrían figurar su *Vida de Muñiz*, ni sus traducciones de textos escolares, ni el trabajo de acarreo docente, que es en su mayoría la colección de *Ambas Américas*. Lo que Sarmiento dejó es como el protoplasma de su espíritu, que sigue en germinación, y que sólo ha de tomar su forma definitiva, literaria y doctrinal, a través de nuestro espíritu. Así, la nueva colección podría constar de sólo 10 tomos pequeños en 8°, de 400 páginas cada uno, e impresos en condiciones económicas. Dichos tomos deben ser : I, *Facundo*. II, *Recuerdos de provincia*. III, *Argirópolis*. IV, *Conflictos y armonías*. V, *Viajes*. VI, *Doctrina pedagógica*. VII, *Doctrina constitucional*. VIII, *Discursos*. IX, *Polémica y Epistolario*. X, *Páginas literarias*. Los tres primeros tomos irían completados con trabajos fragmentarios afines : el I con biografías, el II con memorias, el III con propaganda sobre inmigración y ciudadanía. El IV tendría que formarse de selecciones mejor planeadas que el libro original. El VI y VII, los más delicados, quizá requieran el conocimiento completo de todo Sarmiento, y los indicamos como temas de seminario, para fijar y organizar la doctrina de Sarmiento sobre educación y gobierno

Persuadido a ello, me decidí a afrontar sin modelo alguno la tarea, como el propio Sarmiento lo hubiera hecho. Así ha nacido ese libro que es índice, biografía y bibliografía del Maestro, porque su vida está toda contada en su obra: libro que tiene, en parangón honroso, las mismas omisiones y presuras de aquella gran existencia, pero que ofrece en cambio de sus fallas, la visión panorámica del espíritu enorme, cuyo fruto póstumo es: perspectiva nueva sobre aquella obra hasta hoy no contemplada en la visión sintética que los grandes acontecimientos humanos adquieren a la luz de la posteridad. Pues la *Bibliografía de Sarmiento* es un resumen de la obra total, tan breve, que puede ser recorrida en un día, y tan completa que no falta la mención de uno solo de sus escritos. Menciónase todos los temas de su labor, con alusión a la época y las circunstancias de cada uno. Es la osatura del cuerpo descarnado, puesto que ha perdido la envoltura del estilo: pero nos da el esquema de todo lo que Sarmiento realizó y pensó en su larga vida pública de escritor y de ciudadano.

Yo habría deseado que para cada tema se transcribiese la frase saliente, compresiva o genial; el rasgo, como quien dice, «fisonómico» del asunto o del autor; pero esto requería un delicado trabajo de crítica, que no todos los estudiantes estaban en condiciones de practicar, como se verá por el deficiente laconismo de algunos tomos; y no disponíamos tampoco del tiempo necesario para realizarlo en común. Tal cosa, además, está ya implícita en el pintoresco *Sarmiento anecdótico* reunido por el nieto del prócer. Entretanto, esa *Bibliografía*, tal como es, sirve para conducirnos hacia el conocimiento de la obra auténtica; para renovarla en el espíritu de los que ya la conociesen; para facilitar el manejo de la edición oficial y las pesquisas que dentro de ella se practicare; para reconstituir, en fin, el gran fenómeno que fué Sarmiento, en toda su integridad.

Nacido Sarmiento en 1811, un año después de la revolución emancipadora, vivió hasta después de 1880, año en que el proceso político

democrático, a nuestros catedráticos de derecho constitucional y de legislación escolar. Aún habría otro plan, que consistiría en sumar a los tomos de sus pocos libros (*Facundo*, *Recuerdos*, *Argirópolis*, etc.), la selección del resto por sus géneros (*biografías*, *discursos*, *cartas*, *crítica teatral*, *bibliografía*, etc.). Creo posible también llegar a una abreviación mayor, resumiendo el enorme conjunto en dos tomos, uno titulado *Autobiografía*, (*narraciones*, *descripciones*, etc.), y otro *Ideario* (con sistematización de sus doctrinas por las páginas fragmentarias que las contienen). Intentaré hacer esto último en mi seminario de la Facultad de Filosofía y letras de Buenos Aires.

de la evolución constitucional llega a su término. Desde su rincón provinciano, sale a correr la tierra, y llega a la presidencia después de haber viajado por ambos mundos. Su genio civil lo substrae a las letras puras, aunque su talento es de escritor, y se hace maestro, periodista y tribuno, es decir : escritor militante. Emigrado durante la época de Rosas, miró hasta lo hondo nuestro problema nacional, y, durante el siglo XIX, vió el proceso trágico de nuestra democracia desenvolverse paralelamente a su vida, reflejándose, él y su país, en las páginas su obra literaria.

CAPÍTULO XI

EL ESPÍRITU DE SARMIENTO

I. Necesidad y dificultad de ver en su conjunto la obra de Sarmiento. Extensión, variedad y movimiento de su vida mental. Errores de método y de información con que hasta ahora se lo ha juzgado. ¿ Sarmiento es un genio ? Definición del espíritu de Sarmiento. — II. La pasión, el tema y la acción en la obra sarmientesca. Sarmiento y el idioma castellano. Sarmiento y el ideal argentino. Es el creador de un molde : es un *genio pragmático*. — III. Sarmiento se empequeñece si se lo analiza ; se agiganta si se lo sintetiza. No tiene erudición metódica, ni doctrina sistemática, ni forma artística. Su diferencia con los genios europeos. Su unidad vital : es un militante de la palabra escrita. Su obra titánica en favor de la civilización. La leyenda de Sarmiento.

I

La síntesis de Sarmiento era difícil, por la extensión ya señalada de la obra y de la vida, y por su desconcertante variedad exterior. La edición oficial, que en sus cincuenta y dos volúmenes contiene todos los elementos del secular acarreo, es demasiado numerosa para darnos esa visión concreta y panorámica. Por más que nos alejáramos buscando una perspectiva favorable, gran parte de ella — tan extensa es — quedaba fuera del campo visual. Si, por el contrario, nos acercábamos, con afán excesivo, el espectáculo volcánico, que constituye en su conjunto, corría el riesgo de empequeñecerse hasta ser simple detalle trivial : cuando no injusticia, error, obscuridad, desorden, o erudición improvisada y ligera. Restaba el procedimiento de considerarlas por sus grandes trozos - los libros fundamentales y más notorios, — pero esto es un modo de fragmentarle y perder zonas de vida, de originalidad, de pasión, que integran el extraordinario conjunto. Por otra parte, para esa misma selección necesitábase la compulsa y crítica previa de la obra to-

tal, desde que selecciónase por comparación. Sobre el *Facundo* y los *Recuerdos*, hubiera sido fácil entenderse, acaso por el prestigio de la opinión consagrada. Pero ¿quién habla de sus trabajos sobre *Educación*, en Chile? ¿Quién de la prosa tan serena y nada «sarmientesca» de *Argirópolis*? ¿Quién de ese caos de los *Conflictos y armonías*, desordenados elementos de la obra que deseó construir? ¿Quién de las páginas, a veces magistrales, de sus *Viajes* y los escritos menores?

De ser este hombre un filósofo, hubiera sido fácil sintetizarle, por el sistema de sus ideas, como a Spencer en su obra cíclica. De ser un artista, hubiera sido fácil sintetizarle también, como a Hugo en la suya poemática. Pero es Sarmiento, no artista ni filósofo, sino publicista tutelar de un país pletórico, semibárbaro y nuevo. Su obra es periodística, militante, apostólica: y tiene la variedad externa y el desorden de los hechos que ella misma comenta o ilumina, en largo medio siglo de aguerrida actuación, aún extendido más, hacia el pasado por su memoria de historiador, y hacia el futuro por su visión de profeta. Sóbrale fuerza a este numen, como a las tierras volcánicas donde ha brotado; pero fáltale disciplina, como a los pueblos por cuya organización tanto combate. La fuerza de acción que le sobra, impídele ser un ideólogo; la disciplina de expresión que le falta, impídele ser un escritor artista. Su inteligencia es empírica, y va renovándose al azar de los hechos que la inspiran; su actividad es pragmática, y va renovándose al azar de los hechos que la apasionan. Las imágenes no se asocian en él para servir a una construcción ideal, como en la obra especulativa del filósofo; las palabras no se asocian en él para servir a una construcción estética, como en la obra desinteresada del poeta. Por eso la genialidad de Sarmiento carece de unidad exterior: porque residiendo más en su voluntad y en su sensibilidad, que en su inteligencia, tiene de aquellas formas de la vida, la variedad y la inquietud; y carece de las normas intelectuales que son proporción lógica en el sistema interno de las ideas, o proporción armónica en el sistema externo de las palabras.

Así constituído, y animado por la pasión de patria que le mueve, cede a las voces de su destino o a las reacciones de su medio, hasta hacer de su vida una constante definición de movimiento. Va por la tierra, desde los Andes donde nace, hasta el África donde ve al hombre tiranizado por la tierra, y los Estados Unidos donde ve la tierra domada por el hombre; va por el espíritu, desde la anagnosia de los silabarios que inventa, hasta la ciencia de las hipótesis que crea; va por la sociedad, desde la dura condición del minero, hasta la austera gloria

del gobernante: va por la historia, desde la barbarie del desierto argentino, hasta la civilización del porvenir con que sueña. Su obra refleja esa movilidad extraordinaria, pero la variedad externa que ésta determina es sólo el procedimiento y la proyección de su genio sobre la realidad, mas no su genio mismo. De ahí que no esté presente la totalidad de su grandeza en una dada de sus funciones o sus obras. El *Facundo*, por ejemplo, viénele estrecho, tanto como el *Quijote* excede a su autor. De ahí que no debamos, tampoco, persistir en el inveterado error de considerar a Sarmiento exterior o fragmentariamente, como lo hacían sus contemporáneos, que no podían percibirlo sino por instantes o parcialidades sucesivas.

Fig. 31. — Sarmiento, cuando escribió el *Facundo* en Chile

La repetición del viejo error, habíalo consagrado por una verdad. Como cuando él vivía, seguíamos hablando de un Sarmiento militar, de un Sarmiento pedagogo, de un Sarmiento estadista, de un Sarmiento con adjetivos, y lo que es peor, con adjetivos oficiales. No habíamos concluído de «desencarnarle», quizá por falta de información y de crítica, o de perspectiva histórica y de hondas afinidades emocionales. Seguíamos haciendo de esa gloria una simple continuación de aquella vida, mientras la gloria de los héroes debe ser una transfiguración. No habíamos advertido que es en sus aspectos parciales donde Sarmiento resulta inferior, incompleto, vulgar, y hasta absurdo y pueril no pocas veces. No habíamos reparado, tampoco, en que tratándose de un genio, la posteridad, que es una síntesis, como la muerte su condición, debió reconstituirle la unidad genial que la vida dispersara, y hacer que la percibiéramos como deben verse las almas desencarnadas, cuando vuelven a la eternidad de donde vinieron.

No para resumir la obra estupenda, ni para reconstituir por ella la vida de su autor, sino para buscar en una y otra la unidad de la fuerza que las moviera, ha sido compuesta la *Bibliografía* que edité en 1911, y ha sido puesto aquí este capítulo, que forma parte de su prólogo.

Es necesario ver al genio en la totalidad de su carrera para poderlo reconocer: de ahí que sus contemporáneos suelen negarlo: pues, como antes dije, sólo pueden percibirlo por parcialidades sucesivas, de tiem-

po, de espíritu, de lugar. Estas impresiones parciales son a veces tan incompletas, tan contradictorias en él, que no se deja ni siquiera sospechar. Así Sarmiento, que suscitó en sus contemporáneos el odio, la mofa y el desdén. Acaso de entre aquéllos, fuera de Mitre, Alberdi, y Vélez Sársfield, que poseían talento y dón histórico, ninguno adivinó tanta grandeza, a pesar de las accidentales polémicas que a veces los separaron. En cambio, la estulticia, la debilidad o el egoísmo lesionados, se sublevaron al paso de aquel hombre, que ofendía con su entusiasmo, con su petulancia, con su talento, y hasta con aquella su pasión de justicia, que, como toda pasión, le impedía ser justo. Él mismo, en una de sus más briosas polémicas, la de 1883 con los clericales, ha reunido las opiniones de su tiempo, en un párrafo transpirante de cólera, de ingenuidad y de orgullo : « Cómo ha de ser — había escrito en su contra el doctor Pizarro — usted no puede saberlo todo ; y *cualquiera que lo conozca a usted* se convencerá fácilmente de que de lo que usted ignora se puede hacer, no diré un libro, *sino libros*, muchos *libros*, como para repletar con ellos de bibliotecas populares a la república entera. » A lo cual Sarmiento contestó, en uno de sus raptos de hermoso combatiente : « Razón tenía en este cálculo el doctor Dídimo, si se atiende a que la biblioteca del *British Museum* contiene un millón y cien mil libros cuyo contenido ignora el señor Sarmiento ; pero puesto que el doctor Pizarro apela al testimonio de los que conocen al señor Sarmiento, daremos aquí el de todos sus amigos, y es que desde que lo conocen lo han encontrado siempre leyendo, o escribiendo ; que no pasea, ni visita, ni asiste a teatros, ni banquetes, ni juega para divertirse ; que hace medio siglo lee en francés, inglés, italiano, castellano, etc. — todo lo que puede leer un estudioso ; que sus bibliotecas contienen cuatro grandes estantes de libros ingleses y cuatro enormes de franceses, etc. Concédenle sus émulos talento (para negarle instrucción) y gran memoria para ocultar bajo esa palabra, que recuerda todo lo que ha leído, oído y escrito en sesenta años. En Estados Unidos, sería citado con orgullo como un *self made man*. En Alemania, un tal hombre sería tenido por un sabio, como Lincoln, Franklin, Garfield, y mil más. Aquí es un charlatán, y en Córdoba es reputado un animal »...

He ahí, en esas pocas líneas, todo el espíritu de Sarmiento, más el contraste del medio y de la vida real. Mezcla a la voz bronca de su prosopopeya druídica, los ecos regocijados de una jactancia pueril. Herido en su vanidad y puesto en duda su saber, la certera ofensa ha conmovido todas las fuerzas de su alma, dictando la en él siempre fácil confe-

sión. De confesiones análogas está florida su prosa, pero ésa tiene perfección de dechado : muestra una austeridad de cuáquero, esta descripción de sus costumbres ; una vanidad de bachiller, este recuento de su biblioteca ; una inquietud de perseguido, esta alusión a sus detractores ; una fisiología de prodigio, esta mención de sus facultades. No falta ni la frase políglota que le placía ostentar, y es, además, una frase que define su vida de forzado ; ni la abigarrada lista de nombres célebres, que gustaba asociar a su nombre, abreviada esta vez por un desvarío numérico : ni el giro resonante de orgullo auténtico : « En Alemania, *un tal hombre*... ; desde el cual se despeña en la ramplonería de una expresión casi plebeya : « y en Córdoba es reputado un animal ». Pero ese trozo tiene, además, el valor del contraste con la opinión ambiente que refleja, y sobre la cual Sarmiento no se engañaba. Tales juicios se han modificado en la posteridad, para conciliarse con los que ese hombre extraño tenía, como todos los hombres superiores, sobre su propio valer. Si alguna vez tal lo pensara, Córdoba, tantas veces agredida por él, habrá depuesto su apasionada malquerencia, como él mismo depusiera la suya, cuando la vió que entraba por las vías de la cultura moderna. Para Buenos Aires ha dejado de ser el viejo loco y charlatán que así regocijaba este humor porteño tan ocasionado al desdén o a la risa ; y el país entero tiénele con justicia por un austero *self made man*, como el más esforzado de los arquetipos yanquis. La crítica pondera su prodigiosa memoria ; la fisiología su poderoso organismo : la historia le reconoce « instrucción », sin negarle talento ; y si está lejos de reputarle por un sabio a la manera alemana, como su inocente vanidad lo pretendía, confiérele, en cambio de los libros que no leyera y de las aulas que no frecuentó, el genio con que, por sí solo, creaba la verdad o la descubría. No cuenta su posteridad, que lo sepamos, con otra disidencia que la del señor Groussac, quien, a fuer de excelente bibliotecario, nos dice que era « la mitad de un genio » : sin duda porque piensa que la otra mitad se constituye de erudición metódica, de lo cual, como es notorio, Sarmiento carecía. A pesar de ello, la opinión pública y la crítica han coincidido en decir que Sarmiento es un genio, y hasta se ha descrito su genialidad, aunque sin acertar a definirla.

Difícilmente se define al genio ; pero se le reconoce. No acertamos a definirle, ni aun como fenómeno abstracto ; y aunque le definamos, queda siempre la posibilidad ilimitada de la disidencia o el error, cuando se trata de aceptar alguno de los raros casos concretos que la huma-

nidad presenta. Le han definido algunos como una larga paciencia; otros, como una selecta locura. Éstos y aquéllos se han extraviado, pues tomaban por caracteres esenciales, meros accidentes. Sin duda, el genio tiene, de la paciencia la perseverancia, porque es una fuerza fatal; de la neurosis la sensibilidad exaltada, porque es una forma intensa de la vida. Quizá fuera mejor decir que el genio es una enorme pasión: la pasión de las victorias materiales en Bonaparte, la pasión de las victorias espirituales en Goethe. Esto es todavía describirlo, pero es dar una descripción más completa: señala el carácter de universalidad que el genio tiene dentro del alma, pues no es sólo una exaltación de la inteligencia: se extiende a toda la sensibilidad, a toda la voluntad, a toda la personalidad. Es esto último lo que solemos reconocer de común en la grandeza de los genios más desemejantes: la pasión heroica que elevaba sus vidas hasta una capacidad superior, a lo cual corresponde, necesariamente, la madera de un organismo recio, capaz de combustionarse en tan titánico fuego.

Pero antes de continuar, esclarezcamos el valor de otros términos que suelen confundirse, y que deben entrar en nuestra definición: la inteligencia, que es el poder de asimilación; el talento, que es el poder de creación. Apóyase aquélla, como función espiritual, más en la sensibilidad y la memoria: apóyase ésta, más en la fantasía y la voluntad. Pero la una no presupone la otra, como capacidades equivalentes. Talentos hay que tienen una zurda comprensión de las cosas.

Réstanos, por fin, otra cuestión preliminar, y es que el talento puede ser múltiple o específico: específico lo es cuando presenta una sola forma de creación, como en Paul Verlaine, o Chopin; múltiple, cuando varias, como en Benvenuto Cellini o Dante Gabriel Rosetti.

Y bien: el genio no es un grado nuevo de aquellas fuerzas intelectuales, aunque las necesita para obrar. Es otra cosa: es un estado del alma que invade toda la personalidad: es una pasión heroica, que tiene del amor, de la santidad, de la locura; pasión que adueñase de cualesquiera de esos tipos superiores, y lo arroja entre los hombres o sobre los hombres; pasión que toma al revelarse la forma del temperamento en que se encarna, pero que eleva al sér electo de su angustiosa dicha, hasta las cimas de su propia luz; pasión disciplinada, recóndita, cálida y viva de calor interno como las fraguas y los hornos, o expansiva, dramática, ardiente y viva, de calor flameante como las antorchas y las teas; pasión que enciende en su divino fuego, la inteligencia de su tipo hasta el hallazgo en apariencia ilógico porque es repentino, y le torna

en su conducta positivo o quimérico ; pasión que enciende su voluntad, y le hace, a vueltas, ser audaz o prudente, según que vea en su camino, alumbrado por esa luz de altura, venturas o peligros que los otros no ven ; pasión que enciende su memoria hasta las minucias del detalle diario y las lejanías de la infancia obscura, y que hallando estrecho su propio pasado, éntrale de espaldas en la historia para investirle de su responsabilidad, y que adentrándole más todavía en los tiempos, despiértale como reminiscencias de transmigración, para hacerle amar los árboles, las bestias y las rocas, con un inmenso amor panteísta : pasión que enciende su sensibilidad, y tórnale ubicuo, vagabundo, curioso, excesivo en sus afectos y sus odios, neurótico en sus sensaciones, injusto a fuerza de justicia, cruel a fuerza de amor, pues en marcha anhelosa hacia la quimera que persigue, no ve los corazones que lastima, ni oye su llanto ; pasión que enciende su talento, cualesquiera sea, hasta darle la fuerza de creación que renueva la sociedad, la ciencia, el arte, y que al presentarle así imprevisto, anacrónico, original, pone en su vida, que podría adaptarse pero que no quiere ni debe hacerlo, la sombra trágica de la lucha con el momento y con el medio, que es dolor en su vida, y dicha acidulada allá en la negra entraña de su pobre grande alma, que *sabe* de su destino y de su gloria...

He dicho que el genio es una pasión ; pero éste es sólo un medio provisorio de definirlo. Ignoramos la naturaleza de las cosas, y debemos nombrarlas por sus analogías ; y a lo que más se parece el genio, es a una pasión. Tiene los mismos caracteres de aquélla : la exaltación, la sublimidad, el dolor, el imperio, la persistencia, y un destino fatal del cual es solo agente el sujeto que la sobrelleva. Pero ignoramos su esencia, como la de todas las fuerzas elementales. No podemos decir que la electricidad sea la luz, el calor o el movimiento, por los cuales se nos revela. Otros seres y fuerzas del universo, también revélanse por ellos, y a veces en condiciones particulares superiores. Así, la genialidad de Sarmiento no consiste en haber sido general, presidente, legislador, educacionista, escritor, bien que lo fuera en condiciones sobresalientes. Hombres hay en nuestro país y en nuestro tiempo, que le aventajan en cada uno de estos aspectos profesionales. ¿Consistirá entonces en la multiplicidad de « aptitudes intelectuales » que le permitió ser tantas cosas a la vez? No, tampoco. Para ello hubiérale bastado el talento, y la insuficiencia colonial del medio en que floreció. Además, volvemos por aquí a una cuestión ya aludida en otro parágrafo : la dificultad de reconstituirle por sus facetas « exteriores », y cómo, aun resuelta esa di-

ficultad de reconstitución de su vida o de sus obras, no nos daría el concepto sintético que necesitamos sobre su tipo y sobre su genio. Y, luego, tal reconstrucción sería falsa, puesto que necesitaríamos inmovilizarle en una quietud estatuaria. Quien se movería en tal caso no sería aquel héroe, que fué todo historia y movimiento, sino el espectador, que circularía en torno suyo para considerarlo como a una sedentaria curiosidad de museo : y aunque el arte verbal podría, como en la quietud de la escultura — así el Laocoonte o el Discóbolo, — darnos una ilusión de movimiento, correríase el riesgo de renovar, por medio de la palabra, la aventura ruidosa de M. Rodin, como todos los historiadores de Sarmiento, que lo ven por lapsos cronológicos o por facetas biográficas. Tenía demasiado prestigio la opinión banal que admiraba en Sarmiento al hombre múltiple. La coincidencia de autorizados escritores, y la de cuantos han escrito sobre este héroe, muestra la persistencia y la fuerza de aquel error, que no es, según lo he señalado, sino la manera de ver de sus contemporáneos, simplemente trasmutada, de diatriba en glorificación, después de su muerte. Y lo recuerdo, no por un vano espíritu de crítica, sino para confesar que aquel análisis me ha conducido a esta síntesis ; y que al rectificar aquella falsa visión, vamos a ponernos, acaso, en el camino de esta verdad :

El genio de Sarmiento consiste en haber sido predestinadamente, porfiadamente, inquebrantablemente, y con una desbordante riqueza de sensibilidad, de inteligencia, de voluntad, que superan la media humana, la conciencia viva, personificada y agorera de su Patria, en todas las direcciones posibles del tiempo, del espacio y del espíritu.

II

Concretada en el párrafo precedente la síntesis que anuncié, réstame ahora la tarea de comprobarla, por los mismos elementos que la han revelado a mi comprensión. Dichos elementos están contenidos en los cincuenta y dos volúmenes de sus obras, y catalogados, por consiguiente, en la citada *Bibliografía*, cuya utilidad vuelve a probarse con esta sola mención. Trátase, pues, de una síntesis fundada en hechos reales y documentados. Es, como quien dice, la confesión del propio actor.

Tiénese, ante todo, que Sarmiento es, incoerciblemente, un tipo verbal. Vive, estudia, viaja, para contarnos cuanto su minuciosa sensibili-

dad recoge del ambiente, y cuanto guarda su memoria tenaz. De ahí la sencillez narrativa que es el tono habitual de su oración, y su tendencia a las formas copretéritas del verbo. De los dos medios de lenguaje, prefiere el escrito. Sabe que sus palabras deben quedar. Se siente, además, fisiológicamente organizado para ello. Es escritor nato, y tiene, como cimiento de esa fuerza, la conciencia y el orgullo de la posteridad literaria. Perora, a veces, pero sólo por necesidad, en función oficial o parlamentaria, y sabe que el taquígrafo registra para su patria cuanto él dice : « Pido a los taquígrafos que hagan constar esta hilaridad en el acta. Quiero que las generaciones venideras aprecien mi inquebrantable confianza en el progreso de mi país. Y al mismo tiempo (señalando a sus colegas) con qué clase de hombres he tenido que lidiar ! » Era en la legislatura del estado de Buenos Aires, en 1859 ; tratábase de una garantía de ferrocarriles, y la Cámara se había reído de sus previsiones optimistas... que han resultado proféticas.

Cuando habla en público, lee : mas no por aticismo retórico como Avellaneda. Sus discursos escritos son desordenados, vehementes, espontáneos como una conversación ; improvisaciones escritas : así el famoso de la bandera, cuya falta de proporción y elegancia externas es evidente. Sabe, acaso, que la oratoria es volandera, tornadiza, inconsistente, como la muchedumbre que la aclama y como la popularidad que ella concede. Todo lo escribe, hasta sus conversaciones y sus sueños, so pretexto de narrarlos a sus amigos. Los cincuenta y dos volúmenes de sus obras están formados de discursos, lecturas, conferencias, informes, decretos, leyes, cartas, telegramas, artículos, anécdotas, y algunos pocos libros. Así se explica, por tan incoercible manía, y no sólo por la longevidad y el periodismo, producción tan extensa.

Señalemos ahora, dentro de esa misma aptitud verbal, una característica que la determina en favor de nuestra hipótesis : escribe, pero lo hace siempre, ¡ siempre ! con un propósito civil. La palabra es para él un medio ; no un fin. Por eso concilia en uno solo, al hombre de acción que lleva consigo y al escritor que se complace en ser. Es que obra por medio de la palabra. Militar, ha hecho la campaña del Ejército Grande, con Urquiza, pero como redactor de boletines, con una imprentita a cuestas, a la vanguardia de aquella tropa formada casi toda por gauchos descalzos. Ésta fué su primera campaña importante ; la segunda, la realizó con mejor éxito, pero por medio de telegramas. Puede afirmarse que necesitaba de la pluma hasta en las acciones de guerra ; pero ya veremos que, como escritor, resultaba más bien un

guerrero, vale decir, un hombre militante. Él mismo nos lo había anunciado en 1848, cuando Rosas lo acusara como conspirador ante el gobierno de Chile, donde se hallaba refugiado : « ... la conspiración *por la palabra*, por la prensa, por el estudio de las necesidades de nuestro pueblo ; la conspiración por el ejemplo y la persuasión ; la conspiración por los principios y las ideas difundidas por la prensa y por la enseñanza ; esta nueva clase de conspiración, será, excelentísimo señor, de mi parte eterna, constante, infatigable, de todos los instantes, mientras una gota de sangre bulla en mis venas, mientras un sentimiento moral viva en mi conciencia, mientras la libertad de pensar y de emitir el pensamiento, exista en algún ángulo de la tierra » ... Y nótese que habla en vísperas de Caseros, cuando la obra, puede decirse, estaba en sus comienzos : el documento vale, como autodefinición de temperamento, como profesión de fe, como anuncio de destino. El hombre *sabe*, cual todos los tipos providenciales, cómo va a ser su vida. Ese párrafo nos anuncia que su destino de « conspirador » va a realizarse por medio de *la palabra escrita* ; y el rasgo es genial, por la fe, por el anuncio, por la verdad que más tarde lo ratificará. Escribe, pues, pero su prosa es civil. Propónese educar, civilizar, libertar, afirmar su personalidad, forjar su patria. De ahí que no compone, como Alberdi, cuentos, dramas o novelas, a pesar de su aparente aptitud para este último género. Produce, en cambio, historia, política, pedagogía : formas escritas de la acción. Un sumario de toda su obra, que el lector puede confrontar en nuestra *Bibliografía*, me permite afirmar que casi todos los tomos de la colección son artículos, discursos y documentos, es decir actos. Agréguese a esto sus numerosas *biografías* — género didáctico por excelencia, — escritas para ejemplarizar, según la propia confesión del autor. Réstanos ahora la calificación de sus libros : el *Facundo*, panfleto político contra Rosas ; *Recuerdos de provincia*, continuación de *Mi defensa*, escritos ambos en Chile para defenderse de calumnias y rumores que desdoraban la vida y origen del emigrado ; la *Educación popular*, bases para la enseñanza democrática que iba a fundar contra la barbarie, matriz de la propaganda dispersa que durante cuarenta años la siguió ; *Argirópolis*, bases para la organización económica de los pueblos del Plata, matriz, a su turno, de la otra propaganda paralela por el progreso material ; y por fin los *Conflictos y armonías de las razas en América*, exposición del problema de la raza en el nuevo mundo, pues alcanzó a entreverlo en sus últimos años, cuando, pasadas las guerras civiles y comenzado el cosmopolitismo industrial, la demo-

cracia argentina buscó, sin encontrarlo, al pueblo de su soberanía nominal. Pruébase, pues, mi aserción de que escribe siempre con un propósito civil: de que obra por medio de la palabra.

Ratifican todo ello, dos rasgos de esa carrera pública: su vocación por el periodismo y por la enseñanza; y dos rasgos de su vida intelectual: la reforma de la ortografía y su ineptitud para el verso.

Reforma la ortografía porque no le interesa la belleza gráfica de la palabra escrita, que todo artista refinado siente, ni respeta el abolengo etimológico; quiere sólo simplificar el instrumento democrático y humano de que va a servirse para su obra civil; quiere que todos sepan leer, y leerle. Desdeña asimismo el verso, porque no se siente creador de la belleza sensual y aristocrática, que es el vocablo del poema, sino de la belleza moral y democrática que son la verdad, la libertad, la patria, la justicia, la civilización. Así, la gran pasión que lo exaltara no halló en su inteligencia ningún obstáculo, y al derramarse sobre la vida, por el moderno cauce, americano y republicano, de la prensa y la escuela, generó esa obra suya que es toda periodística por su forma y didáctica por su fondo.

Veamos ahora a qué asunto destina toda esa prosa civil, apasionada, abundante. Ponga el lector los ojos en las páginas de su *Bibliografía*, y verá que los 52 volúmenes se reducen a un solo tema: *Él y la Patria, ligados por un ideal de cultura.*

Estamos, pues, en presencia de la pasión, que constituye al genio, y del objeto exclusivo de esa pasión.

La primera involuntaria coincidencia de su genio y su patria, debió producirse en la lengua misma, pues aquel tipo de verbal antes descrito, usa como instrumento de su expresión el castellano. Combate a España por su fanatismo, su quietismo, su absolutismo — accidentes políticos, y por lo tanto modificables, — pero ama nuestra raza en nuestra lengua, y tiene el dón hereditario de la más rancia casticidad. Escribe contra los españoles, pero se precia de su sangre española. Autoritario, intransigente, arbitrario, desordenado, individualista, violento, palpita todavía la riñonada celtíbera, en la secular entraña de su carácter (1). Descendiente de viejas familias coloniales, y nacido en San

(1) Cuando estuve en Salamanca, refirióme Unamuno que acostumbrada leer a un amigo ciego, que se lo pedía, pasajes de Sarmiento. Leíale cierta vez alguna de sus denostaciones contra España, cuando el ciego le interrumpió: «¿Por qué será, don Miguel, que cuando los forasteros hablan mal de España, nos ofendemos; y cuando este hombre lo hace, no nos ofende?» A lo cual Unamuno y yo convinimos en esta respuesta: Porque habla mal de España como un español.

Juan, una de las provincias argentinas donde más puro se conservara el castellano, y pasado en la edad viril a Chile, donde su tradicionalismo oligárquico lo mantenía puro también, nada pudieron contra semejante levadura de raza, sus lecturas políglotas, ni sus viajes ulteriores por el extranjero. Pocos escritores americanos dan una impresión de casticismo espontáneo tan completo como Sarmiento, a pesar de sus luchas contra el purismo. Claro que está más cerca de Cervantes, quien se abrevaba en fuentes populares; que de Quevedo, nutrido a los pechos del clasicismo. Pero de quienes está resueltamente lejos, es de los dos extremos del dómine gramatical y del modernista pedante. Su casticismo no es de vocabulario, aunque muy pocos neologismos inventa. Americanismos, usa, naturalmente — ¡cómo no había de usarlos! Barbarismos, no los introdujo en su prosa, sino en los últimos tiempos de abigarrado periodismo y de abandono senil. Su período fué puro, henchido, sereno, como la sangre que pulsa en la arteria, y nada más falso que esa impresión de desorden transmitida por quienes en la redacción del *Censor* o del *Sud-América*, aliñaban sus originales. No es eso, sin duda, la prosa melodiosa y reposada con que comienza la *Educación popular;* ni el *Facundo*, ni los *Recuerdos*, ni *Argirópolis*, las obras de la madurez. Allí se ve que su casticismo no es de diccionario y de asimilación: es de sintaxis, es de pensamiento. No va de afuera para adentro; viene de adentro para afuera. No es literario; es fisiológico. ¿Qué importaban, entonces, sus luchas contra el purismo, si reivindicaba la vida y la libertad del idioma, palpitantes en él? ¿Qué importaban sus ataques a la España colonial y monástica, si reivindicaba la vida y la libertad de la república nueva, palpitantes también en su sueño? *Piensa* como un hidalgo viejo de Castilla, aunque *habla* como un héroe de la América republicana. Y cuando la corrupción cosmopolita y la implantación de escuelas extranjeras pusieron en peligro la unidad moral del país que había soñado, y creyó que su obra de medio siglo se iba a malograr, saltó, ya viejo Agamenón, a la arena, y le vieron bravear en las últimas campañas nacionalistas, defendiendo, precisamente, la lengua de sus libros, que era la de su patria constituída. Así condensa Sarmiento, por las raíces eternas del idioma, la milenaria tradición de la raza.

Esta primera coincidencia de Sarmiento y su patria en el idioma, fué pasiva y fatal. Voluntaria y activa, lo fué en su ideal de civilización argentina, constantemente predicado después. Por la vía de aquel sublime amor llegó a las cimas del misticismo, que exaltó hasta el orgu-

llo su propia personalidad, y embelleció hasta el heroísmo la patria con que soñaba (1). Como todos los grandes místicos, tuvo las ideas de su personalidad y su destino, claras hasta el delirio y crueles hasta el tormento. Pero es utilitario y panteísta su misticismo, aunque parezca absurda esta doble calificación. Panteísta lo es porque ama todos los seres de su patria con un hondo amor, y quisiera encarnar en ellos su ideal; utilitario, porque tal empresa tiende a realizar en nuestra tierra la felicidad de los hombres. No busca conducir su pueblo hacia el reino de la justicia; quiere traer el reino de la justicia hacia su pueblo. Anuncia a su patria, en el discurso de la bandera, el destino de ser una nación «elegida». Él sabe que su destino, dentro de su patria, es ser el mensajero de esa anunciación. Y no he de resistir, para probarlo, a la necesidad de transcribir aquellas palabras que pronunció, siendo simple ciudadano, en 1883, al pie de la estatua de Mazzini, ante un auditorio de italianos, que lo forzara a hablar: «La casualidad, o el instinto, me han traído a acompañaros a rendir homenaje al profeta que condujo su pueblo por el camino del Lacio (aplausos). Pero asociándome a vosotros, yo no salgo del terreno de mi país. Soy argentino, y vosotros lo sabéis: *sobre mi nombre pesan grandes responsabilidades* (aplausos). Para mí, esta estatua es el Dios Penate que trajo consigo el troyano Eneas a Roma: la Libertad! (aplausos). No para llevar la nueva Roma a Troya, sino para crear una nación nueva bajo este cielo azul y sobre esta tierra fecunda que se extiende hasta los Andes» (2). Así, su Patria y Él llegan a confundirse en su conciencia bajo una sola luz. Su obra escrita manifiesta ese extraño fenómeno que fué misterio y fuerza de su vida. Por eso su obra es historia por un lado y biografía por el otro. Siéntese a lo largo de toda ella, el constante paralelo que Sarmiento sentía entre su «yo» y su «gente». No hay acto suyo que no haya sido narrado o rememorado en esas páginas, cuando no realizado por el documento mismo que a veces lo constituye. No hay cosa significativa de su país que no haya sido recogida también. En esa cons-

(1) Una de las cosas mas raras que he descubierto en la obra de Sarmiento, es la analogía, interna, invisible, «mística», de la arquitectura espiritual de su obra y de la obra de Santa Teresa. Una demostración de tal aserto sería muy extensa y estaría aquí fuera de lugar. Pero no debe extrañarnos: el patriotismo del uno y el misticismo de la otra, fueron formas del genio y del amor.

(2) Tomo XXXVI (pág. 148). Recomendamos la lectura de este volumen, titulado *Condición de los extranjeros en América*, a los que ignoran hasta dónde llegó el nacionalismo de Sarmiento y su hostilidad al neocolonialismo de la inmigración.

tante confrontación, la idea de sí mismo exáltase hasta la paranoia, más no todo por vanidad o por contraste, sino por necesidad de la lucha renovadora a que lo fuerza el destino, como quien aguza un arma para la agresión. Por eso su jactancia fué agravándose con la vejez: creció con la conciencia del prodigio que había realizado. Y la visión de patria, a su turno, fué ascendiendo y transfigurándose en esa obra, que *es a la vez historia nuestra y biografía de su autor*. Algunos, entre ellos el editor, han dividido esa obra por períodos cronológicos. Pero esto es ver la obra por fuera, como le ven al autor los que lo retacean por sus profesiones. No hay tales trechos en ella, pues siguió una línea continua. La curva de ascensión que comienza antes de 1840 síguese después de 1880. Piensa en Chile, lo mismo que lo desvelaba en Francia, en el África, en los Estados Unidos, en el Paraná, en San Juan, en Buenos Aires segregada, en la Argentina reconstituída. Vista por dentro esa obra, no hace sino seguir nuestra historia nacional, con sus costumbres, sus tipos, sus paisajes, sus guerras, sus héroes, sus instituciones, sus ideales. Cualesquiera de las obras menores mencionada en esta bibliografía, prueba la susodicha aserción, bien que en la formación como geológica de aquella vasta obra, hay núcleos de la sedimentación interior, donde el proceso es evidente. Cuatro son esos núcleos: *Recuerdos de provincia*, el cuadro de la familia y la ciudad coloniales, de donde nació la revolución; *Facundo*, el cuadro del desierto y de la guerra civil, que engendraron el federalismo y la tiranía; *Argirópolis*, el cuadro del país constituído, sobre la base de los intereses comerciales, de los ferrocarriles, de la inmigración, de la enseñanza, que matarían el desorden: *Conflictos y armonías*, el cuadro de la patria amenazada por insuficiencia democrática, y el examen de conciencia hecho por una joven república que se incorpora al proceso de la civilización universal. Todos los demás escritos no son sino fragmentos o detritus de estos cuatro grandes terrenos: el primario, el secundario, el terciario y el cuaternario, de nuestra formación espiritual.

III

¿Quién se atrevería a sostener ahora que la grandeza de Sarmiento fué el dividirse para la función, y no el continuarse para la obra? Poco quedará, con el tiempo, de aquel presidente que se peleaba por carta con los gobernadores de provincia, sus agentes legales, según la Cons-

titución ; que puso a precio, en un proyecto de ley, la cabeza de un ciudadano argentino ; que concluyó su administración en la bancarrota financiera. Poco, también, de aquel militar sin campañas, cuyo generalato, quimérico y sublime, como todas sus cosas, como su doctorado de Michigan, vínole de afuera para satisfacer su ansia de honores, o sus necesidades, o su exigencia de respetabilidad, que le eran menester para su vida y para su obra, más grande que todo eso. Poco restará, igualmente, del escritor desaliñado, fragmentario, incompleto : a no ser una que otra página bella, con lo cual no se iguala, en los siglos y en la competencia de las razas, a los verdaderos artistas, que crearon tipos duraderos o acabados poemas. Pero en cambio quedará, desencarnándose de todo ello, para vivir vida de gloria, la figura de un formidable forjador de patria.

¿Quién será el que refundiendo el noble tipo en este nuevo crisol, reconstituya, embellecidas, la unidad de fuerza que fué conciencia de su genio, y la unidad de acción que hoy es conciencia de su patria?... Yo me comprometería a tal empresa, si la vida, menos ingrata que hoy, me prestara las horas y la paz necesarias para ella. Cántame en el alma la unidad de esa fuerza ; cántame como la oración fúnebre de *Siegfried*, el breve trozo donde Wagner ha resumido todo el sentido heroico de la tetralogía, y evocado, por sus temas, los episodios de aquella vida, aunque sin describirlos ; pues lo que ahora *oigo* es sólo el movimiento interno, simple, continuo, abstracto, eterno, de la conciencia predestinada que la animó. Por modos musicales concibo ahora al bravo apóstol, que determinó su vida por un continuo movimiento, armonioso y creador, como los númenes alfiónicos. Visión que, así concebida, habrá de realizarse por una estética equilibre de las artes todas, tomando al poema la composición verbal : a la arquitectura la proporción del conjunto ; a la escultura el relieve del protagonista ; a la pintura la perspectiva, el paisaje, el color, y, sobre todo, su sentido, ya practicado por el Greco, de idealizar al personaje según sus líneas esenciales, suprimiendo, en el modelo, cuanto fuese trivialidad, superficialidad o fealdad. Obra de arte, o sea de emoción, es la que resta por realizar con aquella vida, cuya cuerda fué la emoción, según él mismo lo confesaba.

Pues la grandeza de Sarmiento no está tampoco en su doctrina, si es que la tuvo. Como no era un ideólogo sedentario, destinado a vivir en una sociedad ya constituída, tampoco se preocupó de tenerla. Nutrióse sobre todo de hechos, y las ideas que cogía al pasar — sin muchos es-

crúpulos, y que dan aspecto tan variado y deleznable a su erudición, — cogíalas para aplicarlas a las necesidades de su país, o sea al sueño de su pasión genial. Dotado de un sentido completo de la realidad, *porque no era loco de su inteligencia sino loco de su sensibilidad*, nunca pensaba, ni proyectaba, ni obraba, sin contar con los hechos. Así, cuando éstos se modificaban, a veces por influjo de sus propias ideas anteriores, cambiaba de posición espiritual y adoptaba otras ideas, sirviendo siempre a su único propósito de constituir una civilización argentina. Como esos cambios obedecían a una norma, no se puede decir que fuera inconstante, voluble, tornadizo. Muy al contrario, la línea de su pasión es tan invariable, que a ella subordinaba todo, hasta sus convicciones. Por eso su genio, más que de inteligencia, con ser ésta grande hasta el talento, era de temperamento, de sensibilidad, de voluntad, de emoción, de carácter. Y para mostrar lo que hay de íntimo inmutable en esos cambios externos, recordaré algunos episodios de su vida.

Hostigado en su país, refúgiase en el extranjero ; pero en el extranjero lucha por regresar a su país. Como el principal inconveniente para su obra es Rosas, ofrece, en cambio de su derrocamiento, la Patagonia a Chile ; pero luego, estadista en su país, defiende la Patagonia contra Chile, porque Rosas ya no existe. Segregada Buenos Aires, quédase con ésta para defender el sentimiento nacional ; pero en las provincias defiende la doctrina de Buenos Aires, y llámase a sí propio « provinciano en Buenos Aires y porteño en las provincias ». En el ejército apaisanado de Urquiza, viste de militar a la europea, para disciplinarlos ; pero entre militares hace gala de espíritu civil, para educarles en la democracia. Soldado, critica los actos malos del gobierno ; periodista, los fulmina ; pero cuando ocupa el poder, se impacienta por la más leve crítica de la prensa y quiere la obediencia ciega del ejército, para consolidar el Estado. Viendo al país desierto y en la incuria, predica la inmigración ; pero apenas la inmigración empieza a corromper la conciencia del país, vuélvese contra ella, tanto que los extranjeros residentes en el país le señalaban, en los últimos tiempos, como su mayor enemigo, y tuvo que recordarles varias veces que « *il vecchio* Sarmiento » — como él dijera — había sido el primero y mayor propulsor de la inmigración. La ignorancia en que ve sumido el país, le hace bendecir toda escuela que se funda ; pero apenas ve que algunas de esas escuelas, aunque combaten el analfabetismo, corrompen el sentimiento nacional, arrójase enfurecido contra ellas. Para consolidar la independencia

y abrir el país a la vida moderna, combate a España y su régimen: pero conseguido su objeto, proclama la unidad de la raza española y establece la solidaridad, fatal como la naturaleza, entre lo que él llamara: «gallegos de allende y de aquende». Extranjerizante contra los españoles, es más tarde español contra los extranjeros. Ataca reciamente al catolicismo, para independizarnos del todo: pero en su obra de educación, desde la escuela normal de Chile hasta la superintendencia que le quitaron los clericales, salva el cristianismo, base moral de la democracia y sedimento del catolicismo colonial, como la lengua, que también defiende.

Este paralelo de aparentes contradicciones, podría continuarse, pero basta como demostración. ¿Cuál es, pues, su *dogma*? Ninguno. Una *pasión* es la que tiene: organizar la República Argentina y hacerla teatro de una civilización cristiana, democrática, moderna. Para servirla, cualquier idea le resulta buena, mientras sea eficaz en un momento dado y «necesaria» a la construcción emprendida. Va, como quien dice, arreglando las cargas en el camino... Es que, él, sentíase la conciencia del país. Territorio, tradición, lengua, cosas, instituciones, todo lo humaniza en él, para hacérnoslo sensible. Es un complicado órgano de relación en la vida moral de la república. Recuerda el pasado, siente el territorio, anuncia el porvenir. Previénenos de todo peligro, y nos aconseja en cada caso el remedio certero. Persistencia, salud, desinterés, todo lo tiene su carácter para semejante labor. Sensibilidad, inteligencia, irradiación, completan su personalidad por el lado del espíritu. Así realizó, en medio del país desorganizado, ignorante y desierto, el tipo de ciudadano argentino dotado de la total conciencia de su historia, su territorio, su civismo y su lengua. Lo que él anticipó en la realidad, por exaltación de su genio, es lo que el nacionalismo ha propuesto crear por la enseñanza, para formar la conciencia argentina. Si viviese, estaría con nosotros, el gran viejo, como esta noche, mientras tal escribo, siento pasar sobre mi cabeza su inmensa sombra.

Sarmiento es, pues, la conciencia de nuestra raza, hecha hombre para revelarnos la memoria de lo que ha sido y la profecía de lo que será. Parece que llevara dentro de sí el pasado, el presente y el porvenir argentinos; da la sensación de nuestra geografía con todas sus posibilidades económicas, de nuestra historia con todas sus posibilidades morales; y todo él derrámase, torrente aborrascado y fecundador, en una obra verbal, escrita, para que fuese duradera, y escrita, como afirmación del destino, en el idioma que ha sido en esta parte del mundo

instrumento de libertad y civilización. Una conciencia es : y tiene de ésta la unidad interna y la variedad exterior de los hechos que la determinan. Pero es la conciencia, no de un hombre, sino de una nación. Sus recuerdos comienzan antes de él, puesto que arrancan de la historia : sus proyectos exceden la propia vida, porque se continúan en las generaciones que han de venir ; sus pensamientos y sus actos son siempre de transcendencia social ; su sensibilidad se extiende, no a todo su cuerpo, sino a todo nuestro territorio. Su genio, que era la pasión de una patria por hacer, consistió en conseguir que se excediese en tan prodigiosa medida : por eso, más que un hombre, semeja una muchedumbre...

Son nuestro territorio y nuestra nacionalidad, un fenómeno nuevo en el mundo, y Sarmiento, que los encarna, concreta una nueva forma del genio, sin precedente conocido en la historia, y seguramente sin posible repetición. Cuando se habla de lo que Sarmiento hubiera sido en Europa, o en otras condiciones americanas, se invade el campo de la más huera conjetura, pues tal cosa implica imaginar cómo sería otro genio, que no Sarmiento. Tan aborigen es ésta su manera genial, que de día en día será más admirada y amada en su país, mientras el espíritu europeo difícilmente llegará a sentirla y comprenderla. Acaso, fuera de nuestra América latina, tal conquista no podrá realizarse, por hoy, sino en los Estados Unidos, en España y en Australia, por razones que huelga enumerar. Pues ya he dicho que no sólo es un genio, según mi definición, sino una nueva forma del genio. No es el artista como Miguel Ángel, o Leonardo de Vinci, o Ricardo Wagner ; no es el creador de tipos imaginarios, como Shakespeare, como Cervantes, como Goethe ; no es el descubridor científico como Colón, como Newton, como Galileo ; no es el hombre de acción guerrera como César, como Cortés, como Napoleón ; no es el constructor de formas verbales como Dante, como Hugo, como Poe ; no es el fundador de religiones como San Pablo, como Lutero, como Mahoma ; no es el contemplador de mundos imaginarios como San Juan, como Santa Teresa, como Swedenborg ; no es un expositor de ideas como Aristóteles, como Descartes, como Spencer ; no es un renovador de la moral, como Confucio, como Sócrates, como Nietzsche. A todos se les parece en intensidad y grandeza : pero de todos se diferencia por el tipo y el género. *Es el creador de un molde.* Es un genio americano : el arquetipo humano de un continente nuevo, con nuevas sociedades e instituciones. No va por las vías especulativas de la cultura europea ; ni por las vías imperialistas de

sus modos de acción. No es un pensador ni un guerrero ; pero tiene del pensador la palabra, y del guerrero la acción. La palabra es su medio y la democracia su fin : la palabra por la prensa, por la tribuna y por la escuela : la democracia por la justicia, por la ciencia y por la fraternidad de todos los hombres en su patria. A través de variadas funciones y de accidentales circunstancias, pasión de patria levantó hasta el genio su poderoso temperamento. Haya sido un enviado providencial, o una mera determinación materialista, Sarmiento es un producto del suelo argentino, venido para una necesidad argentina. Y mientras nuestra patria sea una promesa para todos los hombres del mundo y una esperanza para las justicias venideras, Sarmiento será una gloria de la humanidad, por su ruda y bravía fortaleza, semejante a un Centauro, y por su ideal de luz, maestro del heroísmo, como Quirón piafante y sabio.

Es, sin duda, un signo de elección para la tierra nuestra, que el barro de nuestras pampas haya formado un hombre tan extraordinario, y que en visión de nuestro porvenir se haya encendido su genio. No diré que Sarmiento deba ser un ejemplo, porque tales vidas, ni se imitan ni se igualan. Pero creo que debe ser su genio nuestro patrimonio y su obra nuestra enseñanza. El país debe conocerla y amarla. El Estado debe fomentar cuanto realice la difusión de su espíritu. Él asumió en su sensibilidad, con la piedad de un Cristo, el dolor de los seres argentinos, hombres o cosas ; que éstos ahora le asuman en su conciencia, para que su gloria sea inmortal. Acto de patriotismo es reconstituir aquella vida, para poder volver a verla, para poderla ver constantemente, para saber que ella no ha muerto, para saber que siempre perdudará. De tal propósito nació mi *Bibliografía*, modesto y laborioso libro que nada crea por sí solo, pero que tendía a inaugurar (como lo ha conseguido) nueva perspectiva más sintética sobre aquel genio enorme, y que aspira por el índice que le acompaña, a facilitar el manejo de la abundante substancia espiritual con que el tipo purificado habrá de refundirse. Y nuestra ambición quedaría colmada, si él contribuyese a realizar algunos de estos propósitos. Obra del país entero, de los escritores y del pueblo, habrá de ser esa elaboración póstuma que auguramos. No es cierto que los pueblos modernos sean incapaces de crear nuevas leyendas y nuevos semidioses. Que el alma colectiva transfigure a Sarmiento, como transfiguró a Ruy Díaz de Vivar, a quien la crítica moderna está prestando nueva y más bella vida. No serán falsos el gesto fiero y la bravura cívica del paladín argentino, ni

lo será la Ilíada en prosa que lo cuente. Resume el nuestro la belleza de todos los combatientes homéricos : tiene del bello Aquiles la bélica prestancia y la palabra violenta ; tiene del joven Héctor, la austeridad varonil y la ternura piadosa ; tiene del viejo Priamo, la intrepidez perdurable y el honor inflexible ; tiene del robusto Ayax las anchas espaldas y el brazo sañudo ; tiene del prudente Néstor el consejo oportuno y la charla incoercible ; tiene del duro Agamenón, la voluntad arbitraria y el brutal orgullo ; tiene del fiero Menelao, el grito belibundo y el odio vengativo... Así ha de verlo la posteridad a este Sarmiento homérico, quien, para colmo de su símil, tuvo en la patria, su soñada Helena. Y cuando los que seguimos combatiendo por ella, la veamos como él la soñaba, podremos exclamar, remedando a los graves agoretas, cuando vieron a la otra junto al viejo Priamo, sobre las murallas de Troya :

Justo es que los troyanos y los aqueos de las bellas knémides, sufran tantos dolores, y desde tanto tiempo, por esta bella mujer : bella es, como las diosas inmortales...

CAPÍTULO XII

PRINCIPALES LIBROS DE SARMIENTO

I. El *Facundo* : Valor preeminente de este libro en la bibliografía argentina. Opinión de Sarmiento sobre el *Facundo*. Origen y composición de esta obra : el folletín de *El Progreso* en Chile (1845) ; biografía de *El Chacho* ; «Civilización y barbarie». Ediciones y traducciones. Estructura íntima del libro : elementos biográficos ; elementos políticos y elementos sociológicos que entran en su composición. Necesidad de discernirlos. La historia y la leyenda ; la epopeya y el mito ; la doctrina y la emoción. Valor social y literario de el *Facundo* ante la crítica actual. — II. *Educación popular* : significado de este libro, matriz de la propaganda de Sarmiento como educador. Su aparición en Chile (1849). Su origen : informe oficial de su viaje por Europa y Estados Unidos. Su autor, apóstol de la educación popular en América. — III. *Recuerdos de Provincia*, *Viajes*, *Argirópolis*, *Conflictos y armonías de las razas en América*. Sarmiento escritor.

I

Es el *Facundo* de Sarmiento la obra más famosa en la abundante bibliografía de su autor, y según es notorio, una de las más afortunadas de la bibliografía nacional. Su título ha traspuesto la ambigua esfera de la minoría letrada para bajar al pueblo y a la escuela, mientras penetraba su doctrina en los campos de la controversia y de la acción sociales. Ha ido más lejos aún este libro, trasponiendo el límite de nuestro territorio para interesar a toda la América, y franqueando los aledaños de nuestro idioma para ser vertido, siquiera fragmentariamente, a cuatro lenguas europeas – fortuna esta última raras veces lograda por escritores de la América española.

Este es un libro que ya tiene historia. Si por la propia expansión de su mérito no hubiera logrado un éxito tan general, es bien seguro que lo hubiera conseguido bajo el glorioso auspicio de su autor, por la per-

sistencia, vanidosa primero, orgullosa después, con que Sarmiento lo invocaba como el mayor de sus títulos. Si al volver de la proscripción, cuando Caseros, invocaba a *Facundo* para alistarse entre los jefes de la milicia y entre los estadistas de la organización, todavía siguió invocándolo treinta años después, como una de las fuerzas que derrocaron la tiranía de Rosas y como una de las más vivientes páginas de la literatura americana. En 1881, a propósito de la traducción italiana de este libro, Sarmiento escribía: « No vaya el historiador en busca de la verdad gráfica a herir en las carnes del *Facundo*, que está vivo: ¡ no lo toquéis ! así como así, con todos sus defectos, con todas sus imperfecciones, lo amaron sus contemporáneos, lo agasajaron todas las literaturas extranjeras, desveló a todos los que lo leían por la primera vez, y la Pampa argentina es tan poética hoy en la tierra como las montañas de la Escocia diseñadas por Walter Scott, para solaz de las inteligencias (1). Y luego los ricos no despojen al pobre quitándole la venda de los ojos a los que lo traducen, cuarenta años justos después de haber servido de piedra para arrojarla ante el carro triunfal de un tirano, ¡ y cosa rara ! el tirano cayó abrumado por la opinión del mundo civilizado, formada por ese libro extraño, sin pies ni cabeza, informe, verdadero fragmento de peñasco que se lanzaron a la cabeza los titanes... » (2). Exageraba el autor, sin duda alguna, en ese fragmento, la importancia « cívica » de su obra, atribuyendo a sólo ese libro lo que fué penoso esfuerzo de toda una generación ; pero nadie podrá negar que tal fragmento define, con maravilloso acierto de autocrítica, la verdadera condición « literaria » del glorioso panfleto (3).

(1) El *Facundo* ha sido traducido, total o casi totalmente, al francés, por M. A. Giroud, alférez de la armada francesa ; al alemán por Juan Eduardo Wapœus, profesor de la Universidad de Gotinga ; al inglés por la señora de Horacio Mann, y al italiano por el señor Fontana de Philipps. Cuando Sarmiento fué a París en 1847, llevó este libro como carta de introducción ; y M. de Mazade escribió sobre él una entusiasta reseña en la *Revue des deux mondes*. Sobre este episodio, Sarmiento ha contado pormenores hilarantes en sus *Viajes*. En el tomo XLVI de las *Obras completas* hay un artículo especialmente dedicado al *Facundo* por su autor.

(2) *Obras completas*, tomo XLVI, página 320.

(3) La primera edición del *Facundo* se publicó en 1845 (Chile); la segunda en 1851 ; la tercera en New York, en 1868, corregidas las pruebas por el « hablista » habanero Mantilla ; la cuarta el año 1874, por Hachette, en París — al ascender Sarmiento a la presidencia de la República. — Esta es una de las ediciones más cuidadosas, lo mismo que la de 1896, publicada por Belín Sarmiento en el tomo VII de las *Obras completas*. Yo no he visto la de 1868, pero Belín Sarmiento asegura que nada ha variado en ella

Panfleto fué en sus orígenes el *Facundo:* panfleto periodístico, improvisado, banderizo. Es bien sabido que su primera edición apareció en los folletines de *El Progreso*, en Chile, el año 1845. Había publicado Sarmiento en ese mismo periódico unos *Apuntes biográficos* sobre Aldao, el fraile caudillo, muerto a principios de aquel año en Mendoza. Como el libro gustase a los emigrados argentinos, lo estimularon éstos, y algunos jóvenes camaradas chilenos, a que escribiese una obra de mayor aliento dentro del género: y así le vino la idea de referir la vida de Juan Facundo Quiroga. Confiesa él mismo que improvisó la redacción, y que durante los meses de mayo y junio fué publicando sus entregas *El Progreso*, mientras su autor las escribía. El fondo del relato biográfico lo constituían sus propios recuerdos y el testimonio de la tradición oral, recogida en cartas y conversaciones de los proscriptos más ancianos. Pero no reside en la fuerza y originalidad de este libro, sino en la asociación que hizo de la vida del héroe con el ambiente geográfico y con los problemas urgentes de la organización nacional. El medio físico de la pampa sirvióle a su paleta de escritor para el colorido romancesco de la obra, necesario a la índole del folletín y al gusto romántico de su época; en tanto que las guerras civiles del caudillo, protagonista vigoroso de ese medio salvaje, sirviéronle a su pensamiento de político, para el imprescindible ataque a Rosas, en que no cejaron, hasta después de Caseros, los poetas y publicistas de la proscripción. Origen tan humilde y azaroso explica todas las calidades y defectos del *Facundo;* las fallas de justicia y de verdad que han sido ya denunciadas: los aciertos de intuición social y de belleza literaria que constituyen la esencia vital de este libro. Por estos últimos ha

Fig. 32. — Facundo Quiroga protagonista del libro de Sarmiento

el texto de la anterior, de suerte que las correcciones del «hablista Mantilla» — de quien habló Sarmiento — fueron sólo correcciones de imprenta. La de 1851, lo mismo que la primera, seguían la ortografía reformada que el autor preconizara en Chile por entonces: pero como no persistió en ella al volver a su país, me ha parecido que en este caso debía seguir el texto de las *Obras completas*, que es el de la edición príncipe con la única variante de la ortografía, que Sarmiento aceptó en vida, pues las primeras ediciones siguieron la ortografía chilena de entonces, de la cual Sarmiento fué promotor.

sobrevivido a las circunstancias externas que le dieron origen, trasmutada ya su primitiva y perecedera fuerza « política », en nueva y durable fuerza « espiritual ». Lo que estuvo en el plano de la « historia » ha pasado ya, gracias al genio de su autor, al plano más excelso de la « epopeya ».

Sarmiento no escribió la biografía de Facundo, sino creó su leyenda. Compuso el poema épico de la montonera, esa guerra civil de los gauchos; y si desde 1845 sirvió tal libro como verdad pragmática contra Rosas, y desde 1853, como verdad pragmática contra el desierto, después de 1860 debemos tender a utilizarlo solamente como verdad pragmática en favor de nuestra cultura intelectual, por la emoción profunda de tierra nativa, de tradición popular, de lengua hispanoamericana y de ideal argentino, que ese libro traduce en síntesis admirable. Nadie comprendió mejor que Sarmiento en su vejez, la verdadera limitada condición de su obra; nadie ha discernido mejor que su propio autor, lo que hay en el *Facundo* de personal y de colectivo, de transitorio y de esencial. Sarmiento mismo le ha llamado « el génesis de la Pampa » (1), y él mismo dice que nadie ha caracterizado mejor la fisonomía de su libro que el historiador López cuando lo llamó « historia beduina » (2). « López no se da cuenta del origen de sus impresiones » — agrega. — « Él vió escribir el *Facundo* sin archivo en país extranjero, al tiempo que rendía exámenes de latín escaso en *De Bello Jugurthae* de Salustio: y ya sabemos la indeleble y eterna asociación de las ideas » (3). Y apoyándose en la recóndita y lejana asociación juvenil que cree ver en el juicio del compañero proscripto de otro tiempo, Sarmiento insiste con orgullo: « Es el *Facundo* el Jugurta argentino: el libro sin asunto, porque la guerra contra el caudillo númida, escapando en el Sahara a las pesadas legiones romanas, no marca en la historia: es apenas un episodio sin consecuencia. Lo que Roma vió fué un libro, y lo que los estudiantes y los latinistas ven es la figura de Jugurta el númida con su bornoz blanco, en el negro caballo, haciendo razzias o fantasías, o algaradas, delante de la legiones. Es Salustio, el pintor de África y del desierto » (4). Y en la reticencia de su orgullo, eso quiere decir: « Es Sar-

(1) *Páginas literarias.* (*Obras*, t. XLVI, pág. 322.)

(2) *Páginas literarias.* (*Obras*, t. XLVI, pág. 322.)

(3) Se refiere a la época de 1845, cuando Sarmiento y Vicente Fidel López fraternizaban en Chile como proscriptos argentinos, dados ambos a la prensa y a la enseñanza.

(4) *Páginas literarias.* (*Obras*, t. XLVI, pág. 322.)

miento el pintor de América y de la pampa », o bien : « lo que han de ver en él los argentinos es sólo un libro *pintoresco* » — libro inmortal e imaginero, y no la verdadera historia de un caudillo cuya obra real fué tan efímera, y cuya belleza legendaria sobrevive, precisamente, gracias a esas páginas perdurables.

Hay en el *Facundo* una como estratificación de varios órdenes de ideas, « visibles » en la estructura íntima de este libro. Descubro en él un elemento *biográfico*, formado por lo que Sarmiento atribuye a Quiroga y Rosas ; un elemento *político*, formado por lo que escribe de unitarios y federales ; un elemento *sociológico*, formado por lo que discurre sobre la civilización y la barbarie americanas. Todo eso es transitorio, y el nuevo lector habrá de considerarlo según las circunstancias en que el autor se hallaba en 1845, más las rectificaciones o palinodias que el autor proclamó generosamente después de 1880. Esto es como la « clave » del *Facundo*, desgraciadamente olvidada por sus lectores modernos, y que es menester ponerla aquí para la más completa interpretación de aquel libro.

Ya en la edición de 1845, Sarmiento había escrito esta confesión oportuna : « Después de terminada la publicación de esta obra, he recibido de varios amigos rectificaciones de varios hechos referidos en ella. Algunas inexactitudes han debido escaparse en un trabajo hecho de prisa, lejos del teatro de los acontecimientos, y sobre un asunto de que no había nada escrito, hasta el presente. Al coordinar entre sí sucesos que han tenido lugar en distintas y remotas provincias, y en épocas diversas, consultando a un testigo ocular sobre un punto, registrando manuscritos formados a la ligera, o apelando a las propias reminiscencias, no es extraño que de vez en cuando el lector argentino eche de menos algo que él conoce o disienta en cuanto a algún nombre propio, una fecha, cambiados o puestos fuera de lugar » (1). Fué don Valentín Alsina, su amigo unitario, uno de los que rectificó no pocos errores de hecho y de interpretación. En gratitud por ese comentario de enmiendas, Sarmiento le dedicó la segunda edición de su obra, y en la « carta-prólogo » de esa edición (1851) insiste sobre lo improvisado de su obra y « los muchos lunares que afeaban la primera edición » (2). « Ensayo y revelación para mí mismo de mis ideas — dícele a Alsina, — el *Facundo* adoleció de los defectos de todo fruto de la inspiración del momento, sin el auxilio de

(1) *Obras completas*, tomo VII, página 6.

(2) *Obras completas*, tomo VII, página 16.

documentos a la mano, y ejecutada no bien era concebida, lejos del teatro de los sucesos, y con propósitos de acción inmediata y militante. Tal como él era, mi pobre librejo ha tenido la fortuna de hallar en aquella tierra cerrada a la verdad y a la discusión (1), lectores apasionados, y de mano en mano, deslizándose furtivamente, guardado en algún secreto escondite, para hacer alto en sus peregrinaciones, empreder largos viajes, y ejemplares por centenares, llegar, ajados y despachurrados de puro leídos, hasta Buenos Aires, a las oficinas del pobre tirano, a los campamentos del soldado, y a la cabaña del gaucho, hasta hacerse él mismo, en las hablillas populares, un mito como su héroe ». « He usado con parsimonia de sus notas, guardando las más substanciales para tiempos mejores y más meditados trabajos, temeroso de que, por retocar obra tan informe, desapareciese su fisonomía primitiva, y la lozana y voluntariosa audacia de la mal disciplinada concepción » (2).

Estas desenfadadas confesiones del propio autor, relevan de toda otra prueba sobre la escasa autoridad que a tal obra debe concedérsele como trabajo de historia. Es el propio Sarmiento quien la considera, según se ha visto : 1° como « un fruto de la inspiración del momento » ; 2° como « un ensayo y revelación para sí mismo de sus propias ideas » ; 3° como « un mito » a la manera de su « héroe ». El carácter subjetivo, parcial y militante del libro queda así confesado. Sarmiento se reconoce con ello, más en los dominios de la epopeya que en los de la sociología o la historia, como han creído algunos sociólogos ingenuos o pedantes, cuya ciencia consiste en ignorar la verdadera historia argentina. El caudillo de los Llanos habíale servido tan sólo de pretexto a su inspiración, para revelar, en esa especie de mito sintético de la guerra civil, por él forjado, los horrores del desierto, de la ignorancia, del despotismo que tan gallardamente combatió.

No me es posible señalar aquí las numerosas rectificaciones que a la parte histórica del libro podría hacerse (3). Básteme recordar, sin embargo, que Sarmiento depuso, en la vejez, este odio ciego por la persona

(1) Sarmiento escribe aún desde el destierro, en 1851, o sea poco antes de Caseros.

(2) *Obras completas*, tomo VII, página 16.

(3) No siendo ésta una edición crítica, tampoco me he considerado en el deber de glosar su texto. Debo tan sólo recordar que el doctor David Peña es autor de un novedoso libro sobre el general don *Juan Facundo Quiroga* (edición Coni, Buenos Aires, 1906), en el cual se nos presenta un Quiroga caucásico y urbano. Quizá este general vestido de levita, que frecuentaba con don Braulio Costa y el general Mansilla las tertulias aristocráticas de Buenos Aires, difiera tanto del modelo real como el Tigre de los Llanos, se-

de Quiroga, y que no fué menos valiente su palinodia sobre Rosas. Estos son hechos que los críticos apasionados del *Facundo* han perdido de vista también, y de los cuales no es posible prescindir, si se desea calificar desapasionadamente ese libro.

Acostumbraba Sarmiento, en su vejez, visitar nuestro cementerio de la Recoleta el día de difuntos. Es uno de sus más bellos artículos, el que refirió en *El Debate* su visita de 1885. En él nos cuenta cómo iba aquel día entre los árboles y los mármoles, rememorando nombres amados, ya ante la tumba de su hijo, o ya ante la tumba de los que habían estado con él, o contra él, en las luchas violentas de sus días viriles, como aquel Vélez Sársfield ante, cuya tumba exclama: — «¡Bravo viejo! anduvimos juntos en muchas jornadas memorables; salvamos, tomados de la mano, abismos que se abrían bajo nuestras plantas, y llegamos al término diciéndonos adiós, satisfechos ambos de haber obrado bien, y legado a nuestra patria páginas de historia sin mancha». Así marchaba por entre los mármoles y los árboles, hablando a los muertos con familiaridad pagana, y con la sobrehumana serenidad de un héroe ya muerto él mismo, que transitara entre las sombras del Hades... Cuando, de pronto, he aquí que se detiene frente a la tumba de Juan Facundo Quiroga, y a propósito escribe estas bellas y nobles palabras, dignas ciertamente de un filósofo antiguo: «Por entre sus columnas se divisan ya, aun antes de entrar, urnas cinerarias, sepulcros, columnas y sarcófagos, y la bella estatua del Dolor, que vela gimiendo sobre la tumba de Facundo, a quien el arte literario, más que el puñal del tirano, que lo atravesó en Barranca Yaco, ha condenado a sobrevivirse a sí mismo y a los suyos, a quienes no transmite responsabilidades la sangre. El Dante puede mostrar a Virgilio este león encadenado, convertido en mármol de Paros y en estatua griega, *porque del otro lado de la tumba todo lo que sobrevive debe ser bello y arreglado a los tipos divinos*,

diento de sangre, que Sarmiento nos ha pintado. Dada la compleja psicología del hombre superior — aunque éste sea un genio del mal, — es posible también que Facundo haya tenido la extraña complejidad de ambos tipos. No olvidemos, además, que Quiroga pudo ser un hombre amable o ingenuo en la intimidad, y transfigurarse en el desierto y la guerra. Mis dos abuelas me han referido la tradición de terror que las montoneras de Facundo dejaron en Santiago y en Tucumán; pero se me ocurre que una leyenda igualmente siniestra habrá de unirse en ciertas familias belgas al nombre del general von der Goltz, militar diplomático a quien vieron sonreír gentilmente nuestras damas del Centenario... Las inexactitudes o exageraciones del *Facundo* han sido señaladas también por Guerra en su *Biografía*, capítulo VI. (Véase Sarmiento, *Obras*, t. XLV, pág. 95 y 348.)

cuyas formas revestirá el hombre que viene ». Y si estas palabras que subrayo, porque ellas son acaso las más profundas que Sarmiento haya escrito, pudieran parecer obscuras en su misma profundidad, ved cómo concreta después su juicio definitivo sobre el protagonista de esta obra : « He aquí, me decía un joven Arce, pariente de Quiroga, cómo yo llevo la toga y la clámide del griego y no la túnica ni la dalmática del bárbaro. Pude decirle a mi vez que mi sangre corre ahora confundida en sus hijos con la de Facundo, y no se han repelido sus corpúsculos rojos, *porque eran afines*. Quiroga ha pasado a la historia, y reviste las formas esculturales de los héroes primitivos, de Ayax y de Aquiles » (1). Así concluye aquel pasaje magnífico en que, debido a la emoción del día y del lugar, o la intuición del genio próximo a la muerte, pudo ver a Facundo transfigurado por el arte ; comprender lo que había de epopeya en su libro, y confesarse idéntico, por la sangre racial, con el héroe maldito de otros días.

Y no fué menos explícita la amnistía que Sarmiento « decretó » para Rosas, tan rudamente combatido también en el *Facundo*. Cuando Ramos Mejía publicó su *Neurosis de los hombres célebres en la historia argentina*, en cuyas páginas, según es sabido, traza la historia clínica del tirano — Sarmiento se apresuró a comentar así ese trabajo : « La tiranía de Rosas fué una locura en acción », — nos dice al empezar su comentario. — Y luego avanza esta advertencia valerosa : « *Prevendríamos al joven autor que no reciba como moneda de buena ley todas las acusaciones que se han hecho a Rosas, en aquellos tiempos de combate y de lucha*, por el interés mismo de las doctrinas científicas que explicarían los hechos verdaderos » (2). Con esa austeridad confesaba Sarmiento sus excesos polémicos anteriores a 1852, y si traigo tal confesión sobre sus ataques a Rosas, es porque esta otra figura completa a la de Facundo en la composición de su libro, y porque el « folletín » del *Progreso* no fué sino un episodio periodístico de la violenta predicación que los emigrados realizaban desde el extranjero contra el tirano de Buenos Aires.

Aclarada, así, por las propias palabras del autor, la posición en que el

(1) *Obras completas*, tomo XLVI, página 84. La tumba de Quiroga a que este pasaje se refiere, es, en efecto, uno de los más conmovedores y simples monumentos de la Recoleta, más notable hoy, que el fúnebre solar ha sido colmado de una sórdida marmolería, costosa y vulgar, como sus glorias burguesas...

(2) *Obras completas*, tomo XLVI, página 293. Ese artículo se publicó en *El Nacional* del 7 de noviembre de 1878.

Facundo debe ser considerado por la crítica histórica en cuanto a sus elementos *biográficos*, veamos lo que resiste de él en sus elementos políticos y sociológicos.

El *Facundo* remueve en cada página la arcaica bandería de « unitarios » y « federales » ; pero debo advertir al lector novel, que no usa tales expresiones en su valor doctrinario, sino en su significado ocasional y argentino. « Federal » para un proscripto unitario de 1845, era sinónimo de gaucho localista y brutal ; en tanto que « unitario », para un caudillo federal de nuestras provincias, era sinónimo de « loco » y « traidor ». Unitario quería decir, además, porteño que había sido monarquista y visitado Europa, o vestía levita, gastaba lentes y era « doctor ». No es ésta, como se ve, la doctrina de equilibrio político de las diversas regiones argentinas dentro de la nacionalidad, o sea el ideal que despuntó incipiente con Juan Ignacio de Gorriti en la Junta Grande de 1811, para triunfar con Alberdi y Mitre en la Constitución actual. Sarmiento, siendo enemigo de los caudillos locales porque creía que retardaban el triunfo de la organización, fué perseguido como « unitario », y bajo esa divisa emigró del país en 1840, pero no puede ser considerado sino como federal quien prohijó la Constitución de 1853, vigente aún en la República ; quien defendió como gobernador de San Juan, más tarde, los derechos autónomos de los gobiernos provinciales ; quien ratificó después, como ministro en los Estados Unidos, su vocación federal ; y quien, en la versión inglesa del *Facundo* (1867-1873), sugirió a Mr. Horace Mann el prólogo en que explica esta génesis de sus ideas. Así resulta en nuestra historia este aparente absurdo : que los caudillos « federales », dominados por Rosas, rehicieron la « unidad » argentina, rota por los unitarios quiméricos de 1826 ; y que los emigrados « unitarios » promulgaron la « federación », al regresar al país después de Caseros. He ahí otra advertencia imprescindible para comprender bien el *Facundo* y para restituir a dichos nombres su verdadero contenido histórico, pues fácilmente se lo suele olvidar en la capciosa discusión « doctrinaria » de nuestros días.

Se ha atribuído también grande importancia al *Facundo* como doctrina *sociológica*. Esto proviene de que el libro se llamó en sus orígenes *Facundo o Civilización y Barbarie* (1). Esta fórmula ha prestado sus ser-

(1) En la edición de 1874 (París, Hachette, 4ª edición castellana), el libro comprendía ya las tres biografías o *vidas* de Quiroga, Aldao y el Chacho, como aparecen en el volumen VII de las *Obras completas*. La agregación de la *Vida del Chacho* obedece a los mis-

vicios al progreso del país, pero es tiempo ya de comenzar a denunciarla por lo que tiene de parcial y de peligrosa. Yo la he combatido en uno de mis libros, porque la considero insuficiente para explicar la evolución argentina, sobre todo si, como lo hacen algunos «sociólogos» de marbete europeo, creen que «barbarie» quiere decir «provincia», «federalismo», «tradición», «emoción agreste o americana», y que «Civilización» quiere decir: «cosmópolis», centralismo, riqueza, pedantería libresca o intelectual. La fórmula de Sarmiento encierra sólo una verdad pragmática, es decir: utilitaria y ocasional, vigorosa en su tiempo, pero gastada ya en virtud de su propia aplicación social, por haberse transformado tan radicalmente la estructura económica y moral de la nación argentina. Prefiero yo no repetir aquí los argumentos que tantas veces he escrito en contra de esa fórmula, cuyo sentido social ha variado completamente desde entonces. A los que se interesen por el asunto, les aviso que hallarán combatida la tesis de Sarmiento en mi libro *Blasón de Plata*. Diré tan sólo, para abreviar y concluir, que el *progreso* no es la *civilización*; la «civilización» está formada de progreso y cultura: el progreso es la *mecánica* de la civilización, la cultura su *esencia*. Sarmiento creaba con su teoría de 1845 un eficaz sofisma político para vencer a sus enemigos, pero hay peligro moral en creer que su ocasional teoría política es doctrina filosófica de valor permanente, o sea que la tierra genuina, numen de la nacionalidad, es fuente de barbarie, y que el civilizarse consiste en adoptar todos los actuales usos de los europeos. Por ese camino podríamos declarar que los atenienses del tiempo de Platón no eran un pueblo «civilizado», porque no usaban cuello duro ni frac, ni montaban en silla inglesa como lo deseaba Sarmiento.

Todo esto significa que el *Facundo* subsiste en cuanto es un libro de intuición racial y de emoción literaria. Lo que hubo de él en polémica, ha pasado con su ocasión; lo que hubo en él de historia, ha sido rectificado por su autor y por la ciencia; lo que hubo en él de «sociología» está siendo rectificado por la vida misma de nuestro país. En cambio, con qué vigor se levanta de entre esa hojarasca de pasiones o ideas, el fuerte soplo emocional de la «epopeya»: cómo germina la simiente del «mito», entre el polvo ya helado de sus hechos perecederos; cómo se

mos propósitos que las dos anteriores; pero entonces la doctrina asume todo un carácter de alegato, en un caso que le era demasiado personal. La *Biblioteca Argentina*, en su edición, sólo da la *Vida de Facundo*, pues ésta forma parte del paisaje descrito y de la doctrina esquematizada en esos términos: «Civilización y Barbarie».

siente resonar en sus páginas las caballerías pampeanas — columna conquistadora, malón indígena, falange libertadora, o montonera rebelde, — cuando pasan acordando su trote nocturno al ímpetu de esa prosa arrolladora. Esto es, en verdad, el génesis de la Pampa...

A las intuiciones de su autor como artista, debió este libro su éxito extraordinario, desde el día de su aparición. Cuenta Sarmiento cómo don Pedro de Angelis, cortesano de Rosas, mostraba furtivamente el volumen a sus íntimos — « con la cautelosa precaución del peligro de los Seyanos en la corte de Tiberio », diciéndoles : « Esto se mueve, es la Pampa ; el pasto hace ondas, agitado por el aire : se siente el olor de las hierbas amargas... » (1). Por eso lo tradujeron a diversos idiomas, para dar a otras gentes la visión de nuestra vida pampeana, y mostrar en la raíz del desierto el germen de nuestras luchas. Por eso se han desprendido del volumen, como páginas de antología popular, las siluetas del Rastreador, del Baqueano, del Gaucho malo y del Caudillo silvestre — de las cuales Sarmiento dice que han quedado como la introducción de Volney a las « Ruinas de Palmira »... Sarmiento admiraba, en efecto, a Volney, y acaso no fué del todo extraña esa obra, lo mismo que la de Walter Scott, Víctor Hugo, Fenimore Cooper y Chateaubriand, a la formación de sus gustos como narrador. Pero su mérito no consiste en parecerse a sus maestros, sino en ser diferente de ellos. Los epígrafes que preceden a cada capítulo en el *Facundo*, podrían ser también indicio de sus lecturas : Humboldt y Lamartine alternan con citas de Shakespeare en francés... Tal cosa muestra lo abigarrado de su cultura ; pero quizá por eso mismo, toda esa varia literatura le sirvió de abono para que la planta indígena del pensamiento genial pudiera crecer más lozana.

Eso no nació de siembra ni de injerto, sino de misteriosa germinación natural, como las seculares selvas del trópico.

II

Los argentinos consideramos a Sarmiento como el primer apóstol de la educación primaria en Sud América. Tiene por títulos para ese predicamento, sus viajes pedagógicos en Europa y los Estados Unidos,

(1) *Obras completas*, tomo XLVI, página 321.

donde nació su fraternidad con Horacio Mann, gemelo suyo en el norte. Recuérdese también esas *Cartillas* que compuso o tradujo en Chile: sus fundaciones escolares en una y otra vertiente de los Andes: sus trabajos en los consejos de educación, en los ministerios, en los parlamentos; y por fin, sus reñidas batallas en la prensa, cuyo fragor resuena todavía, contra el fanatismo, la inercia o la estolidez de sus contemporáneos. Todo eso forman sus títulos más populares como apóstol de la educación: pero apenas si se recuerda ya en el Plata o si se lee en la voluminosa colección de sus *Obras*, el tratado orgánico sobre *Educación popular*, que en 1849 se publicara en Chile por la primera vez, y que en 1916 reedité en la *Biblioteca argentina* con especial dedicatoria a los maestros normales de la República.

Más de sesenta años han corrido sobre ese libro, y huelga anticipar que muchas de las cuestiones estrictamente pedagógicas que plantea, se han convertido ya en lugares comunes de la enseñanza normal, o han sido desechadas por la experiencia. Si tenemos presente que hacia la mitad del siglo anterior, cuando fué escrita esa obra, las aspiraciones de la ciencia en favor de la educación democrática distaban mucho de ser una realidad o siquiera un ideal universalmente aceptado, comprenderemos mejor el significado de su doctrina, y el quilate de audacia precursora, o de filantropía revolucionaria, que ella significaba en el ambiente de América. Fuera de Prusia en el viejo mundo, y de las ciudades tradicionales en el este y en el sur de los Estados Unidos, la escuela laica primaria, concebida como obligación del pueblo y del gobierno, era todavía experimento por hacerse en casi todos los pueblos de la civilización cristiana. Y en cuanto a la América del Sur, básteme recordar que en 1849, cuando Sarmiento publicó dicho libro, tres tiranías de trapo rojo pesaban sobre las tres repúblicas del Plata; un imperio católico del más auténtico tipo lusitano se levantaba en el Brasil; y oligarquías militaristas y fanáticas explotaban o sublevaban, vuelta a vuelta, la ignorancia indígena de las restantes naciones (1). Sobre aquel ambiente de ignominia, la *Educación popular* se nos aparece ahora como un clarión de sol sobre un cielo siniestro.

Justo es señalar aquí nuevamente el nombre de Chile, que en medio de la vergüenza continental, presentábase entonces como anhelado oasis

(1) Asombrará que incluya así al Brasil de don Pedro II, tan famoso entonces por su cultura; pero no olvidemos que era cultura cortesana, diplomática, militarista, y no democracia, ni vigor popular a la manera del ideal americano.

de pacífica y laboriosa cultura. Iban a buscar aquel rincón transandino de Santiago, hombres como el sabio don Andrés Bello, que hallaban esfera para su influjo intelectual, o en el sereno ambiente de la Facultad de humanidades, o en la arena que removían con sus briosas polémicas, de una parte la nueva generación chilena, y de otra la resonante legión de los emigrados argentinos. Ya he dicho que nadie ha descrito con mejor documentación aquel momento que el chileno Lastarria en sus *Recuerdos literarios ;* y nadie ha descrito con mayor claridad la labor de Sarmiento en aquel Chile de los proscriptos; como J. Guillermo Guerra en la biografía y estudio crítico que dedicó a nuestro autor (1).

En aquel ambiente chileno de 1849 vino a luz el voluminoso libro sobre *Educación popular* que comentamos: fué en sus orígenes un informe oficial presentado por Sarmiento al gobierno, como resultado de un viaje de estudio por el extranjero, para fundamentar reformas legales que preconizaba en los sistemas y métodos de la enseñanza nacional. El prestigioso ministro don Manuel Montt, amigo de Sarmiento, había patrocinado aquel viaje oficial por Europa y los Estados Unidos, y cuando el enviado regresó, mandó imprimir, a expensas del Estado, la obra que le presentara como resumen de las observaciones y datos recogidos, y ahijó las ideas del autor en un proyecto de ley presentado a las cámaras en noviembre de aquel mismo año de 1849. Desgraciadamente, las cámaras no aceptaron en toda su integridad el plan de reformas pedagógicas que Montt propusiera. Y así este libro, muchas de cuyas partes, según dije, pudieran ahora parecernos viejas, vulgarizadas o triviales, fueron hace más de sesenta años, cuando apareció, motivo para que se lo juzgase temerario en el país entonces más democrático de América.

Dos importantes ediciones de esta obra han precedido a la nuestra: la primera, hecha a expensas del gobierno chileno (1849) y la segunda, a expensas del gobierno argentino (1884-1895). Lo antiguo y raro de la primera edición, casi inencontrable en el comercio de libros, y lo poco accesible de la segunda, que integra (tomo IX) los cincuenta y dos volúmenes de las *Obras completas*, hacían casi indispensable (cuando apareció en la *Biblioteca Argentina)* una edición económica para familiarizar con ella a nuestros maestros de enseñanza primaria, y divulgar la que es, no sólo una de las obras más serenas y orgánicas de Sarmiento, sino la matriz de donde salieron casi todas las ideas constructivas

(1) J. Guillermo Guerra, *Sarmiento, su vida y sus obras*, Santiago de Chile, 1901.

que esparció en los treinta años sucesivos de su apostolado pedagógico.

Aborda Sarmiento en ese volumen todos los problemas capitales de la enseñanza popular, ya se la considere como parte integrante del régimen democrático, ya como práctica para la transmisión elemental de los conocimientos. Los capítulos que se refieren a la renta (I) y la inspección escolares (II), presentan ese aspecto que llamaré « político » de la cuestión, autorizándose en ejemplos europeos y norteamericanos. La educación de la primera infancia y la preparación de la mujer, son estudiados igualmente en sendos capítulos (III y V), donde pululan sorprendentes anticipaciones. Las cuestiones concretas del procedimiento didáctico, o sea ejercicio pedagógico por definición, plantéanse en el capítulo IV, sobre el magisterio y las escuelas normales ; en el capítulo VI, sobre la escuela pública, su arquitectura, su mobiliario, su higiene ; en el capítulo VII, sobre la escuela en función, es decir, aprendizaje técnicamente distribuído en asignaturas, aulas, maestros, horarios, y los diversos *métodos de enseñanza*. La cuestión del método llévale, en el capítulo siguiente, a considerar los procedimientos más someros y lógicos en el arte de la escritura y la lectura, instrumento previo para toda otra conquista de la inteligencia. Como se ve, escribe Sarmiento un verdadero tratado de pedagogía democrática, y debo agregar que une a la complexión orgánica de sus ideas, una transparente serenidad de forma en el estilo.

He ahí dos circunstancias que tornan particularmente digna de consideración dicha obra, dentro de la compleja y abundante bibliografía de su autor. Sabido es que la forma literaria de Sarmiento ha llegado a ser proverbial, o en la manera sentimental y romántica de *Facundo* y los *Recuerdos de Provincia*, o en la manera crespa y desordenada de *Las Carpas* (tomo XLVII) o de las *Ciento y una* (XV), sus polémicas periodísticas. Pero en este volumen de *Educación popular* se nos muestra Sarmiento como « escritor didáctico » en el doble sentido de que considera una cuestión pedagógica, organizada en plan sistemático de « tratado magistral » (para emplear una antigua expresión retórica) y que la expone en prosa diáfana, cuya belleza finca únicamente en la justeza y claridad del vocablo, o en la serenidad objetiva con que presenta las ideas.

Los estudiosos hallarán en las páginas de ese libro numerosos motivos de meditación, ya sea sobre la formación autodidáctica de Sarmiento o sobre los temas de permanente actualidad para la cultura democrática planteados en ella. Adviértase, ante todo, que en él formula de manera coherente (y lo hace allá por la primera vez) todo su programa de

civilización. La obligación de la escuela, para los padres y para el Estado: la defensa de la raza en el niño y en la mujer; las rentas escolares y los métodos más sencillos; las escuelas normales y la reforma de la ortografía, — todo eso está considerado en *Educación popular* como partes integrantes de un programa o de un sistema. Si antes de 1849 pudo tocar estas cuestiones, hízolo incidentalmente, por diletantismo periodístico, en páginas efímeras reunidas después en los primeros tomos de las *Obras completas*. Pero en 1849 la expone con madurez, con reposo, con orden, con autoridad. Aquí está comprendida la visión prospectiva del constructor. Esto es lo que ha visto en Prusia o en Versalles; lo que ha oído en Madrid o aprendido en Boston y Nueva York. En la mayoría de esas páginas se descubre la procedencia de sus ideas; se podría inferir dónde le fué dicho o sugerido lo que afirma, pero toda esa varia contribución, fúndela nuestro autor, como lingotes de variado metal, en la fragua creadora de su talento.

Después de 1849, Sarmiento insistió constantemente sobre las ideas cardinales de *Educación popular*. Como prueba somera de esta aserción, recomiendo ver en mi *Bibliografía de Sarmiento* (1) el índice analítico de lo contenido en los tomos de las *Obras completas*, que se titulan *Ortografía e instrucción pública* (IV), *Educación común* (XII), *Ideas pedagógicas* (XXVIII), *Las escuelas, base de la prosperidad y de la república de los Estados Unidos* (XXX), *Informes sobre educación* (XLIV), etc., — todo ello sin olvidar su labor dispersa de orador y de periodista, a la manera de lo que se ha reunido con los títulos de *Educar al soberano* (XLVII) y *La escuela ultrapampeana* (XLVIII), donde también insiste, cuarenta años después, sobre sus temas de 1849. Pero esa predicación, que se extiende a varios millares de páginas dispersas, no son sino la redundancia necesaria a todo apostolado, sobre todo cuando la voz reveladora ha de clamar en el desierto. Repetirse es a veces caracterizarse, y, desde luego, medio excelente de hacerse oír. Sarmiento, apóstol de la cultura democrática, no hizo sino repetir como publicista y tribuno, durante casi medio siglo, los temas esenciales de *Educación popular*. Conviene leerle en toda su obra para conocer las peripecias dramáticas de esa predicación, y percibir el tono ocasional de la palabra militante: pero la palabra doctrinaria tuvo en 1849 su expresión definitiva. Esta fué el mensaje del civilizador a la barbarie nativa.

El libro se abre con una hermosa verdad y se cierra con otra igual-

(1) *Op. cit.*, edición de la Universidad de La Plata (Centenario de Sarmiento), 1911.

mente hermosa. « La instrucción pública — dice al comenzar, — que tiene por objeto preparar el uso de la inteligencia individual, por el conocimiento aunque rudimental de las ciencias y hechos necesarios para formar la razón, es una institución puramente moderna, nacida de las disenciones del cristianismo y convertida en derecho por el espíritu democrático de la asociación actual. » Y como la educación del hombre no ha de reducirse al aprendizaje oficial dentro de las aulas, clausura Sarmiento su doctrina con esta otra verdad : « ... hasta que dotada su inteligencia (la del hombre) de la capacidad de discurrir con acierto, y sus manos de un arte para producir riqueza, llegue a la edad adulta, al desempeño de los deberes que la sociedad le impone, y *por las lecturas*, los diarios, la vida pública, los espectáculos y el contacto con los otros hombres, sólo termine con la vida este continuo aprendizaje que constituye la esencia del hombre civilizado ; *porque sólo los pueblos bárbaros quedan al salir del hogar doméstico, irrevocablemente educados en costumbres, ideas, moral y aspiraciones* » (1).

El carácter de estas noticias literarias no me permite discutir aquí las diversas ideas que ese libro plantea. Solamente las cuestiones sobre *Salas de asilo* o sobre *Reformas de la ortografía* requerirían un extenso comentario. Baste para el lector novel la prevención de que los libros deben utilizarse principalmente como excitantes de la propia meditación, y no como revelación absoluta de la verdad. En cuanto al lector sabio, le rogamos que no olvide, al juzgarlo, la época y circunstancias en que sus páginas fueron escritas, y entonces verá que si algunas verdades le parecen viejas, es porque Sarmiento se apresuró a difundirlas antes de que él naciese, y que si algunas afirmaciones le parecen equivocadas, en cambio queda dentro de ellas, vibrante y eterno, su ideal filantrópico y su fe en la vida, que son, para las verdades morideras, como la savia de la tierra fecunda allá en el árbol deshojado pero ya germinante de nuevos brotes, en esa oculta palingenesia de los bosques, donde es otoño la verdad y es primavera el ansia de alcanzarla.

(1) La *Biblioteca Argentina*, por mí dirigida, ha editado el *Facundo* (vol. 3) y la *Educación Popular* (vol. 4). Para este último he seguido la edición príncipe, de la cual puede verse un ejemplar en el Museo Mitre (Catálogo nº 18, I, 4). He abreviado el título de acuerdo con la tendencia que ha substituído los primitivos nombres más extensos por abreviados. De la primera edición de *Educación Popular* poseo un ejemplar.

III

En la copiosa producción de Sarmiento, *Recuerdos de provincia* comparte con el *Facundo* las preferencias de la fama y de la divulgación editorial. Ese es, sin duda alguna, entre los libros de su autor, el más humano por su asunto y el más castizo por su forma. Del argumento regional trasciende al estilo un aroma de vieja casa española, impregnada de esencias coloniales.

Hay en el origen y en la composición de los *Recuerdos* la misma sugestión ocasional y el arte fragmentario que caracterizan toda la obra de Sarmiento. Ninguno de sus libros ha sido concebido como parto espontáneo de la imaginación, sino como provocado reflejo de circunstancias exteriores. Ninguno, tampoco, ha sido realizado como un todo orgánico, clasificable en alguno de los géneros retóricos, o como un sér de miembros indislocables.

Si se apura el análisis, ni el *Facundo* ni los *Recuerdos* son verdaderos «libros», en el sentido de lo que llamaré la estructura mental de la obra. No lo son tampoco la *Educación Popular*, ni la *Campaña del ejército grande*, ni *Argirópolis*, ni *Conflictos y armonías de las razas en América*. Descubrimos en todos esos volúmenes, bajo el título que los individualiza, las partes ocasionales que los constituyen. Cada una de esas partes podría separarse del todo. Sarmiento es un prosista didáctico, autor de ensayos y de artículos, escritos con propósito social inmediato, sobre temas sucesivos, y reunidos después bajo títulos seriales. Escritor militante, improvisa tales páginas bajo el apremio del día, sin cuidarse de la información metódica, porque no es un erudito; ni de la verdad sistematizada, porque no es un filósofo; ni de la técnica verbal, porque no es un artista. En este o aquel pasaje sorprende, sin embargo, por la información, por la verdad o por el arte. Es un periodista, aunque periodista de genio, que eleva a categoría estética su función, y que supera la obra efímera del caso, por la sinceridad pasional de sus confesiones o la eficacia de su ingénita aptitud literaria. Relata con prodigiosa animación, y tiene momentos dignos de Cervantes en la narración de las anécdotas; describe con pasmosa exactitud, y tiene cuadros dignos de Chateaubriand en la pintura de retratos y paisajes. Cervantes y Chateaubriand han sido, entre otros, sus maestros predilectos. He dicho en otro

lugar que Sarmiento hubiera podido ser un gran novelista. Se redujo a ser un biógrafo admirable, y sobre todo el biógrafo de sí mismo. Tal lo es en la totalidad de su obra copiosa. Tal lo es, principalmente, en esos *Recuerdos de provincia*, escrito, cuando en Chile lo calumniaban, para hacer saber, después del panfleto *Mi defensa*, quién era él y quiénes habían sido sus progenitores, hidalgos pobres en la casa honrada y humilde que aquellas páginas describen.

Mas si se apura el análisis — según antes dije — tampoco *Recuerdos* puede ser clasificado como una autobiografía. Descúbrese en él dos series de artículos: la primera está constituída por las biografías sucesivas de Mallea, Jofré, los Sayavedras, los Albarracines, los Oro (Fray Justo Santa María y don Domingo), el dean Funes y el Obispo de Cuyo, que corresponden a otros tantos capítulos perfectamente separables: la segunda se halla formada por la descripción de su hogar paterno, su educación, sus juegos infantiles, su iniciación en la vida pública de San Juan, su emigración a Chile y las obras intelectuales que en ella realizó. Esta segunda parte es la verdaderamente autobiográfica: la que presenta alguna unidad, siquiera subjetiva y, desde luego, las páginas más conmovedoras, bien que el tono declina, a medida que avanza la lectura, desde la emocionada evocacion de la madre virtuosa (cuadro digno del retrato que de su madre ha pintado Whistler), hasta la árida mención bibliográfica donde, sin arte alguno, concluyen estas confesiones.

De una manera análoga se descubre la yuxtaposición en el *Facundo*. Este libro son dos opúsculos reunidos, aunque de diversa materia y estilo: la primera parte, que es descriptiva, la segunda que es narrativa: la primera trata de la pampa y generaliza sobre la influencia telúrica, la segunda trata de un caudillo de nuestras guerras civiles, refiriéndonos sus anécdotas: aquélla es un ensayo sociológico, ésta una biografía fundada en la tradición. Dad la primera parte separada: nadie advertirá la mutilación, y verá destacarse en la mitad del opúsculo la especulación de un talentoso folklorista. Dad la segunda, y parecerá la narración sin cisa de un historiador pintoresco. Y en una y otra parte, veréis destacarse, sobre el conjunto gris y a veces descuidado, pequeños trozos de belleza que a su vez tienen unidad de por sí, y como tales han pasado a las antologías: «el rastreador», «el gaucho cantor», «el baqueano». Así también han pasado a las antologías pasajes de *Recuerdos*; por ejemplo: «el retrato de su madre» y la batalla de los rapaces en las afueras de San Juan, cuando él era niño.

Páginas de ese mérito (fragmentos felices nacidos en instantes de hu-

mana emoción, más que de reflexión artística) abundan en toda su obra, que para semejante cosecha no ha sido aún espigada. Los cincuenta y dos volúmenes de sus obras son un solo libro, hecho a imagen y semejanza de aquellos otros, en argumento, composición y estilo: libro enorme, inconcluso, fragmentario. En el tomo que el editor ha llamado *Páginas literarias*, hay esa misma variedad y unidad convencionales: pero en él hállanse numerosas páginas dignas de la antología, sin duda porque se trata de artículos breves, aunque escritos a veces con cuidado. Recuerdo de ese tomo, *Mis pajaritos* y *La verdadera gloria*, para no cansar con ejemplos. De la *Campaña del ejército grande* suele citarse «el paso del Paraná frente a Diamante», que es una bella descripción. En *El camino del Lacio*, también formado por el editor con artículos periodísticos, el tomo se abre con una magífica descripción del otoño en el Delta. Pero es en *Viajes* (especialmente en las cartas que constituyen el primer tomo) donde abundan las páginas pintorescas, verdaderos fragmentos de antología. A pesar de todo ello, Sarmiento es un pensador, que no ha compuesto ni siquiera un ensayo de filósofo, y es un escritor, que no ha dejado un solo libro de imaginación...

Con paisajes y anécdotas, con retratos y diálogos, alternan reflexiones moralizantes, todo en genial desorden. De pronto una composición que se anuncia como un relato, se desvía en digresiones ditácticas, y otra que se promete como un ensayo didáctico, se entretiene en relatos pintorescos, al azar de la fantasía, la especulación y el recuerdo. Esto se observa en todos sus artículos y discursos, pero se le puede ver agrandado en el libro que se titula *Conflictos y armonías de las razas en América*; informe plasma, preñado de vida, pero libro inconcluso por su falta de arquitectura en las ideas y de unidad en la composición. Avellaneda dice de Sarmiento, a propósito de *Conflictos*: «Joven, era un pintor que pensaba; viejo, es un pensador que pinta» (1).

Si es difícil perfilar a Sarmiento como escritor, es más dfícil todavía definirlo como pensador. Al tratar de su espíritu en el capítulo precedente, creo haberme colocado en el único punto de vista en que es posible considerar con elogio sus fragmentarias y cambiantes ideas. No ha tenido sistema ni se ha planteado los permanentes problemas de la filosofía. Su obra, por consiguiente, carece de universalidad. Ha meditado con pasión sobre el problema político (que es una parte del problema

(1) *Notas y fragmentos inéditos*, de Avellaneda, en la revista *La Biblioteca*, tomo II, página 321.

moral) pero localizado en tiempo y escenario, que, para este caso, lo fueron su época y su patria. Meditando en ello, descubrió dos o tres «verdades» suyas, que sirven de eje a la rotación continua de su propaganda: una es aquella de «civilización y barbarie», fórmula con la cual explicaba nuestras guerras civiles; otra es la que atribuye nuestra llamada «barbarie» al desierto, incultura y resabios del régimen español; una tercera es la que induce a crear nuestra civilización por la inmigración que suprime el desierto y por la escuela que suprime la incultura, y por la adopción de ejemplos europeos o norteamericanos en la vida civil de nuestros pueblos. En tales ideas, lo admirable no es la doctrina (hoy discutible y de dudosa originalidad) sino la pasión con que la hizo suya y el frenesí constante de su victoriosa predicación, que duró medio siglo.

La educación literaria de Sarmiento ha sido producto del azar (1). Sobre la base de precarios estudios latinos, y después de una frustrada tentativa para entrar en la Universidad de Córdoba, quedóse en San Juan, donde, después de la *Biblia* y el *Quijote*, descubrió a los clásicos y cayó más tarde en las ondas procelosas del romanticismo. El romanticismo fué en él más bien un modo de sensibilidad que una doctrina. Como doctrina, él mismo lo combatió en sus polémicas chilenas, des-

(1) En los *Recuerdos de provincia* (capítulo titulado *Mi educación*), Sarmiento narra su aprendizaje de juventud y recuerda los tiempos en que, después de haber sido discípulo de los clérigos Oro y Albarracín, sus parientes, se entregó a todo género de lecturas en los ratos que le dejaba libres la tienda de una parienta suya que él atendía. «En 1838, dice, fué a San Juan mi malogrado amigo Manuel Quiroga Rosas, con su espíritu mal preparado, lleno de fe y entusiasmo en las nuevas ideas que agitaban el mundo literario en Francia y poseedor de una escogida biblioteca de autores modernos: Villemain y Schlegel, en literatura; Jouffroi, Lerminier, Guizot, Cousin, en filosofía e historia; Tocqueville, Pedro Leroux, en democracia; la *Revista enciclopédica* como síntesis de todas las doctrinas de Carlos Didier; otros cien nombres hasta entonces ignorados por mí, alimentaron por largo tiempo mi sed de conocimientos. Durante dos años consecutivos prestaron estos libros materia de apasionada discusión por las noches en una tertulia en que los doctores Cortínez, Aberastain, Quiroga Rosas, Rodríguez y yo, discutíamos las nuevas doctrinas, las resistíamos, las atacábamos, concluyendo, al fin, por quedar más o menos conquistados por ellos. Hice entonces, y con buenos maestros a fe, mis dos años de filosofía e historia y, concluído aquel curso, empecé a sentir que mi pensamiento propio, espejo reflector hasta entonces de las ideas ajenas, empezaba a moverse y empezaba a marchar. Todas mis ideas se fijaron clara y distintamente, disipándose las sombras y vacilaciones frecuentes en la juventud que comienza, llenos ya los vacíos que las lecturas desordenadas de veinte años habían podido dejar, buscando la aplicación de aquellos resultados adquiridos a la vida actual, traduciendo el espíritu europeo al espíritu americano, con los cambios que el diverso teatro requería» (pág. 232).

pués de haberlo preconizado (1). Su realismo y su civismo lo alejaron del puro arte imaginativo de que tanto gustó en sus mocedades. Adoptó las ideas de la escuela progresista francesa, y predicó la necesidad del arte social. No tenía aptitud para el verso, aunque lo intentó en su primera juventud (2). De ahí proviene, quizá — dado su orgullo, — la ojeriza que no disimuló a los poetas y que se transparenta en su polémica con Mitre sobre esta cuestión. Para dar a esa caprichosa aversión — que es una falla de su espíritu — una justificación política, achacaba a los pueblos sudamericanos el cultivar el verso como resabio de la cultura española. Ignoraba que los argentinos, por ejemplo, muy poco habíamos versificado en tres siglos de dominación colonial, como lo demuestra el segundo tomo de la presente historia. Olvidaba que los pueblos sajones, que él admiraba y nos proponía por ejemplo, contaban con grandes y numerosos poetas, y que el canto no les había impedido ser fundadores de la industria y la democracia. A pesar de estos errores de juicio, él fué un poeta: un poeta en acción. Su frase, rítmica a veces de emoción ; su potencia verbal, evocadora de sueños y realidades, nos lo presenta como un hombre que conoció la visita de la musa, aunque no supiera tañer el instrumento divino. Sólo por esta ineptitud podemos explicarnos su despechada hostilidad a la poesía y la prédica torpemente utilitaria que en tal sentido realizó. Quien leía al Dante y citaba a Shakespeare, olvidaban que eran Mitre, Gutiérrez y Echeverría, no él, quienes tenían razón, cuando anhelaban para su patria la gloria de poseer tales hombres de genio (3).

En materia de idioma, Sarmiento fué, sin embargo, un gran escritor, por la abundancia de su léxico y la soltura castiza de su síntaxis. Dotado de una libertad irreverente en materia de cánones gramaticales, apadrinó la simplificación ortográfica, practicó el aprendizaje de las lenguas modernas, recogió el vocabulario del pueblo, pero nunca violó aquella íntima armonía espiritual que es el genio del idioma, y que él poseía por don atávico y de raza. Tales caracteres definen la prosa de su mejor edad, la de Chile, cuando escribió el *Facundo*, *Recuerdos*, *Argirópolis*, los *Viajes*, el tratado sobre *Educación Popular*, y numerosos artículos de costumbres. Arrebatado después de Caseros por el tumulto de la ac-

(1) Véase *Obras*, tomo I y II; especialmente en las páginas 214, 289 y 337 del primer tomo.

(2) Véase en las *Obras* de Alberdi, la consulta de García Román.

(3) Véase en este volumen el capítulo dedicado a Mitre.

ción política, la prensa militante lo absorbió, hasta perder, en ocasiones, por la vejez y la improvisación, sus mejores calidades como prosista. Incorrecto y dehilvanado a las veces, no faltó quien hallara, en tales páginas, síntomas de decadencia y de locura. A pesar de todo, Homero despertábase a ratos, y veíase entonces, en cartas, discursos y panfletos, lucir el estro de los bellos días.

Elogiado en España por Menéndez y Pelayo, admirado por Unamuno; acatado en América como maestro de civilización, según el testimonio de Rodó y Darío; proyectada una estatua suya en Boston y modelada por Rodin la que se alza en Buenos Aires, Sarmiento queda y quedará siempre como un hombre genial, aunque su obra escrita no pueda ser aquilatada por críticos extranjeros.

Uno de sus detractores — europeo, precisamente, — el periodista español Martínez Villergas, que vivió entre nosotros, escribió contra Sarmiento ya glorioso, un soneto satírico que resume en verso lo que contra él dijeron en prosa muchos de sus adversarios:

Este escritor, de pega y de barullo,
Que traduce, delira o no hace nada,
Subir quiere del genio a la morada
De sus propias lisonjas al arrullo;
Fáltale genio; pero tiene orgullo,
La paz le ofende, y la virtud le enfada,
Es ciego admirador de Torquemada
Y enemigo mortal de Pero Grullo.
Tal en resumen es mi pensamiento
Acerca de ese autor, que lleva el nombre,
O apellido, o apodo de Sarmiento;
Nada hay en él que admire ni que asombre,
Carece de instrucción y de talento,
En todo lo demás: ¡es un grande hombre!

«Loco» llamaron muchos a Sarmiento, juzgándolo por su gesticulación y su vanidad agresivas, y no pocos, aun en su vejez, le negaron talento de escritor, porque no comprendieron su grandeza. Pues, como lo tengo dicho en otro lugar, no es un pensador a la manera europea. Tampoco es un escritor en el sentido más «literario» de esta palabra. Ni filósofo ni poeta, Sarmiento es algo más que un escritor: es un grande hombre que habla. Sus palabras parecen salidas de una boca, no de una pluma... Y como tal debemos juzgarlo, para sentir su genio y su originalidad.

CAPÍTULO XIII

PROSCRIPTOS REFUGIADOS EN BOLIVIA

I. Las provincias del Norte. Primera emigración, hacia 1830, después de la caída de Rivadavia y de la entrada de Facundo en el Norte. Juan Ignacio de Gorriti y los restos del patriciado: Arenales, Bustamante, Portal. Segunda emigración, hacia 1841, después del desastre de la Liga del Norte y del degollamiento de Avellaneda. Conducción del cadáver de Lavalle a Tupiza. Principales escritores refugiados en Bolivia. — II. Benjamín Villafañe: su vida, sus escritos, sus trabajos en el periodismo, el gobierno y la enseñanza. Libros de Villafañe: *Reminiscencias históricas; Orán y Bolivia a las márgenes del Bermejo*, etc. — III. Félix Frías. Su vida y sus obras; la compilación de *Escritos y Discursos*. Su doctrina de moralista cristiano. — IV. Pedro Echagüe: su vida, sus escritos. Variada producción de este proscripto olvidado.

I

Habíamos dejado dicho que la limítrofe Bolivia fué para los liberales del Norte refugio en la proscripción, como Chile para los cuyanos y Montevideo para los porteños. Menos brillante allí la vida, más alejado de Rosas y de los caminos marítimos, el núcleo de nuestros proscriptos en Bolivia no ha alcanzado la fama de los otros dos, aunque fué también numeroso y contó en su seno a ciudadanos valientes y a escritores calificados. Rosas, en guerra con Montevideo y en continua inquietud diplomática con Chile, no se descuidó de Bolivia, y en nuestros manuales de historia corre la narración de la campaña armada que intentó contra aquel país, en tiempos de Santa Cruz, so pretexto de reconquistar las provincias altoperuanas que habían pertenecido al virreinato del Plata. Frustrada aquella campaña por dificultades geográficas y sociales que no es del caso analizar aquí, persistió sin embargo en

aquel país una aversión latente contra el tirano argentino, y a la sombra de los gobiernos locales nuestros proscriptos hallaron buena acogida en Sucre, Potosí, Cochabamba y otras ciudades. Maestros, poetas, militares o periodistas, los nuestros dejaron allí, como en Montevideo y en Chile, buenos ejemplos de austeridad cívica y de labor intelectual.

Las provincias bolivianas del sud habían, como lo recordé, pertenecido a nuestra jurisdicción virreinal hasta la independencia. En las aulas de Chuquisaca habían estudiado Mariano Moreno y Juan José Castelli. En la fracasada revolución de La Paz, el año 1809, habíanse complicado Monteagudo y Agrelo. Mucho antes, la rebelión altoperuana de Tupac Amarú había levantado a los indígenas de Jujuy. Esta provincia y la de Salta, presentaban analogías con las contiguas de Bolivia, según lo he señalado en el capítulo preliminar de este volumen. Una íntima comunidad de raza, de cultura y de comercio las unía por sobre el territorio común, todavía indiviso. Del virreinato del Perú habían bajado casi todos los pobladores españoles del noroeste argentino, de tal suerte que las más viejas familias del Tucumán remontaban su filiación a antecesores comunes con las familias de la burguesía altoperuana. Todo ello explica la facilidad de fusión que en el nuevo medio hallaron los proscriptos de nuestras provincias septentrionales.

Teatro de la epopeya emancipadora había sido aquella frontera del norte. Las batallas internas de nuestro ciclo heroico, llevan nombres de esa región: Tucumán, Salta, Jujuy, los cien combates de la quebrada de Humahuaca, y más allá Suipacha, Huaqui, Ayohuma, — tierra toda ella regada con sangre argentina. Al azar de victorias y desastres, la población civil de dichos pueblos pasa y repasa la frontera en un continuo vaivén de mar agitado por la tormenta: ora son patriotas altoperuanos que vienen a buscar refugio en el Tucumán, porque han triunfado los realistas; ora realistas salteños que van a buscar asilo en el Alto Perú, porque han triunfado los patriotas. La transfusión indígena y colonial continúa, pues, en tiempos de Belgrano y de Goyeneche, de Olañeta y de Güemes, acentuando la comunión de ambos pueblos en su génesis patria.

Producida la independencia, creada por Bolívar, su héroe epónimo, la nueva nacionalidad boliviana, el orgullo político estableció sus diferencias al formarse estos dos gentilicios: argentinos y bolivianos, pero no borró en la vida social la unidad americana de ambas historias. Por un rastro de sangre gloriosa, por un camino en que eran hitos nombres de antiguas victorias en la gesta común, seguirían los pros-

criptos argentinos, seguros de no extraviarse, cuando dejaran su patria inhospitalaria y fueran a buscar una patria de adopción en las ciudades del pueblo hermano.

Dos grandes emigraciones liberales se produjeron en las provincias del Norte después de la fundación de Bolivia: una es la que en 1828 sigue a la caída de Rivadavia y a las invasiones de Facundo en Tucumán, Catamarca y Salta; otra la que en 1840 sigue a la inmolación de Avellaneda, al desastre de Lavalle, al fracaso de la Liga del Norte contra la tiranía. La primera es una emigración de tipo «unitario», con el doctor Gorriti por guión, sincrónica a la de Florencio Varela en Buenos Aires. La segunda es una emigración de tipo «romántico», por decirlo así — gemela de la que siguió en el Plata al fracaso de la Revolución del sur y a la dispersión de la Asociación de Mayo.

Gobernaba la provincia de Salta el doctor don Juan Ignacio de Gorriti, político y pensador a quien ya conocemos (1). Güemes había muerto ya; los unitarios ya habían caído en Buenos Aires. Llegó entonces Facundo con su montonera, y «el general de los Andes» (como se decía), que venía triunfando desde Cuyo en todas las provincias andinas, entró vencedor en el Tucumán, hasta apoderarse de Salta, la más aventajada ciudad de aquella frontera. Gorriti y sus hermanos se expatriaron entonces a Bolivia, dejando al país presa de «la barbarie gaucha», y llevando consigo el arca que guardaba las tradiciones de la revolución de Mayo, en cuyos días augurales Gorriti militó con denuedo. A su lado iban el general Arenales y el doctor Bustamente, poco antes también gobernadores, y los unitarios y los restos del patriciado revolucionario. Gorriti halló consideración en Bolivia: allá escribió sus *Reflexiones;* allá fué el precursor, como Varela en Montevideo: allá fué el maestro como Sarmiento en Chile: allá fué el patriarca a quien se acercaron con respeto los proscriptos de la generación siguiente: allá murió, en fin, doce años más tarde, y sobre su tumba derramaron lágrimas y pronunciaron oraciones, argentinos y bolivianos unidos por la fraternidad de un gran dolor (2).

Después de aquella emigración de 1829, vino la de 1841. Marcos Avellaneda, miembro de la Asociación de Mayo, poeta y gobernador,

(1) Véase el párrafo IV del Capítulo Preliminar de este volumen, dedicado a Gorriti y a su libro *Reflexiones*, escrito en la época de su destierro boliviano.

(2) Véase en la Biblioteca de la Universidad de La Plata, las oraciones fúnebres indicadas por Zinny en su *Catálogo* de 1887.

acababa de ponerse, con Tucumán, a la cabeza de la Liga del Norte. Derrotada la Liga, huía hacia la frontera boliviana, cuando, alcanzado en Metán, cayó víctima de las seides de Oribe, en la forma que ya conocemos. Lavalle, entretanto, derrotado también en el Litoral, corría hacia Bolivia, cuando encontró la muerte accidental en Jujuy, que desbarató del todo la empresa. Su cadáver fué transportado a lomo de mula hasta Potosí, por una escolta en que con otros iban — cruzados de una orden caballeresca — Félix Frías, Benjamín Villafañe, Pedro Echagüe, jóvenes escritores. Con el cadáver del emigrado muerto, se marchaban los nuevos emigrados, la tradición heroica de la independencia y la esperanza liberal de la nueva generación. Así terminaron por verse expatriados en Bolivia los últimos sobrevivientes de la independencia en el norte: el doctor Gorriti, su hermano el coronel don José Ignacio, que fué del ejército de Belgrano, antiguo abogado de Chuquisaca; el doctor don Teodoro Sánchez de Bustamente, signatario del acta de Tucumán, también abogado de Chuquisaca, y después maestro en Sucre, bibliófilo y escritor, que murió en aquel país y dejó biblioteca y manuscritos, hoy extraviados o dispersos; Pedro del Portal, cuyo apellido era ilustre en el patriciado jujeño; y, por fin, José S. Roca, Crisóstomo Álvarez, Álvarez de Arenales, José de la Quintana, Rudecindo Alvarado y otros jefes del ejército de la independencia, provincianos del norte en su mayoría.

Sobre esos gloriosos restos de «la patria vieja», como la llamaban, llegaron los restos de «la nueva patria», que los jóvenes aspiraban a constituir. Quedaba a sus espaldas la tierra argentina sembrada de patíbulos. Sacrificado Lavalle, vencidos Paz y Lamadrid, degollados Castelli, Cubas y Avellaneda; asesinado Maza; muerto el coronel Mariano Santibáñez, caudillo del alzamiento en Jujuy; tronando el escarmiento en San Nicolás, en Buenos Aires, en Cuyo, la hora de la dispersión había sonado para los jóvenes soñadores a quienes inspiraban ya las enseñanzas de Echeverría. Así fueron llegando a Bolivia los nuevos proscriptos, los de 1840: Benjamín Villafañe, Facundo de Zuviría, Salustiano Zavalía, Marcos Zorrilla, Dámaso Uriburu, Segundo Roca, José Posse, Crisóstomo Álvarez, Gerónimo Helguera, Domingo Saravia, Wenceslao Paunero, los Alvarado, los Frías, los Garmendia, y otros, tucumanos, jujeños y salteños en su mayoría. También estuvieron accidentalmente en Bolivia los porteños Bartolomé Mitre, el catamarqueño Pedro Agote, el salteño Gregorio Beeche, y otros a quienes he recordado ya al escribir sobre los proscriptos de la escuela cuyana en Chile.

Casi todos los nombrados ejercieron el periodismo y la enseñanza. Los más volvieron, cuando Rosas cayó, a desempeñar funciones de gobierno en el país reconstituído, ya en la Constituyente, ya en el ministerio y Congreso del Paraná. Pero tres interesan particularmente a la historia literaria: Benjamín Villafañe, Félix Frías y Pedro Echagüe—tres escritores semiolvidados, de quienes quiero tratar en los siguientes parágrafos, separadamente, supliendo así a la escasa notoriedad actual de sus nombres o a la poca divulgación actual de sus libros. Los tres, además, aparecen reunidos junto al cadáver de Lavalle, en aquel fúnebre cortejo que condujo a Bolivia, por la quebrada de Humahuaca, los restos del patricio.

II

Benjamín Villafañe nació en Tucumán el 30 de marzo de 1819, en el seno de una familia colonial que ya se había hecho notoria antes de la independencia. Como casi todos los provincianos de su época, no tuvo otra escuela que la del convento local, pues alcanzó sus años de adolescencia cuando la tiranía llegaba a su apogeo. Espíritu inquieto y sensible, debió comprender como pocos, desde muy temprano, la fatalidad que pesaba sobre su país, creando, para muchos jóvenes como él, un destino contrario a su vocación. Veinte años escasos contaba Villafañe, cuando a mediados de 1839, hallándose en San Juan, conoció a Quiroga de la Rosa, que venía de Buenos Aires, después de haber fracasado la Asociación de Mayo y la revolución de 1839. Algunos de los del grupo iniciador, como Gutiérrez y Alberdi, hallábanse refugiados en Montevideo; pero Quiroga de la Rosa iba ardido de fe en la doctrina de Echeverría y cargado de libros románticos, que sirvieron para encender en Cuyo el nuevo hogar. Ya hemos visto en un capítulo anterior cómo acogieron en San Juan la buena nueva aquellos otros jóvenes que se llamaban Sarmiento, Aberastain, Cortines y Laspiur. No tardó Villafañe en volver a su provincia, y allí concertó su pensamiento con ese otro espíritu gallardo que se llamó Marco Avellaneda, quien, a la sazón, desempeñaba el ministerio de gobierno. Pasó Villafañe a la frontera de Salta, por menesteres particulares, dejando a la juventud de Tucumán preparada para la nueva empresa, cuando a los pocos días recibió de Avellaneda un billete, en el cual, llamándole por su

apodo familiar, le decía: «Querido Chulquito (1): El gobernador Piedrabuena, contando con su decidida voluntad en favor de nuestra causa, acaba de expedir un decreto nombrándolo comisario de guerra para el ejército que luego entrará en operaciones contra nuestro buen amigo el *Restaurador*. Desocúpese luego y venga. Lo esperamos.» Preparábase nada menos que el alzamiento de las provincias del Norte contra la tiranía, rebelión que terminó con el desastre contado por Echeverría en uno de sus poemas.

A partir de aquel momento, Villafañe se convierte en un hombre de acción, que ciñe espada, que corre el azar de las batallas, que alterna en los campamentos con Lavalle, Lamadrid, Acha, Pedernera y otros campeones de la guerra civil. Y él, que en 1839, a la caída del gobernador Heredia, había publicado un opúsculo intitulado: *Rápida ojeada sobre la pasada época*, entra en la falange de la guerra con reputación literaria, y a la par que combate, escribe proclamas. Al empezar la campaña del Norte, Lamadrid, que gustaba de redactar sus manifiestos, declina, sin embargo, en el joven el encargo de escribir el que debía preceder su partida: «Pórtese como se ha portado al escribir la *Ojeada*», —le decía al darle esa comisión. Cuando Villafañe le entregó la hoja escrita, el general exclamó: «Desde hoy es usted no sólo el comisario sino también mi secretario» (2). Y cuando la campaña finalizó en Cuyo con el desastre de Mendoza, redactó Villafañe, en vísperas de la definitiva dispersión, un *Manifiesto a la emigración argentina en Chile* (la cual los auxiliaba en la lucha), documento que terminaba con estas palabras: «Nuestra vanguardia ha desaparecido; pero su sombra terrible vive aún y nos precede como un presentimiento afortunado.» El énfasis de la frase final, tan acorde con la sensibilidad romántica de la época y con el temperamento de su autor, encubría, apenas, con su velo retórico, la realidad del desastre. Pocos días después, Lamadrid derrotado, con Villafañe y otros a su zaga, atravesaban la cordillera, buscando refugio en tierra extraña.

En la vertiente chilena de los Andes, la «comisión de los emigrados argentinos» los esperaba con auxilios. Allá volvió Villafañe a encontrarse con Sarmiento, y debieron los dos amigos recordar aquella noche de 1839, cuando llenos de esperanza, se conocieron en San Juan y or-

(1) *Chalco* o *chusco* llaman en las provincias del norte al hijo menor.

(2) *Reminiscencias históricas*, página 139.

ganizaron la « Asociación de Mayo », y adoptaron como profesión de fe las « Palabras simbólicas » del *Dogma*. No estaban todavía en Chile, ni Mitre, ni Tejedor, ni Gutiérrez, ni Gómez, ni Piñero; pero ya estaban, junto a los héroes viejos (Las Heras y Godoy Cruz), los héroes nuevos de la emigración antirrosista, entre ellos Vicente F. López, a quien Villafañe había conocido en Córdoba, donde redactara *El Estandarte*. Y cuando Sarmiento, en la vejez, escribió las siluetas de los proscriptos que he mencionado en otro lugar de esta obra, el nombre de Benjamín Villafañe no faltó en sus recuerdos, y le dedicó estas palabras que resumen en breve rasgo su carrera : « Benjamín Villafañe. De Tucumán. Escritor distinguido, secretario del general Lamadrid en su campaña de Cuyo de 1841. En el destierro se dedicó a la enseñanza. Ministro de gobierno en Salta y en Tucumán. Fué gobernador de la última en 1861, senador al Congreso y rector del Colegio nacional de Tucumán » (1). Éste ha sido, pues, uno de los patricios de la emigración ; uno de los tantos varones de pluma y de armas que en la proeza colaboraron y a quienes se ha olvidado con injusticia, dejándolos perderse en esa penumbra que empieza donde termina el resplandor de aureola que rodea la cabeza de otros más afortunados. Entre la equívoca figura de Rivera Indarte, por ejemplo, y ésta de Villafañe, grande en abnegación, lealtad e ingenio, la fama se ha olvidado de quien mejor la mereció.

Fig. 33. — Benjamín Villafañe

Durante los breves días de estancia en Chile, algunas damas organizaron una fiesta de caridad para socorrer a los fugitivos, y Villafañe recordaba, en su ancianidad, que en la prorrata le tocaron *veinte reales*, que el editor de *El Mercurio* le entregó riendo y que riendo recibió el emigrado, diciéndole que los guardaría como reliquia (2). Mejor auxilio en armas y dinero lograron más tarde, con el objeto de que partieran por agua a un puerto del norte, para entrar por Bolivia en procura de Lavalle, que había quedado en Salta con una parte de su tropa.

(1) Sarmiento, *Obras completas*, tomo XIV, página 401.

(2) *Reminiscencias históricas*, página 241.

« Al separarnos — dice Villafañe en sus memorias, — Sarmiento quiso poner en mi faltriquera una onza de oro, a la que añadió una linda casaca de capitán y una espada. La moneda de oro desapareció de mi chaleco el día que desembarcamos en Cobija » (1). Que así se desarrolló esta larga lucha contra la tiranía, en bella fraternidad de las armas con las letras y en dramáticas alternativas entre la miseria y el heroísmo.

Inspirado por aquellos recuerdos, Villafañe escribió en la última época de su vida, su libro *Reminiscencias históricas*, principal título entre los varios con que tiene derecho a figurar en la historia de nuestra literatura. Pertenece esta obra al género de las memorias personales, con todos los defectos de que suelen adolecer en punto a la verdad del detalle o a la integridad del acontecimiento exterior; pero con todas las calidades de emoción y colorido que suele comunicarles la posición confidencial en que el autor se coloca. Y a fe que para sobresalir en él, Villafañe contaba con dos cualidades excelentes: retentiva y sinceridad, que juntas aseguran la fidelidad del testimonio, más la prosa cálida y flúida, que perfecciona el interés del relato.

Refiere Villafañe en dichas *Reminiscencias* sus aventuras militares con Lamadrid antes del desastre de Cuyo, y las que siguieron al desembarco en Cobija, cuando volvió a reunirse con Lavalle en el norte. Traza animados retratos de estos dos generales y de sus conmilitones: Crisóstomo Álvarez, que vencía él solo una montonera; Lorenzo Álvarez, que al sentirse herido de una metralla, tuvo tiempo de arrojar al aire su gorra, gritando: « ¡Viva la patria! ¡Viva la libertad! »; de Acha y Avellaneda, que murieron brutalmente degollados; y pasan otras figuras, raudas como el galope de sus acometidas: Baltar, Burgoa, Sardinas, Herquíñigo, Piñero, y tantos más, en contraste con la sombra lejana de los déspotas — Rosas, López, Ibarra, — ausentes del campo donde sus adversarios se inmolaban. Allí mismo, en las amenas páginas de su libro, refiere Villafañe cómo seducía Lamadrid a la hueste con sus vidalitas, y cómo aquellos gauchos entraban en las batallas cantando coplas a la libertad. Describe, en fin, el hambre de las dispersiones extraviadas, en una de las cuales él se encontró, y la muerte trágica de Lavalle, cuyos restos llevaron con Félix Frías a Bolivia. Y aquel libro, cuyas páginas tienen el colorido de nuestras guerras civiles, empieza con las *Palabras simbólicas* de la « Asociación de Mayo », la fe de sus veinte años, por la cual desde 1839 combatiera, y concluye con el enig-

(1) *Reminiscencias históricas*, página 241.

ma de Rosas, considerándolo él también como un fruto de la realidad argentina, de donde deriva que la anarquía o el despotismo son las únicas formas políticas de las democracias sin cultura.

Emigrado a Bolivia en 1842, después de la muerte de Lavalle, no encontró en Potosí favorable ambiente, y se trasladó a La Paz, donde fué nombrado profesor de francés y de geografía en el Colegio nacional. Posteriormente fundó en Bolivia un liceo; y cuando regresó a su país reconstituído, confiósele el cargo de rector y director de estudios en el Colegio nacional de Tucumán, recién fundado, y en él permaneció de 1865 a 1870, desempeñando a la vez la cátedra de filosofía. En 1880 volvió a servir en la enseñanza como rector del Colegio nacional de Jujuy, donde también profesó como catedrático hasta 1888, en que fué jubilado, por espontánea iniciativa del gobierno.

Villafañe redactó en Bolivia *El Observador*, con Félix Frías y otros argentinos, y *La Época*, periódico de Wenceslao Paunero, quien se había casado con una hija del presidente Ballivián, protector de los emigrados. En *La Gaceta* publicó un estudio sobre *La mujer americana* y la fantasía romántica *Impresiones de una mañana*, que reprodujo la *Revista del Paraná*. En Chile redactó *El Mercurio*. Al volver a la Argentina, residiendo en Paraná como senador por Jujuy, se encargó de *El Nacional Argentino*, donde predicó la unión de Buenos Aires a las provincias confederadas. Combatió a los caudillos que subsistían como resabio del antiguo federalismo rosista — poderes de hecho aceptados en el Acuerdo de San Nicolás. — pero también combatió a los separatistas de Buenos Aires.

Al saber en Bolivia, donde residía desde diez años atrás, que Rosas había sido derrocado y que Urquiza acababa de promulgar la Constitución, volvió gozoso al país que abandonara en 1841 cuando el fracaso de la Liga del Norte, primer gran alzamiento de las provincias contra la tiranía que empezaba.

Su primer acto público, al regresar del destierro boliviano (1854), fué publicar en Salta su opúsculo *Caudillos y principios*, que hería de frente el problema de aquella hora, oponiendo la Constitución ya sancionada (expresión de los principios por los cuales habían combatido quince años) a las pasiones o intereses personales que pudieran obstruir el éxito de esos principios, cifrados ya en la Constitución.

En 1856 dió a luz su libro *Orán y Bolivia a las márgenes del Bermejo*, que fué reproducido por *El Nacional Argentino* del Paraná, órgano de la Confederación; libro citado por Martín de Moussy, que en su *Descrip-*

tion géographique lo elogia como trabajo excelente, y por el doctor Pablo Mantegazza que, en sus *Cartas médicas sobre la América del Sur*, pondera la exactitud de sus cifras y el brillante ingenio de sus descripciones (1).

Benjamín Villafañe pertenece a ese linaje de nobles patriotas que fueron decoro de su generación, y que se caracterizan por el romanticismo fervoroso con que practicaron la vocación de la libertad, tanto como por la fe reflexiva con que fiaron en los poderes de la inteligencia para transformar la originaria rudeza de nuestros pueblos. Por eso cuando dejó de combatir con las armas, que la fatalidad puso en sus manos de ciudadano, fué para combatir por la palabra, como los grandes paladines de su época. La escuela, el periodismo, el parlamento, le tuvieron por maestro eficaz, en el sucesivo teatro que le señalaron los acontecimientos de su patria.

III

Sarmiento en la vejez, recordando a sus compañeros de proscripción, ha trazado, entre otras siluetas más breves y menos compendiosas, una de Félix Frías, con la cual deseo empezar este parágrafo porque resume y anticipa cuanto de Frías me propongo decir: «Literato, secretario del general Lavalle, escritor en Bolivia y en Chile, coronel boliviano en Valparaíso, diputado a la Convención y al Congreso argentino, mostró dotes elevadísimas de orador austero y ardiente. Ministro plenipotenciario en Chile, estableció las bases de la cuestión de límites. Su nombre está mezclado a la tierna leyenda del general Lavalle, cuyos huesos llevó consigo maternalmente a Bolivia para salvarlos del ultraje a que los destinarían los caníbales que sacaron correas del cuero de Avellaneda. Su patriotismo, como sus ideas religiosas, excitadas por un espíritu apasionado, lo llevaron hasta el fanatismo; pero su moralidad ejemplar y su lealtad de bandera, lo hacían el amigo de los que no lo seguían en sus últimas exageraciones ultramontanas» (2). Esta

(1) Sabemos que la Universidad de Tucumán proyecta la reedición de *Reminiscencias históricas*, y sería de desear que completase su empresa con la reedición de los otros libros y trabajos menores de Villafañe en la prensa, la enseñanza y el parlamento.

(2) Sarmiento, *Obras*, tomo XV, página 373.

silueta es fiel en sus noticias y en sus juicios. Los datos que en ella se refieren a nuestra historia política, tales como la actuación parlamentaria y diplomática de Frías, queda en cierto modo fuera del plan de mi libro; pero ha sido documentada en la colección de las obras de Frías, comentada por Pedro Goyena, su crítico, y Santiago Estrada, su biógrafo (1). No me detendré yo sino en lo que se refiere al publicista liberal de la expatriación y al polemista cristiano de la organización nacional.

Frías nació en hogar porteño (bien que su padre fuese oriundo de Santiago), y por haber nacido en Buenos Aires y haberse educado en el Ateneo de don Pedro de Angelis y en la Universidad, fraternizó desde niño con muchos de los que fueron más tarde sus compañeros de credo y expatriación. Eduardo Azevedo, Miguel Esteves Saguí, José Tomás Guido, Ventura Bosch, Carlos Tejedor, Vicente Fidel López, Nicolás Mariño y José Rivera Indarte, fueron sus condiscípulos. López, en su *Autobiografía*, habla de él como de un íntimo amigo de juventud; Echeverría, en su *Ojeada*, lo menciona ya en 1845 como un hombre notorio a la par de Sarmiento; y Alberdi, en sus *Memorias*, lo recuerda al dar noticias sobre los emigrados de Montevideo y la campaña de Lavalle. Puede decirse que con esta campaña se inicia en 1839 la carrera cívica de Frías como hombre de acción, en defensa de los mismos ideales proclamados por él en 1837 como fundador de la Asociación de Mayo, donde se inicia su carrera intelectual. En el resto de su vida, hasta su muerte (1881), supo mantenerse fiel a la gloria de aquellos episodios augurales, lo mismo en los fracasos de la expatriación que en los éxitos del gobierno.

Fig. 34. — Don Félix Frías

Apenas llegado a Chile, Frías publicó *La gloria del tirano Rosas*. « Yo he nacido en este último país, pero no resido en él » — dice allí refiriéndose a la Argentina. « Desde el momento en que mi razón se des-

(1) Véase: Félix Frías, *Escritos y discursos* (4 tomos, edición Casavalle, Buenos Aires, 1884); Pedro Goyena, *Félix Frías*, estudio crítico y biográfico, que sirve de introducción a los *Escritos y discursos* (tirada aparte de 120 págs.); Santiago Estrada, *Félix Frías*, biografía (211 págs.) incluída esta última en las « Obras completas » de S. Estrada.

arrolló lo bastante para enseñarme mis derechos i mis deberes de ciudadano arjentino, comprendí que bajo el réjimen del despotismo ninguno de mis derechos sería respetado, y que ninguno de mis deberes se ligaba a su obediencia. Desde entonces abandoné mi país i mi familia. No tuve que abandonar a mis amigos, porque todos ellos emigraron también» (*op. cit.*, pág. 2). La claridad rotunda de la frase armoniza con la sobria elocuencia de la idea y el gesto viril de la actitud: rasgos que definen las palabras y la conducta de Frías durante toda su larga actuación.

Las obras de Frías, según ya dije, han sido compiladas en cuatro volúmenes (1884), bajo el título de *Escritos y discursos*, que apenas da idea de los dos géneros literarios que cultivó. Frías ha sido panfletista y orador, ambas cosas en grado eminente. Ya en el opúsculo de combate o en la oración de controversia, resplandecen su talento, su erudición, su sinceridad, su valentía, su dialéctica, siempre triunfantes (1). Dos órdenes de temas ha tratado en sus obras: el problema político y el problema religioso en las democracias de América. A la unidad del estilo y de la vida, agrega su autor la consecuencia de su doctrina, pues habló siempre como un demócrata y un cristiano.

Sus principales obras sobre el problema patrio son: *La República Argentina* (Valparaíso, 1847), *La gloria del tirano Rosas* (Valparaíso, 1847), *El juicio de Rosas* (Buenos Aires, 1857), *Ley de tierras* (Buenos Aires, 1858), *Revisión de la Constitución nacional* (Buenos Aires, 1860), *Federalización de Buenos Aires* (Buenos Aires, 1862), *Libertad de enseñanza* (Buenos Aires, 1878). A estos trabajos, en los cuales cada tema es un episodio de nuestra evolución democrática, podríamos agregar otros de carácter menos combativo, como por ejemplo: *Comercio de Bolivia* (Valparaíso, 1845), *Última enfermedad y muerte del general San Martín* (París, 1850), *Muerte del arzobispo de Bogotá* (París, 1852), *Las ruinas de Mendoza* (1860), *Enterrar los muertos*. Y ya se trate de páginas meramente descriptivas o doctrinarias, como algunas de las anteriores, el luchador aparece siempre, apóstol que ha sido maestro, cuya elocuencia de emoción viril nunca fué sensiblería y cuya doctrina de apostólica unción nunca fué sectarismo.

Sus principales escritos y discursos sobre el problema religioso son los siguientes: *El cristianismo católico* (Valparaíso, 1844), *La santificación del domingo* (París, 1850), *El derecho de Patronato* (Montevideo, 1861), *La sepultura eclesiástica* (Buenos Aires, 1863), *Enseñanza de la*

(1) En este sentido es famoso su discurso sobre el enjuiciamiento de Rosas.

religión en las escuelas del Estado (Buenos Aires, 1864), *El liberalismo revolucionario y el matrimonio civil* (Buenos Aires, 1867). Santiago Estrada ha resumido el carácter de esta serie bibliográfica en las siguientes palabras: «El dogma católico, la filosofía cristiana, las especulaciones contrarias, su influencia social, su rastro histórico, la disciplina de la Iglesia, el Patronato, la sepultura eclesiástica, el matrimonio religioso, la enseñanza del Catecismo en las escuelas públicas, todo lo que forma en nuestros agitados días el blanco de los ataques del racionalismo y el positivismo, condensado, explicado, puesto al alcance de todos, forma la materia de estos folletos, en los cuales el hombre estudioso encontrará guías seguras que le conducirán a las fuentes históricas, filosóficas y literarias, y el combatiente hallará toda clase de armas que esgrimir, menos las enherboladas que el derecho de gentes coloca a la cabeza de las prohibidas, en las guerras de las naciones cultas. Recorriéndolos, el hombre de imaginación también comtemplará, como desde elevadas cumbres, todo el campo de batalla de la humanidad» (*op. cit.*, pág. 95). En efecto, la antedicha serie de panfletos y discursos forma el alegato vehemente de Frías a favor de la influencia cristiana en las democracias de América. Por ellos fué llamado «el fraile Frías». En medio de una generación liberal, defendió de terribles adversarios el arca de su fe religiosa. Continuaba en él la tradición de Gorriti, como la suya propia habría de perdurar en José Manuel Estrada. Sólo la evidente sinceridad de su credo y la austeridad notoria de su vida, pudieron abroquelarlo en la refriega. Hasta sus mayores contradictores en ideas, como Sarmiento y Mitre, dejaron siempre a salvo el respeto y la admiración que les inspiraba su persona.

El 9 de noviembre de 1881 fallecía en París don Félix Frías, quien, al partir enfermo de Buenos Aires, en abril del mismo año, había redactado su testamento que empieza con estas graves palabras: «En el nombre de Dios Todopoderoso, yo, Félix Frías, hijo legítimo de los finados cónyuges don Félix Ignacio Frías y doña Luisa Molina, nacido en esta ciudad de Buenos Aires el 12 de marzo de 1816, declaro que este pliego contiene mi testamento. Muero en la Religión Católica, Apostólica, Romana, en que tuve la dicha de nacer y a la que he procurado mantenerme fiel durante mi vida. Confío, para obtener el perdón de mis pecados, en la misericordia del Salvador, y en la intercesión de su Inmaculada Madre, y recomiendo a mi familia conserve el tesoro de la Fe, para satisfacción propia y ejemplo de los demás. Deseo ardientemente que los hombres que gobiernen en adelante este país

no olviden que, sin el auxilio divino, no les será dado apartarlo de la anarquía, que tanto nos ha dañado, y que tanto puede comprometer su porvenir. Siempre estuve persuadido de que sin creencias ni costumbres cristianas, no hay República posible. Prohibo expresamente que se pronuncien discursos en el Cementerio, donde sólo deseo que se oigan las preces del Sacerdote.» Así fué enterrado en Père Lachaise.

Frías murió con la misma grandeza moral con que había vivido. Aquel joven a quien Echeverría, en su *Ojeada*, consagra como colaborador suyo en las primeras discusiones del *Dogma* (1), y a quien Alberdi consagra en sus *Memorias* por la lealtad con que acompañó a Lavalle desde las proclamas de la víspera, que él redactó, hasta las plegarias del desastre – que suyas fueron al enterrar las cenizas del héroe, — es el mismo que inicia su carrera de publicista en Sucre redactando *El Fénix boliviano* y la reanuda en Chile redactando *El Mercurio*, para continuarla, con ejemplar rectitud, desde su varonil panfleto *La gloria del tirano Rosas*, hasta las palabras de su propio testamento donde vuelven a juntarse, como en el prez de un solo ideal, los nombres de Dios y de la patria, que fueron el culto de su vida.

IV

Entre los pocos argentinos que, después de la tragedia de Jujuy, condujeron los restos de Lavalle a Bolivia se contaba don Pedro Echagüe. Se ha dicho que los sicarios de Rosas buscaron el cadáver del caudillo para degollarlo, pues deseaban su cabeza, junto a las de Castelli, Cubas Avellaneda, y otras víctimas de ese odio tenaz. Echagüe fué, como Félix Frías, piadoso guardián de aquella reliquia, y juntos fueron a darle piadosa sepultura en tierra extraña, lejos de las pasiones que profanaban hasta a la muerte en la tierra natal. Con ese gesto de amor en medio de la tragedia, comienza la expatriación de Pedro Echagüe, patriota y escritor injustamente olvidado (2).

Echagüe era porteño de origen, pero, radicado en San Juan, fundó

(1) *Dogma socialista*, edición de la *Biblioteca Argentina*, páginas 44 y 77.

(2) Sobre el entierro de Lavalle hay varios testimonios. Véase: *Villafañe op. cit.*; Lamadrid, *Memorias*, y la carta de Félix Frías a la viuda del general.

allá su familia y se asimiló a la vida provinciana. Su actuación ha pasado casi toda lejos de los grandes centros de la actividad argentina, y no poco de ella en el destierro, razón que en parte explica la poca fortuna de su fama. Pero de aquel nuevo ostracismo, que es el olvido póstumo, ha ido a rescatar su memoria un hijo suyo, Juan Pablo Echagüe, escritor él mismo, a quien debo los pocos datos que puedo ofrecer sobre esta vida, y estas noticias sobre su obra, de la cual se anuncia una próxima reedición.

La vida pública de Echagüe, según los datos a que antes me he referido, pudiera resumirse así: «Ciudadano armado en Córdoba y afiliado voluntario al batallón de dicha provincia que se incorporó a la división que mandaba Lavalle contra Rosas. Sus servicios en esta división le valieron varios ascensos hasta el grado de capitán. Secretario del general Acha, en su campaña sobre Santiago del Estero. Jefe de un convoy de armas y municiones, consiguió salvarlo en la sorpresa de Sancala. Este hecho le fué premiado con el grado de sargento mayor. Edecán del general Lamadrid, quien le encargó varias misiones de confianza. Incorporado al cuadro de oficiales que acompañaron a Lavalle a Tucumán, combatió en los campos de Famaillá y fué uno de los pocos argentinos que después de este contraste traspusieron las montañas llevando los restos de Lavalle para sepultarlos en tierra boliviana, adonde descansaron hasta su repatriación. Voluntario en Cepeda a las órdenes de Mitre, quien le encomendó varias misiones de confianza. Visitador de Escuelas más tarde en San Juan. Este puesto fué creado por Sarmiento para don Pedro Echagüe, quien, desde él, prestó importantes servicios a la educación. Jefe del detall de la división que mandaba el general Arredondo en la campaña contra el Chacho, cargo que le fué confiado por Sarmiento, director de esta campaña. Ministro de gobierno e instrucción pública en la Rioja, durante el gobierno de don Manuel Bustos. Redactor de varios diarios en el interior de la República, en particular de *El Zonda*, fundado por Sarmiento.» A estos servicios públicos, corresponden, en la vida privada, las emociones dramáticas y el ideario romántico que constituyen el ambiente de aquella generación.

Echagüe fué militar, acaso más por accidente que por vocación, como Mitre lo ha confesado de su propia carrera. No tuvo otro origen la acción armada de hombres como Villafañe, Frías, Gutiérrez, y para comprender hasta dónde llegaba el imperio de esa necesidad, basta imaginárselos a Alberdi o a Echeverría armados dentro de las murallas de

Montevideo. ¡Todavía el caso de Sarmiento se comprende, porque además de escritor, ese era por temperamento un capitán!

La carrera burocrática o civil de Echagüe no ofrece tampoco mayor brillo, y hasta su obra periodística se nos antoja secundaria: pero es el escritor, precisamente, el que atrae la simpatía, singularizándolo con ese rasgo en el medio provincial sin estímulos, o en la vida precaria del campamento y del destierro. Echagüe compuso dramas, comedias, poesías, y casi no dan ganas de juzgar su mérito cuando el mérito del autor consistía en el solo hecho de intentarlo, pues a tanto llegaba la falta de tradiciones, de ejemplos y de ambiente.

Las más personales obras de don Pedro Echagüe son las que se intitulan *Apuntes de un proscripto* (tres volúmenes), relato en que el autor cuenta las peripecias de su vida durante los años que vivió emigrado en Chile, Bolivia y Perú; y *Mártires argentinos* (con una carta prólogo del general Mitre), libro que participa de la memoria y de la novela, donde relata el autor hechos históricos en que le tocó actuar durante la tiranía de Rosas (1). Ambas ofrecen innegable interés como documento histórico, por el carácter de la época y el valor del testigo.

Además de la crónica, Echagüe cultivó la novela, el teatro y la poesía lírica. Al género de los relatos novelescos pertenecen: *Un lego de San Francisco*, *Amalia y Amelia*, y *La Chapanay*, auténtica narración, esta

(1) La carta de Mitre, prólogo del libro *Mártires Argentinos*, dice lo siguiente: «Mi distinguido amigo: He leído con gusto su interesante libro *Mártires Argentinos*, en que los tintes de la imaginación se armonizan con los recuerdos de la historia y los elevados sentimientos de patriotismo que caracterizan esa época memorable de sacrificio, de lucha y de dolor. El hilo novelesco que corre a lo largo de la narración histórica es tan tenue, que apenas sirve de guía para seguir los sucesos, apareciendo entre nieblas los personajes fantásticos apenas diseñados, como para dar cierta unidad a la obra. Así me parece que la parte novelesca es la más débil y que tal vez ganaría con ser reducida en cuanto fuese posible, o bien desenvolverla dándole toques más vigorosos que la acentúen.

«El verdadero interés del escrito consiste en su parte histórica, que refleja algunos de los inmortales episodios y grandes caracteres de la heroica lucha de la libertad contra la tiranía, en que usted fué soldado de la buena causa y que en sí bosquejan las nobles figuras de Lavalle, de Lamadrid, de Acha, de Avellaneda, y se relatan con animación y exactitud de detalles, las derrotas y victorias de los ejércitos libertadores, la campaña de Tucumán, la batalla de Angaco, la emigración a Chile a través de la cordillera, y otros hechos sobre los cuales nada o muy poco se ha escrito, y que merecen vivir en la memoria de todos.

«Al devolver a usted, su manuscrito y darle las gracias por los grandes recuerdos que en mi alma de argentino ha despertado, me es grato repetirme de usted como siempre, afectísimo amigo y S. S. *B. Mitre*. — Noviembre 22 de 1875.»

última, sobre un gaucho macho-hembra que vivió en San Juan, y que es hoy legendario en el folklore cuyano. Las obras teatrales son : *Tres entidades negativas* (apólogo), *Memorias de un Coronel* (comedia, representada), *Padre, hermano y tío* (comedia en tres actos y en prosa, representada), *Un beso* (comedia en verso, representada en Chile), *De mal en peor* (comedia en verso, representada también en Chile), *Primero es la patria* (comedia en verso, en un acto, publicada por la revista *Nosotros*, en mayo de 1914, con prefacio de la dirección), y finalmente, *Rosas*, drama en verso escrito en 1860 y estrenado en el antiguo teatro de la Victoria, con asistencia del presidente Mitre y de su ministro Sarmiento. La obra lírica de Echagüe hállase reunida en un tomo que se titula *Ecos postreros*, prologado por Olegario Andrade, y cuyos versos ingenuos « fueron escritos (según me dice Juan Pablo Echagüe) cuando su padre, ya viejo y enfermo, residía en San Juan », « olvidado en aquel rincón de la patria que tanto amó ». Las aficiones del escritor por la poesía y la enseñanza hallaron concierto en un *Tratado de declamación*, escrito por encargo del gobierno sanjuanino con fines didácticos.

Como se ve, la lista es importante por su variedad y por su número. Aún falta en ella, la comedia *Amor y virtud*, que figura en el catálogo de la Biblioteca Nacional. El catálogo de las obras adquiridas por Zinny en las provincias para la biblioteca pública de La Plata (1887) enuncia separadamente la bibliografía de Echagüe (pág. 181, núm. 82-92) y aunque nombra casi todas las ya citadas, menciona además *Los niños* (zarzuela escolar, dedicada a Agustín Gómez, en San Juan, 1870) y una comedia sin carátula, que sería menester confrontar con las otras ya conocidas. El catálogo del Museo Mitre, y otros que he podido consultar, nada agregan al índice que dejo aquí formulado (1).

Ante la acción cívica de Echagüe en la guerra civil y ante su copiosa bibliografía, sorpréndeme que Sarmiento, amigo y casi paisano suyo, no le haya dedicado ningún recuerdo, ni siquiera el lacónico de su simple nombre, en la serie de breves medallones que escribió en la vejez bajo el título de *Los emigrados*, y que el nieto editor halló entre los papeles de su abuelo ilustre, incluyéndola después en la edición de sus obras completas. Sarmiento se reconocía cierta infelicidad para rete-

(1) La revista *Fray Mocho* (22 de mayo de 1914) publicó un artículo de J. J. Souza Reilly sobre Echagüe. No conozco ningún otro comentario sobre este escritor, a no ser las palabras con que la revista *Nosotros* precedió la publicación de la pieza dramática *Primero es la patria* (marzo de 1914).

ner nombres propios — y hay constancia de ello en sus *Obras* (t. I, pág. 341); — pero no es el caso de achacar a tal defecto la omisión de Echagüe, pues ya dije en el capítulo VI que olvida a algunos tan importantes como Castro Barros, Sastre y Lavaisse, en tanto que menciona otros personajes menos notorios. Escritas las páginas de *Los emigrados* precisamente para salvar del olvido a tantos compañeros de expatriación, y recordados en ellas, con noble justicia, hasta sus enemigos personales, no se ha de atribuir esta laguna sino a la vejez misma y a lo improvisado de aquellos simples apuntes que, además, quedaron probablemente incompletos.

Otros escritores como Pedro Echagüe serán aquí rescatados del olvido, señalando con ello la hora de reeditarlos y estudiarlos para fijar con más reposada crítica su verdadero mérito. Bien merece este leve tributo de la generación actual, quien contribuyó, como ciudadano y escritor, a labrar la civilización argentina. Trabajador obscuro, colaboró, sin embargo, en una obra inmortal : sirvió a la patria, cultivó las musas, y conoció, él también, las angustias de la proscripción.

Nicolás Avellaneda, en un artículo sobre Rivadavia, ha anotado sus propios recuerdos infantiles, cuando después de la inmolación de su padre y el desastre de Famaillá, su propia familia y otros de las provincias del norte se refugiaron en las ciudades bolivianas. Corrieron para todos largos años de miseria y de angustia. Figuras patricias se curvaron en trabajos obscuros. El general Espejo, en el prólogo de su libro *El paso de los Andes*, rememora con gratitud el nombre del minero que el cerro de Pasco le ofreció un destino, cuando él andaba sin hallar ocupación « que me asegurase la subsistencia — dice — y me salvara de ser gravoso a alguien o de deshonrar mi nombre ». Por tales crujías pasaron todos nuestros emigrados, y para muchos, como para Espejo, Beeche, Villafañe, Fragueiro, Zuviría, el estudio fué un refugio consolador. En la vida difícil o en la muerte azarosa, los papeles de alguno se perdieron, como ocurrió a Bustamante, y el nombre de alguno se desvaneció en el olvido, como a Echagüe ocurrió. Junto a los predilectos del talento o la gloria, cuya obra el tiempo ha respetado, la figura de estos proscriptos menores — huéspedes de Bolivia, — atraen la simpatía póstuma. Son las piedras soteradas del cimiento, en la gravitación del templo ya construído: piedras humildes, tan necesarias como la firme columna y la torre esbelta que resplandecen en la luz.

CAPÍTULO XIV

MONTEVIDEO, « LA NUEVA TROYA »

I. Caracteres de la emigración en el Plata. Los proscriptos del litoral refugiados en Montevideo; su diferencia con el núcleo de Chile. Ambiente de cosmopolitismo, de comercio y de guerra. La ciudad de Montevideo. El sitio de Oribe. Bibliografía del sitio. — II. La prensa argentina en Montevideo. Fraternidad de argentinos y uruguayos: una sola patria. La figura gentil de Florencio Varela. Su vida; sus obras; y su muerte trágica. — III. Principales periódicos de Montevideo en esta época: *El Iniciador, El Nacional, El Comercio del Plata.* Hojas menores: *El Talismán, El Tirteo*, el *¡ Muera Rosas ! La Defensa*, órgano de los sitiadores, « Efemeridografía » uruguaya de Zinny. Carácter de estos periódicos. — IV. Un gran uruguayo amigo de los argentinos durante el sitio: don Andrés Lamas. Su vida, sus escritos; su vejez y muerte en Buenos Aires. — V. Un certamen literario en Montevideo durante la proscripción. El jurado; el dictamen; los jóvenes poetas argentinos.

I

Si Chile fué refugio inmediato de los escritores que emigraban de nuestras provincias andinas, la banda oriental del Plata lo fué para los que huían de nuestras provincias litorales. Errantes primero por la costa del Uruguay, o asilados furtivamente en la Colonia, Mercedes y Maldonado, terminaron por reconcentrarse en Montevideo, cuando las tentativas de reacción liberal fracasaron en la campaña. La ciudad vecina fué sitiada por el ejército de Rosas, en aquel largo asedio, que duró nueve años y que inspiró a Alejandro Dumas el nombre de *Nueva Troya* con que designó a Montevideo en el título de uno de sus libros. Así la proscripción en el Plata, romántica por su ambiente social y

geográfico, tomó un carácter épico que la distingue de su gemela chilena.

Sarmiento, hablando de la campaña de Lavalle, del sitio de Montevideo y de las virtudes de su época, dice: «¡Cuantos caracteres se formaron en aquella grande época, y cuántas formas ha tomado después el pensamiento que parecía común a todos los que tenían un solo propósito por delante!» (1).

El sitio duró desde 1842 a 1851, los nueve años clásicos. El ejército de Rosas, reclutado en las provincias argentinas, con nativos de ellas y muchos uruguayos en sus filas, era mandado por un uruguayo, el general Oribe. Este acababa, con buena parte de esa misma tropa, de probar su adhesión al tirano y su rencor a los unitarios en la campaña terrorista del interior argentino, cuyo signo trágico es la cabeza cortada de Marco Avellaneda. Derrotado el ejército de Montevideo en el Arroyo Grande, su jefe, el general Rivera, repasó el Uruguay, volviendo a la capital. Avanzó el enemigo sobre ella, y concertóse la defensa, con gran concurso de argentinos, bajo el mando del general Paz, allá proscripto. Así vinieron a enfrentarse un ejército argentino al mando de un uruguayo y un ejército uruguayo al mando de un argentino, aunque alternaban gauchos y gringos en la tropa de los dos bandos combatientes. El irlandés Brown, viejo héroe de la independencia rioplatense, mandaba la escuadrilla rosista; el italiano Garibaldi, futuro campeón de la independencia italiana, hostilizaba a Brown en las guerrillas del bloqueo. Por todo eso aquella guerra fué uno de los más complejos y coloridos episodios de nuestras guerras civiles.

Montevideo, la antigua ciudadela española, conservaba sus murallas hacia la parte de tierra, en el cuello de un istmo pequeño que puede verse en el mapa, quedando el resto guarnecido por el mar (fig. 25). En aquel estrecho recinto alzábase la ciudad heroica; y eran suburbio o campaña las playas y colinas por donde hoy se extiende la moderna ciudad. En frente se alza el Cerro famoso, que domina las cuchillas y el mar, sobre la desembocadura del Plata, sitio estratégico por su solidez, su ubicación, su altura. Allí tuvieron núcleo agresor las fuerzas sitiadoras, como en otras alturas circundantes, pues la lucha fué tanto de caballería como de artillería, y de tiempo en tiempo los gauchos de adentro salían de las murallas a pelear con los gauchos de afuera, al galope de sus caballos por la tierra desnivelada. Los intereses del comercio

(1) *Obras completas*, tomo XLV, necrología de don Félix Frías (pág. 343).

francés e inglés, fuertes en aquella plaza, habían augurado cierta protección de barcos de esas banderas, surtos en el río. A pesar de ello, el hambre y la peste arreciaron en la población. Ocupada la campaña por el enemigo, la carne llegó a faltar. Se racionó al vecindario como en un campamento. Y el flagelo de la escasez se unió a las enfermedades y a la zozobra del peligro continuo. Por eso aquella resistencia de nueve años constituye un episodio realmente legendario en nuestra historia (1).

Las inquietudes políticas de Buenos Aires, sus continuas revueltas, su feroz tiranía, habían favorecido el crecimiento de Montevideo. La población había aumentado en los cuatro años que precedieron al sitio, en 22.000 inmigrantes (para citar el dato en números redondos), de los cuales casi 11.000 eran franceses; más de 6000 italianos, y 3200 españoles. El sitio disminuyó la población, pero la ciudad conservó su carácter cosmopolita, como por estas cifras puede verse: orientales, 11.431; franceses, 6324; italianos, 4205; españoles 3406; ingleses, 609; portugueses, 659; brasileños, 492; de otros estados europeos, 183; sin patria conocida, 861; africanos, 1344; argentinos, 2553. Con esos 31.000 habitantes, de los que sólo 11.000 eran nativos, puede inferirse el carácter cosmopolita de la ciudad, a lo cual ha de agregarse la actividad mercantil de un puerto que medraba del bloqueo francés al puerto de Buenos Aires, y del contrabando por el río Uruguay con nuestras provincias interiores. En la ciudadela publicábase un periódico francés, *Le Patriote français*, y otro inglés, *The Britannia*. Tales intereses o ideales explican la presencia de una legión extranjera en las tropas de la defensa; la ayuda de los barcos europeos que navegaban nuestro río: la intervención de cónsules y ministros, franceses e ingleses, en la complicada diplomacia de aquellos nueve años terribles.

Yo no puedo narrar los episodios del largo sitio, ni entretenerme en los pormenores de la acción militar, ni describir a los protagonistas de esa Iliada criolla, porque la extensión del relato requeriría un libro y porque tal asunto escapa al tema de esta historia literaria. Pero no escasean fuentes de información para quienes se interesen por ello. Ci-

(1) Mitre, en un artículo póstumo, dice lo siguiente: « En aquella época Echeverría vivía en un cuarto aislado, triste y desnudo, que bastaba a sus gustos modestos y sencillos, pero que revelaba la penuria del proscripto. Por seguir al ejército libertador del general Lavalle, había abandonado sus escasos medios de trabajo en la campaña del norte de Buenos Aires, y comía, como un soldado raso de la libertad, la ración que se distribuía entonces a los defensores de Montevideo. » *(Obras de Echeverría, op. cit.*, t. V.)

taré en primer término los *Anales de la defensa de Montevideo* (4 tomos, 1883), libro rico en documentos, por don Isidoro De María, testigo y actor de los sucesos; las *Memorias* del general oriental César Díaz, también protagonista de la defensa; *Las agresiones de Rosas*, por Andrés Lamas, obra y autor sobre los cuales volveré más adelante; *Montevideo o una Nueva Troya* (1850) por Alejandro Dumas, narración escrita, según supongo, con datos que en París debió proporcionarle el general Pacheco y Obes; y, finalmente, lo que en sus *Memorias* dicen los militares argentinos Paz y Lamadrid. A todo ello podríamos agregar páginas sueltas de Sarmiento, Alberdi, Varela (F), etc., y el testimonio de la prensa contemporánea, catalogada y resumida por Zinny. Pero como el lector inavisado no pide que se le aturda con abundantes bibliografías, sino que se lo conduzca hacia el conocimiento de los hechos por el camino más fácil, redúzcome a citar nuevamente, como hilo de ese laberinto, los cronológicos anales del señor De María. A partir de esa lección primaria, muchos son, y divergentes, los caminos de la erudición o de la crítica (1).

De tales fuentes surge la visión de lo que fué Montevideo, su campaña, su río, en los años de la emigración argentina. Ambiente romántico y heroico, diverso del de Chile, a los poetas convirtió en soldados, como en el caso de Mitre, y a los soldados en poetas, como en el caso de Ascasubi. En el estrecho recinto de la ciudad sitiada, por nueve años tronó el cañón, por nueve gimieron las prensas. Allá se consolidó, mejor que en parte alguna, el núcleo de resistencia que había de derribar a Rosas; y cuando Rosas cayó, volteado por las armas pero también por las letras, se vió que, en añadidura, aquel episodio «troyano» dejábanos: en el Uruguay, una nación constituída; en el Plata, la libertad de la navegación mercantil; en la Argentina, un concepto humano de la civilización, servido por el temple de guerreros y poetas que volvieron del destierro para realizar ese concepto en su patria.

Formaron en Montevideo el núcleo prestigioso de la primera emigración — la emigración unitaria — los antiguos amigos de Rivadavia:

(1) Como mi libro ha sido compuesto para los que no saben, y no para los eruditos, que se lo saben todo, las omisiones — por otra parte voluntarias — no me hacen padecer. Para los principiantes, a fin de que organicen nociones dispersas, quiero citar aún otras fuentes: *Manual de historia argentina* de V. F. López (II, lec. LV-LXVI); *Ensayo de historia patria*, por H. D. (Montevideo, 1913), trecera parte, página 498-568, con retratos y mapas. Véase también *Rosas y Thiers* por Carlos Pereyra y lo ya indicado al tratar de Rosas en el capítulo VIII.

Juan Cruz y Florencio Varela, Valentín Alsina, Paz, Lavalle, Fernández de Agüero. Luego llegaron los jóvenes de la Asociación de Mayo : Alberdi, Gutiérrez, Frías (F), Echeverría, y otros aún : Mitre, Tejedor, Rodríguez Peña, Posadas (G.), Carrasco (B), Eguía, Madero (S), Piñero (M), Pirán, Hornos, Paunero, Pico, Irigoyen, Domínguez (L), Mármol, Rivera Indarte, Cané, Ascasubi. Fraternizaron con todos ellos, los uruguayos Andrés Lamas, Juan Carlos Gómez, Santiago Vásquez, Acuña de Figueroa, Magariños Cervantes, Adolfo Berro, Pedro Morante, Marcos Sastre, Nicolás de Vedia, Cesar Díaz. Con el valor y el ideal de todos ellos, formóse el núcleo espiritual que anima y engrandece a la ciudad sitiada en su formidable resistencia. Y es la figura, descollante entre todos ellos, de Florencio Varela, prestigioso en la vida por la cultura y en la muerte por el martirio.

II

Florencio Varela nació en Buenos Aires el 23 de febrero de 1807. Hermano menor de Juan Cruz, el poeta de la independencia, podríamos aquí repetir, sobre sus padres, hogar y ambiente doméstico, lo que ya dijimos de su hermano al tratar de él en el tomo de *Los Coloniales* (cap. XIV). Inició sus estudios en el colegio de la Unión del Sud, que Pueyrredón fundara, y los continuó en el Colegio de ciencias morales, fundado bajo la administración de Rodríguez y de Rivadavia. Alcanzáronle así, desde su primera infancia, las emociones heroicas del ciclo revolucionario y las sugestiones liberales de la nueva enseñanza que aquellos colegios iniciaron como reacción contra el viejo tipo de San Carlos y Monserrat. Después de las humanidades, que lo adiestraron en el manejo del latín, hizo estudios jurídicos y sociales. Huérfano a los once años, mostró desde niño espontánea afición por el estudio, que persistió durante toda su vida. Bajo la sugestión de su hermano Juan Cruz, aunque con menor númen que él, cultivó la poesía con devoción ejemplar, sin que las nuevas corrientes del romanticismo lograran apartarlo de sus modelos clásicos. Unitario convencido, defendió la política de Rivadavia, compartiendo los gustos cosmopolitas de aquel período brillante y efímero. Caído Rivadavia, a quien defendiera en la prensa, emigró de Buenos Aires a Montevideo en 1829 : lo alcanzaron allí, diez

años más tarde, los emigrados de la nueva generación. Residió largo tiempo en el Brasil del Imperio (1841 - 1843); viajó por Francia en tiempos de la Restauración (1844); trató a ilustres personajes de la diplomacia, las letras, la política; y, fuése por este roce del mundo o por selecta aptitud nativa que el medio cosmopolita desenvolvió, llegó a ser un espécimen del caballero gentil, tanto por su noble silueta, como por sus dotes intelectuales. Practicaba con facilidad el francés y el inglés; mostraba conocimiento de antiguas y nuevas literaturas; alternaba sus placeres estéticos con sus afanes políticos; y siendo a la vez un hombre práctico y militante, no descuidó jamás el culto de la forma, así en las palabras como en las actitudes. Su cabeza serena traduce aquella armonía interior. Por todo ello ha quedado en la historia de la política argentina como el prototipo del porteño unitario, y en las letras como un clásico a quien llegan desvanecidas las influencias del siglo XVIII, que él no alcanzó, sin entregarse del todo a las influencias románticas del siglo XIX, que lo alcanzaron apenas. Es, en tal sentido, un tipo de transición, pero un tipo de caracteres inconfundibles.

Refiere Sarmiento, en sus *Viajes*, la impresión que Varela dejó en Thiers, con quien Sarmiento hablara también en París, pocos años más tarde. «Preguntóme en seguida — dice — por Florencio Varela, y mi introductor se apresuró a decirle que por él le venía recomendado. Varela había dejado una agradable impresión en su espíritu, y los elogios que en la Cámara tributó a su mérito y la fascinación que su palabra hizo al petate de Mackau, son sin duda timbres de que puede gloriarse un americano. Es Varela, en efecto, no el hombre más instruído que tiene hoy la República Argentina, sino la naturaleza más culta, el alma más depurada de todos los resabios americanos; es el europeo aclimatado en el Plata ya, como aquellas plantas exóticas que, a tres o cuatro generaciones y mediando la cultura esmerada, recobran al fin el perfume y el sabor que les eran originales. Varela ha dejado aquí amigos apasionados y entusiastas, es conocidamente el centro de la acción inteligente contra Rosas en Montevideo, y su contacto diario con todos los hombres notables que tomen la cuestión de aquellos negocios tan complicados, hace valer la influencia de sus modales tan cordialmente cultos, de su espíritu tan sensatamente elevado. Poniendo su nombre al frente de un diario, ha querido, por respeto a sí mismo, ponerse un freno para no ceder a la tentación a que sucumbió Rivera Indarte, de volver injuria por injuria, en aquella lucha en que, contra el razonamiento y los principios, arrojan las pasiones groseras y la violencia. Sobre todo, lo que hace de Varela

un hombre inestimable en la crisis en que tiene que figurar es su posesión completa de los idiomas modernos, que hace de él un intermedio indispensable entre los enviados europeos y los americanos interesados en la lucha. M. Thiers lo había favorecido con una distinción que rayaba en la amistad, y así nos lo expresó una vez (1). »

Durante los años del destierro, fué la figura más visible de la emigración argentina. Los jóvenes que llegaron diez años después, no compartían su tradición ni su doctrina, pero respetaban su nombre y su persona. Dábale gran prestigio su leal amistad con Rivadavia, mantenida en los días del gobierno y en los años del infortunio. Más que la función secundaria desempeñada por él en el ministerio de Relaciones Exteriores, allá por 1825, recordábanse sus polémicas en *El Pampero*, periódico oficial del liberalismo unitario. Después de la caída, habíanle visto en Montevideo luchar con la pobreza y la tiranía, junto a su hermano Rufino, que murió trágicamente, y a su hermano Juan Cruz, que murió minado por dolores del cuerpo y del alma. Casado con la porteña Justa Cané, hermana de Miguel, otro proscripto glorioso, formó una numerosa familia, criada en las inopias de la expatriación. Doctorado en leyes en la Universidad del país vecino, llegó a ser miembro corresponsal del Instituto histórico de Francia y del Instituto histórico geográfico del Brasil. Consejero de la emigración en sus primeras conspiraciones contra Rosas, fué gestor de ella ante cónsules o ministros, y enviado de la « Comisión Argentina » ante las gabinetes de Aberdeen y Guizot, para interesar a las potencias europeas en los asuntos del Plata. Fundador de *El Comercio del Plata*, lo redactó por varios años, e hizo de

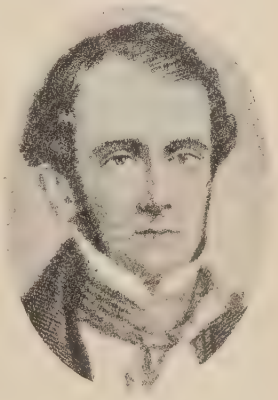


Fig. 35. — Florencio Varela

(1) *Viajes*, tomo I, página 163 (ed. B. Aires, 1854). Véase también : Pereyra, *Rosas y Thiers (op. cit.)*, varios pasajes que aluden a Varela ; Bilbao, *Memorias de Reyes* (especialmente la carta de Lamartine, pág. 317) y Saldias, *Historia de la Confederación*. Este episodio de la misión Varela y de la intervención europea en los asuntos del Plata, es uno de los más delicados en nuestra historia.

En cuanto a la persona de Varela, tal como Thiers lo recordaba, es un tipo de porteño que después ha reaparecido en la vida social con don Juan Cobos y en la vida política con Roque Sáenz Peña.

él un órgano de cultura y de combate, que en la misma página publicaba censuras partidistas, y ensayos históricos y críticas literarias. Por tales predicamentos los proscriptos se acercaron a él, y aunque no compartieran su tradición ni sus ideas, todos lo respetaron como al portaestandarte de la emigración argentina en la ciudad sitiada. Hombre tan prominente murió bajo la traidora agresión de un sicario.

En 1849, José Mármol publicó un panfleto que se titula *Asesinato del señor don Florencio Varela, redactor del Comercio del Plata en Montevideo* (1). Sus 56 páginas nutridas y vibrantes, están destinadas a demostrar que el asesinato de Varela fué un crimen político: que Andrés Cabrera, el asesino, fué solamente el ejecutor material y mercenario de aquel delito; que Oribe fué el instigador del asesinato y Rosas el cómplice pasivo y complaciente. Mármol, en su periódico, al día siguiente del crimen, el 21 de marzo de 1848, había insinuado el carácter político de esta inmolación, como lo hicieron también algunos periódicos de Europa y de Chile por sugestión parcial de los proscriptos; pero en este panfleto se propone demostrar esa inculpación con los testimonios del sumario, con los díceres de aquel entonces y con las sugestiones que tornan lógica su conclusión, al presentar el antagonismo de los intereses políticos de Oribe y de la propaganda periodística de Varela, ante los agentes de Inglaterra y Francia en el Río de la Plata. La inculpación resulta moralmente verosímil, pero la prueba no llega a ser judicialmente incontestable. Como en todos los crímenes políticos, hay en este suceso, tal como Mármol lo presenta, un exceso de pasión, que vigoriza esa evidencia moral, mientras al mismo tiempo debilita su razonamiento justiciero. Se confunden, en la voz de sus páginas, el amigo, el acusador, el abogado y el juez, de suerte que cuando se apercibe a pronunciar su sentencia, no pronuncia la fórmula austera del fallo inapelable, sino el vehemente anatema de la vindicación. Inculpa Mármol a la justicia uruguaya, de no haber llevado los esclarecimientos del sumario hasta sus últimos extremos, o sea hasta descubrir quiénes fueron los instigadores o cómplices de Cabrera. «Pero si esta misión importa un daño a la justicia — dice — y a la vindicta pública, atrozmente ofendidas en ese crimen, nada importa, por suerte, en beneficio de Oribe. Él está claro y transparente como el verdadero asesino de Florencio Varela. La mano mercenaria de que se valió, no fué sino

(1) Se publicó en Montevideo, imprenta de José María Arzac, páginas 37, 38 y 39. (Museo Mitre, número 19, 6, 18, del catálogo.)

el instrumento de que se sirvió en su infernal designio; y si esa mano ha podido escaparse al verdugo, que no se escape Oribe a la execración de la historia. Atado a su delito, nosotros los arrojamos al anatema de los hombres y la vergüenza de sus mismos hijos. Que ellos no puedan acercársele sin ver que su frente está manchada con la sangre de un crimen, para el que no hay perdón en la justicia del cielo ni de la tierra! Sí, Oribe, cuando yo alzo mi voz para confundirte, mi voz es poderosa porque me hago el eco de una generación entera a quien has herido con el puñal que traspasó a Varela, y ante la santidad del sentimiento de todo un pueblo, póstrate ¡bárbaro! para recibir sobre tu frente la marca eterna de tu delito. A la civilización has arrebatado una cabeza distinguida; a la humanidad un corazón generoso; y a la patria de los argentinos una de sus esperanzas más bellas. Esa es tu obra, pero ella es demasiado criminal para que no te persiga la justicia de Dios, como te persigue el anatema de los hombres.»

Contrasta con esa frase espasmódica de aquella generación, la defensa del caudillo inculpado, publicada en Montevideo por un nieto de Oribe, el doctor Aquiles B. Oribe; pero tanto del relato de Mármol como de esta defensa, resulta que Varela fué cobardemente asesinado por Cabrera, sin que se sepa qué móviles privados pudieran mover el ánimo de este obscuro agresor contra el publicista ilustre. Varela había salido esa noche de su casa, donde tenía la imprenta, dejando inconclusas unas cuartillas para el *Comercio*, cuando al volver una hora más tarde, algún testigo le vió pasar y detenerse en la calle 25 de mayo para hablar con un marino, y más adelante con el ministro de Hacienda. Dobló por la calle Misiones, y al detenerse frente al número 70 (donde vivía) para llamar a la puerta, saltó de entre las sombras el asesino, que huyó después por la calle estrecha y obscura. Se oyó un quejido, y cuando abrieron la puerta de su casa, encontraron a la víctima, ensangrentada y yerta, herida por una puñalada que le atravesaba el cuerpo, desde la espalda al pecho. Puede medirse la conmoción que la tragedia produjo en Montevideo, por las circunstancias del crimen, por el prestigio del muerto y por la tensión que seis años de sitio habían creado entre las murallas de la ciudad. Las exequias de Varela fueron una apoteosis. El nombre del gran publicista inmolado a la barbarie nativa, se convirtió en un símbolo, y todos dijeron, cuando Rosas cayó, que a no ser aquella desaparición prematura, acaecida al entrar Varela en la madurez, éste hubiera sido uno de los estadistas de la organización nacional.

Don Florencio Varela dejó entre sus papeles una serie de anotaciones o *memorias privadas*, que en 1848 se publicaron en Montevideo bajo el título de *Autobiografía*. Ni por su extensión, ni por su tono, ni por su asunto, merecerían hoy ese título: la vida de Varela excede el marco de esa narración descolorida. Dicha obra abarca unas 35 páginas en 8°, que adicionadas a otras de procedencia distinta, se publicaron con el objeto piadoso de destinar el logro de su venta al auxilio de la familia de Varela, asesinado en ese mismo año de 1848. Trátase de simples apuntes sobre su vida privada, «escritos para sus hijos», según nos dice la advertencia. Su prosa clara, mansa, epistolar — digno mensaje póstumo a sus hijos — muestra el temperamento afectivo de Varela, cuyo carácter oscilaba entre la ternura doméstica y la convicción razonadora, una y otra ajenas al campo ardiente de la pasión.

Las obras en prosa de Varela fueron recogidas por Luis L. Domínguez y publicadas por la imprenta de *El Orden*, en Buenos Aires, el año 1859. Se editaron con el título de *Escritos | políticos, económicos y literarios | del doctor | don Florencio Varela*, en un volumen de 310 páginas en 8°, sin contar un apéndice bibliográfico sobre la «Biblioteca» en la cual fué incluído este volumen. Precede a los *Escritos* una noticia biográfica del autor, por Domínguez, resumen de otra más extensa que escribió para la *Galería de celebridades argentinas*. Este volumen contiene: *Observaciones contra el proyecto de ley sobre la moneda de cobre*, 1830 (20 páginas); *Informe de la comisión clasificadora del certamen poético de mayo*, 1841 (40 páginas), y numerosos artículos del *Comercio del Plata: Congreso Americano*, (1845), *Rosas y las fronteras de Buenos Aires*, *Frutos y comercio del Río de la Plata*, *Juicio sobre el gobierno de Rosas*, *Navegación de los ríos interiores* (XII artículos en el curso de 1846 y 1847, 100 páginas más o menos), *Rosas y el principio religioso*, *Agentes extranjeros en Buenos Aires*, *Juicio sobre «El peregrino» de Mármol*, *Origen de los males y desgracias de las republicas del Plata* (refutación a un trabajo publicado poco antes), y por fin, unos breves *Apuntes para la historia futura de la independencia de la América española*. Como se ve, trátase de la obra varia y ocasional de un publicista político, sin mayor valor estético ni filosófico, aunque de gran significación moral en la vida de su autor y en la historia de la sociedad argentina.

Salvedad semejante podríamos hacer sobre las obras versificadas de Varela, no incluídas en aquel volumen de 1859, pero si reeditadas en varias antologías. Sus principales poemas son: *A los alumnos del Colegio de Ciencias morales*, con motivo de la repartición de premios

practicada por el gobierno de Buenos Aires en 1824 ; *Al 25 de Mayo* de 1825, oda, como la anterior, escrita en silvas enfáticas ; *A la hermana de Caridad*, composición destinada a un hospicio de Montevideo, en 1830; *A la muerte del general don José María Varas*, elegía en sáficos adónicos; *Al ciudadano don Bernardino Rivadavia*, donde la amistad sincera y el ideal democrático velan el dejo de la antigua poesía cortesana ; *A la victoria naval sobre la escuadrilla brasileña*, brindis de 1827, publicado por el *Mensajero Argentino ; Elogio del señor don José Joaquín de Mora*, con motivo de la publicación de unas rimas suyas en celebridad de las fiestas mayas, también publicada por el *Mensajero* en 1827 ; *A la gloriosa victoria de Itazaingó*, oda en gloria de Alvear y de esa victoria argentina, lamentable por el contraste de su noble intención y de su prosaica entrada: *A la libertad de Grecia* (1828), y *A la Paz con el Imperio del Brasil* (1828), cantos de circunstancias, a la manera de los anteriormente citados. Todos estos poemas carecen de verdadera inspiración. Imitaciones desmayadas, en forma y espíritu, de la poesía del siglo XVIII, el tema anecdótico o la alusión local no bastan a diferenciarlas de sus modelos en cuanto a la especie lírica, ni a simular cualidades de verdadero poeta, de los cuales Varela careció. Ninguna, entre sus composiciones, muestra la penuria de su estro como una dedicada « Al señor doctor don Pedro Somellera, catedrático de derecho civil en la Universidad de Buenos Aires, sobre el estado actual de nuestra jurisprudencia, por su discípulo », etc., prosaicos tercetos en los cuales *digesto* rima con *indigesto*, emparejando así la gracia verbal con el acierto del tema (1). Pertenece el autor a la misma escuela de su hermano Juan Cruz, y si éste pudo descollar en el precario grupo de su época, Florencio, con menos cualidades que él, palidece a su lado, o su voz se apaga, veinte años después, cuando ya Mármol cantaba estremeciendo las almas con su frenesí romántico.

(1) Tales composiciones se hallan en la *Antología de poetas argentinos*, tantas veces citada y criticada (t. V, pág. 207). Para su editor todo es cantidad y ditirambo. Menéndez y Pelayo en su *Antología de líricos hispanoamericanos* (t. IV, pág. 99, sólo incluye un poema, *La Concordia*, también mediocre y de tema civil. Del autor dice Menéndez y Pelayo : « Después de este poeta (Juan Cruz Varela), sin duda el más notable del primer período de la literatura argentina, puede hacerse rápida memoria de su hermano menor D. Florencio Varela, *que más que al mérito relativo de sus versos*, entre los cuales sobresale la oda *A la Concordia* (« ¡Ay, proteje, Señor, tu hermosa hechura ! »), debe su celebridad a la prosa política, y sobre todo a su trágica muerte a manos de los sicarios de Rosas » *(op. cit.*, pág. CXLV). Tiempo es ya de que juicios de este género prevalezcan, y que sin desconocer la obra cívica de tales varones, abandonemos los elogios patrióticos a propósito de arte, porque sólo se logra con ellos estancar nuestra cultura.

Dentro de su labor meramente literaria, Florencio Varela me interesa más que por su obra poética, por su obra retórica. La solidez de su cultura clásica, su disciplina humanista, su latín no olvidado, sus traducciones de Horacio, su aprendizaje de lenguas modernas conciliado con el purismo castizo, su limpieza gramatical, su gusto acendrado, todo ello unido al equilibrio de su inteligencia y a la fineza de su sensibilidad personal, lo convirtieron en un censor necesario, ante el parloteo febril de nuestros románticos. Su carta a Echeverría sobre *Los Consuelos*, su juicio sobre *El Peregrino* de Mármol, su dictamen del jurado de 1841, muestran aquel perfil de su figura literaria. Sobrevivía en él un tipo de las antiguas escuelas, ligeramente flexibilizado por la nueva sensibilidad, sirviendo de contrapeso a la libertad « gauchesca » de los cantores al modo de Sarmiento y Echeverría. Al autodidactismo confiado y desordenado de estos últimos, Florencio Varela les recordaba lo que significan el latín como raíz genealógica, la gramática y las lenguas modernas como disciplina de la expresión. Recordábales, en fin, que no está reñido el genio con la proporción y pureza del idioma. En tal sentido, Varela fué un civilizador, ya en sus conversaciones privadas, ya en su magisterio del *Comercio del Plata*, y como tal fué más grande que el poeta en su labor literaria, del propio modo que el hombre fué un civilizador por su sola presencia en el Plata, más que por las páginas apenas documentales de sus panfletos políticos.

III

Los argentinos refugiados en Montevideo eran los vencidos de la acción militar, unos en la conspiración de Maza y la revolución del sud ; otros, en la campaña de Lavalle y el bloqueo del Plata. Si a esto se agrega que todos eran jóvenes y poetas, se comprende que su ideal, exasperado por el despecho, no habría de permanecer silencioso allí donde hubiese un refugio para la libertad del pensamiento. Las prensas de Montevideo fueron así exclusivamente ocupadas por el pensamiento de sus polémicas, y hasta las musas trocaron la lira de Apolo por el arco del Sagitario. En ese periodismo fraternizaron uruguayos y argentinos, y Florencio Varela, según lo hemos visto, fué su figura consular.

El periódico más importante de la época fué sin duda *El Comercio del Plata* (1845-1857), cuya sola duración es ya un índice de su fuerza. Hasta 1848 lo redactó su fundador, Florencio Varela, cobardemente asesinado a la puerta de su imprenta, y continuó en el cargo Valentín Alsina hasta 1851, víspera de la caída de Rosas. La colección consta de 3537 números en formato mayor. Colaboraron en el *Comercio* Cané y Cantilo, según Zinny, aunque, según don Felix Frías, sólo Luis L. Domínguez colaboró con Varela; pero se sobreentiende que esta colaboración refiérese al trabajo interno del diario, pues basta ojear la colección y recorrer el índice publicado por Zinny, para descubrir muchos otros nombres. Su material comprendía las más variadas materias. Fué ariete y cátedra de la acción contra la tiranía. Atendió preferentemente las cuestiones rioplatenses y americanas, aunque con criterio cosmopolita y universal. Comercio, guerra, diplomacia, historia, derecho, poesía, política, todo cayó bajo la atención de este periódico.

Pero una de los primeras gacetas editadas en Montevideo por los jóvenes de la segunda emigración, como órgano de los nuevos ideales y de la hostilidad a Rosas, fué *El Iniciador*, que apareció desde octubre de 1838 a octubre de 1839, fundado por Miguel Cané y Andrés Lamas (1). En él colaboraron Mitre, Tejedor, Frías, Gutiérrez, Alberdi, Echeverría, los dos Varela (F. y J. C.), Santiago Viola (2), Luis Méndez (3), Miguel Irigoyen, Juan B. Cramer y Rafael Corvalán. Publicó poesías, artículos de costumbres, cuentos, ensayos, crítica bibliográfica, traducciones, inspirados en las tendencias románticas y liberales de la época. No es todavía el tipo del periódico agresivo que vendrá más tarde, y que, con los panfletos de Mármol y Rivera Indarte, alcanza en la prensa de la expatriación la nota de paroxismo que, después de 1840, los desmanes de la tiranía inspiraron. *El Iniciador* es, sin embargo, muy importante, porque con él aparecen ya congregados los más gloriosos proscriptos.

Lamas y Cané, fundadores de *El Iniciador*, reanudaron su empresa en *El Nacional* (1838-1846), bajo la exclusiva redacción de Lamas. El nombre de esta hoja se hizo prestigioso en su segunda época, y su recuer-

(1) La colección consta de dos tomos, 272 páginas el primero, y 85 el segundo. Ver Zinny, *op. cit.*, pagina 210.

(2) El personaje de quien V. F. López habla en su *Autobiografía*, pasaje citado.

(3) Autor de un drama *Carlos o el infortunio* (3 actos), estrenado en Buenos Aires, y de *Cantos del alba* (poesías). Véase: Zinny, *op. cit.*, página 212.

do debió inspirar a los que fundaron *El Nacional* de Buenos Aires, después de la organización, y en el cual Vélez Sársfield y Nicolás Avellaneda escribieron. Este *Nacional* de Montevideo fué un periódico de milicia y de doctrina, sólo superado por el *Comercio del Plata*, de Florencio Varela. Con Lamas y Cané colaboraron Alberdi, Thompson, Felix Frías, Rivera Indarte, Bartolomé Mitre, Francisco Agustín Wright y Manuel L. Acosta. En este periódico publicó Lamas sus *Agresiones de Rosas*, reunidas después en volumen (Montevideo, 1849), y en él aparecieron poemas de Magariños Cervantes. La colección es fuente nutrida de documentos, noticias y comentarios sobre la guerra contra Oribe y Rosas, a la vez que de sugestiones sobre el ambiente cosmopolita del pensamiento liberal refugiado en Montevideo. Zinny le dedica a este periódico 130 páginas de su libro sobre la prensa uruguaya.

La *Historia de la prensa periódica en la República Oriental del Uruguay* (1807-1852), de don Antonio Zinny, es la mejor guía para entrar en el estudio del periodismo uruguayo, en aquella primera mitad del siglo XIX, cuando ambas riberas del Plata aparecen tan estrechamente unidas por sus ideales e intereses comunes. Desde *The Southern Star*, «La estrella del Sur», escrito en lengua extranjera, después de las invasiones inglesas (1807), o desde la *Gaceta de Montevideo* (1810), primer ensayo de periodismo nativo, se suceden *Auroras*, *Pamperos*, *Febos*, *Truenos*, *Aguaceros*, *Cometas* y demás fugaces «meteoros», más tormentosos que luminosos, como la época los requería. De 1820 a 1830 aparecieron varias «Gacetas», y diversos periodiquillos que alternaban la injuria y el chiste con igual «maestría». Pero hasta 1830, la prensa de Montevideo no alcanzó aquel timbre «argentino» que le dieron los Varela los Cané, los Rivera Indarte, los Mitre y tantos otros publicistas jóvenes de la emigración liberal.

La citada «efimeridografía» de Zinny abarca 182 títulos, y tiene dos índices, uno de nombres de periódicos, por años, y otro de personas por orden alfabético. Trae además una estadística; en ella se ve que de 1807 a 1820 se publicaba en la república vecina un periódico por año, y de año en año morían y renacían las hojas «efímeras»; en 1829, el promedio sube de 5, más o menos, a 14, y baja luego, para subir a 16 en 1839, coincidiendo ambos aumentos con las dos emigraciones argentinas. De 1838 a 1848, la cifra de 10 títulos por año se mantuvo, superada a veces, y algunos de esos títulos duraron más de un lustro, como se ve en *El Nacional* de Lamas y en *El Comercio* de Varela. En todos aquellos periódicos anduvo la pluma de los argentinos, quienes en Mon-

tevideo, tanto como en Chile, fueron admirados y tenidos por maestros en la azarosa profesión.

De menos influencia que los periódicos ya nombrados, pero igualmente expresivas de la inquietud juvenil, fueron otras hojas como *El Talismán* (1840), *El Tirteo* (1841) y el *¡Muera Rosas!* (1841). Hojas menores donde colaboraron los más agudos ingenios de la pléyade. *El Talismán* se caracteriza por haber tratado preferentemente cuestiones de literatura y costumbres, con la colaboración de Gutérrez, Echeverría, Rivera Indarte, Cané, Berro, Alberdi, Cantilo, Mitre, Mármol y otros menos notorios: Luis Méndez, Roque Rivero, César Díaz. *El Tirteo* fué escrito preferentemente en versos, y el *¡Muera Rosas!* publicó caricaturas, aquellos y éstas contra el tirano de Buenos Aires. Al segundo de tales periódicos, y a otros de la época, pudiera corresponder el lema que *El Tirteo* cifró en estos versos del *Infierno* de Dante:

Oh vendetta di Dio, quanto tu déi,
Esser temuta da ciascun che legge
Ciò che fu manifesto alli occhi miei (1).

Frente a toda la prensa liberal que se publicaba dentro de las murallas de Montevideo, no vió la luz en tierra uruguaya, durante los años del sitio, más hoja adicta a la tiranía que *El Defensor de la independencia americana*. Publicóse desde 1844 a 1851, como órgano oficial del presunto presidente Oribe, para la promulgación de sus partes y decretos, y dejó de aparecer al producirse el pronunciamiento de Urquiza. Lo redactaban los doctores Eduardo Azevedo y Carlos G. Villademoros y el general Antonio Díaz. Carece de interés literario, a no ser una que otra necrología de circunstancias o canción de guerra; tiene en cambio especial valor documental para la historia política y para la biografía de ese general Oribe, aliado de Rosas y protagonista principal de aquella « Ilíada » gaucha del sitio grande (2).

(1) Dante, *Divina Commedia*, Inferno, canto XIV, v. 17.

(2) Omito aquí, por ser extensa, la lista de otros periódicos; pero puede verse una descripción de todos ellos en la obra ya citada de Zinny. Conviene, sin embargo, decir que entre tantas hojas en castellano, se publicaron numerosas en francés, italiano e inglés: *L'Echo* (1838), *Messager français* (1840), *L'Italiano* (1841), *Britannia* (1842), *Moniteur* (1842), *Echo français* (1843), *Patriote français* (1843), *Legionario italiano* (1844), *Messager de Montevideo* (1850), que revelan el ambiente cosmopolita de la ciudad, creado por el comercio, la diplomacia y la guerra. Junto a ellos aparecían otras hojas de nombre y estilo gauchesco. Ascasubi era su principal colaborador, como lo hemos dicho en *Los Gauchescos* y especialmente en los capítulos XVI, XVII, XVIII y XIX.

Aunque Oribe y los redactores de *El Defensor* eran uruguayos, también lo eran muchos que dentro de la ciudad sitiada fraternizaban con los argentinos en la resistencia. Es que la ribera oriental no había consolidado su independencia: la tradición «argentina» de aquel pueblo y el nuestro no se había diferenciado totalmente; muchos nacidos en aquella banda servían en ésta a Rosas, y muchos nacidos en esta banda combatían en aquélla a Oribe. Pues no se trataba propiamente de una lucha territorial, sino de una contienda espiritual. Oribe representaba en el Uruguay la política del despotismo sangriento: sus adversarios, la del liberalismo democrático.

Suárez, Vázquez, Gelly, Pauncro, Díaz, Lamas, Gómez, Sastre, son uruguayos que por las armas o las letras adquirieron derecho de ciudadanía en la historia argentina, mientras Lavalle, Paz, Mitre, Frías, Alberdi, Varela, Cané, Gutiérrez, Rivera Indarte, son argentinos que por títulos análogos adquirieron derecho de ciudadanía en la historia uruguaya. Y si Zorrilla de San Martín ha sabido cantar en la «epopeya de Artigas» la común leyenda de ambos pueblos, así también Rodó ha sabido sentir en la «Nueva Troya», la obra fraternal de aquellos insignes varones. Algo de mi patria que es de esta banda, hállase también en la otra banda del Río epónimo...

IV

En este capítulo que lleva por título el nombre de la ciudad hermana y su legendario apodo, he creído que debía presentar la silueta gentil de Florencio Varela, porque allá publicó su *Comercio del Plata* — la más alta tribuna del pensamiento argentino, — y cuando el crimen puso término a su predicación en la ciudad que ungió su sangre, le sobrevivieron su tribuna, su nombre, su hogar, y la tierra uruguaya recogió sus cenizas. Por eso en este mismo capítulo quiero trazar la silueta de otro espíritu gentil, el uruguayo don Andrés Lamas, que fué en su juventud el alma de la Defensa, y en ella gran amigo de nuestros emigrados. Abandonó a su patria en la vejez y halló segunda patria en la Argentina. Aquí trabajó, sobre temas nuestros, sus mejores libros; aquí fundó su hogar; aquí se abrió su tumba; dejó aquí su progenie.

Don Andrés Lamas nació en Montevideo el 2 de marzo de 1817 y falleció en Buenos Aires el 23 de septiembre de 1891. Su carrera pú-

blica se ha desenvuelto en las dos citadas ciudades del Plata, como político y escritor. Ha sido uno de los talentos más precoces en una raza y una época de talentos precoces: a los dieciocho años de edad habíase iniciado en la prensa, a los veinte en el gobierno, mostrando en una y otro las calidades de cultura y patriotismo que persistieron en todo el resto de sus días.

Después de los años obscuros de la infancia, Lamas aparece de pronto como secretario del general Rivera, y en tal carácter asiste al combate del Palmar el 15 de junio de 1838. Posteriormente, lo vemos de subsecretario del ministro Vásquez en Montevideo y más tarde, bajo la presidencia Suárez, de jefe político de la Defensa en la ciudad sitiada, cargo que implicaba los diarios menesteres del gobierno municipal y las arduas tareas de la acción combatiente. Al finalizar el sitio, fué enviado diplomático del Uruguay ante la Corte del Brasil y firmó en tal carácter, más por necesidad que por convicción, el tratado de Alianza que, a costa de la intervención brasileña en los asuntos del Plata, condujo a la emancipación y organización democrática de nuestros pueblos. El señor don Pedro Lamas, hijo de don Andrés, hombre también de mundo y de cultura como su padre ilustre, ha referido en un libro ameno y substancioso, las intimidades de aquella gestión diplomática, que es la fase más brillante y discutida de la actuación pública del patricio uruguayo (1).

Fig. 36.

Fué durante los años del sitio, cuando Lamas vinculó su destino al de nuestros emigrados. En un parágrafo anterior lo hemos recordado como fundador o redactor de periódicos, a la par de Mitre, Alberdi, Echeverría, Varela, Tejedor, Frías, Gutiérrez, Domínguez, Rivera In-

(1) Véase: Pedro Lamas, *Etapas de una gran política*, 313 páginas, 1908 (Sceaux, Imprenta Charaire). Bajo ese título y el de *Contribución histórica*, sorprende un poco al lector la abundancia de recuerdos íntimos. Es más bien un libro de *memorias*, y bajo su tono familiar, libro de mucha entraña. Aprovecho esta cita para agradecer a los nietos de don Andrés Lamas la ayuda que han prestado a esta parte de mi trabajo, especialmente a mi distinguido amigo el doctor Carlos Saavedra Lamas, ex ministro de Instrucción Pública, y continuador de las tradiciones intelectuales de su casa.

darte y tantos otros argentinos. El lazo creado por la amistad en el destierro o por el ideal en la acción, no se rompió después de la victoria. Cuando la tiranía cayó, sus camaradas de juventud asumieron el gobierno en este lado del Plata, y entonces halló Lamas su segunda patria en Buenos Aires, como los nuestros habían encontrado la suya en Montevideo varios lustros atrás. La fraternidad iniciada en las polémicas y combates del sitio, continuó para ellos en los estudios y tareas de la reorganización nacional. A partir de entonces Lamas se convirtió, por su residencia y sus libros, en un obrero de la cultura argentina.

Lamas era un niño cuando se inició en el periodismo, como redactor de *El Sastre* (« que a todos toma la medida »), hoja efímera aparecida en 1836, y que Oribe mandó cesar. En 1837, dirigió el *Diario de la tarde*, que antes fué de Bernabé Guerrero Torres, y ese mismo año redactó *El Nacional*, cerrado también por orden de Oribe, a la sazón presidente o tirano de Montevideo. Huyó al Brasil el redactor, casi niño, sin más avío que su ropa, y cuando al breve tiempo regresó, fué conducido a presencia del mandón uruguayo, que lo había hecho comparecer para darle una reprimenda. — « Puede usted estar seguro de que no volverá a desterrarme », contestó el muy astuto, con frase como de Ulises por lo ambigua, pues satisfizo a Oribe, aunque encerraba una intención hostil. Bajo el título de *Otro Diario*, reincidió Lamas en su delito, y el tirano mandó « encarcelar » la imprenta, no pudiendo prender al publicista, que habíase refugiado en casa de don Pedro Segrera: de allí pasó a la casa de Leitte, cónsul portugués. Seis meses moró en ese escondite, donde Miguel Cané y Nicolás de Vedia lo visitaban furtivamente, y huyó por fin a refugiarse en el campamento de Rivera, adoptando desde entonces la actitud resuelta en que lo veremos después.

Caído Oribe de la presidencia, en octubre de 1838, le sucedió Rivera, y entonces Lamas reentró con su partido y su ejército en Montevideo. A partir de entonces colaboró en casi todos los periódicos liberales, según lo hemos visto en el parágrafo anterior. Fundó *El Iniciador* (1838), que justificó su nombre con su prédica; dirigió *El Nacional* (1838-1846), logrado ensayo de periodismo trascendental; escribió en *El Comercio del Plata* de Varela, en *El Conservador* de Mármol, y en casi todos los periódicos más o menos durables, que desde 1839 hasta 1851 fundaran nuestros proscriptos. Los temas de sus colaboraciones — obra abundante y varia en aquel período de su vida — se hallan dispersos en el índice de Zinny, que compuso su libro sobre *La prensa uru-*

guaya con el concurso de Lamas, y en sus colecciones, rica y no explotada fuente de información biográfica sobre el autor que comentamos. Buena parte de aquellos trabajos — como *Las agresiones de Rosas*, publicada primero en *El Comercio del Plata* — salieron después en folletos y libros que llevan el nombre de su autor.

Mientras Lamas prodigaba la fuerza juvenil de su talento en tantos periódicos, ponía su entusiasmo y su valor al servicio del liberalismo, en el gobierno y la acción militar. Fué primero subsecretario de relaciones exteriores y luego jefe político de Montevideo. Se ha dicho de él que era personalmente tímido, y quizá lo fuera dado sus hábitos de meditación y cortesía; pero Sarmiento, al indicar ese rasgo de su carácter, le señala este otro: «la audacia civil», o sea el valor moral, menos dramático, pero más auténtico que el otro. A pesar de ello, probó energía en las arduas jornadas del sitio. Como jefe político tocóle expulsar fuera de la línea, por orden del ministro Vásquez, a las familias de los desertores, tal vez, entre otros motivos, porque escaseaba la ración. Proveyó a las necesidades económicas de la defensa, combatió contra el hambre y la peste, mantuvo el espíritu público, y aun le sobró voluntad para atender a necesidades edilicias, tales como la nueva nomenclatura de la ciudad, de la cual hizo una especie de cartilla histórica para adoctrinar la conciencia cívica del pueblo. Fundó también el Instituto Nacional; fomentó las letras; y al concluir aquella gesta de nueve años, jugó su nombre en la difícil gestión diplomática con el Imperio, encaminada a comprometer el apoyo del Brasil para el derrocamiento de las tiranías del Plata y a la vez para el afianzamiento de la nacionalidad uruguaya, empresa difícil, dada la duplicidad y fuerza de los caudillos, la sutileza de los agentes adversarios, las tradiciones de la política lusitana en la Banda Oriental.

No me corresponde, ni tengo aquí espacio para ello, detallar la carrera política de Lamas; pero sí quiero recordar una noticia de 1846, consignada por Zinny, y que interesa por igual a sus actividades intelectuales y cívicas en Montevideo durante el sitio (1). Habla Zinny del periódico *La nueva era*, que Lamas dirigió en 1846, con numerosos redactores — Mitre y Pacheco entre ellos. Aquel periódico era órgano de una logia llamada *Asociación nacional*, que Lamas presidía, y cuyos miembros, ligados por un juramento secreto, se obligaban a luchar unidos hasta el derrocamiento de Rosas y a respetarse las opiniones

(1) Zinny, *La prensa uruguaya*, página 309.

particulares una vez que hubiesen vencido al enemigo común (1). En escuelas de esta índole formaron su doctrina y templaron su carácter los hombres de Montevideo; y el viril ejercicio de la lucha no les impidió —pues para eso eran poetas y jóvenes— congregarse en las pobres imprentas de la época, donde se recitaban poemas, mientras el cañón tronaba en las almenas del Cerro.

La produccion de Lamas es, en buena parte, la documentación de su vida militante en los años que van de 1836 a 1856. Triunfante la causa de la libertad, no halló justicia en su patria, fuese por errores de su conducta, o por defectos de su carácter, o por uno de esos frecuentes desvíos que los pueblos tienen para quienes no saben adular sus pasiones. Desterrado voluntario, se refugió en la Argentina, y halló en Buenos Aires a sus amigos de veinte años atrás. Fué entonces cuando se dedicó de lleno a los estudios históricos, formando una biblioteca, un archivo y un museo americanos, que fueron famosos en su tiempo. Produjo entonces la copiosa bibliografía argentina que salió de esos laboriosos talleres (2).

(1) Formaban esta Asociación, además de Lamas: Manuel Herrera y Obes, vicepresidente; coronel César Díaz, José María Muñoz, Joaquín Sagra, Juan Sufriategui, vocales; Bartolomé Mitre, secretario; Adolfo Rodríguez, prosecretario. Había en ella argentinos y uruguayos. Herrera y Obes y Mitre tenían a su cargo los asuntos militares. César Díaz, fusilado en 1858 en el Paso de Quinteros, fué también escritor, autor de las *Memorias* que antes he citado entre los libros del sitio.

(2) A poco de fallecer don Andrés Lamas, el señor don Ricardo Moner Sans publicó un *Bosquejo crítico-literario* sobre dicho autor. En recuerdo de ese trabajo, pedí al señor Moner Sans algunos nuevos datos sobre la bibliografía de Lamas, y de él he recibido la siguiente útil noticia, que agradezco y transcribo: «Un año antes del fallecimiento de Lamas, comencé a revisar, pues quería reimprimirlo todo, sus obras ya publicadas (libros y folletos), que si mis apuntes no fallan, son los siguientes: *Impugnación a la obra de don J. B. Alberdi; Nueva nomenclatura de las calles de Montevideo; Bandos y proclamas; Apuntes históricos sobre las agresiones de Rosas; Colección de Memorias y documentos para la Historia y Geografía del Río de la Plata; A Política do Brasil no Rio da Prata; Ruptures du general Urquiza; Andrés Lamas a sus compatriotas; Negociaciones entre la República Oriental y el imperio del Brasil; Retrospectos políticos 1857, 58 y 59; Formulación del Tratado de comercio y navegación; Documentos oficiales; Correspondencia oficial; Biografía de don Joaquín Suárez; Introducción a la Historia del padre Lozano; Himno y poesías varias; Discurso en la inhumación de los restos del comodoro Somellera; Prólogo a las poesías de Berro; La pobreza de Lamartine; Escenas de la peste de 1871; Sobre el Diccionario filológico de Calandrelli; Juan Díaz de Solís; La patria de Juan Díaz de Solís; La muerte de Juan Díaz de Solís; Estudios sobre la fabricación de tejidos de lana; Estudio histórico y científico del Banco de la Provincia; Instrucciones para la adquisición de documentos; Las banderas del 71; Bibliografía Sudamericana; Las lenguas ame-*

En los últimos años de su vida, Lamas había agregado a los viejos títulos de su pasada actuación política, los nuevos títulos de su obra intelectual argentina. Ya no tenía poder militar como en Montevideo ni credenciales diplomáticas como en Río, pero los argentinos más eminentes respetaban en él al hombre de letras. La vocación romántica de su juventud, que lo uniera con ellos en los años del sitio, retoñaba en estos ancianos ilustres, fieles al estudio. En las siluetas de *Los emigrados*, Sarmiento habla de él con elogio : lo llama « escritor notable », « poeta correcto » ; « como literato e historiador — agrega — figura en la fuerte falanje de nuestros cruditos » ; y luego afirma : « uno de los hombres más notables formados en el sitio de Montevideo, prestó importantes servicios a la causa de la libertad en su misión al Brasil, logrando hacer de su palabra una garantía para mover ingentes capitales », y al caracterizar el argentinismo de Lamas, define así su espíritu : « Es una inteligencia argentina anterior a la segregación del Estado Oriental ». En la generación siguiente a la de Sarmiento, su representante más eximio, don Nicolás Avellaneda, lo admiró también, y con ser hombre meticuloso en cuestiones literarias, elogiaba en su artículo sobre Rivadavia el libro de Lamas sobre el presidente argentino, que acababa de entrar en prensas, y decía de él : « sabemos todos en el Río de la Plata que su pluma rejuvenece cuanto toca » : « las

ricanas ; Noticia de una medalla : El aerolito del Chaco ; Don Dámaso Antonio Larrañaga ; Don Joaquín Suárez en su centenario ; Don Bernardino Rivadavia ; La legislación agraria de Rivadavia ; Estudios sobre la legislación agraria de Rivadavia ; El cabotaje y la pesquería ; El canal de los Andes ; Tentativas para la pacificación de la República Oriental ; Manifiesto del doctor Andrés Lamas ; Escritos políticos y literarios de don Andrés Lamas, durante la guerra contra Rosas ; Colección de documentos y noticias inéditos ; El génesis de la Revolución de Mayo. Al copiar hoy, después de transcurridos tantos años, la lista anterior, se han avivado mis recuerdos, y puedo decir que varios de estos trabajos fueron simplemente artículos que no vieron la luz en forma de folletos. Además, convendría revisar las diversas revistas históricas y literarias que se publicaron en Buenos Aires del 60 al 90 del pasado siglo, pues quizá olvido algún estudio. Según notas que tengo a la vista dejó inédito lo siguiente : *Banco de Descuentos* (borrador y copias) ; *Estudio sobre los escudos de armas de Montevideo ; Segundo estudio sobre don Juan Díaz de Solís* ; *Rivadavia y su tiempo* (sin terminar) ; *Libro del Censo de Montevideo.* (Supongo, con cierto fundamento, que estos manuscritos obran en poder de don Domingo Lamas). — R. M. S. »

La mayor parte de las obras impresas, arriba citadas, figuran en la Biblioteca Nacional, el Museo Mitre y la Biblioteca de la Universidad de La Plata, ya en tiradas aparte, ya en revistas, como la *Revista del Río de la Plata,* cuyos índices recomiendo consultar (véase en esta última el *Catálogo* de Zinny, *op. cit.*, pág. 203). En cuanto a los periódicos de Montevideo durante esta época, véase las colecciones de las citadas bibliotecas.

paciencias de la investigación le sirven para dar mayor valimiento a su talento de escritor ». Los más eruditos conocedores del pasado argentino — Mitre en la historia política, Gutiérrez en la historia intelectual — fraternizaron con él en sus arduas tareas, e investigadores menos ilustres, como Trelles y Zinny, lo consultaron con provecho y lo admiraron sin reservas.

Hemos visto que Sarmiento considera a Lamas « poeta correcto » y Avellaneda lo considera prosista cuya « pluma rejuvenece cuanto toca ». Del poeta nada queda en las antologías ni en la memoria popular, y no creo que debamos considerarlo sino como un aficionado del verso, por uno que otro ensayo juvenil (1). En cuanto al prosista, se halla también muy lejos de la inspiración creadora o de la técnica sabia de un gran escritor. Su prosa es clara, elegante a ratos, pero al servicio de una labor simplemente informativa sobre temas históricos. Si la analizamos con severidad, su obra se reduce a artículos periodísticos, documentos políticos, monografías que rara vez alcanzan la magnitud del libro orgánicamente concebido y artísticamente realizado. No abordó nunca empresas literarias de gran aliento, ni trajo a la literatura tipos o ideas originales. Fué solamente un erudito, y un erudito de menudas cosas rioplatenses : juicio éste que no implica negar su mérito sino calificarlo, definiendo, por su carácter y proporciones, la utilidad innegable de su obra.

Presenta Lamas uno de esos casos frecuentes en su generación y propios de nuestra América : el de los atributos intelectuales aquilatados por el temple cívico : el de la vida prócer por sobre la obra fragmentaria : el del talento malogrado por la cultura incompleta en la carrera azarosa. En virtud de ello prefiero, para elogiarlo sin reticencias, considerarlo como un artesano y no como un artista.

Si ponemos de lado sus servicios políticos, sus tareas de editor, compilador y anticuario, considerando sólo su obra escrita en su parte más personal, creo que en su copiosa bibliografía, antes citada, podríamos introducir esta división de materias : 1° *Estudios sobre la historia colonial* ; 2° *Estudios sobre la historia uruguaya* ; 3° *Estudios sobre la historia argentina*. Y entrando en cada una de ellas con espíritu de selección, podríamos destacar, del primer grupo, la bibliografía sobre *Lozano*, que tanta fama dióle a su autor ; del segundo, el panfleto contra *Rosas*, que tanta resonancia alcanzó en su época ; del tercero, la biografía de

(1) Véase en la anteriormente citada bibliografía del señor Moner Sans, el título *Himno y poesías varias*.

Rivadavia, que tantas citas ha merecido hasta hoy. Menciono esta clasificación y sus tipos ejemplares sólo como una provisoria advertencia para los que deseen manejar la copiosa producción de Lamas con propósito de narrar su vida, editar sus escritos, seleccionarlos y juzgarlos con un criterio actual. También cabría en ellos una división más simple: una serie de « escritos políticos » y otra de « escritos históricos », pues su labor puramente literaria — *Lamartine, Berro, Larrañaga* — es pobre en cuanto a creación imaginativa, y no alcanzan a formar serie aparte.

Pesa sobre la memoria y los trabajos de Lamas un sino adverso. Hace tres años, cumplióse su centenario en medio de una injusta indiferencia. Nada hubiera sido más oportuno entonces que un acuerdo entre el gobierno argentino y el uruguayo para celebrarlo costeando la edición de sus escritos, ya que ni el uno ni el otro supieron adquirir a tiempo sus valiosas colecciones hoy dispersadas. Prócer de dos repúblicas, su obra forma parte de la historia del Plata, por sus investigaciones sobre el período colonial y por sus panfletos en el período democrático. La póstuma ingratitud ha dejado, no obstante, que los documentos por él pacientemente reunidos se dispersaran, y que sus propias obras fuesen cubiertas por el olvido. Dijérase, al contemplar ese triste destino de su esfuerzo, que el monumento es ya una ruína, y que por entre sus piedras rotas, el polvo y la hierba cubren la fábrica por él levantada.

No sería posible negar, sin embargo, que hubo en este patricio eminente una alma de elección. Autodidacta en pueblos bárbaros, vivió como hombre las pasiones de su tiempo, y superó el medio incipiente con su propio esfuerzo intelectual. Precoz y múltiple, aprovechó su vida, conciliando en ella el sueño con la acción. Aprendió varias ciencias y varias lenguas ; amó a la patria y a los libros ; conoció las amarguras del presente, y halló en el pasado el consuelo de la historia, buscando en ella el deleite del arte y la ilusión de la inmortalidad.

V

En las aguas del Río de la Plata, la amplitud marina de su horizonte apenas si se corta en los lejanos sauzales ribereños o en las playas anegadizas de su margen occidental. La oriental no es sino levemente más alta, por la ondulación de las cuchillas que también desnivelan el interior uruguayo. Entre estos vagos accidentes orográficos, uno descuella entre todos, el Cerro de Montevideo, que según la tradición, es el epó-

nimo de la ciudad. Alzado como un hito en la desembocadura del Plata y en la linde del puerto, aquel monte, visible desde el mar y desde el río, puntúa la belleza del lugar y da nombre a cien episodios de su historia. Baluarte de los sitiadores rosistas, ese monte fué también parnaso de nuestros poetas románticos.

Apenas si podemos concebir hoy día cómo tuvieron ánimo para el arte aquellos jóvenes emigrados argentinos, sin hogar, sin patria, sin fortuna, mientras defendían, como fiera en coso, el último bien, la propia vida, en la ciudad hostilizada por los bárbaros.

El 25 de mayo de 1841 realizóse en Montevideo un certamen poético, bajo los auspicios del jefe político, señor Antuña, que quiso asociar, al afán de las armas, el decoro de las letras (1). Vivía aún Florencio Varela, y él fué la figura saliente del jurado, constituído, además, por Francisco Araucho, Cándido Juanicó, Juan A. Gelly y Manuel Herrera y Obes. Habíase querido celebrar el 25 de Mayo como un fasto común a uruguayos y argentinos, a la vez que afirmar, por el culto del arte, los ideales a cuyo servicio combatían. Presentáronse a la justa varios poetas, y en ella resultó vencedor Juan María Gutiérrez, por su canto *A Mayo*, y con segundos premios, José Mármol y Luis L. Domínguez, argentinos todos. El jurado aprovechó la ocasión para fundar su dictamen, y como tal documento hería el problema estético de «románticos y clásicos», que los jóvenes discutían, pidió Juan Bautista Alberdi, paladín de los nuevos y amigo del jefe, que le permitiese correr con la edición de los documentos del certamen, a fin de replicar en un prólogo, como lo hizo, la cuestión literaria que así se planteaba.

(1) El 25 de Mayo era siempre festejado en Montevideo como una fecha de la historia local. En aquellos años de la tiranía, la presencia de tantos argentinos prestigiosos, acentuó la significación de la efemérides. En 1844, siendo don Andrés Lamas jefe político, celebróse el fasto con una sesión pública del *Instituto Nacional*, por él fundado. Caracterizóse la fiesta, como en 1841, por la brillante colaboración de los escritores argentinos. Miguel Cané (padre) escribió la crónica del acto, y se la puede ver en la *Revista del Río de la Plata* (t. I, pág. 276), seguida de otros documentos. Empezó la ceremonia con un número de orquesta y un discurso de Lamas. Sobre este discurso dice un artículo de Rivera Indarte: «hacía la historia de la filosofía de Mayo, marcaba rumbo a la Patria y cubría de honor a sus poetas» (*Revista, op. cit.*, pág. 278). Esteban Echeverría fué encargado de escribir un tratado de *Educación popular* y Rivera Indarte una *Historia de la última década política de la República Oriental del Uruguay*. Entiendo que Rivera no cumplió el encargo, pues falleció poco después. El manual de Echeverría figura en sus *Obras completas* (edición Casavalle). La fiesta del *Instituto Nacional* realizada en 1844 ofrece el mismo cariz argentino que la de 1841, y se realza por la circunstancia de que entonces la ciudad estaba ya sitiada por Oribe.

En el tomo I de la *Obras* de Alberdi puede verse el texto del folleto, que empieza con estas palabras del editor : « El Sr. Gefe de Policía, cediendo a nuestras solicitudes, ha tenido la bondad de confiarnos el cuidado de la presente edición » (pág. 52). A la introducción de Alberdi sigue el *Informe de la comisión clasificadora*, la *Narración del acto del 25 en el Coliseo*, y el texto de las poesías laureadas.

Hay en esa documentada crónica dos órdenes de ideas a la par importantes en la historia literaria de la proscripción : uno es el episodio en sí mismo, significativo por la ocasión y sus actores ; otro es la polémica sobre la nueva poesía que, frente al clásico Varela, el romántico Alberdi suscitara. Resumiré en breves líneas lo esencial de ambas cuestiones.

El decreto para la justa fué lanzado el 6 de mayo, y el 8 comentábalo *El Nacional* como acontecimiento inolvidable, precursor de días mejores para la patria. La convocatoria decía : « *Al individuo que presente la mejor composición poética en celebridad de la revolución de Mayo, de los obstáculos que tuvo que vencer y de los beneficios que ha producido en el continente sudamericano es ofrecido el premio que deberá consistir en una medalla de oro, que en su anverso tendrá República Oriental* — 25 DE MAYO DE 1841 — *entre dos ramas de laurel ; y en el reverso* — AL MÉRITO POÉTICO, — *entre una orla de siemprevivas y rosas* ».

Once composiciones se presentaron por el correo a la policía, bajo el secreto del pseudónimo y la consigna del lema, usuales en tales casos. Desde el 21 al 25 del mes, el jurado se ocupó en estudiarlas, a fin de adjudicar el primer premio a la que, además de sus méritos propios, aventajara a las otras, y se destinaban menciones honoríficas para las que así lo merecieran. La ansiedad de los aspirantes creció en esos días, y el concurso fué tema de chismes e inquietudes en todos los corrillos intelectuales. Esperábase un cartel con el fallo que el jurado mandaría fijar el 25 por la mañana a las puertas del Coliseo, a fin de que a la tarde, en el mismo teatro y en acto público, los premiados se presentasen a recoger sus laureles. Coincidió aquel día con un combate naval frente al puerto, de la escuadrilla de Rosas, que el irlandés Brown comandaba, con la escuadrilla de Rivera al mando del norteamericano Cohe y del italiano Garibaldi. Habíase levantado por esos días el bloqueo francés, circunstancia que aprovechó la tiranía para renovar sus hostilidades. A pesar de ello, el público repartió su curiosidad, vibrante de heroísmo, entre el combate naval y la justa literaria.

La fiesta de los premios resultó emocionante para todos : en el pros-

cenio el jurado, en la sala un público enorme, y perdidos en medio de él, los jóvenes laureados cuyos nombres aún no se conocía. Ejecutada la apertura por la orquesta, el presidente Francisco Araucho mandó leer el *Informe*, que Florencio Varela redactara (1). Luego, el secretario Juanicó leyó el *Canto a Mayo*, y al ser invitado el autor, adelantóse un joven de veinticinco años, que contestó llamarse Juan María Gutiérrez. El presidente puso en sus manos la medalla de oro, dirigiéndole esta alocución: «He aquí el lauro consagrado por el patriotismo, al sublime cantor del gran día de América. Os habéis hecho, por vuestro noble ingenio, digno de él y del común aplauso». — El joven poeta contestó entonces: «Señor: la más alta poesía no es tan elocuente como este acto, para demostrar los progresos morales debidos al gran pensamiento de Mayo. Yo acepto, señor, este premio con reconocimiento; y donde quiera que me arroje la ola de la revolución de mi patria, allí le mostraré para probar que en la República Oriental del Uruguay han echado raíces la civilización y el amor a la libertad.» — El poeta victorioso — dice la crónica, escrita por Alberdi — fué invitado a sentarse con el jurado, mientras aplausos y músicas resonaban en su honor.

Análoga escena se repitió con el primer *accesit*, que fué para Domínguez (2). Lo mismo ocurrió con la mención honorífica para un canto que el jurado encontró ligeramente incorrecto, pero que el público aplaudió en cada una de sus estrofas, al ser leído por Florencio Varela, que era excelente lector. Llamaron al autor, y como tardara en aparecer, se creyó que se abstenía por resentimiento. Entonces Domínguez, que apenas contaba veinte años de edad, dijo en alta voz: «Si falta un asiento, aquí está el mío; si falta un premio, aquí está éste». En aquel momento subía al proscenio, entre los aplausos de la sala, otro joven, argentino también. El poeta nuevo, que aquel día alcanzaba los primeros homenajes de la popularidad, llamábase José Mármol (3).

Hubo todavía una segunda mención, discernida a cierto extensísimo poema cuyo autor prefirió mantenerse en el anónimo y que sospecho fué el uruguayo Acuña de Figueroa, poeta de quien he hablado en el

(1) El dictamen, como se ha visto en el parágrafo anterior, aparece incluído en la colección de los *Escritos* de Varela, que editó Domínguez, y en las *Obras* de Alberdi (t. I).

(2) Sobre Domínguez he tratado en el tomo de *Los gauchescos* (cap. XIX) y volveré a hacerlo en el capítulo XVI del presente volumen. La producción premiada en 1843, como el resto de su obra poética, no tiene sino un valor local muy relativo.

(3) Véase el capítulo siguiente, dedicado a Mármol, y otros posteriores sobre Domínguez y Gutiérrez.

volumen de *Los coloniales*. Los tres victoriosos de esa tarde salieron del Coliseo, cuando la fiesta concluyó, entre el aplauso de las damas; y cuenta el cronista que durante aquel día, en las calles de Montevideo, el pueblo los señalaba al pasar, diciendo: « aquel es uno de los vencedores en el certamen de Mayo ».

El canto premiado de Gutiérrez lleva por lema un verso de Horacio, y el de Mármol, uno de Byron. El índice magistral de las dos escuelas en pugna, aparecía ahí bien certero, y dada la gresca que desde tiempo atrás sostenía se entre clásicos y románticos, Florencio Varela y el jurado no pudieron substraerse en el *Informe* a la sugestión de ambas tendencias. Varela representaba el clasicismo, con sus raíces latinas; Mármol el romanticismo, con sus lecturas cosmopolitas; Gutiérrez había se embanderado en la nueva escuela desde la iniciación de Echeverría, pero su buen gusto nativo, su inspiración nada vehemente, su sólida cultura, lo mantuvieron siempre dentro de una corrección externa que hubo de serle grata al crítico severo de la escuela antigua. El *Canto a Mayo* es, por otra parte, una de sus mejores composiciones, y todos convinieron en que merecía la medalla; pero Alberdi y los suyos hallaron propicia la ocasión para discutir algunas ideas estéticas que el *Informe* planteaba y con las cuales los poetas jóvenes estaban en desacuerdo.

Es oportuno transcribir aquí algunas de las opiniones del *Informe*: « Ninguna poesía *americana* pudo haber mientras duró en estas regiones la dominación de España. ¿Qué escuchábamos en las márgenes de nuestro Plata antes de 1810? Ecos desfallecidos de los cantos que se alzaban en las orillas del Manzanares. » Varela aceptaba que los cambios políticos de 1810 habían bastado para emancipar nuestra literatura (error que he demostrado en *Los Coloniales)*; y afirmaba más adelante que, si los poetas de mayo no habían incorporado del todo el nuevo ideal filosófico y « las galas de nuestro suelo » a sus poemas, fué porque se lo impidió el estruendo de las batallas. Varela aceptaba que la siguiente generación (esa de 1837) estaba llamada a cantar los temas morales de la nueva civilización, cuyo ciclo épico había concluído, y a cantarlos sin necesidad de infringir las reglas « mecánicas » del arte. Insinuábase así un retorno a los cánones que siempre defendió, y hallaba que la composición de Gutiérrez colmaba las exigencias de ese ideal estético. No llegaba tan alto la de Domínguez, según el jurado; y en cuanto a la de Mármol, encontraba que el estilo, la versificación y el uso del idioma no corrían parejas con la elevación y el tono de sus ideas.

Para glosar este dictamen, escribió quince páginas Alberdi, celoso en

defender el romanticismo americano y el liberalismo literario, tal como él y los suyos los comprendían, en oposición a Florencio Varela y a los poetas de su tradición.

En ese prólogo reivindicó Alberdi para los jóvenes de la nueva generación el haber introducido en la crítica el principio de que el estado social influye sobre el arte, y por consiguiente que los cambios sociales de 1810 renovaban nuestras letras; pero afirmó que la poesía civil de la independencia habíase prolongado hasta 1829 (con lo cual alude a Juan Cruz Varela), y que los nuevos temas argentinos y la nueva sensibilidad no comenzaron sino en 1830, con Echeverría y su escuela. Tales afirmaciones surgían del ideario estético que, desde la Asociación de Mayo, formaba la doctrina del romanticismo americano, de la cual he tratado en capítulos anteriores. Condenaban ellos en la poesía de la revolución el no haber sabido ponerse al nivel de la revolución — « alzar sus cantos a la altura de las ideas de Moreno » (pág. 56): el haber sido « clásica », « profana », « colonial », « aristocrática », « materialista », « militar » y « extranjera » (pág. 57); — palabras que Alberdi emplea para caracterizar el desacuerdo de esa poesía, desde 1810 a 1830, con el medio social y los ideales de la independencia. Protesta asimismo Alberdi en su prólogo, de que los poetas de Mayo no supieron sentir el paisaje de América (pág. 58), y afirma que fueron los jóvenes poetas de la generación siguiente quienes incorporaron esa visión local a sus cantos, a la vez que el melancólico sentimiento de la vida individual, del cual los pseudoclásicos también carecieron. Todo esto, como se ve, era verdad, mas era asimismo esgrima de polemista contra Varela. En los *Escritos póstumos* de Alberdi hay varios pasajes de sus cartas y memorias que esclarecen este aspecto personal de la polémica romántica (1).

El prólogo en cuestión conviértese más adelante en un verdadero manifiesto de la nueva estética, sobre cuyas ideas he de insistir en otros capítulos de la presente *Historia*. Por de pronto, diré que el *Informe* de Varela parece transigir con la poesía *americana* como teoría, pero al juzgar los casos particulares del certamen, recobra su criterio *colonial* de

(1) Alberdi, *Escritos póstumos*, tomo XV. Véase en la página 442 *(Memorias)* su primer encuentro con Florencio Varela en Montevideo (1838); más adelante, su opinión sobre Juan Cruz. Véase también, en la página 778, la carta de Echeverría a Alberdi (1844), donde habla de « los hombres del pasado ». Alberdi mismo deja caer en cartas y memorias, expresiones como éstas: « los doctores viejos », « el bardo vejestorio », alusiones bien transparentes. Hay además anécdotas que comprueban la data y motivos de ese antagonismo, semejante al que, en política, lo separaba de los « unitarios ».

las formas « mecánicas » (como él dice) del arte. Descúbrele Alberdi esa dualidad, y afirma que « el desorden, abandono e incorrección del estilo, otro de los caracteres que a menudo se señalan a nuestra literatura reciente, es también una calidad inherente y normal de las literaturas democráticas » (pág. 62). Invoca para ello el testimonio de Tocqueville, y al denostar una vez más contra España, se apoya en Larra, y, al sublevarse contra la tradición gramatical, cita a Chateaubriand y a Hugo, « porque las lenguas se alteran, cambian y se desenvuelven » (pág. 60). Planteaba Alberdi el problema en Montevideo, el año 1841, con la misma confusión de verdades y errores, con que en el año 1837 Echeverría habíalo iniciado en Buenos Aires, y con que Sarmiento, el año 1843, habría de promoverlo en Chile (1). El error principal consistía en ignorar que el conocimiento de España y de su idioma le es necesario a América para la afirmación de su propia personalidad, pues confundían a la vez el léxico del inculto y la sintaxis del bárbaro, con la vida progresiva de las lenguas y la renovación de sus formas estéticas, dentro del propio genio idiomático, sin lo cual las lenguas caen en el empobrecimiento, en la corrupción, en la muerte. A cambio de ello, la verdad principal consistió en la sublevación contra el modelo y el canon ; en la afirmación del alma de América por el sentimiento de su naturaleza, de su tradición, de su ideal : todo lo cual se resume en estas palabras : « ¿ Tememos que nuestros poetas se esterilicen si no se les enseña a conocer a Boileau ? No : Dante no tuvo necesidad de conocerlo para producir su poema, como Descartes no tuvo necesidad de su método para descubrir su método. Confiemos en este poder de espontaneidad que es inherente al genio. Dejemos que los talentos americanos se abandonen a sus propias fuerzas : muchos sucumbirán en los ensayos ; pero alguno habrá que supere y acierte a dotar a la América de una literatura suya y peculiar. Para el hombre de genio el arte no es arte, es facultad : él mismo es un arte, como dice Nizard » (pág. 66). Sin embargo, no se trataba esta vez del genio (ni Varela ni Alberdi lo eran), sino de la cultura general del idioma, que nuestros románticos comprometieron un poco con sus arrestos.

(1). Véase : de Echeverría, *Dogma socialista* (pág. 110, edición de la *Biblioteca Argentina)* ; de Sarmiento, *Obras* (tomo I, págs. 214, 289, 337), y de Alberdi, *Obras* (tomo I, págs. 257, 269, 285, 332, 338, 345, 347, 355, 357). Véase mis capítulos dedicados a Echeverría, Sarmiento, López, Alberdi, Mármol y Gutiérrez, y en general, lo que sobre romanticismo y americanismo tenemos dicho en *Los coloniales*, en *Los gauchescos*, y en diversos pasajes del presente volumen.

Al concretar Alberdi sus conclusiones sobre el dictamen del jurado, reprochóle que hubiera pospuesto poemas que, a pesar de sus incorrecciones, representaban la libre inspiración « de una poesía nueva y original ». « Con ocasión de estas piezas especiales — dice — nos ha parecido oportuno tocar una cuestión que se refiere a dos sistemas de opiniones, no precisamente uno mejor que otro, sino uno *nacional* y presente, otro *extranjero* y pasado. »

Tal es el carácter de *indianismo* y *exotismo* que entre nosotros tomó la disputa de los antiguos y de los modernos, de los clásicos y de los románticos, al plantearse estas cuestiones en el Río de la Plata. Y viendo cómo el tema apasionaba en una ciudad sitiada, cuando la obra del orden civil era aún problema previo, el historiador embárgase de asombro y confiesa su admiración por esas almas singulares que vislumbraban, desde su abismo de sombras, la luz del excelso ideal. « Mayo », « progreso », « democracia » : tal había sido el lema de la nueva generación, al comenzar su jornada en 1837 ; y años más tarde, en el hogar uruguayo, los exilados del hogar argentino renovaban, con los ritos del arte, el culto de la misma fe.

Argentinos y uruguayos quedaron desde entonces unidos por el sacrificio y el ideal. Mejor que en los comunes orígenes indios o coloniales, y más que en los comunes esfuerzos de las invasiones inglesas o la guerra de independencia, esta nueva alianza vinculó a nuestros pueblos, porque fué tan estrecha como las dos anteriores, pero más consciente en su visión del porvenir. Obra de soldados poetas, infundió en los hechos un ideal permanente, y podemos asegurar que entonces creó Montevideo su alma patricia, capaz de servir de molde a una nacionalidad nueva, consciente de la civilización y de la libertad. Lo que fuera antes presidio realista y puerto cosmopolita llegó entonces a ser una « ciudad » en el más alto sentido de la palabra.

Aquella heroica intimidad de doce años fué además bello experimento de cuán efectiva es en América la solidaridad de nuestras repúblicas ; esa que despuntó en los días genésicos de la independencia, y que si por gravitación de la realidad geográfica nos confinó en patrias locales, supo levantarnos, por la amplitud del ideal histórico, a las alturas de una magna patria continental. Americanos supimos ser — además de argentinos, uruguayos, bolivianos o chilenos, — y eso para las tristes horas en que vimos peligrar la libertad o la civilización.

CAPÍTULO XV

EL POETA JOSÉ MÁRMOL

I. Mármol es el poeta representativo de su generación. Su *Canto de los proscriptos*. La tragedia del Plata en la obra de este escritor. — II. Biografía de Mármol (1818-1871). Su cuna y su educación en Buenos Aires (1818–1840); su fuga a Montevideo (1840). Mármol poeta lírico y periodista. Impresión que produjo en sus contemporáneos. — III. Mármol poeta civil: poemas contra Rosas. — IV. Mármol dramaturgo: *El Poeta*, *El Cruzado*. Estreno de estos dramas en Montevideo. La crítica contemporánea. — V. Aventuras de Mármol en el destierro (1840–1852). Su residencia en el Brasil; *El Peregrino*; *El Puñal*; regreso a Montevideo. Mármol novelista: *Amalia*. Valor documental y estético de estas obras. — VI. Retorno a Buenos Aires (1852); su actuación en la prensa, el parlamento y la diplomacia (1852–1870). Su muerte (1871). Juicio sobre la personalidad del poeta.

I

Si hay en la generación de los proscriptos un escritor a quien debamos considerar como el poeta por excelencia, ese es don José Mármol, a quien la tradición popular y la crítica repetidora considera casi exclusivamente como un poeta político, pero en cuya obra se descubre el cultivo de las diversas especies poéticas. Muerto Juan Cruz Varela, en quien se extingue la inspiración pseudoclásica de la independencia: muerto Esteban Echeverría, en quien se inicia el impulso novador del romanticismo, Mármol se eleva, descollante, en el grupo contemporáneo de los poetas menores, con técnica más libre que la de Varela y con estro más alto que el de Echeverría. Dramaturgo, buscó la belleza teatral en *El Poeta* y *El Cruzado*; novelista, narró en su *Amalia* las aventuras de su época, agitada por pasiones eróticas y civiles; épico

militante, dejó en *El Peregrino* el poema de la emigración romántica; lírico apasionado, expresó en sus *Armonías* las emociones de su propia alma ante la naturaleza; ciudadano sincero, fulminó en *El Puñal* y otros panfletos la tiranía que pesaba sobre su patria. Expatriado de Buenos Aires cuando apenas contaba veinte años, la emigración fué para él una dolorosa experiencia. Navegó por el Atlántico desde Río hasta Magallanes; fué defensor de Montevideo sitiado; conoció la pobreza; desafió el peligro; amó y odió profundamente, y así el conjunto de su obra, siendo en su origen una confidencia, llegó a ser expresión sentimental en donde todas las almas de su generación reconocieron ecos de su propia vida.

Ya Varela proscripto había ensayado esa invectiva contra Rosas, en aquel canto del destierro que se llama *25 de mayo de 1839*; ya la había ensayado también el maestro Echeverría en *Los proscriptos* (1841): pero fué Mármol, con su *Canto de los proscriptos*, quien dió a su generacion el himno que necesitaba y cuya letra dice así:

¡ Patria ! ¡ Patria ! ¡ palabra divina
Que en el cáliz del alma se esconde,
Y a los sueños del alma responde
Con promesas sublimes de amor !
Ese nombre de paz y esperanzas
Es la dulce oración del proscripto;
Él aprende a llamarle bendito
En la escuela que enseña el dolor,

Patria hermosa que cuentas tus penas
A las ondas del río argentino,
Algo santo te deja el destino,
Al dejarnos el llanto por tí.
Feliz hija del Genio y la Gloria;
Triste madre de un tiempo de luto,
¡ Ay ! recoge ese noble tributo
Que refleja tu imagen en sí.

Sobre el árido suelo extranjero
Nuestra vida ha perdido sus flores
Y, a la luz de los años mejores,
Se tocó con la noche su albor.
Pero en medio a la recia tormenta
Que nos bate y marchita la frente,
Bajo puro dulcísimo ambiente
Conservamos la flor de tu amor.

Al dejar de un hermano los restos
Bajo el suelo extranjero, tan mudo,
Suspiramos al ver que no pudo
Ni la vida en su patria perder.
Y al nacer nuestros hijos al mundo
Mil recuerdos nos hieren prolijos,
Al pensar que ni vemos los hijos
En la patria del padre nacer.

El estro que divaga en este comienzo del canto y la melancolía que en él se diluye, tórnanse de pronto más seguros, haciéndose vehemente esa expresión de la nostalgia cívica, mediante imágenes que parecen tomadas a la poesía erótica de los románticos:

Fija, eterna, escondida en el alma
Vive ¡oh patria! tu imagen hermosa
Como gota del alba en la rosa,
Como perla en el fondo del mar.
Tierno, santo, tu nombre a los cielos
En suspiro purísimo sube,
Como el salmo en la pálida nube
Del incienso que exhala el altar.

De los mares remotos las ondas
Todas saben tu nombre y tus penas;
Del desierto las tibias arenas;
Bosque y prados lo saben también.
¡Ay, si hablasen las lánguidas nubes
Que despiden al sol en la esfera!
¡Ay, si hablase la triste viajera
Que circunda de estrellas tu sien!

Todo el orbe se presta a nosotros:
En las nubes te van pensamientos;
El *pampero* nos da tus alientos;
Nuestro llanto en las ondas tomad.
¡Ay, que en torno a tus puertas andamos
Cual amante que vela y se queja,
Con su brazo rozando la reja
Que le encierra su virgen beldad!

Tus recuerdos son culto divino
Que te rinde doquier la memoria:
Nunca hubieron tus tiempos de gloria
Más espléndida aureola de amor.

Que entusiasmo que vive en el alma
Tras veinte años eternos de llanto,
Tiene mucho de grande y de santo
Para orlar un recuerdo de honor.

La patria así concebida como beldad sevillana tras de su reja, o como cautiva de sultán en su harem, aveníase bien, dentro de la metáfora, con la silueta del desesperado amador que la rondaba, llamando al amor y tentando a la muerte con el son de sus cantos. Pero luego, el trovador proscripto volvía así al recuerdo de su cívico ideal:

Preguntad a la aurora de Mayo
Por la frente que le alza el proscripto:
Preguntad si su rayo bendito
No le baña orgulloso la sien.
Preguntad a las tumbas qué sienten
Cuando en hebra fugaz de aquel rayo
Les mandamos recuerdos de Mayo,
Y un gemido del alma también.

¿No miráis esas luces que brillan,
Cual destellos de un fuego divino?
Son los ojos del Genio Argentino
Irritado en tu obscuro confín.
¿No escucháis un confuso ruído,
Como de onda de un mar que se avanza?
Son las sombras que claman ¡venganza!
De los héroes de Maipo y Junín.

¿No sentís que tu planta resbala
Sobre el húmedo suelo que tocas?
Es que el suelo y el monte y las rocas
Sudan gotas de sangre a tu pie:
Es que todo se irrita y conmueve
Al no ver de tus tiempos de gloria,
Más virtud ni más santa memoria
Que del pobre proscripto la fe.

Alza ¡oh madre! tu mano sagrada
Y bendice tus hijos proscriptos;
Que de aquellos tus tiempos benditos
No te queda más que ellos y Dios.
Los que besan el pie del tirano
No son dignos de un otro destino;

Son ladrones del nombre argentino,
Son bastardos sin alma ni voz.

Y cuando el verso, a ratos incorrecto o desmayado, vuelve a encontrar en esa invocación filial la nueva imagen humana y el acento de la pasión viril, cuaja la inspiración en una estrofa que, por sí sola, vale el resto del canto :

Somos pocos ¡ oh patria ! y no importa,
Pues la gloria de un pueblo y su nombre
Suele a veces guardarse en un hombre,
Cual las luces del orbe en un sol.
Para ver lo que valen los pueblos
No se cuentan jamás sus esclavos ;
Son sus hijos virtuosos y bravos
Los que dan a la historia el crisol.

Esos ocho versos felices, resumen toda la verdad moral de la proscripción : son el clamor, desde el abismo, de los titanes despeñados, y un eco de ese grito prolóngase en las estrofas finales :

Desterrados y pobres y pocos,
En nosotros el alma es un templo
Donde brilla en magnífico ejemplo
La más pura argentina virtud.
Y si en medio al destierro caemos,
Prolongada tu suerte inclemente,
Será siempre padrón elocuente
De tu honor nuestro humilde ataúd.

En la lid y al puñal del tirano
Han caído tus hijos mejores ;
Al puñal o los crudos rigores
Del destino caeremos también.
Mas no temas ; te quedan los niños,
Esas verdes promesas de gloria,
Cuya voz cantará tu victoria
Coronada de palmas tu sien.

¡ Adiós, madre que el alma idolatra !
Dios recoja tu llanto bendito ;
Y la vida del noble proscripto
También halle el amparo de Dios!

Reclinada en las tumbas de Mayo,
Otro tiempo benéfico espera,
Y, desde él hasta el alba primera,
Hija y madre de héroes, ¡ ADIÓS !

El espíritu civil de este canto se irradia por todas las páginas de *El Peregrino* y de *Amalia*. Estas y otras obras análogas — algunas tan vehemente que llega a la injuria y al pregón del asesinato político — dieron a Mármol, entre los emigrados, una gran significación.

«Hemos leído *El Peregrino* — decía Gutiérrez en el prólogo de este poema (1845), — y parecíanos que el autor nos había consultado sobre el asunto de sus cantos: nos parecía la obra de un genio que hubiera espiado invisible los secretos de nuestra conciencia, los sueños de nuestra alma, las fantasías de nuestra esperanza, y que nos decía: « he aquí el retrato de lo que creíais que no pudiera representarse con la palabra, ni tomar cuerpo con los incompletos recursos del lenguaje ». « Nosotros — agrega — que pertenecemos a la época, a la América, a la democracia, a la fe de la cruz, que esperanzamos en lo futuro, que alguna gota de ese rocío del cielo que se llama poesía cae de cuando en cuando en nuestra alma, porque somos desgraciados, somos al mismo tiempo rama del árbol que todo él ha de conmoverse al soplo del *Peregrino*. Toda nuestra generación hallará en él su historia, y toda ella bendecirá a su autor » (1).

II

La vida de Mármol, como la de todos los escritores de su generación, divídese cronológicamente en tres períodos: primero, la mocedad hasta el destierro; luego, los años cruentos del exilio; por fin el retorno a la patria que fué la tierra prometida durante el éxodo glorioso. Ya he dicho que, como Sarmiento en prosa, Mármol fué en verso el más airado vengador de la tiranía, y ambos produjeron en tierra extranjera lo mejor de su obra literaria. Digamos, entre tanto, algo sobre el hogar y primera educación del poeta proscripto.

José Mármol nació en Buenos Aires el 9 de diciembre de 1817,

(1) *El Peregrino*, edición de 1847, Prólogo, página VII.

en hogar de honrados patriotas (1). Fueron sus padres don Juan Antonio Mármol, porteño, y doña Josefa Talavera, uruguaya, casados desde 1811. Su padre y un tío sirvieron en el naciente ejército de la independencia. Mármol cursó sus estudios en Buenos Aires, cuando ya la reforma rivadaviana había modernizado un tanto nuestras escuelas. Siguió después estudios en la Facultad de derecho, recién fundada, pero no terminó su carrera, quizá por los azares de la vida política.

De sus maestros, fué Diego Alcorta, el filósofo, quien más influyó en su mente y en su carácter. Emigrado en Montevideo, después de 1840, recordando al joven profesor de ideología, dedicóle estas palabras reveladoras que se leen en la *Amalia*: « Cada joven de nuestros amigos, cada hombre de la generación a que pertenecemos y que ha sido educado en la Universidad de Buenos Aires es un compromiso vivo, palpitante, elocuente del doctor Alcorta. Somos sus ideas en acción. Somos la reproducción multiplicada de su virtud patricia, de su conciencia humana, de su pensamiento filosófico. Desde la cátedra, él ha encendido en nuestro corazón el entusiasmo por todo lo que es grande: por el bien, por la libertad, por la justicia. Nuestros amigos que están hoy con Lavalle, que han desechado el guante blanco para ceñir la espada, son el doctor Alcorta. Frías es Alcorta en el ejército. Alberdi, Gutiérrez e Irigoyen son el doctor Alcorta en la prensa de Montevideo » (2).

En el curso de jurisprudencia fueron sus condiscípulos Florencio Balcarce, José Tomás Guido, Manuel Irigoyen, Emilio Agrelo, Félix Frías, Federico Pinedo, Rufino de Elizalde, Luis Domínguez y otros que, como los anteriores, alcanzaron renombre en el periodismo, en el foro, en las letras.

Era aún estudiante en la Universidad, cuando un día de 1839, al salir del correo, fué preso y conducido a la policía de Rosas. El doctor Mitre y Vedia ha dado a luz un facsímil del asiento que en los archivos policiales comprueba aquella prisión (3). El documento reza: « *Abril 1°.*

(1) Han escrito biografías de Mármol: Torres Caicedo, Mariano Pelliza, Mariano de Vedia y Mitre. Se hallan también noticias sueltas sobre su vida en López, Sarmiento, Echeverría, Mitre, Zinny, Gutiérrez y otros contemporáneos. Casi todos equivocan la fecha de su nacimiento, pero la verdadera es la que adopto aquí, siguiendo las pruebas publicadas al respecto por el doctor Vedia y Mitre. Los prólogos y notas de las obras de Mármol contienen otras noticias por mí aprovechadas.

(2) Mármol, *Amalia*, palabras de Daniel Bello a Eduardo Belgrano (cap. II).

(3) Publicado en *La Nación* (2 de diciembre de 1916).

| *José Mármol, joven* | *Pol*ª, *&. puesto en un calabozo con una barra de grillos e incomunicado* | *Salió el 7 de abril 1839.* » — A continuación, el día 4, consta la entrada de Pablo Casimiro del Mármol (« por cosas políticas ») y la de José Vicente Chilavert (« por orden de S. E. y a disposición del supremo gobierno como prófugo »). Ambos fueron libertados el 7 de abril, el mismo día que Mármol, aunque no se ve que obedecieran a igual origen estas prisiones y otras que por esos días se realizaron. Lo que dicho documento comprueba es la prisión de Mármol, y que las « cárceles y cadenas » de las cuales habló más tarde en sus airados versos, no fué jactancia retórica sino agravio que no perdonó (1).

Cuando Mármol fué preso, corrían los meses de espionaje y de conjura que precedieron a las represalias sangrientas del terror. La revolución del Sud y la invasión de Lavalle demostraron que los unitarios conspiraban, y el fracaso de ambas señaló el momento de la venganza de Rosas. El asesinato del viejo Maza en su despacho y el fusilamiento de su hijo en la prisión, dieron la trágica señal en Buenos Aires amedrentado. La Sociedad Popular Restauradora, que era una especie de policía clandestina y banda de malhechores, esforzó su celo como comité de salud pública. Las casas sospechosas fueron registradas o asaltadas. Las prisiones, vejámenes y asesinatos arreciaron. La plebe azuzada por el déspota rendíale, como a un ídolo primitivo, el holocausto de sus víctimas. Algunos ilustres patricios y no pocos burgueses calculadores se rindieron bajo aquel brazo prepotente. Pero esa fué, para Mármol y otros jóvenes románticos, la hora de la emigración, única forma practicable de protesta cívica, puesto que las otras habían ya fracasado.

El propio Mármol ha descrito en *Amalia* el ambiente fatídico de esos días, y pintado, bajo nombres imaginarios, sus propias aventuras y emociones. Debemos a la diligencia del doctor Mitre y Vedia la publicación de papeles que pertenecieron al archivo de Mármol, y ellos permiten establecer la concordancia biográfica que señalo. Defensores apasionados de Rosas han pretendido desnaturalizar el episodio, pero ya no cabe negar que la mazorca existió, que Mármol fué una de sus víctimas, que a consecuencia de persecuciones policiales el poeta se expatrió, y que

(1) Véase el relato del doctor Vedia y Mitre, fundado en el *Diario* de Mármol y en tradiciones de familia (*La Nación*, op. cit.). Véase, en *Armonías*, los versos de 1839, intitulados *Lamentos* y las alusiones que hago en el parágrafo final de este capítulo y en el capítulo sobre Gutiérrez. Confróntese, además, esta parte de la biografía de Mármol con el relato de la *Amalia*, y se verá que ésta es una novela autobiográfica.

desde las tierras del exilio asumió la peligrosa misión de fustigar al déspota de su patria (1).

Ya trasladado a la otra banda del Plata, Mármol halló consejo y protección en Florencio Varela; se unió a los jóvenes emigrados, entre los cuales encontró a antiguos amigos; colaboró en la prensa liberal que desde años antes predicaba contra Rosas. Conocía a Montevideo desde años atrás, pues la había visitado en 1836 y hasta creo que publicó versos suyos en *El Estandarte*, periódico local. Su nombre no era desconocido, y en el *Diario* ya citado se jacta, con gozo juvenil, de esa primera notoriedad. Cantos, panfletos, dramas, acrecentaron y consolidaron su fama poco tiempo después.

Mármol colaboró en *El Nacional* de Lamas y en el *Comercio* de Varela, los dos periódicos más serios de Montevideo; contribuyó a la boga de el *¡Muera Rosas!* (1841-1842) y *El Guerillero* (1843); fundó *El Álbum* (1844), *El Conservador* (1847) y *La Semana* (1851-1852). En *El Álbum* aparecieron los versos premiados en el certamen de 1841, recogidos

(1) Al *Diario* de Mármol, documento en poder del doctor Vedia y Mitre, pertenece el siguiente fragmento:

« 1840: Noviembre 17, a la 11 de la noche. Ya el pasaporte obtenido, el 16 no me ofrecía garantía alguna desde que con igual licencia acababa de ser conducido a la cárcel el señor Linch. Fué preciso, pues, aprovechar los instantes. Me embarqué a las 11.30 del día y pasé a bordo del bergantín genovés *Leonidas*, en donde me hallo aún. El fatigoso calor, la agitación de mi espíritu presa de las sensaciones más violentas y extrañas en los últimos días, todo ha contribuído a ser el de hoy uno de los más mortificantes de mi vida. El consuelo de verme lejos del poder del tirano no puede endulzar mi alma todavía, tanto porque mi seguridad no es completa desde que es un buque de comercio el que me hospeda, cuanto que tengo a mi vista esa patria tan cara a mi corazón y que no destella sobre mi pensamiento sino los más tristes recuerdos, y los más luctuosos presagios. Quisiera en este momento grabar todas las ideas que me origina su presencia, pero demasiado débil en este momento apenas puedo concebirla.

« 18, a las 6 de la tarde. A bordo de la goleta de guerra francesa *Josephine*, enfrente de Buenos Aires.

« A las 7 de la mañana de este día aún no tengo esperanza de partir hoy. No había viento — no había recibido carta alguna que me anunciase una próxima partida, — la inseguridad, por otra parte, a bordo del *Leonidas*, que descargando en balleneras sus efectos, tenía a su bordo infinidad de personas de las que me eran conocidas muchas, — todo contribuyó a hacerme adoptar una resolución activa y que iba a decidir de una vez de mi salida o de mi seguridad en el puerto. Una goleta francesa acababa de fondear a algunas cuadras de mí, pido el bote del *Leonidas*, voy a ella, a su bordo no estaba el oficial, que acababa de bajar a tierra, pero se me dice vendría dentro de una hora, lo espero, llega, se me presenta un joven como de 25 años, de un semblante risueño y maneras francas y varoniles, — le comunico mi posición, y le pido me haga conducir a Montevideo en uno de los buques que salen para allí, — comprende mi estado y ofreciéndome su

después en la definitiva edición de sus poesías. En el *Comercio* (nº 325) publicó una réplica a *La Gaceta* (de Rosas), defendiendo los *Cantos del Peregrino*, y una biografía de Florencio Varela (nº 960), y sus famosos versos al *25 de Mayo de 1850*. En *El Conservador* publicó su *Examen crítico sobre la juventud progresista de Rio de Janeyro* (1847), editado antes en portugués por el *Ostensor Brasileiro*. En *El Nacional* dió a luz su canto *Al pampero* y su oda *A Buenos Aires*, después de declarada la intervención anglofrancesa (nº 2031). En el *¡ Muera Rosas !* inspiró no pocos epígramas y caricaturas contra el tirano de su patria. En *El Guerrillero* — «periódico de la línea», que redactó con Fernando Quijano (hoja que hizo honor a ese nombre), cifró su divisa en este altanero desafío a los degolladores de Oribe :

No presuman que me alcanza
Su cuchillo ni serrucho,
Tengo en mi mano la lanza
Y en el mosquete el cartucho.

Durante esos diez años de periodismo en Montevideo, estrechó su amistad con Alberdi, que ha guardado cartas suyas en su archivo, y con

buque y sus comodidades, me ofrece conducirme él mismo, — su nombre es Le Blanc.

« Hice transportar mi pequeño equipaje, y mañana tengo entendido que partimos.

«El 20, a las 6,30 de la tarde, nos dimos a la vela para Montevideo. El 18, el 19 y el 20, lo pasamos recibiendo emigrados hasta que llegado el número 45 de ellos, y no siendo posible por la pequeñez del buque recibir aún más, nos pusimos en viaje.

«El 21 entramos al puerto a las 10,30 de la noche — y sólo yo me desembarqué con Le Blanc, por la entrada llamada Baños de los padres. El mismo me condujo a lo de la señora de Thompson, en donde fuí recibido con la bondad que caracteriza a esta familia. Pasé a las 11 a lo del doctor Pico, fuí recibido con el contento que ya esperaba. El doctor Alberdi y otros jóvenes de la nueva generación me visitaron el 22. Lo que he traslucido en éstos, y lo que apenas me han dejado vislumbrar algunos emigrados del 28, me ha sido bastante, a pesar mío, para comprender la desunión que existe entre ellos y que reconcentrada hoy por falta de teatro, estallará cuando la revolución haya dado su último resultado, y desprendido el pensamiento del único objeto que hoy lo activa, pueda entregarse libremente a sus tendencias (hoy 24).

«29. Es probable parta mañana para la Colonia. Si no me arrastrare el compromiso para mí tan sagrado de pasar a Mercedes, me quedaría aquí, puedo decir que tengo hoy mi porvenir en mis manos. De la novedad siempre se puede sacar un gran partido — *mis versos meten ruido* — mi nombre se divulga — y se disputan los hombres mi amistad. ¿Qué más se necesita ? ¿Pero qué diría esa mujer bondadosa a quien tanto debo? ¿Qué diría mi amigo ? ¿Ese amigo que sin duda no ha comprendido cuánto lo ama Mármol, y de cuánto es capaz si se trata de complacerlo? Séamos lo que debemos ser y partamos.» (Publicado en *La Nación*.) Estas últimas palabras parecen aludir a alguna mujer amada que lo esperaría en Mercedes del Uruguay...

Mitre, que habría de sobrevivirle y hablar sobre su tumba, inspirado por el recuerdo heroico de la emigración en Montevideo, fortalecido además en la solidaridad política de la segregación de Buenos Aires. Andrés Lamas, Juan Carlos Gómez, Francisco Pico, Ángel Navarro y Andrés

Fig. 37. — José Mármol

Pillado, fueron sus colaboradores en *El Conservador*, periódico de letras y político, donde se comentaban los trabajos de «la escuela cuyana en Chile» y se polemizaba sobre Rosas y la diplomacia extranjera en el Plata. Fraternizó en el *¡ Muera Rosas !* con Esteban Echeverría, Juan Bautista Alberdi, Gervasio Posadas, Juan María Gutiérrez, Luis L. Domínguez y Miguel Cané (1). Y ya en 1845, al escribir su *Ojeada* para la segunda edición del *Dogma*, Echeverría mencionaba a Mármol entre los obreros del nuevo ideal, poniéndolo junto a Sarmiento, Mitre, Gu-

(1) Véase: Zinny, *Historia de la prensa uruguaya* (*op. cit.*, páginas v y xxi), donde se indica lugares relativos a Mármol y a los periódicos nombrados.

tiérrez, Alberdi, y de él decía: «El señor José Mármol se atrajo desde temprano la atención pública como poeta. Los concurrentes al certamen del año 41 saludaron por primera vez con vivas simpatías la joven lira que ha sabido después herir con tan hondas y peregrinas vibraciones la noble cuerda del patriotismo. Su musa, reflexiva y entusiasta, descuella entre las coetáneas por la originalidad y el nervio de la expresión: Rosas, la Patria y la Libertad tienen en su labio yo no sé qué mágica potencia. Ha puesto también en escena dos dramas, *El Poeta* y *El Cruzado*, que obtuvieron la sanción del pueblo. En ellos resalta el estro lírico y la viveza de colorido que caracterizan su pluma. Tenemos tan ventajosa idea de las facultades poéticas del señor Mármol, que no dudamos que su *Peregrino* sea, como nos dicen, una obra de primer orden, tanto por la pulidez de la labor, como por la intensidad y elevación del pensamiento» (1). Y como el poema no había aparecido aún (se conservó inédito hasta 1846), terminaba Echeverría expresando su anhelo de verlo cuanto antes impreso.

La campaña periodística que en 1839 empezó con *El Iniciador* podemos decir que clausúrase en 1852 con *La Semana*. Menos célebre que *El Nacional* de Lamas o que el *Comercio* de Varela, y no tan influyente ni duradero como ellos, fué, sin embargo, *La Semana* de Mármol un órgano importante por las cuestiones que trataba. La política exterior y sus agentes — Souza, Guido, — la política interior y sus actores — Rosas, Ibarra — fueron juzgados en sus páginas. Publicaciones sobre la intervención anglofrancesa ocasionaron la suspensión del periódico durante dos meses. Alcanzó a publicar los documentos del pronunciamiento de Urquiza en Entre Ríos (el 1° de mayo de 1851), que fué para todos los proscriptos la señal del retorno a la tierra prometida.

Mármol publicó en Montevideo casi todas sus obras. Sin contar su labor de polémica y periodismo, citaré *El Peregrino* (cantos I, II, III y IV, en 1847), *Armonías* (poesías diversas, en 1851), *Amalia* (fragmento, 1851), *El Cruzado* (drama, 1851). Sobre temas de actualidad social y política, imprimió los siguientes opúsculos: *Examen crítico de la juventud progresista de Rio Janeiro* (1847), *Asesinato del señor Florencio Varela, redactor del «Comercio del Plata»* (1849), *Manuela Rosas* (rasgos biográficos, tres ediciones, 1851). Tales libros salieron de las prensas del *Comercio del Plata* o de *La Semana*, hacia la últimta época de la proscripción. Además de *El Cruzado*, que acabo de citar, Mármol escribió en 1842

(1) Echeverría, *Dogma socialista* (edición de la Biblioteca Argentina, pág. 85 y 86).

otro drama, *El Poeta*, extrenado con éxito en Montevideo. De ambos dramas trataré en un parágrafo especial. En cuanto a *El Peregrino*, impreso en Montevideo el año 1847, fué empezado en Río Janeiro dos años antes, y concebido en el mar, a bordo de la nave que a Mármol conducía en viaje a Chile y que las tempestades del sur obligaron a regresar desde el Estrecho, en la forma que luego referiré.

Sarmiento, en prosa, es para los proscriptos de Chile y el Pacífico, lo que Mármol, en verso, para los proscriptos de Montevideo y el Atlántico. *El Peregrino* es el poema del Río de la Plata durante la tiranía de

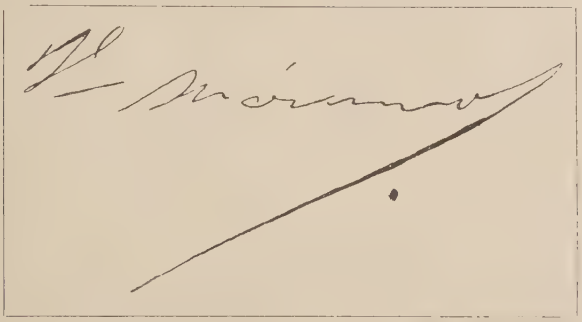


Fig. 38. — Firma de José Mármol

Rosas, como la *Amalia* es su novela. Este relato muestra, en la vida social, lo que el otro descubre en la vida individual de los emigrados. No se sustrajo Mármol al tema político, porque ningún escritor de su generación pudo hacerlo, ni él lo hubiera deseado, bajo el imperio de su ardiente patriotismo; pero mientras los otros pasan rozando la vida real que copian o comentan, éste se eleva sobre lo meramente anecdótico para tentar los puros géneros poéticos o para alcanzar categorías más permanentes de tema y de expresión. Tales son, por ejemplo, sus descripciones del trópico y de la noche, cuando pinta la naturaleza, o sus cantos civiles, donde mezcla el amor a la patria y el odio al tirano en un acre sabor de inspirada nostalgia.

Interrumpamos, entretanto, este parágrafo sobre la vida de Mármol, pues en el comentario de las obras ya mencionadas podremos seguir el hilo de su biografía.

III

El 25 de Mayo de 1841, Mármol logró de pronto en Montevideo su consagración como poeta. He referido el episodio en el capítulo anterior, sobre «la nueva Troya». El gobierno de la ciudad había resuelto celebrar el aniversario con un certamen poético, cuyos pormenores conocemos ya. Juan María Gutiérrez, Luis L. Domínguez y José Mármol, tres poetas jóvenes, salieron de aquella fiesta consagrados por el prestigioso veredicto y por el aplauso popular. A partir de entonces, la obra y la fama de Mármol crecieron hasta colocarle a la cabeza de su generación.

Fué tradición, desde los primeros años de la independencia, que los poetas argentinos celebraran el 25 de Mayo con sus himnos, cantados a veces por la muchedumbre varonil en las plazas o por el coro infantil en las escuelas, como bello decoro de las ceremonias públicas que solemnizaban aquel fasto.

Después de la canción inicial de Luca en 1810 y de López en 1813, Lafinur lo había hecho en Mendoza (1822), Avellaneda en Tucumán (1839), y los poetas porteños, aun los más ínfimos, habían mantenido la tradición: Cayetano Rodríguez en 1812, Florencio Varela en 1825, Esteban Echeverría en 1830. *La lira argentina* contiene algunos de los himnos citados, y varios anónimos, sobre la gloriosa efemérides. En las compilaciones especiales de cada autor, o en las antologías nacionales, el culto lírico del aniversario patrio se confirma.

Juan Cruz Varela, el 25 de mayo de 1839, había celebrado la fecha con un canto contra Rosas, y el nombre de Varela quedó asociado a la fecha de Mayo para los proscriptos en Montevideo. En 1847, José Mármol solemnizaba el día con su oda *Al Sol de Mayo*, y la dedicaba a la memoria de Juan Cruz Varela con este epígrafe:

> De aquel tiempo bendito
> No han muerto los recuerdos con la gloria,
> Pues hay, cantando a Mayo, algún proscripto
> Que dedica su canto a tu memoria.

Así también, desde 1839, el tema de la libertad se asoció al de la tiranía. El sol de la epopeya fué eclipsado por la sombra de Rosas. El día natal de la patria se convirtió en un tema de dolor, y nadie llegó en la

expresión de aquel sentimiento nuevo, hecho de amor y de odio, adonde Mármol llegó con sus vehementes alejandrinos *A Rosas, el 25 de Mayo de 1843*:

¡ Ah, Rosas ! No se puede reverenciar a Mayo
Sin arrojarte eterna, terrible maldición...

El poeta mismo dice en una glosa: « Mayo es para las argentinos, y me atrevo a decir para la América Meridional, un monumento perdurable para marcar a las generaciones futuras la época gloriosa en que una generación de héroes osó trozar con el sable las cadenas de fierro que unía un mundo a otro mundo »... « Las generaciones que les suceden repiten con ardor el mismo voto, y reciben el legado de Mayo para trasmitirlo a sus hijos »... « Es un suceso universal por excelencia aquel que ha presentado al género humano un mundo nuevo a la Libertad y al pensamiento, sofocado por el peso de los siglos entre los límites estrechos del mundo viejo » (1).

El soplo terrible de la profecía vibra en los alejandrinos de 1843 contra Rosas: « *Cuando tu trono tumben los botes de la lanza* », es el presagio de Caseros; « *Ni el polvo de tus huesos la América tendrá* », es el vaticinio de Southampton; y es el augurio de la constitución nacional, lo que prometen a la patria estos versos:

Entonces desde el Plata, sin negra pesadumbre
Te mirarán tus hijos latiendo el corazón,
Pues opulenta entonces reflejará tu lumbre
En códigos y palmas y noble pabellón.

Diez años corrieron desde este canto, y juntos se cumplieron la maldición atroz y el vaticinio feliz. ¡ Guay del tirano, cuando cae sobre su frente la maldición de un poeta ! Los dioses oyen su conjuro; el rayo vengador baja del cielo; las cadenas y el hambre pasan; el canto queda en la historia...

¡ Rosas ! ¡ Rosas ! Un genio sin segundo
Formó a su antojo tu destino extraño:
Después de Satanás, nadie en el mundo
Cual tú hizo menos bien ni tanto daño.

(1) *Cantos del Peregrino*, Notas al canto I, edición del *Comercio del Plata* (pág. 25, Montevideo, 1847. Véase cómo en estas ideas reaparece la doctrina de Echeverría que hizo de « Mayo », en la asociación de ese nombre, un lema poético y filosófico. Confróntese *Capítulo preliminar* y siguientes de este volumen.

Así empieza su popularizada deprecación contra Rosas, transpirante de odio. Odio hay todavía en otros cantos sobre la tiranía, pero mezclándose con las nostalgias de la patria, que orean su alma con ese soplo de tristeza y de amor. Y luego llega a más amplias formas de patriotismo, en las cuales la patria ya no es Buenos Aires, ya no es el Plata solamente, sino toda la América, según esa misma tradición de Mayo, tantas veces invocada:

América es la virgen que sobre el mundo canta
Profetizando al mundo su hermosa libertad;
Y de su tierna frente la estrella se levanta
Que nos dará mañana radiante claridad.

Y una vez que esa visión de patria se engrandece hasta colmar el continente y tocar los mares, entonces su patriotismo tórnase más humano y dice a los peregrinos de otras razas: «América, mi madre, recoge vuestros hijos y les ofrece el pan»:

Tus hijos en nosotros encontrarán hermanos,
El sable se ha tirado después de combatir;
Venid y cultivemos con fraternales manos
La prometida tierra del bello porvenir.

En la tradición de esa poesía civil que empieza con la independencia, José Mármol es el poeta que supo infundirle más ardorosa inspiración, movimiento más libre, colorido de mayor realidad. Como los poetas de la revolución, los de la proscripción fueron asiduos cultivadores del tema cívico; pero ninguno le emparejó en eficacia militante dentro de su generación. Ni Gutiérrez, ni Domínguez, ni Gómez, ni Godoy, ni Cantilo, ni Rivera Indarte pueden igualársele como poetas civiles, y la comparación es oportuna porque ellos también fueron glorificadores de Mayo y fustigadores de Rosas y pregoneros de la libertad. Juan Cruz Varela cierra el primer ciclo civil en la poesía de la revolución; Echeverría inicia el segundo ciclo, renovando los temas y los metros; pero es Mármol quien levanta la oda y la sátira políticas a alturas de elocuencia cuyo eco resuena todavía en la posteridad.

A pesar de sus defectos de forma y de sus frecuentes desmayos de inspiración, su sentimiento de la naturaleza y su emoción de la historia son profundos, dimanando de ahí la variedad que comunica al viejo tema del amor a la patria y del odio a la tiranía. Si ha habido en la

poesía civil de América un bardo de la democracia, ése es José Mármol; y si su libre doctrina estética lo alejó de la retórica pseudoclásica, su vida de sacrificio, mientras así cantaba, confiere a sus versos un soplo de sincera vehemencia que los ennoblece con el quilate de la belleza moral.

Este juicio coincide en buena parte con el de Menéndez Pelayo sobre los versos de Mármol. Quiero citar el trozo, no ya por ello, sino por el elogio que, con las debidas reservas, formula el crítico español sobre el poeta civil de *El Peregrino* y el fulminador de Rosas: «A todos los poetas hasta aquí citados — dice, — incluso el mismo Echeverría, excedió en reputación popular durante su tiempo, y aún puede decirse que en parte la conserva, otro ingenio romántico, muy desaliñado y muy inculto, lleno de pecados contra la pureza de la lengua, de expresiones impropias y de imágenes incoherentes; pero versificador sonoro, viril, robusto, superior a todos sus contemporáneos en la invectiva política, porque tenía el alma más apasionada que todos ellos, y dotado al mismo tiempo de grandes condiciones para la descripción que pudiéramos llamar *lírica*, para reflejar la impresión de la naturaleza, no en el detalle, sino por grandes masas. Tal fué José Mármol, que, al revés de Echeverría, no procede del romanticismo francés, ni tiene con él grandes analogías; pero sí las tiene, y muy íntimas, con el romanticismo español, y especialmente con Zorrilla, cuyos procedimientos de versificación imita procurando emular su vena opulenta y desbordada (1). Mármol, como todos los poetas de su temple, arrastra, deslumbra, fascina, y a su modo triunfa de la crítica, que sólo en voz baja se atreve a formular sus reservas. En sus versos políticos, en sus imprecaciones contra Rosas, hay un arranque, un brío, un odio tan sincero, una tan extraña ferocidad de pensamiento, que, si a veces repugnan por lo monstruoso, otras veces se agigantan hasta tocar con lo sublime de la invectiva. Aquellas hipérboles desaforadas de venganza y exterminio, aquel estrépito de tumulto y de batalla, aquella inflamada sarta de denuestos y maldiciones, embriagan el espíritu del lector más sereno y pacífico, haciéndole participar momentáneamente de la exaltación del poeta. *No creo que se hayan escrito versos más feroces contra persona alguna como no fuesen aquellos antiguos yambos de Arquíloco e Hiponacte,*

(1) Menéndez Pelayo se refiere aquí a un parangón entre *Las Nubes* de Zorrilla y el canto de *Los Trópicos* en *El Peregrino*. Hay otros cantos de Mármol que confirman la tesis, y pudo aducir también algún romance de *El Cruzado*.

cuya lectura hacía ahorcarse a las gentes aludidas. Salvo las diferencias entre el puñal y la pluma, hay casos en que el poeta se pone a la altura del tirano a quien combate. Y así como Rosas tiene en la historia su bárbara y siniestra grandeza, tienen los incorrectos versos de Mármol cierta poesía bárbara y desgreñada que los hace inolvidables y en cierto sentido imperecederos » (1).

No pudo escapar al juicio certero de Menéndez Pelayo el otro aspecto de la inspiración de Mármol, reveladas por sus descripciones de la naturaleza y sus emociones íntimas, dos cosas que, junto con la emoción de la historia, constituían los tres principios del romanticismo. Trasplantados a América, ellos dieron libertad a nuestros poetas y carácter nacional a nuestra poesía. Nacido en una época propicia a su temperamento, Mármol halló en la adversidad política la mejor fuente de su inspiración. Arrancado al hogar, la angustia exaltó sus facultades. Solitario, pobre, errante, la patria se embelleció en la nostalgia del proscripto, la naturaleza avivó sus colores a los ojos del peregrino, y sueños de libertad para el rebelde o sueños de amor para el desventurado fueron la mística promesa de su destino incierto.

Pero antes de completar la definición del poeta lírico, bueno será que interrumpamos aquí el estudio del poeta civil, a fin de estudiar al poeta dramático, analizando las dos obras teatrales que compuso y estrenó durante su primera residencia en Montevideo, pues ya dijimos que Mármol hizo después un viaje al Brasil, y es bajo el cielo tropical donde su estro alcanzó la plenitud de su desenvolvimiento lírico.

IV

La resonancia póstuma lograda por los cantos civiles de Mármol ha apagado el eco de sus versos dramáticos. Apenas si se recuerda hoy por sus nombres *El Poeta* y *El Cruzado* — las dos obras teatrales que en Montevideo compuso y estrenó. Editadas en aquel tiempo y dadas nuevamente a la luz por las prensas en nuestros días, han sido muy pocos sus lectores ; — hasta los comentadores de Mármol aluden a ellas con una sospechosa ligereza, como si tampoco las hubieran leído. Allá, en los

(1) *Antología de poetas hispanoamericanos*, tomo IV, página CLXXXIII.

años de la proscripción, hubo empresa teatral en Montevideo que las llevó a las tablas y público entusiasta que las aplaudió. Ni público ni empresa ha habido para ellas en nuestros días, a pesar del auge económico de los escenarios nacionales. Yo desearía reparar aquí una parte de tanta omisión, si no por el mérito de ambas piezas, siquiera por la honrada curiosidad que en mí despiertan las obras olvidadas. Referiré para ello el argumento de las dos y daré noticia sobre el antiguo estreno; y me sentiré feliz si esta lectura mía y la rehabilitación de mi historia despierta por ellas el patriótico interés de alguna compañía actual que quiera llevar a nuestra escena la obra de quien puede, con justicia, ser considerado, si no como maestro en el género, al menos como continuador de Labardén y precursor de Coronado, en la fundación del teatro lírico argentino.

Cuando allá por el año 1842, después de *El Poeta*, se estrenó *El Cruzado*, el público aplaudió, y un crítico de la época, Juan Bautista Alberdi, saludó el triunfo del joven autor con estas vehementes palabras: «*El Cruzado* ha visto la escena: salud al señor Mármol: los títulos de poeta dramático le pertenecen de derecho: el público se los ha discernido, el público que en esto, como en toda materia de gusto, tiene más voto que los académicos y los críticos. Adelante, dichoso joven, que habéis recibido del cielo el sublime dón de la inspiración dramática: estáis en la carrera que debe absorber vuestros años de entusiasmo y de fuerza: recorredla, osado, con vuelo de águila; dejad perdidos en el polvo los aullidos de la asquerosa envidia y remontaos hasta lo alto, llamad a las puertas de Dios, pedidle inspiraciones que no haya dado a otro hombre. Ya conocéis vuestra vocación; entregaos a ella con alma y vida; no penséis en sus ventajas e inconvenientes; la habéis recibido de Dios, aceptadla, aceptadla con sumisión religiosa y entregaos a vuestro destino dramático. Al cabo de algunos años de infatigable esfuerzo — tened fe en esta profecía — seréis una de las más bellas celebridades de los pueblos del Plata (1)». La profecía de Alberdi no se cumplió, acaso más por accidentes de la vida de Mármol que por insuficiencia de su talento literario. Más adelante veremos lo que hubo de exceso y de verdad en el ditirambo del amigo. Analicemos, entretanto, las obras teatrales que motivaron ese elogio.

El primer drama titúlase *El Poeta*; hállase escrito en verso y dividido en cinco actos. La acción pasa en la época moderna, y aun-

(1) Alberdi, *Escritos póstumos*, tomo XV, página 572.

que no se indica el lugar, cabría imaginarlo en una ciudad americana. Lo que hay de histórico y de exótico en *El Cruzado* desaparece en *El Poeta*, pero subsiste en el argumento la pasión y la intriga propias del teatro romántico, que tanto se avenían al gusto de la época y del autor.

Los protagonistas son Carlos, el poeta, y María, su amada, nombres que también usó Mármol en *El Peregrino*, y que acaso oculten una alusión autobiográfica. En segundo término figuran don Antonino, padre de María, y Federico, amigo de don Antonino. Completan el cuadro de los personajes: Dolores, Elisa, Teresa, un comisario de policía, damas, criados, hombres del pueblo.

La escena varía en los diversos actos: un salón moderno de la casa de don Antonino, en el primero; el gabinete de estudio de Carlos, en el segundo; una sala de fiesta, en el tercero; en el cuarto acto, la misma escena del primero; y en el último, la alcoba de María, donde la acción concluye, trágicamente, la noche de sus bodas.

La psicología de los personajes, si no vigorosa, es sumamente clara, tal vez por su misma simplicidad, como para ser caracterizada en pocos adjetivos: María, mujer joven, bella, enamorada, fiel, generosa; Carlos, su galán, joven también, poeta romántico, por igual intrépido en el amor y la lucha política; don Antonino, el padre de María, hombre seco y avaro, que se opone a los amores de Carlos, por ser éste pobre, y favorece las bodas de su hija con Enrique, por ser éste un buen partido, aunque su hija no lo ama; Federico, joven elegante, frívolo, amartelado; Dolores, prima de María, confidente hábil y comprensiva. Los demás personajes sirven sólo para el eslabonamiento del diálogo y de la acción.

El drama comienza por una simple conversación de negocios entre Federico y varios clientes de don Antonino, en casa de este último (esc. I). El dueño de casa aparece luego, y la conversación se concreta sobre tratos de usura, en lo cual se define el carácter cicatero del padre de María (esc. II y III). Concluídos los tratos, vánse los clientes, y quedan María y Dolores dialogando sobre el amor de Carlos y sobre Enrique, el esposo que el padre pretende imponer a su hija, según la autoritaria costumbre de los antiguos hogares (esc. IV). Pero el padre ha resuelto poner término a las relaciones de su hija con Carlos, y es ella misma quien deberá despedir a su pretendiente. La entrevista de ambos amantes suscita ironías, promesas, juramentos, reproches, todo en un vértigo de pensamientos febriles: — « *La ardiente llama de mi*

amor constante » — « *Relámpagos de amor en vez de alientos* » — « *También yo te daría mi existencia* », etc., — tales son los endecasílabos que manan de ambos amantes en la angustia de la separación. María ha prometido amarlo siempre, pero obedece a la voluntad de su padre: Carlos, en nombre de ese amor, exígele el sacrificio de seguirlo, rompiendo el lazo de la obediencia filial. Así termina la escena V, y la VI no es sino la interrupción del coloquio, porque don Antonino y Enrique llegan, en momentos que Carlos se despide cortés.

El segundo acto ocurre en la morada de Carlos: un monólogo de Teresa, la vieja criada, que arregla el gabinete y comenta a su amo (esc. I); un diálogo de aquél con Teresa para prevenirla de la visita de la enlutada que ya vino otras veces (esc. II); otro diálogo de Federico y el poeta sobre su salud, su vocación, su vida angustiosa (esc. III). Luego presiéntese la llegada de la misteriosa visitante y coincide con ello la despedida de Federico (esc. IV); entra por fin la enlutada, que no es sino María, a quien Dolores acompaña; agradécele Carlos el servicio que ésta les hace (esc. V); Dolores se retira a otro aposento; los amantes reanudan su coloquio de dolor y de amor (esc. VI). Este coloquio, en versos hexasílabos, renueva las promesas y reproches interrumpido en el primer acto: María pide a Carlos que abandone la ciudad por un año, bajo promesas de mutua felicidad y ella le asegura que en ese tiempo sabrá obtener la aceptación de su padre. Súbitamente, la escena se interrumpe; óyense afuera voces de alguien que pretende entrar: Teresa intenta detenerlo: se reconoce la voz de don Antonino; María, aterrorizada, pide salvación: Carlos la oculta en el aposento contiguo, en donde antes entró Dolores: y la escena VII, última del acto segundo, es ya un diálogo de don Antonino, que ha penetrado en la sala contra la voluntad de Teresa, y que inicia con Carlos una conversación amistosa, de recíproco engaño. En esta parte la obra se resiente de prosaísmo en la versificación y de ingenuidad en la composición escénica. No se justifica del todo la brusca entrada de don Antonino, y menos cuando se ve que viene a proponer a Carlos, previo olvido de los pasados resentimientos, una comisión lucrativa en el extranjero, a condición de que renuncie a sus pretensiones amorosas. Deberá hacer esta renuncia en una carta a María, que el padre trae escrita y que entrega para que la firme el propio Carlos. Doblemente herido en su dignidad y en su amor, sublévase el poeta, y ambos hombres vanse a las manos. Al rumor de la riña, María asoma para espiar por el foro; pero como es de noche, Carlos apaga la luz, y a favor de

las sombras, María huye. Carlos retiene entretanto a don Antonino: y así concluye el acto segundo.

El tercero ocurre en una fiesta donde el poeta y su amada se encuentran después de un mes de separación. Se inicia el acto con una escena realista, de ágiles octosílabos, entre dos invitados golosos junto a la mesa del ambigú (esc. I). Se oye un canto en la sala: los invitados reconocen la voz de María. Asoman Carlos y Federico. Dolores ha venido también a la fiesta. Lo que hablan ellos (esc. II, III, IV), es sólo preparación del encuentro de María y Carlos (esc. V), cuyo futuro diálogo pasional es interrumpido por Elisa, Federico, Dolores y otros invitados (esc. VI, VII, VIII, IX, X, XI). No ha podido Carlos, entre tantas palabras frívolas o entrecortadas, decir a María lo que necesitaba decirle, cuando, de pronto, un comisario, conducido por don Antonino, penetra en la casa, llama aparte al poeta y le presenta una orden escrita de prisión. Por lo que Carlos exclama, y por algo que antes hablara, parece entreverse una alusión a la época de Rosas, y ser ésta una de las prisiones que por instigación privada y so capa de razones políticas se realizaron a veces en Buenos Aires. Mármol ha aludido a algo semejante en las páginas de su *Amalia*. Al salir el poeta conducido a la cárcel, termina el acto que dejo resumido.

El cuarto acto ocurre en casa de María. Federico y Dolores hablan sobre la prisión de Carlos (esc. I). María, angustiada y ansiosa, interviene luego (esc. II). Federico lo ha visitado en la cárcel; le ha llevado cartas; da noticias de él. Se anuncia el destierro de Carlos, por haber escrito artículos contra el gobierno, se discurre la manera de recobrar para él la libertad, mediante la influencia de don Antonino, que es grande haz (esc. III). Partido ya Federico, y a tiempo que Dolores se retira, entra el padre, quien insiste sobre la necesidad de concertar la boda con Enrique; pero María se obstina en su amor por Carlos y pide a su padre influya para salvarlo del destierro. Don Antonino respóndele que sólo Enrique tendría tanta influencia que pudiese lograr el perdón del gobierno (esc. IV). Al llegar a este punto, el antagonismo de ambas pasiones en el alma de María alcanza su plenitud dramática. Federico vuelve con malas noticias sobre la salud del prisionero (esc. V), y pues todo conspira contra los jóvenes amantes, anúnciase como inminente el destierro de Carlos. María resuelve entonces su propio sacrificio: Si Carlos es libertado inmediatamente, será la esposa de Enrique, pero impone como condición que la boda haya de realizarse al siguiente día (esc. VI y VII). Aceptada la condición por el padre, la novia entrega a

Dolores una carta misteriosa *(Que da la muerte a los vivos — y da la vida a los muertos)*, y el acto concluye (esc. VIII) con estas palabras de María a su amiga: « Ven a preparar mis galas; — mañana es mi casamiento. »

El acto final pasa en la alcoba de María. Ésta aparece, al levantarse el telón, alhajándose frente a un espejo. La fiel Dolores la acompaña, procurando infundirle ánimo en el trance cuyo dolor comprende a medias. La novia — ya desposada en secreto con la muerte — finje resolución y alegría (esc. I). Luego penetran en la alcoba: Elisa, que celebra la belleza de la novia, la elegancia del traje nupcial, y don Antonino, que apresura la salida a la sala en donde Enrique y los invitados esperan. Al quedar desierta la alcoba, Carlos, ya libertado, aparece en ella, con un criado de la casa, a quien ha sobornado, encargándole llamar a la desposada (esc. III). Este episodio singular y breve, es seguido de un frenético monólogo de Carlos, que se cree olvidado por la mujer que le juró fidelidad eterna. Imágenes del amor y de la muerte sucédense en su discurso, según la brusca antítesis del frenesí romántico, hasta que el mismo actor, desfallecido, exclama:

Cálmate, corazón... Te necesito
Con más valor que cólera en mi seno;
Ya bebiste la gota postrimera
Del vaso inmensurable del veneno...
Ella debe vivir sobre la tierra;
Llorar en orfandad fué tu destino:
El último dolor que te esperaba,
Súfrelo solo, en tu postrer camino.

El monólogo de Carlos es interrumpido por el criado que entra a avisarle cómo ha cumplido su misión, y váse (esc. V). Reanuda entonces Carlos su desesperanzada confesión (esc. VI), esta vez en octosílabos, y mientras evoca escenas del lecho nupcial y de la tumba solitaria, saca un puñal y exclama:

¡Ven oh puñal, a mis manos,
Única fiel esperanza
Hasta tí el hombre no alcanza
Para poderte engañar!
Opongan a mis deseos
La fuerza del orbe entero;
Está en mi manos, acero,
Y por fuerza has de matar.

Carlos oculta entonces el arma, y María entra «pálida, caminando con lentitud», según dice la acotación. Los dos amantes hablan, reconociéndose en la evocación de sus antiguos juramentos, hasta que Carlos dice: «Y bien, María: ayer estaba preso, — Y recibí esta carta de tu mano: — Vuélvela a leer, acaso no me acuerdo.» Y María lee en alta voz:

> «Cuando ama una mujer, y no es propicio
> El mundo a su pasión, en el instante,
> Su corazón arrostra un sacrificio:
> Tendrás tu libertad... Seré constante.»

Esa es la carta misteriosa que entregó a Dolores en el acto anterior, y cuyo sentido se aclara, porque antes de la boda, María ha bebido un veneno. Bajo la acción del tóxico, la novia, desposada de la muerte, empieza a agonizar. Carlos se inmola también allí. Y el padre y el esposo aparecen, cuando el poeta moribundo lanza a los autores de su fatalidad un último reproche, junto al blanco traje de la ajena desposada cuya alma es ya para siempre suya.

He encontrado en los *Escritos póstumos* de Alberdi una referencia al el estreno de *El Poeta*, que debió realizarse hacia el invierno de 1842. Infiero de ello que la obra fué muy aplaudida por el público, aunque no faltaron en la prensa críticas desfavorables. Se trata de un artículo sobre *El Cruzado*, que fué posterior a *El Poeta*, y en él alude al estreno de ambos dramas (1). Y habiendo contado ya el argumento de *El Poeta*, veamos ahora el de *El Cruzado*.

(1) Después de elogiar la fluidez de los tres mil versos de *El Cruzado* y citar con acierto algunos trozos de belleza lírica (así el romance del trovador Daniel), dice Alberdi, anticipando una defensa del poeta amigo: «Ahora falta que un señor A. N. A., con su *amor por los progresos* del señor Mármol, como denominaba a su atrabilis envidiosa en su artículo de 2 de setiembre, haga la crítica de sus defectos. Que los tenga el drama del señor Mármol quién puede negarlo? Acaso él mismo se ha pretendido irreprochable? Que sus dramas no soporten el análisis, no es extraño, porque otro tanto sucede en las obras más fuertes del arte. ¿El obscuro Marsellet no pulverizó tanto por medio del razonamiento, la *Atala* de Chateaubriand? El pobre Moratin, no hizo pedazos del mismo modo el *Hamlet* de Shakespeare? ¿Qué poesía no es una flor de fascinación y de prestigio, es decir, de engaño y de seducción? Aplicar el análisis a los medios de fascinación dramática, que emplea el artista, es someter a la luz del medio día los telones y bastidores que en la noche simularon con tanto efecto un bosque o un salón en el teatro. El crítico sensato debe mirar la obra con el *criterium* del público: cuando el público encuentra digna una obra de poesía, bellezas contiene, sin duda, que se escapan a la falsa crítica. El razonamiento es el recurso que los malos poetas emplean para justificar sus

El primer acto hállase dividido en cinco escenas: la primera es un coloquio de amor del cristiano Alfredo, cautivo de los musulmanes, con la turca Celina, en la tienda de guerra de su hermano Nourddin, rey del desierto; la segunda, es la entrada de Jaimar en acción; la tercera, un diálogo receloso y violento de Jaimar y Alfredo, a propósito de su cautiverio y de la marcha de la cruzada en Antioquía; la cuarta, es la presencia de un supuesto hamako, o santón oriental, que entra vestido con jubón de pieles; la quinta, es cuando el hamako, ante Alfredo a solas, se descubre, y resulta ser Alberto, marqués de Verona, quien calza la armadura de caballero cruzado, y viene a rescatar a Alfredo con la ayuda de cien templarios que aguardan en un bosque cercano; la sexta, cuando Alfredo se confiesa enamorado de Celina, y niégase a seguirlos. En la séptima, los templarios invaden la tienda a las órdenes de Alberto, los turcos a las de Jaimar, y ambos bandos luchan: Alberto hiere a Jaimar; y Ebrardo de Barres, que manda a los templarios, aprisiona a Celina, sobreponiéndose a Alfredo, que pretende detenerlo con estas palabras que finalizan el primer acto:

Celina. — Favor, Alfredo.
Alfredo. — Gran Maestre de los templarios
Respetad...
Alberto. — Calla.
Ebrardo. — Silencio;
Respetad vos, italiano,
La Cruz que tenéis al pecho.

El segundo acto se desarrolla en un « Salón regio del palacio de Antioquía. En el fondo dos tronos, de entre los cuales caen dos banderas, la una blanca con una cruz negra; la otra tendrá dibujada una mujer hincada, suelto el cabello, dolorido el rostro, teniendo sobre su cabeza

obras sin vida y sin encanto. Tal es el medio con que el artículo de 2 de septimbre quiso deslucir la obra del señor Mármol. — « Pobre joven, lo extravían », dijo el autor de este artículo hablando de los elogios tributados al señor Mármol, cuando el *certamen poético de Mayo*. Sin embargo, el modo como se extravió el *pobre joven* fué dando a luz a los diez meses, un drama en cinco actos y en verso, representado tres veces con aplausos. Cuando los elogios tributados al autor de *El Poeta*, el mismo señor A. N. A. dijo, con un celo que recomienda su sensibilidad: « Pobre joven, lo pierden ». Afortunadamente el señor Mármol no se perdió, sino que dió a los 20 días otro drama más perfecto que el anterior. Cuando el filantrópico crítico recorra nuestro artículo va a decir, indudablemente: « Pobre joven, lo asesinan ». Y al paso que llevan las profecías del señor A. N. A. no sería extraño que el muerto, mediante algunos años, nos diera un teatro americano. »

esta inscripción: «*Afflictae sponsæ me oblivisceris*». Al pie de los tronos dos hileras de sillones: una puerta secreta que ocultan los tapices, al fondo; a la derecha del actor la de entrada, a la izquierda la que va a lo interior del Palacio». Consta el acto de ocho escenas. La primera presenta al Consejo real reunido, con los reyes Raimundo, Luis de Francia y Eleonora, en sus tronos, coronados y con mantos reales; en el concurso: Gilberto, Ebrardo, gran maestre de los templarios, y el fraile Bernardo, todos, menos éste, vestidos de caballeros cruzados. Discútese, al levantarse el telón, si deben continuar la marcha hacia Jerusalén: el rey Luis pretende demorarse, con asentimiento de algunos cortesanos. En lo más intrigado del debate, cuando el fraile Bernardo protesta de tanta molicie, éste es interrumpido por la llegada de un infiel, a quien anuncian como mensajero de paz, y se le hace entrar, iniciándose con ello la escena segunda. El mensajero viene en nombre de Nourddin, poderoso guerrero, quien ofrece cincuenta caballeros cristianos en rescate de su hermana, que acaba de caer cautiva. Comienzan las averiguaciones y, en la tercera escena, Alfredo y Ebrardo, ya conocidos desde el primer acto, disputan acaloradamente ante el rey sobre la identidad de la cautiva. En la escena cuarta — muy breve — un caballero, que resulta ser el marqués de Verona, pide entrar a palacio, y en la escena quinta entra con Celina, que resulta ser la hermana de Nourddin, a la cual se buscaba. En la escena sexta, la reina Eleonora y Celina dialogan sobre el palacio y los jardines, que resultan serles familiares. En la séptima, Ebrardo y Eleonora comentan a la cautiva, y en la octava, que es la última, Eleonora y Ebrardo, sin saber que son oídos por Celina, discurren sobre las infidelidades del rey Luis y los celos de la reina, hasta que terminan la escena y el acto concertando una entrevista que Eleonora deberá tener una hora más tarde con «el italiano» (Alfredo), y otra a las diez con Raimundo.

El tercer acto se realiza en el mismo sitio que el anterior, o sea la sala del palacio en Aquitania. Empieza la acción con las murmuraciones de dos pajes sobre las intrigas de la Corte (esc. I). Interrúmpelos la llegada de Alfredo, que viene al llamado de la reina (esc. II). Explicado el motivo de su presencia, va un paje a anunciarlo; el otro se retira y queda sólo Alfredo, monologando sobre el poder real (esc. III). Este breve monólogo se interrumpe, porque Celina ha entrado a la sala de los tronos por una puerta secreta, y con una alusión a las últimas palabras de Alfredo, comienza el diálogo de ambos, que constituye la escena IV. Celina recuerda a su accidental amante la escena de

la tienda en el desierto (acto I), y lo invita a unir sus vidas en la religión de Alá. Alfredo evade el compromiso, y su mal disimulada ingratitud contrasta con el apasionado frenesí de la mahometana, que le ofrece, habiéndole dado ya su amor, colmar sus ambiciones de poderío:

Alfredo,
Yo pude escuchar tu voz
Sé que deseas un trono;
Lo tendrás. También sé yo
Que miles de hombres deseas
Para mandar; no habrá dos
Que cual tú tengan esclavos
Con más fina sumisión.
Te ofrecería un serrallo
Con murallas en redor,
Que guardara las mujeres
Más lindas que Alá creó;
Con tanto esmero cuidadas,
Que cada una en su prisión
Por lecho tendría plumas
De bellísimo color,
Y perfumes deliciosos
Que embriagasen con su olor;
Tanta seda y pedrería
Tanto pájaro veloz
Que trinando en torno suyo
Le dijera dulce amor,
Que ninguna desearía
Terminara su prisión.
Pero esto no te lo ofrezco,
Porque celos tengo yo
Hasta de que haya mujeres
En el mundo de los dos.

A partir de la escena V, la trama de la acción muestra ya los hilos de su intriga. La reina Eleonora, antes adúltera con el rey Raimundo, parece interesada ahora en la belleza varonil y juvenil de Alfredo. Su intencionado diálogo con Alfredo, al pie del trono, es interrumpido por Celina, que espía los pasos de su amado, y que súbitamente sale por una puerta secreta (esc. VI). La escena VII es sólo una transición hacia la siguiente y sirve para indicar que Eleonora y Alfredo sepáranse concertando nueva cita, en tanto que la escena VIII es un diálogo del rey Luis con Bernardo, sobre la cruzada, y la IX un monólogo de Bernardo sobre el mismo tema. La acción pasional reanúdase con la escena X, donde Celina inquiere de Bernardo si la fe del juramento empeña a todos los hombres y en toda circunstancia, a lo cual asiente el fraile cristiano. Con ello termina la dicha escena y el tercer acto, pero como tal pregunta alude tácitamente al perjurio de Alfredo, queda encendido el interés para el acto siguiente.

El cuarto acto ocurre en un salón de palacio. En la primera escena, Ebrardo, un clérigo soldado, requiere de amores a Celina que lo rechaza. Alberto llega, se interrumpe el diálogo, y ya ida Celina, dice Ebrardo que trataba de convertir a la infiel (esc. II), sin lograr con ello engañar a Alberto (esc. III). A este punto de la acción, va descubriéndose el ambiente de corrupción que reina en la corte: intrigas

de amor, rivalidades de mando. Sobre ello hablan Alfredo el ambicioso, y Alberto su amigo leal, que le descubre las redes en que ha caído ya su hombría (esc. IV). Celina reaparece, buscando la ocasión de hablar con Alfredo, su tornadizo amante, pero éste evade sus insinuaciones (esc. V). Celina, despechada, lo maldice en nombre de Alá, y Alberto procura calmarla (esc. VI). Celina queda sola y desahoga su encono en amenazas (esc. VII). De pronto un paje llega para llamarla en nombre del rey (esc. VIII), y el salón es ocupado por Eleonora, Raimundo, Alfredo, Isabel, Ebrardo, Gilberto, Daniel, damas, caballeros y pajes. Es un cuadro de voluptuosidad y cortesanía. Daniel, joven trovador español, sentado a los pies de la reina Eleonora, canta un hermoso romance: — «*En la bella Andalucía, etc.*» — que la reina premia con un beso en la frente del trovador (esc. IX). La fiesta se interrumpe con la entrada de Luis. Celina y Bernardo, los tres personajes que en tal momento, frente a ese mundo frívolo, simbolizan la autoridad, el amor y la virtud. El rey Luis declara que ha resuelto libertar a la cautiva Celina, concederle el derecho de elegir quién ha de acompañarla en su regreso, y ha resuelto asimismo continuar la cruzada, salir de Antioquía, seguir con su corte y su hueste hacia Jerusalén. Celina, entretanto, dice haber elegido a Alfredo para que la acompañe. Todo esto provoca objeciones de la reina Eleonora, porque desbarata sus planes de molicie en la corte del rey Raimundo (esc. X). Alfredo ruega a su leal amigo Alberto que lo substituya en la elección (esc. XI). Luis se despide de Raimundo, agradeciéndole su hospedaje (esc. XII), y pide hablar a solas con su esposa (esc. XIII). El acto concluye con dos breves escenas (la XIV y XV), de Raimundo, Ebrardo y Eleonora, que se sienten confusos y desconcertados por la enérgica resolución del rey.

Cuando el telón se levanta para el último acto, aparece una tienda de campaña, en el desierto, de noche. Celina fué ya libertada. Los cruzados van hacia Jerusalén. Bernardo retempla el ánimo guerrero y la fe de todos en la empresa (esc. I y II). Retirados de la tienda Luis, Gilberto y Bernardo, hablan Alfredo y Alberto. Aquél recuerda cuando se la entregó a Celina al salir de Antioquía y lamentan que la resolución del rey haya desbaratado tantos planes de amor y de ambición en los cuales él esperaba medrar (esc. III). Quédase Alfredo solo (esc. IV), deplorando su descalabro:

> Magnífico aparato de la soñada gloria
> Tu brillantino velo se evaporó fugaz...

Este monólogo es interrumpido por la inesperada presencia de Celina, que entra «cubierta con un chal blanco de cachemira, se va acercando lentamente, y derrama un pequeño frasco en un jarro de agua» que hay sobre la mesa de la tienda. Presiéntese ya el desenlace del drama. Es de noche aún. Celina ha seguido furtivamente a los cruzados, en busca del amante infiel. Al penetrar en la tienda ha podido oír sus últimas palabras, y Alfredo, al verla junto a sí, exclama azoradamente, como en presencia de un fantasma:

¿Cómo entraste, por Dios?
Celina. — Abre un diamante
Las puertas, de murallas o de tiendas.
Alfredo. — Vete por compasión, nada me digas,
Nada por Dios, del corazón pretendas...
¡Ya todo concluyó!...

Pero Celina logra vencer esta primera resistencia, le habla con dulzura, se acerca amorosamente:

¿Por qué miro tan pálida tu frente,
Tan lánguida tu negra cabellera?
¿Sufres acaso?
Alfredo. — Mucho.
Celina. — En otros días
Cuán risueño buscabas mi regazo,
Y al son de melodiosas armonías,
Te arrullaba de amor entre mis brazos.
¿Lo recuerdas, Alfredo?
Alfredo. — Sí, Celina...
Celina. — Tengo sed.
(Alfredo le da agua. Bebe)
En los vastos arenales
Aún quedan de una noche peregrina
De nuestro amor ardiente las señales.
¡Qué noche! ¿La recuerdas?... Las estrellas
Poblaban el azul del firmamento,
Y la luna magnífica entre ellas,
De hermosa parecía un fingimiento.
Al pie de dos palmeras confundían
Nuestras almas sus íntimos suspiros,
Y a través de las hojas nos herían
Hebras de luz de abrillantados giros,
¿Lo recuerdas, Alfredo?
Alfredo. — Sí, Celina.

La musulmana va evocando lentamente la historia de su amor y penetrando con su recuerdo el alma de Alfredo. De tanto en tanto se detiene y bebe del agua envenenada. Su voz va desfalleciendo. El día comienza a despuntar. Oyese el toque de alborada y rumores del amanecer en el castro. Alfredo, temeroso, procura abreviar el diálogo y le insinúa el peligro.

Celina. — Sí, ya me ausento...
Un poco de agua más.
(Bebe)
Aquí en mi oído
Dime una sola vez... es un momento,
¿No me juraste, Alfredo, vivirías
Para mi corazón?
Alfredo. — Sí.
Celina. — Y morirías
Guardándome el postrero pensamiento?
(Levantando un puñal que ha traído oculto, de modo que Alfredo no lo note.)
Alfredo. — Sí.
Celina. — Pues cumple tan bello juramento.
(Lo hiere)
Alfredo. — ¡Ay!
Celina. — El último es, y al fin es mío
Alfredo. — ¡Santo Dios!
Celina. — De tus manos un veneno
He estado, gota a gota, dentro el seno
Recibiendo por tí... débil y frío,
Mi espíritu se va, pero al desierto...
Alfredo. — ¡Ah!
(Muere)
Celina. — Verán junto a tí mi cuerpo yerto.

A esta escena final, sólo sigue un breve diálogo de circunstancias, de Luis, Alberto y Bernardo que entran en la tienda apercibiéndose a la marcha, y se sorprenden al encontrar el cadáver de Alfredo junto al cuerpo agonizante de la musulmana.

Según el ya citado artículo de Alberdi, *El Cruzado* se representó después de *El Poeta*, y gustó menos a la generalidad. «El autor lo esperó así — dice Alberdi, — y éste ejemplo ha acabado de convencerle que para sociedades como las de América, es totalmente inadecuado el dra-

ma erudito e histórico, y mucho más si la historia que le sugiere aliento es del otro hemisferio y de tiempos que distan mucho del nuestro. La sociedad en que vivimos, esto es, la sociedad americana con sus tradiciones, usos, caracteres, pasiones e intereses peculiares será en lo futuro el manantial en que tome sus inspiraciones el autor de *El Cruzado* (1) ». El crítico ponía así en conflicto dos ideas propias del romanticismo trasplantado a América: el sentido de la historia, propicio a la emoción legendaria en el arte dramático, y la dificultad de que un teatro inspirado en modelos europeos llegase a ser popular. Consecuente con las ideas que en 1841 había sostenido a propósito de una lírica americana, sentaba los principios de un teatro americano nacido de nuestra propia historia, según él mismo lo intentó, con más realismo que fantasía, en *La Revolación de Mayo*, su « crónica dramática », hoy obscurecida por el renombre del pensador (2).

No hay en estos dramas de Mármol ni un argumento original, ni una factura vigorosa, ni un carácter imperecedero. Si mantiénese despierto el interés es por el brillo superficial de las imágenes. El elogio de Alberdi se nos antoja hoy excesivo, pero justificado en su tiempo. Por la nobleza del asunto y del lenguaje, ambos dramas superan el tipo corriente de la producción dramática rioplatense. Acaso en épocas más propicias, la labor persistente hubiera hecho de Mármol un Zorrilla o un Echegaray argentino. Y ya es hazaña que en plena guerra semigaucha tuviera alientos para ensayarse en un género que tanto necesita de la colaboración social, superando, a fuerza de numen e ilusión, las hostilidades del ambiente.

(1) Alberdi, *Escritos póstumos*, página 580.

(2) Otras referencias hay en el artículo de Alberdi que voy a transcribir porque aluden al estreno del drama, su interpretación y su crítica: « En cuanto a la representación de *El Cruzado* nada bueno tenemos que decir de los actores. Algunos que de ordinario se llevan los aplausos de la crítica, no los cataron esta vez; los de aquella noche, los muy picarones, dormían a pierna suelta como los dioses de Homero. No podemos decir otro tanto de *Celina* y *Daniel*, que se desempeñaron con acierto superior. La señora de la Puerta excedió su papel; y la señorita Quijano dió al suyo la gracia personal que le es propia. La reina Eleonora tuvo algunos instantes de reina. La orquesta hizo sonar con perfección inusitada los magníficos acentos de Hammelon. » (Alberdi, *Escritos póstumos*, t. XV, pág. 582 y 583.) J. M. Gutiérrez, en el prólogo de *El Peregrino* (Montevideo, 1847), escrito en Río el año 1845, confirma (pág. III) el éxito popular que *El Poeta* y *El Cruzado* alcanzaron al ser puestos en escena. Por aquella época sólo uno de dichos dramas había sido impreso.

V

A poco de iniciarse el sitio de Montevideo por las tropas de Oribe, algunos proscriptos argentinos abandonaron la plaza, quizá para alejarse de aquella amenazante agresión de la tiranía de Rosas sobre la Banda Oriental. Uno de ellos fué Mármol, que se alejó de allí con rumbo al Janeiro. En el apacible ambiente de aquella corte pasó, según lo ha confesado, los dos años más felices de su vida. En la atmósfera de aquel país halló también el deslumbrante escenario que necesitaba su fantasía:

¡Los trópicos! Radiante
Palacio del Crucero,
Foco de luz que vierte
Torrentes por doquier;
Entre vosotros toda
La creación rebosa
De gracia y opulencia
Vigor y robustez. (Ed. de 1889, pág. 66.)

Mármol contaba entonces veinticinco años; y cuando se tiene esa edad, y la musa nos acompaña, la vida es una fiesta, la naturaleza es una orgía. Imaginad ahora el deslumbramiento del poeta porteño, cuando su ojo habituado a la inmensidad gris y vacía de la pampa, se abrió sobre aquel panorama del Brasil: luz dorada, agua azul, piedra verde, — nubes, selvas y flores. Imaginad asimismo la alegría del joven trovador que pasaba del castro sitiado por Oribe a la corte regida por un Braganza, lejos del Plata, cerca de Europa, mimado por una sociedad de mujeres sensuales y hombres corteses. Y puesto que salía de Montevideo, llamada «la nueva Troya», debió venirle, al entrar en el mar, aquel recuerdo clásico que entre impresiones románticas se lee en el canto V de *El Peregrino:*

El grande Ulises por el mar vagando,
Y el latino cantor su Eneas lanza
Al valladar inmenso de los mares,
De tierra en tierra mendigando patria.

La poesía de las navegaciones tenía un abolengo clásico muy antiguo, pero los modernos poetas románticos la habían renovado como una nue-

va forma del azar y de la libertad que dramatizan la vida humana. Más que a Homero y a Virgilio, Mármol había frecuentado a Chateaubriand y a Byron — sus verdaderos maestros — a quienes cita en notas de *El Peregrino*, glosando sus emociones sobre la tarde y la noche en el mar (1). Gutiérrez y Alberdi, en su evasión de Montevideo, navegando a Europa, habían conocido también esas emociones, y al cantarlas en prosa y verso habían dicho: « El mar es el parnaso de la vida moderna ». Echeverría en su *Lara* y Sarmiento en sus *Viajes* habíanse mostrado igualmente sensibles a esa poesía del océano. Los malos barcos de la época, los mares tempestuosos, las largas travesías, el ánimo atormentado de los proscriptos, hicieron más grave aquella experiencia: la belleza de las aguas amargas y la amargura de la vida bella se mezclaron en una sola alegoría para esos peregrinos sin patria. Todos nuestros proscriptos conocieron esta emoción que les vino de la realidad, no de los libros; pero ninguno la sintió ni expresó más hondamente que Mármol, y de ahí la repercusión de sus cantos marinos en todas las almas de su generación. No todo obedeció a la moda literaria en esa especie de byronismo. « Carlos es el Harold de la patria y de la naturaleza », dice Gutiérrez sobre el héroe de *El Peregrino*, en el prólogo del poema; pero Carlos es Mármol y cada uno de los proscriptos, porque cada uno es un Harold que ha vivido esa realidad.

Estaba Mármol en el Brasil, cuando en 1845, al pasar Sarmiento en viaje de Chile para Europa, ambos proscriptos se encontraron en Río Janeiro. El poeta llevaba ya compuesta una parte de *El Peregrino*, y es oportuno repetir aquí lo que sabemos de aquel encuentro, porque ello nos conduce al origen del poema y a la simpatía que despertó en los emigrados.

Las cartas con que Sarmiento formó el libro de los *Viajes*, son rica mina de noticias sobre los hombres y las ideas de su tiempo. La que a Miguel Piñero dirigió desde el Brasil, debe aquí ser citada por la referencia que hace a Mármol y a su poema *El Peregrino*, cuyo origen co-

(1) « *Les nuits passées au milieu des vagues, sur un vaisseau battu de la tempête, ne sont point stériles pour l'âme, car les nobles pensées naissent des grands spectacles.* » (De Chateaubriand, nota del canto IV.) Y en el canto V, esta nota tomada de *Don Juan*, de Byron: « Horas tan dulces de la tarde, que despertáis los recuerdos y enternecéis el corazón de aquellos que recorren los mares, el primer día de sus tiernos adioses; que bañáis de amor al peregrino, temblando al són de la campana de vísperas, cuya voz parece llorar el día que muere. ¿Es una ilusión acaso que la razón rechaza con desdén? No, ciertamente, nada muere sin excitar algunos recuerdos melancólicos ».

nocemos por ella. Había ya Sarmiento, en la carta que desde Montevideo escribiera a Vicente López, hablado de la poesía americana como vicio de origen español, y de Echeverría y de Ascasubi que cantaban sitiados en la nueva Troya. Con franqueza de niño va estampando el viajero sus desdenes, sus censuras, sus mofas — sin perdonar a nadie (ni a don Frutos Rivera), — pero el tono se hace cordial cuando avisa al amigo ausente que en Río ha conocido a Mármol: « Una joya encontré en Río Janeiro, Mármol, el joven poeta que preludia su lira cuando no hay oídos sino orejas en su patria para escucharlo. Es éste el poeta de la maldición — dice Sarmiento — y sus versos son otros tantos protestas contra el mal que triunfa y que los vientos disipan sin eco y antes de llegar a su dirección. La poesía tiene su alta conciencia del bien, que no se atreve a traicionar por temor de empañarse. Mármol, al lado de Guido, el solícito servidor de Rosas, desencantado, sin esperanza, sin fe ya en el porvenir de su pobre patria, escribe, depura y lima un poema, como aquellos antiguos literatos que confeccionaban un libro en diez años. *El Peregrino*, que no verá la luz, porque a nadie interesará leerlo, es el raudal de poesía más brillante de pedrería que hasta hoy ha producido la América. Byron, Hugo, Beranger, Espronceda, cada uno, no temo afirmarlo, querría llamar suyo algún fragmento que se adapta al genio de aquellos poetas. Mi teoría sobre la poesía española está allí plenamente justificada; exuberancia de vida, una inspiración que desborda, lanza cascadas de imágenes relucientes que se suceden unas a otras; pensamiento altísimo que se disipa, falto de mejor ocupación, en endechas, maldiciones y vano anhelar por un bien imposible; bellezas de detalle, hacinados como las joyas en casa del lapidario, sin que al fin venga a darles a cada una su debida importancia; y el alma replegándose sobre sí misma por no encontrar fuera de ella el espectáculo de las grandes cosas, palpando sus heridas, recontando como el avaro sus tesoros, y repitiendo, como el niño en palabras animadas, en eterno y rimado monólogo, todos los sentimientos, todas las crispaciones que en aquella prisión del no ser, del no poder emplearse experimenta (pág. 105)». No amaba Sarmiento la poesía ni comprendió jamás la función psicológica y social del verso; pero ved ahí cómo, al encuentro de Mármol, su alma gemela se conmueve sin saber del todo por qué. Y luego dice: « Me ha dejado atónito, espantado, Mármol, con la lectura de su poema, y otro tanto experimentaban López, Pinto, Herrera, que oyeron la lectura de varios fragmentos. Imposible seguir aquel torrente de pensamientos y de imágenes, que van cayendo y levantándose como

el agua que desciende de las alturas de los Andes; la imaginación se fatiga al fin, con el relampaguear de las figuras y de las comparaciones, que revisten de un empedrado reluciente aun los pensamientos más comunes. Y todos estos tesoros de moral, de justicia, de valor, toda aquella joyería de idealizaciones, de descripción y de conceptos, todo perdido, obscuro, porque la justicia está calumniada, oprimida, pisoteada, sin esperanza de mejores tiempos (pág. 108) ». El prosista rebelde al verso rindióse al encanto de aquel poema, y el luchador orgulloso de su fuerza se dejó domar, como fiera de Orfeo, por el hombre de la lira a quien grita, entusiasmado: « ¡Coraje, mi querido Mármol! Si alguna vez vuelves atrás la vista en la ruda senda que has tomado, me divisarás a lo lejos siguiendo tus huellas de *Peregrino!* Sed el Isaías, el Ezequiel de ese pueblo escogido, que no ha renegado de la civilización, y adorado el becerro de oro. Sin piedad, aféale sus delitos. La posteridad, la historia, te harán justicia (pág. 108) ».

¿A qué pudo obedecer aquella fascinación de *El Peregrino* sobre Sarmiento, y sobre Gutiérrez, que según antes vimos, también la ha confesado? Provenía, ante todo, de la fluidez y colorido de sus versos:

> ¡Los trópicos! El aire, la brisa de la tarde
> Resbala como tibio suspiro de mujer,
> Y en voluptuosos giros besándonos la frente
> Se nos desmaya el alma con dulce languidez.

Tan vivas imágenes y ritmos tan sueltos, eran lengua nueva en la poesía argentina. La fría corrección de Varela, el énfasis abstracto de Echeverría, eran cosa bien diversa de la estrofa de Mármol, incorrecta a veces, vulgar a ratos, pero animada comúnmente por un soplo de sincera inspiración.

La fascinación contemporánea provino también del argumento. *El Peregrino* personificaba el poema de todos « los proscriptos »: su emigración, sus viajes, sus ansias, sus aventuras amorosas y heroicas. El propio desorden de la composición, tan deleznable desde el punto de vista artístico, parecía un reflejo de la realidad. Y su tono, a vueltas prosaico, irónico, entusiasta, sensual, místico, no era sino el eco de miserias y ensueños vividos.

Circunstancia no menos favorable al éxito del poema debió de ser su origen, el modo cómo fué concebido, y sobre lo cual nos dan noticias Mármol, Sarmiento y otros contemporáneos. El 17 de febrero de 1843, el poeta resolvió trasladarse del Brasil a Chile, donde estaban sus ami-

gos López, Tejedor y Frías. Pocos días antes, Alberdi había salido del Janeiro para Valparaíso, volviendo de Europa: y es posible que, a sugestión de Alberdi (su « querido amigo », como Mármol le llama) obedeciese el viaje del poeta. Por aquel entonces, Gutiérrez debía embarcarse en Marsella para América, y Florencio Varela regresaba también de Francia. Pero este viaje de Mármol, a bordo de la *Rumania*, fracasó en las tempestades del sur, y *El Peregrino* volvió al Janeiro. Pero leamos lo que al respecto narra el vivaz Sarmiento en sus *Viajes:* « Mármol emprendió en vieja nave trasladarse a Chile. A la altura del Cabo, al sudoeste, una tempestad los detuvo dos meses a la capa, a los 64° de latitud, luchando con las olas que amenazaban sepultarlos, esquivándose con dificultad de las masas flotantes de hielo alborotadas por la tempestad, viendo venir la muerte por los costados del buque en montañas líquidas, por la bodega donde achicaban sin cesar día y noche la bomba, por la falta de alimentos cuya duración podían medir por la ración de agua que se les acordaba escasa. Al fin desmantelada la nave, hundiéndose por pulgadas de día en día, crujiendo los maderos próximos a desbandarse, llegaron a Río Janeiro, y Mármol bajó a tierra a rumiar el Poema, que entre estos sufrimientos y aquellas excitaciones había brotado en su pensamiento. » — Aventuras como las de ese viaje ocurrieron a otros proscriptos, y lo que todos sintieron o pensaron en sus solitarias peregrinaciones, Mármol supo expresarlo, simbolizando a toda su generación en un personaje arquetípico.

VI

Aquella vida azarosa de « el peregrino » varió radicalmente cuando el proscripto regresó a su patria.

Después de la caída de Rosas, Urquiza nombró a Mármol enviado diplomático ante los gobiernos de Chile y Bolivia, pero al producirse la ruptura de Urquiza con Buenos Aires, y su retiro al Paraná, quedó sin efecto la misión de Mármol, y éste se abanderó con Mitre al servicio de la patria porteña. Elegido senador a la legislatura de Buenos Aires en 1854, fué reelecto en 1856; comisionáronle en 1860 para las gestiones de paz con la Confederación y para la revisión de la carta sancionada en Santa Fe; desempeñó posteriormente la representación de su provincia en la Cámara de diputados y de su país en la corte del Brasil. Entre tanto, había sido designado para ocupar la dirección de la Biblioteca

pública, que Moreno fundara en 1810, y escribía en periódicos de partido — *El Orden, El Uruguay, el Paraná, La Crónica, Los Debates* — mezclado a banderías personales o regionales, en las cuales su pluma debió rozar con antiguos compañeros de Montevideo, o sentirse él, a veces, rozado por la pluma de los que fueron sus correligionarios de tres lustros (1). Nada sorprenda, pues, que en tal ambiente la ilusión de la víspera se le rompiera, hasta confesar su desesperanza en ese prólogo de las *Armonías*. « Los poetas argentinos han encontrado a su país después de una penosa peregrinación — dice Mármol en ese prólogo, — *pero buscan a su patria y no la encuentran*. En efecto, la guerra civil había vuelto a encenderse; mentábase otra vez a unitarios y federales.

« El cintillo rojo », « la mazorca », los « mueras », persistían como en el viejo tiempo. Y en medio de esa realidad tan diversa de la república que el poeta exaltó en su fantasía, sintió el ciudadano quebrársele la voluntad y el entusiasmo.

Hay entre los comentadores de Mármol quien desdeña al político, y quienes, no conformes con rendir su aplauso al poeta, quisieran colocarlo también en los primeros planos de la acción. Unos y otros exageran, sin duda. Que fuese un gran ciudadano, ya no cabe dudarlo: pero no fué la política el mejor escenario de su grandeza. Sus discursos en la constituyente y las legislaturas, sus gestiones y artículos en el mal tiempo de la segregación de Buenos Aires, sus misiones conciliadoras dentro y fuera del país, bastarían para salvar la memoria de un ciudadano. Fueron servicios inteligentes y eficaces a la causa pública, pero otros eran los inspiradores y conductores: para ellos sea lo más florido del laurel, puesto que la acción social requiere esas jerarquías. En la coordenación de múltiples esfuerzos, los colaboradores del caudillo son necesarios, pero no son el caudillo.

En cambio, a medida que el tiempo pase, será en los versos de Mármol donde, a pesar de sus defectos, buscaremos el testimonio de su vida y de su gloria. Tal es, por otra parte, el voto que él mismo había formulado desde el destierro:

(1) Véase, por ejemplo, en Félix Frías, *Escritos y discursos* (t. II, pág. 96), « El señor Mármol », artículo de 1855 en el cual, a propósito de *El Uruguay*, periódico de Mármol, ataca al poeta por su prédica política y lo defiende de ciertas sospechas sobre convención con los mazorqueros. « No es en la *Amalia* donde recogerán inspiraciones los antiguos mazhorqueros », dice Frías, y le invita a suprimir el nombre de « unitarios ». Véase también: Sarmiento, *Obras* (t. XXV, pág. 61: *El señor Mármol y la comisión investigadora*).

Y si mis tristes días en suelo extraño pierdo
Los ecos no se pierdan de mi infeliz laúd.
Reconquistad mis versos en que hallarcis mi historia,
Después... después, acaso, no muera mi memoria...
Yo he visto algunas flores nacer de un ataúd (1).

La obra lírica de Mármol comprende dos volúmenes: *El Peregrino* y *Armonías*, y aunque el primero es considerado como un poema, no tiene más unidad de acción que el segundo. *El Peregrino* es una colección de cantos íntimos; el Carlos que en ellos aparece como protagonista no es sino Mármol (2). El argumento, exteriormente fragmentario, consiste en las emociones del desterrado, que admira la naturaleza, recuerda a su patria, evoca sus amores, proclama sus ideales políticos. Los paisajes que describe son la visión de su deleite y a la vez la comarca exótica de su exilio. De ahí proviene su carácter de poema civil; pero como el poema lírico tiene por protagonista al propio autor, ha de verse en ello un elemento de unidad poemática que alcanza también a la recolección de *Armonías*. Por otra parte, *El Peregrino* es un poema que quedó incompleto; en su conjunto informe hay algo de sobra, y mucho de lo que falta podría encontrarse en las restantes poesías sueltas. Con-

(1) Composición titulada *A mis amigos del colegio*, muy incorrecta, pero llena de sentimiento. En ella dice, hablando de sus causas y quebrantos físicos: « Talvez al pobre Mármol ninguno conociera ». (Edición de Bouret-Cortés, página 90.)

(2) El carácter autobiográfico de su obra lírica se comprueba por las mismas notas de su obra. Así, en una dice: « Esta estrofa bien puede pasar en calidad de *enigma* para el lector; yo me contento de ello, pues debo hacerlo así. Sin embargo, si hay en el mundo una sola persona que la comprenda, mi corazón y mi deber habrán cumplido sus deseos. » (Nota de *El Peregrino*, canto V, a propósito de una estrofa en que Carlos evoca la hora de la tarde asociada de un recuerdo de amor.)

El canto XII está dedicado a sus recuerdos del Brasil, y Mármol llama a los dos años que allí pasó « los más felices de su vida ». Entre esos recuerdos nombra el *5 de Enero*, que él llama su « día de oro », por un recuerdo individual, « que es un tesoro para el corazón del Peregrino ».

Mármol era muy sensible a la mujer. Es el primer poeta argentino en quién se descubre un ardiente, libre y sensual erotismo. Los nombres de sus heroínas — Teresa, María, Amalia, etc. — se repiten en varios poemas, y corresponden algunos a seres reales. Pero sus preferencias eran efímeras, y si ya hemos visto cómo pensaba de las mujeres de Río (de las cuales hace en una nota de *El Peregrino* cierta apasionada defensa), veamos con qué universalidad elogia (entre otros pasajes análogos) a las mujeres de Montevideo: « Tú tienes, ciudad preciosa, — Más bellezas que un harem, — Dame siquiera una hermosa — Para reclinar mi sien. » (*Montevideo*, composición dedicada a Juan Carlos Gómez, *Poesías*, ed. de 1889, pág. 401.)

siderado Mármol por tales versos, puede decirse que, a pesar de sus defectos, fué el primer lírico verdadero de nuestra historia literaria. Sensible al paisaje y a la mujer, supo llevar esas emociones al tema civil, y en éste alcanzó la plena expresión de sus facultades, uniendo al fuego del sentimiento el colorido del escenario. A ambos libros podríamos agregar sus dramas: *El Poeta*, que es sin duda la historia de un amor vivido, y *El Cruzado*, historia de un amor que hubiera deseado vivir (1). Diestro versificador, ha sabido lucir sus aptitudes líricas y dramáticas, trocadas a veces en ambos géneros; así, en el poema de *El Peregino*, el diálogo entre Luisa y Eduardo (ed. 1889, pág. 245) y, en el drama *El Cruzado*, el romance de Daniel a los pies de la reina Eleonora. La calidad más visible de su estrofa es la fluidez, pero esto mismo tórnalo a veces incorrecto y vulgar, más por falta de lima y gusto que por flaqueza de numen (2).

(1) Tengo noticia de una obra perdida de Mármol: *El Divino infierno*, «nombre de un poema escrito por el autor de *El Peregrino*, que aún no se ha publicado», dice una nota de la primera edición de los *Cantos del Peregrino* (Montevideo, 1847, pág. 163). Una nota del canto XII dice que dejó en el Brasil muchos de sus papeles. ¿Quedó entre aquellos *El Divino infierno*?

(2) Los versos de Mármol han sido objeto de varias ediciones. Sus poemas selectos corren en todas las antologías, desde la *América Poética*, de Gutiérrez (1846), primera que los incluyó, hasta las contemporáneas de Menéndez Pelayo y sucesores. Fuera de las ediciones príncipes ya citadas, conozco la edición que bajo el título de *Obras de José Mármol* (Cantos del Peregrino — Poesías diversas) publicó don Juan Mármol, hijo del poeta, por la casa Lajouane de Buenos Aires, en 1899 (508 páginas). De esta edición se ha derivado otra, menos correcta pero más popular, bajo el título de *Obras poéticas*, autorizada también por don Juan Mármol en 1903, e impresa por la casa Maucci (Buenos Aires, México, Habana, sin fecha, con atroces ilustraciones y 268 páginas nutridas). Bajo el nombre de *Obras poéticas y dramáticas*, la casa de la viuda Bouret (París, México, 1905, 3ª edición) ha editado, coleccionadas por José Domingo Cortés, unas 137 páginas de poemas líricos, seguidos de *El Cruzado* y *El Poeta*, — y aunque la selección lírica no es muy prolija, el tomo se me antoja plausible porque divulga el texto de los dramas. Editores populares como Bouret y Maucci, así como otros análogos, han contribuído en gran parte a la fama póstuma de Mármol, que se mantiene viva en nuestro país y en América, alimentada no menos por las antologías y la enseñanza escolar. Su herencia literaria espera, sin embargo, el albacea que necesitaba. Con motivo de su reciente centenario (1818-1918) se habló de la estatua de Mármol, pero creo que antes debiera abordarse su edición expurgada, que para ser completa, no necesitaría gran espacio: el primer volumen para las *Poesías*, el segundo para la *Amalia*, el tercero para los *Opúsculos*; y esto sería todo. Sobre el contenido de cada volumen aconsejaría tener presentes algunas de las indicaciones bibliográficas apuntadas por mí en páginas anteriores de este mismo capítulo. La edición Cortés-Bouret está plagada de erratas, como casi todo libro castellano salido de prensas francesas. Veamos algunos ejemplos: «*Pregunta[se]lo al gaucho que con-*

Penetre la crítica en ellos, buscando lunares en la forma, y hallará estos ejemplos de defectuosa prosodia :

« *Miramos por el prisma de la imaginación* » (pág. 86).
« *Donde nos dar no pueden el cielo ni la vida* » (pág. 87).
« *Que de la sien del Andes espléndidos caén* » (pág. 437).
« *Una bella esperanza pïerdo* (pág. 388).
« *De azúhares que cual lluvia del naranjal caén* » (pág. 211, ed. 1889).

Pero él se conocía esas claudicaciones, que eran al fin el fruto de la improvisación romántica, y las justificaba en sus propios versos con desenfado (conf. *El Peregrino*, canto V, pág. 159 de la ed. de 1889).

¡Ah ! tengo dos razones; y es la una
Que de todas las reglas más en regla,
La única que poseo es la que arregla
Mi vida y mis poemas sin ninguna.

O bien, con tono más familiar y jovial, en esta octava de *El Peregrino* (c. IV, pág. 126) :

Yo soy un hombre que tranquilo rompo
Desde que niño fuí, cuanto he querido :
Primero mis cometas y mi trompo;
Mi cartilla después y mi vestido;

sientes — *Jugar con [tus] destinos cual un día* » (pág. 96); « *Con [la] lira de bronce entre mis manos* » (pág. 100); « *Con la sublime inspiración del costo* (pág. 127), (por *canto*, rima de *santo)* ; « *Por ruda mar que se ava[la]nza ciega* » (pág. 131); « *Y [des]de él hasta el alba primera* » (pág. 16). — El hijo de Mármol, en la edición de 1889, laméntase de que el señor Cortés haya impreso tan malamente corregidas las obras dramáticas de su padre, y promete hacerlo mejor, « estando, como estoy, en posesión de los originales ». Es lástima que hasta ahora el señor Mármol no haya cumplido su promesa. La edición Cortés-Bouret es efectivamente mendosa; por de pronto, creo que el final de *El Poeta* ha sido mutilado, pues falta una escena, a la cual Torres Caicedo se refiere en su biografía de Mármol *(Ensayos biográficos*, t. II, pág. 200).

Entre los cantos más felices y dignos de una antología, por ser menos incorrectos que otros, citaré : *Cristóbal Colón*, *La noche*, *A la Condesa de Walewski*, y los divulgados poemas a la patria y contra Rosas. En *El Peregrino* hay fragmentos bien limados; pero, en general, no justifica la noticia de Sarmiento sobre los escrúpulos de Mármol en la factura de ese poema informe, ni esta otra noticia: El canto III de *El Peregrino* fué dado por Mármol a Gutiérrez, en manuscrito, cuando se vieron en Janeiro (1845). Gutiérrez le dejó el prólogo para el poema todavía inédito, y llevóse el manuscrito para su *América Poética*. Cuando *El Peregrino* apareció (1847), Mármol había modificado el canto III, y llamó la atención sobre las variantes en una nota (ed. de 1889, pág. 231).

Y mi lengua después, y escribo *pompo*
Si el consonante *trompo* se me ha ido;
Después mi corazón, en mil pedazos,
Y del mundo después todos los lazos.

Penetre el lector, por lo contrario, en la obra de este poeta, no con las gafas del herbolario, sino con los ojos del jardinero, y hallará versos rotundos, como de bronce, en sus invectivas contra Rosas; versos polícromos, como de luz, en su descripción de los Trópicos; y otros solemnes con su ritmo de mar:

En muda soledad duerme tranquila
Cual postrado león la mar sonora... (canto XII),

y ágiles otros, con un ritmo de ala:

Y un arco
De plata
Dilata
Sus luces,

En débil
Anillo
De brillo
Fugaz (canto VI).

Mármol ha manejado, como Espronceda y Zorrilla, casi todos los metros de la lira romántica; en mejores condiciones de cultura y de ambiente hubiera superado a ambos poetas españoles, pues tiene del primero la pasión, del segundo el colorido, y de ambos el sentimiento musical unido a la fantasía legendaria. Como ellos, ha logrado en América la popularidad, no sólo por sus cantos civiles, sino por sus baladas eróticas, que tocan otras cuerdas íntimas, como en estos vulgares y vulgarizados versos que el pueblo, sin saber ya quien los hizo, suele cantar al són de su guitarra:

Llevad en vuestras alas
¡Oh, brisas de la tarde!
Los huérfanos suspiros
De mi secreto amor;

Amor sin esperanza,
Pero de que hace alarde
Mi corazón que sufre
Su celestial ardor (1).

(1) Se llaman *Melancolía*, y se hallan en la página 503 de la edición de 1889. A la par de viejos o vulgares, no faltan en Mármol otros que reaparecen en sus sucesores, indicando la influencia que sobre nuestra lírica ejerció: « El sol como un globo de pálido fuego », dice Mármol, y algo análogo dirá Ruben Darío en su *Sinfonía en gris mayor*: « Que conmueve y penetra mi propio corazón », dice Darío, y Mármol había dicho: Conmueve y extremece mi propio corazón; « Que abraza las arenas del Brasil », es verso

Si Mármol supo interpretar las emociones del destierro en *El Peregrino*, con su novela *Amalia* supo describir la vida de terror de los que habían quedado en Buenos Aires. Entre una y otra publicó en Río *El Puñal*, grito de desesperación más que de odio, en el cual preconizó la necesidad del tiranicidio, emulando con ello al Rivera Indarte de otro panfleto análogo, el que se intitula: *Es acción santa matar a Rosas*.

No me detendré aquí en el análisis de la *Amalia*, porque es la más popular de las novelas argentinas: baste decir que han circulado de ella copiosas ediciones, y que su argumento ha inspirado obras de cinematógrafo, de teatro, y aun otras novelas de su especie. En el último volumen de la presente *Historia* he de estudiar esa obra desde el punto de vista estético, en su composición y en su estilo, por el lugar cronológico que ella ocupa en la formación de la novela argentina. Entre tanto, baste decir que su prosa es descosida pero interesante, y que se mezclan en ella la nota realista y la romántica, constituyendo un documento histórico de valor, autobiográfico y social (1).

Si después de este análisis se me urgiera a decir cuál es, entre tanto fárrago declamatorio, la mejor obra lírica de Mármol, independientemente del valor moral que tantos de sus poemas deben a la vida del autor y a la historia de su patria, yo respondería que la elección es difícil por la falta general de proporción y de gusto que invalida casi toda su obra, pero el canto *La Noche* es el que más cerca se halla de ser una pieza de antología, por su armonía y su sentimiento.

de Mármol, y es de Andrade este otro: « Cuando quema la arena del Brasil ». Todo esto sin contar el movimiento rítmico, que fué muy imitado por los poetas menores, principalmente en sus alejandrinos. Creo no equivocarme si aseguro que la « carta de amor » de Gutiérrez Nájera, que empieza: « Tiene el amor su código, señora » ha sido influída por el « aire » de la carta *A la Condesa de Walewski*, aunque las ideas son absolutamente distintas. En cambio, los versos de Mármol que dicen: « Prestadme tempestades » etc., son una reminiscencia de Zorrilla.

(1) De *Amalia* apareció la primera parte (un tomo) en Montevideo, el año 1851. La obra completa (dos volúmenes) se publicó en Buenos Aires en 1855. El catálogo de la Biblioteca Nacional menciona una edición de Leipzig (1862) y otra de París (1872). Diversas ediciones populares circulan entre nosotros, siendo las más conocidas la de Maucci y la de la *Biblioteca de La Nación* (vol. CXV). No es inoportuno advertir aquí que el nombre de *Amalia* reaparece en la composición que se titula *Despedida*, fechada en Río de Janeiro, 1844. En ella dice, al concluir el canto: « ¡Ay Amalia! Yo dejo contigo — La más bella mujer que adoré » (ed. 1889, pág. 388). Trátase quizá de una simple coincidencia de nombre, pues la Amalia de la novela fué personaje real en Buenos Aires, como casi todos los que en dicho libro figuran. Y ya he dicho que toda la obra, a pesar de sus exageraciones, tiene valor histórico para conocer el ambiente de la tiranía. Como

Discutible es el político, y el dramaturgo, y el novelador, y el panfletista, y aun el poeta lírico, pero hay en el conjunto de su vida y de su obra, una grandeza que no puede negarse.

José Mármol fué, en su generación, el tipo acabado del poeta civil. A pesar de sus enormes defectos, se siente en su obra al bardo, al vate, al profeta. Álzose contra la tiranía cuando aún era un adolescente: afronta la prisión, abandona el hogar, juega su vida, interrumpe su carrera, y sale fugitivo de Buenos Aires, dejando escrito en los muros de su cárcel aquellos *Lamentos:*

Sólo faltaba a mi ominosa suerte,
Que en duelo y llanto mi existir anida,
Entre cadenas convertir inerte
La primavera de mi triste vida (1).

Pero aquellos «lamentos», concluyen después de siete estrofas mal compuestas, con el célebre desafío lanzado a la faz de Rosas:

Muestra a mis ojos espantosa muerte,
Mis miembros todos en cadenas pon,
¡Bárbaro! nunca matarás el alma
Ni pondrás grillos a mi mente, nó!

Hoy podemos sonreir de sus arrebatos, pero la ironía que subraye aquel énfasis o la erudición que mine esa prosodia, no valdrán, por

indicación provisoria sobre la técnica de *Amalia*, diré que lo más interesante en ella no son los caracteres ni el argumento, sino el ambiente social y los trozos pintorescos. Indicaré algunos ejemplos: el retrato de Manuelita (pág. 39), el retrato de Cuitiño (pág. 43), la arenga final del capítulo V (1ª parte, pág. 46), el amanecer de Buenos Aires (pág. 63), la descripción del terror (pág. 64), el retrato de los mazorqueros (pág. 95), el retrato de Amalia (pág. 102), la confesión de Amalia a Luisa (pág. 104), el retrato de Eduardo Belgrano (pág. 123), la escena de amor entre Amalia y Eduardo (pág 124), la crónica del baile, en el capítulo VII (2ª parte, pág. 133), el cuadro del Río de la Plata, en la evasión a Montevideo (pág. 167), el retrato de Varela (pág. 176), las alusiones autobiográficas (pág. 235), la marina y el cuadro urbano del capítulo I en la 4ª parte (pág. 246), la alusión al argumento histórico de su novela (pág. 253), el capítulo intitulado *La casa sola* (pág. 308), las listas de las páginas 340-346; los cuadros y escenas dramáticas de los capítulos VI, VII y VIII en la parte final. (La indicación de páginas se refiere a la edición Maucci, por ser la más divulgada). En general, los interiores son minuciosos y los diálogos vivaces, aunque a veces enumerativos aquéllos (alcoba de la pág. 20) o triviales éstos (pág. 117).

(1) Mármol recogió estos versos en *Armonías (Poesías diversas).* Una nota del autor avisa dónde y cuándo los escribió, aunque él mismo los considera menos que medianos.

ingeniosas que sean, lo que vale aquel gesto soberbio y la vida viril que lo ratificó.

A partir de aquella hora de 1839, Mármol cumplió su solitario juramento. Corrió doce años por tierras extranjeras, fustigando al tirano, cantando a la belleza y a la libertad. Halló en las aventuras del destierro el aire que necesitaba, como los pájaros salvajes, para sus alas y su voz. En los peligros del sitio, en la inmensidad del océano, en el esplendor de los trópicos, llegó a plenitud su numen. Cuando el destierro concluyó, el poeta dejó de cantar. Fué bibliotecario, senador, diplomático. Estos honores apacibles no le resultaron propicios. Las fibras antes esforzadas por la adversidad se distendieron como las cuerdas de una lira desajustada. Puede asegurarse que casi toda la obra poética de Mármol es anterior a su retorno a la patria. El tomo que bajo el título de *Armonías* publicó entonces, no era producción nueva, sino recolección de cantos anteriores a Caseros. El prólogo de aquel libro, escrito en Buenos Aires, y fechado en 1854, descubre su abatimiento en simples y reveladoras palabras sobre «esos tiempos de ayer no más y que hoy parecen tan lejanos, tan pasados para el corazón del poeta». Y dice, refiriéndose a la época de aventura y de inspiración que fué el destierro: «El poeta se agita hoy dentro de sí mismo; se busca, se interroga y no se encuentra». He ahí la confidencia de la nueva actitud espiritual que la tarea de la reconstrucción argentina impuso a todos los románticos de la jornada anterior.

Una circunstancia casual vino a ensombrear del todo el espíritu del poeta: sus ojos empezaron a enceguecer. Yo no sé qué dolencia trajo aquella desventura a este sensual de la luz y del color. Quedó, por fin, ciego del todo. Dijérase que las hadas venían a velar sus pupilas, para ocultar la nueva sangre que los hermanos derramaban.

Y puedo imaginar que el poeta ciego, tendida ya la sombra sobre el universo que fué su alegría, debió recogerse en su conciencia, rememorando su vida y su obra, con esa lucidez de los recuerdos que transfiguran hasta la pasada angustia en íntimo deleite.

CAPÍTULO XVI

TRES POETAS DISCUTIDOS DE ESTA GENERACIÓN

I. Juan Carlos Gómez, poeta uruguayo asimilado al ideal argentino. «Los Estados Unidos del Plata»; controversias sobre Gómez como político. El poeta romántico; sus *Poesías* (1892); su residencia y muerte en Buenos Aires. — II. José Rivera Indarte (1814-1845). Origen, educación, primeros ensayos. El cantor de Rosas y redactor de *La Gaceta mercantil* se convierte al liberalismo y emigra a Montevideo. Su obra de publicista: *Es acción santa matar a Rosas; Tablas de sangre; Rosas y sus opositores.* — El poeta; compilación póstuma de sus obras en verso: *Poesías* (1853). Juicio sobre el hombre y el escritor. — III. Claudio Cuenca, único poeta que permaneció en Buenos Aires durante la tiranía. Su vida (1812-1852). El autor mantuvo inéditos sus dramas y sus versos. Edición de sus *Obras poéticas* (1861). Su fama póstuma.

I

La emigración argentina en Montevideo produjo tan íntima unión de ideales y caracteres entre los escritores de ambas márgenes del Plata, que sólo por un esfuerzo retrospectivo de actuales prejuicios patrióticos podemos discernir en aquella generación diferencias de nacionalidad que entonces no existían.

Aquella fusión de ideales y caracteres debió persistir después de Caseros, pues la consolidación de la independencia oriental y de la organización argentina, problemas nacidos juntos en 1810 y resueltos juntos en 1853, no habrían de borrar en las almas la memoria de tantos sacrificios comunes. Con el ejército de Urquiza vinieron muchos jefes uruguayos que se incorporaron a la vida argentina: César Díaz, Gelly y Obes, Paunero. Algunos de los emigrados habían formado hogar en Montevideo, y al volver traían, como prenda de unión, esposa o prole orientales: tal era el caso de Mitre y de Cané. Y en el arrastre del retorno triunfal o en las peripecias del tiempo nuevo, no pocos es-

críticos uruguayos vinieron a radicarse en Buenos Aires, para continuar aquí — así Andrés Lamas y Juan Carlos Gómez — una labor intelectual que nos pertenece como cosa propia, porque se halla henchida de nuestro ideal y es también una prenda de unión entre ambos pueblos hermanos.

De Lamas he hablado extensamente en el capítulo de «la nueva Troya», y debo hablar en éste de Juan Carlos Gómez, el poeta que mejor fraternizó con los nuestros, olvidando, en el culto del arte, los superficiales accidentes de la geografía política. Ha sido Juan Carlos Gómez, precisamente, quien compuso estos ingenuos versos:

Hay dos recuerdos que en vano
Quisiera borrar el tiempo:
El primer amor del alma,
Y la amistad del destierro.

Juan Carlos Gómez nació en Montevideo en 1820 y murió en Buenos Aires el 25 de mayo de 1884. Tuvo a la Argentina por su segunda patria, y aunque muy combatido en el Uruguay, sus restos fueron repatriados en 1905. Por haberse alejado de Montevideo en 1843, al empezar el sitio, y por haber sostenido que ambos pueblos del Plata debían organizarse como una sola nación, sus compatriotas, en general, miraban siempre con algún recelo su figura. Proscripto antes de la caída de la tiranía, siguió en el destierro después de ella. Su vehemencia de polemista exasperó desde Buenos Aires las viejas pasiones. Su romanticismo inveterado falseó un poco la visión de la época nueva, que no comprendió del todo, y ambas cosas lo divorciaron de la opinión. Quizá por todo ello concluyó maldiciendo de la democracia y aspirando a la aristarquía (1).

Fuera injusto creer que Gómez careció de patriotismo uruguayo: lo sintió profundamente, pero lo creyó compatible con el ideal argentino. Por eso cuando, alejado de su país, despedía cierta vez a un compatriota suyo que regresaba a Montevideo, lo hizo con estas palabras de poeta:

Vas a cruzar el Plata; cuando veas
En el confín azul del horizonte
La cabeza de un monte
Levantarse en el mar,

(1) Scotto, *Notas biográficas*, t. IV, página 12, edición Rosso, Buenos Aires, 1910.

Al rebosar de júbilo tu alma
Ante el nativo suelo,
Juzga si es desconsuelo
Vivir sin patria en emprestado hogar.

Y a la par de este saludo nostálgico y de varios cantos civiles, debo recordar su *Figueredo*, hermoso romance histórico, donde trasciende su profundo patriotismo uruguayo; pero tales sentimientos no sólo no lo alejaron, sino que lo acercaron más a nosotros, porque se trataba de un espíritu superior.

Fig. 39. — Juan Carlos Gómez

José Enrique Rodó ha elogiado con vehemente simpatía la personalidad de Gómez, tantas veces atacada en su país. Uno de sus primeros ensayos fué un elogio de aquella triste memoria (1). Diez años después, en la reimpatriación de los restos de Gómez, habló en nombre de la prensa chilena, esforzando el panegírico; y aunque no sea el discurso fúnebre la ocasión de la crítica, sus palabras valen porque aquel acto tuvo el carácter de una reparación y una apoteosis. « Yo no conozco publicista del Río de la Plata — dice por ahí — que haya tenido en más alto grado que Juan Carlos Gómez la unción del inspirado, del apóstol ». Compáralo con Sarmiento, « ese debelador de monstruos y tiranos »; pero Sarmiento es abrupto, mientras Gómez, igualmente certero, « guarda constantemente el ritmo de la elegancia gladiatoria » (pág. 29). Armoniza la fuerza con la gracia. « Y cuando exhumamos sus escritos, por entre aquello que el tiempo ha marchitado, nos sorprenden a menudo en su pensamiento una imagen, una frase, de inolvidable y escultórica belleza, como en las despedazadas ruínas atrae tal vez la mirada del viajero una columna trunca o el torso divino de una estatua » (pág. 29). Atribúyele inteligencia, carácter, virtud, y en nombre de ello augura : « Juan Carlos Gómez fulminó personalidades a quienes el pueblo oriental ha decretado estatuas, pero no es menos cierto que Juan Carlos Gómez tendrá estatuas sobre el suelo oriental » (pág. 23).

(1) Rodó recogió en *El Mirador de Próspero*, página 18, ese ensayo juvenil.

Juan Carlos Gómez alcanzó el fraternal afecto de Sarmiento y de Mitre, sus compañeros de lucha en Montevideo, en Chile, en Buenos Aires. Cuando Gómez murió, Sarmiento, en *Los emigrados (op. cit.*, 377), lo recordó con estas conmovidas palabras: « Nunca subscribió el tratado que hizo de la Banda Oriental del Río de la Plata una nación distinta de la banda occidental, y murió con su noble quimera de la necesaria reunión de la patria grande. Escritor ameno, simpático y concienzudo, desde *El Mercurio* de Valparaíso combatió el buen combate, sosteniendo, con el calor férvido, lleno de corazón, de su pluma, la gran causa, la política que constituye, organiza y educa, sin levantar tiranuelos, sin abrir la puerta a la innata anarquía. En tiempos de ardorosa lucha, después de Caseros, levantó en alto la bandera del partido liberal, lidiando en la borrasca como un tipo de caballero novelesco, y cuando preludiaba la época cartaginense y el desborde de la riqueza misma, cuyas fuentes, por tanto tiempo cegadas, hubimos excavado y hecho brotar a la superficie, Juan Carlos moría en la destitución más absoluta y en el abandono y el olvido como hombre público. » Análogos elogios hicieron oír sobre su tumba otras voces tan altas como la de Mitre, adversario de Gómez en alguna ocasión. A pesar de sus polémicas, la simpatía argentina siempre lo acompañó, porque veía en Gómez al paladín romántico de los « Estados Unidos del Plata », y al caballero de todo generoso ideal.

Pero volvamos al poeta, que es de quien ahora necesitamos hablar.

En *El Conservador* (1847-1848), periódico de Mármol, Juan Carlos Gómez publicó varias poesías. El año 1842 había colaborado en *La Gaceta del Comercio* y *El Nacional*, donde el 25 de Mayo dió a luz su extenso poema *La libertad*, con el cual se abre el volumen de sus *Poesías selectas*, impreso en Montevideo por el editor Barreiro y Ramos (1906).

Casi todas las piezas de esta selección datan del primer lustro del sitio de Montevideo, cosa que también ocurre con los versos de Mitre y de Gutiérrez. Son cantos de juventud, que enmudecieron más tarde, cuando la obra nueva solicitó a sus autores en las empresas de la política constructiva, o cuando se desvanecieron las ilusiones juveniles. En el caso de Gómez, la verdadera causa de su silencio fué más la tristeza que la acción.

Honda fué la tristeza de Gómez, y algo de neurosis hubo en su melancolía, según creo descubrirlo en estos versos que dedicó a la muerte de un hermano suicida:

Hija de las memorias de otros tiempos,
Tristeza de las almas sin fortuna,
Con la lluvia de plata de la luna
Baña esa tumba huérfana de amor.
Separa el anatema de esa losa
Donde hay un nombre para mí querido,
Sálvale del sarcasmo y del olvido,
Cúbrele de misterio y de dolor.

Pero no debemos olvidar que este dolorido fué un combatiente, y que si hubo cenizas en su corazón, fué porque lo había dejado arder el fuego de terribles pasiones.

En el canto *Sursum Corda* es donde hizo oír, acaso por única vez, el grito de su fe varonil:

Alcemos nuestros tristes corazones!
Rinde al dolor la fe que no vacila,
Manda parar al sol, y entre sayones
Y encima del Calvario está tranquila.

De pié sobre el peñón, en un presagio
Abandonado el náufrago confía.
Muy larga es ¡ay! la noche del naufragio
Y brilla al fin de la salud el día.

Águila herida en la empinada cima,
Las alas tiende en doloroso vuelo,
Mira la inmensidad, el sol la anima,
Arroja sangre y se remonta al cielo.

Tiende al cielo tus alas, alma mía,
El sol contempla de la vida nueva,
Aura de luz, de aroma, de armonía,
Mar de felicidad nos trae el día,
Ola de amor al porvenir nos lleva.

Gómez ha cantado a la patria y a los más nobles ideales civiles, al hogar y a los más puros sentimientos domésticos: la libertad, el heroísmo, la amistad, el amor. Su fantasía es más musical que plástica: hay en su obra más melodía que visión. El paisaje y la mujer se subjetivan en su propio sentimiento. Por eso he dicho que es un romántico. Su capacidad creadora es limitada, lo mismo en el arte que en

la acción: pero acaso ello mismo contribuye a ahondar su sentimiento, haciéndolo más simpático que sorprendente. En páginas de album, mejor que en sus poemas extensos, ha dejado algunas de esas revelaciones de sí mismo, y en tal carácter quiero transcribir estos versos sin título, donde el alma de Gómez aparece desnuda:

¿Te asusta mi existencia, el mar en que navego,
La tempestad continua que azota mi bajel,
Y por mi vida elevas desconsolado ruego,
Perdida la esperanza de que me salve en él?

No temas, tierna amiga; dentro del pecho siento
El corazón más fuerte, más alto que ese mar;
Aunque la barca es frágil, la vela ciño al viento
Y en el timón batido firme la mano va!

Si el huracán arrecia y aligerar el leño
Es fuerza a cada instante para poder bogar,
Iré arrojando al piélago una ambición, un sueño,
Una afección querida, una esperanza más.

Y he de llegar al puerto, he de pisar la orilla,
Al templo de la patria he de llevar honor,
¿Qué importa que en la playa deje la rota quilla,
Si pongo en sus altares la vela y el timón?

Versos de Gómez aparecen en todas las antologías uruguayas; pero es en el volumen de Barreiro donde se halla la más accesible colección de sus poesías. En sus 250 páginas, guárdase allí la historia lírica de ese corazón a la vez entusiasta y entristecido. La ingenuidad de su sentimiento únese a la fluidez de sus versos, y si bien esta sinceridad de su confidencia tórnale a veces un tanto vulgar, descúbrese, sin embargo, en sus nobles ideales, el hombre puro que fué, y en sus fáciles ritmos, el poeta plausible que pudo ser.

Historia lírica de su corazón, acabo de llamar a las poesías de Gómez, y a fe que el nombre es oportuno, ya queramos seguir en los temas, dedicatorias y lugares de los diversos poemas la faz anecdótica de su biografía, o bien explorar, en las exaltaciones y claudicaciones de su fe, la ondulación secreta de su alma atormentada. Si a alguno de los líricos de aquel tiempo cuádrale el nombre de romántico, es a Juan Carlos Gómez, por el ansia caballeresca y aventurera que idealiza su vida, por

el dejo pesimista y melancólico que humaniza su ideal. La ensoñación que vaga en sus ojos claros, y la amargura que los aja en torno, son dos rasgos, en los retratos de Gómez, que revelan aquellos dos aspectos de su psicología, visibles también en su obra, con rasgos de voluntad y desaliento como los de estos cadenciosos alejandrinos :

¡Vivir así en los otros! como un vestigio incierto,
Como algo que no puede la mente perpetuar ;
Reflejo de una tarde serena en el desierto,
Vestigio de una noche de luna sobre el mar.

Por el tono doliente de su vida y de su obra, Juan Carlos Gómez despierta una profunda simpatía ; su amor a nuestro país le asegura sitio predilecto en el corazón argentino ; su verso fluído y emocionado, un lugar en las antologías de América, junto a los mejores poetas de su generación.

II

Si es grande la simpatía cívica y literaria con que evoco el nombre de Gómez el uruguayo, no es sino con muchas reservas como debemos considerar la figura de Rivera Indarte, poeta argentino contemporáneo de Gómez, pero muy distinto de él.

José Rivera Indarte nació en Córdoba el 18 de agosto de 1814 y falleció en la isla de Santa Catalina, cerca del Janeiro, el 19 de agosto de 1844 (1). Su vida breve y tormentosa, su emigración y sus luchas contra la tiranía, sus prisiones locales y sus peregrinaciones remotas, sus versos y sus panfletos, han hecho del suyo un nombre célebre en la generación de los proscriptos. Leído, admirado y discutido, conoció en vida la popularidad ; pero el olvido póstumo, o la crítica histórica, han venido marchitando la corona que tejieron para su frente sus amigos. Su nombre es epónimo del mejor teatro de Córdoba ; pero los más recientes historiadores de la época de Rosas lo pintan con desprecio, y en cuanto a sus obras literarias nadie ha tenido la piedad de volver a recogerlas, ni las nuevas generaciones parecen ya interesarse por ellas. Si hubo

(1) Hay discrepancia sobre la fecha de su nacimiento : unos dicen el 13, otros el 14, pero el 18 de agosto se considera la más auténtica.

exageración en el elogio contemporáneo, lo ha habido, asimismo, en la indiferencia póstuma. Dista mucho de ser vulgar su carácter voluble y apasionado, a la vez que su obra es, en sus versos, testimonio del escaso gusto de su época, y en su prosa, documento de esa airada elocuencia del rencor que asumió a veces la propaganda de los emigrados.

Hijo de un defensor de Buenos Aires en las invasiones inglesas, vino de Córdoba a la capital en tiempos de Rivadavia, para seguir aquí sus estudios de latinidad y filosofía (1). Rebelde a las disciplinas del aula, no concluyó estudios profesionales, más por lo voluble de su temperamento que por las inquietudes y pobrezas que forman el ambiente social de su juventud. Fueron sus condiscípulos de entonces, López, Mármol, Frías, Tejedor, todos los que después formaron la vanguardia liberal de la generación, cuyo sacrificio no compartió Rivera Indarte desde el primer momento. En efecto, fué rosista al principio y sólo más tarde se pasó al campo adversario. Desde las aulas habíase destacado por la agudeza de su ingenio y la perversidad de su carácter (2). Fué expulsado de la Universidad por causas graves que atañen a su conducta como hombre (3). Recuerdos ingratos del colegio lo alejaron de

(1) Su padre fué el coronel Rivera que, por orden de Liniers, cañoneó desde el Fuerte a Santo Domingo. De ahí data sin duda la simpatía del poeta por el héroe de la Reconquista, a quien dedicó uno de sus cantos. (Véase: *Antología de poetas argentinos*, *op. cit.*, t. VI, pág. 45.)

(2) Habla López, en su *Autobiografía*, sobre sus estudios latinos en la Universidad, y al recordar las clases de don Mariano Guerra (que fué su maestro en alternativa con don José Cabezón) entra de pronto en este cuadro realmente pintoresco, sobre la escuela: «Había en aquella clase 86 alumnos. El profesor no se sentaba, andaba de uno á otro extremo, enseñando y vigilando. Había alumnos de todas marcas, y mucho *guarangaje*, por las grescas de los partidos.» Y después de haber abocetado el fondo, traza esta silueta de su condiscípulo: «Solía aparecer por allí Rivera Indarte vendiendo un periódico manuscrito suyo, lleno de calumnias e insultos a los profesores y estudiantes. Tendría entonces 16 ó 18 años. Cuando los injuriados lo pillaban, lo molían a palos y moquetes; y cuando huía, lo corríamos en tropel. Hubo vez que, no pudiendo escapar, se metió en la playa con el agua a la rodilla; mientras de lo seco lo lapidábamos, yo era de los chicos, figuraba en el montón; los jefes que hacían la justicia eran los grandes: Rufino Varela, Eguía, y muchos otros. Desde entonces este Rivera Indarte — un canalla, cobarde, ratero, bajo, huzmeante y humilde en apariencia, como ratón cuya cueva nadie sabía — tenía mucho talento y un alma de lo más vil que pueda imaginarse El retrato que Saldías hace de él es exactísimo.» (*La Biblioteca*, t. I, pág. 330.)

(3) Varios biógrafos hablan de esas faltas con reticencias ambiguas, así Ramos Mejía, que hasta menciona las carnes blancas y blandas de Rivera... (*Rosas y su tiempo*, t, II, cap. I, ed. de 1907). Pero Saldías, que también lo vitupera, dice que lo expulsaron por tentati-

la simpatía de sus contemporáneos, y, puesto que venía del campo federal, tampoco pudieron recibirlo bien los emigrados de Montevideo cuando en 1840 lo vieron llegar transido de reciente furor contra la tiranía que antes defendiera y cantara (1).

Mal estudiante y escritor precoz, Rivera Indarte se alejó de las aulas y entró en *La Gaceta Mercantil*, donde no tuvo reparo en escribir loas a Rosas, gobernador de Buenos Aires, y a Rivera, presidente del Uruguay. Las primeras le valieron acaso su reingreso en la Universidad, que Rosas autorizó: las segundas franqueáronle la privanza del mandón uruguayo, pues en 1832 pasó a Montevideo en seguimiento de mejor fortuna.

Con el apoyo de don Santiago Vásquez fundó en Montevideo, a los 18 años de su edad, *El Investigador*, efímero periódico en el cual inició su propaganda sobre la libre navegación de nuestros ríos para la bandera española, y en favor del reconocimiento de nuestra independencia por parte de España, ideas que más tarde expuso en *El voto de América*, folleto reimpreso en Madrid el mismo año de su aparición. En 1834, redactó la *Revista de Montevideo*, en fraternidad con otros escritores argentinos y uruguayos, y en 1834 reapareció en Buenos Aires, donde siguió escribiendo en *La Gaceta* sus prosas y sus versos en loa del dictador. En compañía de Bernardo Vélez fundó *El Imparcial* por esos mismos años. «Logró abrirse camino — dice Saldías — al favor de su

va de estafa y falsificación de documentos *(Historia de la Confederación*, t. IV, pág. 33 y 35). Sobre el cargo no caben dudas, porque existe en el archivo de la Universidad (1821–1850) la prueba de su readmisión, que Rosas autoriza, «si esa reincorporación la necesita para recobrar su honor», pues el vicerrector creía al solicitante capaz de «modificaciones saludables en su conducta». *(Rosas — historia y fábula*, — de Corvalán Mendilharzu, Buenos Aires, 1915, pág. 15.) A pesar de tales documentos, el antologista del Centenario, señor Puig, en la noticia del tomo VI, pone en duda la verdad de los hechos, pero debemos creer lo contrario dadas las palabras de don Vicente Fidel López, antes transcritas, pues en su *Autobiografía* lo llama *ratero*, cuando ya los rencores de la juventud habíanse apagado en el viejo patricio.

(1) En el Archivo epistolar de Alberdi, cartas publicadas en el tomo XV de los *Escritos póstumos*, hay noticias dispersas sobre Rivera Indarte. Un juicio severísimo de Echeverría sobre el cordobés se halla en las páginas 780–783; y otros datos en una carta de Gervasio Posadas, página 809 del tomo citado. Echeverría dice: «no es sino un envidioso poetastro y un libelista sin doctrina», etc. (pág. 783). Refiérese Echeverría al consejo de matar a Rosas, que otros proscriptos también reprocharon y que resultaba tanto más vituperable en el antiguo redactor de *La Gaceta* y en el autor del *Himno a Rosas*, pues pocos años antes declarábase «federal neto» y confesaba su amor al «héroe del desierto».

inquebrantable pertinacia, de su contracción, que desafiaba el cansancio, de cierta audacia genial para encarar toda clase de cuestiones y de la poderosa iniciativa que empezó a desplegar, alentado siempre con la idea de poner de su parte la opinión » (1). Hubo un momento, hacia 1835, en que Rivera Indarte, con Pedro de Angelis y Nicolás Mariño, formaban en *La Gaceta* la trinidad « prestigiosa » del periodismo liberal (2).

Bajo la aciaga inspiración de esa musa negra del rosismo, dos cantos produjo Rivera Indarte, uno en 1834, el *Himno federal*, y otro en 1835, el *Himno de los Restauradores*, cuyo coro decía :

Alza ¡ oh Patria ! tu frente abatida,
De esperanza la aurora lució :
Tu adalid valeroso ha jurado
Restaurarte a tu antiguo esplendor.

El *Himno federal*, dedicado también a Rosas, era más esplícito en las palabras del coro :

Federales, a Rosas invicto
Jurad siempre constancia y valor,
Que es terror de unitarios su brazo,
Y del libre el apoyo mejor.

No era aún Rosas el tirano que se gozó en la sangre argentina del 40 : pero ya le llamaban « el restaurador de las leyes » y « el héroe del desierto », ya le habían otorgado sus serviles la suma del poder público, y ya andaban como lobos desatados, corriendo las calles, aterrorizando al vecindario, los futuros sicarios de « la mazorca ». Ninguno de los grandes proscriptos a quienes en este libro glorificamos fué cómplice de aquella vergüenza : pero Rivera Indarte lo fué, aunque más

(1) Saldías, *Historia de la Confederación*, tomo IV, página 35.

(2) Saldías, en la obra y pasaje citados, dice que estos fueron los años más fecundos de la pluma de Rivera Indarte, y en cuanto a la prédica rosista, agrega este juicio que tiene, por ser suyo, harta significación : « Los partidarios más intransigentes del nuevo orden de cosas, y el pueblo que lo aplaudía, veían reflejados sus conatos más enérgicos en los escritos de ese joven que había colocado una bandera roja en su barricada de combate y batía con ventaja a los enemigos, eclipsando los escritos pálidos y tiesos de don Pedro de Angelis, los de don Manuel de Irigoyen, que rebozaban candoroso entusiasmo, y aun los de don Nicolás Mariño, que fué después su émulo. »

tarde él también alejóse del país y vociferó contra el tirano. ¿Hasta dónde aquellas loas del poeta cordobés fueron el fruto de la ilusión general que, en esos primeros tiempos del gobierno de Rosas, creyó ver en el gaucho fuerte que llegaba desde la pampa al gobierno el freno que necesitaba la anarquía? ¿Hasta dónde aquel rendimiento fué un signo de perversión ingénita en Rivera Indarte, puesto que los otros poetas de la nueva generación no compartieron su cobarde entusiasmo? No es fácil ahora esclarecerlo, pero la solución parece contraria al autor de los himnos federales, si nos atenemos a sus antecedentes escolares y al juicio adverso que de él formaron Echeverría, López y otros proscriptos, aun después que él buscó su purificación en el destierro. La letra de esos himnos es demasiado servil para que pueda serle perdonada:

¡Oh gran Rosas! tu pueblo quisiera
Mil laureles poner a tus pies.

Que el gran Rosas preside a su pueblo,
Y el destino obedece a su voz.

Del poder *la gran suma* revistes
Y a la patria tú debes salvar.

Era, pues, la suma del poder público lo que Rivera Indarte elogiaba, con esa mesiánica esperanza de los cobardes que ven en los bandidos de la historia agentes providenciales y se les rinden hasta convertirlos en tiranos. Cierto que la suma del poder público había sido consentida por un signatario del acta de nuestra independencia y el héroe federal había sido cantado por un patricio de la revolución de Mayo. Pero éstos eran hombres del tiempo viejo, fatigados por la desilusión y la demagogia, mientras Rivera Indarte, joven y poeta, debió de estar, desde el primer día, donde los poetas y los jóvenes de su generación estuvieron.

Pocos años más tarde, el turiferario de 1835 apareció transfigurado en detractor de Rosas. Fracasadas las rebeliones de Maza, Castelli y Lavalle, se trasladó a Montevideo y se unió a la falange liberal de los emigrados. Huía de Buenos Aires, perseguido él también por la mazorca, pues había llegado a ser sospechosa su lealtad. También fué sospechoso a los del bando adverso cuando lo vieron llegar, y acaso a ello se deba que esforzara tanto su ingenio para la invectiva contra Rosas, hasta el extremo de polemizar con Mármol sobre cuál de los dos había

sido el primero que preconizó el tiranicidio. Suyo fué aquel panfleto intitulado *Es acción santa matar a Rosas*, y a él pertenecen estas vehementes palabras:

« Piensa, valiente tiranicida, cualquiera que tú seas el destinado por Dios para derramar la sangre de Rozas, en la satisfacción inmensa que llenará tu pecho cuando después de tu acción santa escuches resonar todos los ámbitos de la América con un himno de gracias por tu magnánimo asesinato. Oye cómo repiten tu nombre entre lágrimas de gratitud esos millares de emigrados de todo sexo y edad que van a tener patria por tí, que a tu brazo deberán vivir bajo el techo de sus padres. Mira ese pueblo oprimido cómo se levanta, rotos por tí sus grillos, y alza sus manos al cielo y luego las dirige hacia tí para bendecirte, a tí, su libertador, ministro de su salvación en la tierra. »

Y el que así hablaba en prosa contra el hombre que antes alabó, era el mismo que en verso decía contra el héroe de la víspera:

Conjunto horrible de malvado y loco,
Vil asesino, usurpador, tirano:
Todo baldón a definirte es poco,
Y la lengua fatigas y la mano.

Así continúan sus versos *Al tirano Juan Manuel Rosas*, — publicados en Montevideo después de 1840, — más de sesenta estrofas análogas, que si no superan en fluidez e inspiración a las invectivas de Mármol, las igualan en odio y procacidad. Muchos otros temas de sus cantos sirviéronle de ocasión para denostar al tirano: y tanto rasgó la misma cuerda, que un día, en Buenos Aires, *La Gaceta* le enrostró que él había sido uno de los inventores de la mazorca, y otro día *La Escoba*, en Montevideo, reprodujo, para zaherirlo, el *Himno a los Restauradores* que arriba dejo comentado (1).

(1) *La Escoba* (1839), diario de Guerrero Torres, que tenía resentimientos personales con Rivera Indarte (Véase: Zinny, *La prensa uruguaya*, pág. 130). *La Gaceta Mercantil* (24 de mayo 1844), artículo de Cavia, que cuenta este episodio: En 1835, Rivera Indarte, estando en Buenos Aires, puso en una ventana, en casa de don Fernando Mariano Cordero, una mazorca de maiz con estos versos de que Rivera Indarte fué autor: « Aqueste *marlo* que miras — De rubia chala vestido — En los infiernos ha hundido — A la unitaria facción, — Y así con gran devoción — Dirás para tu coleto — Sálvame de aqueste aprieto — ¡ Oh Santa Federación ! — Y tendrás cuidado — Al tiempo de andar — De ver si este santo — Te va por detrás. » (Véase: Zinny, *La prensa uruguaya*, pág. 327.) Según esa tradición, Rivera Indarte habría sido el inventor del tremendo símbolo y de

Tampoco podemos saber si aquella conversión de 1840 fué sincera. Persistió en ella hasta la muerte, un lustro después, pero no sabemos si hubiera resistido otros seis años más. Fué clamorosa en propaganda, por los extremos a que llegó, con ese frenesí de los conversos, que siempre exageran su nueva fe para hacer olvidar la «sinagoga» vieja de donde se evadieron. Por eso hay en la figura de Rivera Indarte, como poeta civil y como publicista liberal, una sospecha irreparable. El badajo golpeaba con furor, pero había una raja en el bronce de su campana.

Fig. 40. — José Rivera Indarte

A pesar de ese vicio de su carácter, que es la falta de unidad en su vida, ninguno de sus detractores le ha negado talento, y a pesar de las fallas de su óbra, la historia de las letras argentinas debe atención a lo que Rivera Indarte produjo durante el destierro.

Cuéntase de él que en 1839 fué encarcelado por la policía de Rosas, que lo sospechaba en connivencia con los emigrados (1). Puesto en libertad por gestiones de Vásquez, ministro uruguayo, fué nuevamente preso en un pontón (como entonces lo fué también Ascasubi) y del pontón se evadió, fugándose a los Estados Unidos. Allá residió un tiempo, y estudió la organización de la cárceles norteamericanas. En el viaje de ida se enfermó de viruelas y padeció pobrezas y quebrantos. A su regreso compuso las *Melodías hebraicas*, inspiradas en temas de la Biblia, que estudiaba con rara predilección, e imitadas de

la palabra mazorca, equívoco de «mas-horca», a lo que suele decirse. Pero confesemos que en los tales versos, sólo descubro un atroz cinismo, que no favorece al autor, pues se reconoce en ellos el falso acento de quien reza a un ídolo en el cual no se cree... ¡Todavía si hubiera sido un federal sincero, un equivocado de la primera hora, le perdonaríamos su error!

(1) Sobre esta prisión, dicen sus biógrafos que escribió en los muros de su cárcel aquellos versos que empiezan así: «Anima el corazón, dulce esperanza — Y una luz de los cielos desprendida — Ahuyente de mi cárcel el dolor» — etc. Anécdotas análogas se atribuyen a Sarmiento y a Mármol, en vísperas de sus respectivos destierros. (Véase: Sarmiento, *Recuerdos de Provincia* y *Obras*, t. XXV, pág. 208.)

Byron hasta en el título (1). Radicado después en Montevideo, afrontó las penurias del sitio y las responsabilidades de la prensa, incorporándose desde entonces a la legión de los proscriptos, que lo contó en sus filas hasta la muerte.

El año 1839, entró en la redacción de *El Nacional*, que sobrellevó durante seis años, dirigiendo la colaboración y publicando él mismo copiosa producción en prosa y verso. Su libro *Rosas y sus opositores*, editado por dicho periódico, es la compilación de los artículos que en él publicó contra la tiranía, y puede decirse que en esa hoja aparecieron también los principales cantos reunidos más tarde en la edición póstuma de su *Poesías*.

Quebrantada su salud por una afección pulmonar, se alejó de Montevideo, no sin antes componer una *Despedida* (que apareció en *El Nacional*). Se dirigió primero a Río, después a la isla de Santa Catalina, en busca de clima propicio. En esta última falleció a los pocos meses, y el pueblo donde concluyó sus días llamábase, simbólicamente, « la ciudad del Destierro ». Su muerte, acaecida en tales circunstancias, impresionó a los emigrados (2). Las muchas antipatías que en vida suscitara acalláronse en ese fúnebre momento. Voces amigas se alzaron para glorificarlo. Olvidaron todos al antiguo colaborador de *La Gaceta mercantil*, para recordar al hombre flagelado por la fortuna, al panfletista iracundo de las *Tablas de sangre* y de *Es acción santa matar a Rosas*, al poeta fecundo de *El Talismán* y de *El Tirteo*, al publicista de *El Investigador* y la *Revista de Montevideo*, al poeta de las *Melodías hebraicas* y de los *Cantos a Mayo*. *El Nacional*, que había sido su principal tribuna, dedicó a su memoria el editorial del 17 de septiembre. Días antes, el 12, había publicado una necrología por Bartolomé Mitre, y el 13 del mismo mes, otra necrología por Agustín Wright. Este último había sido, con Manuel Acosta, su compañero de redacción en aquel periódico. Juan María Gutiérrez, que estaba en Chile, dedicóle un juicio imparcial

(1) Véase : Byron, *Poetical Works*, Oxford edition, *Hebrew melodies* (págs. 76-82).

(2) Asistiólo en sus últimos instantes el doctor Montes de Oca, médico argentino, y falleció en casa de otro compatriota emigrado, Julián Paz. Una carta de este último da la siguiente noticia : « Vuelvo de conducir al desgraciado Indarte al cementerio. Ha sido acompañado por todos los compatriotas y amigos de la causa aquí residentes. Su sepulcro queda bien señalado para cuando llegue el momento de trasladar sus restos a Buenos Aires, como me lo pidió y se lo prometí. Montes de Oca hizo la autopsia al cadáver y todos vimos el pulmón derecho completamente supurado y el izquierdo dañado también, aunque no en el grado del otro ».

para con el poeta y afectuoso para con el hombre. Y el propio Mitre, su amigo de los tristes días, compiló y prologó, después de Caseros, la edición de las *Poesías* de Rivera Indarte (1853), dejando desde entonces señalado al juicio de la posteridad el discutido nombre del poeta cordobés.

Hoy llega el día en que necesitamos estudiarlo con serenidad, juzgarlo con desinterés. Hombre contradictorio, espíritu complejo, ondulante y vivaz, escapa a veces a la crítica que desea fijarlo en una actitud determinada. Hemos oído hasta hoy el elogio de sus amigos: Mitre y Gutiérrez; el desprecio de su censores: Echeverría y López, unos y otros proscriptos como él. Mitre dice: era «modesto, dócil, sensible»; Gutiérrez dice: «fué valiente, hizo con sus méritos brotar la envidia». Pero ya hemos visto que de papeles íntimos surge la confidencia de Echeverría, que lo llama «envidioso, calumniador»: la de López que lo adjetiva de «canalla, cobarde, hipócrita y ratero», medio siglo después de su muerte. — ¿Quién afirma entre todos la verdad sobre el hombre privado? — Y no es menor la discrepancia en la apreciación del hombre público. Los historiadores de la tiranía de Rosas se han ensañado en su silueta, lo mismo Saldías, de tradición federal, que Ramos Mejía, de tradición unitaria: en las páginas del uno y del otro, la figura de Rivera Indarte se desliza primero como una sombra mezquina en el cortejo servil de la tiranía y luego como un panfletista sin nobleza en la gloriosa legión de los emigrados. Sarmiento, en sus siluetas del destierro, parece callar su juicio sobre Rivera Indarte, pero hay una elocuente censura en estas únicas reticentes líneas que le dedica: «Hoy amedrenta y enluta la Historia a cada instante el regicidio. Indarte lo creyó un remedio contra las tiranías, que no mueren de muerte natural nunca. Registró la historia, desde Harmodio y Aristogiton, y los tratados de moral jesuítica, cuyos casuistas han enseñado el regicidio en materia católica, no un autor, sino muchos. Rivera Indarte escribió un libro: *Es acción santa matar a Rosas*. Mataron a Florencio Varela. Para Rosas no hubo un Guerri, que sobraron después de constituirse el país» (1). Pero Mármol también ¿no preconizó el tiranicidio?... Rivera Indarte, además, quiso la reconciliación con España mediante el reconocimiento de nuestra independencia, la libre navegación de los ríos, la mejora de las cárceles, la organización del país, y en muchas de estas ideas fué precursor. Echeverría censuró esa prédica de matar a Rosas (que se autorizaba en el padre Mariana), y si en cartas privadas habló mal del

(1) Sarmiento, *Obras*, tomo XIV, página 392. (Guerri fué un agresor de Sarmiento.)

carácter de su correligionario (según lo hemos visto), en la *Ojeada*, después de su muerte, alabó su acción pública, su «indomable constancia en la prédica contra Rosas», su «enérgica pluma», y lo llamó «valiente soldado» (1). Como se ve, la senda que conduce a la verdad va torciéndose y borrándose mientras más se avanza en el estudio de este personaje que, a la par de Monteagudo, ha sido un predilecto de la controversia póstuma.

Cuando Rivera Indarte murió, las prensas de Rosas se regocijaron: es que desaparecía con él uno de sus más terribles adversarios, menos elocuente que Sarmiento en prosa y que Mármol en verso, pero tan eficaz como ellos. Por eso Juan María Gutiérrez sintetizaba su juicio sobre el publicista ya muerto, con estas graves palabras: «Ha vivido en medio de una tormenta y no siempre la nave que ayudó a pilotear salió al puerto: fué audaz y no faltaron timoratos allí donde él esgrimió la pluma: tuvo mérito y a veces es éste el calor que hace brotar la envidia: dió golpes certeros de esos que arrancan sangre en el corazón de muchos malos poderosos que pagan bien a los que mienten en su provecho: sostuvo ideas que por nuevas, adelantadas y generosas, ciegan y perturban las pupilas de algunos ojos todavía tiernos aunque no pertezcan a niños por la edad. Fué hombre político, cuanto cabe serlo al que no tiene más tribuna que las columnas de un diario, ni otra cartera ministerial que sus panfletos: por consiguiente, y para reducir nuestra idea a una sola palabra, habrá de decirse de sus escritos, como del libro del Príncipe, muchísimo bien, muchísimo mal.» Y es claro que habiéndose cumplido este vaticinio final, pruébase, con sólo ello, que no fué un ente vulgar el espíritu de Rivera Indarte, y que sus vigorosas calidades hubieran sido dignas de un destino más bello. Faltóle unidad moral a su vida, perfección estética a su obra. En ambas cosas, siete varones de la proscripción lo superaron, y por eso no debemos colocarlo a la par de esos varones insignes. Su vida necesita ser justificada, su obra defendida, y ello sólo basta para amenguarla en su condición histórica.

Réstanos, finalmente, el juicio del escritor, pues ni sus obras literarias han sido compiladas, ni ha sido revisto el fallo tradicional, que empezó en los amigos del poeta y perduró en sus rapsodas. He ensayado una bibliografía de Rivera Indarte, que doy en nota marginal, juntamente con un somero plan de sus *Obras completas* (2). Por ahí debimos haber

(1) Echeverría, *Dogma Socialista* («Ojeada»), edición de la *Biblioteca Argentina*, página 85.

(2) Paréceme conveniente organizar en esta noticia la dispersa bibliografía de Rivera

empezado hace tiempo, y por el expurgo de las rutinarias antologías, en confrontación con su obra total. Yo me he tomado ese trabajo y puedo resumir el juicio en breves líneas: el prosista fué superior al poeta; el poeta careció de inspiración y maestría. El propio Rivera Indarte sostenía que no se nace poeta, que por la enseñanza se llegaría a serlo, como

Indarte, e indicar algunos sitios donde podrían consultarse sus hojas volantes y sus libros, los más de ellos no reeditados en setenta años, desde la época en que aparecieron. Comenzaré la tarea por los ejemplares de la biblioteca de Mitre, que fué su protector.

1. *La batalla de Caa-guazú*, poema de José Rivera Indarte, se editó en la imprenta de *El Nacional* (Montevideo) el año 1842. El volumen consta de tres partes: la primera, una introducción de Juan Thompson sobre el tema de la obra (XXXII págs.); la segunda, el texto en verso del poema (53 págs.); la tercera, por Juan María Gutiérrez, con notas históricas y geográficas, sobre las numerosas alusiones y voces regionales de que abunda el poema, según el consabido color local del romanticismo. El texto en verso de *La batalla de Caa-guazú* divídese en *Preludios, La noche en el Chaco, El ensueño, La alborada y el abrazo, El campo de Echagüe, 28 de Noviembre, Epílogo*, que corresponden a siete cantos del poema, escritos en variado metro y encabezado cada uno por temas de Byron, Ossian, Homero, Korner, Lope, Campbell, Heredia.

En el Museo Mitre hay dos ejemplares de esta obra: uno sin las primeras dos hojas y con el mapa de la batalla y retratos de Rivera y Lavalle; otro con el texto completo pero sin las mencionadas ilustraciones. Este último hállase juntamente encuadernado con otros dos folletos: *Defensa del voto de América por J. R. Y.* (51 págs., Buenos Aires, 1835) y *La intervención en la guerra actual del Río de la Plata* (61 págs., Río de Janeiro, 1845), ambos de Rivera Indarte.

2. *Don Cristóbal*, poema por José Rivera Indarte, Montevideo, imprenta de *El Nacional*, 1840. En la carátula, como lema, un trozo de Byron en inglés. La obra hállase dedicada a don Santiago Vázquez. «La poesía debe tener una misión de castigo y de premio» — dice en la introducción (27 págs.). Poema escrito principalmente en octosílabos. La edición trae tres páginas de notas históricas. Es obra del mismo género de *Caa-guazú*.

3. *Poesías de José Rivera Indarte*, con una biografía del autor escrita por el coronel de artillería don Bartolomé Mitre, representante del pueblo, inspector y comandante general de armas de la provincia de Buenos Aires, miembro fundador del Instituto histórico geográfico, oficial de la imperial orden militar de la Rosa y autor de varias obras. Buenos Aires, imprenta de Mayo, 1853.

Hasta aquí los libros en verso. Citaré ahora el título de los panfletos y ensayos políticos en prosa, pertenecientes a la misma biblioteca:

1. *El voto de América*, o sea breve examen de esta cuestión: ¿Convendrá o no a las nuevas repúblicas de América apresurar el reconocimiento de su independencia, enviando embajadores a la corte de Madrid? Escrito por José Rivera Indarte, Buenos Aires, imprenta del Comercio, 1835.

El ejemplar del Museo Mitre (encuadernado con otros folletos) perteneció a la biblioteca del coronel José Arenales, a quien está dedicado por el autor. Una nota marginal dice en la carátula: «Este autor es el joven Dⁿ José Rivera Indarte, natural de Buenos Aires. Su producción debe considerarse como uno de los tantos monumentos de la degradación y nulidad en que ha caído su patria. Don Tomás Guido favorece esta em-

en cualquier otra disciplina profesional, y Mitre, su prologuista, su amigo, su crítico más benévolo, no le atribuye en ese campo grandes méritos de numen ni de ritmo. Menéndez Pelayo considera « medianos » sus versos, y no lo incluye en su *Antología;* mas como lo incluyen tantos otros, podría darse entrada en florilegios locales a algún fragmento

presa a cara descubierta ». No sé si la letra sea de Arenales, pero desde luego, no es de Mitre. En el Museo se halla también la famosa *Contestación al voto de América*, Buenos Aires, Imprenta argentina, calle de la Universidad, número 37, 1835. Anónimo ; pero una nota manuscrita señala al joven Juan Bautista Alberdi como autor.

2. *Rosas y sus opositores*, por José Rivera Indarte, redactor de *El Nacional* de Montevideo (segunda edición hecha en Buenos Aires el año 1853 por la imprenta de Mayo, calle Belgrano nº 86). Comprende 318 páginas incluyendo las *Tablas de sangre*, y trae como apéndice el opúsculo *Es acción santa matar a Rosas* (50 págs.). Al final del volumen se encuentran algunas noticias necrológicas tomadas principalmente de periódicos contemporáneos.

3. *Carta | a | S. M. Don Pedro II Emperador Constitucional | y | Defensor perpetuo del Brasil | sobre la actual guerra | del Rio de la Plata | y las relaciones | del imperio | con el tirano de Buenos Aires | por José Rivera Indarte | miembro del « Instituto Histórico » y editor del « Nacional » de Montevideo | Montevideo, Imprenta de El Nacional, 1844* (hoja suelta).

4. *Apuntes sobre el asesinato del general Quiroga, su secretario y demás comitiva en el pasaje de Barranca Yaco, territorio de Córdoba, por J. R. I.* — Buenos Aires, imprenta de *El Comercio*, 1835 (43 págs.).

5. *Declaración del bloqueo de los puertos de la provincia de Buenos Aires, por los Excmos. señores Ministros Plenipotenciarios de Inglaterra y Francia,* Imprenta del *Nacional* (16 págs. en formato mayor). El general Mitre, en el ejemplar de su biblioteca, ha puesto de su puño y letra en la carátula : *por J. Rivera Indarte,* y al pie *1845*, indicando la fecha y el autor, que el impreso omite. A este género pertenece la carta de 1844 a don Pedro II.

En el catálogo del Museo Mitre no figura *La Volkamerya,* libro de juventud dedicado a Manuelita Rosas, ni las *Melodías hebraicas.* Tampoco figuran otras obras menores en prosa que se mencionan en el *Catálogo* de la Biblioteca pública de La Plata : 1. *Epitome de la cuestión francesa en el Rio de la Plata,* « o sea examen de la convención celebrada el 28 de octubre de 1840, entre el señor vicealmirante y plenipotenciario del rey de los franceses, barón de Mackau y el tirano de Buenos Aires, Juan Manuel Rosas » (Montevideo, 1840). 2. *Defensa del voto de América,* « contra las impugnaciones que de él se han hecho en un folleto recientemente publicado » (Buenos Aires, 1835). 3. *Controversia dogmática,* «sobre una carta dirigida al editor de *El Nacional,* por el presbítero José Vicente Agüero » (Montevideo, 1844). 4. *La intervención de la guerra actual del Rio de la Plata* (Río de Janeiro, 1845). Estas obras y algunas de las antes citadas, hállanse en la Biblioteca nacional y en la biblioteca de la Universidad nacional de La Plata. A lo ya mencionado, habría que agregar artículos publicados en *La Gaceta* de Buenos Aires antes de la emigración, otros en la prensa de Montevideo no recogidos en folletos o libros, y un vago ensayo dramático.

Con todo ello se podría formar las *Obras completas* de Rivera Indarte en tres volúmenes : I, *Poesías;* II, *Rosas y sus opositores;* III, *Opúsculos en prosa.*

de *Una noche en el cementerio viejo* y de la invectiva *Al tirano Juan Manuel Rosas;* pero como no se es poeta de antología por fragmentos felices sino por poemas completos, prefiero *El rey Baltasar*, que, aunque inspirado en la *Visión of Balthazar* de Byron, merece reputarse por uno de nuestros mejores romances. En cambio, casi todo el resto de las obras « poéticas » de Rivera Indarte es pedestre, vulgar, incorrecto, rotundamente desdeñable, o tan sólo interesante desde el punto de vista biográfico y documental. Simples crónicas versificadas son sus largos poemas *Caá-guazú* y *Don Cristóbal*, prosaicos y enfadosos a pesar de algún trozo feliz, al modo de *La Revolución del Sud* y el *Avellaneda* de Echeverría : — todo ello significativo en nuestra historia social, por el tema, la pasión y el esfuerzo, pero de valor casi nulo en la definitiva formación de nuestro acervo poético.

Superior a sus versos, en cambio, es la prosa de Rivera Indarte, de la cual he dado antes un breve ejemplo. Su inteligencia es clara y nutrida : su verbo henchido de pasión es vigoroso en la elocuencia de las puras ideas aunque débil en plástica, sonoridad o matiz. Hay páginas de *Rosas y su opositores* que merecen un sitio descollante en la historia de la diatriba política ; pero siendo ésta un género de suyo precario, muy raras veces toca las esferas del arte, y por lo común el paso del tiempo, borrando el interés del tema y la pasión que dióles vida, suele reducir tales páginas a la simple categoría de la documentación histórica. A pesar de ello, Ramos Mejía, que tanto censura a Rivera Indarte, reconócele en este género alguna calidad: « procacidad pintoresca de prostituta criolla burlada », dice por ahí; pero luego nos hace esta confesión: « La frase de sus artículos peculiarísimos, a las veces corta y tronadora, suena en el oído con la vibración fulgurante de un látigo de acero. El apóstrofe brutal, el calificativo infamante y pintoresco, la palabra reveladora o el concepto calumnioso pero no menos cruel, por el efecto hiriente del primer instante, salpica a cada momento su prosa descosida y pedestre, pero que fluye copiosa y rápida como la lava, calurosa y precipitada, cual si tuviera apuro en su desolación implacable ». Pero júzguese cuán subalterno parece todo ello desde el punto de vista moral, si se ven las raíces del loto nutriéndose en el fango, y se recuerda que no era un Juvenal ni un Catón ese antiguo amigo de la tiranía.

Al llegar a este punto, vuelvo a leer las noticias que preceden, y siento cual si un soplo letal pasara sobre las páginas de Rivera Indarte, agostándolas como a las hojas caducas el invierno. Distinto fuera el desti-

no de su obra, si en ella sintiéramos el temple acerado de las vidas sin tacha. Careció en su juventud de esa visión infalible del verdadero profeta, y necesitó contradecirse, excediéndose en la palabra, más por odio que por amor. Su vida azarosa y su muerte temprana impidiéronle abonar su indudable talento para una obra más duradera. Pero hubo, a pesar de todo, en su vida, una cosa que nos lo torna simpático: la miseria, la aventura, el dolor. Y entonces levántase ante mis ojos la juvenil silueta del hombre que Mitre nos ha pintado con noble piedad: «Tenía la frente ancha y abultada en el centro; los ojos pequeños y claros, el cabello rubio y escaso, el rostro regular y abultado, el color pálido y despercudido como las personas de temperamento linfático. Gustaba del reposo; la idea que más le halagaba era de llegar un día a gozar de los placeres domésticos; era fiel y agradable, pero no olvidaba fácilmente las ofensas; sensible a la gloria y muy pagado de que dijesen bien de sus escritos, era al mismo tiempo modesto y dócil a los consejos de la crítica». Tal vez en una vida más larga y más propicia, sus calidades ingénitas hubieran llegado a más armoniosa plenitud. ¿Quién sabe si su misma conversión del rosismo al liberalismo, no fué un arranque de noble arrepentimiento, la súbita revelación de un error, la protesta de un alma honrada?... Si todos los rosistas lo hubieran imitado, el flagelo hubiera sido menos atroz. Por esa nueva fe, que era la del amor de su patria, corrió las aventuras del destierro y fué, roído de la tisis, a morir en un lecho prestado, sobre las tempestuosas playas de una isla extranjera. Salió de este mundo a los 30 años, y este sólo dato basta para esclarecer su figura. Quizá por haber sido tan recia su madera, más presto el fuego la devoró. En esa llama que lo acendra — luz de purificación — arden también con su obra sus errores, y sólo queda, en aquellas cenizas, el testimonio de un sacrificio civil, pues si su vida no fué genial ni heroica, fué por lo menos capaz del servicio, del ideal y de la angustia.

III

Entre los porteños que no emigraron bajo la dictadura de Rosas sólo hay un escritor a quien podamos considerar como poeta: es el doctor don Claudio Mamerto Cuenca, que nació en Buenos Aires el 30 de octubre de 1812 (1). Se recibió de médico en nuestra universidad, y so-

(1) El nombre de Cuenca era Claudio José del Corazón de Jesús, y por no sé qué

portó el despotismo, pues en la batalla de Caseros servía como primer cirujano en el ejército de Rosas. Herido el médico en la batalla, murió sobre el campo el 3 de febrero de 1852 : en su bolsillo encontraron unos versos contra Rosas, con que los defensores del poeta han pretendido, en la posteridad, rescatar su nombre ante el juicio de los vencedores del tirano (1).

Debemos, sin embargo, decir que, si bien Cuenca vivió en Buenos Aires durante la tiranía de Rosas, no manchó su pluma en la servidumbre literaria de la tiranía. Si no fué un héroe, porque no emigró, tampoco puede afirmarse que haya sido un adulador ni un cortesano. Se hallan himnos a Rosas bajo el nombre de don Vicente López y de Rivera Indarte — ¡lamentable claudicación! — pero ninguno conocemos bajo el nombre de Cuenca. Aún más lejos estuvo de vestir la librea periodística de un Angelis o de un Mariño. Su magisterio en la facultad de medicina y el ejercicio de su profesión, absorbiéronlo casi por completo, y acaso fué sentimiento de piedad lo que retuvo al médico en su patria. En el silencio de su hogar cultivó las musas, quizá como un íntimo consuelo ; no tuvo siquiera la vanidad de publicar sus obras, cual si hubiera buscado al mismo tiempo olvidar la vida real y alejarse hasta del aplauso. A pesar de la variedad de sus temas, que van desde la sátira hasta la elegía, apenas si la musa rozó con sus alas la poesía civil. Su producción copiosísima deja en blanco el tema cívico de Mayo y el tema político de Rosas (salvo una excepción), mientras eran dichos temas los preferidos en la producción de sus contemporáneos. Versificó epigramas, idilios, madrigales, comedias, dramas, leyendas históricas de otro país y de otro tiempo, como si buscara el retiro de su propia conciencia o el refugio de un pasado exótico ; pero la angustia que sus-

capricho substituyó este nombre por el de Mamerto. Su padre se llamaba Justo Casimiro Cuenca y su madre Lucía Calvo. Tuvo tres hermanos : José María, Salustiano y Amado, médicos como él. Murió en víspera de casarse con María Atkins. El nombre de *Mamerto* ha conspirado contra la fama de este poeta. Por ello y por no ser suyo, prefiriré el más auténtico, eufónico y breve de Claudio Cuenca, que él mismo usó en su juventud.

(1) La edición póstuma de las obras de Cuenca dió lugar a un significativo incidente. El editor, Fajardo (de quien luego hablaremos), había pedido al gobierno de Buenos Aires que se subscribiese a la tirada ; el gobierno respondió al pedido tomando 10 ejemplares. Indignóse Fajardo, renunció a la limosna, y agregó en apéndice las notas que ilustran este episodio. No se explica el caso sino por algún resabio de antipatía, por parte del gobierno, hacia el hombre que había servido en el ejército de Rosas, siquiera fuese como empleado de la sanidad.

pira en *Delirios del corazón*, o la alusión que se disfraza en *La expiación recíproca*, revelan que el cultivo del arte fué para él un consuelo, siendo toda su obra, que mantuvo inédita, una reticente protesta contra las desgracias políticas de su país. Leo en el tomo III de sus *Obras* (pág. 73) un soneto intitulado *Mi cara*, que me parece una cruda confesión de esa actitud del pobre Cuenca en la vida:

Esta cara impasible, yerta, umbría,
Hasta ¡ay de mí! para la que amo, helada,
Sin fuego, sin pasión, sin luz, sin nada,
No creas que es ¡oh, nó! la cara mía.

Porque ésta, amigo, indiferente y fría,
Que traigo casi siempre es estudiada...
Es cara artificial, enmascarada,
Y, aquí para los dos, — la hipocresía!

Y teniendo que ser todo apariencia,
Disimulo, mentira, fingimiento,
Y un astuto artificio en mi existencia,

Por no poder obrar conforme siento
Y me lo mandan Dios y mi conciencia,
Tengo, pues, que mentir, amigo... y miento!

El día de la batalla de Caseros — según antes lo dije —Cuenca, herido de bala, falleció en el campo. En su bolsillo encontraron, al recoger el cadáver, unos versos inconclusos, escritos a lápiz: aquellas famosas octavas contra Rosas, que (con cuatro versos apócrifos, añadidos para completar la última octava) fueron publicados por el *Agente comercial del Plata*, periódico porteño, el 27 de marzo de 1852. Esa composición es un desahogo: anuncia el inminente castigo del déspota, y lleva por epígrafe una cuarteta que años antes había rimado en *La expiación recíproca*, leyenda histórica sobre la época de Felipe II:

Todo se paga en este mundo, todo
El mal que cometemos en el suelo,
Cuando no es en la tierra es en el cielo,
Cuando no es a los hombres es a Dios.

El haberla extraído del antiguo poema en apariencia inocuo, prueba lo que antes afirmé: que disfrazaba sus verdaderos sentimientos (según

lo confiesa en el soneto *Mi cara)* velando sus alusiones a la actualidad bajo temas exóticos, al modo de los escritores de Francia durante el antiguo régimen. Y de los versos *A Rosas* se desprende no sólo que sentía rencor de ciudadano contra él, sino aversión personal, porque el déspota histriónico alguna vez habríase mofado de sus dolores :

Y tú, entre tanto, y en mi misma frente,
Acaso de mi mal te sonrías ;
Acaso mi ademán mustio y doliente
Y mis ojeras lívidas, sombrías,
Te inspiraban la risa maldiciente
Que más entre tus labios escondías...
. . . . . .
Y lamenté de veras tu malicia,
Y lamenté de veras tu extravío
Porque tarde o temprano la justicia
Del Supremo Hacedor, en quien confío,
Íbate a castigar con la sevicia
De que se hizo acreedor tu desdén frío...
. . . . . .
Y tú lo has visto : la justicia eterna
En desagravio de mi ofensa vino
A castigar tu iniquidad... (t. III, pág. 183).

¿Por qué el poeta permaneció tan largo tiempo callado ante la iniquidad? En la universidad había recibido sus grados, con el juramento de estilo en favor de la dictadura. Había podido conocer, en 1836, cuando él contaba ya 25 años, la fundación de la « Asociación de Mayo », que no lo contó en su seno. Había asistido más tarde al fusilamiento de Maza, a la inmolación de Castelli, al encarcelamiento de Mármol. ¿Es que aquellos ejemplos no lo emularon? ¿Es que, por lo contrario, amedrentaron su ánimo apacible? ¿Por qué, si no tenía pasta de conspirador, prefirió vivir en la ciudad aterrorizada por la mazorca, y no se marchó furtivamente, como tantos otros jóvenes, a Montevideo, al Brasil, a Chile, donde por su profesión y su ingenio hubiera hallado un éxito para él más glorioso? Echeverría había dicho en 1838, que emigrar era anularse para la patria, pero emigró más tarde, cuando fracasó la revolución del sur, con la cual estuvo en connivencia. Cuando habló de permanecer en el país, fué para combatir la dictadura, no para transigir con ella en largo silencio como Cuenca transigió, a pesar de su

celibato y sus aptitudes intelectuales, que lo hacían más libre para la acción. En veinte años, hasta 1852, no ofrece su obra sino esas afeminadas alusiones del verso equívoco y secreto. Y así parece que también aludiera a Rosas en el soneto *Sueño*, pues podríamos creer que a él se refiere cuando dice:

Soñé que la fortuna en lo eminente
Del más brillante trono me ofrecía
El imperio del orbe, y que ceñía
De diadema inmortal mi augusta frente.

Soñé que desde oriente hasta occidente
Mi formidable nombre discurría
Y que del setentrión al mediodía
Se adoraba mi voz humildemente.

De triunfantes despojos revestido
Soñé que de mi carro rubicundo
Tiraba César con Pompeyo uncido;

Despertóme el ruído furibundo,
Solté la risa, y dije en mi sentido:
¡Así pasan las glorias de este mundo! (1).

Nunca atrevióse a más el timorato, a no ser en la comedia *Don Tadeo*, en la cual un patricio de la generación pasada enaltece la obra de Mayo, y Luis, joven porteño de la nueva generación, preconiza la empresa que otros iniciaron y que Cuenca no supo secundar. En la escena trece del acto quinto, dialogando con Don Tadeo, antiguo soldado de la independencia, sobre lo que ellos hicieron y sobre la inercia de los hombres que los habían sucedido, Luis le responde:

Generación de hombres grandes,
Gigantes del año diez,
¿Qué más queréis? A los pies
Tenéis rendidos los Andes!
Ésta fué vuestra misión,
Misión que aún no hace mucho
Se terminó en Ayacucho
Con nuestra emancipación
Y con nuestra esclavitud.
Ya que hacer no os resta nada

(1) Este soneto fué incluído por Fajardo en las *Obras poéticas* de Cuenca (t. III, pág. 81). Antes había corrido entre las *Poesías* de Manuel Zegueira y Araujo, y en las de Manuel Justo Ruvalcaba. El señor Puig, en su *Antología*, lo atribuye a Miralla. Todo hace pensar que la atribución de Fajardo haya sido apócrifa.

Ahora emprende entusiasmada,
La naciente juventud,
Con no menos ardimiento
Que vosotros, su conquista,
Tan grande, que nada dista
De la vuestra, —el pensamiento.
En Ayacucho envainó
La generación pasada
La tremenda heroica espada
Que de la nada formó
Cinco naciones: de allí
Empieza la gran misión
De la actual generación.
¿Se habrá de llenar? — ¡Oh, sí!
En el ara sacrosanta
De la patria, lo ha jurado,
Y ya el primer paso ha dado,
Su altiva orgullosa planta.
¿Quién es el cobarde, el vil,
Que no se entusiasme? ¿Quién
Unir no querrá también
Un lauro más a los mil
De la patricia corona?
Ninguno, pues la belleza,
Débil como es, en la empresa
De haber entrado blasona.

Luego, pues, Cuenca sentía la grandeza de la nueva gesta, la de Echeverría y los suyos, a quienes alude sin nombrar en esa obra dramática, que también mantuvo inédita. Y puesto que así lo sentía, no caben dudas de que hubiera deseado ser ese Luis de su comedia, poder hablar como él públicamente; pero le faltó coraje para ello, y se recogió en la soledad a poblarla con los seres de su fantasía y a monologar con su propio corazón, ora llorando como en la serie de sus *Delirios*, ora riendo como en la serie de sus *Epigramas*, que suelen ser una manera de llorar para los corazones secados por el escepticismo o por la angustia.

Cultivó también la musa amatoria; cuando no se dejaba transportar por el frenesí romántico a lo Espronceda, caía en la amarga sátira a lo Bartrina. Y es de Cuenca aquel soneto titulado *Inés*, que pertenece a esta última especie:

En su próxima dicha embebecido
Delirante de amor Favonio espera,
Que se desnude Inés, y placentera
Entre con él al lecho apetecido.

La ve soltar un lazo y, sorprendido,
Mira caer a sus pies la ancha cadera;
Un resorte, y con él la cabellera,
Y en pos de un otro, el muslo desprendido.

Queda el rostro divino: ¡oh! qué blancura!
Mas no, que es solimán... se pone prieto,
Y... ¿qué saca después? ¡la dentadura!

El seno ¡oh! se desprende con el peto!
¿Y qué resta por fin de su hermosura?
¡Oh, engañosa beldad, — un esqueleto!

El poeta que así hablaba fué, sin embargo, sensible a la mujer. Su tesis doctoral, cuando se graduó de médico, versó sobre *Las simpatías*, tesis de médico poeta y asunto singular en la medicina de aquellos tiempos (1). En sus obras líricas y en sus obras dramáticas, descúbrese a veces el hombre que conoció el amor, la amistad, la belleza del mundo, pero dejan siempre un resabio de cenizas las llamas de su exaltación. Ideas de fatalismo vuelven y persisten en todos sus poemas. Los *Delirios del corazón* pintan la copa en que se ha bebido y encarece el licor que nos embriagó, pero el poema nos deja el amargor de los heces. Cuenca esperaba sus bodas con María Atkins cuando halló la muerte en su camino fatal, y sin embargo es suyo este epigrama *A un casado:*

Fuí casado, pobre y feo,
Mi mujer bella y traviesa;
Matóme un mal de cabeza
Que a nadie se lo deseo (t. III, pág. 323).

Poeta lírico en los *Delirios del corazón*, *Poesías diversas* y *Composiciones festivas;* poeta épico en *La expiación recíproca*, leyenda dialogada de la época de los Austria; poeta dramático en su comedia *Don Tadeo*, de ambiente argentino, y en su drama *Muza*, de argumento gótico, la producción de Claudio Cuenca abarca más de 20.000 versos, compuestos por su autor para su sólo deleite o el de sus íntimos, y muestran la espontánea actividad de un ingenio flexible, nutrido y fecundo. Pero no creo que debamos aceptar sin examen el ditirambo, por otros repetido, con que el ingenuo Heraclio Fajardo anunció a Buenos Aires, en 1861, el hallazgo de un genio inédito (2), a la publicación de las obras por él compiladas y prologadas (3). Después de agradecer al doctor don

(1) La tesis de Cuenca se publicó con este título: *Las simpatías en sus relaciones con la fisiología, patología y terapéutica, tesis doctoral, 161 páginas. Buenos Aires, 1838.* El *Boletín* de Casavalle la menciona en esos términos.

(2) Cuenca, *Poesías completas,* tomo I, página xxxiii. « Es un poeta de genio » dice.

(3) Las *Poesías completas* de Cuenca fueron editadas en tres tomos por Heraclio C. Fajardo, poeta uruguayo que fué un argentino de adopción, y de quien doy breve noticia más adelante. Después de esa edición porteña (Buenos Aires, 1861), don Miguel de

José María Cuenca haberle cedido los papeles de su hermano Claudio con destino a dicha edición (« para nosotros dulce tarea », dice Fajardo) — el prologuista agrega con énfasis : « Vamos a salvar del naufragio del olvido las producciones diseminadas de uno de los más fecundos y poéticos ingenios de la República Argentina. Vamos finalmente a deparar a la admiración del orbe literario al que en el fervor de nuestro culto, en la expansión de nuestro ardiente entusiasmo, hemos llamado el Víctor Hugo del Plata » (t. I, p. v.). Cuando a tan alto llega el ditirambo, debemos precavernos: pero si el crítico ingenuamente nos confiesa su « ardiente entusiasmo », podemos prescindir de él. Hizo Fajardo esta edición sin ningún ánimo de lucro, aunque era pobre; rindió con ello un servicio a la cultura de nuestro país y a la memoria de Cuenca; se mostró diligente, generoso, noble, pero eso no nos obliga a compartir su juicio, bien que sí a explicarlo y ponderarlo, pues fué medida lo único que le faltó.

Fig. 41. — Claudio Cuenca

Los excesos del crítico uruguayo explícanse ante todo por la sorpresa del hallazgo; por la extensión y magnitud de la obra en contraste con

Toro y Gómez, en París (1889) y don Juan Alsina, en Buenos Aires (1892), repitieron la publicación, aunque no completa. Algunos poemas circulan en casi todas las antologías de poetas argentinos. El *Boletín bibliográfico sudamericano*, de la imprenta de Casavalle, en su número 4 (abril de 1870), anuncia la edición de Fajardo con la siguiente noticia : « Estas poesías gozan de general aceptación en Buenos Aires, por fáciles, abundantes y apasionadas ». El juicio, si no de Casavalle, puede ser de Juan María Gutiérrez, que lo asesoraba en el *Boletín*, pero en todo caso señala un hecho que conviene tener presente, pues fundábase en la experiencia, dado que la edición en tres tomos de Fajardo había salido nueve años antes, en 1861. Sus ejemplares son hoy rarísimos. Las reediciones que de Cuenca se hicieron más tarde, aquí y en París, para mercados de América, y su general aceptación en las antologías, permítenme afirmar que el éxito de sus poesías fué más grande entonces que hoy, ocurriéndole en esto lo que a todos los líricos de aquella época. En sus *Ensayos biográficos*, Torres Caicedo esfuerza también el elogio sin mayor discernimiento, y no le va en zaga nuestro copioso antologista del centenario. La mencionada edición de Fajardo contiene, además de las poesías líricas y de una leyenda histórica, dos dramas : *Don Tadeo* y *Muza*. De ambos he de ocuparme en otro lugar de la presente *Historia*, cuando estudie la evolución del teatro argentino.

la modestia de su autor en vida; por la deplorada muerte de Cuenca, que murió donde Rosas debió morir; por la necesidad de exorcizar su memoria del mal espíritu del rosismo que pesaba sobre ella; por la soltura indudable de esos versos, abundantes, flúidos, castizos; por la intimidad vehemente de sus poemas líricos y el aliento de sus largas composiciones dramáticas, en las cuales alternan la pasión, la fantasía, el escepticismo y la leyenda exótica, todo ello fuerza de poderosa sugestión sobre la sensibilidad romántica de Fajardo, Gutiérrez, Torres Caicedo y todos los que después compartieron el entusiasmo del descubridor (1).

Cuenca versificaba con extraordinaria facilidad: esta es su mayor virtud, y también su defecto. Compuso poemas en casi todos los metros usuales entonces, pero los ritmos fluían por lo común resbalando sobre la idea; las palabras se sucedían sin concretarse en forma y en color. En la serie que se intitula *Delirios del corazón*, aquella calidad y este defecto se patentizan, especialmente en *Entonces*, *Ya*, *Jamás* y el *Epílogo*, por no decir toda la serie. Más feliz, como versificador, es en algunos pasajes de sus dramas, o en tal cual poesía de ocasión. Y para que se vea cómo sentíase capaz de mucha audacia en el manejo del verso, citaré la pieza que se llama *Un soneto*, simple juguete retórico apenas inferior al otro análogo de Lope, aunque es aquí menos segura la idea y el ingenio menos original:

¡Un soneto! Sí, Fabio; un cuarto de hora
Que escribo, y sudo, y voto, y me fatigo,
Y llamo al... pero qué... nada consigo;
Si más grito y añado, más se empeora.

Iba a escribir... mas ya... ni sé ahora;
Y es esto diversión, ¡ah! nó; maldigo
Hasta el mismo alto numen que es testigo
Del vático furor que me devora.

De esta vez, no hay remedio, pierdo el juicio!
Quince versos, dos ripios, plan y objeto,
Es preciso borrar ¡qué sacrificio!

(1) Heraclio Fajardo falleció muy joven, dejando las siguientes obras poéticas: *Camila O'Gorman* (drama histórico, 1862), *La cruz de azabache* (1868) y *Arenas del Uruguay* (poesías, 340 págs., 1862). De esta última dice Torres Caicedo: « Son arenas, pero mezcladas de oro » *(Ensayos biográficos*, op. cit.).

También un consonante, un epiteto
Mal explicados ¡oh! ya esto es suplicio!
¡Llévese el diablo, pues, pluma y soneto! (t. III, pág. 200).

Fajardo había dicho también en su prólogo: « Vamos a presentar al certamen de las letras americanas *un candidato ignorado hasta hoy*, pero que mañana habrá logrado tal vez el primer premio en la liza ». Muy conocido como médico, Claudio Cuenca no lo fué en vida como poeta, a no ser en el círculo de sus amigos. En tal sentido podemos decir que, aunque vivió en Buenos Aires, no pertenece a la historia literaria de la dictadura. Tampoco puede ser considerado como un poeta de la proscripción, puesto que no emigró ni cantó los temas que apasionaban a los demás poetas de su época. Su notoriedad empieza después de Caseros; su fama comienza en 1861; brilló después breve relámpago de gloria sobre su nombre, y cuando pareció que empezaba la consagración profetizada por Fajardo, cayó nuevamente su obra en el olvido o en la indiferencia. Hubo algo de anómalo en la vida y en la sensibilidad de este poeta; la soledad exaltó su romanticismo, y de ahí el eco póstumo pero efímero que logró en su generación. Cuando sus contemporáneos se fueron, ese eco fué apagándose en el corazón de los sucesores. Hubo también algo de anómalo en su cultura, acaso por la misma soledad; y el verso fácil como vena de agua empezó a correr — tarareo de niño o lloro de plañidera, — sin preocuparse mucho de lo que decía. Dos o tres sonetos, dos o tres epigramas, uno que otro fragmento feliz, el esfuerzo precursor de sus dramas, su vida absurda, su muerte fatal, eso es lo que hoy proteje el nombre de Claudio Cuenca en la historia de la literatura argentina.

CAPÍTULO XVII

LA VIDA INTELECTUAL BAJO LA DICTADURA

I. La hostilidad a la dictadura fué obra de nuestros poetas. La historia de la literatura argentina se realiza fuera del país, desde 1838 a 1853. Rosas mató la vida intelectual. El escritor más representativo de esta época en Buenos Aires, fué un extranjero : don Pedro de Angelis. ¿Quién era este personaje? Su vida en Europa ; su amistad con Rivadavia ; su venida a América. Angelis y Mora. Angelis y Varela. El periodista unitario se convierte en periodista federal. — II. Bibliografía argentina de don Pedro de Angelis. Su *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata*. Angelis dedica esta obra a Rosas (1836). Contenido y valor de la misma. Las obras menores de este escritor. — III. El ambiente intelectual de Buenos Aires en esta época. La universidad, el teatro, la prensa, los libros, los salones. Principales figuras de la sociedad porteña bajo el régimen de la tiranía.

I

Rasgo característico de la tiranía de Rosas fué la unanimidad con que los poetas se alzaron contra la vergüenza de su despotismo. He citado en un capítulo anterior el *Canto de los proscriptos*, de Mármol, y en él se dice que cuando todo un pueblo se envilece, su honor puede salvarse en unas cuantas almas elegidas. El pueblo argentino se envileció en aquella época, pero el honor argentino salvóse en el alma de sus poetas, pues ellos forman esa minoría selecta y rebelde que fué a hacer en el destierro el aprendizaje de la libertad.

Como he dicho en un capítulo anterior, pueden los defensores de Rosas apurar la documentación de las minucias en que su dialéctica estriba, pero dos hechos fundamentales caracterizan su larga tiranía : se dijo « restaurador de las leyes », y no dió leyes a su país : se dijo

«héroe de América», y ahogó el ideal argentino bajo su dictadura sin letras. Fué menester su caída para que la república se constituyese, y al hacerlo de inmediato, probóse que se hallaba preparada para ello. Fué menester que él cayese, para que poetas y pensadores pudieran volver a la tierra donde habían nacido. Y mientras el ideal argentino prolonga su historia en la obra de los emigrados, aquí en Buenos Aires Rosas no tuvo sino plumas venales que lo endiosaran, y para colmo del ominoso contraste, fué un extranjero — don Pedro de Angelis — el único prócer de la literatura rosista. Quiero aquí hablar de la vida intelectual bajo la dictadura y del escritor que la personifica en tan vergonzoso período.

Durante la presidencia de Rivadavia, llegó a Buenos Aires, bajo el amparo de ocasionales influencias, un extranjero de encendida tez, frente abultada, nariz aguda, labios sensuales, ojos pequeños y vivaces. Recién venido, llamó la atención por su fealdad, y pronto empezó a llamarla por su ingenio. Aquel hombre era don Pedro de Angelis, y llegaba al Río de la Plata arrojado por la ola de las revoluciones europeas. Nacido en Nápoles el 29 de Junio de 1784, pasaba ya de los cuarenta años cuando se produjo el brusco trasplante, despues de mucha ciencia adquirida en la vida y en los libros. Acompañábalo una bella mujer, de origen ruso y educación francesa, con quien había contraído enlace en Europa, y la gentil consorte hacía más notable al exótico personaje en la apacible aldea criolla, donde corría de boca en boca una leyenda de aristocráticas aventuras.

Aquel huésped, en efecto, había vivido en la corte de Nápoles, como ayo de los hijos del rey, Aquiles y Luciano, los hijos de Joaquín Murat, ese otro heroico aventurero de la pandilla napoleónica. Después de aquel magisterio palaciego, representó al cuñado de Napoleón ante la corte de San Petersburgo, en una vaga misión diplomática, bajo el reinado de Catalina II, la gran emperatriz. Entonces fué cuando se produjo en Italia la revolución de los carbonarios, interrumpiéndose, con la caída de sus protectores en Nápoles, la carrera oficial que para de Angelis empezaba. Todo esto era verdad, y el episodio biográfico circulaba en Buenos Aires, favorecido del presidente y de sus amigos unitarios, que tanto gustaban de esos oropeles.

Corría el año 1822 cuando, caído Murat, rey napoleónico, el ex ayo de sus hijos y ex enviado en Rusia, tuvo que refugiarse en París, buscando medios de vida. Los halló sin dificultad, porque tenía alguna erudición, experiencia del mundo, voluntad laboriosa y flexible. Entró a

colaborar en la *Revista enciclopédica*, y en el diccionario de *Biografía universal*, donde publicó una « vida » de Salvatore Rosa. Por esos títulos como publicista europeo, y por su amistad con Rivadavia, contraída en París, entró el extranjero en Buenos Aires como en tierra conquistable, no sin cierta idea de superioridad personal, que luego descubriría, pero que entretanto ocultó con ingénita astucia y aprendida humildad. El presidente acababa de residir en Europa, donde había conocido algunos hombres ilustres : deseaba fomentar en el país la inmigración y la cultura europeas ; era, además, el antiguo gestor de la monarquía... Recibió, pues, con los brazos abiertos al extranjero, ex ayo de príncipes, ex ministro de reyes, colaborador de publicaciones francesas, educador y escritor, que deseaba poner cátedra entre los bárbaros y que, si bien no sabía español, no tardaría en saberlo, manejándose entretanto con su poliglotía cortesana y su gesticulación meridional.

Benedetto Croce, en *Crítica*, su revista, ha publicado algunas notas sobre este paisano suyo desterrado en París, y ha esclarecido sucesos de su vida, tales como su casamiento y colaboraciones literarias en Francia (1). No tienen tales colaboraciones la importancia que alguna vez se les atribuyó, y que en 1845, Echeverría, con justificado rencor, negó en lo recio de cierta polémica. « Usted vino a Buenos Aires de Europa — decíale desde Montevideo, contestando al detractor del *Dogma* — con la reputación que hallaron por bien hacerle los que se interesaban en que les sirviese a sus miras. Como hombre de estanjis, no era difícil que aquel candoroso pueblo lo creyese un pozo de ciencia, máxime cuando lo patrocinaban los hombres entonces influyentes del país. Se decía también que usted había sido colaborador de la *Revista enciclopédica* y de la *Biografía Universal*, en París : y los que no sabían lo que era usted ni la tal Revista ni Biografía, abrían tamaña boca de pasmo, al ver cara a cara nada menos que a todo un señor redactor de revistas y biografías. Ignoraban esas buenas gentes que la *Biografía universal* era en aquel tiempo la piscina literaria de todos los tinterillos hambrientos o que aspiraban a hacer figura ; y que los charlatanes obtenían fácilmente el título honorario de redactores de la *Revista enciclopédica* (papel insignificante entonces) con tal de saborear el gustazo de verse en la lista de colaboradores activos inscripta en la carátula del periódico. Ignoraban también que usted sólo había escrito en la tal re-

(1) *Crítica*, tomo X, páginas 315-20, y tomo XI, páginas 419-20, dos notas de B. Croce, tituladas *Voci di esuli*.

vista (porque no era capaz de más) un artículo de estudiante insípido sobre costumbres napolitanas; y en la *Biografía universal*, las de Stigliani y de Salvador Rosa, trabajos que hizo imprimir aparte como una gran cosa y tuvo cuidado de desparramar en Buenos Aires como muestra de su gran talento, incluyendo una litografía de su carota abigarrada, para que todos quedasen estupefactos al ver la estampa de tan ilustre biógrafo. La gente bonaza no dejó de recibir con beneplácito esos regalos de su pluma, pero no faltó quien se riera a carcajadas de su charlatanismo fatuo y de sus pretenciones literarias» (1). Como se ve, el rencor del poeta ofendido trasciende a la réplica, y aunque exagera su desdén — porque él también había estado en Europa, — descubren sus palabras las ingenuidades de la aldea ante el huésped y la emulación de los escritores nativos sublevados por el forastero vanidoso y procaz. Pero esa polémica es de 1845, cuando muchos hombres y cosas habían cambiado en Buenos Aires. Volvamos, pues, a 1827, cuando Angelis acababa de llegar.

El peregrino cauteloso halló seguro abrigo bajo la protección de Rivadavia. Aliado con Joaquín de Mora (amigo de Angelis desde Europa y también protegido del presidente) formaron sociedad en la enseñanza y camarilla en la prensa. Rivadavia los había traído a los dos, ya que no pudo traer al príncipe de Luca. Ellos decían que «los había encargado de dar una mejor dirección al país, perdido por la impericia y la perversidad de sus órganos» (2). Juntos redactaron *La Crónica* y *El Mensajero*, periódicos unitarios que murieron a la caída de Rivadavia; pero aunque frailes del mismo convento, chocaron con los Varela, que redactaban *El Tribuno* y *El Tiempo*, también unitarios. Fuese tan sólo emulación literaria, o desacuerdo de tendencias estéticas, o antagonismo de raza o simple celo presidencialista, en aquel Juan Cruz que también esgrimía férula magistral — y en su joven hermano Florencio, que admiraba al autor de la *Dido*, — lo cierto es que ya entonces comenzó la hostilidad contra de Angelis, sin duda porque lo sintieron hábil y presuntuoso.

En cuanto a don José Joaquín de Mora, era, como he dicho, otro importado por Rivadavia, precedido también de una fama europea, que el protector, probablemente, se encargó de agrandar para que se justificara esa importación de periodistas europeos, — español este último

(1) Echeverría, *Dogma socialista* (ed. cit., pág. 221).

(2) *La Gaceta Mercantil*, 11 de mayo de 1829; Zuccarini, *op. cit.*, pág. 95.

para mayor dechado. Nacido en Cádiz, Mora se complicó en la revolución liberal de la península; emigró luego a Londres; allí se vinculó con muchos emigrados hispanoamericanos, entre otros con Bello, y se dió a conocer de América por numerosas publicaciones literarias y políticas que desde Londres editó. Era hombre más austero y erudito que Angelis, poeta además, y de él habla Menéndez Pelayo con justo elogio en su *Antología de poetas hispanoamericanos*. Después de la caída de Rivadavia, pasó a Chile, invitado por el gobierno de aquel país « para ocuparse de objetos de utilidad pública ». Fué en Chile publicista y educador de tanta influencia como Sarmiento y Bello en el despertar literario de aquel país. Más tarde continuó su exilio en el Perú y en Bolivia, dedicado siempre a las musas y la enseñanza. Tal fué el compañero de Angelis en Buenos Aires, donde su paso efímero casi no dejó recuerdos, alcanzando, en cambio madurez, influencia y renombre durante su magisterio del Pacífico, hasta ser una figura inolvidable en la historia de la cultura chilena.

Angelis y Mora fueron en Buenos Aires, además de periodistas, educadores, y en la empresa les acompañaron sus esposas. Provocado a una polémica por Varela, después del fracaso unitario, de Angelis explicaba su conducta local en un artículo de *La Gaceta Mercantil*, que el profesor Emilio Zuccarini ha comentado en su libro *Il lavoro degl' italiani nell' Argentina* (pág. 94), en defensa de su compatriota. Es una página autobiográfica, donde dice que defendió con lealtad y convicción las ideas de Rivadavia; que nunca aduló a sus ministros; que más tarde intentaron atraerlo los federales; que, caído Rivadavia, su colaborador de *La Crónica* marchóse a Chile, y que él lamentaría siempre no haber seguido ese camino. Dice que en el deseo de ser útil al país « que lo había adoptado », se dedicó a la educación, y comprometió sus bienes, su salud y la de su mujer. Se refiere al « Ateneo de Buenos Aires », donde se educó buena parte de la juventud que más tarde combatió a Rosas, y al « Colegio Argentino », que Melania de Angelis, su mujer, y Fanny de Mora, la esposa de su compañero, fundaron para la educación de niñas a quienes enseñaron música y francés. Con su obra docente, de Angelis pudo mitigar un tanto las aversiones que su prédica periodística había provocado en el medio ardoroso de las pasiones políticas.

Después de los opúsculos sobre Stigliano y Rosa, de Angelis publicó un *Cornellio Nepotis vitae excellentium imperatum, nottis dilectissimis illustrae, curante Pedro Ángelis, socio Pontino, Professore emerito Scholae*

polytecnicae Regiae Academiae napolytanae sodali (1). El libro no pasaba de ser lo que esa corriente bibliográfica latina de las escuelas; pero el doctor don Valentín Gómez, rector de la flamante universidad, lo felicitó por ella (según nos dice un biógrafo), y la fama del « socio pontoniano » y del « profesor emérito », siguió creciendo entre los porteños poco acostumbrados a aquellas maravillas, que el meridional experto, con habilidad sutil, manejaba como luces de artificio. Después, en 1828, editó el *Discurso inaugural*, pronunciado el 8 de junio en el « Ateneo de Buenos Aires », la escuela por él fundada en compañía de Mora, el otro de la ya fracasada aventura rivadaviana.

La aventura pedagógica también fracasó, y al producirse después del año 1839 la dispersión de los unitarios, faltóle decisión para seguir a Mora, que con buen designio había partido para Chile, y para seguir a Varela, que por sino fatal había partido para Montevideo. La crisis política iba entrando en su año terrible. Los sueños de cultura intelectual que Rivadavia fomentara ya no tenían ambiente en la ciudad que se envilecía. Los partidos cambiaban de posicion: y entre tantos ciudadanos desorientados, de Angelis prefirió quedarse en Buenos Aires, no se sabe si por apego a « la patria que lo había adoptado » (como él decía), o por desilusión de la suya, o por desgano de volver a Europa y tentar nuevas tierras extranjeras, o por simple escepticismo sobre estas luchas americanas, a las cuales sirvió, sin embargo, con una fingida pasión y con una dialéctica no fingida, contribuyendo no poco a consolidar el despotismo con sus defensas y a exasperar los odios con sus injurias. Quedóse, pues, en Buenos Aires el extranjero letrado, mientras los literatos argentinos emigraban del país: quedóse a servir a los federales el antiguo protegido de Rivadavia. Aquella fué la hora de su destino. Venalidad o amor, quién sabe lo que aquí lo retuvo, pero aquí vivió hasta el 10 de febrero de 1859, y sus restos fueron sepultados en tierra argentina...

Al iniciar de Angelis esta carrera de conversiones en 1829, alguien entendió zaherirlo mejor, injuriándolo en su nacionalidad con estos versos, que probablemente pertenecen a Juan Cruz Varela:

¿De qué tierra fué el dios Jano?
En buena duda te paras.
¿Dicen que tuvo dos caras?
Claro está que fué italiano (2).

(1) Véase: Gutiérrez, *La enseñanza pública*, índices de bibliografía escolar en latín.
(2) *El Pampero*, junio de 1829. Véase: Zuccarini, *op. cit.*, página 99.

Con la deserción de Rivadavia, de Angelis se acercó a Dorrego; con el fusilamiento del gobernador federal, sonrió a Lavalle, presunto vencedor; pero vencido Lavalle, se acomodó con Rosas, el amo nuevo y definitivo. Publicó en 1830 su *Ensayo histórico sobre la vida de Rozas*. A partir de entonces, ya no lo abandonó hasta Caseros, es decir, hasta que ya no podía esperar nada de él. Caído Rosas, veinte y tres años más tarde, el viejo cortesano ensayó todavía una última conversión, acercándose a «los proscriptos» que volvían y a quienes tantas veces había injuriado. Buscó halagar a Urquiza en 1852 con su *Proyecto de Constitución de la República Argentina* y a Mitre, en 1853, con su *Colección de obras impresas y manuscritos que tratan principalmente del Río de la Plata*. Pero su tiempo había pasado ya. Aquellos jóvenes, madurados por el destierro, tenían más ciencia y más virtudes que él. De Angelis sintió el vacío — quizá el desprecio — y se marchó al Brasil en 1854, donde vendió al Emperador don Pedro II su valiosa colección histórica, substraída casi toda a los archivos y bibliotecas argentinas, cuya custodia Rosas le confió (1).

Concluyó su vida como la había comenzado, buscando de corte en corte el favor de los poderosos. En su vida errante, halló grato refugio en la Argentina. No diremos que fué su segunda patria, porque no tuvo ninguna. Fué el «condottiero» literario al servicio de Rosas. Por haberlo defendido en tres idiomas, grabó imborrablemente su nombre en nuestra historia política. Por haber injuriado a los proscriptos no se lo olvidará en nuestra historia literaria. Hombre de erudición y de ingenio, careció de moral. Quizá no sea tan despreciable su figura como Ramos Mejía la ha pintado, y quizá no sea tan inocente como la creen los que han pretendido rehabilitar su memoria.

II

Copiosa y muy variada es la bibliografía de don Pedro de Angelis. Además de las obras ya citadas, compuso varias biografías: la del brigadier Estanislao López (1830), la del general José Arenales (1832), la del naturalista Aimé Bonpland (1855); reunió en una *Miscelánea* sus artículos de política interna (1833) y en otra sus artículos de *La Gaceta* sobre

(1) Véase: Ramos Mejía, *Rosas y sus tiempos*, tomo II, páginas 45-46.

el comodoro Purvis (1834) y sobre la política de Francia en el Plata (1839): coleccionó en cinco volúmenes las *Leyes y decretos* argentinos desde 1810, y en seis volúmenes los *Documentos para la historia argentina*, con proemios y notas (1835-1838); dió a luz (1852) una *Memoria sobre la hacienda pública*. Hombre de varia cultura, evacuaba en 1830 una consulta del obispo de Aulón sobre *Liturgia eclesiástica*, lo mismo que en 1854 contestaba a M. Maury sobre *La navegación del Amazonas*. El que en 1822 escribió en francés la biografía de *Salvatore Rosa*, editó en 1855 un artículo intitulado *Les italiennes* y una *Notice biographique sur le Tasse* (1). A estas obras habría que agregar mucha parte de su labor periodística — polémica federal, debate diplomático, crítica literaria, — perdida hoy en veinticinco años de periodismo, desde *El Mensajero* y la *Crónica político literaria de Buenos Aires*, donde sirvió a Rivadavia, hasta *El Archivo Americano* y la *Gaceta Mercantil*, donde sirvió a Rosas.

La obra más importante de don Pedro de Angelis fué, sin duda, su *Colección de documentos para la historia del Plata* (2). La sola edición de algunos libros antiguos, así lo hiciera a veces sin método plausible, estimuló nuestros estudios históricos y contribuyó al afianzamiento de nuestra conciencia civil. Algo análogo puede decirse de algunos papeles menores, que también incluyó en su colección, y que sirvieron para el mejor conocimiento de nuestro suelo o la mejor solución de nuestros problemas territoriales. Entre aquellos libros debo citar *La Argentina* de Ruy Díaz de Guzmán (t. I.), la *Patagonia* de Falkner (t. I), la *Historia* de Guevara (t. II), la *Argentina* de Centenera (t. II.), el *Viaje* de Schmidel (t. III.), obras todas anteriores a nuestra independencia, y

(1) Sobre *Les italiennes* véase el *Boletín* de Casavalle, número 20.

(2) El título completo es: *Colección | de | obras y documentos | relativos | a las historias antigua y moderna | de las provincias | del Río de la Plata | ilustradas con notas y disertaciones — por |* Pedro de Angelis. — Al pié de la carátula se lee: «Buenos Aires, Imprenta del Estado» y la fecha *1836* en el primer tomo y *1837* en el sexto, que completa la serie. — La obra fué impresa bajo los auspicios de Rosas, y a él le está dedicada, bajo la divisa *¡Viva la Federación!* en términos de adulación y obediencia: «Los importantes servicios que V. E. ha prestado a la Patria, le han colocado justamente en el número de los Genios Tutelares que de tiempo en tiempo aparecen para reparar los males que agobian a los pueblos, y cimentar en leyes benéficas su futura prosperidad y engrandecimiento». Tal es, en ese y otros párrafos, el tono de la dedicatoria, y su cortesanía parece justificarse si se tiene en cuenta la educación europea del autor, la gratitud al mecenas, la fecha del homenaje, que es anterior al despotismo sangriento, y la circunstancia de que Darwin y otros habían por ese mismo año 1836 elogiado a Rosas. Lo malo es que a medida que la tiranía arreció, de Angelis esforzó el ditirambo.

que ya he analizado en *Los Coloniales*. La sola edición de tales libros, muchos de ellos inéditos hasta entonces, habría bastado, según antes dije, para que fuese útil la empresa, a pesar de defectos que en lugar oportuno les tengo señalados y que no fueron advertidos sino muchos años más tarde, cuando llegaron tiempos de labor más reposada y prolija.

En aquellos mismos voluminosos tomos de su *Colección* recogió el editor una buena copia de documentos sobre la encantada ciudad de los Césares, el derrotero de la información de Valdivia, la declaración de Villagra, la noticias de Pinuer, las cartas de Cardiel, Lozano y Jáuregui, minuciosos documentos en los cuales se juntan, sin sutura visible, las alusiones geográficas reales con los ilusorios rumbos y los quiméricos atributos de la ciudad encantada. Si hay en la conquista americana el argumento de una epopeya concretable en mitos, ese es el argumento de los Césares, que iniciado en el siglo XVI, seguía en plena vitalidad al concluir el XVIII, y cuya vaga toponimia — Yungulo, Hoyos, Elguea — tocaba los límites del prodigio. Simples páginas notariales, parecen sin embargo arrancadas a algún romance de caballerías.

Dentro del propio género de esas « relaciones geográficas » — cuyo origen vimos también en *Los Coloniales* — espigó don Pedro de Angelis buena cosecha, pero no ya sobre reinos fantásticos, sino sobre la tierra más firme de la Patagonia y el Chaco. Sobre el Chaco publicó un *Proyecto de colonización* por don Félix de Azara y otro de García de Solalinde : el *Diario* de la expedición del coronel Cornejo, y el de la expedición del gobernador Matorras, y el de la expedición de Arias, más el *Viaje al Bermejo* del padre Morillo, y otros relatos análogos, todos incluídos en los tomos IV y VI. Sobre la Patagonia, la documentación es variada y extensa, complementaria del ya citado libro de Falkner : descripciones de la naturaleza, itinerarios, aguadas, noticias sobre las tribus, sus lenguas, tráfico, planes de expansión sobre el desierto. De ello tratan las memorias de don Luis de la Cruz, de Undiano, de Zamudio (t. I) ; las de Pedro Andrés García (t. II y IV) ; las de Cardiel, de Hernández, de Pavón (t. V) ; las de Azara, de Crámer y de Rosas (t. VI). Es posible que Rosas, patrocinador de la *Colección* mostrase especial interés en esta parte de los documentos y que hasta se haya servido de ellos en su tanteo de la frontera, cuando su expedición al Río Negro, como es posible que Alsina y Roca más tarde los hayan utilizado también al reanudar y consumar la misma empresa.

Muchos de los documentos que Angelis publicó provenían, directa o indirectamente, del antiguo fondo jesuítico que, por orden del Rey, el

gobernador Bucarelli reunió en Buenos Aires y que después se dispersó para venir a manos de coleccionistas particulares (1). La procedencia oficial me parece también probable en todo lo que se refiere a la exploración de la costa atlántica, la demarcación de límites con las colonias portuguesas y la sublevación indígena de Tupac-Amarú. Sobre esos tres temas, importantísimos los tres, la documentación es abundante. Los informes de Doblas (t. III), de Azara (t. II y IV), de Alvear (t. IV), de Cabrer (t. IV) y otros, sobre las Misiones y sus límites, se hallan en los tomos indicados. En los tomos I, V y VI, aparecen las noticias de Lozano, Villarino y Viedma sobre la costa de Patagonia. Y, finalmente, en el tomo V se encuentran verídicos testimonios sobre la rebelión de Tupac-Amarú en nuestras provincias del norte, dramático episodio que, como el legendario de los Césares, agita la imaginación del lector con ráfagas de epopeya.

Si rica es la copia de «descripciones geográficas» no lo es menos la de «informaciones históricas», ambas estrechamente unidas a las veces. El tomo segundo, por ejemplo, contiene la cronología de gobernantes coloniales; el tercero, las actas de fundación de Buenos Aires, por Garay, las de Montevideo por Zavala, y las actas capitulares de la revolución de Mayo; el cuarto y quinto, informes de virreyes. Puede decirse que, en sus líneas generales, la historia argentina hasta la época de Rosas (fecha de esta *Colección*), documéntase en ella. Algunas de sus páginas tienen color de oportunidad, así las noticias sobre regiones fronterizas: Tupiza, Magallanes, la Banda Oriental; sobre navegación de ríos: el Plata, el Paraguay, el Bermejo; sobre caminos en la Pampa, — cuestiones todas ellas interesantes en aquel tiempo de expedición contra los indios, de guerras exteriores y de debates internacionales.

Don Pedro de Angelis prologó las obras más importantes con *discursos preliminares*, y comentó algunas, como la de Ruy Díaz y la de Centenera, con índices analíticos y notas explicativas. Algunos de esos prólogos son breves, no pocos son superficiales o equivocados, pero así mezclada la escoria con el oro, éste yace perdido en aquella mina documental. Es raro que nadie haya hasta hoy tenido la ocurrencia de reunir esos *Discursos* en un volumen. Posiblemente el desprestigio póstumo del autor y su desamparada extranjería, han influído en ese desvío; pero creo que si se reunieran, seleccionaran y comentaran inteligentemente esos y otros estudios de don Pedro de Angelis, este

(1) Véase en *Los Coloniales*, capítulos VIII y IX: Araujo, Leiva y Segurola.

sicario de las letras rosistas perdería un poco de su fiereza, para tornarse un argentino de adopción o mostrarse como un hombre que si tuvo grandes defectos, no careció de algunas pequeñas virtudes. Alguno de los periódicos o asociaciones italianos de nuestro país, si realizara tal empresa, rehabilitaría en parte la memoria del compatriota denostado, y rendiría buen tributo a la cultura del país, mostrando, de paso, cómo este extranjero que tanto erró en política, supo acertar a veces en historia.

III

La *Colección* editada por don Pedro de Angelis fué singular acontecimiento bibliográfico bajo la dictadura de Rosas. Lo hubiera sido también bajo la brillante administración de Rivadavia, pues entre sus conatos intelectuales no se vió una empresa editorial de tan vastos alcances. Y aún más que los seis grandes volúmenes de la *Colección*, asombra en ella el auspicio que Rosas le prestó y el apoyo social de quinientas subscripciones particulares (1). La nómina aparece en el tomo primero, y en ella figuran el gobernador, el obispo, los ministros, los diputados de la sala de representantes, los funcionarios del tribunal de justicia, profesores de la Universidad, jefes de la milicia, individuos del comercio y miembros del clero. No sólo en Buenos Aires consiguió subscripciones: en Córdoba obtuvo alrededor de 30; en Montevideo, casi 150; y aquí en la Capital pasaron de 300. Confieso que esta nómina, por su monto y su calidad, impresiona el ánimo y sugiere algunas reflexiones sobre la vida intelectual bajo la dictadura.

Por de pronto, debo observar que figura en ella más de una mujer: doña Bárbara Barquín de Cerviño, doña María Guerra de Elía, doña María del Rosario Azcuénaga, y, naturalmente, la otra María, la más famosa de todas, doña Mariquita Sánchez, esposa de Mandeville. Dada la tradición colonial, que substraía la mujer al comercio de las ideas, aquellos nombres resultan de por sí reveladores. En la época colonial, la mujer fué para las empresas religiosas, como la Beata Antula, que fundó la Casa de ejercicios. (Véase *Los Coloniales*, cap. VIII.)

En la época de la revolución, la mujer fué para las empresas políticas,

(1) La obra se editó por cuadernos que se reunían después en volúmenes, y esto facilitó la subscripción. *La Gaceta Mercantil* (1836) publicaba un aviso al respecto, con la noticia de que el encuadernador don Silvestre De Marchi podía encuadernar las entregas

como la Macacha Güemes, ninfa Egeria de su hermano el caudillo (1). Sólo allá en los tiempos de Pueyrredón aparece la solitaria figura de Joaquina Izquierdo, que recitaba en su « salón » los versos de poetas que lo frecuentaban (2). Debióse a Rivadavia, que reformó la educación femenina y fundó la Sociedad de Beneficencia, buena parte del cambio de actitud en que la mujer argentina aparece después de 1830. A ese renovador impulso del gobierno unitario han de agregarse escuelas para niñas, como la ya mentada de Melania de Angelis y Fanny de Mora; el aprendizaje cada vez más difundido entre ellas del canto y las lenguas extranjeras antes desconocidas; y, por fin, la influencia de los jóvenes poetas románticos y de algunos europeos distinguidos vinculados a la sociedad porteña, y de algunos jóvenes criollos que habían vuelto al país después de haber cursado estudios en Europa. No obstante, aquella corriente de relativa cultura, que aún persistía en 1837, iba a desvanecerse muy pronto. El terror prevalecería después de 1839, y aun las mujeres tendrían que emigrar, como emigraron María Sánchez de Mandeville y Juana Manuela Gorriti, a menos de quedarse como tantas « patricias » se quedaron, a adular a Manuelita o a arrastrar por las calles, en un carro de triunfo, la efigie del tirano (3).

He dicho que al tiempo de la *Colección* de don Pedro de Angelis, extranjero él mismo, ya había en Buenos Aires algunos europeos distinguidos vinculados a la sociedad porteña. En la nómina de subscriptores se lee estos nombres: Ford, Goulu, Hawatt, Roger, Bunge, Mac Farlan, Love, Minvielle, hombres de letras estos dos últimos; cónsules otros, o comerciantes cultos a quienes interesaba la historia del país donde hallaron su segunda patria. Minvielle pasó después a Chile (4). Love permaneció en Buenos Aires como redactor de un diario inglés (5).

A la par de esos extranjeros acriollados, la lista de argentinos, en la empresa de Angelis, era numerosa, desde los viejos « literatos » del

(1) Véase *Historia de Güemes y de Salta*, por Bernardo Frías (t. I, pág. 397).

(2) Véase *Revista del Río de la Plata* (t. II), artículo de Juan María Gutiérrez sobre *La literatura de Mayo*, página 562.

(3) Véase en el libro de Ramos Mejía, *Rosas y su tiempo*, el capítulo intitulado « Las mujeres de la tiranía » y en *Las agresiones de Rosas*, por Andrés Lamas, la lista de matronas que humillaron sus nombres ilustres uncidas al carro del déspota *(op. cit.*, Notas documentales, nos 41 y 42).

(4) Sarmiento en sus *Obras* (t. I y II) y Lastarria en sus *Recuerdos*, hablan de este personaje.

(5) De Thomas George Love traza Groussac una pintoresca silueta en su ensayo sobre Diego Alcorta *(Estudios de historia argentina*, pág. 234).

patriciado, como don Vicente López y don Saturnino Segurola, hasta algún curioso lector de la campaña, como Pedro Nolasco Rojas, juez de paz de la Guardia del Monte, y su convecino el coronel Vicente González, « comandante del parque » en el mismo lugar, que era entonces algo así como la capital de nuestra « Arcadia » gauchesca. Pero hay otros nombres más significativos: en Buenos Aires, Diego Alcorta, maestro de filosofía de la nueva generación; Manuel Belgrano, abogado y poeta; Juan María Gutiérrez, uno de los fundadores de la Asociación de Mayo que por esos días empezaba a formarse. Alcorta murió poco más tarde; Belgrano y Gutiérrez emigraron a Montevideo dos años después.

Entre los subscriptores de Montevideo, tres nombres se destacan, igualmente famosos: el general Rondeau, que fué patriarca entre los jóvenes emigrados; Florencio Varela, que sirvió de eslabón entre los proscriptos unitarios de 1829 y los proscriptos liberales de 1840; Hilario Ascasubi, el payador que por entonces empezaba a divulgar sus trovas de Paulino Lucero, que lo hicieron famoso en aquella Troya cosmopolita y gauchesca. Estos nombres, y los anteriormente citados de Gutiérrez, Alcorta y Belgrano, indican que cuando la *Colección* de Angelis apareció, muchos de los que después emigraron seguían en Buenos Aires, o sea que en Buenos Aires no se había extinguido del todo la luz de la década anterior, y que el editor no había roto lanzas todavía con los jóvenes escritores de la nueva escuela, únicos que diez años más tarde habrían de representar en la historia el pensamiento argentino.

Con todo, sentíase morir el viejo ideal en la burguesía y en el pueblo; la minoría intelectual de los jóvenes conspiraba contra la tiranía por el solo hecho de pensar; el despotismo se consolidaba con sus eternos cómplices el ladino venal y el señorón egoísta y la plebe inculta; los poetas empezaban a buscar clima propicio en países extranjeros; y si bien el antagonismo no alcanzó plena definición sino en 1840, puede afirmarse que ya a la caída de Rivadavia el proceso de reversión había empezado. Por eso es digno de repetirse este afortunado resumen de Groussac: « El año 40 está virtualmente en el 30, como el hombre en el niño, o, si preferís, como el tigre adulto en el cachorro. De Cañuelas ha venido forjada la flamante ley de imprenta: a la prensa libre, una mordaza: a la de librea, un programa de adulación y delación: Florencio Varela emigra a Montevideo, mientras de Angelis comienza a prosperar » (1). Así murió, en efecto, la vida intelectual argentina,

(1) Ensayo sobre Diego Alcorta. Véase *Estudios de historia argentina*, página 192.

hasta no quedar de ella otro órgano que la prensa política, y ésta representada, además de *La Gaceta*, que redactaba Mariño, por el *British Packet* de Love y el *Archivo* de Angelis! Aquel era el periódico oficial de la tiranía, y estos otros, no menos cortesanos, eran escritos en francés y en inglés. Cruel ironía: si Rosas nutrió sus fuerzas en los obscuros instintos de la plebe, sus abogados salieron de la burguesía y de la inmigración europea. Fueron los poetas los únicos que no se rindieron a su sombría grandeza. Por eso la Historia de la literatura argentina no se realizó dentro del país, sino fuera de él, durante su largo predominio. Y mientras la prensa del tirano está servida por plumas mercenarias o habla en idiomas que no son del país, ved cómo el pensamientos de los poetas errantes va levantando sus tribunas de pueblo en pueblo: *El Iniciador*, fundado en Montevideo el año 1838 por Miguel Cané y Andrés Lamas; *El Nacional*, en noviembre de ese mismo año, por Cané, Lamas y Alberdi; *El Porvenir* y la *Revista del Plata*, donde continuaron su labor los tres nombrados; *El Libertador*, redactado por Thompson en Corrientes, después de la victoria de Lavalle en el Yeruá; *El Fénix boliviano*, redactado en Sucre por Félix Frías, cuando se expatrió a Bolivia, después de la muerte de Lavalle, de quien fué secretario; *El Mercurio*, en Chile, donde Frías colaboró después de 1840 con Sarmiento; *El Progreso*, que fundaron más tarde Frías y López y que duró hasta 1845; *La Gaceta* y la *Revista Mensual*, en Valparaíso, escritas por López y Sarmiento; *El Heraldo Argentino*, de Sarmiento y *El Mercurio* de Demetrio Peña, ambos en Chile; *El Talismán*, *El Corsario* y *El Tirteo* de Montevideo, con trabajo asiduo de Mitre, Alberdi, Gutiérrez y Rivera Indarte; *El Comercio del Plata*, de Florencio Varela primero y de Valentín Alsina más tarde. La lista es larga y ya en los capítulos sobre «la escuela cuyana en Chile», «la nueva Troya» y «los proscriptos refugiados en Bolivia», he mencionado las susodichas publicaciones y otras que omito aquí por brevedad. Frente a esas gloriosas tribunas, don Pedro de Angelis hizo durante años en el *Archivo* — periódico trilingüe — la defensa de Rosas, su historia y su justificación, de tal suerte que si hoy se reunieran sus artículos sobre ese único tema, lograríase formar un volumen donde corren parejas el servilismo y el ingenio. La obra singular del extranjero sin patria crea así la sombra cuyo contraste realza la obra abnegada de los proscriptos (1).

(1) Los defensores de Rosas han pretendido negar el terror, pero son buena prueba en contra las siguientes noticias. Sobre el *¡Muera Rosas!* dice Zinny: «Las láminas eran

El ideal que así murió en la prensa periódica, murió también en las puras letras. La lírica no produjo sino estrofas mal versificadas en loor del tirano. Si algún poeta quedó en Buenos Aires durante aque-

dibujadas en Buenos Aires por el coronel don Pedro Somellera, quien las remitía a Montevideo. Este y don Félix Tiola recibían el periódico y lo distribuían a los amigos y, de noche, lo arrojaban en los zaguanes de las casas hasta que, habiendo llegado a conocimiento de la policía, Tiola fué preso, conducido a la cárcel e inmediatamente fusilado, y Somellera, burlando la vigilancia de la policía que lo buscaba, pudo salvarse huyendo para Montevideo. » *(La prensa uruguaya, op. cit.*, pág. 223.) Estos procedimientos de circulación clandestina, opuesto al espionaje rosista, habían empezado en 1839.

Echeverría, en la *Ojeada*, dice sobre Enrique Lafuente : « El patriotismo y el valor del joven Lafuente son ejemplares. Escribiente de Rosas, fué uno de los fundadores de la Asociación el año 37. El año 39 salía de la oficina de Rosas para ir al club revolucionario. Sólo el día que prendieron a Maza desapareció de casa de Rosas. Hizo en su ventajosa posición servicios importantes a los patriotas, sabiendo le iba la cabeza si asomaba la mínima sospecha contra él. » *(Dogma socialista, op. cit.*, pág. 72 nota.)

En la correspondencia de Alberdi, ya establecido en Montevideo, con sus jóvenes correligionarios de Buenos Aires, hallo estos datos : « Sería muy oportuno que se tomaran medidas para facilitar la evasión por el río a cuantos intenten hacerlo : hoy sólo es posible teniendo relaciones y valimiento con extranjeros; pero es un deber de los bloqueadores. » (Carta de Juan M. Gutiérrez a Alberdi. Confr. : *Escritos póstumos*, t. XV, pág. 764.)

Otra carta dice : « Es indecible el terror, el miedo que hay en todas las clases de la sociedad. Yo estoy temblando a cada golpe que dan a la puerta de calle. Ayer fué Ciriaco mandado por Manuel, su compadre, a informarse si era cierto que estaba preso : fué a la cárcel y habló con Tejedor. » (Carta de Gervasio A. de Posadas a Alberdi, Buenos Aires, diciembre 7 de 1838. *Escritos póstumos* de Alberdi, t. XV, pág. 803.)

« A fines de este mes me tiene Vd. allá a sus órdenes; lo extraño muchísimo; todo el día hablo de Vd. con Gutiérrez. Aquí le incluyo la de él. Si me quedo aquí será en la cárcel, lo que Dios no quiera. Siguen las prisiones : al pobrecillo Oruá lo han preso también, y a Taguinan lo llevaron del teatro. » (Carta de Posadas a Alberdi, diciembre de 1838. *Escritos póstumos*, t. XV, pág. 802.)

« Este gobierno tiene agentes activos ahí y en todas partes como lo comprueban las cartas que copia hoy *La Gaceta*, interceptadas sin duda a la casa de Llavallol. » (Carta de Juan María Gutiérrez, desde Buenos Aires, febrero 25 de 1839, a Alberdi en Montevideo. Véase *Escritos póstumos* de Alberdi, t. XV, pág. 769.)

« Nos rodean los más punzadores temores : todo se espera del despecho de Rosas a la noticia de la expedición anunciada, y la rabia va a caer naturalmente sobre los que él llama unitarios : eso puede inferirse por la muestra. Ha declarado la guerra a los doctores. Barros está en la cárcel hace una semana. » (Carta de Juan M[a] Gutiérrez, Buenos Aires, sin fecha, pero seguramente de febrero de 1839.) Poco después Gutiérrez fué preso. La orden decía : « ¡Viva la federación ! Recíbase en la cárcel pública y póngasele una barra de grillos a Juan María Gutiérrez. Buenos Aires, febrero 18 de 1840. *Victorica.* » (Véase : Alberdi, *Escritos póstumos*, t. XV, pág. 763.)

Las noticias sobre la prisión de Mármol no se hallan menos circunstanciadas y documentadas, y tienen aquí su lugar oportuno porque también se relacionan con incidentes

llos años terribles, fué Claudio Cuenca, pero ya hemos visto cómo se recogió en un doloroso silencio. Dos antologías aparecieron bajo el gobierno de Rosas: *El Cancionero argentino* (1837) y el *Mosaico Literario* (1848), ambos mediocres, impresos con intervalo de diez años. Con todo,

de publicidad. El doctor Mariano de Vedia y Mitre en el trabajo ya citado (cap. XV del presente volumen) resume así los documentos:

«Mármol mantenía correspondencia con los emigrados y además recibía y «leía» esos periódicos incendiarios. Naturalmente que el hecho revestía una gravedad extraordinaria. El admirable sistema de delación que tenía Rosas produjo como resultado la averiguación de que la correspondencia que llegaba a nombre de Valerio Volmar iba a manos de José Mármol. El día 1° de abril de 1839, al presentarse el joven Mármol a reclamar esa correspondencia, fué detenido por la policía. El libro de entradas contiene esta atestación: «Puesto en un calabozo con una barra de grillos e incomunicado».

«La lectura de esas páginas amarillentas del libro de la policía produce en verdad escalofríos. Está allí consignada parte de la obra sangrienta del tirano. Al lado de un nombre como el de Mármol y de una constancia como la que se acaba de reproducir, figura con frecuencia esta otra: «fué fusilado por orden, etc., etc.». Respecto a otros, como, por ejemplo, a don Martín de la Serna, preso el 22 de noviembre del mismo año, se hace constar que «el 16 de diciembre a las 12 de la noche fué entregado al edecán Corvalán». Lo mismo en cuanto a don Felipe Miguens, acerca de quien dice el fatídico libro: «Por disposición del superior gobierno se entregó al general Corvalán, a las 12 de la noche del 4 de diciembre de 1839». ¡Las doce de la noche! Una de las altas horas para aquella sociedad aterrorizada, cantadas por el sereno acompañándose del grito de maldición «¡Mueran los salvajes, inmundos, asquerosos unitarios!» Aquel desfile de nombres de prisioneros políticos es interminable: allí están don Braulio Costa, puesto en libertad después de ocho meses de prisión, mediante cuatro personeros; don Juan María Gutiérrez, quien hubo de poner diez personeros para obtener su libertad después de un mes de prisión; don José María Bustillo, don Manuel Pirán, don Gregorio Tagle, don Juan José Montes de Oca, don Luis L. Domínguez, don José Barros Paso, etc., etc. En cuanto a las causas de la prisión, se dice con frecuencia «por cosas políticas» o «por salvaje unitario» o «se ignora su delito», como respecto a Gutiérrez. Es frecuente esta constancia: «Entregados por el señor edecán de S. E. don Nicolás Mariño, separados e incomunicados, a la disposición del superior gobierno». Por último, léese lo siguiente respecto a cinco presos políticos traídos de la campaña del sur, entre los cuales se encontraba don Leandro Moyano: «Por resolución del superior gobierno fueron fusilados los cinco individuos hoy 23 de abril de 1840, a presencia del señor jefe del departamento de policía. No existe al efecto orden alguna por escrito, por haber sido ejecutados de orden verbal de dicho señor jefe de policía, habiendo el segundo alcaide entregado a la mujer de Moyano la ropa de su pertenencia, pues los demás estaban desnudos». Las constancias de los fusilamientos «por orden superior» se producen al infinito; cuadro espantoso de carnicería, obsesionante y brutal.» (Publicado en *La Nación*, *op. cit.*)

Mármol dió pueriles escusas ante la policía, y no por ellas, sino por influencia de Julián González Salomón, que era su amigo y presidente de la Sociedad Popular Restauradora, fué puesto en libertad, pero a los pocos días fugó a Montevideo en la forma que describe su *Diario* (véase cap. XV del presente volumen).

la primera es un último eco de la cultura anterior, como que en ella colaboraron Alberdi, Echeverría y Florencio Varela: mientras la segunda es un preludio de la nueva aurora, como que en ella colaboraron unos cuantos jovencitos recién salidos de las escuelas. Ninguna de las dos tiene otro valor que el meramente histórico o social, mas, a pesar de ello, he de comentarlas en otro lugar de esta obra.

Lo que pasó con el periodismo y con la lírica, pasó también con la universidad y con el teatro. La universidad fué muriendo, y Rosas la dejó morir, porque los tiranos saben que necesitan abatir la alta cultura. El teatro, en cambio, siguió viviendo, al servicio del despotismo, porque los tiranos saben que necesitan del «circo» proverbial para la distracción de su plebe (1).

Después de las enseñanzas de Lafinur, que laicizó la cátedra de filosofía; después de Fernández de Agüero, que produjo en ella sus *Prin-*

(1) En el próximo volumen he de estudiar especialmente la evolución del teatro argentino; pero anticipo aquí, por ser pintorescas, las siguientes noticias inéditas:

Biblioteca nacional, Sección de MS., número 6605. Véase el libro de caja del teatro de la Victoria, correspondiente al primer año de su fundación, desde el 24 de mayo de 1838. Perteneció este libro, antes de pasar a la Biblioteca, a don Ángel J. Carranza. Corresponde a la época de Rosas, como lo certifica el letrero: *¡Viva la federación!* que encabeza las páginas del formulario. Una nota de Carranza avisa que en dicho teatro se leía en lo alto del proscenio la siguiente inscripción:

En este punto (¿propicio?)
Deleite es utilidad
Pugna la virtud y el vicio
Se enseña moralidad.

La importancia de este documento reside en que se ve el monto de los sueldos y de los gastos; el nombre de los actores, encabezado por Joaquín Culebras; y la lista de las obras que se representaban. De estas últimas, puedo citar las siguientes:

El arte de conspirar. El espía sin saberlo. Lisonja a todos. Los tres novios imperfectos. El pilluelo de París. Quiero ser cómico. Adolfo y Clara. Variaciones de clarinete. Un ministro. El retascón (sic). La audiencia encantada. El trovador. El payo de centinela. La cristiana. El duende en el gabinete. El libertador. Los currutacos charqueados. El disfraz venturoso. Todo es farsa en este mundo. El enemigo íntimo. La plaga de convidados. El opresor de su familia. El honor en los maridos. La varita de virtudes. La mujer de tres maridos. El tío Vigornia. La Marcela. Eduardo en Escocia. Los treinta años. El delirio por amor. San Tristezas. La reconciliación. Las cuatro bodas. El aviso a los casados. El hombre solo. Roberto de Moldar. La marcialidad. Bárbara de Blomberg. El gastrónomo. La lechuguina patética. Herir por los mismos filos. La casualidad contra el cuidado. Las diez de la noche. La tahona. El pleito del pastor. El barbero de Sevilla. El Angelo. Los tres novios burlados. Eduardo y Federica. El mendigo de Bruselas. Locura fingida. La misantropía. Otelo. Ana I de Francia. La madre descuidada. El duque de Viseo. García del Castañar. La novia impaciente. El alcalde de Zalamea.

cipios de Ideología; después de Diego Alcorta, joven maestro de la nueva generación, el pensamiento argentino, que tan brillantemente despuntara con ellos en la enseñanza superior, plegó las alas, y sólo quedó funcionando una que otra aula de estudios profesionales, con medianos profesores y escasos alumnos. También de la universidad he de ocuparme en otro lugar de esta obra; entonces veremos cómo hubo de extinguirse aquélla bajo el despotismo, y cómo los nuevos ideales de la organización nacional la hicieron resurgir de sus yertas cenizas.

El teatro, en cambio, no cesó de funcionar bajo la tiranía, a par de otros espectáculos menos nobles, pero se alimentó de traducciones, o del repertorio español, amenizado de alusiones y loas al tirano. Han quedado de aquella época crónicas y documentos que bastan a esclarecer la verdad sobre el envilecimiento de la conciencia pública, ya sea el repertorio de los archivos dramáticos, ya la descripción de los espectáculos, ya el simple cartel de anuncios, en papel rojo o tinta de ese color, para rendir tributo al símbolo federal, en concordancia con la efigie de Rosas, que ilustra algunas de esas páginas, o con el *¡ Muera !* sacramental contra los unitarios, como llamaban a « los proscriptos » (1). Pero no nos asombre esta decadencia del teatro (institución al fin profana o comercial), si hasta la misma Iglesia se envileció bajo la férula del déspota, pues elevó su efigie a los altares y le rindió el homenaje de sus sermones y sus ritos.

Fué tan letal la influencia de la dictadura, que bajo ella pudieron vivir, sin dar pruebas de actividad literaria, inteligentes patricios como Vicente López, que antes de ellas compuso *El triunfo argentino*, o como Dalmacio Vélez Sársfield, que después de ella redactó nuestro *Código civil*. Ambos vivieron, durante el gobierno de Rosas, silenciosamente confinados en el foro, como el poeta Claudio Cuenca callaba, refugiado en el ejercicio de la medicina.

Así trascurrieron aquellos lustros de muerte, hasta que, al acercarse el año 1850, comenzaron a aparecer en Buenos Aires algunos jóvenes

Los esposos vengados. El alcalde Cuchilladas. La víctima del claustro. El Pelayo. El médico poeta. El gondolero. Margarita de Borgoña. El Mascías. El Chitón.

Como se ve, el repertorio era variadísimo : lo antiguo y lo moderno ; lo nacional y lo extranjero ; traducciones y arreglos, dramas y sainetes. Las funciones intercalaban generalmente un número de canto : arias, tonadillas, boleros, dúos de ópera, que se anunciaban expresamente a cargo de la Tani y otras.

(1) Vease : M. G. Bosch, *El teatro en Buenos Aires*, y Adolfo P. Carranza, *La ilustración histórica* (t. II, pág. 334, cartel del teatro Victoria, año 1849).

aficionados al estudio, hijos de familias federales, que por tradición doméstica aceptaron el orden de cosas establecido en el país. Llamábanse aquellos jóvenes : Benjamín Victorica, Vicente Quesada, Lucio Mansilla, Guillermo Rawson, Bernardo de Irigoyen, Tomás Guido, y otros que después de Caseros se hicieron perdonar con sus obras el origen rosista. Víctor Gálvez, en sus *Recuerdos de antaño* (1887, t. I, pág. 60-69), habla de varios conatos literarios que precedieron a la caída de la tiranía.

En medio de tanta penuria intelectual, don Pedro de Angelis «prosperó». Rosas pagaba sus servicios, según Ramos Mejía lo ha comprobado, y esto sólo basta para «calificar» su servidumbre, que ni siquiera fué un error. Su función al servicio de la dictadura, su antigua residencia en el país, su experiencia del mundo y de los hombres, su pasión por los libros, su cultura, sus gustos, sus trabajos históricos, diéronle una preeminencia intelectual en el país ajeno, donde la proscripción lo dejó sin competidores. Mariño no podía serlo sino en la prensa oficial : Love, en la prensa extranjera ; pero la personalidad del italiano era múltiple, y de esa complejidad derivaba en gran parte su prestigio. Lucio V. Mansilla, sobrino de Rosas, en el tomo IV de *Entre nos*, ha descrito aquel salón de Luca, en donde se hablaba de ciencia, de arte, de historia, y al cual concurrían Bonpland, Carta, Torricelli, profesores europeos. Entre ellos de Angelis se destacaba, y Mansilla lo pinta con su carota rosada, sus ojos vivaces, su gesto desdeñoso y escéptico en la tertulia cosmopolita. En su casa era el anticuario, el bibliófilo, el hombre de gustos elegantes, el trabajador tenaz y flexible, listo para tratar todos los temas y para defender la tesis que el amo ordenaba. Por todo ello don Pedro de Angelis resulta una figura simbólica en el precario ambiente intelectual de la tiranía. ¡Triste gloria la suya : ser personalidad descollante en una tierra semibárbara, pero serlo porque sus grandes almas habían muerto o emigrado en lucha desigual con la tiranía que él defendió! ¡Desamparo terrible, a la vez, el de Rosas, porque al haber ahogado dentro del país el pensamiento argentino, sólo tuvo lenguas extranjeras que lo defendiesen !

Si hay algún imborrable baldón en la historia de aquel tirano, es el contraste que su tiranía sin letras forma, durante un cuarto de siglo, con las gloriosas letras de la expatriación liberal.

IV

LA TIERRA PROMETIDA

(1852-1880)

Se levanta a la faz de la tierra
Una nueva gloriosa nación.

HIMNO NACIONAL.

Fig. 42. — Los diputados de la Constituyente y el Cabildo de Santa Fe donde se reunió el Congreso de 1853. En el centro, arriba, el retrato de Urquiza, y a la derecha de éste don Facundo de Zuviría, de quien trata el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XVIII

PUBLICISTAS DE LA ORGANIZACIÓN NACIONAL

I. Unidad del proceso revolucionario iniciado en mayo de 1810. El conflicto del ideal y la realidad desde 1810 a 1853. « Los proscriptos » como continuadores del patriciado revolucionario. Paralelismo de la historia política y de la historia literaria de este período. El retorno de los emigrados : La tierra prometida. — II. El presidente del Congreso reunido en Santa Fe, don Facundo de Zuviría. Su vida (1793–1861); su expatriación en Bolivia (1840–1852); sus obras filosóficas : *El principio religioso*, *La prensa periódica*, *Educación pública*, *La Calumnia*, otros opúsculos. Significación de Zuviría en la Constituyente y de su obra literaria en la cultura de su tiempo. — III. Un economista olvidado : don Mariano Fragueiro. Su contribución a la organización nacional : *Cuestiones argentinas*. Su libro *Organización del crédito*. Vida, proscripción y teorías socialistas de Fragueiro. — IV. Otros publicistas de la organización nacional. « Los hombres de Buenos Aires » y « los hombres del Paraná ». Nuevos centros de cultura intelectual. La reconstrucción democrática.

I

El movimiento emancipador iniciado en 1810 tuvo dos objetivos : la independencia argentina por medio de la acción militar, y la democracia argentina por medio de la acción civil. Por ambos esfuerzos, convergía el pueblo hacia la fundación de una república autónoma. La acción militar era centrífuga y obraba hacia la periferia geográfica ; la acción civil era centrípeta, y obraba hacia la conciencia histórica de la nación. Dar a los hechos un sentido filosófico fué la empresa de nuestros pensadores, y eso es lo que bajo el título del « ideal de Mayo » he estudiado en la primera parte del presente volumen. Aquel ideal era el soplo divino en el barro genésico, el ángel en la bestia que humaniza el dios sacrificándolo. Así, el ideal de los años heroicos obscurecióse al penetrar en el barro hispanoindígena de la disuelta colonia, y la liber-

tad abortó en despotismo, la igualdad en demagogia. En el seno de esas tinieblas, reencendióse la luz redentora en 1837, con la « Asociación de Mayo » y la obra mental que, a partir de Echeverría, he estudiado bajo el nombre de « iniciación romántica » en la segunda parte de este mismo volumen. El antagonismo del ideal y de la realidad (que Sarmiento llamó « civilización y barbarie ») impuso a los nuevos héroes un sacrificio nuevo, ese que acabo de estudiar bajo el título de la « expatriación liberal ». La antigua luz les alumbró el camino por donde los expatriados volvieron, y fué « el ideal de Mayo », abrillantado por « la iniciación romántica » y acendrado por « la expatriación liberal », lo que venció primero al despotismo en la batalla de Caseros y después a la demagogia en la Constituyente de Santa Fe. El proceso creador continuó todavía durante un cuarto de siglo y, hasta 1880, no se vió constituída del todo la república independiente que los héroes de 1810 anunciaron en la estrofas del *Himno*. Nación de paz y de trabajo, de fraternidad y de justicia, según la describe el preámbulo de la carta constitucional, esa era « la tierra prometida » en que entramos con este capítulo, hacia la cual tendió, en el cautiverio o en el éxodo, la tribu elegida de los proscriptos.

La batalla de Caseros es la caída de Rosas; el Acuerdo de San Nicolás es la reconciliación de los caudillos con el ideal de Mayo; el Congreso constituyente de Santa Fe es el triunfo de aquel ideal sobre la realidad de un pueblo semibárbaro. A las idolatrías del becerro iba a substituirlas, en las aras ensangrentadas, el culto de la fe verdadera. Los constructores del Templo volvían a la tierra de promisión, según su viejo designio, para reemprender la tarea.

Desde el pronunciamiento de Urquiza contra Rosas, el 1° de mayo de 1851, los proscriptos empezaron a regresar (1). Sarmiento y Mitre

(1) Urquiza tuvo parte en esta reimpatriación general. En marzo de 1852, Gervasio A. de Posadas, escribía a Alberdi, que estaba en Chile, comunicándole este mensaje de Urquiza: — « Escriba a todos los amigos, que vengan al país (añadió el general) que vengan, porque de los pechos nobles y puros es preciso que se forme la valla donde deba estrellarse todo principio anárquico y de tiranía que intente levantarse. » — Posadas era hijo del viejo don Gervasio, que fué director supremo en tiempos de la independencia: amigo de un hijo de Urquiza, había entrado en la intimidad del general; y amigo cordialísimo de Alberdi, desde los tiempos de Montevideo, agregaba en su carta: « Aquí tiene Vd. ya todo el personal de la emigración de Montevideo; todos, o casi todos, ocupando importantes destinos, como lo verá Vd. por ese puñado de papeles que le mando. Yo estoy en ascuas por verlo a Vd. aquí y si recuerda el acierto con que algunas ocasiones le he dado mi opinión respecto a muchas actitudes de su vida, y tiene

fueron de los primeros en presentarse ante el jefe entrerriano en su campamento: el uno salió de Montevideo, el otro vino desde Chile, y ambos hombres de letras asistieron como soldados a la acción de Caseros. Vicente López apareció en seguida como defensor del Acuerdo de San Nicolás; Juan Bautista Alberdi como autor de la Constitución; Juan María Gutiérrez como constituyente él mismo. El poeta José Mármol había vuelto también y era ya diplomático, legislador, periodista. Pululaban en campamentos y congresos los emigrados que retornaban al hogar; y al verse otra vez juntos debieron recordar a los que habían muerto en el destierro: a Esteban Echeverría, el iniciador de todos, a Florencio Varela, el maestro de muchos. A la zaga de los patricios ilustres, los caminos estaban rumorosos de peregrinos; por los Andes, por la Puna, por el Estrecho, por el Plata, volvían a entrar en la tierra argentina los que de ella salieran veinte años atrás. De Montevideo regresaban Cané, Cantilo, Alsina; de Chile, Agote, Fragueiro, Tejedor; de Bolivia, Villafañe, Zuviría; de todas partes, hombres de armas y hombres de letras que fraternizaban en la misma ilusión. Al entrar en el pueblo nativo, preguntaban por la antigua novia, por el hogar que flageló la desgracia. Los últimos sobrevivientes de la independencia: Lamadrid, Espejo, Paz: los patricios que transigieron con Rosas: López, Guido, Vélez; los jóvenes liberales aún no contaminados por la tiranía: Irigoyen, Quesada, Victorica, iban acercándose a la falange nueva. Entretanto, Mariño, Angelis, Reyes, los antiguos servidores del tirano, se deslizaban temerosos en la sombra. Corría el rumor de los últimos fusilamientos: Chilavert, Alem, Troncoso. La tragedia original continuaba en nuestra historia: pero brillaba sobre la sangre un alto ideal, como sobre la púrpura de las nubes en el naciente, el sol.

Yo no puedo entrar en los pormenores de la historia política, porque es la historia literaria lo que escribo. Los años que corren de Caseros a Pavón son harto complejos para ser resumidos en pocas líneas. Las ideas de la organización nacional repercutieron en la prensa y la tribu-

en mí la misma fe que en la época de Lavalle, acepte mi consejo: Véngase, véngase, véngase y haga que lo elijan por Tucumán diputado al Congreso; y tráigase consigo a Gutiérrez, Peña, Tejedor y demás miembros de la *Asociación de Mayo*. Con una Sala de Representantes formada de hombres de pro, y la prensa en nuestras manos, cuántos prodigios no se pueden hacer! Piense en ésto, que piensen nuestros amigos, y que se pongan en marcha.» (Alberdi, *Escritos póstumos*, t. XV, pág. 801 y siguientes. Cartas de Gervasio A. de Posadas a Alberdi en marzo de 1852, desde Buenos Aires a Chile.)

na : panfletos y discursos de esa época pertenecen más a la política que a la literatura. El problema social urgentísimo absorbió todas las capacidades. Los poetas dejaron de cantar. La hora fué para los economistas, los legisladores y los maestros, empeñados en la reconstrucción de la sociedad argentina.

En 1839, cuando la campaña de Lavalle, Luis L. Domínguez escribíale a Alberdi: «La lucha actual no es solamente para destruir la tiranía : es preciso poner en su lugar un orden eterno de libertad. Para ello es esencial la unión de todos los partidos ; para ello es necesario aclarar sin tardanza las desavenencias fatales de *federales* y *unitarios ;* es preciso hablar, en fin, todos los días, de la cuestión que Vd. ha planteado tan bien en *El Iniciador*. Si no, estamos expuestos a que el día que nos encontremos triunfantes en la plaza de la Victoria nos preguntemos, qué vamos a hacer, y no sepamos ; y la pelea entonces volverá a empezar con más furor que nunca » (1). Estas ingenuas palabras de Domínguez resultaron proféticas doce años después.

Dividida la opinión nacional sobre la elección de los hombres y los medios para la realización del ideal común, predominó en Buenos Aires la hostilidad a Urquiza y al Acuerdo de San Nicolás. Este último, que era un pacto de los gobernadores rosistas con el vencedor de Rosas (antiguo gobernador rosista él también), pareció sospechoso a una buena parte de los reimpatriados, a cuyo frente se contaban Mitre, Sarmiento y Mármol. Los proscriptos habían aceptado a Urquiza como un instrumento necesario para la derrota de la tiranía, pero apenas Rosas desapareció surgió la aversión contra el vencedor de Caseros, cuyo origen político no se quería olvidar y cuya procedencia provinciana sublevaba al localismo porteño. La lucha asumió caracteres de antagonismo entre Buenos Aires y las provincias, cuyo origen se remontaba al año 1810 y cuyas consecuencias persistieron hasta 1880. A pesar de ello, apoyaron a Buenos Aires algunos provincianos de talento, entre ellos Sarmiento y Vélez Sarsfield, ya por conveniencias personales, ya por intransigente idealismo ; del propio modo que apoyaron la política de San Nicolás algunos porteños también venidos del destierro con gran prestigio intelectual, como Gutiérrez y López. Es que por debajo del antagonismo regional, que era fatalidad económica o pasión colectiva, la mirada de los conductores veía otra cosa, divergiendo, no

(1) Carta de Luis Domínguez a Alberdi (Mercedes, 11 de marzo de 1839), publicada en los *Escritos póstumos* de Alberdi, t. XV, pág. 209.

en los fines sino en los medios: los de Buenos Aires quisieron salvar íntegro su sueño liberal, sin transigir con Urquiza ni con los otros caudillos rosistas del interior, mientras los del interior sostenían que era imposible hacer viable la constitución sin el apoyo de los caudillos provinciales. Unos y otros tenían razón; unos y otros se equivocaban. Los de Buenos Aires la tenían, como lo demostró su triunfo de Pavón, y los del interior también la tenían, como lo demostró la lealtad con que cumplieron la promesa de San Nicolás, al dictar la constitución en Santa Fe, al promulgarla en Paraná, y al jurarla esos mismos caudillos en las restantes provincias. Sin Buenos Aires, la República estaba decapitada. Sin las provincias, la Argentina quedaba mutilada. Una divergencia política los separó. Una necesidad histórica volvió a reunirlos. Unos y otros vencieron con esa reconstrucción, y ésta no fué sino el encuentro de los que, por divergentes vías, marchaban al mismo fin.

Sobre la paz legal en vísperas del 60, Sarmiento decía: «He aquí por donde va al presente la noble historia argentina, esta musa que no ha escrito en sus tablas de bronce sino los hechos que halló envueltos en sangre al día siguiente de una batalla» (1).

En el ambiente sombrío de la lucha, algunos focos de luz mental se encendieron: en la prensa: *El Orden*, *La Tribuna*, *La Crónica*, *El Comercio del Plata*, *Los Debates*, *La Unión Nacional*; en la política: el Acuerdo de San Nicolás, la Legislatura de Buenos Aires, la Constituyente de Santa Fe, el Congreso del Paraná: en la enseñanza: el Colegio del Uruguay, el Colegio de Buenos Aires, el Ateneo; en la literatura, numerosos libros y panfletos sobre el problema social. Pero el acontecimiento capital de los nuevos días fué la Constituyente, que presidió don Facundo Zuviría, y en la cual se reanuda la tradición de nuestros parlamentos revolucionarios, tradición interrumpida por la disolución del Congreso rivadaviano (2).

Pero veamos, antes de insistir sobre estas generalidades, quién era este personaje a quien tocóle presidir la Constituyente, pues su figura interesa a nuestra historia literaria, tanto como a nuestra historia política.

(1) Sarmiento, *Obras*, tomo XLV, página 395. Artículo sobre el *Belgrano* de Mitre.

(2) El retrato de Zuviría aparece en la figura 42 a la derecha de Urquiza.

II

Personalidad descollante en la falanje de ciudadanos que asumió la tarea de la organización nacional fué, sin duda, don Facundo Zuviría (1793-1861), a quien bastaría para destacarlo, su cargo en la Constituyente, cuyas sesiones presidió. Había nacido en Salta el 26 de noviembre de 1793, y si, por ser muy joven hacia 1810, no intervino en los sucesos de la independencia, intervino posteriormente en los de la guerra civil. Graduado ya en ambos derechos, emigró de Salta a Bolivia después del triunfo de la demagogia gaucha, como lo hicieron, de 1827 a 1840, sus conterráneos Gorriti, Bustamante, Villafañe y otros. Como ellos, ejerció en Sucre el periodismo, la abogacía y la enseñanza. Madurado por tantos años de expatriación y de estudios, regresó al país después de la caída de Rosas; confióle Salta su representación en aquel congreso que debía dictar la constitución, y sus colegas del congreso le confiaron la presidencia de la solemne asamblea, y ha de verse en ambas designaciones no sólo un homenaje a los sesenta años de su edad, que lo convertían en personaje consular, sino a la fama de virtud, sabiduría y elocuencia de que gozaba, con entera justicia, en la generación de los emigrados (1).

No inició Zuviría sus tareas de constituyente con el acierto que hubiera sido de esperar en quien había soportado la dura experiencia del despotismo, pues, con asombro de sus colegas, propuso en una de las primeras sesiones que no se dictase la constitución, porque no consideraba llegado aún el momento de dictarla, dada la situación política del país. Fundábase Zuviría en la ausencia de los diputados porteños, por la segregación de Buenos Aires, y para aliviar la situación presentó un proyecto por el cual el Congreso invitaba al estado disidente a reconstituir, como requisito previo, la unidad nacional rota por la guerra civil. El diputado salteño pronunció con tal motivo dos discursos, y para leerlos

(1) El doctor Zuviría, casado con doña Carolina Lezama, salteña, tuvo cuatro hijos: Carolina, Julio, Fenelón y José María, abogados estos dos últimos. José María fué secretario del congreso constituyente, publicista y poeta. Autor de varias obras que estudiaré en el próximo volumen, continúa la tradición intelectual que ilustró su padre, tradición que no se ha interrumpido en la casa, pues el actual novelista Gustavo Martínez Zuviría, pertenece a la misma famila.

bajó de la presidencia a su banca en sendas ocasiones : uno el 30 de noviembre de 1852, sobre el proyecto de paz con Buenos Aires, y otro el 20 de abril de 1853, sobre la constitución proyectada. Aunque el acuerdo de San Nicolás, y después los pueblos, habían impuesto a los diputados el mandato de organizar la república por el sistema federal, Zuviría manifestó algunos escrúpulos respecto de dicho sistema, así como sobre la eficacia de una constitución teórica para crear en los hechos el orden jurídico dentro de una sociedad desquiciada. « La constitución traerá la paz », fué la tesis de los varios diputados que le replicaron con ansiosa vehemencia, pues él había dicho que acaso una constitución dictada en tales circunstancias nos traería la guerra, como la habían traído nuestros ensayos anteriores. Hablaban por su boca los dolorosos recuerdos de 1827, que tan fatales sucesos evocaban en Salta. En parte, Zuviría tenía razón. En parte, la tuvieron sus adversarios. La guerra civil se produjo después de la constitución ; pero no vino por ella, desde que existía desde tiempo atrás. En cambio, la constitución dió estabilidad a las instituciones y trajo, breve tiempo más tarde, la reconstrucción nacional.

Zuviría había manifestado que no era su móvil obstruir los propósitos de la Constituyente, ni defraudar el mandato de los pueblos, pues tal actitud, en su caso, no hubiera sido ni lógica ni leal. Manifestó asimismo que si la mayoría opinaba de diversa manera, él acataría, como ciudadano y como legislador, el voto de la mayoría. Así ocurrió en efecto, y la asamblea comenzó su labor, sobre el proyecto constitucional ya listo para el debate. No intervino abundantemente en la discusión parlamentaria, acaso porque su cargo de presidente lo ponía al margen de ella ; y si su influencia pudo hacerse sentir, debió ser en contra del espíritu liberal de la constitución, y éste no le contaba entre sus adictos, aunque tenía el apoyo de la mayoría, incluyendo en ella algún clérigo congresal, como el santiagueño Lavaisse, y las grandes figuras laicas de aquel momento, como Gutiérrez, que piloteaba el proyecto en la tempestad no muy violenta de la reacción.

Concluídas las tareas constitucionales, el ex presidente del Congreso fué nombrado vocal de la Suprema Corte, para el gobierno de la confederación, residente en Paraná, y más tarde ministro de Relaciones exteriores, en la administración del general Quiroga. Hallábase de retorno en el hogar, ya fatigado por el trabajo y por los años, cuando el patricio casi septuagenario falleció en Salta el 19 de agosto de 1861, viendo del todo realizado el sueño de la unidad nacional que tanto ambicionaba. Los homenajes póstumos rendidos a su nombre dieron entonces mues-

tra del respeto y veneración que todos tributaban a su grave figura. Bajó a la tumba sin odios, pues todos comprendieron que, aun en sus leves errores, hubo siempre lealtad en el pensamiento y sinceridad en la actitud. Sus diez y ocho años de austera proscripción lo timbraban con el sello de la virtud civil, y sus numerosos opúsculos acreditaban al varón de luces, puesto siempre al servicio de la patria y de la humanidad. Facundo de Zuviría fué más que un político, un hombre de letras. Son sus trabajos de publicista, hoy olvidados, los que traen su nombre a mi pluma, en esta historia de las letras y del pensamiento argentinos.

La más completa edición de las obras de Zuviría hállase contenida en dos volúmenes, impresos en Besançon el año 1863, bajo el título de *Discursos y escritos políticos* (438 pág.) y *Discursos morales y filosóficos* (463 pág.). No se hallan en ellos, sin embargo, todos los trabajos de este propagador de nobles ideas, pues faltan algunos opúsculos, como *Tiranía y demagogia*, o su libro más orgánico: *El principio religioso* (París, Claye, 1860, 292 págs.), con los cuales podría formarse un tercer volumen que completara la serie de Besançon (1).

El moralista cristiano que fué Zuviría, cultivó, en la propagación de sus ideas, dos géneros literarios: la oratoria y el periodismo. Como orador habló en la tumba de Gorriti (Sucre, 1842), en la del doctor José Manuel Indaburu, obispo de La Paz; habló también en la colación de grados de los doctores Federico Ibarguren y Ventura Ruíz de los Llanos, como padrino de dichos graduandos; habló, finalmente, en la legisla-

(1) El tomo de *Discursos y escritos políticos* contiene: 1, La prensa periódica (pág. 1, a 169); 2, Discurso en la apertura de la legislatura salteña, el año 1852; 3, Discurso en a recepción del gobernador Arias (Salta, 1852); 4, Informe sobre el acuerdo de San Nicolás; 5, Informe sobre reforma electoral en Salta; 6, Discurso en la instalación del Congreso Constituyente (respuesta al mensaje del Director Urquiza); 7, Moción de paz y unión con Buenos Aires (Constituyente de Santa Fe); 8, Discurso sobre una moción de paz formulada por el diputado de San Luis; 9, Discurso sobre el proyecto de constitución (abril de 1853); 10, Discurso sobre los tres tratados de San José de Flores; 11, Discuro sobre la jura de la constitución sancionada en Santa Fe (1° de mayo de 1853); 12, Paz y Unión (artículo); 13, Carta a un amigo sobre unión y nacionalidad argentina. El tomo de los *Discursos morales y filosóficos* contiene: 1, Discurso en la tumba de Gorriti (Sucre, 1842); 2, Artículo cronológico sobre la muerte del doctor Indaburu; 3, Discurso en las exequias de Indaburu; 4, Los artículos « Día 2 de noviembre », « La caridad de la mujer », « Las hermanas de la caridad », « Educación pública », « Reflexiones sobre la calumnia », « Amnistía », « El amor a la tierra natal », « Del buen sentido », « Egoísmo », « Empleomanía », « Espíritu de partido », « Alocución dirigida al joven D. Julián de Santiago », « El emigrado », « El judío o la raza de Jacob »; 5, Discurso a los graduandos Ibarguren y Ruíz de los Llanos.

tura de Salta y en la constituyente de Santa Fe. Como publicista, dió a luz varios artículos en la prensa, y ensayos que aparecieron en folletos, entre los que sobresalen sus dos libros : *La prensa periódica* (1) y *El principio religioso* (2) ya citado, impresos primeramente, unos en Buenos

(1) El trabajo sobre *La prensa periódica* (170 pág.) contiene : la introducción, seis capítulos, un apéndice, la conclusión y el texto de las leyes y decretos sobre la materia. Los capítulos versan sobre la libertad de imprenta, sus inconvenientes y ventajas, los abusos de esta libertad y la necesidad de reprimirlos, la insuficiencia y vaguedad de nuestra legislación al respecto y la viciosa organización de nuestros jurados de imprenta.

(2) El índice de *El principio religioso* menciona, después de la « dedicatoria » y la « introducción », los siguientes capítulos : Necesidad general del principio religioso ; Necesidad del principio religioso como elemento político ; El principio religioso encierra todas las leyes del mundo moral, el primer apoyo del principio político, el mayor freno del despotismo ; El principio religioso es la primera garantía de los derechos de los pueblos, de su tranquilidad, libertad, igualdad, civilización y progreso morales y sociales ; Necesidad del principio religioso como elemento social ; Insuficiencia de las leyes y de los magistrados sin la base del principio religioso ; Insuficiencia de las penas de la ley, su especificación ; Del temor de la opresión ; Insuficiencia de la moral y costumbres públicas sin la base del principio religioso ; Insuficiencia de la conciencia y su vago significado, si no parte del principo religioso ; Necesidad del principio religioso como elemento doméstico ; Insuficiencia de la filosofía antigua y moderna para la sociedad doméstica ; Constitución de la familia y su felicidad ; Las religiones y filosofías antiguas importaban en todo el mundo el sacrificio perpetuo de la esposa, de la madre y de los hijos ; Sacrificio de los hijos ; Sacrificios de las madres ; Regeneración feliz de la familia bajo las leyes del cristianismo ; Esfuerzos y leyes de la Iglesia en favor de la familia ; Necesidad de las misiones religiosas para la reducción y civilización de nuestros salvajes del desierto ; bienes sociales producidos por las misiones cristianas en el universo desde el nacimiento del cristanismo ; Resumen de aquellas y heroísmo de los misioneros cristianos desde el siglo v hasta el presente ; Continuación de dichos bienes en el presente siglo ; Continuacion de dichos bienes en España ; Contestación a un vulgar argumento contra las actuales misiones ; Estado de ellas en las repúblicas hispanoamericanas, en especial la Argentina ; Necesidad de las instituciones religiosas de beneficencia y caridad como un elemento político y social ; Necesidades sociales en cuyo remedio se crearon los antiguos institutos ; Necesidades sociales que crearon e impulsaron los posteriores hasta el siglo xvi ; Necesidades sociales y religiosas que crearon el instituto jesuítico ; su origen, su carácter, servicios, destrucción y renacimiento ; Resumen del número, generalidad y extensión de los institutos religiosos de hombres y mujeres que hoy pueblan al mundo católico, protestante y mahometano ; Necesidades sociales que hoy reclaman el establecimiento o tolerancia de institutos religiosos en nuestros pueblos ; Necesidad de los Seminarios eclesiásticos, su origen, objeto y esfuerzos de la Iglesia para establecerlos y conservarlos ; Leyes y pragmáticas de los emperadores, reyes y gobiernos cristianos en favor de aquéllos ; Cuadro actual de los seminarios eclesiásticos y libertad de enseñanza otorgada aun en los países protestantes, con inclusión de Norte-América ; Escasez de los mismos en nuestros estados. A estos siete capítulos, divididos en parágrafos, les sigue la « Conclusión », que comprende doce páginas de las 293 que abarca la totalidad de la obra.

Aires, otros en Montevideo, algunos en Paraná. La casi totalidad de esos trabajos, según ya lo indiqué, han sido recogidos en la compilación de Besançon, el año 1863, como digno homenaje a la memoria de su autor.

De menor extensión que *El principio religioso,* pero no menos importantes que el libro sobre *La prensa periódica,* son los ensayos que se intitulan *Educación pública* y *Reflexiones sobre la calumnia,* donde el sentimiento de la moral cristiana y el deber de la doctrina democrática se refunden como en los tratados anteriores (1).

Si, auxiliado por esos documentos, deseara trazar los rasgos de la silueta intelectual de Zuviría, diría que es un moralista cristiano, a la manera de Juan Ignacio Gorriti, cuya obra he estudiado en el capítulo preliminar de este volumen. Zuviría conoció a Gorriti en Salta; juntos corrieron los azares de la proscripción en Bolivia; sintió por él admiración y veneración; expresó estos sentimientos sobre la tumba del patricio en Sucre; y, como aquél, tuvo en los evangelios su fuente de inspiración moral, en los clásicos latinos su norma literaria, en la patria el objeto de su vocación democrática. La diferencia de profesión y edad entre ambos personajes, así como las nuevas condiciones de la vida civil en América, según se considere la revolución de 1810, escenario de Gorriti, o la organización de 1853, escenario de Zuviría, explican las diferencias de ambos personajes. Este último es un abogado, padre de familia, un laico de la generación romántica a pesar de todo, aunque no lo es tanto que no se perciba en el fondo de su espíritu, como un resabio tenaz, cierto sabor a biblia, a credo y a colonia...

La seguridad de su sentimiento cristiano y su devoción a la iglesia católica definen bien la actitud de Zuviría, como una consecuencia remota de la cultura colonial: aunque ya no es, desde luego, un hombre de

(1) El plan de la *Educación pública (Dicursos, op. cit.*, pág. 113-228) se divide así: Introducción; capítulo I, Necesidad y ventajas de la pública educación; II, Educación doméstica; III, Instrucción primaria; IV, Educación moral; V, Educación religiosa. Apéndice: De los encargados de la pública instrucción. Este ensayo muestra alguna influencia de las *Reflexiones* de Gorriti, libro que Zuviría cita (pág 160). Por los capítulos IV y V, es parte integrante del libro sobre *El principio religioso* y, por consiguiente, obra digna de figurar al lado de los trabajos similares de Echeverría y de Sarmiento. Las *Reflexiones sobre la calumnia* (Paraná, 1854) se divide así: I, La calumnia en general, sus efectos; II, La calumnia convertida en elemento del poder, fatales consecuencias; III, Penas contra la calumnia; IV, Necesidad de buscar un remedio, dificultad de encontrarlo; V, El único remedio contra la calumnia es una alianza de moralidad entre gobernantes y gobernados para perseguirla y castigarla *(Discursos, op. cit.*, pág. 229-268).

la colonia, porque ningún argentino de su época hubiera podido serlo. Desde la crisis emancipadora, Gorriti, clérigo y ciudadano, había creado una nueva corriente en el pensamiento cristiano de América, derivándolo hacia la autonomía política y la organización republicana de su pueblo. La teocracia quedaba vencida, junto con la monarquía, la aristocracia hereditaria y el privilegio económico. Gorriti es un maestro de Zuviría, pero el discípulo superó al maestro, con la mayor flexibilidad del método que formó su cultura y por la mayor experiencia que significan los hechos consumados desde la independencia hasta la Constituyente. De ahí que Zuviría haya podido ser un colaborador de nuestra carta liberalísima. El consideraba, sin embargo, que « la religión es *el hecho* más grave y trascendental en la historia de un pueblo », como lo dice en *El principio religioso* (cap. I.), y se preocupó del problema, « no como elemento de dicha individual, temporal o eterna, que a cada uno toca labrárselo según su conciencia, sino como elemento de organización política, social y doméstica », al cual no son extraños la educación ni las costumbres (1). Así enunciado su propósito, resulta más amplio su panorama espiritual que el de los católicos de la revolución : Castro Barros, el teólogo inflexible ; Funes, el teólogo oportunista, o el propio Gorriti, patricio que se inspira en los evangelios. Zuviría es un católico de la organización nacional, y al aparecer en ella preocupado del problema religioso como factor de cultura, cobra un perfil que lo individualiza en aquella generación, dentro de la cual aparecen Alberdi, Sarmiento o Fragueiro preocupados más bien del problema económico.

Si el autor de *El principio religioso*, en ese y otros libros de doctrina moral, supera a sus predecesores católicos en cuanto al sentido político de su propaganda, no los supera menos en cuanto al sentido filosófico, ya por el caudal más vasto de su erudición, ya por la correlación más orgánica de sus obras literarias. Expone con método, escribe con claridad, argumenta con eficacia, y si sus recursos son los de la antigua lógica, no pierde de vista la realidad, y si sus citas son las de la antigua retórica, no ignora a los autores modernos, cuando recurre a argumentos de autoridad. « No voy a escribir como un ascético — dice por ahí — sino como escribieron Herodoto, Tucidides, Jenofonte, Platón, Cicerón, Tito Livio, Suetonio, Flavio, Vopisco, Plutarco, Tácito, Séneca y demás, incluso Horacio, ya citado : como escribieron en la feliz y nueva era del cristianismo, los seglares Arístides, San Justino, Minucio Fe-

(1) *El principio religioso*, introducción, página XXII.

lix, Arnobio y Lactancio, Eusebio y Orígenes hasta Newton, Leibnitz, Racine, Corneille y demás grandes hombres de los siglos anteriores hasta el nuestro, y a quienes tendré ocasión de citar en el curso de este escrito, no por una pueril y ridícula vanidad de erudición, sino con el de apoyarme en la respetable autoridad de las lumbreras de todos los siglos, no sólo en el orden religioso, sino en todas las ciencias humanas. »

Toda la doctrina de Zuviría, la que inspiró sus libros y la que animó su acción, puede resumirse en estas palabras suyas: « Nuestro deber, como hombres y como ciudadanos, es ser incansables en difundir verdades útiles a nuestra patria y a nuestra especie. En materia de educación moral y religiosa, no abandonaremos jamás el consejo del Apóstol: *Argue, obsecra, increpa*. Cuando no se puede servir a su patria de otro modo, es alguna cosa en moral y en política hacer oír la voz de la verdad, aun cuando su eco repercuta sobre nosotros envueltos con la injusticia, el desprecio o la calumnia. Si es honroso servir a su patria, aún lo es más sufrir por servirla. Padecer por ella, es más noble que gozar de sus dones ». He ahí la personalidad total de Zuviría : su moral, su pasión, su conducta, su ciencia, su tono y su estilo.

Zuviría fué, entre los laicos de la organización nacional, el publicista más inquietado por preocupaciones religiosas y morales. Pero toda esa generación acentuó su liberalismo en la solución de los problemas jurídicos y pedagógicos. Frente a aquel creyente ortodoxo, en el opuesto extremo de la serie, aparecen los economistas, entre los cuales don Mariano Fragueiro, de quien paso a ocuparme, fué también una figura singular.

III

Si un argentino de la generación actual oye nombrar a don Mariano Fragueiro, es seguro que dicho nombre apenas si le evoca la silueta vaga de un político, gobernador de Córdoba y colaborador en la organización nacional. Sólo alguno más informado pensará en el emigrado de Chile, el mismo que al regresar del destierro, hacia el año 1858, hubo de ser candidato a la presidencia de la república. Es excepcional el caso de aquel para quien el nombre de Fragueiro evoque al escritor, al economista, al autor de *Cuestiones argentinas* y de *Organización del crédito*, libros hoy semiolvidados. Salida a luz esta última obra en Val-

paraíso, en 1850, no ha sido reeditada desde entonces, y así su fama de publicista ha resultado tan efímera como su influencia de político. La personalidad de Fragueiro es, sin embargo, una de las más preclaras en aquella heroica generación de nobles caracteres, y a fin de individualizarla en sus rasgos más perdurables, voy a resumir lacónicamente su vida, antes de fijar el valor de su obra y de sus ideas.

Fig. 43. — Don Mariano Fragueiro

Mariano Fragueiro nació en la ciudad de Córdoba al finalizar el siglo XVIII (en 1795), entró en el Colegio de Monserrat el año 1808, y hacia 1812 había abandonado las aulas, sin completar sus estudios, acaso por dificultades domésticas o por las inquietudes sociales que comportó la revolución. Sus padres fueron don Antonio Benito Fragueiro, sobrino del obispo Malvar, y doña Agustina del Corro, hermana del orador sagrado don Miguel del Corro, que figura en los fastos de la independencia. Su hogar pertenecía, pues, a aquella formación hispano-colonial del siglo XVIII, de cuya burguesía hidalga salió casi toda la parte más granada del patriciado revolucionario (1).

El doctor Julio Rodríguez, cronista cordobés, dice que en 1831, la legislatura provincial declaró vacante el gobierno y con fecha 16 de ma-

(1) El doctor Ramón J. Cárcano me ha comunicado gentilmente los siguientes datos sobre la familia Fragueiro: « El nombre completo de don Mariano fué Mariano Antonio Silverio; nació en la casa de Córdoba señalada con el número 195, calle Constitución (hoy Rosario de Santa Fe); tuvo por hermanos a José María, Mercedes, Rafael, Flora, Jerónima, Juana Gabina y Antonio; se casó en primeras nupcias con doña Ana Álzaga, viuda de Gauna, de cuya unión tuvo por hijos a Mariano y Martín; Martín casóse con Ángela Álzaga (sobrina de doña Ana). Los descendientes entroncaron con las familias de Quintana y de Lezama. Don Mariano Fragueiro residió finalmente en Córdoba, y allá se unió en segundas nupcias, a la edad de 65 años, con su sobrina carnal doña Antonia Lezama Fragueiro. Falleció el año 1872, casi octogenario, en la casa de la calle 27 de Abril, frente a la casa de Ejercicios espirituales. » El doctor Cárcano debe estos datos al señor Enrique de la Lastra. Otros de los que he aprovechado para esta noticia, le han sido suministrados por el doctor Garzon Maceda. Sobre Fragueiro contienen vagas noticias los diccionarios bibliográficos; pero falta un estudio serio de su vida y obra. Habla también de Fragueiro don Domingo de Oro, en *La emigración argentina en Copiapó* (edición del Museo Mitre, *Papeles de Oro*, t. II, pag. 261).

yo nombró a Fragueiro gobernador interino. Desde ese puesto concertó con el gobernador López, acampado en Calchín, un tratado de paz. Más tarde, firmó con el gobernador Echagüe, de Santa Fe, un tratado de alianza y protección. Eran los tiempos ingratos de la guerra civil, en la cual venía elaborándose la autonomía federal y la nacionalidad argentina. Todo era instabilidad y fuerza en aquella génesis. Por ese mismo año, Fragueiro tuvo que abandonar el gobierno de su provincia.

Fragueiro reaparece en la historia de la política argentina después de Caseros. La fama de economista con que llegó precedido desde Chile y su amistad con otros repatriados, llevóle al ministerio de Hacienda de la Confederación, cuya cartera desempeñó durante el primer directorio de Urquiza (1853). Después de su fecunda actuación en Paraná, fué elegido nuevamente gobernador de Córdoba (1858), y su administración se caracterizó por loables iniciativas de progreso, propias de su vocación intelectual y de la época más normal que ya alcanzábamos. Uno de sus primeros actos como gobernante fué el de crear la Academia de práctica forense, haciendo obligatoria para todos los que aspirasen a ejercer la profesión de abogado, la inscripción y permanencia en ella por dos años para los que presentasen título de doctor o licenciado y tres para los que sólo se adscribiesen con el título de bachilleres. Realizó, además, reformas importantes en el régimen administrativo : suprimió el derecho de alcabala ; ordenó el registro de las propiedades raíces ; creó la administración general de correos de la provincia ; consolidó la deuda flotante de la provincia ; reglamentó la enajenación de las tierras fiscales, estableciendo la forma de hacerla en remate público ; reglamentó y puso en instrucción la guardia civil y estableció academias para los oficiales de ellas. Finalizó su gobierno con la revolución ; los insurrectos del norte le hicieron su prisionero en Santa Catalina. Por ese entonces hablábase de su candidatura a la presidencia frente a la candidatura de Derqui.

Retirado entonces de la política, después de haber residido en Paraná y Buenos Aires, y después de haber presidido en 1860 la convención que reformó la Constitución y selló la definitiva unidad de la República, Fragueiro volvió a vivir en Córdoba y llegó al término de sus días el 13 de julio de 1872. A su muerte, las cámaras legislativas le decretaron honores póstumos, ordenando la colocación de su retrato en el salón de la Academia forense que él fundara.

Don Mariano Fragueiro había demostrado, desde los tiempos de su

emigración en Chile, afición y aptitud por los estudios económicos, rama científica que casi no contaba con precedentes en la cultura de estos países. El año 1845, Fragueiro publicó, en la imprenta de *El Siglo* de Santiago, un opúsculo de 120 páginas intitulado *Fundamentos de un proyecto de Banco*. Habíanse publicado dichos *Fundamentos* en la revista chilena *El Agricultor* (t. IV, nº 50, año 1844) como iniciativa personal ofrecida «a los señores de la Sociedad de agricultura y beneficencia». Trató Fragueiro en su ensayo sobre la teoría de los bancos en general: su formación, su giro, sus depósitos, etc., su responsabilidad y sus beneficios, y su opúsculo fué comentado en cartas públicas, por Pedro T. Vicuña (pág. 89) y Ramón L. Larrázaval, ministro de Estado (pág. 91). La Sociedad de agricultura elevó al supremo gobierno de Chile un oficio patrocinando la iniciativa de un banco para Chile (pág. 99), y Fragueiro llegó hasta proyectar el estatuto de dicho banco, tal como él lo concebía. A aquella época pertenece también un pequeño folleto (51 páginas) escrito en Valparaíso (julio de 1845), titulado *Observaciones sobre el proyecto de Estatuto para el Banco nacional de Chile*, que, como su título lo indica, es complemento de los trabajos ya mencionados (1).

Después de aquella contribución de Fragueiro a la organización financiera de Chile, no debe sorprendernos que, al producirse la caída de Rosas, y pensar en la reconstrucción de nuestro país, Fragueiro trajese al arcópago de Santa Fe y Paraná sus luces de economista.

Residía por entonces en Copiapó, cuando publicó en la imprenta de *El Copiapino* (septiembre de 1852) su opúsculo *Cuestiones argentinas*, donde con la misma prestancia que Alberdi, se apresuró, apenas supo la nueva de Caseros y de San Nicolás, a enviar a los argentinos sus miras orientadoras sobre la magna empresa que iba a comenzar. En aquel librito de 72 páginas, injustamente olvidado hoy por nuestros compatriotas, Fragueiro traza, con claridad y laconismo, todo el cuadro de nuestros viejos y nuevos problemas, o sea el programa institucional de la Constituyente y de las primeras legislaturas, incluyendo en él, como cuestiones vitales, cuanto se refiere al problema económico argentino. «La victoria de Caseros — dice al empezar — restituye la

(1) Este opúsculo se halla encuadernado, juntamente con otros de Fragueiro que luego mencionaré, en el Museo Mitre, sin numeración especial. En dicho volumen hállase duplicado el proyecto de Estatuto para la organización de la hacienda y el crédito público (Paraná, 1853). Contiene también el *Reglamento del Crédito público* sancionado por la Honorable Sala de representantes de Buenos Aires en 1822.

Patria a la emigración argentina»; y a partir de ese concepto, que era una gran verdad, dice lo que necesitaban hacer los proscriptos repatriados. No quiere creer en nuevos peligros de dictadura o anarquía que se anuncian; tiene fe en la lealtad de Urquiza y en el ilustrado patriotismo de los que van a reorganizar el país, aleccionados por la dolorosa experiencia del destierro. Cinco son las fundamentales cuestiones que Fragueiro contempla en su obra: Primera, *Arreglo de la administración general del país bajo el sistema federal* (I, Nombramiento del Poder ejecutivo nacional; II, Designación de la Capital; III, Declarar a las provincias independientes y libres para regirse por sus propias instituciones; IV, Investir al Poder ejecutivo de las facultades nacionales; V, Dar garantías públicas e individuales, y entre otras especialmente las que aseguren la libertad de imprenta y el derecho de propiedad; VI, Mantener la integridad del territorio; VII, Conservar el trato pacífico con los indios y proveer a la seguridad de las fronteras.) La segunda cuestión se refiere al *Arreglo del comercio interior y exterior,* dentro la cual incluye la designación de puertos secos y marítimos, el establecimiento de aduanas exteriores uniformemente reglamentadas; la moneda nacional, el correo y vías de comunicación. La cuestión tercera, llámase en su obra *Arreglo de navegación* (marina nacional de guerra y mercante; navegación libre o restringida de los ríos interiores). La cuarta cuestión versa sobre *Cobro y distribución de las rentas generales* (I, Tesoro nacional; II, Crédito público; III, Administración del Crédito público; IV, Tierras de propiedad pública). La última versa sobre *El pago de la deuda de la República,* comprendiendo clasificación y reconocimiento de la deuda, consolidación y modo de pagar, amortización y deuda exterior. Todas estas cinco cuestiones y los tópicos menores que en ellas se incluyen, concretados a nuestro país y a aquel momento, constituyen un libro gemelo de *Las bases,* por su oportunidad y su pensamiento, no sospechado bajo el título un tanto vago de *Cuestiones argentinas,* causa, probablemente, del favor menos asiduo que la posteridad le ha concedido a la obra de Fragueiro, a pesar de que él fué, en persona, uno de los constituyentes que contribuyeron a realizar, como legisladores y hombres de acción, su programa de publicista.

Una vez que don Mariano Fragueiro se hubo trasladado de Chile al Paraná, formó parte, con Salvador María del Carril y Facundo Zuviría, del gobierno nacional delegado, y en tal carácter llevó al Congreso constituyente un *Proyecto de Estatuto para la organización de la*

hacienda y crédito público (Paraná, imprenta del Estado, 1853. Ejemplar en el Museo Mitre). El proyecto en cuestión concretaba, hasta donde cabe hacerlo en la obra real del gobierno y en el articulado de una ley, muchas de las ideas que desde tiempo atrás venía sosteniendo como economista.

En Santiago de Chile, por las prensas de Julio Belin, Fragueiro había publicado un tomo de 266 páginas, titulado *Organización del crédito* (1). Esta es sin duda alguna su obra fundamental y la exposición más metódica de sus doctrinas (2).

Los tres principales estudios económicos de Fragueiro — *Organización del crédito, Cuestiones argentinas* y *Proyecto para el Banco Nacional de Chile* — fueron, por su autor, encuadernados en un sólo volumen con notas autógrafas y un apéndice biográfico en cuatro páginas impresas de formato mayor. Este único ejemplar fué obsequiado por su dueño a

(1) Fragueiro se titula en la carátula de esta obra : « antiguo director del Banco de Buenos Aires y autor de varios opúsculos sobre bancos ».

(2) Introducción. — I. Origen de la propiedad. La propiedad tiene su origen en la naturaleza. La sociedad declara y mantiene el derecho de propiedad. — II. Elementos de la propiedad. ¿ Qué es propiedad ? — III. Propiedad pública. — IV. Administración de las propiedades puestas en vinculación. — V. Producción, industria, trabajo, valor. — VI. Capitales : capital movedizo o tendencia a multiplicarse en razón de la propiedad.

Capítulo II. Crédito público : I Industria pública. Impuestos. Consumos públicos. — II. Organización de la industria y crédito público. — III. Centralización en el crédito público de los capitales monetarios circulantes. — IV. La operación de dar y tomar dinero a interés es inherente al crédito público. La ley no debe autorizarla entre particulares. — V. En la operación de dar y tomar dinero a interés están comprendidos los capitales a censo temporal o perpetuo, capellanías, masas muertas, fondos de beneficencia, hipoteca y todo capital monetario que de cualquier manera gane renta. En consecuencia, todas las imposiciones dichas corresponden al crédito público : la ley no debe autorizarlas entre particulares. — VI. Registro nacional de la propiedad territorial : abolición de la alcabala y catastro : substitución de una módica contribución directa sobre el valor de la tierra poseída. — VII. La realización de empresas y trabajos públicos, casas de reparo de todo género, y todo aquello de cuyo uso se saca una renta pagada por una concurrencia de personas y de indeterminadas, como puertos, muelles, ferrocarriles, caminos, canales, navegación interior, etc., son propiedad pública y exclusiva del crédito público.

Capítulo III. El crédito público puede y debe reemplazar la moneda metálica y la de toda otra especie. La moneda del crédito público tendrá ventajas sobre cualquiera otra.

Capítulo IV. Influencia del crédito público.

Capítulo V. La organización del crédito público dará solución a todos las cuestiones sociales, porque todas son cuestiones de propiedad. Libertad de impuestos, diezmos, estanco, tolerancia de cultos, matrimonios mixtos, prisión por deudas.

don Nicolás Avellaneda, y por haber pasado la librería de este último a la Biblioteca de la provincia, se halla hoy en la Universidad de La Plata, de cuya biblioteca es fondo principal la antigua biblioteca pública de Buenos Aires. En ella he podido consultar este documento valioso, cuyas notas y apéndice proyectan nueva luz sobre las ideas de su autor.

La dedicatoria sin fecha del ejemplar dice en letra muy clara: « *Al Sr. Dr. Dn. Nicolás de Avellaneda, su padrino y amigo*, M. Fragueiro. » Cierto temblor senil en el autógrafo, y algunas notas marginales del texto, permiten inferir que se trata de un obsequio posterior a Caseros (probablemente posterior a Pavón), y acaso tanto como la afección de « padrinazgo », indica la comunidad de vocación por los estudios económicos entre el viejo emigrado y el joven estadista, hijo de aquel Marco gentil, de quien Fragueiro fué amigo de juventud en Córdoba (1).

En *Organización del crédito*, al finalizar el prólogo, Fragueiro había dicho: « Una larga experiencia en el comercio y en el banco de Buenos Aires, en donde fuí uno de sus directores por varios años, i una séria observacion sobre los abusos del crédito particular en la industria de Copiapó, me han demostrado que todo el mal viene de la individualidad; i he encontrado una confirmacion de esto o verdad en mi última residencia en Buenos Aires desde 1846 a 1849. Allí encontré removidos los dos grandes inconvenientes para la realizacion de la democracia i socialismo — la individualidad — i toda influencia de extraña autoridad en la autoridad nacional. *Allí existe una autoridad perfecta con toda la originalidad e independencia de la nacion. La Confederacion Arjentina está preparada para ser la primera en la reforma social.* » Fragueiro había escrito ese prólogo en 1851, cuando residía en Chile, y al enviar el libro a Avellaneda subrayó él mismo esas últimas palabras, varios años después, y por los motivos que luego veremos.

Dichos motivos se aclaran en una nota marginal (pág. 22), que reza así: « Las palabras testadas, con qu' concluye el Preliminar, dieron motivo en Chile p^a hazer cargos acerbos al autor. Se dijo q' sus doctrinas importaban plegarse a Rosas, &. Entonces no pude contestar sino en términos q' no excitaran al tirano contra mi familia en Bs. As. y

(1) Este ejemplar de la Universidad de La Plata tiene sobre el del Museo Mitre la ventaja del apéndice biográfico y del retrato del autor (que en el de Mitre falta), retrato que en este capítulo reproduzco.

en Córdoba. Ahora debo referir al Lector al f. 6 de los apuntes biográficos, agregados espresamente al objeto de satisfacer ese cargo; y hagole notar lo que mis detractores no veian: q' cuanto contiene este libro aboga pr. el respeto a la propiedad, pr. el amor a la libertad, pr. la justicia y conveniencia de deslindar la propiedad pública de la particular, todo lo q' es inconciliable con Rosas y sus abusos.» Esta nota lleva la firma de Fragueiro y parece proyectada para una reedición.

De todo lo transcrito se deduce que el destierro de Fragueiro fué menos heroico que el de otros publicistas de su generación, y que sus convicciones socialistas parecían encubrirse varios años después de la aparición de su libro.

La residencia de Fragueiro en Buenos Aires, del 46 al 49, y ese final del prólogo, absurdo e innecesario, muestran que no desafió las iras de Rosas como Sarmiento o como Mitre, a la vez que sus años de Chile revelan que el minero de Copiapó, el financista de Santiago, anduvo lejos de aquellas prensas ruidosas donde los otros, periodistas famélicos, habían plantado sus arietes contra el tirano.

En cuanto a la doctrina de la obra, es evidente que no tendía a consolidar la propiedad sino de un modo indirecto, pues separaba el crédito público del privado, ampliando aquél en detrimento de este otro, hasta tocar los límites del socialismo de estado. Sin abolir del todo la propiedad particular, Fragueiro concebía el socialismo como una organización política de la cooperación; y en ese antagonismo del individuo y del Estado, claramente percibido por él, dejaba al individuo lo que es producto del trabajo privado, y a la sociedad le entregaba cuanto es producto de la cooperación colectiva, o sea la circulación de la riqueza, representada por la vialidad, el comercio, la renta, el crédito, la moneda. Nada de esto parece que estuviera al alcance de la capacidad intelectual de Rosas, ni que su «autoridad perfecta» —como la llama— pudiese iniciar esa reforma social. Cuando Rosas cayó, Fragueiro vino de Chile a desempeñar el ministerio de Hacienda en el gobierno del Paraná, y tampoco entonces se halló el camino de esa revolución económica por él mismo preconizada.

Fragueiro fué prosista correcto, claro, sobrio; y en cuanto a sus temas, con él empieza la serie de los economistas argentinos, que después se continúa con las obras de Alcorta, Avellaneda, Agote, Alberdi, Terry, hasta los economistas de la generación actual.

IV

Facundo Zuviría, que presidió la Constituyente de 1853, vino de Bolivia; Mariano Fragueiro, que presidió la convención reformadora de 1860, vino de Chile. Ambos proscriptos habían luchado con denuedo en la acción cívica, antes y después de la proscripción; ambos fueron, a la vez que hombres de acción, hombres de letras, y escribieron libros, buscando el uno la solución de problemas morales y el otro la solución de problemas económicos. Ni en filosofía ni en política, logró ninguno de los dos esa plenitud del éxito que se traduce en gloria después de la muerte. La posteridad ha sido, con los hombres de esta generación, un tanto exclusiva en la predilección de sus siete figuras prominentes, y un tanto caprichosa en el recuerdo de sus publicistas menores. Y pues Zuviría y Fragueiro se nos aparecen con tan altos relieves al entrar en «la tierra prometida» de la organización nacional, este pasaje de mi *Historia* ha de ser buena ocasión para recordar a los que no volvieron, y a los que murieron antes del triunfo, y a los que se obscurecieron o brillaron en la nueva jornada que con la organización comienza.

En la carta de sus *Viajes*, que Sarmiento escribió a López desde Montevideo en 1846, despedíase de los amigos que dejaba en la ciudad sitiada, al seguir rumbo a Europa: «Alsina, Varela, Wright, Pico, Cané, Vélez, cuantos argentinos inteligentes encierra, tantos amigos dejo en esta ciudad, erizada de cañones, devorada por pasiones mezquinas, y encargada de la más alta y gloriosa obra que pueda encomendarse a un pueblo...» Varela fué asesinado tres años más tarde, y de sus obras he tratado en otro capítulo. De Vélez y de Cané hablaré más adelante. Veamos, entre tanto, quiénes eran Alsina, Wright, Pico, los otros proscriptos que Sarmiento menciona.

Don Valentín Alsina nació en Buenos Aires el 16 de diciembre de 1802, hijo de padre español y madre porteña. Inició sus estudios en el Colegio Monserrat de Córdoba y los terminó en la Universidad de Buenos Aires. Recibido de abogado, los estudios jurídicos y las tareas forenses absorbieron casi toda su actividad en los primeros años de su juventud. De 1829 a 1833 fué director de la Biblioteca pública, y poco más tarde, ya iniciada la dictadura de Rosas, vióse arrastrado por el liberalismo de la nueva generación. Fracasada la conspiración de Maza, emigró a Montevideo, donde redactó *El Moderador*, *El Nacional*, *El*

grito argentino. Asesinado Florencio Varela, director del *Comercio del Plata*, lo sucedió en ese puesto de honor y de peligro. Al volver al país, después de Caseros, fué gobernador de Buenos Aires (1852-1857), presidente del tribunal de justicia, convencional y senador nacional. Murió el 6 de septiembre de 1869 y el Congreso le erigió un monumento en la Recoleta el año 1875. Don Valentín Alsina tuvo digno sucesor en su hijo Adolfo, de quien he de hablar en el próximo volumen.

Don Francisco Agustín Wright, varias veces nombrado en papeles de la emigración, nació en Buenos Aires y actuó en el sitio de Montevideo. Fué en sus comienzos partidario de Rosas, pero se negó, como miembro de la legislatura, a votar las facultades extraordinarias conferidas al gobernador. Al rebelarse así contra la dictadura, fué perseguido por la mazorca y se refugió en la ciudad vecina. Hombre ilustrado, abierto a ideas de progreso, preconizó en 1833 las ventajas de la inmigración en su *Ensayo sobre la prosperidad de los extranjeros y decadencia de las naciones*. En 1849, Lamas imprimió, en una colección de documentos históricos, una *Biografía de Brandzen* por Wright, que fué también autor de otra *Biografía de Tomás Espora* (1835) y, según don Juan María Gutiérrez, de una « extensa obra que comprende la narración prolija de los acontecimientos del asedio que sufrió aquella plaza por don Manuel Oribe » (*Apuntes biográficos*, op. cit., pág. 192). Wright falleció en Montevideo antes de Caseros.

El coronel Francisco Pico, famoso en el ejército del Norte, fué padre del doctor Francisco Pico, uno de los fundadores de la administración de justicia después de Caseros, y de Pedro Pico, matemático, escritor y ciudadano abnegado en los días de la proscripción. Bajo la administración de Rivadavia, Francisco Pico, nacido en Buenos Aires, fué becado por el gobierno argentino para estudiar matemáticas, geografía y astronomía en Westminster College. De regreso al país, colaboró con el almirante Mouchez en la misión francesa para estudio de la carta atlántica. En la torre de la Merced, Pico instaló un observatorio. Emigrado más tarde a Montevideo, contribuyó a la defensa de la ciudad sitiada con sus conocimientos científicos y su brazo de soldado. En los ratos que le dejaba libre la milicia, escribió un *Diario del sitio* (1). Vencidos Oribe y Rosas, Pico regresó a Buenos Aires, y ocupó la cátedra de matemáticas en la Universidad. Sirvió también en el Departamento to-

(1) Zinny, en su *Catálogo (op. cit.*, pág. 279) da el título de esta otra obra de Pico : *Traducción de los mensajes de Rosas al idioma de la verdad*, por Francisco Pico, 1840.

pográfico de la provincia (1856) y en la sección de geodesia de la Nación (1878). En ambas funciones realizó importantes trabajos de su especialidad, y más tarde colaboró en la fundación de La Plata y en el dictamen de las « Memorias descriptivas » presentadas por las provincias para la exposición continental (1882). La *Sociedad Geográfica Argentina* y la *Sociedad Científica* le contaron entre sus principales propulsores. Alguien ha aconsejado a estas instituciones la edición de las obras de Pedro Pico, pues, además del *Diario del sitio*, dejó varios tratados y monografías sobre agrimensura y matemáticas, entre estos últimos un *Tratado sobre las secciones cónicas* y otro sobre *Trigonometría esférica*. Por su vida y sus obras, Pico ha merecido el elogio de Bartolomé Mitre, que lo conoció en Montevideo, y de Estanislao Zeballos, que lo vió actuar, hacia 1880, en sociedades científicas fundadas después de Caseros.

Como aquellos seis nombres de Montevideo que Sarmiento cita juntos en su carta de 1846, hay nombres reunidos en las memorias de otros emigrados. En 1853, Francisco Wright había muerto, y habían muerto también Esteban Echeverría, Florencio Varela y Rivera Indarte. En cambio, los hermanos Rodríguez Peña, que figuran entre los precursores de la Asociación de Mayo, vivían en Chile, pero no vinieron.

Jacinto y Demetrio Rodríguez Peña pertenecían a la familia de este apellido, ilustre en los anales de la independencia. Ambos jóvenes, ya imbuídos de patriotismo desde el propio hogar, fraternizaron con los corifeos liberales de la Asociación de Mayo. Echeverría los nombra con elogio en la *Ojeada* y Alberdi en sus *Escritos póstumos*. Demetrio había cursado estudios en un Colegio de Inglaterra y a su regreso ocupó un cargo en el ministerio de Relaciones exteriores. Fracasada la revolución de 1839 contra Rosas, emigró a Montevideo, y luego pasó a Chile, donde colaboró en *El Mercurio* y fraternizó con López y Sarmiento. Otros periódicos del Pacífico recogieron colaboraciones suyas: y contribuyó en Chile a la organización de la marina y al progreso de la navegación. Demetrio Peña fué subsecretario del ministerio de Guerra y Marina de Santiago, y falleció en esta ciudad el año 1860. Jacinto, su hermano, había entrado en la conjura de Maza el año 1839, y de él dice Sarmiento en *Los emigrados*: « era el joven más simpático, y ardiente por la libertad de su patria ». Ambos vivieron en Chile en casa de su padre don Nicolás, venerado por todos los proscriptos, « y representado en la acción — dice Sarmiento — por sus dos hijos ». En el Archivo de Alberdi (*Escritos póstumos*, t. XV, pág. 743) hay una

carta de Jacinto Rodríguez Peña, en los días de la campaña de Lavalle, y en sus breves líneas descúbrese un temperamento apasionado y un patriotismo ferviente. Los Peña no volvieron a su patria de origen después de Caseros, pero en el hogar chileno de los Peña templaron su patriotismo los más bravos campeones de la emigración argentina en Chile, según Sarmiento lo recuerda.

Hubo entre los reimpatriados muchos que volvieron a su hogar de provincias, y allá se aquerenciaron, sin dejarse tentar por el renombre que Buenos Aires les ofrecía. Hombres de provincia fueron Aberastain, Oro, Pujol, Llerena, Echagüe y muchos otros, entre los que don José Posse destácase como uno de los más característicos.

Sarmiento fué, desde los años de su residencia en Chile, cordial amigo de don José Posse, emigrado también en dicho país. *Los emigrados* hablan de él con simpatía pródiga en elogios : « Literato de exquisito gusto e ingenio » — dice. Más que eso, fué un periodista de combate ; y como tal ejerció en las provincias del norte la influencia que Sarmiento le atribuye en favor de su presidencia y de las de Avellaneda y Roca, tucumanos como Posse estos dos últimos. « Empeñado en ejercer su influencia en limitada escena de provincia — añade — nunca consintió en figurar en teatro más vasto y más digno de su talento de escritor correcto y original, de su espíritu penetrante e incisivo, y acaso se ha empequeñecido en medio de menudas preocupaciones ». Sarmiento, en efecto, desde la presidencia, habíale ofrecido un ministerio nacional, que Posse no aceptó (1).

De publicistas provincianos como Oro, Pujol, Llerena y otros he de tratar en otro lugar de esta obra. Por ahora sólo quiero en este parágrafo dar una idea sobre ciertos personajes que en su conjunto muestran la variedad de obreros que colaboraron en la reorganización nacional (2).

(1) Véase la correspondencia de Sarmiento con Posse en los tomos de las *Obras* que se titulan *Papeles del Presidente.*

(2) A medida que los años corrieron, después de la caída de Rosas, muchos de los antiguos federales fueron rehabilitándose y actuando en los partidos nuevos. El propio Urquiza era un ex rosista, y esto favoreció la conversión de otros. Por de pronto, el Acuerdo de San Nicolás fué subscripto por ex caudillos del viejo régimen : de Corrientes, el general Valentín Virasoro; de San Luis, el general Pablo Lucero ; de San Juan, el general Nazario Benavídez ; de Tucumán, el general Celedonio Gutiérrez ; de Mendoza, Pascual Segura; de La Rioja, Manuel Vicente Bustos ; de Santiago, Manuel Taboada, sobrino y sucesor de Ibarra, para mayor primor.

La constituyente de 1853 contó en su seno a varios proscriptos; pero muchos que de-

En esta hora de transición que sucede a Caseros, emociona al historiador buscar la huella de los individuales destinos. Por entre la fatalidad o la ventura colectivas, se ven los hilos enredados o rotos por los hados. Algo análogo vimos al estudiar a la generación que se educó en San Carlos y cuyos nombres se obscurecen o abrillantan al entrar en los días de la independencia. Caseros vale para eso tanto como Mayo, pues fué como una nueva convocación. Al llegar los días de la organización nacional, cuando cada uno traía la piedra que labró con sus manos para el

bieron sentarse en ella estuvieron ausentes, por la nueva guerra civil que se encendió entre Buenos Aires y las provincias.

Formaban el Congreso de 1853 : Facundo Zuviría, presidente y diputado por Salta; Pedro Zenteno y Pedro Ferré, por Catamarca ; Juan del Campillo y Santiago Derqui, por Córdoba; Pedro Díaz Colodrero y Luciano Torrent, por Corrientes; Juan María Gutiérrez, por Entre Ríos; Manuel Padilla y José Quintana, por Jujuy; Martín Zapata y Agustín Delgado, por Mendoza; Regis Martínez por La Rioja; Salvador María del Carril y Ruperto Godoy, por San Juan; Delfín B. Huergo y Juan Llerena, por San Luis; Juan Francisco Seguí y Manuel Leiva, por Santa Fe; Benjamín Lavaisse y José Benjamín Gorostiaga, por Santiago del Estero; Fray José Manuel Pérez y Salustiano Zavalía, por Tucumán. Actuó como secretario José María Zuviría, hijo de don Facundo, que presidía la Constituyente.

Posteriormente, en 1860, la Constitución de 1853 fué revisada por dos convenciones, una provincial y otra nacional.

La convención nacional, reunida en Santa Fe el año de 1860, estuvo formada por Mariano Fragueiro, presidente ; convencionales : Valentín Alsina, Francisco de las Carreras, José Benjamín Gorostiaga, Carlos Bouquet, Marcos Paz, Nicasio Oroño, José María Gutiérrez, Uladislao Frías, Antonio del Viso, Antonino Taboada, Lucas González, Plácido S. de Bustamante, Emilio Castro, Ireneo Portela, José Posse, Juan Pujol, Luciano Gorostiaga, Luis Cáceres, José María Rolón, Tiburcio G. Fonseca, Juan Francisco Seguí, Luciano Torrent, José Mármol, Modestino Pizarro, Rufino de Elizalde, Dalmacio Vélez Sársfield, Marcelino Freyre, Wenceslao Paunero, Carlos Juan Rodríguez, Daniel Videla, Nicanor Albarellos, Francisco R. Galíndez, Salvador M. del Carril, Benjamín Victorica, Daniel Aráoz, Justiniano Posse, Pastor Obligado, Octaviano Navarro, Pedro J. Segura, Casiano J. Goitia, Adolfo Alsina, Manuel Solá, Pascual Echagüe, Bernabé López, Indalecio Chenaut, Lucio V. Mansilla ; secretarios : Carlos María Saravia, Lucio V. Mansilla.

La Convención provincial de Buenos Aires, en 1860, estuvo formada por Francisco de las Carreras, Dalmacio Vélez Sársfield, Juan A. Gelly y Obes, Emilio Castro, Wenceslao Paunero, Manuel Ocampo, Ambrosio P. Lezica, Mariano Saavedra, Basilio Salas, Luis Gómez, Juan Anchorena, José Martínez de Hoz, Bernabé Font, José Domínguez, Marcelino Ugarte, Luis Sáenz Peña, Miguel Estévez Seguí, José Mármol, Sixto Villegas, Benito Carrasco, José María Gutiérrez, Mariano Acosta, Tomás S. de Anchorena, Victorino J. de Escalada, José Francisco Benítez, Víctor Martínez, Isidoro Bavio, José M. Cantilo, Luis M. Drago, Eustaquio J. Torres, Bernabé Sáenz Valiente, Adolfo Alsina, Domingo F. Sarmiento, Eduardo Costa, José R. Pérez, Félix Frías, Manuel M.

templo común que nuestras catorce tribus reedificaban, nos es dado notar los claros que dejó la muerte, la ausencia de los que distrajo el error, y hasta la presencia de los que eran esperados...

Así formáronse dos fuertes núcleos antagónicos de pensamiento político, constituído el uno por «los hombres de Buenos Aires», en torno de Mitre, y el otro por «los hombres del Paraná», en torno de Urquiza. Unos y otros se reconciliaron a los pocos años, y de su obra cultural he de dar pormenores en otros pasajes de la presente *Historia*.

Es claro que en este capítulo sólo he querido recordar a los presiden-

Escalada, Francisco R. Elizalde, Juan Agustín García, José María Albariños, Francisco Javier Muñiz, José Barros Pazos, Carlos Eguía, Anacarsis Lanús, Rufino de Elizalde, Ireneo Portela, Andrés Somellera, Francisco F. Moreno, Manuel Ricardo Trelles, Manuel Eguía; secretarios: Manuel Obarrio y Joaquín Granel.

La resistencia de Buenos Aires a Urquiza fué iniciada por la Legislatura local, en cuyas actas encontramos los nombres de: Almeira, Azcuénaga, Albarracín, Balbín, Cardoso, Cullen, Carreras, Duval, Domínguez, Escalada (M.), Esteves Seguí, Ibáñez, de Luca, Llavallol, Linch, Mitre, Marín, Montes de Oca, Martínez (V.), Maldonado, Obligado, Ortiz, Vélez, Peña, Pintos, Pico, Pirán, Portela, Riestra, Rojas, Sáenz Valiente, Somellera, Solveira, Vélez Sársfield. Presidia don Manuel Guillermo Pintos. (Legislatura, *Diario de sesiones de la Sala de Representantes* (1852). Ed. Sociedad tipográfica bonaerense, Buenos Aires, 1864). Algunos de estos personajes, o al menos sus apellidos, habían figurado en la sociedad y la política porteña de la dictadura.

La legislatura que otorgó la suma del poder público a Rosas hallábase constituída (1835–1836) por Manuel Vicente de Maza, presidente; Argerich (L.), Alsina, Escalada (M.), Escalada (J.), García (B.), García (M.), Garrigós, Hernández, Irigoyen, Lahitte, Medrano (E.), Mansilla, Montes de Oca, Pereda, Saravia, Pino, Pinedo, Rolón, Riglos, Senillosa, Terrero (S. M.), Terrero (J. N.), Vidal, Villegas, Wright, Anchorena, Argerich (J. N.), Boneo, Beláustegui, Correa Morales, Ezcurra, Fuentes, Insiarte, Lozano, Medrano (P.), Obligado, Pacheco, Piñero, Gari, Pereyra, Ramírez, Rosas, Sáenz Peña, Arrotea, Portela, Trapani. Muchos de estos apellidos persistían en la legislatura rosista de 1845: Nicolás Anchorena, Juan Antonio Argerich, Juan Alsina, Martín Boneo, Francisco Beláustegui, Manuel Corvalán, Cayetano Campana, Jacinto Cárdenas, Tiburcio Carcova, Inocencio Escalada, Bernabé Escalada, Felipe Elortondo y Palacio, José María Ezcurra, Felipe Ezcurra, José Fuentes Arguibel, Agustín Garrigós, Paulino Gari, Romualdo Gaete, Pablo Hernández, Manuel de Irigoyen, Pedro Lezica, Juan Manuel de Luca, Eusebio Medrano, José Oromí, Bernardo Pereda, Agustín de Pinedo, Francisco Piñeyro, Mariano Rolón, Miguel E. Soler, Felipe Senillosa, Roque Sáenz Peña, Lorenzo Torres, Eustaquio Torres, Juan Nepomuceno Terrero, Pedro Vela, Julián Verón, Saturnino Unzué, Eustoquio Díaz Vélez.

Los nombres que anteceden bastan para demostrar que la burguesía porteña sostuvo a Rosas tanto como la plebe. No protestó de él sinó la minoría intelectual representada por los proscriptos. Después de Caseros se repudió a Rosas, pero hubo que transigir con algunos rosistas: en Buenos Aires, por la guerra contra Urquiza, en Paraná por el origen mismo de Urquiza y los caudillos.

tes de las dos Convenciones nacionales, la de 1853 y la de 1860, dignos de memoria por su obra de publicistas, y a algunas figuras menos ilustres, dejando para capítulos especiales a Alberdi, Mitre, López y Gutiérrez, cuatro escritores cuyo espíritu fructificó del todo después de Caseros y de quienes no he tratado hasta ahora sino pasajeramente.

La nueva empresa de organización iba a imponer a todos nueva actitud política y mental. Un poeta de la mocedad, como Mitre, se transfigura en pensador. Antiguos enemigos se reconcilian; amigos antiguos se distancian. La ruptura de Buenos Aires con la Confederación trae un desacuerdo entre los ex emigrados, y el oportunismo político abre una puerta de alianza para los ex rosistas que se acomodan a los nuevos bandos. «Provincianos» y «porteños» parece ser ahora la divisa, como antes fuera «unitarios» y «federales», nuevo antagonismo que no concluirá hasta 1880. Pero, al fin, veremos a la Nación Argentina constituída y a la cultura argentina fundada.

CAPÍTULO XIX

VIDA Y OBRAS DE ALBERDI

I. Juan Bautista Alberdi (1810-1884). Fragmentos biográficos anticipados en capítulos anteriores. Primera época de su vida: su origen, su educación, sus primeros ensayos, su emigración a Montevideo (1838). *Memorias, Cartas, Viajes* y confesiones autobiográficas dispersas en sus escritos. Madurez de Alberdi: la hora de la organización nacional. — II. Las *Bases:* diversas ediciones de este libro, variantes y contradicciones. La principe de Valparaíso (1852) y la edición oficial de Besançon (1858). Mi edición de la *Biblioteca Argentina* (1915). La verdadera doctrina de Alberdi. Otros libros del mismo autor que forman sistema con las *Bases.* — III. *Luz del día en América.* Dificultad de clasificar este libro por su género literario. La prosa de Alberdi: deficiencias de su estilo y valor de sus aforismos. *Luz del día* es una caricatura de las democracias hispanoamericanas. — IV. La vida de Alberdi después de las *Bases.* El resto de la bibliografía alberdiana. Las *Obras* y los *Escritos póstumos. El crimen de la guerra.* Depuración y ordenación de sus trabajos. Juicio póstumo.

I

Hemos hablado varias veces de Alberdi, en anteriores capítulos del presente volumen. Lo hemos visto primero entre los poetas de « la iniciación romántica », a la diestra de Echeverría y a la par de Gutiérrez, fundador de la Asociación de Mayo y colaborador en el *Dogma de la nueva generación;* lo hemos visto más tarde entre los emigrados de Montevideo, como hombre de acción junto a Lavalle, como expositor de nuevas doctrinas estéticas frente a Varela, como periodista de « la expatriación liberal », en el grupo de Frías y Cané; lo hemos visto, también, con Sarmiento, López y Mitre, paladines de « la escuela cuyana en Chile », dentro de la cual descolló por su obra de publicista y de jurista. Pero la hora de madurez para Alberdi llegó después de Caseros, de ahí que sea este pasaje de mi obra ocasión oportuna para resu-

mir su vida, fijar su silueta y ponderar el valor de su influencia intelectual en la cultura argentina. Aquellos fragmentos de su biografía anticipan seguros rasgos de su perfil: pero en la joven pléyade porteña de 1837, o en la briosa legión «troyana» de Montevideo, o en la activa escuela cuyana de Chile, es todavía, como tantos otros emigrados, una personalidad en formación. El hombre definitivo apareció después de la caída de Rosas, en el libro las *Bases* y en el conflicto de Buenos Aires con la Confederación. El pensador y el ciudadano que se revelaran entonces, ofrecen rasgos individualísimos, persistentes en el resto de sus trabajos y sus días. El triunfo de los proscriptos no clausuró para él la proscripción. Siguió errando por tierras extranjeras, y combatiendo a los nuevos gobiernos como combatió a los antiguos. «La tierra prometida» no se abrió para él, y tuvo, después de Caseros, tumba de proscripto como tantos correligionarios que antes de Caseros terminaron sus vidas. Esa actitud disidente destaca su figura en una lejana soledad, mientras el despecho que en la soledad lo aguza y en el fracaso lo amarga, pone en sus páginas una mezcla de raras verdades y de ásperas injusticias que dan también carácter inconfundible a su obra de madurez.

Pero antes de llegar al momento climatérico de sus *Bases*, resumamos en breves líneas la carrera del hombre y del escritor.

Juan Bautista Alberdi nació en la ciudad de Tucumán el 20 de agosto de 1810, hijo de don Salvador Alberdi, comerciante vasco radicado en aquel país desde la época colonial, y uno de los primeros españoles que apoyó la causa de la independencia. Amigo de Belgrano; ciudadano por voto de la ciudad; legislador de la provincia en 1820, murió cuando empezaba la anarquía, dejando en su hogar las pobrezas y virtudes de aquel heroico tiempo. La madre de Alberdi, doña Josefa Aráoz, era tucumana, descendiente de una familia colonial de origen español, que ha dado varios hombres ilustres a la república. Su hijo dice de ella que cultivó la poesía. De ese linaje nació Juan Bautista, y despertó a la vida en el ambiente patricio de la ciudad natal, cuando allá se libraba la guerra y comenzaba la gesta de la independencia. Alberdi vino, como estudiante, a Buenos Aires en tiempos de Rivadavia, y tuvo después por protectores al gobernador Heredia, de Tucumán, y a su tío materno don José María Aráoz. Duró el viaje dos meses, en un convoy de carretas. Por aquella época de sus estudios habían muerto ya sus padres. Huérfano y pobre, desempeñó empleos subalternos en el comercio porteño; alternó con la generación de Miguel Cané (padre) en el «Colegio de Ciencias morales», fraternizó con López en el «Salón li-

terario », con Echeverría en la « Asociación de Mayo », con Juan María Gutiérrez en « la nueva Troya », con Sarmiento y Mitre en Chile, aunque después de Caseros rompióse amargamente la amistad que con ambos lo ligaba. Estudió derecho en Buenos Aires ; rindió algunos exámenes en Córdoba ; volvió a su provincia en 1833 ; estrechó en ese viaje su amistad con Fragueiro y Marco Avellaneda ; conspiró en 1837 contra Rosas ; emigró a Montevideo en 1838 ; fué secretario de Lavalle en 1839 ; y en 1843 se retiró de la ciudad sitiada, juntamente con Gutiérrez, para dirigirse a Europa, desde donde volvió por Río y Magallanes a radicarse en Chile, donde ejerció el periodismo y la abogacía.

Al llegar a este punto, podemos decir que ciérrase una primera jornada en la biografía de Alberdi, y a fin de correlacionar su vida con su obra, recordaré que Alberdi ha contado su autobiografía en diversos pasajes de sus propios escritos. La mejor historia de su carrera y de su pensamiento se halla en las páginas de sus *Obras* (8 tomos) y de sus *Escritos póstumos* (16 volúmenes), las dos copiosas series de sus trabajos literarios. Podría con tal objeto citar su *Memoria descriptiva de Tucumán* (1834), en la cual pinta el ambiente cívico y moral de su patria; la *Memoria sobre su vida y sus escritos (Póstumas*, t. XV), en la cual habla de su familia, sus estudios, sus primeros ensayos en letras y en política, hasta los acontecimientos del Plata de 1839 a 1842 ; sus *Veinte días en Génova*, sus *Impresiones de viajes (Póstumas*, t. XV) y sus fantasías *El Edén* y *Tobías o la Cárcel a la vela (Obras*, t. II), relato de sus peregrinaciones marítimas, rumbo a Europa primero, a Chile después. Y por lo que hace a la formación de su cultura durante aquellos años de aprendizaje, debo citar su *Preliminar al estudio del derecho* (1837), que fué su tesis doctoral, inspirada en teorías de la escuela histórica ; sus ensayos sobre estética — música, teatro, poesía, — y sus opúsculos sobre política — la tiranía, el bloqueo, la proscripción, — todo lo cual se halla reunido en los tres primeros tomos de sus *Obras*. En toda esa producción juvenil, descúbrense los caracteres propios de su generación y de su época, tal como los tenemos ya definidos. Los ideales de la escuela liberal y progresista, caldeados en el sentimiento romántico y disciplinados en la escuela histórica, dan, por reflejo, a la juvenil obra alberdiana un tinte de novedad, si no de originalidad. Todo ello se templa de patriotismo heroico bebido en las fuentes de la epopeya revolucionaria, y se caracteriza de tinte personal en el crisol de su mente clarísima. De las tres vocaciones de su juventud : la delectación estética, la acción política y las ciencias sociales, sólo esta última sobrevivió en la

madurez. La primera dejó como residuo esa libertad literaria que timbra su estilo, y la segunda dejó esa pasión cívica que acendra su doctrina, pero fué el pensador en ciencias sociales americanas el que maduró, persistió y creció después de Caseros con sus libros sobre derecho, economía y educación democráticas. En 1832, siendo un joven apenas de 22 años, escribió *El espíritu de la música* y un *Nuevo método para aprender el piano*, pues él mismo era un virtuoso de ese instrumento, y pues frecuentaba los salones, hasta compuso acompañamientos, a la par de Esnaola y Massini, para cantos de Echeverría y otros poetas de su tiempo. De aquel amartelado galán, que cortejó a las novias y a las musas, nada quedó en el prosista seco y en el célibe huraño de la madurez. Había compuesto también dos ensayos dramáticos — *La revolución de Mayo* (1839) y *El gigante Amapolas* (1841), — obras no desdeñables, cuyas formas genéricas abandonó, para quedarse de la una con el sentimiento histórico y de la otra con la ironía civil, espíritu ambas de su labor definitiva. En *La Moda*, periódico de Buenos Aires (1838), y en *El Iniciador*, periódico de Montevideo (1839), agitó muchas ideas de crítica social y literaria, nuevas en su ambiente, o renovadas por él, gracias al color local que su ingenio les imprimía. Combatió la tradición clásica en letras; refundió en un solo sentimiento el liberalismo, el romanticismo y el americanismo, como todos los jóvenes de su generación; abominó de la colonia y de la retórica, aunque extraviando a veces el camino en el impulso no muy experto de su fe; compartió los ideales estéticos de Echeverría, Gutiérrez, Mármol, y en su ya citado comentario sobre el *Certamen poético de Mayo* (Montevideo, 1841) libró batalla, contra el «clásico» Varela, a favor de la nueva literatura. Pero todo ello, si bien muy valioso en su vida y en la formación de la cultura argentina, sólo fué veleidad juvenil, como sus campañas con Lavalle fueron sólo experiencia necesaria para el futuro pensador. Conspirador y revolucionario desde 1837 hasta 1843 (más bien por sugestión que por temperamento), se alió, para combatir a Rosas, ora con generales criollos, aunque era tan antimilitarista, ora con diplomáticos europeos, aunque era tan americano. Fracasó en tales campañas, como fracasaron todos los demás. Y ha quedado la documentación minuciosa de sus sueños y sus decepciones, ya en su *Correspondencia* y sus *Memorias (Póstumas*, t. XV y XVI), ya en las páginas de la *Revista del Plata*, *El Iniciador*, *El Nacional*, *El Talismán (Obras*, t. I y II, *Póstumas*, XIII y XVI), ya en sus panfletos impresos los más en Chile, y que se intitulan *La nueva situación de los asuntos del Plata*

(1841). *Los americanos ligados al extranjero* (1845), *Sí y no* (1845), *La acción de Europa en América* (1843), *Política continental* (1845), *La República Argentina treinta y siete años después de la revolución de Mayo* (1847), *Estudios políticos* (1851), y otros que se hallan incluídos en sus *Obras* y en sus *Escritos*, en el lapso que va desde su *Discurso en el Salón literario* (1837) hasta las *Bases*, libro que señala la hora decisiva de su destino intelectual.

Alberdi es el autor más discutido en toda la historia intelectual de la República. Su nombre señala el meridiano de dos criterios, cuando se trata de interpretar nuestra evolución política. En torno de sus obras han reñido batalla dos tradiciones, dos escuelas, dos tendencias de la cultura nacional. De toda su copiosa bibliografía, las *Bases* son, sin embargo, el libro suyo en que sus panegiristas respiran la atmósfera de la verdadera gloria; ante él deponen sus armas los detractores, por el acierto y desinterés de esa videncia patriótica (1).

Y pues llegamos al instante de la vida de Alberdi en que su mayor libro aparece, interrumpamos aquí el relato biográfico para comentar el libro, dispuestos a reanudar en subsiguientes parágrafos aquel relato, en concordancia con el resto de su obra.

II

Hay en la vasta producción de Alberdi dos formaciones bibliográficas de muy diverso carácter, por su ocasión, su tono y sus propósitos. La una, de carácter polémico, traduce los violentos rencores del hombre y del ciudadano; la otra, de carácter doctrinario, expresa los límpidos consejos del patriota y del pensador. Nacido en el año de la revolución argentina, participó en el odio contra España; llegado a la madurez en tiempo de la tiranía, participó en el odio contra Rosas; adherido a la política de Urquiza después de Caseros, combatió las intemperancias antiurquizistas de Sarmiento; fracasado en su política diplomática de la Confederación, personificó en el victorioso Mitre su aversión contra la Buenos Aires segregada (2). De estas cuatro pasiones negativas, nació

(1) Un ensayo de Groussac sobre las *Bases*, podría citarse como única excepción a este aserto, ensayo que luego volveré a mentar.

(2) La biografía de Alberdi presenta numerosas rectificaciones de esta misma aserción: así su transacción con España en la política diplomática; su juicio benigno para Rosas en

su obra polémica, plagada de errores, de injusticias y hasta de lamentables caídas literarias. Esta parte de sus escritos le acarreó persecución, y después de haberle amargado en vida, alejándole de su patria, le tiene confinado en la posteridad, hasta haber hecho de él un discutido de la gloria argentina.

En cambio, cuánta serenidad de pensamiento, cuánto desinterés de

Fig. 44. — Juan Bautista Alberdi (cuando escribió las *Bases*)

voluntad, cuánta nobleza de ánimo y acierto de ciencia, descúbrese en aquella otra parte de sus escritos, que Alberdi iluminó en la luz de su genio y calentó en la lúmbre de su amor. A esta otra serie de obras pertenece las *Bases* — en su texto prístino, — porque en él comprendió

las *Memorias:* su amistad con Sarmiento y Mitre en Chile, antes de Caseros, y su reconciliación en la vejez, al llegar la hora trascendental de 1880, que coronaría la obra solidaria de esos tres paladines, más unidos en el destino y en la gloria, que en la batalla de sus vidas.

para su pueblo, recién salido del despotismo y de la anarquía, las normas políticas que debían conducirlo a la población, al orden, a la riqueza, al ideal apenas entrevisto de la democracia. Pero al señalar esa virtud de las *Bases*, debo puntualizar que me refiero al texto originario, pues en las ediciones posteriores fué introduciendo el autor pasajes nuevos y variantes, inspirados por intereses banderizos, en aquel azaroso momento de la organización nacional.

La primera edición de las *Bases* salió a luz en Chile, por la imprenta del *Mercurio*, el 1° de mayo de 1852, si hemos de atenernos a la fecha del prólogo, que está datado en Valparaíso. Alberdi residía en aquella ciudad desde los años trágicos de la tiranía, y hasta allí le llegó la noticia de la caída de Rosas en Monte Caseros. Mandaba Urquiza el ejército libertador, y se alistaban en sus filas casi todos los más gloriosos nombres del destierro, que volvían a forzar, con las armas en la mano, las puertas de la patria, tanto tiempo cerradas para ellos. Volvían el artillero Mitre, sereno en su puesto profesional, y el boletinero Sarmiento, animoso bajo sus improvisados galones. Alberdi se había quedado en Chile, donde ejercía la carrera forense, fuera porque le habían detenido allá sus obligaciones, o porque no le seducían acá las aventuras de nuevas guerras civiles, ya eludidas también, diez años antes, cuando abandonó a Montevideo durante el sitio. Al saber la victoria de Urquiza, improvisó la redacción de las *Bases* (1), con miras que se descubren desde la primera página de la obra: «La victoria de Monte Caseros, por sí sola, no coloca a la República Argentina en posesión de cuanto necesita», dice. «Ella viene a ponerla en el camino de su organización y progreso, bajo cuyo aspecto considerada, esa victoria es un evento tan grande como la evolución de mayo, que destruyó el gobierno colonial español.» Así, el autor entendía dar al país, en su libro, lo que la batalla reciente por sí sola no podía darle. Rendía así a su patria el tributo libertador que con tanto exceso podía prestarle en la milicia de las letras, y que no le había dado en la milicia de las armas, donde otros la servían mejor. Acaso este mismo apartamiento de la acción permitióle ver tan luminosamente lo que su libro revela, y que en el primer instante entusiasmó por igual a Mitre, a Sarmiento, a Urquiza, a Gutiérrez, combatientes de la arena en que el otro era apenas contemplador.

(1) Improvisó la redacción en pocos días, pero tratábase de ideas maduradas en veinte años de meditación.

Todo eso es ya noticia vulgar en nuestros círculos intelectuales, pero no sé que se haya divulgado igualmente la noticia de las variantes que el texto originario de las *Bases* sufrió en las sucesivas ediciones. Se ha hablado siempre de dos ediciones fundamentales de este libro : una anterior al Congreso constituyente (1852), otra posterior a dicho Congreso (1858); conociéndoselas, respectivamente, como la edición de Valparaíso y como la edición de Besançon. De ambas, se ha considerado esta última como la forma definitiva, por haberse impreso bajo los auspicios del Estado, según luego veremos, y haberla « corregido y aumentado el autor », según avisa la portada. El texto de Besançon fué también utilizado en las *Obras póstumas* de Alberdi, y de aquí lo han tomado todos los editores, más o menos irresponsables, que han reeditado y continúan reeditando el famoso libro. Así ha concluído por quedar olvidada la versión príncipe (Valparaíso, mayo de 1852); y por generalizarse la creencia de que sólo existe de esa obra el texto de Besançon (1858), o, en todo caso, que éste debe preferirse a los otros, desde que fué « corregido y aumentado por su autor ». Pero esto no es sino uno de los tantos arrecifes de la rutina editorial, que procuraré deshacer con esta noticia. Comenzaré por decir que, al hablar de una edición de 1852, se incurre ya en una confusión grave, pues en ese año se publicaron *tres* ediciones de las *Bases :* dos en Chile, por el *Mercurio*, y una en Buenos Aires por la « Imprenta Argentina » (1), siendo las tres, por consiguiente, anteriores al Congreso federal de Santa Fe. Tanto fué el acierto y oportunidad de la palabra de Alberdi, que la primera edición se agotó en dos meses. Lanzada aquélla el 1° de mayo de 1852, en julio del propio año, la misma imprenta del *Mercurio* lanzó en Valparaíso la segunda edición. Subsiste en ella el « prólogo » de la primera, pero hay además una « advertencia », donde el autor formula estas dos declaraciones importantes : 1ª Que su obra debió titularse : *Medios de libertad, de orden y de engrandecimiento para las repúblicas americanas de origen español*, « que correspondía al asunto » — dice, — pero lo substituyó por el de *Bases y puntos de partida*, etc., por temor de que se lo hallara presuntuoso; 2ª Que había ampliado el texto con noticias sobre las constituciones del Uruguay (IX), Paraguay (X) y California (XII), mostrando como ejemplo de liberalismo democrático y humanitario la californiana y de quietismo colonial y aislamiento la paraguaya. Esas no son las únicas variantes del texto que la « advertencia » señala. En el pará-

(1) De esta edición — muy rara — hablaré más adelante, ampliando la noticia.

grafo XXII, nuevos ejemplos tomados a Alemania y Suiza sobre la asociación federal; en el XXVII, algunas ampliaciones sobre la capital de la República, varían notablemente la lección primitiva. Y, por fin, son nuevos, en la edición de julio : los parágrafos XXXI, XXXII, XXXIII, sobre los fines económicos de la Constitución (1); el XXXIV, sobre las garantías constitucionales; el XXXVI, sobre el régimen interno de Buenos Aires; el XXXVII y XXXVIII, donde concreta las doctrinas del libro en un proyecto de Constitución, que la edición de mayo no contenía.

Según lo que precede, tenemos ya dos textos originarios de las *Bases:* el primero, que llamaremos A, de Chile *(Mercurio,* Valparaíso, *mayo de 1852),* y el segundo, que llamaremos B, de Chile también *(Mercurio,* Valparaíso, *julio de 1852).* En la forma B comienzan, pues, las variantes, que aumentarán en la edición siguiente de Besançon (1858), a la cual llamaremos C, por haber acentuado en ésta el autor sus reflexiones sobre la incapacidad de Buenos Aires para servir de capital a la República Argentina. La forma C pasará más tarde a las *Obras completas* (tomo III), y de aquí a la difusión inconsciente de tantos editores listos en la obra, aunque no en las noticias de su deber.

Mientras la edición derivada de la forma C lograba tanta fortuna (más por rutina que por discernimiento de los editores), las formas A y B, que eran las prístinas en tiempo y generosidad, quedaron olvidadas hasta convertirse los excepcionales ejemplares que de ella subsisten en verdadera joya de bibliófilos. De la forma A no conocemos otra reproducción que la casi simultánea y ya mencionada de 1852, impresa en Buenos Aires por la « Imprenta Argentina » ; pero trátase de un burdo folleto con erratas hasta en la cubierta, probablemente impreso para satisfacer la curiosidad cívica en el Plata, mientras llegaba de Chile la segunda edición (2).

No es aventurado suponer, pues, que si la primera edición A, circulada después de mayo en Buenos Aires, pudo orientar la opinión pública sobre la inminente cuestión constitucional, pudo asimismo servir a ese objeto la segunda forma B, y aun ser utilizada por los constituyentes de Santa Fe, desde que dicha edición está fechada en julio de

(1) Germen probable de su libro ulterior sobre el *Sistema económico y rentístico, según la Constitución.*

(2) Puede verse un ejemplar en el Museo Mitre (« Folletos »). La carátula dice : « ... tratado litoral de 4 de enero de *1851* », en vez de *1831.*

1852 (1), y la Constitución no fué promulgada hasta mayo del año siguiente. Los constituyentes pudieron conocer también el otro ejemplar de la primera forma A, o sea la edición hecha por la « Imprenta Argentina » en Buenos Aires (1852), y sobre la cual he dado ya la pertinente noticia.

Al incluir las *Bases* entre las ediciones de la *Biblioteca Argentina* debía decidirme, razonadamente, o por la edición posterior a Caseros (1858), o por las siguientes (1852-1856); y en caso de decidirme por estas últimas, hacerlo entre la forma A de la edición de mayo o la forma B de la edición de julio. Yo he preferido la más antigua de todas (A), no sólo porque tal fué la primera expresión del pensamiento de Alberdi, al encenderse como una luz guiadora después de Caseros, sino porque ella es casi desconocida entre nosotros, al no haberse reproducido desde 1852. La forma prístina de las *Bases*, la obra acendrada del filósofo, el generoso mensaje del patriota ausente, la visión del profeta ajeno a las banderías del momento, es la que yo reedité, como un tácito reproche a los aventureros de la bibliografía, y como el mejor homenaje que pueda rendirse a la memoria de Alberdi, en cuanto fué con este libro un oportuno orientador de los destinos nacionales.

Las variantes anotadas entre las dos formas A y B de 1852 provienen principalmente de la presura con que, a raíz de la batalla de Caseros, escribiera Alberdi su libro para alcanzar los acontecimientos y adoctrinar a la opinión pública en vísperas de la Constituyente, convocada por el vencedor de Rosas. La victoria de Urquiza (3 de febrero) había sido la causa determinante de la primera edición (1° de mayo); y es posible que el acuerdo de San Nicolás (31 de mayo) influyese en las adiciones de la segunda (julio de 1852). La reunión de los gobernadores en San Nicolás había confiado a Urquiza el directorio provisional, encargándole la convocación del Congreso, tornando viable la Constitución que se anhelaba: de ahí que Alberdi agregase algunas consideraciones doctrinarias que corroboran su ideal (parágrafos IX, X, XII, XXII, XXVII, XXXI, XXXII, XXXIII, XXXIV, XXXVI) y el proyecto constitucional que lo concreta (XXXVII y XXXVIII), dando a los próximos congresales una guía de la cual podrían separarse, pero que les serviría para entrar en el debate concreto de la organización federal.

(1) La carátula reza la fecha de julio, aunque la « advertencia » está datada en agosto, o por haberse ésta agregado después, o por haberse impreso las tapas al comenzar el trabajo de imprenta.

Esa es la más alta gloria de Alberdi, y esa la gloria del libro que comentamos.

Una dificultad se me presentaba, y era que si prefería la forma A (mayo de 1852), sacrificaba las ampliaciones y el proyecto de la forma B (julio de 1852); y si prefería la forma B, por más completa, sacrificaba el texto prístino del pequeño libro venido de Chile a raíz de Caseros, que dió un primer impulso a la opinión en favor de la Constituyente, que ofreció su primer programa a la política de Urquiza, y que el pueblo designó con el nombre abreviado de *Las Bases*, allá por los días del acuerdo de San Nicolás y del Congreso de Santa Fe. Pero esa dificultad ha sido fácilmente salvada con el « apéndice » en el cual publiqué los substanciales agregados de las formas B y C, dejando sin embargo en su integridad el texto de la edición príncipe, durante más de medio siglo olvidada (1).

Al finalizar el año 1852, la famosa revolución del 11 de septiembre separó a Buenos Aires de la Confederación; el estado disidente rechazó la Constitución nacional sancionada pocos meses más tarde en Santa Fe (mayo de 1853); y esto agregó un nuevo elemento de pasiones a la política interna de la República. Alberdi, solidarizado por razón de las *Bases* con la política de Urquiza, vino a ser uno de los más activos focos de entusiasmo y rencor ante los nuevos sucesos. Su propaganda banderiza no cesó en muchos años, y aquella vehemencia partidaria llegó a turbar con sus ondas amargas la serenidad lustral de las *Bases*. El dejo de esas pasiones, justas o no, pero felizmente muertas ya para la historia argentina, quedó en la reedición de Besançon, que yo he desechado para preferir la de Valparaíso, porque en ésta palpita el ideal argentino anterior y posterior a Caseros, a Cepeda, a Pavón y a Puente Alsina: el ideal unánime que las nuevas generaciones necesitan para fundar la argentinidad imperecedera.

En las *Bases* de Besançon (1856), Alberdi vuelve a tratar la cuestión de la capital argentina, que había considerado también en las *Bases* de Valparaíso (1852). Seis años antes, en la fraternidad nacional de Caseros, creía que la capital debía ser necesariamente Buenos Aires, porque a las capitales de nación no las decretan las leyes sino las crean la geografía y la historia; pero en Besançon se le ve contradecirse, y sostener

(1) Me valí para la edición de la *Biblioteca Argentina* de los ejemplares existentes en el Museo Mitre, y de otro de la primera edición, gentilmente cedido por mi amigo el doctor Luis Roque Gondra, cuyo nombre consigno aquí en prueba de gratitud.

(parágrafo XXVI) que «todo gobierno nacional es imposible con la capital en Buenos Aires». Su dialéctica forense acumula argumentos para demostrarlo, y no se detiene ni ante el error ni ante la injusticia: «No se decretan las capitales de las naciones, se ha dicho con razón. Ellas son la obra espontánea de las cosas. Pues bien, las cosas del orden colonial hicieron la capital en Buenos Aires, a pesar de la voluntad del rey de España; y las cosas de la libertad han sacado de allí la capital, a pesar de la voluntad del Congreso argentino» (2). Y así concluye por declarar a Buenos Aires incapaz de la libertad, «que es un arte, un hábito, una educación». «Buenos Aires fué libertada contra su voluntad, por la espada victoriosa del general Urquiza», dice Alberdi en la edición de 1858. Hay en esto algo de verdad, pero mucho más hay en ello de sofisma político. El Congreso constituyente había decretado la federalización de Buenos Aires como capital: Buenos Aires lo rechazó, por causas complejas, y se constituyó en estado disidente. Alberdi era el vocero de las trece provincias confederadas. Para denunciar a la hermana rebelde y dar a las otras una doctrina, toma entonces la pluma del polemista e intercala sus alegatos de ocasión dentro del libro extraordinario que, en días más serenos, escribiera la pluma del filósofo. De pasajes análogos, abunda la edición de Besançon. He aquí por qué debamos, inteligente y patrióticamente, preferir la edición de Valparaíso, si se ha de dar a los estudiosos el texto de una edición casi inhallable, y si se ha de dar a los jóvenes — como es nuestro deber — la fuente de una doctrina incontaminada.

Se me objetará: en virtud de qué derecho desautorizo el texto de Besançon, que Alberdi dejó como definitivo. No lo desautorizo. Digo que siendo menos puro y más divulgado que el primitivo, a este otro le prefiero, por ser más puro y menos divulgado.

Además, las formas posteriores al 11 de septiembre y las anteriores, coinciden en lo fundamental de los ideales democráticos y argentinos: sólo difieren en lo accesorio de la política regional y de las pasiones personales. Y cuando las circunstancias exteriores variaron, Alberdi volvió a sus primeras convicciones, que eran las viejas y las buenas, ostensiblemente concordes con el destino manifiesto de su país. En 1880, Alberdi, vuelto a su país, asistió como diputado a los sucesos que erigieron a Buenos Aires en capital definitiva de la República, y escribió un

(2) En la época de esa nueva edición, la capital de la Confederación tenía su sede en Paraná, y el libro era editado por el gobierno nacional allí residente.

opúsculo sobre este gran suceso de nuestra historia contemporánea, celebrándolo como la realización de sus más genuinos ideales. « ¿ Con qué motivo he escrito este libro ? — se pregunta. — Todos saben que su autor, emigrado en Chile durante la tiranía de Rosas, escribió después de su caída, en 1852, el libro de las *Bases*, y el proyecto de Constitución para la República Argentina, que tuvo la sanción casi total del país y del Congreso constituyente de Santa Fe, en 1853. Estando el edificio levantado sobre esos fundamentos a la mitad de su construcción, a los treinta años de principiado se ha renovado la situación que dió lugar a su comenzamiento, y el autor, siguiendo el movimiento organizador del país, se ha creído llamado a trabajar en el acabamiento de la obra que ayudó a comenzar, escribiendo el presente libro, especie de segunda mitad complementaria del libro de las *Bases*, que el autor publica con el mismo espíritu patriótico, por el mismo móvil desinteresado que lo determinó a escribir las *Bases* » (1). Y al concretar después su juicio sobre la capital, como corolario de la organización preconizada en 1852, se pregunta : « Si los que aplaudieron *Las Bases* desaprobasen el corolario de ellas, ¿ estaría la instabilidad del lado del autor ? ¿ *No está el presente libro por la capital en la ciudad de Buenos Aires, como lo estuvo, hace 30 años, su libro las Bases ?* » (2). Como se ve, Alberdi olvidaba voluntariamente en 1881 lo que había escrito en la edición de Besançon, para recordar solamente lo que había escrito en la primitiva edición de Valparaíso. Era él mismo quien, implícitamente, desautorizaba sus ideas ocasionales banderizas, polémicas, en 1858, para solidarizarse en un acto meditado y trascendental de su vejez, con lo que el año 1852 había escrito en la madurez inspirada del destierro.

Con la experiencia de las *Bases*, que daba la pauta de la organización nacional, su autor compuso después un nuevo libro sobre la organización constitucional de los estados federales dentro de la nación : otro sobre el sistema económico y rentístico prescrito por su proyecto de carta para el país : un tercero sobre la integridad nacional de la República Argentina bajo todos sus gobiernos, un cuarto de comentarios a la Constitución, y, por fin, su ya recordado opúsculo sobre la capital

(1) Alberdi escribía estas palabras en 1881, es decir, a los 71 años. A la fatiga de la edad podría atribuirse la pobreza de la forma, pero el contenido de la obra vale como expresión definitiva de sus ideas y tiene, por más de una circunstancia, el valor de un verdadero testamento político.

(2) El subrayado ha sido puesto por mi, para acentuar el pasaje transcrito.

consagrada en 1880. Estas obras integran el sistema constitucional de nuestro autor, en relación con el gobierno federal y democrático de la Argentina. Sin duda, por la correlación de esos trabajos, suele notarse una tendencia a englobarlos en un nombre o volumen común con las *Bases* (1). Pero Alberdi publicó separadamente, y con títulos propios, esos diversos libros: 1° *Bases y puntos de partida para la organización constitucional de la República Argentina* (1852); 2° *Elementos de derecho público provincial argentino* (1853); 3° *Sistema económico y rentístico según la Constitución Argentina* (1854); 4° *La integridad nacional de la República Argentina bajo todos sus gobiernos* (1855); 5° *La República consolidada con su capital en Buenos Aires* (1881), etc. Por la diversidad de sus nombres y fechas, se trató, según se ve, de obras diversas, aunque ligadas entre sí por una cierta unidad de asunto y de propósitos, cuyo núcleo es, desde luego, el libro de 1852, con el cual se ligan también, formando sistema, otras obras menores como los *Estudios sobre la Constitución de 1853*. Todo ello forma, sin duda, « las bases » sobre las cuales descansa el edificio institucional de nuestro país, según el ideal de Alberdi, pero bibliográficamente deben considerarse separados, pues él no llamó de ese modo sino al pequeño volumen que yo reedité.

Organizada la Confederación de acuerdo con las *Bases* y bajo la presidencia de Urquiza, éste le envió a Europa como negociador diplomático. Aprovechó Alberdi su residencia en Francia para reeditar sus obras, agregándoles el texto de la Constitución sancionada en Santa Fe (1853), a la cual su proyecto de 1852 sirvió de « base y punto de partida para la organización nacional ». Sabido es que esa Constitución fué posteriormente revisada por Buenos Aires, y también retocada en ulteriores reformas; pero las instituciones federales y liberales que auspiciaron las *Bases*, han persistido en la ley, y las ideas de Alberdi continúan siendo el espíritu animador de nuestra carta. Establecer la comparación del primitivo texto constitucional con el vigente, es obra de estudios técnicos especiales, ajenos a mi propósito como director de la *Biblioteca Argentina* y como autor de esta noticia (2). En ella debo sólo advertir al lector desprevenido, que si este libro influyó tan pode-

(1) La edición de las *Obras completas* los pone sucesivamente en los tomos 3, 4 y 5. Alberdi mismo reunió cuatro de ellos en la edición de Besançon (1858), dentro de un solo volumen. Esto se ha repetido después, sin discernimiento, en alguna reedición argentina.

(2) Puse en el Apéndice de la citada edición, además del proyecto de Alberdi, la Constitución actual para meditación de estudiantes y ciudadanos.

rosamente después de Caseros, su influencia oficial declinó un tanto después de Pavón, y que, en muchos temas de nuestra política, hubo reacciones serias contra las pertinentes ideas de Alberdi.

En 1855, el gobierno de la Confederación, presidido entonces por Urquiza, mandó editar, a expensas del Estado, 3000 ejemplares de las obras constitucionales de Alberdi, incluyendo explícitamente por el decreto, las *Bases y puntos de partida*, los *Elementos de derecho público provincial*, el *Sistema económico y rentístico*, y el opúsculo sobre *La integridad nacional*. Los considerandos del decreto, refrendado por del Carril, y la comunicación al autor, firmada por Derqui, expresan que el gobierno se proponía educar al pueblo con dichas obras, y premiar al autor por los desinteresados servicios que con ellas había prestado a la República. Reunidas las cuatro obras en dos partes (XI, 360-CXV, 864 pág.) y prolongadas por su autor (París, 1858), éste señalaba su influencia en las siguientes palabras: « Es la segunda y tercera edición que se hace de estos libros (1), pues ellos han precedido en su formación al gobierno que hoy los hace reimprimir, y en cierto modo forman parte de los trabajos que han contribuído a organizarlo. » Así lo era en efecto, sin que tal cosa implique afirmar que la Constitución sancionada fuera su obra exclusiva, ni las *Bases* una especie de revelación mosaica de la ley dada por Dios en boca del insigne ciudadano que fué su autor (2).

Dos procedimientos de legislación ha señalado la ciencia jurídica en la organización política de las naciones: uno es el tipo de Inglaterra, consuetudinario y empírico; otro el tipo de la Francia revolucionaria, racional y sintético. Alberdi supo distinguir estos dos procedimientos, según lo verá el lector en una nota de su libro; pero me permito creer que él se equivocaba al pensar que con sus *Bases* había seguido el método racionalista de Sièyes y de la Asamblea francesa. En realidad, su proyecto de 1852 y el libro que lo preceden, surgían de las realidades mismas del país. Por eso estudia nuestras condiciones geográficas, demográficas, económicas, históricas y morales; y después de revisar los anteriores fracasos constitucionales, y las constituciones ensayadas en el resto de América, y las leyes de Indias y los sistemas idealmente posibles, concreta nuestra fórmula en su proyecto, que no es unitario ni

(1) Tercera de las *Bases*, o cuarta si contamos la de Buenos Aires (« Imprenta Argentina », 1852), que quizá se hizo sin su conocimiento.

(2) El antes citado ensayo de Groussac (que puede verse en los *Anales* y que ha sido reeditado en el tomo de sus *Estudios*) niega influencia a las *Bases*, con mucha dialéctica, pero no tanta que encubra el sofisma, causa de la escasa fortuna de aquel valioso ensayo.

federal (1). Por eso Alberdi pudo decir, en su prólogo de 1858, hablando de cómo las *Bases* había sido un «libro de acción»: «Hay siempre una hora dada en que la palabra humana se hace carne. Cuando ha sonado esa hora, el que propone la palabra, orador o escritor, hace la ley. La ley no es suya en este caso: es la obra de las cosas. Pero es la ley durable, porque es la ley verdadera.» Esta, de Alberdi, surgió de la realidad de nuestras cosas, por eso ha sido duradera. Luego no fué una Constitución racional, al modo de Sièyes o Rivadavia, sino de un tipo intermediario entre éste y el modo británico. El autor de las *Bases* descubrió en nuestra realidad el *logos* de su razón de ser histórica, y lo encarnó en ley duradera.

La inclusión de las *Bases* entre los grandes libros argentinos es ya indiscutible: por la importancia de acontecimiento político que el libro tuvo después de Caseros, y que Sarmiento y Mitre reconocieron entonces; por la influencia directa que el gobierno de Urquiza le atribuyó en documentos oficiales, señalándolo como fuente de las instituciones que nos rigen; y por el caudal de permanente doctrina cívica que sus páginas contienen, y que han pasado ya al *idearium* social de los argentinos. Alberdi mismo reconoció, en diversas ocasiones, que las *Bases* no le pertenecían, y que su obra sólo era una síntesis de las ideas que los proscriptos, en Chile y Montevideo, habían agitado por la prensa, desde la redacción del *Dogma socialista* (1837) en el cual colaboró con Echeverría. Demostrar la filiación de esas ideas fuera para mí tarea fácil, aunque larga y ajena a este lugar. Quede la exégesis para los eruditos de esa gloria — panegiristas o detractores de Alberdi — y vayan de nuevo sus ideas a la mente de las nuevas generaciones, en la diáfana prosa que fué la más indiscutible calidad literaria de este escritor docente.

Pues no hay en Alberdi un poeta de la palabra, ni un escritor a la manera moderna. Su estilo carece, como su vida, de plástica y sensualidad. Hasta su ritmo es escaso, bien que lo finge a veces, por la elegante fluidez de su discurso. Construye, en cambio, con las ideas, como un brujo platónico; y su arquitectura invisible está en la línea lógica del pensamiento. Fué un pensador ante todo, y un pensador ilumina-

(1) La obra de Alberdi — o sea nuestra Constitución — es el mejor argumento contra toda disputa partidaria sobre unitarismo y federalismo, que, a partir de él, la consideramos anacrónica. El capítulo pertinente de las *Bases* había aparecido quince años antes en el *Dogma* de Echeverría.

do. Entre los argentinos de su tiempo, no tuvo las calidades de voluntad que forman el hombre de acción, como Mitre y Urquiza; ni las de sensibilidad que forman el hombre de fantasía, como Sarmiento y Mármol. Fué pensador a secas, o sea filósofo; las ideas le dieron a un tiempo —como se ve en las *Bases* — las emociones propias de la creación poética y de la creación pragmática. Mas, para comprender bien sus aforismos, conviene leerlos en el pasaje donde fueron escritos. Por ejemplo, su frase: *gobernar es poblar*, adquiere muchas limitaciones en su libro, y muy diverso sentido del que suele atribuirle el vulgo político que la repite. Yo he protestado de ello en mi *Restauración nacionalista* (capítulos I y VII), para decir que su ideal no consiste en poseer una población numerosa por simples agregaciones materiales, sino en forjar un pueblo elegido por ardientes fusiones espirituales. Así, el problema de la inmigración, fatalidad impuesta por el desierto, se integra con la educación, necesidad impuesta por la cultura. Si Alberdi sólo hubiera preconizado el cosmopolitismo y la riqueza, abominaríamos de su innoble materialismo. Por haber formulado en las *Bases* más altos ideales de argentinidad y civilización, reedité ese libro en la *Biblioteca Argentina*, seguro de que entregaba a los jóvenes un excelente «doctrinal» de gobernantes y ciudadanos.

III

En 1852, las *Bases* fueron la enunciación de un ideal. En 1878, veinticinco años después, muchas ilusiones se habían desvanecido, y entonces apareció *Luz del Día*, que es una caricatura de aquel ideal en el ambiente de la realidad americana.

La obra de Alberdi a que me refiero, se halla dividida en tres partes. La primera relata cómo la verdad, hastiada de mentiras e iniquidades en Europa, resuelve emigrar a América, disfrazada de mujer, bajo el nombre ficticio de *Luz del Día*, y cuenta las aventuras que aquí le ocurren al conocer a Tartufo, a Gil Blas, a Basilio, emigrados también y transformados en descollantes personajes políticos. La segunda parte refiere cómo la verdad, «cansada de bribones, busca a los viejos caballeros españoles», y se encuentra con el Cid, Pelayo, Fígaro, Tenorio, y da por fin con Don Quijote entregado a la aventura de colonizar la Patagonia y organizar en ella una república de carneros. En la tercera parte, después del vergonzoso fracaso del estado de Quijotania —como

se llama la república ensayada por el Manchego. — *Luz del Día* se decide a dar una conferencia sobre el « sufragio universal de la universal ignorancia » y sobre el problema de la libertad en las repúblicas hispanoamericanas.

Semejante libro, que según su argumento se titula *Peregrinación de Luz del Día* o *Viaje y aventuras de la Verdad en el Nuevo mundo*, es una de las más originales obras de nuestras letras (1). Lo es desde luego por su plan, por su contenido psicológico, y por la intención política del autor. Dijérase una novela, aunque sus personajes — evidentes alegorías — carecen de vida concreta, como su asunto carece de continuidad y movimiento. Por la falta de acción y la abundancia del discurso (pues sus personajes son más bien interlocutores que protagonistas), participa también en la índole de los « diálogos filosóficos ». Pero nada se parece menos que esta obra a los diálogos de Platón, dado que sus interlocutores disertan sobre cosas pedestres de la vida republicana, y en lo que hacen o dicen mézclase por igual la vena funambulesca y el humor pesimista. De ahí que, en caso de buscarse un entroncamiento clásico a su linaje, sea menester remontarse más bien a los diálogos burlescos de Luciano, que probablemente Alberdi no conocía. No hay en la obra del sofista argentino indicio de que hubiese leído las del sofista de Samosata, pero hay alguna semejanza entre los diálogos de la primera o segunda parte de *Luz del Día* y ciertos coloquios como *El Sueño* o los *Diálogos de los Muertos*, cuando intervienen personajes políticos. Pero esa analogía no va más allá de la intención y del procedimiento. Sus personajes — llámense Tartufo, Gil Blas, Quijote o Basi-

(1) *Luz del Día* ocupa el 7° volumen de las *Obras completas*, pero sus editores, siguiendo una llevadera costumbre, no indican de dónde fué tomado su texto : si de los originales del autor, o de una edición precedente. Es muy probable que se valieran de la edición impresa por Casavalle en Buenos Aires, sin fecha, y con esta interesante portada : *Peregrinación* | *de* | *Luz del Día* | *o* | *Viaje y aventuras de la verdad* | *en el* | *nuevo mundo* | Cuento | publicado por A** | miembro correspondiente de la academia española. — Tal edición ha circulado también con tapas falsificadas donde se lee : *Peregrinación* | *de Luz del Día* | *o* | *Viaje y aventuras de la verdad en el nuevo mundo* | Cuento | publicado por A** | (Juan Bautista Alberdi) correspondiente de la Academia española | Buenos Aires | 1906 | . Pero examinando la portada y el texto, se ve que se trata de una refacción clandestina de la anterior, pues adentro dice : Buenos Aires | Carlos Casavalle, editor | imprenta y librería de Mayo | 241, calle de Moreno y calle Perú, 64 | propiedad del editor | . — Aunque de Casavalle, tal edición fué impresa en Francia, supongo que bajo la vigilancia del autor. Por eso la he preferido cuando la reimprimí en la *Biblioteca argentina* (t. IX).

lio, — son simples nombres simbólicos, y con ellos alterna *Luz del Día*— prosopopeya de la verdad, — tan poco humana en su condición corpórea, que confiesa no ser ni macho ni hembra, ni hombre ni mujer, como los querubines o demonios de ciertas mitologías. A esto se agrega una muchedumbre de « carneros », cuyo discurso es monosilábico, y que representan el pueblo de una tentativa democrática y socialista en América. Como se ve, linda también esta obra con la fábula : pero cuando nos inclinaríamos a considerarla como tal, nos encontramos con que su última parte es una conferencia sobre el sufragio y la libertad, puesta en boca de *Luz del Día*, aunque pudiera estarlo en boca de un apóstol de la verdadera democracia en América. Por eso digo que es uno de los libros más originales de nuestra literatura, sin que esto implique afirmar que sea uno de nuestros libros más bellos, pues trátase, en realidad, de una obra cuya flaqueza reside, no tanto en muchas de las doctrinas que atribuye a sus interlocutores, cuanto en los defectos de forma que afean no pocas de sus páginas.

Es *Luz del día* uno de los libros donde Alberdi incurre en mayor número de giros vulgares o de barbarismos inelegantes, cuya índole se verá por los siguientes ejemplos : « Dándose a estas reflexiones generales, cedía olvidada *Luz del Día* a sus hábitos sedentarios que tenía en Europa, sin acordarse que *estaba* en un mundo que *debe* estudiar *d'après nature*, y del cual no conocía directamente hasta ese momento sino a Tartufo, es decir, a la mentira interesada tal vez en extraviar y perder a *Luz del Día*, desde sus primeros pasos, en las simpatías de América » (1). Esto dice en el parágrafo 15 de la primera parte : en el 29 (I) nos dirá : « Él conoce el lado *farsista* de la vida... » (2) : y en el 14 (II) : « Él hace la persona o *rol* social del hombre, de la familia, que es *almáciga* de la sociedad, de la propiedad o el patriotismo de que vive la familia ; el movimiento de la propiedad en los contratos y testamentos,

(1) Me he reducido en ese párrafo a señalar la grave falta de concordancia en el tiempo del verbo *(estaba, debe)*, dejando de lado otros lunares : *« sus hábitos sedentarios que tenía en Europa »*, — *« que tenía... que estaba... que debe »*, — *« no conocía directamente hasta ese momento »*, — *« a la mentira interesada tal vez en extraviar y perder »* ; para no citar también la vacilación de giros y locuciones, o las asonancias finales : *conocía, mentira, día, simpatía*, etc., cosa excusable esto último, al lado de otros errores inexcusables.

(2) *Farsista* figura en el diccionario, pero su aplicación adjetiva a « lado de la vida », resulta por lo menos inelegante. Alguna vez, anticuadamente, se llamó *farsista* al autor de « farsas » o « comedias », como en su origen se dijo *farsante* al cómico o actor.

que hacen circular la propiedad *alrededor* de toda la sociedad, como el agua que riega el huerto » (1) ; y en el 22 (III) : « ...la historia coincidió con *el confortable* en este punto... ». Todo ello para no citar sino ejemplos típicos en cada una de las partes de la obra, pues de solecismos y vulgaridad literaria está plagada por lo menos la mitad del texto.

Quiero decir con ello que no recomiendo esta obra como modelo de belleza artística, o siquiera de corrección gramatical. Sabido es que Alberdi no fué un artista de la palabra, sino un pensador pragmático que usaba de la palabra como medio de acción. Él mismo ha dicho de su obra : « Mis escritos son acciones. No son escritos literarios : son actos de coraje, de patriotismo, de sinceridad » (2). Él mismo se ha definido así, por consiguiente, con tanto acierto, que no encontrarán irreverente mi juicio algunos ciegos y mediocres admiradores suyos, que han causado a su gloria mayor daño que sus enemigos inteligentes. La virtud de su prosa consiste en la fluidez y la claridad, indispensable a la economía vital del pensamiento más bien que a la condición estética del estilo. Tampoco demostró jamás un profundo conocimiento del castellano, que no dominaba, ni por aptitud de raza, ni por disciplina de estudio (3). Él mismo ha confesado también cuáles fueron sus lecturas favoritas (4). « Se ve por este catálogo — dice des-

(1) Se refiere al Código civil.

(2) *Obras póstumas*, tomo XV, página 251.

(3) Como se sabe, el padre de Alberdi era vizcaíno, y es bien notorio que de las regiones vascongadas no han salido poetas sensuales, ni hablistas en la península. Hombres de acción, eso sí : como Juan de Garay e Ignacio de Loyola, y filósofos fuertemente individualistas. Son regiones, además, donde la lengua materna no es el castellano y donde la lengua regional es bien escasa de obra poética, a pesar de la antigüedad y carácter de la raza vasca.

Se ha dicho, con razón, que el vasco es el alcaloide del castellano, por su vieja radicación peninsular ; pero no del idioma castellano, ciertamente, desde el punto de vista filológico y estético, a pesar de las teorías del señor Cejador...

(4) Entre sus autores casi exclusivos cita a Volney, Holbach, Rousseau, Helvecio, Cabanis, Richerand, Lavatter, Buffon, Bacon, Pascal, La Bruyère, Bentham, Montesquieu, Benjamín Constant, Lerminier, Tocqueville, Chevalier, Bastiat, Adam Smith, J. B. Say, Vico, Villemain, Cousin, Guizot, Rossi, Pierre Leroux, Saint-Simon, Lamartine, Destut de Tracy, Víctor Hugo, Dumas, P. L. Couvier, Chateaubriand, Madame de Staël, Lamennais, Jouffroy, Kant, Pothier, Pardessus, Troplong, Heinecio, *El Federalista*, Story y, como únicos españoles : Martínez de la Rosa, Donoso Cortés y Capmany. (Véase tomo XV — *Póstumas*, — página 308-309.) Sabido es que del mismo achaque padeció Echeverría — también mediocre hablista — y Sarmiento, a quien le salvaron la pu-

pués de mencionarlos — que no frecuenté mucho los autores españoles ; no tanto por las preocupaciones antiespañolas, producidas y mantenidas por la guerra de nuestra independencia, como por la dirección filosófica de mis estudios. En España no encontré filósofo como Bacon y Locke, ni publicista como Montesquieu, ni jurisconsulto como Pothier. La poesía, el romance y la crónica, en que su literatura es tan fértil, no eran estudios de mi predilección. Pero más tarde se produjo en mi espíritu una reacción en favor de los libros clásicos de España, que ya no era tiempo de aprovechar, *infelizmente para mí, como se echa de ver en mi manera de escribir la única lengua en que no obstante escribo* » (1). Las palabras que subrayo, prueban cómo en la edad madura, al completar su educación, comprendió ese error de su mocedad, en que otros escritores de la nueva generación han incurrido. Por no hallar en España obras de pensamiento científico o filosófico acomodado a las necesidades modernas, creyeron que debía desecharse el estudio de la literatura española, sin comprender que esa es la mejor disciplina para conocer el alma de la nación progenitora y para adiestrarse en el idioma de la que ha venido, por obra de la colonización castellana, a ser la lengua del pensamiento nacional en América. Era tarde ya, cuando Alberdi, recordando su juventud, pudo escribir estas otras aleccionadoras palabras : « Yo tenía invencible afición por los estudios metafísicos y psicológicos. Gutiérrez me afeaba esta acción y trataba de persuadirme de mi aptitud para estudios literarios (2). Mi preocupación de ese tiempo contra todo lo que era español, me enemistaba con la lengua misma castellana, sobre todo con la más pura y clásica, que me era insoportable por difusa (3). Falto de cultura literaria, no tenía

reza del medio sanjuanino y la aptitud atávica, según él lo confiesa. Sarmiento, es, en efecto, uno de nuestros escritores más « españoles » en ritmo, léxico y sintaxis, aunque se muestre a veces antiespañol en las ideas. Habla mal de España como los demás españoles, cosa distinta de los que hablan mal de España en un dialecto híbrido, aunque creen escribir en castellano...

(1) *Obras póstumas*, tomo XV, página 309.

(2) Se refiere a Juan María Gutiérrez, su amigo fraternal en la juventud y la madurez. Gutiérrez fué matemático y filósofo, además de poeta y crítico literario ; mas no descuidó sus letras españolas, bien que esto no le impidiese alardear de americanismo (aun siendo el escritor más castizo de su generación), tanto que rechazó su nombramiento de corresponsal de la Academia española.

(3) De difusos pueden ser acusados algunos ingenios de segundo orden, malos imitadores de Cervantes o divagadores del krausismo, que es español falsificado de alemán ; pero eso no es defecto del idioma, sino de los necios que así lo manejan. Difusos no son

el tacto ni el sentido de su belleza. No hace sino muy poco que me he dado cuenta de la suma elegancia y cultísimo lenguaje de Cervantes.

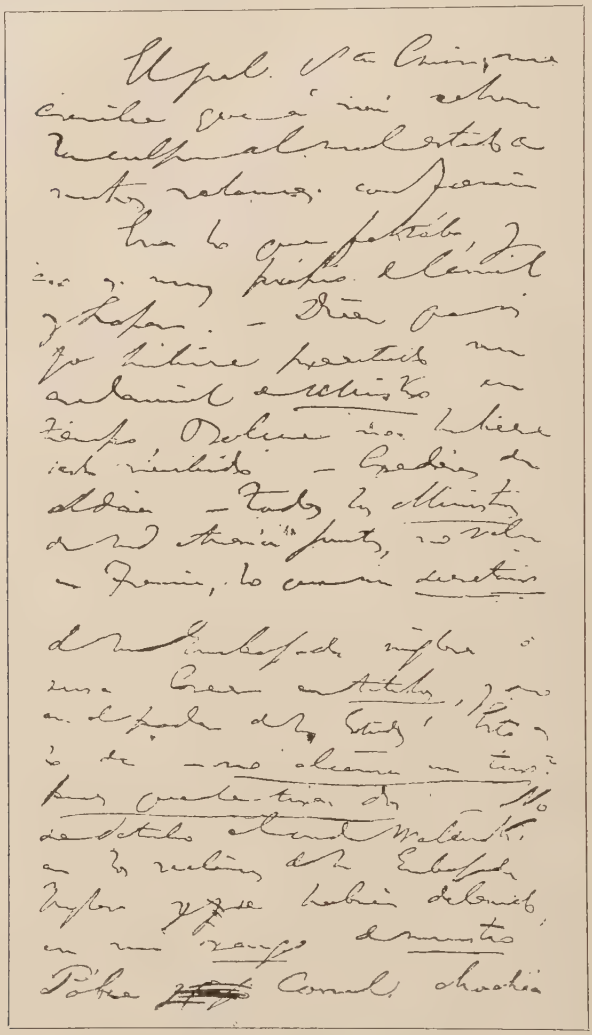


Fig. 45. — Autógrafo de Alberdi

ni Quevedo, ni Gracián, ni Granada, ni Torres Villarroel, ni Santa Teresa; antes por lo contrario, asombra en esta última, su esfuerzo logrado al definir en sencilla lengua humana hasta sus visiones divinas.

Cuando en Madrid me encontré en el seno de algunas familias, más de una vez el habla de los niños y de las damas me distrajo de la música misma, por la armonía de su acentuación » (1). Esa deficiente educación literaria era el resultado, como Alberdi lo reconoce, de las aversiones contra España, que a su generación transmitiera la guerra de la independencia. A este motivo sentimental se sumaron más tarde las tendencias románticas venidas de Francia, las cuales tuvieron por precursor a Echeverría, por paladín a Sarmiento. El romanticismo fué en tal sentido una especie de colonización intelectual, pues a los ya destronados maestros clásicos de la vieja España, que los colonizadores trajeron, los reemplazaron por los nuevos maestros cosmopolitas de « la joven Europa ». Esto fué saludable para la libertad, en cierto sentido de las nuevas ideas, pero funesto para la verdadera cultura del idioma. Entonces comienza esta barbarización de nuestras letras, de la cual nuestro Alberdi tardíamente se lamentaba, y de la cual su *Luz del Día* es documento penoso, que sólo resiste por la agudeza de su crítica y la agilidad de sus ideas, aunque no por la prosa en que se halla escrita. Y en lo que más se advierte la falta de educación literaria y de conocimiento inteligente de buenos libros castizos, es en los pasajes donde hace hablar a Don Quijote y Sancho. El espíritu de estos héroes está de tal modo adherido a su lenguaje, que un lector de nuestra raza y nuestro idioma tiene que rechazar, por ser engendro monstruoso, frases como ésta que Alberdi atribuye a Don Quijote : « El *sí* de los pueblos modernos es el *fiat* del *Génesis* político : ellos hacen la ley, como Dios hizo la luz : con un vocablo ». ¡ No ! Es imposible que Don Quijote, aun emigrado a América y dado a empresas colonizadoras, pueda hablar en ese lenguaje mestizo y pedante de jacobino de los trópicos...

Me he detenido en ese aspecto literario de la prosa de Alberdi, porque su *Luz del Día* es uno de los pocos trabajos suyos en el que hay asomos de composición imaginativa. Compuso artículos de crítica literaria y social en su juventud ; más tarde viajes y memorias y también comedias de asunto histórico ; pero siempre elaboró sobre la realidad concreta de la vida política o sobre la substancia del pensamiento abs-

(1) *Obras póstumas,* tomo XV, página 259. A propósito de esta confesión, conviene recordar la afición de Alberdi por la música y sus estudios musicales de la juventud. Nos prueba esa anécdota, que la pobreza literaria de Alberdi fué no tanto ineptitud atávica — argumento discutible, aunque no desdeñable, — sino incultura en letras castizas. Advirtamos, además, que su prosa fué más cuidada en sus primeros ensayos, y que empeoró en la vejez.

tracto. Este libro, en cambio, tiene apariencias de novela, aunque ya he dicho que no es una novela ; pero también presenta aspectos de libro de viajes, de memoria, de fábula, de diálogo filosófico, de conferencia didáctica, de oratoria, de sátira, de polémica, de tratado político, de tantos géneros, en fin, que, por su misma complejidad, habría requerido una imaginación más fértil, un ingenio más plástico, un estilo más poético en su potencia de creación, de evocación, de animación para las cosas imaginadas.

A pesar de tan graves defectos, *Luz del Día* es, no solamente obra original por su composición y sus ideas, sino obra emparentada con casi todo la labor de Alberdi. Las principales doctrinas y pasiones de su autor aparecen aquí, aunque en perspectiva convencional o ambiente ficticio. Los sueños que él acariciara y las cosas que combatiera, están como estilizadas en este libro, y no hay una sola de sus experiencias y sus obras, que no haya sido puesta a contribución para elaborar esta nueva, que a todas las resume, como la nueva liga a los metales del crisol ardiente. Logra así *Luz del Día* extraordinario significado con relación a la vida y la obra de Alberdi, y con relación al medio social americano, del cual es una caricatura rencorosa y una crítica justa. Y lo peor de esa caricatura se halla en la democracia de Quijotania (segunda parte), y lo peor de esa crítica en la conferencia final de *Luz del Día*.

Tal conferencia, y las persistentes conversaciones de *Luz del Día* con sus amigos en la primera y la segunda parte, dan ocasión a numerosas sentencias, que aunque no sean todas aceptables, constituyen la parte más útil y sabrosa del libro.

De dichas sentencias transcribiré unas cuantas como ejemplo : « Así se explica que los que hoy pasan por liberales, no procedan en política sino por los mismos medios de que se servían cuando pasaban por jesuítas » (I, 10). « Las logias son instituciones de libertad en países esclavos ; pero en países libres, cuando no son máquinas de opresión, son meras sociedades cooperativas, compañías de asistencia mutua, de abjuración recíproca de toda opinión propia » (I, 13). « Gobernar es poblar ; pero poblar es un arte, una ciencia ; la rama más importante de la ciencia del gobierno, que es la *economía política*, es decir, la economía discreta, juiciosa, que no comete la impolítica de confundir la población mala con la buena, despoblando en vez de poblar : porque envenenar un país, física y moralmente, es despoblarlo y hacerlo retroceder más atrás de la barbarie » (I, 15). « El arte de poblar no es poblar

lo que está poblado, sino lo que está desierto » (1). « El crédito, a la inversa del robo, consiste en disponer de lo ajeno, con la voluntad de su dueño » (I, 16). « He aquí por qué he buscado el poder material o temporal como medio de ejercer el poder espiritual, siempre por el camino de las creencias materiales, naturalmente, ya que las creencias religiosas disminuyen » (I, 16). « La quiebra moderna es una operación de crédito sancionada por los usos comerciales » (I, 17). « La prensa es como esos teatros hechos para dar espectáculos diurnos con luz artificial; todo su objeto es evitar que penetre la luz del día para que no extinga la luz escénica » (I, 19). « No comprendo cómo un italiano o un francés, que no ha dejado de ser francés o italiano, puede ser *patriota* de una *patria* que no es la suya » (I, 26). « El medio natural y obvio de tener una condecoración es pedirla. Jamás un republicano de América la tuvo en Europa sin pedirla » (I, 31). « Ser libre es gobernarse a sí propio » (III, 4). « La verdad no debe dejar ignorar a la Europa que en Sud América la *política* y la *sociedad* son dos mundos diferentes que parecen no ser mitades de uno mismo » (III, 26). « La ignorancia del pueblo en el gobierno de sí mismo, es una mina de poder para los gobernantes sin probidad, que son los negreros de sus compatriotas, al favor de esa ignorancia » (III, 18) (2). Sentencias de este género pudiera transcribir numerosas, porque el libro está nutrido de ellas, bien que no escasean también escenas cómicas o diálogos de punzante sátira a los profesionales de la política.

Hallándose *Luz del Día* en la alcoba de Tartufo, éste comienza a vestirse, y como *Luz del Día*, que lo ha conocido clérigo en Europa, le pregunta por su sotana para alcanzársela, Tartufo le responde :

« — Mi sotana actual es esa blusa garibaldina, que ruego a usted pasarme, y ese casquete rojo.

« — ¡ Una blusa garibaldina ! ¡ Un casquete rojo ! Pues qué : ¿ ha dejado usted de ser Tartufo ? — exclama *Luz del Día*.

« — Es porque lo soy más que nunca, que llevo esos vestidos del sa-

(1) Recomiendo esas dos últimas sentencias, que pertenecen al mismo capítulo *(Casos en que poblar es asolar)*. Les hace falta leerlo a los que tanto citan a Alberdi a propósito de inmigración. Él también, como Sarmiento, rectificaba así en la madurez las predicaciones teóricas de su juventud.

(2) Adviértase que dice *ignorantes* y no *analfabetos*. Esto es importante, porque los profesionales de la política electoral creen que se realiza la democracia consciente con sólo enseñar a leer. El sufragio no consiste en el acto de deponer libremente el voto, sino en el de saber deliberar conscientemente antes de deponerlo.

cerdote armado de la libertad republicana. Yo sería un imbécil en pretender ocultarme hoy día con disfraces religiosos. Para hacerme conocer de todo el mundo, no necesito sino tomar mi traje del siglo XVII, ir a misa, llevar rosario, confesarme a menudo. Todo eso es de la táctica vieja y abandonada. Yo visto hoy día las armas del siglo en que vivo» (I, 7).

No son menos picantes los diálogos y escenas de la segunda parte, cuando presenta a los carneros de Quijotania (1) convertidos por la ley y sus libertadores en ciudadanos y legisladores ellos mismos. Pero tanto esta parte como la anterior, son la crítica de las sociedades hispanoamericanas bajo el disfraz de sus alegorías, siendo los personajes de la primera parte protagonistas de su vida política, y los de la segunda, próceres del gobierno parlamentario. De esa crítica hostil, extrae entonces *Luz del Día* una experiencia y una doctrina, que se decide a exponer en la conferencia final, argumento de la tercera parte. Esa doctrina o consejo de la verdad a nuestros pueblos consiste en aconsejarles la libertad por el gobierno de sí mismo, que se logra en la propia cultura — premisa que aplaudo en su integridad : — y, para hacer posible ese programa, en aconsejarles que se sajonicen — corolario que rechazo en absoluto. — Esa teoría de la raza como factor material de la civilización ha sido una de las supersticiones científicas de los últimos tiempos, y estaba en auge cuando Alberdi escribió. Empieza ya a desvanecerse, y no pocos sociólogos modernos se inclinan a conceder más valor al medio físico y a los factores morales de la civilización, que son, al fin, más concretos y reales que la raza, cuyas entidades específicas parecen cada día más improbables (2). Por otra parte, no veo que los pueblos no latinos o sajones, o septentrionales, o como quiera llamárseles, sean específicamente superiores a los nuestros, ni en probidad, ni en libertad, ni en inteligencia ; y si lo fueran, quedaría por demostrarse hasta dónde los Estados Unidos, por ejemplo, son sajones, y deben su superioridad al elemento étnico, y no a ventajas de posición geográfica, de ocasión cronológica y de educación. Tal es la parte fun-

(1) Este hubiera sido del todo un nombre feliz si Alberdi, en vez de escribir *Quijotania*, como escribe, hubiera escrito *Quijotania*, como filológicamente cuadraba a esta derivación. Pero ya hemos visto que Alberdi no es un hablista ejemplar.

(2) Bien entendido que me refiero a la raza como tipo fisiológico o antropológico irreductible, y a las fuerzas psicológicas de la sociología, tal como las ha dilucidado Lester Ward en sus *Factores psíquicos de la civilización*. Véase al respecto lo que digo de la raza en *Los gauchescos* (cap. II, «La raza nativa»).

damental de la doctrina de aquel libro, y aconsejo al lector novel leerla con precaución y espíritu crítico. Quizá no fuera impertinente recordar que José Manuel Estrada escribió, muchos años hace, la mejor réplica a estos sofismas de *Luz del Día* y de Alberdi, en un acabado comentario sobre esta parte de la obra (1).

Propuso Alberdi en *Las Bases* los principios constitucionales de la nueva sociedad argentina, reorganizada después de Caseros, y escribió en *Luz del Día*, cuatro lustros más tarde, su crítica más acerba, aunque velada, sobre las condiciones reales de la sociedad donde ese ideal democrático habría de practicarse. Así, el primero de esos libros — ya comentado en el parágrafo anterior — tiene su contradicción y complemento en este otro, donde hallaréis opuesto a la visión austera del ideal democrático soñado entonces para América, la realidad mezquina de nuestros pueblos todavía incapaces, por incultura, no ya de la libertad, sino hasta del trabajo y de la crítica primordiales. La crítica de nuestros hombres y nuestras cosas la formula Alberdi por boca de *Luz del Día*, que, como antes he dicho, es una personificación de la Verdad, según el revelado intento del autor, aunque José Manuel Estrada ha observado con aticismo: «*Luz del Día* dice verdades, pero no es la verdad». En efecto, hay en sus discursos una alta independencia de juicio y una severa valentía moral para formular sus sentencias; pero, desgraciadamente, muchos sofismas del razonamiento parcial, hartos errores de la información incompleta, graves injusticias de la pasión vengativa, danos Alberdi en boca de esa Verdad, que así resulta una simple imagen de su propia conciencia, atormentada y profunda, mas no la divinidad luminosa que él creyó concebir, a la manera de una nueva Pallas, sin sexo ni pasiones, con el alma serena, como el reflejo de los ojos claros, tan bellamente encarecidos por un carmen de Hesiodo.

IV

Todo cuanto Alberdi realizó y escribió en su juventud acredita su nutrido ingenio; pero es indudable que si hubiera muerto a los cuarenta años, antes de Caseros, su personalidad simpática atraería nuestra atención entre otras secundarias figuras de la pléyade, pero no se

(1) *Revista del Río de la Plata*, tomo XI.

destacaría con tan altos relieves entre los siete grandes varones de la proscripción.

Alberdi combatió a Rosas desde la frustrada campaña de Lavalle, cuyo secretario fué en Montevideo (1839), hasta la triunfante campaña de Urquiza, cuyo consejero fué desde Chile. Después de las *Bases*, desempeñó una misión diplomática en Europa, como representante de la Confederación Argentina ante los gobiernos de Inglaterra, España, Francia y la Santa Sede. Ésta fué la única función oficial que Alberdi desempeñó en su vida, si excluímos su efímera diputación por Tucumán en 1878. Al concluir la presidencia de Urquiza, se creyó que podría sucederlo en el gobierno; pero lejos de alcanzar esa magistratura, vió llegar hasta ella a Mitre y a Sarmiento, adversarios suyos. Luego fueron presidentes hombres de una generación posterior, Avellaneda primero y más tarde Roca. Su tiempo había pasado, sin duda. Volvió a su país en 1878, y el anciano extraviado fracasó nuevamente en política, alejándose otra vez a su retiro de Francia, donde falleció el 18 de junio de 1884. Trágicos fueron aquellos últimos años de su vida; honda la desesperación del solitario. La miseria, la vejez, la enfermedad y la locura, vinieron a ensombrecer del todo el lecho del ilustre agonizante. Y al considerarlo así, tan despojado de poder político, ausente siempre de su país, uno se asombra más de la influencia que entre nosotros ejerció, y se siente más atraído por el misterio de su vida, buscando descubrir en el fracaso del gran solitario la causa principal de sus contradicciones y sus errores, a la vez que en su aislamiento la fuerza de libertad mental que enciende su palabra. El joven elegante y brillante que frecuentó los salones porteños de 1832, parece un misántropo en la sombría madurez. El conspirador arrojado que acompañó a Lavalle en 1839, parece un abúlico a partir de 1852, y cuando Urquiza lo llama, prolonga su destierro y al fin se detiene en el umbral de la acción. Sus escritos son un monólogo que duró cincuenta años, y ellos explican muchos enigmas de su vida extraordinaria.

Podríamos dividir la vida de Alberdi en tres jornadas cronológicas: la primera, de aprendizaje dentro y fuera de las aulas, desde su cuna tucumana hasta su *Preliminar del derecho* y su colaboración en el *Dogma* de Echeverría (1810-1837); la segunda, de expatriación y combate político contra Rosas, incluyendo la fuga a Montevideo, el viaje a Europa y la residencia en Chile hasta la redacción de las *Bases* (1838-1852); la tercera, desde el conflicto de la Confederación con Buenos

Aires hasta la federalización de esta ciudad, incluyendo sus obras de polémica política, de doctrina jurídica, de economía social, sus gestiones diplomáticas por Europa y su definitiva radicación en Francia hasta el año de su muerte (1853-1884). Pero si dejamos de lado lo que hay de externo en una biografía para atender exclusivamente a su obra intelectual, la división más lógica de su bibliografía habrá de consistir en sólo dos períodos, lo anterior y lo posterior a las *Bases*. De ahí que me haya detenido en el estudio de ese libro fundamental y de los que con él se relacionan.

Del propio modo que al empezar este capítulo he señalado en la obra de Alberdi las páginas autobiográficas sobre su juventud, debo señalar ahora las que refieren o comentan la propia vida del autor después de Caseros.

Apenas iniciada la disidencia de Buenos Aires con la Confederación, Alberdi trabóse en recia polémica con Sarmiento. Éste escribió las *Ciento y una;* aquél, las *Cartas sobre la prensa y política militante en la República Argentina* (1853), libro familiarmente conocido con el nombre de *Las Quillotanas*, porque Alberdi las escribió desde Quillota, en Chile, donde aún residía. Los dos apasionados combatientes pusieron al desnudo su psicología en ese encuentro. Sarmiento escribía en Buenos Aires, ciego de pasión personal, y dialogaban, con los Andes de por medio, sobre el destino de la República y sobre sus respectivas personalidades. De ahí el valor biográfico, a la vez que literario y político, de aquella polémica famosa. Ya Sarmiento había tomado posición contra Urquiza con su libro *La campaña del ejército grande*, y era la política de Urquiza lo que Alberdi defendía con una eficacia dialéctica que todos reconocieron y que nadie en su tiempo superó.

La correlación de la bibliografía de Alberdi con su propia biografía, se continúa principalmente en los *Escritos póstumos*, donde encontramos el *Diario* de su segundo viaje a Europa, los apuntes de su cartera de diplomático, su correspondencia con los hombres del Paraná, y no pocos fragmentos escritos con deliberada intención autobiográfica, principalmente en los tomos que se titulan *Miscelánea*, *Memorias* y *Documentos*. Pero ya en las *Obras*, impresas en vida del autor, habían sido incluídos el manifiesto que llamó *Palabras de un ausente*, impreso por primera vez el año 1874 como explicación de su propaganda, y su conferencia sobre *La omnipotencia del estado*, escrita en 1880 para nuestra Facultad de derecho, y que por su data y su asunto, puede considerarse como su testamento filosófico, pues se inspira en las doc-

trinas del individualismo británico, que dieron sentido ético a su soledad de hombre y a su rebeldía de pensador.

Ya hemos visto que Alberdi cultivó en su juventud la música, la estética, el teatro, y que escribió ficciones en prosa, artículos de costumbres, biografías, relatos de viaje, teñidos de sentimiento y de color, románticos, propios de la generación en que formó sus gustos literarios. Pero a medida que entró en la madurez, definiendo su propia personalidad, abandonó la hojarasca de las puras letras, que era en él postiza, para no cultivar sino temas de ciencias sociales en una prosa cada vez más austera. Cierto que a la segunda época de su vida corresponden la biografía de *William Wheelwright* (1876) y la ficción novelesca *Luz del día* (1871), pero ambos llevan confesado propósito de docencia social.

Abundante es, en materias de política, derecho y economía, la obra del publicista, cuya matriz está en las *Bases*. En las *Obras* se encuentran los siguientes opúsculos: *Los argentinos residentes en Chile* (1852), *Las cosas del Plata explicadas por sus hombres* (1858), *Buenos Aires y la Confederación* (1860), *Crisis política de la República Argentina* (1861), *De la anarquía y sus causas* (1862), *Sobre el tratado de España y la Argentina* (1864), *Las disenciones de las Repúblicas del Plata y las maquinaciones del Brasil* (1865), y a la par de este último otros panfletos sobre la diplomacia brasileña, la guerra del Paraguay, los intereses del Pacífico, el comercio europeo en América, la navegación de los ríos, el derecho civil y constitucional de la sociedad argentina. Esta serie se continúa en los *Escritos póstumos*, bajo los títulos de *Estudios económicos*, *El gobierno y sus formas*, *Ensayos y notas sobre la sociedad en Sud América*, páginas a veces resplandecientes de verdad, a veces turbias de rencor, incorrectas a ratos, como de redacción provisoria o apuntamientos íntimos, mas por eso mismo desenfadadas en su tono audaz, y en todo caso reveladoras de la psicología de Alberdi y del problema democrático en América, que fué su continua preocupación. Pues en cuanto a su patriotismo, Alberdi era un americano de la independencia. Ya en 1844 había publicado en Chile una *Memoria sobre la conveniencia de reunir un Congreso continental* y en sus *Escritos póstumos* hay numerosas páginas sobre *Derecho internacional*, rama jurídica con la cual lo habían familiarizado su sentimiento americano, su vida de diplomático y su larga residencia en Europa. Así podemos decir que no se le escapó ninguno de los aspectos jurídicos, económicos o sociales del problema de América. Afrontó su estudio a la luz de altos maestros

europeos — Tocqueville, Savigny, Adam Smith, Stuart Mill, Spencer y tantos otros, — pero ese magisterio cosmopolita no comportó una claudicación, pues pensando por propia cuenta sobre problemas nuevos, formuló verdades que antes nadie expresó. Su visión del pasado fué menos lejana que la de Mitre y su visión del presente menos profunda que la de Sarmiento, pero tendió su vista al porvenir sobre un panorama vastísimo. Ha errado mucho, porque mucho pensó. Hoy pueden resultar envejecidas las escuelas jurídicas, económicas o morales en que se embanderó, y este disentimiento sobre su posición filosófica puede alcanzar a los aforismos en que le placía acuñar sus verdades, pero nadie podría negar que Alberdi es un inquieto planteador de problemas y un excitador intelectual, que escritores y estadistas de América necesitan conocer y estudiar.

La enunciación de la bibliografía alberdiana por sus títulos, basta para definirlo como escritor. No cultivó el verso, y sólo por veleidad juvenil compuso dos ficciones dramáticas y tres relatos de intención romántica, unas y otros inspirados en temas de la realidad o de la historia. La historia y la realidad, en las formas concretas de la política hispanoamericana, fueron asunto exclusivo de sus meditaciones. De ahí que sea un pensador, pero un pensador pragmático, de valor ocasional y local. Su libro *El crimen de la guerra* (traducido por Th. Baty al inglés: *The crime of war*, London, 1913), parece indicar una excepción, y por eso he reservado su nombre para esta parte final de mi comentario: pero aún ese libro alterna sus nobles generalizaciones con trozos polémicos sobre Mitre y la guerra del Paraguay. No desaparece en esas páginas el publicista de nuestras banderías internas, y así la obra resulta, como su ya citada conferencia sobre la libertad, un alegato de su individualismo y su pacifismo, de gran valor biográfico y político más bien que filosófico en el alto sentido de esta palabra. La prosa de *El crimen de la guerra* es, como en el resto de la producción alberdiana, clara, nerviosa, de sintaxis muy simple; prosa escasa de ritmo y de color.

A pesar de las aficiones que Alberdi tuvo por la música en su juventud, el escritor fué alejándose de toda preocupación estética a medida que el hombre entró en la madurez.

CAPÍTULO XX

BARTOLOMÉ MITRE

I. Genealogía de Mitre. Los Mitre en la época colonial. Los padres de don Bartolomé. Su cuna (1821); su educación; su infancia en Patagones y San Borombón; su iniciación intelectual y política en Montevideo (1830). Resumen de su carrera pública en América (1839-1903). Su carácter y su obra. — II. Mitre poeta. Opinión de Echeverría (1845). Opinión de Rubén Darío (1912). Sus primeros versos en *El Iniciador* y *El Nacional* de Montevideo. Edición de las *Rimas* en Buenos Aires (1854). Las antologías. Mitre y Sarmiento. Una *defensa de la Poesía*. — III. Su culto por las musas. Una clave de su vida. Mitre hombre de letras. El orador; sus *Arengas;* el historiador; su *San Martín* y su *Belgrano*. — IV. Mitre hombre de acción. El militar, el caudillo, el estadista. Polémicas y fundaciones de cultura.

I

El apellido Mitre aparece por la primera vez en la sociedad argentina con Juan de Mitre, cuyo nombre figura en algunos documentos coloniales de nuestro siglo XVI. No faltó quien creyera halagar a Mitre el grande, buscándole un entronque en el antiguo homónimo, sin advertir que eso nada significaba para quien, como Napoleón, pudo exclamar: *Je suis mes ancêtres*... Hombre tan grave como el señor Trelles (o un deudo suyo) pintó al óleo una escena imaginaria, donde se ve, junto al rollo de la fundación de Córdoba, a aquel Juan de Mitre, conmilitón de Cabrera y a sus hijos Inés y Juan (llamado « Mitre el mozo ») vestidos con el traje de la época, pero respectivamente representados con la cara del general y de sus hijos Bartolito y Delfina. Guardó Mitre la tabla, que puede verse en el museo de la calle San Martín, aunque nunca el obsequiado le concedió más importancia que la de una humorada ingeniosa. A pesar de ello, otro de sus biógrafos, don José Juan Biedma, en su libro *Bartolomé Mitre*, comienza la biografía dando al prócer aquel mismo improbable linaje. Fué Juan de Mitre fundador de Córdoba y

vecino de Santiago del Estero ; su nombre figura en algún documento capitular o en tal cual información del Santo Oficio como testigo ; pero no se ha averiguado de dónde vino ni hasta cuándo se perpetuó su descendencia (1).

Más seria es la genealogía que hace nacer a nuestro Mitre de aquellos otros — Felipe y José — que en la segunda mitad del siglo XVIII aparecen avecindados en la Banda Oriental. Es posible que a los mismos perteneciera el abuelo del patricio argentino, llamado también Bartolomé como su nieto ilustre, vecino de Montevideo, alguacil mayor de la ciudad en la década de 1760, y fundador de Santa Lucía del Uruguay, donde en 1776 naciera su hijo Ambrosio, padre del general (2). Ya en ambos antecesores inmediatos descúbrese la casta de los hombres de acción, tal como la época los requería : fundadores de pueblos en la tierra virgen ; avanzadas armados de la raza europea en el desierto ; civilizadores, en fin, para decirlo todo con una sola palabra.

Don Ambrosio, el padre, fué comandante de frontera en Mendoza, sobre el río Diamante, con los indios al frente, y fundador del fuerte de San Rafael. Avecindado después en Patagones, fortín perdido en el lejano sur, fué de sus defensores en 1827, cuando la invasión brasileña. Antes había militado en la guerra de la independencia ; y en el ambiente bárbaro o en la ocasión heroica, fué templándose su carácter, tal como habría de persistir, intrépido y austero, en la virtud hereditaria del hijo privilegiado.

Cuando Echagüe, al frente de un ejército rosista, invadió el Uruguay en 1839, el joven Bartolomé Mitre, recién iniciado en la carrera de las armas, partió al encuentro del invasor en aquella gloriosa campaña que terminó con la victoria de Cagancha. Al partir a la guerra, cuando sólo contaba diez y nueve años de edad, su padre envióle esta misiva espartana : « *Te considero en los momentos de una próxima batalla que va a decidir la suerte de la patria. Espero que sabrás llenar tu deber ; si mueres habrás llenado tu misión, pero cuida de que no te hieran por la espalda.— Después de perderte, lo que puede suceder y para lo que estoy preparado, consolará el resto de mi triste vida la memoria honrosa que espero que me legues. — Adios, hijo querido : tú eres mi esperanza.* » (3) — Y a fe que

(1) Medina, *La Inquisición en el Río de la Plata.*

(2) Las actas capitulares de Montevideo documentan la actuación de aquellos ediles.

(3) Tomo esta carta del ya citado libro de Biedma (pág. 16), aunque éste no indica su procedencia.

el joven artillero supo mostrarse digno de la empresa y del padre que con tales palabras lo enviaba a la muerte y a la gloria en holocausto de la libertad.

Medio siglo más tarde, en la polémica de Mitre con López sobre la historia argentina, recordaba el autor del *Belgrano* a los que habían vivificado por la tradición oral sus fuentes escritas, y citaba a sus colaboradores diciendo: «Empezaré por el más modesto y el más querido. Fué uno de los primeros que me iniciaron en el conocimiento íntimo de los hombres y cosas de su tiempo, mi padre don Ambrosio Mitre, que, como uno de tantos soldados rasos de la revolución, confundido con la masa de los ciudadanos, figuró en la Sociedad Patriótica de Monteagudo, en cuyo programa está inscrito su nombre, y que, como empleado militar de hacienda en los ejércitos de la revolución, trató de cerca a muchos de los hombres que ocuparon el escenario histórico hasta 1820» (1). Mitre llama a su padre el más modesto y querido de sus colaboradores, y aunque no le atribuye otra actuación histórica que la de soldado raso o ciudadano anónimo, descúbrese, bajo esa intencionada velatura, la voz del corazón y el eco de su profunda influencia (2).

Hacia 1820, don Ambrosio Mitre, retirado de la acción militar, había contraído enlace en Buenos Aires con doña Josefa Martínez, joven porteña, también de origen español como su cónyuge, y fuerte mujer que, habiendo vivido hasta 1876, alcanzó a ver en su plenitud la afortunada carrera de su hijo. Nacido Bartolomé en Buenos Aires, el 27 de junio de 1821, fué bautizado con el nombre de su abuelo (el antiguo alguacil montevideano), bajo el padrinazgo del general Rondeau, que conservó al ahijado una paternal afección hasta la muerte (3). Por entonces fueron los Mitre a residir en Patagones, y allá nacieron Emilio y Federico, hermanos de Bartolomé, que alcanzaron elevada graduación en el ejército de la República, durante los tiempos de la conquista del desierto y de la organización nacional.

Helo ya a Mitre niño, sobre las riberas del río Negro, con la pampa de los gauchos hacia el norte y con la Patagonia de los indios hacia el sur. El Atlántico austral, sin una nave, se extiende allá lejos, y a sus espaldas se dilata el desierto. La naturaleza virgen de América, tal es el

(1) *Comprobaciones históricas*, tomo I, página 352.

(2) Don Ambrosio Mitre falleció en Montevideo durante el sitio de Oribe, en octubre de 1845. *El Nacional* publicó su necrología. (Véase Zinny, *La prensa periódica*, pág. 433.)

(3) *Comprobaciones*, tomo I, página 353.

teatro donde va a despertarse su conciencia. A las austeras influencias domésticas, que ya conocemos, van a sumarse las de un pueblo adusto, que es sitio de confinaciones, y las del medio primordial, como en los duros siglos de la conquista. Tentado estoy de decir que tales influencias contribuyeron a templar el alma varonil del patricio, timbrada hasta la vejez por un sello de fatalismo gaucho y de disciplina marcial.

Siete años contaba escasos cuando los brasileños, en guerra con la República, asaltaron la solitaria costa de Patagones, y el doble apenas cuando su padre lo entregó a la tutela de don Gervasio Rozas para que lo adiestrara en las faenas rurales. Se ha dicho que esa entrega fué un castigo para domar su carácter voluntarioso (1). Sea de ello lo que fuere, Mitre a la edad de la pubertad, pasó de la costa de Patagones a la costa de San Borombón, y en la estancia del Rincón de López, bajo la férula de un Rozas, completó su aprendizaje gauchesco. Tal fué su escuela de arte y de libertad. De ella salió poeta y soldado, para ir a correr, adolescente todavía, las aventuras de su largo batallar contra la tiranía. Destino prodigioso: aquel soldado se hará matemático; aquel poeta, erudito: y el pampeano sin maestros, llegará a ser maestro de sus conciudadanos.

Finalizaba ya la década de 1830, cuando en Buenos Aires se consolidaba el despotismo de Rosas. Don Ambrosio Mitre y los suyos habían vuelto a residir en tierra uruguaya. Sentíase bien el joven argentino en aquella ribera asimismo argentina, que era además la patria de su padre y la cuna de Delfina de Vedia, la novia gentil a quien años más tarde haría su esposa. El ambiente cosmopolita de Montevideo dulcificaba sus maneras, dilataba su espíritu, inquietaba su voluntad. El puerto poblado de naves le sugería el contraste de la desierta Patagones austral donde había crecido, y de la Europa lejana, que el hombre ilustre habría de conocer. El joven guerrero comenzaba a cantar. Alto, elegante, fino, la tez mate, el cabello castaño volteado en ondas sobre la frente espaciosa, la nariz aguileña, los ojos claros y suaves, la gallarda silueta romántica se destacaba ya entre sus contemporáneos, animado de una misma pasión vigorosa por las armas y por las letras. Ardía en su pecho la ambición de la gloria, y era llegado el instante en que se eligen las rutas del destino... Fué aquélla la hora en que la incipiente personalidad de Bartolomé Mitre entró en los caminos de la historia.

(1) De Mitre dice Sarmiento, al conocerlo en Montevideo: « poeta por vocación, *gaucho de la Pampa* por castigo impuesto a sus instintos intelectuales », etc. (*Viajes*, carta a Vicente López, 1846.)

Autodicta extraordinario, se hizo más tarde artillero de escuela en épocas de barbarie (1838-1853); fundó, posteriormente, partidos, colegios, instituciones de cultura (1853-1906); fué, sucesiva o simultáneamente, matemático, poeta, filólogo, orador, bibliófilo, historiador, guerrero, periodista, gobernante: hombre de acción y hombre de

Fig. 46. — Mitre

ensueño en todo tiempo. Su precocidad fué, además, como su fecundidad, extraordinaria; la fertilidad y variedad de su ingenio, singular como la coherencia de su carácter. Emigrado de Buenos Aires en tiempo de Rosas, ha andado, desde entonces, todos los caminos y conquistado todos honores. La sola enunciación de sus «títulos» y «actos», requeriría numerosas páginas. La suya es una de esas glorias que, por altas y complejas, no caben sino en un libro, o en una palabra: su nombre. Baste decir que ha recorrido íntegramente el escalafón militar, desde alférez hasta brigadier: toda la carrera política, desde diputado hasta presidente;

todos los géneros literarios, desde la polémica hasta el madrigal: todas las aventuras romancescas, desde la quieta dicha del hogar hasta las trágicas proscripciones; todas las ceremonias oficiales, desde la revista de tropas antes de la batalla, hasta las embajadas diplomáticas después de la victoria; todos los esfuerzos intelectuales, desde el aprendizaje de la lenguas indígenas, hasta la investigación de las biografías heroicas; todos los gustos varoniles, desde el cigarro perfumado del hombre de mundo, hasta las ediciones raras del bibliófilo; todos los éxitos populares, desde el triunfo electoral hasta el jubileo cívico (1901). Su vida se vincula a la historia de siete naciones: la Argentina, Uruguay, Bolivia, Perú, Chile, Brasil, Paraguay. Una vida tan larga y difundida rompe el molde de las biografías personales porque pertenece a la historia colectiva, y está por encima de sus actos externos, por el interés psicológico emanante de su misma armonía y complejidad. Es Mitre el grande hombre múltiple y superior, según el tipo clásico del Renacimiento europeo, concedido a nuestras repúblicas americanas, como numen y ejemplo en su época inicial. Por eso la muerte de Mitre fué una apoteosis (1906). Consagrado por el amor de su pueblo, su muerte fué la muerte de un patriarca (1).

(1) Las obras principales de Mitre son: *Historia de Belgrano y de la Independencia argentina* (3 volúmenes), *Historia de San Martín y de la emancipación americ*a (4 volúmenes), *Comprobaciones históricas* (2 volúmenes), *Catálogo razonado de las lenguas americanas* (2 volúmenes), *Páginas de historia*, *Belgrano y Güemes*, *Rimas*, *Arengas*, *Correspondencia*, y numerosas obras menores. Como traductor ha dejado versiones de Dante, Horacio, Hugo y otros poetas extranjeros. Obra suya es también la compilación y ordenación del *Archivo de San Martín* (publicado en 12 volúmenes), el *Archivo de Belgrano* (del cual se han editado varios volúmenes), el suyo propio y los de Pueyrredón, Artigas, Rivadavia y otros próceres. Pueden contarse además entre sus trabajos intelectuales, el periódico *La Nación*, por él fundado; la formación de su biblioteca y archivo americanos, base del actual Museo Mitre; y su apoyo a todas nuestras iniciativas de cultura, desde 1852 a 1906. Sobre Mitre han escrito nuestros principales críticos, periodistas, historiadores, pero su gloria sigue en elaboración. Para ampliar su biografía y bibliografía puede verse los libros de J. M. Niño, J. J. Biedma y C. M. Urien, recomendables por los datos oficiales que contienen, y *La Nación* de enero de 1906 — todo esto, entretanto aparece la obra de fondo que Mitre espera como adversario de la tirania de Rosas, como estadista de la organización nacional, como historiador de la independencia argentina, como prócer de la cultura americana. Si es lamentable esta falta de una biografía digna de Mitre, a la manera de las que él escribió sobre Belgrano y San Martín, es también lamentable que sus obras — aunque reeditadas varias veces — no hayan sido aún compiladas en edición definitiva, como se ha hecho ya con las de sus contemporáneos Sarmiento y Alberdi. Las de Mitre, según se ha visto, alcanzarían más de 30 volúmenes.

El retrato de Mitre que publicamos nos ha sido facilitado por el señor Rómulo Zabala,

II

He citado en otro pasaje de esta obra (t. I) las palabras que Echeverría dedicó a Mitre en la *Ojeada* que precede al *Dogma*, en la edición de 1845: «El señor Mitre, artillero científico, soldado en Cagancha y en el sitio de Montevideo, ha adquirido, aunque muy joven, títulos bastantes como pensador y poeta. Su musa le distingue de los contemporáneos por la franqueza viril de los movimientos y por cierto temple de voz marcial que nos recuerda la entonación robusta de Calímaco y Tirteo. Se ocupa actualmente de trabajos históricos que le granjearán, sin duda, nuevos lauros.» Pláceme transcribir aquí nuevamente el juicio de Echeverría, porque nos presenta los tres aspectos de la actividad pública de Mitre: la acción, la poesía y la historia, bien definidas desde su juventud, y porque tal juicio ha de servirme para otros esclarecimientos sobre la biografía de Mitre y el mérito de sus versos.

Tengo motivos para creer que Mitre no perteneció al grupo inicial de la Asociación de Mayo, y que su amistad con Echeverría y la influencia de éste sobre aquél, date de una época posterior, cuando ambos emigrados se encontraron en Montevideo. Fuese por razones de edad, o porque se hallara ausente de Buenos Aires, o porque no había cursado en sus escuelas, el caso es que el nombre de Bartolomé Mitre no aparece en el epistolario y memorias que aluden a aquellos primeros años de la inquietud romántica. Si se piensa que en 1835, cuando el salón de Sastre, o en 1836, cuando la Asociación de Echeverría, Mitre contaba apenas quince o diez y seis años, su ausencia pa-

amable secretario del Museo (San Martín, 382). Buena como parecido es también la estatua de bronce que se alza en el patio de la casa. En dicha institución se guarda casi toda la iconografía de Mitre, tan copiosa y variada como la de Victor Hugo en el Museo congénere. En varias instituciones argentinas hay imágenes de Mitre. Una escuela de la capital y varias del interior llevan su nombre. Mitre usó barba y melena durante toda su larga existencia histórica, desde la juventud hasta la vejez, sin otra variante que el desmedro propio de los años que transcurrían. En sus retratos de la gallarda mocedad se reconoce al varón sereno de la edad provecta, y viceversa. Mostró predilección por el traje civil, a pesar de ser general: levita en las ceremonias; saco diariamente; chambergo casi siempre. De ahí que la estatua del Museo sea una de las más sintéticas y características de Mitre, mientras el proyectado monumento de Calandra, ecuestre y marcial, no interpreta la verdadera grandeza intelectual y moral del glorificado.

recerá más explicable. Cierto que otros tan jóvenes como él — así Mármol, por ejemplo — alcanzaron esa primera iniciación : pero tal privilegio fué debido a la amistad de las aulas — ya en el Colegio de Ciencias morales, ya en el Liceo de Mora y de Angelis, ya en la Universidad, — estudios que Mitre no frecuentó. Creo, sin embargo, que después de haber residido en la estancia de los Rozas, y antes de haber pasado a Montevideo, Bartolomé Mitre, joven entonces desconocido, estuvo en Buenos Aires, y que a los días de esa estada se refieren estos versos del destierro :

¡ Oh patria ! ¡ Oh Buenos Aires ! Oh sueño de mi vida,
Como inmortal recuerdo reinas en mi memoria,
Recorriendo los días de dicha promisoria
Que en tu seno amoroso, Buenos Aires, pasé.

Recuerdo la ribera do a meditar yo iba,
Y el árbol perfumado que sombra me prestaba,
Recuerdo los momentos en que se deslizaba
Mi vida por un largo sereno de placer.

La dulzura de este recuerdo contrasta después con las alusiones a la vida de los proscriptos, y la imaginación nostálgica pinta los lugares urbanos — sus plazas, sus mujeres, sus fiestas — mezcladas a otras emociones de la vida popular (1).

Según cierta noticia tradicional, Mitre publicó en Buenos Aires, hacia 1836, algunas poesías « cuyos ecos se han perdido » : pero aunque esta dudosa especie fuera verdad, insisto en creer que su vocación literaria no se hizo conciente hasta 1838, en Montevideo, donde por entonces aparecieron sus colaboraciones en *El Iniciador*, incorporándose en el grupo de Andrés Lamas, Miguel Cané, Félix Frías, Juan Bautista Alberdi, Juan María Gutiérrez, redactores del periódico, todos mayores que él y con mayores lecturas. Entonces se acercó a Florencio Varela y luego a Echeverría, que llegó en 1840. Sólo a partir de enton-

(1) Según Lamarque, Mitre publicó en Buenos Aires, hacia 1836, algunas poesías « cuyos ecos se han perdido » ; aunque según Zinny, sus primeros versos, titulados : *No tengo un nombre,* aparecieron editados por *El Iniciador* de Montevideo, el año 1838. Por la noticia de Lamarque, véase Biedma, *Mitre*, página 13. Por la de Zinny, véase la *Historia de la prensa del Uruguay*, página 211. En esta misma página se mencionan otros versos publicados por *El Iniciador : La oración, Su acento, Mi estrella, El poeta*, etc. (1838-1839), algunos no incluidos en las *Rimas*.

ces podemos considerarlo un « iniciado » en la nueva escuela. A ese período pertenece también su iniciación militar, que fué una necesidad de la lucha contra Rosas, y su comienzo en los estudios históricos, que era también una rama de los estudios preconizados por la nueva escuela.

En la carrera de las armas, así comenzada, iba a ascender hasta el generalato; en los estudios históricos iba a avanzar hasta las biografías monumentales de Belgrano y San Martín; pero si así persistió en esos caminos de la acción y el estudio, no persistió con igual ahinco en el cultivo de la poesía. Datan de 1839 a 1842 casi todos sus versos, y confesaba en su vejez no haberlos compuesto sino en esa dulce edad de los veinte años. Al recoger sus obras poéticas en el volumen intitulado *Rimas*, que Casavalle imprimió después de Caseros, decía Mitre en el prólogo: « Las poesías que se va a leer, fueron escritas todas ellas a la edad de veinte años. Entonces soñaba con la inmortalidad, y los laureles de Homero me quitaban el sueño. Pronto comprendí que no podía aspirar a vivir en la memoria de más de una generación como poeta, ni nuestra sociedad estaba bastante madura para producir un poeta laureado. Sin embargo, ese poco de poesía que Dios había depositado en mi alma, lo he derramado a lo largo del camino de mi vida, consagrándolo unas veces a mi patria, otras a mis amigos, otras a las afecciones puras y serenas del hogar, porque el que cuenta por seguro que sus versos no llegarán a la posteridad debe ser generoso con su pequeño tesoro » (pág. LIV). Mitre mismo nos da con tales palabras, el instrumento crítico con que debemos juzgarlo, después de los cambios que la sensibilidad y la técnica han experimentado en el último medio siglo. Con ese criterio, Rubén Darío, en su conferencia *Mitre poeta*, leída en el Odeón de Buenos Aires el año 1911, holgóse en aplaudir al rimador ilustre.

Mucho se ha discutido sobre el mérito de los versos de Mitre. Tiene algunos, como *El Inválido*, que ha merecido el honor de todas las antologías y la censura de no pocas murmuraciones; pero esos que lo critican olvidan que Mitre contaba tan sólo 16 años cuando las compuso y que, a pesar de ello, debió de haber interpretado la sensibilidad popular, cuando esos versos fueron aprendidos de memoria por dos generaciones. Además, no volaba más alto la musa de Florencio Varela, o la de Rivera Indarte, ni es por esa canción popular de un soldado adolescente, por la que debemos juzgar a Mitre pensador. Cuando Echeverría alude a la « franqueza varonil de los movimientos » de su

musa, y a cierto temple de voz marcial, que nos recuerda la entonación robusta de otros poetas civiles de la antigüedad, su elogio parece hallar justificación en tal cual estrofa bien cortada, como ésta de una de sus odas civiles :

¿ Quién es el vil que ríe, canta y danza
Cuando el lamento de la patria suena,
A sus hijos llamando a la venganza ?
Y si el cañón de la batalla truena,
¿ Quién el torpe que el miedo no sacude
Y al grito ronco del honor no acude ?

Y si no el endecasílabo de las odas, el sencillo octasílabo de los romances, prestó a su voz el ritmo justo y fácil para algún relato de batalla :

En la inmediata cuchilla
Un relámpago de fuego
Brilló, rugiendo con furia
Del cañón al ronco trueno.
Núñez avanza atrevido
Con setecientos guerreros,
Blandiendo lanza potente,
Montado en tordillo negro.
Es imponente su marcha
Y por su rostro moreno,
El entusiasmo asomaba
Como en la noche un reflejo.
Al marchar de sus campeones,
Al relumbrar de sus hierros,
Y al tremolar su estandarte
Los enemigos huyeron.
Los libres, en vez de rostros,
Espaldas tan sólo vieron.

Y no sólo acertó el poeta soldado en la sobriedad del relato épico, sino que a veces dejó fluir su sentimiento, diluído en música genuina, como cuando evocó por el recuerdo de nuestras músicas populares la visión de la patria recordada en el destierro por el poeta nostálgico :

No suenan en mi oído las dulces *vidalitas*
Que en medio de la noche modula el tucumano,
Ni los sentidos *tristes* que repite el riojano
Ni el alegre *cielito* que el porteño hace oír,
Cantares de mi patria, al abrir yo mis ojos
Susurrabais suaves a la par de mi cuna,
Y vuestro eco inefable en las noches de luna
Es música del alma que el alma sabe oír (1).

(1) *Rimas : Recuerdos de Buenos Aires.* Los Mitre salieron de la capital para Patagogones en 1821, recién nacido Bartolomé. No se sabe cuándo regresaron, pero ya en 1839 estaban en Montevideo. Mitre es muy parco en recuerdos de su infancia y juventud, y por consiguiente difícil la cronología anterior a 1839.

Ocurre frecuentemente en los versos de Mitre, lo que también en versos de Echeverría, y es que raras veces la estrofa o el poema íntegros se mantienen sin desmayo alguno de forma o de inspiración (1). Sea insuficiencia del estro o prosaísmo del gusto deficiente o consecuencia del improvisado desorden romántico, es lo cierto que nuestro exigente gusto actual tropieza con fallas de prosodia o de composición que hubiera sido fácil evitar. A esto se debe, quizá, que sean algunos poemas de estilo popular, como las *Armonías de la Pampa*; o algunas traducciones, como el *Cementerio de campaña*, de Gray; o algunas piezas breves, como el soneto *A la América*, las que con menos dificultad puedan entrar en una antología. No fué el soneto forma muy cultivada por los románticos (ni muy inspirada en «los coloniales»), de ahí que merezca transcribirse aquí, a guisa de ejemplo, el que acabo de citar:

Por las fieras hambrientas perseguido
Cruza indómito potro las llanuras,
Y amarrado con fuertes ligaduras
En sus hombros Mazzepa va tendido.

Por la carrera al fin desvanecido
El bruto cae sobre las breñas duras,
Y libre de sus recias ataduras
Mazzepa se levanta rey ungido.

Así América gime entre cordeles
Al rudo potro colonial atada,
Seguido por jauría de lebreles;

Y exánime y sangrienta y lacerada,
Corre, cae, se levanta y de laureles
Resplandece su frente coronada.

A poco de regresar a su país, Mitre reunió sus versos del destierro, y bajo el título de *Rimas* lo dió a luz por las prensas de Casavalle (Bue-

(1) La composición *Noches de diciembre (Rimas*, pág. 270) fué incluida como de Echeverría en las *Obras completas* (t. III, pág. 362). Este error de Gutiérrez fué por él mismo salvado en el tomo IV, página LXVIII, con estas palabras: «Los primeros trabajos literarios (de Mitre) se revisten de la influencia del maestro y ha acertado a veces a imitarle tan de cerca en las composiciones ligeras, que aprovechamos esta ocasión para devolverle la propiedad de la poesía titulada *Noches de diciembre*, que por inadvertencia atribuímos a Echeverría.» En *Los Gauchescos* (pág. 555) he señalado otras analogías de ambos poetas.

nos Aires, 1854). El artillero que combatió contra Rosas, luchaba ahora con Urquiza, y era además caudillo, legislador, periodista. En medio de sus nuevas responsabilidades como hombre de acción, quiso dar prueba pública de su inmarchito amor por la poesía. Puso de epígrafe al volumen un pensamiento de Schiller en el cual declaraba no buscar la gloria de una posteridad lejana con sus cantos, sino buscar la noble resonancia de los corazones contemporáneos, eco fugaz como las emociones de que nacieron. Si sólo eso buscaba, debemos confesar que lo consiguió, pues pocos años más tarde reeditó el volumen, y los lectores de su época repitieron el elogio que diez años antes escribió Echeverría.

Documentos de alto valor en nuestra historia literaria, son las notas y el prólogo de las *Rimas*. El prólogo es una carta dedicada a Sarmiento, en la cual combate la inquina que contra el verso confesaba el autor de *Facundo* (1). Mitre hace en ella una apasionada *defensa de la Poesía*, mostrando su influencia en la civilización. Por aquellos días en que Sarmiento y Alberdi preconizaban progresos económicos o materiales como empresa de la nueva República, las *Rimas* de Mitre, con su prólogo y su notas, fueron prestigiosa afirmación de que la nueva República necesitaba también de las glorias del arte.

(1) En *Páginas literarias* (t. XLVI de las *Obras*, pág. 192), Sarmiento hace esta confesión a propósito de un libro de versos: « Esta colección de versos, viene dedicada al general Sarmiento, quien, como se sabe, es poco dedicado a la poesía. La poesía rimada nos ha parecido siempre una perfectación (?) de la época actual, pues la belleza ideal se resiste a entrar en aquellos moldes y cajoncitos que se llaman versos, sin tener que encogerse y perder sus formas para no sobresalir, o bien llenar el espacio con algodoncitos a fin de que la idea no quede como diente flojo bailando en un alveolo demasiado grande. Es un hecho notable que grandes poetas modernos, Lamartine, Víctor Hugo, dejaron de ser versadores cuando descendieron a la gran lisa de la vida pública, lo que prueba que aquellas formas vienen estrechas al pensamiento moderno, práctico, expansivo, popular, en la forma y en el objeto. De los versificadores, que son centenares, al poeta, que es la *rara avis*, hay mucho que andar, y son en esto muchos los llamados y poquísimos los escogidos. Sólo de un lado parece saludable el ejercicio de la versificación, y es que haciéndose con palabras aquel entrenamiento del espíritu, el estudiante aprenda a manejar su lengua, a precisar el sentido y a colocar simétricamente las voces hasta ajustarlas exactamente a la mesura, como el cajista con espacios. Pudiera decir que es el arte de escribir el que se aprende, pues el pensamiento está demás o viene de antemano tomado para entrar a ajustarse en las casillas que se le tienen asignadas. »

III

La vocación de Mitre por las letras despuntó muy temprano con aquella poesía de 1838: *No tengo un nombre*, cuyo título recuerda la célebre frase de Labruyère: «Es fuy fácil tener un nombre: lo difícil es hacérselo». Mitre se propuso hacerse el suyo, y desde entonces trabajó con tezón, mostrando una curiosidad y una capacidad asimiladora tan variada como tenaz. Dentro de las puras letras, que fueron primera forma de su vocación, cultivó, además de la poesía lírica, la novela con *Soledad* y *El botón de rosa*; el drama con *Las cuatro épocas* y *Policarpa Salavarrieta*. ¿Quién recuerda ya estos lejanos ensayos? De *El botón de rosa* no ha sido posible hallar un ejemplar siquiera para reliquia del Museo (1). De *Soledad* se sabe que apareció como folletín en *El Comercio de Valparaíso*, el año 1848, cuando Mitre, desterrado en Chile, dirigía aquel periódico. De *Policarpa Salavarrieta* sólo puedo decir que fué un drama histórico sobre la muerte de aquella heroína de la libertad bogotana, muerta en 1817 y conocida también con el nombre de «la Pola». *Las cuatro épocas* fué drama de asunto patriótico, en seis cuadros, representado por primera vez en Montevideo el 26 de mayo de 1840, con éxito clamoroso... Pero todo esto es solamente ensayo juvenil, y el propio Mitre se encargó de olvidarlo (2).

Después de aquellas tentativas no hay noticia de que Mitre haya cultivado los géneros poéticos, a no ser en la forma indirecta de las traducciones. Desde muy joven había emprendido el aprendizaje de las lenguas europeas, como afrontó más tarde el conocimiento de las lenguas indígenas americanas. Su férrea voluntad y su admirable memoria lo habilitaban para adquirir nuevos idiomas, y supo utilizarlos en trabajos de erudición, sin abandonar del todo el culto de las musas. Así tradujo algunas breves poesías de Hugo, Longfellow, Byron y Gray.

(1) De *El botón de Rosa* hablan algunos biógrafos, y el señor Zabala, secretario del Museo, me dice haberla buscado. Sospecho, sin embargo, que esta obra sea la misma que se menciona bajo el título de *Soledad*, pues el catálogo de la Biblioteca Nacional (t. III, pag. 371) dice: *Soledad, memoria de un botón de rosa*. La reeditó P. P. Figueroa, 1907.

(2) En los *Escritos póstumos* de Alberdi (t. XV, pag. 551) se halla un artículo de Alberdi, publicado en Montevideo, sobre *Las cuatro épocas*. Por él se ve que la obra obtuvo gran éxito y que la amistad de ambos patricios era entonces excelente.

y más tarde el *Ruy Blas* de Víctor Hugo y las *Odas* de Horacio, y, finalmente, la *Divina Comedia* de Dante, en tercetos que, a pesar de fallas inherentes a este género de trabajos, constituyen un formidable monumento de conciencia literaria y desinterés intelectual.

Fiel a sus aficiones de políglota, y conciliadas esta vez con la emoción de la historia, se dió al estudio de nuestras lenguas indígenas, hasta reunir en su casa particular una de las mejores bibliotecas sobre lingüística americana. Con ese material escribió, ya entrado en la madurez, sus monografías sobre el *Ollantay*, el poema quichua: y otras sobre el *El Mije*, *El Zoque*, *El Araucano*, *El Allentiak*, *El Tupí*, más numerosas papeletas bibliográficas sobre diccionarios y gramáticas de Indias, que juntas han venido a constituir ese imponente *Catálogo razonado de las lenguas americanas*, que publicó el Museo Mitre como obra póstuma de su héroe epónimo y guía magistral de su valiosa colección lingüística. A ese género pertenece también su estudio sobre *Las ruinas de Tiaihuanaco*, que visitó en su viaje a Bolivia.

Hubo en Mitre joven un poeta, que aun cuando abandonó la lira en la madurez, nunca murió del todo en el varón excelso. Su condición de vate anima toda la obra del hombre de pensamiento y la del hombre de acción, a través de su larga carrera. El hombre de acción, que empezó como artillero en los campos marciales, se hizo estadista y caudillo civil. El hombre de pensamiento, que empezó como versificador en las prensas románticas, se hizo historiador y erudito de cosas americanas. El lenguaje originario permaneció en ambas actividades como desenvolvimiento armónico de una misma personalidad, y el poeta de 1838 permaneció, fiel a las musas, en el culto de la oratoria, que comenta su labor de político, y en el culto de la historia, que corona su obra de pensador. El numen animador de la arenga que crea la acción futura y el numen animador de la leyenda que evoca la acción pasada, fueron conocidos por el genio de Mitre. La oratoria tuvo su musa en la antigüedad, la historia también la tuvo; y ambas — Caliope y Clyo — velaron junto al prócer, hasta los días de la gloriosa vejez. Así el estro sagrado de los días juveniles persistió en las nuevas formas de su pensamiento y de su acción.

Los discursos de Mitre puedo decir que empiezan con su acción política después de Caseros. Improvisaciones en la plaza pública, reconstituídas después, debates en el parlamento, proclamas en el gobierno, aparecieron impresas en periódicos o folletos, y fueron más tarde reunidas, por su propio autor, en varios volúmenes, bajo el significativo tí-

tulo de *Arengas*, como él mismo las bautizó. Mitre no fué un conferencista académico sino un tribuno político, con todas las calidades y defectos de la época, del medio o del género. La mayoría de sus discursos ofrece un interés biográfico y documental, más que literario. Fueron en su tiempo famosos los que pronunció contra el Acuerdo de San Nicolás (1852) y sobre la constitución de Buenos Aires (1854), el enjuiciamiento de Rosas (1857), la jura de la Constitución nacional (1860), la guardia nacional de Pavón (1862), la guerra del Paraguay (1868), y sobre política interna en 1872, 1883, 1889, 1890 y 1891. Alguno de estos discursos, pronunciados en la calle o el parlamento, suscitaron el frenesí de los oyentes. Ha llegado hasta nosotros la tradición oral del magnético efecto que su palabra producía en las muchedumbres porteñas. La belleza viril del orador, su leyenda cívica y el timbre de su voz, completaban en él la silueta del verdadero tribuno. Pero la palabra pública es volandera. Sus galas, como las flores de la fiesta, marchítanse al día siguiente. El lector póstumo requiere en el discurso escrito, menos gesto teatral y asunto más permanente. De ahí que en las *Arengas* de Mitre plazcan otras piezas de mayor permanencia y sobriedad, cuyos temas son la raza, la enseñanza, la moral o la historia. Pero de todos los discursos de Mitre el que ha de quedar como descollante modelo de elocuencia, por la sinceridad de su sentimiento, la grandeza de su idea, la austeridad de su forma y el prestigio de la ocasión, es su *Oración del jubileo* (1901), plegaria sacerdotal, de una misteriosa belleza, como pocas veces haya sido dado pronunciarla al patriarca de un pueblo (1).

Si tantos discursos de Mitre pertenecen más a la acción que a la literatura, otros hay más cercanos a la historia que a la política. Son oraciones fúnebres o de apoteosis, sobre personajes eminentes, en los cuales el tribuno cede su puesto al historiador. Paz, Brown, San Martín, Mármol, Valentín Alsina, Juan Carlos Gómez, Elizalde, Rawson, Gambetta, Garibaldi, han sido glorificados por su palabra, en las exequias o repatriación de sus cenizas, o en la erección de sus monumentos (2).

(1) De las *Arengas* hubo una edición en 1875, otra en 1889, aumentada, y otra, completa, de *La Nación*, en 1902. Ésta contiene discursos desde 1848 hasta 1902 (3 volúmenes).

(2) En el Museo Mitre puede verse una *Biografía de Simón Bolívar*. Artículo de la *Enciclopedie Nouvelle* escrito por Reynaud y traducido al castellano para su amigo Andrés Lamas por Bartolomé Mitre, 1845. MS. autógrafo de Mitre, con su rúbrica, inédito. Es uno de los primeros trabajos intelectuales de Mitre. Cuaderno de más de 50 páginas.

Las dos musas predilectas del autor parecen entonces confundirse en un ritmo más grave, distinto del de la fogosa arenga que en la plaza electrizó a sus jóvenes partidarios o que en el parlamento desazonó a sus viejos enemigos.

Es, sin embargo, en el género histórico, donde se halla la labor de Mitre destinada a sobrevivirle con mayor solidez y prestigio. Ya hemos visto que la historia — según Echeverría — fué también objeto de su primera vocación. Lo fué durante toda su vida, y ella mereció sus más grandes esfuerzos, con fruto que lo enorgullecía. Ha compuesto breves biografías de Rivera Indarte y Lavalle, anécdotas de Las Heras en Chile y de San Martín en Guayaquil, escenas bélicas de mar y de tierra, siluetas de héroes obscuros como Falucho y Cabral, noticias bibliográficas sobre los orígenes de la imprenta en América y los primeros cronistas coloniales, polémicas sobre la guerra de la independencia; pero sus principales obras son la *Historia de San Martín y de la emancipación americana*, la *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, y las *Comprobaciones históricas*, que juntas constituyen un solo monumento sobre la revolución americana en nuestro país. Por esos libros Mitre es, con razón, considerado como el fundador de la historia patria, según lo veremos en otro lugar de la presente obra especialmente dedicado a la dilucidación de ese concepto (1).

La obra de Mitre como historiador de la revolución argentina y biógrafo de sus héroes podrá ser rectificada y superada, como siempre ocurre con trabajos históricos y como él mismo lo preveía; pero durante varias generaciones, el viajero de la tradición nacional tendrá aquel monumento por hito orientador. El acierto de la teoría en sus

(1) Cuando en 1856 apareció el libro de Mitre, Sarmiento escribió en *Los Debates*: « La *Historia de Belgrano* es, pues, la restauración de un momento medio sepultado ya bajo las movedizas arenas arrastradas por el pampero; y el mérito del autor de la *Historia* está en haber devuelto a la admiración de sus contemporáneos el más inimitable de los buenos modelos.

« La historia de Belgrano viene hoy como una enseña de lo que quería y esperaba el pueblo con él cuando vivía; estando la sociedad de hoy resuelta a continuar la obra desde donde él la dejó, ahora que empieza a calmarse el torbellino que sepultó su ejército y desorganizó las Provincias Unidas, y que a la dominación de los reyes, como objeto de execración, se ha sucedido la expulsión de los caudillos, en los grandes propósitos de la época.

« Todo es análogo en la época presente a la época de Belgrano, y cada uno se siente artífice de la misma obra que llenó los días todos de la vida de aquel simple y buen ciudadano. » (Sarmiento, *Obras*, t. XLV, pág. 383. Artículo sobre el libro de Mitre.)

grandes líneas, la abundancia de materiales impresos e inéditos que él reunió, la claridad de su método, la serenidad de su juicio, el desinterés de su esfuerzo, el magisterio de su doctrina, serán en todo tiempo admirados. Realizó Mitre, solo, una labor titánica que en otros países se logra por la colaboración de las academias en varias generaciones: y aun cuando su prestigio personal, su experiencia política, su larga vida y su salud laboriosa lo hayan favorecido y contribuyan a explicar la magnitud de su esfuerzo, siempre quedará en él una cosa misteriosa que no se logra sino por el genio, especie de demonio familiar que al historiador de raza lo acompaña para el hallazgo peregrino o le inspira en la evocación afortunada. Por eso la historia fué, en su origen, una rama de la épica.

Las musas de su juventud continuaban, como se ve, inspirando la obra de Mitre, aun cuando abandonó los versos por la prosa, y aun cuando dejó los temas íntimos del canto amatorio para dedicarse a estos otros, en que también fué vate, puesto que se trataba de un sacerdocio civil en un pueblo naciente.

IV

Quédame por hablar en este parágrafo de Mitre como hombre de acción, y aquí me llega la ocasión de decir que la musa también lo acompañó en la vida militante.

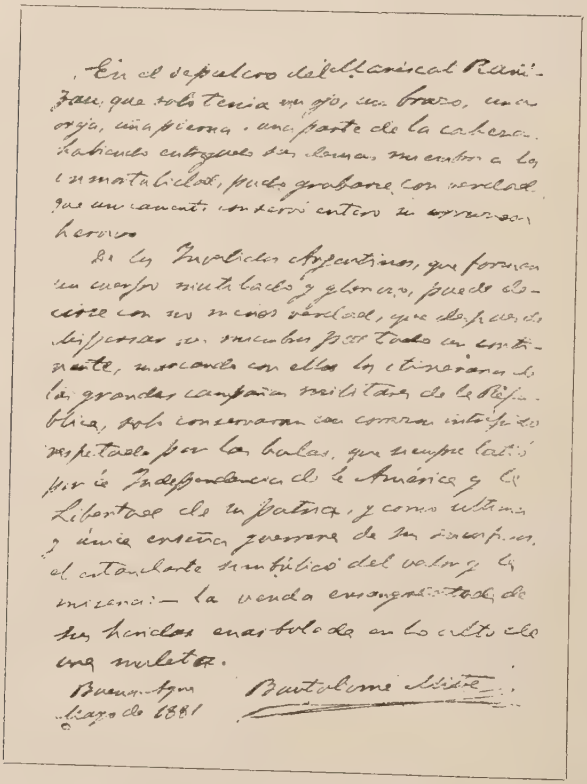
En su «*defensa de la poesía*, al replicar a Sarmiento, él había dicho: «La palabra *poesía* deriva del griego, y significa *crear*, *componer*, *fabricar*, *construir*, en fin, es una verdadera palabra enciclopédica, que representa dignamente la potencia creadora por excelencia, que a la manera del Creador sobre el barro, sopla una idea invisible, le da forma y vida, y la inmortaliza por los siglos de los siglos, sin el auxilio de la reproducción» (1). Esa poesía, definida por Schiller como un poder sintético y animador que todo lo abarca, el mundo imaginario y el mundo real, es la que Mitre practicó en la acción. Fué el arquitecto de una república ideal, el plasmador de un pueblo, y como todos los fundadores de naciones, fué un poeta que dejó de rimar versos para rimar las fuerzas desacordes de la vida argentina. En el barro de nuestra reali-

(1) *Rimas*, prólogo, página xxi, edición de 1854.

dad quiso infundir su sueño, y el arquetipo platónico lo acompañó hasta la ancianidad, cuando en la *Oración del jubileo* confiesa su deleite al ver la patria engrandecida y constituída, como el artista que, al caer la tarde, contempla la obra concluída que concibió en la noche y emprendió entre las vagas luces del amanecer.

La acción de Mitre en la carrera militar puede resumirse en la siguiente cronología: En 1837, soldado distinguido en la Academia del Fuerte de San José del Uruguay; el 38, alférez de artillería; el 39, ayudante mayor en la batalla de Cagancha; el 40, capitán de artillería; el 42, sargento mayor en la campaña de Entre Ríos; el 43 y el 44, defensor en el sitio de Montevideo; el 46, teniente coronel instructor en la línea de fortificaciones. El año 1847, Mitre abandonó el Plata, se trasladó a Bolivia, sirvió como artillero en el ejército de Ballivian; organizó y dirigió el Colegio militar de Sucre; asistió a las batallas de Malava y Viticke; fué condecorado, por su comportamiento en esta última acción, con escudo de benemérito en grado heroico. El año 1851, después de una fugaz estada en Chile y el Perú, reaparece en el Uruguay, se reincorpora en el ejército y asiste al combate del Tonelero. Iniciado el pronunciamiento de Urquiza contra Rosas, viene con la artillería del Ejército aliado, triunfa en Caseros y es ascendido a coronel sobre el campo de batalla. En 1852, artillero en el campamento de Palermo, jefe de la guardia nacional y ministro de la guerra en Buenos Aires; el 53, sitio de la capital, presidente de la comisión de fortificaciones, jefe de la defensa, combate del Potrero de Laugdon, herido en la frente durante el sitio; el 54, jefe del estado mayor, combate del Tala; el 55, ministro de la guerra en campaña; el 56, combate de Sierra Chica; el 57, campañas contra las indios; el 58, jefe de un regimiento de infantería; el 59, campaña de Cepeda; el 60, brigadier del ejército provincial de Buenos Aires y encargado del Código militar; el 61, campaña y batalla de Pavón; el 62, jefe de los ejércitos de mar y tierra como presidente de la República. Durante su presidencia, comandó el ejército aliado de argentinos, brasileños y uruguayos contra el tirano López del Paraguay, y en esa guerra, a la cual asistió personalmente, internado en las selvas y esteros del norte, dirigió varios combates y ganó varias condecoraciones; de 1865 a 1868: Uruguayana, Arroyo del Ombú, Isla Alta, Ensenada, Paso de la Patria, Itapirú, Tuyutí, Estero Bellaco, Yataytí Corá, Curuzú, Curupaytí, Yataytí, Tuyucué. Después de concluída su presidencia, tuvo unos años de retiro; pero en 1874 reapareció al frente de un ejército revolucionario:

fué vencido, cayó prisionero del gobierno legal, hubo de ser condenado a muerte. Reincorporado al ejército en 1877, pidió de nuevo su baja en 1880 y fué nuevamente reincorporado en 1883 con el grado de teniente general. Por aquel tiempo trabajaba ya en la historia militar de nuestra guerra de la independencia, que publicó en varios volúme-



En el sepulcro del Mariscal Ravi-
zac, que solo tenía un pie, un brazo, una
oreja, una pierna, una parte de la cabeza,
habiendo entregado su alma inmortal a la
inmortalidad, pudo grabarse con verdad
que un cuerpo entero se convirtió en
heroes.

Si los Inválidos Argentinos, que forman
un cuerpo multiplicado y glorioso, pueden de-
cirse con no menos verdad, que después de
dispersos se reunieron por todo un cuarto
de siglo, y marcando con ellos los itinerarios de
las grandes campañas militares de la Repú-
blica, solo conservaron con cariño intacto y
respetable por las balas, que siempre batió
por la Independencia de la América y la
Libertad de la patria, y como última
y única enseña gloriosa de su existencia,
el entusiasmo sublime del valor y la
miseria: — la venda ensangrentada de
sus heridas enarbolada en lo alto de
una muleta.

Buenos Aires
Enero de 1881

Bartolomé Mitre

Fig. 47. — Autógrafo de Mitre

nes; traducía al Dante y a Horacio; ordenaba en su archivo los documentos para la historia de nuestra guerra con el Paraguay y de las guerras civiles de nuestra organización nacional.

Este hombre que, como militar, optó por el arma de artillería y fué maestro de soldados en Montevideo y en Bolivia, puso su ciencia bélica en contra de Rosas, de Urquiza y de López, siempre al servicio de un

ideal democrático tal como él lo entendía; y halló a la vez tiempo y manera para ser un descollante de la acción civil, como periodista, caudillo, tribuno, legislador y gobernante. La cronología de esta parte de su carrera paréceme, asimismo, de un revelador interés. En 1852, representante del pueblo en la legislatura porteña; el 54, nueva elección; el 56, ministro; el 58, diputado; el 60, gobernador de Buenos Aires; el 62, presidente de la república hasta el 68; el 71, senador nacional; el 72, comisionado diplomático a Río de Janeiro; el 95, nuevamente senador, y, por fin, el año 1902, después de su jubileo, renunció a una tercera senaduría, para retirarse a la vida privada. El período de su presidencia (1862-1868) fué casi todo absorbido, y en cierto modo esterilizado, por las necesidades de la guerra exterior y algunas sublevaciones de la montonera en el interior; pero tanto en ese cargo, como en ministerios y legislaturas, sus iniciativas y discursos de interés público son de por sí el galardón de una vida prócer, por la intensidad de pasión y de acción que representan. Habiéndole tocado una época turbulenta, con indios que se sublevaban en la frontera cuando él estaba en el gobierno de la ciudad, o gobiernos que lo resistían en la ciudad cuando él tuvo a veces que sublevar las campañas; jefe de partido con grandes responsabilidades, forzado a la revolución contra presidentes adversarios o a la represión, como presidente, contra caudillos enemigos, su tormentosa acción política — que es militar en cierto modo — puso en la herida de su frente el mejor testimonio del carácter de la época embrionaria en que le tocó desenvolverse.

Para medir la extensión y la índole de su prestigiosa influencia, deseo recordar, con otro resumen cronológico, los honores que alcanzó en su país y en el extranjero. En 1847, le confiere un escudo de benemérito el gobierno de Bolivia; en 1852, le otorga la Orden de la Rosa el emperador del Brasil; en 1861, la Academia de los Quirites de Roma lo incorpora entre sus miembros; en 1863, lo elige socio honorario el Instituto politécnico de París; en 1873, la Academia de Bellas Artes de Chile lo designa socio honorario; en 1891, la Trinity historical society de los Estados Unidos lo nombra también socio honorario; en 1889, hace lo propio el Instituto histórico y geográfico del Brasil; y en 1892 la Academia de Ciencias de Lisboa, y en 1905 la Sociedad jurídico literaria de Quito. La Real Academia Española nómbralo también su socio correspondiente en 1890. Honores oficiales y académicos de tal especie llegaban desde el extranjero, mientras aquí en su país se los rendían también las más variadas corporaciones, desde el

Congreso Nacional, que en 1902 mandaba poner su nombre en vida a una calle de la ciudad hasta el centro cultural de una remota aldea que lo nombraba su presidente honorario; desde la Universidad de Buenos Aires, que en 1885 lo nombraba académico de las facultades de letras y de derecho, hasta la Sociedad de tipógrafos que le daba rango como de patrono laico en sus registros (1).

Me daría la pena de mencionar todos esos homenajes, aun a riesgo de fatigar al lector con su monotonía, si no fuese que su misma extensión me aconseja evitarlo. Pero entre tantas corporaciones como lo honraron, sólo una quiero citar, porque es significativa: la *Academia Aráldica genealógica* de Italia, en 1874, lo reconoce su socio en un diploma que ostenta este lema, tomado del Dante: « *La stirpe non fa nobili le persone — Ma si le persone la stirpe* », sentencia que él comprendía en toda su dantesca verdad. Pergaminos, medallas, efigies, llegaban copiosos a la morada del patricio, sobre todo en la última época de su vida, y testimonios de aquella popular consagración son los numerosos objetos que enriquecen la colección del Museo Mitre, ubicado en la sede de su antigua morada. Esta casa, era ella misma un homenaje, pues el pueblo se la había regalado por subscripción, cuando bajó pobre de la presidencia de la república.

He de volver en otras páginas sobre aspectos de la vida y la obra mitreanas. En este parágrafo sólo busco resumir, en pocos rasgos, si tal cosa es posible, la actividad prodigiosa del héroe y el radio de su múltiple influencia. Busco asimismo revelar, por medio de este capítulo, la unidad armoniosa de un espíritu en la variedad de su esfuerzo. Es el poeta de la juventud que continúa manifestándose, como antes en el canto, ahora en la acción. No hay, en tal sentido, sino una vida argentina que pueda comparársele: la vida de Sarmiento, fuerte, múltiple, longevo y laborioso como él. Pero Sarmiento « crea » en el tumulto, como un elemento de la naturaleza; en tanto que Mitre obedece a los númenes de una armonía superior, como el logos en el caos. Señor de sus pasiones, domina las pasiones extrañas, y somete la vida propia y la de su país al canon de las ideas. Se le tuvo por un olímpico desdeñoso y frío: pero él también padeció la llama interna sin la cual no se realizan estas vidas titánicas. Su pasión sin gestos fué la de un pitagórico serenado por la contemplación de las estrellas. Mostraba su linaje solar en la beatitud apolínea de su pensamiento y en la paciencia her-

(1) Véase J. M. Niño, *Mitre*, tomo I, página 390.

cúlea de sus trabajos, como antes, siendo joven, la había mostrado en la rebelión libertadora de su voluntad. Llevó la ciencia de los números a la artillería de nuestras guerras semibárbaras, en tiempos de montoneras, y la llevó también, por el culto del verso, al discurso convulsivo de nuestros románticos. Fué un arquitecto de nuestra política y de nuestra historia, un constructor, un poeta, en una palabra. Y tan sinceramente vivió en la acción una manera de poesía, y con tanta sinceridad de verdadero vate amó el verso por encima de la acción, que, ya hombre maduro, después de haber conocido las glorias del poder, complacíase en repetir este sencillo apólogo con que finaliza el prólogo de sus *Rimas :*

Un pobre pastor hablando consigo mismo, se decía :

— Ah si yo fuera rey...

— Y bien ¿ qué harías ? — preguntóle alguien que lo había oído sin que él lo advirtiese.

— ¿ Qué haría ? Pues cuidaría mis ovejas a caballo — respondió el pastor.

— Digo lo mismo — comentaba Mitre. — « Si yo fuera rey, haría versos... »

Rey fué, rey natural en el sentido de *rex*, de conductor, que da Carlyle al héroe político, y si antes de serlo cultivó la poesía lírica, después de serlo cultivó la poesía épica bajo la forma prosaica de la historia, en libros imperecederos que evocan la tradición americana desde los incas muertos hasta los libertadores inmortales.

CAPÍTULO XXI

VICENTE FIDEL LÓPEZ

I. La personalidad cívica y literaria de López. Resumen biográfico y bibliográfico. Principales rasgos de su vida (1815–1903). Principales títulos de su obra literaria. El hogar patricio. — II. López proscripto. El camino del destierro. Paralelismo de la vida de López con la historia social del país. Significado de la expatriación de López. — III. Actuación en Chile (1842–1852). Los primeros ensayos en el género de la historia : *Resultados con que los pueblos han contribuido a la civilización* (1845); *Manual de historia de Chile* (1845). La vocación literaria. El *Curso de Bellas letras*. Los primeros ensayos de novela histórica : *La novia del hereje, La loca de la guardia* y *La gran semana de 1810*. — IV. El retorno a la patria. López hombre de acción. Su obra en la organización nacional. El orador. El estadista. El historiador. *Historia de la República Argentina*. El rectorado de la Universidad. Vejez y muerte de López.

I

Vicente Fidel López nació en Buenos Aires, el 24 de abril de 1815. Fueron sus padres don Vicente López y Planes, autor del Himno Nacional, y doña Lucía Petrona Riera, porteños ambos. Fué su padrino de bautismo el doctor don Saturnino Planes, catedrático de prima de los Estudios públicos, y de óleos, don José Valentín Gómez, personaje notorio de la emancipación argentina, como parlamentario y diplomático. Don Vicente Fidel vino al mundo pocos días antes de la revolución de Álvarez Jonte contra Alvear (1815), en cuyo partido se contaban su padre y los principales amigos de la casa. Tuvo una enfermiza niñez, dramatizada en sus comienzos por un ataque de meningitis que hubo de serle fatal. Su infancia corre después entre las disciplinas del estudio, que vigilaba su propio padre, y las sucesivas revoluciones, que repercutían inevitablemente en su casa patricia. López recuerda en su *Autobiografía* a sus primeros maestros : don José de

Santabar y don Pío de Cabezón, que le enseñaron a traducir del latín. Antes de 1830 se había examinado de Plutarco, Ovidio y Virgilio, obteniendo nota de sobresaliente. El doctor don Diego Alcorta fué después su maestro de filosofía, y tuvo por condiscípulos a Carlos Tejedor, Félix Frías, Juan B. Alberdi, Miguel Cané, Esteves Seguí y otros que se distinguieron en nuestra historia. En 1834, concluídos sus preparatorios según el plan de Rivadavia, ingresó en los cursos de derecho. Frecuentó después la tertulia literaria de don Marcos Sastre, donde fraternizó con Echeverría y Juan María Gutiérrez, ampliando sus lecturas e iniciándose en las nuevas corrientes del romanticismo literario y filosófico. López era el menor de aquel grupo. En 1836, nombráronle secretario de la Academia de derecho; en 1837 reemplazó a don Diego Alcorta en su cátedra, y tuvo por discípulos, precoz maestro, a Rufino de Elizalde, Luis Sáenz Peña y Ezequiel Ramos Mejía. En 1839 se recibió de abogado. Iniciado en los movimientos de la Asociación de de Mayo, comprendió la importancia del alzamiento de Lavalle y su fracaso; aconsejó entonces a su padre que salieran de Buenos Aires, al ver el color sangriento de la represalia, cuyos signos fueron el asesinato de Maza en Buenos Aires y el degollamiento de Avellaneda en Tucumán. Vicente Fidel López abandonó Buenos Aires el 29 de enero de 1840. Comienza entonces la segunda época de su vida: el destierro en Montevideo y en Chile, que se cierra en Caseros. Volvió en 1852 a su país, y realizó entonces la tercera jornada, como obrero eminente de la reorganización nacional. En Chile fué compañero de Sarmiento, Mitre y Alberdi, los otros emigrados enemigos de Rosas; y ejerció allá el periodismo, la abogacía y la enseñanza. En Buenos Aires apoyó el Acuerdo de San Nicolás y la política de Urquiza. Fué ministro de Instrucción pública (1853) y de Hacienda (1890). Alguna vez se habló de su posible candidatura a la presidencia; pero nunca fué un verdadero político, ni como jefe ni como adherente de partido. Precidió el Banco de la Provincia y ocupó el rectorado de la Universidad. Intervino en la acción cívica por deber y por tradición. Su temperamento era combativo pero no flexible; de ahí el escaso brillo oficial de su carrera. Fué en cambio un hombre de gabinete y de estudio. En su obra escrita y en la influencia de su obra reside lo más duradero de su grandeza.

Después de algunos ensayos juveniles en Córdoba y en Buenos Aires, don Vicente Fidel López comenzó su carrera literaria como periodista en Chile, donde publicó y redactó *El Heraldo* (Santiago), *El Comercio* (Valparaíso) y *El Progreso* (Santiago), en colaboración con Sar-

miento y Mitre. Al volver a su patria, después de 1852, continuó su labor periodística en la prensa de partido, y además fundó y dirigió con Andrés Lamas y Juan María Gutiérrez la *Revista del Río de la Plata*, prestigioso periódico mensual de historia y literatura americanas (XIII tomos, 1871-1877). En Santiago publicó las siguientes obras: *Manual de la Historia de Chile* (1845), *Memoria sobre los resultados gene-*

Fig. 48. — Vicente Fidel López

rales con que los pueblos antiguos han contribuído a la civilización de la humanidad (Universidad de Chile, 1845) y *Curso de Bellas letras* (1845). Compuso López algunos trabajos de imaginación fundados en la historia, entre los que son famosos: *La novia del hereje* o *La Inquisición en Lima* (novela, 1854), *La Loca de la Guardia* (novela), y *La gran semana de 1810* (crónica de la revolución de Mayo). Ha dejado también los siguientes trabajos especiales de erudición: *Tratado de derecho romano* (lecciones en nuestra Facultad de derecho), *Compilación de Documentos sobre las*

invasiones inglesas (en colaboración con Valentín Alsina, Montevideo, 1851), *Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires* (6 tomos de actas capitulares de la colonia [1569-1643], bajo los auspicios de la Municipalidad), *Les races aryennes du Pérou* (en colaboración con Gaston Maspero, París, 1871), *El conflicto y la entrevista de Guayaquil* (expuesta al tenor de los documentos, Buenos Aires, 1884). Pero lo característico y central de la obra literaria de López, reside en sus estudios de historia argentina, que comprenden: 1° *Introducción a la historia de la República Argentina* (desde sus precedentes coloniales hasta el derrocamiento de la tiranía en 1852); 2° *La Revolución argentina* (su origen, sus guerras y su desarrollo político hasta 1830, 4 vol.: Buenos Aires, 1881); 3° *Historia de la República Argentina* (su origen, su evolución, su desarrollo político hasta 1852, Buenos Aires, Casavalle, 1883-1893, 10 vol.); 4° *Compendio de la Historia Argentina* (adaptado a la enseñanza de los colegios nacionales: I, Período de la independencia: II, Período colonial, Buenos Aires, 1889-1890, 2 vol.); 5° *Coordenación metódica y anotación del texto de historia argentina que se sigue en los colegios nacionales* (expuesta en el mismo orden de los capítulos para facilitar a los profesores las ampliaciones necesarias, etc., Buenos Aires, 1890); 6° *Debate histórico* (refutación a las *Comprobaciones históricas* de Mitre, Buenos Aires, 1882, dos volúmenes).

A la susodicha enumeración de sus principales libros, podríamos agregar muchos trabajos menores, fragmentarios unos, anónimos otros, y todos de interés para la biografía del autor o la historia de la cultura argentina. Debo citar, en primer término, la *Autobiografía*, obra pintoresca y desgraciadamente trunca, que López escribió en su vejez y que Groussac publicó en *La Biblioteca* (t. I), en la cual todos los comentadores de López han espigado después y que yo mismo he citado varias veces en el curso de este volumen. Debo recordar, finalmente, sus muchos artículos en la prensa del país y del extranjero, artículos anónimos, en su mayoría no individualizados ni coleccionados: sus trabajos en revistas de Chile y de Buenos Aires, tales como la *Revista de Valparaíso*, que fundó y dirigió en 1842, y la *Revista del Río de la Plata*, que también fundó y dirigió en 1878; sus memorias administrativas, cuando fué director de banco, ministro de Instrucción pública y de Hacienda, rector de la Universidad, en las cuales pregona sanos principios de economía y educación; sus alegatos forenses, mientras ejerció su profesión de abogado, aquí y en Montevideo; sus discursos en la legislatura porteña y en el parlamento ar-

gentino, primero a raíz de la caída de Rosas, cuando la reorganización constitucional, después a raíz de la caída de Juárez, cuando la reorganización financiera: y finalmente, sus polémicas, sus traducciones, su epistolario, su labor académica y docente, producción enorme que en su propia abundancia y variedad, consagra a don Vicente López como uno de los vigorosos ingenios de su generación y uno de los ejemplares varones de nuestra raza.

Si en medio de tanta variedad buscáramos el rasgo predominante, el que a López defina por su vocación intelectual, diríamos: «fué un historiador»; y si en medio de tanta abundancia buscáramos el atributo característico, el que a López define por su creación escrita, diríamos: «fué un improvisador». Tales son, a la vez, la virtud y el defecto más evidentes de su personalidad literaria.

Los géneros literarios que López cultivó fueron los que más directamente realizan la función social de las letras. Educador, orador, historiador, periodista, practicó esas cuatro funciones con la vehemencia de un hombre de acción. Hombre de acción fué sin duda, en el más noble sentido de la palabra, y obró como tal en las tres grandes crisis de nuestra evolución política: primero en la rebeldía juvenil de 1840 contra la tiranía que empezaba, cuando, triunfante Rosas, emigró del país; luego en la organización nacional, cuando firmado en 1852 el Acuerdo de San Nicolás por los gobernadores de provincia, lo defendió como fórmula eficaz para conseguir el nuevo orden civil que buscábamos; y finalmente en la crisis de 1890, cuando el viejo patricio reapareció en escena como ministro de Pellegrini después de la revolución que derrocó a Juárez Celman, y en la cual López mismo fué colaborador. La acción y la palabra de López muéstranse en aquellos tres momentos animadas del espíritu heroico que le era familiar desde la niñez, por las sugestiones de hogar patricio. Dijérase que el *Himno Nacional*, compuesto por su padre para la Asamblea de 1813, fué, dos años más tarde en su propia casa, la canción de cuna del unigénito: y esa indeleble emoción de su infancia nutrióle después durante medio siglo, en el estudio de la historia argentina. De aquel hogar patricio veníale también la vocación de las letras, y si inició su aprendizaje con el estudio de los clásicos, pronto los abandonó para lanzarse en las libres correrías del romanticismo, que tanto armonizaban con su apasionado temperamento y con las turbulentas sociedades en que le tocó desenvolverse.

II

La personalidad de López me ofrece, en el presente capítulo, buena ocasión para recordar cuanto llevamos dicho en este volumen, mostrando, en su caso particular, la unidad de ideas que caracteriza al ciclo de « los proscriptos » y el paralelismo de sus grandes vidas individuales con la vida de la república en su desenvolvimiento social.

Los publicistas estudiados en la primera parte, la intitulada *El ideal de Mayo*, muestran la génesis del movimiento político argentino, glorificado por el López del *Himno* en verso marcial : allí empieza la vida de don Vicente Fidel : la emoción de aquel pasado fué móvil de su acción como ciudadano y tema de sus libros como historiador.

La segunda parte de este mismo volumen, bajo el nombre de *La iniciación romántica*, estudia el pensamiento de Echeverría y de su escuela, o sea la crisis del pensamiento de Mayo, el triunfo de la tiranía, el advenimiento del nuevo ideal : allí empieza la carrera literaria de López, que fué discípulo de Echeverría, miembro de la « Asociación de Mayo », conspirador y emigrado, como los otros escritores de la nueva generación.

La tercera parte se llama *La expatriación liberal*, y en ella lo vemos como publicista en Chile, como visitante furtivo en Montevideo. Entonces forjó su personalidad, en el mismo taller donde Sarmiento forjó la suya, y ambos fueron los paladines de esa « escuela cuyana » que tantas inquietudes despertó en Santiago. De allá volvió, con su ideal esclarecido y su voluntad templada, para ser en Buenos Aires uno de los fundadores de nuestra nacionalidad.

Después de Caseros, los del éxodo alcanzaron a divisar *la tierra prometida*. Y este Vicente Fidel López, hijo de un prócer de Mayo, discípulo juvenil de Echeverría en Buenos Aires, compañero viril de Sarmiento en Chile, vino en esta última jornada a enfrentarse con Mitre, como adversarios en la labor constitucional, como émulos en la labor literaria, hasta lograr ambos, en la vejez gloriosa, la realización de casi todos sus sueños juveniles.

Esta unidad de carácter en el ciclo de « los proscriptos », este paralelismo biográfico de sus próceres ; esta concordancia de sus destinos con el desenvolvimiento social del país, hace innecesaria la repetición de fuentes, sugestiones e influencias que tengo ya apuntadas a propó-

sito de otras vidas contemporáneas y que son comunes a la vida de López. Debo, sin embargo, agregar no pocos rasgos, propios del autor que estudiamos, y necesarios al retoque del cuadro general.

López ha contado en su *Autobiografía* cuanto atañe a su cuna, a su familia, a su educación, a la gloria y las miserias de aquellos años heroicos. La *Autobiografía* es un documento de sabor personalísimo, no tanto por el género, cuanto por la genialidad de su autor, a quien parece que lo oyéramos platicar en familia, tanta es la naturalidad del discurso, la intimidad de los recuerdos, la sinceridad de los juicios, el colorido local del ambiente porteño anterior a 1837. Pero, desgraciadamente, su relato detiénese en la descripción del « Salón de Sastre », que antes cité (cap. V), y en los primeros pasos de la « Asociación de Mayo » (cap. VI). A partir de este momento es cuando debo presentar aquí la vida de López, o sea desde sus años del destierro, y presentarla, no como él la veía, sino como la vieron sus contemporáneos.

López da fin a la *Autobiografía* con la descripción de la crisis social que lo llevó al destierro. « La situación política — dice — se hacía cada vez más pesada. En 1838, sobrevino el rompimiento con el consulado francés y el bloqueo de los ríos argentinos. Todos los jóvenes argentinos, sin excepción, estábamos sindicados y mal mirados. En ese año tuvimos una gresca con un famoso comisario llamado el ñato Maciel » (1). Describe luego ese incidente, ocurrido en un teatro, de donde fueron sacados, por unitarios, él, Rodríguez Peña y otros jóvenes sospechosos; menciona las campañas de Oribe y Echagüe en las provincias; la conspiración de 1839 en Buenos Aires y en Montevideo. « Ya por lo peligrosa que era la vida en Buenos Aires para los que anhelaban la caída de Rosas, ya — agrega — por lo insoportable del peso de la tiranía, las familias sindicadas, y sobre todo la juventud, llena de esperanzas en un próximo sacudimiento, emigraba en masa a Montevideo ». Y así llega al año 1839, con el fracaso de la revolución del Sud, de la expedición de Lavalle, y de la conspiración del joven coronel Maza. De esto último dice: « El mismo padre delató el complot. Fué preso y fusilado Ramón Maza, y asesinado su padre en el despacho de la Legislatura ». « Algunas delaciones hicieron caer sospechas sobre todos mis amigos; fueron aprehendidos Gutiérrez, Tejedor, Carrasco y otros. Jacinto Rodríguez Peña, Diego Arana y otros, lograron esca-

(1) *Autobiografía (La Biblioteca*, tomo I, pág. 352).

par por el Tigre, asilándose en el buque francés fondeado en el Luján. Yo le declaré a mi padre que debía salir del país porque corría peligro. Todos creíamos que la ausencia sería corta, tal era el estado de opinión y las ilusiones que nos exaltaban » (*op. cit.* pág. 254). Corría el año 1840 y se esperaba el éxito de Marco Avellaneda en el pronunciamiento del Norte, que también fracasó (1).

En el capítulo sobre Rosas he hablado de la importancia que los sucesos de 1839, dentro y fuera de Buenos Aires, tuvieron en la consolidación del despotismo y en la necesidad de la proscripción. Los defensores póstumos del tirano han pretendido desvanecer las sombras que abruman a la tiranía, y obscurecer la gloria de los proscriptos, sosteniendo que esa gloria es una leyenda de partido. Pero los archivos de la época se hallan colmados de documentos que prueban lo contrario, y entre ellos hay testimonios tan irrecusables como ese de López, que se aquilata con la amistad de su propio padre con Rosas y por el acento sincero de la desinteresada vejez. « Insté a mi padre — dice, — que nada suponía de esto (la conspiración de Avellaneda en el interior), para que me dejase ir a Córdoba por no ir a trabajar como abogado en Montevideo y tener que figurar en el alzamiento unitario. A mi novia y a su familia les convencía la idea de que la ausencia era cosa de dos meses... Se arregló así el viaje. Para hacerlo me recibí de abogado en diciembre de 1839 y salí de Buenos Aires el 29 de enero de 1840, de mañana, en una grande galera donde íbamos 12 pasajeros como higos de petaca. »

El destierro de López se me ofrece como un dechado. He dicho, en otro lugar de esta obra, que los jóvenes proscriptos dejaban su patria, su hogar y también sus novias, y lo que pudo parecer un rasgo de artificioso romanticismo en mi aserto, halla confirmación en el destierro de López. En la propia *Autobiografía* refiere cómo en una fiesta de don Carlos Lamarca, el 20 de junio de 1837, había conocido a una joven de 16 años, que asistía a su primer baile ; de aquel recuerdo dice : « Y se forjó la cadena para toda la vida ». Interrumpido tres años más tarde aquel idilio, el emigrado de Chile, fiel a la eterna promesa, cansado de esperar la caída de Rosas, vino en 1847 a Montevideo para reunirse con la novia abandonada, a quien hizo su esposa. Episodios análogos hay en la vida de otros jóvenes escritores de su generación. En los versos

(1) Sobre estas evasiones, véase : Mármol, *Amalia* y *Diario (op. cit.)* ; Paz, *Memorias* ; Núñez, *Apuntes* ; y la nota pertinente del capítulo XVII en este volumen.

de Mármol y en el celibato de Alberdi descúbrese la sombra de algún trunco amor que ya no pudo, como el de López, reanudarse...

En el destierro del escritor que estudiamos hay todavía otros rasgos que lo individualizan.

Entre el hogar respetado y el azar del exilio, prefirió voluntariamente esta aventura. Él no era un prófugo de la cárcel, como Gutiérrez y Mármol; él no era un solitario errante como Echeverría y Alberdi; él no tenía su familia fuera del país, como Varela y Mitre. Sin haber caído, como Rivera Indarte, en la juvenil alabanza de Rosas — riesgo posible dada la amistad de su padre con el tirano, — salió sin mancha de Buenos Aires, dejando aquí su hogar ilustre, su posición académica, su novia bienamada. Con su apellido, su título, su juventud, su erudición, su talento, pudo quedarse a medrar bajo la tiranía: pero eligió el camino del éxodo para salvar en su corazón el arca santa de las tradiciones patricias. Cuando todo un pueblo cae en la abyección, se hace más ineludible la protesta de los elegidos. La emigración de López fué una deliberada y serena protesta.

No siguió López, en su destierro, el mismo rumbo de otros emigrados porteños: en vez de salir para Montevideo, salió para Córdoba. De Córdoba pasó más tarde a Chile.

El general Paz en sus *Memorias* y Mármol en su *Amalia* han descrito cómo eran esas fugas por el río, embarcamientos furtivos a favor de la noche, entre disfraces y peligros. En su *Autobiografía*, López concluye, precisamente, con la descripción de su éxodo por tierra: « La noche de la salida dormimos en la posta de la Figurita, entre San José de Flores y Morón. Iba entre nosotros un caballero de 30 a 35 años, llamado don Prudencio Murguiondo, gran enemigo de Rosas, que estaba indignado de la conducta que San Martín había adoptado de amistad con el tirano. Dormíamos todos en una pieza, sobre cueros tendidos en el suelo. A altas horas de la noche me desperté al oir una discusión histórica en voces altas, pero amistosa. Se trataba de San Martín y Alvear. Murguiondo, como su hermano don Agustín y toda su familia (incluso su padre, el viejo coronel de Mayo), era acérrimo partidario de Alvear. La cosa nos divirtió mucho hasta que, de madrugada, se arregló la galera y vino el mayoral Venancio Rodríguez. »

Así termina la parte impresa de la *Autobiografía*.

Después de aquel momento, López aparece en Chile. El pasaje por Córdoba es un episodio poco documentado de su vida. De ciertas palabras suyas infiero que tal viaje obedeció a connivencias con la conspi-

ración del norte (1). En Córdoba organizó, según Echeverría, una filial de la Asociación de Mayo, con Paulino Paz, Enrique Rodríguez, Avelino y Ramón Ferreyra, Francisco Álvarez, y otros que fracasaron en una revuelta local (2). En Córdoba, López publicó *El Estandarte* (3); allí se encontró con Juan Antonio Gutiérrez, hermano de Juan María, fugitivo de la derrota del Quebracho (4). En 1841 radicóse en Chile y desde allí escribió varias cartas a Alberdi sobre las campañas que emprendió en compañía de Sarmiento, con quien trabó amistad estrechísima (5).

Ahora interésame decir cómo era López cuando emigró, y para ello citaré el retrato que de él hace Lastarria en sus *Recuerdos literarios*, evocando su figura física e intelectual según la vió en 1841 : « Era un joven de veinte i cinco años, hijo de la revolución, que en su fisonomía árabe i en sus ardientes ojos negros revelaba la seriedad de su carácter, la firmeza de sus convicciones i la energía de sus pasiones. Dotado de un espíritu eminentemente filosófico e investigador, había hecho vastas lecturas, i se inclinaba siempre a contemplar la razón de los hechos, de los sucesos y de los principios, despreciando las formas y las exterioridades. Pero su ilustración política y literaria no estaba aún dominada por un criterio fijo, que diera claridad a sus juicios i a su esposición, i ese era entonces el achaque jeneral de todos los escritores progresistas, porque las nuevas ideas no entraban todavía en una evolución científica, en las naciones del antiguo réjimen en Europa y en América » (pág. 104).

Estas últimas palabras no tienen claro significado sino cuando se penetra en el confuso ambiente intelectual de aquella época, entrevero de románticos, socialistas, progresistas, que se agravó al pasar a América, por las pasiones que nos legó la guerra de independencia. La lucha contra España y la gramática, contra los clásicos y el purismo, fué uno de los curiosos aspectos de las polémicas que en el Plata y en Chile se suscitaron. En ellas López fué, a la par de Sarmiento, campeón esforzado. Desde 1842 hasta 1852 duró el destierro de López. Durante esos años maduró su talento. Cuando volvió a Buenos Aires el joven

(1) *Autobiografía* (edición citada, pág. 252).

(2) *Dogma socialista* : « Ojeada ». Edición citada, página 68.

(3) Benjamín Villafañe, *Reminiscencias*, op. cit.

(4) Gutiérrez, *Poesías*, notas (Edición de Casavalle).

(5) Alberdi, *Escritos póstumos*, tomo XV, página 757.

proscripto de 1839 era ya un escritor y un estadista. Chile fué su segunda patria y su segunda escuela. Allá debemos buscar las primeras raíces de su obra definitiva.

III

Echeverría, en la *Ojeada*, al mencionar a los pregoneros de la nueva doctrina, incluye a López, y de él recuerda con elogio sus tareas en la prensa chilena, y los libros que hasta entonces (1845) había publicado: la *Historia de Chile*, adoptada por el gobierno para las escuelas; el *Curso de bellas letras*, aplaudido en el Plata y el Pacífico; *Resultados de la civilización*, que Echeverría juzga escrito a la manera de Turgot y Condorcet. Pero lo más interesante del pasaje citado, es la siguiente noticia: « Sabemos que el Sr. López se ocupa de una historia de nuestra revolución; y a juzgar por algunos prolegómenos de ella que hemos leído en *El Progreso*, podemos felicitarle de antemano por tan grande y difícil empresa » (1). Según esta noticia, cuando López, después de 1890 y en víspera ya de su muerte, trabajaba en una última revisión de su *Historia de la República Argentina*, coronaba en ello cincuenta años de labor sobre el mismo tema, puesto que medio siglo antes había ensayado la filosofía de la historia con los *Resultados de la civilización* e iniciádose en la historia patria con ese estudio que Echeverría cita y del cual los prolegómenos de *El Progreso* fueron sin duda esbozos y fragmentos (2).

Uno de los primeros trabajos de López fué su *Memoria sobre los resultados generales con que los pueblos antiguos han contribuído a la historia de la civilización*, obra presentada a la Universidad de Chile, aprobada por la facultad de humanidades y elogiada por Sarmiento en *El Progreso*, al aparecer impresa en 1845. López había llegado entonces a los treinta años, y ese opúsculo señala el momento en que empieza la madurez de su inteligencia y la definitiva forma de su vocación. « La historia — dice

(1) *Dogma socialista*, edición de la *Biblioteca Argentina*, página 80.

(2) No estará demás recordar también que en el catálogo del Museo Mitre (19, 9, 250) figura la obra *Vindicación de la República Argentina en su revolución y sus guerras civiles*, folleto impreso en Santiago de Chile el año 1841 bajo el siguiente pseudónimo: « *por A y X, emigrados argentinos* », y un paréntesis de dicho catálogo contiene esta nota marginal: « Uno de los autores es el doctor Vicente F. López »; aclaración que, probablemente, proviene de Mitre, quien tenía motivos para saberlo.

el autor — es la apreciación de los partidos y de las revoluciones que han modificado la condición moral de la humanidad. La causa que produce los hechos sociales — agrega — tiene su principio en el movimiento continuo de las ideas con que se caracteriza a sí misma la inteligencia humana ». Según estos principios hay para López dos tipos de civilizaciones, quietista el uno, fundado en la religión, como en los pueblos orientales : Egipto, Persia, Judea ; y otro dinámico, fundado en la política, como en los pueblos occidentales : Grecia, Italia, Francia. La función del pueblo griego fué la asimilación de las culturas orientales para humanizarlas y animarlas con el espíritu laico del occidente. En las condiciones geográficas de Grecia encuentra López el crisol del pueblo griego, la escuela que lo hizo fecundo y atrevido en sus empresas de arte, de filosofía, de política. La corriente universal de las ideas va remansándose de pueblo en pueblo, caracterizando por el suelo y la raza las culturas regionales, pero sin romper el solidario vínculo de la historia humana, que se desenvuelve de acuerdo con este otro principio : « La civilización marcha a favor de sistemas incompletos, que progresivamente van incorporando a su esencia los elementos que han menester ». López afirma así una ley de progreso, en el cual influyen las ideas primeras, como causa universal, y el medio geográfico como causa local. De ahí la continuidad y variedad de ese movimiento ; y cuando él dice Oriente, Grecia, Roma, Judea, quiere decir la religión, la filosofía, el derecho, la moral, indicando con tales hitos, no un rumbo material, de oriente a occidente, según la marcha del sol, sino un rumbo espiritual, de la servidumbre a la libertad, según el rumbo del alma. Hállase, pues, en aquel opúsculo de López el futuro orientalista de *Las razas arias*, el futuro jurista del *Derecho Romano*, el futuro historiador de *La revolución argentina* ; y si es feliz primicia tal memoria en la bibliografía de su autor, no lo es menos en la bibliografía americana de su época. Podrá discutirse la originalidad de muchas ideas y la verdad de algunos juicios, pero no la robustez mental, la afición humanista y la agilidad filosófica de quien así las vierte en prosa clara, pintoresca, sencilla.

Esta *Memoria* fué presentada para obtener el grado de bachiller en humanidades, que el jurado le otorgó por unanimidad ; y Sarmiento, juzgando la obra con motivo de su publicación, dijo en *El Progreso* (25 de julio de 1845) : « Sin duda que el recinto de aquel tribunal literario no había oído hasta ahora leer un trabajo más serio, más profundamente elaborado, i que en un cuadro de dimensiones estrechas encerra-

se una exposición tan neta de lo que habría sido materia de un grueso volumen » *(Obras*, t. I, pág. 291). « El señor López ha conquistado con su trabajo un lugar distinguido entre las inteligencias más bien nutridas, revelando conocimientos i capacidades de apreciar la historia que no son comunes entre nosotros » *(op. cit.*, pág. 296).

Después de este ensayo sobre filosofía de la historia, en el cual mostró López su aptitud para las ideas generales, intentó, dentro del género, una empresa más modesta pero más ardua : la de un texto de historia local para las escuelas.

El *Manual de la istoria de Chile* es un librito de 188 páginas, escrito con excelente método didáctico (1). Divídese en cuatro partes, de las cuales, la primera estudia el objeto de la historia, el territorio y sus razas primitivas ; la segunda, sobre la conquista, narra en trece lecciones el estado social de España al empezar la colonización, la entrada de los españoles en Chile, los gobiernos de las nuevas ciudades, las sublevaciones de los araucanos, y el estado social de Chile en víspera de la independencia ; la tercera parte, sobre la revolución, explica los sucesos peninsulares que produjeron la formación de juntas en América, el alzamiento de los criollos, las campañas de San Martín, los primeros gobiernos patrios, hasta la caída de O'Higgins y el nombramiento del general Freire, en 1823, para el cargo de Director supremo. Cada capítulo lleva al margen de los parágrafos su cronología por años, y al final, un cuestionario habilísimo. El texto es de una economía magistral en cuanto a argumento, plan, estilo y vocabulario. El pedagogo del Liceo y del Instituto, experimentado en métodos escolares ; el autor del *Curso de bellas letras*, experto en secretos de composición y estilo ; el historiador de raza que en López había, manifiesta en esa obrilla para niños, fundidas en un solo esfuerzo, sus tres calidades sobresalientes. Aquel concepto filosófico que había supuesto en su *Memoria* sobre la contribución de los pueblos a la civilización, tácito en este breve *Manual*, está, sin embargo, presente en él. Describe primero el territorio de Chile y luego muestra sobre él la formación de un pueblo. No es una historia heroica, dinástica ni militar. Se propone enseñar a los niños — dice en el prólogo — « cuanto debeis saber para llegar a ser ciudadanos dignos de una república civilizada. Vais a ocuparos de estudiar los progresos qe vuestra patria a echo en la carrera de la *civilización* y de la *libertad*.

(1) Este libro, como otros de la época, impresos en Chile, sigue la ortografía reformada entonces en boga, que conservo en mis citas.

Con este solo objeto e escrito para vosotros este pequeño libro ». Era, según se ve, la historia concebida como experiencia del ideal de un pueblo, concepto que López habría de traer años más tarde al estudio de la historia argentina.

El *Manual* hállase dedicado al ministro de Instrucción pública don Manuel Montt, amigo y protector de los emigrados argentinos ; se lo dedica porque fué él quien le sugirió la idea de componer el libro. Una vez compuesto, adoptólo el gobierno para las escuelas, mas no por capricho del ministro, sino por dictamen de la Universidad, que dijo así: « La facultad de umanidades a creído qe aqella obra merece ser adoptada para la enseñanza del ramo, en los establecimientos nacionales de educación. La recomiendan una gran sencillez de narración, corrección de estilo, método claro i un templado laconismo qe le da la estensión qe corresponde a una obra de su jénero » (1).

Cuando López regresó a su país, volvió a cultivar este género en otro libro para las escuelas, el *Manual de historia argentina*, más extenso que aquél y menos recomendable en cuanto al estilo, acaso porque los temas de nuestra historia nacional lo apasionaban y porque al avanzar sus años y crecer sus tareas, fueron menos severos sus escrúpulos de escritor o más escaso su tiempo para meditar el plan y detenerse en el esfuerzo de la prosa. A pesar de ello, es uno de nuestros mejores manuales : de ahí su éxito en nuestras escuelas. Yo mismo aprobé por él mis cursos del colegio, y recuerdo que lo leía con placer, sin descubrir ningún defecto de información ni de lenguaje, y antes holgándome en su amenidad.

Mas antes de escribir ese *Manual de historia argentina*, López había trabajado en la composición de su obra monumental sobre el mismo tema y había ejercitado su prosa en obras de mayor aliento. Lo que me interesa dejar aquí establecido es que el gran historiador de la madurez, capaz de la vasta síntesis y del menudo detalle, del tratado y del manual, de la idea pura y del toque pintoresco, de la idea universal y del sentimiento regional, aparece ya bien definido en sus ensayos chilenos.

Vamos a considerar ahora, la preparación del escritor, sus doctrinas estéticas y sus lecturas literarias, según el testimonio de los primeros ensayos, publicados casi todos en Chile.

Trabajo de menor audacia que la *Memoria sobre la civilización*, pero de mayor extensión y de igual resonancia en el apacible ambiente chile-

(1) Firma este dictamen el decano don Miguel de la Barra.

no, fué el *Curso de bellas letras* (volumen de 300 páginas), dado a luz en Santiago por la imprenta de *El Siglo*, ese mismo año de 1845. José Victorino Lastarria, en sus *Recuerdos literarios*, ha fijado el valor de este libro en la cultura chilena, pues con relación a ese momento y ese medio debemos apreciar esta nueva obra de López. Para ello necesitamos remontarnos al año 1842, cuando López inició en Chile su campaña por la reforma de los estudios literarios.

Hasta la llegada de los emigrados argentinos, la juventud chilena habíase mostrado conservadora en política, en filosofía, en estética. La tradición colonial, a través de la influencia clerical y de la oligarquía patricia, pesaba en el gobierno y la universidad. El venezolano don Andrés Bello, mentor de la oligarquía, maestro de ciencia indiscutida en derecho, en filosofía, en letras, distaba mucho de ser un revolucionario. Y así tocóle al joven López ser, frente a Bello, uno de « los rebeldes que arremetieran contra las viejas disciplinas ».

Después de varios años de sopor intelectual y a favor de ideas más liberales que empezaban a orear la política y el ambiente intelectual, aparecieron en Chile dos periódicos literarios : uno de tinte conservador, el *Museo de ambas américas*, del colombiano Juan García del Río, y otro de tinte liberal, la *Revista de Valparaíso*, de López el argentino. Desde los tiempos del *Mercurio chileno*, que en 1828 editaba el polígrafo español don José Joaquín de Mora, no se había visto en Santiago publicaciones de ese género ; pero dado el carácter de los dos nuevos periódicos, éstos chocaron, naturalmente. El de López apareció primero y el de García del Río vino después, acaso como una réplica necesaria, « a propagar principios sanos y doctrinas conservadoras ». López, con la colaboración de Gutiérrez y Alberdi, atacaba el clasicismo, la literatura española, la tradición colonial. Sarmiento, desde otras prensas, los apoyaba con fervor. El público chileno más linajudo prefirió, como era lógico, el *Museo*, y aunque algunos jóvenes, como Lastarria, simpatizaban con la *Revista*, los más la desdeñaban públicamente, acaso por puntillo de mal entendido patriotismo. En estas condiciones, a los seis números murió el periódico de López, no sin haber removido el campo, y López siguió en la *Gaceta del Comercio*, de Valparaíso, su tarea de sembrador.

Acusábase a los escritores argentinos de no tener una doctrina precisa, de no saber exponerla con claridad, de ser corruptores de la filosofía y del idioma, de ser algo así como unos « gauchos de la literatura », que habían llevado el espíritu incivil de la pampa a las arcadias trasandinas. A pesar de ello, las polémicas continuaban ; el prestigio de los

nuestros crecía, aumentaban los prosélitos, y el soplo renovador penetraba en las antes dogmáticas prensas y claustrales academias. Los jóvenes del país fundaron entonces una sociedad literaria, en la cual Lastarria habló a favor de la escuela nueva, y López, en la *Gaceta*, comentó con elogio su discurso (1). Los chilenos fundaron a la sazón el *Semanario*, escrito por chilenos, y estalló al fin cierta famosa polémica sobre *clasicismo y romanticismo*, en la cual Sarmiento desde el *Mercurio* y López desde la *Gaceta* atacaron por ambos flancos al enemigo, descalabrándolo públicamente. El *Semanario* fué dirigido por Sanfuentes y por Vallejo, discípulo de Mora el uno y de Bello el otro (2).

Sarmiento decía: « Cambiad de estudios, i en lugar de ocuparos de las formas, de la pureza de las palabras, de lo redondeado de las frases, de lo que dijo Cervantes o Frai Luis de León, adquirid ideas, de donde quiera que vengan; nutrid vuestro pensamiento, con las manifestaciones del pensamiento de los grandes luminares de la época; i cuando sintais que vuestro pensamiento a su vez se despierta, echad miradas observadoras sobre vuestra patria, sobre el pueblo, las costumbres, las instituciones, las necesidades actuales, i en seguida *escribid con amor*, con corazón, lo que se os alcance, lo que se os antoje, que eso será bueno en el fondo; *aunque la forma sea incorrecta*, será apasionado aunque a veces sea inexacto, agradará al lector aunque rabie Garcilaso » (3). Semejante herejías sublevaban a los jóvenes del *Semanario*. López no exageraba el tono tanto como Sarmiento, pero su razonamiento no era menos eficaz (4). Por otra parte, López no se redujo a la polémica periodística, sino que dió forma orgánica a sus teorías en el *Curso de bellas letras* y aplicación práctica a las mismas, como profesor en el Instituto y el Liceo.

Don Andrés Bello enseñaba literatura en el Instituto Nacional. Como tuviese exceso de alumnos confió un curso complementario a Lastarria: pero en 1843 Lastarria dejó su cátedra para desempeñar un empleo en el ministerio del Interior, y le sucedió en ella su amigo don Vicente Fidel López. « Entonces fué cuando López escribió su *Curso de bellas letras*, que publicó y enseñó más tarde », dice Lastarria en sus *Recuerdos* (*op. cit.*, pág. 252) « i aun cuando no era un testo irreprochable, llevaba grandes ventajas a los españoles que aquí se conocían ». Testo

(1) Lastarria, *Recuerdos literarios*, página 112.

(2) Lastarria, *Recuerdos literarios*, página 176.

(3) Lastarria, *Recuerdos*, página 209.

(4) Sarmiento, *Obras*, « Reminiscencias de la vida literaria ».

preferido era el de *Hermosilla*, — empleado hasta por el propio don Andrés Bello; y es una protesta contra ese manual, y aun contra el de Gil y Zárate, el *Curso* de López. Este último simpatizaba más bien con el manual de Blair, ya traducido al castellano, como que había estudiado retórica por el libro de Blair, según lo refiere en su *Autobiografía* (pág. 332). Allí mismo puede verse cuáles fueron sus estudios clásicos y sus primeras lecturas románticas.

De aquellas inquietudes románticas nació en López cierta afición a novelar la historia y a fundar la novela en la tradición histórica, cosas ambas afines a la índole de su talento. Tal es el origen de su novela intitulada *La novia del hereje*, cuya acción pasa en la Lima colonial, entre piratas, indios, soldados, negros esclavos, tapadas y caballeros. A *La novia del hereje*, siguióle *La loca de la guardia*, relato novelesco sobre un episodio de la independencia en Los Andes, y *La gran semana de 1810*, boceto de novela epistolar, cuyas fingidas cartas dan una visión realista de las agitaciones de Buenos Aires en los días de la revolución.

IV

La caída de Rosas exaltó de nuevo la figura de don Vicente López y Planes, que fué nombrado gobernador de Buenos Aires. El viejo patricio había sido varias veces el hombre de conciliación en los momentos de crisis. Permaneció en el país durante la dictadura, mostróse transigente con Rosas, y hasta escribió algunos versos para el álbum de Manuelita; pero esta claudicación no marchitó los laureles que glorificaban su frente desde los días de la independencia. Nadie pudo olvidar que éste era el defensor de Buenos Aires en las invasiones inglesas, cantadas por él en *El triunfo argentino*, y que era un fundador de la emancipación, cantada por él en las estrofas del *Himno nacional*. Su amistad con Moreno, San Martín y Rivadavia estaba viva en la memoria de todos, y todos coincidieron, después de la victoria de 1852, en entregar a sus manos el gobierno de Buenos Aires, pues el venerable anciano era, por su temperamento y su cultura, una garantía cívica en aquel grave momento.

El viejo López llamó a ocupar el ministerio a su propio hijo don Vicente Fidel, joven entonces de treinta y cinco años, que traía consigo la fuerza y los ideales de su generación. El gobernador López firmó el

acuerdo de San Nicolás, como se llama a la convención federal de los gobernadores del viejo régimen, que al dar facultades nacionales a Urquiza se comprometían a crear un régimen nuevo, fundado en la constitución que todos anhelaban. Por el origen de ese pacto, los hombres de Buenos Aires lo combatieron, temerosos de que la acción de los caudillos así concertados con el vencedor militar, hiciera fracasar los ideales de la victoria, que eran los de 1837, los de la Asociación de Mayo, los de la proscripción liberal. Mitre, que entonces surgía como caudillo porteño, encabezó la resistencia dentro y fuera de la Legislatura, y tocóle a Vicente Fidel López, porteño él también, defender el Acuerdo en un debate memorable, con adversarios temibles y con barra adversa. Mostróse López temerario y elocuente, pero jugó entonces su popularidad en Buenos Aires, y el gobierno que él defendía se descalabró, dando lugar a una tendencia más localista que entró en guerra civil con Urquiza, con las provincias, con la constituyente de Santa Fe, con el gobierno de la confederación, que se trasladó a Paraná. Buenos Aires quedó segregada de la nacionalidad, y aquella anómala situación se prolongó por más de un lustro. Sólo después de 1860 se halló el camino de la conciliación, que era, como antes y después, el de la solidaridad nacional. Cuando la reconstrucción de la nacionalidad se produjo, pudo verse que no había separado a los combatientes un antagonismo de ideales, sino el error o la pasión que borraba los caminos por donde hubiera sido más breve y fácil lograr lo que unos y otros se proponían. Urquiza y Mitre se hicieron entonces recíproca justicia (1). Alberdi y Sarmiento, que habían polemizado acerbamente, pudieron abrazarse en la vejez (2). Vélez Sarsfield y López, separados en el debate de la Legislatura, se reconocieron como hermanos en hogar común. Mas, a pesar del éxito definitivo, el fracaso inicial alejó a López de la política militante y dejó alguna amargura en su espíritu.

El desacuerdo entre los vencedores de Caseros había comenzado al

(1) Como no escribo la historia política de la nación, no debo entrar en detalles, por otra parte ya muy estudiados por otros historiadores de este período. En el libro *Urquiza y Mitre* de Victorica; en los papeles del archivo de Mitre publicados por *La Nación* (XVII volúmenes); en los de Urquiza publicados por la Facultad de filosofía y letras; en los trabajos de Pelliza, Saldías, Varela, del Valle y González, se hallarán las minucias del complicado momento que aquí recordamos.

(2) Es una tradición autorizada que, cuando Alberdi regresó al país en vísperas de 1880, se reconcilió con Sarmiento y con Mitre, de quienes se hallaba separado por larga enemistad.

día siguiente de la victoria. Fué grande el optimismo del primer instante; pero las ilusiones se desvanecieron muy pronto. Dos poetas de la proscripción — Gutiérrez y Mármol — se encontraron en un banquete, después del triunfo, y como el primero brindara por el ideal que los unió en el destierro, el segundo — Mármol — le respondió con un *Brindis* en que se siente palpitar aquel ingenuo optimismo de los bellos días:

Recojo de tus labios
la inspiración, y brindo,
por los amargos días
de nuestra juventud:
aquellos que perdidos
en playas extranjeras
pasaban en nosotros
sin porvenir ni luz.

Los dos hemos cantado
las glorias de la patria;
los dos hemos llorado
su bárbara opresión;
los mares, el desierto
y el llano y las montañas,
conocen de nosotros
la noble inspiración.

Los dos hemos rondado
las puertas de la patria,
besando los umbrales
del suspirado Edén;
los dos al fin nos vemos
donde nos ver quisimos:
en el sagrado templo
de nuestra ardiente fe.

En brazos de la patria
y en medio de la vida,
Gutiérrez, aún tenemos
un voto hecho ante Dios:
tenemos que ser siempre
para la tiranía
proscriptos y poetas;
tal es nuestra misión.

Pero también los dos poetas amigos se separaron. Mármol quedó cerca de Mitre en Buenos Aires: Gutiérrez apoyó la política de Urquiza en la constituyente y en Paraná.

Los antagonismos personales habían comenzado en las filas mismas del ejército grande, y tuvieron su primer estallido en el libro de Sarmiento contra Urquiza. A pesar de ello, el vencedor sentía fe en el éxito, según se lo decía a Gervasio Posadas, hijo del que en 1814 fué director supremo:

«Pronto, muy pronto, mi querido Posadas, se constituirá nuestra tierra: al mismo tiempo, quizá, en que el loco, en que el verdadero loco de Sarmiento se ocupa en Chile de escribir contra mí cuanto disparate se le ocurra» (1).

(1) Carta de Gervasio Posadas a Alberdi, desde Buenos Aires a Chile (Véase Alberdi, *Escritos póstumos*, t. XV, pág. 824). El llamar «loco» a Sarmiento no era una novedad. En boca de Urquiza, a quien Rosas llamara el «loco traidor Urquiza», pudiera

Todo ello no era sino esa fatalidad social — el desierto, la demagogia, el fanatismo, — que hacen de nuestra historia una tragedia; pero ni aun en los peores momentos del error y del odio se obscureció en las grandes almas la fe en nuestro destino como nación. Hasta el propio Sarmiento, que tan duro se había mostrado en el *Facundo* con nuestras guerras civiles, comprendió en 1856 lo que esas guerras significaban; y embanderado él en la lucha con el interior, escribía en la prensa de Buenos Aires segregada, estas palabras significativas, sobre todo porque salían de su pluma:

« Nuestras guerras civiles, nuestros movimientos campesinos y plebeyos, que nunca, a Dios gracias, tuvieron por móvil el robo y el saqueo, eran manifestaciones groseras, pero saludables, de la inoculación de la vida pública que ya alcanzaba a penetrar hasta la choza de las campañas. Por algo se peleaba; y ese algo tan confuso, tan rudo, ha quedado al fin en las instituciones, y ha triunfado definitivamente en el país. Artigas sentía, como pensaba Jefferson, que debían constituirse las colonias, y Artigas ha tenido al fin razón sobre Rivadavia y sus correligionarios. Si el bandido Quiroga se levantase de su tumba, podría repetir en Buenos Aires hoy lo que gritaba a sus hordas al pie de los Andes: Federación o muerte (1). » Así triunfaron, medio siglo más tarde, la federación y la democracia, los dos ideales por los que, desde 1810, nuestros pueblos combatían.

En medio de aquella atmósfera caliginiosa, don Vicente Fidel López vió fracasar su acción política personal, y, como no era un caudillo, se retiró de la acción, temeroso de aquellas fuerzas que no podría conducir. Pero él también comprendió que en ese caos flotaba el logos de nuestro destino, y procuró desentrañarlo por otros medios, sirviendo a la cultura del país en la obra intelectual, cuya influencia no es inmediata, como lo es en la acción política, pero cuya fecundidad suele probarse más tarde, cuando nuevas generaciones ceden al arquetipo que la meditación desentrañara de la vida real. Probablemente fué aquel contraste de 1852 lo que hizo definitivamente de López un maestro, un

parecer un resabio del lenguaje rosista. Pero ya vimos que Echeverría, en 1845, decía en carta a Alberdi: « Sarmiento camina para loco » (conf. en el presente volumen, pág. 221–222). Lastarria en sus *Recuerdos literarios* describe la primera impresión que le produjo en Chile el joven Sarmiento (« cuyas formas eran casi de gaucho ») y afirma « El hombre, realmente, era raro » (*op. cit.*, pág. 96).

(1) *Obras*, tomo XLIV, página 10, artículo sobre el *9 de Julio* en 1856. *El Nacional.*

jurista, un historiador, afirmando la vocación juvenil que despuntara en sus obras chilenas.

Rector de la Universidad de Buenos Aires, profesor de derecho, escritor de historia argentina y americana, tal es el Vicente Fidel López de la madurez. Fué por entonces cuando editó su libro *Les races aryennes du Pérou*, en colaboración con el joven sabio Maspero; cuando publicó sus lecciones de *Derecho romano*; cuando dirigió con Gutiérrez la *Revista del Río de la Plata;* cuando libró su polémica con Mitre, llamada el *Debate histórico*, y cuando inició sus estudios sobre la revolución argentina, que habrían de ir creciendo y transformándose hasta constituir su obra de mayor aliento, la *Historia de la República Argentina*, que ha de sobrevivirle como el mayor monumento de su fama y como una de las piedras fundamentales de la cultura nacional.

El tiempo, en su transcurso, irá borrando los perfiles muy tenues del estadista y del político; irá también sumiendo en el olvido casi todas sus obras menores; pero la *Historia* subsistirá como un reflejo fiel de nuestra desordenada evolución. Los primeros trabajos escritos en Chile interesarán a sus biógrafos; su *Derecho romano* y sus *Razas arias* pasarán como libros de segunda mano; *La novia del hereje* y *La loca de la guardia* inspirarán simpatía como el esfuerzo incipiente de un precursor en la novela americana; su labor de maestro, de jurista, de ministro, contará en los anales de nuestra cultura; pero es indudable que su *Historia Argentina*, en sus diversas formas sucesivas, por más delesnable que sea en sus detalles, por más rectificaciones que le infiinja la crítica histórica — y acaso por ello mismo — ha de resonar en muchas generaciones sucesivas como la voz oral de la tradición. Es el largo relato de patriarca, que oyó la tribu crédula, y que la posteridad recoge porque hay en ella, junto al error de las cosas recordadas, la palpitación y el color de las cosas vistas y vividas.

CAPÍTULO XXII

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ

I. La personalidad intelectual y civil de Gutiérrez como tipo representativo de una generación. Sus camaradas, su época, su medio. Opinión de Menéndez Pelayo sobre este escritor argentino. — II. El hombre. Biografía de Gutiérrez (1809–1869). El hogar, la iniciación escolar, la Asociación de Mayo, la expatriación a Montevideo, el viaje a Europa, la residencia en el Pacífico. El retorno al país (1852). Tareas intelectuales durante ese período. Acción política y obras literarias después de Caseros. — III. El poeta. El tomo de sus *Poesías* (1869). Análisis, selección y juicio de sus versos. — IV. El crítico. Ensayos novelescos, artículos de costumbres, crítica literaria, investigaciones históricas y bibliográficas. La prosa de Gutiérrez y su obra crítica. — V. El hombre de letras. Resumen bibliográfico. Plan de una edición de *Obras completas* de Gutiérrez. Valor de sus trabajos y significación de su personalidad en la cultura argentina.

I

Por varias veces, en el curso de esta obra, he nombrado a don Juan María Gutiérrez, citándolo como biógrafo de nuestros antiguos poetas y primer investigador de nuestros orígenes literarios. En las anteriores páginas de este mismo volumen lo he nombrado también, a partir de la « Asociación de Mayo », que fundó con Echeverría, iniciando así, en la gloriosa fraternidad de 1836, el ciclo liberal y romántico de las nuevas ideas argentinas. Tocóle más tarde, en virtud de ese mismo compromiso inicial, correr las aventuras de la lucha cívica sostenida por los paladines del nuevo credo bajo la dictadura de Rosas. Gutiérrez conoció también los azares de la proscripción : estuvo en Montevideo sitiado, viajó por Europa, residió en Chile, visitó el Perú, y después de doce años de activo destierro, volvió a su patria para ser, como los otros próceres de Caseros, arquitecto eminente de nuestra organización democrática. Es a partir de 1853 cuando el ciudadano militante de los anteriores lustros

heroicos llega a su madurez, y adquiere en la segunda mitad del siglo, favorecido por mejor ambiente, aquella serenidad del alma que se trasunta en la sazón de su obra definitiva, caracterizándolo como el escritor más culto de su generación.

Nacido en Buenos Aires el 6 de mayo de 1809, Gutiérrez labró su personalidad sometido a las mismas influencias de raza, de tiempo y de lugar que plasmaron la vida de López, de Alberdi, de Mitre, y de otros escritores argentinos cuyas biografías ya conocemos. Describir aquellas influencias, a esta altura de mi obra, fuera en cierto modo redundar en noticias que he dejado escritas en otras páginas del presente volumen: pero no me es posible prescindir en absoluto de ellas, y menos omitir algunos episodios que directamente pertenecen a la vida de Gutiérrez. Por ser su vida una de las últimas que, en el orden de la exposición, debo estudiar en este ciclo de los proscriptos, mucho de lo ya señalado no será menester repetirlo; mas debo agregar que la biografía de Gutiérrez y la crítica de su obra podrían constituir por sí solas el tema de un libro en el cual se analizaran todas las ideas y pasiones de la época en que Gutiérrez floreció. Echeverría muere antes de Caseros; Mitre no alcanza plena influencia sino después de la proscripción; López va apartándose de las puras letras a medida que entra en la madurez; Mármol carece de espíritu crítico y de influencia directa en la acción; Sarmiento desdeña la poesía y es su caso fenómeno asaz individual; Alberdi es un pensador extraño también a los problemas de la pura educación literaria. Pero tipo casi exclusivo de hombre de letras entre todos ellos, es Juan María Gutiérrez; y por haber sido actor en la Conspiración de 1839, en el sitio de Montevideo, en la campaña de Caseros, en el Congreso de Santa Fe y en el gobierno del Paraná, su acción civil interesa a casi todo el proceso de nuestra organización constitucional, en tanto que su obra intelectual comprende la Asociación de Mayo, la prédica del destierro, la historia de nuestra educación, la crítica de nuestros orígenes literarios, abarcando todo el proceso intelectual del siglo XIX, desde los versos de su juventud hasta su magisterio de la vejez. Por ello Juan María Gutiérrez corona y resume la formación literaria de «los proscriptos», como José Hernández la de «los gauchescos» y Juan Cruz Varela la de «los coloniales».

Siempre es grato saber cómo son juzgados nuestros poetas en el extranjero, y tratándose de Juan María Gutiérrez, antiespañol militante, interésame transcribir, aunque es extenso, el juicio que sobre él ha formulado Menéndez Pelayo, maestro eminente en crítica española:

« Juan María Gutiérrez – dice – fué no sólo el más correcto de los vates argentinos, sino el más completo hombre de letras que hasta ahora ha producido aquella parte del nuevo continente (1). Como colector prestó el gran servicio de la *América poética*, compilación demasiado voluminosa para lo que la poesía americana era en 1846 ; pero así y todo no su-

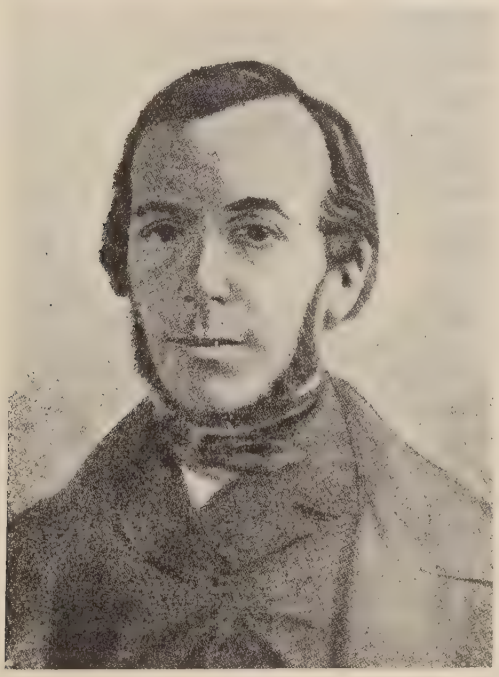


Fig. 49. — Juan María Gutiérrez (en la época del destierro)

perada ni igualada después por ninguna otra. Es cierto que contiene mucho fárrago, pero no por mal gusto del editor, sino por el deseo de ser completo, y también (justo es decirlo) por un americanismo indulgente y mal entendido que solía extraviarle en su crítica. Salvo ese defecto, y su aversión a España, y su empedernido volterianismo, que rayaba en fanática e intolerante manía, Gutiérrez era hombre de extensa

(1) Menéndez Pelayo escribía esto hace un cuarto de siglo, y lo publicó en su *Antología de poetas hispanoamericanos*, tomo IV, página CLXXX, Madrid, 1895.

cultura, de muy despejado entendimiento y de muy vasta y sólida lección de los clásicos antiguos y modernos, de gran aptitud para comprender y sentir la belleza, y de muy penetrante discernimiento en la parte técnica. Su estilo, sin ser rigurosamente correcto, es de los menos impuros que pueden encontrarse en ningún escritor de su nación, y es además vigoroso y ameno. Como crítico no ha tenido rival en América después de Andrés Bello y antes de Miguel A. Caro. Y fué además diligente bibliógrafo, grande erudito en cosas americanas. Su estilo, sus aficiones arqueológicas, todo en suma, estaba en contradicción con el papel que en mala hora asumió de detractor sistemático de España, extraviando el criterio de una generación entera con el peso de su autoridad innegable. La fama que alcanza y merece como investigador — continúa el crítico peninsular — ha perjudicado a la reputación de sus versos, que no serán quizás de los más inspirados y vehementes del Parnaso argentino, pero que son sin duda de los más tersos, pulcros y aliñados. Gutiérrez, a diferencia de muchos paisanos suyos, sabe siempre lo que quiere decir: y el cuidado de la línea no daña a la gracia y gentileza de los movimientos de su musa, clásica por instinto más que por escuela, modestamente ataviada con cierta nativa elegancia que contrasta con el abandono de Echeverría, con el desorden de Mármol, con el énfasis apocalíptico de Andrade. En *Los amores del Payador* y en otras composiciones de su primer tiempo, resulta no menos americano que el autor de *La cautiva*, sin afectarlo tanto. En su célebre canto *Revolución de Mayo*, premiado en un certamen de Montevideo el año 1841, se aparta mucho de la vulgaridad corriente en las odas patrióticas, procede con cierta majestad solemne y vierte nobles pensamientos en el raudal de una versificación cristalina. Pero sus poesías ligeras, escritas con sumo primor y delicadeza, valen más a mi juicio que sus odas de aparato, y eran sin duda más adecuadas a la índole suave e insinuante de su musa. » — Este juicio de Menéndez Pelayo coincide en sus grandes líneas con el mío ; anticipa en resumen lo que este capítulo analiza en detalle, y consagra, a pesar de sus reservas, el mérito indudable de este escritor, que pertenece, sin duda, a la misma estirpe intelectual del crítico español que lo glorifica.

Faltan a la vida de Gutiérrez los fuertes relieves épicos que tiene la de Mitre, o la animación dramática que mueve la tumultuosa existencia de Sarmiento. Faltan a sus libros la facundia que colma los de López, la vehemencia que caldea los de Mármol. A pesar de ello, su vida y su obra son las de un verdadero hombre de letras, por la continuidad de su vocación, por la índole de sus preocupaciones, por la serenidad de su

cultura, de tal suerte que la significación de Gutiérrez en nuestra historia puramente literaria, puede parangonarse a la que Echeverría y Alberdi, sus dos cofrades de 1837, han logrado en la historia de nuestras ideas sociales. Acaso la obra de aquél haya sido, en su género, menos fecunda que la de éstos, pero tal cosa proviene de su propio carácter retrospectivo o poco militante, y con ello defínese un nuevo rasgo de su alcurnia mental. Es un poeta pulcro en medio del desorden romántco ; es un investigador sereno en medio del tumulto político ; es un crítico de las letras en medio de la gloria militar ; es un maestro que concentra y depura los más nobles anhelos intelectuales de su ambiente, pero en oposición con ese mismo ambiente, como el astro nocturno cuya lumbre apacible refleja, purificada, la luz dispersa del éter, y brilla mejor porque contrasta con las sombras que lo rodean.

II

La vida de Gutiérrez se dilata desde 1809, víspera de la emancipación, hasta 1879, víspera de la federalización de Buenos Aires, acto que consuma la organización institucional del estado argentino. Podemos así decir que esta biografía corre paralela al proceso político de nuestra formación democrática, de la cual Gutiérrez fué maestro y actor. Como si esta coincidencia no bastara para consumar la significación histórica de su vida, su espíritu supo exceder lo que hay de local en la biografía y de limitado en la cronología de un hombre célebre. Lo excedió por el estudio, al penetrar en la investigación de nuestros orígenes coloniales y en el primer desenvolvimiento de nuestra cultura después de la independencia ; lo excedió por el amor, al dilatar su sentimiento patriótico y su solidaridad intelectual a todos los pueblos americanos ; lo excedió por el culto del arte, al labrar con sus libros resistentes sillares de la civilización argentina y de su personal renombre en la posteridad.

Las principales fuentes de noticias sobre Gutiérrez hállanse dispersas en los epistolarios de la época, en las memorias de sus contemporáneos, en las notas marginales de sus propios libros y en su archivo particular, adquirido por el gobierno argentino. La biografía de Gutiérrez ha sido escrita por Alberdi, por Vicuña Mackena, por Torres Caicedo, por Zinny, y ultimamente, como homenaje en su centenario, por Carlos María Urien en un libro extenso, de excelentes materiales.

El juicio póstumo sobre la vida de Gutiérrez y su obra comenzó a ser formulado el día mismo de sus exequias, y a la opinión ocasional de Lucio V. López, de Miguel Cané, de Aristóbulo del Valle, que fueron en cierto modo sus discípulos, vino a sumarse, varios años después, el fallo admirativo de Rodó en América y de Menéndez Pelayo en España.

Según aquellas fuentes, Juan María fué hijo legítimo de los cónyuges don José Matías Gutiérrez y doña Concepción de Chiclana. Su padre era español, venido en las postrimerías de la colonia y radicado como comerciante en el puerto pingüe que era la capital del virreinato. La madre, porteña, perteneció a una familia que se hizo ilustre en el patriciado de la emancipación argentina. En los versos *Mi crimen*, Juan María Gutiérrez ha recordado con gratitud aquel hogar, en el cual recibió, del padre las primeras sugestiones de hidalguía castiza, de la madre las primeras inspiraciones de patriotismo americano :

Porque mi madre que tiene
Sangre patricia en las venas,
Me enseñó que las cadenas
Del esclavo son baldón
Y una vez, enternecida,
Dándome un beso me dijo :
« Nunca te arrodilles, hijo,
Sino ante el poder de Dios.

Tú fuiste el fruto primero
De mis tempranos amores,
Naciste con los albores
Del día de libertad ;
Y cuando en la fuente santa
La fe y nombre recibieras,
Blancas y azules banderas
Flameaban en el altar. » (1)

Salió también de aquel hogar su hermano Juan Antonio, plasmado de cuerpo y alma en idéntico molde de abnegación cívica y de gentileza personal (2).

Los estudios oficiales de Juan María Gutiérrez fueron, más o menos, los que cursaron sus otros compañeros de gloria literaria. El lector cu-

(1) Véase *Poesías*, página 79. Versos escritos en 1841 y que aluden a los motivos de su expatriación. « Su crimen » fué amar la libertad...

(2) Juan Antonio Gutiérrez se asemejaba mucho a Juan María en la figura, las ideas, y hasta en el timbre de la voz. Fué conspirador el año 39, y fracasada la revolución del sud, salió emigrado. Militó el 40 en el ejército de Lavalle ; llegó a Córdoba después del desastre del Quebracho, huyó a Chile con los restos del ejército, pasando la Cordillera nevada en la forma que Sarmiento y Villafañe y Lamadrid describen. Radicóse más tarde en Guayaquil, donde ejerció el comercio, con crédito y fortuna, después de haber sido estanciero en el sur de Buenos Aires. Véase lo que dicen de él Alberdi, Echeverría, López y el propio Juan María. Conf. *Revista del Río de la Plata*.

rioso hallará en la *Autobiografía* de López la evocación del medio intelectual, desde las escuelas del tiempo de Pueyrredón hasta el Salón de Sastre (1818-1834); en la *Ojeada* de Echeverría, la reseña del movimiento cívico que constituye la « Asociación de Mayo » y su influencia en la nueva generación; en las *Memorias* de Alberdi, la anotación de las inquietudes políticas y filosóficas que animaban a los emigrados argentinos de Montevideo (1838-1845); en las *Obras* de Sarmiento, la descripción de lo que fué la vida intelectual de los emigrados en Chile hasta el momento del retorno a la patria en 1852 (1). Tales obras contienen alusiones directas a Gutiérrez, que frecuentó aquellas escuelas, que concurrió a aquel Salón con López, que asistió a aquella Asociación con Echeverría, que sufrió aquellas inquietudes con Alberdi, que vivió con Sarmiento aquella vida chilena como proscripto. De tales obras he hablado ya repetidamente en páginas anteriores, y juzgo innecesario repetir aquí los rasgos generales del ambiente intelectual argentino en aquel tiempo de lancasterianismo, ideologismo, romanticismo, progresismo, americanismo y demás novedades entonces en boga. Lo que sí debo decir es que, según esos testimonios, la personalidad de Gutiérrez aparece bien definida desde su primera juventud, por el equilibrio de su inteligencia, la seriedad de su cultura, la nobleza de su carácter, todo lo cual le confirió una especie de magisterio precoz entre sus propios amigos (2).

Con la vida de Gutiérrez, que cierra esta serie de « los proscriptos », volveremos el recuerdo a Echeverría, con quien lo hemos iniciado. Cuando, en 1845, el fundador de la « Asociación de Mayo » recordó en la *Ojeada* a los colaboradores del Dogma, citó a Gutiérrez como el más importante al trazar la silueta de los adeptos del nuevo credo, que ya vagaban fuera de la patria. Presentólo entonces a Gutiérrez en la actitud que habría de persistir como carácter de su vocación y de su vida, y que se resume en estas nobles palabras : « El señor Gutiérrez es el primero que haya llevado entre nosotros a la vida literaria el buen gusto que nace

(1) Alberdi, *Escritos*, tomo XV, página 775. « Gracias por el lugar que me ofrece en su cuarto. No tengo ahora para qué ir allá. Si alguna vez se me ofrece, no me olvidaré de su oferta. Desearía saber si mis libros, que pedí a Buenos Aires, han llegado ya ; Juan María podrá informarle. » (Carta de Echeverría a Alberdi, desde la Colonia, en 1841.)

(2) Véase : López, *Autobiografía* ; Gutiérrez, *Poesías*, nota de la página 332 ; Alberdi, *Escritos*, tomos VI, XIII, XV, en diversos pasajes ; Echeverría, *Dogma* ; Sarmiento, *Obras*, tomos I, II, XIV.

del sentimiento de lo bello y del conocimiento de las buenas doctrinas. Laureado en el certamen del 25 de mayo del año 42 en Montevideo, todo el concurso lo proclamó poeta ; y como para legitimar nuevamente la nobleza de su prosapia, puso después su nombre al pie de bellísimas inspiraciones en *El Tirteo*, periódico en verso que redactó asociado al señor Rivera Indarte—Hoy en Chile, en los ratos que le dejan desocupados arduas tareas de enseñanza, el señor Gutiérrez se ocupa de hacer una publicación con el título de *América Poética*, donde todos los vates americanos se darán por primera vez la mano y fraternizarán por la inspiración y el sentimiento entrañable del amor a la patria. (1) »

De mediana estatura, aseado en su persona, pulcro en el vestir, un aire de hidalguía timbraba sus maneras, corteses sin solemnidad. El rostro muy viril, de color encendido y toscas facciones, se embellecía en el malicioso mirar de sus ojos pequeños o en la sonrisa irónica de su boca grande y sensual. El cabello lacio, cano en los últimos tiempos de su vida, moldeaba la cabeza armoniosa ; acentuaba con las blancas patillas la cálida tez ; encuadraba la frente alta y severa. Grandes eran las cejas, la nariz y el mentón ; pero, cuando se había alejado, dos rasgos persistían en la memoria, individualizándola : los ojos curiosos y la sonrisa irónica en la boca sensual.

(1) *Dogma*, página 84, edición de la *Biblioteca Argentina*. Echeverría alude aquí a la *América poética*, colección escogida de composiciones en verso, escritas por americanos del presente siglo, Valparaíso, 1846, imprenta de *El Mercurio*, 1 volumen in 4° mayor, de 816 páginas, a dos columnas. Comprende cincuenta y tres autores ; cuatrocientas cincuenta y cinco composiciones escogidas de éstos, y más de 54.500 versos. El compilador se propuso servir a la literatura sudamericana y crear con su obra un vínculo de unión entre los pueblos del nuevo mundo que hablan la lengua castellana y forman una sola civilización, según lo dice en alguna parte (*Boletín* de Casavalle, n° 8), al protestar del robo editorial que de dicha obra hizo la señora Anita J. de Wittstein con su *Poesías de la América meridional*, impresa en Leipzig el año 1867, obra en la cual cambió el orden de las composiciones, pero copió hasta las notas biográficas de Gutiérrez. Veinte años después de la *América poética* apareció otro libro análogo : *Poesía sudamericana*, composiciones selectas escritas por poetas sudamericanos de fama, tanto modernos como antiguos, publicadas bajo la dirección del doctor Juan María Gutiérrez, Buenos Aires, 1867, dos tomos, 50 páginas.

III

La notoriedad de Gutiérrez como poeta empezó en el certamen realizado en Montevideo el año 1841, en celebración de las fiestas mayas. La autoridad del jurado, el nombre de Varela entre sus miembros, el eco favorable de la prensa local, bastaron para consagrarlo, y cuando él salió de la ciudad sitiada, llevó consigo esa reputación para acrecentarla en las repúblicas del Pacífico, donde más tarde residió. Con esa composición del premio, que se titula *A Mayo*, abre el volumen de sus poesías, impreso el año 1869 en Buenos Aires. En ella muestra ya las cualidades de toda su obra poética, en cuanto a numen y doctrina:

Triunfos y glorias en la lira mía
Deben hoy resonar. Cese el gemido:
Que en torno al polvo del campeón caído
Lanzara el alma en pavoroso día.
Vengan hoy a mi sien palmas verdosas
Porque el mustio crespón que anuncia llanto
Nubla la mente que levanta el canto
Al nivel de victorias portentosas.

Así empieza aquella composición laureada en 1841. A ese primer trozo en endecasílabo, siguen otros en que alterna hexasílabos y octosílabos con metros mayores; octavas y cuartetas, con otras combinaciones estróficas, consonancias simétricas, con otras rimas de más libre distribución, todo ello en un extenso canto, que comprende al rededor de 400 versos. A tal variedad en la versificación, que es de origen romántico, opone otras de origen clásico, como ser el casticismo en el lenguaje y la reflexión en la arquitectura general del poema. A su vez, el asunto revela un sentimiento de la naturaleza americana y de la tradición argentina, tal como habría de pregonizarlo la escuela que se llamó el «americanismo», de la cual fué Gutiérrez entusiasta predicador.

En el volumen de *Poesías*, Gutiérrez distribuyó sus propios cantos en tres series que se titulan *Composiciones cívicas*, *Composiciones nacionales* y *Composiciones varias*. La primera se inspira en temas de la historia argentina, la segunda en emociones de la naturaleza americana, la tercera en episodios de la vida íntima del autor. Reaparecen aquí, según se ve, las tres ideas concéntricas que forman el núcleo del romanticismo o sea

la historia, la naturaleza y el individuo, concretándose para el caso en los nombres de Mayo, América y Gutiérrez. El poeta canta en *Composiciones varias* sus visiones personales: él es también un «peregrino» ausente de la patria, errante por el mar, que en alternativas de angustias y esperanzas percibe las armonías de la tarde o el estruendo de la tormenta, y allá en las playas del asilo rememora el antiguo amor o celebra la nueva amistad (1). Sobre esta voz íntima de la conciencia, elévase, con tono más enfático, la poesía patriótica de las *Composiciones cívicas*, y en ellas el ciudadano canta a su excelso amor, el ideal de Mayo, tal como lo forjó la escuela de Echeverría, y a su odio tenaz, la tiranía de Rosas, tal como la maldijo la generación de los proscriptos (2). Pero donde la inspiración de Gutiérrez busca revelarnos la poesía de América, regionalizándola por el color del paisaje o por la emoción de la leyenda, es en la serie de las *Composiciones nacionales*, donde procura fundir la emoción subjetiva de la raza con la visión objetiva de su ambiente, pidiendo al alma del gaucho y al idioma del indio el secreto de aquel «americanismo» que fué divisa de su bandera literaria (3).

La ordenación de los cantos de Gutiérrez, por él mismo reunidos en tales series, indican que su inspiración obedeció a plan deliberado y pautas de doctrina. Esto sólo basta para señalarlo, con rasgo individual, en la frenética ronda de los románticos. No es un gran poeta, pero es un poeta de antología, por el arte consciente que guía su producción, proporcionando el poema nuevo con viejo gusto clásico, y añadiendo a la armonía del conjunto la nitidez del detalle decorativo. Sus cantos son

(1) Me basta, como ilustración, citar algunos títulos de la serie: «Armonías de la tarde», «El ave del mar». «Después de la tormenta», «A una playa hospitalaria», o bien: «Mi ausente», «A una copiapina», «En el álbum de la hija de un amigo», «A una señorita de Guayaquil». A veces las dedicatorias se individualizan: «A Eladia Beeche» (Valparaíso), «A Elisa Lamarca» (1848), o la visión del amor tórnase legendaria: «Canto del grumete», «Canto de la sirena», «El capitán Pirata», y a fuer de buen romántico, titula así un poema: «El mar es el parnaso de la musa moderna».

(2) Véase los títulos de esta serie: «La bandera de Mayo», «La juventud argentina», «En un convite de argentinos proscriptos», «Mi Crimen», o bien: «La bandera de Rosas», «Escenas de la Mazorca», «Al joven Maza». Recordemos, además, que Gutiérrez fué uno de los colaboradores de *El Tirteo*.

(3) En esta serie hay tres órdenes de temas, como lo revelan estos títulos: los primeros se refieren al paisaje exclusivamente: «El árbol de la llanura», «Los espinillos», «La margen del rio», «La flor del aire», «A un gajo de aguapey»; los segundos, al gaucho: «Los amores del payador», «Dos ginetes», «Endecha del gaucho», «Mi caballo»; los terceros al indio: «Caicobé», «Irupeya», «Las flores de Lilpu», «La musa argentina».

breves y sobria es su decoración, no sólo por natural limitación de su fantasía sino también por disciplina de su cultura. De ahí que, a pesar de su reflexivo americanismo y de los nombres indígenas con que colora su expresión, sea el más castizo de los poetas de su tiempo, notándose a la vez la precisión de su léxico y la corrección de su prosodia. Es que Gutiérrez, aunque había aprendido lenguas extranjeras y leído extrañas literaturas, no descuidó las propias. Nutrido de lecturas cosmopolitas, supo que éstas eran necesarias al progreso de las ideas, pero no confundió la poliglotía del pensamiento con la barbarie de la expresión, como tantos escritores argentinos lo han confundido, en su generación y en las siguientes. Estudió seriamente a los clásicos castellanos, y en el incipiente medio argentino llegó a ser, por su erudición en letras españolas, lo que Bello en otras regiones americanas. Estudió también la literatura peninsular en los períodos de origen de nuestra lengua; leyó a los primitivos y a los poetas latinizantes procursores del siglo de oro, como Juan de Mena por ejemplo, y para ver hasta dónde los leyó con provecho, bastaríame citar su poema *Antaño et ogaño*, en el cual maneja la antigua lengua y sus ritmos con maestría tanto más admirable cuando los utiliza para zaherir cosas locales de la política americana, con velada ironía:

> Las cosas de ogaño me causan gran pena,
> Por ende en la fabla y en trova de Mena
> Mi pennola quiere sus cuitas decir (1).

José Enrique Rodó, que ha dedicado a Gutiérrez uno de sus mejores «ensayos», resume su juicio sobre Gutiérrez poeta, a propósito del tomo de *Poesías*, en estas bellas y justas palabras: «¿Qué le faltó para merecer cabalmente el nombre de poeta? Sin duda cierta exaltación de sentimiento y un grado más férvido de fantasía; acaso también, cierto espontáneo arranque de la forma, que precediera al delicado complemento del arte. Pero tal como es su libro de versos, se cuenta entre los pocos libros de su generación que hoy se pueden leer hasta el final sin atención

(1) Esta composición fué escrita en Montevideo el año 1841. Véasela íntegra en *Poesías (op. cit.*, pág. 89). Precédela este lema, tomado de la 2ª partida de Don Alfonso: «Los tiranos puñan que los de su señorio sean siempre nescios e medrosos, que hayan desamor entre sí... et sobre todo siempre puñaron los tiranos de matar a los sabidores y de vedar ayuntamientos de los homes». Este lema da su sentido a la sátira, en su doble carácter literario y político. Es el alma de la vieja España de don Alfonso y Juan de Mena, que ríe de la América independiente, caída en la barbarie y en la tiranía.

violenta y con deleite, ya que no con impresión profunda... Del raudal de bullente poesía donde beben, a pleno sol, en el declive de la roca, los de la raza divina que ha aprendido en el cielo, suele partir alguna acquia que lleva la onda sumisa a fluir, de fuente de mármol, en un jardín sobre el que abre sus ventanas una sala de estudio. Faltan allí la fragancia de la montaña y el hervor del torrente, pero el agua aquella todavía es fresca y deliciosa (1). »

A pesar de la escasa emoción que se atribuye a los cantos de Gutiérrez, dos breves poemas suyos han logrado espontánea popularidad: el uno se llama *La bandera de Mayo*, el otro, *Himno mundano*. El primero es aquel que comienza:

Al cielo arrebataron nuestros gigantes padres
El blanco y el celeste de nuestro pabellón, —

diez y seis versos que todos los niños de nuestro país aprenden en las escuelas y que suelen recitar públicamente en las fiestas cívicas. Pero si de éste pudiera decirse que el tema patriótico y la tradición oficial lo han popularizado, no cabría análoga objeción al *Himno mundano*, que he oído cantar más de una vez al son de la guitarra, en campos y ciudades del interior, sin que el cantor supiese de dónde venía ni quién fué el autor de aquellos seis cuartetos que empiezan así:

Delirio de las horas de mi vida
Dulcísima mujer, ángel de amores,
Estrella entre celajes escondida
A quien alzo la vista en mis dolores.

No se sabe en qué resida el secreto de sentimiento y de expresión que lleva los versos de un poeta culto al alma popular; pero es significativo que Gutiérrez haya logrado esa fortuna (primor a veces de vulgaridad, misterio a veces de verdadera inspiración), y es significativo que lo haya logrado con dos poemas en los cuales no se propuso precisamente pulsar la lira popular, como en otros lo hiciera.

(1) *El mirador de Próspero*, página 518, Montevideo, 1913.

IV

Hay en Gutiérrez una dualidad que reside en el contraste de su vocación sedentaria y su vida azarosa, Su cultura personal, sus gustos de bibliófilo, su espíritu crítico afinado hasta la ironía, no condicen del todo con sus rasgos biográficos de conspirador en Buenos Aires, de soldado de la libertad en Montevideo, de viajero sin fortuna en Europa, de exilado político en Chile, de periodista polémico, de constituyente y de ministro en la política del Paraná. Sólo cuando después de 1860 la nación quedó pacificada y constituída, Gutiérrez halló su quicio en el rectorado de la Universidad, en el salón de Olaguer Feliú, en la imprenta de Casavalle (1). Es digno de notar, sin embargo, que tal desarmonía de sud estino jamás trascendió a su obra, pues con la misma aparente naturalidad escribe la vida de Sor Inés de la Cruz y niega su juramento religioso en la convención de Buenos Aires ; estudia la civilización colonial y rechaza su nombramiento de académico de la docta corporación de Madrid ; investiga los orígenes de la imprenta argentina y redacta *El Tirteo* en Montevideo sitiado. La impresión de sus contemporáneos es que Gutiérrez carecía de aptitudes o aficiones políticas. Sarmiento, en los breves medallones que traza en *Los emigrados*, atribuye a Gutiérrez estos rasgos : « Hablista y poco dado a la política... » ; « Poeta, ha dejado excelentes composiciones... » ; « Tiénesele por el escritor más castigado de aquellos tiempos : sin pensamiento... » (2). De sus poesías y su casticismo ya hemos hablado ; pero algo nos queda por decir sobre el político y el pensador, a quienes Sarmiento niega.

Gutiérrez fué un político en el sentido superior de la palabra ; ciudadano, aceptó su parte de peligro en el deber patriótico ; publicista, descendió a la arena de la prensa diaria ; legislador, prohijó la constitución que nos rige ; ministro, sobrepuso a su localismo de origen el ideal de la nacionalidad. Fué un estadista, y hubiera podido regir los destinos de la

(1) Las relaciones editoriales y literarias de Gutiérrez con el librero Casavalle han quedado felizmente documentadas en la correspondencia de ambos que hoy se guarda en la Biblioteca del Congreso y que da luz sobre la vida intelectual de Buenos Aires entre 1854 y 1880. Casavalle lo llama su « mentor » a Gutiérrez, y es sabido que aquel librero fué algo más que un comerciante, razón que me ha inducido a incluir su retrato en este volumen (pág. 173).

(2) Véase : *Campaña del ejército grande (Obras*, t. XIV, pág. 378).

nación en tiempos de más cultura. Su actuación del Paraná frente a Buenos Aires, su provincia natal, lo alejó de los caminos del éxito cuando Buenos Aires triunfó. El rectorado de la Universidad y sus libros lo retuvieron después de Pavón en otras esferas, con una mezcla de íntimo regocijo (porque no estaba hecho para el comité compadre, ni para la montonera gaucha), pero a la vez con íntima decepción, porque hubiera deseado otras funciones y se veía olvidado de sus conciudadanos. Han quedado de su desilusionada viejez anécdotas de conversaciones privadas, en las cuales su sonrisa volteriana destila ironías mordientes sobre su país y sus contemporáneos. Sus palabras parecieron entonces algo más que un ejercicio de su agudo ingenio, porque procedían a veces del fondo de una ambición defraudada. Si no sentía la voluptuosidad del poder, sabemos por sus íntimos que era sensible al aplauso. Despojado de la pasión dinámica y del gesto teatral que constituyen al caudillo, tuvo, no obstante, el patriotismo abnegado y la inteligencia serena que constituyen al estadista. Acaso el secreto de su postrera inacción política residía en una suerte de pudor estético que lo alejaba de toda vulgaridad, incluso la de la calle y el club en una democracia semigaucha. Pero no debemos lamentarlo, porque políticos nos sobraban, y en cambio habíamos menester de maestros y conductores en aquellos campos vírgenes de la cultura intelectual, donde Gutiérrez señoreó indiscutido.

En cuanto a la otra afirmación de Sarmiento que le concede buena prosa para negarle ideas, créola también excesiva. Ideas sistemáticas sobre problemas universales no las tuvo Sarmiento tampoco. Ideas ocasionales sobre problemas argentinos, sí tuvo Gutiérrez, como Sarmiento y sus cofrades. Que las ideas de Gutiérrez fueran menos trascendentales que las de otros en el progreso general del país, no cabe dudarlo. En su ideario no encontramos una fórmula como *civilización y barbarie*, o como *gobernar es poblar* (cuyo valor filosófico hállase por otra parte, en razón inversa de su éxito popular); pero en cambio Gutiérrez ha sembrado, en los campos de la cultura superior, ideas cuya originalidad puede discutirse, pero cuya importancia no podría negarse. Tales son, por ejemplo, su defensa del idioma castellano como medio de expresión en América y su repudio de la cultura española; su respeto por la educación universitaria como complemento de la educación general; su atención, en la historia argentina, a los aspectos sociales y espirituales de la civilización que integran la historia militar y política; su simpatía por la tradición gaucha y por la leyenda indígena, conciliadas en el arte con los ideales más puros del progreso cosmopolita; su sentido de que

la evolución argentina es una con la evolución prerevolucionaria y continental de la colonia. Cierto que Gutiérrez no expuso estas ideas de su modo doctrinario o sistemático, pero se las respira en toda su obra como una atmósfera, como un rumbo, como una aspiración ; se las descubre, sobre todo, en el hecho mismo de su obra, en su actitud mental, en su discernimiento crítico, en su curiosidad, en su gentileza, en su ironía, todo lo cual lo constituye, entre sus apasionados y activos contemporáneos, si no en un filósofo, al menos en un educador.

Educó por la crítica, y obra de crítico es casi toda su labor de prosista. De crítico digo, no de airado censor, porque esto fué Sarmiento. La afirmación o la negación militantes, palpitan en casi toda la prosa vehemente de aquellos publicistas, que aunque movíanse contra España, mostrábanse íntimamente españoles por ese residuo de fanatismo. Al degüello de los tiranos sucedió la injuria y el dogma de esos publicistas; y es Gutiérrez una excepción entre todos ellos, porque en él la pasión se mitiga, la inteligencia se esclarece, y el alma discierne el valor de las puras ideas. La obra de Gutiérrez es por eso mismo la más impregnada de amor en una generación que tuvo por musa frecuente al odio, y la más ajustada a la superior armonía de la verdad y del arte. Hijo de padre español, en él se anticipa el nuevo argentino disciplinado por las letras francesas, y su prosa habrá de influir en Nicolás Avellaneda, su verso en Guido Spano, prolongándose todavía el ejemplo de su majistral actitud en jóvenes como Lucio López y Miguel Cané. Ha sido Gutiérrez algo más que un crítico y un educador : ha sido un civilizador.

Obra de crítico es toda la de su prosa, lo mismo en biografías como la de *San Martín*, en bibliografías como *La imprenta en América*, en crónicas como *La enseñanza superior*, y en artículos de costumbres y bocetos de novela, géneros que también ensayara. Su cuento *El hombre hormiga* tiene un intento de crítica psicológica y social. Pero, inversamente, un soplo de poesía crea el relato de *El capitán de patricios*, cuento de ambiente histórico, y en trabajos como lo son sus obras de erudición, es fácil señalar tal cual página donde el paisaje, el retrato, la anécdota, podrían desglosarse para entrar en nuestras antologías. No es un historiador en el amplio sentido de la palabra : tampoco es un novelista, pero el poeta que hay en él ayuda al crítico en el esfuerzo de evocación, y el cuadro, siquiera breve, ilumínase entonces con su magia fugaz.

V

A pesar de la copiosa bibliografía que sobre Gutiérrez y su obra tengo citada, creo que el maestro no ha merecido aún la atención que su obra reclama de editores, biógrafos y críticos dignos de ella. Él que fué tan solícito en exhumar viejos papeles y en contar la vida de escritores obscuros y en prodigar su aplauso a poetas menores, no ha tenido quien compilase y ordenara, para una edición definitiva, sus propios trabajos literarios, y quien diera con ellos la mejor documentación de su fama. Ha tenido, en cambio, pósteros diligentes que negociaron por una gruesa suma su archivo y su biblioteca al Estado, y así aquel confuso acervo constituído por manuscritos en su mayoría no inéditos o por impresos en su mayoría anodinos, ha ido, torpemente catalogado, a perderse en los anaqueles del Congreso. No pudo dársele a ese dinero y a esa cosa más impropio destino. Con lo que en ello se gastó pudo haberse pagado esa colección de valor escaso y haber costeado la edición de sus obras completas, encargando de la edición y del depósito a la Facultad de filosofía y letras, o sea a la Universidad de Buenos Aires, donde Gutiérrez fué rector. Entretanto, ahí están los papeles del maestro semiolvidados en una biblioteca parlamentaria y sus obras yacentes allá mismo, o dispersas en otros lugares, a la espera de una edición definitiva.

En la generación de Gutiérrez no han alcanzado verdadera popularidad sino los escritores que, como Mitre y Sarmiento, descollaron en la milicia y la política. Gutiérrez ha sido lo contrario de un tribuno y de un capitán. La silenciosa penumbra del gabinete de estudio fué el ambiente habitual de su vida: y si a esto se agrega la dulzura de su carácter y la índole puramente literaria de sus escritos, no es ya difícil comprender por qué su gloria está más cerca del mérito que de la fama, recogida ella también, como estuvo la musa de su vida, en el gabinete de estudio de otros selectos que hoy trabajan donde él trabajó.

Es indudable que, con el progreso de la cultura argentina, llegará la hora en que sea reparada la zurda consagración que significa aquella compra «al corte» de sus papeles por el Congreso. Obreros para esa labor inteligente empiezan a aparecer, y no faltarán empresas o instituciones que afronten la edición de sus obras completas, con más acierto que en la edición de las de Alberdi y menos trabajo que en la edición de las de Sarmiento. En efecto, hay en la producción de Gutiérrez

una especie de ordenación y continencia que desembarazan su publicidad de los peligros que ofrecen otros escritores de la proscripción.

Si yo emprendiese la edición de las *Obras completas* de Juan María Gutiérrez — como alguna vez lo he pensado, — la distribuiría en diez volúmenes de formato menor, así titulados: I, *Poesías* (reedición literal del cuidadoso tomo que editó Casavalle en 1869, prologado y anotado por el autor, 336 páginas); II, *La Argentina de Barco Centenera* (reedición literal del libro que imprimió el autor en vida, y que ha sido hace poco (1902) incluído monstruosamente como prólogo del poema en la facsimilar de la Junta de Historia y Numismática, 350 págs.); III y IV, *La enseñanza pública en Buenos Aires* (reedición de la obra que, en 1868, salió a luz de las prensas de Cantilo bajo los auspicios del gobierno, en un volumen de formato mayor, 941 págs.); V, *Ensayos sobre la literatura argentina* (compilación de sus estudios crítico-biográficos sobre los poetas López, Luca, Rojas, Varela, Echeverría, y otros de los no incluídos, como Labardén y Lafinur, en el libro sobre *La enseñanza pública)*; VI, *Ensayos sobre la literatura colonial* (compilación de sus estudios crítico-biográficos sobre fray Juan de Ayllón, Juan Ruíz de Alarcón, Juan de Caviedes, Sor Inés de la Cruz, Juan Bautista Aguirre, Pedro de Oña, Pedro de Olavide, Pedro de Peralta Barnuevo, y otros de la América española, impresos en revistas o tiradas apartes, como los de la serie anterior); VII, *Diccionario de poetas americanos* (compilación de los fragmentos que publicó en varias entregas la *Revista del Río de la Plata* bajo el título de «Biblioteca de escritores en verso nacidos en la América de habla española, antiguos y modernos», obra vasta aunque inconclusa, a la cual podrían agregarse algunas notas sueltas o inéditas del propio autor sobre idéntica materia); VIII, *Noticias para la historia de América* (compilación de páginas dispersas en revistas y opúsculos, tales su biografía de San Martín, o los *Apuntes biográficos* impresos por Casavalle en 1860 (291 págs.), y sus biografías sobre Shmidel y Azara, y notas sobre razas e idiomas indígenas, y estudios sobre los orígenes de la imprenta en América, y prólogos o glosas sobre diversos documentos de historia social durante la colonia); IX, *Miscelánea* (compilación de ensayos novelescos, como *El capitán de patricios* y *El hombre hormiga*, tentativas juveniles en géneros de imaginación, y otras páginas descriptivas o críticas sobre temas de evocación histórica o crítica literaria en general); X, *Archivo* (tomo final de la serie en el cual cabrían el *Epistolario* de Gutiérrez, que tiene gran valor, sus polémicas periodísticas y parlamentarias, algunos

documentos de su gestión política, administrativa y didáctica, todo ello debidamente seleccionado y ordenado). La afinidad de temas de la serie y la holgura de los títulos en cada uno de lós diez tomos mencionados, dejaría cierta libertad al editor para la distribución de algunas piezas menores en uno u otro volumen, según las necesidades del formato, que impone cierta simetría a la labor de la imprenta. Cabrían también en la edición, como prólogos o apéndices, algunos de los mejores trabajos biográficos y críticos sobre Gutiérrez, más los discursos y artículos de sus honras póstumas, todo ello sin excluir, naturalmente, las notas del editor y un serio estudio preliminar que diese unidad al conjunto y aquilatase la labor del autor y de sus comentadores. Estoy seguro de que una edición así realizada es el homenaje póstumo que Gutiérrez haya deseado, antes que un monumento de bronce, si tuvo alguna vez el presentimiento o la ambición de la gloria.

Pero — confesémoslo sinceramente, — la obra literaria de Gutiérrez tan sólo puede fundamentar una gloria relativa. Hay algo de casero en su reputación, como en la de casi todos nuestros escritores, por la falta de perfección estética, de universalidad filosófica, y de genio creador en sus escritos. La belleza moral excede en ellos a la belleza literaria. Son testimonios de vidas ejemplares, almas tensionadas por el anhelo de la cultura en el medio semibárbaro. Tal accidente local, que convierte el pensamiento en heroísmo, hace de cada uno de nuestros maestros — como en Gutiérrez ocurre — un santo y un precursor. Así debemos aplaudirlo, pero sin olvidar que hay algo exclusivamente nuestro que aquilata su mérito, y que éste es inseparable de su medio social y de su tiempo. Autodidacta iluminado, prócer civil, apóstol de la belleza, eso fué Gutiérrez en la Argentina rústica donde tocóle nacer, y en esta condición del medio ingrato se halla la calidad del metal duro que hace resistente su efigie en la feble aleación de la medalla.

La sola enunciación de sus obras en la serie bibliográfica antes planeada basta para definir la belleza y constancia de su vocación, de tal suerte que, fuera del tomo de *Poesías*, ocho de los volúmenes restantes pudieran titularse *Ensayos de crítica y de historia*, definiendo con ello una especie de Taine o de Saint-Beuve criollo, en medio de aquella montonera intelectual que fueron las letras de su tiempo. Mas — confesémoslo enteramente, — si de ahí penetramos en el contenido de la serie, descubrimos la condición precaria de toda la obra de Gutiérrez. Prescindir, al juzgarlo, de la simpatía que despierta la noble vida del autor y de las tolerancias a que obliga su patria incivil, es expo-

nerse a ver los pies de arena al ídolo de bronce, y comprender, con dolor, que también ésta es una gloria vernácula en la literatura argentina. Sin el amparo de aquellos sentimientos, no podemos entregarlo al juicio imparcial de los extraños, porque estamos seguros de exponerlo a la indiferencia. Gutiérrez es uno de nuestros escritores más cultos, pero también de los menos originales. Carece de imaginación creadora, de pensamiento sintético, de emoción comunicativa. No ha creado un personaje, una fábula, una teoría; no ha escrito una página impresionante por el movimiento o el color del estilo; no ha dejado un libro en prosa que equivalga siquiera al *Facundo*, a las *Bases* o al *San Martín*, ni un poema que alcance la relativa inspiración de Mármol su contemporáneo o de Andrade su sucesor. Casi toda su labor es de glosa o rapsodia, más bien paciente que genial, ya prosifique la *Argentina* de Centenera o ya versifique el *Edén* de Alberdi, ya describa un documenmento bibliográfico o ya narre la vida de un escritor americano. Alto mérito hubo en su esfuerzo, según lo tengo varias veces reconocido: mérito de voluntad por el ahinco en su investigación de los orígenes patrios; mérito de inteligencia por su culto a las formas superiores de la civilización; mérito de sensibilidad por su amor a las cosas olvidadas, que le hacía exclamar, en cierta ocasión, repitiendo una frase de Sainte-Beuve: *Il est doux de comprendre tout ce qui a vécu* (*Poesías*, pág. 334). Pero, a pesar de tales méritos, no tuvo la potencia evocadora del gran historiador, ni la aptitud sintetizadora del pensador de raza. Como crítico se mostró minucioso y fragmentario en sus temas. El orden y eslabón de las series espirituales se le escapaba: analizaba con honradez un libro y estudiaba a un poeta con amor, pero su campo mental se reducía a eso, sin que su mirada abarcase la visión de más vastos panoramas. Su vida fué por ello una continua abnegación, acto sublime de caridad intelectual. Amó a su América como a una madre, y quiso hallar en la tradición de nuestros pueblos, ídolos a quienes rindió su sincera devoción por la poesía y las formas excelsas del pensamiento. No fué suya la culpa si esta América semibárbara donde nació sólo podía ofrecerle los viejos ídolos de barro del culto tribal. Acaso no sea específicamente distinta de su esfuerzo la obra de otros ilustres escritores que dentro del mismo género aplicaron su talento en Europa a temas de más renombre y universalidad. Así, gran parte de las limitaciones que señalo en su obra provendrían más bien de su patria y de sus asuntos, y no del abnegado glosador que quiso ilustrarlas con su generosa inteligencia.

CAPÍTULO XXIII

LA TRADICIÓN NACIONAL

I. Epistolarios, archivos, autobiografías y memorias de los héroes de la independencia. Belgrano y las *Memorias* del general Paz. Paz y las *Memorias* de Lamadrid, Iriarte y Lugones. San Martín y *El ejército de los Andes* del general Espejo. Otras crónicas de Espejo. El general Guido y su Epistolario. — II. Cronistas de la guerra civil. Memorias de esta generación: recuerdos de Sarmiento, Mitre, López, Alberdi, Villafañe, Demaría, Díaz, Reyes, Echagüe, Rivera Indarte, Lamas y otros. El sentimiento de la historia en esta generación. Primeras tentativas de documentación. Trabajos de Angelis, Lamas y Varela. — III. La escuela histórica argentina. Influencia de Mitre y López. Labor de Zinny, Trelles y Carranza. Pelliza, Quesada, Varela, Saldías, Ramos Mejía y otros.

I

En el capítulo preliminar de este volumen he dicho que los héroes de la independencia dejaron epistolarios, archivos, crónicas y memorias sobre los sucesos históricos en que habían intervenido. He citado entre los militares a San Martín, Rondeau, Saavedra y Guido; entre los civiles a Moreno, Agrelo, Posadas y Núñez, para no repetir el nombre sino de algunos, a fin de reanudar con este recuerdo el tema de nuestra literatura histórica. Belgrano escribió también tres fragmentos del género: uno su *Autobiografía*; otro, *La expedición al Paraguay*; y el tercero, *La batalla de Tucumán*; episodios éstos en que fuera actor, y ambos fragmentos llegaron manuscritos al general Paz, iniciándose, con este motivo, una nueva serie bibliográfica en la forma que paso a explicar.

Para rectificar interesadas versiones que, mucho tiempo después de los sucesos, tergiversaban la actuación de Belgrano en el ejército del Norte, el héroe escribió su relato sobre *La batalla de Tucumán*, que quedó inconcluso, y llegó después, en 1848, a manos del general Paz, antiguo

soldado de aquel ejército, quien asumió la empresa de continuarlo. Así nacieron las *Memorias* de Paz, las cuales fueron alejándose de su primitivo intento, hasta convertirse en autobiografía y voluminosa crónica de las guerras de emancipación y de las guerras civiles, pues en unas y otras actuó el cordobés, iniciándose casi niño como teniente y concluyendo su carrera como general.

José María Paz nació en Córdoba el 9 de septiembre de 1791 y falleció en Buenos Aires el 22 de octubre de 1854. Al pasar el ejército revolucionario de Buenos Aires por Córdoba, en 1810, interrumpió sus estudios en Monserrat y marchó al Alto Perú. Desde entonces, contando apenas 19 años, no cesó de actuar en la carrera de las armas y el cabo de 1810 murió general, medio siglo más tarde. Sus *Memorias* dan minuciosa cuenta de su vida y de la historia militar del país durante la guerra de la independencia y las luchas civiles de la organización. Herido en un brazo en la acción de Venta y Media, adquirió entonces el nombre de « Manco Paz », con que algunos lo designaban. Se le considera un militar estratega en medio de nuestras milicias semibárbaras. Concertó con Lavalle la campaña de 1829; combatió contra Quiroga en el interior. Fracasada la guerra provincial contra los caudillos, emigró a Montevideo y fué el jefe de esa plaza sitiada en 1843. Después de Caseros, se habló de su candidatura a la presidencia de la república; pero ya hemos dicho que falleció poco más tarde. En su tumba hablaron Valentín Alsina y Bartolomé Mitre, sus amigos en el destierro, y Dalmacio Vélez Sársfield, su comprovinciano. La ciudad de Córdoba ha honrado su memoria levantándole una severa estatua ecuestre el año 1887, y ha dado su nombre a paseo y lugares geográficos de la provincia. Menos locuaz que Lamadrid, más reflexivo en la acción y en la obra literaria, las *Memorias* de Paz ofrecen interés técnico para los militares argentinos: interés político para la historia de nuestros partidos; y diría que interés literario, por la sobriedad con que su prosa tersa pinta algunas escenas y retratos felices.

Fig. 50. — General José Mª Paz

Las *Memorias* de Paz debían, a su vez, mover la pluma con que escri-

bió las suyas el general Lamadrid. La obra de Paz fué impresa en Buenos Aires poco después de su muerte, en 1855, y ese mismo año el general Lamadrid, compañero de Paz en la independencia y las guerras civiles, dió a la estampa su libro *Observaciones sobre las memorias póstumas del brigadier general don José María Paz*, y por entonces escribió sus propias *Memorias*, que no aparecieron hasta 1895, en dos volúmenes, con láminas, numerosos retratos y otros documentos que agregó el editor.

Gregorio Aráoz de Lamadrid nació en Tucumán el 28 de noviembre de 1795 y falleció en Buenos Aires el año 1857. Después del desastre de Huaquí se incorporó en el ejército del Norte, iniciando en plena adolescencia la carrera militar, en la cual llegó al generalato, a la popularidad y a la gloria. Después de actuar en la guerra de la independencia con Belgrano, militó en las luchas civiles, a la par de Facundo, Lavalle, Paz, Rosas y Urquiza. Su biografía es toda la de un caudillo legendario; ha asistido a 130 combates, mostrando un coraje y resistencia singulares. Herido en muchas ocasiones, su propia vida concluyó por ser un milagro de salud y heroísmo. Combatiente en la batalla de Tucumán, clausuró su carrera en la batalla de Caseros, de suerte que su biografía se confunde con la historia de la independencia y la organización nacionales. De ahí el interés extraordinario de sus *Memorias*, acrecentado por la minucia de los recuerdos y la locuacidad del relato. Sin haber cursado escuelas, llegó a ser un escritor estimable, a pesar de las rectificaciones de que son posibles los trabajos de ese género y las observaciones que podrían hacerse al escritor. Pero la rica sensibilidad de Lamadrid (que fué también poeta y que hizo la guerra civil cantando vidalitas como héroe del romancero) trasciende a su obra escrita y le inspira páginas de verdadero mérito, en la versión de anécdotas, retratos y diálogos. El centenario de Lamadrid fué celebrado en Tucumán el año 1895. Con este motivo fueron trasladados su restos a la ciudad natal; se la consagró una verdadera apoteosis, bajo los auspicios del gobierno nacional y del provincial, y fueron entonces dadas

Fig. 51. — General Lamadrid

a luz sus *Memorias*. Don Angel Justiniano Carranza corrió con la edición respectiva. El general Aráoz de Lamadrid hallábase vinculado a la familia materna de Alberdi, cuya madre fué una Aráoz, y a ese mismo tronco se vinculan otros nombres ilustres del Tucumán. El doctor Benjamín Aráoz, que gobernaba la provincia cuando el centenario, y que falleció repentinamente en la ceremonia oficial, era también pariente del héroe.

Obra inspirada también por la de Paz es la que en ese año 1855 publicó en Buenos Aires otro guerrero de la independencia, el general Tomás Iriarte, bajo el título de *Ataque, defensa y juicio sumario de las memorias del general Paz*. Iriarte había escrito antes de Caseros un *Proyecto de operaciones bélicas para derrocar a Rosas*, y después de Caseros publicó una *Biografía del general José Miguel Carreras* (Buenos Aires, 1853) y el libro *Glorias argentinas y recuerdos históricos* (Buenos Aires, 1858), cuya narración abarca desde 1818 hasta 1825, y que, cual las ya citadas obras de Belgrano, Paz y Lamadrid, puede ser considerada a la vez como autobiografía y crónica de las guerras de independencia y formación nacional.

Fig. 52. — General Iriarte

El general Iriarte, en su *Ataque y Defensa*, afeó a los herederos del general Paz la publicación de sus *Memorias*, porque desdoraban el nombre de su autor y manchaban el lustre de la historia argentina. Según Iriarte, sus lectores en coro habían reprobado la obra y la edición, porque advertíase el propósito de desacreditar las mejores reputaciones de la independencia, y llega el crítico hasta aconsejarles que recojan la tirada y devuelvan el precio a los compradores. Tales exageraciones de Iriarte, saltan hoy a la vista, pues las *Memorias* de Paz no tuvieron semejante objeto, sino referir cuanto él supo y vió en la vida real, pues sólo escribía un libro de recuerdos, y no la historia ni la epopeya del país.

Oficial menos ilustre que los anteriores en el ejército de la independencia, fué el coronel don Lorenzo Lugones, que, pobre y olvidado, arrastraba su ancianidad cuando apareció la obra de Paz, y él también publicó en Buenos Aires, ese mismo año de 1855, unas memorias cuyo origen confiesa en el propio título de su libro: *Recuerdos históricos so-*

bre las campañas del ejército auxiliador del Perú en la guerra de la independencia en esclarecimiento de las «Memorias póstumas» del brigadier general don José María Paz. Una segunda edición de esta obra apareció en 1898 bajo los auspicios del gobierno de Santiago, en el centenario del prócer local. Aunque menos importantes que las de Lamadrid, ha de mencionarse las memorias del coronel Lugones en el ciclo de las que fueron inspiradas por las de Paz, y a su autor entre los veteranos que, en 1855, sobrevivían a la época de Mayo y a las guerras de los caudillos.

De procedencia distinta son, dentro del mismo género, los escritos del general don Jerónimo Espejo, que fué compañero de San Martín en el ejército de los Andes. La obra principal de Espejo es *El paso de los Andes* (crónica histórica de las operaciones del ejército de los Andes para la restauración de Chile en 1817); lo es por su extensión, por su asunto y por el valor de su testimonio. Espejo fué hombre de pluma fácil y de larga vida, de ahí que su producción sea abundante. Vivió hasta 1889; colaboró en la *Revista de Buenos Aires* y en la *Revista del Río de la Plata;* y escribió, además de la obra citada (1876), las siguientes monografías: *Reflexiones sobre el asesinato de Monteagudo* (1861), *Un episodio de la batalla de Maypu* (1863), *La campaña del general Alvarado a Intermedios* (1863), *La sublevación de la guarnición del Callao en 1824* (1865), *La expedición de San Martín a libertar el Perú* (1867), *La primera campaña del general Arenales a la Sierra* (1866), *Datos históricos biográficos del general Pringles* (1871), *Entrevista de San Martín y Bolívar en Guayaquil* (1873). El general Espejo estuvo en el campamento de Tucumán, pero pasó con San Martín a Cuyo, al desviarse hacia el Pacífico la guerra emancipadora, y a esa campaña pertenecen, como se ve, casi todas sus memorias. Asistió también con Paz a la Tablada y con Alvear a Ituzaingo; pero sus recuerdos parecían fascinados por la gloria de la expedición de los Andes. Emigrado en Bolivia durante la tiranía de Rosas, allá organizó su archivo y escribió buena parte de sus memorias. Aunque menos locuaz que Lamadrid como narrador y menos hábil que Paz como prosista, Espejo es digno de figurar a la par de ellos como cronista militar.

Fig. 53. — General Espejo

Jerónimo Espejo nació en Mendoza el 30 de septiembre de 1801 y falleció en BuenosAires el 18 de febrero de 1889. En 1816, a los 16 años de su edad, incorporóse en el ejército de los Andes como cadete del cuerpo de ingenieros. Formado en la escuela de San Martín, mantúvose fiel de su memoria hasta los últimos días de su vida. Actuó en Chacabuco, Cancha Rayada, Talcahuano, Talca, Callao: entró en Lima libertada y continuó su carrera hasta Moquegua y Torata. Su libro *El ejército de los Andes*, y otro de sus trabajos históricos, se refieren a esta parte de su vida y a esa fase gloriosa de las campañas argentinas en América. En 1825 regresó a nuestro país, y actuó con Paz en Oncativo y con Lamadrid en la Ciudadela. Derrotadas las fuerzas regulares que éstos representaban al servicio de la causa liberal, emigró a Bolivia y no regresó a su patria hasta la caída de Rosas. Fué a partir de entonces, diputado a la legislatura de Mendoza (1854), senador al Congreso nacional (1854), director de estadística de la confederación en Paraná (1856), y funcionario en diversos cargos de la administración militar (1858-1868). En 1870 publicó su *Foja de servicios*, que sirve de pauta y fuente a su biografía, juntamente con sus monografías historiales, todas ellas más o menos autobiográficas, dadas a luz en la *Revista del Paraná*, en la *Revista de Buenos Aires* y en libros o folletos especiales, desde 1863 hasta 1888. Sin ser un escritor, sus escritos tienen el mérito de ser la confidencia de un hombre de acción: el interés de sus temas trasciende a su prosa y la sensación o la emoción de las cosas vividas infunden a su prosa un valor que reemplaza el arte. En *El Ejército de los Andes* hay páginas que pueden acogerse a ese elogio, así por ejemplo, el retrato físico y moral de San Martín, en cuya intimidad vivió, y cuyos pormenores humanizan al héroe sin amenguarle.

Según Espejo, el general San Martín proyectó escribir sus memorias, pero ya dije en el capítulo preliminar de este volumen, que sólo dejó el copioso y minucioso *Archivo*, que pasó después a manos del general Mitre, su historiador. No era San Martín hombre de pluma sino de espada. De palabra lacónica, lo mismo en el trato personal que en sus breves escritos, fué la suya una vida templada en la guerra y para la guerra. Tuvo el heroísmo de la voluntad y fué muy escasa su cultura estética. A pesar de ello, su *Epistolario* ofrece rasgos de austera elocuencia en su prosa desaliñada. El hombre vale más que el escritor, y así como Belgrano, abogado de Salamanca, inicia con sus fragmentarias crónicas el ciclo bibliográfico que con Paz comienza entre los militares del ejército del Norte, es San Martín el inspirador de Espejo y el protagonista de

las memorias que dejaron los cronistas militares del ejército de los Andes. Entre éstos he citado en otro lugar a Quintanilla y a Las Heras, pero aquí debo mencionar al general Tomás Guido, el más acabado tipo de escritor en aquella generación de soldados.

Tomás Guido nació en Buenos Aires el 1° de septiembre de 1788 y falleció en esta misma ciudad el 14 de septiembre de 1866. Su padre fué catalán; su madre madrileña. Casóse en Chile con la hija del coronel Spano, héroe de Talca, y fundó una familia patricia, que dió lustre a las letras de la república, como él se las había dado a las armas de la revolución. Cursó latinidad y filosofía en San Carlos; estudió con ahinco a Virgilio y Horacio, como lo documentan sus cuadernos latinos, que la familia conservaba, y la tradición de que su maestro Marcos Alcedo solía llamarlo « mi gloria y mi corona ». Actuó en las invasiones inglesas; desempeñó funciones en el tribunal mayor de Cuentas del virreinato; llegó a los enciclopedistas franceses después de haber frecuentado a los historiadores latinos, y con ese caudal de ciencia y de experiencia entró en la conspiración patriótica que precedió a la revolución de Mayo. Por este solo hecho podríamos considerarle prócer; pero luego acompaña a Mariano Moreno en su viaje a Inglaterra; da con Manuel, sepultura en el mar al gran revolucionario; y en Londres conoce a San Martín y a Andrés Bello. A su regreso, Guido es figura descollante en todos los episodios internos de la revolución; desempeña el gobierno en Buenos Aires, recorre el Alto Perú con Belgrano, va con San Martín a Cuyo, y es su principal consejero en la campaña continental del ejército de los Andes. Desde entonces su figura crece; entra en la historia de América con la libertad de Chile y del Perú, cuyos gobiernos democráticos contribuye a fundar. Triunviro, ministro, legislador, diplomático, militar, asciende en pocos años al poder y a la gloria, y desde esa altura desciende en la pobreza, con la caída de San Martín y el vaivén de la anarquía argentina. Como San Martín, Alvear y López, apoyó la política internacional de Rosas, y fué su ministro en Río, aunque el tirano desaprobó su gestión en los últimos tiempos. Después de Caseros, los vencedores no le afearon aquella discutible actitud. En la guerra civil de Buenos Aires y la Confederación, estuvo de parte de Urquiza. Fué entonces diplomático en países vecinos; miembro y presidente del Senado nacional; comisionado de paz en la definitiva fundación de la unidad argentina. La biografía de este hombre roza los nombres de Liniers, Moreno, Alvear, Belgrano, San Martín, Monteagudo, O'Higgins, Bolívar, Sucre, Rosas, Pedro II, Urquiza. En su tumba hablaron el general

Tomás de Iriarte, Bernardo de Irigoyen, Miguel Navarro Viola y otros. Don Tomás Guido fué un gran patriota y hombre de rara cultura personal e intelectual en su tiempo. Su actitud literaria, malograda por la época en que le tocó vivir, había de desenvolverse en su hijo, el poeta Carlos Guido y Spano.

Tomás Guido es autor de una *Reseña histórica* sobre los sucesos del 25 de Mayo de 1810 (impresa en Buenos Aires el año 1888); de una *Memoria*, sobre la campaña de los Andes, presentada al gobierno de las Provincias Unidas en 1816 (impresa en Paraná el año 1855); de varios *Discursos* parlamentarios, en los congresos de la independencia y la organización nacional, o popular, en fastos y efemérides de la historia patria; pues vivió hasta 1866, y tocóle hablar ante la estatua de San Martín y ante los restos repatriados de Alvear, dos campeones suyos en la época heroica. Pero las páginas que acreditan a Guido como un hábil prosista son las de sus cartas, en las cuales se descubre al ameno conversador y al hombre de mundo que fué en vida, capaz de utilizar con acierto sus lecturas en la cita y de ironizar con aticismo en el juicio y la anécdota oportuna. Su prosa es castiza, tersa, elegante, y en el vocablo y en el ritmo aparece el escritor de raza, que explica, como un caso de herencia, la aptitud similar de su hijo Carlos, el poeta, y de otros de sus hijos, también escritores. Las cartas de Guido a San Martín, impresas en el archivo de este último por el Museo Mitre, son tan numerosas y de tal valor, por sus temas y su estilo, que formarían, bajo el simple título de *Epistolario*, uno de los libros de mayor significación entre la áspera prosa histórica de esa primera mitad del siglo anterior (1).

Este ciclo de cartas, memorias y crónicas de la campaña de Chile, que tuvo por protagonista a San Martín, se prolonga en la vasta bibliografía congénere del Pacífico, donde libros como las memorias de Miller y O'Leary completan el relato coetáneo de la emancipación continental. Del propio modo, el ciclo de cartas, memorias y crónicas de la campaña del Perú, que tuvo por protagonista a Belgrano, se continúa en los relatos de nuestras luchas intestinas y en la guerra del Brasil, por haber actuado en ellas Paz y Lamadrid, antiguos oficiales de la independencia. En su conjunto, unas y otras son una formación literaria equivalentes a los relatos de contemporáneos que conquistadores y evangelistas produjeron durante la época colonial: y del propio modo que el poeta moderno, cuando desee inspirar sus dramas y novelas en nuestra histo-

(1) Véase el retrato de don Tomás Guido en la página 215 del presente volumen.

ria, deberá buscar en las crónicas coloniales tipos, argumentos y tintas de color local cuando de esa época se trate, así cuando desee evocar el ambiente de la emancipación y de la guerra civil, es en los libros de Paz, Lamadrid, Espejo y otros «proscriptos» de su laya, donde encontrará retratos, diálogos, episodios, a la vez iluminados por el halo de la leyenda y por la luz concreta de la vida real.

II

Casi todos los próceres de la independencia fueron alcanzados por los poetas de la siguiente generación. Ya he dicho en el «capítulo preliminar», cómo Alberdi y Sarmiento vieron a San Martín en su destierro de Francia; cómo Rivadavia legó sus papeles a Florencio Varela, y Rondeau sus memorias a Bartolomé Mitre. Félix Frías fué secretario de Lavalle; Rivera Indarte fué su cantor. En la casa de Las Heras se reunían los proscriptos de Chile para celebrar las fiestas mayas; para inhumar a Gorriti reuniéronse en su tumba conmovidos, los proscriptos de Bolivia; Lamadrid fué elegido por Marco Avellaneda para jefe en el alzamiento contra Rosas. Echeverría y Paz estuvieron juntos en el sitio de Montevideo. Las dos generaciones sentíanse solidarias. Sabían que el esfuerzo iniciado por la una habría de consumarse por el ideal de la otra. Y si alguno de los viejos patricios había quedado cerca de Rosas, como don Vicente López, que fué su amigo en Buenos Aires, o don Tomás Guido, que fué su diplomático en Río de Janeiro, los proscriptos los aclamaron después de Caseros, como si nada los hubiera separado durante la emigración, tan viva era para éstos la gloria de Mayo, que disipaba toda sombra sobre la cabeza de sus elegidos.

La generación de 1837 —lo hemos dicho también— habíase proclamado continuadora de «Mayo», e iniciado con Echeverría el estudio histórico de nuestra revolución. La vocación de la historia veníale, pues, de aquella primera actitud, y fué propicia a la emoción del heroísmo el contraste de gloria y de adversidad en que vieron tan de cerca a los últimos sobrevivientes de la generación anterior. Los jóvenes, por su parte, cuando llegaron a la madurez, comprendieron que la propia obra era también heroica, y se pusieron a recoger sus cartas en archivos y a escribir sus memorias, que corresponden, como se sabe, al ciclo de la guerra civil y de la organización nacional.

He mencionado o estudiado en capítulos anteriores las *Reminiscencias históricas* de Villafañe y los *Recuerdos históricos* de Echagüe sobre la campaña de Lavalle; la *Autobiografía* de López y los *Recuerdos de provincia* de Sarmiento; los *Memorias* de Alberdi y el *Archivo* de Mitre. Sobre nuestros proscriptos en Chile he citado los *Recuerdos literarios* de Lastarria y sobre el sitio de Montevideo los *Anales de la defensa* de Demaría. Aún podríamos agregar las *Memorias* de César Díaz y las de Antonino Reyes; la *Amalia* de Mármol y la *Campaña del Ejército grande* de Sarmiento; *Rosas y sus opositores* de Rivera Indarte y las *Agresiones de Rosas* de Lamas; sin olvidar los ya citados libros de Lamadrid y de Paz, y toda esa bibliografía de polemistas, poetas y hombres de acción, cuyas cartas, poemas y panfletos constituyen la crónica de los años de abnegación y de peligro que corren durante el aciago imperio de la tiranía hasta la definitiva constitución del país. A este género pertenecen también las obras de José Luis Bustamante, obras de publicista político.

José Luis Bustamante nació en San Nicolás de los Arroyos a fines del siglo XVIII; abrazó la carrera de las armas en el ejército de la independencia; fué más tarde legislador y publicista unitario en tiempos de Rivadavia; combatió la dictadura de Rosas, actuó con Lavalle y con Rivera, retomó su pluma de polemista en Montevideo sitiada, regresó a su patria con los vencedores de Caseros, y coronó su vida en Buenos Aires, como obrero de la reorganización nacional. Inició su carrera de escritor en 1831, con *El Cometa argentino*, *El defensor de los derechos del hombre* y *El Fénix*, periódicos suyos anteriores a la tiranía. Radicado en Montevideo, habló en la tumba de Florencio Varela, conmemorando el primer aniversario de su muerte, y su discurso fué publicado por el *Comercio del Plata* (nº 962), juntamente con los de Alsina, Pico, Mármol, Figueroa, Cané, y Cantilo, que también pronunciaron oraciones en la triste efemérides. En 1850, Bustamante redactó *El Correo de la tarde*, de Montevideo; en 1851, *La Defensa*, donde se ocupó especialmente en la política interna y externa del Plata. Venía actuando en tales sucesos desde la expedición de Lavalle, cuyo secretario fué, y en 1849 había publicado varios opúsculos: *El bloqueo francés en los puertos de la República Oriental, donde domina el general Oribe; Los cinco errores capitales de la intervención anglofrancesa en el Plata;* y una *Refutación* a diarios de Francia sobre calumnias contra los franceses del Plata. Después de Caseros, Bustamante dió a luz las siguientes obras: *Memoria sobre la revolución del 11 de septiem-*

bre de 1852 (Buenos Aires, 1853, 266 págs.); *Ensayo histórico de la defensa de Buenos Aires contra la rebelión del ex coronel Hilario Lagos* (Buenos Aires, 1854, 672 págs.); *Bosquejo de la historia civil y política de Buenos Aires, desde la batalla de Caseros* (Buenos Aires, 1856, 260 págs.). De todo ello resulta, si no la silueta de un escritor, a lo menos la de un noble patriota, que afrontó los sacrificios que su época le imponía, y sirvió con la pluma a los mismos ideales que con la espada había servido desde su juventud.

Pero las obras de ese género se hallan más cerca de la acción política que de la evocación histórica. La aptitud de esta generación por el estudio de la historia, mostróse desde temprano en otras obras, y persistió favorecido por el ambiente heroico de su propia vida y por la sugestión de los ancianos del gran tiempo, hasta que alcanzaron su plenitud en las magistrales obras que Mitre y López consumaron en su madurez.

Ya en 1836, Echeverría, al fundar la «Asociación de Mayo» y redactar el *Dogma*, había planteado la revisión de la cultura colonial en su conflicto con el nuevo ideario de la emancipación. Pero su obra quedó trunca y su actitud fué más de polemista que de historiador.

El impulso inicial no debía perderse, sin embargo, y persistió en los jóvenes discípulos, favorecido por el sentimiento de la historia que el romanticismo fomentara y por la vocación del heroísmo que la lucha contra Rosas enardecía. Inspirándose en las invasiones inglesas, Juan María Gutiérrez había escrito su cuento *El capitán de patricios*, y bajo el nombre de *La revolución de Mayo*, Alberdi había compuesto en forma dramática una crónica de la revolución. En Chile, Sarmiento se inició como publicista con su famoso artículo *La batalla de Chacabuco*, y ya por entonces despuntaba en López y en Mitre, muy jóvenes ambos, la afición por el estudio del pasado argentino en que ambos prosperaron.

Pero en aquel período inicial, la niebla romántica velaba los verdaderos dominios de la historia, o bien la pasión militante subordinaba la visión del pasado a las necesidades de la política. La conciencia nacional, todavía muy confusa, no iba en esa visión retrospectiva más allá de las invasiones inglesas o de la revolución de Mayo; y la cultura, todavía incipiente, mezclaba zurdamente los géneros. Por excepción Vicente F. López penetró con *La novia del hereje* en nuestros orígenes coloniales y por excepción Mármol con *El Cruzado* salió de la tradición nacional para entrar en lo legendario de la tradición europea. El pasado local, demasiado cercano, confundíase con la crónica de partido, y

aunque el sentimiento de la historia fué en todos los proscriptos muy dominante, según lo vemos hasta en los versos de la época (el *Figueredo* de Gómez, el *Avellaneda* de Echeverría, el *Caá-guazú* de Rivera Indarte, y tantos otros), todo eso no es todavía el fundamento de nuestra historia concebida como ciencia documental y como cuadro cíclico de la vida de todo un pueblo.

Sin embargo, los materiales para esa nueva construcción no habían cesado de acumularse desde la época colonial, y el lector no habrá olvidado lo que dije en el tomo de *Los Coloniales* sobre los anales de esa época. La expulsión de los jesuítas, en 1767, interrumpió la tarea de sus cronistas, y poco después se interrumpió la de los historiadores de Indias. El vasto acervo bibliográfico y paleográfico de la antigua cultura quedó a merced del azar. Surgieron entonces anticuarios criollos como Segurola, Araujo, Leiva, y sobre los documentos por ellos reunidos, don Pedro de Angelis inició sus aficiones de colector y de editor.

El *Ensayo histórico* de Funes, impreso en 1816, fué la última forma de la vieja historia, contada al modo de las órdenes religiosas, sin sentimiento de nacionalidad ni de libertad. Es Funes un tardío discípulo de Techo, Lozano o Guevara, que nada rectifica en la rapsodia colonial y nada comprende de la gesta americana. La renovación del género en nuestra literatura — renovación de temas, de métodos y de estilo — no empezó hasta después de Caseros, cuando Mitre y López quisieron narrar al pueblo de esta democracia ya constituída sus orígenes nacionales.

Entretanto, no se había interrumpido, según dije, la divulgación de documentos históricos. Durante la tiranía de Rosas se editaron colecciones paleográficas dentro y fuera del país. Principales obreros de esa empresa fueron don Pedro de Angelis, don Florencio Varela, don Andrés Lamas, don Juan María Gutiérrez de cuyas obras he tratado ya, antelación que me permite ser lacónico en esta nueva referencia.

Llegamos con tales nombres al momento en que nuestra literatura histórica se funda, conducida por un método e inspirada por una conciencia nacional. De ello he de tratar especialmente en el próximo volumen. Entretanto, debo finalizar este capítulo con las siluetas de tres modestos obreros — Zinny, Trelles, Carranza, — que allegaron útiles elementos para la historia argentina,

III

Antonio Zinny se distinguió especialmente como bibliógrafo, y tanto en esta rama, como en la que él llamaba « efemeridografía », ha dejado obras que siguen prestando servicio, como instrumentos de trabajo, a nuevos investigadores. Obras suyas, publicadas hacia 1875, son : la *Bibliografía histórica de las Provincias Unidas del Río de la Plata*, desde 1780 a 1821 (1 tomo); *Historia de la prensa periódica de la República del Uruguay*, desde 1807 hasta 1852; el resumen de la *Gaceta Mercantil de Buenos Aires*, desde 1823 hasta 1852. Dichos trabajos son, principalmente, índice de periódicos y papeles impresos desde las postrimerías de la colonia hasta la caída de Rosas, o sea desde la radicación de la imprenta en ambas márgenes del Plata hasta la reorganización de la cultura argentina. Nadie que desee rastrear la historia de la prensa, de la política y de las letras en nuestro país, podrá dejar de lado los índices que acabo de mencionar, y todos nuestros historiadores suelen citar a Zinny cuando tratan de aquel período.

Fig. 54. — Don Antonio Zinny

Pertenecen a un género análogo, porque trátase también de bibliografía periodística, la serie que se titula con un nombre descriptivo, pero que es difícil barbarismo : *Efemeridografía argirometropolitana hasta la caída de Rosas* (o sea « periódicos bonaerenses ») y *Efemeridografía argiro parquiótica* (o sea « periódicos de las provincias argentinas »), dos volúmenes de profusa información. Estas dos obras fueron publicadas en 1868.

Dada la índole de sus aficiones y de sus aptitudes, no hubiera podido Zinny elevarse a las grandes formas de la historia, y sin salir de su rincón de archivero y bibliotecario, compuso algunas biografías, único galanteo que se permitió con la esquiva musa. Suyos son un *Bosquejo biográfico del general Ignacio Álvarez Thomas* (1868), ciertos *Apuntes para la biografía del brigadier general don Juan Martín de Pueyrredón*, tales *Rasgos biográficos del ciudadano don Domingo Faustino Sarmiento* (1867), y, final-

mente, un *Juan María Gutiérrez, su vida y sus escritos* (1878). Publicó también algunos otros trabajos documentales; así, por ejemplo: el *Proceso instruido contra el teniente general Juan Whitelocke, comandante en jefe de las fuerzas británicas que invadieron el Río de la Plata en 1807* (1 tomo).

Obras no menos pacientes que las anteriores y de mayor aporte personal, siquiera en su forma externa, son: la *Historia de los gobernadores de las provincias argentinas desde 1810 hasta 1879* (3 tomos), hoy costosas en el mercado, habiendo catálogos de venta que han llegado a ofrecerlos por 200 pesos. Contiene este libro la cronología de los adelantados, gobernadores y virreyes del Río de la Plata (1535-1810) y las de sus gobernantes después de la independencia, comprendiendo el primer tomo las «provincias litorales» (incluso Buenos Aires): el segundo, la antigua «provincia del Tucumán», o sea las del noroeste (incluso Santiago); y el tercero las centrales y andinas. Esta obra apareció en 1880 dedicada a la memoria de Juan María Gutiérrez, y la siguió, en 1887, otra análoga, intitulada *Historia de los gobernantes del Paraguay*.

No se agota con esos títulos la producción de Zinny, pues si ella había comenzado en 1860 con su ensayo dramático *La colegiala*, pieza en un acto compuesta para el colegio San Martín, donde trabajaba como maestro, no volvería a incurrir en temas de imaginación; pero sí habría de insistir, hasta su último día, en los temas de bibliografía y de historia. Su *Catálogo razonado de las obras adquiridas en las provincias argentinas para la Biblioteca Pública de La Plata* es una de las valiosas contribuciones al conocimiento de nuestra cultura, así como su *Bibliografía histórica del Paraguay y las Misiones*, que cita y aprovecha J. T. Medina en su obra sobre estas materias.

Al género biográfico pertenecen las siluetas de gobernadores que forman sus dos *Historias* ya citadas, pero a ellas, y a los «apuntes» o «rasgos», ya mencionados también, han de agregarse otras biografías: del *General Arenales*, de *Don Felipe Senillosa*, del *Doctor Gregorio Funes*, *La ilustre colombiana Antonia Santos*, y las series que se intitulan: *Heroínas y patriotas americanas* y *Cronología de los obispos del Paraguay*.

Las obras bibliográficas de Zinny han sido hasta hoy muy útiles para las materias de que tratan, pero sus obras históricas propiamente dicho, empiezan a envejecer, no sólo por lo inconsistente del estilo cuanto por lo deleznable de la información anecdótica (1).

(1) Digo esto especialmente de la *Historia de los gobernadores*. Véase, por ejemplo, *La autonomía de Santiago* (1920), por Andrés A. Figueroa y las rectificaciones que contiene.

Pasemos ahora a mencionar la obra de Trelles.

El asturiano don Francisco Trelles, capitán de la marina española, contrajo enlace en Buenos Aires con la criolla doña María Andrea Laprida, y en ese hogar nacieron Rafael y Manuel Ricardo, los hermanos Trelles que en la segunda mitad del siglo XIX figuran como obreros de nuestros estudios históricos. El padre habíase distinguido en las invasiones inglesas, y acaso este episodio de su propia carrera pudo inspirar a sus hijos el sentimiento de la tradición colonial, que tan amorosamente cultivaron.

Rafael Trelles fué uno de los primeros porteños que tuvo pinacoteca, antigüedades y libros raros. Con el prestigioso viaje de sus colecciones, fué uno de los socios del Instituto Bonaerense de Numismática y antigüedades, fundado en 1872, con Navarro Viola, Marcó del Pont, Prado y Rojas, Rosa y otros. Funcionario de policía y miembro de la legislatura porteña, formó el *Índice del archivo de policía* (1812-1850), dos volúmenes impresos por la *Tribuna* de los Varela, y muy consultados por los historiadores de la tiranía. A la muerte de Trelles, acaecida en 1880, sus colecciones pasaron a su hermano don Manuel Ricardo, y al fallecimiento de este último, ocurrido en 1893, su viuda hizo donación de ellas al Museo histórico Nacional (1).

Fig. 55. — Don Manuel R. Trelles

En cuanto a don Manuel Ricardo Trelles, que es el más famoso de los dos hermanos, podemos decir que nació en Buenos Aires el año 1821, desempeñó la dirección del departamento de estadística primero; del archivo general posteriormente (1858-1875) y, después, de la Biblioteca Nacional (1879-1884). Tales funciones explican la información o la ocasión de sus principales trabajos.

Don Manuel Ricardo Trelles trabajó como autor de monografías históricas y como editor de revistas, en ese mismo género de la historia. Sus principales publicaciones son: *Diego García, primer descubridor del Río de la Plata* (1879); *Cuestión de límites entre la República Argentina y el Paraguay* (1867); *Cuestión de límites entre la República Argentina y*

(1) Scotto, *Notas biográficas*, tomo I, página 60, y tomo II, página 110.

Chile; Cuestión de límites entre la República Argentina y Bolivia; Refutación al doctor Agustín Matienzo sobre la cuestión de límites entre la República Argentina y Bolivia (Salta, 1872): *Anexos a la Memoria sobre la cuestión de límites entre la República Argentina y el Paraguay.*

Las revistas de Trelles, raras hoy en el comercio de libros y muy estimadas por los estudiosos de nuestra historia, son: *Revista de la Biblioteca de Buenos Aires* (4 tomos, 1869-1872), *Revista del Archivo general de Buenos Aires* (4 tomos), *Revista patriótica del pasado argentino* (5 tomos).

Trabajos más áridos, pero no menos útiles fueron los de estadística, numismática y archivología: v. gr. *Registro estadístico de Buenos Aires* (16 volúmenes, 1856-1872), *Índice del archivo del gobierno de Buenos Aires*, *Monetario del señor Manuel José Guerrico* (clasificado por Trelles).

El solo enunciado de esta biografía deja ver que Trelles no fué propiamente un historiador, sino un cultivador de ciencias auxiliares de la historia, y acaso, por haber sido uno de los primeros argentinos iniciados en tal especialidad, alcanzó un renombre fácil, pero bien conquistado por su labor minuciosa y su no escasa información. Los puestos públicos y comisiones oficiales que desempeñara pusiéronle en posesión de nuestras fuentes históricas. Anticuario, estadígrafo, numismata, bibliotecario, editor, archivista o paleógrafo, mostró capacidad en la técnica y acierto en las iniciativas. Claro es que su obra ha sido superada por las dos generaciones siguientes, pero nadie podrá disputarle su sitio de precursor. Fué más bién que un historiador, un archivista; ordenó y facilitó materiales que otros aprovecharon: divulgó documentos antes inéditos, tan útiles a la política como a la cultura del país; reunió con afán de papelista y emoción de anticuario objetos tradicionales cuyo valor sus contemporáneos ignoraban: auxilió a maestros y a estadistas con sus obscuros aportes; planeó empresas de investigación y publicación con criterio plausible para su tiempo; y si en sus estudios del pasado nacional no le asistió la musa, y en sus escritos del género no le ayudaron las gracias, dejó, sin embargo, un nombre respetable y una obra oportuna.

Aspecto menos serio pero más vivaz que la obra de Trelles y de Zinny, presenta la obra de Carranza, el otro paciente tradicionalista del modesto grupo.

Don Angel Justiniano Carranza, nacido en Buenos Aires el 5 de septiembre de 1834, fué oriundo de una familia de Santiago y cursó en Santiago sus primeros estudios, razón por la cual muchos lo han considerado como santiagueño. Emparentado con antiguas familias de aque-

lla provincia y otras del interior, se hizo célebre en ellas, durante sus repetidos viajes, por el afán incontenible con que requisaba cuanto libro viejo, papel histórico u objeto tradicional quedaba al alcance de su mano. Desde el infolio latino y el códice colonial, hasta la silla de cuero y el zahumador de plata, fué juntándolo todo en sus petacas de viajero, entre el asombro de las gentes sencillas, que nunca comprendieron bien su singular manía, hecha menos de sórdido afán que de emoción estética y de patriótico amor. Había en él, sin duda, la sensibilidad de un verdadero tradicionalista; pero le faltó, como escritor, el arte del género, para que sus obras puedan resistir al paso del tiempo. Sus libros son inferiores a sus colecciones, y sus colecciones empezaron a dispersarse con su muerte.

Fig. 56. — Don Ángel J. Carranza

Después de haber cursado sus primeros estudios en el convento de Santo Domingo, de Santiago, Carranza vino en 1847 a Buenos Aires, entró en el colegio Republicano y luego en la universidad, donde se graduó de abogado El nuevo ambiente de paz en que entró la República, y el ejemplo de los tres presidentes escritores que se suceden con Mitre, Sarmiento y Avellaneda, favorecieron la vocación del joven Carranza. Frecuentó la tertulia de Casavalle; se incorporó en nuestras corporaciones intelectuales; obtuvo en el país y en el extranjero diplomas honoríficos; publicó numerosos libros de historia.

El sentido histórico de Carranza no iba mucho más allá de la independencia, ni superaba los temas habituales de la historia política. Basta para comprobarlo recordar los títulos de sus principales libros: *La ejecución de Liniers y sus compañeros*, que nos coloca en plena revolución de Mayo, y a partir de ella, dos series bibliográficas, una sobre las guerras marítimas de la revolución: *El laurel naval de 1814*, *El centenario de Brown* y *Campañas navales de la República Argentina*; la otra sobre las guerras terrestres: *El general Lavalle ante la justicia póstuma*, *La conspiración de 1839*, y *La revolución de 1839*, con las cuales entramos ya en la época de Rosas y en años posteriores al nacimiento del propio autor. Lo demás de su obra es crónica contemporánea, como su *Campaña al Chaco austral*, o breves ensayos biográficos como el de *Juan Felipe Ibarra*, que era su pariente, o ediciones históricas como las *Actas capitulares de*

Santiago del Estero, o disertación de índole más general, como sus *Cuestiones de límites en América*. En la composición de tales libros suele entrar por partes iguales el aporte de documentos ajenos a la prosa de hilván del colector. Son libros útiles, pero apenas si cuentan en el verdadero género de la historia. Su juicio es ingenuo; su léxico, vulgar; su estilo, barroco. Carranza no es un evocador ni es un estilista. Pertenece a la misma familia de Trelles y de Zinny, y no es sólo un azar cronológico el que nos los presenta aquí reunidos.

Junto a los tres nombrados, tienen su sitio en nuestra historia intelectual otros investigadores y escritores de historia, como Mariano Pelliza, Vicente Quesada, Luis Varela, Alejandro Rosa, Adolfo Saldías, José María Ramos Mejía y algunos más, con quienes entramos ya en el ciclo de «los modernos», materia que pertenece al volumen siguiente de esta obra. A todos los alcanzó la influencia de Mitre, López, Gutiérrez y Andrés Lamas, fundadores de la historia argentina. Para cultivar la tradición nacional, reuniéronse casi todos en la Junta de historia y numismática, que hoy tiene su sede en el Museo Mitre. Ellos iniciaron la investigación de nuestros orígenes coloniales: ellos escribieron la historia de la independencia o de sus héroes, y a ellos les debemos los principales libros sobre nuestras guerras civiles, la tiranía de Rosas y la organización constitucional, o sea el estudio del ambiente político en el cual los proscriptos realizaron su obra intelectual.

CAPÍTULO XXIV

POETAS Y PROSISTAS MENORES

1. La nueva sensibilidad política y literaria después de 1810; algunos precursores: José Antonio Miralla, Florencio Balcarce, Marco Avellaneda. Noticias biográficas y juicio sobre los versos de dichos autores. — II. Poetas menores refugiados en Montevideo: Luis L. Domínguez, José María Cantilo, Miguel Cané. Carácter de la producción literaria de los dichos; su obra civil antes y después de Caseros. Las novelas de Cané: *Esther*, *Cora*, *La familia Sconner*, y otras. — III. Escritores olvidados de la proscripción. Pedro Echagüe, sus *Ecos postreros*; Juan Ramón Muñoz Cabrera, su poema *Cienfuegos*; Luis Méndez, sus *Cantos del Alba*; Manuel Belgrano, su tragedia *Molina*. Juan Thompson. Marcos Sastre y el *Tempe Argentino*. Juana Manuela Gorriti. Las mujeres de la proscripción.

I

Hemos tratado ya de Echeverría, el maestro, el precursor; hemos tratado ya de Sarmiento, el poeta de la prosa militante; hemos tratado ya de Mármol, el cantor más inspirado de su época. Escritores fuertes y complejos fueron, Mitre que versificaba, Alberdi que no versificó, López para quien la novela y la historia conservaron el soplo original de la epopeya, Gutiérrez que a través de una larga vida se mostró más fiel a las musas de su juventud. A esos cuatro grandes ingenios acabo de estudiarlos en esta parte final del presente volumen. Quedan, entretanto, para materia del presente capítulo, «los poetas y prosistas menores del destierro». Casi todos ellos figuran en nuestras copiosas antologías, cosa explicable si se recuerda que poseemos una de diez tomos!... Menéndez Pelayo, sin embargo, ha excluído de la suya a todos los poetas menores de la proscripción, como excluyó también a los poetas menores de la independencia...

En el volumen de *Los Coloniales*, discurriendo sobre esos poetas menores de la revolución — Valdenegro, Vera, Sánchez, Henríquez, Mo-

lina, — he señalado el nombre de José Antonio Miralla, he citado sus versos y prometido para mejor lugar una breve noticia sobre su vida (1). Paréceme que en ella descubro los primeros signos de la sensibilidad romántica, aunque no fué expresada por él en obra de arte.

Un poema de Tomás Gray — *El cementerio de aldea*, — que Miralla tradujo, anuncia esa nueva sensibilidad, en sus ideas y en sus ritmos:

La esquila toca al moribundo día,
La grey mugiendo hacia el redil se aleja,
A casa el labrador sus pasos guía,
Y el mundo a mí ya las tinieblas deja.

Fig. 57. — Antonio Miralla

Así continúa esa composición, que ha sido elogiada por Gutiérrez y por Menéndez Pelayo como ejemplo de traducciones — grave, honda, sobria en el tono, y a la vez, en el vocabulario, fiel y castiza.

Pero *El cementerio de aldea* (traducida también por otros poetas, entre ellos Mitre) no es obra original de Miralla, y en cuanto a sus obras originales — pocas y breves — descubren dejos de la antigua escuela: ya ese romance que comienza «*Amable Citerea — Madre*

(1) Véase *Los Coloniales*, página 577, y en el presente volumen el capítulo VII, página 226. José Antonio Miralla nació en Córdoba, hijo de Francisco y de doña Elena Molina. No se conoce la fecha de su nacimiento, pero se sabe que estudió en el Colegio de San Carlos, en Buenos Aires, donde fué discípulo del doctor Juan Fernández de Agüero. Se le atribuye parentesco a Miralla con su comprovinciano el deán Funes. En 1812 inició estudios de medicina, que en breve abandonó. Un orfebre italiano, llamado Bogui, llegado por entonces a Buenos Aires, se constituyó en su protector. Lo adoptó por hijo, y lo llevó consigo al Perú, donde se encontró en los años de la independencia. En el Perú fué protegido por el conde de Vista Florida, don José Baquijano y Carrillo, quien lo nombró su secretario y lo llevó más tarde a España. Sospechado por sus ideas liberales, emigró de España a Inglaterra. Supónese que entonces viajó también por el continente europeo, y regresó después a América. En 1820 encontrábase en la Habana, donde intimó con hombres notables como José Fernández Madrid, ex presidente de Nueva Granada. Con Madrid colaboró en el *Argos* y cultivó la poesía. Afiliado a una sociedad secreta en Cuba, para preparar la independencia de la isla, tuvo que huir de ella y refugiarse en los Estados Unidos. De allí pasó a Colombia en 1823, obstinado en sus planes libertadores. Se sabe que en Bogotá tuvo una quinta, a la cual llamó *Tucumán*, y que murió en Méjico. J. M. Gutiérrez ha tratado extensamente de Miralla en la *Revista del Río de la Plata*.

de los placeres », ya aquel soneto que así empieza : « *Hércules domador del monstruo fiero* ». Entre otros cantos análogos, se le atribuye también cierto soneto intitulado *Ilusión*, sin duda plausible, pero de paternidad dudosa.

En cambio, su vida es la de un romántico, bien que anterior a la literatura de 1830. A su paso por las regiones de las Antillas y del Trópico, una leyenda ha quedado en pos de su nombre. Su belleza varonil, su ingenio, su erudición, sus aventuras de amor y de guerra, su origen misterioso, su azarosa carrera, su muerte temprana, todo ha concurrido a hacer de Miralla un tipo novelesco. « Forastero en su patria », lo llamó Gutiérrez cuando nos descubrió la vida de este argentino. Allá en las tierras lejanas por donde anduvo, hombres ilustres como Ticknor se honraron con su amistad; sedujo pueblos y mujeres con su palabra, y su muerte fué llorada por los poetas. Miralla es ya un *peregrino* y un *proscripto*, aunque no pertenece al ciclo de Mármol; y podemos decir que él define ese nuevo tipo psicológico que, después de la independencia, aparece en la América revolucionada.

Pero Juan Antonio Miralla es, como muy bien lo dice Gutiérrez, un « forastero en su patria ». Su vida no ha dejado rastros entre nosotros, ni la vida civil argentina tiene nada que ver con su obra. Su destino se realiza en otros pueblos, y sólo debemos recordarlo a título de curiosidad. Sin embargo, el tipo psicológico de Miralla es el mismo que entre nosotros despunta con Bernardo Monteagudo, Crisóstomo Lafinur, Florencio Varela, Florencio Balcarce, Marco Avellaneda. De los tres primeros hemos hablado ya. Veamos ahora a los dos postreros (1).

Florencio Balcarce nació en Buenos Aires en 1818 y falleció en esta misma ciudad el 16 de mayo de 1839 (2). Como Adolfo Berro, otro poeta de su tiempo en el Plata, murió muy joven, dejando esa simpatía póstuma que acompaña las vidas prematuramente truncadas. Plaga del estío sobre la vida en agraz, el hado funesto cae sobre la obra que era apenas promesa, y al inhibirse el juicio por el dolor atribuímos a primicias malogradas el pregusto de nuestra propia esperanza. Así, la obra real de Balcarce contrasta hoy, ante los ojos del crítico severo o

(1) Véase retratos de Avellaneda y Miralla en el presente volumen, páginas 213 y 617.

(2) A la muerte de este joven poeta, José Tomás Guido escribió su necrología en el *Diario de la tarde*, de Buenos Aires, y Florencio Varela en *El Nacional*, de Montevideo (véase Zinny, *La prensa uruguaya*, pág. 253). J. Thompson, publicó unos versos en francés, de los cuales da noticia Zinny, *op. cit.*, página 254.

simplemente imparcial, con el elogio de sus amigos desconsolados por la muerte del joven poeta. El piadoso Juan María Gutiérrez compiló en los periódicos de la época sus poesías dispersas y formó un tomito de 140 páginas, impreso en 1869 con prólogo del compilador. Podemos decir que toda la biografía de Balcarce hállase en el volumen de sus *Poesías*. Tan populares como *El Mendigo* de Mitre o *El Ombú* de Domínguez llegaron a ser, hace medio siglo, entre los porteños, *La partida* y *El lechero*, dos poemas de Balcarce, romántico el uno, realista el otro. Lo demás de su obra no las aventaja en mérito ni las alcanza en fortuna. Hijo y sobrino de héroes de la independencia, Balcarce recibió en el propio hogar su primera lección de patriotismo, y enviado luego a Francia para cursar sus estudios, recibió en el Barrio latino y en las escuelas de París, la iniciación de una cultura más elegante, más cosmopolita y más libre que la de nuestro medio nativo. Como Echeverría, Fonseca, Portela, volvió de allí a Buenos Aires con un prestigio que su inteligencia asimiladora y precoz justificaba. Favorecido por el apellido ya ilustre, alcanzó fácilmente una notoriedad afectuosa, y la simpatía social agrandó el escaso mérito de sus versos. Enfermo del pulmón, volvió a salir de Buenos Aires en busca de mejor clima, y entonces fué cuando escribió *La partida*, quejumbroso adiós a la ciudad natal y a sus amigos, en el que el poeta presiente que aquella separación habrá de ser irreparable. Supo unir en sus versos cierto realismo en el color local de sus ilusiones con el sincero romanticismo de un dolor personal. Discurría en sus cartas o conversaciones sobre cosas de Francia, y era a la vez un porteño genuino. Tales circunstancias biográficas explican la fortuna de su obra precaria. Bajo el auspicio de la amistad o el patriotismo entró en las antologías; pero a medida que éstas dejen de ser documentales o complacientes y que vayamos alejándonos de la opinión de sus amigos de juventud, que lo amaron con lealtad y lo recordaron con nostalgia, creo que la obra de Florencio Balcarce irá palideciendo, y como apagándose a lo lejos el eco débil de su voz.

Marco Manuel de Avellaneda, la víctima de Metán, fué además de político, poeta. Se le considera generalmente tucumano, por el teatro de sus hazañas y el arraigo de su apellido en esta provincia, pero es catamarqueño, como su padre Avellaneda y Tula, gobernador que fué de Catamarca. Nació el 18 de junio de 1813; murió degollado el 3 de octubre de 1841. Veintiocho años contaba cuando lo mataron, y no se sabe qué admirar más en él, si la intensidad de su vida breve, o la precocidad de su espíritu gentil, o el temple de su carácter, que buscó,

previo y afrontó la muerte trágica, en aras de un ideal digno de semejante holocausto. Cursó estudios universitarios en Córdoba y Buenos Aires; aclimató en Tucumán las semillas de la Asociación de Mayo; dio a su inteligencia la claridad de la cultura clásica y a su voluntad el ardor del ideal romántico. De su prosa no quedan sino algunas cartas y sus arengas de la Liga del Norte contra Rosas, que bastan para definir un tipo de excepción. Sus versos, que he mencionado en otro lugar, son mediocres, y sólo interesan como atributo biográfico de su singular figura. Degollado a los 27 años — héroe, caudillo, gobernador, — su precocidad y su sacrificio dejan medir lo extraordinario de esa pérdida, pues sucumbió mucho antes de haber alcanzado la madurez.

Avellaneda fué, en letras, un discípulo de los clásicos, pero hasta él habían llegado las influencias del romanticismo. En política fué un hijo de la revolución de Mayo, al servicio de los ideales patrióticos que renovó la escuela de Echeverría. Una de sus proclamas del Norte dice a los tucumanos: «¿Quién podrá vencernos si vamos a combatir entre los sepulcros de nuestros padres y la cuna de nuestros hijos?». O bien: «Los bárbaros no dominarán en Tucumán sino después de haber pisoteado mi cadaver». Y el héroe supo cumplir su palabra.

Ese soplo épico de 1810, llegábale desde la poesía de la revolución, que él continuó en las letras y las armas.

Hemos visto cómo la meditación filosófica y el estro literario fueron perfeccionando el tema, hasta que «Mayo» tórnase en una especie de mito solar y «el Sol de Mayo» en una suerte de divinidad americana, para quien la fantasía poética restauró los abolidos cultos incaicos.

Pero aquel «Sol de Mayo», resplandeciente en los días de la esperanza heroica, fué velándose tras de nubes purpúreas y nubes negras, como en un cielo de tempestad, cuando triunfó la tiranía de Rosas. Entonces, para la imaginación de los bardos proscriptos, el 25 de Mayo convirtióse en el día de la promesa defraudada. El contraste de la antigua liberacion y de la actual servidumbre sugirió, para la iconografía de los versos, dolorosas antítesis. El tema épico de los himnos triunfales derivó en la nostalgia del destierro y en el frenesí de la protesta hacia los sentimentos de la elegía y de la sátira.

Tocóle a Marco Avellaneda, solitario allá en provincias, advertir, un año antes de su propia inmolación, ese contraste de la antigua promesa:

¡ Sol de Mayo, salud ! Tú presenciaste
De tus heroicos hijos la victoria,
Y tu carro apuraste
Para anunciar al mundo su alta gloria...
¡ Tornas hoy a lucir !... ¿ Por qué en silencio
La triste patria te contempla y mira ?
¿ Y tu radiante luz por qué no inspira
Patriótico ardimiento al argentino ?
Ya no escucho entonar himnos divinos,
Ni el hueco bronce en derredor retumba
Para anunciar ¡ oh, Mayo ! tu presencia...
¡ Silencio y soledad como en la tumba !
¿ Qué es de mi patria ya ?... *¡ Mi patria fué !*
Y fueron ya sus glorias ! Se acabaron
Su dichoso existir y sus laureles,
¡ Ay, para siempre ya se marchitaron !
¡ Fieros tiranos, opresores crueles
Al déspota de España reemplazaron !
Los monstruos, los feroces, invocando
De ley y libertad los dulces nombres,
Leyes y libertad asesinaron,
Y a la patria en su tumba sepultaron (1).

El mediano poeta que se expresaba en tales versos, era el mismo hombre genial que, poco después, entregó su cabeza a la cuchilla de los « feroces tiranos » a quienes así fustigaba ; y ante el sacrificio de su vida, paréceme trivialidad el detenerme en minucias retóricas (2). Pero sí necesito decir que por entonces Juan Cruz Varela, ya desterrado en Montevideo, coincidía con él en otro canto análogo, de estrofas más felices, mostrando ese mismo contraste de la libertad vencida y el despotismo triunfante. Refiérome a aquel poema ya citado en la « Introducción » de la presente *Historia* (t. I, pág. 18), cuyas últimas estrofas dicen así :

¡ Hijos de mi patria, levantad la frente,
Y con fuerte brazo la fiera inclemente

(1) *Antología de poetas argentinos (op. cit.*, t. V, pág. 185). Composición tomada por el editor del manuscrito autógrafo existente en la colección Gutiérrez (Biblioteca del Congreso Nacional).

(2) Avellaneda confiesa en una carta a Alberdi lo siguiente : « La poesía, que nunca he logrado poner en mi cabeza, se abriga toda entera en mi corazón ». Eso dice Marco Avellaneda el año 1838, en carta escrita desde Tucumán a su amigo y paisano Alberdi, ya asilado en Montevideo. *(Escritos póstumos* de Alberdi, t. XV, pág. 673.)

Que lanzó el desierto, de un golpe aterrad !
Llevad vuestra mancha, valientes porteños,
Y mostrad al mundo, que no tiene dueños
El pueblo que en Mayo gritó *Libertad !* (1)

II

Recordará el lector que el capítulo sobre «la nueva Troya» finaliza con la descripción del certamen poético realizado en 1841, en el cual fué premiado Domínguez con un accesit. Mármol en *El Álbum* elogió los versos premiados y la actitud del autor en la fiesta del Coliseo. Volvió a cantar la efemérides de Mayo en 1844, y dedicó su labor a otros temas civiles, volcando en sus estrofas las ideas, imágenes y sentimientos que sobre la libertad, la patria y la tiranía fueron lugares comunes en la literatura de la época. El verso de Domínguez carece de musicalidad y de color; en cambio su prosa — tal en la *Historia* — es clara y limpia; su exposición, metódica; su juicio, sereno.

Fig. 58. — Luis L. Domínguez

Luis L. Domínguez nació en Buenos Aires en febrero de 1819, y salió del país en 1839, sin haber concluído sus estudios, para buscar refugio en Montevideo, donde lo acogió su pariente don Florencio Varela. Apenas llegado, comenzó a escribir en *El grito argentino*, con Cané, Lamas, Alberdi, Thompson, Irigoyen y Valentín Alsina. Colaboró ese mismo año en *El Nacional* (1839), donde a veces firmó sus versos, como en *El Talismán* (1840), con sólo sus iniciales En 1840 fundó *El Correo;* en 1841, *El Paquete de Buenos Aires*. Las páginas agresivas del *¡ Muera Rosas !* y las páginas graves del *Comercio del Plata*, recibieron también los frutos de su ingenio. Muerto Rufino Varela, cantó su sacrificio marcial; y asesinado Florencio Varela, reu-

(1) Única composición de Juan Cruz Varela incluida por Menéndez Pelayo en su *Antología de poetas hispanoamericanos* (t. IV, pág. 95).

nió sus *Escritos* y los publicó en el tomo VII de la *Biblioteca Americana*, con una noticia preliminar. Honraba con ello la memoria de quien había sido su maestro y protector en el destierro. Después de Caseros, Domínguez volvió a Buenos Aires; fundó *El Orden* con Mármol, Frías y Bilbao; fué diputado a la legislatura porteña y al Congreso argentino: desempeñó el ministerio de Hacienda durante la administración de Sarmiento; pasó, por último, como enviado diplomático a Londres, donde residió por largo tiempo. En Londres falleció no ha muchos años, y sucedióle en el puesto uno de sus hermanos.

La obra literaria de Domínguez se reduce a un tomo de *Historia Argentina* y a una pequeña recolección de *Poesías*, ambos de muy relativo valor (1).

De Domínguez he hablado en el tomo de *Los Gauchescos*, a propósito de *El Ombú*, por la relación que este poema guarda con la poesía nativa. Domínguez debe a ese canto su antigua popularidad y, a la vez, la diminución actual de su fama como poeta. La novedad del tema y la simpatía del asunto nativo, hicieron en otro tiempo la fortuna de *El Ombú*; todos los argentinos aprendieron de memoria la primera estrofa: *Cada comarca en la tierra*, etc., como antes habían aprendido la primera de *La Cautiva: Era la tarde y la hora*, etc., y fué por imposición de ese plebiscito, que el canto entró en las antologías, con mengua de la reputación de Domínguez a medida que el gusto público iba liberándose de la sugestión tradicional y de la simpatía biográfica. Versos menos pedestres compuso el mismo autor, y bastaría citar, por ejemplo, su madrigal *Yo te amo:*

Como la rosa nueva
Que su perfume exhala,
Cuando refleja el cielo
Su colorido al alba,

Así pura es la virgen
Que yo amo con el alma,
Y es linda cual la aurora
Teñida de oro y nácar.

Las ideas e imágenes son vulgares, pero el verso es fluído. Tres estrofas análogas completan la composición, y la última concluye diciendo que su amada es a su vida:

(1) La *Historia* apareció en 1848 y ha sido posteriormente reeditada. Fué libro usual en nuestras escuelas. Para sus versos, véase la *Antología de poetas argentinos (op. cit.)*.

La composición *Una tarde en el Dacá* ha sido incluída en la *Antología de poetas argentinos* (la famosa del Centenario, t. V, pág. 301) como obra de Luis L. Domínguez, pero es de Mármol, según la edición de sus poemas, que el propio Mármol hizo bajo el nombre de *Armonías* en 1854 (pág. 301 de las *Obras*, Buenos Aires, 1889).

Como el azul al cielo,
Como la estrella al nauta.

El resto de la obra lírica de Domínguez no supera grandemente a los versos citados, tanto en los temas civiles como en los íntimos; y el conjunto de sus obras no es ni siquiera abundante.

Echeverría menciona muy de paso a Domínguez en la *Ojeada* que precede al *Dogma* (ed. cit., pág. 84); pero Sarmiento, en *Los emigrados*, dedícale un medallón muy justo, en el cual apenas si se advierte el borroso perfil del poeta: «Autor de una excelente *Historia Argentina*, creemos que la primera al alcance de la generalidad. Espíritu tranquilo. Contador mayor y ministro de hacienda nacional. Enviado financiero a Europa y ministro, modelo de laboriosidad y probidad. Gozaba de alta estimación entre sus contemporáneos y pertenecía al tinte más moderado. Consagrado a sus estudios históricos, su nombre figura con honor en este ramo que constituye la más alta Musa de las letras. Dos estrofas de Domínguez insertas en el *Facundo* lo han preconizado poeta. Parece que se equivocó haciendo estos bellos versos.» Y nada más dice Sarmiento, quien había treinta años antes citado esos versos de *El Ombú* (que no eran bellos), popularizándolos en el *Facundo* juntamente con los de *La Cautiva*. El versificador que contaba sílabas en su mocedad, concluyó de contador en el tesoro de la República, y persistió en esa vocación como ministro de Hacienda y como ministro diplomático en una legación como la de Londres, de funciones preferentemente financieras para nosotros. «Espíritu tranquilo», político «de tinte moderado», financiero «laborioso» y «probo», he ahí los verdaderos predicamentos de su personalidad, según el testimonio de quien a fondo lo conocía (1).

(1) Sobre Domínguez escribió una semblanza Torres Caicedo, biógrafo de casi todos nuestros proscriptos. Don J. M. Torres Caicedo fué, hacia la década del 60, encargado de negocios de Venezuela, su patria, cerca de los gobiernos de Francia y los Países Bajos. Poeta y crítico, a la vez que publicista y diplomático, consolidó en aquella época su reputación literaria, por la gran difusión que su nombre alcanzó en todas las naciones de América y por el aplauso que le dispensaron instituciones y periódicos de Francia, donde residía. Fué miembro de la Sociedad de Geografía y de la Sociedad imperial Zoológica de Aclimatación de aquel país, de la Sociedad de economistas de París, de la Sociedad para promover el adelanto de las ciencias sociales de Bruselas, presidente de la Sociedad de Arqueología Americana, vicepresidente adjunto del Instituto histórico de Francia, de la Sociedad de los Quirites de Roma, y de la Sociedad de Literatos de París. Bien sabemos lo que estos predicamentos significan, ya se trate de simples instituciones muy pres-

Otro poeta menor del grupo montevideano al cual Domínguez perteneciera, fué Cantilo.

tigiosas pero simplemente burocráticas, o de honores que en ellas suelen lograr los extranjeros por recomendación diplomática; pero es indudable que tales títulos reunidos (y Torres Caicedo se complacía en usarlos) califican una jerarquía oficial no desdeñable en el ambiente francés donde aquél escribía, y daban más autoridad a su nombre ante los americanos para quienes publicaba sus libros. Mejor que esos pergaminos son los títulos de sus obras: *Religión, Patria y Amor* (colección de poesías, 1 vol.); *Unión latinoamericana* (1 vol.); *Estudio sobre el gobierno inglés y sobre la influencia anglosajona* (2 vol.). En francés publicó un opúsculo titulado *De la pèine de mort* y un libro: *Les principes de 1789 en Amérique*. Fué también autor de obras sobre Historia literaria, diplomática y financiera de nuestros pueblos (varios volúmenes), de ensayos sobre «la autoridad y la libertad, el derecho y el deber», sin contar páginas volantes de polémica política. Pero son sus *Ensayos biográficos* los que le granjearon fama en los círculos intelectuales de América. Entre esas noticias sobre la vida y obras de autores argentinos debo citar las siguientes: tomo I: Esteban Echeverría (pág. 377), Florencio Balcarce (pág. 440), Claudio Mamerto Cuenca (pág. 453); tomo II: José Mármol (pág. 173), Hilario Ascasubi (pág. 303), Juana Manuela Gorriti (*) (t. III, pág. 1), Juan María Gutiérrez (pág. 17), Florencio Varela (pág. 44), Juan Crisóstomo Lafinur, José Rivera Indarte, Vicente G. Quesada (pág. 135), Juan Bautista Alberdi (pág. 173), Luis L. Domínguez (pág. 263). Además de estas semblanzas sobre poetas argentinos, Torres Caicedo publicó otras sobre estadistas y escritores sudamericanos, reunidas juntamente con las anteriores en los tres volúmenes de sus ya citados *Ensayos biográficos*. Según el orden de los tomos, dicha obra contiene las siguientes biografías: tomo I: Salvador Sanfuentes, José María de Heredia, Andrés Bello, José Joaquín de Olmedo, Silveria Espinosa de Rendón, José Eusebio Caro, Antonio José de Irisarri, Abigail Lozano, Bartolomé Mitre, R. P. Manuel de Navarrete, José Fernández Madrid, Rafael María Baralt, José V. Lastarria, José Antonio Calcaño, José Heriberto García de Quevedo, Guillermo Prieto; tomo II: Julio Arboleda, José Antonio Maitín, Francisco Manuel Sánchez de Tagle, Guillermo Mata, José María Esteva, Juan Carlos Gómez, Gabriel de la Concepción Valdez, J. Rodríguez Galván, Guillermo Blest Gana, Eusebio Lillo, Miguel Luis Amunátegui, Joaquín Vallejos, Hermógenes Irisarri, Manuel Nicolás Corpancho, Joaquín Pesado, Manuel María Madiedo; tomo III: Alejandro Magariños Cervantes, Francisco Acuña de Figueroa, Antonio Flores, Lázaro María Pérez, José Ramón Yepes, Heraclio C. Tajado, Ricardo Palma, Julián de Torres y Peña, José M. Groot, Florentino González. Sobre Torres Caicedo y sus obras han escrito: Jules Janin (a quien dedicó algunas de sus obras) y Emilio Castelar, José Zorrilla y A. de Lamartine, cuyos juicios sirven de prólogo a sus ensayos críticos y a sus poesías. Torres Caicedo dirigió en París el *Correo de Ultramar*, periódico de asuntos hispanoamericanos, y fué en su tiempo uno de los hispanoamericanos más conocidos en ciertos medios de Europa. (En el capítulo VII, página 225 del presente volumen, he publicado su retrato.) Los trabajos citados tienen escaso valor, así por su información como por el criterio y el estilo, pero no puedo omitir su recuerdo, porque realizaron en su época la divulgación de dichos nombres.

(*) Caicedo la llama María, pero aunque equivoca el nombre de doña Juana Manuela, se ve que la conoce por lo que dice de sus obras.

José María Cantilo nació en Buenos Aires el 14 de diciembre de 1816 y falleció en su ciudad natal el año 1872. Su afición por la poesía despuntó muy temprano, pues ya en 1837 una composición suya titulada *A la más bonita* aparece con acompañamiento de música en *El Cancionero Argentino*. En 1839, otro cuaderno análogo, *El Trovador*, publicó otros versos de Cantilo, *La violeta*, con música de Juan Bautista Alberdi. Vinculado por las letras y la vida universitaria a los jóvenes liberales de su generación, pasó a Montevideo en 1840, vinculándose más estrechamente al grupo de los proscriptos, en cuyos periódicos escribió. Inició sus colaboraciones en *El Nacional* con unos versos bilingües dedicados al almirante Mackau, después de la convención francesa con el tirano argentino:

Salud, célebre *Amiral*,
Noble tratador, *bon jour*,
Digno en verdad de *l'amour*,
De Rosas, *fier asassin*.

Con qué orgullo *n'est ce pas vrai*?
Te presentarás en *France*
Dejando aquí *d'ignorance*
Palpable prueba *a la fin*!

A esta agresiva humorada, siguieron, en las propias páginas de *El Nacional*, otros versos, tales como *El proscripto*, *Cantando tu estrella*, *A la sensibilidad*, *A una calandria*, *Al arroyo de las Piedras*, casi todos de 1841, y entre ellos una elegía *A Mercedes Antuña* y otra a la muerte de Adolfo Berro. Colaboró también en el *Comercio del Plata*, y habló en la tumba de Varela, entre Miguel Cané, Valentín Alsina, Pacheco y Obes, Mármol y Acuña de Figueroa. A la caída de Rosas volvió a Buenos Aires, donde redactó *El Orden* con Frías, Domínguez, Mármol y Bilbao (1854). Su actuación literaria durante el destierro fué de segundo orden, y también lo fué su actuación social después de Caseros. Zinny le atribuye una temprana colaboración en *El Caduceo*, periódico montevideano de 1831, lo cual indica una rara precocidad; su nombre figura también entre los poetas de *El Talismán*, y dejó, entre otros poemas menores, un *Canto al 25 de Mayo*, en el vario metro de las odas románticas, a la sazón en boga, y según los contradictorios sentimientos de amor a la patria y de odio a la tiranía, frecuentes en la poesía del destierro:

Cantar de Mayo el pensamiento hermoso
Es de sus bardos la misión sagrada...

Así comienza el extenso canto, cuya parte final (consta de cuatro) dice su profecía contra Rosas:

Duerme, tirano, sí, mientras terrible
Rebrama el huracán de la venganza...

El *Canto al 25 de Mayo* es, sin duda, entre los versos de Cantilo, su trabajo de mayor aliento; pero si lo comparamos con sus contemporáneos en obras de la misma especie, vemos que su inspiración no iguala la elevación de ideas de Gutiérrez ni el frenesí de sentimientos de Mármol (1). A pesar de sus incorrecciones y desmayos, no sería justo omitir el nombre de José María Cantilo, a la par de otros versificadores mediocres cuya obra tiene ese salvoconducto que les da, para nuestra historia, la fama de la proscripción.

Formó parte asimismo de la legión «troyana» de Montevideo otro escritor — Miguel Cané, — cuyo nombre hállase hoy obscurecido por el homónimo de su hijo, también escritor.

Miguel Cané nació en Buenos Aires el 26 de abril de 1812; frecuentó el Colegio de ciencias morales y la Universidad recién fundada; fraternizó desde niño con Alberdi; formó en el primitivo grupo de la Asociación de Mayo; emigró como toda la juventud liberal; graduóse de abogado; ejerció su profesión en Montevideo; colaboró en todos los principales periódicos adversos a la tiranía; conspiró contra Rosas desde el destierro; fué capitán durante el sitio; escribió en prosa y verso; volvió a su país después de Caseros; falleció el 5 de julio de 1863 (2).

Emigrado Cané en Montevideo, acercóse a Varela y a Domínguez por afinidades de familia; unióse a Alberdi y a Lamas por lazos de estrecha amistad. Ya el año 1837 había aparecido en dicha ciudad un periódico titulado *Ramillete musical a las damas orientales*, semanario de composiciones líricas escritas por Cané, con acompañamiento de canto por Roque Rivero (3). El año 1838 colaboró en *El Iniciador*, y luego escribió en *El grito argentino* (1889), en *La Revista del Plata* (1839), en *El Porvenir* (1840), en el *¡ Muera Rosas!* (1841), en *El Ta-*

(1) La *Antología de poetas argentinos (op. cit.)* incluye a Cantilo (t. V). No es un poeta de antologías, sin embargo, pero ya sabemos cuál es el buen gusto del «antologista» del Centenario...

(2) Cané nació en una estancia de sus padres, cuarenta leguas al norte de Buenos Aires, y falleció en una estancia de Mercedes.

(3) No he visto ningún ejemplar, y Zinny sólo vió el primer número (*La prensa uruguaya*, pág. 387). Imprimíase en la tipografía de Gienlis. Roque Rivero, según Zinny, era hombre de color y maestro de música.

lismán (1840), en *El Nacional* (1838-1846), en *El Comercio del Plata* (1845-1857) y en *La Semana* (1851-1852). Promotor y redactor de alguno de esos periódicos, su influencia fué sobre todo grande en *El Iniciador* y *El Nacional*. Cuando regresó a Buenos Aires, fundó con Nicolás Avellaneda el *Comercio del Plata* (1859), en recuerdo de la alta tribuna donde sucumbió Florencio Varela (1). Desde el primer momento de su traslado a Montevideo, Cané se destacó entre los proscriptos, por su unión con Lamas y Alberdi, temibles conspiradores.

El corresponsal de *La Gaceta Mercantil* (de Buenos Aires) comunicábale desde Montevideo en enero de 1839 : « Hay también aquí un club que se titula de *Románticos y sansimonianos*. Alberdi es presidente (un mis... que hacía en otro tiempo elogios por la prensa al restaurador) y cuenta en su seno a Andres Lamas, Miguel Cané y un francés que se titula el marqués de Rontti, que anduvo con Rivera, varios unitarios y varios extranjeros. Los tres primeros viven juntos, son los colaboradores del periódico vendido a los franceses, que se llama *El Nacional*. » El periódico aludido se apresuró a replicar y a desmentir la noticia principalmente en cuanto se refiere a la « sociedad sansimoniana » (2).

La resistencia a Rosas, tan briosamente iniciada por Cané en su juventud, claudicó un tanto en 1852, precisamente — ¡cosa inexplicable! — cuando ya la tiranía agonizaba. Cinco años antes, en 1846, Cané había publicado un opúsculo que se titula *Consideraciones sobre la situación actual de los negocios del Plata, por M. C.* (3) (24 pág.) y en él persiste aún la nota liberal de los primeros tiempos. Pero en 1852, en el mes de enero, la *Gaceta Mercantil*, periódico de Rosas, publicó bajo

(1) Miguel Cané habló en la tumba de Varela. Éste fué su maestro en periodismo. Pico, Alberdi, Mitre, Frías, Tejedor, Lamas, Gutiérrez, Echeverría, Irigoyen, Rivera Indarte, etc., fueron sus compañeros de redacción en los periódicos que he nombrado. A veces Cané signaba sus colaboraciones con una *E*. A él le pertenecen, según Zinny, los siguientes artículos de *El Iniciador* : « La Parisina », « Sobre la anterior traducción », « Alejandro Manzzoni », « Mis visitas », « La Moda », « ¡ Pero ! », « Literatura », « Los primos », « Modas », « Mahoma », « ¿ Qué es un periódico ? », « Colección de composiciones musicales dedicadas al 25 de Mayo », « Educación », « El tísico », « Justicia al mérito », « Novedad literaria », « Bellini a la par de Rossini », « Espíritus especulativos », « Porvenir », « Oportunidad », « Narración », « Una rosa en el desierto » (del italiano), « Padres Escolapios », « Una de mil », « Dos pensamientos », « Los editores a los suscritores », « Una historia », « Cementerios », « El pueblo », « Aristocracia en Sud América », « Fiestas públicas ». (*La prensa uruguaya, op. cit.*, pág. 211.)

(2) Zinny, *La prensa periódica (op. cit.)*, página 237.

(3) Vease : Zinny, *Catálogo de la Biblioteca pública*, página 281 edición de 1887.

el epígrafe de *Correspondencia* (nos 57, 58, 59, 60 y 61) y con la signatura *M. C.*, una impugnación a la política del Brasil en el Plata, al pronunciamiento de Urquiza y a la política de sus compañeros de destierro. *La Semana*, periódico de Mármol, sostenía esa alianza de Urquiza, el Brasil, Montevideo y los emigrados, y la extraña *Correspondencia* refutaba a *La Semana* con duros calificativos. « La doctrina que el doctor Cané vierte en esa refutación, dice Zinny en *La prensa uruguaya* (pág. 484), son « diametralmente opuestas a las que él sostuvo en otro tiempo ». « Tal conducta de parte de Cané, a última hora, sólo puede atribuirse — agrega Zinny — al deseo de congraciarse la buena voluntad de Rosas, como lo conseguiría después de una prolongada expatriación y en estrecha amistad con los hombres más notables del partido liberal del Río de la Plata. Por otra parte, no fué el único emigrado que regresara al seno de la patria y se sometiera al orden de cosas establecido en aquella época, que parecía interminable. » Efectivamente, algunos proscriptos habían antes regresado a Buenos Aires, siquiera de paso — por ejemplo, Mariano Fragueiro — y otros habían dado signos de fatiga en la lucha : por ejemplo, Alberdi, a quien Félix Frías replicó. Son estos desfallecimientos, bien explicables en la larga ausencia, los que tornan heroica la resistencia de quienes como Sarmiento, Mitre, Frías o Mármol, jamás vacilaron (1).

Fig. 59. — Miguel Cané (padre)

Quizá se deba a aquella evasión en vísperas del triunfo, la penumbra que envuelve la personalidad de Cané después de Caseros, y algo también a su escéptico temperamento, ensombrecido entonces por la muerte de Jacinto, su hijo predilecto. De todos modos, es significativo el elogio que muchos años después dedícale Sarmiento cuando dice de él: « Abogado y escritor brillante en el *Comercio del Plata* y en *El Orden* de Buenos Aires. Capitán en el sitio de Montevideo en sus más

(1) Cuando en 1849 Cané volvió a Buenos Aires, publicó algunos artículos ajenos a la política : tales como *Buenos Aires y la ópera italiana*, y *Buenos Aires y sus alrededores*. (Mencionados en la noticia biográfica que acompaña la edición de Magariños.)

duros tiempos. Genio festivo y jovial. Ha dejado una novela del mismo género judicial que Dickens tocó en su *Bleak house* » (1). Con estas últimas palabras, dejamos atrás la conducta del ciudadano y nos enfrentamos de nuevo con el escritor.

De sus escritos periodísticos debemos decir que no tuvieron el temple y la resonancia que los de otros ardientes polemistas de esa misma generación; de sus poesías, que yacen hoy sepultadas en el más completo olvido; de sus novelas, que no han sido desde aquel tiempo reeditadas. Un hijo de Miguel Cané, que llevaba su propio nombre, alcanzó fama de prosista en la generación siguiente, y esto ha favorecido entre el vulgo cierto equívoco sobre ambos homónimos. Pero la huella bibliográfica del padre está hoy casi perdida. En el catálogo del Museo Mitre no figura ninguna de sus obras literarias: sólo se menciona (en la sección del Uruguay) sus *Consideraciones* (el folleto de 1846), único título incluído en el *Catálogo* de Zinny, cuyo fondo para hoy en la biblioteca de la Universidad de La Plata. La Biblioteca Nacional de Buenos Aires posee: *Una lección de prosa*, pronunciada en el Ateneo del Plata la noche del 20 de octubre de 1858, y un ejemplar de la novela *Esther*. El argumento de esta obra se relaciona con la biografía del autor.

Cané emigró de Buenos Aires a poco de recibir sus grados en la Facultad de derecho (1835) y, según lo dejo dicho, pasó a Montevideo, cerca de su cuñado don Florencio Varela; fué allí periodista y abogado, pero en 1838, Oribe, que gobernaba el país, expulsó a los unitarios argentinos para congraciarse con Rosas. Del 37 (fecha de su regreso a Montevideo, que estaba ya en poder de Rivera) hasta 1843, militó con los demás proscriptos en contra de la tiranía, ya como publicista, pues redactó el *Comercio* y *El porvenir*, ya como soldado, pues comandó una compañía de la legión argentina. El año 1847, viudo y desconsolado por dolores del hogar y de la patria, partió para Europa; viajó por Suiza, Bélgica, Italia, y en Florencia «vivió» el argumento de la *Esther*, novela autobiográfica en la que alternan impresiones de arte y recuerdos de la patria, mezclados al hilo de una aventura sentimental (2).

(1) Sarmiento, *Obras*, tomo XIV, página 367. ¿Se refiere a *La familia Sconner*?

(2) La *Esther* se publicó en el tomo IV de la *Biblioteca americana* (1858) de Magariños Cervantes. El deficiente catálogo de la Biblioteca Nacional sólo menciona esta obra, pero en el mismo volumen se hallan incluídas otras obras de Cané: *La familia de Sconner* (pág. 106), *Fantasía* (pág. 220), *En el tren* (pág. 230). Hay en este volumen cartas de V. F. López (pág. 268) y del propio Cané (pág. 271) que esclarecen el valor de la

Su autor, llama a la *Esther* « simple narración », y la precede, como lema, con los conocidos versos de Dante : *Nessun maggior dolore*, etc. Cuantos la han comentado (V. F. López entre otros), señalan en ella un subjetivismo doloroso al modo de Werther y Jacobo Ortis, comparación que sólo puede aceptarse con reservas, a pesar del epitafio con que la obra concluye y que resume la vida y la muerte de la protagonista : « *Non la connobbe il mondo mentre l'ebbe; connobil, io que a piangerla rimassi* ».

Entre las obras literarias de Cané, debemos citar, además de la *Esther*, *Laura*, y *La muerte del poeta*, que, según entiendo mantuvo inéditas, así como algunos apuntes de biografía, crítica y viajes. Dió a luz en cambio, los hoy olvidados ensayos *La noche de bodas*, *Cora*, *El traviato*, *La semanera*, *Fantasía*, *En el tren* y *La familia Sconner*, historia de unos herederos despojados por malos abogados y tutores. Es posible que esta sea la novela a la cual el ya citado juicio de Sarmiento se refiere.

En 1852, estando Cané en Francia, supo del alzamiento contra Rosas, y se embarcó en el Havre. « Encontré a mis amigos en el poder — dice en carta a Magariños ; — me entregué a ellos sin examen, y caí con ellos en la revolución de septiembre (1) ». Por aquellos años de la guerra civil con la Confederación defendió a su amigo Alberdi, entonces ausente (2). Colaboró por esa época en el *Correo del domingo*, y distraía sus tareas del foro con las letras, que fueron el primero y el último amor de su vida.

Esther, y otras de Juan María Gutiérrez, llenas de rasgos sobre aquel momento intelectual en la República (pág. 6 y 288). No debo tampoco omitir, en estas indicaciones, la noticia biográfica sobre Cané, lacónica, minuciosa y auténtica, que se lee en las páginas 18-23. Cané, viudo, se casó en segundas nupcias con la que fué madre del celebrado autor de *Juvenilia*.

(1) Edición ya citada de la *Esther*, página 22.

(2) Véase : Alberdi, *Escritos póstumos*, tomo XIII, donde se transcribe el artículo pertinente, en el cual Cané defiende al ausente. Esto era un fruto de la amistad del destierro, como lo comprueban las siguientes palabras :

« Durante la redacción de *El Nacional*, Lamas, Cané y yo vivimos juntos. Son los cuatro meses de vida en que he pasado el tiempo del modo más conforme a mis instintos por la vida pública y tumultuosa. Escribía para el diario sólo un momento a la mañana. Mi composición era siempre no solamente improvisada sino precipitada, como las columnas de *El Nacional* lo acreditan. » (Alberdi, *Escritos*, t. XV, pág. 497.) De Cané Alberdi recordaba afectuosamente en su ancianidad, no así de Lamas, de quien en sus *Memorias*, dice : « Lamas, padre e hijo, han tenido gran parte en los sucesos de 1839 »

III

Mientras los versos de Florencio Balcarce han sido, según vimos, tan mimados de la fama, los de Pedro Echagüe han sido del todo olvidados por la posteridad, hasta el punto de no haberlos reunido después de su muerte ninguna compilación, ni haber entrado en ninguna de nuestras antologías, con ser tan holgadas las que tenemos. Echagüe, sin embargo, no es inferior a Balcarce como poeta, y lo creo, como versificador, igual a Fray Cayetano y otros poetas menores de la independencia, y superior a Cantilo y otros poetas menores de la proscripción. He hablado en el capítulo XIII de la vida de Echagüe, que acompañó, con Benjamín Villafañe y Felix Frías, los restos de Lavalle en el éxodo heroico hacia Bolivia, y he explicado ya por qué este proscripto, que vivió en Chile durante la tiranía y en Cuyo durante la organización nacional, ha sido menos mimado que otros por la fama. Aquí vuelvo sobre el tema para referirme a su obra y especialmente a sus versos. Las obras de Echagüe, que paran en la Biblioteca de la Universidad nacional de La Plata, fueron editadas en precarias imprentas de San Juan: *La voz de Cuyo*, *La Unión*, *El cosmopolita*, *Los debates*, *El Imparcial*, etc., de 1870 a 1880, en folletitos de ordinario papel e incorrecta tipografía. De los *Apuntes de un proscripto* hay tres series, en sendos libritos de 60 páginas, más o menos, cada uno. Los *Ecos postreros* ocupan un cuaderno de 111 pá-

(Escritos, t. XV, pág. 493). « Lamas no me fué leal, ni creo que sea ésta la virtud que lo distinga » *(Escritos*, t. XV, pág. 495).

Tales quejas y rencillas personales son frecuentes en las memorias y epistolarios de la proscripción, puesto que hombres eran sus actores; pero flotaban por encima de esas pequeñeces humanas, la grandeza de la causa común, según lo muestran estas palabras de Sarmiento: « Diréle algo de la vida interna de esta Troya, que no son, a fe, griegos los que la sitian, aunque abunden Aquiles y Priamos, sea esto dicho en honor de los contendientes. El heroísmo anda rodando aquí por calles y campos, como se dice de *l'esprit* en París. La organización doméstica recuerda la que debieron tener los romanos: la ciudad organizada por centurias; las armas en la habitación; el soldado con familia racionado por el Estado; un Senado de los patricios; y una plebe con bala en boca. La unidad está en el designio; el antagonismo, la anarquía, la lucha, en los medios. El odio y los celos pueriles entre los cuerpos hace oficio de patriotismo, tornando imposible la traición. » Y así continúa. Pocos rasgos de esta especie iluminan las intimidades del cuadro y suplen más largas descripciones. (Sarmiento, *Viajes*, t. I, pág. 56.)

ginas nutridas de 40 versos, o más, cada una. El drama *Rosas* abarca 50 páginas. Las obras restantes son aún más breves. El conjunto podría recogerse en dos volúmenes definitivos: el primero de *Prosa*, el segundo de *Versos*. *Ecos postreros* lleva una carta preliminar firmada por *S. Carlos Gómez*, pero debe ser *J. Carlos Gómez*, si es que hay errata, pues a ella le sigue otra de Olegario Andrade. Ambas elogian a Echagüe, aunque con reservas. Andrade le señala defectos que Echagüe dice haber salvado en el manuscrito antes de su edición. En cuanto al *Rosas*, baste decir que se estrenó con éxito y que fué, según entiendo, el primer drama sobre el tirano, y uno de nuestros primeros ensayos de teatro simpático y en verso (1). Los versos de Echagüe son ciertamente defectuosos, pero no tienen por qué no andar a la par de los de Fray Cayetano, Marco Avellaneda, José María Cantilo y otros versificadores de nuestra primera época. Algunas composiciones interesan como documento histórico (v. gr. *El regreso*, *Lamento de la Rioja*, *Proscripto*, etc.). Echagüe compuso algunos epigramas felices, y fué hábil principalmente en los metros menores. Su canto *El Regreso*, que alude al retorno de los proscriptos, concluye con este rasgo feliz :

Fig. 60. — Pedro Echagüe
(véase pág. 350)

Siga en tanto mi barquilla,
Siga y surque ondas de plata,
Siga y vare en esa orilla
Donde un mar su barba humilla,
Y un río en mar se desata.

Con la misma soltura hállase versificado el drama *Rosas*, que presenta al tirano en una escena íntima de amor el día de Caseros y que recuerda, por su factura, el teatro romántico español del siglo XIX.

Tan olvidado como Echagüe hállase hoy Muñoz Cabrera, autor del poema *Cienfuegos*, del cual no he logrado ver ejemplar alguno.

(1) He dicho (pág. 353) que al estreno del *Rosas* asistió el « presidente Mitre », pero hay error. Esto ocurría en 1860. Debí decir « el gobernador Mitre ».

Juan Ramón Muñoz Cabrera nació en Salta el 8 de marzo de 1816 y murió en el Perú el año 1869. Hijo del uruguayo Juan Ramón Muñoz y de la cochabambina Tomasa Cabrera, se educó en hogar patricio y le alcanzaron las tradiciones de la independencia, en las cuales su padre fué actor. Radicada su familia en Buenos Aires (1817), inició aquí sus estudios; pero en 1838 su familia, perseguida por el despotismo, se trasladó a Montevideo. Inició estudios de matemáticas y derecho en dicha ciudad, pero el sitio de Oribe lo obligó, en 1843, a alistarse en las filas de los defensores. En 1844 emigró a Bolivia; en 1850 vino al Plata como enviado diplomático; en 1851 se radicó en Chile; en 1863 volvió a Bolivia, y después de algunos viajes y misiones por el Pacífico, la muerte lo sorprendió en el Perú. Durante aquellos años fué político, militar, publicista y poeta, según la varia función a que las vicisitudes de la época obligaban. Redactó *La Paz* y *El Diario* en Bolivia, *El Mercurio* y la *Revista Sudamericana* en Chile, *La Tribuna* y *El Comercio* en Buenos Aires, *El Constitucional*, *El Nacional*, *El Noticioso* en Montevideo: *El Talismán* y *El Telégrafo* en el Perú. Entre sus obras principales se recuerda su *Vida y Escritos de Monteagudo* (Valparaíso 1851), *Rosas y su hija en la quinta de Palermo* (Valparaíso, 1851), *Vida y milagros de los caballeros de industria* (Buenos Aires, 1855), *La guerra de quince años en Alto Perú* (Santiago de Chile, 1867), todo ello en prosa, y en verso el poema *Cienfuegos* (1). Por lo accidentado de su vida, que se mezcla a todos los episodios históricos de su época en esta parte de

(1) *Cienfuegos*, poema en catorce cantos (que no conozco pero del cual nos da noticia Zinny en *La prensa uruguaya*), impreso en Montevideo el año 1840 (77 páginas). Muñoz fué subsecretario del ministerio Lamas y a su ministro dedicó ese poema, inspirado en un suceso real de la vida porteña bajo el terror. Don Manuel Cienfuegos habíase disfrazado en 1839 para ir a una cita amorosa; sospechóse que intentaba asesinar a Rosas, y fué brutalmente apresado; su familia quiso probar su inocencia, y aunque se presentó el epistolario amoroso que explicaba el lance del disfraz y la cita, fué fusilado en la cárcel el 7 de enero de 1839. En las biografías de Muñoz Cabrera figura como obra suya la obra *Rosas y su hija en la quinta de Palermo*, y en el Museo Mitre he visto un ejemplar que dice: « por el A. del C. » (*). *Descripción de la residencia del tirano y de sus costumbres domésticas. Menos malevolente de lo que el título hace sospechar, dadas las calumnias que circularon en su época y que no eludió estampar Rivera Indarte.* (Valparaíso, *Mercurio*, Noviembre de 1851, según el ejemplar del Museo Mitre, con retrato de Rosas.) El *Boletín bibliográfico* de Casavalle, nº 12, menciona esta obra: *Plan de organización federal de las Provincias unidas del Río de la Plata*, artículos publicados en *El Constitucional de los Andes*, por Juan Ramón Muñoz, 54 páginas, Mendoza, 1852.

(*) « *El A del C* » probablemente significa: « *el autor del Cienfuegos* ».

América, el nombre de Muñoz Cabrera merece ser recordado con elogio a la par de sus compañeros de ideal y de proscripción.

Algo análago debemos decir de Luis Méndez y Juan Thompson, otros dos olvidados.

Luis Méndez no ha tenido biógrafos celosos que salvaran para la posteridad el recuerdo de su vida. Sé que nació en Buenos Aires y que emigró a Montevideo después de 1840 ; pero ignoro los pormenores de su existencia. La huella de su vida es muy borrosa, y habríase perdido del todo a no ser la luz que sobre su nombre arrojan otros camaradas más ilustres. Méndez alternó en Montevideo con Alberdi, Mármol, Gutiérrez, Mitre, Echeverría, los proscriptos gloriosos : colaboró en *El Iniciador* (1838), *El Talismán* (1840) y *El Nacional* (1845). En 1838, Miguel Irigoyen publicó en *El Iniciador* un artículo sobre cierto drama de Luis Méndez, titulado *Carlos o el infortunio*, estrenado con éxito en el Teatro Argentino de Buenos Aires, el 10 de junio de 1838. En los periódicos nombrados aparecieron poesías dedicadas por Méndez a sus amigos o dedicadas a él por sus camaradas Miguel Irigoyen y Marcelino Ugarte. Las poesías de Méndez fueron reunidas, bajo el nombre de *Cantos del alba*, en un folleto de 45 páginas (Imprenta de la Caridad, 1841), opúsculo que *El Album* (periódico de Mármol) elogió en su último número (1). Se recordará que en el certamen de 1841 hubo en Montevideo cuatro poetas premiados, de los cuales sólo tres se presentaron a recoger sus lauros : Gutiérrez, Mármol y Domínguez. El cuarto, según Zinny, fué este Luis Méndez, cuyos versos yacen hoy olvidados (2).

Juan Thompson, nació en Buenos Aires el 24 de junio de 1808 y falleció en Barcelona después de 1870. Fué hijo de doña María Sánchez, en primeras nupcias casada con el coronel Thompson (hijo segundo de Dardo Darmonth, nacionalizado argentino y después encargado de negocios del gobierno patrio en los Estados Unidos). Después de la refinada educación doméstica, Juan Thompson fué enviado a París en 1828 para seguir sus estudios, adquiriendo desde entonces cierta maestría en el manejo de la lengua francesa, en la cual escribió versos que sus biógrafos elogian pero que no me ha sido dado conocer (3). Thompson regresó a Buenos Aires al empezar la tiranía, y recibióse

(1) Zinny, *La prensa uruguaya (op. cit.)*, páginas 6 y 495.

(2) Zinny, *Catálogo de la Biblioteca pública (op. cit.)*, página 280.

(3) Scotto, *Notas biográficas*, tomo I, página 31, 1912.

de abogado en nuestra flamante Universidad (1838). Contóse entre los iniciadores de la Asociación de Mayo, y emigró a Montevideo en 1839 con sus compañeros de la causa liberal. Echeverría habla de él con elogio en la *Ojeada*; y se sabe que con Frías y Alberdi acompañó a Lavalle en su fracasada campaña contra Rosas. Refugiado en Corrientes, allí fundó y redactó *El Sol de Mayo*. Volvió a Montevideo en 1844 para reunirse a su madre, y pasó a Francia, donde trabó amistad con el Padre Lacordaire. En 1852 fué nombrado cónsul argentino en Madrid. En 1863 vino a Buenos Aires para ver a su madre anciana, que falleció poco más tarde. El gobierno argentino nombróle encargado de negocios en el Uruguay, y en 1870 trasladóse nuevamente a Europa, donde, como hemos dicho, falleció. Thompson fué condecorado con la Orden de Carlos III en España y con la Legión de Honor en París; mantuvo correspondencia literaria con Severo Catalina y Gertrudis Gómez de Avellaneda; frecuentó los mejores círculos intelectuales de los países donde residió; compuso versos; escribió en la prensa de Barcelona; murió con fama de excelente hablista.

A la zaga de los nombrados, muchos otros versificadores y prosistas de segundo orden podría citar, siquiera porque también soportaron las penurias de la expatriación, y sin pretender agotar la nómina, los nombres de Belgrano, Irigoyen, Ugarte y otros, vienen a mi memoria.

Manuel Belgrano fué uno de los hombres más cultos de la nueva generación. Cursó estudios jurídicos, se recibió de abogado, fué profesor en la Universidad, poseyó idiomas extranjeros, escribió versos y compuso un drama histórico, *Molina*, sobre un episodio de la conquista del Perú. Murió muy joven, en 1840, y *El Nacional* de Montevideo publicó una necrología. Gutiérrez, en su historia de *La enseñanza pública* (pág. 48), lo menciona también con elogio. Belgrano fué sobrino del héroe de la independencia cuyo nombre heredara, y, según Zinny, fué primo de Pedro Castelli, el mártir de la revolución del Sud. Hizo honor a su linaje, por su ingenio y por su carácter, pues en 1840 emigró del país y se radicó en Montevideo.

Miguel Irigoyen redactó con Alberdi, Cané y otros *El grito argentino* (1839); *El Iniciador* (1839), donde comentó el drama *Carlos o el infortunio* de Luis Méndez, entonces estrenado en Buenos Aires; el *¡Muera Rosas!* (1841), cuya acritud de palabra y de caricatura ya conocemos; y *El Talismán* (1840), enjambre de poetas, más por los aguijones que por las mieles.

Marcelino Ugarte, porteño, cultivó también la poesía. En *El Na-*

cional (enero de 1845) publicó *La brisa*, versos; en mayo del mismo año, otros *A mi amigo Luis Méndez* (el poeta antes nombrado); y en abril un canto *A Buenos Aires*. Después de Caseros, don Marcelino Ugarte fué parlamentario, gobernador de su provincia natal, y se le consideró siempre como un hombre cuidadoso de las buenas formas literarias.

El *Catálogo* de las obras adquiridas por Zinny para la Biblioteca pública (1887) menciona un volumen titulado *Armonías*, «a la defensa de Montevideo», por el argentino Cipriano Talavera y Patrón, obra póstuma, de 1845, impresa en Buenos Aires en el año 1863.

Talavera y Patrón, médico porteño, emigró a Montevideo — según Zinny — perseguido por la dictadura. Prestó en el sitio servicios de cirujano, con grado de sargento mayor. Sintiéndose enfermo en 1849, regresó a su patria con el presentimiento de la muerte, el 9 de junio de 1849, y falleció cuatro días después en el hogar de su anciana madre (*op. cit.*, pág. 275).

Casi todos los mencionados poetas menores vivieron en Montevideo, donde el ambiente y la vecindad exaltaron más los sentimientos románticos que en la «escuela cuyana» de Chile. En el capítulo intitulado «La nueva Troya», y en otro que se refiere a los uruguayos Andrés Lamas y Juan Carlos Gómez, he comentado la intimidad que se creó entonces en hijos de ambas riberas del Plata. Y tal como aquellos uruguayos se asimilaron a la vida argentina, se asimiló también don Marcos Sastre, uruguayo como ellos, pero argentino por su vida y por su obra. Ya al tratar de la «Asociación de Mayo» tuvimos ocasión de nombrarlo como fundador del «Salón Literario», que la precede (cap. IV). Después de 1837 la figura de Sastre se obscurece un tanto, y reaparece con nuevo prestigio después de Caseros, hasta que el antiguo librero de la juventud romántica logró nuevo renombre de maestro y escritor.

Sastre había nacido en Montevideo, el año 1809, cuando estos países no aspiraban a ser naciones, y se entregó tan de lleno a su patria «occidental», que fué un argentino verdadero. Había estudiado en Córdoba, de donde vino en 1827 a seguir en Buenos Aires estudios de jurisprudencia. Acaso penurias económicas le impidieron continuar sus estudios y le obligaron a entregarse al comercio de libros, actividad dignísima para quien, como él y Ameghino, saben dignificarla. Después de un paréntesis comercial, fué periodista y pedagogo. En 1840, nombrado por Urquiza, dirigió la enseñanza de Entre Ríos, y después de Caseros tuvo la regencia de la Escuela normal de la provincia (1854),

la Dirección de escuelas de Buenos Aires (1858), la Dirección de la escuela normal (1865) y fué, por fin, miembro del Consejo nacional de educación. En el desempeño de este cargo falleció, en 1887, casi octogenario, dejando para nuestra curiosidad, sus colaboraciones de periodista en *El Federal* de Paraná; su *Anagnosia* (1849), uno de sus primeros y más afortunados textos didácticos, *método para enseñar a leer en pocos días*, que alcanzó sesenta ediciones; y *El tempe argentino*, libro también afortunadísimo, que toma su nombre del Tempe griego, para designar con él la belleza exuberante de nuestro Delta, cuyas marinas y paisajes describe con ingenua emoción romántica, aunque no con maestría de gran escritor. *El Tempe argentino* continúa siendo libro de lectura en nuestros colegios, y a fe que lo merece, no ya por la prioridad que al autor se le reconoce en el tema, sino por la calidad de su prosa, a la vez sencilla y emocionada.

Claro es que Marcos Sastre no alcanza rango heroico en generación, y que otros de los aquí nombrados ni siquiera pueden llamarse proscriptos, porque murieron jóvenes o no salieron del país en actitud de guerra cuando salieron.

Fig. 61. — Firma del tirano Rosas

Puedo decir que no considero entre los poetas de la emigración a Claudio Cuenca, porque permaneció en Buenos Aires durante la tiranía: ni a Real de Azúa, porque su argentinidad es muy borrosa y su ausencia no tuvo los caracteres cruentos del destierro político: ni a Florencio Balcarce, porque murió muy joven, cuando la proscripción empezaba para Echeverría y sus discípulos. Tampoco Marco Avellaneda es un proscripto en el estricto significado de esta palabra, puesto que no emigró, pero es indudable que iba de fuga hacia Bolivia cuando lo sacrificaron en Metán. Un proscripto es, en cambio, Florencio Varela, pero anterior a la dictadura, puesto que salió del país en 1829. En contraste con aquéllos, Rivera Indarte ofrece la dualidad biográfica de haber sido primero un cortesano de Rosas en Buenos Aires y después su enemigo desde Montevideo, tan vehemente en la loa como en la invectiva, caso único en la generación de los proscriptos.

Aparecen en zaga Rivera Indarte, Luis L. Domínguez y José María Cantilo, bien conocidos, o Luis Méndez y Pedro Echagüe, ambos olvidados, aunque no inferiores a los dos precedentes... Pero es indudable que todos, a pesar de su mérito diferente y de su diversa biografía, respiraron la atmósfera de su generación, liberal en política, romántica en literatura.

Alcanzó aquella influencia de la vida azarosa a no pocas mujeres, tanto que se podría hablar de «las mujeres de la proscripción». Doña María Sánchez de Thompson (de Mandeville después) fué una de ellas, y de ella sábese que escribió unas *Memorias* hoy perdidas. Otra fué doña Juana Manso (después de Noronha), la amiga de Sarmiento, famosa por sus trabajos y libros de educación. Pero la más notable de todas fué doña Juana Manuela Gorriti, cuya sensibilidad extravagante merecería estudio especial, y cuyos cuentos diéronle grande nombradía en su tiempo.

Juana Manuela Gorriti hija del general Juan Ignacio Gorriti y sobrina del doctor Gorriti, autor de *Reflexiones,* nació en Salta el año 1818 y falleció en Buenos Aires el 6 de noviembre de 1896, después de una vida larga, romancesca y fecunda. Siguió a su padre en su expatriación, y en Bolivia contrajo enlace con Manuel Isidoro Belzu, que fué presidente, y cuando hubo enviudado, trasladóse al Perú, donde ejerció la caridad, la enseñanza y las letras. Asistió como hermana de caridad al combate del Callao en la guerra con España, e hizo célebre en Lima su salón literario. Sin ser bella, supo dar a su persona un encanto romántico, y su fama corrió por toda América. Colaboró en diversos diarios y revistas y, ya radicada en Buenos Aires, recogió en volúmenes lo mejor de su obra, que participa de la autobiografía de la novela. Las biografías de *Güemes* y de *Puch,* por ella escritas, nos transportan a la época heroica de sus padres salteños; *El mundo de los recuerdos* y *La tierra natal,* son libros impregnados del aroma de «los recuerdos de provincia»; *Panoramas de la vida* es una serie de cuentos y episodios históricos en los cuales alternan la emoción romántica y el color local de sus propios recuerdos. Esta mujer inspirada, que escribió *Sueños y realidades,* fué también autora de una *Cocina ecléctica,* a fuer de severa matrona. Entre sus relatos, *El pozo del Yocsi* es uno de sus más afortunados. En la tumba de doña Juana Manuela hablaron el poeta Guido y Spano y don Neptalí García, secretario de la legación del Perú.

De la señora Gorriti y de las principales mujeres que entre nosotros han cultivado las letras, he de tratar especialmente en el próximo volumen de esta obra.

Mitre en su biblioteca (hoy Museo Mitre)

CAPÍTULO XXV

LA ANCIANIDAD DE LOS PATRIARCAS

I. Los escritores presidentes : Mitre, Sarmiento, Avellaneda. El desenlace constitucional de 1880. Don Nicolás Avellaneda. Resumen biográfico (1837-1885) : su precocidad, su carrera brillante; su labor literaria. Edición de las *Obras completas*. El libro *Tierras públicas*. Avellaneda economista, crítico y orador. — II. La federalización de Buenos Aires (1880). El choque de Avellaneda y Carlos Tejedor. Reseña biográfica de este proscripto (1817-1903). Juicio de Echeverría y de Sarmiento sobre Tejedor. La obra del publicista y del jurisconsulto. — III. Singular posición de Dalmacio Vélez Sársfield en el ciclo de « los proscriptos ». « La tierra prometida. » Prosperidad material de la República. Iniciación de una nueva jornada en la cultura argentina. Aparición de nuevos escritores. La ancianidad de los patriarcas. La vejez de Mitre.

I

Los últimos años de la tiranía habían sido de relativa paz interna. El terror, los enemigos exteriores, la proscripción de los hombres capaces, todo había contribuído a esa quietud. El amo parecía fatigado, el pueblo habituado a la servidumbre. Pero la caída de Rosas conmovió la sociedad en sus cimientos, y el regreso de los proscriptos planteó nuevos problemas. De ahí la guerra civil que nuevamente enciéndese entre Caseros y Pavón. Pero una vez pasada la década tremenda, amortiguados los viejos regionalismos y enquiciadas las nuevas instituciones, el país vió sucederse en la presidencia a Mitre, a Sarmiento, a Avellaneda, tres hombres de letras. De Mitre y Sarmiento hemos hablado ya. Hablemos aquí de Avellaneda, a fin de llegar con él a ese año de 1880, que señala el desenlace constitucional de la revolución de Mayo, y la hora en que los patriarcas fundadores, ya entrados en la vejez, vieron « la tierra prometida » por la cual habían peregrinado.

Nicolás Avellaneda, nació en Tucumán el 1° de octubre de 1837, hijo de padre y madre argentinos, descendientes de familias colonia-

les radicadas de antiguo en la comarca. Su padre fué don Marco M. Avellaneda, promotor del alzamiento del norte contra Rosas y víctima de las huestes de Oribe. Su abuelo fué gobernador de Catamarca. Nicolás quedó huérfano a muy tierna edad; formóse por su esfuerzo; y conquistó muy temprano el respeto público por su talento precoz. Estudió derecho en la Universidad de Córdoba, donde se graduó de abogado. Vino a Buenos Aires, abrió bufete, y se inició en el periodismo rioplatense en 1857. Fundó la cátedra de economía política en nuestra facultad de Derecho, y profesó su enseñanza, de 1860 a 1866. Contaba apenas veintisiete años cuando fué elegido diputado a la legislatura bonaerense (1864); veintiocho cuando el gobernador Alsina le nombró su ministro (1866); treinta y uno cuando el presidente Sarmiento le confió la cartera de Instrucción pública (1868), y treinta y siete cuando sus conciudadanos le eligieron Presidente de la República para suceder a Sarmiento. Desempeñó este mandato constitucional hasta 1880, y pasó de ahí al rectorado de la Universidad de Buenos Aires, a la cátedra de filosofía, a la banca de senador por Tucumán. Ha sido, como se ve, la carrera más rápida y brillante de la política argentina. Los actos notables de su magistratura, son el fomento de la educación pública como ministro de Sarmiento, y la conquista del desierto, patrocinada por él como presidente, durante los ministerios de Alsina y Roca. En 1880 púsose a prueba su energía de estadista, pues tuvo que atemperar las cuestiones con Chile, vencer la crisis financiera, y sofocar la guerra civil encendida en 1874, y seis años después en 1880, hasta lograr la federalización de Buenos Aires, consagrándola capital definitiva de la República. Si su carrera de político resplandece en la gloria de tan grandes actos — documentados en sus *memorias*, sus *cartas* y sus *discursos*, — no brilla menos su fama intelectual en los trabajos literarios. Hizo célebre en su época el cuidado que ponía en la corrección de su prosa y en el arte de sus discursos, habiendo sido de los primeros que en nuestro país sintieron las altas inquietudes del estilo. Representó en la prosa lo que Guido en el verso, dentro de la cultura literaria un poco silvestre de sus contemporáneos. Fué la de Nicolás Avellaneda una vida bella, breve, y fecunda. Murió en el mar, a los cuarenta y ocho años, el 25 de noviembre de 1885.

Las *Obras completas* de Avellaneda han sido impresas en 1910 con el título de *Escritos y discursos* (edición de la Sudamericana de Billetes de Banco, Buenos Aires). Contiene en sus diez tomos: sus *memorias*, publicadas oficialmente en otro tiempo; *cartas*, algunas inéditas; *discur-*

sos, entre ellos el famoso del ferrocarril a Tucumán. Su trabajo de aliento fué el *El estudio sobre las leyes de tierras públicas*, como originariamente se llamó ese libro impreso en Buenos Aires por la imprenta de «El Siglo» (Victoria, 153), el año 1865. La persona y la obra de Avellaneda han sido profusamente comentadas, según puede verse en el libro *Avellaneda, Homenaje a su memoria*, en el XX aniversario de su muerte (1906). (1)

La fama ha divulgado el nombre de don Nicolás Avellaneda, en su doble carácter de estadista severo y de prosador armonioso. Puedo decir que esas dos cualidades se refunden en sus «discursos», donde se nos presenta en su actitud más notoria. Cuando se habla de Avellaneda como literato, la imaginación evoca siempre al orador de los parlamentos, de las academias, de las asambleas populares, y se olvida al hombre de estudio, al pensador. Esta virtud profunda, la más útil y duradera del ex presidente ha de buscarse, sin duda alguna, en su libro sobre las *Tierras públicas*, que Nicolás Avellaneda compuso y editó en Buenos Aires el año 1865, dos lustros antes de su fecunda presidencia y de las campañas conquistadoras de Roca, su ministro, que incorporaron la Pampa a la economía del país, modificando radicalmenmuchos factores reales del problema que ese libro planteara (2).

Trátase en él del valor económico de las tierras, y del sistema de legislación que mejor pueda entregarlas a la posesión laboriosa de la sociedad. Es la obra de un economista, y al propio tiempo la obra de un legislador. Avellaneda había frecuentado esas dos disciplinas, como jurisconsulto y como hombre de estado. Las conocía teóricamente en los libros y la cátedra, prácticamente en el gobierno y el foro. No entra aquí de rondón en cuestiones que le sean extrañas, ni se mueve por vanidad de aficionado. De ahí la claridad didáctica con que ordena y expone la materia, transparentándose en la precisión de la forma, una diafanidad que está en las ideas.

Dos perspectivas diferentes ofrece a la reflexión del lector este libro que comentamos: la una es doctrinaria, de carácter más bien universal;

(1) Hay varias fotografías de Avellaneda, de la época en que fué presidente. Una de ellas se puede ver en el Museo Nacional. A la misma época pertenece la copia que publicamos. Se cuentan, además, numerosas caricaturas, medallas, bustos (Salón Presidencial, Escuela Avellaneda) y una estatua, inaugurada últimamente en las inmediaciones de Buenos Aires, en el pueblo que lleva su nombre.

(2) Yo reedité dicho libro en la *Biblioteca Argentina*. He seguido en esa publicación la edición príncipe de 1865.

la otra es histórica, de carácter más bien argentino. Lo doctrinario está constituído en él por ciertos principios generales de la economía política, principios que Avellaneda no inventa, sino que toma a los clásicos de dicha ciencia, y desde ella contempla las condiciones particulares del problema estudiado. Lo histórico está constituído por el análisis sucesivo de los diversos sistemas consuetudinarios o legales que han regido la economía de la tierra entre nosotros, desde el baldío y la posesión comunista de las tribus indígenas, hasta la enfiteusis y la dación de premios en tierra pública, o las más previsoras parcelaciones para empresas de venta y colonización. Pero ya se comprenderá que lo histórico y lo doctrinario se completan en la obra, hasta resultar elementos inseparables. Quizá fuera más lógico decir que ella presenta, no dos perspectivas, sino una solamente: la nacional e histórica, siendo lo demás la luz científica que califica sus valores en el campo de la visión.

Los principios económicos de este libro pudieran, tal vez, reducirse al siguiente enunciado: 1° Legitimidad y necesidad de la propiedad privada; 2° Ventajas de que el Estado enajene las tierras de dominio fiscal: 3° El Estado no debe enajenar por especulación, sino con el plan de radicar la población y estimular las industrias; 4° El latifundio es pernicioso, tanto para el Estado como para el poblador, unidades activas de la riqueza social; 5° Las tierras baldías, por más extensas que sean, dan la ilusión de la riqueza, pero no son un valor económico verdadero.

Con la luz directiva de esos principios generales, Avellaneda aborda entonces los problemas abstractos de la propiedad, la industria, la población, considerándolos en el caso concreto de las tierras públicas argentinas, y compone un libro que está, por su carácter y mérito, a la par del *Sistema económico* de Alberdi o *La ley Agraria* de Jovellanos, obras ambas citadas por él, y autores ambos a quienes Avellaneda se liga por esta obra, en la tradición de la cultura hispanoamericana. Y si es tan alta la significación intelectual del autor, ha de medirse la importancia política de su tema, con sólo tender la vista sobre el mapa argentino y meditar en la influencia social de nuestros desiertos.

He nombrado ya esa cosa terrible — *el desierto* — que ha sido la cuna de nuestra poesía más genuina, pero también la fuente de nuestras más hondas tribulaciones sociales. La inmensidad de tierras despobladas, que calificara a nuestro país como un inmenso baldío, nos lanzó en la política de inmigración, preconizada por los organizadores de 1853, y la realización de esa política nos ha planteado las cuestiones de demo-

cracia y cultura, preconizadas por los nacionalistas de nuestra generación. Comprendimos a tiempo, después de la independencia, que la tierra nada vale para la civilización si el hombre no le incorpora su trabajo, y que el hombre no puede transformarla en riqueza, si no lo educamos en la técnica de las industrias agrarias, y que tampoco puede labrarla con amor, si no le damos la certidumbre de que su esfuerzo no degenerará en tributo servil, rendido a los leones del latifundio y a los lobos de la especulación. Extirpar en el desierto el malón del indio y la montonera del gaucho, era nuestro problema de cincuenta años atrás. Tender, sobre el desierto conquistado, ferrocarriles y telégrafos, plantar árboles y hombres, sembrar mieses y escuelas, esa ha sido nuestra obra desde entonces; pero saber cuál era el mejor procedimiento para radicar al colono, haciendo de él un argentino libre, he ahí la cuestión económica y legislativa que Avellaneda planteara en 1865. Los argentinos de hoy estamos muy lejos de haber llegado a un acuerdo en las soluciones teóricas de esa cuestión, y más lejos aún de haber practicado en este último medio siglo una política de tierras que concilie sabiamente los intereses materiales de población y riqueza, con los intereses espirituales de democracia y nacionalidad.

Fig. 63. — Nicolás Avellaneda

Debo insinuar, por vía de exégesis, que las ideas generales de Avellaneda sobre economía política, están tomadas a los maestros de esta ciencia en su período clásico, o sea entre la segunda mitad del siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX. Con loable honestidad, el autor señala por lo común sus fuentes, y hasta copia literalmente las ideas fundamentales o cardinales. « ¿Qué manantial de riqueza — nos lo dice con palabras de Jovellanos — no abrirá esta sola providencia (la enajenación de baldíos), cuando reducidos a propiedad particular tan vastos territorios y ejercitada sobre ellos la actividad del interés individual, se pueblen, se cultiven, se llenen de ganados, y produzcan en pastos y en la labor cuanto pueden producir? » (1). « Puede afirmarse

(1) *Tierras públicas*, capítulo II; *Ley agraria*, página 30.

que esta tierra vale — dice más adelante con Bastiat : — mas lo que en en el fondo vale, es el trabajo que la ha mejorado ; es el capital que en ella se ha invertido » (1). Y cuando luego se decide por el régimen de la propiedad, en franca oposición al arrendamiento, repite con Juan Bautista Say : « El interés que de la propiedad nace, da inteligencia al que no la tiene » (2). Así va citando Avellaneda los nombres de Adán Smith, Courcelle Seneuil, Stuart Mill, Carey, Baudrillart, Sismondi, etc., sin olvidar, naturalmente, el *Sistema económico* de nuestro Alberdi, su maestro.

Creo dejar con esos nombres caracterizada la escuela o tradición económica en que se alista el autor de este libro. Es un defensor de la propiedad privada, y ve en las armonías del capital y del trabajo, puestos al servicio de las industrias agrarias, un fundamento de la familia, de la patria, de la democracia, del progreso civil. Desde este punto de vista, critica el baldío, el comunismo indígena, las donaciones, la enfiteusis, el arrendamiento, la retención de la tierra en manos del Estado (3). Notoria es la revisión que todos los valores de la economía clásica han sufrido después de Marx y George, en las diversas críticas de la economía socialista. Pero conviene advertir que tales ideas no estaban divulgadas en 1865, y apenas si por entonces el colectivismo científico echaba sus bases como teoría y como método de acción gremial. Conviene advertir, asimismo, que Avellaneda defiende la propiedad privada, pero busca para ella el sistema jurídico que mejor pueda convertir sus fundamentos en un bien social. No hace en esto sino seguir la tradición democrática de Moreno en la *Representación*, de Alberdi en el *Sistema*, de Echeverría en el *Dogma*, y de Fragueiro en el *Crédito público*, los cuatro economistas argentinos que son sus predecesores más ilustres. Nadie que lea con lealtad ese libro, podrá negar lo que hay en él de sincero amor al pueblo y a su libertad.

Pero lo más útil y personal de esta obra no reside en su doctrina,

(1) *Tierras públicas*, capítulo I, número IV ; *Armonías económicas*, volumen I, página 264.

(2) *Tierras públicas*, capítulo II, número II (segunda parte).

(3) Avellaneda dice siempre « el enfiteusis ». No me explico el error, pues *enfiteusis* es femenino, según el género oficialmente aceptado en los diccionarios. A menos que haya entendido aplicarle el artículo masculino de *contrato*, o sea « el contrato enfiteusis ». No es ésta sin embargo la única peca gramatical que pudiéramos señalar en su prosa, generalmente limpia, por otra parte. Así, dice siempre : *Bajo esta base ; Ese hambre famélico* (1°, III), etc.

que ha tenido más altos expositores, sino en la historia de las tierras públicas argentinas, y en su estudio sobre la legislación agraria de nuestro país. No ha sido superado Avellaneda, ni en la reconstrucción histórica de esa materia, ni en su crítica jurídica y económica de los sistemas legales practicados antes de 1865 por la sociedad argentina. Cierto que, a partir de esa fecha, esta obra ha envejecido, no tanto por el transcurso del tiempo, cuanto por haberse renovado ampliamente la legislación nacional y enriquecídose la experiencia política en la escandalosa administración de sus tierras públicas.

He ahí precisamente el punto de mira que aconsejamos no olvidar en la lectura de dicha obra. Emplazada en el preciso momento histórico de 1865, sus verdades se aquilatan y sus errores se rectifican. Bástenme recordar que en 1865 no se había sancionado aún el Código civil argentino, de suerte que las observaciones jurídicas de Avellaneda se refieren especialmente a la legislación romana. Recuérdese también que la conquista del desierto no se había consumado aún, y que las tierras vírgenes que se extendían al oriente del Salado santiagueño y al sud del Salado porteño, incorporaron de pronto a la economía del Estado y de la sociedad, un factor que perturbó gravemente los valores morales y financieros de la cuestión agraria. Digamos, finalmente, que después de aquel suceso, dictáronse leyes más modernas sobre tierras públicas, aunque esas leyes fueron aplicadas más de una vez en la forma dolosa denunciada por recientes investigaciones parlamentarias (1).

Los informes de esas comisiones investigadoras muestran cómo todas las leyes resultan perjudiciales cuando no las aplican magistrados honestos. No se escaparon a tales aberraciones ni los Estados Unidos, a cuya historia recurre Avellaneda en frecuente demanda de ejemplos. Pero ya comparta el lector las doctrinas de esta obra, o ya se sienta inclinado a rebatirlas con la experiencia nacional posterior a 1865, o con los recientes ideales del colectivismo agrario, lo que nadie podrá negar es la utilidad de la informacion histórica reunida en ella sobre nuestras tierras públicas, y el patriótico amor a la democracia que alentara su autor. Sigue dicho libro siendo el más serio de la bibliografía

(1) Quien deba escribir la historia de la «tierra pública» después de 1865, deberá consultar, sobre todo, el informe presentado a la Cámara de diputados en los comienzos de la administración del presidente Roque Sáenz Peña; informe de que fué redactor el doctor Julio A. Rojas, secretario de la comisión investigadora sobre la administración de las tierras públicas.

nacional sobre nuestro derecho agrario; sigue su tema siendo el problema esencial de la economía argentina. Las cuestiones de inmigración y colonización, de socialismo y nacionalismo, de libertad y cultura, todas se ligan al problema jurídico de la tierra, agravado en nuestro país por la despoblación, el latifundio, el agio y la inercia fiscal. Divulgar esa obra, reincorporando su pensamiento a los debates de la acción argentina, es contribuir a nuestra educación democrática.

Evitemos el baldío y el latifundio; organicemos democráticamente la posesión de nuestra tierra, porque eso importa salvar las mejores posibilidades de la patria en su destino de libertad. Los fundos así labrados darán al nativo una secreta confianza, y al forastero una adhesión de nativo, sobre todo si a este último le enseñamos que, al roturar la tierra nueva, ha de estudiar la siembra y el clima propicios, pero también las tradiciones y costumbres del lugar — *patrios cultusque habitusque locorum* (I, v. 52), — según el oportuno consejo virgiliano de las *Geórgicas*.

Por su vida agitada y breve, no pudo Avellaneda dedicarse a la obra del pensamiento, en la medida que lo hubiera deseado su más íntima vocación. Fuera de *Tierras públicas*, no compuso nigún libro orgánico. Su pluma se ocupó principalmente en escritos jurídicos, memorias ministeriales y mensajes gubernativos. Pero las muchas cartas, artículos y notas íntimas que dejó, descubren al escritor de raza, dotado de vasta cultura y fina sensibilidad, rara en los hombres de su tiempo. Si en algún género literario descolló fué en la oratoria, y son sus discursos los que han popularizado su nombre como artista de la palabra. De ellos, y de sus trabajos críticos, he de tratar en el próximo volumen.

II

Ocupaba Avellaneda la presidencia de la República, e iba ya a terminarla, cuando su partido (el mismo que después se llamó autonomista nacional) decidió apoyar la candidatura del general Julio A. Roca, ministro de la guerra que volvía de la conquista del desierto. Roca era tucumano como Avellaneda, contaba apenas 35 años, y representaba a la vez la tradición de las provincias y el sentimiento de una nueva generación. El choque de esa tendencia con la tradición porteñista no tardó en producirse, y el problema presidencial condujo a Avellaneda y

a los hombres de su partido a prohijar la federalización de Buenos Aires, con lo cual se coronaba el edificio constitucional de la República y triunfaba la nacionalidad en Buenos Aires. Cabeza de la resistencia fué entonces don Carlos Tejedor, de quien paso a ocuparme.

Don Carlos Tejedor es uno de los pocos escritores de la generación de 1837 que no cortejó a las musas. Nacido en Buenos Aires el 4 de noviembre de 1817, cursó las escuelas y llegó a la Universidad con el grupo de López y de Frías; pero la vida fué más dura para con él, y, huérfano de padre a los 14 años, ayudó desde entonces con su trabajo a su madre pobre. Tal vez por este hado adverso y por condición nativa de su propio carácter, esforzó desde temprano la reflexión y la voluntad, que fueron los dos rasgos más sobresalientes de su dramática vida. Hombre de acción y de pensamiento, escribió para obrar, y apenas si podemos considerarlo como un « literato » en el más corriente sentido de esta palabra (1).

Finalizaba sus estudios en la Facultad de derecho, y contaba apenas veintiún años, cuando Tejedor entró en la conspiración de Maza contra Rosas. Hubo entre los conjurados un traidor. Fusilado el jefe, Tejedor fué reducido a prisión y condenado a muerte. La mediación de una influencia poderosa le salvó la vida; el joven abogado porteño salió furtivamente de Buenos Aires por la costa del Tigre; se guareció en la escuadra francesa que bloqueaba el río; pasó a la banda oriental, unióse al ejército de Lavalle, que fracasó también, y se refugió por fin en Montevideo, asilo ya de tantos argentinos. Así empieza, signada por la sangre y el patriotismo, la voluntaria proscripción de este gran ciudadano (2).

Corría el año 1839. Publicábase ya *El Iniciador*, el diario de Alberdi, Lamas y Gané. A la brillante pléyade de sus redactores unióse Tejedor, y en la hoja de Montevideo publicó dos artículos: *Linajes de hombres* y *La guerra, el patíbulo y el puñal*, temas en que parece vibrar el temple de su recio temperamento (3). En esos días ingratos padeció miserias, y se dice que para costear su vida, el joven emigrado afrontó duros tra-

(1) López, en su autobiografía, nombra a Tejedor entre sus condiscípulos bajo el magisterio de Diego Alcorta (ed. de *La Biblioteca*, t. I, pág. 331 y 354).

(2) Sobre esta aventura dice Echeverría, en la *Ojeada*: « En Buenos Aires los señores Tejedor, Peña (don Jacinto), Carrasco (don Benito), Lafuente (don Enrique) trabajaban con el infortunado Maza por la libertad de su patria, y después de grandes peligros iban al ejército libertador de Corrientes a empuñar un fusil y pelear como soldados. » (*Dogma*, ed. cit., pág. 72).

(3) Zinny, *La prensa uruguaya*, páginas 210 y 211.

bajos. Pasó después al Brasil, y en Río continuó su lucha con la pobreza, atendiendo un negocio de almacén con otro emigrado argentino. Pronto abandonó también las playas brasileñas, para buscar por el Estrecho el camino de Chile, en donde varios compatriotas brillaban ya en la prensa, las escuelas y el foro.

Después de un viaje accidentado por los tempestuosos mares del sud, llegó a Chile. Vivió algún tiempo en Copiapó, donde ejerció la abogacía al favor de esa rica región minera, y luego ejerció su profesión en Valparaíso, puerto comercial y cosmopolita. En Atacama redactó *El Copiapino;* por allí andaban Fragueiro, Agote, Aberastain. En Valparaíso redactó *El Mercurio;* por allí andaban Alberdi, López, Sarmiento. El jurisconsulto y el publicista que Tejedor sería después, aparecía ya formado. Su biógrafo chileno don Pedro Pablo Figueroa, dice de nuestro compatriota: « Escribió por entonces notables artículos que llamaron, con justicia, por su mérito literario, la atención pública. Los artículos periodísticos se distinguían por el vigor y la convicción de la frase, y por la lógica y severidad del raciocinio, Su estilo rápido, breve y cortado, tenía la novedad de la forma y la viveza del pensamiento. Se caracterizó como periodista ilustrado y de raza » (1). *Periodista de raza*, lo era, sin duda; y los rasgos de estilo que Figueroa señala son los que persistieron hasta la vejez en la prosa severa del jurista y del político. El paso de Tejedor por la prensa de Chile fué menos ruidoso que el de Sarmiento y menos brillante que el de López. Trató especialmente cuestiones de derecho, como Alberdi, sin rehuir los temas argentinos, y cuestiones de moral, como Félix Frías, con quien presenta algunas analogías esenciales como hombre y como escritor, aunque militaron en adverso campo filosófico. A aquella época pertenecen sus artículos *Sobre la Iglesia y el Estado,* cuya fama llegó al Plata, pues los menciona Echeverría en la *Ojeada* (2). Cuarenta años más tarde, todavía Sarmiento los recordaba con elogio (3).

(1) Pedro Pablo Figueroa, *Diccionario bibliográfico de extranjeros en Chile, op. cit.,* página 216.

(2) « El Sr. Tejedor, redactor de *El Progreso* desde la separación del Sr. Sarmiento, ha publicado, según nos informan, unos treinta y tantos artículos sobre la Iglesia y el Estado, remarcables por el estilo y el pensamiento. Hicieron tal impresión en Chile, que muchas personas notables promovieron una subscripción para reimprimirlos, a lo que no accedió el autor por motivos que nos son desconocidos. » *(Dogma,* ed. cit., pág. 81.)

(3) Los recuerda Sarmiento en la silueta que de Tejedor traza en *Los emigrados,* donde dice: « Jurisconsulto, autor del código de procedimientos, y criminalista. Escritor en

A la caída de Rosas, Tejedor regresó a Buenos Aires, e incorporóse a la lucha de las regiones y los partidos. Inflexible paladín desde las jornadas de septiembre en 1852, hasta las de junio en 1880, tocóle ser actor principal en el proceso orgánico que empieza en la constitución y termina en la federalización de Buenos Aires, aunque obstinado casi siempre en contra de las soluciones que el destino nacional imponía. Redactó *La Crónica* primero (1855), más tarde *El Nacional*; desempeñó la cátedra de penal y de comercial en la Facultad de derecho; produjo libros que eran el fruto de esa labor docente; redactó códigos a la par de Vélez Sársfield; organizó partidos a la par de Mitre y de Alsina; fué diputado, senador, ministro, diplomático, gobernador, y así creció su prestigio civil, hasta que en 1880, el partido que más genuinamente representaba la tradición porteña, lo proclamó candidato a la presidencia de la república. Tenía sobrados títulos para serlo, pero llegaba fuera de ocasión para lograr el triunfo. Gobernador de Buenos Aires, movió la fuerza de la orgullosa provincia contra la autoridad nacional, y cayó justamente vencido, en el combate militar y en la contienda política. Fué el gran error de su vida, pero con ese error prestó un último servicio a la patria, al precipitar la federalización de Buenos Aires, que con el triunfo del partido autonomista nacional consolidó la unión, la paz, y el progreso ulterior de la república.

Fig. 64. — Carlos Tejedor

Esta no es la mejor ocasión para estudiar al hombre político en aquellos años difíciles, cuando el éxito fué más que nunca un azar; pero sí lo es de mencionar las obras principales del hombre de estudio, cuyos libros lo han sobrevivido con buena fama. Escribió Tejedor un *Curso de derecho mercantil*, arreglado al Código de comercio y concordado con

El Progreso de Chile, recordándose eruditas polémicas sobre la Iglesia y el Estado. Diputado, ministro de la nación y procurador general. Últimamente como gobernador de Buenos Aires, resistiendo en forma irregular una política condenable, trajo la nacionalización de la ciudad de Buenos Aires. Hombre notable por su patriotismo, talento y pureza de intenciones. » *(Los emigrados, Obras*, t. XIV, pág. 397.)

el derecho civil (1863); un *Curso de derecho criminal*, dividido en dos partes, la primera sobre leyes de fondo y la segunda sobre leyes de forma (1860); un *Proyecto de código penal para la República Argentina* (1866); un *Código de procedimientos para el estado de Buenos Aires*, y numerosas monografías sobre cuestiones jurídicas y políticas, entre estas últimas su *Defensa de Buenos Aires*, en la cual procuró justificar su conducta durante la crisis de 1880. Sus obras sobre derecho penal continúan siendo clásicas en el foro argentino. En todos sus escritos descúbrese la solidez reflexiva de la argumentación y la perentoria sobriedad del estilo, rasgo este último que se acentúa, caldeado de pasión, en la prosa del escritor militante.

Tras su fracaso de 1880, Tejedor se retiró a la vida privada. No salió de ella sino después de 1890, cuando las pasiones cívicas, de nuevo encendidas, fueron a sacarlo de su hogar para otorgarle una diputación por la capital, que desempeñó hasta 1897. El 3 de enero de 1903, de nuevo alejado del bullicio púbilco, falleció en su casa de la calle San Martín, frente a la casa de Mitre. Y yo recuerdo haberlo visto en las calles de Buenos Aires pasar silencioso con su gallarda silueta magra, su barba blanca, su cabellera abundante en la cabeza varonil, sus ojos aún ardientes de pasión y de voluntad.

Fué Tejedor un hombre de sólida cultura. Hacia 1870 había viajado por Europa, completando con ello la formación de su personalidad. Ministro de Sarmiento, el gran presidente túvole siempre un afectuoso respeto. Adversario de Avellaneda y de Roca, rodó vencido por ellos, que representaban una nueva forma del sentimiento nacional; mas a pesar de la derrota, Buenos Aires le ha levantado estatua en Palermo, sin duda porque ha preferido olvidar las errores del político para honrar las nobles inspiraciones del patriota y del pensador, que, desde la época de Rosas, supo luchar por la civilización argentina.

III

Con las precedentes siluetas de Avellaneda y Tejedor, protagonistas de la crisis que trajo la federalización de Buenos Aires, debo dar por concluído este volumen, que empieza con «el ideal de mayo», se continúa con «la iniciación romántica» y «la expatriación liberal», para cerrarse con el retorno de los proscriptos a «la tierra prometida», como

llamara Mármol a la organización civil de nuestra democracia. La federalización de Buenos Aires coronó el edificio constitucional anunciado en 1810 e iniciado en 1853, y fijó la estructura del estado, tal como había de subsistir en los cuarenta años posteriores a 1880, o sea el lapso de «los modernos», que será la materia del siguiente volumen.

Creo no haber omitido a ningún escritor importante en el ciclo que llamo de «los proscriptos», y hasta creo haber rescatado del olvido algunas secundarias figuras de nuestras letras. Asimismo, he recordado todas las obras en prosa o verso que algo significan en la historia social de nuestra cultura, durante los setenta años de aquel ciclo. Tal cosa no importa afirmar que he agotado la materia, sino que he dicho lo esencial, proporcionado a la varia importancia de los temas y a las limitaciones del espacio, con ser este libro ya de suyo asaz extenso.

Fig. 65. — Dalmacio Vélez Sársfield

Acaso la única omisión, aunque aparente, sea lo que se refiere a don Dalmacio Vélez Sársfield, que no fué «un proscripto», en el estricto sentido de esta palabra, aunque fué contemporáneo y colaborador de la reorganización civil que siguió a la caída de la tiranía.

El cordobés Dalmacio Vélez Sársfield es entre los argentinos que vivieron en Buenos Aires durante la tiranía de Rosas, el único que merezca exceptuarse por su erudición y su talento, a la vez que por la gloria patricia que ilustra su nombre, dada la figuración que tuvo en las tareas de la organización nacional, antes y después de la tiranía. Nacido a los comienzos del siglo, entró temprano en la vida pública, y alcanzó el honor de sentarse, siendo entonces muy joven, en el Congreso de 1826. Hombre ingenioso en el discurso y hábil en la conducta, logró que Rosas le perdonara esta complicidad con Rivadavia, del propio modo que, después de Caseros, hizo olvidar se amistad con Rosas, y reapareció en legislaturas, convenciones y ministerios, a la par de los más esforzados paladines de la pasada emigración. Su amigo Sarmiento, que durante su presidencia tuvo a Vélez de ministro, escribió a la muerte del cordobés una afectuosa biografía, en la cual justifica esa

tortuosa carrera, velando los errores y realzando los méritos intelectuales que sin duda esclarecen la figura de Vélez (1). En ese libro de Sarmiento (*Obras*, t. XXVII), puede verse algo de lo que engrandece o amengua esta personalidad, a quien el biógrafo presenta como víctima de persecuciones y confiscaciones, hasta que en 1842 emigró a Montevideo. Vélez estuvo en Montevideo, efectivamente; allá lo conoció Sarmiento, cuando éste pasaba de Chile para Europa; allá alternó con Paz y

(1) Vélez Sársfield nació el 18 de febrero de 1800, en Amboy, departamento de Calamuchita, provincia de Córdoba. Fué su madre doña Rosa Sársfield, hija del caballero irlandés don Jorge Sársfield, y de doña María Josefa Palacio, argentina. El padre de Vélez se llamaba también Dalmacio, descendiente del maestre de campo don Bernardo Vélez de Herrera y de doña María Baigorria, de buen linaje español. Un hermano de nuestro autor, Bernardo, murió en acto de guerra al comenzar las campañas de la independencia. Cursó Vélez Sársfield sus primeras letras en el convento de San Francisco de Córdoba, bajo la férula de fray Tomás de los Dolores, uno de esos antiguos preceptores de catecismo y palmeta. Contaba ya diez años cuando estalló la guerra de la independencia, tan dramática en Córdoba por el fusilamiento de Liniers y el espíritu colonial allí latente. Por entonces realizó sus estudios de latinidad y demás disciplinas «preparatorias», recibiendo en 1818 la graduación de *magister artium*. Aprobó después dos cursos de derecho, pero no se recibió de *doctor* ni completó sus estudios, a diferencia de lo que suele creerse, y según los documentos de una reciente investigación. En 1823 se trasladó de Córdoba a Buenos Aires, con grado de bachiller en derecho y con facultad de abogar. Inició su carrera pública en 1824 como diputado por San Luis al Congreso unitario. Brilló en este Congreso por su talento y versación; desempeñó la misión a Cuyo, como gestor de la nueva Constitución ante Quiroga; pero la caída de Rivadavia y el fracaso de la Constitución unitaria, troncharon esta primera jornada de su vida política. No la reanudó con cargos gubernativos hasta después de Caseros, siendo entonces diputado a la legislatura bonaerense (1852), ministro del estado de Buenos Aires (1854), convencional de la Constituyente (1860), senador nacional por Córdoba (1862), ministro de Hacienda del presidente Mitre (1862-1863), ministro del Interior del presidente Sarmiento (1868-1872). Retirado de la vida pública desde esta última fecha, falleció el 30 de marzo de 1875. Sarmiento, en un mensaje presidencial (1872), anunció al Congreso el retiro de Vélez, expresando «su sentimiento por la separación del ministro que deja como actos suyos en la vida nacional: los códigos Civil y Mercantil, el primer censo de la República y la red de telégrafos». Por esto último se le llamó también «Vélez Viator». En la tumba de Vélez Sársfield hablaron el presidente Nicolás Avellaneda, don Luis V. Varela y el propio Sarmiento, quien escribió después la susodicha biografía, que ha servido de fuente o punto de partid a acasi todos sus biógrafos posteriores. (Véase Sarmiento, *Obras*, t. XXVII, pág. 299.)

La obra intelectual de Vélez Sársfield se manifestó en el foro, en la prensa, en la cátedra, en los acuerdos ministeriales y debates parlamentarios. Fué una obra múltiple, como la de Sarmiento, Mitre, Gutiérrez, López, Alberdi, grupo glorioso en el cual se suele contar su nombre. Pero el talento de Vélez fué menos inquieto y vario que el de esos consagrados de su generación. No afrontó sino a medias los azares de la proscripción. A diferencia de aquéllos tranzó con Rosas y los federales, después de haber sido soste-

Garibaldi; pero no podemos contarle entre los verdaderos proscriptos, pues no emigró a la caída de Rivadavia como Agüero y Varela (1829), ni conspiró contra la tiranía naciente como Echeverría y Alberdi (1838), ni escribió contra Rosas como Sarmiento y Mitre; antes por lo contrario, vivió en Buenos Aires amedrentado durante los días de terror (1840), y si luego pasó al Uruguay, volvió de allá bien pronto, consiguió

nedor de Rivadavia dentro y fuera del Congreso unitario de 1826, del mismo modo que, después de Caseros, acompañó a los vencedores de Rosas, y, después de Pavón, a los vencedores de Urquiza. Durante la dictadura ejerció la abogacía, y aunque actuó después en otras esferas, en todas ellas descubrió su perfil de jurista. Sus estudios latinos de Córdoba le permitieron dominar los textos romanos; y aunque formado en la escuela racionalista del antiguo derecho, alcanzó en la vejez la influencia de Savigny y de la escuela histórica. Dominaba también el derecho español, el derecho canónico y la economía política. Con ese bagaje compuso en la vejez (1864-1869) el *Código civil argentino*, obra monumental que el Congreso sancionó a libro cerrado. Colaboró también en la redacción del *Código de comercio* (1860). Entre sus libros se destaca el titulado *Relaciones de la Iglesia con el Estado*, que publiqué en la *Biblioteca argentina*. Cuenta además su bibliografía numerosos alegatos, discursos y artículos, ahora dispersos o perdidos. Suelen citarse también su *Polémica con Mitre* sobre la personalidad del general Güemes (1864), y sus *Traducciones de la Eneida* (1843), pues fué buen latinista. No alcanzó, sin embargo, a ser lo que hoy llamamos un hombre de letras, ni por sus gustos ni por su estilo, y se dice de él que no leyó jamás una novela. Sus obras completas, que ocuparán varios tomos, van a ser publicadas por la Universidad de Córdoba, bajo la ilustrada dirección del doctor J. V. González.

Desde los años de 1836-38, Vélez Sársfield trabajó como abogado en el foro de Buenos Aires, y a esa época pertenecen algunos de sus principales alegatos, que desde entonces corren impresos; v. gr.: *Defensa de Faustino Lezica* (1836), *Pleito de J. Olaguer Feliú con Juan de Almagro* (1836), *Francisco A. Beláustegui contra herederos de García Zúñiga, por cobro de pesos* (1836), *Manuel José de Haedo con Lorenzo Uriarte, sobre administración de bienes* (1838). De estos folletos hay ejemplares en la Biblioteca nacional. En el catálogo de esta misma institución figuran también, en la bibliografía de Vélez, sus *Notas del Código civil de la República Argentina* (Buenos Aires, 1872, in 4°. Edición de Pablo E. Coni volumen de 269 páginas formado con las *notas* de Vélez a su proyecto de Código) y un *Informe sobre las reformas propuestas por la comisión revisora del Código de comercio* (Buenos Aires, 1874, in 8°).

El retrato de Vélez que publicamos (fig. 65) es una de sus fotografías más características y difundidas. De aventajada estampa, tenía las cejas enérgicas, la mirada aguda, la boca socarrona, la nariz aguileña, todo ello claro reflejo de su espíritu complicado y sutil. En 1878 el Senado regaló a la Universidad de Córdoba un busto de Vélez por el escultor Romayrone. En 1888 la municipalidad de Córdoba encomendó un monumento de Vélez al escultor italiano Julio Tadolini, el cual fué inaugurado el año 1897 en la plaza Vélez Sársfield de Córdoba. Retratos al óleo de nuestro personaje los hay en salas públicas de las universidades de La Plata, de Buenos Aires, y de otras instituciones de cultura del país.

Según Sarmiento, un buen retrato de Vélez, por el pintor Panini, se colocó en el directorio del Banco de Depósitos de Buenos Aires, poco después del fallecimiento de Vélez.

la restitución de sus bienes, trabajó en el foro y no rehuyó el contacto con el gobierno de Rosas. Fué entonces cuando escribió su libro *Relaciones de la Iglesia con el Estado*, impreso después de Caseros (1854) y reeditado por mí en la *Biblioteca argentina* (1919). De este libro he de ocuparme en el próximo volumen, así como de los trabajos históricos, jurídicos y políticos de Vélez Sársfield, tales el *Código civil*, la *Polémica sobre Güémes* con Mitre, y otras páginas dispersas en los anales parlamentarios, administrativos y periodísticos del país, durante la naciente era constitucional.

Vélez Sársfield no fué, propiamente hablando, un cultivador de las bellas letras. Estudió y tradujo la *Eneida*, pero más como ejercicio de romanista. Su obra de escritor, es obra de estadista y de jurisconsulto, de suerte que ella interesa más a nuestra historia política que a nuestra historia literaria. Contribuyó como hombre de ciencia y de acción a fundar el nuevo orden civil en la República Argentina, razón por la cual su obra adquiere todo su significado en el ciclo siguiente, el de *Los modernos*, que se desenvuelven en el ambiente de ese nuevo orden civil. La personalidad de Vélez Sársfield, además, aunque figura como precoz diputado en el Congreso rivadaviano de 1826, no alcanza plenitud histórica sino medio siglo más tarde, bajo la presidencia de Sarmiento, o sea cuando despuntaban ya en el horizonte las nuevas luces de la cultura argentina, cuyos postreros resplandores aún nos alumbraban.

Vélez Sársfield fué estadista más que literato, pero ya hemos visto que ninguno de los literatos de su tiempo se substrajo a la tarea de organizar el estado democrático, o sea la civilización, en esta sociedad que antes no conoció sino la demagogia y el despotismo.

La obra social de «los proscriptos» bastaría, por sí sola, para asegurarles la gloria en nuestro país. Yo he comentado sus libros en este volumen, y toda nuestra historia civil en el siglo XIX tiene la marca de sus manos creadoras. Definieron los límites territoriales del país, a la vez que estrecharon los lazos del amor americano con las repúblicas limítrofes donde se refugiaron. Pusieron hitos a la frontera de Chile, a las de Bolivia, Paraguay y Brasil, sin dejar de ser amigos de esas naciones. Completaron así la obra orgánica de la emancipación, creadora de estados libres; y donde más sintióse la acción de su pensamiento, fué en el Uruguay — región desmembrada del antiguo virreinato argentino, — consolidando la independencia uruguaya a la vez que la solidaridad rioplatense. La proscripción en «la nueva

Troya » es inolvidable episodio de aquella doble creación cívica (1).

Reducida la vida civil del Uruguay, durante la colonia, a Montevideo, su única ciudad; habiendo sido Montevideo un puerto de tránsito, un presidio del virreinato, un fuerte de guerra; formada la ciudad con residuos del contrabando cosmopolita y de la campaña pastora, sin obispo, ni virrey, ni universidad, es lógico afirmar que el Uruguay no tuvo gran función en la cultura colonial, y que su entidad se confunde con la de todo el complejo argentino en sus orígenes, según lo he demostrado al estudiar la literatura de los gauchescos y los coloniales en los dos volúmenes anteriores de esta obra.

Durante la independencia, el centro de gravitación fué Buenos Aires, por obvias razones políticas y militares que no necesito repetir: y los pocos escritores nacidos en la otra banda, como Larrañaga el naturalista, Hidalgo el payador, Acuña de Figueroa, u otros poetas cultos antes mencionados, quedan también, sin ningún capricho de nuestra parte, en el campo de irradiación de los comunes ideales rioplatenses.

En el período siguiente — éste de la proscripción que analizamos, — la originaria fusión de ambos países continúa, y ya hemos visto en otros capítulos, cómo el pensamiento argentino, fugitivo de Buenos Aires bajo el terror, halló el recinto de sus propios lares en Montevideo, fraternizando allá los escritores de ambas patrias, como aquí fraternizaban los degolladores. El uruguayo Oribe en Tucumán, era un soldado del ejército porteño; el porteño Varela en Montevideo, era un publicista de la prensa uruguaya.

Dentro de las fronteras del país, los proscriptos realizaron otra conciliación de fuerzas que parecieron antagónicas: el federalismo y la unidad nacional. Ellos dieron formas institucionales a los regionalismos provinciales, y a la vez que consolidaron a los catorce estados nacidos en la guerra civil, las unieron en haz para constituir la república en sus formas actuales. Sobre el molde de la Constitución nacional para ellos prohijada, las provincias se dieron su constitución interna, y

(1) No se quien llamó « Troya » a Montevideo por primera vez. Sarmiento lo hace en los *Viajes*; pero el famoso libro de Dumas popularizó la antonomasia. Sobre este libro dice una carta de Echeverría a Alberdi en Chile (Montevideo, junio de 1850): « Le mando la primera entrega de *La nueva Troya* de Dumas; es todo lo que ha llegado aquí. La traducción es mala. Se reirá un poco, pero hallará mucho bueno. » Alberdi, *Escritos*, tomo XV, página 792. El 24 de octubre de 1849 *El Nacional* había publicado una refutación a dicha obra de Dumas, y Echeverría pudo haber sido el autor de ese comentario.

luego, bajo el impulso de los proscriptos convertidos en gobernantes, las provincias tuvieron colegios, prensas, industrias. El ideal de Mayo así triunfante, inició también su expansión sobre las tierras semibárbaras de la Patagonia y el Chaco, tierras con indios y sin ciudades, que aún quedaban dentro de la nacionalidad recién constituída.

Mientras la ardua labor social se realizaba dirigida por varones sapientes, una nueva generación llegaba para reemplazar en el cultivo de las bellas letras a aquellos estadistas de la vejez que fueron poetas en su mocedad. Unos eran los que nacieron durante la emigración de sus padres — Bartolito Mitre, Lucio López, Miguel Cané, — o los discípulos de aquellos maestros — Nicolás Avellaneda, Carlos Guido Spano, Olegario Andrade, — que no fueron ajenos en su infancia a los azares de la proscripción, y que hacia 1880 aparecen en nuestra literatura, cuando ya los últimos patriarcas entraban en la ancianidad o en la muerte, y un nuevo ciclo histórico iniciábase en la evolución argentina. Echeverría había muerto en 1851, sin ver el triunfo de su pensamiento profético. Mármol había muerto en 1870, cuando aún vacilaba la nueva fábrica constitucional. Gutiérrez había muerto en 1878, sin ver la federalización de Buenos Aires. Alberdi, eterno proscripto, había reaparecido por aquí en 1880 como un fantasma desencantado y desorientado, para ausentarse nuevamente a Europa, donde expiró cuatro años más tarde. Sarmiento, siempre descontentadizo, continuó gruñendo en la prensa hasta 1888, cuando ya viejo, enfermo y pobre, fué a terminar sus días en el Paraguay. López falleció en 1903, alejado de la política. Y en 1906 falleció Mitre, último sobreviviente de aquellos siete grandes de la proscripción,

Yo conocí a Mitre en su casa de la calle San Martín, cuando era el último gran varón que nos quedaba de los tiempos heroicos. He vuelto varias veces a aquella casa ilustre mientras componía este libro, y al volver a ella se me avivaba el recuerdo de esa primera visita que emocionó mi juventud. Ungido por la gloria de la independencia cuyos archivos exhumara, y por la gloria de la proscripción, en la cual fué paladín armado y conductor elocuente; pronunciada ya la magna oración del jubileo; sereno en su vejez, confiado en la grandeza de su país, díjome sobre su vida coronada y sobre mi vocación incipiente, graves palabras que no he olvidado, y cuyo espíritu anima las páginas de este libro.

RESUMEN SOBRE LOS PROSCRIPTOS

La formación literaria que llamo de *los proscriptos*, cuyos autores principales acabo de estudiar, continúa cronológicamente a la formación que he llamado de *los coloniales* en el volumen anterior de la presente *Historia*. El estudio que allá se interrumpiera al llegar a la generación revolucionaria de 1810, aquí reanúdase con ella. Pero como no hay soluciones de continuidad en la historia de un pueblo, el 25 de Mayo no cortó bruscamente la evolución vital de la colonia argentina. En el período revolucionario flotan resabios del régimen anterior, que empezaba a destruirse, y asoman gérmenes del régimen nuevo que empezaba a formarse. Por eso he concluído el estudio de *Los coloniales* con poetas como Juan Cruz Varela, en quienes perdura el gusto pseudoclásico de la colonia, y por eso inicio este volumen (Capítulo preliminar) con prosistas como Mariano Moreno, en quienes despunta el ideal democrático, persistente en la literatura del siglo XIX. Desenvolvimiento estético y moral de aquel impulso de Mayo fué la obra de *Los proscriptos*, desde su principio hasta su declinación.

Cronológicamente hablando, esta formación literaria de *los proscriptos*, abarca desde la revolución de Buenos Aires, que en 1810 inicia la emancipación política del Plata, hasta la federalización de Buenos Aires, que en 1880 consuma la organización constitucional de la Argentina. Durante aquellos setenta años, fué pasión dominante la de fundar nuestra *soberanía* y constituir nuestra *democracia*, adquiriendo en ello ciertos espíritus una noble actitud de romanticismo civil o de heroísmo intelectual, en disidencia con gobiernos y pueblos. Movidos por esa pasión, teorizaron los publicistas y cantaron los poetas, durante los setenta años que acabo de historiar.

Las fechas indicadas (1810-1880) y otras que señalan subdivisiones cronológicas en el texto, son mero recurso didáctico, porque, según lo tengo dicho en varios pasajes de esta obra, ni las datas precisas tienen

valor absoluto en la historia literaria, ni en la cronología política encuadra estrictamente la evolución de las ideas, flúido ondulante y soplo espiritual que se dilata incoercible por el ámbito libre de las almas y de los tiempos. « *Les cicles sont factices* », decíamos, citando a Lanson, en el tomo precedente, al hablar de estos cuadros que yo mismo habré de romper más tarde, cuando en el próximo y último volumen haga el resumen final del pensamiento argentino.

El lector que desee comprender en todo su alcance ciertas alusiones del texto (que por razones de espacio han debido ser muy lacónicas), deberá tener presente el estado general de la cultura en Europa y en América durante el siglo XIX, y por lo que se refiere a toda la formación de *Los proscriptos*, o sea a este volumen en sí, deberá correlacionarlo con *Los coloniales*, pues « los proscriptos » reaccionaron contra la cultura hispanocolonial, y correlacionarlo con *Los gauchescos*, pues los « proscriptos » reaccionaron también contra las formas de nuestra rudimentaria vida pastoril. Así no perderá de vista, mi paciente lector, la unidad esencial de toda la obra — *Historia de la literatura argentina*, — que es decir: evolución social y estética del pensamiento argentino. Estas divisiones de un solo asunto no son represas de embalse para aguas inmóviles, sino cauces de paso para aguas en movimiento.

Yo he visto en un valle andino, entre Cacheuta y Uspallata, bajar de la montaña un río blanco, y desde lo alto de un cerro que se llama de Plata ir a desembocar en el río Mendoza, cuyas aguas son turbias como disuelto barro. Al entrar las aguas blancas en el cauce negro, ambas corrientes van paralelas, entre las márgenes comunes; pero a medida que el río mayor va alejándose de su afluente, las dos aguas van confundiendo sus colores, hasta refundirse en un solo matiz.

Así son las corrientes históricas del pensamiento. A las mías les he trazado cauce propio, a fin de llevarlas, desde su fuente originaria, con su propio caudal, a afluir en el río mayor de nuestra historia.

Esta metáfora quiere significar que *Los proscriptos* tienen un valor en sí, como expresión literaria de nuestro ideal político durante el siglo XIX, pero que su valor se integra en relación de continuidad cronológica con *Los coloniales*, formación de los siglos XVI, XVII y XVIII, y en relación de contigüidad social con *Los gauchescos*, formación sincrónica de *Los proscriptos*, pues ambas pertenecen al ya citado siglo XIX. La colonización española fué el transplante de la cultura europea al Río de la Plata, y ese transplante originó en nuestro país una literatura urbana y una literatura popular. La primera fué académica, teocrática, pseudoclásica, según

lo hemos visto en los versos que van de Centenera a Varela y en las prosas que van de Techo a Funes; pero contra ella reaccionó, dentro de la burguesía culta, después de la independencia, la doctrina estética y moral de Echeverría, Sarmiento, Mármol, López, Mitre, Alberdi, Gutiérrez y demás escritores de esa generación. La guerra emancipadora, sin embargo, había producido este otro fenómeno esencial: la fraternidad democrática de las clases sociales, y ese acontecimiento republicano vitalizó la literatura popular. De ahí que *Los gauchescos* pasan del canto oral al romance escrito, del campo a la ciudad, de la plebe a la burguesía, del tema natural al tema histórico, engendrando esa formación que, durante el siglo XIX, corre paralela a la de los proscriptos, influyéndose recíprocamente, aunque sin perder sus caracteres originarios.

Entre los escritores de la primera generación revolucionaria, Moreno, Monteagudo, Agrelo, Gorriti, han sido proscriptos, al azar de las banderías revolucionarias; Echeverría, Mitre, Mármol, también lo fueron en la generación siguiente, bajo la dictadura; Sarmiento, Alberdi, Hernández, volvieron a salir del país después de Caseros. Puedo afirmar que hasta 1880 la República no encontró la paz jurídica, según el ideal proclamado setenta años atrás. Mas, a pesar de esa latitud del hecho biográfico, «los proscriptos» por excelencia son los escritores que, inspirándose en el ideal de 1810, combatieron la dictadura desde 1829 a 1852, y organizaron nuestra democracia desde 1853 a 1880, de acuerdo con ese ideal. Los proscriptos de Rosas, continúan el ideal de Mayo y preparan el triunfo de la Constitución. La obra de sus escritores forma el núcleo principal de este volumen. Pero este volumen, parte de la *Historia de la literatura argentina*, es también imparcial contribución al estudio de la tiranía de Rosas desde un nuevo punto de vista. Sin detenerme en los sucesos políticos, estudio aquí la tiranía en su función más siniestra: la hostilidad al pensamiento argentino (cap. VIII y XVI). Teníamos historias sobre aquella época y su discutido protagonista; Carranza, Pelliza, Estrada, Ramos Mejía, Saldías, Mansilla, describen la tiranía en su faz política y militar; pero esta es la primera obra en que se muestra imparcialmente lo orgánico del pensamiento de los proscriptos como continuación del pensamiento de Mayo, en aversión a Rosas, que significaba un eclipse de aquel ideal, hasta definir el prospecto de la patria nueva que ellos fundaron sobre las ruinas de la tiranía. Veinte años de éxito personal, sin leyes ni letras, eso es el gobierno de Rosas, accidente quizá necesario, mas no por eso menos trágico en nuestra historia.

En el extenso *capítulo preliminar* estudio separadamente « el ideal de Mayo », porque él define la crisis revolucionaria y porque en él enciéndese el ideal patricio que los escritores de 1837 renovaron. Ese capítulo — eslabón entre *Los coloniales* y *Los proscriptos* — es la clave para estos últimos. A partir de 1837 la formación intelectual sucédese sin interrupción hasta 1880, persistente en sus principales nombres y en la doble faz de ese ideal, ora se llamara liberalismo en política, ora romanticismo en literatura.

Así indicados el lapso histórico y el ambiente local de *los proscriptos*, conviene advertir que a esta época literaria corresponde la del romanticismo en Europa (cap. III y V). Rota la antigua clausura colonial en América, libros de imaginación antes prohibidos, y libros en lenguas extranjeras, pudieron circular entre nosotros. Chateaubriand y Lamennais para la prosa, Byron y Hugo para el verso, Cousin y Leroux para el pensamiento filosófico, se hicieron familiares a nuestros jóvenes escritores de 1837. Los que no se iniciaron en las nuevas tendencias bajo el magisterio de Echeverría en Buenos Aires, pudieron conocer la literatura corriente en Francia, Brasil, Chile, centros de cultura por donde nuestros proscriptos peregrinaban (cap. I, IX, XII y XIV). Así comenzaron las influencias cosmopolitas sobre el pensamiento argentino y el romanticismo fué la principal, aunque no la única, durante ese período; de ahí que el nombre de *románticos*, pertinente a algunos como Echeverría y Mármol, no convenga a todos nuestros « proscriptos », si bien el romanticismo europeo contribuye a explicar esta formación literaria.

Rasgos característicos en la producción de este ciclo literario son el predominio del tema político en cuanto a los argumentos y la improvisación abundante en cuanto a la composición. Cuando el destierro concluye, la imaginación y el sentimiento ceden su sitio a la reflexión: sus escritores se hacen constructores de la naciente sociedad civil, y su obra es de historiadores como Mitre, de juristas como Alberdi, de periodistas como Sarmiento. Muertos aquellos infatigables varones, su obra quedó dispersa en hojas volantes, o en libros y manuscritos inéditos de archivos particulares. Herederos y admiradores, diéronse entonces a la tarea de publicar, en series enormes, las *Obras completas*, asegurándose la ayuda del estado para empresas editoriales sorprendentes, aunque sin preocuparse mucho de la ordenación o selección del material. Así se llegó a los 52 volúmenes de Sarmiento y a los 24 volúmenes de Alberdi, que no agotan « la mina », no obstante lo copioso de la

colección. Tal tipo de ediciones documentales ha servido para mostrar al « hombre » en su integridad; pero no ha favorecido al autor como hombre de letras. Tócale a la generación nueva, y podría ser labor de nuestras universidades, el ordenar mejor esas colecciones, separando en ellas el oro de la escoria, para reducirlas a su parte más valiosa y más permanente. La facundía de un escritor puede señalarlo como un obrero laborioso, pero ella sola no basta para hacerlo fecundo en la posteridad; es por lo contrario un óbice que le impide difundirse, si no acompaña a su obra el orden arquitectónico y la solidez monumental. No podemos confundir la colina de rocas con el médano de arenas, que el viento destruye y desparrama. Con este rigor crítico, pienso que los cinco volumenes de Echeverría podrían, con generosidad, reducirse a uno de prosa, reservando algunos versos para las antologías; los cincuenta y dos de Sarmiento, a diez, en los cuales ya habría sitio para alguna redundancia; a menos de diez todo lo publicado y lo inédito de Alberdi; y así en otras análogas. De Mitre — caso singular — no se han publicado las *Obras completas*, a pesar de ser fundación suya la vasta empresa editorial de *La Nación;* pero creo que en doce volúmenes cabría también su obra selecta, si se tiene en cuenta que ya siete de la serie serían ocupados por su *Belgrano* (3) y su *San Martín* (4), dos libros orgánicos y sólidos que no sería posible mutilar. De otros autores de esa generación, Mármol, Gutiérrez, Tejedor, la edición completa resta por hacerse, o se ha hecho como la de Félix Frías, pero también sin criterio alguno de orden ni selección. Todo Gutiérrez cabría en diez volúmenes, pero acaso la mitad fuera sobrado espacio si se espigaran las páginas más originales y valiosas.

Si ponemos de lado la copiosa bibliografía política — periódicos y panfletos de circunstancias — sin duda muy valiosa como documentación de orden moral, pero que no es obra literaria en el más puro sentido de la palabra, y nos atenemos a la producción de bellas letras en este período, vemos que los resultados son precarios, puesto que la época era de acción y no de ensueño.

Algunas ficciones en prosa, que apenas si pueden clasificarse como novelas o cuentos: *El matadero*, de Echeverría; *El capitán de Patricios* y *El hombre hormiga*, de Gutiérrez; *Soledad*, de Mitre; *Esther*, de Cané; *Amalia*, de Mármol; *La novia del hereje* y *La loca de la Guardia*, de López; *El Edén* y *Luz del Día*, de Alberdi.

Algunos ensayos dramáticos, de los cuales muy pocos fueron representados: *Carlos o el infortunio*, de Luis Méndez; *Molina*, de Manuel

Belgrano; *Las cuatro épocas*, de Mitre; *La revolución de Mayo* y *El gigante Amapolas*, de Alberdi; *El Poeta* y *El Cruzado*, de Mármol; *Don Tadeo* y *Muza*, de Cuenca; *Rosas* y *Los niños*, de Echagüe.

Algunas compilaciones líricas y poemas alusivos a la política: *La Cautiva*, *Consuelos*, *Rimas*, *Avellaneda*, *La revolución del Sud*, *La guitarra*, de Echeverría; *El Peregrino* y *Armonías*, de Mármol; *Ecos postreros*, de Echagüe; las *Poesías* de Mitre, de Gutiérrez, de Rivera Indarte, de Godoy; tal cual antología, como la *América poética* y *El cancionero argentino*, y la abundante poesía gauchesca de Ascasubi, del Campo y Hernández.

Más allí de esos géneros poéticos — novela, teatro, lírica, — obra toda de valor muy relativo y poderosamente influída por la política, la más abundante labor « literaria » de los proscriptos, antes y después de Caseros, se halla en la prensa de partido, en el parlamento, y en la prosa civil aplicada a reconstituir la historia del país y a dilucidar sus problemas actuales para la república futura. Tal es el valor de las *Bases* y de casi toda la obra de Alberdi; del *Facundo* y casi toda la obra de Sarmiento; del *Dogma* y casi toda la obra de Echeverría; del *San Martín* y casi toda la obra de Mitre; de *La enseñanza pública* y casi toda la obra de Gutiérrez; de las *Relaciones de la Iglesia y el Estado* y casi toda la obra de Vélez Sarsfield; de las *Tierras públicas* y casi toda la obra de Avellaneda; del *Derecho Penal* y casi toda la obra de Tejedor; del *Crédito Público* y casi toda la obra de Fragueiro; de *El principio religioso* y casi toda la obra de Zuviría; de la *Historia Argentina* y casi toda la obra de López.

Harto difícil es, para quien traza en este libro la historia de las incipientes letras nacionales, separar la emoción cívica y la emoción estética, que tan estrechamente unidas van en la obra de tales poetas. El embarazo que confesaba al estudiar a los poetas de la revolución, insignes patricios y mediocres cantores, debo confesarlo también cuando estudio a los poetas de la proscripción. Pero con la misma libertad mental con que, en beneficio de nuestra venidera cultura, he separado ambos órdenes de emociones al discurrir sobre los rimadores de la independencia, debo separarlos igualmente al discurrir sobre estos rimadores de la expatriación, pues sin ello no podríamos aquilatar el tipo de su verdadera gloria ni establecer la necesaria jerarquía en la moral de las vidas y en la belleza de los cantos.

Formular tal sentencia sobre dichos poetas puede ser doloroso, pero es ineludible hacerlo para significar que, al acogerlos en el panteón de nuestras glorias políticas, no renunciamos a juzgarlos en el tri-

bunal de nuestra historia literaria. Tiempo es ya, como lo tengo varias veces repetido, de concluir con ese fetichismo patriótico que nos manda aplaudir un mal poema por el tema generoso que lo inspiró. No podremos olvidar a sus esforzados autores, pero debemos estudiarlos sin claudicar del gusto ni de la independencia mental. Si me he impuesto la enorme tarea de estudiar nuestra pasada evolución literaria, es para depurarla, buscando en ella un orden, una jerarquía, una ley, que habrán de ser la pauta de nuestra literatura venidera.

Otro rasgo que debemos señalar en los escritores de esta generación es que todos intervinieron en la acción social. En cierto modo, realizaron, sin formularlo, *el principio del arte por la vida, a las vez que orientaron el ideal hacia la acción*. De aquí provino una obra generalmente ajena a la pura emoción de la belleza, para la cual ni ellos ni el país estaban preparados, pero tan henchida de contenido moral, que esto la redime de sus imperfecciones estéticas. Pero el atributo que debo subrayar pertenece más a las vidas que a las obras: cada uno de estos poetas fué un político, y llevó a la acción un arquetipo filosófico. De ahí proviene la elevación cívica y mental que caracteriza la obra social posterior a Caseros, cuyo aliento parece haberse extinguido en el país.

Entre los escritores de este ciclo debo notar la contribución de tipos selectos con que todas las regiones argentinas han entrado en la formación de nuestra cultura. Porteños fueron Mariano y Manuel Moreno, Rivadavia, Posadas, Nuñez, Juan Cruz y Florencio Varela, Alsina, Mitre, Echeverría, Mármol, Gutiérrez, López, Tejedor, Frías; cordobeses: Fúnes, Paz, Rivera Indarte, Ascasubi, Fragueiro; tucumanos: Monteagudo, Lamadrid, Alberdi, Posse, Villafañe, Nicolás Avillaneda; y los restantes fueron de otras provincias: Sarmiento, Aberastain, Quiroga, Rosas y Echagüe, de San Juan; Bustamante, Gorriti y Portal, de Jujuy; Zuviría, de Salta; Marco Avellaneda y Agote, de Catamarca; Lavaisse y Alcorta, de Santiago; Juan Godoy, de Mendoza,

Las dificultades inherentes a tan compleja exposición, no ha permitido seguir un orden estrictamente cronológico en los asuntos. Casi todos los autores estudiados en este volumen son contemporáneos entre sí, de modo que parecióme oportuno ir deteniéndome en cada uno de ellos, a medida que alcanzaban la sazón de su obra y de su gloria, o cuando, en el curso de mi exposición, el comentario especial de aquéllos contribuía mejor al esclarecimiento de la doctrina general que explicamos. Por eso he tratado primero de Echeverría, el precursor, el maestro de «la iniciación romántica»; luego de Sarmiento y de Mármol, los

dos máximos escritores de « la expatriación liberal », el uno en la prosa, el otro en el verso. Tan grandes como ellos fueron Alberdi, Mitre, López y Gutiérrez, cuya madurez literaria fué posterior a Caseros, de suerte que he debido estudiarlos más adelante, cuando, una vez constituída la república, entraron en lo que llamo « la tierra prometida ».

Puedo decir, como resumen biográfico, que todos los escritores de la proscripción tuvieron voluntad de políticos, y todas sus políticas tuvieron alma de poetas. Siendo imposible producir el poema genial que aparece en la madurez de las bellas letras, acertaron a crear las letras útiles, enriquecidas por un contenido moral, que dignificó también la política desenvuelta después de Caseros. Y esta procedencia « apolínea » de la política nacional en aquel tiempo, nos encaminó, por las vías prácticas de la paz o la riqueza, hacia la realización de más lejanos ideales en la cultura y en la ciencia, que nuestros vates vaticinaban. Sentido práctico para hallar los métodos que convenían a la redención de nuestra cultura, mostraron en sus trabajos Echeverría y los poetas de su escuela. La luz del primitivo ideal alumbra los caminos de toda la organización civil argentina, y puede asegurarse que la patria halló el camino de su grandeza por donde los poetas de aquella generación se lo indicaron. Un libro, una arenga, un himno, preceden o comentan casi todos los pasos decisivos de nuestra cultura social : a la acción de la independencia, la *Gaceta* de Moreno o el canto de López ; a la prédica contra la tiranía, el *Dogma* de Echeverría o *El peregrino* de Mármol ; a la reconstrucción institucional, las *Bases* de Alberdi o los trabajos literarios de Mitre, López, Gutiérrez y Sarmiento. Cuando un pueblo puede comprobar en sus orígenes semejante verdad, le es permitido sentir confianza en su destino, pues si las obras maestras del arte no aparecieron entonces, fué porque la creación social también obedece a leyes de lugar y de tiempo que no podían eludirse. Para los pensadores de la colonia, el tema preponderante consistió en la ocupación de la tierra virgen ; para los pensadores de la independencia, en la emancipación de la nueva patria ; para los pensadores de la proscripción, en la organización de la democracia argentina. El ciclo siguiente desde la federalización de Buenos Aires hasta nuestros días, dará en sus letras el índice de nuestra cultura durante la época actual, y por ella veremos si hemos extraviado la ruta, si hemos progresado o retrocedido, si sabemos o no cuál es el rumbo de nuestra gloria estética en lo porvenir.

La obra literaria de los proscriptos fué, pues, más que de carácter esté-

tico, de carácter moral. Un noble concepto de la política, concebida como función colectiva de la cultura individual, dió a sus libros una eficacia inmediata, y a su acción una fecundidad educadora. Contrastaron así mejor con los caudillos iletrados y las plebes incultas; vencieron más gloriosamente, dando al país una conciencia histórica, y definiendo para la nacionalidad, su territorio, su estado, sus ideales en la civilización.

Fruto de esa « política » de « los proscriptos » es casi todo lo que en la actual sociedad argentina presenta las formas de una sociedad civilizada. La inmigración europea que ha colaborado en nuestros progresos, fué por los proscriptos llamada y protegida. Bajo la inspiración de estos escritores se creó el orden jurídico, se implantaron industrias, se fundaron escuelas, se promovió el adelanto intelectual y material de la república. Si los próceres de la independencia infundieron el sentimiento de la nacionalidad, estos otros — los poetas y filósofos de la proscripción — dieron a aquel sentimiento un ideario democrático y una doctrina de cultura. La política argentina ha ido desvirtuándose después, en proporción al olvido en que hemos ido dejando a aquellos esclarecidos maestros.

Cultores del ideal y del arte — vale decir poetas — fueron todos los próceres de esa generación, hasta los que acaudillaban muchedumbres en armas. Lamadrid, coronel de montoneros, alienta a su hueste con vidalitas heroicas, allá en el alzamiento de las provincias interiores; Ascasubi, capitán de gauchos, alienta a la suya con cielitos heroicos, allá en las murallas de Montevideo sitiada; Marco Avellaneda, gobernador en el Tucumán, y Florencio Varela, publicista en el Uruguay, componen versos contra la tiranía bajo cuyo puñal sucumben. Aquella « nueva Troya » que fué como el símbolo de la gesta, celebraba, en medio del combate, certámenes poéticos en que Gutiérrez, Domínguez y Mármol fueron premiados, y mantenía periódicos donde se combatía en verso a Rosas, como aquel *Tirteo*, cuyo nombre es también un símbolo de la época. Mitre, artillero, concertaba rimas de combate al pie de sus cañones; Mármol, peregrino, concebía el poema de su generación en medio del océano; y hasta los que sólo escribieron en prosa, fueron poetas igualmente, porque enseñaron, como López en Chile, las bellas letras, o propagaron, como Sarmiento en Chile, las nuevas tendencias estéticas. Cuando Lavalle sucumbió en Jujuy, los tres principales custodias de su cadáver en la fuga a Bolivia, fueron asimismo tres poetas, soldados a la vez de su deshecho ejército: Frías,

Villafañe, Echagüe, autor este último de madrigales y de dramas. La acción de Chascomús tuvo su romancista en Echeverría, la de Caá-guazú la tuvo en Rivera Indarte. Por donde quiera que vagasen los proscriptos, el culto de la patria y el culto del arte formaron un solo amor en sus corazones. Protesta de poetas fué lo que salvó, durante la tiranía de Rosas, el decoro argentino, y poetas fueron los que, en profética inspiración, reanudaron la tradición revolucionaria y ofrecieron a la patria aherrojada el arquetipo de su actual destino.

En cuanto a la calidad estrictamente literaria de su obra « los proscriptos » padecieron las consecuencias del medio revolucionario en que se formaron. Aversiones políticas originadas por la guerra de independencia, los apartaron de España, relajando con ello las normas castizas del idioma, y al entregarse a la inexperta imitación de literaturas extranjeras, sin poseer a fondo la propia lengua ni las extrañas, barbarizaron no pocas veces la dicción. La libertad mental fué para algunos libertinaje, como para el montonero la libertad civil. El talento nativo rescató esos errores en algunos casos, y en otros la tardía madurez trajo la rectificación o el arrepentimiento. Hombres de acción como eran, la política impuso los asuntos, o la obra salió tarada por la improvisación. Mas, a pesar de todo ello, hay en la vida titánica de aquellos varones, una saludable virtud, y en sus libros una doctrina esclarecida. Si *Los gauchescos* guardan el lirismo de la tierra nativa, y *Los coloniales* la tradición del origen social, *Los proscriptos* definen la conciencia de la nacionalidad. Ninguno de los tres ciclos ha cuajado en obra capaz de universalizarse. Veremos en el próximo volumen si *Los modernos* han logrado esa flor de cultura — sistema de verdad o poema de belleza ; y lo hayan logrado o no, diremos entonces mejor lo que es la conciencia colectiva en la obra estética del genio : es el ramaje del árbol nativo donde el ave del cielo se posa para cantar...

ÍNDICE

ADVERTENCIA v

CAPÍTULO PRELIMINAR

I. Factores sociales de nuestra revolución. — II. « Doctrina democrática » de Mariano Moreno. — III. « Obras políticas » de Bernardo Monteagudo. — IV. « Reflexiones » de Juan Ignacio Gorriti. — V. El Deán Funes y la educación colonial. — VI. Primeras asambleas legislativas. — VII. Periodismo de la época revolucionaria. — VIII. Oradores de la revolución. — IX. Epistolarios y memorias de los próceres. — X. La tragedia de nuestro ideal democrático..... 3

CAPÍTULO I

VIDA DE ESTEBAN ECHEVERRÍA

I. La sociedad porteña en 1830 : aparición de Echeverría. — II Significación de su personalidad en la iniciación de este período literario. Su nacimiento en Buenos Aires. Primera etapa de su vida (1805-1825) : Origen, educación, primera juventud. — III. Segunda etapa (1825-1830). El viaje a Francia. Labor de autodidacta ; formación intelectual ; sus maestros ; su ambiente. — IV. Tercera etapa (1830-1840) : el regreso a Buenos Aires : Publicación de sus primeros versos ; fundación de la Asociación de Mayo ; redacción del « dogma socialista ». Fracaso de la revolución contra Rosas ; la expatriación. — V. Cuarta etapa (1840-1851). Echeverría en la Colonia ; sus primeros cantos del destierro. Echeverría en Montevideo : sus últimos ensayos y poemas. Labor intelectual y política. Su enfermedad ; su muerte ; su gloria..... 131

CAPÍTULO II

EL ROMANTICISMO AMERICANO

I El ambiente colonial : tradición monacal en la vida y en el arte. Nueva posición filosófica de Echeverría. Su « ensayo sobre el arte », intitulado : *Forma y fondo de las obras de imaginación*. — II. Análisis de las ideas contenidas en este opúsculo : « argumento y la expresión en la obra de arte ». Valor de la belleza como espíritu : función del arte como técnica de la expresión. — III. Clasicismo y romanticismo. Situación de estas ideas. Fecundidad del nuevo credo. Aplicación de esta doctrina en América. — IV. Influencia de Víctor Hugo y de Víctor Cousin. Valor personal de tales ideas en la obra de Echeverría. Su significación en la literatura argentina. Caracteres peculiares del romanticismo americano..... 150

CAPÍTULO III

OBRAS EN VERSO DE ECHEVERRÍA

I. Vocación poética de Echeverría : su origen y su carácter. Iniciación reflexiva : su dificultad para versificar. Primeros ensayos : *Ilusiones* (París, 1829). Copiosa obra ulterior : *Elvira o La novia del Plata* (1832); *Consuelos* (1834); *Rimas* (1837). Otros poemas. Edición de sus obras completas por Juan María Gutiérrez (Buenos Aires, 1870). Totalidad de su obra versificada : más de 10.000 versos. — II. El poema *La Cautiva*. Estudio que se ha hecho de este poema en el tomo de *Los Gauchescos*. Superioridad de este poema comparado con *La Guitarra, El ángel caído,* y otros. Juicio de Echeverría como poeta. Opinión de sus contemporáneos. Opinión de García Merou. Opinión de Menéndez y Pelayo. Opinión del autor. — III. Diverso criterio con que se lo puede juzgar : la crítica universal y la crítica local. Imperfección y fecundidad de su obra poética. 164

CAPÍTULO IV

PRIMERAS ASOCIACIONES LITERARIAS

I. Precursores de la « Asociación de Mayo ». Carácter clerical de las primeras asociaciones intelectuales antes del 1800. Asociaciones laicas. La Sociedad patriótica, literaria y económica de Cabello (1801). El « Club » de Moreno (1810) ;

la « Sociedad patriótica » descrita por Núñez en sus *Entretenimientos* (1811); la « Sociedad patriótica » de Monteagudo (1812). Las asociaciones del Directorio: « Sociedad del buen gusto en el Teatro » (1817). — II. El espíritu de asociación bajo el gobierno de Martín Rodríguez (1821). Primeras academias científicas y corporaciones económicas. La « Sociedad Literaria »; sus publicaciones: el *Argos* y la *Abeja Argentina*. Su programa y sus socios fundadores. — III. La « Asociación de estudios históricos y sociales » (1832), según la *Autobiografía* de V. F. López. El « Salón Literario » de Marcos Sastre como continuación de aquélla (1835). Inauguración del « Salón »; su clausura; su transformación en la « Asociación de Mayo » de Echeverría (1837) y los escritores de la nueva generación 178

CAPÍTULO V

OBRAS EN PROSA DE ECHEVERRÍA

I. La generación de 1837. La « Asociación de Mayo » y las *Palabras simbólicas* de Echeverría. El lema de la nueva doctrina: *Mayo, Progreso, Democracia*. Sentido genuino de estas palabras. — II. El *Dogma socialista*. Formación paulatina de esta obra: las *Palabras simbólicas* (1837), la *Ojeada retrospectiva* (1846), las *Cartas al Archivo* (1847). Cuestiones bibliográficas referentes al título y las ediciones del *Dogma*. Mi edición de la « Biblioteca Argentina ». — III. Obras menores en prosa. Su ordenación en las *Obras completas* de Echeverría. Trabajos descriptivos: *El Matadero*. Trabajos doctrinarios: *Manual de moral cívica*; *La revolución de febrero*; otros ensayos. Echeverría como prosista y como pensador. Resumen de sus ideas sobre democracia, arte y libertad; su influencia social en el Plata 193

CAPÍTULO VI

LA PLÉYADE DE LOS PROSCRIPTOS

I. La juventud argentina y los viejos partidos ante la doctrina de Echeverría. Ambiente político de la época y actitud desidente de los que fundaron la « Asociación de Mayo ». — II. Primeros colaboradores de Echeverría en 1837. Carácter ocasional y militante de la doctrina del *Dogma*. Su propagación de Buenos Aires a las provincias. Agentes de la predicación del nuevo credo en todo el país. — III. Diversas emigraciones argentinas: la de la revolución; la del despotismo. Diversos núcleos de resistencia: el Litoral, el Norte, Cuyo. Las repúblicas vecinas, refugio de la emigración. Nómina de los proscriptos. El ambiente moral del destierro 209

CAPÍTULO VII

INQUIETUDES DE LA NUEVA GENERACIÓN

I. La sensibilidad romántica. La revolución francesa en Europa y la revolución argentina en América. Organización jerárquica y cultura dogmática de la sociedad anterior a ambas revoluciones. Disolución social que acompaña a los grandes cataclismos históricos. Espíritu de aventura y de heroísmo ; dramaticidad y neurosis de la vida revolucionaria. La sociedad de normas clásicas. Rotura de esas normas. Factores reales y factores intelectuales del romanticismo. Inquietudes argentinas anteriores a 1837. — II. *La inquietud política* : Rivadavia y la reforma social (1821-1826). La tradición colonial : el ideal de Mayo y la nueva esperanza. — III. *La inquietud filosófica* : la vieja enseñanza confesional : Bruno Morales ; el doctor Chorroarín. Secularización de la cátedra ; renovación iniciada por Lafinur, Agüero y Diego Alcorta. — IV. *La inquietud literaria :* el teatro ; los libros ; las escuelas. El romanticismo europeo ; el romanticismo argentino 223

CAPÍTULO VIII

LA TIRANÍA DE ROSAS

I. El ideal de 1810 ; su eclipse parcial durante la tiranía de Rosas. El ideal de 1837 : su triunfo después de la caída del tirano (1852). Enigma de Rosas en la historia argentina. Las fuentes documentales y las polémicas banderizas. Pasiones que impiden comprender a Rosas. Los conceptos equívocos : « revolución y restauración », « civilización y barbarie ». Los conceptos parciales : el crimen, el heroísmo y la locura en la historia. — II. La personalidad de Rosas. Sus tres retratos físicos : Rosas gaucho ; Rosas brigadier ; Rosas proscripto. Antes del terror : impresión de don Santiago Vázquez. Rosas y Darwin. Después del terror : impresión de Alberdi en Londres. Panegíricos y denuestos. El Rosas real ; el Rosas histórico. — III. Rosas en la literatura argentina. La mazorca sin letras y las letras de la emigración. El despotismo y el ideal argentino 343

CAPÍTULO IX

LA ESCUELA CUYANA EN CHILE

I. Los emigrados en Chile. El nombre de « cuyanos » con que allí se los designaba. Sobrevivientes argentinos de las campañas libertadoras. Los jóvenes pros-

criptos de la nueva expatriación liberal. Tareas de cultura a que se dedicaron. Comunidad de los orígenes chileno-argentinos. Fraternidad de ambos pueblos. Recelos y simpatías. — II. Contribución de «la escuela cuyana» a la cultura de Chile. Trabajos chilenos de Alberdi, López, Sarmiento, Gutiérrez, Mitre. Intensidad y extensión de su influencia renovadora en el derecho, las letras, el periodismo y la enseñanza. — III. El ambiente intelectual y social de Chile en la época de los proscriptos. Don Manuel Montt, don Andrés Bello. Casacuberta, Blanco Encalada, Beeche, Real de Azúa, Piñero y otros argentinos. Gratitud de los argentinos para con Chile. Oposición a Rosas. Propósitos de retorno a la patria 263

CAPÍTULO X

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

I. Complejidad del carácter de Sarmiento : su linaje y su psicología. Atavismo indígena, temperamento gauchesco, inteligencia ibérica, ideales europeos. Originalidad genial que de todo ello resulta. Ubicación de Sarmiento en los diversos ciclos de la cultura argentina. Su puesto en la generación de «los proscriptos». — II. Vida de Sarmiento : su extensión y variedad. Esquema biográfico. Iconografía. La obra escrita de Sarmiento y su carácter autobiográfico. Extensión y variedad de su obra escrita ; necesidad de un índice bibliográfico y de una edición de sus «obras selectas». — III. Las *Obras completas* editadas bajo los auspicios del gobierno argentino. La *Bibliografía de Sarmiento* editada bajo los auspicios de la Universidad de La Plata. — IV. Necesidad de un plan en el estudio de este personaje 280

CAPÍTULO XI

EL ESPÍRITU DE SARMIENTO

I. Necesidad y dificultad de ver en su conjunto la obra de Sarmiento. Extensión, variedad y movimiento de su vida mental. Errores de método y de información con que hasta ahora se lo ha juzgado. ¿ Sarmiento es un genio ? Definición del espíritu de Sarmiento. — II. La pasión, el tema y la acción en la obra sarmientesca. Sarmiento y el idioma castellano. Sarmiento y el ideal argentino. Es el creador de un molde : es un *genio pragmático*. — III. Sarmiento se empequeñece si se lo analiza ; se agiganta si se lo sintetiza. No tiene erudición metódica, ni doctrina sistemática, ni forma artística. Su diferencia con los genios europeos. Su unidad vital : es un militante de la palabra escrita. Su obra titánica en favor de la civilización. La leyenda de Sarmiento 295

CAPÍTULO XII

PRINCIPALES LIBROS DE SARMIENTO

I. El *Facundo :* Valor preeminente de este libro en la bibliografía argentina. Opinión de Sarmiento sobre el *Facundo*. Origen y composición de esta obra : el folletín de *El Progreso* en Chile (1845) ; biografía de *El Chacho ;* « Civilización y barbarie ». Ediciones y traducciones. Estructura íntima del libro : elementos biográficos ; elementos políticos y elementos sociológicos que entran en su composición. Necesidad de discernirlos. La historia y la leyenda ; la epopeya y el mito ; la doctrina y la emoción. Valor social y literario de el *Facundo* ante la crítica actual. — II. *Educación popular :* significado de este libro, matriz de la propaganda de Sarmiento como educador. Su aparición en Chile (1849). Su origen : informe oficial de su viaje por Europa y Estados Unidos. Su autor, apóstol de la educación popular en América. — III. *Recuerdos de Provincia, Viajes, Argirópolis, Conflictos y armonías de las razas en América.* Sarmiento escritor..... 315

CAPÍTULO XIII

PROSCRIPTOS REFUGIADOS EN BOLIVIA

I. Las provincias del Norte. Primera emigración, hacia 1830, después de la caída de Rivadavia y de la entrada de Facundo en el Norte. Juan Ignacio de Gorriti y los restos del patriciado : Arenales, Bustamante, Portal. Segunda emigración, hacia 1841, después del desastre de la Liga del Norte y del degollamiento de Avellaneda. Conducción del cadáver de Lavalle a Tupiza. Principales escritores refugiados en Bolivia. — II. Benjamín Villafañe : su vida, sus escritos, sus trabajos en el periodismo, el gobierno y la enseñanza. Libros de Villafañe : *Reminiscencias históricas ; Orán y Bolivia a las márgenes del Bermejo*, etc. — III. Félix Frías. Su vida y sus obras ; la compilación de *Escritos y Discursos*. Su doctrina de moralista cristiano. — IV. Pedro Echagüe : su vida, sus escritos. Variada producción de este proscripto olvidado..... 337

CAPÍTULO XIV

MONTEVIDEO, « LA NUEVA TROYA »

I. Caracteres de la emigración en el Plata. Los proscriptos del litoral refugiados en Montevideo ; su diferencia con el núcleo de Chile. Ambiente de cosmopoli-

tismo, de comercio y de guerra. La ciudad de Montevideo. El sitio de Oribe. Bibliografía del sitio. — II. La prensa argentina en Montevideo. Fraternidad de argentinos y uruguayos : una sola patria. La figura gentil de Florencio Varela. Su vida ; sus obras ; y su muerte trágica. — III. Principales periódicos de Montevideo en esta época : *El Iniciador, El Nacional, El Comercio del Plata.* Hojas menores : *El Talismán, El Tirteo*, el *¡ Muera Rosas !. La Defensa*, órgano de los sitiadores. « Efemeridografía » uruguaya de Zinny. Carácter de estos periódicos. — IV. Un gran uruguayo amigo de los argentinos durante el sitio : don Andrés Lamas. Su vida, sus escritos; su vejez y muerte en Buenos Aires. — V. Un certamen literario en Montevideo durante la proscripción. El jurado; el dictamen; los jóvenes poetas argentinos..... 355

CAPÍTULO XV

EL POETA JOSÉ MÁRMOL

I. Mármol es el poeta representativo de su generación. Su *Canto de los proscriptos*. La tragedia del Plata en la obra de este escritor. — II. Biografía de Mármol (1818-1871). Su cuna y su educación en Buenos Aires (1818-1840) ; su fuga a Montevideo (1840). Mármol poeta lírico y periodista. Impresión que produjo en sus contemporáneos. — III. Mármol poeta civil : poemas contra Rosas. — IV. Mármol dramaturgo : *El Poeta, El Cruzado*. Estrenos de estos dramas en Montevideo. La crítica contemporánea. — V. Aventuras de Mármol en el destierro (1840-1852). Su residencia en el Brasil ; *El Peregrino;* regreso a Montevideo. Mármol novelista : *Amalia*. Valor documental y estético de estas obras. — VI. Retorno a Buenos Aires (1852) ; su actuación en la prensa, el parlamento y la diplomacia (1852-1870). Su muerte (1871). Juicio sobre la personalidad del poeta..... 385

CAPÍTULO XVI

TRES POETAS DISCUTIDOS DE ESTA GENERACIÓN

I. Juan Carlos Gómez, poeta uruguayo asimilado al ideal argentino. « Los Estados Unidos del Plata » ; controversias sobre Gómez como político. El poeta romántico ; sus *Poesías* (1892); su residencia y muerte en Buenos Aires. — II. José Rivera Indarte (1814-1845). Origen, educación, primeros ensayos. El cantor de Rosas y redactor de *La Gaceta mercantil* se convierte al liberalismo y emigra a Montevideo. Su obra de publicista : *Es acción santa matar a Rosas ; Tablas de sangre : Rosas y sus opositores*. El poeta ; compilación póstuma de sus obras en verso : *Poesías* (1853). Juicio sobre el hombre y el escritor. — III.

Claudio Cuenca, único poeta que permaneció en Buenos Aires durante la tiranía. Su vida (1812–1852). El autor mantuvo inéditos sus dramas y sus versos. Edición de sus *Obras poéticas* (1861). Su fama póstuma..... 429

CAPÍTULO XVII

LA VIDA INTELECTUAL BAJO LA DICTADURA

I. La hostilidad a la dictadura fué obra de nuestros poetas. La historia de la literatura argentina se realiza fuera del país, desde 1838 a 1853. Rosas mató la vida intelectual. El escritor más representativo de esta época en Buenos Aires, fué un extranjero : don Pedro de Angelis. ¿Quién era este personaje? Su vida en Europa ; su amistad con Rivadavia ; su venida a América. Angelis y Mora. Angelis y Varela. El periodista unitario se convierte en periodista federal. — II. Bibliografía argentina de don Pedro de Angelis. Su *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata*. Angelis dedica esta obra a Rosas (1836). Contenido y valor de la misma. Las obras menores de este escritor. — III. El ambiente intelectual de Buenos Aires en esta época. La universidad, el teatro, la prensa, los libros, los salones. Principales figuras de la sociedad porteña bajo el régimen de la tiranía.. 458

CAPÍTULO XVIII

PUBLICISTAS DE LA ORGANIZACIÓN NACIONAL

I. Unidad del proceso revolucionario iniciado en mayo de 1810. El conflicto del ideal y la realidad desde 1810 a 1853. « Los proscriptos » como continuadores del patriciado revolucionario. Paralelismo de la historia política y de la historia literaria de este período. El retorno de los emigrados : La tierra prometida. — II. El presidente del Congreso reunido en Santa Fe, don Facundo de Zuviría. Su vida (1793–1861); su expatriación en Bolivia (1840–1852); sus obras filosóficas : *El principio religioso*, *La prensa periódica*, *Educación pública*, *La Calumnia*, otros opúsculos. Significación de Zuviría en la Constituyente y de su obra literaria en la cultura de su tiempo. — III. Un economista olvidado : don Mariano Fragueiro. Su contribución a la organización nacional : *Cuestiones argentinas*. Su libro *Organización del crédito*. Vida, proscripción y teorías socialistas de Fragueiro. — IV. Otros publicistas de la organización nacional. « Los hombres de Buenos Aires » y « los hombres del Paraná ». Nuevos centros de cultura intelectual. La reconstrucción democrática..... 479

CAPÍTULO XIX

VIDA Y OBRAS DE ALBERDI

I. Juan Bautista Alberdi (1810–1884). Fragmentos biográficos anticipados en capítulos anteriores. Primera época de su vida: su origen, su educación, sus primeros ensayos, su emigración a Montevideo (1838). *Memorias, Cartas, Viajes* y confesiones autobiográficas dispersas en sus escritos. Madurez de Alberdi: la hora de la organización nacional. — II. Las *Bases*: diversas ediciones de este libro, variantes y contradicciones. La príncipe de Valparaíso (1852) y la edición oficial de Besançon (1858). Mi edición de la *Biblioteca Argentina* (1915). La verdadera doctrina de Alberdi. Otros libros del mismo autor que forman sistema con las *Bases*. — III. *Luz del día en América*. Dificultad de clasificar este libro por su género literario. La prosa de Alberdi: deficiencias de su estilo y valor de sus aforismos. *Luz del día* es una caricatura de las democracias hispanoamericanas. — IV. La vida de Alberdi después de las *Bases*. El resto de la bibliografía alberdiana. Las *Obras* y los *Escritos póstumos*. *El crimen de la guerra*. Depuración y ordenación de sus trabajos. Juicio póstumo..... 505

CAPÍTULO XX

BARTOLOMÉ MITRE

I. Genealogía de Mitre. Los Mitre en la época colonial. Los padres de don Bartolomé. Su cuna (1821); su educación; su infancia en Patagones y San Borombón; su iniciación intelectual y política en Montevideo (1830). Resumen de su carrera pública en América (1839–1903). Su carácter y su obra. — II. Mitre poeta. Opinión de Echeverría (1845). Opinión de Rubén Darío (1912). Sus primeros versos en *El Iniciador* y *El Nacional* de Montevideo. Edición de las *Rimas* en Buenos Aires (1854). Las antologías. Mitre y Sarmiento. Una *defensa de la Poesía*. — III. Su culto por las musas. Una clave de su vida. Mitre hombre de letras. El orador; sus *Arengas*; el historiador: su *San Martín* y su *Belgrano*. — IV. Mitre hombre de acción. El militar, el caudillo, el estadista. Polémicas y fundaciones de cultura..... 536

CAPÍTULO XXI

VICENTE FIDEL LÓPEZ

I. La personalidad cívica y literaria de López. Resumen biográfico y bibliográfico. Principales rasgos de su vida (1815–1903). Principales títulos de su obra lite-

raria. El hogar patricio. — II. López proscripto. El camino del destierro. Paralelismo de la vida de López con la historia social del país. Significado de la expatriación de López. — III. Actuación en Chile (1842-1852). Los primeros ensayos en el género de la historia : *Resultados con que los pueblos han contribuido a la civilización* (1845) ; *Manual de historia de Chile* (1845). La vocación literaria. El *Curso de Bellas letras*. Los primeros ensayos de novela histórica : *La novia del hereje, La loca de la guardia* y *La gran semana de 1810*. — IV. El retorno a la patria. López hombre de acción. Su obra en la organización nacional. El orador. El estadista. El historiador. *Historia de la República Argentina*. El rectorado de la Universidad. Vejez y muerte de López..... 558

CAPÍTULO XXII

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ

I. La personalidad intelectual y civil de Gutiérrez como tipo representativo de una generación. Sus camaradas, su época, su medio. Opinión de Menéndez Pelayo sobre este escritor argentino. — II. El hombre. Biografía de Gutiérrez (1809-1878). El hogar, la iniciación escolar, la Asociación de Mayo, la expatriación a Montevideo, el viaje a Europa, la residencia en el Pacífico. El retorno al país (1852). Tareas intelectuales durante ese período. Acción política y obras literarias después de Caseros. — III. El poeta. El tomo de sus *Poesías* (1869). Análisis, selección y juicio de sus versos. — IV. El crítico. Ensayos novelescos, artículos de costumbres, crítica literaria, investigaciones históricas y bibliográficas. La prosa de Gutiérrez y su obra crítica. — V. El hombre de letras. Resumen bibliográfico. Plan de una edición de *Obras completas* de Gutiérrez. Valor de sus trabajos y significación de su personalidad en la cultura argentina..... 579

CAPÍTULO XXIII

LA TRADICIÓN NACIONAL

I. Epistolarios, archivos, autobiografías y memorias de los héroes de la independencia. Belgrano y las *Memorias* del general Paz. Paz y las *Memorias* de Lamadrid, Iriarte y Lugones. San Martín y *El ejército de los Andes* del general Espejo. Otras crónicas de Espejo. El general Guido y su Epistolario. — II. Cronistas de la guerra civil. Memorias de esta generación : recuerdos de Sarmiento, Mitre, López, Alberdi, Villafañe, Demaría, Díaz, Reyes, Echagüe, Rivera Indarte, Lamas y otros. El sentimiento de la historia en esta generación. Primeras tentativas de documentación. Trabajos de Angelis, Lamas y Va-

rela. — III. La escuela histórica argentina. Influencia de Mitre y López. Labor de Zinny, Trelles y Carranza. Pelliza, Quesada, Varela, Saldías, Ramos Mejía y otros 598

CAPÍTULO XXIV

POETAS Y PROSISTAS MENORES

I. La nueva sensibilidad política y literaria después de 1810; algunos precursores: José Antonio Miralla, Florencio Balcarce, Marco Avellaneda. Noticias biográficas y juicio sobre los versos de dichos autores. — II. Poetas menores refugiados en Montevideo: Luis L. Domínguez, José María Cantilo, Miguel Cané. Carácter de la producción literaria de los dichos; su obra civil antes y después de Caseros. Las novelas de Cané: *Esther*, *Cora*, *La familia Sconner*, y otras. — III. Escritores olvidados de la proscripción. Pedro Echagüe, sus *Ecos postreros;* Juan Ramón Muñoz Cabrera, su poema *Cienfuegos;* Luis Méndez, sus *Cantos del Alba;* Manuel Belgrano, su tragedia *Molina*. Juan Thompson. Marcos Sastre y el *Tempe Argentino*. Juana Manuela Gorriti. Las mujeres de la proscripción. 616

CAPÍTULO XXV

LA ANCIANIDAD DE LOS PATRIARCAS

I. Los escritores presidentes: Mitre, Sarmiento, Avellaneda. El desenlace constitucional de 1880. Don Nicolás Avellaneda. Resumen biográfico (1837-1885): su precocidad, su carrera brillante; su labor literaria. Edición de las *Obras completas*. El libro *Tierras públicas*. Avellaneda economista, crítico y orador. — II. La federalización de Buenos Aires (1880). El choque de Avellaneda y Carlos Tejedor. Reseña biográfica de este proscripto (1817-1903). Juicio de Echeverría y de Sarmiento sobre Tejedor. La obra del publicista y del jurisconsulto. — III. Singular posición de Dalmacio Vélez Sársfield en el ciclo de «los proscriptos». «La tierra prometida.» Prosperidad material de la República. Iniciación de una nueva jornada en la cultura argentina. Aparición de nuevos escritores. La ancianidad de los patriarcas. La vejez de Mitre..... 641

RESUMEN SOBRE LOS PROSCRIPTOS..... 659

ÍNDICE DE LAS FIGURAS

Retratos : Mariano Moreno, pág. 11. — Pedro José Agrelo, pág. 37. — Pedro Ignacio de Castro Barros, pág. 59. — Gregorio Funes, pág. 69. — Francisco Castañeda, pág. 91. — Pantaleón García, pág. 101. — Manuel Moreno, pág. 107. — Gervasio Posadas, pág. 113. — José de San Martín, pág. 121. — Esteban Echeverría, pág. 135. — Carlos Casavalle, pág. 173. — Marco Avellaneda, pág. 213. — Tomás Guido, pág. 215. — Pedro de Angelis, pág. 217. — J. M. Torres Caicedo, pág. 225. — Bernardino Rivadavia, pág. 229. — Diego Alcorta, pág. 231. — Rosas (por Monvoisin), pág. 245. — El general Rosas, pág. 249. — Rosas en el destierro, pág. 259. — Andrés Bello, pág. 273. — Sarmiento, pág. 281. — Sarmiento (cuando escribió el *Facundo)*, pág. 297. — Facundo Quiroga, pág. 317. — Benjamín Villafañe, pág. 343. — Félix Frías, pág. 347. — Florencio Varela, pág. 361. — Andrés Lamas, pág. 371. — José Mármol, pág. 395. — Juan Carlos Gómez, pág. 431. — José Rivera Indarte, pág. 441. — Claudio Cuenca, pág. 455. — Diputados a la Constituyente de 1853, pág. 478. — Facundo Zuviría, pág. 478. — Urquiza, pág. 478. — Mariano Fragueiro, pág. 491. — Juan Bautista Alberdi (cuando escribió las *Bases)*, pág. 510. — Mitre, pág. 540. — Vicente Fidel López, pág. 560. — Juan María Gutiérrez, pág. 581. — José María Paz, pág. 599. — Gregorio Aráoz de Lamadrid, pág. 600. — Tomás Iriarte, pág. 601. — Gerónimo Espejo, pág. 602. — Antonio Zinny, pág. 610. — Manuel R. Trelles, pág. 612. — Ángel J. Carranza, pág. 614. — Antonio Miralla, pág. 617. — Luis L. Domínguez, pág. 622. — Miguel Cané (padre), pág. 629. — Pedro Echagüe, pág. 633. — Nicolás Avellaneda, pág. 645. — Carlos Tejedor, pág. 651. — Dalmacio Vélez Sársfield, pág. 653.

Facsímiles de impresos y manuscritos : *El Himno Nacional* (edición de 1813), pág. 2. — Autógrafo de Echeverría, pág. 153. — Himno rosista, pág. 207. — Firma de Mármol, pág. 397. — Autógrafo de Alberdi, pág. 526. — Autógrafo de Mitre, pág. 554. — Himno Nacional (música de Blas Parera, tomada de la *Lira Argentina)*, pág. 126. — Firma del tirano Rosas, pág. 638.

Otras ilustracciones : Salón porteño en 1830 (Apunte de C. E. Pellegrini), pág. 130. — Playa de Buenos Aires al comenzar el siglo xix, pág. 181. — Soldados « rosines » en el sitio de Montevideo, pág. 205. — Plano de Montevideo en la época del sitio, pág. 242. — Mitre en su biblioteca (hoy Museo Mitre), pág. 640.

860.982 R74L V03

a39001 008092457b